

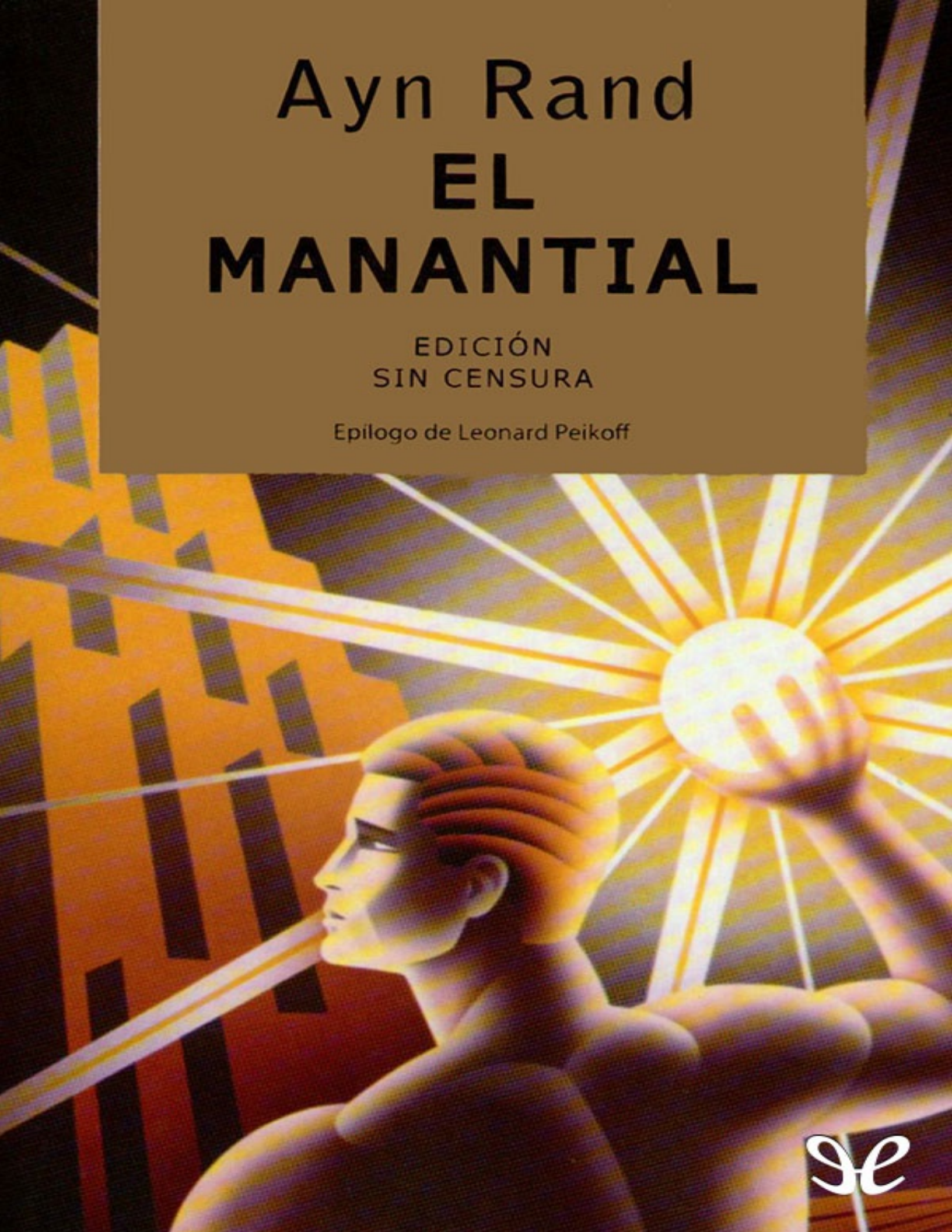
Ayn Rand

EL

MANANTIAL

EDICIÓN
SIN CENSURA

Epilogo de Leonard Peikoff



se

Es la historia de un joven e intransigente arquitecto, de su violenta lucha en contra de los estándares y convenciones del mundo y de su explosiva relación con una hermosa mujer que lo amó apasionadamente. Novela audaz, original y brillantemente escrita, nos revela las vicisitudes de un hombre enfrentado a quienes intentan destruirlo.

Ayn Rand es un fenómeno sin precedentes en la literatura moderna. Como sus héroes, ella sola se enfrentó a las doctrinas colectivistas y se convirtió en la más sobresaliente defensora de la libertad y el individualismo. El manantial, desde su aparición, se convirtió en un *best seller* mundial. Las ideas y propuestas de su autora han cambiado la vida de millones de lectores.



Ayn Rand

El manantial

ePub r1.2
betatron 30.01.17

Título original: *The Fountainhead*

Ayn Rand, 1943

Traducción: Luis de Paola

Editor digital: betatron

ePub base r1.2



Primera Parte

PETER KEATING

Howard Roark se echó a reír.

Estaba desnudo, al borde de un risco. Abajo, a mucha distancia, yacía el lago. Las rocas se elevaban hacia el cielo sobre las aguas inmóviles, como una explosión de granito que se hubiese helado en su ascensión. El agua parecía inmutable; la piedra, en movimiento. Pero la piedra tenía la detención que se produce en ese breve momento de la lucha en que los antagonistas se encuentran y los impulsos se detienen en una pausa más dinámica que el movimiento. La piedra relucía bañada por los rayos del sol. El lago era solamente un delgado anillo de acero que cortaba las rocas por la mitad. Las rocas continuaban, inalterables, en la profundidad. Comenzaban y terminaban en el cielo. De manera que el mundo parecía suspendido en el espacio, semejando una isla que flotara en la nada, anclada a los pies del hombre que estaba sobre el risco.

Su cuerpo se recortaba contra el cielo. Era un cuerpo de líneas y ángulos largos y rectos, pues cada curva se quebraba en planos. Estaba de pie, rígido, con las manos colgándole a los costados y las palmas vueltas hacia fuera. Tenía la sensación de que sus omóplatos estaban estrechamente juntos, sentía la curva de su cuello y percibía el peso de la sangre en las manos. Sentía el viento atrás, en el hueco de la espina dorsal. El viento agitaba sus cabellos contra el cielo. Su cabello no era rubio ni rojo; tenía el color exacto de las naranjas maduras.

Reía de las cosas que le habían ocurrido aquella mañana y de las que después tenía que afrontar. Sabía que los días venideros serían difíciles, que tendría que enfrentarse con varios problemas y preparar un plan de acción. Pero también sabía que no necesitaría pensar, porque todo estaba ya suficientemente claro para él, porque hacía tiempo que había dispuesto el plan y porque necesitaba reírse.

Trató de pensar en ello. Pero lo olvidó. Estaba contemplando el granito. Cuando sus ojos se detenían atentamente en el mundo que lo circundaba, no reía. Su rostro era como una ley de la Naturaleza, algo imposible de discutir, alterar o conmover. Tenía pómulos pronunciados que se levantaban sobre las mejillas, hundidas y descarnadas; ojos grises, fríos y fijos; boca despectiva, firmemente cerrada, boca de santo o de verdugo.

Miró el granito. «Hay que cortarlo —se dijo— y transformarlo en paredes». Miró un árbol: «Hay que partirlo y transformarlo en cabrias». Contempló una estría de herrumbre de la piedra y pensó en las vetas de hierro que existían debajo del suelo. «Hay que fundirlo en vigas —se dijo—; en vigas que se levanten hasta el cielo».

«Estas rocas están aquí para que yo haga uso de ellas —prosiguió diciéndose—. Están esperando el barreno, la dinamita, y que mi voz dé la orden; están esperando que las arranquen, que las corten, que las machaquen, que las rehagan; están esperando la forma que les darán mis manos».

Después meneó la cabeza porque recordó lo sucedido por la mañana y pensó en las numerosas cosas que tenía que hacer. Avanzó hacia la orilla, levantó los brazos y se zambulló en el cielo que yacía abajo.

Cortó rectamente el lago en dirección a la parte opuesta de la costa, y llegó a las rocas donde había dejado su ropa. Miró con pesadumbre en torno. Durante tres años, desde que vivía en Stanton y siempre que tenía momentos libres, lo que ocurría a menudo, iba allí para pasar el tiempo, para

nadar, para descansar, para meditar y sentirse solo y animado. En su nueva libertad, lo primero que deseó fue ir allá, porque sabía que ya no podría volver a hacerlo. Aquella mañana había sido expulsado de la Escuela de Arquitectura del Instituto Tecnológico de Stanton.

Se puso la ropa: pantalones viejos de dril ordinario, sandalias, una camisa de manga corta a la que le faltaban casi todos los botones. Descendió por una estrecha senda, entre cantos rodados, hacia un camino que a su vez conducía a la carretera por una verde cuesta.

Andaba rápidamente, con movimientos desenvueltos y descuidados. Descendía por el largo camino, bajo el sol. A lo lejos y al frente, en la costa de Massachussets, extendíase Stanton, ciudad pequeña que parecía no tener otra misión que alojar la joya de su existencia; el gran instituto, que se erguía más lejos, sobre una colina.

El término municipal de Stanton comenzaba con un basurero, un montículo gris de desperdicios que se levantaba sobre la hierba y humeaba débilmente. Envases de latas brillaban al sol. Yendo por la carretera, más allá de las primeras casas, se encontraba una iglesia. La iglesia era un monumento gótico de ripia pintada de color azul paloma, y tenía gruesos contrafuertes de madera que no sostenían nada, ventanales con vidrieras de colores y pesadas tracerías que imitaban la piedra.

A partir de allí comenzaban las largas calles orilladas de césped. Más allá del césped se veían casas de madera que torturaban todas las formas: complicadas con gabletes, torrecillas y buhardillas; con porches sobresalientes; aplastadas bajo enormes techos en declive. Blancas cortinas flotaban en las ventanas. Recipientes con basura, llenos hasta el tope, veíanse junto a las puertas. Un viejo perro pequinés estaba echado sobre una almohada, en el escalón de una puerta, soltando babas. Unos pañales tendidos revoloteaban al viento sobre las columnas de un pórtico.

Cuando Howard Roark pasaba, la gente se volvía para observarlo. Algunos clavaban la vista en él, con súbito resentimiento. No podían explicar por qué lo hacían; era una especie de instinto que su presencia despertaba en la mayoría de las personas. Howard Roark no veía a nadie. Las calles estaban desiertas para él. Hubiera podido caminar desnudo por ellas sin que le importase un bledo.

Cruzó el corazón de Stanton, un amplio espacio verde rodeado de los escaparates de las tiendas. En ellas exhibíanse nuevos carteles que anunciaban: «¡Bienvenido el curso del 22! ¡Felicidad, curso del 22!». Aquella tarde se realizaba la colación de grados del curso del 22 del Instituto Tecnológico de Stanton.

Roark tomó por una calle lateral donde, al final de una larga fila de casas, sobre una verde barranca, aparecía la de la señora Keating. Él era huésped de ella desde hacía tres años.

La señora Keating se encontraba en el porche dando de comer a una pareja de canarios, encerrados en una jaula que pendía sobre la balaustrada. Su regordeta mano se detuvo en el aire apenas lo vio llegar. Lo observó con curiosidad y trató de dar a su boca una expresión de lástima, pero únicamente logró poner de manifiesto el esfuerzo que estaba haciendo.

Howard Roark cruzaba el porche sin advertir su presencia. Ella lo detuvo.

—¡Señor Roark!

—¿Qué?

—Señor Roark, lamento lo... —dijo, titubeando con gazmoñería—, lo que pasó esta mañana.

—¿Qué pasó?

—Su expulsión del Instituto. No puedo decirle cuánto lo lamento. Quisiera tan sólo que usted

supiera que lo siento.

Se quedó mirándola, pero ella sabía que no la veía. «No —se dijo—, no es que no me vea». Él miraba siempre fijamente a las personas, y sus infames ojos nunca omitían nada; quería hacer sentir a todo el mundo que para él era como si no existiesen. De ese modo se quedó mirando, sin querer contestar.

—Lo que digo —continuó ella— es que si uno sufre en el mundo es siempre a causa de un error. Ahora, naturalmente, usted tendrá que dejar la carrera de arquitecto. ¿No es verdad? Pero un hombre joven puede ganarse la vida decentemente siendo empleado, comerciante o cualquier otra cosa.

Él intentó irse.

—¡Ah, señor Roark! —volvió ella a llamarlo.

—¿Qué?

—El decano llamó por teléfono mientras usted estaba fuera.

Durante un momento la mujer tuvo esperanzas de que él demostrase una emoción, y una emoción equivaldría a verlo derrotado. No sabía por qué razón siempre había sentido ganas de verlo derrotado.

—¿Sí? —preguntó.

—El decano —repitió con alguna vacilación, buscando el tono apropiado para producir efecto—, el decano mismo por intermedio de su secretaria.

—¿Sí?

—La secretaria rogó que le dijese que el decano necesitaba verlo apenas usted llegase.

—Gracias.

—¿Para qué supone que lo necesita ahora?

Él había dicho: «No sé»; pero a ella le pareció oír claramente: «Me importa un bledo»; y lo contempló sorprendida.

—A propósito —agregó—; Peter se gradúa hoy. Lo dijo sin intención aparente.

—¿Hoy? ¡Ah, sí!

—Hoy es un gran día para mí. Cuando pienso cómo me he esclavizado y he ahorrado para que el muchacho pudiera ir al colegio... Y no es que me queje. Peter es un muchacho brillante.

Se echó hacia atrás. Su robusto cuerpecito estaba tan ceñidamente encorsetado bajo los pliegues almidonados de su traje de algodón, que daba la impresión de que la gordura le reventase por las muñecas y los tobillos.

—Naturalmente —continuó con rapidez, retomando con ansiedad su tema favorito—, no soy tampoco de las que se jactan. Cada uno está en el lugar que le corresponde. Observe usted a Peter de ahora en adelante. No soy de las que quieren que su hijo se mate trabajando, y por mi parte, daré gracias al Señor por cualquier éxito que tenga en su carrera; pero si este muchacho no llega a ser el más grande arquitecto de los Estados Unidos, su madre querrá saber el porqué.

Howard hizo un ademán de irse.

—¡Pero estoy entreteniéndole con mi charla! —dijo jovialmente—. Usted tiene prisa; ha de cambiarse y salir corriendo. El decano lo está esperando.

Se quedó mirándolo a través de la puerta, de tela metálica, observando cómo se movía su flaca figura por el vestíbulo rígidamente pulcro. Cuando él andaba por la casa, ella experimentaba un vago

sentimiento de aprensión, como si temiese que repentinamente se abalanzara para destrozar sus mesas de café, sus vasos chinos, sus fotografías con marcos, aunque él nunca había demostrado tener tales inclinaciones. Pero, sin saber por qué, ella continuaba esperando que la catástrofe sobreviniera.

Roark subió la escalera y se dirigió a su habitación. Era una pieza ancha y luminosa a causa del brillo limpio de las paredes blanqueadas. La señora Keating nunca tuvo, realmente, la impresión de que Roark viviera allí. Él no había agregado ni un solo objeto a los muebles imprescindibles que ella había colocado; ni cuadros, ni gallardetes, ni un alegre toque humano. No había llevado nada más que su ropa y sus dibujos; tenía poca ropa y demasiados dibujos; estos últimos estaban colocados en alto, en un rincón. A veces ella pensaba que eran los dibujos y no un hombre los que vivían allí.

Roark se encaminó hacia los dibujos. Eran lo primero que iba a empaquetar. Levantó uno, después el siguiente. Después otro. Se quedó contemplando las grandes hojas. Eran bosquejos de edificios que nunca habían existido sobre la faz de la tierra. Eran como las primeras casas edificadas por los primeros hombres, que nunca habían tenido noticia de la existencia anterior de edificios. No había nada que decir de ellas, salvo que cada construcción era inevitablemente lo que debía ser. No daban la impresión de que el dibujante se hubiese puesto a meditar concienzudamente en ellas, juntando puertas, ventanas y columnas según el dictado de su capricho o según se lo prescribieran los libros. Parecía como que los edificios hubiesen brotado de la tierra por obra de alguna fuerza viviente, completos, inalterables, correctos. La mano que había dibujado las líneas con trazos finos, de lápiz tenía todavía mucho que aprender; pero ninguna línea parecía superflua, ninguno de los planos exigidos había sido omitido. Las construcciones eran severas y simples, pero cuando se las analizaba detenidamente se comprendía qué trabajo, qué complejidad de método, qué tensión de pensamiento habrían sido precisos para obtener esa simplicidad. Ni el más simple detalle obedecía a una regla. Los edificios no eran clásicos ni góticos ni renacentistas. Eran solamente Howard Roark.

Se quedó mirando un bosquejo. Era uno que no le gustaba. Había nacido de uno de los ejercicios que se imponía a sí mismo, fuera de su trabajo escolar, con frecuencia. Cuando encontraba un terreno especial y se detenía a pensar qué construcción se le podía adaptar, se dedicaba a realizar ejercicios semejantes. Había pasado noches enteras con la vista fija en aquel croquis, preguntándose qué había omitido. Mirándolo ahora, distraídamente, notó el error que había cometido. Lo arrojó sobre la mesa, se inclinó sobre él y trazó líneas rectas en el prolijo dibujo. Se detenía de vez en cuando y lo contemplaba, apretando el papel con las yemas de los dedos, como si sus manos asiesen el edificio. Sus manos tenían dedos largos, venas duras, articulaciones y muñecas prominentes.

Una hora después oyó un golpe en la puerta.

—Entre —masculló, sin suspender el trabajo.

—Señor Roark —suspiró la señora Keating, mirándolo fijamente desde el umbral—, ¿qué diablos está haciendo usted?

Él se volvió tratando de recordar quién era ella.

—¿Qué me dice del decano? —se lamentó—. Del decano, que lo está esperando.

—¡Ah, sí! —dijo Roark—. Me había olvidado. La señora Keating preguntó sorprendida:

—¿Se había... olvidado?

—Sí.

Había un timbre de sorpresa en su voz, algo así como la extrañeza ante la sorpresa de ella.

—Bueno; todo lo que puedo decir —agregó, sofocada— es que usted se lo merece. Se lo merece. ¿Y cómo espera tener tiempo de verlo si la distribución de los diplomas empieza a las cuatro y media?

—Iré al instante, señora Keating.

No era solamente la curiosidad lo que la impulsaba a intervenir; era el secreto temor de que la sentencia del Consejo fuese revocada. Howard se marchó hacia el cuarto de baño, situado al final del vestíbulo. Ella le vio lavarse las manos y echarse el cabello hacia atrás para darle apariencia de peinado. Empezó a bajar la escalera, antes de que ella comprendiera que se marchaba.

—Señor Roark —dijo con sonidos entrecortados, indicando su ropa—, ¿piensa ir «así»?

—¿Por qué no?

—Pero ¡se trata de «su decano»!

—Ya no lo es.

Pensó, estupefacta, que él decía aquello como si se sintiera realmente feliz.

El Instituto Tecnológico de Stanton estaba situado en una colina. Sus muros almenados se elevaban como una corona sobre la ciudad que se extendía abajo. Parecía una fortaleza medieval, con su catedral gótica injertada en la parte, anterior. La fortaleza, con fuertes paredes de ladrillos, convenía al propósito para el cual había sido hecha; pocas aberturas, con el ancho suficiente para los centinelas; terraplenes para que los arqueros pudiesen ocultarse para defenderla, y torrecillas en los ángulos para arrojar desde ellas aceite hirviendo sobre el atacante, siempre que tal eventualidad pudiera sobrevenir en un instituto de enseñanza.

La catedral sobresalía en su recamado esplendor como una defensa frágil contra dos grandes enemigos: la luz y el aire.

El despacho del decano parecía una capilla. La detenida luz crepuscular penetraba por un alto ventanal, con vidrieras de colores, a través de santos rígidos, en actitud implorante. Una mancha de luz roja y otra purpúrea se posaban en dos gárgolas genuinas agazapadas en los ángulos de una chimenea que nunca había sido usada. En el centro de un cuadro del Partenón, suspendido sobre la chimenea, había una mancha verde.

Cuando Roark penetró en la habitación, los contornos del rostro del decano flotaban confusamente tras el escritorio tallado como un confesionario. El decano era un caballero bajo, más bien gordo, cuya indomable dignidad limitaba la expresión de su carne.

—¡Ah, sí, Roark! —dijo, sonriendo—. Siéntese.

Roark se sentó. El decano entrelazó los dedos sobre el vientre y aguardó la disculpa esperada, pero ésta no llegó. El decano aclaró su voz.

—Sería innecesario expresarle mi pesar por el suceso desdichado de esta mañana —empezó—, pues supongo que usted ha conocido siempre el interés sincero que he puesto en su bienestar.

—Completamente innecesario —dijo Roark. El decano lo miró indeciso, pero continuó:

—No es necesario que le diga que no voté en contra de usted. Me abstuve totalmente. Pero quizá le agrade saber que tuvo en la reunión un resuelto grupito de defensores. Pequeño, pero resuelto. Su profesor de ingeniería de construcción actuó enteramente como un cruzado en su favor, y lo mismo el profesor de matemáticas. Desgraciadamente, los que creyeron que era su deber votar por su expulsión excedían en número a los otros. El profesor Peterkin, el crítico de dibujo, convirtió en

cuestión personal el asunto, llegando hasta amenazar con la dimisión si usted no era expulsado. Tenga en cuenta que usted ha provocado grandemente al profesor Peterkin.

—Es cierto —dijo Roark.

—Éste, como usted ve, fue el inconveniente. Me refiero a su actitud en materia de dibujo arquitectónico. Nunca le ha concedido usted la atención que se merece. Y, sin embargo, ha sido un excelente alumno en todas las otras materias de ingeniería. Nadie niega, naturalmente, la importancia de la ingeniería de la construcción para un futuro arquitecto. Pero ¿por qué ir a los extremos? ¿Por qué desdeñar lo que se puede llamar la parte artística, la parte inspiradora de su profesión, y concentrarse en todas esas materias áridas de técnica matemática si piensa ser arquitecto y no ingeniero civil?

—¿No es superfluo todo eso? —preguntó Roark—. Pertenece al pasado. No vale la pena discutir ahora mi elección de materias.

—Estoy tratando de ayudarlo, Roark. Debe ser justo en esto. No puede decir que no se le haya prevenido varias veces antes de que esto ocurriera.

—Es cierto.

El decano se movió en la silla. Roark le hacía sentirse incómodo. Tenía los ojos fijos en los suyos cortésmente. El decano pensó que el mal no consistía en que él lo mirase así; en realidad, era completamente correcto; más propiamente, cortés; sólo que lo hacía como si él no estuviese allí.

—Todos los problemas que se le han dado —prosiguió el decano—, todos los proyectos que ha tenido que dibujar, ¿cómo los hizo? Los ha hecho todos, en fin, no puedo llamarlo estilo, a su increíble manera, contraviniendo los principios que tratamos de inculcarle, contrariando todos los precedentes establecidos y las tradiciones artísticas. Usted cree ser lo que se llama un modernista, pero ni siquiera es eso...; se trata de una mera locura, si no le molesta que le hable así.

—No me molesta.

—Cuando se le daban proyectos dejándole la elección del estilo, y usted los transformaba en una de sus extravagancias, bueno, francamente, sus profesores lo aprobaban porque no sabían qué hacer; pero cuando se le dio un proyecto con un estilo histórico determinado: una capilla Tudor, un teatro lírico francés, y los transformó en algo que parecía un montón de cajones, sin razón y sin ritmo, ¿podría decir que era la realización del trabajo que le habían indicado o una insubordinación lisa y llana?

—Era una insubordinación —replicó Roark.

—Queríamos darle una oportunidad en vista de sus brillantes éxitos en todas las otras materias, pero cuando usted transforma en esto —el decano golpeó el puño sobre una hoja que tenía delante—, en «esto», una villa del Renacimiento para su último trabajo del año..., realmente, joven, ya es demasiado.

La hoja tenía el dibujo de un proyecto para una casa de vidrio y hormigón. En un ángulo había una firma de rasgos finos y angulosos: «Howard Roark».

—¿Cómo espera que lo aprobemos después de esto?

—Yo no esperaba aprobar.

—Usted no nos deja elección en este asunto. Naturalmente, ahora sentirá rencor hacia nosotros, pero...

—No siento tal cosa —repuso Roark tranquilamente—. Le debo una excusa. Por regla general, no permito que las cosas me ocurran. Esta vez he cometido un error. Yo no debí esperar a que me echasen; debería haberme ido hace tiempo.

—Vamos, vamos, no se desanime. Ésa no es la actitud que le conviene adoptar, sobre todo después de lo que le diré —el decano se sonrió, se inclinó hacia delante, gozando el preludio de una buena acción—. Éste es el propósito real de nuestra entrevista. Estaba ansioso por hacérselo saber tan pronto como me fuese posible. No quería dejarlo marcharse. Desafié personalmente el carácter del presidente cuando le hablé del asunto. Considérelo usted, si bien es cierto que él no se ha comprometido, pero... así quedaron las cosas. ¿Se da cuenta de lo importante que sería si usted se tomase un año para descansar, recapacitar, podríamos decir, para hacerse más hombre? Entonces podrá haber una posibilidad de admitirlo de nuevo. Considérelo usted; yo no puedo prometerle nada; esto que le digo es estrictamente oficioso; sería un poco irregular; pero, en vista de las circunstancias y de sus brillantes éxitos, podría constituir para usted una verdadera oportunidad.

Roark se sonrió. No era una sonrisa alegre ni agradecida. Era una sonrisa sencilla, fácil, divertida.

—Creo que usted no me comprende —repuso Roark—. ¿Por qué supone que yo quiero volver?

—¿Eh?

—No volveré. No tengo nada más que aprender aquí.

—No le comprendo —dijo el decano firmemente.

—¿Queda algún punto por explicar? Eso no es asunto que le concierna a usted.

—Por favor, explíquese.

—Ya que es su deseo, lo haré. Yo quiero ser arquitecto, no arqueólogo. No veo el objeto de hacer «villas» de estilo Renacimiento. ¿Para qué aprender a proyectarlas si nunca las edificaré?

—Querido joven, el gran estilo del Renacimiento está muy lejos de haber muerto. Cosas de ese estilo se edifican todos los días.

—Se edifican y se edificarán, pero no seré yo quien las haga —repuso Roark.

—Vaya, vaya, eso es una chiquillada.

—Yo vine aquí a aprender construcción de edificios. Cuando me daban un proyecto, el único valor que tenía para mí era aprender a resolverlo como si se tratase de un proyecto que había que ejecutar en realidad. He aprendido todo lo que podía aprender aquí en ciencias de la construcción, en lo que ustedes no me aprueban. Un año más diseñando tarjetas postales de Italia no me serviría para nada.

Una hora antes el decano deseaba que la entrevista se desarrollase lo más tranquilamente posible. Ahora quería que Roark mostrase alguna emoción; le parecía ficticio que estuviese tan naturalmente tranquilo en tales circunstancias.

—¿Quiere usted decirme que piensa seriamente edificar de esa manera cuando sea arquitecto, si llega a serlo?

—Sí.

—Pero, amigo, ¿quién se lo tolerará?

—No es ésa la cuestión. La cuestión es quién me contendrá.

—Présteme atención, y esto es muy serio. Lamento no haber tenido antes una conversación larga y

seria con usted... Ya sé, ya sé, ya sé, no me interrumpa; ha visto uno o dos edificios modernistas y eso le ha dado ideas. Pero ¿no se da cuenta de que todo el movimiento llamado modernista no es más que una fantasía pasajera? Usted debe comprender, lo que ya ha sido comprobado por todas las autoridades en la materia: que todo lo hermoso que hay en la arquitectura ha sido hecho ya. Hay una rica mina en cada estilo del pasado; nosotros solamente podemos elegir entre los grandes maestros. ¿Quiénes somos para mejorar lo que ellos hicieron? Sólo podemos intentar repetirlo respetuosamente.

—¿Por qué? —preguntó Roark.

«No —pensó el decano—, no ha agregado nada; ha sido una palabra inocente, no me está amenazando».

—¡Es evidente! —exclamó el decano.

—Mire —dijo Roark, señalando hacia la ventana—. ¿Ve el colegio y la ciudad? Mire cuántos hombres andan y viven allí. Bien; me importa un bledo lo que cada uno de ellos o todos juntos piensen de la arquitectura o de lo que fuere. ¿Por qué tengo que tomar en cuenta lo que pensaron sus abuelos?

—Ésa es nuestra sagrada tradición.

—¿Por qué?

—Por el amor de Dios, ¿continúa siendo tan ingenuo?

—Francamente, no lo comprendo. ¿Por qué quiere usted que yo piense que «ésta» es una gran arquitectura? —dijo, señalando el cuadro del Partenón.

—«Ése» —dijo el decano— es el Partenón.

—Ya lo sé.

—No dispongo de tiempo para perderlo en disputas tontas.

—Muy bien. —Roark tomó del escritorio una regla larga y se encaminó hacia el cuadro—. ¿Quiere que le diga qué es lo que está podrido aquí?

—¡Es el Partenón! —exclamó el decano.

—¡Sí, que Dios lo condene, el Partenón! Golpeó el cristal del cuadro con la regla.

—Mire —dijo Roark—, ¿para qué están ahí las famosas estrías de las famosas columnas? Para ocultar las juntas de la madera, cuando las columnas se hacían de madera; pero éstas no son de madera son de mármol. Los triglifos ¿qué son? Madera, vigas de madera dispuestas en la misma forma que ellos los colocaban, cuando empezaron a construir chozas de madera. Sus griegos, cuando emplearon el mármol, copiaron sus construcciones de madera, sin razón, porque otros las habían hecho así. Después sus maestros del Renacimiento hicieron copias en yeso de copias de mármol de copias de madera. Ahora estamos aquí nosotros haciendo copias de acero y hormigón de copias de yeso de copias de mármol de copias de madera. ¿Por qué?

El decano, sentado, lo observaba curiosamente. Había algo que lo confundía, no por las palabras de Roark, sino por la forma en que éste las decía.

—¿Reglas? —prosiguió Roark—. Mis reglas son éstas: lo que se puede hacer con un material no debe hacerse jamás con otro. No hay dos materiales que sean iguales. No hay dos lugares en la tierra que sean iguales. No hay dos edificios que tengan el mismo fin. El fin, el lugar, el material determinan la forma. Nada es racional ni hermoso si no está hecho de acuerdo con una idea central, y

la idea establece todos los detalles. Un edificio es algo vivo, como un hombre. Su integridad consiste en seguir su propia verdad, su único tema, y servir a su propio y único fin. Un hombre no pide trozos prestados para su cuerpo. Un edificio no pide prestado pedazos para su alma. Su constructor le da un alma, que cada pared, cada ventana, cada escalera expresan.

—Pero todas las formas de expresión hace ya tiempo que han sido descubiertas.

—Expresión ¿de qué? El Partenón no servía para el mismo propósito que su predecesor de madera, así como un aeropuerto no sirve para el mismo propósito que el Partenón. Cada forma tiene su propio significado, así como cada hombre crea su sentido, su forma y su fin. ¿Qué puede importar lo que han hecho los otros? ¿Por qué tiene que ser sagrado por el mero hecho de no haberlo efectuado uno? ¿Por qué todo el mundo tiene que tener razón? ¿Por qué el número de los demás toma el lugar de la verdad? ¿Por qué hacer de la verdad una mera cuestión aritmética y, en realidad, una simple cuestión de suma? ¿Por qué está todo retorcido, sin sentido para adoptarlo a los demás? Debe de existir alguna razón. No la conozco y nunca la he sabido; sin embargo, me hubiera gustado comprenderla.

—¿Por el amor de Dios! —exclamó el decano—. Siéntese. Sería mejor. ¿No le parece más conveniente dejar la regla sobre la mesa? Gracias. Ahora escúcheme. Nadie ha negado nunca la importancia que tiene la técnica moderna para un arquitecto. Tenemos que aprender a adaptar la belleza del pasado a las necesidades del presente. La voz del pasado es la voz del pueblo. Nunca un solo hombre ha inventado nada en arquitectura. El proceso creador es lento, graduado, anónimo, colectivo, y en él cada hombre colabora con los otros y se subordina a las normas de la mayoría.

—Mire —respondió Roark con serenidad—. Tengo, digamos, sesenta años de vida por delante. La mayor parte de este tiempo lo emplearé en trabajar. He elegido el trabajo que me gusta hacer. Si no hallo alegría en él, resultará que yo mismo me habré condenado a sesenta años de tortura. Y sólo encontraré alegría si hago mi trabajo de la mejor manera posible. Pero lo mejor es una cuestión de normas, y yo establezco mis propias normas. No he heredado nada, ni estoy al final de ninguna tradición. Quizás esté al principio de una.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó el decano.

—Veintidós —contestó Roark.

—Bastante excusable —dijo el decano; parecía sentirse aliviado—. Ya se curará usted de eso —sonrió—. Las viejas normas han vivido miles de años y nadie ha podido mejorarlas. ¿Qué son los modernistas? Una moda pasajera, exhibicionismo. Han tratado de llamar la atención. ¿Ha observado usted el curso de sus carreras? ¿Puede nombrarme uno solo que haya logrado alguna distinción permanente? Fíjese en Henry Cameron. Un gran hombre, un arquitecto sobresaliente hace veinte años. ¿Qué es ahora? Puede considerarse feliz si restaura un garaje una vez al año. Un vagabundo y borracho que...

—No discutiremos acerca de Henry Cameron.

—¿Es amigo suyo?

—No. Pero he visto sus obras.

—Y usted las encuentra...

—Dije que no discutiremos acerca de Henry Cameron.

—Muy bien. Debe darse cuenta de que le estoy permitiendo demasiada... libertad, diremos. No

estoy acostumbrado a tener discusiones con estudiantes que se conducen como usted; sin embargo, estoy ansioso por impedir, si es posible, lo que parece ser una tragedia: el espectáculo de un joven de sus dotes intelectuales, que trata de complicarse la vida.

El decano se preguntaba por qué le habría prometido al profesor de matemáticas hacer todo lo posible por aquel muchacho. Simplemente porque el profesor, señalando un proyecto de Roark, había dicho: «Éste es un gran hombre». Un gran hombre, pensó el decano, o un criminal. Después se arrepintió. No estaba de acuerdo con lo uno ni con lo otro.

Recordó lo que había oído del pasado de Roark. El padre de éste había sido pudelador de acero en un lugar de Ohio y había muerto hacía tiempo. Los documentos de ingreso del muchacho no ofrecían dato alguno, de parientes próximos. Cuando se le preguntó acerca de esto, respondió con indiferencia: «Nunca he pensado en ellos; puede ser que los tenga, no sé». Le llamó la atención que tal cosa tuviera allí algún interés. No había tenido ni había buscado un solo amigo en el colegio, y no quiso ingresar en ninguna asociación. Se había pagado sus estudios en la escuela superior y en los tres años del instituto. Desde la infancia había trabajado como albañil en la construcción de edificios. Había servido como enyesador, como plomero, y se había ocupado en trabajos en acero. Había aceptado todas las tareas que pudo conseguir en su marcha de poblado en poblado para llegar a las grandes ciudades del Este.

El decano lo había visto el último verano, durante sus vacaciones, remachando en un rascacielos que se construía en Boston. Su cuerpo descansaba bajo un grasiento overol; sólo sus ojos estaban atentos y su brazo derecho se balanceaba con pericia de cuando en cuando para coger al vuelo la bola de fuego, en el último momento, cuando parecía que el remache ardiendo le pegaría en la cara.

—Vamos —dijo el decano con gentileza—. Usted ha trabajado duramente para educarse. Sólo le falta un año para terminar. Hay una cosa muy importante que considerar, particularmente para un muchacho de su situación. Hay que pensar en la parte práctica de la carrera de arquitecto. Un arquitecto no es un fin en sí mismo; es solamente una pequeña parte del todo social. La cooperación es la palabra clave de nuestro mundo moderno y de la profesión de arquitecto en particular. ¿Ha pensado en sus futuros clientes?

—Sí —respondió Roark.

—El «cliente» —dijo el decano—. El cliente. Piense en él sobre todas las cosas. Él es el que tiene que vivir en la casa que usted construya. Su único propósito debe ser servirle. Debe aspirar a darle una expresión artística adecuada a sus deseos. ¿No es esto todo lo que se puede decir al respecto?

—Bien; yo podría decirle que aspiro a edificar para mi cliente la casa más confortable, más lógica y hermosa que se pueda construir. Podría decirle que trataré de ofrecer lo mejor que tenga y que también le enseñaré a conocer lo mejor. Podría decírselo, pero no quiero, porque no pienso construir para servir ni ayudar a nadie. No pienso edificar para tener clientes para edificar.

—¿Cómo? ¿Piensa forzarlos a aceptar sus ideas?

—No me propongo forzar ni ser forzado. Los que me necesiten, me buscarán.

Entonces comprendió el decano qué era lo que le había dejado perplejo en las maneras de Roark.

—¿Ha pensado —dijo— que resultaría más convincente si en sus palabras se advirtiese algún interés por mi opinión respecto al asunto?

—Es cierto —dijo Roark—. Pero no me preocupa si usted está de acuerdo conmigo o no.

Lo dijo tan simplemente, que no pareció ofensivo; sonaba como la manifestación de un hecho que él advertía, perplejo, por primera vez.

—No sólo no le preocupa lo que piensan los otros, cosa que podría parecer incomprensible, sino que ni se preocupa por hacer que piensen como usted.

—No.

—Pero eso es... monstruoso.

—¿Sí? Es posible. No podría decirlo.

—Estoy encantado con esta entrevista —dijo el decano repentinamente, con voz demasiado fuerte—. Esto ha aliviado mi conciencia. Creo, como dijeron algunos en la reunión, que la carrera de arquitecto no es para usted. He tratado de ayudarle, pero ahora estoy de acuerdo con el tribunal. A usted no hay que alentarle; es usted muy peligroso.

—¿Para quién? —preguntó Roark.

Pero el decano se levantó, indicando con esto que la entrevista había terminado.

Roark salió. Marchó lentamente a través de amplios salones, bajó la escalera y salió al jardín. Había conocido muchos hombres como el decano, pero jamás los había comprendido. Sabía solamente que existía una diferencia importante entre sus actos y los de ellos, pero hacía tiempo que ello había dejado de molestarlo. Buscaba siempre un motivo central en los edificios y un impulso central en los hombres. Sabía qué era lo que motivaba sus acciones, pero ignoraba la causa de los demás. No le preocupaba. No había conocido el proceso del pensamiento en los otros, pero deseaba saber a veces qué los hacía ser como eran. Le llamó la atención nuevamente la manera de pensar del decano. Había un secreto importante envuelto en esa cuestión; había un principio que debía descubrir.

Pero se detuvo. Contempló el sol en el momento en que iba a desaparecer, detenido todavía en la piedra caliza gris de una línea de molduras que corrían a lo largo de los muros enladrillados del instituto. Olvidó a los hombres y al decano y los principios que éste representaba y que él quería descubrir. No pensaba sino en lo hermosas que parecían las piedras iluminadas por la tenue luz y en lo que él podría hacer con ellas. Imaginaba un amplio pliego de papel y veía erguirse de éste paredes de desnudas piedras, con largas hileras de ventanales por los que entraba a las aulas la luz del cielo. En el ángulo del pliego había una firma de rasgos finos y angulosos: «Howard Roark».

II

«... La arquitectura, amigos míos es, un arte importante basado en dos principios cósmicos: belleza y utilidad. En un sentido más amplio, ellas forman parte de tres entidades eternas: Verdad, Amor y Belleza. Verdad, para las tradiciones de nuestro arte; Amor a nuestros semejantes, a quienes servimos; Belleza, ¡ah!, la Belleza es la diosa dominadora de todos los artistas, sea bajo la forma de mujer hermosa o de edificio... Ejem... Sí... En conclusión, os diré a vosotros, que estáis a punto de embarcaros en la carrera de la arquitectura, que sois los guardianes de una herencia sagrada... Ejem... Sí... por lo tanto, entrad en el mundo armados de las tres eternas enti..., armados con valor y fantasía, fieles a los cánones que esta gran escuela ha representado durante tantos años. Servidla lealmente, no como esclavos del pasado, ni tampoco como esos advenedizos que predicán la originalidad como único objetivo y cuya actitud es sólo ignorante vanidad. ¡Que los años sean ricos en actividad para vosotros y que al partir de este mundo dejéis vuestras huellas en las arenas del tiempo!».

Guy Françon terminó con un saludo de comprensión, blandiendo y levantando el brazo derecho, sin ceremonia, pero con ese aire, ese alegre aire fanfarrón que Guy siempre se permitía. El inmenso salón, frente a él, estalló en aplausos de aprobación.

Un mar de rostros jóvenes, sudorosos, estuvo solemnemente elevado durante cuarenta y cinco minutos hacia la tarima donde Guy Françon pronunciaba el discurso de colación de grados del Instituto de Tecnología de Stanton. Guy Françon, de la famosa firma «Françon Heyer», de Nueva York; vicepresidente de la Corporación de Arquitectos de Norteamérica, miembro de la Academia Norteamericana de Artes y Letras, miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes, secretario de la Liga de Artes y Oficios de Nueva York, presidente de la Sociedad de Cultura Arquitectónica de los Estados Unidos; Guy Françon, caballero de la Legión de Honor de Francia; condecorado por los Gobiernos de Gran Bretaña, Bélgica, Mónaco y Siam; Guy Françon, el más importante de los alumnos de Stanton, que había diseñado el famoso edificio del «Banco Nacional Frink», de la ciudad de Nueva York, en cuya parte superior —veinticinco pisos de altura—, y en una réplica en miniatura del mausoleo de Adriano, ardía, bañada por el viento, una antorcha hecha con vidrio y con las mejores bombillas de la Compañía General de Electricidad.

Guy Françon bajó de la tarima totalmente consciente de su ritmo y de sus movimientos. Era de estatura mediana y no demasiado grueso, pero con una leve tendencia a ser corpulento. Nadie, y él lo sabía, le atribuía su verdadera edad: cincuenta años. Su rostro, sin arrugas, no tenía una sola línea recta; era una ingeniosa composición de esferas, círculos, arcos y elipses. Tenía ojos brillantes que chispeaban de ingenio. Su vestimenta demostraba que, como artista, se preocupaba hasta por los más ínfimos detalles de ella. Conforme iba bajando los escalones, pensaba que aquella debía de ser una escuela de ambos sexos.

Pensó que el salón que tenía enfrente era un espléndido modelo de arquitectura, aunque aquel día resultaba un poco sofocante a causa de la multitud y del problema de la ventilación, que no se había tomado en cuenta; pero ostentaba pedestales de mármol verde, columnas corintias de hierro fundido pintadas de oro, guirnaldas de frutas doradas en las paredes. Los ananás, particularmente, consideró Guy Françon, habían resistido muy bien la prueba de los años. «Es conmovedor —pensaba—; yo fui

quien edificó este anexo y este mismísimo salón hace veinte años, y aquí estoy como si tal cosa».

El salón estaba colmado de cuerpos y de rostros, tan apretados que no se podía distinguir a qué cuerpos correspondían los rostros. Era como un áspid, trémulo y suave, formado de brazos, hombros, pechos y estómagos confundidos. Una de aquellas cabezas, pálida y hermosa, de cabellos negros, pertenecía a Peter Keating.

Estaba sentado al frente, mirando al proscenio, porque sabía que muchas personas se fijaban en él y continuarían mirándole luego. No se volvía, pero la conciencia de aquellas miradas que convergían en él no lo abandonaba. Sus ojos eran oscuros, despiertos, inteligentes. Su boca, vuelta hacia arriba en forma de media luna, perfectamente trazada, era suave, generosa y hallábase estremecida con el débil anuncio de una sonrisa. Su cabeza tenía cierta perfección clásica a causa de la forma del cráneo y de la ondulación natural de los negros rizos junto a las sienes levemente hundidas. Llevaba la cabeza sobre hombros a la manera de uno que da por descontada su belleza aunque los demás no lo pensarán así. Era Peter Keating, el mejor estudiante de Stanton, presidente del grupo estudiantil, capitán del equipo, miembro de la asociación más importante y considerado por todos como el muchacho más popular del colegio.

Keating pensó que la multitud estaba allí para verlo graduarse, trató de calcular la capacidad de la sala. Todos conocían su éxito escolar y nadie superaría su marca aquel día. Allí estaba Shlinker, que le había hecho una competencia firme, pero que había sido vencido el último año. Había él trabajado como un negro porque necesitaba vencer a Shlinker. Ya no tenía rivales. Entonces comenzó a sentir de improviso como si algo hubiese caído en su garganta, en su estómago; algo frío y vacío, como un hueco agujero que rodara hacia abajo y dejara ese sentimiento en su trayecto. No era un pensamiento, sino la insinuación de una pregunta: si él era realmente tan grande como habían de proclamarlo aquel mismo día.

Buscó a Shlinker entre la multitud y distinguió su rostro amarillo con sus anteojos con arco de oro. Lo miró fija, afectuosamente, con alivio, con confianza, con gratitud. Era obvio que Shlinker no podría tener jamás esperanzas de igualar su apariencia o su habilidad. Siempre vencería él a Shlinker y a todos los Shlinker del mundo. No permitiría que nadie lograra lo que él no hubiese logrado.

Que todos lo observasen; él daría motivo para que lo miraran así. Percibía el aliento cálido que lo rodeaba, y la expectación obraba en él como un tónico. Y Peter Keating pensó que todo era maravilloso.

Su cabeza empezó a bambolearse. Era una sensación agradable que lo conducía, sin resistencia y desmemoriado, al proscenio, frente a todos aquellos rostros. Estaba allí —delgado, acicalado, atlético— y dejaba que el diluvio se rompiera sobre su cabeza. Aquel estruendo era porque él se había graduado con honores, porque la Corporación de Arquitectos de Norteamérica lo había premiado con medalla de oro y la Sociedad de Cultura Arquitectónica de los Estados Unidos le había concedido el Premio París, que consistía en una beca por cuatro años para estudiar en la École des Beaux Arts.

Después se encontró estrechando manos, rascándose el rostro sudoroso, con el borde del pergamino enrollado, sacudiendo la cabeza, sonriendo, sofocándose dentro de su toga, con la esperanza de que los concurrentes no advirtiesen a su madre, sollozando y abrazándolo.

El presidente del instituto le estrechó la mano, halagándole: «¡Stanton estará orgullosa de usted,

joven!»). El decano le dio la mano, repitiendo: «...un glorioso porvenir... un glorioso porvenir... un glorioso porvenir...». El profesor Peterkin le estrechó la mano y le palmeó la espalda, diciéndole: «... y usted lo hallará absolutamente esencial; por ejemplo, yo tuve la experiencia cuando hice el Correo de Peabody...». Keating no escuchó el resto, porque había oído muchas veces la historia del Correo de Peabody. Era el único edificio que se sabía que el profesor Peterkin hubiese levantado antes que sacrificase el ejercicio de la profesión a las responsabilidades de la enseñanza. Mucho se habló del proyecto final de Keating: un palacio de bellas artes. Ni en sueños hubiera recordado Keating, en tal momento, de qué proyecto se trataba.

A través de todo esto, sus ojos conservaban la visión de Guy Françon que le estrechaba la mano, y sus oídos escuchaban el sonido de su voz melosa: «... como le dije, todavía está pendiente, muchacho. Por supuesto. Ahora que tiene esa beca..., usted decidirá... El diploma de la École des Beaux Arts es muy importante para un joven..., pero a mí me gustaría tener en nuestra oficina...».

El banquete del curso del 22 fue largo y solemne. Keating escuchó los discursos con interés. Cuando oía las frases interminables sobre «los jóvenes que son la esperanza de la arquitectura norteamericana» y «el futuro abre sus puertas de oro», tenía el convencimiento de que él era la esperanza y que el porvenir era suyo y que era agradable escuchar esa afirmación de tantos labios eminentes. Contempló a los oradores de cabellos grises y pensó cuánto más joven sería él cuando alcanzase esas posiciones y otras más altas aún.

Entonces, de pronto, se acordó de Howard Roark. Se sorprendió que el destello de aquel nombre en su memoria le provocase, sin que comprendiese por qué, una punzada de placer leve y aguda. Recordó entonces que Howard Roark había sido expulsado por la mañana. Se lo reprochó en silencio e hizo un notorio esfuerzo para lamentarlo; pero la secreta alegría volvió cada vez que recordaba aquella expulsión. El acontecimiento le probaba que había estado loco al pensar que Roark podía ser un rival peligroso. Al mismo tiempo se sentía más preocupado por Roark que por Shlinker, aunque Roark era dos años menor y de un curso después que el suyo. Si alguna vez había tenido duda sobre las respectivas condiciones, ¿no era llegado el momento de ponerle fin? Recordó que Roark había sido muy solícito con él, ayudándole cuando se aturrullaba en un problema...; no realmente aturrullarse, no, sino más bien cuando no tenía tiempo para resolverlo, ya fuese un plano o algo por el estilo. ¡Dios mío! ¿Cómo Roark podía desembrollar un plano como si estirase una cuerda? ¡Bah! ¿Y de qué le había servido? ¿Qué obtuvo? Finalmente no le había servido para nada. Y recordando esto, Peter Keating experimentó al final un tormento de recompensada simpatía por Howard Roark.

Cuando lo llamaron para que hablase, se levantó confiado. No quería demostrar que estaba aterrorizado. Nada tenía que decir de arquitectura; pero habló, manteniendo alta la cabeza como un igual entre iguales; pero tenía una desconfianza tan sutil, que pocos de los presentes podían percibirla. Recordó y comenzó: «La arquitectura es un arte importante... con nuestros ojos en el porvenir y la reverencia hacia el pasado en nuestros corazones... de todas las artes la más importante, socialmente... y como ha dicho hoy el hombre que es un inspirador para todos nosotros, las tres entidades eternas: Verdad, Amor y Belleza...».

Entonces un muchacho que venía de los corredores, entre la confusión de los que se despedían, lo abrazó, murmurándole apresuradamente al oído:

—Márchate a tu casa y desentiéndete de este lío, Peter. Nos vamos esta noche a Boston, con nuestra «barra» solamente. Iré a buscarte dentro de una hora.

Ted Shlinker lo acosó:

—Por supuesto que vendrás, Peter. Sin nosotros no habrá alegría, y de paso mi enhorabuena y toda clase de cosas. Nada de sentimientos mezquinos: que gane el mejor.

Keating abrazó a Shlinker; sus ojos brillaban con un entusiasmo insistente, como si Shlinker fuese su amigo más querido; los ojos de Keating brillaban en igual forma sobre todo el mundo. Le dijo:

—Gracias, amigo. Realmente me siento abrumado con esta medalla de la CAA. Creo que tú eres el único que se la merecía, pero tú nunca quieres agarrar estos trastos viejos.

Después Keating marchó hacia su hogar a través de la suave oscuridad, pensando cómo haría para escapar de su madre aquella noche.

Pensaba que su madre, conforme ella lo hacía notar con frecuencia, había hecho mucho por él. Su madre era una dama graduada en la Escuela Superior, pero que había trabajado duramente; había admitido huéspedes en su casa, lo cual era completamente anormal en las costumbres de la familia.

Su padre había tenido una papelería en Stanton. Cambiaron los tiempos y terminó el negocio. Y una hernia había terminado con él hacía doce años. Louisa Keating había quedado con su casa, que estaba al final de una calle respetable, con una pensión vitalicia procedente de una póliza que ella se había procurado de mantener siempre en vigor, y con su hijo. La renta era modesta, pero con la ayuda de los huéspedes y de su tenacidad la señora Keating se las arreglaba. En el verano su hijo la ayudaba colocándose como empleado de hotel o sirviendo para propaganda de sombreros. Su hijo, como la señora Keating había decidido, ocuparía el lugar que le correspondía en el mundo, y ella se había adherido a esta idea, suave e inexorablemente como una sanguijuela.

Era gracioso, pensaba Keating; una vez había querido ser artista y había sido su madre quien le había elegido el mejor campo para que pudiese ejercitar su talento para el dibujo: «La arquitectura —le había dicho ella— es una profesión respetable. Además, en ella podrás relacionarte con las personas mejores». Ella lo había metido en esa carrera, sin que él supiese cuándo ni cómo. Era gracioso, pensaba Keating; él no se acordaba de su ambición juvenil desde hacía muchos años. Le resultaba divertido que el recordarlo le produjese dolor. Bien; aquélla era la noche para recordarlo y olvidarlo para siempre.

Los arquitectos siempre han hecho carreras brillantes, y una vez en la cumbre ¿fracasaban acaso alguna vez? De pronto recordó a Henry Cameron, constructor de rascacielos hacía veinte años y a la sazón, un viejo borracho con oficinas frente a algún muelle. Keating se estremeció y empezó a caminar con más rapidez.

Pensaba si lo estarían mirando conforme pasaba. Observó los rectángulos de las ventanas iluminadas. Cuando una cortina flotaba y se asomaba una cabeza, trataba de averiguar si era para verlo pasar. Si aún no era así, algún día ocurriría, algún día todos lo observarían al pasar.

Howard Roark estaba sentado en los escalones del porche cuando Keating se acercó. Estaba reclinado en los escalones, apoyado en los codos, con las largas piernas estiradas.

Una enredadera trepaba por los pilares del porche, como una cortina entre la casa y el poste de la luz que estaba en la esquina.

Era extraño ver un globo eléctrico en el aire de aquella noche de primavera. Daba más oscuridad

y ternura a las calles. Colgaba solo, como una brecha en las sombras, y no permitía ver nada más que unas pocas ramas cargadas de hojas que lo rodeaban.

La pequeña sugestión resultaba tan inmensa como si en la oscuridad no hubiese más que una avenida de hojas. La bolsa mecánica de vidrio daba más vida a las hojas. Les quitaba sus colores y les prometía que a la luz del día serían del verde más brillante que jamás haya existido: por una parte, las afeaba; en cambio, por otra, les daba un sentido nuevo de primavera y de espacio.

Keating se detuvo cuando reconoció los absurdos cabellos color de naranja en la oscuridad del porche. Perteneían a la única persona a la cual deseaba ver. Estaba contento de encontrar a Roark solo, pero también se sentía un poco temeroso por eso.

—Mi enhorabuena, Peter —dijo Roark.

—¡Oh..., gracias...! —Keating se sorprendió al sentir por aquella felicitación mayor placer que por las otras que había recibido durante el día. Sentía una alegría tímida a causa de la aprobación de Roark e íntimamente se consideraba un tonto por eso—. Quiero decirte..., tú sabes... —Y agregó—: ¿Te lo dijo mamá?

—Sí, ella me lo dijo.

—No tenía que haberlo hecho. —¿Por qué no?

—Mira, Howard, quiero que sepas que estoy muy triste por tu...

Roark echó hacia atrás la cabeza y le contempló.

—Olvidalo —dijo.

—Yo... tengo algo que consultar contigo, Howard. Quiero pedirte tu opinión. ¿Me permites que me sienta?

—¿De qué se trata?

Keating se sentó en los escalones junto a él. Delante de Roark no podía fingir; además no tenía ganas de representar ningún papel en aquel momento. Oyó una hoja que susurró al caer a tierra; era un sonido de primavera, tenue y cristalino. En aquel instante experimentaba por Roark un sentimiento que contenía a la vez pena, asombro y desesperanza.

—Tú comprenderás —dijo Keating gentilmente y con absoluta sinceridad— que me resulta incómodo tener que consultarte sobre mis asuntos, precisamente el día que tú has sido...

—Te dije que olvidaras eso. ¿De qué se trata?

—Tú sabes —agregó Keating francamente y sorprendiéndose a sí mismo— que a menudo he pensado que eres un tonto; pero no ignoro que sabes muchas más cosas... de arquitectura que las que los tontos sabrán en su vida. Y sé que la amas como ellos no la amarán jamás.

—Y bien...

—Y bien, no sé por qué he venido hacia ti, pero aunque no te lo haya dicho antes, verás..., prefiero seguir tu opinión a la del decano. Probablemente debería seguir la del decano, pero no sé por qué la tuya significa más para mí. No sé por qué estoy diciendo esto.

Roark se volvió, lo miró y se sonrió. Era una sonrisa joven, cordial, amistosa. Una cosa tan rara en Roark que Keating se impresionó como si alguien le hubiese tomado las manos confidencialmente, y olvidó que tenía una fiesta en Boston y que lo estaban esperando.

—Vamos, no te asustes de mí. ¿Qué quieres preguntarme?

—Es acerca de mi beca, del premio París que obtuve.

—¿Sí?

—Es por cuatro años; pero, por otra parte, Guy Françon me ha ofrecido un puesto en su oficina, hace algún tiempo, aunque todavía está pendiente y no sé cuál de los dos aceptar.

Roark lo miró, movió los dedos y empezó a golpearlos lentamente sobre los escalones.

—Si quieres mi opinión, Peter —dijo al fin—, te diré que has cometido ya un error al pedírmela o al pedírsela a cualquiera. Nunca pidas opiniones a nadie, por lo menos acerca de tu trabajo. ¿Acaso no sabes lo que quieres? ¿Cómo puedes soportar eso de no saber lo que quieres?

—Eso es precisamente lo que admiro de ti. Tú siempre sabes decidirte.

—Deja los cumplimientos.

—¿Cómo te arreglas siempre para saber decidirte? —¿Cómo puedes dejar que los otros decidan por ti?

—Pero es que yo nunca estoy seguro de mí mismo, Howard. No sé si soy tan bueno como los demás dicen. Esto no se lo confesaría a nadie más que a ti. Creo que es porque tú estás siempre seguro por lo que yo...

—¡Peter! —estalló la voz de la señora Keating detrás de ellos—. ¡Peter querido! ¿Qué estás haciendo ahí?

Ella se quedó en el umbral, con su mejor vestido de tafetán color de hez de vino, feliz y enojada.

—He estado esperándote sentada, completamente sola. ¿Qué diablos estás haciendo sobre esos sucios escalones con tu traje de fiesta? Levantaos en seguida y entrad, muchachos. Tengo chocolate caliente y bollitos para vosotros.

—Pero, mamá, yo quería hablar con Howard de algo importante —dijo Keating, pero se puso en pie.

Parecía que no lo hubiese oído; entró en la casa, y su hijo se marchó detrás de ella.

Roark los siguió con la mirada, se encogió de hombros, se levantó y entró también.

La señora Keating hizo crujir su tiesa falda al sentarse.

—Y bien —preguntó, ¿qué estabais discutiendo afuera?

Keating acercó un cenicero con el dedo, cogió una caja de fósforos, luego la dejó caer y, sin prestar atención a su madre, se volvió hacia Roark.

—Mira, Roark, abandona esa actitud —le dijo en voz alta—. ¿Renunciaré a la beca y empezaré a trabajar con..., o haré esperar a Françon y entraré en la École des Beaux Arts para que deje su huella en este patán? ¿Qué piensas tú?

Había algo que se había esfumado. El momento de unión se había perdido.

—Peter, déjame que yo arregle esto... —empezó la señora Keating.

—¡Oh, espera un minuto, mamá! Howard, lo he pensado cuidadosamente. No todo el mundo consigue una beca como ésta. Ha de ser bastante bueno para conseguirlo. Tú sabes cuán importante es un curso en la École des Beaux Arts.

—No lo sé —dijo Roark.

—¡Oh, diablos! Conozco tus fantásticas ideas, pero estoy hablando con sentido práctico de acuerdo con la posición en que me hallo. Dejando a un lado los ideales por un momento, es cierto...

—Tú no necesitas mis consejos —agregó Roark.

—¡Naturalmente que los necesito! ¡La prueba es que te los estoy pidiendo!

Pero Keating no podía ser el mismo cuando tenía un auditorio, cualquiera que éste fuese. Algo se había ido. No sabía qué, pero se daba cuenta de que Roark lo sabía. Los ojos de Roark le molestaban, y esto le enfadó.

—Quiero practicar arquitectura, no hablar acerca de ella —prosiguió Keating—. La vieja École da gran prestigio..., lo coloca a uno por encima de los muchos que creen que pueden construir edificios. Por el otro lado, una oportunidad con Françon... ¡Guy Françon mismo ofreciéndomela!

Roark se alejó.

—¿Cuántos muchachos están en esta situación? —continuó Keating ciegamente—. De aquí a un año, si es que encuentran trabajo, como máximo podrán jactarse de trabajar para Smith o Jones. ¡Mientras que yo estaré con Françon y Heyer!

—Tienes mucha razón, Peter —le dijo su madre, levantándose—. En una cuestión como ésta no necesitas consultar a tu madre: es demasiado importante. Te dejaré para que la arregles con Roark.

Miró a su madre; no necesitaba saber lo que pensaba. Sabía que la única oportunidad para decidirse era hacerlo antes de que ella lo supiese. Se había detenido para mirarlo, dispuesta a volver a abandonar la habitación. Él sabía que no era mentira; que lo dejaría si él lo deseaba y necesitaba que se fuese. Lo necesitaba desesperadamente.

—¿Por qué dices eso, mamá? Naturalmente que necesito tu opinión. ¿Qué... qué piensas tú?

Ella no se dio cuenta de la desapacible irritación de su voz, y sonrió.

—Peter, yo nunca pienso nada; eso depende de ti. Siempre ha dependido de ti.

—Bien —empezó, titubeando, observándola—, si voy a Bellas Artes...

—¡Magnífico! —dijo la madre—. Es un lugar importante. Todo el océano te separará de tu hogar. Desde luego que, si te vas, el señor Françon tomará a algún otro. La gente hablará de eso. Todo el mundo sabe que el señor Françon elige, cada año, al mejor muchacho de Stanton para su oficina. Me imagino lo que parecerá si algún otro muchacho obtiene el empleo. Pero creo que eso no importa.

—¿Qué... qué dirá la gente?

—Supongo que poca cosa. Solamente que el otro muchacho, el que elija, era el mejor del curso. Supongo que tomará a Shlinker.

—¡No! —dijo, atragantándose, furiosamente—. ¡Shlinker no!

—Pero ¿por qué te preocupas de lo que dirá la gente? Tienes que hacer lo que te plazca.

—Y tú crees que Françon...

—¿Qué tengo yo que ver con Françon? No tiene nada que ver conmigo.

—Mamá, ¿quieres que acepte el empleo de Françon?

—Yo no quiero nada, Peter. Tú eres dueño de decidir.

Se preguntó si quería realmente a su madre. Pero era su madre, y por este hecho, reconocido por todo el mundo, creía que automáticamente la amaba, de manera que daba por sentado que cualquier cosa que sintiera por ella era amor. No sabía si había alguna razón que influyese para que se respetara su opinión. Ella era su madre y este hecho tomaba el lugar de la razón.

—Sí, por supuesto, mamá... Pero... Sí, yo sé..., pero Howard...

Era una súplica de ayuda. Roark estaba en un canapé, medio echado, tendido desganadamente como un gato. Esto sorprendía a Keating a menudo: había visto a Roark moviéndose con la silenciosa tensión y la precisión de un gato; lo había visto descansando como un gato, en una actitud tal que

parecía que su cuerpo no tuviera ningún hueso sólido. Roark lo contempló y le dijo:

—Peter, tú sabes cómo me preocupan esas dos posibilidades. Elige la menos mala... ¿Qué aprenderás en la École des Beaux Arts? Únicamente más palacios de estilo Renacimiento y más teatros de operetas. Allí te matarán todo lo que puedas tener; podrás trabajar bien sólo de vez en cuando, cuando alguien lo permita. Si realmente quieres aprender, trabaja con Françon. Es un bastardo y un tonto, pero construirás edificios. Eso te preparará para continuar tu propio camino mucho más pronto.

—Hasta el señor Roark habla con sentido a veces —dijo la señora Keating—, aunque hable como un conductor de camiones.

—Realmente, ¿crees que trabajo bien?

Keating lo miró como si sus ojos todavía conservasen el reflejo de ese último juicio y el resto no le importase.

—Ocasionalmente, aunque no a menudo.

—Ahora que todo ha sido arreglado... —empezó la señora Keating.

—Tendré que pensarlo más..., mamá.

—Ahora que todo está arreglado, ¿qué os parece si tomáis el chocolate caliente? Lo tendré listo en un soplo.

Sonrió a su hijo, con una sonrisa inocente que expresaba su obediencia y su gratitud, y salió de la habitación, con un crujido de ropas.

Keating se paseaba nerviosamente, se detenía, encendía un cigarrillo, se paseaba echando humo en cortas bocanadas. Después miró a Roark.

—Y ahora, Roark, ¿qué piensas hacer?

—¿Yo?

—Sin darme cuenta me he estado preocupando nada más que de mí mismo. Mamá tiene buenas intenciones, pero me vuelve loco... Bueno, al diablo todo esto. ¿Qué piensas hacer?

—Irme a Nueva York.

—¡Magnífico! ¿Para conseguir un empleo?

—Para conseguir un empleo.

—¿En... en arquitectura?

—En arquitectura, Peter.

—¡Magnífico! Me gusta. ¿Tienes algún proyecto definido?

—Voy a trabajar con Henry Cameron.

—¡No! ¡Howard!

Howard sonrió moviendo apenas las comisuras de los labios y no dijo nada.

—¡Oh, no, Howard! Pero si él no es nada, si ya no es nada... ¡Ya sé que tuvo un nombre, pero ahora está acabado! Nunca consigue una construcción importante, no ha tenido ninguna durante años. Se dice que tiene un basurero por oficina. ¿Qué clase de porvenir te espera con él? ¿Qué aprenderás?

—No mucho; sólo cómo se debe edificar.

—Por el amor de Dios, tú no puedes continuar así, arruinándote deliberadamente. Creía que hoy habías aprendido algo.

—Algo he aprendido.

—Mira, Howard, si es porque piensas que nadie te va a tener en cuenta ahora, al contrario, yo te ayudaré. Trabajaré con el viejo Françon y te ayudaré.

—Gracias, Peter; pero no es necesario. Ya lo he resuelto.

—Y él, ¿qué dice?

—¿Quién?

—Cameron.

—Nunca lo he visto.

En aquel momento se oyó el chillido de una bocina. Keating recordó la fiesta, se fue a mudar de ropa, chocó con su madre en la puerta e hizo saltar una taza de la bandeja cargada que traía.

—¡Peter!

—¡No importa, mamá! —La asió por los codos—. Tengo prisa, querida; tengo una fiesta con los muchachos. No protestes, porque no volveré tarde. Celebraremos mi ingreso con Françon.

La besó impulsivamente con esa alegre exuberancia que lo hacía irresistible a veces, y salió corriendo.

La señora Keating inclinó la cabeza, aturdida; protestó, pero era feliz.

En la habitación, mientras tiraba la ropa en todas direcciones, se acordó, de pronto, que tenía que enviar un telegrama a Nueva York. Era una cuestión que no se le había ocurrido en todo el día, pero ahora le llegaba con un sentido de urgencia desesperada. Quería mandar aquel telegrama inmediatamente. Escribió en un pedazo de papel:

Querida Katie: Voy a Nueva York empleo Françon. Tuyo siempre. PETER.

Aquella noche, Keating fue a Boston a toda marcha, metido en el automóvil entre dos muchachos, dejando atrás el camino y el viento.

Pensó que el mundo se abría ante él, así como la oscuridad huía en presencia de los sacudidos focos del automóvil. Era libre y estaba dispuesto. En pocos años —tan pronto, porque el tiempo no existía para la velocidad del automóvil—, su nombre sonaría como una bocina, haciendo salir de sus camas a la gente. Estaba preparado para hacer grandes cosas, para hacer cosas no sobrepasadas en..., en..., ¡diablos!, en arquitectura.

III

Peter Keating contemplaba las calles de Nueva York. Observó que la gente iba extremadamente bien vestida.

Se detuvo un instante delante del edificio de la Quinta Avenida donde lo estaban esperando la oficina de Françon y Heyer y su primer día de trabajo. Miró a los hombres que pasaban aprisa. «Elegantes como el diablo», se dijo. Y echó una mirada, pesaroso, a sus propias ropas. Tenía mucho que aprender en Nueva York.

Keating se introdujo por la puerta giratoria en un lustroso vestíbulo de mármol y se dirigió a un ascensor, barnizado de rojo y de dorado, que lo condujo, treinta pisos más arriba, a una puerta de caoba. Vio una placa de bronce pequeña, con letras elegantes:

FRANÇON Y HEYER.

Arquitectos.

La sala de espera de la oficina de los señores Françon y Heyer parecía el salón de baile de una mansión colonial, fresco e íntimo. Los blancos muros plateados formaban paneles con las pilastras achatadas; las pilastras eran acanaladas y curvadas formando volutas jónicas; éstas soportaban pequeños frontones quebrados por la mitad, para dar lugar a una urna griega de yeso colocada en la pared.

Grabados de templos griegos adornaban los paneles; eran demasiado pequeños para distinguirse, pero presentaban las columnas inconfundibles, los tímpanos y las ruinas desmoronadas.

Desde que traspuso el umbral, Keating sintió, con bastante sorpresa, como si una correa transportadora corriera bajo sus pies. Ésta lo condujo a una empleada que atendía al público sentada junto al conmutador del teléfono, detrás de la balaustrada de una galería florentina. De allí, la correa transportadora lo llevó a la oficina donde se hacían los proyectos.

Vio largas mesas achatadas, un bosque de varillas retorcidas que, descendiendo del techo, terminaban en lámparas de verde sombra, enormes legajos de papel heliográfico, torres de cajones amarillos, papeles, cajas de hojalata, muestras de ladrillo, frascos de engrudo y calendarios de compañías de construcción, la mayoría de ellos con cuadros de mujeres desnudas.

El dibujante principal hizo unas casteñetas con los dedos, sin mirarlo siquiera. Estaba aburrido y al mismo tiempo ansioso de hacer algo. Le indicó con el pulgar una pieza donde había armarios, levantó la barbilla para señalarle la puerta de uno de ellos, y estuvo balanceándose sobre los pies mientras Keating ajustaba a su cuerpo erguido e incierto una blusa de color gris perla. Françon había insistido mucho sobre el uso de esta blusa. La correa transportadora se detuvo junto a una mesa, en un rincón de la sala de dibujo, donde Keating se encontró con una colección de planos que tenía que desarrollar. La flaca espalda del dibujante principal se iba alejando de él como si hubiese olvidado su existencia.

Keating se puso a trabajar en seguida, los ojos fijos y la garganta rígida. No veía más que el resplandor perlino de papel delante de sí. Las líneas firmes que dibujó lo sorprendieron porque veía

que su mano temblaba sobre el papel una pulgada hacia delante y otra hacia atrás. Seguía las líneas sin saber dónde terminaban ni por qué. Sabía solamente que aquel plano era la proeza tremenda de alguien a quien él no podía discutir ni igualar. Se sorprendió, pues siempre se había considerado como un arquitecto en potencia.

Mucho más tarde advirtió las arrugas de una blusa gris adhiriéndose a un par de omóplatos en la mesa vecina. Miró en torno, cautelosamente primero, luego con curiosidad, después con placer, finalmente con desprecio. Cuando llegó a esto último, Peter Keating fue él mismo otra vez, y sintió amor por los hombres. Supo de mejillas cetrinas, de una nariz cómica, de una verruga en una barbilla inclinada, de un estómago aplastado contra el borde de una mesa. Le gustaban tales espectáculos. Lo que ellos podían hacer, él podía hacerlo mejor. Sonrió. Peter Keating necesitaba de sus semejantes.

Cuando echó una ojeada a sus planos otra vez, advirtió los defectos que resaltaban en la obra maestra. Era el piso de una residencia privada; notó los torcidos pasillos que, sin razón aparente, rebanaban un gran espacio a los largos y rectangulares embutidos de habitaciones condenadas a la oscuridad. «¡Dios mío! —pensó—. Me desaprobarían si presentase esto como mi primer trabajo». Después de lo cual prosiguió en su tarea con rapidez, facilidad y pericia.

Antes de almorzar, Keating ya se había hecho de muchos amigos en el trabajo; no eran amigos definitivos, pero ante él se extendía un vasto terreno apto para la amistad. Sonreía a sus vecinos y hacía guiños de inteligencia con ellos, pero sobre nada en particular. En cada viaje que hacía para tomar agua, solía acariciar con el brillo suave y animado de sus ojos a aquellos que encontraba a su paso, con aquellos ojos brillantes que parecían traspasar a todo el que entraba en la sala, considerarlo como si fuese el más alto espécimen de humanidad y su amigo más querido. Y detrás de él dejaba la impresión siguiente: «Ahí va un muchacho listo y un excelente camarada».

Vio que un joven alto y rubio estaba efectuando la elevación de un edificio para oficinas en la mesa cercana. Se asomó con camaradería por encima del hombro del muchacho y contempló las guirnaldas de laurel entretejidas en torno a las columnas acanaladas de tres pisos de altura.

—Bastante bueno para el viejo —dijo Keating.

—¿Quién? —preguntó el muchacho.

—¿Cómo...? ¡Françon! —respondió Keating.

—Nada de Françon —dijo el muchacho plácidamente—. Él no ha diseñado ni siquiera una casilla de perro en ocho años. —Indicó con el pulgar, sobre su hombro, una puerta de vidrio que estaba detrás de ellos—: Ése.

—¿Quién? —preguntó Keating dándose vuelta.

—Él —dijo el muchacho—, Stengel, el que lo hace todo.

A través de la puerta de vidrio, vio Keating unas huesudas espaldas inclinadas sobre el borde de una mesa, una cabeza pequeña, triangular, inclinada atentamente, y dos manchas de luz en los redondos vidrios de los anteojos.

Era ya tarde cuando una sombra pareció cruzar por detrás de la puerta cerrada, y Keating supo por los murmullos que hubo en torno que Guy Françon acababa de llegar y había subido a la oficina del piso de arriba. Una media hora más tarde, la puerta se abrió y apareció Stengel con un inmenso pedazo de cartón que se balanceaba entre sus dedos.

—¡Eh, usted! —dijo, deteniendo sus anteojos en la cara de Keating—. ¿Usted está haciendo los

planos de esto? —E inclinó el cartón hacia delante—. Lleve esto al jefe para que le dé el visto bueno. Trate de escuchar lo que él le diga y trate de parecer inteligente, aunque ninguna de las dos cosas tenga importancia.

Era bajo y sus brazos parecían colgar hasta los tobillos, brazos que se balanceaban dentro de las largas mangas, como si fuesen sogas, con grandes manos eficientes.

Los ojos de Keating se helaron, se oscurecieron durante una décima de segundo, se concentraron en los lentes en una mirada aguda. Después sonrió y dijo agradablemente:

—Sí, señor.

Tomó el cartón con los extremos de los diez dedos y subió por la escalera de alfombra carmesí a la oficina de Guy Françon.

El cartón mostraba una perspectiva a la acuarela de una mansión de granito gris, con tres filas de buhardillas, cinco balcones, cuatro entrepaños, doce columnas, un mástil y dos leones a la entrada. En un rincón, prolijamente estampado a mano, decía: «Residencia del señor James S. Wattles y de su señora. Françon y Hayer, Arquitectos».

Keating respiró suavemente. James Wattles era el millonario fabricante de lociones de afeitar.

La oficina de Guy Françon estaba lustrada. «No, lustrada no —se dijo Keating—, sino revestida de laca, revestida de laca no, sino de un líquido mezclado de espejos y derramado sobre todas las cosas».

Vio fragmentos de su figura reflejada, sueltos y libres como un enjambre de mariposas que lo seguían por la habitación, por los gabinetes Chippendale, en las sillas de estilo jacobita, en el manto de la chimenea Luis XV. Tuvo tiempo para notar una genuina estatua romana que estaba en un rincón, fotografías color sepia del Partenón, de la catedral de Reims, de Versalles y del edificio del «Banco Nacional Frink» con la eterna antorcha.

Vio acercarse sus propias piernas al escritorio de caoba. Guy Françon estaba sentado. Su rostro era amarillento y las mejillas flácidas. Contempló a Keating un instante como si nunca lo hubiese visto, después lo reconoció y le sonrió cordialmente.

—Bien, bien, Kittredge, bien, muchacho; aquí estamos todos cómodamente en casa. Así que me alegro de verlo. Siéntese, muchacho, siéntese. ¿Qué tiene ahí? Bien, no hay prisa, no hay prisa en absoluto. Siéntese. ¿Cómo se siente aquí?

—Temo, señor, que demasiado feliz —dijo Keating con una expresión de franco y juvenil desamparo—. Siempre pensé que podría ser formal en mi primer empleo, pero empezando en un lugar como éste... Creo que me he asustado un poco. Esto pasará, señor —prometió.

—Por supuesto —contestó Guy Françon—. Quizá sea un poco abrumador para un muchacho, pero muy poco. No se preocupe. Estoy seguro de que usted va a llenar el puesto que se le ha asignado.

—Haré todo lo posible.

—Seguramente lo hará. ¿Qué es lo que me envían? —Françon extendió la mano hacia el dibujo, pero sus dedos fueron a descansar desganadamente en la frente—. Es tan fatigoso este dolor de cabeza... No, nada serio —contestó sonriendo ante el súbito interés de Keating—, solamente un pequeño *maux de tête*. Uno trabaja tan duramente...

—¿Puedo hacer algo por usted, señor?

—No, no, gracias. Nada puede hacer, únicamente si pudiera quitarme este dolor de cabeza. —

Parpadeó—. Es el champaña. *Entre nous*, el champaña de anoche no valía un comino. Nunca me ha gustado mucho el champaña. Permítame que le diga, Kittredge, que es muy importante conocer los vinos. Por ejemplo, si usted invita a un cliente a cenar y quiere tener la seguridad de hacer correctamente las cosas, Le diré un secreto profesional. Si uno pide perdices, la mayoría de la gente ordena vino borgoña. ¿Qué hace usted entonces? Pide «Closi Vougeot 1904». Esto da clase. Correcto, pero original. Uno debe ser original siempre. A propósito, ¿quién lo manda?

—El señor Stengel.

—¡Ah, Stengel!

El tono con el cual pronunció el apellido sonó como un golpe en la mente de Keating. Era un permiso de almacenaje para uso futuro.

—Es demasiado importante para traer su propio trabajo, ¿eh? Imagínese, él es un gran dibujante, el mejor dibujante de la ciudad de Nueva York, pero últimamente se ha convencido de que es demasiado grande. Cree que es el único que trabaja aquí, solamente porque le doy ideas y lo dejo que las realice. Por eso se pasa el día ensuciando papeles. Algún día usted sabrá, cuando haya estado más tiempo en los negocios, que el trabajo real de una oficina se realiza de puertas afuera. Tome el ejemplo de anoche, en el banquete de la «Asociación de Bienes Raíces Clairon». Doscientos convidados, cena y champaña; sí, champaña. —Frunció la nariz con fastidio, como si se burlase de sí mismo—. Hay que decir pocas palabras sin solemnidad, en una breve conversación de sobremesa, nada ruidoso ni tampoco una vulgar charla sobre negocios, sino unos pocos y bien elegidos pensamientos sobre la responsabilidad de los corredores de bienes raíces para con la sociedad, sobre la importancia de seleccionar arquitectos competentes, respetados y bien establecidos. Unas cuantas frases breves, brillantes, que se peguen a la mente.

—Sí, señor, como por ejemplo: elegir al constructor de su hogar es tan importante como elegir la esposa que habitará en él —dijo Keating.

—No está mal, no está del todo mal, Kittredge. ¿No le molesta si tomo nota?

—Mi nombre es Keating, señor —dijo firmemente, Keating—. Disponga de la idea; soy muy feliz con que le llame la atención.

—¡Keating, naturalmente! Pero..., naturalmente, Keating —dijo Françon con una sonrisa que lo desarmó—. Perdóneme, uno encuentra tanta gente. ¿Cómo decía usted? Elegir al constructor..., muy bien dicho.

Se lo hizo repetir y lo escribió en una hoja, escogiendo un lápiz de entre varios que tenía delante, lápices nuevos, de colores, con la punta bien afilada, listos para ser usados.

Después apartó la agenda, murmuró algo, se pasó la mano por las suaves ondas de su pelo y dijo fatigado:

—Bueno, supongo que tendré que examinar eso.

Keating extendió el dibujo respetuosamente. Françon se echó hacia atrás, sostuvo el cartón, alejándolo todo lo largo de su brazo. Lo contempló. Cerró el ojo izquierdo, después el derecho, movió el cartón una pulgada más lejos. Keating aguardaba desatinadamente, viéndole dar vueltas al cartón. Pero Françon apenas lo sostenía y de pronto Keating se dio cuenta que hacía un rato que no lo miraba. Lo estaba estudiando en provecho de Keating y entonces éste sintió algo liviano, liviano como el aire, y vio el camino del futuro claro y abierto.

—Hum..., sí —dijo Françon frotándose la barba con las yemas de sus suaves dedos. Volviéndose a Keating—. No está mal, de ningún modo. Bien..., tal vez... hubiera podido ser más distinguido, usted sabe; pero..., bien, el dibujo está hecho tan prolijamente... ¿Qué piensa, Keating?

Keating pensó que cuatro de las ventanas daban a cuatro columnas de granito gigantescas. Pero vio los dedos de Françon jugando con la corbata de color petunia-malva, y decidió no decir nada. En cambio, agregó:

—Si me permite hacer una sugestión, señor... Me parece que las cartelas entre el cuarto y el quinto piso son demasiado modestas para un edificio tan imponente. Parece que un rincón ornamental sería mucho más apropiado.

—Así es. Era precisamente lo que iba a decir. Un cordón ornamental. Pero..., pero, mire, ¿no disminuiría el ventanaje?

—Sí —dijo Keating con una débil apariencia de desconfianza en el tono, con el tono que habría usado para discutir con un discípulo—, pero las ventanas son menos importantes que la dignidad del edificio.

—Es verdad. Dignidad. Debemos dar, sobre todo, dignidad a nuestros clientes. Sí, definitivamente, un cordón ornamental... Solamente... mire, yo ya había aprobado los proyectos preliminares y Stengel lo había llevado a cabo muy prolijamente.

—Al señor Stengel le encantaría cambiarlo si usted se lo aconsejase.

Los ojos de Françon se detuvieron en los de Keating un momento. Después bajó los párpados y se sacó un hilacho de su manga.

—Naturalmente..., naturalmente... —dijo con vaguedad—. Pero ¿usted cree que el cordón es realmente importante?

—Yo creo —respondió Keating lentamente— que es más importante hacer los cambios que uno encuentra necesarios que poner el visto bueno a todo dibujo tal como el señor Stengel lo haya diseñado.

Françon no dijo nada y sólo lo miró fijamente; sus ojos lo enfocaban y sus manos eran blancas. Entonces, Keating se dio cuenta que se había aventurado terriblemente y había ganado. Después de ganar le asustó su osadía.

Miráronse silenciosamente y ambos vieron que eran dos hombres que podían comprenderse.

—Tendremos un cordón ornamental —dijo Françon con calma y genuina autoridad—. Deje esto aquí. Dígale a Stengel que necesito verle. —El joven se volvió para retirarse, pero la voz de Françon lo detuvo, alegre y afectuosa—: Keating, ¿puedo hacerle de pasada una sugestión? Entre nosotros no puede haber ofensa, pero una corbata de color hez de vino iría mucho mejor que una azul con la blusa gris. ¿No le parece?

—Sí, señor —replicó Keating tranquilamente—. Gracias. Resolveré eso mañana.

Se marchó y cerró la puerta suavemente.

Al regresar por la sala de espera vio un señor distinguido, de cabellos grises, que acompañaba a una dama hasta la puerta. El señor no llevaba sombrero y era obvio que pertenecía a la oficina; la señora llevaba una capa de visón y era obvio que se trataba de una cliente.

El señor no hizo una reverencia hasta el suelo, no abrió ninguna carpeta, no la abanicó tampoco; solamente le abrió la puerta. Pero a Keating le pareció que el señor estaba haciendo todo eso.

El edificio del «Banco Nacional Frink» se elevaba sobre Manhattan, conforme el sol recorría el cielo, y su larga sombra se movía como una inmensa aguja de reloj, a través de tiznadas viviendas, desde el Acuario hasta el puente de Manhattan. Cuando el sol se ocultaba, la antorcha del mausoleo Adriano resplandecía en su lugar y hacía brillar rojas suciedades en los cristales de las ventanas existentes en la parte más elevada de los edificios. El «Banco Nacional Frink» desplegaba toda la historia del arte romano en bien escogidos modelos. Durante mucho tiempo había sido considerado el mejor edificio de toda la ciudad, porque ninguna otra construcción podía jactarse de poseer tal abundancia de detalles clásicos. Ofrecía tantas columnas, frontones, frisos, trípodes, gladiadores, urnas y volutas, que parecía no haber sido construido en mármol blanco, sino exprimido de un tubo de pastelería. Con todo, estaba edificado en mármol blanco. Nadie lo sabía, sino los propietarios que lo habían pagado. Ahora era de un color vetado, borroso, leproso, ni marrón ni verde, pero del peor tono de ambos, el color de la lenta podredumbre, el color del humo, la emanación de los gases y de los ácidos que comían la delicada piedra con la intención de limpiar el aire y despejar el suelo. El edificio del «Banco Nacional Frink» constituyó, sin embargo, un gran éxito; tan grande, que fue la última construcción que Guy Françon diseñó; su prestigio le ahorró la molestia de continuar.

Tres manzanas al este del «Banco Nacional Frink» estaba el edificio «Dana». Era más bajo y carecía de prestigio. Sus líneas eran recias y simples, revelando, acentuando la armonía del esqueleto interno de acero, como un cuerpo revela la perfección de sus huesos. No tenía otros ornamentos que ofrecer. Ostentaba la precisión de sus ángulos agudos, el modelado de sus planos, la larga línea de ventanas como corrientes de hielo que bajasen del techo al pavimento. Los neoyorquinos raras veces contemplaban el edificio «Dana». Ocasionalmente, algún raro visitante que venía del campo se detenía inesperadamente a la luz de la luna y se preguntaba maravillado de qué sueño había surgido aquella visión. Pero tales visitantes eran muy raros. Los inquilinos del edificio «Dana» decían que no lo cambiarían por ningún otro en el mundo; apreciaban la luz, el aire, la hermosa lógica de los planos en los vestíbulos y en las oficinas. Pero los inquilinos del edificio «Dana» no eran muchos ni tampoco hombres prominentes los que situaban sus negocios en un edificio «que parecía un depósito de mercaderías».

El edificio «Dana» había sido diseñado por Henry Cameron.

Hacia 1880, los arquitectos de Nueva York luchaban entre sí por ocupar el segundo lugar en la profesión. Ninguno aspiraba al primero: éste lo tenía Henry Cameron. Era difícil conseguir a Henry Cameron en aquellos días. Había gran cantidad de personas que comprometían sus servicios con dos años de anticipación. Él diseñaba personalmente todas las construcciones que salían de su oficina. Él elegía lo que quería construir. Cuando lo hacía, el cliente se quedaba con la boca cerrada. Pedía a los clientes lo único que no se concede a nadie: obediencia. Atravesó los años de fama como un proyectil en ruta hacia un fin que nadie podía adivinar. La gente lo llamaba loco, pero aceptaban cuanto él realizaba, comprendieranlo o no, porque estaba hecho «por Henry Cameron».

Al principio sus construcciones no eran suficientemente distintas de las demás como para asustar a nadie. Hacía sorprendentes experimentos de vez en cuando; las personas lo esperaban y no discutían con Henry Cameron. Algo estaba creciendo en él a cada nueva obra, algo que iba luchando, tomando forma, subiendo peligrosamente como una explosión. La explosión llegó con el nacimiento del rascacielos. Cuando los edificios empezaron a crecer, no en fila, sobre voluminosas filas de

mampostería, sino como flechas de acero disparadas hacia lo alto, sin peso y sin límites, Henry Cameron fue uno de los primeros en comprender el nuevo milagro y darle forma. Fue de los primeros, y los pocos, que aceptaron la verdad de que un edificio alto debía parecer alto. Mientras los arquitectos maldecían preguntándose cómo hacer un edificio de veinte pisos que semejase una vieja mansión de ladrillo, y usaban cada traza aprovechable para privarlo de su altura, empequeñeciéndolo, haciéndolo seguro y antiguo, Henry Cameron diseñó rascacielos en líneas rectas, verticales, ostentando su acero y su altura. Mientras los arquitectos trazaban frisos y frontones, Henry Cameron decidía que el rascacielos no debía copiar a los griegos; decidía que ningún edificio debe copiar a otro.

Tenía entonces treinta y nueve años. Era bajo, rechoncho y desgredado. Trabajaba como un negro, se pasaba sin comer y sin dormir; bebía de tarde en tarde, pero entonces lo hacía brutalmente. Dio a sus clientes nombres que no se pueden reproducir, se reía del odio y lo alimentaba deliberadamente, comportándose como un señor feudal y como un estibador. Vivió en una tensión apasionada que mortificaba a los hombres cuando entraba en algún lugar. Era un fuego que ni él ni los otros podían soportar mucho tiempo. Esto ocurría en 1892.

La exposición colombina de Chicago se inauguró solemnemente en 1893.

La Roma de hacía dos mil años se levantaba a orillas del lago Michigan, una Roma remendada con piezas de Francia, España, Atenas y con todos los estilos que después han aparecido. Era una «ciudad de ensueño», de columnas, arcos triunfales, fuentes de cristal y rosetas. Los arquitectos compitieron a quién podían robar mejor, desde la fuente más antigua a todas las fuentes al mismo tiempo. Extendieronse delante de los ojos de un país nuevo todos los crímenes arquitectónicos cometidos siempre en todos los viejos países. Era blanca como una peste y así se extendía.

Las personas miraron y se quedaron pasmadas y se llevaron consigo a las ciudades de Norteamérica la semilla de lo que habían visto. Las semillas echaron vástagos de malezas en oficinas postales de ripia con pórticos dóricos, mansiones de ladrillo con frontones de hierro, almacenes hechos de doce Partenones apilados uno sobre otro. La maleza creció y ahogó toda otra cosa.

Henry Cameron había rehusado trabajar para la exposición colombina y le habían dado nombres inimpresionables, pero que se repetían, aunque no delante de mujeres. Los nombres se repitieron. Se repitió que él había arrojado un tintero al rostro de un banquero distinguido que le había pedido que diseñara una estación de ferrocarril con las formas del templo de Diana en Éfeso. El banquero no volvió más. Hubo otros que tampoco volvieron.

Apenas había alcanzado la meta después de largos años de lucha, apenas había dado forma a la verdad que había buscado, cuando la barrera definitiva se cerró detrás de él. Un país nuevo lo había seguido atentamente, se había asombrado, había empezado a aceptar la grandeza de su trabajo. El país retrocedió dos mil años en una orgía de clasicismo, y no podía encontrar ni lugar ni uso para él.

Ya no era necesario diseñar edificios: bastaba con fotografiarlos. El arquitecto que tuviese la mejor biblioteca, era el mejor arquitecto. Imitadores, copiaban imitaciones. Para sancionarlo había cultura, había veinte siglos ostentando ruinas desmoronadas; había una gran exposición, había una tarjeta postal europea en cada álbum familiar.

Henry Cameron no tenía nada que ofrecer contra todo esto; nada fuera de la fe que lo sostenía solamente porque era suya. No tenía a quien citar; nada de importancia que decir. Sabía solamente

que la forma de un edificio es la llave de su belleza, que nuevos métodos de construcción demandan nuevas formas, que él deseaba edificar según sus gustos y sólo así. Pero los demás no podían prestarle atención a él cuando estaban discutiendo a Vitrubio, a Miguel Ángel y a *Sir Christopher Wren*.

Los hombres odian la pasión; odian toda gran pasión. Henry Cameron se equivocó; él amaba su trabajo. Ésa era la causa por la cual luchaba, y ésa fue la razón por la cual se perdió.

La gente decía que nunca supo que había perdido. Si él lo supo, jamás les permitió verlo. Cuando sus clientes resultaban más raros, sus modales con ellos se hicieron más altaneros. Cuando menor era el prestigio de su nombre, más arrogante era el sonido de su voz. Había tenido un astuto empresario, un hombrecillo de hierro, de suaves maneras, que se achicaba siempre y que en los días de gloria soportaba tranquilamente las tormentas del carácter de Cameron y le traía los clientes. Cameron los insultaba, pero el hombrecillo hacía que aceptasen, y los clientes volvían.

El hombrecillo murió. Cameron nunca había sabido cómo tratar a la gente. No le importaba, como no le importaba su propia vida; sólo le interesaban los edificios. Nunca había aprendido a dar explicaciones, solamente sabía dar órdenes. Nunca había agradado; sólo había sido temido. Ya nadie le temía. Se le permitió vivir. Vivir para aborrecer las calles de la ciudad que había soñado reedificar. Vivía para sentarse frente al escritorio de su oficina vacía y esperar, inmóvil, sin hacer nada. Vivía para leer en un diario bienintencionado una referencia al «difunto Henry Cameron». Vivía para beber tranquilo, firme y terriblemente durante días y noches seguidos, para oír decir a los que lo habían conducido a esa situación, cuando su nombre era mencionado para algún trabajo: «¿Cameron? Yo diría que no. Bebe como un pez. Ésa es la causa por la cual nunca consigue un solo trabajo». Vivía para mudarse de las oficinas que ocupaban tres pisos de un famoso edificio a otro de una calle donde eran más baratos; después a un lugar más lejos, en la parte baja de la ciudad; después a tres habitaciones que daban a una tronera, cerca de Battery. Eligió esas habitaciones porque, apoyando su rostro contra las ventanas de la oficina, podía ver, sobre una pared de ladrillos, la parte superior del edificio «Dana».

Howard Roark miró al edificio «Dana» a través de las ventanas, deteniéndose en cada descanso de la escalera conforme subía sus seis tramos para ir a la oficina de Henry Cameron, pues el ascensor no funcionaba. La escalera había sido pintada hacía mucho de un color verde sucio. Un poco de pintura quedaba y crujía en parches desmenuzados bajo la suela de los zapatos. Roark subió rápidamente, como si tuviese una cita. Llevaba una cartera con sus dibujos debajo del brazo, y fijaba los ojos en el edificio «Dana». Tropezó con un hombre que bajaba la escalera, cosa que le había ocurrido a menudo en los últimos días, porque iba caminando por las calles de la ciudad con la cabeza vuelta sin preocuparse de otra cosa que de los edificios de Nueva York.

En la oscura antecámara de Cameron había un escritorio con un teléfono y una máquina de escribir. El esqueleto de un hombre de cabellos grises estaba sentado al escritorio, en mangas de camisa, con un par de tirantes flojos. Estaba escribiendo a máquina, atentamente, descripciones de un plano. Escribía con dos dedos, pero con increíble rapidez. La luz de una débil lamparita formaba una mancha amarilla en su espalda, donde la camisa, húmeda, se pegaba a los omóplatos.

El hombre levantó atentamente la cabeza cuando Roark entró. Lo miró; no dijo nada, y esperó, con los ojos fatigados, sin preguntarle nada, indiferente.

—Quisiera ver al señor Cameron —dijo Roark.

—¿De veras? —contestó el hombre sin desafío, sin ofensa, sin intención—. ¿Para qué?

—Por un empleo.

—¿Qué empleo?

—Dibujante.

El hombre se quedó mirándolo con la vista perdida. Era una petición que hacía tiempo no había oído. Se levantó al fin sin pronunciar palabra, y entró por una puerta que estaba detrás de él. La dejó entreabierta y Roark le oía hablar en voz baja.

—Señor Cameron, ahí hay una persona que dice que busca un empleo aquí.

Después contestó una voz fuerte, clara, varonil:

—¿Qué quiere ese idiota? Échelo... Espere..., hágalo entrar.

El viejo volvió, dejó abierta la puerta e indicó con la cabeza en silencio. Roark entró y cerró la puerta tras sí.

Henry Cameron estaba sentado al final de una habitación larga y desnuda. Estaba inclinado hacia delante, los antebrazos sobre la mesa y las manos juntas. El cabello y la barba eran negros como el carbón, con gruesos hilos blancos. Los músculos de su cuello, corto y grueso, se combaban como si fueran sogas. Tenía una camisa blanca; con las mangas subidas; los brazos, desnudos, eran recios, fuertes y tostados. La carne de su ancho rostro estaba rígida, como si se hubiese envejecido por compresión. Sus ojos eran oscuros, jóvenes, vivos.

Roark permaneció en el umbral y los dos hombres se miraron a través de la larga habitación.

La luz que venía de la tronera era gris y el polvo que había sobre la mesa de dibujar, sobre los pocos legajos verdes, daba la impresión de que hubiera cristales cubiertos de pelusa que hubiese depositado la luz. Colgando en la pared, entre las ventanas, Roark vio un cuadro, el único que había en la habitación. Era el dibujo de un rascacielos que nunca había sido levantado.

Los ojos de Roark se posaron en el dibujo. Anduvo por la oficina, se detuvo ante el cuadro y se quedó mirándolo. Los ojos de Cameron lo seguían, con una mirada fuerte, como una aguja delgada, sostenida fuertemente a un extremo, describiendo un lento círculo, cuyo centro traspasaba el cuerpo de Roark, sujetándolo firmemente. Cameron miraba aquellos bellos anaranjados, las manos colgantes, los dedos curvados, ligeramente, sobre el rollo que sostenía con las palmas, olvidados, no en un ademán sino en la insinuación de un ademán de pedir o asir algo.

—Bueno —dijo Cameron al fin—. ¿Ha venido usted a verme o a mirar cuadros?

Roark se volvió.

—A ambas cosas —contestó.

Avanzó hacia el escritorio. La gente siempre perdía el sentido de su existencia en presencia de Roark, pero Cameron sintió al punto que nunca había sido tan real como en presencia de los ojos que lo estaban mirando.

—¿Qué desea? —dijo Cameron, bruscamente.

—Quisiera trabajar con usted —contestó tranquilamente. La voz había dicho: «Quisiera trabajar con usted», pero el tono con que lo dijo quería decir: «Voy a trabajar con usted».

—¿Va a trabajar para mí? —dijo Cameron sin darse cuenta que había contestado la frase no pronunciada—. ¿Qué le ocurre? Ninguno de los colegas más importantes y mejores lo quieren tomar.

¿No es cierto?

—No me he dirigido a ningún otro.

—¿Por qué no? ¿Cree que éste es el lugar más fácil para empezar? ¿Piensa que cualquiera puede andar por aquí sin molestias? ¿Sabe usted quién soy yo?

—Sí, y ésa es la razón por la cual he venido.

—¿Quién lo mandó?

—Nadie.

—¿Por qué diablos me eligió a mí?

—Creo que usted lo sabe.

—¿Qué infernal atrevimiento le hace suponer que yo lo necesito? ¿Cree que yo me hallo en tanto apuro y que he abierto las puertas de par en par para que cualquier vagabundo me haga el honor de entrar? «¡El viejo Cameron —se habrá dicho usted— es un exhombre, un borracho...!».

¡Continúe..., se ha dicho eso..., un ebrio fracasado que no puede ser exigente! ¿No es así? ¡Continúe, contésteme! ¡Contésteme, condenado! ¿Qué está mirando? ¡Continúe...! ¡Niéguelo!

—No es necesario.

—¿Dónde ha trabajado antes?

—Precisamente voy a empezar a trabajar.

—¿Qué ha hecho hasta ahora?

—He estado tres años en Stanton.

—¡Ah! ¿El caballero era demasiado haragán para terminar?

—He sido expulsado.

—¡Grande! —Cameron golpeó la mesa con el puño y se echó a reír—. ¡Espléndido! ¡Como no servía en el nido de piojos de Stanton, quiere trabajar con Henry Cameron! ¡Ha decidido que éste es el lugar de los desperdicios! ¿Por qué lo han echado a puntapiés? ¿Bebidas? ¿Mujeres? ¿Qué?

—Por esto —dijo, extendiendo sus dibujos.

Cameron miró el primer dibujo, luego otro y siguió mirándolos hasta el último. Roark sentía el susurro del papel conforme Cameron deslizaba un pliego después de otro.

Después Cameron levantó la cabeza.

—Siéntese —dijo.

Roark obedeció. Cameron lo miró fijamente, mientras sus grandes dedos tabaleaban sobre la pila de dibujos.

—¿De manera que usted cree que son buenos? Bien, son muy malos. Esto es indecible. Es un crimen. Mire —y le alargó un dibujo a la cara de Roark—, mire esto. ¿Cuál era su idea, por Dios? ¿Qué lo decidió a ahuecar este plano aquí? ¿Quería hermosearlo porque tenía algo que juntar? ¿Quién se cree que es usted? ¿Guy Françon, acaso? ¡Mire este edificio, tonto! Tenía una idea magnífica y no supo qué hacer con ella. Tropieza con una cosa magnífica y la echa a perder. ¿Se da cuenta de todo lo que tiene que aprender?

—Sí, por eso estoy aquí.

—Mire esto, ¡yo hubiera deseado hacerlo a su edad! Pero ¿por qué lo ha chapuceado? ¿Se imagina lo que yo hubiese hecho con esto? Mire, al diablo con sus escaleras, al diablo con sus cuartos para las calderas.

Habló furiosamente largo tiempo. Blasfemó. No encontró un solo boceto que le satisficiera. Pero Roark se daba cuenta de que hablaba como si se tratase de edificios que estaban en construcción.

Dejó a un lado los dibujos, colocó el puño sobre ellos y preguntó bruscamente:

—¿Cuándo decidió ser arquitecto?

—Cuando tenía diez años.

—A esa edad nadie sabe lo que quiere, y quizá nunca se sepa. Usted es un mentiroso.

—¿Yo?

—No me mire así, fijamente. ¿No puede mirar alguna otra cosa? ¿Por qué decidió ser arquitecto?

—Porque quiero esta tierra, porque es todo lo que amo. No me gusta el aspecto que tienen las cosas en la tierra. Quiero cambiarlas.

—¿Para quién?

—Para mí mismo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—¿Dónde oyó todo eso?

—En ninguna parte.

—Nadie habla así a los veintidós años. Usted es un anormal.

—Probablemente.

—No se lo digo como un cumplido.

—Tampoco lo tomé así.

—¿Tiene familia?

—No.

—¿Trabajó para poder estudiar?

—Sí.

—¿En qué?

—En trabajos de edificación.

—¿Cuánto dinero le queda?

—Diecisiete dólares con treinta centavos.

—¿Cuándo llegó a Nueva York?

—Ayer.

Cameron contempló la pila blanca que tenía bajo su mano.

—Váyase al diablo —dijo Cameron suavemente—. Váyase al diablo —rugió de pronto, inclinándose hacia delante—. Yo no le he pedido que viniera aquí; no necesito ningún dibujante. No hay aquí nada que dibujar. No tengo suficiente trabajo para mantenerme a mí mismo y a mis hombres, sin tener que recurrir a la Misión Bowery. No quiero que ningún loco visionario se muera de hambre a mi lado. No quiero esa responsabilidad. No la he buscado. No quiero verla nuevamente. He terminado con ella hace muchos años. Soy perfectamente feliz con los raros bobalicones que tengo aquí, que nunca han tenido ni tendrán nada, sin que eso les importe. Eso es todo lo que quiero. ¿Por qué ha venido aquí? Viniendo, empieza por arruinarse a sí mismo. Lo sabe ¿no es así? Y yo le ayudaré a arruinarse. No quiero verlo. No me agrada. No me gusta su cara. Parece un egoísta insoportable. Es un impertinente. Está demasiado seguro de sí mismo. Veinte años atrás lo hubiese

echado a trompicones con el mayor gusto. Venga a trabajar mañana por la mañana, a las nueve en punto.

—Bien —dijo Roark, levantándose.

—Quince dólares por semana es todo lo que puedo pagar.

—Bien.

—Usted es un loco de remate. Debería haber ido a otra parte. Lo mataré si va a otra parte. ¿Cómo se llama?

—Howard Roark.

—Si llega tarde, lo echaré.

—Bien.

Roark tendió su mano hacia los dibujos.

—Deje esto aquí. Ahora váyase.

IV

—Toohey —dijo Guy Françon—. Ellsworth Toohey. Bastante decoroso, ¿no le parece? Lea, Peter.

Françon se inclinó jovialmente sobre su mesa y le dio a Keating el número del primero de agosto de *New Frontiers*. *Nuevas Fronteras* tenía una cubierta blanca con un emblema negro formado por una paleta, una lira, un martillo, un destornillador y un sol naciente. Tenía una tirada de treinta mil ejemplares y un conjunto de lectores que se consideraban a sí mismos como la vanguardia intelectual del país. Nadie había osado jamás desafiar la calidad de la publicación. Keating empezó a leer un artículo titulado *Mármol y mortero*, de Ellsworth M. Toohey.

... Y ahora tratemos de los notables hechos del horizonte metropolitano. Llamamos la atención sobre el nuevo edificio “Melton”, de Françon y Heyer. Tiene una blanca serenidad, elocuente testimonio del triunfo de la pureza clásica y del sentido común. La disciplina de una tradición inmortal ha servido aquí como factor de coherencia, coordinando una estructura, cuya belleza puede llegar, simple y lúcidamente, al corazón del hombre de la calle. No hay aquí exhibicionismo extravagante ni pervertidos esfuerzos por la novedad, ni una orgía de desenfrenado individualismo. Guy Françon, su proyectista, ha sabido subordinarse a los cánones obligatorios cuya inviolabilidad ha sido probada por generaciones de artesanos, y al mismo tiempo ha sabido desplegar su propia originalidad creadora, no a despecho del dogma clásico, sino precisamente porque lo ha aceptado con la humildad de un artista verdadero. Vale la pena hacer notar de paso que la disciplina dogmática es lo único que hace posible la originalidad...

Más importante, sin embargo, es la significación simbólica de un edificio como éste que se eleva en nuestra imperial ciudad. En su fachada meridional llama la atención la concepción de los cordones repetidos con deliberada y graciosa monotonía desde el piso tercero hasta el decimoctavo. Esas líneas largas, rectas, horizontales, representan el principio nivelador y moderador; las líneas de la igualdad. Parecen poner los edificios elevados al humilde nivel del observador. Son las líneas de la tierra, del pueblo de las grandes masas. Parece que nos dijese que nada puede elevarse sobre la limitación del nivel humano común, que todo es sostenido y será refrenado por los cordones de la hermandad de los hombres como este orgulloso edificio.

Continuaba el artículo. Keating lo leyó íntegramente; después, levantó la cabeza.

—¡Caramba! —dijo espantado. Françon sonrió con gozo.

—Bastante bueno, ¿eh? Y de Toohey, nada menos. No habrá muchas personas que hayan oído su nombre; pero, acuérdesse de mis palabras: lo oirán. Conozco los signos... De manera que él no cree que yo sea tan malo. Tiene una lengua como un punzón, cuando quiere usarla. Tiene que ver lo que dice de otros, generalmente. ¿Conoce la última ratonera que hizo Durkin? Bueno, yo estaba en una fiesta de la cual dijo Toohey —Françon se reía entre dientes—: «Si el señor Durkin vive en la ilusión de que es arquitecto, alguien debería mencionarle las amplias oportunidades que se le ofrecen con la escasez de plomeros expertos». Imagínese que esto lo dijo en público.

«Desearía saber qué dirá de mí —se dijo Keating ansiosamente— cuando llegue el tiempo».

—¿Qué diablos quiere decir él con eso de significación simbólica y de los cordones de la hermandad, de los hombres? Si esto es lo que tienen que elogiar en nosotros, no tenemos que preocuparnos —comentó Françon.

—La profesión del crítico es interpretar la obra del artista y aun al artista mismo, señor Françon. El señor Toohey ha puesto de manifiesto, simplemente, la oculta significación que estaba inconscientemente en su propio espíritu.

—¡Oh! —dijo Françon vagamente—. ¿Piensa usted así? —Y agregó vivamente—: Es posible... Sí, bastante posible. Es usted un muchacho listo, Peter.

—Muchas gracias, señor Françon. Keating hizo ademán de levantarse.

—Espere. No se vaya. Otro cigarrillo, y después volveremos juntos a la faena.

Françon se sonreía leyendo nuevamente el artículo. Keating no lo había visto nunca tan contento; ni dibujar en la oficina ni contemplar un trabajo perfecto le habían hecho sentirse tan feliz como aquellas palabras de otro hombre, impresas en una revista que otros ojos leerían.

Keating estaba cómodamente sentado en una silla confortable. Ya hacía un mes que trabajaba con la firma «Françon y Heyer». No había dicho ni hecho nada; pero se tenía la impresión en toda la oficina de que Guy Françon prefería que le enviaran a aquel muchacho antes que a cualquier otro. Raramente pasaba un día sin que se realizara este agradable intermedio, cada uno en un extremo de la mesa, en una respetuosa, creciente intimidad, escuchando Keating los suspiros de Françon, sobre la necesidad de rodearse de hombres que lo comprendiesen.

Keating se informó por sus compañeros de todo lo que podía informarse acerca de Guy Françon. Sabía que comía moderada y exquisitamente y que se enorgullecía del título de gastrónomo; que se había graduado con distinción en la École des Beaux Arts; que se había casado con mucho dinero y que el matrimonio no había sido feliz; que compraba calcetines que hicieran juego con sus pañuelos, pero nunca con sus corbatas; que tenía preferencia por diseñar edificios de granito gris; que poseía una cantera de granito gris en Connecticut que constituía un negocio floreciente; que costeaba un magnífico departamento de soltero color de ciruela, en estilo Luis XV; que su esposa, una mujer de un apellido antiguo y distinguido había muerto dejando su fortuna a la única hija del matrimonio, y que la hija, de diecinueve años, estaba en un colegio.

Esto último le interesó mucho a Keating. Mencionó como al pasar, a la hija, para tantear.

—¡Oh, sí...! —respondió—. Sí, verdaderamente...

Keating no quiso ir más allá en sus averiguaciones, por entonces. El rostro de Françon demostraba que el tema de su hija era penosamente molesto para él, por alguna razón que Keating no pudo descubrir.

Keating había conocido a Lucio N. Heyer, el socio de Françon, y lo había visto ir a la oficina dos veces en tres semanas, pero no había podido saber qué servicios prestaba Heyer a la firma. Heyer no tenía hemofilia, pero parecía que la tuviese. Era un aristócrata marchito, con un largo cuello delgado, ojos tristes y saltones, y un aire de asustada dulzura para todo el mundo. Era la reliquia de una familia antigua y se creía que Françon había formado sociedad con él a causa de sus relaciones sociales. Las personas se compadecían del pobrecito Lucio y lo admiraban por el esfuerzo que hacía al emprender una carrera profesional y pensaban que sería hermoso que les construyera sus hogares. Éstos los edificaba Françon, que no requería otros servicios de Lucio. Y de esta manera todo el

mundo quedaba satisfecho.

Los compañeros de trabajo querían a Peter Keating. Se comportaba con ellos como si estuviese allí desde largo tiempo atrás. Siempre había sabido cómo llegar a formar parte de cualquier comunidad en la que entrara; resultaba suave y vivaz como una esponja; rápidamente se henchía, sin resistencia, con el aire y las costumbres del lugar. Su cordial sonrisa, su alegre voz, su fácil encogimiento de hombros parecían mostrar que nada pesaba demasiado en su alma y que era uno de esos seres que no censuran, que no exigen y que no acusan.

Estaba sentado esperando que Françon terminara de leer el artículo. Françon levantó la cabeza para mirarlo y vio dos ojos contemplándolo con inmensa aprobación y dos vivos puntitos de altanería en las comisuras de los labios, como dos notas musicales de risa, visibles un segundo antes de ser oídas. Françon sintió que lo invadía una gran ola de satisfacción. Ésta venía de la altanería. La aprobación, junto con aquella sabia media sonrisa, le otorgaba una grandeza que no merecía; una ciega admiración hubiese sido precaria; una merecida admiración hubiese significado una responsabilidad, una admiración inmerecida era valiosa. Sonrió a Keating y le dijo:

—Cuando se vaya, Peter, dele esto a la señorita Jeffers para que lo coloque en mi álbum de recortes.

Al bajar la escalera, Keating tiró la revista al aire y la recogió hábilmente, mientras sus labios continuaban moviéndose como cuando se silba, pero sin omitir sonido.

En la sala de dibujo vio a Tim Davis, su mejor amigo, inclinado con desaliento sobre un dibujo. Tim Davis era el muchacho alto, rubio, de la mesa vecina. Keating se había dado cuenta desde el principio de que era el dibujante favorito de la oficina. Keating lo sabía, no con evidencia tangible, pero sí con esa certeza con que él siempre conocía las cosas. Procuraba, tan frecuentemente como era posible, que se le permitiese tomar parte en los proyectos en los cuales Davis trabajaba.

Pronto comenzaron a salir juntos, después del trabajo del día, y a entablar conversaciones casi íntimas; y Keating escuchó con gran atención la charla de Davis sobre sus amores con una tal Elaine Duffy, de cuyas palabras nada recordaba después.

Encontró a Davis con una negra tristeza, masticando furiosamente un cigarrillo y un lápiz al mismo tiempo. Keating no tuvo necesidad de hacerle ninguna pregunta; inclinó simplemente su rostro fraternal sobre el hombro de su amigo. Davis escupió el cigarrillo y estalló. Le habían comunicado que tendría que trabajar horas extraordinarias por la noche, por tercera vez en una semana.

—¡Tengo que quedarme hasta Dios sabe qué hora! Tengo que terminar este trabajo esta noche. — Cerró de un golpe los pliegos que tenía delante—. Mira esto. Horas y horas se necesitan para acabarlo. ¿Qué voy a hacer?

—Bueno, eso es porque tú eres el empleado mejor de aquí; por eso te necesitan.

¡Al diablo con eso! Tenía una cita con Elaine esta noche. ¿Cómo voy a fallarle? ¡Es la tercera vez! No me creerá. Así me dijo la última vez. Esto es el fin.

—¡Voy a subir para decirle a Guy el Poderoso dónde puede meterse sus planos y su empleo! ¡Me voy!

—Espera —dijo Keating, y se le acercó aún más—. Espera. Hay otro camino. Yo los terminaré.

—¿Eh?

—Me quedaré y los haré. No notarán la diferencia.

—¡Peter! ¿Lo harás?

—Seguramente. No tengo nada que hacer esta noche. Quédate hasta que todos se vayan a sus casas, después te vas.

—¡Caramba, Peter! —suspiró Davis tentado—. Pero si me descubren me despedirán. Tú eres demasiado nuevo para esta clase de trabajo.

—No te descubrirán.

—Puedo perder el empleo, Peter. Y tú sabes que no puedo perderlo. Elaine y yo nos casaremos pronto. Si algo ocurriera...

—No ocurrirá nada.

Poco después de las seis, Davis salió furtivamente de la vacía sala de dibujo, dejando a Keating sentado frente a su mesa.

Inclinado bajo una solitaria lámpara verde, Keating miró la desolada extensión de las tres largas habitaciones, extrañamente silenciosas después del ajetreo del día, y tuvo la sensación de que se posesionaría de ellas, con tanta seguridad como del lápiz que tenía en la mano.

Eran las nueve y media cuando terminó los planos. Los amontonó cuidadosamente en la mesa de Davis y dejó la oficina. Bajó a la calle y notó que un sentimiento de indigna satisfacción, como el que se experimenta después de una buena comida, se agitaba en él. Después la comprensión de su soledad le hirió de golpe. Tenía que compartirla con alguien y no tenía a nadie. Por primera vez deseó que su madre estuviese en Nueva York, pero se había quedado en Stanton esperando el día en que él pudiese mandar a buscarla. No tenía dónde ir, salvo a la respetable y pequeña fonda de la calle Veintiocho Oeste, donde podría trepar por los tres tramos de la escalera, a su habitación, limpia y poco ventilada. Había encontrado muchas personas en Nueva York, muchas agradables aunque no podía recordar su apellido. Pero no deseaba ver a ninguna de ellas. Y entonces se acordó de Catherine Halsey.

Le había mandado un telegrama la noche que se graduó, y desde entonces la había olvidado. Ahora quería verla, y con el sonido de su nombre en su memoria sintió un deseo intenso e inmediato. Saltó a un ómnibus que iba por el largo camino a Greenwich; trepó a la parte superior, que estaba desierta, se sentó solo en el banco del frente, y maldijo cuando las luces del tránsito se ponían rojas. Siempre le había ocurrido igual en lo que a Catherine concernía, y deseaba saber vagamente por qué le pasaba eso.

Hacia un año que la había conocido en Boston, donde ella vivía con su madre. Le había parecido casera y obtusa en el primer encuentro, sin otro mérito que su sonrisa agradable; pero no era razón suficiente para no verla otra vez. Le había telefoneado la noche siguiente. De las incontables muchachas con que había tropezado en sus años de estudiante, ella era la única con la cual no había ido más allá de unos pocos besos. Sabía que podía tener a Catherine; la deseaba, ella lo amaba y admitía esto francamente, sin temor ni timidez, sin pedirle nada, sin esperar nada, pero nunca se había aprovechado de ello. Se había sentido orgulloso de las muchachas a las que cortejaba en aquellos días, las muchachas más hermosas, las más codiciadas, las que mejor vestían, y se había deleitado con la envidia de sus condiscípulos. Se había sentido avergonzado por el atolondrado descuido de Catherine y por el hecho de que ninguno de los muchachos la hubiese mirado dos veces. Pero nunca se había sentido tan feliz como cuando bailaba con ella en las fiestas estudiantiles. Tuvo

muchos amores violentos; entonces juraba que no podría vivir sin esta o aquella muchacha y abandonaba a Catherine durante semanas enteras. Pero ella nunca se lo echaba en cara. Siempre volvía a ella, de golpe, inexplicablemente, como hacía entonces.

Su madre, una dulce maestra de escuela, había muerto el invierno último. Catherine había ido a vivir a Nueva York con su tío. Keating había contestado inmediatamente algunas de sus cartas; para responder a otras había tardado meses. Ella siempre le había contestado en seguida y nunca le escribía durante sus largos silencios, esperando pacientemente. Sentía, cuando se acordaba de ella, que era irremplazable. Después, en Nueva York, donde podía comunicarse fácilmente con ella, con sólo coger un ómnibus o un teléfono, la había olvidado durante un mes.

Conforme iba llegando a su casa, pensaba que no había anunciado su visita. No le extrañaría que estuviese en casa; siempre había vuelto sin avisar y siempre estaba allí. También estaba allí aquella noche. Le abrió la puerta en el piso más alto de una casa de piedra oscura y deteriorada.

—¿Qué tal, Peter? —dijo, como si lo hubiese visto el día anterior.

Estaba delante de él y parecía demasiado pequeña, demasiado delgada para sus ropas. La falda, negra y corta, estaba ajustada a la cintura por medio de un lazo angosto; el cuello de la camisa de varón pendía suelto, estirado hacia un lado, descubriendo la protuberancia de la clavícula; las mangas le quedaban largas y caían sobre sus frágiles hombros. Lo miró inclinando hacia un lado la cabeza; llevaba los cabellos, castaños, tan descuidadamente recogidos en la nuca, que parecían tener un corte masculino. Tenía ojos grises, grandes y miopes. Su boca sonreía suave, delicada y encantadoramente, y llevaba pintados los labios.

—¿Qué tal, Katie? —dijo él.

Se sintió en paz. Sentía que nada tenía que temer en aquella casa ni en cualquier parte. Se había preparado para darle explicaciones, para hablarle de lo ocupado que había estado en Nueva York, pero le pareció que no venían al caso.

—Dame el sombrero —dijo ella—. Cuidado con esa silla, no es muy segura: hay otras más firmes en el *living*, entra.

El *living* le pareció modesto, pero con cierto aire de distinción y de buen gusto. Se fijó en los libros; en los estantes baratos que llegaban hasta el techo, cargados con hermosos volúmenes que se amontonaban sin cuidado, como si los usaran constantemente. Vio sobre un escritorio gastado y prolijo un aguafuerte de Rembrandt, manchado y amarillento, descubierto, quizás, en algún tenducho por el ojo de un experto que nunca se hubiese desprendido de él, aunque el venderlo le hubiese servido de ayuda. Pensaba en qué clase de negocios se ocuparía su tío, cosa que él nunca le había preguntado.

Se quedó mirando vagamente la habitación, sintiendo su presencia detrás de él, gozando de esa sensación de seguridad que tan pocas veces encontraba. Se volvió entonces, la tomó en sus brazos y la besó; ella lo besó suave y ansiosamente, pero no estaba ni asustada ni agitada, demasiado feliz para tomarlo en cualquier forma como un hecho natural.

—¡Dios mío, cómo te he echado de menos! —dijo él, sabiendo que así había ocurrido desde que la había visto por última vez, y quizá con mayor intensidad en los días en que no pensaba en ella.

—No has cambiado mucho —dijo—, pareces un poco más delgado. Te sienta bien. Vas a ser muy atrayente cuando tengas cincuenta años, Peter.

—No es un gran cumplido por la conclusión que puedo sacar de él.

—¿Por qué? ¿Crees que pienso que no eres atractivo ahora? Ya lo creo que lo eres.

—No deberías decírmelo así directamente.

—¿Por qué no? Tú sabes que es cierto. Pero estaba pensando cómo serás cuando tengas cincuenta años. Tendrás las sienes grises y usarás traje gris; he visto uno en un escaparate la semana pasada y pensé que ése sería el único..., y serás un gran arquitecto.

—¿Piensas realmente así?

—Ya lo creo.

Él esperaba las preguntas inevitables; pero, en cambio, empezaron a hablar de pronto de los viejos días que juntos habían pasado en Stanton. Recordaba los trajes de baño que ambos usaban, sus medias caídas, la horchatería favorita de Stanton, donde pasaban muchas tardes de verano juntos...; pero se le ocurría vagamente que nada de eso tenía sentido. Había muchas cosas importantes que decirle y preguntarle, pero pensaba que las personas no conversaban de esa manera cuando se encuentran al cabo de muchos meses sin verse. Pero a ella le parecía bastante natural, como si no tuviera en cuenta que habían estado separados tanto tiempo.

Al cabo, él preguntó:

—¿Recibiste mi telegrama?

—¡Oh, sí! Gracias.

—¿No quieres saber cómo me van las cosas en la ciudad?

—¡Pues sí! ¿Cómo te va?

—Me parece que no tienes un interés muy grande.

¡Cómo no! ¡Quiero saber todo lo que se refiere a ti!

—A ti no te importa mucho, ¿no es cierto?

—¿Qué?

—Lo que hago.

—Sí que me importa, Peter. No, quizá no demasiado.

—Eso es una monada tuya.

—Lo que realmente me interesa no es lo que haces, sino tu persona.

—¿Yo?

—Sí, tú aquí o en la ciudad o en cualquier parte del mundo. No sé nada más que eso.

—¿Sabes, Katie? Eres una tonta. Tu técnica es algo terrible.

—¿Mi qué?

—Tu técnica. No puedes decirle a un hombre, tan desvergonzadamente como lo haces, que estás loca por él.

—Pero si es cierto...

—Pero no puedes decirlo. Los hombres no se interesarán por ti.

—Yo no quiero que los hombres se interesen por mí.

—Quieres que yo me interese, ¿no es verdad?

—Y te interesas, ¿no es cierto?

—Sí —dijo él, estrechándola en sus brazos—. Es terrible. Soy más loco que tú.

—Bien, entonces todo está perfectamente —respondió ella, acariciándole el pelo—. ¿No te

parece?

—Siempre ha estado perfectamente, y eso es lo más extraño de todo... Pero quiero contarte lo que me ha ocurrido, porque es importante.

—Estoy realmente muy interesada, Peter.

—Bien; sabrás que estoy trabajando con Françon y Heyer y..., ¡oh, diablos!, ¡nunca te imaginas tú lo que eso significa!

—Sí, puedo darme cuenta. Los he visto en Quién es Quién en Arquitectura. Los elogiaban mucho, y le pregunté a mi tío. Me dijo que ocupaban el primer puesto en los negocios.

—Sin la menor duda. Françon es el proyectista más grande de Nueva York, de todo el país, de todo el mundo, quizás. Ha construido diecisiete rascacielos, ocho catedrales, seis estaciones terminales de ferrocarril y sabe Dios cuántas otras cosas más... Naturalmente, es un viejo loco y un farsante ostentoso y...

Se detuvo, con la boca abierta, contemplándola. No había pensado decir eso. Nunca se había permitido pensar así antes.

Ella lo miraba serenamente.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Y...?

—Bien... y... —balbuceó él, y se dio cuenta que no podía hablarle a ella en forma diferente—... y que es lo que yo pienso realmente de él. Y qué no le tengo ningún respeto. Y que estoy encantado de trabajar con él. ¿Comprendes?

—Claro —respondió ella serenamente—. Eres ambicioso, Peter.

—¿No me desprecias por eso?

—No. Eso es lo que tú quieres.

—Seguramente es lo que yo quiero. Bien, en realidad no es tan malo. Es una firma formidable, la mejor firma de la ciudad. Yo estoy haciendo realmente un buen trabajo, y Françon está muy satisfecho conmigo. Adelanto y creo que puedo obtener el cargo que quiera y que eventualmente se produzca... Por ejemplo, esta noche hice el trabajo de un empleado y él no sabe que pronto resultará inútil porque... ¡Katie! ¿Qué estoy diciendo?

—Está muy bien, querido. Lo comprendo.

—Si lo hubieses comprendido, me hubieras dado el nombre que merezco y me habrías interrumpido.

—No, Peter, no quiero cambiarte. Te quiero, Peter.

—¡Que Dios te ayude!

—Ya sé que necesitaré la ayuda de Dios.

—¿Lo sabes? ¿Y lo dices de esa manera? ¿Como dirías: «Es una hermosa noche»?

—¿Y por qué no? ¿Por qué tengo que preocuparme por eso? Te quiero.

—No, no te preocupes por eso. ¡Nunca te preocupes por eso! Katie... Nunca querré a ninguna otra...

—También lo sé.

La atrajo hacia sí ansiosamente, temeroso de que su frágil cuerpecito se desvaneciese. No sabía por qué la presencia de ella le hacía confesar cosas que no se atrevía a confesarse a sí mismo. No sabía por qué la victoria que había ido a compartir había desaparecido. Pero no le importaba. Tenía

un extraño sentimiento de libertad; la presencia de ella siempre despertaba en él un impulso que no podía definir: se percibía claramente, se sentía él mismo.

Después él empezó a hacerle preguntas sobre su vida en Nueva York, y ella le habló muy contenta de su tío.

—Es admirable, Peter. Es realmente admirable, bastante pobre, pero me acogió y fue tan bondadoso que dejó su estudio para que yo pudiera vivir con él, y ahora trabaja aquí, en el *living*. Tienes que conocerlo, Peter. Ahora está ausente, por unas conferencias, pero debes conocerlo cuando regrese.

—Con seguridad me gustaría conocerlo.

—Imagínate que yo quería ir a trabajar para no depender de nadie, pero no quiso permitírmelo. «Querida mía —me dijo—, a los diecisiete años, no. Tú no quieres que yo me avergüence de mí mismo, ¿no es cierto? Yo no creo en el trabajo de los chicos». Es una idea curiosa, ¿no te parece? Tiene muchas ideas curiosas; yo no se las comprendo todas, pero los demás dicen que es un hombre brillante. De manera que él procede como si yo le hiciese un favor permitiéndole que me mantenga, y creo que esto lo hace muy respetable.

—¿Qué haces durante todo el día?

—Poca cosa. Leo libros de arquitectura. Mi tío tiene toneladas de libros de arquitectura. Pero cuando él está aquí, copio a máquina sus conferencias. Creo que a él no le gusta que yo haga eso; prefiere a su mecanógrafa, pero como a mí me gusta hacerlo, deja que haga mi gusto, y me paga el sueldo de ella. Yo no quería tomarlo, pero él me obligó.

—¿De qué vive él?

—¡Oh, hace muchas cosas! No sé, porque no puedo seguirle la pista a todas. Enseña historia de arte; en una palabra, es una especie de profesor.

—Y, a propósito, ¿cuándo irás al colegio?

—Oh..., bueno..., verás..., no creo que mi tío apruebe la idea. Le dije que siempre había pensado ir al colegio y trabajar para pagarme los estudios, pero a él le parece que eso no es para mí. No habla mucho, sólo dice: «Dios hizo al elefante para moverse con dificultad y al mosquito para revolotear a su alrededor, y no es recomendable, como regla, hacer pruebas con las leyes de la naturaleza; sin embargo, si quieres intentarlo, querida mía...». Pero él no se opone realmente, depende solamente de mí...

—No le permitas que te ponga impedimentos.

—Él no quisiera tener que oponerse. Pero yo pienso que en la escuela superior nunca fui una maravilla, y, querido, en matemáticas era realmente una calamidad, de manera que me pregunto... Pero no hay prisa. Tengo bastante tiempo para decidirme.

—Escúchame, Katie, no me gusta esto. Tú siempre habías hecho proyectos sobre el colegio. Si ese tío tuyo...

—No deberías hablar de esa manera. Tú no lo conoces. Es el hombre más sorprendente. Nunca he conocido a nadie que pueda asemejarsele. Es tan amable, tan comprensivo... Y es muy divertido, siempre está bromeando, y es tan inteligente que nada de lo que uno siempre ha creído que era serio parece serlo cuando él habla. Y, sin embargo, es un hombre muy serio. Imagínate que pasa horas conversando conmigo; nunca está demasiado cansado, y no se aburre de mi estupidez; me habla de

las huelgas, de las condiciones de vida de los barrios bajos y de la pobre gente que trabaja en los talleres, donde se paga miserablemente por un trabajo excesivo; siempre se preocupa de los otros y nunca de sí mismo. Un amigo suyo me dijo que mi tío podría ser muy rico si quisiese. Es muy capaz. Pero no quiere, y además no le interesa el dinero.

—Eso no es humano.

—Espera hasta que lo veas. Él quiere conocerte también. Le he hablado de ti. Te llama el Romeo de la regla T.

—¿Eso dice?

—Pero ¿no comprendes que lo dice amablemente? Es la manera que tiene de decir las cosas. Encontrarás que tenéis muchos rasgos comunes. Quizás él te pueda ayudar. Sabe también algo de arquitectura. Estoy segura de que querrás a tío Ellsworth.

—¿A quién? —preguntó Keating.

—A mi tío.

—Dime —preguntó Keating con voz un poco ronca—, ¿cómo se llama tu tío?

—Ellsworth Toohey. ¿Por qué?

Sus manos cayeron flojamente, y se sentó, contemplándola.

—¿Qué ocurre, Peter?

Keating se atragantaba. Ella veía los sacudimientos de su garganta. Después habló con voz dura:

—Escúchame, Katie, no quiero conocer a tu tío.

Pero ¿por qué no?

—No quiero conocerlo por medio de ti... ¿Ves, Katie como no me conoces? Yo soy una persona que utiliza a la gente. No quiero aprovecharme de ti Jamás.

—¿Aprovecharte...? ¿Cómo? ¿Qué significa eso? ¿Por qué?

—Es así. Yo daría un ojo de la cara por conocer a Ellsworth Toohey, eso es todo. —Rió ásperamente—. ¿De manera que él conoce algo de arquitectura? ¡Cabeza de chorlito! Es el hombre que conoce más arquitectura. Quizá todavía no, pero dentro de un par de años, lo será; pregúntale a Françon, a ese zorro viejo, que lo sabe. Está en camino de llegar a ser el Napoleón de los críticos de arquitectura. Míralo ascender. En primer lugar, no hay muchos que se molesten en escribir sobre nuestra profesión; de manera que él es el hombre inteligente que monopolizará el mercado. Tendrías que ver cómo, en nuestra oficina, los grandes personajes lamen cada coma que él escribe. ¿De manera que tú crees que podría ayudarme? Podría formarme y lo hará, cuando lo conozca, cuando esté en condiciones de conocerlo, así como conocí a Françon; pero no en este lugar ni por mediación tuya, ¿comprendes?

—Pero, Peter, ¿por qué no?

—¡Porque no quiero que sea así, porque es asqueroso y lo aborrezco y aborrezco todas estas cosas, mi profesión, mi trabajo y lo que hago y lo que haré! Es algo en lo cual no quiero que tú te mezcles. Tú eres lo único que realmente tengo; por eso no quiero que te metas en esto.

—¿Que no me meta en qué?

—No sé.

Ella se levantó y permaneció en el círculo de sus brazos, el rostro de él apoyado contra la cadera de ella. Lo contemplaba y le acariciaba el cabello.

—Está bien, Peter. Creo que te comprendo. Lo conocerás cuando tú quieras. Cuando quieras, me lo dices. Si quieres, puedes servirte de mí para hacerlo. Eso no cambiará en nada las cosas.

Cuando él levantó la cabeza, ella sonreía dulcemente.

—Has trabajado excesivamente, Peter. Estás un Poco débil. ¿Qué te parece si te hago té?

—¡Oh! Me había olvidado, pero no he cenado esta noche. No tuve tiempo.

—¡Te olvidas de todo, hasta de comer! ¡Caramba parece imposible! Ven a la cocina; voy a ver lo que puedo prepararte.

La dejó dos horas más tarde, y al irse se sentía ligero, despejado, feliz; había olvidado todos sus temores; había olvidado a Toohey y a Françon. Pensaba solamente que le había prometido volver al día siguiente y que era inaguantable todo el tiempo que tenía que esperar. Ella permaneció en la puerta hasta que él se fue, con las manos cruzadas sobre el pecho pensando que quizá volvería al día siguiente, o quizá tres meses después.

—Cuando termine esta noche —dijo Henry Cameron—, quiero verlo en mi oficina. Tengo que hablarle.

—Muy bien —respondió Roark.

Cameron giró sobre sus talones y salió de la sala de dibujo. Ésa había sido la frase más larga que le había dirigido a Roark en todo el mes.

Roark había ido a la misma habitación todas las mañanas; había hecho su tarea y no había oído una sola palabra de comentario. Cameron solía entrar en la sala de dibujo y permanecer detrás de Roark largo tiempo, mirando por encima de sus hombros. Era como si sus ojos se concentraran deliberadamente tratando de hacer desviar la firme mano de su curso sobre el papel. Los otros dos dibujantes chapuceaban sus trabajos ante el solo pensamiento de que semejante aparición estuviese detrás de ellos. Pero Roark parecía no darse cuenta; continuaba el trabajo, sin apresurarse, y con toda tranquilidad cambiaba un lápiz de punta ya gastada por otro. «Uj juj», refunfuñaba Cameron de pronto. Roark, entonces, se volvía, cortés y atentamente: «¿Qué pasa?», preguntaba. Cameron se volvía sin una palabra, subrayando despectivamente, con sus pequeños ojos, lo que consideraba innecesario contestar, abandonaba la habitación. Roark continuaba con su dibujo.

—Te equivocas —dijo Loomis, el dibujante joven, a Simpson, su anciano colega—. El viejo no quiere a ese tipo. No puedo censurarlo por eso. Aquí hay uno que no durará mucho tiempo.

Simpson era viejo e inútil. Había sobrevivido a la oficina de tres pisos que tenía Cameron, se había clavado en ella y nunca había comprendido nada.

Loomis era joven, tenía la cara de esos vagos que viven en las esquinas y estaba allí porque había sido echado de muchas otras partes. Ninguno de los dos quería a Roark. A primera vista, generalmente impresionaba mal a todos. Su rostro era hermético como la puerta de una caja de seguridad; y las cosas que están encerradas en ellas son valiosas, aunque la gente no lo perciba. Él constituía en la habitación una fría e inquietante presencia; una presencia que tenía una extraña cualidad: se hacía sentir y al mismo tiempo hacía sentir a los demás que él no estaba allí, o quizá que él estaba y los demás no.

Después del trabajo, recorría a pie la larga distancia que había hasta su casa, un alojamiento cerca de East River. Había elegido ese alojamiento porque, por dos dólares y medio por semana, había obtenido la buhardilla, una inmensa habitación que había sido utilizada como depósito. No

tenía cielo raso y el agua goteaba entre las desnudas vigas del techo, pero tenía una hilera de ventanas a lo largo de dos de sus paredes, algunas con cristales, otras con cartones. Unas ventanas daban al río y otras a la ciudad.

Hacía una semana, Cameron había entrado en la sala de dibujo y había arrojado sobre la mesa de Roark un proyecto exagerado de una residencia de campo.

—Mire si puede hacer una casa de esto —gruñó sin dar ninguna otra explicación.

No se acercó a la mesa de Roark durante los días siguientes. Roark había terminado los planos la noche anterior y los había dejado sobre la mesa de Cameron. Aquella mañana, éste había entrado, arrojándole a Roark algunos bosquejos de ensambladuras de acero, ordenándole que se presentase en su oficina más tarde, y no apareció en la sala de dibujo durante el resto del día.

Los otros se habían ido. Roark extendió un viejo pedazo de hule sobre la mesa y se dirigió hacia el estudio de Cameron. Sus proyectos de la casa de campo estaban esparcidos sobre la mesa. La luz de una lámpara caía sobre las mejillas, sobre la barba de Cameron, haciendo brillar los hilos de plata, sobre su mano, sobre un ángulo del diseño, cuyas líneas sobresalían vigorosas como si estuviesen repujadas en el papel.

—Está despedido —dijo Cameron.

Roark estaba en el centro de la habitación, con el cuerpo apoyado en una pierna, los brazos colgando y un hombro levantado.

—¿Despedido? —preguntó tranquilamente, sin el menor movimiento.

—Acérquese —dijo Cameron—. Siéntese.

—Roark obedeció.

—Usted es demasiado bueno. Es demasiado bueno para lo que quiere hacer de su persona. Es inútil, Roark. Mejor ahora que más tarde.

—¿Qué me quiere decir?

—Malgastar las fuerzas que usted malgasta en un ideal que nunca alcanzará, que nunca le permitirán conquistar. Transformar en una tortura para usted mismo esa fuerza maravillosa que posee. Véndala, Roark. Véndala ahora. Tiene lo que ellos pagan, y pagan bien si lo utiliza como ellos quieren. Acéptelos. Transija. Transija ahora, porque tendrá que hacerlo más tarde de cualquier manera. Más tarde tendrá que soportar cosas de las cuales se arrepentirá. Usted no lo sabe y yo sí. Evítese eso. Déjeme, Váyase a ver a algún otro.

—¿Usted procedió así?

—¡Bastardo presuntuoso! ¿Cree usted que yo he dicho que era tan bueno? ¿Le dije que lo comparaba a...?

Se detuvo porque vio que Roark se estaba riendo. Lo miró e inmediatamente se echó a reír como contestación. Y fue la cosa más dolorosa que Roark jamás hubiera visto.

—No —dijo Cameron dulcemente—. Es inútil. Es inútil... Bueno, tiene razón. Es tan bueno como usted mismo se considera. Pero quiero hablarle, y no sé exactamente cómo empezar. He perdido la costumbre de hablar a hombres como usted. ¿Perdido? Quizá no la haya tenido nunca. ¡Quizá sea eso lo que me asusta ahora! ¿Tratará usted de comprender?

—Comprendo. Creo que está perdiendo el tiempo.

—No sea terco. Porque yo no puedo ser rudo con usted ahora. Quiero que me escuche. ¿Me

escuchará y no me contestará?

—Sí. Discúlpeme, no quise ser rudo.

—Vea; de todos los hombres, yo soy el último a quien debió recurrir. Cometería un crimen si lo mantuviese aquí. Alguien tendría que haberlo prevenido contra mí. Yo no puedo ayudarle, tampoco quiero desanimarle. No puedo enseñarle nada con sentido común; al contrario, le haré marchar por el camino en que está ahora. Lo obligaré a que siga siendo lo que es y lo empeoraré... ¿No ve? Dentro de un mes ya no podría dejarlo partir. Tampoco estoy seguro de que pueda dejarlo ahora. Por eso no discuta conmigo y váyase mientras pueda...

—Pero ¿acaso puedo? ¿No piensa que es demasiado tarde para los dos? Era demasiado tarde para mí hace doce años.

—Trate de irse, Roark. Trate de ser razonable de una vez. Hay bastantes personas importantes que lo tomarán, haya sido expulsado o no. Podrán reírse de mí en sus discursos, durante los banquetes, pero me roban cuando les conviene y saben que conozco un buen dibujante en cuanto lo veo. Le daré una carta para Guy Françon. Trabajó conmigo hace ya mucho tiempo. Creo que lo eché, pero eso no tiene importancia. Vaya a verlo. A primera vista no le gustará, pero se acostumbrará y me lo agradecerá usted siempre.

—¿Por qué habla de eso, si no es lo que me quiere decir? Eso no es lo que usted hizo.

—Por eso se lo digo, porque eso no es lo que hice yo. Mire, Roark, usted tiene una cosa que me causa miedo. No es el trabajo que hace. Poco me importaría si usted fuera un exhibicionista que hace algo distinto, como proezas o calaveradas para llamar la atención. Es un sistema inteligente de oponerse a la multitud y divertirla cobrando la admisión al espectáculo. Si procediera así, no me preocuparía, pero no es eso. Usted ama su trabajo. Gracias a Dios, lo ama. Y eso es lo malo. Ésa es la mancha que hay en su frente para que todos la distingan. Ama el trabajo, y ellos lo saben, y saben que lo tienen a usted. ¿No mira nunca a las personas en la calle? ¿No tiene miedo de ellas? Yo sí. Pasan delante de uno y llevan sombreros y paquetes, pero ésa no es su sustancia. La sustancia de ellas es odio hacia cualquier persona que ame su trabajo. Es la única especie que temen; no sé por qué.

—Pero yo nunca advierto a las personas que van por la calle.

—¿Se da cuenta de lo que me han hecho a mí?

—Sólo sé que usted no les tenía miedo. ¿Por qué me pregunta si yo les tengo miedo?

—Es precisamente para saber si las teme por lo que se lo pregunto. —Se inclinó hacia delante, cerrando los puños—. ¿Quiere contestarme, Roark? Usted es cruel, ¿no es cierto? Bien, se lo diré: ¿quiere terminar así? ¿Quiere ser lo que soy yo?

Roark se levantó y se puso frente a Cameron, cerca del borde luminoso de la mesa.

—Si al fin de mi vida —dijo Roark— soy lo que usted es hoy, en este estudio, lo consideraré como un honor que no he merecido.

—Siéntese —gruñó Cameron—. No me gustan las alabanzas.

Roark se sorprendió de hallarse de pie.

—Discúlpeme, no sabía que me había levantado —dijo.

—Vamos, siéntese. Escuche. Comprendo, usted es muy amable. Yo creí que con unos pocos días que estuviera aquí eran suficientes para quitarle de la cabeza el culto por los héroes. Veo que no ha

sido así. Piensa en lo grande que es el viejo Cameron: un luchador noble, mártir de una causa perdida. Le gustaría morir conmigo en las barricadas y comer mal el resto de su vida. Ya sé que esto le parece algo puro y hermoso a su avanzada edad de veintidós años. ¿Pero sabe lo que significa eso? Treinta años de una causa perdida. Suena bien, ¿verdad? Pero ¿sabe cuántos días hay en treinta años? ¿Sabe lo que sucede en esos días? ¡Roark! ¿Sabe lo que sucede?

—No es de esto de lo que usted quiere hablar.

—No, no quiero hablar de esto, pero voy a hablar y quiero que me escuche, quiero que sepa lo que le espera. Habrá días que mirará sus manos y querrá hacérselas pedazos porque lo mortificarán por lo que hubiesen podido haber hecho si solamente hubiesen encontrado la oportunidad para hacerlo, y no habrá podido encontrar esa oportunidad, y no podrá aguantar su cuerpo vivo porque sus manos han fracasado. Habrá días que el conductor de un ómnibus le pedirá bruscamente los diez centavos cuando suba, pero no será eso lo que escuchará; le parecerá oírle decir que usted no es nada, y que se está burlando de usted porque sobre su frente está escrita esa señal que ellos odian. Habrá días que estará en el rincón de una sala y escuchará a una persona hablando en un escenario de construcciones, del trabajo que usted ama, y esperará, por lo que él dice, que alguien se levante y lo aplaste entre las uñas de los pulgares, pero, lejos de eso, escuchará que lo aplauden y querrá chillar porque no sabrá si ellos son seres reales o si lo es usted; si está en una habitación llena de cabezas vacías o si alguno le ha vaciado la suya, y no dirá nada porque los sonidos que pueda emitir no constituyen una lengua comprensible en aquella habitación. Si hubiese querido hablar, no hubiera podido, porque lo hubieran echado, porque no tendrá nada que decirles de arquitectura. ¿Es eso lo que usted quiere?

Roark se quedó inmóvil; las sombras afilaban su rostro. Tenía un negro prisma en su hundida barbilla, un largo triángulo negro al sesgo de su barbilla, los ojos fijos en Cameron.

—¿No es bastante? —interrogó Cameron—. Muy bien. Después, un día, verá, sobre un papel que tendrá delante, un edificio que lo invitará a arrodillarse; no querrá creer que lo ha hecho, pero lo habrá hecho y entonces pensará que la tierra es hermosa y que el aire tiene olor a primavera; y amará a sus semejantes porque no habrá mal en el mundo. Saldrá de su casa con el proyecto que ha realizado porque no tendrá dudas de que será erigido por el primer hombre que lo vea; pero no irá muy lejos de su casa, porque será detenido en la puerta por el hombre que va a cortarle el gas. Habrá hecho economías al cocinar para poder terminar el proyecto con sus ahorros y tendrá todavía algo que cocinar, pero no lo habrá pagado... Después de todo, eso no es nada y usted puede reírse. Pero, finalmente, irá a la oficina de un hombre con su dibujo y se maldecirá por ocupar tanto espacio con su cuerpo y tratará de alejarse del alcance de su vista, de manera que él no lo pueda ver y que escuche solamente su voz, mendigándole, suplicándole, abrazándole las rodillas. Se detestará por todo eso, pero no le preocupará mayormente con tal que él le permita construir el edificio, querrá desgarrarse las entrañas para mostrárselas y hacerle ver lo que usted tiene dentro a fin de que le permita erigir el edificio. Entonces él dirá que lo lamenta mucho, porque el trabajo ha sido otorgado a Guy Françon. Y volverá a su casa y no sabrá qué hacer allí. Gritará como una mujer, como un borracho, como un animal. Éste sería su porvenir, Howard Roark. Ahora, ¿lo quiere usted?

—Sí —dijo Roark.

Los párpados de Cameron cayeron; su cabeza se inclinó un poco, después más, y continuó

cayendo lentamente con largas y extrañas sacudidas. Después se detuvo. Quedó quieto en su asiento, los hombros encorvados, los brazos acurrucados en su regazo.

—Howard —murmuró—, nunca le he dicho esto a nadie.

—Muchas gracias —replicó Roark.

Después de largo rato, Cameron levantó la cabeza.

—Váyase a su casa —agregó, con voz baja—. Ha trabajado hasta demasiado tarde, y tiene un día pesado por delante. —Señaló los planos de la casa de campo—. Está muy bien —dijo—, y me hubiese gustado ver lo que hubiese hecho, pero no es como para edificarla. Tendrá que hacerlos de nuevo. Mañana le mostraré lo que yo quiero.

Un año con la firma de «Françon y Heyer» le había dado a Keating el título, por el que tanto había suspirado, de príncipe heredero sin cartera. Pese a no ser más que un dibujante, era el favorito de Françon. Éste le confería un honor inaudito para un empleado: lo llevaba a comer. Además, Françon lo llamaba para que estuviese presente en las entrevistas que tenía con los clientes, y parecía que a éstos les agradaba ver un joven tan decorativo en el estudio de un arquitecto.

Lucio N. Heyer tenía la fastidiosa costumbre de preguntarle a Françon, de pronto: «¿Dónde consiguió el nuevo empleado?», y señalaba a un empleado que desde hacía tres años estaba allí. Pero Heyer sorprendía a todos al recordar el nombre de Keating y saludarlo siempre que lo encontraba con una sonrisa de reconocimiento positivo. Keating había tenido una larga conversación con él, una monótona tarde de noviembre, sobre porcelanas antiguas. Era la manía de Heyer. Poseía una valiosa colección reunida con apasionamiento. Keating desplegó conocimientos muy serios sobre el tema, aunque nunca había oído hablar de porcelanas antiguas hasta la noche anterior, que se la había pasado en una biblioteca pública. Heyer estaba encantado, pues nadie en el estudio se preocupaba por su manía, y pocos notaban su presencia. Heyer le dijo a su socio: «Es usted verdaderamente sagaz para elegir a sus empleados, Guy. Hay un muchacho que no quisiera que perdiésemos. ¿Cómo se llama...? Keating». «Sí, en efecto —respondió Françon sonriéndose—; sí, en efecto».

En la sala de dibujo, Keating se concentraba en Tim Davis. El trabajo y el dibujo eran solamente insignificantes detalles en la superficie de sus días; Tim Davis era la sustancia y la forma del primer escalón de su carrera.

Davis permitía que Keating le hiciera la mayor parte de su propio trabajo; al principio, del trabajo nocturno; después, también, parte del trabajo del día; secretamente primero, públicamente después. Davis hubiera deseado que no se supiese, pero Keating lo hizo conocer con un aire de confianza ingenua con el que infundía la sensación de que él era tan sólo una herramienta, como el lápiz o la regla T de Tim; que su ayuda realizaba la importancia de Tim en lugar de disminuirla y que, por esa razón, él no había querido ocultarlo.

Al principio, las instrucciones se las daba Davis; después el dibujante principal tomó el arreglo como ya establecido y empezó a darle a Keating las órdenes que debía darle a Davis. Keating siempre estaba allí, sonriéndose y diciendo: «Yo lo haré, no incomode a Tim con esas bagatelas; yo me preocuparé de esto». Davis cedía y le permitía llevar las cosas adelante: fumaba mucho, se tendía con las piernas cruzadas desganadamente sobre el travesaño de un banquillo, cerraba los ojos para pensar en Elaine, y de cuando en cuando decía: «¿Estás listo, Peter?».

Davis se había casado con Elaine en la primavera. Frecuentemente iba tarde al trabajo. Le había murmurado a Keating: «Tú, que estás en buenas relaciones con el viejo, deslízate una palabra de recomendación para mí, de vez en cuando, ¿quieres?, de manera que pasen por alto algunas cosas. ¡Dios mío, cómo odio tener que trabajar ahora!». Keating le decía a Françon: «Siento, señor Françon, que los planos del sótano de la obra de Murray tarden tanto, pero Tim Davis tuvo una pelea con su esposa anoche y usted sabe lo que son los recién casados; no sea demasiado duro con ellos». O si no: «Tim Davis otra vez, señor Françon; perdónelo, no pudo hacerlo, no se ha podido concentrar en su trabajo aún».

Cuando Françon recorrió la lista de los salarios de los empleados, advirtió que el dibujante mejor pagado era el hombre menos necesario del estudio.

Cuando Davis perdió el puesto, ninguno de los empleados del estudio se sorprendió, salvo el mismo Tim Davis. No lo podía comprender. Sus labios adoptaron un gesto de amarga desconfianza contra un mundo al que odiaría para siempre. Sintió que no tenía en la tierra otro amigo que Keating.

Keating lo consoló, maldijo a Françon, maldijo la injusticia de los hombres y gastó seis dólares en una taberna clandestina para obsequiar al secretario de un oscuro arquitecto que conocía. Así obtuvo un nuevo empleo para Tim Davis.

Después, siempre que se acordaba de Davis, sentía un cálido placer; él había ejercido influencia en la vida de un ser humano, lo había sacado de una senda y lo había puesto en otra. Tim Davis no era ya para él Tim Davis, sino sólo una forma viviente y un espíritu, un espíritu consciente. ¿Por qué había temido siempre esa misteriosa entidad que era la conciencia de los demás? Y él había torcido esa forma y ese espíritu según su propio deseo.

Por decisión unánime de Françon, Heyer y el dibujante principal, la mesa de Tim, su puesto y su remuneración fueron adjudicados a Keating. Esto era solamente una parte de su satisfacción; había otra más cálida, menos real y más peligrosa. A menudo decía con viveza: «¿Tim Davis? ¡Ah, sí! Yo le conseguí el empleo que tiene ahora».

Le escribió a su madre sobre todo eso. Ella les decía a sus amistades: «Peter es un muchacho muy poco interesado».

Le escribía a su madre, por obligación, una vez por semana; sus cartas eran cortas y respetuosas; las de ella eran largas, detalladas y llenas de consejos, que él raras veces leía hasta el fin.

Veía a Catherine Halsey de vez en cuando. No había ido a verla a la noche siguiente, conforme había prometido. Se había despertado por la mañana, y al recordar las cosas que le había dicho, sintió odio por ella. Pero una semana más tarde volvió, y ella no le hizo ningún reproche ni le mencionó para nada a su tío. La veía después cada mes o dos; se ponía muy contento cuando la veía, pero nunca le hablaba de su carrera.

Trató de hablarle a Roark de ello, pero fracasó en su intento. Lo visitó dos veces y trepó indignado los cinco tramos de la escalera que conducía a la habitación de Roark. Lo saludó con entusiasmo; quería confiarse a él, no sin saber qué clase de confianza necesitaba, ni por qué estaba convencido de que ésta sólo podía proceder de Roark. Le habló de su empleo y le preguntó con sumo interés acerca del estudio de Cameron. Roark le escuchó y contestó a todas sus preguntas de buen grado; pero Keating, al ver los inmóviles ojos de Roark, sentía que estaba golpeando contra una plancha de hierro y que ambos estaban hablando lenguajes distintos. Antes que terminara la visita, Keating se dio cuenta de los puños gastados de Roark, de sus zapatos y del remiendo en la rodilla de sus pantalones, y se sintió satisfecho. Se fue sonriendo de gozo, pero también sintiéndose miserablemente incómodo y preguntándose por qué ocurría tal cosa. Acabó jurando no volver a ver a Roark, pese a saber que tendría que verlo nuevamente.

—Bueno —dijo Keating—, no tuve valor para invitarla a comer, pero vendrá conmigo a la exposición de Mawson pasado mañana. ¿Qué le parece?

Se sentó en el suelo, descansando la cabeza en el borde de un sofá, extendiendo las piernas. Llevaba un pijama color de chartreuse, de Guy Françon, que flotaba en sus piernas. Por la puerta

abierta del cuarto de baño vio a Françon, de pie junto al lavabo, con el vientre aplastado contra el borde brillante, limpiándose los dientes.

—¡Espléndido! —dijo Françon, hablando con la boca llena de la espuma del dentífrico—. Eso servirá también. ¿No le parece?

—No.

—Pero, caballero Peter, se lo expliqué ayer antes de que saliéramos. El esposo de la linda señora Dunlop piensa edificar una casa para ella.

—¡Ah, sí! —respondió Keating débilmente, separando de la cara los enmarañados rizos negros—. Ahora recuerdo... Dios mío, qué cabeza tengo...

Recordó vagamente la fiesta a la cual Françon lo había llevado la noche anterior; recordaba el caviar servido en un pedazo de hielo ahuecado, el negro traje de noche y la linda cara de la señora de Dunlop; pero no pudo recordar cómo había venido a terminar en el departamento de Françon. Se encogió de hombros. Había ido a muchas fiestas con Françon el año anterior, y a menudo había sido llevado allí en esa misma forma.

—No es una casa muy grande —dijo Françon, con el cabo verde del cepillo saliéndole por la boca—. Cincuenta mil o algo así, según creo. Son gente de poca monta, de cualquier manera; pero el cuñado de la señora Dunlop es Quimby, dueño de muchísimas propiedades. No estaría mal tener una cuña en esa familia. Hay que ver cómo lleva a cabo el encargo, Peter. ¿Puedo contar con usted?

—Desde luego —dijo Keating, bajando la cabeza—. Puede contar conmigo.

Se sentía tranquilo, mientras se contemplaba los dedos de los pies, y pensaba en Stengel, el dibujante de Françon. No quería pensar, pero su imaginación saltó a Stengel automáticamente, como lo hacía siempre, pues Stengel representaba su próximo escalón.

Stengel era reacio a la amistad. Los intentos de Keating se habían estrellado durante dos años contra el hielo de sus anteojos. En la sala de dibujo se murmuraba lo que Stengel pensaba de él, pero pocos osaban repetirlo, salvo entre comillas. Stengel lo decía en voz alta, aunque sabía que las correcciones que llevaban sus dibujos cuando eran devueltos de la oficina de Françon estaban hechas por la mano de Keating. Pero Stengel tenía un punto vulnerable: desde algún tiempo estaba haciendo planes para dejar a Françon y abrir un estudio propio. Había elegido un socio, un arquitecto joven sin talento alguno, pero que había heredado dinero. Stengel estaba solamente esperando la oportunidad. Keating no podía pensar en otra cosa. Pensaba nuevamente en ello, echado allá, en el dormitorio de Françon.

Dos días más tarde, cuando acompañó a la señora Dunlop a la exposición de pintura de cierto Frederic Mawson, su decisión estaba tomada. La condujo a través de la rala multitud, tomándola del brazo de vez en cuando y mirando con más frecuencia su cara joven que los cuadros.

Sí —dijo él mientras ella se detuvo obligadamente en un paisaje, un «cementerio» de autos, tratando de dar a su rostro la expresión de admiración que se esperaba de ella—. Magnífico trabajo...; note los colores, señora Dunlop... Se dice que Mawson ha pasado épocas terribles. Es la historia de siempre, hasta ser reconocido. Historia vieja y dolorosa. Es lo mismo en todas partes. En mi propia profesión, incluso.

—¿Sí? —dijo la señora Dunlop, que en aquel momento parecía preferir la arquitectura.

—Mire esto —dijo Keating, deteniéndose frente a una pintura que representaba una vieja bruja

que se hurgaba los pies en una feria—. Ésta es una muestra del arte como documento social. Se necesita ser una persona de valor para apreciarlo.

—Es sencillamente maravilloso —dijo la señora Dunlop.

—¡Ah, sí, valor! Es una cualidad rara. Se dice que Mawson se moría de hambre en una buhardilla cuando fue descubierto por la señora Stuyvesant. Es magnífico poder ayudar a un joven talento en esa forma.

—Debe de ser maravilloso —convino la señora Dunlop.

—Si yo fuese rico —dijo Keating pensativamente—, haría una de mis manías: concertar la exposición de un nuevo artista, costear el concierto de un pianista nuevo, tener una casa edificada por un nuevo arquitecto...

—¿Sabe usted, señor Keating, que estamos haciendo planes con mi esposo para edificar una casita en Long Island?

—¿Verdad? Es usted muy encantadora, señora Dunlop, al revelarme tal cosa a mí. Es usted demasiado joven, si me perdona por decirle tal cosa. ¿No sabe que corre el riesgo de que yo llegue a serle molesto tratando de interesarla en mi firma? ¿O es que está segura y ya ha elegido arquitecto?

—No —dijo ella con encanto—; realmente no me importaría el peligro. He pensado en la firma de «Françon y Heyer» en estos últimos días. He oído decir que son muy buenos.

—¡Oh, sí! Gracias, señora Dunlop.

—El señor Françon es un gran arquitecto.

—¡Oh, sí!

—¿Qué pasa?

—Nada, absolutamente nada.

—No es verdad; ¿qué pasa?

—¿Quiere realmente que se lo diga? —¿Por qué no?

—Bien. Mire: Guy Françon no es más que un hombre. No se cuida para nada de su casa. Es uno de esos secretos profesionales que yo no debería divulgar, pero no sé qué hay en usted que me obliga a ser honrado. Los mejores edificios que proyecta nuestro estudio son concebidos por Stengel.

—¿Quién?

—Claude Stengel. Nunca habrá oído ese nombre, pero lo oirá cuando alguien tenga el valor de descubrirlo. Ya ve, él hace todo el trabajo, es el verdadero genio detrás de la escena; pero Françon pone su firma y recibe todo el crédito. Así se hace en todas partes.

—Pero ¿por qué aguanta todo eso el señor Stengel?

—¿Qué puede hacer él? Nadie quiere darle una mano. Usted sabe cómo es la mayoría de la gente; prefiere la senda trillada; paga tres veces más el precio de una cosa solamente porque tiene la marca de fábrica. Lo que hace falta a la gente es coraje. Stengel es un gran artista, pero pocas personas están capacitadas para advertirlo. Él está dispuesto a continuar por su cuenta si encuentra una persona prominente, como la señora Stuyvesant, que le dé una oportunidad.

—¿Realmente? ¡Qué interesante! Siga hablándome de eso.

Le contó muchas cosas más, pero habiendo terminado el recorrido de las obras de Frederic Mawson, la señora Dunlop se despidió de Keating diciéndole:

—Es una amabilidad, una extraordinaria amabilidad, de parte suya. ¿Está seguro de que no tendrá

ninguna complicación en su oficina si me concierta una entrevista con el señor Stengel? No me animaba a sugerírselo, y le agradecería que no se molestase.

Es usted tan altruista, que pocos habrían procedido así en su situación.

Cuando Keating se acercó a Stengel a proponer la comida, éste le escuchó sin decir palabra. Después moviendo la cabeza, dijo bruscamente: ¿Qué gana usted con «eso»? —Pero antes que Keating pudiese contestar, el otro echó de pronto la cabeza atrás y dijo—: ¡Oh, ya veo! —Después largó sus delgados labios en señal de desprecio—: De acuerdo. Iré a la comida.

Cuando Stengel dejó el estudio de «Françon y Heyer» para abrir el suyo propio, empezando con la construcción de la casa de Dunlop, Guy Françon rompió una regla en el borde de la mesa y le rugió a Keating:

—¡Ese bastardo...! ¡Ese impenetrable bastardo...! ¡Después de todo lo que yo he hecho por él!

—¿Qué esperaba? —dijo Keating, que se hallaba tendido en un sillón bajo, delante de él—. Así es la vida.

—Pero lo que no alcanzo a comprender es como se enteró ese canalla. ¡Quitarnos el trabajo de nuestras narices!

—Bueno, yo nunca confié en él desde ningún punto de vista. —Keating se encogió de hombros—. La naturaleza humana...

La amargura de su voz era sincera. Nunca había recibido gratitud por parte de Stengel. Éste, al partir, lo único que le dijo fue: «Usted es más barato de lo que yo había creído. Buena suerte. Será un gran arquitecto algún día».

De esta manera logró Keating el puesto de jefe proyectista de «Françon y Heyer».

Françon celebró el acontecimiento con una modesta orgía en uno de los restaurantes más tranquilos y costosos.

—En un par de años... —dijo, y repitió—: En un par de años, verá qué cosas ocurrirán. Peter... Es un buen muchacho y le estimo y verá las cosas que haré con usted... ¿Acaso no he hecho ya mucho? Va ascendiendo, Peter...; en un par de años...

—Tiene la corbata torcida —dijo Keating secamente—, y se está volcando el coñac sobre el chaleco.

Al enfrentarse con su primer proyecto Keating se acordó de Tim Davis, de Stengel, de muchos otros que habían querido, que habían luchado, que habían puesto manos a la obra y que habían sido vencidos por él. Experimentaba una sensación de triunfo. Era una tangible afirmación de su grandeza. De pronto se encontró en una oficina cerrada, contemplando un pliego en blanco, solo. Había algo que rodaba por su garganta hacia el estómago, algo frío y hueco era la antigua sensación de un agujero que iba cayendo. Apoyóse en la mesa; cerró los ojos. Antes nunca le había parecido tan real lo que se esperaba que él realizara: llenar un pliego de papel, crear algo sobre un pliego de papel.

Era tan sólo una pequeña residencia, pero en lugar de verla elevarse ante él, la veía hundiéndose; veía su conformación como si fuera un foso en el suelo y como un foso dentro de él, como un vacío con Davis y Stengel solamente, haciendo dentro un ruido inusitado.

Françon le había dicho acerca de la construcción: «Debe tener dignidad, dignidad..., nada de extravagancias...; una construcción elegante..., siempre dentro del presupuesto». Ésa era la manera que tenía Françon de dar ideas al proyectista, dejándolo en libertad para que las ejecutase. Keating

sentía un frío estupor al pensar que los clientes se le reirían a la cara; oía la voz débil y omnipotente de Ellsworth Toohey indicándole las oportunidades que se le ofrecían en el gremio de los fontaneros. Odió todas las piedras que hay en la superficie de la tierra, y se odió a sí mismo por haber elegido la profesión de arquitecto.

Cuando empezó a dibujar, trató de no pensar en el trabajo que estaba haciendo, sino en que si Françon lo había hecho, y Stengel, y Heyer y todos los otros, él también tenía que poder si quería.

Empleó varios días en los bocetos preliminares; pasó largas horas en la biblioteca de «Françon y Heyer» buscando, en fotografías de edificios clásicos, el aspecto del que tenía que hacer. Sentía que la tensión le fundía el cerebro. Y pensaba que era justo y bueno que así ocurriese, mientras la casa crecía bajo sus manos, porque los hombres aún adoraban a los maestros que habían hecho lo mismo antes que él. No tenía que extrañarse de temer o tomar las oportunidades que se presentaran; habían sido hechas para él.

Cuando los croquis estuvieron listos, se quedó mirándolos con duda. Si se le hubiese dicho que era la mejor o la peor casa del mundo, hubiera estado igualmente de acuerdo con las dos opiniones. No tenía seguridad. Tenía que estar seguro. Se acordó de Stanton, y pensó en el que confiaba cuando le asignaban algún trabajo allí. Telefonó al estudio de Henry Cameron y preguntó por Howard Roark.

Fue a ver a Roark aquella noche y extendió delante de él los planos, la elevación, la perspectiva de su primer proyecto de construcción. Roark se plantó delante de ellos, extendió los brazos, agarrándose con sus manos al borde de la mesa, y permaneció mudo un largo rato.

Keating esperaba ansioso; sintió que junto con la ansiedad iba creciendo la furia, por no poder comprender por qué estaba tan ansioso. Cuando ya no pudo más, dijo:

—Tú sabes, Howard, que todo el mundo dice que Stengel es el mejor proyectista de la ciudad, y no creo que él estuviese dispuesto realmente a marcharse; pero yo le conseguí una oportunidad y ocupé su puesto. Quería hacer algo muy bueno con esto, pero yo...

Se detuvo. No parecía animado y orgulloso, como le hubiera ocurrido en cualquier otra parte. Parecía que imploraba.

Roark se volvió y lo miró. Sus ojos no eran despreciativos; solamente estaban dilatados un poco más que de costumbre, atentos y perplejos. No dijo nada y volvió a los dibujos.

Keating se sintió indefenso. Davis, Stengel, Françon no significaban nada allí. La gente era su protección contra la gente, pero Roark no tenía el sentido de la gente. Los otros le daban a Keating el sentimiento de su propio valor, pero Roark no le daba nada. Pensó en coger sus dibujos e irse. El peligro no era Roark; el peligro era que él, Keating, se quedase.

Roark se volvió hacia él.

—¿Sientes placer haciendo esta clase de cosas, Peter?

—¡Oh, ya sé que no apruebas esto! —dijo Keating con voz penetrante—. Pero es cosa comercial. Quiero saber qué piensas de esto prácticamente, no filosóficamente, no...

—No, no voy a predicar. Solamente deseaba saber.

—Si tú puedes ayudarme, Howard; si puedes ayudarme un poco... Es mi primera construcción y significa mucho para mí en el estudio, y no estoy seguro de si está bien. ¿Qué piensas tú? ¿Quieres ayudarme?

—¿Cómo no!

Roark arrojó a un lado el proyecto de la graciosa fachada, con sus pilastras acanaladas, los frontones cortados, los haces romanos sobre las ventanas y dos águilas del Imperio a la entrada. Recogió los planos. Tomó un pliego de papel de tela, lo puso sobre el plano y empezó a dibujar. Keating observaba el lápiz en la mano de Roark. Vio desaparecer la imponente entrada del *foyer*, las galerías torcidas, los oscuros rincones; vio un inmenso *living room* creciendo en el espacio, en el mismo espacio que él había creído demasiado limitado; vio una pared de ventanas inmensas que daban al jardín, una espaciosa cocina. Se quedó observando durante mucho tiempo.

—¿Y la fachada? —preguntó cuando Roark abandonó el lápiz.

—No puedo ayudarte en eso. Si tiene que ser clásica, es preciso que sea un buen clásico al menos. No necesitas poner tres pilares donde basta con uno. Y quita esos pajarracos de la puerta; es demasiado.

Keating le sonrió con agradecimiento cuando se fue con los dibujos debajo del brazo. Bajó la escalera herido y enojado. Trabajó durante tres días haciendo nuevos planos de acuerdo con los bosquejos de Roark y una nueva y más simple elevación, y presentó su casa a Françon con un gesto orgulloso y que parecía un floreo.

—Bien —dijo Françon, estudiándolo—, bien...; digo... ¡Qué imaginación tiene, Peter! Me sorprende... Es un poco atrevido, pero me sorprende. —Tosió y agregó—: Es exactamente lo que tenía en mi cabeza.

—Naturalmente —agregó Keating—. Estudié sus construcciones y traté de pensar lo que usted hubiese hecho, y si está bien es porque sé cómo captar sus ideas.

Françon se sonrió, y Keating pensó al punto que Françon no creía realmente en eso y sabía que Keating no lo creía, y, sin embargo, ambos se alegraron, unidos más estrechamente por un método común y un común delito.

Cameron tenía sobre la mesa una carta en la que le informaba que, después de una consideración muy seria, el directorio de la «Security Trust Company» lamentaba no haber podido aceptar sus planos para el edificio de la nueva sucursal de la compañía en Astoria, y que la obra había sido adjudicada a la firma «Gould y Pettingill». Junto con la carta había llegado un cheque en concepto de pago por los proyectos preliminares, conforme se había convenido. La suma no era suficiente para cubrir los gastos que habían originado aquellos proyectos.

La carta estaba sobre la mesa. Cameron estaba sentado delante de ella, echado hacia atrás, sin tocar la mesa, las manos juntas en el regazo, el dorso de una mano sobre la palma de la otra, los dedos unidos. Era solamente un pedazo de papel, pero él estaba inmóvil frente a ella, porque le parecía una cosa sobrenatural que, como el *radium*, enviaría rayos mortales si él se movía.

Durante tres meses había esperado el encargo de la «Security Trust Company».

Una tras otra, todas las oportunidades que se le habían presentado a raras intervalos en los dos últimos años se habían desvanecido; aparecían como vagas promesas y se desvanecían en forma de firmes rechazos. Uno de los dibujantes había tenido que ser suprimido hacía tiempo. El dueño de la casa reclamaba el alquiler, cortésmente al principio, más tarde con sequedad y después ruda y descaradamente. Pero nadie en la oficina se había preocupado mucho por los atrasos en los sueldos: existía el encargo de la «Security Trust Company». El vicepresidente, que le había pedido a Cameron

que presentase sus proyectos, le había dicho: «Sé que algunos de los directores no serán de la misma opinión, pero siga adelante, Cameron. Aproveche esta oportunidad; yo lucharé por usted».

Cameron no se durmió. Él y Roark trabajaron sin descanso para tener listos los planos con tiempo, antes de tiempo, antes que «Gould y Pettingill» presentasen los suyos.

Pettingill era sobrino de la esposa del presidente del Banco y una famosa autoridad en materia ruinas de Pompeya. El presidente del Banco era ardiente admirador de Julio César, y una vez, cuando estuvo en Roma, se había pasado una hora y cuarto examinando con reverencia el Coliseo.

Cameron y Roark habían vivido en la oficina, con una cafetera de café negro, mañana, tarde y noche durante días, y Cameron pensaba involuntariamente en la cuenta de la luz, pero trataba de olvidarlo. Las luces ardían en la sala de dibujo en las primeras horas del amanecer cuando enviaba a Roark a buscar bocadillos, y Roark se encontraba con una mañana grisácea cuando todavía era de noche en la oficina, pues las ventanas daban frente a una alta pared de ladrillos.

El último día, Roark mandó a Cameron a su casa después de medianoche, porque sus manos temblaban y sus rodillas buscaban el alto taburete de dibujo para apoyarse. Roark lo llevó a un taxi, y a la luz de un foco de la calle, Cameron pudo ver el rostro desencajado del muchacho, cuyos ojos se mantenían abiertos sólo por el esfuerzo que hacía. A la mañana siguiente, Cameron entró en la sala de dibujo y encontró la cafetera en el suelo, junto a un charco negro; la mano de Roark, con la palma vuelta y los dedos a medio cerrar, en el charco; el cuerpo de Roark estaba tendido en el suelo con la cabeza echada hacia atrás. Estaba profundamente dormido. Sobre la mesa, Cameron vio los planos terminados.

Miró la carta que estaba sobre la mesa. Lo malo era que no podía pensar en aquellas noches que había pasado, no podía pensar en el edificio que debía haberse erigido en Astoria y en el que ahora tomaría su lugar. Pensaba solamente en la cuenta impagada de la compañía de electricidad...

En los dos últimos años, Cameron solía desaparecer de la oficina durante semanas, y Roark no lo podía encontrar en su casa. Sabía lo que ocurría, y lo único que podía hacer era esperar que Cameron volviese sano y salvo. Cameron había perdido hasta la vergüenza en su agonía, y llegaba a la oficina tambaleante, sin reconocer a nadie, descaradamente borracho y haciendo alarde de ello en el único lugar del mundo que siempre había respetado.

Roark aprendió a enfrentarse con su propio casero con la simple respuesta de que no podía pagarle hasta la semana siguiente. El propietario le temía y no volvió a insistir.

Peter Keating había oído algo de esto, pues que siempre oía algo de las cosas que deseaba saber. Fue una noche a la helada habitación de Roark y se sentó sin quitarse el abrigo. Sacó de su cartera cinco billetes de diez dólares y se los entregó a Roark.

—Los necesitas, Roark; sé que los necesitas —le dijo—. No empieces a protestar ahora; puedes devolvérmelos cuando quieras.

Roark lo miró sorprendido, tomó el dinero y dijo:

—Sí, los necesito. Gracias, Peter. Entonces, Keating agregó:

—¿Qué diablos están haciendo, perdiendo el tiempo con el viejo Cameron? ¿Qué necesidad tienes de vivir de esta forma? Déjalo y vente con nosotros. No tengo más que hablar. Françon estará encantado. Empezarás con sesenta por semana.

Roark sacó el dinero del bolsillo y se lo devolvió.

—No quise ofenderte.

—Yo tampoco.

—Pero, por favor, Howard, acéptalos de cualquier modo.

—Buenas noches, Peter.

Roark estaba pensando en eso cuando Cameron entró en la sala de dibujo con la carta de la «Security Trust Company» en la mano. Le entregó la carta a Roark, sin decirle nada, y se volvió a la oficina. Roark leyó la carta y lo siguió. Siempre que perdían algún trabajo, sabía que Cameron necesitaba verlo allí para hablar de otras cosas y buscar el apoyo en la confianza que su presencia implicaba.

Sobre la mesa de Cameron vio un ejemplar del New York Banner. Era el diario más importante de la gran cadena «Wynand». Era un diario que hubiera esperado encontrar en una cocina, en una peluquería, en una sala de recibo de tercera clase, en el subterráneo, en cualquier parte menos en el estudio de Cameron.

Cameron advirtió cómo lo miraba, y se sonrió burlescamente.

—Lo compré esta mañana, cuando venía para aquí. Es curioso, ¿no es cierto? Nunca lo hubiera conocido si no hubiésemos recibido esa carta hoy. Y, sin embargo, parece que esta carta y el diario son cosas que están de acuerdo. No sé por qué lo compré. Supongo que por un sentido simbólico. Mírelo, Howard, es interesante.

Roark le echó una ojeada. La primera página tenía una fotografía de una madre soltera, con gruesos labios pintados, que había matado a su amante. El retrato encabezaba la primera parte de la autobiografía y un relato detallado del juicio. Las otras páginas traían una cruzada contra las compañías de servicios públicos, un horóscopo diario, extractos de sermones, recetas para recién casadas, retratos de muchachas con hermosas piernas, consejos para retener al marido, un concurso de niños, un poema donde se proclamaba que saber fregar platos era más noble que escribir una sinfonía, un artículo que demostraba que una santa mujer que ha dado a luz un niño era automáticamente una santa.

—Ésa es la contestación. Ésa es la contestación que nos dan a usted y a mí. Eso existe y eso gusta. ¿Puede luchar contra eso? ¿Tiene palabras que puedan ser oídas y comprendidas por quienes leen esto? No nos deberían haber enviado la carta; nos deberían haber enviado un ejemplar del Banner de Wynand. Sería mucho más simple y más claro. ¿Sabe que en pocos años ese increíble bastardo de Gail Wynand gobernará al mundo? Será un mundo hermoso. Y tal vez tenga razón.

Cameron tomó el diario extendido, pesándolo en la palma de la mano.

—Dele a ellos lo que quieren y permítales que en retribución le adoren y le laman los pies..., o ¿qué? ¿Qué valor tiene? Solamente que no importa, nada importa, ni siquiera esto me importa... — Después miró a Roark, y agregó—: Si solamente pudiera seguir hasta que usted haya comenzado por su propia cuenta, Howard...

—No hable de eso.

—Quiero hablar de eso. Es gracioso, Howard; la próxima primavera hará tres años que está aquí. Parece mucho más, ¿no es cierto? Bien, ¿acaso le he enseñado algo? Le diré: le he enseñado mucho y nada. Nadie le puede enseñar nada a usted. Nadie puede ir a su esencia, a su fuente, a enseñarle. Lo que hace le pertenece; no es mío. Yo sólo puedo enseñarle a hacerlo mejor, puedo darle medios; pero

el objeto, el objeto es suyo, solamente suyo. Usted no será pobre discípulo que haga cositas anémicas en antiguo estilo jacobino o en moderno estilo Cameron. Usted será... ¡Si solamente pudiese vivir para verlo!

—Vivirá para verlo. Y bien lo sabe.

Cameron se quedó mirando las desnudas paredes de su oficina, los blancos montones de cuentas sobre su mesa, la lluvia de hollín que goteaba lentamente en las ventanas.

—No tengo respuestas que darle, Howard. Lo dejaré a usted para que los convenza. Usted les contestará. A todos: a los diarios de Wynand y a lo que hace posible los diarios de Wynand y a lo que está detrás de eso. Es una extraña misión la que le encargo. No sé cuál será nuestra contestación. Sé solamente que hay una respuesta y que usted la tiene, que usted es la respuesta, Howard, y algún día encontrará las palabras que la expresen.

VI

Los Sermones en piedra, de Ellsworth M. Toohey, fueron publicados en enero de 1925.

El libro tenía una cubierta dulzona, de color azul oscuro, con letras sencillas de plata y una pirámide de plata en un ángulo. Como subtítulo: Arquitectura para todo el mundo, y su éxito fue sensacional. Presentaba la historia íntegra de la arquitectura, desde la cabaña de barro hasta el rascacielos, narrada con los términos de un hombre de la calle, pero dándole a esos mismos términos la apariencia de ser científicos. Su autor declaraba en el prefacio que era un intento «de devolver la arquitectura a quien pertenece: al pueblo». Más adelante declaraba que deseaba ver al hombre medio «pensar y hablar de arquitectura como habla de béisbol». No aburría a sus lectores con los tecnicismos de los cinco órdenes, el pilar y el dintel, el arbotante y el hormigón armado. Llenaba sus páginas con relatos caseros de la vida cotidiana de las amas de casa de Egipto, de los zapateros remendones de Roma, de las queridas de Luis XV, lo que ellas comían, cómo se lavaban, dónde hacían sus compras y el efecto que los edificios tenían sobre sus existencias. Pero causaba en sus lectores la impresión de que estaban aprendiendo todo lo que tenían que conocer sobre los cinco órdenes y el hormigón armado. Provocaba en los lectores la impresión de que, tanto en lo pasado como en lo presente, no había problemas ni hazañas ni metas del pensamiento más allá de la común rutina cotidiana del pueblo anónimo; que la ciencia no tenía finalidad y significación más allá de su influencia sobre la rutina; que los lectores solamente con vivir sus días oscuros estaban representando y realizando los más altos objetivos de cualquier civilización. Su precisión científica era impecable y su erudición sorprendente: nadie podía refutarlo con respecto a los utensilios de cocina de Babilonia o a los felpudos de Bizancio. Escribía con el brillo y el color de un observador directo. No se esforzaba en recorrer, con aburrimiento, los siglos; danzaba, decían los críticos, por los caminos del tiempo como un juglar, un amigo y un profeta.

Decía que la arquitectura era efectivamente la más grande de todas las artes, porque era anónima como toda la grandeza. Decía que, tal como debía ser, el mundo tenía muchos edificios famosos, pero pocos renombrados arquitectos, puesto que en realidad ningún hombre aislado ha creado nunca nada de importancia en arquitectura o en cualquier otro orden. Los pocos cuyos nombres han perdurado, fueron realmente impostores que expropiaron la gloria del pueblo como otros expropian su riqueza. «Cuando contemplamos la magnificencia de un monumento antiguo y referimos su ejecución a un hombre, nos hacemos culpables de estafa espiritual. Olvidamos el ejército de artesanos desconocidos a quienes nadie ha cantado, que les precedieron en la oscuridad de las edades, que se afanaban humildemente —todo heroísmo es humilde—, contribuyendo cada uno con su pequeña aportación al tesoro de su tiempo. Un gran edificio no es la invención propia de un genio u otro. Es simplemente la condensación del espíritu del pueblo».

Explicaba que la decadencia de la arquitectura se había producido cuando la propiedad privada había remplazado al espíritu comunal de la Edad Media, y que el egoísmo de los propietarios individuales —que no edificaban con otro propósito que el de satisfacer su propio mal gusto, «todo afirma que un gusto individual es mal gusto»— había arruinado el efecto planteado de las grandes ciudades. Demostraba que no existía tal cosa como la voluntad individual desde que los impulsos creadores del hombre están determinados, como todos los demás, por la estructura económica de la

época en la cual vivieron. Expresaba su admiración por todos los grandes estilos históricos, pero amonestaba contra su desenfrenada mezcolanza. Descartaba la arquitectura moderna, estableciendo que «hasta ahora no ha representado nada, salvo el capricho de individuos aislados, que no ha demostrado ninguna relación con ningún gran movimiento espontáneo de masas, y de esta manera no tiene consecuencias». Predicaba un futuro mundo mejor, donde todos los hombres serían hermosos y sus palacios armoniosos y todos iguales, según la gran tradición de Grecia, «madre de la Democracia». Cuando escribió esto, daba a entender —sin ninguna grieta en la serenidad de su estilo— que las palabras que se veían ahora en la impresión ordenada habían sido borroneadas en el manuscrito por una mano vacilante de emoción. Pedía a los arquitectos que abandonasen la búsqueda egoísta de la gloria individual y se dedicaran a dar forma al genio de sus pueblos respectivos. «Los arquitectos son siervos, no líderes. No deben conservar sus pequeños egos, sino expresar el alma de sus países y el ritmo de su tiempo. No deben seguir las ilusiones de la fantasía personal, sino buscar el común denominador que acercará su trabajo al corazón de las masas. Los arquitectos, mis amigos, no deben buscar razones. El asunto de ellos no es mandar, sino ser mandados». Los anuncios de Sermones en piedra llevaban citas de los críticos: «¡Magnífico!», «No igualado jamás en toda la historia del arte», «Una oportunidad para conocer a un hombre encantador y a un pensador profundo», «Lectura obligatoria para todo el que aspire al título de intelectual».

Parecía que había grandes deseos de ostentar tal título. Los lectores adquirirían erudición sin estudiar, autoridad sin costo, juicio sin esfuerzo. Resultaba agradable contemplar un edificio y criticarlo como un profesional con la memoria puesta en la página 439; tener discusiones artísticas y cambiar las mismas frases de los mismos párrafos. En los estudios de los arquitectos distinguidos pronto se oyó decir: «¿Arquitectura? ¡Ah, sí, Ellsworth Toohey!».

De acuerdo con sus principios, Ellsworth Toohey no registraba a los arquitectos por sus nombres en el texto del libro: «el método de crear mitos y el culto de los héroes en las investigaciones históricas me ha sido siempre odioso». Los hombres aparecían solamente en notas al pie. Varias de ellas se referían a Guy Françon, «que tiene una tendencia al exceso de ornato, pero que debe ser elogiado por su lealtad a la estricta tradición del clasicismo». Una nota se refería a Henry Cameron, prominente en un tiempo como uno de los padres de la llamada moderna escuela de arquitectura y relegado desde entonces a un bien merecido olvido. *Vox populi, vox Dei*.

En febrero de 1925, Henry Cameron se retiró de la práctica de la profesión. Durante un año comprendió que ese día tendría que llegar pronto. No había hablado de eso a Roark, pero ambos lo sabían y continuaban trabajando, no deseando otra cosa sino continuar durante el mayor tiempo posible. Pocos encargos habían goteado en la oficina durante el último año. Cottages, garajes, remiendos en viejos edificios. Lo aceptaron todo. Pero las gotas cesaron. Las canillas se secaron. El agua había sido cortada por una cañería a la cual Cameron nunca le había pagado la cuenta.

Simpson y el viejo de la sala de espera habían sido despedidos hacía tiempo. Solamente Roark se sentaba allí, durante las tardes de invierno, y miraba el cuerpo de Cameron caído sobre la mesa, con los brazos colgando, la cabeza sobre los brazos y una botella brillando bajo la lámpara.

Después, un día de febrero, Cameron quiso sacar un libro del estante, y, aunque durante semanas no había bebido alcohol, se desplomó a los pies de Roark repentina, simple y finalmente. Roark lo condujo a la casa y el doctor declaró que el intento de abandonar el lecho era todo lo que hacía falta

para su sentencia de muerte. Cameron lo sabía. Yacía quieto en la almohada, con los brazos extendidos obedientemente a cada lado del cuerpo, los ojos inmóviles y vacíos. Después habló:

—Usted liquidará la oficina por mí, ¿no es cierto?

—Sí —replicó Roark.

Cameron cerró los ojos y no dijo nada más. Roark se sentaba todas las noches junto a su cama, sin saber si el viejo dormía o no.

Una hermana de Cameron apareció de no se sabía qué lugar de Nueva Jersey. Era una mujer humilde y viejecita, de cabellos blancos, manos temblorosas y rostro irrecordable; tranquila, resignada y dulcemente desesperanzada.

Tenía una modesta renta, y asumió la responsabilidad de llevar a su hermano a Nueva Jersey. No se había casado y no tenía a nadie más en el mundo. No estaba ni alegre ni triste por la carga que tomaba; había perdido toda capacidad de emoción desde hacía varios años.

El día de la partida, Cameron puso en las manos de Roark una carta que había escrito por la noche. La había escrito penosamente, apoyándose en un viejo tablero de dibujo colocado sobre las rodillas, y con una almohada tras la espalda. La carta iba dirigida a un arquitecto prominente; era una recomendación para que Roark obtuviese un empleo. Roark la leyó y, contemplando a Cameron, sin mirar a sus propias manos, rompió la carta, reunió los pedazos y nuevamente los rompió.

—No —dijo Roark—. No tiene que pedirles nada. No se preocupe por mí.

Cameron movió la cabeza y quedó en silencio durante largo rato. Después, dijo:

—Usted cerrará la oficina, Howard. Que se queden con los muebles para el pago del alquiler. Pero tomará los proyectos que están en la pared de mi habitación y me los despachará. Esto es todo. Quemará todo lo demás. Todo: los papeles, los expedientes, los dibujos, los contratos, todo.

—Sí —respondió Roark.

La señorita Cameron llegó con la camilla y los practicantes, y marcharon en una ambulancia hacia el *ferry-boat*. A la entrada, Cameron le dijo a Roark:

—Ahora, vuélvase. —Y agregó—: Venga a verme, Howard, pero no demasiado a menudo...

Roark se volvió y se marchó, mientras los otros conducían a Cameron al embarcadero. Era una mañana gris y en el aire había un olor marino, podrido. Una gaviota bajó al sesgo de una calle, gris como la hoja flotante de diario contra una esquina de piedra, húmeda y rayada.

Aquella noche, Roark fue a la cerrada oficina de Cameron. No encendió las luces. Prendió fuego en un calorífico «Franklin», en la oficina de Cameron y vació cajón tras cajón en el fuego, sin mirar lo que caía. Los papeles crujían secamente en el silencio. Un tenue olor a moho elevóse en la oscura habitación y el fuego silbaba, crujía, saltaba en brillantes chispas. A veces un copo blanco con bordes carbonizados revoloteaba fuera de las llamas. Él lo empujaba nuevamente al fuego con el extremo de una regla de acero.

Había proyectos de los famosos edificios que había levantado Cameron y de aquellos que no habían sido construidos; había papeles heliográficos con las delgadas líneas blancas, que eran vigas que todavía estarían en alguna parte; había contratos con firmas famosas, y a veces salía del brillo rojo un conjunto de siete figuras escritas en un papel amarillento, resplandecía y volvía a caer en medio de un frágil restallar de chispas.

Escapándose de entre las cartas de un viejo cartapacio, un recorte de diario cayó al suelo. Roark

lo recogió. Estaba seco, quebradizo y amarillo. Se rasgó en los dobleces entre sus dedos. Era una entrevista concedida por Henry Cameron, con fecha 7 de mayo de 1892. Decía: «La arquitectura no es un negocio, no es una carrera, sino una cruzada y una consagración a la alegría que justifica la existencia sobre la tierra». Hizo caer el recorte en el fuego y tomó otro cartapacio.

Recogió todos los restos de lápices y también los quemó.

Se quedó cerca de la estufa. No se movía, ni miraba hacia abajo; sentía el movimiento del brillo, un débil temblor en los párpados. Contempló los dibujos de los rascacielos jamás construidos que colgaban en la pared que tenía delante de él.

Era el tercer año que Peter Keating estaba con la firma de «Françon y Heyer». Llevaba la cabeza erguida, el cuerpo erecto, con estudiada tiesura. Parecía la imagen de un triunfante joven en un anuncio de navajas de alto precio o de automóviles de precios módicos.

Vestía bien y comprobaba que la gente lo miraba. Tenía un departamento cerca de Park Avenue, modesto, pero elegante. Compró tres valiosos aguafuertes, además de la primera edición de un clásico, que hasta entonces nunca había leído ni abierto. Ocasionalmente acompañaba a los clientes de la «Metropolitan Opera». Una vez apareció en un baile de arte, de fantasía, y produjo sensación con su traje de cortador de piedra medieval, de terciopelo escarlata y calzas. El acontecimiento fue mencionado en la crónica de sociedad. Era la primera mención de su nombre en tipo de imprenta, y guardó el recorte.

Había olvidado su primer edificio y el temor y la duda que le había producido. Se dio cuenta de que aquello era sencillo. Sus clientes aceptarían cualquier cosa, siempre que les diese una importante fachada, una entrada majestuosa y una sala de recibo regia con la cual asombrar a los invitados. El resultado satisfacía a todos. A Keating no le preocupaba con tal que sus clientes se quedasen pasmados; a los clientes no les importaba con tal que los invitados se quedasen pasmados, y a los invitados no les interesaba de ningún modo.

La señora Keating alquiló su casa de Stanton y se fue a vivir a Nueva York con su hijo. Él no quería que fuese, pero no podía negarse porque era su madre. La recibió con algo de ansiedad, pero al menos pudo impresionarla con sus progresos en el mundo. Ella no se impresionó. Inspeccionó las piezas, sus ropas, sus talonarios de Banco, y dijo solamente:

—Está bien, Peter. Al menos por el momento. Le visitó una vez en su oficina, y partió después de media hora. Aquella noche tuvo que estar quieto, estrujando y haciendo crujir los nudillos durante una hora y media, mientras ella lo aconsejaba:

—Ese muchacho Whithers tenía un traje mucho más caro que el tuyo, Peter. Eso no está bien. Tú tienes que preocuparte por tu prestigio delante de esos muchachos. No me gustó nada la forma de hablarte que tenía el chico que trajo el papel heliográfico... ¡Oh, nada, nada! Pero yo lo vigilaría si estuviese en tu lugar... El de la nariz larga no es amigo tuyo... No importa; crees que yo no sé. Guárdate de ese que se llama Bennett. En tu lugar, yo lo echaría. Es ambicioso. Conozco los signos...

Después le preguntó:

—Guy Françon... ¿Tiene hijos?

—Una hija.

—¡Oh...! —agregó la señora Keating—. ¿Qué tal es?

—No la conozco aún.

—Realmente, Peter —dijo ella—, el no hacer ningún esfuerzo por conocer su familia es una verdadera ofensa que le haces a Guy Françon.

—Está en el colegio, mamá. Algún día la conoceré. Se está haciendo tarde, mamá, y tengo mucho trabajo mañana...

Pero Peter pensó esa noche y al día siguiente en lo que habían hablado. Antes había pensado a menudo en lo mismo. Sabía que la hija de Françon se había graduado hacía tiempo y que trabajaba en el Banner, donde escribía una columna pequeña sobre decoración de casas. No pudo saber nada más acerca de ella. Parecía que en la oficina no la conocía nadie. Françon jamás hablaba de ella.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Keating decidió afrontar el tema.

—He oído muy buenas cosas de su hija —le dijo a Françon.

—¿Dónde ha oído buenas cosas de ella? —preguntó como al descuido.

—Bueno..., usted sabe cómo ocurre eso, se oyen cosas... Y ella escribe brillantemente.

—Sí, escribe brillantemente.

Y la boca de Françon se cerró.

—Realmente, Guy, me gustaría muchísimo conocerla.

Françon lo miró, y suspiró fatigado.

—No vive conmigo. Tiene un departamento propio. No sé siquiera si me acuerdo de la dirección... ¡Oh, supongo que algún día la conocerá! No le gustará, Peter.

—¿Por qué dice eso?

—Es una de esas cosas, Peter... Como padre me parece que soy un completo fracaso. Dígame, Peter, ¿qué dijo la señora Mannering del nuevo arreglo de la escalera?

Keating se sintió enojado, desilusionado y aliviado. Observó la rechoncha figura de Françon y se preguntó qué aspecto habría heredado la hija para merecer el obvio disfavor de su padre. «Rica y fea como el diablo, como la mayoría de ellas», se dijo. Pero pensó que eso no sería un obstáculo algún día. Le alegraba que el día fuese postergado. Se le ocurrió con nueva ansiedad que podría ir a ver a Catherine aquella noche.

La señora Keating había conocido a Catherine en Stanton. Había esperado que Peter la olvidase, pero supo entonces que no la había olvidado, aunque él raras veces hablaba de Catherine y nunca la había llevado a su casa. La señora Keating nunca la mencionaba por su nombre, pero hablaba acerca de las chicas pobres que consiguen jóvenes brillantes, y hablaba de los muchachos de porvenir cuyas carreras se habían arruinado por casarse con mujeres que no les convenían, y leía las crónicas de los diarios acerca de las celebridades que se divorciaban de una esposa plebeya que no podía vivir a la altura de su posición.

Mientras se dirigía a la casa de Catherine, Keating iba pensando en las pocas veces que la había visto; habían sido visitas insignificantes, pero eran los únicos días de su vida en Nueva York que recordaba.

Cuando lo hizo entrar, Catherine estaba en medio del *living* de su tío, entre un revoltijo de cartas esparcidas sobre la alfombra, una máquina de escribir portátil, diarios, tijeras, cajas y un frasco de engrudo.

—¡Dios mío! —dijo Catherine, cayendo de rodillas en medio de aquella confusión—. ¡Dios mío! Lo miró sonriendo, desarmándolo. Sus manos estaban extendidas y levantadas sobre los blancos

montones arrugados. Tenía casi veinte años y parecía tan joven como a los diecisiete.

—Siéntate, Peter. Creía que iba a poder terminar antes de que vinieses, pero no ha sido posible. Es la correspondencia de los fanáticos admiradores de mi tío y los recortes de los diarios. Tengo que seleccionarla, contestarla y archivarla; escribir cartas de agradecimiento y... ¡Oh, tendrías que ver las cosas que la gente le escribe! Es algo maravilloso. No te quedes de pie; siéntate. En un minuto termino.

—No; terminas ahora mismo —dijo él levantándola en sus brazos y llevándola a una silla. La sostenía y la besaba, y ella sonreía dichosa, con su cabeza sepultada entre sus hombros.

—Katie, ¡eres una loquita imposible y tu cabello huele muy bien!

Ella repuso:

—¡No te muevas, Peter; estoy tan cómoda!

—Katie, quería decirte que hoy me he divertido mucho. Esta tarde se inauguró oficialmente el edificio «Borman», en la calle Broadway; tiene veintidós pisos y remata en una aguja gótica. Françon tenía una indigestión; de manera que yo tuve que ir para representarlo. Yo diseñé ese edificio y... ¡Oh, tú no entiendes nada de eso!

—Sí que sé, Peter. He visto todos tus edificios; tengo fotos de ellos; las recorto de los diarios. Estoy haciendo un álbum de recortes como el de mi tío. ¡Oh, Peter, es tan maravilloso...!

—¿Qué?

—El álbum de recortes del tío y sus cartas..., todo esto. —Alargó sus manos sobre los papeles del piso, como si quisiese abrazarlos—. Piensa en todas estas cartas que vienen de todo el país, de gente totalmente desconocida, y sin embargo, él significa mucho para ellos. Aquí estoy ayudándolo, yo que no significo nada. ¡Mira qué responsabilidad tengo! Esto es tan conmovedor y tan grande que concierne a toda una nación. ¿Qué importan frente a esto todas las cosas pequeñas que nos pueden suceder?

—¿Sí? ¿Te dijo él eso?

—No, él no me ha dicho absolutamente nada, pero uno no puede vivir con él durante años, sin adquirir algo de esa... de esa maravillosa personalidad suya.

Keating quiso enojarse, pero vio la sonrisa que hacía estremecer los labios de ella y tuvo que sonreír como respuesta.

—Te diré, Katie, que te sienta muy bien. ¿Sabes que resultarías fascinante si supieses algo de vestidos? Uno de estos días te llevaré a la fuerza a una buena modista. Quiero que conozcas a Guy Françon alguna vez. Te agradecerá.

—Creo que una vez me dijiste que no me gustaría.

—¿Te dije eso? Bueno, no lo conocía bien. Es un gran hombre. Quiero que los conozcas a todos. Tú serías..., ¿eh?, ¿dónde vas?

Ella había mirado el reloj de pulsera y se alejaba.

—Son casi las nueve, Peter, y tengo que terminar esto antes que llegue mi tío. Estará de vuelta a las once. Esta noche pronuncia un discurso en un mitin de obreras. Puedo trabajar mientras hablamos ¿no te parece?

—¡No me parece de ninguna forma! Al diablo los fanáticos de tu querido tío. Deja que se las arregle él mismo. Tú no te muevas de donde estás.

Ella suspiró y colocó su cabeza entre los hombros de él, obediente.

—No tienes que hablar así de tío Ellsworth. No lo entiendes. ¿Has leído su libro?

—Sí, he leído su libro y es grandioso, estupendo, pero a cualquier lugar que vaya no oigo hablar más que de su libro, de manera que, ¿qué te parece si cambiáramos de tema?

—¿No quieres conocerlo todavía?

—¿Por qué? ¿Por qué me dices eso? Me gustaría muchísimo conocerlo.

—¡Oh!...

—¿Qué te pasa?

—Me dijiste una vez que no querías conocerlo por mediación mía.

—¿Dije eso? ¡Cómo te acuerdas siempre de todas las estupideces que se me ocurren!

—Peter, no quiero que conozcas a tío Ellsworth.

—¿Por qué no?

—No sé. Es una estupidez de mi parte; pero por ahora no quiero que lo conozcas. No sé por qué...

—Olvidalo entonces. Lo conoceré cuando llegue la ocasión, Katie, escúchame. Ayer estuve junto a la ventana de mi habitación, pensando en ti, y deseando tenerte conmigo. Casi te llamé, pero era demasiado tarde. Siento tan terrible la nostalgia de ti, que...

Ella escuchaba poniéndole los brazos en torno del cuello. Después vio que ella miraba súbitamente algo que estaba lejos, con la boca abierta, consternada. Saltó y corrió a través de la pieza, se echó de bruces y empezó a gatear para alcanzar un sobre de color de espliego que yacía bajo el escritorio.

—¿Qué diablos haces ahora? —preguntó enojado.

—Una carta muy importante —dijo ella, de rodillas todavía, con el sobre apretado en su mano pequeña—. Es una carta muy importante y, prácticamente, puede decirse que estaba en el cesto de los papeles. Podía haberla barrido sin darme cuenta. Es de una pobre viuda que tiene cinco hijos, el mayor de los cuales quiere ser arquitecto. Mi tío va a conseguirle una beca.

—Bueno —dijo Keating levantándose—. Estoy harto de todo esto. Salgamos de aquí, Katie. Vamos a pasear. Está magnífica la noche. Aquí parece que no te perteneces a ti misma.

—Muy bien, vamos a pasear.

Afuera había una niebla de nieve, seca, fina, liviana, que colgaba inmóvil del aire y llenaba los estrechos depósitos de las calles.

Caminaron juntos, del brazo, muy juntos, dejando con los pies largas manchas oscuras en las blancas veredas.

Se sentaron en un banco de la plaza de Washington. La nieve encerraba la plaza, apartándola de las casas, de la ciudad que estaba más lejos. A través de la sombra del arco, pequeños puntos de luz corrían delante de ellos, puntos blancos de acero.

Ella se acurrucó junto a él. Peter contemplaba la ciudad. Siempre le había tenido miedo y en aquel momento la temía, pero tenía dos frágiles protecciones; la nieve y la chica que estaba a su lado.

—Katie... —murmuró—, Katie...

—Te amo, Peter.

—Katie —le dijo sin vacilar, sin énfasis, porque la certidumbre de sus palabras no le permitían

excitación—. Estamos prometidos, ¿no es cierto?

Vio su barbilla moverse débilmente, caer y bajar como si estuviera formando una palabra.

—Sí —respondió ella con calma, con tanta solemnidad que parecía que la palabra era indiferente.

Nunca se le había ocurrido interrogar el porvenir, porque una pregunta hubiese significado la admisión de una duda. Pero cuando dijo «sí» supo que había esperado ese momento y que lo echaría a perder si demostraba demasiado entusiasmo.

—En un año o dos —le dijo apretándole la mano— nos casaremos. Tan pronto como mi situación me lo permita y esté firmemente establecido. Tengo a mi madre a mi cargo, pero en un año todo irá bien. —Trató de hablar tan fría y prácticamente como pudo para no malograr la felicidad que sentía.

—Yo esperaré, Peter —murmuró ella—. No tenemos que apresurarnos.

—No lo diremos a nadie, Katie. Es nuestro secreto, sólo nuestro hasta que... —Y a punto se le apareció un pensamiento, y se asustó porque nunca se le había ocurrido antes; sin embargo, él sabía, con total honradez, aunque se asombrase, que nunca había pensado en aquello. La hizo a un lado y dijo enojado—: Katie, no pensarás que es por ese grande y condenado tío tuyo...

Ella sonrió; el sonido de su risa era suave e indiferente, y él se dio cuenta de que estaba vengado.

—¡Por Dios, no, Peter! A él no le gustaría, por cierto, pero ¿qué nos importa?

—¿No le gustará? ¿Por qué?

—No creo que apruebe el matrimonio. No porque piense que es inmoral, pero siempre me dice que el casamiento está pasado de moda, que es un recurso económico para perpetuar la propiedad privada o algo por el estilo que a él no le gusta.

—Bueno, ¡eso es sorprendente! ¡Nosotros le demostraremos lo contrario!

Él se sentía sinceramente feliz. Aquello sonaba, no en su mente que él sabía inocente, sino en todas las otras mentes donde hubiera podido aparecer la sospecha de que en sus sentimientos hacia ella hubiese existido algún cálculo como el que podía poner en práctica respecto a... a la hija de Françon, por ejemplo.

Pensó que era extraño que le pareciese tan importante; que quisiese mantener tan desesperadamente sus sentimientos hacia ella libres de cualquier lazo.

Echó su cabeza hacia atrás y sintió el resquemor de los copos de nieve en los labios. Después se volvió y la besó. Su boca estaba suave y fría a causa de la nieve.

El sombrero de Katie se inclinó a un lado. Sus labios estaban entreabiertos, sus ojos redondos, desamparados, sus pestañas brillaban. Tomó la mano de ella y colocándola palma arriba, la miró. Katie llevaba guantes de lana negra y abrió los dedos torpemente como un niño. Se quedó contemplando las gotas de nieve derretidas sobre la pelusa del guante, que brillaron a la luz de los faros de un automóvil que pasó como un relámpago.

VII

El boletín de la Corporación de Arquitectos de Norteamérica tenía en su sección miscelánea un corto artículo que anunciaba el retiro de Henry Cameron. Seis líneas resumían sus trabajos arquitectónicos más notables y transcribían, con errores, el nombre de sus dos mejores edificios.

Peter Keating entró en la oficina de Françon e interrumpió el distinguido regateo que Françon tenía con un vendedor de antigüedades que le estaba ofreciendo una caja de rapé que había pertenecido a *Madame Pompadour*. Françon se vio obligado a pagar nueve dólares y veinticinco centavos más de lo que pensaba pagar. Después que el negociante se hubo ido, se volvió hacia Peter, con impertinencia, y le preguntó:

—Bien, ¿qué quiere, Peter? ¿Qué quiere? Keating arrojó el boletín sobre la mesa. Había marcado con la uña del pulgar el párrafo que se refería a Cameron.

—Tengo que buscar a ése hombre —dijo Keating.

—¿A qué hombre?

—A Howard Roark.

—¿Quién diablos es Howard Roark?

—Ya le he hablado de él. Es el dibujante de Cameron.

—Sí, sí; creo que me ha hablado de él. Vaya a buscarlo.

—¿Me da carta blanca para tratar con él lo referente al empleo?

—¿Para qué diablos es necesario emplear otro dibujante? ¿Para eso tuvo que interrumpirme?

—Quizás haya dificultades, pero quiero conseguirlo antes que se decida por algún otro.

—¿De veras? Entonces se hará el interesante. ¿Piensa rogarle que venga aquí después que ha trabajado con Cameron? De cualquier modo no es una gran recomendación para un hombre joven.

—Vamos, Guy, ¿no es una recomendación?

—¡Oh, bien!... Hablando estructuralmente, y no estéticamente, Cameron les da una base completa y... Naturalmente, Cameron fue muy importante en su tiempo. A decir verdad, yo mismo fui uno de sus mejores dibujantes, hace tiempo. Hay algo que decir en honor del viejo Cameron cuando uno necesita esa clase de cosas. Vaya, pues, Consiga a su Roark, si cree que lo necesita.

—No es que realmente lo necesite, pero es un buen amigo y pienso que sería justo ayudarle.

—Bien, haga lo que guste. Sólo le pido que no me moleste con ese asunto... Dígame, Peter, ¿no le parece que ésta es la más hermosa caja de rapé que usted haya visto jamás?

Aquella noche Keating trepó, sin hacerse anunciar, a la habitación de Roark y golpeó nerviosamente. Lleno de alegría entró. Encontró a Roark sentado, fumando, en el alféizar de la ventana.

—Andaba paseando para matar el tiempo y se me ocurrió recordar que vivías por aquí, Howard, y resolví entrar para saludarte, pues hace mucho tiempo que no te veo.

—Ya sé lo que quieres —dijo Roark—. Está bien. ¿Cuánto?

—¿Qué quieres decir, Howard?

—Tú me entiendes.

—Sesenta y cinco por semana —dijo Keating desconsideradamente. Aquél no era el acercamiento que había preparado, pero no esperaba encontrarse con que el acercamiento no era

necesario—. Sesenta y cinco para empezar. Si crees que no es suficiente, tal vez...

—Por sesenta y cinco acepto.

—¿Tú... tú vendrás con nosotros, Howard?

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Caramba..., ¡tan pronto como puedas! ¿El lunes?

—Bien.

—Gracias, Howard.

—Con una condición —dijo Roark—. No haré ningún proyecto. Ni detalles. Ni rascacielos estilo

Luis XV. No me des cosas de estética, si quieres tenerme. Ponme en el departamento de ingeniería.

Envíame a inspecciones, fuera. Después de esto, ¿todavía quieres que vaya?

—Sí. Di lo que quieras. Verás que, con el tiempo, el empleo te gustará. Te agradará Guy Françon;

él mismo es uno de los hombres de Cameron.

—No debería jactarse de eso.

—Bueno...

—No, no te preocupes. No se lo diré en la cara. No pienso decir nada a nadie. ¿Es eso lo que querías saber?

—Pero ¿por qué? No estoy preocupado ni siquiera he pensado en eso.

—Entonces, resuelto. Buenas noches. Hasta el lunes.

—Bien, sí... pero no tengo demasiada prisa. Vine a verte, en realidad y...

—¿Qué te pasa, Peter? ¿Te molesta alguna cosa?

—No... yo...

—¿Quieres saber por qué procedo así? —Roark sonrió sin resentimiento ni interés—. ¿Es eso?

Si quieres saberlo, te lo diré. No me importa un comino donde trabaje ahora o después. No hay en la ciudad arquitecto con el cual quisiera trabajar. Pero tengo que hacerlo en alguna parte, de manera que me da lo mismo tu Françon, si obtengo de ti lo que quiero. Estoy en venta, y por ahora procederé de esa manera.

—Realmente, Howard, no deberías tomar así las cosas. No hay límite, por lejano que sea, que no puedas alcanzar con nosotros, una vez que te acostumbres. Verás lo que es una verdadera oficina, después del basurero de Cameron...

—No hablemos de eso, Peter. Cortemos en seguida este tema.

—No quise censurar..., no quise decir nada.

No sabía qué decir ni qué sentir. Era una victoria, pero parecía hueca. No obstante, era una victoria y quería sentir afecto hacia Roark.

—Howard, salgamos y bebamos algo para celebrar de alguna manera el acontecimiento.

—Lo siento, Peter, pero eso no forma parte del empleo.

Keating había llegado allí preparado para desplegar precaución y tacto hasta el límite de lo posible; había logrado un propósito que no esperaba obtener, pensó que no debía arriesgarse hablando más y que debía partir. Pero algo inexplicable, más allá de todas las consideraciones prácticas, lo impulsó, y dijo distraídamente:

—¿No puedes ser humano siquiera una vez en tu vida?

—¿Qué?

—¡Humano! ¡Simple! ¡Natural!

—Lo soy.

—¿No puedes ceder?

Roark sonrió. Estaba sentado en el alféizar de la ventana, apoyado contra la pared, con las largas piernas colgando flojamente. Sostenía el cigarrillo, con abandono, entre sus dedos, negligentes.

—No es eso lo que quiero decirte —agregó Keating—. ¿Por qué no puedes salir para tomar algo conmigo?

—¿Para qué?

—¿Tienes que tener un propósito siempre? ¿Tienes que ser siempre tan terriblemente serio? ¿No puedes hacer nunca alguna cosa sin razón, como hace todo el mundo? Eres serio, pareces un viejo. Todo es importante para ti, todo es grande, y en alguna forma importante cada momento, aun cuando estás tranquilo. ¿No puedes sentirte cómodo si no eres importante?

—No.

—¿No te aburres de lo heroico?

—¿Qué tengo yo de heroico?

—Nada. Todo. No sé. No es lo que tú haces. Es lo que haces sentir a la gente que está cerca de ti.

—¿Qué?

—Lo anormal. El esfuerzo. Cuando estoy contigo, es como si siempre tuviera que elegir entre tú y el resto del mundo. No quiero esa clase de elección. No quiero ser un extraño. Quiero estar más cerca de ti. Hay en el mundo muchas cosas sencillas y agradables. No todo es lucha y renuncia, como se siente a tu lado.

—¿Acaso yo he renunciado alguna vez?

—¡Oh, tú nunca renunciarás a nada! Caminarás sobre cadáveres para obtener lo que quieres; pero es que ya has renunciado por el hecho de no haber querido tenerlo.

—Eso es porque tú no puedes querer ambas cosas.

—¿Ambas qué?

—Mira, Peter. Nunca te he confiado estas cosas mías. ¿Cómo es posible que tú no las veas? Nunca te he pedido nada. ¿Por qué piensas entonces que hay una elección implícita? ¿Por qué te sientes incómodo desde el momento que estás seguro de que yo estoy equivocado?

—Yo... yo no sé. —Y agregó—: No sé a lo que te estás refiriendo. —Y continuó—: Howard, ¿por qué me odias?

—Yo no te odio.

—Bien, así es. ¿Por qué no me odias, por lo menos?

—¿Por qué tendría que odiarte?

—Tan sólo para darme algo. Sé que no me aprecias. No puedes querer a nadie. De manera que sería mucho más amable reconocer la existencia de la gente odiándola.

—Yo no soy amable, Peter.

Y como Keating no supo qué decir, Roark agregó:

—Vuelve a tu casa, Peter. Ya has conseguido lo que querías. Dejemos esto... Hasta el lunes.

Roark estaba en la sala de dibujo de Françon y Heyer, con un lápiz en la mano. Un mechón de cabellos color de naranja le caía sobre la cara. Usaba la blusa gris prescrita, como un uniforme de

presidiario.

Aprendió a aceptar su nuevo empleo. Las líneas que dibujaba iban a ser las líneas simples de vigas de acero, y trataba de no pensar en lo que soportarían esas líneas. A veces le resultaba difícil. Entre él y el plano del edificio en el cual estaba trabajando, se imaginaba el plano como hubiera debido ser. Veía cómo podría hacerlo y cómo cambiaría las líneas que dibujaba, hacia dónde debía conducir las para realizar algo espléndido. Tenía que ahogar su pericia. Tenía que matar su visión y obedecer y dibujar las líneas conforme le habían ordenado. Le hacía tanto daño a la mente, que se encogió de hombros con fría cólera, y se dijo: «Difícil, ¿eh?, en fin, aprendámoslo».

Pero quedaba el dolor y una sorpresa sin esperanza. Lo que veía era mucho más real que la realidad del papel, de la oficina, del trabajo. No podía comprender por qué los otros permanecían ciegos ante eso y qué era lo que hacía posible su indiferencia. Miró el papel que tenía delante y se preguntó por qué tendría que existir la ineptitud y por qué tendría que hacer oír su voz. Nunca lo había sabido. Y la realidad que lo permitía, nunca podía ser bastante realidad para él.

Sabía que aquello no podía durar, tenía que esperar; era su única misión: esperar. Lo que sentía, no tenía importancia; debía hacer el trabajo; tenía que esperar.

—Señor Roark, ¿está lista la jaula de acero para el farol gótico del edificio de la Corporación Norteamericana de Radio?

No tenía amigos en la sala de dibujo. Estaba allí como los muebles, tan sutil, tan impersonal y tan silencioso como ellos. Solamente el jefe del departamento de ingenieros, al cual había sido destinado, le dijo a Keating después de las dos primeras semanas: «Usted tiene más sentido del que yo creía, Keating. Gracias». —«¿Por qué?», preguntó Keating—. «Lo digo sin ninguna intención», —respondió el jefe.

De vez en cuando, Keating se detenía frente a la mesa de Roark para decirle suavemente: «¿Quieres venir a mi oficina esta noche cuando hayas terminado, Howard? No es nada de importancia».

Cuando Roark llegaba, Keating le decía: «¿Te gusta estar aquí, Howard? Si necesitas algo, no tienes más que decirlo y lo...». Roark lo interrumpía para preguntarle: «¿De qué se trata ahora?». Keating le mostraba unos bocetos que sacaba de un cajón, diciéndole: «Yo sé que están perfectamente bien, así como están, pero quisiera saber qué opinas tú, así, de una manera general».

Roark miraba los dibujos y aunque hubiese querido arrojárselos a la cara y presentar la renuncia, un pensamiento lo detenía: pensaba que se trataba de un edificio y que debía salvarlo, así como los que pasan junto a un hombre que se está ahogando dan un salto para acudir en su socorro.

Trabajaba durante horas, a veces toda la noche, mientras Keating, sentado, lo observaba. Olvidaba su presencia. Veía solamente un edificio y una oportunidad de darle forma. Sabía que después cambiarían aquella forma, la romperían, la desfigurarían. Sin embargo, quedaría algo de su orden y de su plan. Resultaría siempre un edificio mejor que si hubiese rehusado trabajar en él.

A veces, al mirar el bosquejo de una construcción más simple, más limpia, más honesta que las otras, Roark le decía: «No está mal, Peter. Estás progresando». Y Keating sentía un extraño estremecimiento íntimo, algo sereno, personal, precioso como no lo sentía nunca con los cumplimientos de Guy Françon, de sus clientes, o de cualquier otro. Después se olvidaba y se sentía mucho más sustancialmente halagado cuando una señora rica, pese a no haber visto jamás

construcciones, murmuraba después del té: «Usted es el futuro arquitecto de Norteamérica, señor Keating».

Encontró compensaciones por la sumisión de Roark. Por la mañana entraba en la sala de dibujo y arrojaba a la mesa de Roark el trabajo de un aprendiz dibujante, diciéndole: «Howard, termina esto, ¿quieres?, y hazlo pronto». Hacia el mediodía enviaba un muchacho que le decía a Roark en voz alta: «El señor Keating desea verlo en su oficina, en seguida». O salía de su estudio y, yendo hacia donde se encontraba Roark, decía al acaso: «¿Dónde diablos está el detalle de la instalación de cañerías de la Calle 12? Búscalos, Howard, entre los expedientes y desglósamelos».

Al principio temía la reacción de Roark. Cuando vio que no había reacción, sino una silenciosa obediencia, ya no pudo dominarse. Sentía un placer sensual en darle órdenes y un furioso resentimiento ante la pasiva complacencia de Roark. Y continuaba así sabiendo que podía seguir hasta que Roark se enojase, deseando desesperadamente, sin embargo, que estallara alguna vez. Pero la explosión no llegó.

Roark estaba encantado los días que lo enviaban a inspeccionar edificios en construcción. Andaba entre las armazones de acero con más naturalidad que por el suelo. Los obreros observaban con curiosidad que andaba por los tablones estrechos, sobre las vigas descubiertas, que colgaban sobre el vacío, con tanta facilidad como lo haría el mejor de ellos.

Era un día de marzo y el cielo tenía un tenue color verde que anunciaba la primavera.

En el Central Park, quinientos pies abajo, la tierra era una sombra castaña que prometía transformarse en verde, y los lagos yacían como trozos de cristal bajo las telarañas de las ramas desnudas. Roark marchaba por el esqueleto de lo que debía ser una gigantesca casa de pisos, y se detuvo delante de un electricista.

El hombre estaba atareado, doblando tubos para conductores alrededor de una viga. Era un trabajo que exigía horas de esfuerzo y paciencia.

Roark permaneció con las manos en los bolsillos, observando el lento y penoso progreso que hacía el hombre. Éste levantó la cabeza y le miró. Tenía una cabeza enorme y un rostro tan feo que resultaba fascinador. No era ni viejo ni fofo, pero tenía profundas arrugas, y las poderosas quijadas le caían como las de un bulldog. Tenía ojos espantados, grandes, redondos y de color azul de porcelana.

—¿Qué hay? —preguntó el hombre con enojo—. ¿Qué pasa, cabeza dura?

—Está perdiendo el tiempo. —¿Sí?

—Sí.

—¡No diga!

—Le llevará horas poner los caños alrededor de la viga.

—¿Conoce alguna manera de hacerlo mejor?

—Seguramente.

—Váyase, vago. No queremos vivillos por aquí.

—Haga un agujero en esa viga y pase por él los caños.

—Al diablo, si lo hago.

—Al diablo, que lo tiene que hacer.

—No se hace de esa manera.

—Yo lo he hecho.

—¿Usted? Aquí no se va a hacer así; por lo menos, yo no lo haré.

—Entonces lo haré por usted.

—¡Esto sí que está bien! —rugió el hombre—. ¿Desde cuándo un empleado de oficina le va a enseñar a trabajar a un hombre de trabajo?

—Deme un soplete.

—Tenga cuidado, muchacho. Le quemará sus lindos pies rosados.

Roark se puso los guantes, las antiparras y cogió el soplete de acetileno. Se arrodilló y envió un chorro fino de fuego azul al centro de la viga. El hombre permaneció observándolo.

El brazo de Roark estaba firme, dirigiendo el tenso y silbante rayo de fuego que salía en lenguas. El brazo se sacudía, pero pese a ello no dejaba de guiar correctamente la llama. No había ninguna rigidez en la cómoda postura de su cuerpo; sólo en el brazo advertíase el esfuerzo. Parecía que la lengua azul que comía lentamente el metal no saliese del soplete, sino del brazo que lo sostenía.

Terminó; colocó el soplete en el suelo, y se levantó.

—¡Cristo! —dijo el electricista—. ¡Usted sabe cómo se sostiene un soplete!

—Parece que lo sé, ¿no? —Se sacó los guantes, las antiparras, y se los devolvió—. Continúe haciéndolo de ese modo. Dígale al capataz que yo lo he dispuesto así.

El electricista examinó el agujero hecho a través de la viga y rezongó reverentemente:

—¿Dónde aprendió a hacerlo de esa manera, pelirrojo?

La lenta y alegre sonrisa de Roark reconoció esta concesión a su victoria.

—¡Oh!, yo he sido electricista, lampista, remachador y muchas otras cosas más —respondió.

—¿Estudiaba, además?

—Sí, más o menos.

—¿Va a ser arquitecto?

—Sí.

—Será el primero que conozca algo fuera de los cuadros hermosos y de los tés. Tiene que ver a los alumnos mimados por los profesores que nos envían de la oficina.

—Si es que se está disculpando, no lo haga. No me gusta tampoco. Vuelva a las cañerías. Hasta luego.

—Hasta luego, pelirrojo.

Cuando Roark volvió a aparecer en la obra, el electricista de ojos azules lo saludó con la mano desde lejos, lo llamó y le pidió consejos sobre lo que estaba haciendo. Pero en realidad no necesitaba los consejos. Le manifestó que su nombre era Mike y que lo había echado de menos durante varios días.

Como los obreros ya habían salido, Mike esperó a Roark fuera, hasta que éste terminó la inspección.

—¿Qué le parece si tomamos un vaso de cerveza, amigo? —le dijo a Roark cuando éste salió.

—Con mucho gusto, gracias.

Fueron a una taberna clandestina que estaba en el sótano, se sentaron, bebieron cerveza y Mike relató su historia favorita. Contó cómo se había caído de cinco pisos en cierta ocasión en que el andamio cedió bajo él, y de cómo se había roto tres costillas, y dijo que se regocijaba de vivir para

contar el cuento. Roark le habló de los días en que trabajaba como obrero. El verdadero nombre de Mike era Sean Javier Donnigan, pero todos lo habían olvidado desde hacía tiempo. Poseía una colección de herramientas y un viejo «Ford», y vivía con el único propósito de viajar por el país recorriendo los edificios que se construían. La gente le importaba muy poco, pero su trabajo le importaba mucho. Honraba toda clase de pericia. Amaba su trabajo con pasión y no tenía tolerancia para nadie, salvo para los que se especializaban en un solo trabajo. Era un maestro en su propio campo y no simpatizaba más que con la maestría. Su panorama del mundo era simple: había gente hábil y gente incompetente, y por esta última él no se interesaba. Amaba los edificios y, sin embargo, despreciaba a todos los arquitectos.

—Había uno —dijo mientras apuraba el quinto vaso de cerveza—, uno solamente que usted no habrá conocido por ser demasiado joven; pero era el único hombre que sabía de edificios. Trabajé con él cuando era de su edad.

—¿Cómo se llamaba?

—Henry Cameron era su nombre. Creo que murió hace tiempo.

Roark le contempló durante largo rato y después dijo:

—No ha muerto, Mike. —Y agregó—: Yo he trabajado con él.

—¿Usted ha trabajado con él?

Se miraron en silencio, y con eso quedó sellada la amistad.

Semanas más tarde, Mike detuvo a Roark junto al edificio. Tenía en el rostro expresión de perplejidad y le preguntó:

—Dígame, oí que el superior le decía a uno de los tipos del contratista que usted era un presuntuoso, un porfiado, y el tipo más piojoso y bastardo del cual haya dependido. ¿Qué le ha hecho?

—Nada.

—¿Qué diablos quiso decir entonces?

—No sé —respondió Roark—. ¿Usted lo sabe? Mike lo miró, se encogió de hombros y se echó a reír sarcásticamente.

VIII

Peter Keating partió para Washington a principios de mayo para supervisar la construcción de un museo que había sido donado a la ciudad por un gran filántropo que deseaba aliviar su conciencia. Keating hacía notar la originalidad del edificio: no era reproducción del Partenón, sino de la Casa Cuadrada de Nimes.

Hacia algún tiempo que Keating había partido cuando un ordenanza se acercó a la mesa de Roark y le informó que el señor Françon deseaba verlo en su oficina. Cuando Roark entró en el santuario, Françon le sonrió desde el escritorio y le dijo alegremente:

—Siéntese, amigo, siéntese...

Pero había en los ojos de Roark algo que él nunca había visto de cerca que le hizo reducir la voz y detenerla y agregar secamente:

—Siéntese.

Roark obedeció. Françon lo estudió un segundo, pero no pudo llegar a ninguna conclusión más que a la de que aquel hombre tenía un rostro completamente desagradable, aunque parecía correctamente atento.

—Usted es el que trabajaba con Cameron, ¿no es así?

—Sí.

—El señor Keating me ha hablado muy bien de usted. —Françon lo trataba con amabilidad, pero se detuvo. Era malgastar cortesía. Roark, ya sentado, lo miraba tranquilamente—. Dígame..., ¿cómo se llama?

—Roark.

—Escuche, Roark. Tenemos un cliente que es un poco raro, pero es hombre importante, «muy» importante, y tenemos que satisfacerle. Nos ha dado un trabajo, un edificio para oficinas, de ocho millones de dólares, pero el problema es que tiene ideas muy definidas acerca de la imitación que hay que hacer. Quiere algo como esto. —Françon se encogió de hombros, rechazando toda censura por la absurda sugestión—. Quiere que se parezca a esto.

Entregó a Roark una fotografía. Era la fotografía del edificio «Dana».

Roark permaneció tranquilamente sentado, con la fotografía en la mano.

—¿Conoce ese edificio? —preguntó Françon.

—Sí.

—Bueno, algo como eso quiere. Y el señor Keating está fuera. Bennett, Cooper y Williams han estado haciendo bosquejos, pero él los ha rechazado. De manera que pensé brindarle una oportunidad a usted.

Françon lo miraba impresionado por la magnanimidad de su propia oferta. No hubo ninguna reacción. Allí se encontraba, tan sólo, un hombre que parecía haber recibido un golpe en la cabeza.

—Naturalmente —dijo Françon—, esto es un buen salto para usted, una buena asignación. He querido brindarle una oportunidad. No se asuste. El señor Keating y yo lo revisaremos después. Haga los planos y un bosquejo. Fórmese una idea de lo que el hombre quiere. Usted conoce las tretas de Cameron. Pero, claro está, nosotros no permitiremos que una cosa tosca como ésta salga de nuestra oficina. Debemos complacerlo, pero también debemos preservar nuestra reputación para no asustar a

otros clientes. Se trata de idear algo sencillo y, en general, similar a esto, pero también artístico. Ya sabe: la más severa clase de griego. No use el orden jónico, use el dórico. Frontones sencillos y molduras simples, o algo por el estilo. ¿Entiende? Ahora llévese esto, y muéstreme lo que pueda hacer. Bennett le dará todos los detalles y... ¿Qué pasa?

La voz de Françon se cortó.

—¿Señor Françon, por favor, deje que lo proyecte tal como lo fue el edificio «Dana»!

—¿Cómo?

—Deje que lo proyecte no copiando el edificio «Dana», sino más bien como Henry Cameron lo hubiese querido hacer, como yo quiero hacerlo.

—¿Quiere decir en estilo modernista?

—Yo..., bien, llamémoslo así.

—¿Está usted loco?

—Señor Françon, escúcheme, por favor. —Las palabras de Roark eran como los pasos de un hombre que camina sobre un alambre tenso, lentos, esforzados, buscando a tientas el único lugar conveniente, temblando sobre el abismo, pero precisos—. No lo censuro por las cosas que usted hace, estoy trabajando con usted y recibo su dinero; no tengo derecho a formular objeciones. Pero esta vez..., esta vez el cliente lo pide. Usted no arriesga nada. Él lo quiere. Piense en esto; hay un hombre, un hombre que ve y comprende y lo quiere y tiene posibilidades de construirlo. ¿Va a luchar con un cliente por primera vez en su vida, y sin objeto? ¿Va a defraudarle y darle el mismo cachivache viejo que muchos otros quieren cuando él es el único que viene con un pedido como éste?

—¿Está usted olvidando con quién habla? —preguntó Françon con frialdad.

—¿Qué diferencia tiene para usted? Deje que lo haga a mi gusto y muéstreselo al cliente. Muéstreselo a él solamente. Ha rechazado ya tres proyectos. ¿Y si rechaza el cuarto? Pero si no lo rechaza..., si no lo rechaza...

Roark no había sabido nunca cómo suplicar y lo estaba haciendo mal. Su voz era dura, sin tono, revelaba el esfuerzo, de manera que el ruego resultaba un insulto dirigido al hombre a quien le rogaba. ¡Qué no habría dado Keating por ver a Roark en aquel momento! Pero Françon no podía apreciar el triunfo que él era el primero en conquistar y solamente advertía el insulto.

—¿Pienso correctamente si deduzco que usted me está criticando y dando una lección de arquitectura?

—Le estoy rogando —dijo Roark cerrando los ojos.

—Si no fuese un protegido del señor Keating, no me molestaría en continuar la discusión sobre este asunto, pero puesto que es tan ingenuo e inexperto, le haré notar que no tengo la costumbre de pedir opiniones estéticas a mis dibujantes. Por favor, tome esta fotografía. No quiero nada estilo Cameron. Quiero que adapte este modelo al pedido que nos han hecho y que siga mis instrucciones respecto a la forma clásica de tratar la fachada.

—No puedo hacer eso —replicó Roark tranquilamente.

—¿Qué? ¿Me está hablando a mí? ¿Me dice, efectivamente, que lamenta no poder hacerlo?

—Yo no he dicho que lo lamente, señor Françon.

—¿Qué dijo?

—Que no puedo hacerlo. —¿Por qué?

—No le agradará la razón. No me pida que haga ningún diseño. Haré cualquier otra clase de trabajo que necesite, pero ése no. Y menos con un trabajo de Cameron.

—¿Quiere decir que se niega a dibujarlo? ¿Pretende ser arquitecto algún día, o no?

—No arquitecto de esa clase.

—¡Oh..., ya veo! Entonces, ¿no lo puede hacer? ¿Quiere decir que no se digna hacerlo?

—Si así lo prefiere...

—Tonto, impertinente, ¡esto es increíble! Roark se levantó.

—¿Puedo irme, señor Françon?

—¡En mi vida —rugió Françon—, con toda mi experiencia, he visto nada semejante! ¿Está usted aquí para decirme qué va a hacer y qué no va a hacer? ¿Está aquí para darme lecciones, criticar mi gusto y dictar sentencia?

—Yo no critico nada —repuso Roark con tranquilidad—. No estoy dictando sentencia. Hay algunas cosas que no puedo hacer. Dejémoslo así. ¿Puedo retirarme ahora?

—Puede abandonar esta habitación y esta casa de ahora en adelante. Puede irse al diablo. Váyase y busque otro patrón. Búsqueselo. Pida su liquidación y salga de aquí.

—Sí, señor Françon.

Aquella noche, Roark fue a la taberna clandestina donde solía encontrar a Mike después del trabajo del día. Mike trabajaba entonces en la construcción de una fábrica, con el mismo contratista que obtenía la mayoría de los trabajos más importantes de Françon. Mike había esperado que Roark hiciera una visita de inspección por la tarde, y lo saludó, enojado:

—¿Qué pasa, pelirrojo? ¿Está aflojando en el trabajo?

Cuando oyó las nuevas, Mike se sentó tranquilo; parecía un bulldog que mostrase los dientes. Después juró salvajemente.

—Los bastardos —vomitó entre otras palabras más fuertes—, los bastardos...

—Cállese, Mike.

—Bueno..., ¿y ahora?

—Algún empleo igual hasta que suceda otra vez la misma cosa.

Cuando Keating volvió de Washington fue directamente a la oficina de Françon. No se detuvo en la sala de dibujo e ignoraba, por lo tanto, la novedad. Françon lo saludó muy expansivamente.

—¡Qué suerte verle de nuevo, muchacho! ¿Qué quiere tomar? ¿*Whisky* con soda o un poco de coñac?

—No, gracias. Deme un cigarrillo.

—¡Qué bien está, amigo! Mejor que nunca. ¿Cómo hace para estar tan bien, bastardo suertudo? Tengo muchas cosas que contarle. ¿Cómo le ha ido en Washington? ¿Todo bien? —Y antes de que Keating pudiese contestar, Françon siguió acometiendo—: Ha ocurrido algo terrible y estoy completamente desilusionado. ¿Se acuerda de Lili Landau? Yo creí que estaba todo arreglado, pero la última vez ni se fijó en mí. ¿Sabe con quién está ahora? Se sorprenderá. ¡Con Gail Wynand, nada menos! La muchacha tiene humos. ¡Si viera sus retratos y sus piernas en los diarios! Eso va a servirle de propaganda. En cambio de eso, ¿qué puedo ofrecerle yo? ¿Y sabe lo que ha hecho? ¿Se acuerda de que ella siempre decía que nadie le podía dar lo que más deseaba, el hogar de su infancia y la aldea de Austria donde había nacido? Bueno, Wynand lo compró todo, hace tiempo, todo el pueblecito y lo

transportó aquí, con todos los detalles, y ha reunido todo nuevamente a orillas del Hudson y allí están ahora los guijarros, la iglesia, los manzanos, las pocilgas, ¡todo! Después se lo presentó a Lili. ¿Cómo no lo va a saber? Si el rey de Babilonia disponía jardines colgantes para su nostálgica mujer, ¿por qué no podría hacerlo Gail Wynand? Lili es toda sonrisas y gratitud; pero la pobre muchacha es realmente desgraciada. Hubiese preferido más un abrigo de visón. Nunca deseó esa condenada aldea. Y Wynand lo sabía. Pero allí está, junto al Hudson. La semana pasada dio una fiesta para ella en esa aldea precisamente. Era una fiesta de fantasía y el señor Wynand fue vestido de César Borgia. Siempre que se pueda creer en lo que se oye, porque ya sabe usted cómo es: nunca se puede probar nada contra Wynand. Y después, ¿qué hizo él, el filántropo? Al día siguiente se retrató allí con chicos de colegio que nunca habían visto una aldea austriaca, y llenó de fotos sus diarios con abundancia de material lacrimoso sobre los valores educativos y recibió muchas notas de los clubs de mujeres. Me gustaría saber qué hará con la aldea cuando se deshaga de Lili. Porque se va a deshacer de ella; nunca le duran mucho. ¿Le parece que entonces llegará mi oportunidad?

—Con seguridad —dijo Keating—. Tenga la seguridad de que será suya. ¿Cómo andan las cosas por la oficina?

—¡Oh, bien, como siempre! Lucio tuvo un catarro y se bebió de un trago todo mi «Bas Armagnac». ¡Es malo para su corazón y cuesta cien dólares el cajón! Además se metió en un lío bastante sucio. Todo por su condenada manía de la porcelana. Parece que compró una tetera a uno que la había robado. Además, él sabía que se trataba de bienes robados. Me costó mucho trabajo evitar un escándalo... ¡Ah!, a propósito, despedí a su amigo..., ¿cómo se llama?, Roark.

—¡Oh! —dijo Keating, y se quedó un momento en suspenso. Después preguntó—: ¿Por qué? ¡El insolente bastardo! ¿En dónde lo pescó? ¿Qué ha pasado?

—Pensé hacerle un bien y le brindé una buena oportunidad. Le pedí que hiciera un bosquejo para el edificio «Farrell» y su amigo rehusó hacerlo. Parece que tiene ideales o algo así, de modo que le mostré la puerta. Bennett lo proyectó finalmente, y conseguimos que Farrell lo aceptara. Dórico simplificado... ¿Qué pasa? ¿De qué se está riendo?

—De nada... Me lo estoy imaginando.

—¡Ahora no me pida que vuelva a tomarlo!

—Desde luego que no.

Durante varios días, Keating estuvo pensando en visitar a Roark. No sabía qué decirle, pero sentía, vagamente, que de algo tenía que hablarle. Lo fue demorando. Obtuvo seguridad en su trabajo. Sentía que en último término no necesitaba a Roark. Los días pasaban y no lo visitaba y se sentía aliviado al ir olvidándole.

A través de las ventanas de su habitación, Roark contemplaba los techos, los tanques de agua, las chimeneas, los automóviles que abajo se alejaban velozmente. Había una amenaza en el silencio de su habitación, en los días vacíos, en sus manos que colgaban sin hacer nada. Y sintió otra amenaza que subía desde la ciudad, como si cada ventana, cada listón del pavimento, se hubiesen transformado horriblemente en una resistencia sin palabras. Esto no le preocupaba. Lo había conocido y aceptado desde hacía mucho tiempo.

Hizo una lista de los arquitectos cuyos trabajos menos le agraviaban, y salió a buscar empleo, fría, sistemáticamente, sin enojo y sin esperanza. No sabía si los días le dañaban; sabía solamente

que había algo que era necesario hacer.

Los arquitectos que vio diferían unos de otros. Algunos lo contemplaban amable y vagamente, y sus modales parecían decir que resultaba conmovedora su ambición de ser arquitecto, conmovedora y loable y extraña y atractivamente triste, como todas las ilusiones de la juventud. Algunos le sonreían con los labios finos y apretados, y parecían gozar con su presencia en la habitación, porque eso les daba conciencia de sus propios éxitos. Algunos hablaban fríamente, como si su ambición fuera un insulto personal. Otros eran bruscos y la agudeza de sus voces parecía decir que necesitaban buenos dibujantes, que siempre necesitaban buenos dibujantes, pero que esa calificación no podían aplicársela a él, y Roark se felicitaba de contenerse, y de no llegar a la violencia que hubiera sido necesaria para forzarlos a expresarse con más humildad.

No tenían mala intención. No se pronunciaban acerca de sus méritos. No pensaban que él carecía de valor. No se preocupaban, simplemente, por averiguar si valía o no. Algunas veces le pedían que les mostrara sus proyectos, los extendía sobre la mesa y sentía que los músculos de las manos se le contraían de vergüenza. Era como si tuviese que arrancarse las ropas, y la vergüenza no era que su cuerpo estuviese expuesto, sino que estuviese expuesto a ojos indiferentes.

De vez en cuando hacía un viaje a Nueva Jersey para ver a Cameron. Sentábanse juntos en el porche de la casa, situada en una colina. Cameron estaba en una silla de ruedas, con las manos apoyadas sobre una vieja manta que le cubría las rodillas. Siempre le preguntaba a Roark:

—¿Qué tal, Howard? ¿Muy difícil?

—No —contestaba Roark.

—Déjeme que le envíe una carta a uno de esos bastardos.

—No —respondía Roark.

Entonces, Cameron no hablaba más del asunto; no quería hablar más; no quería que el pensamiento de Roark, que rechazaba la ciudad, volviese a la realidad. Cuando Roark llegaba, Cameron hablaba de arquitectura con el tono sencillamente confidencial en que se expresan las personas cuando hablan de algo que les pertenece. Sentábanse juntos, mirando hacia la ciudad. El cielo se tornaba más oscuro y luminoso, como si fuese un cristal verde azulado, los edificios parecían nubes condensadas sobre un cristal, nubes gris azuladas, congeladas por un instante en ángulos rectos y en flechas verticales, con el sol poniente envuelto en espirales...

Cuando pasaron los meses de verano y hubo recorrido ya todos los estudios de su lista, retornó a los lugares en los que ya había sido rechazado una vez. Se informó que sabían algunas cosas de él, y siempre oía las mismas palabras, dichas brusca o tímidamente, con disgusto o con elogio. «Usted fue echado de Stanton». «Usted fue echado de la oficina de Françon». Todas las voces eran indiferentes, pero tenían una cosa en común: un tono de satisfacción, con la certidumbre de que la decisión había sido tomada en beneficio de ellos.

Sentábase al anochecer en el alféizar de la ventana, con las manos extendidas en los tableros de la misma, el rostro contra el vidrio, y abajo la ciudad.

En setiembre leyó un artículo titulado «Ábrase el camino del mañana», por Gordon L. Prescott, en la Architectural Tribune. El artículo establecía que la tragedia de la profesión residía en las injusticias que obstruían a los principiantes con talento, cuyas grandes dotes se perdían en la lucha, desconocidas. La arquitectura estaba pereciendo por falta de sangre nueva y de ideas nuevas y por

carencia de originalidad, de visión y de coraje. El autor del artículo se proponía buscar principiantes prometedores para alentarles a progresar y darles oportunidades que merecían.

Roark no había oído hablar nunca de Gordon L. Prescott, pero había un tono de sincera convicción en el artículo y salió en busca de la oficina de Prescott porque veía en él la primera esperanza.

La sala de recibo de Gordon L. Prescott estaba pintada con colores gris, negro y escarlata. Era correcta, discreta y audaz al mismo tiempo. Una secretaria joven, muy bonita, informó a Roark que no se podía ver al señor Prescott sin tener una cita previa, pero que le sería agradable concederle una audiencia para el miércoles próximo, a las dos y cuarto de la tarde.

El miércoles, a las dos y cuarto de la tarde, la secretaria sonrió a Roark y le pidió que tuviera la bondad de esperar un momento. A las cuatro y cuarenta pasó a la oficina de Gordon L. Prescott.

Gordon L. Prescott vestía una chaqueta de color castaño a cuadros, de lana, y un suéter blanco de cuello cerrado de lana de Angora. Era alto, atlético, de treinta y cinco años de edad, pero en su rostro se combinaba un aire vigoroso de inteligencia con una piel suave, una nariz pequeña, una boca resoplante de héroe de colegio. Su cara estaba ajada por el sol; su cabello, rubio, tenía un corte prusiano. Era francamente masculino, francamente despreocupado de su elegancia, y tenía clara conciencia del efecto que con todo ello producía.

Escuchó a Roark en silencio, y sus ojos eran como un reloj que registraba los segundos que empleaba Roark en hablar. Le dejó pronunciar la primera frase, a la segunda le interrumpió para decirle brevemente: «Muéstreme sus dibujos», como para darle a entender, con claridad, que cualquier cosa que Roark dijese, él la conocía muy bien de antemano. Tomó los dibujos con sus bronceadas manos. Antes de mirarlos, dijo: «¡Ah, sí, muchos jóvenes vienen a verme en busca de consejo!». Le echó una mirada al primer bosquejo, pero levantó la cabeza antes de verlo. «Naturalmente, esto es una combinación de lo práctico y de lo trascendental, que tan difícil es para los principiantes».

Fue observando uno por uno todos los dibujos. «La arquitectura es ante todo utilitaria, y el problema consiste en elevar el principio del pragmatismo al reino de la abstracción estética. Todo lo demás es una tontería». Miró los diseños y los colocó debajo de los otros. «Yo no tengo paciencia con los visionarios que ven una cruzada sagrada en la arquitectura por la arquitectura misma. El gran principio dinámico es el principio común de la educación humana». Miró un diseño y lo colocó debajo de los otros. «El gusto público y el corazón del público constituyen el tribunal final ante el que debe someterse el artista. El genio es aquel que sabe cómo expresar lo general. La excepción es explotar lo común». Sostuvo los diseños en la mano, notó que había examinado la mitad de ellos, y los dejó caer sobre la mesa.

—Sí —dijo—, su trabajo es muy interesante, pero no es práctico. No está maduro. Descentrado e indisciplinado. Adolescente. Originalidad por la originalidad misma. Totalmente fuera del espíritu de la época. Si quiere tener una idea de la clase de cosas por las cuales hay una demanda urgente, le mostraré algo. —Sacó un dibujo de un cajón de la mesa—. Esto es de un joven que vino a verme, desprovisto completamente de recomendación, un principiante que nunca había trabajado antes. Cuando pueda hacer cosas como ésta, no tendrá necesidad de andar buscando empleo. Yo vi este único diseño de él y lo tomé en seguida, asignándole para empezar veinticinco dólares por semana.

No hay ninguna duda de que es un genio en potencia. —Le extendió el diseño a Roark. Representaba una casa en forma de silo para granos, combinado, de manera increíble, con la sombra simplificada, delgada, del Partenón.

—Esto —dijo Gordon L. Prescott— es originalidad; lo nuevo en lo eterno. Trate de inclinarse hacia cosas semejantes. No puedo predecirle un gran porvenir. Debemos ser francos; no me gustaría que concibiera falsas ilusiones basadas en mi autoridad. Tiene mucho que aprender. No puedo aventurar una conjetura sobre su talento o acerca de cómo puede desarrollarse más tarde. Pero con un trabajo duro, quizá... La arquitectura es una profesión difícil, sin embargo, y la competencia es dura, como usted sabrá, muy dura... Y ahora, si usted me excusa, mi secretaria está esperando para una audiencia que tengo...

Roark caminaba hacia su casa en una noche de octubre. Era uno de los muchos días que se iban sumando a los meses que quedaban detrás de él. No hubiera podido decir lo que le había ocurrido en las horas de ese día, a quiénes había visto, qué forma habían tenido las negativas. En los pocos minutos que le concedían cuando entraba en una oficina, se concentraba intensamente, olvidando todo lo demás, pero olvidaba esos instantes cuando dejaba la oficina. Tenía que hacerlo, y una vez que lo había hecho ya no pensaba más en ella. Camino de su casa se sentía libre una vez más. Una larga calle se extendía ante él, sus altas casas se iban estrechando al frente de tal manera que le causaban la impresión de que si alargaba los brazos podría asir la parte superior de los edificios y apartarlos. Caminaba rápidamente y el pavimento, como si fuera un trampolín, arrojaba sus pasos hacia delante.

Vio un triángulo de hormigón iluminado, suspendido a cien pies sobre el suelo. No podía ver qué había debajo para sostenerlo. Tenía libertad para imaginarse que allí estaba lo que él deseaba, lo que él hubiera hecho. Después pensó que en ese momento, de acuerdo con la opinión de la ciudad y de todo lo que no fuera esa firme certeza que tenía dentro de sí mismo, nunca volvería a edificar nada; nunca; aun antes de haber empezado. Se encogió de hombros. Aquellas cosas que le ocurrían en aquellas oficinas de desconocidos, era algo irreal y obstáculos sin importancia en la senda que ellos no podían alcanzar ni tocar.

Tomó por una calle lateral que lo conducía a East River. Al frente y a lo lejos había una luz solitaria de tránsito colgada. Era una mancha roja en la desierta oscuridad. Las viejas casas se agachaban hacia el suelo, oprimidas bajo el peso del cielo. Continuó con su cuello levantado y las manos en los bolsillos. Su sombra se erguía desde los talones conforme pasaba delante de una luz y se movía en la pared como un largo arco negro, como el movimiento de un limpiaparabrisas.

John Erik Snyte miró los diseños de Roark, separó tres de ellos, juntó los demás en un montón, volvió a mirar los tres, los colocó uno después de otro, con tres agudos golpes, y dijo:

—Notable. Radical, pero notable. ¿Qué tiene que hacer esta noche?

—¿Por qué? —preguntó Roark sorprendido.

—¿Está libre? ¿Piensa empezar en seguida? Quítese la chaqueta, vaya a la sala de dibujo, pida prestados los útiles a alguno y termíneme un proyecto para una gran tienda que estamos reformando. Un rápido bosquejo, nada más que una idea general, pero debo tenerlo para mañana. ¿Tiene inconveniente en quedarse toda la noche? La calefacción marcha y mandaré a Joe que le traiga algo para cenar. ¿Quiere café negro o qué? Pídale lo que quiera a Joe. ¿Puede quedarse?

—Sí —dijo Roark con incredulidad—. Puedo trabajar toda la noche.

—¡Excelente! ¡Espléndido! Eso es justamente lo que he necesitado siempre: un hombre de Cameron. Ya he tenido de todos los otros tipos. ¡Oh, sí!, ¿cuánto le pagaba Françon?

—Sesenta y cinco.

—Bueno, yo no puedo ser tan generoso como Guy el Epicúreo. Cincuenta es lo máximo. ¿Aprobado? Entre. Quiero que Billings le explique la tienda. Quiero algo moderno. ¿Comprende? Moderno, violento, loco, que llame la atención. No se contenga. Vaya hasta el límite.

John Erik Snyte dio un salto, abrió de repente la puerta que conducía a una gran sala de dibujo, se precipitó en ella, se deslizó junto a una mesa, se detuvo y dijo a un hombre imponente, con una ceñuda cara de luna.

—Billings: Roark. Es nuestro modernista. Dele la tienda de Benton, consígale algunos útiles. Déjele sus llaves y muéstrele lo que tiene que cerrar esta noche. Dele entrada como si hubiese principiado esta mañana. Cincuenta. ¿A qué hora era mi cita con «Dolson Hermanos»? Se me ha hecho tarde. Hasta luego. No volveré esta noche.

Se deslizó hacia fuera, cerrando la puerta de golpe. Billings no demostró ninguna sorpresa; miró a Roark como si siempre hubiese estado allí. Hablaba monótonamente, con pronunciación de fatiga. Al cabo de unos minutos le dejó a Roark, sobre la mesa, papel, lápices, útiles, una serie de planos y una larga lista de instrucciones.

Roark contempló el pliego blanco y limpio que tenía delante y apretó fuertemente el lápiz. Lo colocó sobre la mesa y volvió a cogerlo, haciendo correr el pulgar sobre su lisa superficie. Notó que el lápiz le temblaba en la mano. Lo abandonó y se disgustó consigo mismo por ser tan débil y, pensando en los meses de cesantía, darle tanta importancia a aquel trabajo. Las yemas de sus dedos apretaban el papel como si éste las atrajese, como si fuese una superficie cargada de electricidad capaz de atraer sus dedos hasta hacerle daño. Arrancó los dedos del papel. Después empezó a trabajar...

John Erik Snyte tenía cincuenta años, una expresión de burla zumbona, perspicaz, algo repelente, como si compartiera, con cada hombre que contemplaba, un secreto lascivo que no mencionaba porque era obvio para los dos. Era un arquitecto prominente; su expresión no cambiaba cuando hablaba de este hecho. Consideraba que Guy Françon era un idealista poco práctico, pues él no estaba dominado por ningún dogma clásico, era mucho más hábil y liberal; edificaba lo que viniera. No le disgustaba la arquitectura moderna, y construía encantado, cuando algún cliente se lo solicitaba, casas desnudas con techos chatos que él llamaba progresistas, mansiones romanas que denominaba fastidiosas, e iglesias góticas que calificaba de espirituales. No veía ninguna diferencia entre ellas. Nunca se enojaba, salvo cuando alguno lo llamaba ecléctico.

Tenía un sistema propio. Empleaba cinco proyectistas de tipos diferentes y hacía un concurso entre ellos con cada encargo que recibía. Elegía el proyecto que triunfaba y después lo reformaba con pedazos de los otros cuatro. «Seis opiniones —decía— valen más que una».

Cuando Roark vio el proyecto definitivo de las tiendas de Benton comprendió por qué Snyte no había temido tomarlo. Reconoció sus propios planos de espacio, sus ventanas, sus sistemas de circulación; vio agregados capiteles corintios, bóvedas góticas, arañas coloniales y unas increíbles molduras vagamente moriscas. El proyecto estaba hecho a la acuarela con delicadeza sorprendente, montado en un cartón cubierto con papel de seda. A los empleados de la sala de dibujo no se les

permitía mirarlo, salvo desde cierta distancia, después de lavarse las manos y tirar los cigarrillos. John Erik Snyte daba gran importancia al aspecto de su proyecto, por sumisión a los clientes. Tenía empleado a un joven chino, estudiante de arquitectura, tan sólo para la ejecución de estas obras maestras.

Roark sabía lo que debía esperar de su empleo. Nunca vería ningún proyecto suyo transformado en realidad. Sólo se ejecutarían partes de ellos, partes que prefería no ver para poder estar libre y dibujar conforme deseaba y hallar soluciones teóricas para los problemas que le preocupaban. Era menos de lo que él quería y más de lo que podía esperar. Aceptó esto. Conoció a sus compañeros dibujantes y supo que se apodaban con los nombres de Clásico, Gótico, Renacimiento, Misceláneo. Retrocedió un poco cuando se dirigieron a él diciéndole: «¡Eh, Modernista!».

La huelga de los obreros unidos de la construcción enfureció a Guy Françon. La huelga había empezado contra los contratistas que estaban levantando el «Hotel Noyes Belmont», y se había extendido a todas las nuevas construcciones de la ciudad. La Prensa había mencionado a Françon y Heyer como los arquitectos de dicho hotel.

La mayor parte de los periódicos contribuían a sostener la lucha, apremiando a los contrarios para que no se rindiesen. Los ataques más fuertes contra los huelguistas provenían de los poderosos diarios de la cadena de Wynand.

«Siempre hemos luchado —decían los editoriales de Wynand— por los derechos del hombre del pueblo contra los tiburones amarillos del privilegio, pero no podemos prestar nuestro apoyo a la destrucción del orden y la ley». Nunca se podía descubrir si los diarios de Wynand dirigían al público o si el público dirigía a los diarios; se sabía solamente que los dos marchaban de acuerdo en forma notable. Nadie sabía, salvo Guy Françon y unos pocos, que Gail Wynand era propietario de la sociedad a la cual pertenecía el «Hotel Noyes Belmont».

Esto aumentaba la disconformidad de Françon. Se rumoreaba que los bienes raíces de Gail Wynand eran mucho más vastos que su imperio periodístico. Era la primera vez que Françon había tenido un encargo de Wynand, y lo atrapó ávidamente pensando en las posibilidades que se podían abrir. Él y Keating habían hecho los mayores esfuerzos por diseñar el palacio rococó más ornamentado posible para los futuros clientes que pagarían veinticinco dólares diarios por habitación y que eran amantes de las flores de yeso, de los cupidos de mármol y de las jaulas de ascensores con encajes de bronce. La huelga había destrozado las futuras posibilidades. Françon no podía ser censurado por ello, pero no se podía saber a quién le echaría la culpa Gail Wynand y por qué razones. Los cambios imprevisibles y extraños del favor de Wynand eran famosos, y se sabía bien que pocos arquitectos a los que ocupaba una vez volvían a ser ocupados nuevamente.

El hosco humor de Françon lo condujo a una infracción sin precedentes, a gritarle, sin causa alguna, a la única persona que siempre se había visto libre de ello: Peter Keating. Éste se encogió de hombros, y le volvió la espalda con callada insolencia. Después anduvo sin objeto por los salones, grujiendo a los jóvenes dibujantes, sin que éstos dieran motivo alguno. Se topó con Lucio N. Heyer en una puerta y le gritó: «¡Mire por dónde camina!».

Heyer le clavó la vista y se quedó perplejo. Había poco que hacer y nada que decir en la oficina, y todo el mundo quería aislarse. Keating salió temprano y se fue caminando hacia su casa, a la luz del frío crepúsculo de diciembre.

En su casa comenzó a echar maldiciones contra el molesto olor a pintura de los radiadores

calientes. Maldijo el frío cuando su madre abrió una ventana. No podía encontrar justificativo para su inquietud. Ésta sólo podía deberse a la súbita inactividad. No podía soportar la soledad.

Cogió el teléfono y llamó a Catherine Halsey. El sonido de su clara voz fue como una mano que pasara con suavidad sobre su frente ardiente. Él decía:

—¡Oh, no, nada importante, querida! Quería saber si estarías en tu casa esta noche. Pensaba ir después de cenar.

—Por supuesto, Peter, que estaré en casa...

—Encantado. ¿Alrededor de las ocho y media?

—Sí... ¿Has oído algo de tío Ellsworth?

—Sí; que se vaya al diablo tu tío Ellsworth... Lo lamento, Katie... Perdóname, querida, no quise ofenderte; pero he tenido que estar todo el día oyendo cosas acerca de tu tío. Ya sé que es maravilloso y todo eso, pero temo que otra vez esta noche no hablemos más que de él.

—No, naturalmente que no. Lo siento. Comprendo. Te esperaré.

—Hasta luego, Katie.

Había oído la última noticia sobre Ellsworth Toohey, pero no quería pensar en eso, porque le traía a la memoria el fastidioso tema de la huelga. Desde hacía seis meses, a partir del momento en que se produjo la ola de éxito de los Sermones en piedra, Ellsworth Toohey se dedicaba a escribir Una vocecita, sección diaria para los diarios de Wynand. Aparecía en el Banner y había comenzado como sección de arte y crítica, pero se había transformado en una tribuna sencilla desde la cual Ellsworth Toohey pronunciaba veredictos en materia de arte, literatura, restaurantes de Nueva York, la crisis internacional y sociología, principalmente sociología. Había tenido gran éxito. Pero la huelga de los obreros de la construcción lo había colocado en una posición difícil. No ocultaba sus simpatías por los huelguistas, pero no decía nada en su columna, porque nadie podía decir lo que quería en los diarios pertenecientes a Gail Wynand, salvo el mismo Gail Wynand.

Sin embargo, aquella noche iba a celebrarse un mitin de simpatizantes de la huelga, y muchos famosos iban a hablar; entre ellos se contaba Ellsworth Toohey. Por lo menos el nombre de Toohey había sido anunciado.

El acontecimiento produjo una curiosa reacción y se hacían apuestas sobre si Toohey hablaría o no. «Hablará —había oído decir vehementemente Keating a un dibujante—; se sacrificará a sí mismo. Es de esa clase. Es el único hombre honesto de los que están en la lista». «No hablará —había dicho otro—. Se da cuenta de lo que eso significa. ¿Una proeza semejante contra Wynand? Una vez que Wynand se indigna con un hombre, es tan seguro que lo destruye como que hay luego en el infierno. Nadie sabe cuándo ni cómo lo hace. Y nadie tendrá pruebas contra él, y uno está liquidado una vez que Wynand lo persigue». A Keating no le interesaba que el asunto fuera de una u otra manera; la cosa, en sí misma, le aburría.

Cenó en hosco silencio y cuando su madre, con un: «No sé si sabrás...», intentó llevar la conversación hacia cierto tema, él estalló:

—No empieces a hablar de Catherine. Cállate.

La señora Keating no dijo una palabra más, y se dedicó a servirse más comida.

Él tomó un taxi hasta Greenwich Village. Subió a toda prisa la escalera. Tocó el timbre. Esperó. No hubo contestación. Estuvo apoyado contra la pared, tocando el timbre durante largo rato. ¿Cómo

podía haber salido Catherine sabiendo que él iba? No podía ser. Bajó, incrédulo la escalera y, ya en la calle, miró a las ventanas de su departamento. Estaba oscuro.

Estuvo contemplando las ventanas como si fueran una tremenda traición. Después sintió un enfermizo sentimiento de soledad, como si estuviese desamparado en una gran ciudad, porque en aquel instante se olvidó de su casa y de la existencia de ella. Luego recordó el mitin, el gran mitin en el cual el tío iba a ser el mártir público. «Ahí es donde ha ido —pensó—. Y dijo en voz alta: Que se vaya al diablo».

Y echó a andar rápidamente en dirección al salón donde se celebraba la asamblea.

Había una lamparilla de luz, sin pantalla, a la entrada, una pequeña lámpara blanca azulada, demasiado fría y demasiado luminosa, que brillaba desoladamente. La luz se proyectaba en la oscura calle, iluminando un delgado cristal de agua helada que descendía. Era una aguja de cristal brillante, tan fina y uniforme que Keating pensó insensatamente en cuentos de hombres que habían muerto atravesados por un carámbano. Algunos vagos curiosos estaban indiferentemente bajo la lluvia, cerca de la entrada, y había algunos agentes de policía. La puerta estaba abierta. El vestíbulo, semioscuro, estaba repleto de gente que no podía entrar al salón, lleno ya. Prestaban atención al altavoz colocado allí con tal ocasión. En la puerta tres sombras vagas estaban repartiendo volantes a los que pasaban. Una de las sombras era un joven tuberculoso, sin afeitar, con un cuello largo y descubierto; la otra era un joven elegante, con abrigo costoso con cuello de piel; la tercera era Catherine Halsey.

Estaba en la lluvia, desgana, echada hacia delante en señal de cansancio, la nariz lustrosa, los ojos brillando de la excitación. Keating se detuvo para contemplarla.

Su mano se extendió hacia él mecánicamente, alargándole un volante, después levantó los ojos y lo vio. Le sonrió sin sorpresa, y le dijo con alegría:

—¡Peter! ¡Qué agradable que hayas venido!

—¡Katie...! —Se sofocó un poco—. ¡Katie, qué diablos...!

—He tenido que hacerlo, Peter. —Su voz no tenía acento de excusa—. Tú no comprendes, pero yo...

—Sal de la lluvia. Entra.

—¡No puedo! Debo...

—¡Sal de la lluvia, al menos, tonta! —Y la empujó rudamente a través de la puerta hacia un rincón del vestíbulo.

—Querido Peter, no estás enojado, ¿verdad? Mira, fue así: no creía que mi tío me trajese aquí esta noche, pero a última hora me dijo que yo podía venir si quería y que podía ayudar a repartir volantes. Creí que comprenderías, y te dejé una nota en la mesa del *living*, explicándote, y...

—¿Me dejaste una nota? ¿Adentro?

—Sí..., ¡oh, Dios mío!, no pensé que tú no entrarías. ¡Naturalmente! ¡Qué tonta soy! Pero todo fue muy apresurado. No te enojarás, ¿verdad? ¿No ves lo que esto significa por venir aquí? Yo sabía que él vendría. Así se lo dije a esa gente que decía que no era oportuno, que esto sería su fin. Quizá lo sea, pero a él no le importa. Así es él. Estoy asustada y soy inmensamente feliz, porque lo que él ha hecho me hace creer en todos los seres humanos. Pero me asusto, porque, ya ves, Wynand quiere...

—Cállate. Sé todo. Estoy harto de esto. No quiero oír nada acerca de tu tío, de Wynand, ni de la condenada huelga. Vámonos de aquí.

—No, Peter. No podemos. Quiero escucharle y...

—Cállense —chilló uno de la multitud.

—Estamos perdiéndonoslo todo —murmuró Catherine—. El que está hablando es Austen Heller.

¿No quieres escucharlo?

Keating contempló el altavoz con cierto respeto, con el respeto que sentía por los nombres famosos. No había leído mucho de Austen Heller, pero sabía que era el colaborador más importante del *Chronicle*, un diario brillante, independiente, archienemigo de las publicaciones de Wynand; que Heller procedía de una antigua y distinguida familia, que se había graduado en Oxford; que había empezado como crítico literario y había terminado por transformarse en un adicto consagrado a la destrucción de todas las formas de compulsión públicas y privadas, del cielo y de la tierra; que había sido maldecido por los pastores, los banqueros, los clubs de mujeres y los organizadores de trabajo; que tenía mejores modales que la élite social, de la cual se mofaba, y una constitución más fuerte que la de los trabajadores, a los cuales defendía; que podía discutir la última obra de teatro de Broadway, la poesía medieval o la economía internacional, que no hacía donaciones para beneficencia, pero que gastaba todo el dinero que podía obtener en defensa de presos políticos.

La voz que llegaba por el altavoz era seca, precisa, con los finos matices del acento inglés.

«... la libertad de contratar —decía Austen Heller— es el fundamento de nuestra forma de sociedad y la libertad de huelga es una parte de ésta. Menciono esto como una advertencia a cierto Petronio de la Cocina del Infierno [I], un exquisito bastardo que últimamente ha estado diciéndonos, con mucho ruido, que esta huelga representa la destrucción de la ley y el orden».

El altavoz emitió un sonido de aprobación, alto y estridente, y un estruendo de aplausos. Había conversaciones entrecortadas entre la gente del vestíbulo. Catherine se agarró del brazo de Keating.

—¡Oh, Peter! —cuchicheó—. Se refiere a Wynand, que nació en Hell's Kitchen. Wynand se vengará de la audacia de tío Ellsworth.

Keating no pudo escuchar el resto del discurso de Heller, porque tenía un dolor de cabeza tan violento que el sonido hería sus ojos y tenía que cerrar los párpados firmemente. Se apoyó contra la pared.

Abrió los ojos sobresaltado cuando se dio cuenta del silencio peculiar que había en torno suyo. No había advertido que Heller había terminado su discurso. Vio que las personas que estaban en el vestíbulo permanecían en una expectación tensa y solemne y la estridencia del altavoz atraía todas las miradas hacia su oscuro embudo. Después una voz rompió el silencio, una voz alta y lenta:

«¡Señoras y señores, tengo el honor de presentarles al señor Ellsworth Monkton Toohey!».

«Bien —pensó Keating—, Bennett ganó sus seis monedas». Hubo unos segundos de silencio. Después las cosas que ocurrieron le golpearon la nuca. No era un sonido ni un golpe, era algo que rasgaba el tiempo, que separaba el momento del momento normal que lo precedía. Sólo se enteró del golpe una vez que hubo pasado, antes de que comprendiera qué era, y luego supo que era un aplauso. Era tal el estallido de los aplausos, que creyó que el altavoz iba a estallar, y continuó apretándose contra las paredes del vestíbulo y sintió que las paredes se encorvaban hacia la calle. Las personas que estaban cerca de él daban vivas. Catherine estaba con los labios entreabiertos, y se dio cuenta de que no respiraba.

Mucho tiempo pasó antes que volviese el silencio, tan abrupto y chocante como el rugido; el

altavoz calló, ahogándose en una nota alta. Los, del vestíbulo se quedaron en silencio. Después se oyó la voz.

«Amigos —comenzó diciendo, simple y solemnemente—. Hermanos —agregó, suave, involuntariamente—, estoy más emocionado, con este recibimiento, de lo que yo mismo me lo permitiría. Espero ser perdonado por este rasgo de vanidad infantil que hay en cada uno de nosotros. Pero me doy cuenta, y con este espíritu lo acepto, que este tributo no es para mi persona, sino que va dirigido a un principio que las circunstancias han permitido que yo represente con toda humildad esta noche».

No era una voz, era un milagro. Parecía como si se desplegara un estandarte de terciopelo. Pronunciaba palabras inglesas, pero la resonante claridad de cada sílaba las hacía sonar como si fuera una nueva lengua que se hablaba por primera vez. Era la voz de un gigante.

Keating permanecía con la boca abierta. No atendía lo que decía la voz. Escuchaba la belleza de los sonidos sin atender el significado. No tenía necesidad de comprenderlo: podía aceptar cualquier cosa, sería conducido ciegamente a cualquier parte.

«... y, amigos míos —decía la voz—, la lección que debemos aprender en esta trágica lucha es la lección de la unidad. Unámonos, o seremos derrotados. Nuestro deseo, el deseo de los desheredados, de los olvidados, de los oprimidos, nos unirá firmemente en un sólido baluarte, en una fe común y una meta común. Es el momento de que cada hombre renuncie a sus problemas mezquinos, a sus ideas de ganancia, comodidad y complacencia. Es tiempo también de fundirse en la gran corriente, en la ola que se levanta y se acerca para arrojarnos a todos, querámoslo o no, hacia el futuro. La historia, amigos, no hace preguntas ni pide consentimientos. Es irrevocable, como la voz de las masas que la determina. Escuchemos su llamada. Organicémonos, hermanos. ¡Organicémonos, organicémonos!».

Keating contempló a Catherine. No era Catherine, era solamente un rostro blanco que se disolvía en los sonidos del altavoz. No era que ella escuchara a su tío; Keating no podía sentir celos de él, aunque hubiese querido. No era pasión. Era algo frío e impersonal que la dejaba vacía, con su voluntad rendida, sin que la poseyese ningún deseo humano, sino algo innominado donde se sumergía.

—Salgamos de aquí —murmuró Keating. Su voz era salvaje. Él tenía miedo.

Se volvió hacia él, como si surgiera de lo inconsciente. Él se dio cuenta de que trataba de reconocerlo y de todo lo que esto significaba. Ella murmuró:

—Sí, salgamos.

Caminaron por las calles, bajo la lluvia, sin dirección. Hacía frío, pero continuaban marchando, querían sentir el movimiento, sentir la sensación de que sus músculos se movían.

—Nos estamos empapando —dijo Keating al fin, tan espontánea y naturalmente como pudo. El silencio de ambos lo asustaba, probaba que ambos sabían la misma cosa y que ésta era real—. Busquemos algún lugar donde tomar algo.

—Sí —respondió Catherine—. Vamos. Hace tanto frío... ¿No es una estupidez mía? ¡Haber abandonado el discurso del tío, que tanto quería escuchar! —Estaba bien. Lo había mencionado con toda naturalidad, con una saludable cantidad de propio arrepentimiento. Algo se había ido—. Pero yo quería estar contigo, Peter... Quiero siempre estar contigo.

Era un último golpe, no era el significado de lo que ella dijo, sino por la razón que la impulsaba

a decirlo. Después la tensión desapareció y Keating sonrió; sus dedos buscaron la muñeca de ella, descubierta entre la manga y el guante; su piel era cálida.

Muchos días más tarde, Keating oyó la noticia que se oía por toda la ciudad. Se decía que el día después del mitin de las masas, Gail Wynand le había aumentado el sueldo a Ellsworth Toohey. Toohey se había puesto furioso y había tratado de rehusarlo. «Usted no me puede sobornar, señor Wynand» —le había dicho. «No le estoy sobornando —respondió Wynand—. No se alabe a sí mismo».

Cuando cesó la huelga la construcción cobró otra vez gran impulso en toda la ciudad, y Keating pasó días y noches en el trabajo con los nuevos encargos que llegaban a la oficina. Françon sonreía con felicidad a todo el mundo y dio una pequeña fiesta a la plana mayor del estudio para hacer olvidar cualquier cosa que pudiera haber dicho.

La residencia palaciega del señor y de la señora Dale Ainsworth, en Riverside Drive, proyecto preferido de Keating, hecho en el estilo de las postrimerías del Renacimiento, en granito gris, se terminó al fin. Dale Ainsworth ofreció una solemne recepción para celebrar el estreno de la casa, a la cual fueron invitados Guy Françon y Peter Keating, pero Lucio N. Heyer fue olvidado, como ocurría a menudo en los últimos tiempos. Françon gozó de la recepción, porque cada pie cuadrado de granito de la casa le recordaba el estupendo pago recibido por una cierta cantera de Connecticut. Keating gozaba de la recepción porque la majestuosa señora de Ainsworth le dijo con una sonrisa que lo desarmaba: «¡Pero yo estaba “segura” de que usted era el socio de Françon! ¡Es Françon y Heyer, claro! ¡Qué despreocupada he sido! Todo lo que le puedo decir, a modo de excusa, es que si usted no es socio, una piensa que tendría derecho a serlo».

La vida en la oficina se desarrollaba tranquilamente. Atravesaban uno de esos períodos en que parece que todas las cosas marchan bien.

Por eso Keating se sorprendió una mañana, poco después de la recepción en casa de Ainsworth, al ver llegar a Françon a la oficina con aspecto de irritación nerviosa. «¡Oh, nada! —dijo agitando la mano con impaciencia—. Absolutamente nada».

En la sala de dibujo Keating advirtió a tres dibujantes inclinados, con las cabezas muy juntas, sobre una sección del Banner, que leían con una especie de interés ávido y culpable. Oyó la risa desagradable y ahogada de uno de ellos. Cuando lo vieron, el diario desapareció rápidamente. No tenía tiempo para averiguar de qué se trataba; un corredor de un contratista lo estaba esperando en la oficina, y además había un montón de correspondencia y proyectos que debían ser aprobados.

Tres horas más tarde había olvidado el incidente a causa de una cita. Se sentía ligero, con la cabeza fresca, regocijado de su propia energía. Cuando tenía que consultar la biblioteca para un nuevo proyecto, que quería comparar con los mejores ejemplares, salía silbando de su oficina y meciendo el proyecto con alegría.

Su marcha lo había llevado hasta la mitad de la sala de recepción, cuando se detuvo de golpe, golpeando el proyecto contra las rodillas. Olvidó que era completamente impropio que se detuviese allí en aquellas circunstancias.

Una joven estaba delante de la baranda hablando con la empleada. Su fino cuerpo parecía fuera de toda proporción comparado con el cuerpo humano normal; sus líneas eran tan frágiles, tan exageradas, que semejaban un dibujo estilizado de una mujer. Usaba un sencillo traje gris. El

contraste entre la severidad del modelo y su apariencia era deliberadamente exorbitante y sorprendía por su elegancia. Colocó los dedos de una mano en la baranda; era una mano fina que seguía la línea recta del brazo. Tenía los ojos grises que no eran ovalados, sino demasiado largos, con cortes regulares bordeados por líneas paralelas de pestañas. Tenía aire de fría serenidad y boca exquisitamente viciosa. Su rostro, su cabello, de un oro pálido; su traje, parecía no tener color sino sólo una insinuación de éste.

Keating permaneció inmóvil porque comprendió por primera vez en su vida de qué hablaban los artistas cuando se referían a la belleza.

—O lo veo ahora, o nunca —le decía ella a la empleada que la atendía—. Me pidió que viniese y éste es el único momento que tengo. —No era una orden, hablaba como si fuera necesario que su voz adquiriese tono de mando.

—Sí..., pero... —Una luz zumbó en el cuadro de distribución de la empleada. Ésta la conectó inmediatamente—. Sí, señor Françon... —Ella escuchó y movió la cabeza con alivio.

—Sí, señor Françon. —Se dirigió a la visitante—: ¿Quiere pasar, por favor?

La joven se volvió y miró a Keating cuando pasó delante de él en camino hacia la escalera. Sus ojos lo miraron sin detenerse. Algo de su pasmada admiración disminuyó. Había tenido tiempo de verle los ojos, parecían cansados y un poco despectivos, pero le dejaron una sensación de fría crueldad.

La escuchó subir la escalera y el sentimiento desapareció, pero la admiración quedaba. Se acercó a la empleada, ansiosamente.

—¿Quién era esa mujer?

La empleada se encogió de hombros:

—Es la muchachita del patrón.

—¡Vaya, qué afortunado! —exclamó Keating—. No me ha dicho nada del asunto.

—Me ha entendido mal —dijo la empleada fríamente—. Es la hija: Dominique Françon.

—¡Oh! —dijo Keating—. ¡Oh!

La muchacha lo miró con aire sarcástico.

—¿Leyó el Banner de esta mañana?

—No, ¿por qué?

—Léalo.

Keating envió un muchacho por un ejemplar del Banner y buscó ansiosamente la columna «Su casa», de Dominique Françon.

Había oído decir que ella había logrado mucho éxito últimamente con descripciones de los hogares neoyorquinos prominentes. Sus comentarios debían concretarse a la decoración de interiores; pero, en ocasiones, se habían aventurado a la crítica arquitectónica. Aquel día su tema era la residencia del señor y de la señora Ainsworth, en Riverside Drive. Entre otras cosas, leyó lo siguiente:

«Se entra en un magnífico vestíbulo de mármol dorado, y uno cree estar en la Municipalidad o el Correo Central, pero no es así. Tiene sin, embargo, de todo: entresuelo con columnata y escalera con papera y cartelas en forma de cinturón de cuero con ojales, solamente que aquí no son de cuero sino de mármol. El comedor tiene una espléndida puerta de bronce, colocada por equivocación en el cielo

raso, en forma de enrejado entretejido con robustos racimos de bronce. Hay patos y conejos muertos colgando de los paneles, con ramos de zanahorias, petunias y patatas de siembra. Pienso que no serían muy atractivos si fuesen reales, pero puesto que son malas imitaciones de yeso, todo va bien...».

Keating había proyectado la casa, pero, a pesar de su furia no pudo contener la risa cuando pensó en lo que habría sentido Françon al leer el artículo y en cómo se las arreglaría para hablar con la señora de Ainsworth. Después olvidó la casa y el artículo y se acordó solamente de la muchacha que lo había escrito.

Tomó de su mesa, al azar, tres proyectos y salió para el despacho de Françon para pedirle que los aprobase, lo cual era innecesario. Se detuvo en el descanso de la escalera junto a la puerta cerrada de la oficina de Françon; escuchó la voz de éste, fuerte, enojada, imponente. Era la voz que oía siempre que Françon se sentía vencido.

—... ¡Esperar semejante ultraje! ¡De la propia hija! Estoy acostumbrado a todo de tu parte, pero este golpe excede a los demás. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué explicación voy a dar? ¿Tienes alguna vaga idea de mi situación?

Keating oyó después la risa de ella. Era un sonido tan alegre y tan frío, que se dio cuenta de que era mejor no entrar. Sabía que sería mejor no entrar, porque sentiría nuevamente temor al ver los ojos de ella.

Se volvió y bajó la escalera. Cuando llegó al piso de abajo, estaba pensando que tenía que conocerla, que la conocería pronto y que Françon no podría impedirselo.

Pensaba en ello con interés, riendo con alivio de la imagen de la hija de Françon que se había formado durante años, rehaciendo sus planes para el porvenir, pese a sentir confusamente que mejor sería no conocer nunca a aquella mujer.

IX

Ralston Holcombe no tenía cuello visible, pero su barbilla se encargaba de remplazarlo. La barbilla y las mandíbulas formaban un arco ininterrumpido que descansaba en el tórax. Sus mejillas eran rosadas, suaves al tacto, con la blandura fofa de la edad, como la piel de un durazno escaldado. El abundante pelo blanco le caía sobre la frente y las espaldas con la amplitud de una melena medieval, que llenaba de caspa la parte posterior del cuello de su chaqueta.

Caminaba por las calles de Nueva York con un sombrero de anchas alas, traje oscuro de trabajo, camisa de satén verde pálido, chaleco de brocado blanco, una gran corbata negra de lazo, que surgía bajo su barbilla, y un báculo, no un bastón, un báculo de ébano coronado por un bulbo de oro macizo. Era como si su enorme cuerpo se hubiese resignado a los convencionalismos de una civilización prosaica, a sus trajes parduscos, pero en el óvalo de su pecho y en su vientre saliente flotaban los colores de su alma íntima. Esas cosas se le permitían porque era un genio. También presidía la Corporación de Arquitectos de Norteamérica.

Ralston Holcombe no suscribía los puntos de vista de sus colegas en la organización. Él no era acaparador de construcciones ni hombre de negocios. Era hombre de ideales, como firmemente lo declaraba.

Denunciaba el estado deplorable de la arquitectura norteamericana y el eclecticismo de sus profesionales. Decía que en todos los períodos de la historia los arquitectos han construido de acuerdo con el espíritu de su propia época, sin copiar el pasado. «Nosotros podemos ser fieles a la historia siguiendo esa ley, que exige plantemos firmemente las raíces de nuestro arte en la realidad de nuestra propia vida». Criticaba la estupidez de erigir edificios griegos, góticos o romanos. «Seamos modernos —rogaba— y construyamos en el estilo que corresponde a nuestros días». Él había encontrado ese estilo. Era el estilo Renacimiento.

Expuso con claridad sus razones. «Como nada de gran importancia histórica ha ocurrido en el mundo desde el Renacimiento, debemos considerar que vivimos todavía en ese período, y todas las formas externas de nuestra existencia deben permanecer fieles a los ejemplos de los grandes maestros del siglo XVI».

Se impacientaba con los pocos que le hablaban de arquitectura moderna en términos distintos de los suyos; manifestaba que los hombres que querían romper con todo lo pasado eran patanes y que no se podía colocar la originalidad sobre la belleza. Su voz temblaba al pronunciar esta última palabra.

Tomaba sólo encargos estupendos. Se especializaba en lo externo y en lo monumental. Construía muchos mausoleos y capitolios. Hacía proyectos para exposiciones internacionales.

Trabajaba como un autor que improvisase bajo el acicate de una guía mística. Tenía inspiraciones repentinas y podía agregar una cúpula enorme a la azotea de un edificio ya terminado o incrustar una gran bóveda de mosaicos de pan de oro, o picar una fachada de piedra caliza para remplazarla por otra de mármol. Sus clientes se ponían pálidos, tartamudeaban y pagaban. Su personalidad imperial lo conducía a la victoria en cualquier encuentro que tuviese con la economía de su cliente, pues detrás de él estaba la afirmación austera y dominante de que él era un «artista». Su prestigio era enorme. Procedía de una familia que figuraba en la Guía Social. En su madurez había contraído matrimonio con una joven cuya familia, si bien no figuraba en la Guía Social, había acumulado

grandes sumas de dinero gracias a la fabricación de goma de mascar.

Ralston Holcombe tenía sesenta y cinco años, a los que agregaba algunos a causa de los elogios de sus amigos sobre su físico maravilloso. Su mujer tenía cuarenta y dos años, a los cuales les hacía considerables disminuciones.

La mujer de Ralston Holcombe recibía en su salón los sábados por la tarde, sin ceremonia. «Todo el que significa algo en arquitectura viene aquí», decía a sus amigos.

Un sábado de marzo, por la tarde, Keating se dirigió a la mansión de los Holcombe —una reproducción de un palacio florentino— con respeto, pero con cierto desagrado. Había sido huésped frecuente de aquellas celebradas reuniones y había comenzado a aburrirse, porque conocía a todos los que podía encontrar allí.

Una multitud distinguida se perdía en la sala de baile de la mansión, esparcida en islitas en una extensión hecha para recepciones de corte. Los pasos sonaban en el mármol como si el salón fuese una cripta. Las llamas de los altos candelabros contrastaban desoladamente con el gris de la claridad que procedía de la calle; la luz hacía que los candelabros parecieran más oscuros y los candelabros daban a la luz del día un tinte premonitorio de oscuridad. Un proyecto en miniatura del nuevo capitolio se exhibía sobre un pedestal que se hallaba en medio de la isla, iluminado con pequeñas bombillas eléctricas.

La esposa de Ralston Holcombe presidía la mesa del té. Cada invitado tomaba una taza frágil de transparente porcelana, bebía dos sorbos y desaparecía en dirección al bar. Dos mozos majestuosos recogían las tazas abandonadas.

La señora de Holcombe era, conforme una amiga entusiasta la había descrito, «chiquita, pero intelectual». Su diminuta estatura era su pena secreta, pero había aprendido a encontrar compensaciones. Hablaba de efectuar sus compras en las tiendas para niños, y así lo hacía.

Usaba trajes de colegiala y calcetines en verano, exhibiendo sus finas piernas con duras venas azules. Adoraba a las celebridades. Era su misión en la vida. Las buscaba ávidamente; las contemplaba con los ojos abiertos de admiración y les hablaba de su propia insignificancia, de su humildad ante las obras de ellas; se encogía de hombros, se tornaba rencorosa y cerraba firmemente los labios cuando alguna de ellas parecía no tomar debidamente en cuenta sus puntos de vista sobre la vida después de la muerte, la teoría de la relatividad, la arquitectura azteca, la regulación de nacimientos y el cine. Tenía muchos amigos pobres y proclamaba este hecho. Si ocurría que un amigo mejoraba su situación financiera, lo abandonaba, lamentando que hubiese cometido una traición. Odiaba la riqueza con toda sinceridad; los ricos eran los únicos que compartían su único marco de distinción. Consideraba la arquitectura como un dominio privado. Había sido bautizada con el nombre de Constance, pero consideraba que era mucho más inteligente ser llamada Kiki, un sobrenombre que había obligado a usar a sus amigos después que ya había pasado de los treinta.

Keating nunca se había sentido cómodo en presencia de la señora de Holcombe, porque ella le sonreía con harta insistencia y comentaba sus observaciones con guiños, diciendo: «Pero, Peter, ¡qué impertinente es usted!», cuando nada pecaminoso se le había ocurrido a él. Aquella tarde, sin embargo, le besó la mano como de costumbre y ella le sonrió tras la tetera de plata. Llevaba un regio traje color de esmeralda y una cinta magenta en su melena, con un lindo rizo en la frente. Su cutis era tostado y seco, con grandes poros abiertos en la nariz. Le dio una taza a Keating, mientras su

esmeralda cuadrada brillaba en su mano a la luz de los candelabros.

Keating expresó su admiración por el capitolio y se fue a examinar el proyecto. Estuvo delante de él un número correcto de minutos, humedeciendo sus labios con un fuerte líquido que olía a clavo. Holcombe, que nunca miraba en dirección al proyecto, y que no dejaba de observar al invitado que se detenía delante, le palmeó las espaldas y dijo algo apropiado acerca de la conveniencia de que los jóvenes conociesen la belleza del estilo Renacimiento. Después, Keating vagó sin rumbo, estrechó algunas manos sin entusiasmo y miró su reloj de pulsera calculando cuándo podría marcharse. Después se detuvo.

Más allá de un arco amplio, en una pequeña biblioteca, vio a Dominique Françon junto a tres jóvenes. Estaba apoyada en una columna, con un cóctel en la mano. Llevaba un traje de terciopelo negro; el pesado paño, que no transmitía ningún brillo, la mantenía anclada a la realidad deteniendo la luz que fluía con demasiada libertad a través de la piel de sus manos, de su cuello y de su rostro. Un destello de fuego blanco brillaba como una cruz de frío metal en el vaso que tenía, como si fuera una lente que recogiese el resplandor difuso de su piel.

Keating se dirigió hacia allí precipitadamente, y se encontró con Françon entre la multitud.

—¡Hola, Peter! —dijo Françon vivamente—. ¿Desea que le consiga algo de beber? No hay nada muy bueno —agregó, bajando la voz—, pero los «Manhattan» pasan.

—No —dijo Keating—, gracias.

—*Entre nous* —dijo Françon señalando con la mirada el proyecto del capitolio—, es un santo lío, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Keating—. Proporciones miserables... Esa cúpula parece la cara de Holcombe imitando la salida del sol sobre un techo...

Se detuvieron frente a la biblioteca, y los ojos de Keating se fijaron en la muchacha de negro, invitando a Françon a mirarla. Gozaba tendiéndole una trampa.

—Bueno —dijo Françon al fin—, no me censure después. Usted lo ha querido. Venga.

Entraron en la biblioteca juntos. Keating se detuvo, con corrección pero permitiéndole a sus ojos una intensidad impropia, mientras que Françon, radiante de fingida alegría, prorrumpió:

—¡Querida Dominique! ¿Os conocéis...? Peter Keating, mi verdadera mano derecha. Peter, mi hija.

—¿Cómo está usted? —dijo Peter suavemente. Dominique se inclinó con gravedad.

—Deseaba conocerla desde hace mucho tiempo, señorita Françon.

—Esto va a ser muy interesante —respondió Dominique—. Usted querrá ser amable conmigo, por supuesto, y sin embargo eso no será diplomático.

¿Qué quiere decir, señorita Françon?

—Papá preferiría que fuese descortés conmigo. Papá y yo no nos llevamos nada bien.

—¿Por qué, señorita Françon? Yo...

—Pienso que es más franco decírselo al principio. Puede sacar algunas conclusiones.

Keating buscó a Françon, pero éste había desaparecido.

—No —agregó ella amablemente—, papá no hace bien estas cosas. Es demasiado descuidado. Usted le pidió que lo presentase, pero él no tenía que habérmelo hecho notar. Sin embargo, está completamente bien, desde que ambos lo admitimos. Siéntese.

Se dejó caer en un sillón y él se sentó obedientemente a su lado. Los jóvenes a quienes no conocía se quedaron unos minutos, tratando de participar en la conversación, sonriendo sin objeto. Después se retiraron. Keating pensó con alivio que no había nada que lo asustase en ella, excepto el contraste inquietante entre sus palabras y la cándida inocencia con que solía pronunciarlas, por lo que él no sabía de qué fiarse.

—Reconozco que pedí ser presentado —dijo—. Es evidente de cualquier modo, ¿no es cierto? ¿Quién no lo haría? Pero no piense que las conclusiones que yo saque tengan nada que ver con su padre.

—No me diga que soy hermosa y exquisita como ninguna otra mujer que haya conocido antes, y que teme enamorarse de mí. Lo dirá con el tiempo; esperemos. Aparte de esto, creo que nos llevaremos bien.

—Pero usted está tratando de dificultármelo, ¿no es así?

—Sí, papá tenía que haberlo prevenido.

—Sí. Lo hizo.

—Tenía que haberlo escuchado. Sea muy considerado con papá. He conocido muchas de sus manos derechas y he comenzado a ser escéptica. Pero usted es el primero que ha durado. Y que parece que va a continuar. He oído hablar mucho de usted. Mi enhorabuena.

—He deseado conocerla mucho tiempo. He leído sus colaboraciones con...

Se detuvo. Se dio cuenta de que no debería haber mencionado eso, y sobre todo, de que no debió detenerse.

—¿Tanto...? —preguntó ella, con amabilidad.

—... tanto placer... —terminó él, temiendo que ella empezase de nuevo.

—¡Oh, sí! —dijo ella—. La casa de Ainsworth la proyectó usted. Lo siento. Ha sido la víctima de uno de mis accesos de honradez. No los tengo a menudo, como habrá advertido si leyó ayer mi trabajo.

—Lo leí, y bien. Seguiré su ejemplo y seré perfectamente franco. No lo tome como una queja, nunca se debe uno quejar de los críticos. Pero, realmente, el capitolio de Holcombe es mucho peor que todas aquellas cosas que usted censuró. ¿Por qué le tributó ayer un ardiente elogio? ¿O tuvo que hacerlo?

—No me halague. Naturalmente, no tenía que hacerlo. ¿Cree que alguien en el diario presta tanta atención a la columna sobre decoración de interiores como para preocuparse de lo que yo diga en ella? Además nunca pensé escribir acerca de capitolios. Lo hice sólo porque estoy cansada de decoraciones de interiores.

—Entonces, ¿por qué eligió a Holcombe?

—Porque su capitolio es tan horrible que criticarlo hubiera sido ridículo. Pensé que sería más divertido elogiarlo hasta las nubes.

—¿Ésa es la manera que tiene usted de hacer las cosas?

—Ésa es la manera que tengo de hacerlas, pero nadie lee mi sección, excepto las amas de casa que nunca pueden permitirse el lujo de decorar sus interiores, de modo que eso no tiene importancia.

—Pero ¿qué es lo que realmente le gusta en arquitectura?

—No me gusta nada en arquitectura.

—Bien sabe que no voy a creer eso. ¿Por qué escribe, si no tiene nada que decir?

—Para tener algo que hacer. Algo menos desagradable que muchas otras cosas que podría hacer. Y más agradable.

—¿Sabe que la envidio? Trabajar para una empresa poderosa como la de los diarios de Wynand, la más amplia organización del país, que dirige los escritores de mayor talento y...

—Mire —dijo ella inclinándose hacia él con confianza—, déjeme que le ayude. Si usted acabase de conocer a mi padre y él estuviera trabajando en los diarios Wynand, sería exactamente eso lo que tendría que decir. Pero en este caso no. Esto es lo que yo podía esperar que dijese, y a mí no me gusta oír lo que espero. Sería mucho más interesante si dijese que los diarios Wynand son un montón de desperdicios del periodismo amarillo y que todos sus colaboradores juntos no valen dos centavos.

—¿Piensa realmente eso de ellos?

—En absoluto, pero no me gustan las personas que tratan de decir lo que suponen que yo pienso.

—Gracias. Necesitaré su ayuda. Siempre he admirado a Gail Wynand y me gustaría conocerlo. ¿Cómo es?

—Tal como lo llamó Austen Heller: un exquisito bastardo.

Retrocedió. Recordó dónde había oído decir eso a Austen Heller. El recuerdo de Catherine parecía pesado y vulgar en presencia de la fina mano que colgaba de un brazo del sillón.

—Quiero decir, ¿cómo es su persona?

—No sé, nunca lo he visto.

—¿Nunca lo ha visto?

—No.

—¿He oído decir que es tan interesante!

—Sin duda. Cuando me encuentre con una disposición de ánimo algo decadente, probablemente lo conoceré.

—¿Conoce a Toohey?

—¡Oh! —dijo ella. Él vio lo que antes había encontrado en sus ojos y no le gustó la dulce alegría de su voz—. ¡Oh, a Ellsworth Toohey claro que lo conozco! Es maravilloso. Es el hombre con quien siempre me gusta conversar. Es un perfecto pillastre.

—¿Por qué, señorita Françon? Usted es la primera persona que...

—No estoy tratando de impresionarle. Quiero decirlo todo. Lo admiro. Es completo. No se encuentra perfección en el mundo muy a menudo, ¿no es así? Él es precisamente eso; la perfección completa dentro de su manera de ser. Todos los demás son demasiado incompletos, hechos a remiendos con piezas diferentes que no se unen bien. Pero con Toohey no pasa eso. Es un monolito. Algunas veces, cuando siento amargura contra el mundo, encuentro consuelo al pensar que todo está bien, que el mundo obtendrá lo que espera porque existe Ellsworth Toohey, y yo seré vengada.

—¿De qué será vengada?

Lo miró; sus párpados se elevaron un momento, de modo que sus ojos no parecían rectangulares, sino suaves y claros.

—Ha dicho una cosa muy inteligente. La primera cosa inteligente que le he oído. De manera que tendré que contestarle: mi deseo de ser vengada reside en el hecho de que no tengo nada de que vengarme. Sigamos con Ellsworth.

—He oído decir a todo el mundo que es una especie de santo, el único idealista puro, totalmente incorruptible y...

—Es completamente cierto. Un simple traficante sería mucho más justo. Pero Toohey es como un testigo de piedra para la gente. Usted puede conocerle, por la manera como lo trata a él.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir con eso? Inclinóse hacia atrás en el sillón y extendió sus brazos hasta las rodillas, entrecruzando las manos, con las palmas hacia fuera. Se rió un buen rato.

—Nada de esto constituye un tema para discutirlo durante un té. Kiki tiene razón. No quiere saber nada de mí, pero tiene que invitarme de vez en cuando. Y no puedo dejar de venir, porque ella lo demuestra claramente. ¿Sabe que anoche le dije a Ralston lo que realmente pensaba de su capitolio? Pero él no me quiso creer. Le causó regocijo y me dijo que yo era una muchachita muy linda.

—¿Y no lo es?

—¿Qué?

—Una muchachita muy linda.

—No, hoy no. Le he aburrido por completo, de manera que lo recompensaré diciéndole lo que pienso de usted para que no se preocupe. Pienso que es inteligente, digno de confianza y totalmente ambicioso, y que triunfará. Que me agrada. Le diré a papá que apruebo su mano derecha, de manera que ya ve como nada tiene que temer de la hija del patrón, aunque sería mucho mejor que no le dijese nada porque quizá mi recomendación podría provocar resultados contrarios.

—¿Quiere que le diga una sola cosa de lo que pienso de usted?

—¡Cómo no! Todas las que quiera.

—Que hubiese sido preferible que no me dijera que le agrado. Más adelante hubiese tenido una oportunidad mejor, de ser cierto.

Ella rió.

—Si comprende eso —agregó—, nos entenderemos maravillosamente. Hasta puede ser realidad.

Gordon L. Prescott apareció en el arco del salón de baile con un vaso en la mano. Llevaba traje gris y un suéter de cuello alto de lana plateada. Su rostro de adolescente parecía recientemente lavado y tenía su habitual aspecto de jabón, dentífrico y aire libre.

—Querida Dominique —gritó agitando su vaso—. ¡Hola, Keating! —agregó lacónicamente—. ¿Dónde se ha estado escondiendo, Dominique? Oí que estaba aquí y la he buscado durante muchísimo tiempo.

—¡Hola, Gordon! —dijo ella. Lo dijo correctamente, no había nada ofensivo en el tono, pero después de la alta nota de entusiasmo, su voz sonó insulsa y sin vida, indiferente, como si los dos sonidos se mezclasen en un contrapunto perceptible en torno al hilo melódico de su desprecio.

Prescott no oyó.

—Querida —agregó—, usted parece más hermosa que nunca, si eso fuera posible.

—La séptima vez —respondió Dominique.

—¿Qué?

—La séptima vez que me dice eso al encontrarse conmigo, Gordon. Las he contado.

—Nunca habla con seriedad, Dominique. Siempre será así.

—¡Oh, no, Gordon! Acabo de sostener una conversación muy seria con mi amigo Peter Keating.

Una señora le hizo señas a Prescott y éste aprovechó la ocasión para escapar, al parecer muy

tontamente. Keating se deleitó al pensar que ella acababa de despedir a otro hombre para continuar conversando con él.

Pero cuando se dirigió a ella le preguntó dulcemente:

—¿De qué estábamos hablando, señor Keating? —Y después empezó a interesarse en la mustia figura de un hombre pequeño que tosía con un vaso de *whisky* en la mano.

—¡Caramba! —respondió Keating—, estábamos...

—¡Oh, aquí está Eugene Pettingill, mi gran favorito! Debo saludarle.

Se levantó y se fue por la sala, echando su busto hacia atrás al andar, dirigiéndose hacia el septuagenario con menos atracción que había.

Keating no sabía qué hacer.

Volvió al salón de baile, disgustado. Tuvo que unirse a grupos de invitados para hablar. Observaba a Dominique Françon, que se movía entre la multitud y se detenía a conversar con otros. No volvió a mirarle. Él no podía decidir si había tenido éxito o si había fracasado miserablemente.

Procuró estar cerca de la puerta cuando ella saliese.

Se detuvo y le sonrió encantadoramente.

—No —dijo antes que él pudiese pronunciar palabra—, no me puede llevar a casa. Me espera el automóvil, gracias.

Ella se había ido y él estaba en la puerta, abandonado y furioso porque creyó que había enrojecido.

Sintió una suave mano en la espalda, se volvió y se encontró con Guy Françon a su lado.

—¿Va para su casa, Peter? Déjeme que lo lleve.

—Yo creía que usted tenía que estar a las siete en el club.

—Es cierto, será un poco tarde, pero no importa. Le llevaré a casa sin molestia de ninguna clase.

—Había en su rostro una expresión particular, bastante poco frecuente en él y que le sentaba mal.

Keating le siguió silencioso, distraído, y no le dijo nada cuando los dos estuvieron en el automóvil.

—¿Y...? —preguntó Françon. Keating sonrió.

—Usted es un puerco, Guy. No aprecia lo que tiene. ¿Por qué no me lo dijo? Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—¡Oh, sí! —contestó reservadamente—. Quizá sea ése el problema.

—¿Qué problema? ¿Dónde ve problema alguno?

—¿Qué piensa, realmente, de ella, Peter? Olvide el aspecto. Verá cuán prontamente olvidará eso.

¿Qué piensa?

—Pienso que tiene mucho carácter.

—Gracias, si es tan poco lo que tiene que decir. Françon estaba silencioso, pero hubo una nota de esperanza en su voz cuando volvió a hablar:

—¿Sabe, Peter, que estoy muy sorprendido? Le observé y vi que tuvo una larga charla con ella. Es asombroso. Esperaba que ella lo ahuyentase con un pinchazo envenenado y gentil. Quizá pueda usted llevarse bien con ella, después de todo. Bien, Peter, no me haga caso de lo que diga acerca de mi deseo de comportarme mal con ella.

La pesada seriedad de esta frase era tal, que los labios de Keating se movieron para emitir un

silbido, pero se detuvieron a tiempo. Françon agregó pesaroso:

—No quiero comportarme mal con ella de ninguna manera.

—No tendría que haberse ido así —dijo Keating en tono de desdenoso reproche.

—Nunca sé cómo hablarle —suspiró—. Nunca he podido saberlo. No puedo comprender qué diablos le pasa a ella, pero algo hay. No se conduce como un ser humano. Sepa que fue expulsada de dos escuelas de educación social. No puedo imaginarme cómo se portaba en el colegio, pero sí puedo decirle que durante cuatro años íntegros temía abrir la correspondencia por miedo a saber lo inevitable. Después pensé que una vez que dependiese de sí misma, ya no tendría nada que hacer y no debería preocuparme, pero es peor que nunca.

—¿De qué cree que debe preocuparse usted?

—No sé. Trato de no preocuparme. Estoy contento cuando no tengo que pensar en nada que se relacione con ella. No puedo remediarlo, no he sido hecho para padre. Pero a veces tengo el sentimiento de que después de todo, es mi responsabilidad, aunque Dios sepa que no la quiero. Tendría que hacer algo, no hay ningún otro que la asuma.

—Se ha dejado atemorizar por ella, Guy, y en realidad no hay nada que temer.

—¿Cree usted?

—Sí.

—Quizá sea usted el hombre que la pueda manejar. Ahora no lamento que la haya conocido. Bien sabe usted que yo no lo deseé. Sí, creo que usted es el único hombre que puede manejarla. Usted... está resuelto, ¿no es así, Peter?

—Bueno —dijo Keating estirando el brazo en un movimiento negligente—, yo difícilmente tengo miedo.

Después se recostó en los almohadones, como si estuviese cansado, y permaneció silencioso el resto del viaje. Françon también guardó silencio.

—Muchachos —dijo John Erik Snyte—, no dejen de tomar en cuenta esto. Es la cosa más importante que hemos tenido en el año. No se cobra mucho, como ustedes comprenderán, pero es el prestigio, las relaciones. ¡Cómo se pondrán de verdes algunos arquitectos si lo obtenemos! Austen Heller me dijo, con franqueza, que somos la tercera firma que ha consultado. No quiere nada de lo que han tratado de ofrecerle los otros grandes. Entonces está con nosotros, muchachos. ¿Saben? Algo diferente, fuera de lo ordinario, de buen gusto y diferente. Háganlo lo mejor que puedan.

Sus cinco dibujantes se sentaron en semicírculo delante de él. Gótico pareció aburrido, y Misceláneo parecía desanimado de antemano; Renacimiento seguía el vuelo de una mosca en el cielo raso. Roark preguntó:

—¿Qué dijo en realidad, señor Snyte?

Snyte se encogió de hombros y miró a Roark sonriente como si él y Roark compartieran un secreto vergonzoso del nuevo cliente, que no valía la pena ser mencionado.

—Aquí, entre nosotros, nada importante, muchachos —agregó Snyte—. Había en sus palabras algo desarticulado, a pesar de su gran dominio de la lengua inglesa. Admitió que no sabe nada de arquitectura. No dijo si la quería modernista o de algún período. Quería una casa, pero ha dudado largo tiempo en edificar una porque todas le parecen iguales, como el diablo, y no comprende cómo alguien puede entusiasmarse con ellas, amarlas. Un edificio que signifique algo, es lo que dijo,

aunque agregó que no sabía qué o cómo. Allá él. Eso es todo lo que dijo. No es mucho, por cierto. Yo le habría mostrado los bosquejos que hay si no fuera Austen Heller. Pero les concedo que todo esto carece de sentido... ¿Qué pasa, Roark?

—Nada —dijo el aludido.

Así terminó la primera charla sobre el tema de la residencia de Austen Heller. Aquella misma tarde Snyte reunió a sus cinco dibujantes en un tren y se fueron a Connecticut para ver el lugar que Heller había escogido. Estaba en una región de la costa, a tres millas de distancia de una pequeña y desagradable ciudad. Tomaron unos bocadillos y contemplaron un risco que ascendía en quebrados bordes desde el suelo, para terminar a pico sobre el mar, desnuda y brutalmente. Una flecha vertical de roca, que formaba una cruz con el largo y pálido horizonte marino.

—Allí —dijo Snyte haciendo girar un lápiz en la mano—. Detestable, ¿no? —suspiró—. Traté de sugerirle algo mejor, pero no le sentó bien, de manera que me callé. —Hizo girar el lápiz—. Allí es donde quiere la casa, exactamente en la cumbre de la roca. —Se rascó la punta de la nariz con el extremo del lápiz—. Traté de sugerirle que la hiciera más atrás de la playa, para tener la roca como panorama, pero tampoco lo aceptó. —Mordió la goma de borrar con los dientes—. Imagínense las minas, el nivelamiento de terreno que uno tiene que hacer en esa cumbre. —Se limpió las uñas con la mina del lápiz, dejándoles un borde negro—. Ésa es la cuestión... —Observó la clase y calidad de la piedra—. Será difícil acercarse... Tengo todos los levantamientos de planos y fotografías en la oficina... Bien... ¿Quién tiene un cigarrillo...? Bien, creo que eso es todo... les ayudaré con consejos en cualquier momento... Bien... ¿Cuándo regresa ese condenado tren?

De, esa manera los cinco dibujantes empezaron su tarea. Cuatro de ellos se pusieron inmediatamente ante sus tableros de dibujar. Roark volvió solo al sitio muchas veces.

Los cinco meses que Roark había trabajado para Snyte se extendían detrás de él como un vacío. Si se hubiese preguntado qué sentía, no hubiera encontrado otra respuesta que la de que no recordaba nada de aquellos meses. Podía recordar cada proyecto que había hecho. Si lo intentaba, podía recordar qué les había ocurrido a esos proyectos, pero no quiso esforzarse por recordarlo.

Pero a ninguna de las construcciones había querido como quería a la casa de Austen Heller. Permanecía en la sala de dibujo noche tras noche, solo con un pliego de papel y el pensamiento de la roca junto al mar. Nadie vio sus bosquejos hasta que estuvieron terminados.

Cuando estuvieron listos, una noche, ya tarde, se sentó a la mesa con los pliegos extendidos delante de sí. Estuvo sentado durante horas, una mano apoyada en la frente, la otra colgando a un lado, la sangre acumulándose en sus dedos, entumeciéndolos, mientras a través de la ventana veía la calle que se iba tornando azul oscuro, primero, y después gris pálido. Dejó de contemplar el proyecto. Se sentía vacío y cansado.

La casa que figuraba en los bosquejos no había sido diseñada por Roark, sino por la roca en la cual estaba asentada. Era como si la roca hubiese crecido y se hubiese completado, proclamando el propósito por el cual estaba esperando. La casa tenía muchos niveles, que seguían la superficie de la roca, subiendo cuando ésta subía, en masas graduales, en planos de consumada armonía. Las paredes, del mismo granito que la roca, continuaban sus líneas verticales hacia arriba; las amplias terrazas salientes, de hormigón, de plata, como el mar, seguían las líneas de las olas, del recto horizonte.

Roark estaba sentado a la mesa todavía, cuando los empleados volvieron a empezar su día en la

sala de dibujo. Después envió los dibujos a la oficina de Snyte.

Dos días más tarde, la versión definitiva de la casa estaba envuelta en un papel de seda sobre la mesa, para ser sometida a Austen Heller. Era la versión elegida por John Erik Snyte, ejecutada por el artista chino. Era la casa de Roark. Sus competidores habían sido eliminados. Era la casa de Roark, pero las paredes eran ahora de ladrillos rojos, las ventanas estaban equipadas con persianas verdes, dos de las alas salientes habían sido suprimidas, la gran terraza voladiza sobre el mar había sido remplazada por un pequeño balcón de hierro forjado, y la casa estaba provista de una entrada de columnas jónicas que soportaban un frontón quebrado y tenía una pequeña aguja con una veleta.

John Erik Snyte estaba junto a la mesa, con las dos manos levantadas sobre el proyecto intocado en la virgen pureza de sus colores delicados.

—Estoy seguro de que esto es lo que el señor Heller tiene en la cabeza. Bastante bueno... Sí, bastante bueno... Roark, ¿cuántas veces le he pedido que no fume cerca del proyecto definitivo? Póngase más lejos. Va a hacer caer las cenizas sobre él.

Austen Heller era esperado a las doce. Pero a las once y media la señora Symington llegó sin hacerse anunciar y pidió ver al señor Snyte en seguida. La señora Symington era una imponente viuda que se había mudado recientemente a una nueva residencia, proyectada por Snyte; además, Snyte esperaba un trabajo que debía darle un hermano de ella y que consistía en una casa de pisos. No podía negarse a verla y la hizo pasar con toda ceremonia a su oficina, donde ella empezó a declarar, sin reticencias, que el cielo raso de su biblioteca se había rajado y que las ventanas salientes de su sala de recibo estaban ocultas por un constante velo de humedad que ella no podía combatir. Snyte citó al jefe de ingenieros, y juntos comenzaron a dar explicaciones detalladas, justificándose y condenando a los contratistas. La señora Symington no mostraba signos de ablandarse cuando una señal zumbó en el despacho de Snyte y la empleada que atendía a los cliente anunció a Austen Heller.

Hubiera sido imposible pedir a la señora Symington que se fuera o a Austen Heller que esperase. Snyte resolvió el problema abandonándola al discurso confortador del ingeniero y excusándose por un momento. Después apareció en la sala de recibo, saludó a Heller y le sugirió:

—¿Quisiera pasar a la sala de dibujo, señor Heller? Hay allí mejor luz, y como el proyecto está listo, no quise tomarme la osadía de cambiarlo de lugar.

A Heller no parecía que le importase. Siguió a Snyte dócilmente a la sala de dibujo. Era una alta figura de amplias espaldas, con cabellos color de arena y rostro cuadrado, surcado por arrugas incontables en torno a los ojos tranquilamente irónicos.

El proyecto estaba sobre la mesa del artista chino y éste se retiró desconfiadamente, en silencio. La mesa próxima era la de Roark. Éste le daba la espalda a Heller y siguió trabajando sin volverse. Los empleados estaban acostumbrados a no entretenerse cuando Snyte hacía pasar a los clientes a la sala de dibujo.

Las yemas de los dedos de Snyte levantaron el papel de seda, como si levantasen el velo de una novia. Después retrocedió y observó el rostro de Heller. Heller se inclinó y estuvo con la espalda doblada, en suspenso, atento, mudo durante un largo rato.

—Escúcheme, señor Snyte —empezó a decir al fin—, escúcheme, yo creo... —Y se detuvo. Snyte esperó con paciencia, complacido, sintiendo la llegada de algo que él deseaba que no le molestase.

—Esto —dijo Heller, al punto, en voz alta, golpeando con el puño en el proyecto, y haciendo retroceder a Snyte—, «esto es lo que más se acerca a lo que yo deseo».

—Sabía que le iba a gustar, señor Heller.

—No me gusta —contestó éste. Snyte miró para otro lado y esperó.

—Se acerca de algún modo, pero no exactamente a lo que quiero —dijo con disgusto—; pero no sé dónde está el error. Perdóneme si esto suena un poco impreciso, pero a mí me gustan las cosas de golpe, o no. Sé que no estaría a gusto con esta entrada, por ejemplo. Es una linda entrada, pero uno ni siquiera la notaría, porque es algo que se ha visto demasiado.

—¡Ah, pero permítame hacerle unas pequeñas consideraciones, señor Heller! Uno quiere ser moderno, desde luego, pero conservar la apariencia de un hogar. Una combinación de majestad y comodidad, comprenda, una casa muy austera, como ésta, debe tener algunos toques delicados. Esto es estrictamente correcto hablando en términos arquitectónicos.

—No lo dudo. No sé nada de eso. Nunca he sido correcto, estrictamente, en mi vida.

—Deje que le explique este esquema y verá que es...

—Ya sé —dijo Heller con fastidio—. Estoy seguro de que tiene razón. Solamente... —Su voz tenía un sonido de ansiedad que deseó pudiese sentir—. Solamente si tuviese alguna unidad..., alguna idea central —que aquí está y no está..., si pareciese que viviera..., lo cual no sucede... Carece de algo y tiene demasiado—. Si fuera más limpia, más nítida, ¿cuál es la palabra que he oído emplear? Si estuviese integrada...

Roark se volvió. Estaba al otro lado de la mesa. Agarró el proyecto, su mano cruzó como un relámpago y un lápiz rasgó el dibujo, marcando líneas negras sobre la acuarela. Las líneas ensuciaron las columnas jónicas, el frontón, la entrada, la aguja, las persianas, los ladrillos, dejaron dos alas de piedra, rasgaron las ventanas, astillaron el balcón y arrojaron una terraza al mar.

Esto ocurrió antes que los demás se hubiesen dado cuenta del momento en que empezó. Entonces Snyte saltó, pero Heller lo agarró de la muñeca y lo detuvo.

La mano de Roark continuó demoliendo paredes, rajando, reconstruyendo con furiosos golpes.

Roark levantó la cabeza de pronto; durante un relámpago de segundo, para mirar a Heller a través de la mesa. Era toda la presentación que ellos necesitaban, era como un apretón de manos. Roark continuó, y cuando saltó el lápiz, la casa, tal como la había diseñado, estaba completada en un modelo realizado con negras rayas.

La ejecución no había durado cinco minutos.

A una señal, Snyte hizo una tentativa; como Heller no dijo nada, Snyte se sintió con derecho a hacer frente a Roark, y le gritó:

—Está despedido; váyase al diablo. Fuera de aquí. Está despedido.

—Los dos estamos despedidos —dijo Austen Heller guiñando el ojo a Roark—. Vamos, ¿ha comido algo? Vamos a algún bar, quiero conversar con usted.

Roark fue al armario a buscar el sombrero y la chaqueta. La sala de dibujo atestiguó el hecho con estupor y todos los empleados se detuvieron para presenciarlo, Austen Heller cogió el proyecto, lo dobló en cuatro, haciendo crujir el cartón sagrado, y se lo metió en el bolsillo.

—Pero, señor Heller... —tartamudeó Snyte—, permítame que le explique... Es perfectamente razonable; si eso es lo que quiere, terminaremos el proyecto...; permítame que le explique.

—Ahora, no —respondió Heller—; ahora, no. —Y agregó desde la puerta—: Le enviaré un cheque.

Cuando Heller hubo partido con Roark, la puerta, conforme Heller la cerró, sonó como el párrafo final de uno de sus artículos.

Roark no había pronunciado una sola palabra.

En el compartimiento silencioso e iluminado del restaurante más caro al que Roark no había entrado jamás, a través del servicio de mesa de cristal y plata que había entre ellos, Heller empezó a decir:

—Porque ésta es la casa que yo quiero, porque ésta es la casa que siempre he querido. ¿Puede construirmela, hacer los planos y dirigir la construcción?

—Sí —contestó Roark.

—¿Cuánto tiempo le llevará, si empezamos en seguida?

—Unos ocho meses.

—¿Tendré la casa para fines de otoño?

—Sí.

—¿Exactamente igual al proyecto?

—Exactamente igual.

—Mire, yo no tengo idea de la clase de contrato que se hace con un arquitecto y usted debe saberlo; así que le pido que haga uno y se lo lleve esta tarde a mi abogado para que lo apruebe.

—Sí.

Heller estudió al hombre que tenía sentado delante. Vio la mano que estaba sobre la mesa y su atención se centró sobre aquella mano. Vio los largos dedos, las articulaciones, las prominentes venas. Tenía la impresión que él no estaba empleando a aquel hombre, sino que él mismo era el que se le rendía.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Heller.

—Veintiséis. ¿Quiere alguna referencia?

—¡Diablos, no! Las referencias las llevo en el bolsillo. ¿Cómo se llama?

—Howard Roark.

—Mire —dijo, al par que escribía—. Le daré quinientos dólares a cuenta. Establezca su oficina o lo que necesite, y adelante.

Arrancó el cheque y se lo entregó a Roark, entre las yemas de dos dedos tiesos, apoyándose con el codo sobre la mesa y haciendo girar su mano en una curva.

Sus ojos se achicaron al sonreír a Roark y observarlo con aire interrogativo. Pero el gesto duro tuvo el significado de un saludo.

El cheque fue extendido a nombre de «Howard Roark, arquitecto».

Howard Roark abrió su propia oficina.

Estaba constituida por una gran sala situada en la parte superior de un viejo edificio y tenía una ancha ventana que daba al tejado. Podía ver la orilla lejana del Hudson, con las pequeñas líneas de barcos que se movían y que él seguía con el dedo sobre los cristales.

Tenía una mesa, dos sillas y un gran tablero para dibujar. La puerta de entrada tenía escrito: «Howard Roark, arquitecto».

Estuvo en el *hall* un largo rato, contemplando las palabras. Después entró y cerró con un golpe la puerta, cogió de la mesa una regla T y la arrojó nuevamente, como si arrojase una ancla.

John Erik Snyte le hizo algunos cargos cuando Roark fue a la oficina a buscar los útiles de trabajo que había dejado. Snyte apareció en la sala de recibo y lo saludó cordialmente.

—Bien, Roark, ¿cómo está usted? Entre, quiero hablar con usted.

Y Snyte empezó a hablar en voz alta, mientras Roark estaba sentado delante de él.

—Mire amigo, espero que tendrá suficiente buen sentido como para no enfadarse conmigo por lo que yo dijera ayer. Ya sabe cómo fue: perdí la cabeza, y no por lo que hizo, sino por haberlo hecho sobre aquel proyecto...; bien, no importa. ¿Me guarda rencor?

—No, de ninguna manera.

—Desde luego que usted no ha sido echado. No me tomó en serio, ¿no es cierto? Puede volver a su trabajo en seguida.

—¿Para qué, señor Snyte?

—¿Qué me quiere decir con el para qué? Está pensando en la casa de Heller. No se lo habrá tomado en serio, ¿verdad? Vio cómo es; ese loco es capaz de cambiar de opinión sesenta veces en un minuto. Le daré la comisión; en realidad, no es tan sencillo como parece; las cosas no se hacen así.

—Ayer firmamos el contrato.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Eso es espléndido! Bueno, mire, Roark, le voy a decir lo que vamos a hacer; tráigame el encargo del trabajo y yo le dejaré poner su nombre junto al mío: John Erik Snyte y Howard Roark, y nos repartiremos a medias los honorarios. Esto es una adición a sueldo y usted obtiene un aumento incidental. Después haremos el mismo arreglo con cualquier otro encargo que traiga. Dios mío, ¿de qué se está riendo?

—Perdóneme, señor Snyte. Lo siento.

—No creo que comprenda —dijo Snyte estupefacto—. ¿No ve usted? Es su seguro. No se independice todavía. Encargos como ése no van a caerle todos los días. Después ¿qué va a hacer? De esa manera tendrá un empleo fijo y se estará preparando para independizarse, si eso es lo que busca. En cuatro o cinco años estará dispuesto para trabajar por su cuenta. Ésa es la forma en que procede todo el mundo. ¿Me entiende?

—Sí.

—¿Está de acuerdo entonces?

—No.

—Pero ¡dios mío, qué hombre!, ha perdido su cabeza. ¿Establecerse solo ahora? Sin experiencia, sin relaciones, sin..., bien, sin nada de nada. Nunca he oído tal cosa. Pregúnteselo a cualquiera de la

profesión y verá lo que le dice. ¡Es ridículo!

—Probablemente.

—Escuche, Roark, ¿no quiere escucharme?

—Le escucharé si usted quiere, señor Snyte; pero debo decirle que nada de lo que diga podrá cambiar mi resolución. Si eso no le importa, no tengo ningún inconveniente en escucharle.

Snyte siguió hablando un largo rato y Roark escuchó sin interrumpirle.

—Bueno, si es así, no espere que le tome de nuevo cuando se encuentre en la calle.

—No espero eso, señor Snyte.

—No espere que nadie de la profesión le tome de nuevo después de que sepan lo que me ha hecho.

—Tampoco espero eso.

Durante unos días Snyte pensó en demandar a Roark y a Heller, pero no se decidió porque no existía ningún precedente, ya que Heller le había pagado su trabajo y la casa había sido, en realidad, diseñada por Roark, y porque nadie había demandado jamás a Austen Heller.

El primero que visitó a Roark en su oficina fue Peter Keating.

Entró sin avisar; una tarde atravesó la habitación y se sentó, sonriendo alegremente, extendiendo sus brazos en un ademán comprensivo.

—¡Bien, Howard! —dijo—. Imagínate esto. Hacía un año que no veía a Roark.

—¡Hola, Peter!

—¡Tu propia oficina, tu propio nombre, y todo! ¡Ya! ¡Imagínate!

—¿Quién te lo dijo, Peter?

—¡Oh, uno escucha las cosas! Te imaginarías que no iba a perder la pista de tu carrera, ¿verdad? Tú sabes que siempre he pensado en ti. Y está de más decirte que te felicito y que espero que te vaya lo mejor posible.

—No, no tienes que hacerlo.

—Tienes un lindo local. Claro y espacioso. No tan imponente como debería ser, quizá; pero ¿qué se puede pretender al principio? Y, además, las perspectivas son inciertas; ¿no es así, Howard?

—Completamente.

—Es un riesgo terrible el que corres.

—Probablemente.

—¿Estás realmente decidido a continuar con esto? Quiero decir, ¿por tu propia cuenta?

—Parece que sí.

Keating se sorprendía al experimentar aquella repugnante sensación de resentimiento, porque había ido con la esperanza de averiguar que todo era mentira; con la esperanza de encontrar a Roark indeciso y deseando rendirse.

—Tú sabes, Roark, que admiro tu valentía. Realmente tengo mucha más experiencia y estoy mejor establecido en la profesión. No lo tomes a mal...; estoy hablando con objetividad, pero yo no me atrevería a tomar tal decisión.

—Claro que tú no la tomarías.

—De manera que has sido el primero en dar el salto. Muy bien. ¡Quién lo hubiera pensado! Te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias, Peter.

—Sé que tendrás éxito. Estoy seguro.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. ¿Tú no?

—No he pensado en eso.

—¿No has pensado en eso?

—No mucho.

—¿Así que no estás seguro, Howard? ¿No estás seguro?

—¿Por qué me preguntas eso con tanto interés?

—¿Cómo? Porque... No, con curiosidad no, sino que, naturalmente, estoy interesado, Howard.

Es un mal estado psicológico no tener seguridad ahora en tu situación. ¿Así que tienes dudas?

—Ninguna, completamente.

—Pero dijiste...

—Estoy completamente seguro de las cosas, Peter.

—¿Has pensado en conseguir el registro?

—Lo he solicitado.

—No tienes título. Eso te provocará dificultades en el examen.

—Probablemente.

—¿Qué vas a hacer si no obtienes la licencia?

—La obtendré.

—Bien; espero verte en la CAA. Me imagino que no me despreciarás, porque tú serás miembro activo y yo sólo simpatizante.

—No ingresaré en la CAA.

—¿Qué dices? ¿Que no vas a ingresar? Eres elegible, ahora.

—Posiblemente.

—Te invitarán para que ingreses.

—Diles que no se molesten.

—¿Cómo!

—Tú sabes, Peter, que tuvimos una conversación análoga a ésta hace siete años, cuando tú tratabas de convencerme para que ingresara en tu asociación, en Stanton. No empieces otra vez.

—¿No vas a ingresar en la CAA cuando tienes una oportunidad para hacerlo?

—No quiero ingresar en ninguna parte; jamás.

—Pero ¿no te das cuenta de cuánto te ayudará eso?

—¿Para qué?

—Para ser arquitecto.

—No me gusta que me ayuden a ser arquitecto.

—Tú mismo te buscas dificultades.

—Lo sé.

—Te harás de enemigos si rehúas tales invitaciones.

—De cualquier manera, ellos serán enemigos míos. La primera persona a quien Roark comunicó la nueva fue a Henry Cameron. Roark se dirigió a Nueva Jersey al día siguiente de firmado el

contrato con Heller. Llovía, y encontró a Cameron en el jardín, andando lentamente por las húmedas sendas, apoyándose con dificultad en el bastón. En el pasado invierno Cameron había hecho muchos progresos y podía caminar unas horas al día. Caminaba con esfuerzo, inclinando el cuerpo. Miraba los verdes retoños de la tierra, junto a sus pies. Levantaba el bastón a cada momento, afirmando sus piernas para sentirse seguro; con el extremo del bastón tocaba un verde sin abrir y observaba cómo derramaba una gota que brillaba en el crepúsculo. Vio a Roark subir la colina y frunció el ceño. Había visto a Roark hacía solamente una semana, y como esas visitas significaban tanto para los dos, ninguno de ellos quería que fuesen demasiado frecuentes.

—¿Qué? —preguntó Cameron ásperamente—. ¿Qué quiere aquí otra vez?

—Tengo algo que decirle.

—Podía esperar.

—No lo creo.

—¿No?

—He abierto mi propia oficina. He firmado justamente mi primer contrato para edificar un edificio.

Cameron hizo girar su bastón, hundió el extremo en la tierra e hizo describir a la caña un amplio círculo; sus dos manos hacían presión sobre el punto del mismo; colocadas la palma de una sobre el dorso de la otra. Movía lentamente la cabeza, en ritmo con el movimiento, durante largo rato; los ojos cerrados. Después contempló a Roark y le dijo:

—Bueno; no se jacte de eso. —Y agregó—: Ayúdeme a sentarme.

Era la primera vez que Cameron pronunciaba esa frase; su hermana y Roark ya sabían, desde hacía tiempo, que la intención de ayudarlo a caminar era la única injuria prohibida en su presencia.

Roark lo asió por los codos y le condujo a un banco. Cameron preguntó con aspereza, mirando a lo lejos la puesta del sol:

—¿Qué? ¿Para qué? ¿Cuánto?

Escuchó en silencio el relato de Roark. Miró detenidamente el proyecto, asentado en el cartón rajado, con las líneas de lápiz sobre la acuarela. Después le hizo muchas preguntas sobre la piedra, el acero, los caminos, los contratistas, el costo. No le felicitó ni hizo comentario alguno.

Sólo cuando Roark se iba le dijo de súbito:

—Howard, cuando abra su oficina tome instantáneas y muéstremelas.

Después meneó la cabeza con aire de culpabilidad y renegó:

—Me estoy poniendo viejo. Olvídelo.

Roark no contestó.

Tres días más tarde volvió.

—Usted va a acabar por convertirse en una molestia dijo Cameron.

Roark le entregó un sobre sin decir una palabra.

Cameron miró las instantáneas: la de la desamueblada oficina, la de la ventana amplia, la de la puerta de entrada. Dejó las otras y contempló la de la puerta de entrada durante largo tiempo.

—Bueno —dijo al fin—, he vivido para verlo. Dejó caer las instantáneas.

—No es exactamente como me lo imaginé —agregó—. No se hizo en la forma que yo lo hubiera deseado, pero se hizo. Es como las sombras de la tierra que algunos dicen que veremos en el otro

mundo. Quizá sea como yo veo el resto. Estoy aprendiendo.

Recogió la instantánea.

—Howard —dijo—, mírela.

La sostuvo para que la viesen los dos.

—No dice mucho. Solamente: «Howard Roark, arquitecto»; pero es como esos lemas que los hombres grababan a la entrada de los castillos y por los cuales morían. Es un desafío a algo tan inmenso y tan oscuro, que todo el dolor de la tierra, ¿sabe cuánto sufrimiento hay en la tierra?, todo el dolor procede de ese algo que va a iniciar. No sé lo que es. No sé lo que desatará en contra suya. Sé sólo que será. Y sé qué si usted lleva estas palabras hasta el fin, tendrá la victoria. Howard, no sólo para usted, sino también para eso que mueve al mundo y que nunca obtiene ningún reconocimiento. Vengará a muchos que han caído antes que usted, que han sufrido como usted sufrirá. Está en el camino de su infierno, Howard.

Roark subió por la senda que conducía a la cima de la roca donde la armazón de acero se levantaba hacia el azul del cielo. El esqueleto estaba terminado y se empezaba a distinguir el hormigón; los grandes enrejados de las terrazas colgaban sobre la sabana de plata del agua, que tremolaba abajo. Los fontaneros y los electricistas habían comenzado a colocar las instalaciones.

Miró los espacios cuadrados de cielo, delimitados por las líneas sutiles de las vigas y de las columnas, cubos vacíos de espacio que él había arrancado al cielo. Sus manos se movían involuntariamente rellenando en los planos las paredes futuras, circundando las futuras habitaciones. Una piedra saltó bajo su pie y fue rebotando cuesta abajo con resonantes notas que repercutían en el radiante aire veraniego.

De pronto vio una figura fornida que surgía entre una maraña de alambres eléctricos; una cara de perro de presa y unos ojos azules que gozaban en una especie de triunfo profano.

—Mike —dijo con incredulidad.

Mike había dejado un importante trabajo en Filadelfia, hacía meses, bastante antes de la aparición de Heller en la oficina de Snyte, pero no había oído las nuevas noticias, o al menos él así lo suponía.

—¡Hola! —dijo Mike, casi casualmente, y agregó—. ¡Hola, patrón!

—Mike, cómo...

—Usted es un arquitecto del diablo. ¡Olvidarse así del trabajo! Hace tres días que estoy aquí esperando que apareciera.

—Mike, ¿cómo llegó hasta aquí?

Nunca había sabido que Mike se rebajase a hacer trabajos en pequeñas residencias privadas.

—No se haga el tonto. Usted sabe cómo he llegado aquí. No pensaría que iba a olvidar su primera casa, ¿no? ¿Y cree que esto es rebelarse? Bien, quizá lo sea. A lo mejor es al revés.

Roark le tendió la mano y los sucios dedos de Mike se la estrecharon con fuerza, como si la tizne que, dejara impresa en la piel de Roark dijese todas las cosas que él quería decir. Y como temía decirlas, Mike agregó:

—Corra, patrón, corra. No entorpezca así el trabajo.

Roark recorría la casa. Había momentos en que podía ser preciso, impersonal y detenerse a dar instrucciones como si aquello no fuera su casa, sino tan sólo un problema matemático. Mientras veía

grifos y remaches, su propia persona desaparecía.

Había momentos, cuando algo de su interior se elevaba —no un pensamiento o sentimiento, sino una ola de violencia física—, en que quería detenerse, echarse hacia atrás, para sentir la realidad de su ser realizado por la armazón de acero que ascendía oscuramente en la existencia de su cuerpo, como si fuese un centro. No se detenía. Continuaba con calma. Pero sus manos traicionaban lo que quería ocultar; sus manos se tendían lentamente hacia las vigas. Los trabajadores se habían dado cuenta de eso. Habían dicho: «Ese tipo está enamorado de la construcción. No puede tener las manos quietas».

Los obreros le querían. Los capataces de los contratistas, no. Le costó trabajo encontrar un contratista para levantar la casa. Varias de las mejores firmas habían rehusado el encargo. «Nosotros no hacemos esa clase de trabajo». «No, nosotros no nos molestaremos. Demasiado complicado para un trabajo sin importancia como ése». «¿Quién diablos quiere una casa semejante? Probablemente nunca cobraremos nada de ese loco. Que se vaya al diablo». «Nunca hemos hecho nada semejante. No sabríamos cómo empezar. Nos dedicamos a la construcción que es construcción». Un contratista miró los planos rápidamente, los arrojó a un lado y, finalmente, dijo: «No se mantendrá en pie». «Se mantendrá», replicó Roark. El contratista, con indiferencia, pronunció un «¿Y quién es usted para decírmelo, señor?».

Encontró una firma insignificante que necesitaba trabajo, y que aceptó, cobrando más de lo justo, con el pretexto de que ellos realizaban un experimento estrafalario. La construcción continuó y los capataces obedecieron de mal humor, desaprobando en silencio, como si estuvieran esperando que sus predicciones resultaran ciertas para alegrarse cuando la casa se derrumbase.

Roark compró un «Ford» viejo, y en él iba al trabajo; más veces de las necesarias. Le era difícil sentarse en la oficina; permanecer junto a la mesa haciendo esfuerzos para estar ausente del lugar de la construcción. Había momentos en que hubiera deseado olvidar su oficio y su tablero de dibujante para asir las herramientas de los obreros y trabajar en el levantamiento de la casa, con sus propias manos, como lo había hecho desde su infancia.

Recorría la construcción deteniéndose brevemente junto a montones de tablas y rollos de alambres; tomaba notas, daba órdenes breves con voz áspera. Evitaba dirigir la vista hacia donde estaba Mike, pero Mike lo observaba, siguiendo los progresos de la casa. Mike solía hacerle guiños de inteligencia cuando pasaba. Una vez le dijo:

—Domínese, amigo. Parece un libro abierto. ¡Dios mío, es indecoroso ser tan feliz!

De pie en la colina, junto a la construcción, Roark contemplaba el paisaje, el camino real que como una cinta gris se curvaba a lo largo de la costa. Un automóvil abierto pasó cerca de él. El auto estaba repleto de personas que se habían reunido para una merienda campestre. Había una mezcla brillante de suéteres y chales, confundidos en el viento; una confusión de voces sin objeto que chillaban más que el bramido del motor, y forzados hipos de risa; una muchacha sentada a través con las piernas colgando a un lado, daba tirones salvajes a las cuerdas de un ukelele, arrancando sonidos roncros y dando alaridos: *Hey*. Gente que gozaba de un día de vida libre; habían trabajado y soportado su carga para arribar a una meta, y la meta era ésa.

Miró al auto pasar como un relámpago. Hay una diferencia —pensó—, una diferencia importante, entre la conciencia que él tenía de ese día y la que tenían ellos. Trató de asir esa diferencia, pero se

le escapó. Un carro subía la colina cargado con brillante granito.

Austen Heller iba a ver la casa con frecuencia y observaba cómo crecía, curioso y un poco asombrado. Estudiaba a Roark y la casa con el mismo minucioso escudriñamiento; comprendía que, separados, no los podía descifrar. Heller, el luchador libre, se sentía desconcertado ante Roark, un hombre tan impermeable a la compulsión que acababa por resultar él mismo una especie de compulsión, un ultimátum contra cosas que Heller no podía definir.

En una semana Heller supo que había encontrado el mejor amigo que jamás había tenido, y supo que la amistad procedía de la indiferencia fundamental de Roark. En la realidad más profunda de la existencia de Roark no existía conciencia alguna de Heller ni necesidad de Heller ni llamamiento ni demanda. Heller percibía una línea tendida y comprendía que él no podía llegar más allá de ella. Roark no preguntaba ni concedía nada. Pero cuando Roark le sonrió con aprobación, cuando Roark elogió uno de sus artículos, Heller sintió una alegría extraña y limpia que provenía de un juicio que no era ni soborno ni limosna. En los atardeceres de verano se sentaban juntos en el borde de la colina, a mitad de altura, y conversaban mientras la oscuridad iba cubriendo lentamente las vigas de la casa que se erguía sobre ellos, y los rayos últimos del sol abandonaban la cima de los aceros verticales.

—¿Podría saber qué es lo que tanto me gusta en la casa que está construyendo, Howard?

—Una casa puede tener una integridad, exactamente como la tiene una persona —dijo Roark—, y como raras veces ocurre.

—¿De qué manera?

—Mírela. Cada parte de ella está ahí porque la casa la necesita y no por otra razón. Desde aquí ve todo su interior. Las habitaciones en las cuales vivirá, le dieron la conformidad. La relación de las masas fue determinada por la distribución del espacio en el interior. El ornamento ha sido determinado por el método de construcción, es una acentuación del principio por el cual existe. Usted puede ver cada entidad, cada soporte que lo ostenta cuando contempla la casa. Sus propios ojos se dirigen a un proceso estructural; pueden seguir cada paso, verlo ascender; puede saber por qué ha sido hecha cada cosa y cómo. No obstante, habrá visto edificios con columnas que no sostienen nada, con cornisas sin propósito alguno, con pilastras, molduras, arcos falsos, falsas ventanas. Habrá visto edificios que parecen que no tuvieran nada más que un ancho vestíbulo con sólidas columnas y macizas ventanas de altura excepcional. Pero entra en ellos y se encuentra con seis pisos en el interior. O edificios que tienen un solo salón, pero con una fachada cortada en filas de pisos, hileras de ventanas. ¿Comprende la diferencia que hay? Su casa está hecha de acuerdo con sus propias necesidades. Las otras están hechas con el propósito de causar impresión. El motivo determinante de las otras casas está en quienes las miran.

—¿Sabe que eso es lo que, a mi manera, yo también sentía? Pensaba que cuando me mudara a esta casa iba a sentir una nueva especie de existencia, y que hasta mi simple rutina diaria tendrá algo de honestidad o dignidad que no acierto a definir completamente. No se asombre si le digo que me doy cuenta de que tendré que armonizar con la casa.

—Así lo pensé —replicó Roark.

—Y, a propósito, gracias por la preocupación que se ha tomado por mi comodidad. Hay muchas cosas que no se me habían ocurrido, pero que usted las ha dispuesto como si conociese todas mis

necesidades. Por ejemplo, el estudio es la habitación que más necesitaré, y usted le ha dado un lugar predominante tanto en el interior como en el exterior de la casa. Y la forma en que se unen la biblioteca y el *living room*, bien lejos de mi trabajo, lo mismo que las habitaciones de los huéspedes de los cuales no quisiera oír nada, y todo lo demás. Ha sido muy considerado conmigo.

—Sepa —contestó Roark— que no he pensado en usted para nada; solamente he pensado en la casa —y agrego—: Quizá por eso haya sido tan considerado con usted.

La casa de Heller quedó terminada en noviembre de 1926.

En enero de 1927, la *Architectural Tribune* publicó un examen de los mejores hogares estadounidenses construidos durante el año que había transcurrido. Dedicó doce amplias páginas de papel satinado a las fotografías de veinticuatro hogares que los directores habían elegido como los trabajos arquitectónicos más dignos. La casa de Heller no fue mencionada.

Los diarios de Nueva York publicaban cada domingo, en la sección dedicada a los bienes raíces, breves referencias de las nuevas residencias más notables de la región. No hubo ninguna referencia a la casa de Heller.

El Anuario de la Corporación de Arquitectos de América, que exponía magníficas reproducciones de las que elegía como los mejores edificios del país, bajo él «Piense en el porvenir», no dio ninguna información acerca de la casa de Heller.

En muchas ocasiones los conferenciantes subían a las tribunas y se dirigían a públicos elegantes para hablarles de los progresos de la arquitectura americana, pero ninguno habló de la casa de Heller.

En los salones del club «CAA» se expresaron algunas opiniones. «Es una desgracia para el país —dijo Ralston Holcombe— que se permita construir una cosa semejante a la casa de Heller. Es una mancha para la profesión. Debería haber una ley que lo prohibiera».

«Eso es lo que ahuyenta a los clientes —dijo John Erik Snyte—. Ven una casa como ésa y piensan que todos los arquitectos estamos locos».

«No veo motivo para indignarse —dijo Gordon L. Prescott—. Yo creo que es tremendamente curioso, parece una mezcla de una estación de servicio y la idea de una historieta cómica de un cohete que va a la Luna».

«Esperen un par de años —dijo Eugenio Pettingill—, y verán lo que sucede. La casa se derrumbará como un castillo de naipes».

«¿Por qué hablar de años? —dijo Guy Françon—. Estas proezas modernistas no duran más que una estación. El propietario se cansará bien pronto de ella y vendrá corriendo en busca de un buen estilo colonial».

La casa de Heller adquirió fama en los alrededores. La gente se desviaba del camino principal para seguir el que pasaba por delante de ella, para contemplarla, señalarla con el dedo y reírse. Los muchachos de la estación de servicio se reían tontamente cuando pasaba el auto de Heller. La cocinera de Heller no podía soportar las miradas burlonas de los tenderos cuando salía por los encargos. La casa de Heller era conocida en todo el vecindario como «El Manicomio».

Peter Keating les dijo a sus amigos de profesión, con sonrisa indulgente: «Cuidado, cuidado, no digan eso de él. Yo conozco a Howard Roark desde hace mucho tiempo y sé que tiene, bastante talento. Hasta trabajó para mí una vez. Solamente que se ha equivocado con esa casa. Ya aprenderá.

Tiene porvenir... ¿No creen ustedes que lo tiene? ¿No creen que tiene realmente porvenir?».».

Ellsworth Toohey, que no dejaba de comentar cualquier piedra que se levantase en el suelo de los Estados Unidos, ignoraba, al menos en lo que concernía a su sección, que la casa de Heller había sido construida. Consideró que era innecesario informar a sus lectores, ni siquiera para censurarla. No dijo nada.

XI

En la primera página del Banner aparecía diariamente una sección titulada «Observaciones y meditaciones», por Alvah Scarret. Era una guía de confianza, una fuente de inspiración y un modelo de filosofía común para las pequeñas ciudades del país. En dicha sección había aparecido, hacía años, la famosa declaración: «Estaríamos mucho mejor si nos olvidásemos de las nociones estúpidas de nuestra elegante civilización y atendiésemos más a lo que los salvajes sabían mucho antes que nosotros: honrar a nuestra madre».

Alvah Scarret era soltero, había logrado reunir dos millones de dólares, jugaba al golf muy bien y era director de los diarios de Wynand.

Fue Alvah Scarret el que concibió la idea de una campaña contra las condiciones de vida de los barrios pobres, contra «Los propietarios tiburones», que se publicó en el Banner durante tres semanas. Este material daba mucho gozo a Alvah Scarret. Tenía inclinaciones humanitarias y preocupaciones sociales. Colocaba en el suplemento literario del domingo fotografías de muchachas que saltaban en los ríos y que ostentaban sus faldas sobre las rodillas, lo que aumentaba mucho la circulación. Desconcertó a los «tiburones» que poseían grandes extensiones de terreno en East River y que fueron elegidos como ejemplo deplorable de la campaña. Los tiburones habían rehusado vender esas manzanas a una compañía de bienes raíces desconocida y al final de la campaña se rindieron y las vendieron. Nadie pudo probar que la compañía de bienes raíces dependía de un consorcio del cual Wynand era el principal accionista.

Los diarios de Wynand no podían pasar mucho tiempo sin hacer alguna campaña. Recientemente habían terminado una sobre la aviación moderna y habían pasado revista a los relatos científicos de la historia de la aviación en el suplemento dominical para las familias, con reproducciones que se extendían desde las máquinas de volar de Leonardo de Vinci hasta los últimos aviones de bombardeo, a lo cual se agregó, como atracción, a Ícaro, retorciéndose en llamas escarlatas, desnudo de cuerpo, de color azul-verdoso, las alas de cera amarilla y púrpura humeante; también se incluyó a una bruja leprosa, con ojos de llama y una bola de cristal, que había predicho, en el siglo XI, que los hombres volarían, y luego murciélagos, vampiros y los seres que se transformaban en lobos.

Establecieron un concurso de modelos de aeroplanos para todos los niños, menores de diez años, que enviaran tres nuevos suscriptores al Banner.

Gail Wynand, que tenía título de piloto, hizo un vuelo solo desde Los Ángeles hasta Nueva York, estableciendo una marca de velocidad, en un pequeño aparato hecho especialmente para él y que costaba cien mil dólares. Cometió un pequeño error al llegar a Nueva York, y se vio obligado a aterrizar en un terreno rocoso; fue un aterrizaje arriesgado, magistral. Fue una casualidad que una batería de fotógrafos del Banner estuviese presente en el vecindario. Gail Wynand salió del aeroplano. Un as de la aviación se hubiera conmovido con aquella experiencia. Gail Wynand se encontró ante la cámara, con un immaculado jazmín en el ojal de la solapa y una mano en alto sosteniendo un cigarrillo entre los dedos. Cuando se le preguntó por el primer deseo que tenía al regresar a la tierra, dijo que quería besar a la más atractiva de las mujeres presentes y eligió a la más desaliñada vieja de la multitud. Se inclinó para besarla, gravemente, en la frente y comentó que le recordaba a su madre.

Después, cuando empezó la campaña de los barrios pobres, Gail Wynand dijo a Alvah Scarret: «Continúe. Saque a relucir todo lo que pueda de esas cosas», y partió en un yate para hacer un crucero por el mundo, acompañado por una encantadora aviadora de veinticuatro años a la cual le había regalado su aeroplano transcontinental.

Alvah Scarret continuó. Entre muchos otros pasos de su campaña, le confió a Dominique Françon la misión de investigar las condiciones de los hogares en los barrios bajos pobres para acumular material humano.

Dominique Françon acababa de regresar de su veraneo en Biarritz. Siempre se tomaba íntegras las vacaciones de verano, y Alvah Scarret se las concedía, porque era una de sus empleadas favoritas, porque le desconcertaba y porque sabía que podía abandonar el puesto cuando quisiese.

Dominique Françon fue a vivir dos semanas en un alojamiento de East Side. La habitación tenía una claraboya, pero no ventanas. Había cinco tramos de escalera para subir y no había agua corriente. Se hacía su propia comida en la cocina de una familia numerosa del piso de abajo, visitaba al vecindario, se sentaba en el descanso de la escalera de incendio, por las tardes, e iba a cines de diez centavos con las muchachas del barrio.

Llevaba faldas y blusas deshilachadas. La fragilidad anormal de su aspecto habitual daba la sensación de que había enflaquecido a causa de la privación en aquellos barrios; los vecinos creían que estaba tuberculosa, pero se movía como lo hubiera hecho en la sala de recibo de Kiki Holcombe, con el mismo frío talante y la misma seguridad. Fregaba el suelo, mondaba patatas y se bañaba con agua fría en un recipiente de, hojalata. Nunca había hecho cosas así, pero las hacía con maestría. Tenía una capacidad para la acción, una competencia que contrastaba con su aspecto. No se preocupaba de la nueva situación: era indiferente a los barrios pobres como había sido indiferente a las salas de recibo de las mansiones.

Después de dos semanas retornó a su departamento situado en la terraza de un hotel que daba al Central Park. Sus artículos sobre la vida de los barrios pobres aparecieron en el Banner. Eran relatos brillantes y despiadados.

Escuchó preguntas contradictorias en una comida: «Querida, ¿escribiste esas cosas en realidad?». «¿Viviste en estos sitios, Dominique?». «¡Oh, sí!», respondió ella. «La casa que usted tiene en la calle Doce Este, señora Palmer —decía mientras su mano daba vueltas perezosamente bajo el aro de una pulsera de esmeraldas, demasiado ancha y demasiado pesada para su delgada muñeca—, tiene una cloaca que se obstruye a cada dos por tres y se desborda todo sobre el patio. Parece azul y púrpura al sol, como un arco iris». «La manzana de la sucesión Claridge que usted administra, señor Brooks, tiene las estalactitas más atractivas que puedan crecer en un cielo raso», decía inclinando su cabeza de oro sobre una guirnalda de blancos jazmines, con gotas de agua que brillaban sobre los pétalos.

—Le pidieron que hablase en un mitin social. Era un mitin importante, organizado por algunas de las mujeres más prominentes en esas actividades. Alvah Scarret estaba encantado y le dio su asentimiento. «Vaya, muchacha. Pegue fuerte. Queremos mucho a las organizadoras». Estaba en la tribuna, en un salón sin ventilación, y contemplaba una masa de caras insulsas, caras ávidamente interesadas con el sentimiento de su propia virtud. Habló monótonamente, sin inflexiones. Entre muchas otras cosas, dijo: «La familia del primer piso, en la parte de atrás, no se preocupa de pagar

el alquiler y los chicos no pueden ir a la escuela por carecer de ropa. El padre debe una cuenta en la taberna clandestina de la esquina. Tiene buena salud y buen trabajo... El matrimonio del segundo piso acaba de comprar una radio de sesenta y nueve dólares con noventa y cinco centavos, al contado. En el cuarto piso el padre no ha trabajado un día entero en toda su vida y no piensa hacerlo. Tiene nueve hijos que son ayudados por la parroquia local. Y está por nacer el décimo...». Cuando terminó, hubo unos pocos aplausos irritados. Levantó una mano y dijo: «No tienen por qué aplaudir. No lo esperaba. —Y añadió cortésmente—: ¿Tienen que hacer algunas preguntas?». No hubo ninguna pregunta.

Cuando volvió a su casa encontró a Alvah Scarret que la esperaba. Su enorme cuerpo reposaba sobre una frágil silla, y miraba indiscretamente la habitación. Era como una gárgola gibosa frente a la ciudad, que se extendía más allá de la sólida pared de vidrio. La ciudad parecía un cuadro mural diseñado para iluminar y completar la habitación; las frágiles líneas de los capiteles en un cielo oscuro parecían prolongar las líneas de los muebles; las luces brillaban en las ventanas distantes, arrojando reflejos sobre los suelos, desnudos y lustrosos; la fría precisión de las construcciones angulares externas era una réplica a la fría, inflexible gracia de cada uno de los objetos del interior. Alvah Scarret rompía la armonía. Parecía un bondadoso médico de campaña y al mismo tiempo un jugador fullero. Su pesado rostro tenía una sonrisa benevolente y paternal que siempre había constituido su llave maestra y su marca de fábrica. Tenía el don de aumentar la bondad de su sonrisa sin disminuir su solemne apariencia de dignidad; la nariz, larga, delgada, ganchuda, no disminuía su bondad, pero le agregaba dignidad; el vientre que le caía sobre las piernas, no disminuía su dignidad y le agregaba bondad.

Se levantó rozagante de alegría y le dio la mano a Dominique.

—Pensé visitarla mientras iba a casa. Tengo algo que decirle. ¿Cómo le fue, muchacha?

—Como esperaba. —Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la primera silla. Su cabello se derramó por la espalda, suave y terso, parecido a metal bruñido. Fue hacia la ventana, se detuvo para contemplar la ciudad. Preguntó sin volverse—: ¿Qué quería decirme?

Alvah Scarret la observaba con placer. Había desistido, desde hacía tiempo, de todo lo que fuera más allá de tenderle la mano cuando no era necesario o de palmearle la espalda. Había dejado de pensar en eso, pero tenía un sentimiento vago, semiinconsciente, que se podía resumir en estas palabras: «Uno nunca sabe».

—Tengo buenas noticias para usted, chica. He estado trabajando en un proyecto; se trata de organizar una sección donde se podrían reunir un grupo de cuestiones del Departamento de Bienestar de las Mujeres; las escuelas, la economía doméstica, el cuidado de los nenes, los menores delincuentes, y todo el resto de eso debe estar bajo la dirección de una sola cabeza. Y no veo ninguna mujer mejor para eso que mi muchachita.

—¿Se refiere a mí? —preguntó ella sin volverse.

—Ninguna mejor que usted. En cuanto vuelva Gail obtendré su aprobación.

Ella se volvió y lo miró. Tenía los brazos cruzados y con las manos se asía los codos.

—Gracias, Alvah, pero no lo quiero.

—¿Qué quiere decir con que no lo quiero?

—Quiero decirle que no lo quiero.

—Por el amor de Dios, debe comprender el adelanto que significa para su carrera.

—Nunca he dicho que estuviera haciendo una carrera.

—Pero supongo que no querrá eternizarse en una insignificante sección de la última página.

—Eternizarme, no. Hasta que me canse.

—Pero piense en lo que realmente podría hacer en el verdadero oficio. Piense en lo que Gail podría hacer por usted una vez que le llamase la atención.

—No tengo deseos de llamarle la atención.

—Pero, Dominique, nosotros la necesitamos. Las mujeres estarán unánimemente con usted después de lo de esta noche.

—No lo creo así.

—¿Por qué? He ordenado dos columnas para la crónica del mitin y de su discurso.

Ella se acercó al teléfono y le entregó el receptor.

—Es mejor que les diga que la supriman.

—¿Por qué?

Buscó sobre la mesa entre un desorden de papeles y encontró unas hojas escritas a máquina y se las entregó.

—Aquí está el discurso que pronuncié hoy.

Él dio una ojeada. No dijo nada, pero arrugó la frente. Después, por teléfono, dio órdenes de que se hiciera un resumen del mitin, tan breve como fuese posible, sin mencionar el nombre de la oradora.

—Está bien —dijo Dominique cuando él colgó el receptor—. ¿Estoy despedida?

Alvah sacudió la cabeza tristemente.

—¿Usted lo quiere?

—No necesariamente.

—Yo callaré el asunto —murmuró—. No le diré nada a Gail.

—Como quiera. A mí no me importa que sea de una manera u otra.

—Escuche, Dominique: ¡oh, no crea, no voy a hacerle preguntas! Solamente, ¿por qué diablos hace semejantes cosas?

—No tengo ninguna razón particular.

—Mire, he oído algo de la cena alegre durante la cual hizo algunas observaciones sobre el mismo tema. Y después va y dice cosas como éstas en un mitin radical. ¿Acaso había alguna razón para hacer lo que ha hecho?

—No, ninguna; pero me divertía.

—No puedo comprenderla. Va muy bien; hace trabajos brillantes, y justamente cuando está a punto de dar un verdadero paso hacia delante lo echa a perder con tonterías como ésta. ¿Quiere decirme, como amigo, porque la quiero y estoy interesado por usted, qué busca con eso?

—Nada absolutamente.

Él tendió las manos abiertas, alzando los hombros para expresar lo inevitable. Ella se sonrió con alegría.

—¿Qué hay de triste en esto? Yo lo estimo, Alvah, y me intereso por usted, y me gusta hablar con usted, lo que es mejor. Ahora siéntese tranquilo y descanse; traeré algo de beber. Le hace falta tomar

algo.

Trajo un vaso escarchado con flotantes cubos de hielo.

—Usted es una chica deliciosa, Dominique.

—Naturalmente.

Sentóse en el borde de la mesa, colocó las manos detrás de ella, extendidas sobre la mesa, inclinóse hacia atrás, apoyándose en los brazos tiesos y columpiando lentamente sus piernas.

—Mire, Alvah; sería terrible que yo tuviese un empleo que realmente me gustase.

—Fíjese en lo que habla, en las tonterías que dice.

—No es tontería. Sería terrible tener un puesto que me gustara y que no quisiese perder.

—¿Por qué?

—Porque tendría que depender de usted. Usted es una persona excelente, pero no es lo que se llama un inspirador y no creo que fuera muy hermoso verle con un látigo en la mano. ¡Oh, no proteste! Sería tal vez un latiguillo cortés, y eso lo haría más feo. Usted tendría que depender de nuestro patrón, Gail, un gran hombre quizás, aunque preferiría no poner nunca los ojos en él.

—¿Por qué adopta esa actitud? ¿Acaso no sabe que tanto Gail como yo haríamos cualquier cosa por usted, y yo personalmente...?

—No es solamente eso, Alvah. No es sólo usted. Si yo encontrase un trabajo, un proyecto, una idea o una persona que me gustase, tendría que depender de todo el mundo. Las cosas se ensamblan unas con otras. Todos estamos en una red, la red nos acecha y atrapa. Usted quiere una cosa que para usted es preciosa. ¿Sabe quién está dispuesto a arrancársela de sus manos? No lo puede saber; quizá sea algo más enmarañado y lejano; pero alguien está listo, y usted teme a todos. Adula, se arrastra, ruega y los acepta tan sólo para que le permitan conservarla. Y así tiene que aceptar a todos.

—Si no me equivoco, está criticando a la Humanidad en general...

—Nuestra idea del género humano es una cosa muy peculiar. Todos tenemos una especie de cuadro vago y brillante, y, cuando hablamos de esto, pensamos en algo solemne, grande e importante. Pero, en realidad, lo que conocemos se reduce a las personas que conviven con nosotros. Mírelas. ¿Conoce usted alguna por quien sentiría algo grande y solemne? Lo único que hay son amas de casa que regatean con los vendedores ambulantes, muchachos traviosos que escriben palabras obscenas en las aceras, y borrachos. O sus equivalentes espirituales. En efecto, una puede sentir algún respeto por la gente que sufre. Tiene cierta dignidad. Pero ¿las ha contemplado alguna vez cuando se divierten? Entonces ve la verdad, fijense cómo gastan el dinero que han ganado trabajando como esclavos en parques de diversiones y en espectáculos secundarios. Mire a los ricos, que tienen todo el mundo a su disposición. Observe lo que escogen para divertirse. Obsérvelos en las tabernas clandestinas más elegantes. Ésa es su Humanidad en general. No quiero ni hablar de ella.

—Pero ¡diablos!, no es ésa la manera de considerarla... Tampoco es el cuadro definitivo. Hay algo bueno en el peor de nosotros. Siempre hay un aspecto redimible.

—Tanto peor. Es un espectáculo poco edificante ver un hombre que realiza un gesto heroico y después descubrir que se va al vodevil para descansar. O ver un hombre que ha pintado una tela magnífica y saber que emplea su tiempo durmiendo con la primera mugrienta que encuentra.

—¿Qué quiere usted? ¿Perfección?

—... o nada. En fin, como ve, no quiero nada.

—Eso no tiene sentido.

—Siento el único deseo que uno puede realmente permitirse. Libertad, Alvah, libertad.

—¿A eso le llama libertad?

—No pedir nada. No esperar nada. No depender de nada.

—¿Y si usted encontrara algo que quisiera?

—No lo encontraría. Preferiría no verlo. Sería una parte de ese hermoso mundo suyo, y tendría que compartirlo con el resto, y no querría. Ha de saber que nunca vuelvo a abrir un gran libro que he amado. Me duele pensar en los otros ojos que lo han leído. Cosas como éstas no pueden ser compartidas.

—Dominique, es anormal tener sentimientos tan fuertes por cosas así.

—Es la única manera que tengo de sentir. O no sentir nada.

—Querida Dominique —dijo con serio y sincero interés—, querría haber sido su padre. ¿Qué clase de tragedia tuvo en su infancia?

—¿Por qué? Ninguna, absolutamente. Tuve una infancia maravillosa. Libre y tranquila y sin ser molestada por nadie. Bueno, a menudo me sentía aburrída. Pero estoy acostumbrada.

—Supongo que usted es un desdichado producto de nuestros tiempos. Siempre lo he dicho. Somos demasiado cínicos, demasiado decadentes. Si volviéramos con toda humildad a las virtudes sencillas...

—Alvah, ¿cómo puede decir esas tonterías? Eso está bien para sus editoriales y... —Se detuvo a mirar aquellos ojos que parecían un poco perplejos y un poco ofendidos. Después ella se rió—. Es agradable hablar con usted. Sabrá que los pueblos primitivos hacían estatuas de sus dioses a semejanza de los hombres. Piense exactamente a qué se parecería una estatua suya, con su desnudez, su vientre...

—¿Qué tiene que ver con todo eso?

—Nada, en absoluto, querido. Perdóneme. —Hizo una pausa y agregó: Ha de saber que me gustan las estatuas de los hombres desnudos. No se haga el tonto. He dicho estatuas. Tengo una en particular, que se supone sea de Helios. La saqué de un museo de Europa. Tuve una terrible dificultad para sacarla. No estaba a la venta, por supuesto. Yo creo que estaba algo enamorada. La traje a casa conmigo.

—¿Dónde está? Me gustaría ver algo que le guste.

—Está rota.

—¿Rota? ¿Una pieza de museo? ¿Cómo pasó eso?

—La rompí.

—¿Cómo?

—La tiré.

—¿Está totalmente loca? ¿Por qué?

—Para que nadie más la viera.

—¡Dominique!

Sacudió la cabeza como para descartar el tema. La masa de sus cabellos se agitó en pesada onda; era como una ola en una laguna de mercurio.

—Lo siento, querido —dijo—; no quise impresionarle. Pensé que podía hablarle así, porque

usted es la única persona impermeable a cualquier clase de impresión. No debería haberlo hecho. No vale la pena. —Saltó ágilmente de la mesa—. Váyase corriendo a su casa, Alvah. Se está haciendo tarde. Estoy cansada. Hasta mañana.

Guy Françon leyó los artículos de su hija; oyó las observaciones que había hecho en la recepción y en el mitin. No entendió nada absolutamente, pero se daba cuenta que todo eso podía esperarse de ella, su recuerdo siempre le traía un confuso sentimiento de aprensión que le oprimía la mente. Se preguntó si odiaba, en realidad, a su hija.

Pero, al punto, un cuadro volvió a su mente, con tenacidad, como ocurría siempre que se hacía la misma pregunta. Era un cuadro de la infancia de su hija, en un día ya hacía mucho de eso, un verano olvidado en su posesión de Connecticut. El resto de lo que había ocurrido aquel día lo había olvidado, lo mismo que lo que le había llevado a pensar en el instante que recordaba. Se veía en la terraza, y a ella saltando un verde y alto arco que estaba al final del césped.

El cerco parecía demasiado alto para su pequeño cuerpo, pero acababa de pensarlo cuando, de pronto, la vio saltando sobre la verde barrera. No podía recordar el principio y el fin del salto. Pero, sin embargo, veía claro y con precisión, como la imagen de un film recortado e inmovilizado para siempre, el instante único, cuando el cuerpo estaba suspendido en el espacio, con las largas piernas extendidas a lo ancho, los delgados brazos en alto, las manos braceando en el aire, el vestido blanco y el cabello rubio extendido en dos grandes trenzas al viento; durante un solo momento el relámpago de un cuerpo pequeño en el estallido de libertad estática más grande que hubiese presenciado en su vida.

No sabía por qué aquel momento le quedó grabado, qué significado oculto lo conservó cuando otros más importantes se habían perdido. No sabía qué tenía que ver aquel momento, que siempre aparecía cuando sentía amargura por su hija, ni por qué, recordándolo, tenía ese insoportable acceso de ternura. Pensó, simplemente, que su cariño paternal se estaba imponiendo a su voluntad.

Pero quería ayudarla, de una manera embarazosa, irreflexiva. No sabía, no quería saber por qué ella necesitaba ser ayudada.

De manera que empezó a tener más consideración hacia Peter Keating. Empezó por aceptar una solución que nunca había admitido, y presumió que la integridad, simple y estable, de Keating era el preciso soporte que necesitaba para la inconstancia enfermiza de su hija. Keating no quería ver otra vez a Dominique sin resultado. Françon le había dado el número de teléfono hacía tiempo y él la había llamado a menudo. Ella le contestaba y se reía gozosa; le contestaba que hubiese deseado verlo, que sabía que no podía escaparse de él, pero que estaba muy ocupada en aquellos días y que la llamase el primero del mes próximo.

Françon suponía todo esto. Le dijo a Keating que invitaría a Dominique a comer y los reuniría nuevamente.

—Esto es —agregó—, trataré de invitarla. Rehusará, desde luego.

Nuevamente Dominique lo sorprendió porque en seguida aceptó la invitación con alegría.

Se encontró con ellos en el restaurante y sonrió como si se tratase de una reunión que estaba ansiando. Habló alegremente, y Keating se sintió encantado y cómodo y le llamó la atención el hecho de que siempre la hubiese temido. Después de media hora, le dijo a Françon, mirándole:

—Ha sido maravilloso que te molestases para verme, papá, en particular cuando estás tan

ocupado y tienes que ver a tanta gente.

El rostro de Françon asumió un aspecto de consternación.

—Dios mío, Dominique, tú me haces recordar...

—¿Te has olvidado de alguna cita que tenías? —dijo ella con amabilidad.

—¡Caramba! Se me había pasado completamente. El viejo Andrés Colson me telefoneó esta mañana y me olvidé de anotarlo, e insistió en verme a las dos; ya sabes cómo es él. Yo no puedo negarme a verle. ¡Caramba!, justo hoy... ¿Cómo lo supiste?

—Qué sé yo; no sabía nada. Es perfectamente natural, papá. El señor Keating y yo te excusaremos y tendremos una agradable comida los dos. No tengo ninguna cita en todo el día, de manera que no temas que me escape.

Françon se preguntó si ella sabría que la excusa había sido preparada de antemano para dejarla sola con Keating. No podía estar seguro. Ella le miraba fijamente; sus ojos parecían demasiado cándidos. Estaba encantado de poder huir.

Dominique se volvió hacia Keating con una mirada tan gentil que no podía significar otra cosa que desprecio.

—Ahora, descansemos —dijo—. Ambos sabemos lo que busca papá, después de todo; de manera que está perfectamente bien. No se desconcierte por eso. A mí no me desconcierta. Está muy bien que usted tenga sujeto a papá con una cadena. Pero sé que para usted no es muy ventajoso que él tire de ella. Así que olvidémoslo y comamos.

Peter hubiera querido levantarse y salir, pero se dio cuenta, con furiosa decepción, de que no podía. Ella agregó:

—No me mire con ese ceño, Peter. Es mejor que me llame Dominique, porque, de todos modos, llegaremos a ello, tarde o temprano. Probablemente lo veré a menudo; yo veo a mucha gente, y si a papá le gusta que usted sea uno de ellos, ¿por qué no?

Durante el resto de la comida le habló como a un buen amigo, alegre y con franqueza, con candor inquietante que parecía demostrar que no tenía nada que ocultar; pero mostraba también que era mejor no investigar. La exquisita benevolencia de sus maneras insinuaba que aquella relación no tenía consecuencias posibles, pero que tampoco le daría un tributo de hostilidad. Él se dio cuenta de que ella le desagradaba violentamente, pero observaba la forma de su boca, los movimientos de sus labios cuando emitían las palabras; observaba la manera de cruzar las piernas, suave y exactamente, como si se desplegara un costoso instrumento, y no pudo ahuyentar el sentimiento de ingenua admiración que experimentó cuando la vio por primera vez.

Cuando se levantaron para irse, ella dijo:

—¿Irá conmigo al teatro esta noche, Peter? No importa lo que den, cualquier cosa que den es lo mismo. Vaya a buscarme después de cenar. Dígaselo a papá; a él le gustará.

—Aunque, después de todo, tendría que estar todo menos contento —dijo Keating—, y yo también; pero me gustará lo mismo, Dominique.

—¿Por qué no ha de estar satisfecho?

—Porque usted no tiene ganas de ir al teatro ni de verme esta noche.

—Nada de eso. Empiezo a quererle, Peter. Vaya a buscarme a las ocho y media.

Cuando Keating volvió a la oficina, Françon lo llamó en seguida.

—¿Qué? —preguntó Françon con ansiedad.

—¿Qué pasa, Guy? —respondió Keating, haciéndose el desentendido—. ¿Por qué está tan preocupado?

—Estoy..., estoy francamente preocupado por saber si los dos pueden llegar a entenderse. Creo que usted sería una buena influencia para ella. ¿Qué sucedió?

—Nada, absolutamente. Pasamos muy bien el tiempo. Usted conoce sus restaurantes. La comida era maravillosa... ¡Oh, además esta noche voy a llevar a su hija al teatro!

—¿Cómo ha conseguido eso? Keating se encogió de hombros.

—Ya le dije que no se debe temer a Dominique.

—Yo no la temo, pero... Conque... ¿Dominique..., ya...? Mi enhorabuena, Peter... Yo no la temo, solamente que no la puedo descifrar. Ninguno puede acercársele. Nunca ha tenido una sola amiga, ni siquiera en el parvulario. Siempre la rodea una multitud, pero nunca una amiga. No sé qué pensar. Así está viviendo, ahora, completamente sola con una multitud de hombres alrededor y...

—Vamos, Guy. No debe pensar nada deshonesto acerca de su propia hija.

—No lo pienso, eso es precisamente lo que me molesta..., que no lo pienso. Querría, pero no puedo. Pero ella tiene veinticuatro años y es honesta, lo sé, estoy seguro. ¿No puede usted darse cuenta con sólo mirar a una mujer? No soy moralista, pero creo que esto es anormal. ¡No es natura!, a su edad, con su aspecto, con la clase de vida completamente despreocupada que lleva. Ruego a Dios que se case. Lo deseo con toda honradez. Bueno, ahora no vaya a repetir esto, claro está, y no lo interprete mal; no he querido hacerle una invitación.

—Desde luego que no.

—¡Ah!, de paso, Peter..., llamaron del hospital mientras usted estaba ausente. Dijeron que el pobre Lucio está mucho mejor. Piensan que saldrá bien.

Lucio N. Heyer había tenido un ataque, y Keating había demostrado muchísimo interés por su mejoría, pero no había ido a visitarle al hospital.

—Me causa mucha alegría —contestó.

—Pero no creo que pueda volver a trabajar. Se está poniendo viejo, Peter... Sí, se está poniendo viejo... ¡Uno llega a cierta edad y ya no puede preocuparse más de los negocios!

Keating se sentó cerca de los troncos artificiales de la chimenea, en el *living room*, abrazándose las rodillas y escuchando las preguntas que le hacía su madre sobre cómo era Dominique, qué ropa usaba, qué le había dicho y cuánto dinero suponía que le había dejado su madre.

Veía a Dominique con frecuencia. Aquella noche acababa de llegar de un recorrido por los clubs nocturnos con ella. Ella aceptaba siempre sus invitaciones y él se preguntaba si eso era una prueba deliberada de que le hacía menos caso viéndolo a menudo que si rehusase verlo. Pero cada vez que la veía, Keating hacía ansiosos planes para la nueva entrevista.

Hacía un mes que no veía a Catherine. Estaba ocupada en un trabajo de investigación que serviría de base a una serie de conferencias y que le había sido encargado por su tío.

La madre de Keating estaba sentada bajo la lámpara, remendando un rasgón en el forro del *smoking*, y le reprochaba, entre las preguntas, por sentarse en el suelo con sus pantalones de etiqueta y su mejor camisa. Él no atendía los reproches ni las preguntas; pero bajo aquel fastidio sintió una extraña sensación de alivio, como si la corriente obstinada de sus palabras fuera avanzando y

justificándolo. Contestaba de vez en cuando: «Sí... No... No sé... ¡Oh, sí, es hermosa! ¡Es muy hermosa...! Es terriblemente tarde, mamá. Estoy cansado. Quiero acostarme...».

El timbre de la puerta sonó.

—¡Caramba! —dijo la señora Keating—. ¿Quién puede ser a esta hora?

Keating se levantó y, encogiéndose de hombros, se dirigió a la puerta.

Era Catherine. Entre las manos sostenía una cartera vieja y deformada. Miró con decisión y duda al mismo tiempo. Se echó un poco hacia atrás.

—Buenas noches, Peter. ¿Puedo entrar? Tengo que hablarte.

—¡Katie! ¡Naturalmente! ¡Qué gentil! Entra, entra... Mamá, es Katie.

La señora Keating se fijó en los pies de la muchacha, que se movían como si caminase por la cubierta de un barco que se balanceaba, miró a su hijo y se dio cuenta de que había ocurrido algo que debía de ser objeto de precaución.

—Buenas noches, Catherine —contestó con suavidad.

Keating no tenía conciencia de otra cosa más que de la súbita alegría que había experimentado al verla; la alegría le dijo que nada había cambiado, que estaba a salvo, con seguridad, y que su presencia resolvía todas las dudas. Dejó de sorprenderse por lo avanzado de la hora y por la inesperada aparición de Katie.

—Buenas noches, señora Keating —dijo ella con voz brillante y hueca—. Espero no molestarla. Probablemente será tarde, ¿no?

—¡De ninguna manera, chica! —respondió la señora Keating.

Catherine se apresuró a hablar:

—Me quitaré el sombrero... ¿Dónde puedo ponerlo, señora? ¿Aquí sobre la mesa? ¿Estará bien?

No, quizá sea mejor ponerlo sobre esta cómoda, aunque está un poco mojado por la humedad de la calle, y puede perjudicar el barniz, y es una cómoda tan linda que no quisiera estropearla.

—¿Qué ocurre, Katie? —preguntó Keating, poniendo atención, al fin.

Ella lo miró y él vio que sus ojos estaban aterrorizados y su boca entreabierta, tratando de sonreír.

—¡Katie! —murmuró. Ella no respondió—. Quítate el abrigo. Ven aquí, caliéntate al fuego.

Empujó un banquito hasta la chimenea para que ella se sentase. Catherine vestía un suéter negro y una vieja falda negra, prendas caseras que no se había cambiado para hacer la visita. Se acurrucó con las rodillas bien juntas y habló en tono más bajo y más natural, como el primer sonido ya liberado de la pena:

—Tienes una casa muy linda... Muy abrigada y espaciosa... ¿Puedes abrir las ventanas todas las veces que quieras?

—Querida Katie —dijo amablemente—, ¿qué ha pasado?

—Nada; en realidad, no ha ocurrido nada. Tenía que hablarte, solamente. Ahora. Esta noche. —Miró a la señora Keating—: Si usted prefiriera... —Y luego, súbitamente, agregó—: No. Está perfectamente bien... Tu madre puede oírlo. Quizá sea mejor si ella se entera. —Se volvió hacia la madre y dijo muy sencillamente—: Ya ve, señora Keating, Peter y yo estamos prometidos. —Se volvió hacia él y con voz rota, le dijo—: Peter, quiero casarme ahora, mañana, tan pronto como sea posible.

La mano de la señora Keating había ido deslizándose lentamente por su regazo. Miró a Catherine con ojos inexpresivos. Dijo tranquilamente, con una tranquilidad que Keating nunca hubiese esperado de ella:

—Yo no lo sabía. Me alegra mucho, querida.

—¿No se opone? ¿No se opone, realmente? —inquirió Catherine, desesperada.

—¿Por qué? Estas cosas deben ser decididas por usted y mi hijo únicamente.

—¡Katie! —murmuró él, recobrando la voz—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué tan pronto como sea posible?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Parece como si..., como si yo estuviera envuelta en esa clase de líos que les pasan a las muchachas...! —Enrojeció totalmente—. ¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡No es eso! ¡Tú sabes que no puede ser! ¡Oh, tú no podrás pensar, Peter, que yo..., que...!

—No, naturalmente que no —dijo él riendo y sentándose en el suelo a su lado y deslizando un brazo en torno a la cintura de ella—. Vuelve en ti. ¿Qué es? Tú sabes que me casaría esta misma noche si tú quieres. Pero ¿qué ha ocurrido?

—Nada. Ahora estoy bien. Te diré. Pensarás que estoy loca. Tuve de golpe la sensación de que nunca me casaría contigo, de que algo espantoso me ocurría y que no podía huir.

—¿Qué te ocurría?

—No sé. Nada. Estuve trabajando en mis investigaciones todo el día y no me había ocurrido nada, ni llamadas telefónicas ni visitas. De pronto tuve esta noche la sensación de una pesadilla, una especie de horror que no se podría describir, que no se parece a nada habitual. Era, precisamente, la sensación de que estaba en un peligro mortal, que algo me rodeaba y que no podía huir porque no me lo permitían y porque era demasiado tarde.

—¿Que no podías huir de qué?

—No sé exactamente. De toda mi vida. Imagínate, era como una arena movediza, suave y natural. Como algo que uno no puede advertir ni sospechar. Y caminaba cómodamente sobre eso. Cuando me di cuenta era demasiado tarde... Sentía que eso me atrapaba y que nunca me casaría contigo, que debería apresurarme ahora, ahora o nunca. ¿No has tenido nunca una sensación como la mía? ¿Un terror semejante que no puede explicarse?

—Sí —susurró él.

—No pienses que me he vuelto loca.

—No, Katie. Quisiera saber si fue eso solamente lo que te sobresaltó.

—Bueno..., parece estúpido ahora. —Se rió, excusándose—. Era así: estaba sentada en la habitación y hacía frío, de manera que no abrí la ventana. Tenía tantos papeles y libros sobre la mesa, que apenas había lugar para escribir y cada vez que escribía una nota hacía caer algo con el codo. Había montones de cosas alrededor, papeles todo, y susurraban un poco porque yo había dejado medio abierta la puerta del *living room* y supongo que habría una corriente de aire. Mi tío estaba trabajando también en el *living*. Había adelantado admirablemente, había estado trabajando durante mucho tiempo y no sabía qué hora era. Y entonces, de pronto, se me ocurrió. No sé por qué. Quizás el aire de la habitación estuviera enrarecido o quizá fuera el silencio. No oía nada, ni un sonido en el *living room*, y los papeles susurraban tan blandamente, como si algún moribundo se estuviese asfixiando. Entonces miré alrededor y... y no pude ver a mi tío en el *living room*, pero, en cambio, vi

su sombra en la pared, una sombra inmensa, acurrucada, que no se movía, pero que era muy grande.

Se estremeció. Parecía que ya no le resultaba tan estúpido el caso. Murmuró:

—Eso fue lo que me ocurrió. La sombra no se movía, pero yo creí que todos los papeles se estaban moviendo, creí que la sombra se levantaba lentamente y que venía en dirección a mi garganta y que me iba a estrangular. Entonces di un grito, pero él no lo oyó, Peter. ¡Él no lo oyó! Pues la sombra no se movió. Entonces cogí mi sombrero y mi abrigo y corrí. Cuando atravesé el *living room*, creo que él dijo: «¿Qué te pasa, Catherine? ¿Qué hora es? ¿Adónde vas?». O algo por el estilo, no estoy segura. Pero no volví a mirar hacia atrás y no contesté. No podía. Tenía miedo de él. ¡Miedo de mi tío Ellsworth, que no me ha dicho una palabra dura en toda mi vida! Eso es todo, Peter. No puedo comprender; tengo miedo. Estando contigo, no tanto, pero tengo miedo.

La señora Keating habló con voz seca y vigorosa:

—¡Bah, es sencillo lo que le ha ocurrido, querida! Ha trabajado demasiado, estaba abrumada y se puso un poco nerviosa.

—Sí..., probablemente.

—No —dijo Keating lentamente—, no ha sido eso... —Él estaba pensando en el altavoz del vestíbulo en el mitin de los huelguistas. Después agregó rápidamente—: Sí, mamá tiene razón. Te estás matando con el trabajo, Katie. Tu tío... Le retorceré el pescuezo un día de éstos.

—¡Oh, él no tiene la culpa! Él no quería que yo trabajase. A menudo me quita los libros y me dice que vaya al cine. Él mismo dice que trabajo demasiado. Pero me gusta. Creo que cada nota que hago, cada trozo de información, servirá de enseñanza a cientos de jóvenes estudiantes de todo el país, y pienso que estoy contribuyendo a la educación del pueblo con mis breves informaciones, y me siento orgullosa y quiero continuar. ¿Ves? No tenía por qué lamentarme. Y después..., después..., como esta noche..., no sé lo que me pasa.

—Mira, Katie, conseguiremos la autorización mañana por la mañana y nos casaremos en seguida, donde tú quieras.

—Sea, Peter —murmuró—. ¿Tú no te opones de verdad? No tengo motivos reales, pero lo quiero, lo quiero. Después sabré que todo está bien. Nos las arreglaremos. Conseguiré un empleo si tú..., si tú no estás completamente en condiciones, o...

—¡Qué tontería! No hables así. Nos arreglaremos. Eso no importa. Lo principal es casarse y todo lo demás se arreglará solo.

—Querido, ¿lo comprendes? ¿Comprendes?

—Sí, Katie.

—Ahora que todo está resuelto —dijo la señora Keating—, le prepararé una taza de té caliente, Catherine. La necesita antes de irse a su casa.

Preparó el té y Catherine lo bebió, muy agradecida, y dijo sonriendo:

—Yo..., yo siempre temía que usted no lo aprobase, señora Keating.

—¿Quién le dijo semejante cosa? —respondió ésta pronunciando las palabras con lentitud—. Ahora, corra a casa como una buena chica, y que duerma bien esta noche.

—Mamá, ¿no podría quedarse aquí esta noche? Podría dormir contigo.

—Pero, Peter, no te pongas nervioso. ¿Qué pensaría su tío?

—¡Oh, Peter, no me quedaré! Estoy muy bien ahora. Me iré a casa.

—Si tú no...

—No tengas miedo ahora. Estoy perfectamente. No creas que tenga miedo de tío Ellsworth.

—Bueno, mejor. Pero no te vayas, todavía.

—Bueno, Peter —dijo la madre—, no querrás que ella ande por esas calles más tarde de lo conveniente.

—Yo la acompañaré a la casa.

—No —dijo. Catherine—. No quiero ser más tonta de lo que soy. No, no te lo permito.

Él la besó junto a la puerta y le dijo:

—Iré a buscarte a las diez de la mañana para que vayamos a pedir la autorización.

—Sí, Peter.

Peter cerró la puerta tras ella y estuvo un momento apretándose las manos sin darse cuenta de lo que hacía. Después volvió desafiante al *living room* y se detuvo, con las manos en los bolsillos, ante su madre. La miró y había en su mirada una silenciosa interrogación. Su madre lo contempló tranquilamente, sin pretender esquivar la mirada y sin responder a ella. Luego, preguntó:

—¿Quieres acostarte, Peter?

Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. Sintió un violento impulso de aprovechar la ocasión, volverse y huir. Pero quería saber lo que pensaba ella. Creyó que debía justificarse.

—Mamá, no quiero escuchar ahora ninguna de tus objeciones.

—Yo no he hecho objeciones —replicó ella.

—Mamá, quisiera que comprendieras que amo a Katie, que nada puede detenerme ahora, y nada más.

—Muy bien, Peter.

—No veo por qué no te gusta.

—El hecho de que a mí me guste o no me guste no tiene importancia para ti.

—¡Oh, sí, mamá! Claro que tiene importancia. Tú lo sabes. ¿Cómo puedes decir eso?

—Peter, en lo concerniente a mí, me da lo mismo. No pienso en mí para nada, porque nada en el mundo, salvo tú, me interesa. Quizá resulte anticuada, pero soy así. Sé que no tendría que ser así, los jóvenes no aprecian esto ahora, pero yo no puedo remediarlo.

—¡Oh, mamá, tú sabes que yo lo aprecio! Tú sabes que no quisiera ofenderte.

—Tú no puedes ofenderme, Peter, sin perjudicarte a ti mismo... Y eso..., eso es difícil de soportar.

—¿Cómo me estoy perjudicando a mí mismo?

—Bueno, si quieres escucharme...

—No he rehusado escucharte.

—Si quieres escuchar mi opinión, te diré que esto es el funeral de veintinueve años de mi vida, de todas las esperanzas que había puesto en ti.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—No es que no me guste Catherine. Me gusta mucho. Es una linda chica, si no se destrozase a sí misma y no se le ocurrieran esas chifladuras. Pero es una muchacha respetable y yo diría que sería una excelente esposa para cualquiera, para cualquier muchacho honrado y trabajador. Pero ¡pensar que sea para ti, Peter! ¡Para ti...!

—Pero...

—Tú eres modesto, Peter. Eres demasiado modesto. Ése ha sido siempre tu defecto. No te valoras a ti mismo. Crees ser como cualquier otro.

—¡Eso sí que no! ¡Y no creo que nadie piense eso!

—No pierdas la cabeza. ¿Sabes el porvenir que te espera? ¿No ves qué alto has llegado y cuán lejos llegarás? Tienes la oportunidad de llegar a ser el mejor; bueno..., casi el mejor de todos los arquitectos y...

—¿Casi el mejor? ¿Eso piensas? Si no puedo ser el mejor, si no puedo ser el único arquitecto del país, de mi época, no quiero ser nada.

—¡Ah! Pero uno no llega a eso si se despreocupa de la profesión. Uno no llega a ser el primero sin hacer algunos sacrificios.

—Pero...

—Tu vida te pertenece, Peter, si realmente apuntas alto. No puedes permitirte ser indulgente con ningún capricho, como hace la gente común, porque a ésta no le va ni le viene. No se trata de ti ni de mí ni de lo que tú sientas, Peter. Se trata de tu carrera. Se necesita fuerza de voluntad para renunciar a sí mismo, para ganar el respeto de los otros.

—Lo que pasa es que a ti no te gusta Katie y dejas que tus propios prejuicios...

—¿Qué no podría gustarme de ella? En realidad, no puedo decir que apruebo a una muchacha que tiene tan poca consideración por su novio que corre hacia él y, sin ninguna razón, le molesta y le pide que eche a perder su carrera sólo porque ella tenga una chifladura. Esto te demuestra qué ayuda puedes esperar de una esposa como ésa. Por lo que a mí respecta, si piensas que estoy preocupada por mí misma, te diré que estás ciego, sencillamente. ¿No ves que para mí sería, personalmente, una combinación perfecta? Porque yo no tendría ninguna molestia con Catherine. Me podría llevar muy bien con ella, que sería respetuosa y obediente con su suegra, mientras que, del otro lado, la señorita Françon...

Peter retrocedió. Sabía que iba a llegar a eso y era el único tema que él había tenido miedo de mencionar.

—¡Oh, sí, Peter! —dijo la señora Keating, tranquila y firmemente—. Debemos hablar de eso. Estoy segura de que nunca podría llevarme bien con la señorita Françon; una chica elegante de la sociedad como es ella, no podría soportar a una suegra rústica e ignorante como yo. Ella, probablemente, me echaría de la casa. Pero, ya ves, Peter, no pienso en mí.

—Mamá —dijo con dureza él—, son puras fatuidades el suponer que yo pueda llegar a algo con Dominique. No estoy seguro de si esa gata del diablo se fijará en mí.

—Te estás rebajando. En un tiempo no habrías admitido que existiese algo que tú no pudieras obtener.

—Pero si yo no la quiero, mamá.

—No la quieres, ¿eh? Ahí está el quid. ¿No es esto lo que decía? Fíjate en ti mismo. Ahí tienes a Françon, el mejor arquitecto de la ciudad; lo tienes a tu disposición. Te está rogando que te conviertas en socio, a tu edad, pasando sobre tantos otros mucho mayores. ¡No es que él te permita que te cases con su hija, sino que te lo está pidiendo! ¡Y tú, mañana, le presentarás a la pequeña desconocida con la cual te habrás casado! Deja de pensar en ti un momento y piensa un poco en los

demás. ¿Cómo puedes suponer que le vaya a gustar que hayas preferido una pobre diablo a su hija?

—No le gustará —murmuró Keating.

Puedes apostar tu vida a que no le gustará.

Puedes apostar tu vida a que te echará a la calle a puntapiés. Habrá muchos que querrán aprovechar la ocasión de ocupar tu puesto. ¿Qué te parece si fuera Bennett?

—¡Oh, no! —dijo él con sonidos entrecortados, tan furiosamente, que ella se dio cuenta de que había tocado el punto que debía—. ¡Bennett, no!

—Sí —replicó ella triunfalmente—, Bennett; será Françon y Bennett, mientras tú andarás gastando suelas en busca de trabajo. ¡Pero tendrás una esposa! ¡Oh, sí, tendrás una esposa!

—Por favor, mamá... —murmuró él, con tanta desesperación que ella pudo permitirse la satisfacción de continuar sin ser molestada.

—Ésa es la esposa que tendrás. Una muchachita rústica que no sabrá dónde poner las manos ni los pies. Una cosa tan tímida que huirá y se esconderá de cualquier persona importante que llesves a tu casa. ¿Te crees tan capaz? ¡No te engañes, Peter! Ningún hombre ha llegado solo nunca. Ten presente siempre que los mejores hombres fueron secundados por una mujer que les correspondía. ¡Françon no se casó con una criada, puedes estar seguro! Trata de mirar un poco las cosas con los ojos de los demás. ¿Qué pensará de ti? No olvides que no te ganas la vida construyendo gallineros para mozos de tienda. Tú tienes que ocupar el puesto que conviene a los grandes hombres, tienes que vivir como ellos. ¿Qué pensarán de un hombre casado con semejante porquería? ¿Te admirarán? ¿Tendrán confianza en ti? ¿Te respetarán?

—¡Cállate! —gritó él.

Continuó. Siguió hablando largo rato, mientras él, sentado, hacía crujir los nudillos furiosamente quejándose de vez en cuando: «¡Pero yo la amo..., no puedo, mamá! Yo no puedo..., la amo».

Ella terminó cuando las calles ya estaban grises con la luz del amanecer. Lo dejó que se fuera, tambaleándose, a su habitación con el acompañamiento de los últimos sonidos de su voz, lentos y molestos.

—Al menos, puedes hacer eso. Nada más que unos meses. Dile que espere unos meses. Heyer puede morir en cualquier momento y entonces, una vez que seas socio, puedes casarte con ella y salirte con la tuya. A ella no le importará esperar un poco más, si quiere... Reflexiónalo, Peter..., y mientras lo reflexionas, piensa un poco en que, si lo haces ahora, destrozará el corazón de tu madre. No tiene importancia, pero acuérdate un poco de eso.

No trató de dormir. No se desnudó y permaneció sentado en la cama durante horas y lo que más claro tenía en su mente era el deseo de sentirse transportado a un año después, cuando ya todo estuviese resuelto, de cualquier forma que fuese.

Cuando hizo sonar el timbre en el apartamento de Catherine, a las diez de la mañana, aún no había decidido nada. Tuvo la vaga sensación de que ella lo llevaría de la mano, lo conduciría, insistiría y de ese modo la decisión quedaría tomada. Catherine abrió la puerta y sonrió, feliz y confidencialmente, como si nada hubiese ocurrido. Lo condujo a su cuarto, donde amplios rayos de luz inundaban las columnas de libros y los papeles prolijamente colocados sobre el escritorio. La habitación estaba limpia, ordenada. En una alfombra veíanse aún las huellas que había dejado el aspirador. Catherine tenía puesta una blusa de organdí. Pequeñas horquillas onduladas brillaban en

sus cabellos a la luz del sol.

Se sintió un poco desalentado por el hecho de que no le esperase en casa de ella ninguna amenaza. Sintió un arranque de alivio y de desaliento.

—Estoy lista, Peter. Alcánzame el abrigo.

—¿Se lo dijiste a tu tío?

—Sí, se lo dije anoche. Estaba trabajando todavía cuando volví.

—¿Qué dijo?

—Nada. Se rió y me preguntó qué quería como regalo de boda. ¡Pero se rió tanto...!

—¿Dónde está? ¿No quiso conocerme, al menos?

—Tenía que ir a la redacción. Dijo que tendrá mucho tiempo, más que suficiente, para verte. ¡Pero lo dijo tan bien...!

—Escúchame, Katie, yo..., hay una cosa que quiero decirte. —Titubeó sin mirarla. Su voz era insípida—. Mira, ésta es la cuestión: Lucio Heyer, el socio de Françon, está muy enfermo y no hay esperanzas de que continúe viviendo. Françon me ha insinuado, en forma bastante clara, que tendré el puesto de Heyer. Pero Françon tiene la loca idea de querer que yo me case con su hija. No me interpretes mal; tú sabes que no ocurrirá eso, pero yo no se lo puedo decir. Y he pensado..., he pensado que si esperamos..., unas semanas nada más... Estaría en la firma y entonces Françon no podría hacer nada cuando yo le diga que me he casado... Pero, por supuesto, esto depende de ti. —La contempló y su voz era ansiosa—. Si tú quieres que lo hagamos ahora, vamos en seguida.

—No, Peter —replicó ella con calma serena y asombrada—. Desde luego, esperaremos.

Él se sonrió con aprobación y con alivio, pero cerró los ojos.

—Desde luego, esperaremos —agregó ella con firmeza—. No sabía eso, y es muy importante. Realmente, no hay motivo para tanta prisa.

—¿No temes que la hija de Françon me conquiste?

—No, Peter —dijo riéndose—. Te conozco demasiado bien.

—Pero si tú prefirieras...

—No; es mucho mejor. Mira, te diré la verdad. He pensado esta mañana que sería mucho mejor que esperáramos, pero no hubiera dicho nada si tú no te hubieses determinado. Si prefieres esperar, yo estoy de acuerdo; fijate: esta mañana nos ha llegado la noticia de que mi tío está invitado a repetir el mismo curso de conferencias en una Universidad de la costa del Oeste, este verano. Me disgustaría mucho tener que dejarle con el trabajo sin terminar. Y después pensé también que tal vez fuéramos unos locos. ¡Ambos somos tan jóvenes! Y tío Ellsworth se rió mucho. Ya ves, es mucho más prudente esperar un poco.

—Sí, es excelente; pero, Katie, si tú te sientes como anoche...

—No. Estoy avergonzada de mí misma. No puedo imaginarme lo que me ocurrió anoche. Trato de recordarlo y no puedo comprenderlo. Tú sabes cómo ha sido; una se siente tonta después; todo es simple y claro al día siguiente. ¿Dije anoche un montón de terribles estupideces?

—Bueno, olvidémoslo. Eres demasiado sensible. Ambos somos sensibles y esperaremos un poco.

—Sí, Peter.

—Bueno... —murmuró—. Está bien, Katie. Esperaremos. Es mejor, por supuesto. Yo... me voy

corriendo; es tarde y he de ir a la oficina. —Sentía que tenía que escapar en aquel momento—. Te hablaré por teléfono. Tenemos que cenar juntos mañana.

—Sí, Peter. Será hermoso.

Se fue, aliviado y desolado, maldiciéndose a sí mismo por la sensación confusa, persistente, que le decía que había perdido una ocasión que jamás volvería, que había algo que se cerraba tras ellos y que ambos se habían rendido. Blasfemó porque no habría podido decir contra qué habían luchado. Corrió a su oficina. Tenía una cita con la señora Moorehead e iba a llegar tarde.

Catherine permaneció en medio de la habitación después que él se fue, y le llamó la atención el que de improviso sintiera frío y un gran vacío, porque hasta aquel momento no se había dado cuenta que debió esperar a que él la forzase para que lo siguiese. Después se encogió de hombros, se sonrió reprochándose a sí misma y volvió a su trabajo, al escritorio.

XII

Un día de octubre, cuando la casa de Heller estaba casi terminada, salió de un grupo pequeño, que la estaba contemplando desde el camino, un joven delgaducho, con traje de mecánico, y se acercó a Roark.

—¿Usted ha edificado «El Manicomio»? —le preguntó con bastante timidez.

—Si se refiere a la casa, sí.

—¡Oh, perdóneme, señor! Es porque así la llaman en este lugar. No es que yo la llame así. Mire, tengo un trabajo de construcción... Bueno, no exactamente, Pero voy a construir una estación de servicio a unas diez millas de aquí, en Post Road. Quisiera conversar con usted.

Más tarde, en un banco que estaba frente al garaje donde trabajaba, Jimmy Gowan le explicó los detalles y agregó:

—Y se me ocurrió pensar en usted, señor Roark, Porque me gusta eso, esa curiosa casa que está construyendo. No le puedo decir por qué, pero me gusta. Me parece una cosa que tiene sentido, y me figuro que todo el mundo va a abrir la boca y a hablar de ella. Bueno, eso no es apropiado para una casa, pero en cambio será muy eficaz para un negocio. Que se mofen, pero que hablen de él. De manera que pensé contratarlo para que lo edificase y todos dijeron que yo estaba loco; pero ¿a usted le importa? A mí, no.

Jimmy Gowan había trabajado como un burro durante quince años, ahorrando para tener un negocio propio. La gente, indignada, hacía objeciones por la elección del arquitecto. Jimmy no pronunciaba una sola palabra de justificación o de autodefensa y decía cortésmente: «Puede que sea así, amigos; puede que sea así», y se fue a ver a Roark para que edificase la estación de servicio.

La estación fue abierta al público un día de fines de diciembre. Estaba en el camino a Boston. Consistía en dos pequeñas construcciones de vidrio y hormigón que formaban un semicírculo entre los árboles. Un cilindro para la oficina y un óvalo largo y bajo para el comedor, además de los surtidores como las columnas de un patio, entre ellos.

Era un estudio hecho en círculos; no había ángulos ni líneas rectas; parecían formas que brotaban, detenidas en el momento de fluir, en el momento preciso en que formaban una armonía de aspecto demasiado perfecto para que fuese intencional. Parecía un racimo de burbujas que colgase hacia el suelo, sin tocarlo, para ser barrido en un instante por un viento veloz. Parecía una cosa alegre, con esa alegría recia y poderosa de un eficiente y poderoso motor de aeroplano.

Roark se quedó en la estación el día de la apertura. Bebió café en una taza limpia y blanca en el mostrador del comedor, y observó los autos que se detenían en la puerta. Se fue a altas horas de la noche. Se volvió para mirar nuevamente, mientras conducía su coche por el camino largo y vacío. Las luces de la estación parpadeaban alejándose. Allí estaba, en el cruce de dos caminos, y los automóviles correrían día y noche por allí; los autos vendrían de ciudades en las cuales no había espacio para edificaciones como aquélla; irían hacia ciudades en las cuales no había edificaciones parecidas. Volvió su rostro al camino que se extendía delante de él y detuvo su mirada en el espejo, que aún conservaba los puntos de luz, brillantes y lentos, que se movían detrás, a lo lejos...

Siguieron meses de ocio. Cada mañana iba a la oficina y se sentaba, porque sabía que tenía que sentarse allí, mirando a la puerta, que nunca se abría, con la mano apoyada en el teléfono, que nunca

sonaba. El cenicero, que volcaba cada día antes de irse, no contenía nada más que las colillas de sus propios cigarrillos.

—¿Qué hace, Howard? —le pregunto Austen Heller una noche, a la hora de cenar.

—Nada.

—Pero debe de hacer algo.

—No tengo nada que hacer.

—Debe aprender a tratar a la gente.

—No puedo. No sé cómo hacerlo. Me falta ese sentido especial.

—Es algo que se adquiere.

—No tengo órganos para eso. No sé si es por algo que necesito o por algo que me detiene.

Además, no me gusta la gente que tiene que ser dirigida.

—Pero no puede quedarse quieto, sin hacer nada. Tiene que ir en busca de trabajo.

—¿Qué puedo decirles a las personas para que me den trabajo? Sólo puedo mostrarles mi obra.

Si no escuchan eso, no escucharán nada de lo que les diga. No soy nada para ellos; lo único que puedo dar es mi trabajo, mi trabajo es todo lo que tengo para los demás. Y no tengo deseos de decirles ninguna otra cosa.

—Entonces, ¿qué va a hacer? ¿No está preocupado?

No. Espero. Estoy esperando.

—¿Qué cosa?

—Mi gente.

—¿De qué clase es?

—No sé. Sí, sé, pero no se lo puedo explicar. A menudo he deseado poder definirla; debe de existir un principio que la caracterice, pero no sé cuál es.

—¿Honestidad?

—Sí..., no, sólo en parte. Guy Françon es un hombre honrado, pero no es eso. ¿Coraje? Ralston Holcombe tiene coraje, a su manera... No sé. Dudo sobre las demás cosas, pero a mi gente la conozco por la cara. Por algo que hay en sus caras. Mil personas pasarán delante de su casa y de la estación de servicio; si entre esos mil que pasan una persona se detiene a mirar, esa una es todo lo que yo necesito.

—Entonces, después de todo, no necesita otra gente, ¿no es así, Howard?

—Desde luego. ¿Por qué se ríe?

—Siempre pensé que usted era el animal más antisocial que había tenido el gusto de conocer.

—Necesito a la gente para darle mi trabajo. No edifico mausoleos. ¿Supone que la necesito para alguna otra cosa? ¿Para algo más próximo, más personal?

—Usted no necesita a nadie para cosas personales. Ni siquiera se jacta de eso.

—¿Por qué habría de jactarme?

—No puede. Es demasiado arrogante para hacerlo.—

—¿Es eso lo que soy?

—¿No sabe usted lo que es?

—No. No con tanta claridad como lo ve usted o cualquier otro.

Heller, sentado en silencio, describía círculos con el cigarrillo. Después, se rió, y dijo:

—Es típico.

—¿Qué?

—Que no me pidiese que le dijera cómo lo veo a usted. Cualquiera otra persona lo hubiese hecho.

—Lo siento. No ha sido indiferencia. Usted es uno de los pocos amigos que quiero conservar. No pensé hacerle la pregunta.

—Ya sé que no lo pensó. Ésa es la cuestión. Usted es un monstruo centrado en sí mismo, Howard. Mayor monstruo aún porque es totalmente inocente.

—Es verdad.

—El hecho de que lo admita demuestra que le da poca importancia. Pero hay una cosa que me choca. Usted es el hombre más frío que conozco, y no puedo comprender por qué, sabiendo que usted es un demonio, a pesar de su tranquila manera de ser, por qué cuando lo veo siento que es la persona más entusiasta que haya encontrado jamás.

—¿Qué quiere decir?

—No sé. Eso, precisamente.

Pasaron las semanas y Roark iba todos los días a su oficina. Permanecía sentado ocho horas y leía muchísimo. A las cinco volvía andando a su casa. Se había mudado a una habitación mejor, cerca de la oficina, que le resultaba más barata. Tenía dinero para mucho tiempo.

Un día sonó el teléfono. Una voz femenina, enfática y vivaz, pidió una cita con el arquitecto Roark. Aquella tarde, una mujer pequeña, inquieta, de color trigueño, entró en la oficina. Llevaba un abrigo de visón y zarcillos exóticos que sonaban conforme movía la cabeza. La movía mucho, con vivos movimientos semejantes a los de un pájaro.

Era la señora Wayne Wilmot, de Long Island, que deseaba construir una casa de campo.

Explicó que había elegido al señor Roark para edificarla porque era el que había diseñado la casa de Austen Heller. Ella adoraba a Austen Heller, que era un oráculo para todos aquellos que pretendían ser llamados intelectuales progresistas, y agregó: «¿No es así?». Seguía a Heller como una fanática. «Sí, literalmente como una fanática. El señor Roark es muy joven, ¿no es cierto?». Pero eso no le importaba: era muy liberal y le agradaba ayudar a la juventud. Quería una casa grande, tenía dos hijos, creía expresar la individualidad de ellos, «¿no le parece?», y cada uno tenía cuartos separados; una biblioteca —«Leo para distraerme»—, una sala de música, un invernáculo —«Cultivamos lirios del valle porque mis amigos dicen que es mi flor»—. Un cuchitril para su marido, que implícitamente confiaba en ella y la dejaba para que proyectase la casa «porque soy tan buena para estas cosas que, si no fuera mujer, estoy segura de que hubiese sido arquitecto»; habitaciones para los sirvientes, todo eso y un garaje para tres automóviles... Después de una hora y media de detalles y explicaciones, agregó:

—Y, por supuesto, el estilo de la casa será Tudor. Adoro el Tudor.

Él la contempló y, suavemente, preguntó:

—¿Ha visto la casa de Austen Heller?

—No; aunque hubiese querido verla, ¿cómo podía hacerlo? No conozco al señor Heller, soy solamente una fanática; sí, eso es, precisamente una fanática común y simple. ¿Cómo es él, en persona? Me muero por saberlo. No, no he visto su casa. Está en Maine, ¿no?

Roark sacó de un cajón de la mesa unas fotografías y se las entregó.

—Ésta es la casa de Heller —dijo.

Ella miró las fotografías (su mirada era como agua que espuma fuera de las superficies lustrosas) y las colocó sobre la mesa.

—Muy interesante. Muy rara. Muy sorprendente. Pero, claro está, no es eso lo que yo quiero. Una casa así no expresaría mi personalidad. Mis amigos dicen que tengo una personalidad isabelina.

Tranquila, pacientemente, Roark trató de explicarle por qué no debía construir una casa estilo Tudor. Ella lo interrumpió.

—Me imagino, señor Roark, que no pretenderá enseñarme nada, ¿no es así? Estoy completamente segura de que tengo buen gusto y conozco muchísimo de arquitectura. He seguido un curso especial en el club. Mis amigos dicen que yo sé más que muchos arquitectos. He resuelto que tendré una casa estilo Tudor. No me interesa discutir el asunto.

—Tendrá que ir a ver a algún otro arquitecto, señora Wilmot.

Ella lo contempló fija e incrédulamente.

—¿Quiere decir que rehúsa el trabajo?

—Sí.

—¿Que no quiere el trabajo?

—No.

—Pero ¿por qué?

—No hago esa clase de cosas.

—Yo creía que los arquitectos...

—Sí, los arquitectos le harán todo lo que les pida. Cualquier otro arquitecto de la ciudad se lo hará.

—Pero yo he venido a verlo a usted antes que a los demás.

—¿Quiere hacerme un favor, señora Wilmot? ¿Quiere decirme por qué vino a verme a mí si todo lo que quería era una casa Tudor?

—En fin, creía que usted aprovecharía la ocasión. Y, además, pensé que podía decirles a mis amigos que tenía al arquitecto de Austen Heller.

Trató de explicarle y de convencerla. Sabía, mientras hablaba, que era inútil, porque sus palabras sonaban como si golpearan en el vacío. La señora de Wayne Wilmot no existía como tal; era tan sólo una cascara que contenía la opinión de sus amigos, las láminas de las tarjetas postales que había visto, las novelas de caballeros de provincias que había leído. Era a eso a lo que él se dirigía, a esa inmaterialidad que no podía escucharlo o responderle, sorda e impersonal como un paquete de algodón.

—Lo siento —dijo la señora Wayne Wilmot—, pero no estoy acostumbrada a tratar con personas incapaces de razonar. Estoy completamente segura de que encontraré muchísimos hombres más importantes que estarán encantados de trabajar para mí. Mi esposo se opuso a mi propósito de ver a usted en primer lugar, y lamento que haya tenido razón. Buenos días, señor Roark.

Salió con dignidad, pero dando un portazo. Roark volvió a colocar las fotografías en el cajón de la mesa.

El señor Robert L. Mundy, que fue a la oficina en marzo, había sido enviado por Austen Heller.

La voz y el pelo del señor Mundy eran grises como el acero, pero sus ojos eran azules, suaves y pensativos. Quería construir una casa en Connecticut y hablaba de ello temblorosamente, como un novio joven o como un hombre que anda a tientas con un fin último y secreto.

—No es precisamente una casa, señor Roark... —dijo con tímida desconfianza, como si estuviese hablando con un hombre más viejo y notable que él—. Es como... como un símbolo de mí mismo. Por ello he estado esperando y trabajando todos estos años. Tantos años... Debo decirle esto de manera que usted lo comprenda. Tengo mucho dinero ahora, más de lo que había pensado tener. No lo tuve siempre. Quizás haya llegado demasiado tarde. No sé. Los jóvenes creen que uno olvida lo que ocurre junto a uno cuando se trata de obtenerlo, pero uno piensa así. Algo queda. Siempre recordaré cuando era muchacho, en un pequeño lugar de Georgia, cómo corría yo con recados para el talabartero y las chicas se reían cuando los carruajes pasaban y me salpicaban de barro los pantalones. Así es que hace mucho tiempo decidí que algún día tendría una casa propia, una casa delante de la cual se detuviesen los carruajes. Después de esto, aunque a veces el camino parecía duro, siempre tenía el pensamiento puesto en la casa y esto me ayudaba a seguir. Después hubo años en que temía hacerlo. Podía edificarla, pero lo temía. Bueno, ahora ha llegado el momento. ¿Comprende, señor Roark? Austen me dijo que usted sería el único hombre que me comprendería.

—Sí —dijo Roark con interés—. Le comprendo.

—Había un lugar —continuó el señor Mundy— en mi ciudad natal... La mansión más importante de todo el distrito. El lugar se llama Randolph. Era la casa de una vieja plantación, una casa de las que ya no se edifican. Yo solía llevar encargos allí, a veces, por la puerta de servicio. Ésta es la casa que yo quiero, señor Roark. Completamente igual a ésta. Pero no la quiero en Georgia, no quiero volver allá; la quiero aquí, cerca de la ciudad. He comprado el terreno. Usted debe ayudarme a formar un paisaje como el que tenía la posesión «Randolph». Plantaremos árboles y arbustos de la misma clase que hay en Georgia, las mismas flores y todas las cosas. Encontraremos la manera de hacerlas crecer. No me preocupa lo que cueste. Claro que tendremos luz eléctrica y garajes. Pero quiero que las bombillas tengan forma de velas y que los garajes parezcan caballerizas. Todo como era allá. Tengo fotografías de la posesión «Randolph» y he comprado algunos de sus viejos muebles.

Cuando Roark empezó a hablar, el señor Mundy escuchaba con asombro cortés. Parecía que no le ofendían las palabras. No penetraban en él.

—¿No ve? —dijo Roark—. Es un monumento lo que usted quiere, pero no usted mismo, no su propia vida ni su propia obra. Un monumento a otras personas, a la supremacía sobre usted. No desafía esa supremacía, sino que la inmortaliza. No la rehuye, sino que la eleva para siempre. ¿Sería más feliz si concluyera el resto de sus días en esa forma prestada? ¿O si se siente libre de una vez y construye una casa nueva, su propia casa? Usted no quiere la posesión «Randolph». Usted ansia lo que significaba... Pero lo que significaba es aquello por lo cual ha luchado toda la vida.

El señor Mundy había dejado de atender a las palabras, y Roark sintió una decepción perpleja ante tamaña irrealidad. No existía una persona llamada el señor Mundy, sino solamente los restos, muertos hacía mucho tiempo, de la gente que había vivido en la posesión «Randolph», y él no podía discutir con los restos ni convencerlos.

—No —dijo el señor Mundy al final—, no. Quizá tenga razón, pero eso no es lo que yo quiero, de ningún modo. Yo no digo que usted no tenga sus razones, y parecen buenas razones, pero a mí me

gusta la posesión «Randolph».

—¿Por qué?

—Solamente porque me gusta. Solamente porque es lo que a mí me gusta.

Cuando Roark le dijo que tendría que elegir otro arquitecto, Mundy dijo inesperadamente:

—Pero yo lo quiero a usted. ¿Por qué no me la puede edificar? ¿Qué diferencia habría para usted?

Roark no le dio explicaciones.

Después, Austen Heller le dijo:

—Lo esperaba. Temía que rehusase el trabajo. No le censuro, Howard; pero como es tan rico, podía haberle ayudado mucho. Después de todo, usted tiene que vivir.

—Pero no de ese modo —repuso Roark.

En abril, Nathaniel Janss, de la «Compañía de Ventas de Propiedades Janss», llamó a Roark a su oficina.

Janss era franco y descortés. Le manifestó que su compañía había proyectado levantar un pequeño edificio para oficinas, de treinta pisos, en Broadway, y que si bien Roark no le convenía como arquitecto, ya que era más o menos opuesto a él, lo llamaba porque su amigo Austen Heller había insistido para que conociese a Roark y hablase con él del asunto. Janss no daba mucha importancia al trabajo de Roark, pero Heller lo había elogiado tanto que quería escucharlo antes de decidirse, para saber lo que tenía que decir sobre el asunto.

Roark tenía mucho que decir. Lo dijo con calma, si bien al principio le resultó difícil, porque quería aquel trabajo, sentía el deseo de arrancar aquel edificio de las manos de Janss, con una pistola, si la hubiese tenido. Pero después de unos minutos de conversación se tornó más natural y sencillo, pues el deseo de la pistola y aun el deseo de conseguir el edificio habían desaparecido. Ya no quería obtener el trabajo, no estaba allí para obtenerlo; estaba, simplemente, para hablar de construcciones.

—Señor Janss, cuando usted compra un automóvil no quiere que tenga guirnaldas de rosas en las puertas, un león en cada guardabarro, o un ángel sentado en la capota. ¿Por qué no lo quiere?

—Eso sería estúpido —manifestó Janss.

—¿Por qué estúpido? Yo creo que sería hermoso. Además, Luis XIV tenía un coche así y lo que era bueno para Luis XIV debe ser bueno también para nosotros. Así no nos dedicaríamos a innovaciones imprudentes y no romperíamos la tradición.

—¡Usted sabe muy bien que no cree en nada de eso!

—Ya sé que yo no lo creo, pero eso es lo que usted cree, ¿no? Tome ahora el cuerpo humano. ¿Le gustaría ver un cuerpo humano con una cola rizada y plumas de avestruz en el extremo? ¿Y con orejas en forma de acanto? Sería ornamental, en lugar de la fealdad desnuda y severa que tenemos. Bien. ¿Por qué no le gusta la idea? Porque sería extraña e insustancial, porque la belleza del cuerpo humano es tal, que no tiene un solo músculo que no sirva a un propósito determinado, no hay una sola línea inútil; cada detalle obedece a una idea, la idea de un hombre y de su vida. ¿Me dirá usted que cuando se trata de un edificio lo quiere contemplar como si careciese de sentido o de propósito alguno, que lo quiere estrangular con adornos, que quiere sacrificar su propósito a su envoltura, no sabiendo siquiera para qué quiere semejante envoltura? ¿Quiere que parezca una bestia híbrida

producida por el cruce de bastardos de diez especies diferentes hasta que obtenga una criatura sin intestinos, sin corazón ni cerebro, una criatura toda piel, cola, garras y plumas? ¿Por qué? Dígamelo, porque nunca he podido comprenderlo.

—Caramba —dijo Janss—, no he pensado de esa manera nunca. —Y agregó, sin gran convicción—: Pero queremos que nuestra casa tenga dignidad y belleza, lo que realmente se llama belleza.

—¿Lo que quién llama belleza?

—Bueno-o-o-o...

—Dígame, señor Janss, ¿cree usted realmente que las columnas griegas y las cestas de frutas son hermosas en un edificio moderno para oficinas?

—No sé, porque nunca he pensado por qué un edificio es o no es hermoso. —Luego confesó—: Creo que es lo que el público quiere.

—¿Por qué supone que el público lo quiere?

—No sé.

—Entonces, ¿por qué le preocupa a usted lo que el público quiere?

—Uno tiene que considerar al público.

—¿No sabe que la mayor parte de la gente toma las cosas que se le dan, y que no tiene ninguna opinión?, ¿usted quiere obrar según lo que la gente quiere que piense, o pensar lo que piensa ella, o proceder según su propia cabeza?

—No se la puede forzar acogotándola.

—No debe hacerlo solo. Se debe ser paciente, porque uno tiene la razón de su parte (¡oh, ya sé, es algo que ninguno quiere realmente tener de su lado!) y en contra tiene una inercia vaga, ciega, hinchada.

—¿Por qué cree que no quiero tener la razón de mi parte?

—No me refiero a usted, señor Janss. Es la manera que tiene de pensar la mayoría de la gente. Se arriesga en cada cosa que hace, pero se siente más segura cuando toma algo que sabe que es feo, vano y estúpido.

—Eso es verdad —dijo Janss.

Al fin de la entrevista, Janss dijo pensativamente:

—No puedo decirle que carezca de razón, señor Roark. Deje que lo piense. Dentro de poco le hablaré.

Una semana después, Janss lo llamó.

—El directorio tendrá que decidir. ¿Quiere intentarlo, Roark? Haga los planos y algunos bocetos preliminares. Yo los someteré al directorio. No puedo prometerle nada, pero estoy de su parte y lucharé.

Roark trabajó en los planos día y noche durante dos semanas. Presentó los planos. Entonces lo llamaron para que se presentara al directorio de la «Compañía de Venta de Propiedades Janss». Estuvo junto a una larga mesa y habló. Sus ojos se dirigían de un rostro al otro. Trataba de no mirar hacia abajo, a la mesa, pero en el borde más alejado de la imagen que captaban sus ojos estaba la mancha blanca de sus dibujos extendidos delante de los doce hombres.

Le hicieron muchas preguntas. Janss se apresuraba a veces a contestar por él, golpeando la mesa con el puño, enredándose en las palabras: «¿No lo ve usted? ¿No está claro? ¿Por qué? ¿Qué tiene

que ver eso señor Grant? ¿Qué tiene que ver que nadie haya edificado nunca una casa semejante? ¿Gótico, señor Hubbard? ¿Por qué debemos hacerlo en estilo gótico? Renunciaré de muy buena gana si ustedes lo rechazan».

Roark hablaba tranquilamente. Era el único hombre en la habitación que estaba seguro de lo que decía. Se dio cuenta de que no había esperanza. Los doce rostros que tenía delante de él tenían aspectos variados, pero había algo entre todos, como un común denominador, que no era ni color ni rasgos, algo que disolvía sus expresiones, de manera que ya no eran rostros, sino óvalos vacíos de carne. Se dirigía a todos y no se dirigía a ninguno. Se daba cuenta de que no contestaban y ni siquiera el eco de sus palabras resonaba en la membrana de sus tímpanos. Sus palabras caían en un pozo, golpeando en su trayecto con las piedras que sobresalían, y cada piedra impedía que se detuviesen, las arrojaba más lejos, lanzándolas unas contra otras, enviándolas en busca de un fondo que no existía.

Le dijeron que le informarían acerca de la decisión que tomase el directorio. Roark sabía la decisión de antemano.

Cuando recibió la carta, la leyó sin emoción. La carta era del señor Janss y comenzaba: «Querido señor Roark: Lamento informarle que nuestro directorio no puede confiarle el trabajo de...». Había un ruego en la fórmula de la carta, el ruego de un hombre que no podía evitarlo.

John Fargo había comenzado su vida como vendedor ambulante. A los cincuenta años tenía una fortuna modesta y una gran tienda próspera en la Sexta Avenida. Durante años había luchado con éxito contra una tienda más grande, situada enfrente, una de las muchas tiendas heredadas por una familia numerosa. En el otoño del año último la familia había trasladado la sucursal a un nuevo barrio de la zona comercial de la ciudad. Estaban convencidos de que el negocio al por menor se estaba desviando del centro al norte de la ciudad, y decidieron consumir la ruina del antiguo vecindario, dejando desocupado su antiguo negocio.

John Fargo contestó anunciando que edificaría una tienda de su propiedad exactamente al lado del antiguo negocio; sería la más nueva y elegante que la ciudad hubiese visto, pues quería conservar el prestigio del antiguo barrio.

Cuando llamó a Roark a su oficina, no le contestó que lo iba a decidir más tarde ni que iba a pensar en el asunto. Le dijo: «Usted es el arquitecto». Se sentó con los pies sobre la mesa, fumando una pipa y haciendo chasquear las palabras, con las bocanadas de humo, al mismo tiempo.

—Le diré el espacio que necesito y cuánto quiero gastar. Si necesita más, dígamelo. El resto depende de usted. Yo no entiendo mucho de edificios, pero conozco al hombre que sabe sólo con verlo.

Fargo había elegido a Roark, porque un día pasó por la estación de servicio de Gowan, se detuvo, entró e hizo muchas averiguaciones. Después de esto, sobornó al cocinero de Heller para que le mostrara la casa en ausencia del dueño. Fargo no necesitó más explicaciones.

A fines de mayo, cuando todavía la mesa de Roark estaba sepultada bajo los bocetos para el negocio de Fargo, recibió otro encargo.

Whitford Sanborn, el cliente, era dueño de un edificio para oficinas que había sido edificado hacía muchos años por Henry Cameron. Cuando Sanborn quiso tener una residencia de campo, rechazó las sugerencias de su esposa para que hablase con otro arquitecto y le escribió a Henry

Cameron. Éste le contestó una carta de diez páginas; las primeras tres líneas expresaban que se había retirado de la profesión, el resto de la carta hablaba de Howard Roark. Roark nunca supo lo que decía la carta, porque ni Sanborn se la iba a mostrar ni Cameron se lo iba a decir.

Sanborn firmó el contrato para la edificación de su residencia a despecho de las violentas objeciones de su esposa.

La señora Sanborn era presidenta de numerosas organizaciones de caridad, y esto le había producido una sed inagotable de aristocracia. Quería edificar un castillo francés y lo quería majestuoso y antiguo, como si siempre hubiese pertenecido a la familia. Naturalmente, admitía que las personas sabían que no era así, pero aparentarían creerlo.

Sanborn firmó el contrato después que Roark le explicó en detalle la clase de casa que iba a hacer. Sanborn se puso de acuerdo en seguida; ni siquiera quiso esperar los bocetos. «Pero, por supuesto, Fanny, que quiero una casa moderna —dijo Sanborn con fastidio—. Desde hace tiempo que te lo vengo diciendo. Esto es lo que Cameron habría proyectado». «¿Qué diablos significa el nombre de Cameron?», preguntó ella. «No sé, Fanny. Lo único que sé es que no hay ningún edificio en Nueva York semejante al que él me hizo».

Las discusiones continuaron durante muchas noches en la sala, entre el pulido esplendor de la caoba estilo Victoriano. Sanborn vacilaba. Roark le preguntaba, abarcando con los brazos la pieza que los rodeaba: «¿Es “esto” lo que quiere?». «Bueno, si empieza a ser impertinente...», decía la señora; pero el marido estalló: «¡Cristo, Fanny! ¡Tiene razón! ¡Eso es precisamente lo que yo “no” quiero! ¡Eso es de lo que estoy harto!».

Roark no vio a nadie hasta que estuvieron listos los bocetos. La casa, de piedra sencilla y rústica, con grandes ventanas y muchas terrazas, se erguía entre los jardines junto al río, tan espaciosa como la extensión de las aguas, tan abierta como los jardines. Había que seguir sus líneas con suma atención para advertir el punto exacto en que comenzaban los jardines; tan gradual era la elevación de las terrazas, el acceso y la plena realidad de las paredes. Parecía que los árboles brotaban dentro de la casa, parecía que la casa no era una barrera contra los rayos del sol, sino un tazón que los recogía para concentrarlos en un resplandor más intenso que el que de afuera procedía.

Sanborn fue el primero que miró los bosquejos. Los estudió y después dijo:

—Yo..., yo no sé cómo decirlo, señor Roark. Es grandioso. Cameron tenía razón al hablar de usted.

Después que otros vieron los bocetos, ya Sanborn no tenía la misma seguridad de antes. La señora Sanborn dijo que la casa era terrible. Y entonces las largas discusiones nocturnas se reanudaron. «¿Por qué, por qué no podemos agregar torrecillas aquí, en los ángulos? —preguntó la señora—. Hay demasiado espacio en aquellas azoteas». Cuando la disuadían de las torres, preguntaba: «¿Por qué no podemos tener ventanas divididas por una columna? ¿Qué diferencia habría? Dios sabe que las ventanas son demasiado amplias; no veo por qué tienen que ser tan amplias, esto no permite el total aislamiento, pero aceptaré sus ventanas, señor Roark, si se muestra tan obstinado en eso. Pero ¿por qué no pone montantes? Suavizará las cosas y le dará un aire regio, un aspecto feudal». A los amigos y parientes que Sanborn fue a ver con los bocetos, no les gustó la casa. La señora Welling la llamó ridícula, y la señora Hooper, tosca.

El señor Melander dijo que no la quería ni regalada. La señora Applebee manifestó que parecía

una fábrica de calzado. La señorita David dio una ojeada a los bocetos y dijo con aprobación: «¡Qué artística, querida! ¿Quién la proyectó? ¿Roark...? ¿Roark...? ¿Roark...? Nunca lo he oído nombrar. Bueno, francamente, Fanny, parece una cosa falsificada».

Los hijos se dividieron en el asunto. Jane Sanborn, de diecinueve años, siempre había creído que los arquitectos eran románticos, y estaba encantada al saber que tendrían un arquitecto muy joven; pero no le gustó el aspecto de Roark y su indiferencia a sus insinuaciones, de manera que manifestó que la casa era espantosa y que ella, al menos, se negaría a vivir allí. Richard Sanborn, de veinticuatro años, que había sido brillante estudiante en el colegio y que ahora se estaba matando poco a poco con la bebida, declaró a su familia, saliendo de su letargo acostumbrado, que la casa era magnífica. Nadie podía decir si era una apreciación estética, si era por odio a su madre o por las dos cosas a la vez.

Whitford Sanborn se inclinaba a cada nueva corriente. Refunfuñaba: «Bueno, si no quiere no coloque montantes, son una completa basura; pero ¿se podría colocar una cornisa, siquiera, señor Roark, para conservar la paz en la familia? Nada más que una cornisa almenada; esto no perjudicará nada. ¿O perjudicará?».

Las discusiones terminaron cuando Roark manifestó que no construiría la casa a menos que el señor Sanborn aprobase los bocetos tal como eran y firmase su aprobación en cada pliego de los proyectos. Sanborn firmó.

La señora Sanborn se puso contenta cuando supo que ningún constructor responsable quería emprender la erección de la casa. «¿Has visto?», dijo triunfalmente. Sanborn no quiso ver. Encontró una firma oscura que aceptó el trabajo de mala voluntad y como si hiciese un favor. La señora Sanborn supo que tenía un aliado en el constructor, y lo invitó a tomar el té, rompiendo con todos los precedentes sociales. Ya había perdido todas las ideas coherentes acerca de la casa; no le quedaba más que el odio a Roark. El constructor odiaba a todos los arquitectos, por principio.

La construcción de la casa de Sanborn duró los meses de verano y otoño, con sus correspondientes batallas diarias. «Pero, señor Roark, le dije que deseaba tres armarios en mi dormitorio, lo recuerdo claramente; era un viernes, estábamos sentados en la sala y Sanborn estaba en el sillón, junto a la ventana, y yo estaba... ¿Qué sé yo de planos? ¿Qué planos? ¿Cómo quiere que yo entienda de planos?». «Mi tía Rosalía dice que no es posible subir una escalera circular, señor Roark. ¿Qué está haciendo? ¿Eligiendo nuestros huéspedes, o disponiendo su casa?». «El señor Hilburt dice que ese cielo raso no puede sostenerse... ¡Oh, sí, el señor Hilburt sabe mucho de arquitectura! Pasó dos veranos en Venecia». «La pobre Jane dice que su habitación será oscura como un sótano... Bueno, esto es lo que pensamos nosotros, señor Roark. Aunque no sea oscura, da la impresión de que lo es, y es la misma cosa».

Roark se pasaba la noche en pie, rehaciendo los planos con las reformas que no podía impedir. Esto significaba días de demoler pisos, escaleras, tabiques ya levantados; esto significaba que se acumulaban extras en el presupuesto del constructor. El constructor se encogía de hombros, y decía: «Ya se lo había dicho. Esto es lo que ocurre siempre que se toma a esos arquitectos fantásticos. Espere y verá lo que le costará antes que termine».

Después, cuando la casa ya tuvo forma, fue Roark el que quiso introducirle cambios. El ala este nunca le había gustado completamente. Observándola, cuando la levantaban, vio el error que había

cometido y la manera de corregirlo; le pareció que le daría a la casa una integridad más lógica. Hacía sus primeros pasos en la construcción y eran sus primeros experimentos. Lo reconocía con franqueza. Pero Sanborn no le permitió que hiciera el cambio; era su hora.

Roark le suplicó, porque una vez que tenía bien claro en el cerebro el aspecto de la nueva ala, no podía soportar el seguir viendo la casa como estaba. «No es que esté en desacuerdo con usted. Yo creo, en efecto, que tiene razón —dijo Sanborn fríamente—, pero no se lo podemos conceder. Lo siento». «Le costará menos que los cambios insensatos que su señora me ha obligado a hacer». «No traigamos a colación eso otra vez». «Señor Sanborn —le dijo Roark amablemente—, ¿quiere usted firmar una autorización para que se haga ese cambio, siempre que no le cueste nada?». «Desde luego, si puede hacer el milagro de trabajar así».

Firmó. El ala oriental fue reedificada. Roark pagó por su cuenta. Le costó más que los honorarios que recibió. Sanborn vaciló, quería reembolsárselo, pero su mujer lo retuvo. «Es una treta ruin —dijo—, es una forma de presionar. Te engaña apelando a tus mejores sentimientos. Espera que le pagarás. Espera y vigila. Te lo pedirá. No le permitas que se salga con la suya». Roark no se lo pidió y Sanborn no se lo pagó nunca.

Cuando la casa estuvo concluida, la señora de Sanborn no quiso vivir en ella. Sanborn la miraba pensativamente, demasiado cansado para que le gustase y para admitir que había deseado una casa como aquélla. Se rindió. La casa no fue amueblada. La señora de Sanborn, su marido y su hija se fueron a Florida durante el invierno, «donde tenemos una casa de decente estilo español, gracias a Dios, porque la hemos comprado ya hecha —dijo—. Eso es lo que ocurre por aventurarte a edificar por tu cuenta, con un arquitecto idiota». Su hijo, ante la sorpresa de todo el mundo, dio un estallido espontáneo de salvaje poder: se negó a ir a Florida; le gustó la nueva casa y no quiso vivir en ninguna otra parte. De manera que tres habitaciones fueron amuebladas para él. La familia se fue y él solo se mudó a la casa sobre el Hudson. Por la noche, se podía distinguir desde el río un rectángulo amarillo de luz, único, pequeño y perdido entre las ventanas de la inmensa casa muerta.

El boletín de la Corporación de Arquitectos de Norteamérica publicó una pequeña nota: «Nos han referido un incidente que sería divertido si no fuera deplorable, acerca de la casa edificada recientemente para Whitford Sanborn, conocido industrial. Diseñada por un tal Howard Roark y después de haber costado más de cien mil dólares, a la familia le resultó inhabitable. Está ahora abandonada, como testimonio elocuente de incompetencia profesional».

XIII

Lucio N. Heyer se negó tercamente a morir. Recobrado del ataque, volvió a la oficina, sin hacer caso de las objeciones de su médico ni de las solícitas protestas de Guy Françon. Éste le ofreció comprarle su parte, mientras sus ojos pálidos y acuosos estaban obstinadamente perdidos, pero Heyer no quiso. Iba a la oficina cada dos o tres días y leía la correspondencia, de acuerdo con la costumbre.

Se asombraba confusamente de que ya no le presentaran los clientes importantes, de que no le mostrasen los bocetos de los nuevos edificios hasta que estaban ya medio construidos. Si mencionaba esto, Françon protestaba: «Pero, Lucio, cómo se lo iba a mostrar, tal como está usted. Cualquiera otro hombre ya se hubiera retirado hace tiempo».

Françon le confundía suavemente; Peter Keating le contrariaba. Keating se molestaba en saludarle sólo cuando se encontraban, y lo hacía como si se hubiese olvidado. Le abandonaba en medio de una frase. Cuando Heyer daba la más mínima orden a alguno de los dibujantes y ésta no se cumplía, los dibujantes le informaban de que habían recibido una contraorden del señor Keating. Heyer no podía comprender esto. Recordaba en Keating al muchacho modesto que había hablado con él tan bien acerca de las porcelanas antiguas. Al principio excusó a Keating, después trató de ablandarle, humilde y torpemente; al fin, sintió un irrazonable temor ante él. Se quejó a Françon. Le dijo con petulancia, asumiendo una autoridad que nunca había ejercido: «Su protegido, ese Keating, se está poniendo imposible. Es descortés conmigo. Tendría que librarse de él». «Mire, Lucio —le dijo Françon secamente—. ¿Por qué cree que le dije que se retirara? Se está destrozando los nervios y empieza a imaginar cosas que no existen».

Después llegó el concurso del edificio «Cosmo-Slotnick».

La empresa cinematográfica «Cosmo-Slotnick», de Hollywood (California), había decidido levantar un rascacielos en Nueva York, que tuviese un cine y cuarenta pisos para oficinas. Se había anunciado un concurso para la elección de arquitecto, hacía ya un año. Se manifestaba que la «Cosmo-Slotnick» no se dedicaba solamente al arte cinematográfico, sino que se interesaba por todas las artes, dado que todas ellas contribuían a la creación de los films, y siendo la arquitectura una rama de la estética, la «Cosmo-Slotnick» haría lo más posible por ella.

Con las últimas informaciones acerca de la distribución de *Me agarraré a un marinero* y la proyección de *Esposas en venta*, se hicieron alusiones al Partenón y al Panteón. La señorita Sally fue fotografiada en la escalinata de la catedral de Reims, en traje de baño, y Pratt Purcell concedió una entrevista en la cual manifestó que, si no hubiese sido actor de cine, le habría gustado ser arquitecto.

Ralston Holcombe, Guy Françon y Gordon Prescott fueron citados al hablar del porvenir de la arquitectura norteamericana en un artículo que escribió la señorita Williams, la cual, en una imaginaria entrevista, relataba lo que Christopher Wren hubiera dicho del cine. En los suplementos del domingo había fotografías de las estrellas de la «Cosmo-Slotnick» en *shorts* y suéteres con una regla T y reglas de cálculo en la mano delante de tableros de dibujar que llevaban la leyenda: «Edificio Cosmo-Slotnick» sobre un inmenso signo de interrogación.

El concurso fue abierto para los arquitectos de todos los países; el edificio se levantaría en Broadway y costaría diez millones de dólares; debía simbolizar el genio de la técnica moderna y el

espíritu del pueblo norteamericano, y se anunció de antemano que sería «el edificio más hermoso del mundo».

El jurado lo componían el señor Shupe, que representaba a la «Cosmo»; el señor Slotnick, que representaba a «Slotnick»; el profesor Peterkin, del Instituto de Tecnología de Stanton; el alcalde de la ciudad de Nueva York; Ralston Holcombe, presidente de la CAA, y Ellsworth Toohey.

—¡Hágalo, Peter! —le dijo Françon a Keating con entusiasmo—. Haga lo mejor que pueda. Dé todo lo que pueda de sí. Ésta es su gran oportunidad. Si gana el concurso, será conocido en todo el mundo. Y haremos esto: en la presentación pondremos su nombre junto con los de la firma. Si ganamos, usted recibirá la quinta parte del premio. El premio mayor es de sesenta mil dólares.

—Heyer se opondrá —dijo Keating con precaución.

—¡Que se oponga! Por eso lo hago. Debería terminar de una vez; sería lo más honroso que podría hacer. Y yo..., bueno, cuánto lo siento, Peter. Pienso en usted como si ya fuera mí socio. Es una deuda que tengo con usted. Bien se lo ha ganado. Esto puede ser la llave para serlo.

Keating rehizo cinco veces su proyecto. Lo odiaba. Odiaba cada viga del edificio aun antes de dibujarla. Trabajaba con las manos trémulas. No pensaba en el proyecto que tenía entre manos; pensaba en todos los competidores que podían ganar el concurso y ser proclamados superiores a él. Deseaba saber lo que hacían otros, cómo resolvían los problemas y de qué manera lo iban a aventajar. Tenía que vencer a aquel hombre; no le interesaba ninguna otra cosa más. Peter Keating no existía, sino una cámara de succión, una especie de planta tropical de la cual había oído hablar, una planta que atraía a los insectos por medio del vacío, y los exprimía hasta adquirir su propia sustancia.

Sintió una inmensa incertidumbre cuando estuvieron listos los bocetos y la delicada perspectiva de un blanco edificio de mármol estuvo terminada prolijamente delante de él. Parecía un palacio del Renacimiento hecho de caucho, estirado para que tuviese la altura de los cuarenta pisos. Eligió el estilo Renacimiento porque sabía, por una ley no escrita, que a todos los jurados les gustaban las columnas, y recordaba que Ralston Holcombe era uno de los jurados. Había copiado algo de todos los palacios italianos favoritos de Ralston Holcombe. Le parecía bueno..., podía estar bien..., no estaba seguro. No tenía a quién consultar.

Sintió estas palabras en su propia mente y le invadió una ola de ciego furor. Al principio no supo la causa, pero pronto se dio cuenta de que era porque había alguien a quien podía consultar. No necesitaba mencionar el nombre; no iría a verlo, la rabia le subía al rostro. Se dio cuenta de que iría.

Dio libertad a su pensamiento. No iría a ninguna parte. Cuando llegó el momento, ordenó los dibujos en una cartera y se fue a la oficina de Roark.

Lo encontró solo, en la amplia habitación, donde no había ningún signo de actividad.

—¡Hola, Howard! —dijo vivamente—. ¿Cómo estás? ¿Te interrumpo?

—¡Hola, Peter! No me interrumpes.

—¿No estás ocupado?

—No.

—¿Tienes inconveniente en que me siente algunos minutos?

—Siéntate.

—Has hecho un gran trabajo, Howard. Vi la tienda de Fargo. Es espléndida. Te felicito.

—Gracias.

—Marchas firmemente hacia delante, ¿no? Ya has tenido tres trabajos...

—Cuatro.

—¡Oh, sí, cuatro, es cierto! Muy bien. Oí decir que habías tenido un pequeño tropiezo con los Sanborn.

—Sí.

—Bueno, no todo ha de realizarse como en un mar de aceite, se comprende... ¿No tienes nuevos trabajos desde entonces? ¿Nada?

—No, nada.

—Bueno, ya vendrán. Yo siempre digo que los arquitectos no deberían hacerse la guerra entre sí. Hay abundancia de trabajo para todos. Debemos fomentar un espíritu de unidad y de cooperación profesional. Por ejemplo, este concurso. ¿Ya te has presentado?

—¿Qué concurso?

—¿Cómo? El «concurso»... El concurso de la «Cosmo-Slotnick»...

—No me he presentado.

—¿Qué? ¿No... te has presentado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no participo en concursos.

—Pero ¿por qué, por el amor de Dios?

—Vamos, Peter. No has venido a discutir esto.

—Pensaba, en realidad, mostrarte el trabajo que voy a presentar. Comprenderás que no te pido que me ayudes, quiero conocer solamente tu reacción, tu opinión general, nada más.

Se apresuró a abrir la cartera.

Roark estudió los bocetos. Keating le preguntó:

—¿Está bien? ¿Está todo bien?

—No, esto es una calamidad y tú lo sabes.

Después, durante horas, mientras Keating observaba y el cielo se oscurecía y se encendían luces en las ventanas de la ciudad, Roark habló, explicó, trazó líneas en los planos, desenredó el laberinto de las salidas del teatro, cortó ventanas, desenmarañó vestíbulos, hizo pedazos arcos innecesarios, puso en orden escaleras.

Keating balbuceó una vez:

—¡Jesús, Howard! ¿Por qué no participas en el concurso si puedes hacer una cosa semejante?

Roark replicó:

—Porque no puedo. No podría aunque lo intentase. Me aburre; no me interesa. No les puedo dar lo que quieren. Pero puedo poner en orden el revoltijo condenado de alguno, cuando lo veo.

Era ya de día cuando puso a un lado los planos. Keating murmuró:

—¿Y la altura?

—¡Al diablo la altura! No quiero mirar tus condenadas alturas de estilo Renacimiento.

Pero miró y no pudo impedir que su mano cortara líneas de perspectiva.

—¡Listo! Al diablo, dales un buen Renacimiento, si tienes y si hay tal cosa. Sólo lo puedo hacer

para ti. Calcúlalo tú mismo. Algo como esto, más simple, Peter, más simple, más directo, tan honesto como se puede hacer una cosa deshonesto. Ahora vete a tu casa y trata de organizar algo de acuerdo con esto.

Keating volvió a su casa. Copió los planos de Roark. Los efectuó de acuerdo con el bosquejo apresurado de Roark, pero con una perspectiva prolija, terminada. Una vez que los dibujos estuvieron empaquetados, los dirigió en forma adecuada a:

Concurso del edificio más hermoso del mundo.
Empresa cinematográfica «Cosmo-Slotnick».
Ciudad de Nueva York.

El sobre que contenía el proyecto llevaba los nombres: «Françon y Heyer. Arquitectos. Peter Keating, dibujante asociado».

Durante los meses de aquel invierno no se le presentó a Roark ningún trabajo ni oferta ni proyectos de comisiones. Sentado en la oficina se olvidaba a veces de encender las luces en la temprana oscuridad. Era como si la pesada inmovilidad de todas las horas que pasaban por la oficina, por la puerta y por el aire empezaran a macerarse en sus músculos. Se levantaba para sacar un libro, para mover un brazo, para sentir el ruido. Se sonreía, se divertía, recogía el libro y lo ponía nuevamente, con cuidado, sobre la mesa. Encendía la lámpara. Se detuvo antes de retirar las manos del cono de luz que proyectaba la lámpara y se puso a contemplar las manos, extendiendo los dedos suavemente. Recordaba lo que Cameron le había dicho hacía tiempo. Retiró al punto las manos, se puso el abrigo, apagó la luz, cerró con llave la puerta y se fue a su casa.

Cuando llegó la primavera se dio cuenta de que el dinero no le duraría mucho tiempo. Pagaba el alquiler de la oficina el primero de cada mes; quería tener la sensación de seguridad durante los treinta días que tenía por delante. Entraba en la oficina tranquilamente cada mañana. Sabía que no necesitaba mirar el calendario para advertir cuándo empezaban a acortarse los días y cuándo habían terminado los treinta días del mes. Cuando se dio cuenta de que no tenía mucho dinero, empezó a mirar el calendario. Era una carrera nueva, una carrera entre el importe del alquiler y... no sabía el nombre del otro rival. Quizá fuese cualquier hombre que pasaba por la calle.

Cuando subía al estudio, los ascensoristas lo miraban de manera extraña, con curiosidad y desgana. Cuando les hablaba, le contestaban sin insolencia, Pero con aire indiferente, como advirtiéndole que de un momento a otro se podría tornar insolente. No sabían a qué se dedicaba ni por qué lo hacía; sabían tan sólo que era un hombre al cual nunca le llegaban clientes. Atendía porque Austen Heller le había pedido que atendiese a las pocas personas que ocasionalmente le enviaba. Los visitantes le preguntaban:

«¿Usted es el arquitecto? Perdóneme, no estoy al tanto de la arquitectura. ¿Qué ha construido?».

Cuando les contestaba, los oía replicar: «Oh, sí, justamente», pero se daba cuenta, por la cortesía forzada de sus gestos, de que opinaban que no era un buen arquitecto. No habían visto nunca sus edificios, no sabían si eran buenos o malos; sabían solamente, que nunca habían oído hablar de ellos.

Era una guerra en la cual estaba invitado a pelear, pero no tenía nada contra lo cual combatir, y aunque era empujado a la lucha y tenía que luchar inevitablemente, carecía de adversario.

Pasaba frente a edificios en construcción. Se detenía a contemplar las armazones de acero. Le parecía a veces que las vigas no daban forma a una casa, sino a una barricada para que lo detuviera, y que los pocos pasos que lo separaban de la acera a la valla de madera, que encerraba la construcción, eran los pasos que nunca podría dar. Era un dolor, pero un dolor embotado, que no penetraba. «Es cierto», se decía a sí mismo. «No es cierto», respondía su cuerpo, la salud extraña e intacta de su cuerpo.

La tienda de Fargo se abrió, pero un edificio no puede salvar a un barrio. Los competidores de Fargo tenían razón; la ola había cambiado, se dirigía hacia la parte alta de la ciudad. Los parroquianos desertaban. Se hicieron observaciones precisas sobre la decadencia de John Fargo, que había ido más allá de su pobre capacidad de comerciante con la inversión que había hecho en un ridículo edificio, lo que probaba, como se decía, que el público no aceptaba las innovaciones arquitectónicas. No se dijo que la tienda era la más perfecta y la más brillante de la ciudad, que la pericia inteligente con que había sido planeada hacía las operaciones más cómodas que nunca, que el barrio ya estaba condenado antes de que se levantase el edificio. La culpa recayó sobre el edificio.

Áthelstan Beasley, el bufón de la profesión de arquitecto, el payaso cortesano de la CAA, que nunca había construido nada, pero que organizaba todos los bailes de caridad, escribió en su sección, titulada «Pullas y salidas», del boletín de la CAA: «Bien, muchachos y muchachas, he aquí un cuento de hadas con una moraleja; había una vez un muchachito, con cabellos del color de las calabazas de Carnaval, que creía ser el mejor entre todos los jóvenes y chicas. Para probarlo erigió una casa que es muy hermosa, aunque nadie quiere vivir en ella, y una tienda que es muy bella, pero que va a quebrar. Hizo también una construcción eminente: un carrito tirado por un perro en un camino de barro. Esto último se comenta que ha sido muy bien hecho. Quizás esté ahí el verdadero campo de actividades de este chiquilín».

A fines de marzo, Roark leyó en los diarios referencias a Roger Enright. Enright poseía millones, un negocio de petróleo y no tenía freno alguno. Por esto su nombre aparecía frecuentemente en los diarios. Despertó, de golpe, un respeto que era mitad admiración y mitad burla a causa de la variedad incoherente de sus aventuras. La última era un proyecto para un nuevo tipo de vivienda, una casa de departamentos con cada unidad completa y aislada, como si fuera una casa particular costosa. Sería conocida como la «Casa Enright». Enright había manifestado que no quería que se pareciera a ninguna cosa, de cualquier parte que fuese. Había consultado y había rechazado a los mejores arquitectos de la ciudad.

Roark tuvo la sensación que el artículo del diario era una invitación personal, la oportunidad creada especialmente para él. Por primera vez en su vida intentó conseguir un trabajo. Solicitó una entrevista con Roger Enright y pudo hablar con su secretario. Éste era un hombre joven, que parecía aburrido. Le hizo muchas preguntas acerca de su experiencia, las hizo lentamente, como si necesitase un esfuerzo para decidir lo que era apropiado averiguar en tales circunstancias, desde que las contestaciones no se iban a diferenciar de cualesquiera otras. Miró las fotografías de los edificios que Roark había hecho y le contestó que a Enright no le interesarían.

En la primera semana de abril, cuando Roark había pagado su último alquiler, para poder estar un mes más en la oficina, se le pidió que presentase proyectos para un nuevo edificio de la «Compañía del Banco Metropolitano». Se los pidió el señor Weidler, miembro del Consejo de administración,

que era amigo de Richard Sanborn. Weidler le dijo: «He tenido una dura lucha, pero creo que he ganado. Los llevé personalmente a la casa de Sanborn, y Dick y yo les explicamos unas cuantas cosas. Sin embargo, el Consejo quiere ver los planos antes de tomar cualquier decisión. De manera que hablando con franqueza, no es completamente seguro todavía, pero es casi seguro. Han rechazado ya dos arquitectos. Se interesan mucho por usted. ¡En marcha! ¡Buena suerte!».

Henry Cameron tuvo una recaída y el doctor previno a su hermana que no debía esperarse ninguna mejoría. Ella no le quiso creer. Sintió una nueva esperanza, porque vio que Cameron, que yacía tranquilo en la cama, parecía sereno y casi feliz, palabra que nunca creyó posible que se asociara con su hermano.

Una noche se asustó cuando de pronto le dijo: «Llama a Howard. Dile que venga». En tres años que habían pasado desde su retiro nunca había mandado llamar a Roark; siempre había esperado sus visitas.

Roark llegó en el término de una hora. Se sentó junto a su lecho y Cameron habló como de costumbre. No aludió a la invitación especial ni le dio explicaciones. La noche era calurosa, y la ventana del dormitorio, que daba al oscuro jardín, permaneció abierta. Cuando advirtió, en una pausa de sus frases, el silencio de los árboles, el silencio inmóvil de las últimas horas del día, Cameron llamó a su hermana y le dijo:

—Prepara una cama para Roark; se quedará esta noche.

Roark lo contempló y comprendió todo. Incluyó su cabeza en signo de conformidad. Por la mirada tranquila y solemne que tenía Cameron, pudo comprender qué significaba aquello.

Roark estuvo tres días en la casa. No se hizo ninguna referencia a su estancia, ni al tiempo que tendría que quedarse. Su presencia se aceptaba como un hecho natural que no requiriese comentario. La señorita Cameron comprendió y se dio cuenta de que no debía decir nada. Andaba silenciosamente, con el dócil valor de la resignación.

Cameron no deseaba que Roark estuviese continuamente en la habitación. Le decía:

—Salga, dé un paseo por el jardín, Howard. Está hermoso; la hierba está creciendo.

Él, desde la cama, observaba con alegría, a través de la ventana abierta, la figura de Roark, que caminaba entre los árboles desnudos o permanecía mirando el cielo azul pálido.

Pidió solamente que Roark comiera con él. La señorita Cameron colocaba una bandeja sobre las rodillas de su hermano y servía los platos a Roark en una mesita colocada junto a la cama. Parecía que Cameron sintiese placer en lo que nunca tuvo ni buscó: una sensación de calor, una rutina diaria, una atmósfera de familia.

En la noche del tercer día, Cameron se recostó en la almohada. Hablaba como de costumbre, pero pronunciaba lentamente las palabras y no movía la cabeza. Roark lo escuchaba concentrado, sin demostrar que sabía lo que estaba pensando en las constantes pausas de Cameron. Cameron habló de los materiales de construcción del futuro:

—Observe los materiales ligeros de la industria, Howard... En pocos años... verá hacer cosas asombrosas con ellos... Observe los materiales plásticos, es totalmente una nueva era... que se origina con ellos... Se encontrarán nuevas herramientas, nuevos medios, nuevas formas... Habrá que mostrar... a los tontos... qué riqueza ha creado para ellos el cerebro del hombre... qué posibilidades... La semana última he leído algo acerca de una nueva clase de azulejos... y pensé en

una manera de usarla... donde nada... más se haría... tome, por ejemplo, una casa pequeña... de unos cinco mil dólares...

Después de un instante se detuvo y permaneció, en silencio, con los ojos cerrados. Luego Roark oyó que murmuraba, de pronto:

—Gail Wynand.

Se acercó a él, perplejo.

—No odio... a nadie más... solamente a Gail Wynand... No, nunca le he visto... Pero representa... todo lo que hay de malo en el mundo... el triunfo... de la más insoportable vulgaridad... Es contra Gail Wynand contra quien tendrá que luchar, Howard.

Después se calló un largo rato. Cuando abrió los ojos nuevamente, sonrió y dijo:

—Sé... lo que está pasando en la oficina, ahora... —Roark nunca le había hablado de esto—. No... no lo niegue... y no diga nada... Lo sé... Pero... así es... No tema. ¿Se acuerda del día que quise echarle...? Olvide lo que entonces le dije... No era el relato completo... Éste es... No tema... Valía la pena.

Su voz se debilitaba y no pudo continuar hablando, pero la mirada continuaba lúcida y contemplaba a Roark sin esfuerzo. Una hora más tarde murió.

Keating veía a menudo a Catherine. No había anunciado su compromiso, pero, como su madre lo conocía, ya había dejado de ser un secreto precioso que les pertenecía. Catherine solía pensar que Peter había destruido el sentido de sus encuentros; se evitaba la soledad de las esperas, pero había perdido la confianza en sus retornos inevitables. Keating le había dicho: «Esperemos el resultado del concurso del cine, Katie; no tardará mucho. El resultado se publicará en mayo. Si gano, estaré acomodado para toda la vida. Entonces nos casaremos. Y en esa oportunidad conoceré a tu tío, y él también querrá conocerme. Tengo que ganar. Sé que ganaré. Además, el viejo Heyer no durará un mes más. El médico nos dijo que hay que esperar un segundo ataque todavía, y que ése será el definitivo. Si no se marcha al cementerio, con seguridad tendrá que marcharse de la oficina». Ella le había respondido: «Peter, no me gusta oírte hablar así. No debes ser tan... terriblemente egoísta». «Lo siento, querida. Bueno... Sí, supongo que soy egoísta. Todo el mundo lo es», repuso él.

Pasaba más tiempo con Dominique. Dominique lo aguardaba con complacencia, como si no le presentase ya ningún problema. Parecía que le resultaba apropiado, como una compañía sin consecuencia para una noche ocasional e intrascendente.

Una noche de primavera concurren juntos a un baile. Bailaron y él la estrechó contra sí. Se dio cuenta de que ella lo advertía y que comprendía. No se separaba, le contemplaba con una mirada fija que casi era una expectación. Cuando salieron, le colocó el abrigo y pasó sus manos sobre los hombros de ella. Ella no se movió ni se ajustó el abrigo; esperó a que él sacara las manos. Después caminaron juntos hasta el coche.

Sentóse ella silenciosamente en un rincón del coche. Hasta entonces no había considerado la presencia de él tan importante como para merecer silencio. Se sentó, cruzó las piernas, se ajustó el abrigo al cuerpo y se golpeó las rodillas con sus dedos. Él le pasó suavemente la mano por el brazo; ella no opuso resistencia ni respondió nada; solamente sus dedos se detuvieron. Él apoyó los labios en sus cabellos; no era un beso, era un dejar que sus labios se posaran allí largo rato.

Cuando el coche se detuvo, murmuró:

—Dominique..., permítame que suba..., sólo un momento...

—Bueno —respondió ella.

En su tono, en vez de invitación había desgan. Pero nunca se lo había permitido antes. Él la siguió con el corazón palpitante.

La entrada de ella en el departamento duró un fragmento de segundo, y se detuvo a esperar. Él la contemplaba impotente, perplejo, excesivamente feliz. Advirtió la pausa sólo cuando ella volvió a ponerse en movimiento y fue hasta la sala de recibo. Se sentó y sus manos cayeron muertas a ambos lados, los brazos separados del cuerpo, sin protección. Entornó los ojos rectangulares, perdidos.

—Dominique... —murmuró—, Dominique, ¡qué hermosa es usted...!

Después se colocó a su lado murmurando incoherentemente:

—Dominique..., Dominique..., la amo... No se ría de mí, por favor, no se ría... Toda mi vida... lo que usted quiera... ¿No se da cuenta de lo hermosa que es...? Dominique..., la amo...

Se calló, la abrazó colocando su rostro junto al de ella, esperando alguna muestra de resistencia o alguna respuesta, pero no se produjeron. La atrajo violentamente y la besó en la boca.

Sus brazos cayeron de golpe. Dejó caer el cuerpo de ella sobre el asiento y la contempló estupefacto. No era un beso, no era una mujer lo que había tenido en sus brazos; lo que él había abrazado y besado no tenía vida. Sus labios no se movían para emitir una respuesta, sus brazos no se habían movido para abrazarle, no hubo reacción alguna. Creyó que iba a haber una reacción. Era como si la hubiese asido o la hubiese dejado caer para siempre, besándola nuevamente o satisfaciendo su deseo y el cuerpo de ella lo ignorase. Ella lo contemplaba. Vio una colilla de cigarrillo que se había caído del cenicero que estaba sobre una mesa, alargó la mano y la volvió donde estaba.

—Dominique —murmuró tontamente—, ¿no quería que la besase?

—Sí. —Ya no se reía de él, le contestaba simple y despreocupadamente.

—¿No había sido besada antes?

—Sí. Muchas veces.

—¿Y siempre se comportó como hoy?

—Siempre exactamente como hoy.

—¿Por qué quiso que la besara?

—Quise probarlo.

—¡Usted no es humana, Dominique!

Levantó la cabeza, se puso en pie nuevamente. La fina precisión de sus movimientos volvían a ser los propios. Él advirtió que su voz ya no sería simple, comunicativa, impotente; advirtió que la intimidad había terminado, aunque sus palabras, cuando ella habló, fueran más íntimas y reveladoras que nunca. Habló como si no le preocupase lo que revelaba ni a quién se lo revelaba.

—Supongo que soy una de esas mujeres monstruosas y totalmente frías de las cuales usted habrá oído hablar. Lo siento, Peter. ¿Ve? No tiene rivales, pero tampoco tiene posibilidades. ¿Un desengaño, querido?

—Ya... ya... le pasará... algún día...

—No soy tan joven, después de todo. Tengo veinticinco años. Imagino que será muy excitante ser una mujer disoluta. Yo lo soy, en todas las cosas, pero... Peter, parece que usted fuera a enrojecer, de

golpe. ¡Qué divertido!

—Dominique, ¿nunca ha estado enamorada? ¿Ni siquiera algo enamorada?

—No lo he estado, y le aseguro que me gustaría enamorarme de usted. Pensé que sería conveniente. No hubiera tenido inconveniente. Pero ¿ha visto? Soy incapaz de sentir nada. No encuentro ninguna diferencia entre usted, o Alvah Scarret, o Lucio Heyer.

Keating se puso en pie. No quiso mirarla. Fue hacia la ventana y se quedó mirando hacia fuera. Había olvidado su deseo y la belleza de ella, para recordar, entonces, que era la hija de Françon.

—Dominique, ¿se casará conmigo?

Debía decirlo entonces; si se ponía a pensar en ella, nunca lo diría. Lo que sentía hacia ella, ya no tenía importancia; no podía permitir que se interpusiese entre él y su futuro, y lo que sentía era un odio creciente.

—¿Habla en serio?

Se volvió hacia ella. Habló rápida y fácilmente. Mentía en aquel instante y de esa manera estaba seguro de sí mismo y no tenía dificultades.

—La quiero, Dominique. Estoy loco por usted. Deme una oportunidad. Si no hay ningún otro ¿por qué no? Me amará, porque la comprendo. Seré paciente. La haré feliz.

Ella levantó los hombros y de pronto se echó a reír. Rió sencilla y francamente. Vio que la pálida espuma de su traje temblaba. Permaneció rígida, con la cabeza echada hacia atrás, como una cuerda que se sacudiese con las vibraciones de los insultos ciegos que le dirigía; eran insultos, porque su risa no era amarga ni burlona, era simplemente alegre.

Cesó la risa y se quedó mirándole, y le dijo con seriedad:

—Peter, si alguna vez quisiera castigarme por algo terrible, si quisiera castigarme con asco, me casaría con usted. —Y agregó—: Considérelo como una promesa.

—Esperaré, no importan las razones que elija. Entonces ella se sonrió de gozo; era la sonrisa fría y alegre que él temía.

—En realidad, Peter, no tiene por qué hacerlo. De cualquier manera llegará a ser socio, y siempre seremos buenos amigos. Ahora ya es tiempo de que se vaya a su casa. No olvide que el miércoles me tiene que acompañar a la exposición de caballos. Adoro las exposiciones de caballos. Buenas noches, Peter.

Él se fue caminando hacia su casa en la tibia noche de primavera. Caminaba precipitadamente. Si en aquel momento alguien le hubiese ofrecido la propiedad de la firma de Françon y Heyer, al precio del casamiento con Dominique, la habría rehusado. Sin embargo, sabía también, con odio hacia sí mismo, que no la rechazaría si se la ofrecían al día siguiente.

Peter Keating pensaba que aquello era temor. Lo que se siente en las pesadillas. Uno despierta cuando ya no lo puede soportar, pero él no podía despertarse ni lo soportaba. Había ido creciendo durante días, durante semanas y al fin lo había atrapado: era miedo derrota, miedo lascivo e inexplicable. Iba a perder el concurso: estaba seguro de que lo iba a perder y esa seguridad aumentaba en cada día de espera que pasaba. No podía trabajar; saltaba cuando le hablaban, y no podía dormir por las noches.

Se fue caminando hacia la casa de Lucio Heyer. Trataba de no fijarse en las caras de las personas que pasaban, pero tuvo que hacerlo. Siempre había mirado a la gente, y la gente le miraba; siempre había sido así. Hubiera querido gritar y decir que se volvieran, que lo dejaran solo. Creía que lo miraban fijamente porque sabían que iba a fracasar.

Iba a la casa de Heyer para evitar el desastre que se acercaba, para tratar de evitarlo en la única forma que se le aparecía como accesible. Si fracasaba en el concurso —y sabía que iba a fracasar—, Françon se disgustaría y se desilusionaría, y entonces, si Heyer moría, como podía suceder en cualquier momento, Françon titubearía antes de aceptar a Keating como socio, por las consecuencias amargas de una humillación pública; y si Françon dudaba, el juego estaba perdido. Había otros que estaban esperando la misma oportunidad: Bennett, a quien no había podido echar de la oficina; Claude Stengel, a quien le había ido muy bien trabajando por su cuenta, y que se había acercado a Françon con el ofrecimiento de comprarle la parte de Heyer. Keating no contaba con nada, salvo con la incierta fe que Françon tenía depositada en él. Si otro socio remplazaba a Heyer, eso significaba el fin del porvenir de Keating.

En las noches de insomnio, la decisión en su mente se fue haciendo clara e inflexible. Debía cerrar la salida de golpe, debía tomar ventaja sobre las frustradas esperanzas de Françon, antes que el ganador del concurso fuera anunciado; debía forzar a Heyer a retirarse y él ocupar su lugar. Le quedaban pocos días.

Se acordaba de los chismes de Françon acerca del carácter de Heyer. Buscó entre los expedientes de la oficina de Heyer lo que deseaba encontrar. Era la carta de un contratista, escrita hacía unos quince años, en la cual manifestaba, sencillamente, que incluía un cheque por la suma de veinte mil dólares que le debía al señor Heyer. Keating estimó los datos de los edificios privados y le pareció que la construcción había costado más de lo que debía costar. Aquel mismo año Heyer empezó a coleccionar porcelanas. Encontró a Heyer solo en su estudio. Era una habitación pequeña y sombría, y el aire de su interior parecía cargado, como si no hubiese sido renovado durante años. El artesonado, de caoba oscura, los tapices, los viejos muebles de inapreciable valor se conservaban perfectamente limpios, pero la habitación daba la impresión de indigencia y decadencia. Había una sola lámpara encendida sobre una mesita colocada en un rincón, y cinco tazas de porcelana antigua, delicadas y preciosas, sobre la mesa. Heyer estaba sentado con la espalda doblada, examinando las tazas en la penumbra, con placer vago e insustancial. Se encogió de hombros, imperceptiblemente, cuando el viejo criado hizo pasar a Keating y pestañeó con insulsa perplejidad, diciéndole que se sentase.

Cuando oyó los sonidos de su propia voz, Keating se dio cuenta de que había perdido el temor

que le había acompañado en su trayecto por las calles. Su voz era fría y firme. Tim Davis, Claude Stengel y un hombre más, ahora, debían ser removidos.

Le explicó lo que quería, desplegando en el aire inmóvil de la habitación un párrafo corto, preciso y completo, como una gema con bordes perfectos.

—De manera que, a menos que usted comunique a Françon su retiro mañana por la mañana, «esto» irá a la CAA —concluyó, sosteniendo la carta por uno de sus ángulos, con los dedos.

Esperó. Heyer estaba inmóvil, con la vista perdida, sin brillo, y la boca abierta, formando un círculo perfecto. Keating se encogió de hombros y se preguntó si estaba hablando con un idiota.

Entonces la boca de Heyer se movió y la lengua de color rosa se agitó entre los dientes inferiores.

—Yo no quiero retirarme —respondió simple y cándidamente, con un lamento breve y petulante.

—Tendrá que retirarse.

—No quiero. No lo haré. Soy un arquitecto famoso. Siempre fui un arquitecto famoso. No quiero que la gente me moleste. Todos quieren que me retire. Le diré un secreto. —Se inclinó hacia delante y murmuró con astucia—: Usted no lo puede saber, pero yo sí; él no me puede engañar: Guy quiere que me retire. Cree que es más listo que yo, pero yo puedo ver a través de él. Es una buena broma para Guy.

Y trató de reprimir, suavemente, la risa.

—Creo que no me ha comprendido. ¿Comprende esto? —Keating colocó la carta entre los dedos medio cerrados de Heyer.

Observó que el fino pliego de papel temblaba en sus manos. Después cayó sobre la mesa y la mano izquierda de Heyer, con sus dedos paralizados, se clavó en él ciegamente, sin propósito, como un gancho. Y habló tragándose las palabras.

—No puede enviar eso a la CAA. Me cancelarían la licencia.

—Seguro que lo harán.

—Y aparecerá en los diarios.

—En todos ellos.

—No puede hacer eso.

—Lo haré a menos que usted se retire.

Los hombros de Heyer cayeron en la mesa. Su cabeza quedó sobre el borde, tímidamente, como si quisiera ocultarla a la vista.

—No haga eso, por favor, no lo haga —murmuró Heyer en un largo lamento sin pausas—. Usted es un muchacho excelente. Usted es un muchacho excelente, y no lo hará.

El cuadrado de papel amarillo estaba sobre la mesa. La torpe mano de Heyer, deslizándose lentamente, lo alcanzó. Keating se inclinó hacia delante y se lo arrancó.

Los ojos de Keating brillaban de disgusto; la aversión le seguía agujoneando. Tendría que hacer lo peor, porque no lo podía soportar.

—Lo pondré en la picota —agregó Keating, y el sonido de su voz resplandecía—. Será denunciado. La gente le señalará con el dedo. Aparecerá su retrato en los diarios. Los propietarios del edificio lo demandarán y lo meterán en la cárcel.

Heyer estaba callado. No se movía. Keating oyó que las tazas de la mesa empezaron a tintinear

de pronto. No podía ver el sacudimiento de Heyer, oía un retintín en el silencio de la habitación, como si las copas estuviesen temblando solas.

—¡Salga! —dijo Keating levantando la voz para no oír aquel sonido—. ¡Salga de la firma! ¿Para qué quiere estar en ella? ¡Usted no sirve para nada! ¡Nunca ha servido para nada!

El rostro amarillo que estaba junto al borde de la mesa, abrió la boca y emitió un sonido apagado, gorgoteando, como un gemido.

Keating se sentó cómodamente, inclinándose hacia delante, las piernas separadas, un codo apoyado sobre la rodilla y la mano que colgaba agitando la carta.

—Yo... —dijo Heyer sofocándose—. Yo...

—¡Cállese! Nada tiene que decir, excepto si o no. Decídase de una vez. No estoy aquí para discutir.

Heyer se calló temblando. Una sombra cortaba diagonalmente su rostro. Keating vio que un ojo no se movía, tenía la boca semiabierta y la oscuridad brotaba de aquel hueco y se derramaba sobre el rostro, como si se estuviese ahogando.

—¡Contésteme! —gritó Keating asustándose—. ¿Por qué no me contesta?

El medio rostro se inclinó y vio que la cabeza se balanceó hacia delante; luego cayó sobre la mesa y finalmente rodó por el suelo como si hubiese sido cortada. Dos tazas cayeron detrás de ella, rompiéndose en pedazos sobre la alfombra. Lo que le alivió fue ver que el cuerpo había seguido a la cabeza y que yacía amontonado sobre el suelo, intacto. No sé oyó ningún ruido, solamente el sonido apagado y musical de la porcelana.

«Se pondrá furioso», pensó Keating contemplando las tazas. Se puso de pie de un salto, se arrodilló para juntar los pedacitos y vio que no tenían compostura. Se dio cuenta de que había llegado el segundo ataque que esperaban y que tendría que hacer algo en aquel momento, pero que todo había ido bien, porque Heyer ya no tenía que retirarse.

Después se acercó al cuerpo de Heyer, andando sobre las rodillas. Le asombró que no quisiera tocarle. «Señor Heyer», lo llamó. Su voz era suave, casi respetuosa. Le levantó con cuidado la cabeza. La dejó caer. No oyó ningún ruido cuando cayó. Solamente oía el hipo de su propia garganta. Heyer estaba muerto.

Púsose junto al cuerpo, las manos extendidas sobre las rodillas. Miró hacia el frente; su mirada se detuvo en los pliegues de las cortinas, se preguntaba si el resplandor gris era polvo o si era la pelusa de terciopelo. Y era terciopelo: ¡qué pasado de moda estaba tener cortinas en las puertas! Después empezó a temblar. Sintió ganas de vomitar. Se levantó, anduvo por la habitación y abrió de par en par la puerta, porque recordó que había otras habitaciones y que había un criado, y lo llamó, tratando de gritar para pedir auxilio.

Keating fue a la oficina como de costumbre. Contestó a las preguntas que le hicieron, explicando que Heyer le había pedido que fuera a su casa ese día, después de cenar, porque quería discutir la cuestión de su retiro.

Nadie puso en duda su relato, y Keating se dio cuenta de que nadie sabría nunca nada. El fin de Heyer había ocurrido como todo el mundo esperaba que ocurriese. Françon se sintió aliviado. «Sabíamos que ocurriría, tarde o temprano. ¿Por qué lamentar que se haya evitado a sí mismo y nos haya evitado a nosotros una agonía prolongada?».

Pocos días después de la muerte de Heyer, Françon lo llamó a su oficina.

—Siéntese, Peter —dijo con una sonrisa más vivaz que de costumbre—. Tengo buenas noticias para usted, muchacho. Se leyó el testamento de Lucio esta mañana. No ha dejado parientes. Me sorprendió, pero ha tenido un rasgo muy delicado. Se lo deja todo a usted. Bastante grande, ¿no es cierto? Ahora no se tendrá que preocupar por los gastos cuando hagamos preparativos para... ¿Qué le pasa, Peter, se siente mal?

La cabeza de Keating cayó sobre su brazo, en un ángulo del escritorio. No quería que Françon viera su cara. Se sentía enfermo, enfermo porque, a través del horror, quería saber cuánto le había dejado Heyer...

El testamento había sido hecho hacía cinco años, quizás en una insensata explosión de afecto hacia la única persona que le había demostrado consideración en la oficina; quizá como un alarde contra su socio. Había sido hecho y olvidado. La cantidad ascendía a doscientos mil dólares, además de los intereses que Heyer tenía en la firma y la colección de porcelanas.

Keating se fue temprano de la oficina, sin escuchar las felicitaciones. Se dirigió a su casa y le contó las novedades a su madre. La dejó con la boca abierta, en medio del *living room*, y se encerró en su dormitorio. Salió antes de cenar, sin decir nada. No cenó esa noche, pero bebió con lucidez feroz en su favorita taberna clandestina. Y en ese estado exaltado, lleno de visiones luminosas, moviendo la cabeza sobre la copa, pero con la mente segura, se dijo que nada tenía que lamentar, pues había hecho lo que cualquiera en su lugar habría hecho. Catherine le había dicho que era un egoísta; todo el mundo lo es; no es muy hermoso ser egoísta, pero él no era el único. Si había sido más afortunado que la mayoría se debía a que era mejor que los demás, se sentía muy bien. Esperaba que aquellas preguntas inusitadas no volvieran a su mente. «Cada hombre se preocupa por sí mismo», murmuró, cayendo dormido sobre la mesa. Las preguntas no volvieron; no hubo tiempo para ellas en los días que siguieron. Había ganado el concurso «Cosmo-Slotnick».

Peter Keating sabía que sería un triunfo, pero no esperaba lo que ocurrió. Soñó con un sonido de trompetas, pero no había previsto una explosión sinfónica. Empezó con una leve llamada telefónica, que anunció los nombres de los ganadores. Después todos los teléfonos se juntaron, chillando, estallando entre los dedos del telefonista, que apenas podía atender: llamadas de todos los diarios de la ciudad, de los arquitectos famosos, preguntas, demandas de entrevistas, felicitaciones. Después la inundación salió de los ascensores para derramarse por las oficinas; mensajes, telegramas de la gente que Keating conocía y de personas a las cuales no había visto nunca. El empleado que atendía no sabía a quiénes hacer pasar y a quiénes no. Y vino el estrechar las manos de Keating, como un río de manos interminable, como una rueda de dientes suaves y húmedos que golpease sus dedos. Con la oficina de Françon llena de gente y de máquinas fotográficas, no sabía qué había dicho en el primer reporte. Françon abrió de par en par las puertas del armario de bebidas. Françon decía a todos que el edificio de la «Cosmo-Slotnick» había sido creado por Peter Keating solo; a Françon no le importaba, se sentía magnánimo en aquel arranque de entusiasmo; además, era una buena publicidad.

Fue una publicidad mejor que la que Françon esperaba. Desde todas las páginas de los diarios, el rostro de Keating estaba mirando al país; el rostro hermoso, sano, sonriente, con los ojos brillantes y el negro cabello, encabezaba columnas impresas que hablaban de la pobreza de la lucha, de la aspiración y del trabajo incansable que habían obtenido el premio; de la fe de la madre que había

sacrificado todo por el éxito de su hijo; de la «Cienenta de la Arquitectura».

Los de la «Cosmo-Slotnick» estaban encantados, no habían pensado que el arquitecto ganador del premio fuese tan joven, tan hermoso, tan pobre-bueno, pobre hasta ese momento. Habían descubierto un muchacho genial; los de la «Cosmo-Slotnick» adoraban a los muchachos geniales. El señor Slotnick mismo había sido uno de ellos, aunque ya contaba cuarenta y tres años.

Los planos del «rascacielos más hermoso de la tierra» se reprodujeron en los diarios con las palabras de la adjudicación debajo: «... por la pericia brillante y la sencillez de su plano... por su eficiencia limpia y despiadada... por su ingeniosa economía de espacio... por la maestría con que había combinado lo moderno con lo tradicional en el Arte... a Françon Heyer y Peter Keating...».

Keating apareció en los noticiarios del cine, dándose la mano con el señor Shupe y con el señor Slotnick, y el guión anunciaba lo que aquellos dos caballeros pensaban de su edificio. Keating apareció dándose la mano con la señorita Dimples Williams y el guión anunciaba lo que Keating pensaba del último film de ella. Aparecía en los banquetes de los arquitectos y en los banquetes de la gente del cine, en el sitio de honor, donde tenía que pronunciar discursos que él olvidaba si debían versar sobre arquitectura o sobre cine. Aparecía en los clubs de los arquitectos y en los de los fanáticos. La «Cosmo-Slotnick» ofreció una fotografía de Keating y del edificio, que se podía conseguir enviando un sobre franqueado que llevase escrita la dirección y veinticinco centavos. Keating apareció personalmente todas las noches, durante una semana, en el escenario del teatro «Cosmo-Slotnick»; se inclinaba junto a las candilejas, con gracia y delicadeza, vestido de *smoking*, y hablaba dos minutos sobre el significado de la arquitectura. Presidió como jurado un concurso de belleza en Atlantic City, cuya ganadora fue premiada por la «Cosmo-Slotnick» con un contrato de prueba para actuar en el cine. Fue fotografiado con un boxeador famoso, y su imagen apareció bajo el encabezamiento: «Campeones». Se hizo una miniatura del edificio y se la envió, juntamente con las fotografías de los mejores proyectos presentados, para que fuese exhibida en los vestíbulos de los teatros «Cosmo-Slotnick» en todo el país.

La señora Keating sollozó al principio, abrazando a Peter y tartamudeando que le parecía imposible. Balbució al responder a las preguntas que se le hacían sobre Peter y posó ante las máquinas fotográficas, ansiosa de complacer a los demás. Después se acostumbró. Le dijo a Peter, encogiéndose de hombros, que era muy natural que hubiese ganado él y no otro, y que no tenía que asombrarse por eso. Empleó con los reporteros un tono de condescendencia leve y vivaz. Se molestaba en forma evidente cuando no la incluían en las fotografías que le sacaban a su hijo. Se compró un abrigo de visón.

Keating se dejó arrastrar por la corriente. Necesitaba que la gente y la algarabía le rodeasen. Cuando estaba en una tarima, sobre un mar de rostros, no se hacía preguntas, no tenía dudas; el aire estaba cargado, saturado de una admiración única y disolvente; no había lugar para nadie más. Se sentía tan grande como la multitud se lo decía.

Encontró tiempo para pasar dos horas con Catherine una noche. La abrazó, y ella le susurró planes brillantes para lo futuro; él la contemplaba con alegría, sin prestar atención a sus palabras; estaba pensando en cómo quedarían si se retratasen juntos y en la cantidad de diarios que iban a reproducir la fotografía.

Vio una vez a Dominique. Ella dejó la ciudad en el verano. Estaba desencantada. Le felicitó con

corrección, pero le miró como siempre, como si nada hubiera ocurrido. Entre todas las publicaciones de arquitectura, la sección de ella era la única que no había hablado del concurso «Cosmo-Slotnick» ni del ganador.

—Me voy a Connecticut —le dijo—. He aceptado la casa de papá para todo el verano. La puso completamente a mi disposición. No, Peter, no vaya a visitarme. Ni una vez siquiera. Me voy allí para no ver a nadie.

Keating se sintió defraudado, pero eso no echó a perder el triunfo de aquellos días. Ya no temía a Dominique. Tenía confianza en que la haría cambiar de actitud, y que el cambio lo vería cuando ella estuviese de vuelta en el otoño.

Pero había una cosa que deslucía su triunfo, aunque no con mucha frecuencia, y él sólo la sentía. No se cansaba de escuchar lo que le decían, pero no le gustaba mucho que hablasen del edificio. Y cuando escuchaba los comentarios, no le importaba si se referían a: «la maestría con que ha combinado lo moderno con lo tradicional» en la fachada; pero cuando se hablaba del plano —¡se hablaba tanto de él!— y oía hablar de la «pericia brillante y la sencillez... la eficiencia limpia y despiadada... la ingeniosa economía del espacio...», cuando oía esto y se acordaba de...

No lo pensó. No había palabras en su cerebro. No las permitiría. Solamente había un sentimiento oscuro y pesado... y un nombre.

Dos semanas después de la adjudicación del premio, alejó de su cerebro aquellas cosas, como algo indigno de su preocupación, para sepultarlas como había sepultado su pasado humilde. Durante todo el invierno había conservado los bocetos con las líneas a lápiz trazadas por otra mano. La primera cosa que hizo la noche de la adjudicación del premio fue quemarlos.

Pero la obsesión no le abandonaba. Entonces le ocurrió que no se trataba de una amenaza vaga, sino de un verdadero peligro, y perdió todo temor. Podía tratar con un peligro real, podía disponer de él muy simplemente. Se rió tranquilizado, telefoneó a la oficina de Roark y concertó una entrevista con él.

Asistió confiado a la cita. Por primera vez en su vida se libraba de la inquietud extraña que sentía en presencia de Roark sin que se la pudiese explicar, ni rechazarla. Ahora se sentía seguro. Había terminado con Howard Roark.

Roark estaba sentado junto al escritorio esperando. El teléfono había sonado una vez aquella mañana, pero había sido Peter Keating para pedirle la entrevista. Le olvidó. Estaba atento al teléfono. Durante aquellas últimas semanas dependía del teléfono. A cada momento esperaba saber algo de los proyectos para la Compañía del Banco Manhattan.

Hacía tiempo que el alquiler de la oficina había vencido, lo mismo que el de la habitación en que vivía. No se preocupaba por la habitación, podía decirle al dueño que esperara y el dueño esperaría, y nada importante iba a ocurrir por eso. Pero la oficina era otra cosa. Le dijo al administrador, con la más suave y estupenda simplicidad, que necesitaba una prórroga. Pero que necesitaba esa limosna del administrador, que todo dependía de ella, sonaba en su mente como si estuviese mendigando. Era una tortura. «No importa —se dijo—, es una tortura. ¿Qué vamos a hacer?». El pago del teléfono estaba atrasado en dos meses. Había recibido el último aviso. Dentro de pocos días sería desconectado. Tenía que esperar. ¡Tantas cosas podían ocurrir en pocos días!

La contestación del Banco, que Weidler le había prometido hacía tiempo, había sido demorada

semana tras semana. El Consejo no llegaba a ponerse de acuerdo, había impugnadores y violentos defensores. Weidler le dijo poco, con elocuencia, pero podía suponer mucho. Había días de silencio, de silencio en la oficina, de silencio en toda la ciudad, de silencio dentro de sí mismo. Esperaba.

Se sentó con una mano apoyada en la cara y la otra en el teléfono. Se le ocurrió que no debería sentarse en esa forma, pero aquel día se sentía muy cansado. Le pareció que tenía que apartar la mano del teléfono, pero no la movió. Sí, dependía del teléfono. Lo podía hacer pedazos, pero cada aliento y cada fracción de sí mismo seguían dependiendo de él. Sus dedos permanecieron inmóviles en el aparato. Era el teléfono y la correspondencia. Se mentía a sí mismo en cuanto a la correspondencia; se mentía cuando se preocupaba de que se amontonase, cuando aparecía alguna rara carta por el buzón de la puerta y no corría a buscarla, sino que esperaba, se quedaba mirando el sobre blanco en el suelo y después iba, lentamente y lo recogía. El buzón de la puerta y el teléfono eran las dos únicas cosas que le quedaban en el mundo.

Levantó la cabeza conforme iba pensando en esas cosas y miró hacia la puerta. No había nada. Era ya tarde y probablemente había pasado la hora del último reparto. Levantó la muñeca para mirar la hora, pero no tenía nada en la muñeca, porque el reloj lo había empeñado. Miró por la ventana hacia un reloj que distinguía en una torre distante. Eran las cuatro y media. No habría otro reparto de correspondencia.

Advirtió que su mano estaba levantando el receptor del teléfono. Sus dedos marcaban los números.

«No, todavía no —le dijo la voz de Weidler, a través del aparato—. Habíamos proyectado la reunión para ayer, pero fue aplazada... Los sigo como un bulldog... Le prometo que mañana tendremos una respuesta definitiva. “Casi” puedo prometérselo. Si no es mañana habrá que esperar a que pase el fin de semana; pero para el lunes se lo prometo con seguridad... Ha sido sumamente paciente con nosotros señor Roark. Lo tendremos en cuenta». Roark dejó caer el receptor. Cerró los ojos. Intentó descansar unos minutos allí donde estaba, antes de pensar qué día le habían dicho que desconectarían el teléfono y qué haría hasta el lunes.

—¡Hola, Howard! —dijo Peter Keating.

Abrió los ojos. Keating había entrado y estaba sonriente delante de él. Llevaba un sobretodo de primavera, color de canela, abierto, con los extremos del cinturón colgando a los lados, y una flor de aciano en el ojal. Se paró con las piernas separadas, los puños en las caderas, el sombrero echado hacia atrás. Las negras ondas de su pelo eran tan brillantes, en contraste con su pálida frente, que uno esperaba ver gotas de rocío primaveral brillando sobre ellas como en la flor de aciano.

—¡Hola, Peter!

Keating se sentó cómodamente. Se quitó el sombrero, lo puso sobre la mesa y, después de una ligera palmadita, se cogió la rodilla con las manos.

—¡Caramba, Howard! Las cosas que están pasando, ¿no?

—Mi enhorabuena.

—Gracias. ¿Qué te pasa, Howard? Estás como el diablo. Por cierto, no trabajas mucho, he oído decir...

No era la actitud que pensaba asumir. Había imaginado una entrevista cordial y amistosa. «Bueno —pensó—, dejaremos eso para más tarde». Pero primero quería demostrar que no temía a Roark,

que nunca volvería a temerle.

—No, no trabajo demasiado.

—Mira, Howard, ¿por qué no dejas de una vez de ser así?

Era algo que no hubiera querido decir de ningún modo. Su boca permaneció muda de asombro.

—¿Dejar qué?

—La «pose», o los ideales, si prefieres. ¿Por qué no bajas a la tierra? ¿Por qué no empiezas a trabajar como todo el mundo? ¿Por qué no dejas de ser un tonto?

Le parecía que estaba descendiendo por una colina sin asperezas. No pudo contenerse. Howard le dijo tranquilamente:

—¿Qué pasa, Peter?

—¿Cómo quieres progresar en el mundo? Tienes que vivir con la gente, y hay sólo dos caminos. Unirte a ellos, o combatirlos. Pero parece que tú no tomas ninguno de los dos.

—No, ninguno de los dos.

—Y la gente no te quiere. ¡No te quiere! ¿No temes?

—No.

—Durante un año no has trabajado nada. Y no trabajarás. ¿Quién te dará trabajo? Podrás tener, pero serán unos cientos de dólares..., los últimos.

—Te equivocas, Peter. Tengo catorce dólares y cincuenta y siete centavos.

—¿Y entonces? ¡Mírame a mí! No sé si está mal que yo mismo te lo diga. No es ésa la cuestión. No me jacto. No tiene importancia quién lo diga. ¡Pero mírame! ¿Te acuerdas cómo empezamos? Ahora, contemplémonos. Después, piensa que todo depende de ti mismo. Abandona de una vez esa estúpida ilusión de creer que eres mejor que otros..., y trabaja. Dentro de un año tendrás una oficina que te hará enrojecer si la comparas con este basurero. Las personas andarán detrás de ti, tendrás clientes, tendrás amigos, tendrás un ejército de dibujantes a quien mandar, en torno tuyo. Howard, no es cuestión mía —¿qué me puede importar?—, ahora no me preocupo nada más que de mí mismo; en efecto, sé que podrías ser un rival peligroso, pero tengo que decírtelo. ¡Piénsalo, Howard, piénsalo! ¡Serás rico, serás famoso, serás respetado, serás elogiado, serás admirado... serás uno de nosotros...! ¿Y entonces...? Di algo. ¿Por qué no hablas?

Vio que los ojos de Roark no estaban vacíos ni desdeñosos, sino atentos y asombrados. Estaba próximo a una rendición, porque no había dejado caer la lamina de acero de los ojos, que permanecieron curiosos y enigmáticos... y casi impotentes.

—Mira, Peter, te creo. Sé que no ganas nada al decírmelo. Y sé más todavía. Sé que no quieres que prograse; es justo. No te lo reprocho; lo sé desde hace tiempo. Tú no quieres que yo logre todas esas cosas que me ofreces, y sin embargo, me incitas a obtenerlas, con toda sinceridad. Tú sabes que si siguiera tu consejo las obtendría. Y no es cariño por mí, Peter, porque eso te pondría furioso, y te daría pavor... ¿Por qué te molesta que sea como soy? —repuso Howard con serenidad.

—No sé... —murmuró.

Comprendió que aquella respuesta significaba una terrible confesión. No se dio cuenta del carácter de la confesión que había hecho y creyó que Roark tampoco lo habría advertido. Pero todo quedó al descubierto. No la podían aferrar, pero sentían su presencia. Y se quedaron silenciosos, mirándose uno al otro, con asombro y resignación.

—¡Cálmate, Peter! —le dijo Roark, suavemente, como a un camarada—. No volvamos a hablar de eso jamás.

Entonces Keating dijo, de pronto, con la voz aliviada, con la brillante vulgaridad de su nuevo tono:

—Howard, te estaba hablando sin sentido. Ahora si quieres trabajar como una persona normal...

—¡Cállate! —estalló Roark.

Keating se echó hacia atrás cansado. No tenía nada más que decir. Había olvidado lo que había ido a discutir.

—¿Qué querías decirme del concurso?

Keating se inclinó violentamente hacia delante. Le llamó la atención que Roark lo hubiese sospechado. Y entonces resultó más fácil, porque olvidó lo demás en una rápida oleada de resentimiento.

—¡Ah, sí! —dijo crispado, con súbito acento de irritación en la voz—. Sí, quería hablarte de eso. Gracias por habérmelo recordado. Claro, lo sospechabas porque sabes que no soy un puerco ingrato. En realidad vine aquí a agradecértelo. No he olvidado que tenías una participación en el edificio, que me habías dado alguna idea. Y soy el primero en darte una parte de ese crédito.

—No es necesario.

—No es que me importe, pero estoy seguro que no querías decirme nada acerca de esto, y estoy seguro de que no quieres decírtelo, porque sabes cómo es; la gente es tan curiosa, que interpreta las cosas de una manera estúpida... Pero desde que recibí el premio pensé que lo correcto era darte una parte a ti. Estoy encantado de haber llegado a tiempo, ahora que te encuentras tan necesitado.

Sacó su cartera, y de ella un cheque que había hecho antes, y lo colocó sobre la mesa. Lo leyó: «Páguese, a la orden de Howard Roark, la suma de quinientos dólares».

—Gracias, Peter —dijo Roark tomando el cheque.

Después lo volvió y escribió al dorso: «Páguese a la orden de Peter Keating», lo firmó y se lo entregó.

—Éste es mi soborno, Peter. Con el mismo propósito. Para que no digas una sola palabra. —Keating lo miró fijamente—. Esto es todo lo que puedo ofrecerte ahora. No puedes perjudicarme en estos momentos, pero te pido que no me hagas ningún chantaje después, cuando tenga dinero. Te digo con franqueza que me lo podrías hacer, porque no quiero que nadie sepa que yo he tenido que ver con ese edificio.

Se rió de la suave expresión de asombro que había en los ojos de Keating.

—¿No? —agregó Roark—. ¿No me sacarás dinero con eso? Vete a tu casa, Peter. Puedes estar completamente seguro, jamás diré una sola palabra. Es tuyo el edificio, y cada viga y cada pie de plomo y cada retrato de los que han salido en los diarios.

Entonces Keating se puso en pie. Estaba temblando.

—¡Vete al diablo! —gritó—. ¡Vete al diablo! ¿Quién crees que eres? ¿Quién te ha dicho que puedes hacer esto a la gente? ¿De manera que eres demasiado bueno para hacer ese edificio? ¿Quieres avergonzarme con eso? ¡Tú, bastardo, engreído, podrido, piojoso! ¿Quién eres tú? Ni siquiera tienes inteligencia para darte cuenta de que eres un fracasado, un incapaz, un mendigo, ¡un fracasado, un fracasado, un fracasado! ¡Y estás dictando sentencia! ¡Tú, contra todo el país! ¡Tú,

contra todo el mundo! ¿Por qué tengo que escucharte? No me puedes asustar. No me puedes rozar. ¡Tengo a todo el mundo conmigo...! ¡No me mires así! ¡Siempre te he odiado! ¿No lo sabías, no lo sabías? ¡Siempre te he odiado! ¡Siempre te odiaré! Algún día te haré pedazos, lo juro que lo haré; sí, eso será lo que haré al final.

—Peter, ¿por qué te traicionas de ese modo?

La respiración de Keating se convirtió en un lamento ahogado. Se dejó caer en una silla, se quedó tranquilo, aferrado al asiento por los lados.

Después de un rato, levantó la cabeza y preguntó torpemente:

—Dios mío, Howard, ¿qué he estado diciendo?

—¿Estás bien ahora? ¿Puedes irte?

—Howard, lo siento. Te pido que me perdones. —Su voz era desapacible y apagada, sin convicción—. Perdí la cabeza. Sospecho que estoy mal de los nervios. No quise decir nada de lo que dije. No sé por qué lo he hecho. Te juro que no lo sé.

—Arréglate el cuello, lo tienes suelto.

—Creo que me enojé por lo que hiciste con el cheque. Me imaginé que me insultabas también. Algunas veces se me ocurren estupideces así. No quise ofenderte. Rompamos este condenado cheque.

Lo recogió, encendió una cerilla y observó cuidadosamente cómo se quemaba el papel, hasta que cayó el último fragmento.

—Howard, olvidémoslo.

—¿No crees que sería mejor que te fueses? Keating se levantó pesadamente, con las manos en los bolsillos, con un gesto bastante desusado, y murmuró:

—Está bien..., bien..., buenas noches, Howard. Te... te veré pronto... Se me ha hecho tan tarde... Creo que necesito descanso... ¡Hasta luego, Howard...!

Después de dar unos pasos en el vestíbulo y cerrar la puerta tras sí tuvo una helada sensación de alivio. Se notaba pesado y muy cansado, pero tristemente seguro de sí mismo. Había adquirido un conocimiento: odiaba a Roark. No había que dudarlo y no había por qué seguir retorciéndose con las inquietudes. Era simple. Odiaba a Roark. ¿Las razones? No era menester preguntarse las razones. Era necesario odiar, solamente odiar, odiar ciegamente, odiar pacientemente, sin cólera, solamente odiar, sin que nada interviniese, sin olvidarse jamás.

El teléfono empezó a sonar en el atardecer del lunes.

—¿El señor Roark? —preguntó Weidler—. ¿Puede venir en seguida? No quiero decir nada por teléfono, pero venga aquí, en seguida.

La voz sonó clara, alegre, premonitoria.

Roark miró el reloj de la torre a través de la ventana. Se rió del reloj, como de un enemigo viejo y cordial. No lo necesitaba más, tendría otra vez su reloj. Echó hacia atrás la cabeza como un desafío a la niebla gris y pálida que se cernía sobre la ciudad.

Se levantó y tomó su abrigo. Echó los hombros hacia atrás, al ponérselo, y sintió placer al mover los músculos.

El presidente del Consejo lo esperaba en su oficina con Weidler y con el vicepresidente del Banco Manhattan. Había en la habitación una larga mesa. Sobre ella estaban extendidos los proyectos de Roark. Weidler se levantó conforme Roark entró y se adelantó a saludarlo tendiéndole la mano.

Había en el aire de la habitación como una obertura a las palabras que Weidler pronunció, y Roark no tenía seguridad del momento en que las había oído, porque creía que había sido al entrar.

—Muy bien, señor Roark, el trabajo es para usted —dijo Weidler.

Roark se inclinó. Era mejor no confiar en su voz durante unos minutos.

El presidente sonrió con amabilidad y lo invitó a que se sentara. Roark se sentó junto a donde se hallaban los proyectos. Apoyó su mano en la mesa. La caoba parecía caliente y viva bajo sus dedos. Era como si estuviese presionando con la mano los cimientos del edificio, del grandioso edificio de cincuenta pisos que se levantaría en el centro de Manhattan.

—Debo decirle —manifestó el presidente— que hemos tenido una lucha terrible por su edificio. Gracias a Dios, todo está resuelto. Algunos de los miembros del Consejo no pudieron tragar sus innovaciones radicales. Usted sabe qué estúpidamente conservadora es cierta gente. Pero hemos encontrado una manera de complacerlos, y nos han dado su consentimiento. El señor Weidler ha estado magnífico al convencerlos en favor de usted.

Los tres hombres dijeron un sinnúmero de cosas. Roark casi no los escuchaba. Estaba pensando en la primera dentellada de la máquina que cavara la tierra para colocar los cimientos. Después oyó que el presidente decía: «... de manera que es suyo, con una mínima condición». Oyó aquello y miró al presidente.

—Se trata de un pequeño compromiso, y, cuando se muestre de acuerdo, podemos firmar el contrato. Es una cuestión sin consecuencia acerca del aspecto del edificio. Comprendo que ustedes, los modernistas, no den una importancia muy grande a una simple fachada; es el plano lo que cuenta para ustedes, con justa razón, y no quisiéramos alterarlo de ningún modo; es la lógica del plano lo que queremos convertir en edificio. Estoy seguro de que a usted no le importará.

—¿Qué quiere usted?

—Se trata solamente de una ligera reforma en la fachada. Me explicaré. Le pedimos al hijo de nuestro compañero, el señor Parker, que estudia arquitectura, que nos hiciera un bosquejo, nada más que un bosquejo en borrador, para ilustrar lo que teníamos en la cabeza y mostrárselo a los miembros del Consejo que no llegaban a comprender el arreglo que les ofrecíamos. Aquí está.

Sacó un bosquejo de debajo de los proyectos y se lo entregó a Roark. Era el edificio de Roark prolijamente copiado. Era el mismo edificio, pero tenía al frente un pórtico dórico simplificado y una cornisa en la parte superior, y su decoración había sido remplazada por una ornamentación griega estilizada.

Roark se levantó. Estando así, todo le parecía más fácil. Apoyó su brazo rectamente, la mano cerrada sobre el borde de la mesa, mostrando los tendones bajo la piel de la muñeca.

—¿Ve usted la cuestión? —dijo el presidente amablemente—. Nuestros conversadores no quisieron aceptar un edificio extraño y rígido como el suyo. Sostuvieron que el público tampoco lo aceptaría. De manera que hemos buscado un término medio. De este modo, desde luego, tampoco es arquitectura tradicional, pero le dará al público la «impresión» de ver lo que está acostumbrado a ver. Y le agrega un cierto aire de dignidad pura y estable... Y esto es lo que queremos en un Banco, ¿no es así? Parece como si hubiese una ley, no escrita, que estableciera que un Banco debe tener un pórtico clásico, y que un Banco no es justamente la institución indicada para alardear de violar la ley e incitar a la rebelión. Socava ese intangible sentimiento de confianza. La gente no confía en las

novedades. Pero éste es el esquema que gustó a todos. Personalmente, no insistiría en esto, pero en realidad no veo que eche a perder nada. Y esto es lo que ha resuelto el Consejo. Claro que no significa que queramos que siga este bosquejo. Pero le da nuestra idea general y usted lo efectuará por su cuenta, haciendo su propia adaptación al motivo clásico de la fachada.

Roark contestó después. Los hombres no podían clasificar el tono de su voz, no podían decir si era una calma demasiado grande o una excesiva emoción. Resolvieron que era calma, porque la voz avanzaba con suavidad, sin violencia, sin color, esparciendo cada sílaba como con una máquina, sólo que el aire de la habitación no vibraba como ante una voz tranquila.

Concluyeron que no había nada de anormal en las maneras del hombre que estaba hablando, salvo el hecho de que su mano derecha no se separaba del borde de la mesa, y que cuando tenía que mover los planos, lo hacía con la izquierda, como si tuviese un brazo paralizado.

Habló durante mucho tiempo. Les explicó por qué aquella construcción no podía tener un motivo clásico en la fachada. Les explicó por qué un edificio honrado, como un hombre honrado, tenía que ser de una sola pieza y de una sola fe, lo que constituía la fuente de la vida, la idea de que estaba en lo profundo de todas las cosas y criaturas que existen, y por qué, si una parte, por muy pequeña que fuera, traiciona esa idea, la cosa o la criatura mueren; y por qué lo bueno, lo alto, lo noble que existe sobre la tierra es tan sólo lo que conserva su integridad. El presidente le interrumpió.

—Señor Roark, estoy de acuerdo con usted. No hay respuesta para lo que está diciendo; pero desgraciadamente en la vida práctica uno no puede ser siempre tan intachablemente coherente. Existe un elemento incalculable de emoción humana. No podemos combatir eso con la fría lógica. Esta discusión es, en realidad, totalmente superflua. Puedo estar de acuerdo con usted, pero no puedo secundarle. La cuestión está confusa. Ésa fue la decisión final del Consejo después de una discusión inusitadamente prolongada.

—¿Quiere que me presente al Consejo y les hable a sus miembros?

—Lo siento, señor Roark, pero el Consejo no permitirá que se prolongue el debate. Se le dio fin. Yo solamente le pido que nos diga si está de acuerdo o no en aceptar el trabajo en estas condiciones. Debo admitir que el Consejo ha considerado la posibilidad de su negativa, y que para tal eventualidad ha sido mencionado el nombre de otro arquitecto, Gordon L. Prescott, como el preferido en la alternativa. Pero ya dije que tenía seguridad de que usted aceptaría.

Esperó. Roark no contestó nada.

—¿Comprende la situación, señor Roark?

—Sí —dijo Roark.

Sus ojos miraron hacia abajo. Estaba contemplando los planos.

—¿Y qué?

Roark no contestó.

—¿Sí o no, señor Roark?

Roark echó hacia atrás la cabeza. Cerró los ojos.

—No —contestó.

Después de un instante, el presidente le preguntó:

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo?

—Completamente —respondió Roark.

—¡Dios mío! —exclamó Weidler de pronto—. ¿No sabe cuán importante es este trabajo? Usted es un hombre joven, pero no obtendrá otra ocasión como ésta. Y... está bien, que se vaya todo al diablo, diré. ¡Pero usted necesita este trabajo! ¡Yo sé cuán angustiosamente lo necesita!

Roark reunió los planos que estaban sobre la mesa, los enrolló y se los puso debajo del brazo.

—¡Es una locura completa! —se lamentó Weidler—. Quiero que usted lo haga. Queremos su edificio. Necesita el trabajo. ¿Es tan fanático y desinteresado?

—¿Qué? —preguntó Roark con incredulidad.

—Fanático y desinteresado.

Roark se sonrió. Miró sus proyectos... Su codo se movió, aproximándose a su cuerpo. Y dijo:

—¿Es lo más desinteresado que ha visto en un hombre?

Volvió a su oficina. Reunió sus útiles de dibujo y algunos instrumentos que tenía allí. Hizo un paquete y se lo puso bajo el brazo. Cerró la puerta y le dio la llave al administrador. Le dijo que había cerrado su oficina. Se fue a su casa y dejó el paquete. Después marchó a casa de Mike Donnigan.

—¿No? —preguntó Mike al contemplarle.

—No —dijo Roark.

—¿Qué ha pasado?

—Se lo diré en otro momento.

—¡Los bastardos!

—Eso no tiene importancia, Mike.

—¿Qué va a hacer con la oficina ahora?

—La cerré.

—¿Para siempre?

—De momento.

—¡Que se vayan todos al diablo! ¡Que se vayan diablo!

—Cállese. Necesito trabajar. ¿Puede ayudarme?

—¿Yo?

—No conozco a nadie de esas profesiones aquí. Ninguno me quería. Usted les conoce a todos.

—¿En qué? ¿De qué me está hablando?

—De construcciones. Trabajo de albañilería, como hice antes.

—Quiere decir..., ¿un simple trabajo de obrero?

—Quiero decir un simple trabajo de obrero.

—¡Usted está loco, loco de remate!

—Cortemos, Mike. ¿Me conseguirá el trabajo?

—Pero ¿por qué diablos? Usted puede conseguir un empleo decente en una oficina de arquitectura. Bien lo sabe.

—No quiero, Mike. Nunca más.

—¿Por qué?

—No quiero tocar eso. No quiero ni mirarlo. No quiero ayudarles a hacer lo que están haciendo.

—Puede conseguir un trabajo limpio y excelente en cualquier ramo.

—Tendría que pensar en un trabajo limpio y excelente, y no quiero pensar. No como piensan

ellos. Tendría que pensar como ellos a cualquier lugar que fuera. Quiero un trabajo donde no tenga que pensar.

—Los arquitectos no hacen el trabajo de los obreros.

—Es todo lo que este arquitecto puede hacer.

—Puede aprender cualquier cosa en un momento.

—No quiero aprender nada.

—¿Quiere que le consiga algo propio de obreros aquí, en la ciudad?

—Eso es lo que quiero.

Mike se indignó.

—¡No! ¡No puedo! ¡No quiero hacer eso!

—¿Por qué?

—¿Ponerse como un espectáculo para que lo vean los bastardos de la ciudad, para que todos esos inmundos sepan que lo han humillado de esta forma? ¿Para que gocen con eso?

Roark se rió.

—Eso me importa un comino, Mike. ¿Por qué ha de importarle a usted?

Bueno, no se lo permitiré. No le voy a dar semejante gusto a los inmundos.

—Mike —dijo Roark amablemente—, no hay otro remedio.

—Diablo, si que lo hay. Se lo dije antes. Ahora me escuchará las razones. Yo tengo todo el dinero que necesite hasta...

—Le contestaré lo que le dije a Austen Heller. Si me vuelve a ofrecer dinero otra vez, todo habrá terminado entre nosotros.

—Pero ¿por qué?

—No discutamos, Mike.

—Pero...

—Le estoy pidiendo que me haga un favor. Quiero trabajar. Usted no tiene por qué compadecerse de mí, si yo no lo hago.

—Pero... ¿qué le va a pasar?

—¿Dónde?

—Quiero decir... ¿y su porvenir?

—Ahorraré bastante dinero y volveré. O quizás alguno me haga volver antes.

Mike lo miró. Había en los ojos de Roark algo que él no conocía y que Roark no quería demostrar.

—De acuerdo, amigo —dijo Mike, amablemente.

Pensó un tato y después agregó:

—Escúcheme. No quiero conseguirle trabajo en la ciudad. Eso no puede hacerlo. Me revuelve el estómago pensarlo. Pero le conseguiré algo en el mismo ramo.

—Está bien, cualquier cosa; para mí es igual.

—He trabajado para todos los contratistas de ese niño mimado de Françon, de manera que los conozco a todos. Tiene una cantera de granito en Connecticut. Uno de los capataces es compañero mío. Está ahora en la ciudad, casualmente. ¿Ha trabajado alguna vez en una cantera?

—Una vez, hace tiempo.

—¿Le parece que le gustará?

—Con seguridad.

—Iré a verlo. No le diremos quién es usted. Le diré que es un amigo y nada más.

—Gracias, Mike.

Mike tomó su abrigo, se puso las manos a la espalda y miró al suelo.

—Todo irá bien, Mike.

Roark se marchó a su casa. Estaba oscuro y las calles desiertas. Hacía un viento fuerte que con su ímpetu silbante le azotaba las mejillas. Era la única evidencia de la corriente que rasgaba el aire. No había un solo árbol que se moviese, ni cortinas, ni toldos; tan sólo piedras desnudas, asfalto y esquinas rectas. Por eso en una papelería, en una esquina, una hoja de diario arrugada golpeaba contra la malla de alambre. Esto daba realidad al viento.

Dos días más tarde, por la noche, Roark partió para Connecticut.

Desde el tren se volvía para mirar la línea del horizonte de la ciudad, como si se encendiese bajo su mirada y se mantuviese por momentos a través de las ventanas. El crepúsculo había borrado todos los detalles de los edificios. Finas flechas se erguían en medio de un suave azul de porcelana, en medio de un color que no era el de las cosas reales, sino el de la noche y el de la distancia. Se levantaban con perfiles desnudos, como si fuesen moldes vacíos que tenían que ser llenados. La distancia achataba la ciudad. Solamente las flechas permanecían inconmensurablemente altas, fuera de toda proporción con el resto de la tierra. Estaban en un mundo, propio, como si elevasen al cielo la declaración de lo que el hombre había concebido y de lo que había hecho posible. Eran moldes vacíos. Pero si el hombre había ido tan lejos, podía continuar hacia delante. La ciudad en el borde del cielo era una pregunta... y una promesa.

Pequeñas luces, como puntitos luminosos, se encendían en la cima de una torre famosa, en las ventanas del restaurante «Star Roof». Después el tren se desvió por una curva y la ciudad desapareció.

Aquella noche había una recepción en el salón de banquetes del restaurante «Star Roof», para celebrar la admisión de Peter Keating como socio de la firma que en adelante se denominaría Françon-Keating.

La larga mesa parecía cubierta por una lámina de luces y no por un mantel. Guy Françon se sentó. Aquella noche no tomó en cuenta los hilos de plata que aparecían en sus sienes, que brillaban, contrastando con el cabello negro y dándole un aire de aseo y elegancia, como la blanca rigidez de su camisa contrastaba con el negro traje de etiqueta.

En el sitial de honor se sentó Peter Keating. Se echó hacia atrás, con sus rectos hombros, en actitud de brindar. Su negro cabello resaltaba sobre su blanca frente. En aquel único instante de silencio los comensales no sentían envidia, ni resentimiento, ni maldad. Había un sentimiento de hermandad en la sala en presencia del muchacho, hermoso y pálido, que estaba con la solemnidad de la primera comunión.

Ralston Holcombe se puso en pie para hablar. Estaba con la copa en la mano. Había preparado un discurso, pero se asombraba al advertir que estaba diciendo algo completamente diferente, con voz sincera. Dijo:

«Somos los guardianes de una gran función humana, quizá la función más grande que haya

intentado el hombre. Hemos realizado mucho y nos hemos equivocado a menudo. Estamos dispuestos, con toda humildad, a dejar el camino a nuestros herederos. Somos nada más que hombres, somos nada más que, investigadores, pero buscamos la verdad con lo mejor que vive en nuestros corazones. Investigamos con lo mejor que vive en nuestros corazones. Investigamos con lo mejor que ha sido concedido a la raza humana. Es una gran cuestión. ¡Por el porvenir de la Arquitectura de los Estados Unidos!».

Segunda Parte

ELLSWORTH M. TOOHEY

Tener los puños cerrados firmemente, como si la piel de las palmas se hubieran pegado al acero que sostenía; conservar firmes los pies, afirmándolos vigorosamente en la roca que los empujaba hacia arriba; no sentir la existencia del cuerpo sino por la tensión; sentir el barreno que se estremecía en un largo sacudimiento convulsivo en las rodillas, las muñecas, los hombros; sentir sacudidas en el estómago, en los pulmones; que las líneas rectas de los bordes de piedra se disuelven en su presencia en raspaduras melladas; sentir que el barreno y el cuerpo se unían en un solo deseo de ímpetu, que una barra de acero se podía hundir lentamente en el granito...: ésa era la vida diaria de Howard Roark desde hacía dos meses.

Le gustaba el trabajo. Sentía a veces como si fuera una lucha entre sus músculos y el granito. Por la noche estaba muy cansado. Le gustaba ese vacío del cansancio en su cuerpo.

Todos los atardeceres recorría las dos millas que separaban la cantera de la pequeña ciudad en donde vivían los obreros. La tierra de los bosques que atravesaba era suave y tibia bajo sus pies. Esto resultaba extraño después de un día pasado en las colinas de granito y cada noche se sonreía, como ante un nuevo placer, y miraba hacia abajo para ver cómo sus pies trituraban una sustancia que respondía a la presión y les permitía dejar sus leves huellas.

Había un cuarto de baño en el desván de la casa donde se alojaba. La pintura del suelo se había descascarillado y las tablas desnudas eran de un blanco grisáceo. Permanecía largo rato en la bañera para que el agua fría absorbiera el polvo de piedra que había en su piel. Apoyaba la cabeza en el borde de la bañera y cerraba los ojos. La grandeza de su cansancio era su propio alivio; sentía el placer de que la tensión iba abandonando sus músculos.

Cenaba en la cocina con otros cuatro obreros de la cantera. Se sentaba solo a la mesa, en un rincón. El humo de la grasa que crepitaba eternamente en la enorme cocina de gas ocultaba el resto de la habitación envuelta en una humareda pegajosa. Comía poco. Bebía mucha agua. El líquido frío y brillante, bebido en un limpio vaso, era embriagador.

Dormía en una pequeña cama de madera, debajo del techo. Las vigas se inclinaban hacia la cama. Cuando llovía, oía el ruido de las gotas al caer en el techo, y no comprendía por qué la lluvia no golpeaba su cuerpo.

A veces, después de cenar, solía caminar por el bosque que empezaba detrás de la casa. Se echaba en el suelo, boca abajo, con los codos clavados, descansando el mentón en las manos, y contemplaba los modelos de las nervaduras en las verdes hojas que tenía delante, las soplaba, observaba cómo se estremecían y cómo volvían a aquietarse. Más arriba, las hojas se conservaban verdes todavía, pero eran de un verde espeso, sombrío, comprimido, como si el color se condensase en un esfuerzo último antes que lo disolviese la oscuridad. Las hojas colgaban inmóviles en el cielo de brillante amarillo de limón; su palidez luminosa acentuaba la decadencia de su brillo. Presionaba su espalda contra la tierra que tenía debajo; la tierra resistía, pero cedía al fin. Era una silenciosa victoria. Sentía un placer vago y sensual en los músculos de las piernas.

Algunas veces, aunque no a menudo, se quedaba allí, sin moverse, durante mucho rato. Entonces se sonreía; era la sonrisa suave del verdugo que vigila a su víctima. Meditaba en los días que pasaban, en los edificios que podía haber hecho, que podría hacer o que jamás haría. Vigilaba el

aspecto del dolor no buscado con una curiosidad fría, desprendida. Se dijo a sí mismo: «Caramba, está aquí otra vez». Calculaba cuánto podía durar. Tuvo un placer duro y extraño al observar esta lucha, y se olvidó de que era su propio sufrimiento. Sonrió con desprecio, sin advertir que sonreía ante su propia agonía. Tales momentos eran raros, pero, cuando llegaban, se sentía como en la cantera, cuando tenía que taladrar el granito, cuando tenía que colocar una cuña y hacer volar lo que en su interior apelaba a su piedad.

Dominique Françon vivió sola aquel verano en la gran mansión colonial de su padre, situada a tres millas de distancia de la ciudad. No recibía visitas. Un viejo sirviente y su esposa, que estaban al cuidado de la finca, eran los únicos seres humanos que veía, y no a menudo, sino sólo en caso de necesidad. Ellos vivían a alguna distancia de la mansión, cerca de las caballerizas. El viejo atendía al jardín y a los caballos, y su esposa cuidaba la casa y cocinaba para Dominique.

La mujer servía la comida con la graciosa severidad que había aprendido en los días en que la madre de Dominique vivía y presidía la mesa de los invitados en el gran comedor.

De noche, Dominique hallaba dispuesto su sitio solitario en la mesa, como en un banquete ceremonioso. Las doradas llamas de las velas encendidas permanecían inmóviles como el metal brillante de las lanzas de una guardia de honor. La oscuridad se extendía por el vestíbulo; las ventanas inmensas se erguían como una fila de centinelas. Una bola de cristal estaba en medio de un lago de luz en el centro de la mesa con un solo nenúfar, que extendía sus blancos pétalos en torno a un centro amarillo como una gota de fuego.

La vieja mujer servía los platos en medio de un silencio recatado y desaparecía de la casa no bien terminaba de hacerlo. Cuando Dominique subía a su dormitorio, encontraba el delicado camisón bordado extendido sobre la cama. Por la mañana, cuando entraba en el cuarto de baño, encontraba agua en la bañera hendida, las sales de baño con olor a jacinto, los bruñidos azulejos de aguamarina, que brillaban bajo sus plantas, las toallas inmensas, extendidas como ventisqueros para engullir su cuerpo... Sin embargo, no oía pasos ni advertía la presencia de ningún ser viviente en la casa. El trato de la mujer con Dominique tenía la misma precaución reverente que ponía en práctica la vieja para limpiar las piezas de cristal de Venecia que había en las vitrinas de la sala.

Dominique había pasado muchos veranos e inviernos rodeándose de gente para sentirse sola, y este experimento de su soledad actual era un encanto para ella y una traición a una debilidad que no podía permitirse jamás: la debilidad de gozarla. Extendía sus brazos y los dejaba caer con pereza, sintiendo una pesadez dulce y soñolienta, como después de una primera embriaguez. Tenía conciencia de sus trajes de verano, sentía que sus rodillas, sus muslos, encontraban la débil resistencia del género cuando se movía, y esto le daba conciencia, no del género, sino de sus rodillas y de sus muslos.

La casa quedaba aislada entre grandes extensiones de tierra y bosques que se extendían a lo lejos. No había vecinos en muchas millas. Cabalgaba por caminos desiertos, por sendas ocultas que no conducían a ninguna parte. Las hojas brillaban al sol y las ramas pequeñas crujían en el aire conforme ella pasaba. De vez en cuando contenía la respiración con la esperanza súbita de que encontraría algo magnífico y mortal al dar la primera vuelta en el camino. No podía anticipar qué sería, ni podía decir si sería un espectáculo, un ser humano o un acontecimiento. Sabía tan sólo su calidad, la sensación de un placer audaz.

A veces salía a pie de la casa y caminaba millas y millas sin proponerse fines ni horas de regreso. Los automóviles pasaban a su lado por el camino, la gente de la ciudad próxima la conocía y la saludaba; se la consideraba la castellana de la región, como antes había sido considerada su madre. Se desviaba de los caminos para recorrer los bosques, iba balanceando los brazos, caídos con desgana, observando las cimas de los árboles. Contemplaba las nubes que flotaban encima del follaje, como si un árbol gigante se moviese delante de ella, al sesgo, queriendo aplastarla. Se detenía, la cabeza echada hacia atrás, la garganta tendida. Luego, sin darle importancia, continuaba. Apartaba de su camino, con violencia e impaciencia, las gruesas ramas que herían sus brazos desnudos. Seguía caminando aunque se hallara exhausta, marchaba adelante a pesar del agotamiento de sus músculos. Luego se echaba de espaldas y yacía inmóvil, extendiendo los brazos y las piernas, como si formaran una cruz. Respiraba con libertad; se sentía vacía y aplastada, como si el peso del aire ejercitara presión sobre su pecho.

Algunas mañanas, cuando se despertaba en el dormitorio, oía las explosiones de la cantera de granito. Apoyaba la cabeza en el brazo que descansaba sobre la blanca almohada de seda y se ponía a escuchar. Era un ruido de destrucción que le gustaba.

Como el sol estaba muy ardiente aquella mañana, en la cantera haría más calor aún. Dominique se encaminó hacia ella entonces porque no quería ver a nadie, aunque sabía que se encontraría con un grupo de obreros. El pensamiento de verlos en aquel día ardiente la rebelaba, pero el proyecto le gustó.

Cuando salió del bosque y llegó al linde de las grandes concavidades de piedra, sintió como si la empujasen a una cámara de ejecución, llena de vapores ardientes. El calor no procedía del sol, sino de los cortes que habían sido hechos en la roca, de la refracción de la piedra cortada. Sus hombros, su cabeza, su espalda, expuestos al sol, parecían fríos comparados con el fuego que subía de las piedras por sus piernas, a su rostro, a su nariz. El aire resplandecía abajo, el granito arrojaba proyectiles de llama. Pensó que la piedra se agitaba, se derretía, se arrastraba en ríos de blanca lava. Barrenos y martillos hacían crujir el peso inmóvil del aire. Producía disgusto contemplar a los hombres en los escalones de aquel horno. No parecían obreros, sino un grupo encadenado que cumplía una sentencia indecible, por un crimen indecible. No pudo alejarse.

Estaba en aquel lugar como un insulto. Su traje tenía el color del agua, un verdeazul pálido, demasiado sencillo y costoso, sus pliegues eran iguales exactamente a los bordes del vidrio; los tacones bajos, que esquivaban las piedras sueltas; el casco liso de sus cabellos; la fragilidad exagerada de su cuerpo ostentaba la fastidiosa frialdad de los jardines y de los salones de donde ella procedía.

Miró hacia abajo. Sus ojos se detuvieron en los cabellos anaranjados de un hombre que levantó la cabeza para mirarla.

Se quedó muy tranquila, porque su primera percepción no fue visual, sino táctil; no era la conciencia de una presencia visible, sino de una bofetada en la cara. Mantuvo una mano torpemente separada de su cuerpo, con los dedos bien apartados, como si se apoyase en una pared. Se dio cuenta que no podría moverse hasta que no se lo permitiera él.

Contempló su boca y el desprecio silencioso que ostentaba su forma, los planos de sus mejillas, flacas, hundidas; el brillo puro y frío de sus ojos, que carecían de todo rasgo de piedad. Advirtió que

era la cara más hermosa que había visto, porque era la abstracción de la fuerza hecha visible. Sintió una convulsión de cólera, de protesta, de resistencia... y de placer. Él la contempló, pero aquello no era una mirada, sino un acto de posesión. Ella pensó darle con su rostro la respuesta que merecía, pero en cambio miró el polvo de la piedra que tenía en sus brazos quemados, la camisa empapada que se adhería a su pecho, sus largas piernas. Pensó en aquellas estatuas masculinas que siempre había buscado y se preguntó cómo sería desnudo. Se dio cuenta de que él la miraba como si supiera todo eso. Creyó que su vida tenía un objeto: un odio súbito y arrebatado por ese hombre.

Fue la primera en moverse, alejándose de él. Vio al superintendente de la cantera, que estaba en una senda, y lo saludó con la mano. El superintendente corrió a su encuentro.

—¡Caramba, señorita Françon! ¿Cómo está usted, señorita?

Hubiera querido que el hombre que estaba allá abajo oyese aquellas palabras. Por primera vez en su vida, se sentía feliz de ser la señorita Françon, feliz de la posesión y de las posesiones de su padre, a quien siempre había despreciado. Pensó que aquel hombre no era nada más que un obrero que pertenecía al propietario del lugar, y que ella era casi la propietaria.

El superintendente esperó respetuosamente. Ella sonrió, y dijo:

—Supongo que algún día heredaré la cantera, de manera que he pensado que debo demostrar cierto interés de cuando en cuando.

El superintendente la guiaba por la senda, mostrándole su dominio y explicándole el trabajo. Lo siguió por el otro lado de la cantera, descendió a una hoyada de un verde polvoriento, donde estaban las barracas del trabajo, para inspeccionar las ensordecedoras máquinas. Dejó transcurrir un tiempo conveniente, después se volvió sola por el borde de la concavidad de granito.

Lo vio a lo lejos, conforme se acercaba. Estaba trabajando. Vio que un mechón de sus rojizos cabellos le caía en la cara y que se movía a causa de la explosión del barreno. Creyó, llena de esperanzas, que las vibraciones le producirían daño, que herirían su cuerpo, todos los órganos de su cuerpo.

Cuando estuvo en las rocas, él levantó la cabeza y la contempló. No se daba cuenta de que la veía acercarse. Él estaba mirando hacia arriba, como si esperase que volviera, como si supiese que debería volver. Ella vio la insinuación de una sonrisa, más insultante que las palabras, y que sostenía la insolencia de la mirada anterior... No se movía; no le haría la concesión de volverse..., de reconocer que no tenía derecho a mirarla de esa forma. No sólo se había tomado ese derecho; decía, en silencio, que ella se lo había concedido.

Se volvió de súbito y siguió caminando por el declive rocoso, alejándose de la cantera.

Lo que más recordaba, no eran sus ojos ni su boca: eran sus manos. El significado de aquel día parecía residir en una sola imagen: la del instante en que las manos descansaban en el granito. Las vio de nuevo: las yemas de los dedos hacían presión en la piedra, los largos dedos continuaban las líneas rectas de los tendones, que se abrían en abanico desde la muñeca hasta las articulaciones. Pensaba en él, pero la imagen que tenía presente en su pensamiento era la de una mano sobre el granito. Aquello le dio miedo, un miedo que no podía comprender.

«No es nada más que un obrero común —pensó—, un jornalero que hace un trabajo de condenado». Se lo dijo al sentarse delante del espejo del tocador. Contempló los objetos de cristal que estaban esparcidos como esculturas de hielo, proclamando su fría y lujosa fragilidad, y se acordó

de su cuerpo esforzado, de sus ropas empapadas en sudor y polvo, de sus manos. Dio importancia al contraste, porque la rebajaba. Se echó hacia atrás, cerrando los ojos. Se acordó de muchos hombres distinguidos a los cuales había rechazado. Pensó en el obrero de la cantera. Pensó que la estaba destrozando no un hombre a quien admiraba, sino un hombre a quien detestaba. Dejó caer la cabeza sobre su brazo. El pensamiento le produjo una debilidad de placer.

Durante dos días creyó que podría huir de aquel sitio. Encontró en el baúl viejas guías de viajes, las estudió, eligió lugar, hotel, la habitación del hotel, eligió el tren que iba a tomar, el barco, el número del camarote. Era una diversión viciosa en ella, pues sabía que no haría el viaje; sabía que volvería a la cantera.

Tres días más tarde volvió. Se detuvo junto al borde donde trabajaba él y se quedó observándole descaradamente. Cuando él levantó la cabeza, no se volvió; Su mirada le decía que sabía el significado de su acción, pero que no lo respetaba. La mirada de él decía, simplemente, que había esperado que regresara. Se inclinó hacia el barreno y continuó su trabajo. Ella esperó. Deseaba que levantase la vista. Se daba cuenta de que él lo sabía, pero no volvió a mirarla.

Se quedó mirando sus manos, observando el instante en que tocaba la piedra. Olvidó el barreno y la dinamita, Le gustaba pensar en el granito que rompían sus manos.

Oyó que el superintendente la llamaba por su nombre, corriendo tras ella, por la senda. Se volvió cuando él se acercó.

—Me gusta observar a los hombres que trabajan —comentó.

—Sí, es un cuadro, ¿no? —convino el superintendente—. Allí está el tren a punto de salir con otra carga.

No observó el tren. Miró al hombre que estaba ahí abajo y que le miraba. La insinuación insolente y divertida parecía decirle que él no ignoraba que ella no quería que la mirase nuevamente. Volvió la cabeza. Los ojos del superintendente, que recorrían la hoja, se detuvieron en el hombre.

—¡Eh, usted, el que está ahí abajo! ¿Se le paga por trabajar o para estar con la boca abierta?

El hombre se inclinó, en silencio, sobre el barreno. Dominique rió fuertemente. El superintendente dijo:

—Es una banda de truhanes la que tenemos aquí, señorita... Algunos dé ellos salidos de la cárcel.

—Ese hombre ¿ha estado en la cárcel? —preguntó, señalando hacia abajo.

—No podría decirlo. No los conozco más que de vista.

Deseaba que hubiera estado realmente en la cárcel. Quería saber si se azotaba aún a los condenados. Esperaba que sí.

Volvióse bruscamente y dejó la cantera.

Retornó muchos días después. Lo vio inesperadamente sobre una extensión de piedra delante de ella, junto a la senda. Se detuvo un poco. No quería aproximarse demasiado. Le resultaba extraño verle tan cerca, sin la defensa y la excusa de la distancia.

Él se quedó mirándola fijamente. Su comprensión era demasiado ofensiva e íntima, porque nunca se habían dicho una palabra. Ella destruyó este silencio, hablándole.

—¿Por qué me mira siempre? —preguntó mordazmente.

Se consoló al pensar que las palabras eran el mejor medio de desviarse. Habló como si ignorase

lo que los dos sabían. Se quedó en silencio, mirándole. Sintió terror al pensar que él podía no contestarle, que podía dejar que lo hiciese su silencio, porque ninguna respuesta era necesaria; pero respondió:

—Por la misma razón que usted me está mirando.

—No sé qué quiere decir.

—Si no lo supiese, estaría mucho más asombrada y mucho más colérica, señorita Françon.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Usted lo ha anunciado en voz alta.

—Mejor sería que no fuese insolente. Puedo hacerle echar en seguida, ¿sabe?

—Puede llamar al superintendente.

Ella se sonrió con desprecio.

—No, no. Sería demasiado simple. Pero desde que sabe quién soy yo, sería mejor que no me mirara cuando vengo aquí. Puede ser mal interpretado.

—No lo creo.

Se retiró. Tuvo que dominar su voz. Contempló los bordes de las piedras.

—¿Le resulta muy duro trabajar aquí?

—Sí. Terriblemente duro.

—¿Se cansa?

—Indudablemente.

—¿Qué es lo que siente?

—Que apenas puedo caminar cuando termina el día. No puedo ver mis brazos por la noche. Cuando estoy en la cama, puedo contar cada músculo de mi cuerpo por el número de los dolores, separados y diferentes.

Se dio cuenta, al punto, de que no hablaba de sí mismo, que hablaba de ella, que decía las cosas que ella quería oír.

Sintió cólera, una cólera satisfecha, porque era fría y cierta. Sintió también deseos de que él tocase su piel, de que sus brazos, desnudos, se estrechasen con los de él; nada más que eso: el deseo no fue más allá.

Le preguntó con calma:

—¿Es adecuado para usted este lugar? Usted no habla como un obrero. ¿Qué hacía antes?

—Era electricista, plomero, enyesador..., muchas cosas.

—¿Por qué trabaja aquí?

—Por el dinero que ustedes me pagan, señorita Françon.

Ella se encogió de hombros, se retiró y continuó subiendo por el sendero. Sabía que seguía mirándola, pero no se volvió. Continuó su camino por la cantera y la abandonó tan pronto como pudo, pero no miró hacia abajo, adonde lo habría visto nuevamente.

II

Todas las mañanas, Dominique se despertaba con el proyecto de vivir un día que tuviese algún significado en su existencia. El objeto de aquel día era no ir a la cantera.

Había perdido la libertad, que tanto amaba. Sabía que la lucha continua contra el impulso de un simple deseo era compulsión también.

Fue a visitar a unos vecinos que vivían lejos, a una familia rica y agradable que la había aburrido en Nueva York. No había visitado a nadie durante todo el verano. Se asombraron y quedaron encantados al verla. Se sentó al borde de la piscina, entre un grupo de personas distinguidas, y observó la atmósfera de fastidiosa elegancia que la rodeaba. Notó los cambios de actitud de todas aquellas personas cuando se dirigían a ella. Contemplaba la imagen de él en la piscina y le pareció más delicadamente austera que las otras.

Y pensó con un estremecimiento vicioso qué harían aquellas personas si leyesen en su espíritu, al saber que estaba pensando en un obrero de la cantera, pensando en su cuerpo con una intimidad penetrante que nadie emplea en otro cuerpo que no sea el propio. Sonrió; la fría pureza de su rostro les impedía notar la naturaleza de aquella sonrisa.

Una noche, uno de los invitados le ofreció llevarla a su casa. Era un poeta joven y muy famoso, pálido, delgado. Tenía una boca suave y sensitiva y los ojos heridos por todo el mundo. Dominique advirtió la atención anhelante con que él la miraba desde hacía largo rato. Conforme viajaban en el crepúsculo, vio que se le acercaba vacilante. Oyó que su voz susurraba todas aquellas cosas suplicantes e incoherentes que había escuchado a tantos hombres. Él detuvo el coche. Sintió que los labios de él se habían posado sobre sus hombros. Se separó de un salto. Quedóse inmóvil un instante todavía, porque si se movía tenía miedo de rozarse con él y no hubiera podido soportarlo. Después se arrojó por la puerta abierta, saltó y la hizo sonar al cerrarla, como si el estrépito del sonido pudiese borrarlo de la existencia, y corrió ciegamente. Después de un momento se detuvo y luego continuó caminando, temblando, por un camino oscuro, hasta que vio la línea de los tejados próximos a su casa.

Se detuvo mirando en torno con el primer pensamiento coherente de su asombro. Tales incidentes le habían ocurrido a menudo en el pasado, con la diferencia de que entonces se había divertido, no había sentido repugnancia, no había sentido nada.

Caminó lentamente por el césped que rodeaba la casa. Se detuvo en la escalera que conducía a su habitación. Comenzó a pensar en el hombre de la cantera. Se dijo, con palabras claras, bien precisas, que aquel hombre la quería. Lo había sabido antes, lo supo desde la primera vez que él la había mirado, pero nunca se lo había dicho a sí misma.

Se rió. Miró en torno el esplendor silencioso de la casa. La casa hacía ridículas sus palabras. Sabía lo que no le ocurriría nunca, y la clase de sufrimientos que le impondría a él.

Durante varios días recorrió la casa con satisfacción. Era su defensa. Oía las explosiones de la cantera y se reía.

Pero estaba demasiado segura y la casa estaba totalmente a salvo. Sintió deseos de acentuar aquella seguridad desafiando el peligro.

Eligió la repisa de mármol de la chimenea de su habitación. La quiso romper. Se arrodilló,

martillo en mano, tratando de hacer pedazos el mármol. Lo golpeó —el brazo delgado pasaba rápidamente sobre su cabeza— con feroz impotencia. Sintió dolor en los huesos de los brazos y en la espalda. Logró agrietar el mármol.

Se fue a la cantera. Lo vio desde lejos y se acercó a él.

—¡Hola! —dijo, demostrando sorpresa.

Él detuvo el barreno y lo apoyó en una de las gradas de la piedra.

—¡Hola! —contestó.

—He pensado en usted —dijo amablemente, y se detuvo. Después, agregó con la voz fluyente, en tono de obligada invitación—: porque tengo un trabajito en mi casa. ¿Le gustaría ganarse un dinero extra?

—Ciertamente, señorita Françon.

—¿Quiere venir a mi casa esta noche? La entrada de los sirvientes está por el camino Ridgewood. Se me ha roto una repisa de mármol y he de sustituirla. Quiero que la saque y haga poner una nueva.

Creyó que rehusaría, pero él preguntó:

—¿A qué hora tengo que ir?

—A las siete. ¿Cuánto le pagan aquí?

—A sesenta y dos centavos la hora.

—Estoy segura de que eso es lo que vale. Estoy dispuesta a pagarle el mismo precio. ¿Sabe cómo encontrar mi casa?

—No, señorita Françon.

—Pídale a cualquiera del pueblo que se lo indique.

—Sí, señorita.

Se fue desalentada. Sintió como si un secreto entendimiento se hubiese perdido. Él había hablado como si se tratase de un simple trabajo que pudiera habérselo ofrecido a cualquier otro obrero. Después volvió a sentir ese sentimiento de vergüenza y de placer que él siempre le producía, se dio cuenta de que el entendimiento era más íntimo y flagrante aún, pues al aceptar un ofrecimiento tan poco natural, él había demostrado, al no asombrarse, cuánto era lo que sabía.

Le pidió al viejo sirviente y a su esposa que aquella tarde se quedasen en la casa. La tímida presencia de ellos completaba el cuadro de una mansión feudal. A las siete oyó el timbre de la puerta de servicio. La vieja mujer lo acompañó hasta el gran vestíbulo, donde estaba Dominique, en el descanso de una amplia escalinata.

Le observaba conforme se iba acercando, contemplándola. Conservó la misma actitud todo el tiempo conveniente para que él sospechase que se trataba de una actitud deliberadamente preparada, que abandonaría en el instante preciso en que él la advirtiese.

—Buenas noches —dijo. Su voz era austeramente tranquila.

Él no contestó, pero inclinó la cabeza y siguió por la escalera hasta llegar a ella. Llevaba su ropa de trabajo y un saco de herramientas. Sus movimientos tenían una rápida energía, mitigada, que no estaba de acuerdo con aquella casa, con los escalones lustrados, con las delicadas y rígidas barandas. Ella creyó que parecía incongruente en la casa, pero era la casa la que parecía incongruente en torno a él. Movi6 una mano indicándole la puerta del dormitorio. Él siguió

dócilmente. Parecía que no advirtiese la habitación en la cual entraba, pues entró como si fuese un taller. Marchó en dirección a la chimenea.

—Ahí está —dijo ella, señalando con el dedo la pieza de mármol.

Se quedó callado. Se arrodilló, sacó del saco una cuña de fino metal, la introdujo en la rajadura del mármol, tomó un martillo y dio un golpe. El mármol se partió en un corte largo y profundo.

Levantó la vista hacia ella. Era la mirada que temía, una mirada de risa que no se podía contestar, porque la risa no se veía, se sentía solamente.

—Ahora que está roto, hay que remplazarlo.

—¿Sabe qué clase de mármol es éste y dónde se puede comprar una pieza semejante? —preguntó ella con calma.

—Sí, señorita.

—Siga entonces; sáquelo.

—Sí, señorita.

Se quedó observándole. Le resultaba extraño sentir aquella necesidad insensata de observar el proceso mecánico del trabajo, como si sus ojos lo estuvieran ayudando. Ella se dio cuenta de que temía contemplar la habitación en la cual estaban. Esto le hizo levantar la cabeza.

Vio el tocador —el borde del espejo parecía una estrecha cinta de seda verde, en la semioscuridad— y la vitrina de cristal; había un par de chinelas blancas, una toalla de un azul pálido en el suelo, cerca del espejo, un par de medias sobre un brazo del sillón; miró la blanca colcha de seda en la cama.

Su camisa tenía manchas húmedas y parches grises de polvo de la piedra. Sentía como si él hubiese tocado cada objeto de la habitación, como si el aire fuera un lago de agua espesa en la cual los dos se hubiesen sumergido juntos y el agua que lo tocaba le transmitiese el contacto a cada objeto de la habitación. Ella deseaba que él mirase hacia arriba, pero trabajaba sin levantar la cabeza.

Se acercó y siguió silenciosa a su lado. Nunca había estado tan cerca de él. Contempló la suave piel de su cuello, pudo distinguir cada hebra de sus cabellos. Miró la punta de su sandalia, estaba a una distancia de una pulgada de su cuerpo; con el más mínimo movimiento que hubiese hecho con el pie hubiera tocado el cuerpo de él. Dio un paso hacia atrás.

Él movió la cabeza, pero no levantó la mirada, sino que tomó otra herramienta del saco y se inclinó otra vez sobre el trabajo.

Dominique se rió fuertemente. Él suspendió el trabajo y la miró:

—¿Qué?

El rostro de ella era grave, y su voz suave, cuando contestó:

—Lo siento. Habrá pensado que me reía de usted. Claro que no ha sido así. No quise estorbarle —agregó—. Estoy segura de que deseará terminarlo antes de irse de aquí. Quiero decir, porque, naturalmente, debe de estar cansado. Pero, por otra parte, como le voy a pagar por horas, si alarga un poco su tiempo, puede sacar más. Quizá quiera hablar de alguna cosa.

—Sí, señorita.

—¿Ah, sí?

—Pienso que ésta es una chimenea atroz.

—¿Cierto? Esta casa fue proyectada por mi padre.

—Sí, es claro, señorita.

—No discuta el trabajo del arquitecto.

—De ningún modo.

—Seguramente podríamos buscar algún otro tema.

—Sí, señorita.

Se alejó de él, se sentó en la cama, echando los brazos atrás, tiesos; cruzó las piernas tan estrechamente que formaban una sola línea recta. Su cuerpo, encorvado con desgana, contradecía la inflexible precisión de sus piernas; la fría austeridad del rostro contradecía la posición de su cuerpo.

Él le dirigió una mirada casual, mientras seguía trabajando. Hablaba dócilmente, diciendo:

—Conseguiré una tabla de mármol de la misma calidad, señorita. Es muy importante distinguir las distintas clases de mármol. Hablando en general, hay tres clases. Los mármoles blancos, que se originan en la recristalización de la piedra caliza; los ónices, que son depósitos químicos de carbonato de calcio, y los mármoles verdes, que, la mayor parte de las veces, consisten en hidromagnesio o serpentina. Esta última no debe ser considerada como verdadero mármol. El verdadero mármol es una variedad metafórica de la piedra caliza producida por el calor y la presión. La presión es un factor poderoso, conduce a consecuencias que una vez puestas en movimiento no pueden regularse.

—¿Qué consecuencias? —preguntó Dominique inclinándose hacia delante.

—La recristalización de las partículas de piedra caliza y la infiltración de elementos extraños del suelo que hay alrededor. Éstos constituyen las estrías coloreadas que se encuentran en muchos mármoles. El mármol rosado es producido por la presencia de óxido de manganeso; los mármoles grises tienen un origen carbónico; el amarillo es atribuido al óxido de hierro. Este pedazo es, naturalmente, mármol blanco. Hay una gran variedad de mármoles blancos. Tendría que tener mucho cuidado, señorita...

Ella estaba inclinada hacia delante en un oscuro desorden. La luz de la lámpara caía sobre la mano que descansaba con desgana en sus rodillas, la palma hacia fuera, los dedos medio cerrados, un borde leve de luz perfilaba cada dedo, que hacía más blanca y más brillante la mano, en contraste con el oscuro género del traje.

—... y comprar un nuevo pedazo de la misma calidad exacta. Éste es mármol blanco de Alabama, de la mejor calidad.

Él vio cerrarse y caer su mano en la sombra. Continuó trabajando en silencio. Cuando terminó, se levantó, preguntando:

—¿Dónde tengo que poner la piedra?

—Déjela ahí. Yo haré que se la lleven.

—Encargaré una nueva pieza cortada a medida y a pagar contra entrega. ¿Quiere que yo la coloque?

—Sí, claro. Se lo comunicaré cuando la reciba. ¿Cuánto le debo? —Y miró el reloj de una mesa contigua—. Deje que vea. Usted ha estado aquí tres cuartos de hora. En total, cuarenta y ocho centavos. —Sacó un billete de un dólar y se lo entregó—. Quédese con la vuelta.

Creyó que se lo arrojaría a la cara, pero se metió el billete en el bolsillo y le respondió:

—Gracias, señorita.

Observó que el borde de su larga manga negra temblaba sobre la mano cerrada.

—Buenas noches —dijo ella con la voz hueca de cólera.

—Buenas noches, señorita —respondió él. Y, bajando la escalera, salió de la casa.

Se quedó pensando en él. Pensó en el pedazo de mármol que había encargado. Esperaba que llegase, con la intensidad febril de una súbita manía; contaba los días, observaba los raros camiones que pasaban por el camino que se extendía más allá del césped.

Se decía a sí misma, con coraje, que lo único que deseaba era que llegase el mármol, nada más que eso, nada más, sin ocultas razones, sin otras razones. Era la última consecuencia nerviosa, era libre de cualquier otra cosa. La piedra llegaría y eso constituiría el fin.

Cuando llegó el mármol, apenas lo miró. Apenas se había alejado el camión que lo trajo cuando ya ella estaba sentada al escritorio escribiendo una nota en una hoja de fino papel:

El mármol está aquí. Quiero que esta noche lo coloque.

Envió al sirviente con la nota a la cantera. Le ordenó que se la entregase.

—No conozco su nombre. Al obrero de pelo rojizo que trabaja allí.

El anciano volvió con un pedazo de papel cortado de alguna bolsa de envoltorio, de color castaño, en el cual estaba escrito con lápiz:

Lo tendrá colocado esta noche.

Esperó en la ventana de su dormitorio, en el vacío sofocante de la impaciencia. El timbre de la entrada de servicio sonó a las siete. Oyó un golpe en la puerta. «¡Entre!», gritó, para ocultar el sonido extraño de su propia voz. La puerta se abrió y la esposa del criado entró acompañando a alguien que la seguía. La persona que iba detrás de ella era un italiano pequeño, agobiado, de edad mediana, con piernas zambas, con aros de oro en las orejas y un sombrero raído, que sostenía con ambas manos.

—Es el hombre que han enviado de la cantera —dijo la mujer del sirviente.

—¿Quién es usted? —le preguntó Dominique, sin un chillido en su voz, sin una objeción.

—Pascual Orsini —repuso el hombre, dócilmente, perplejo.

—¿Qué quiere?

—Bueno, yo... El pelirrojo me dijo que había que arreglar una chimenea; dijo que usted quería que yo la pusiese.

—Sí. Sí, desde luego —dijo, levantándose—. Lo había olvidado. Vaya delante.

Tuvo que salir de la habitación, tuvo que correr, sin que nadie la viera, apretándose los puños contra los ojos. Estaba colérica. Era una emoción pura, única, que hacía desaparecer cualquier otra, cualquier otra cosa por el terror de la cólera; terror, porque sabía que no quería acercarse a la cantera, pero que iría.

Muchos días después, al anochecer, fue a la cantera. Volvía de una larga cabalgada por la región y vio que las sombras se alargaban en el césped. Se dio cuenta de que le sería imposible vivir así otra noche más. Tenía que ir allí antes que saliesen los obreros. Giró y cabalgó volando hacia la cantera. El viento le cortaba la cara.

Cuando llegó, él no estaba ya. Supo en seguida que no estaba allí, aunque era el instante preciso en que los trabajadores salían y muchos enfilaban las sendas de la hoya pétrea. Esperó, buscándolo, con los labios apretados. Pero notó que se había ido.

Cabalgó por los bosques. Corría al azar entre muros de hojas que se mezclaban, al frente, con el crepúsculo, que se cerraba. Se detuvo, arrancó una rama de un árbol, le quitó las hojas y usó como látigo la caña flexible, castigando al caballo para que marchase más rápidamente. Sentía como si la velocidad apurase la marcha de la noche, como si forzara las horas para que pasaran con más rapidez, como si fuera a permitirle saltar a través del tiempo para alcanzar la mañana próxima antes que llegase. Y entonces vio que él iba caminando solo por una senda que se extendía delante. Corrió, lo alcanzó y se detuvo de golpe. La detención repentina la empujó hacia delante y después hacia atrás, como un resorte que se contrajera. Se detuvo.

No se dijeron nada. Se miraron el uno al otro. Ella pensó que cada instante de silencio que transcurría era una traición; aquel encuentro sin palabras era demasiado elocuente; reconocían que no eran necesarios los saludos.

—¿Por qué no fue a colocar el mármol?

—Pensé que no había ninguna diferencia en que fuese yo o fuera otro. ¿O había alguna diferencia, señorita?

Sintió las palabras, no como un sonido, sino como un golpe descargado en la boca. Levantó la rama que tenía, le azotó el rostro y partió al instante.

Dominique estaba sentada junto al tocador, en su dormitorio. Era muy tarde. No había un solo ruido en toda la casa, vasta y vacía. Las ventanas, de estilo francés, estaban abiertas y no había el más leve murmullo de hojas en el jardín, oscuro, que se extendía allá abajo.

La ropa de su cama estaba doblada, esperándola. La almohada blanca contra las ventanas, altas y negras. Trataría de dormir. Hacía tres días que no lo veía. Se puso las manos sobre la cabeza, apretando con las curvas de las palmas la superficie de sus cabellos. Apretaba los dedos, húmedos de perfume, en el hueco de las sienes y los dejaba allí un momento. Sentía alivio en la piel con la frialdad contráctil del líquido. Una gota de perfume quedó sobre el cristal del tocador, una gota brillante como una gema y tan costosa como ella.

No oyó el ruido de los pasos en el jardín. Los oyó cuando subían la escalera de la terraza. Se levantó frunciendo el ceño y miró por la ventana.

Entró él. Llevaba su ropa de trabajo; la camisa, sucia, con las mangas arrolladas, los pantalones sucios con el polvo de la piedra. Se quedó mirándola. En su rostro no había una sonrisa de entendimiento. Parecía fundido, austero de crueldad, ascético de pasión, con las mejillas hundidas y los labios abatidos, apretados. Ella se puso en pie, se quedó así con los brazos echados para atrás y los dedos separados. Él permaneció inmóvil. Ella vio una vena de su cuello que se hinchaba, latía y se encogía otra vez.

Después se acercó a ella.

Roark se despertó por la mañana y pensó que la noche anterior era como un punto alcanzado, como un alto en la agitación de su vida. Iba hacia delante a causa de tales pausas, como en los instantes que marchaba hacia la casa de Heller, cuando estaba en construcción; así era la noche pasada. La noche anterior había sido lo que el edificio: una reacción que le daba conciencia de su vida.

Se habían unido en una comprensión más allá de la violencia; si ella hubiese significado menos para él, no la habría tomado como la tomó; si ella hubiese significado menos, no habría luchado tan

desesperadamente. La exaltación no repetida era un reconocimiento que los dos comprendían.

Fue a la cantera y trabajó como de costumbre. Ella no fue y él no esperó que fuese. Pero su recuerdo persistía y lo guardaba con curiosidad. Le resultaba extraño tener conciencia de la existencia de otra persona, sentirla como una necesidad urgente y próxima, una necesidad sin calificativos, ni agradable, ni dolorosa, simplemente final, como un ultimátum. Le resultaba importante saber que ella existía en el mundo, le resultaba importante pensar en ella, en cómo se habría despertado, cómo se habría movido.

Aquella noche, a la hora de cenar en la cocina ahumada, abrió un diario y vio el nombre de Roger Enright en las líneas de una columna de chismes. Leyó el siguiente y corto párrafo:

«Parece que otro proyecto va camino del cesto de los papeles. Parece que Roger Enright, el rey del petróleo, tendrá que abandonar la idea esta vez. Tendrá que quedarse sin su último sueño dorado: el de la “Casa Enright”. Desilusión de arquitecto, se dice. Parece que el insatisfecho señor Enright les ha mostrado la puerta a media docena de grandes arquitectos. Eminencias todos ellos».

Roark sintió la violencia con que había tenido que combatir para no echarse a perder demasiado; la violencia de la impotencia frente a la imagen de lo que podía hacer, de lo que habría sido posible, y que para él estaba cerrado para siempre. Entonces, sin ninguna razón, se acordó de Dominique Françon. En su mente ella no tenía nada que ver con tales cosas y le disgustó advertir que su recuerdo se mezclaba con ellas.

Pasó una semana. Una noche encontró en su cama una carta, que había sido remitida desde su oficina última a su antiguo domicilio en Nueva York y desde allí a Mike, que la envió a Connecticut. La dirección impresa en el sobre de una compañía de petróleo no le decía nada. Abrió la carta y leyó lo siguiente:

Estimado señor Roark:

Desde hace tiempo trato de ponerme en contacto con usted, pero no he podido hallarle. Le agradeceré se ponga en comunicación conmigo en cuanto pueda. Me gustaría discutir con usted mi futura «Casa Enright», si es que usted es el hombre que edificó la tienda Fargo.

Suyo sinceramente,

ROGER ENRIGHT.

Una hora más tarde Roark estaba en el tren. Cuando se puso en marcha, recordó a Dominique, y pensó que la dejaba atrás. Aquel pensamiento le pareció distante y sin importancia. Se asombró al comprender que aun en aquel instante pensaba en ella.

Una mañana encontró ella una carta sobre la mesa del comedor. Era de Alvah Scarret:

... ¿Cuándo vuelve, Dominique? No puedo expresarle cuánto la echamos de menos. Usted no es una persona consoladora, para tenerla cerca; en realidad, me da algo de miedo y aun a riesgo de inflar su ego, le confieso que la esperamos impacientemente. Será como el retorno de una emperatriz.

La leyó y se sonrió. Pensó: «Sí supiesen..., esas personas..., que mi antigua vida —esto le infundió un terror interior—... ha sido violada... por un pillo pelirrojo de una cantera de granito... Yo, Dominique Françon...». A través del altivo sentimiento de humillación, las palabras le proporcionaron el mismo placer que si estuviera en sus brazos.

Pensaba en eso cuando iba por la región, cuando pasaba junto a las gentes que en el camino se inclinaban para saludar a la castellana de la ciudad. Quería gritarlo, para que todos lo supiesen.

No tenía conciencia de los días que pasaban. Se sentía contenta con la extraña separación, sola con las palabras que se repetía a sí misma. Una mañana, estando sola en el jardín, advirtió que había pasado una semana y que durante ese tiempo no lo había visto. Se dirigió con rapidez al camino, a través del césped. Iba hacia la cantera.

Recorrió las millas por el camino, con la cabeza descubierta bajo el sol. No tenía prisa. No era necesario apresurarse. Era inevitable verlo otra vez... No tenía propósitos. La necesidad era demasiado grande para enunciar un propósito... Después... Había otras cosas odiosas, cosas importantes que surgían vagamente en su imaginación, cosas del pasado, pero sobre todo había una: volverlo a ver.

Llegó a la cantera y miró alrededor, escudriñando estúpidamente. Estúpidamente, porque la enormidad de lo que vio no podía penetrar en su cerebro; vio, de súbito, que él no estaba allí. La tarea estaba en todo su apogeo; el sol, alto, sobre las horas más laboriosas del día; no había un solo hombre desocupado a la vista, pero él no estaba entre aquellos hombres. Se quedó muda, esperando durante mucho tiempo.

Después vio al capataz y se acercó a él.

—Buenas tardes, señorita... Hermoso día, señorita, ¿no? Como si estuviéramos todavía en mitad del verano, y, sin embargo, el otoño no está lejos; sí, el otoño se acerca; mire las hojas, señorita.

—Había aquí un hombre..., un hombre de pelo anaranjado brillante... ¿Dónde está?

—¡Ah, sí! Ese hombre se ha ido.

—¿Se ha ido?

—Sí. Creo que se fue a Nueva York. Demasiado rápido, ¿no?

—¿Cuándo? ¿Hace una semana?

—No, ¿por qué? Ayer.

—¿Quién...?

Se calló. Iba a preguntar: «¿Quién era?», pero, en cambio, preguntó:

—¿Quién estuvo trabajando anoche aquí, hasta tan tarde? Oí las explosiones.

Había un encargo especial para un edificio del señor Françon. El edificio «Cosmo-Slotnick». Un trabajo urgente.

—Sí..., veo...

—Quizá la esté molestando, señorita...

—No, de ninguna manera.

Se marchó. No quería preguntar su nombre. Era una última oportunidad para ser libre. Caminó rápida, cómodamente, con súbito consuelo. Se preguntaba por qué no había sabido su nombre y por qué nunca lo había averiguado. Quizá porque desde la primera mirada había sabido todo lo que tenía que saber. Pensó que era difícil encontrar a un obrero desconocido en Nueva York. Estaba a salvo. Si

hubiese sabido su nombre, estaría camino de Nueva York.

Su norma de conducta era sencilla. Lo único que debía hacer era no averiguar su nombre. Tenía un consuelo momentáneo. Una oportunidad para luchar. Vencería en la lucha, o la lucha la aplastaría. Si llegaba a ocurrir lo último, averiguaría su nombre.

III

Cuando Peter Keating entró en la oficina, la puerta sonó como si fuese una trompeta. La puerta se precipitó hacia delante como si se hubiese abierto por sí misma ante la proximidad de un hombre ante el cual todas las puertas se abrían de la misma manera.

Su día en la oficina empezaba con la lectura de los diarios. Había un ordenado montón que lo esperaba, colocado en la mesa por su secretario. Le gustaba ver los nuevos comentarios impresos sobre el progreso del edificio «Cosmo-Slotnick» o sobre la firma «Françon y Keating».

No había referencia alguna en los diarios de la mañana y Keating frunció el ceño. Vio, sin embargo, una noticia acerca de Ellsworth M. Toohey. Era una noticia asombrosa. Thomas L. Foster, conocido filántropo, había muerto y había dejado, entre los legados más importantes, la modesta suma de cien mil dólares para Ellsworth M. Toohey, «mi amigo y guía espiritual, en reconocimiento a su espíritu noble y a su real devoción por la Humanidad». Ellsworth M. Toohey había aceptado el legado y lo había donado íntegro al «Taller de Estudios Sociales», un instituto progresista de enseñanza, donde daba conferencias sobre «El arte como síntoma social». Dio la sencilla explicación de que él «no creía en la institución de la herencia privada». No quiso hacer más comentarios. «No, amigos, nada más sobre esto», dijo. Y había agregado con destreza encantadora, para destruir la seriedad de aquel instante: «Me gusta darme el lujo de comentar solamente temas interesantes, y yo no me considero entre ellos».

Peter Keating leyó el relato, y como se dio cuenta de que era una acción que él no hubiera sido capaz de realizar, lo admiró enormemente.

Después recordó con un remordimiento de fastidio que no había podido conocer a Ellsworth Toohey. Keating había terminado una corta serie de conferencias después de la decisión en el concurso «Cosmo-Slotnick» y había encontrado vacías las brillantes reuniones a las cuales había asistido por la ausencia del único hombre al cual estaba ansioso de conocer. Ninguna mención al nombre de Keating había aparecido en la sección que dirigía Toohey. Keating buscó «Una vocecita» en el Banner, como hacía cada mañana, pero «Una vocecita» llevaba aquel día el subtítulo «Cantos y cosas», y estaba dedicada a probar la superioridad de los cantos populares sobre cualquiera otra forma de arte musical, y de los coros sobre cualquier otra forma de interpretación.

Keating dejó caer el Banner. Se levantó y paseó sin objeto por la oficina, porque tenía que dedicarse a un asunto molesto. Lo había pospuesto varias mañanas. Se trataba de elegir un escultor para el edificio «Cosmo-Slotnick». Hacía meses que la estatua gigantesca de la Industria, que había de colocarse en el vestíbulo principal del edificio, había sido encargada —como ensayo— a Steven Mallory. Keating quedó perplejo ante esta concesión, pero como había sido hecha por el señor Slotnick, la aprobó. Se entrevistó con Mallory y le dijo: «... En reconocimiento a su arte excepcional... Claro que usted no tiene nombre, pero lo tendrá después de un trabajo como éste... No se tiene todos los días un edificio como el mío».

No le gustaba Mallory. Los ojos de Mallory eran como esos agujeros negros que quedan después que un fuego ha sido completamente apagado, y Mallory no había sonreído siquiera una vez. Tenía veinticuatro años, había hecho una exposición de sus trabajos, pero no había tenido ningún encargo. Su obra era extraña y demasiado violenta. Keating recordó que Ellsworth había dicho una vez, hacía

tiempo, en «Una vocecita»: «Las figuras humanas del señor Mallory serían muy hermosas si no fuera por la hipótesis de que Dios creó el mundo y la forma humana. Si la Creación hubiese estado a cargo del señor Mallory, podría haberla hecho mejor que el Todopoderoso, a juzgar por los cuerpos humanos en piedra que fabrica».

A Keating le contrarió la elección del señor Slotnick, hasta que supo que Dimples Williams había vivido una vez en el mismo alojamiento que Steven Mallory, en Greenwich Village, y que el señor Slotnick no podía negarle nada a Dimples Williams en aquel momento. Mallory había sido contratado, había trabajado y había sometido el modelo de su estatua de la Industria. Cuando la vio, Keating se dio cuenta de que la estatua sería como una puñalada brutal, como un tiznón en la prolija elegancia del vestíbulo. Era el cuerpo delgado de un hombre que parecía que hubiese sido capaz de abrirse paso a través de las láminas de acero de un acorazado o a través de cualquier barrera. Era como un desafío. Dejó en sus ojos una extraña impresión. Hacía que las personas que estaban alrededor de ella pareciesen más pequeñas y más tristes que de costumbre. Por primera vez en su vida, mirando aquella estatua, Keating se dio cuenta de que comprendía el significado de la palabra «heroico».

No dijo nada, pero el modelo le fue enviado al señor Slotnick y muchas personas se dijeron con indignación lo que Keating había sentido. El señor Slotnick le pidió que eligiera otro escultor y dejó la elección en sus manos.

Keating se dejó caer en un sillón, se echó para atrás e hizo chasquear la lengua. Se preguntaba si le daría el encargo a Bronson, un escultor que era amigo de la señora Shupe, esposa del presidente de la «Cosmo», o a Palmer, que había sido recomendado por el señor Huseby, el cual proyectaba la erección de una nueva fábrica de cosméticos por valor de cinco millones de dólares. Descubrió que le agradaba aquel proceso de vacilación. Tenía el destino de dos hombres y de muchos otros en sus manos; sus destinos, sus trabajos, sus esperanzas, quizás hasta la cantidad de alimento de sus estómagos. Podía elegir como le gustase, por cualquier razón o sin ninguna razón; podía tirar una moneda, podía elegirlos por los botones de su chaleco. Era un gran hombre, gracias a aquellos que dependían de él.

Luego divisó un sobre.

Estaba sobre un montón de cartas en la mesa. Era un sobre sencillo, delgado, angosto, pero tenía el nombre del Banner en un ángulo. Lo tomó apresuradamente. No contenía carta alguna, sino solamente una prueba para el Banner del día siguiente. Vio la familiar «Una vocecita», por Ellsworth Toohey, y debajo una palabra, como subtítulo, en amplias letras espaciadas, una sola palabra, clamorosa en su aislamiento:

KEATING.

Dejó caer la tira de papel, volvió a recogerla, la leyó sofocándose entre los grandes trozos de frases que no alcanzaba a meditar; el papel temblaba en su mano, la piel de su frente se llenaba de pequeños puntos rojizos. Toohey había escrito:

Decir grandeza es una exageración y como toda exageración grande lleva implícito el corolario

necesario de vacío. Uno piensa en un globo de juguete, ¿no es así? Hay, sin embargo, ocasiones en que estaríamos forzados a reconocer la promesa de una aproximación —brillantemente cercana— a la que designamos vagamente con el término grandeza. Tal promesa está despuntando en el horizonte de nuestra arquitectura en la persona de un muchacho sencillo llamado Peter Keating.

Hemos oído hablar mucho —y con justicia— del soberbio edificio «Cosmo-Slotnick», que él diseñó. Echemos una mirada, siquiera una vez, más allá del edificio, al hombre cuya personalidad está estampada en él.

No hay personalidad estampada en el edificio, y en esto, amigos, reside la grandeza de la personalidad. En la grandeza de un joven de espíritu altruista que asimila todas las cosas y las vuelve al mundo de donde proceden, enriquecidas por el brillo gentil de su propio talento. De este modo, un hombre viene a representar, no un capricho solitario, sino la multitud de los hombres juntos, para dar cuerpo a todas las aspiraciones en la suya.

Los que sepan distinguir, podrán oír el mensaje que Peter Keating nos dirige en la forma del edificio «Cosmo-Slotnick» al ver que los tres pisos bajos, simples, sólidos, son el volumen sólido de nuestras clases trabajadoras, las cuales soportan toda la sociedad; que las hileras de ventanas idénticas que ofrecen sus tableros al sol, constituyen el alma del pueblo común, de los incontables seres anónimos iguales en su uniformidad de hermanos, alcanzando la luz; que las graciosas pilastras elevándose a la firme base de los pisos altos y estallando en la efervescencia alegre de los capiteles corintios, son las flores de la cultura que florecen solamente cuando están arraigadas en las masas.

En contestación a aquellos que consideran que todos los críticos son como demonios dedicados tan sólo a la destrucción de los talentos sensibles, esta columna desea agradecer a Peter Keating por habernos concedido la rara —¡oh, tan rara!— oportunidad de comprobar nuestro deleite con nuestra verdadera misión, que es descubrir el talento joven, allí donde esté. Y si Peter Keating tiene ocasión de leer estas líneas, no anhelamos gratitud de su parte, porque la gratitud es nuestra.

Sólo cuando empezó a leer el artículo por tercera vez advirtió unas líneas escritas con lápiz rojo en el espacio después del título:

Estimado Peter Keating:

Venga a verme a mi oficina uno de estos días. Me gustaría descubrir cómo es usted.

E. M. T.

Agitado, dejó el recorte sobre el escritorio y estuvo mirándolo con una especie de estupor feliz, mientras se enrollaba una hebra del cabello en sus dedos. Después se dirigió a sus proyectos del edificio «Cosmo-Slotnick», que colgaban de una pared entre una enorme fotografía del Partenón y otra del Louvre. Contempló las pilastras del edificio. Nunca había pensado cómo brota la cultura de las masas, pero resolvió que uno podía muy bien pensar eso y todo el resto de tan hermosa obra.

Después se dirigió al teléfono; se topó con una voz alta e insípida que pertenecía al secretario de Ellsworth Toohey y concertó una cita para ver a Toohey a las cuatro y treinta de aquella tarde. En las horas que siguieron, su trabajo diario adquirió un nuevo sabor. Fue como si su acostumbrada

actividad hubiese sido tan sólo un mural brillante y plano y ahora se hubiera transformado en un bajorrelieve que se proyectaba hacia delante con la realidad tridimensional que le daban las palabras de Ellsworth Toohey.

Guy Françon bajaba a su oficina, a cada paso, sin propósito determinado. Los matices más sutiles de sus camisas y de sus calcetines armonizaban con el gris de sus sienas. Se quedó sonriendo con benevolencia, en silencio. Keating pasó rápidamente al salón de dibujo y reconoció su presencia, pero no se detuvo; acortó los pasos lo suficiente como para ponerle un pedazo del crujiente diario entre los pliegues del pañuelo malva que ostentaba en el bolsillo con un: «Lea eso cuando tenga tiempo, Guy. —Después, camino de la habitación contigua, añadió—: ¿Quiere comer conmigo hoy, Guy? Espéreme en el “Plaza”».

Cuando regresó de la comida, lo retuvo un dibujante joven, que le preguntó con voz fuerte y excitada:

—¿Sabe quién le disparó un tiro a Ellsworth Toohey, señor Keating?

Keating intentó hablar:

—¿Quién hizo «qué»?

—Disparó contra el señor Toohey.

—¿Quién?

—Eso es lo que yo quisiera saber, ¿quién?

—¿Disparó... contra «Ellsworth Toohey»?

—Eso es lo que he leído en el diario que tenía un muchacho en el restaurante. No tuve tiempo de conseguir uno.

—¿Lo mataron?

—Eso es lo que no sé. Vi solamente que se trataba de un tiro.

—Si ha muerto, quiere decir que no se publicará mañana su sección.

—No sé; ¿por qué, señor Keating?

—Consígame un diario...

—Pero tengo que... Keating se impacientó.

—Consígame un diario, ¡idiota del diablo!

La noticia estaba en los diarios de la tarde. Habían disparado contra Ellsworth Toohey aquella mañana cuando descendía de su coche frente a la estación de radio, donde debía hablar sobre «El mudo y el indefenso». El tiro erró. Ellsworth permaneció tranquilo y lúcido durante todo el tiempo. Su conducta fue teatral, precisamente por la ausencia de toda teatralidad. «No podemos dejar a los radioescuchas esperando», dijo, y corrió escalera arriba, hasta el micrófono, donde pronunció un discurso de media hora, como hacía siempre, sin aludir a lo sucedido. El agresor no declaró nada cuando lo detuvieron.

Keating miraba fijamente, con la garganta seca, el nombre del agresor. Era Steven Mallory.

Solamente lo inexplicable asustaba a Keating, particularmente cuando lo inexplicable consistía, no en hechos tangibles, sino en aprensiones, en temores sin causa. De lo que hubiese ocurrido nada le concernía directamente, excepto el deseo de que hubiese sido algún otro, que no hubiese sido Steven Mallory; y no sabía por qué lo deseaba.

Steven Mallory calló. No dio explicación alguna de su delito. Al principio se supuso que hubiera

sido incitado por la desesperación ante la pérdida del trabajo para el edificio «Cosmo-Slotnick», al saberse que vivía en una pobreza repugnante; pero se comprobó, sin lugar a dudas, que Ellsworth Toohey no tenía ninguna conexión con la pérdida. Toohey no le había hablado nunca al señor Slotnick acerca de Steven Mallory. Toohey no había visto la estatua de la Industria. En este punto, Mallory había roto su silencio para admitir que nunca había conocido ni visto antes a Toohey, ni conocía a ninguno de los amigos de Toohey. «¿Cree usted que el señor Toohey ha sido responsable, en alguna manera, de la pérdida de ese trabajo?», se le preguntó. Mallory respondió: «No». «Entonces, ¿por qué el atentado?». Mallory no contestó nada.

Toohey no reconoció a su agresor cuando los policías lo apresaron en la acera de la estación de radio. No supo el nombre hasta que salió. Después pasó del estudio a una antecámara llena de periodistas que esperaban y manifestó: «Desde luego, no quiero hacer ninguna acusación. Quiero que lo suelten. ¿Quién es?». Cuando oyó el nombre, la mirada de Toohey quedó fija en un lugar indeterminado entre los hombros de un hombre y el ala del sombrero de otro. Después, Toohey, que había permanecido tranquilo cuando la bala golpeó a una pulgada de su cara, en el cristal de la puerta de entrada, pronunció una palabra, que pareció caer a sus pies, cargada de temor: «¿Por qué?».

Nadie supo responderle. Luego, Toohey se encogió de hombros, sonrió y dijo: «Sí, era un intento de publicidad gratuita... ¡Qué gusto tan atroz!». Pero nadie creyó en la explicación, porque todos se dieron cuenta de que Toohey tampoco creía en ella. En las entrevistas que siguieron Toohey contestó alegremente a las preguntas. «Nunca me he creído tan importante como para justificar un asesinato. Sería el triunfo más grande que uno podría esperar, si no fuera demasiado estilo de opereta», dijo. Trató de dar la encantadora impresión de que nada importante había ocurrido.

Mallory fue enviado a la cárcel en espera de sentencia. Todos los esfuerzos para que contestara a los interrogatorios fracasaron rotundamente.

El pensamiento que incomodaba a Keating despertó muchas veces aquella noche, era la certeza, infundada, de que Toohey pensaba exactamente como obraba. «Él sabe —pensó Keating—, y yo sé, que hay en el hecho de Steven Mallory un peligro más grande que su tentativa criminal. Pero nunca conoceremos su razón. ¿O la conoceremos?». Y entonces, tocó el centro de su temor: era el deseo súbito de ser preservado, en los años venideros, hasta el fin de su vida, de conocer esa razón.

El secretario de Ellsworth Toohey se levantó desganado cuando Keating entró, y le abrió la puerta de la oficina.

Keating ya había pasado la etapa de alterarse ante la perspectiva de conocer a un hombre famoso, pero la experimentó en el momento en que vio abierta la puerta. Quería saber qué era Toohey, en realidad. Recordaba la voz magnífica que había escuchado en el vestíbulo, durante el mitin de los huelguistas, y se imaginó a un gigante, con una espléndida cabellera, que ya se estaría poniendo gris, con rasgos audaces, amplios, de una benevolencia inefable.

—El señor Peter Keating, señor Toohey —dijo el secretario, y cerró la puerta tras sí.

A la primera mirada que uno echaba a Ellsworth Monkton Toohey, sentía deseos de ofrecerle un abrigo grueso, con buen forro; tan frágil y sin protección parecía su cuerpo delgado, como el de un pollito que surge del huevo, en toda la lamentable fragilidad de los huesos blandos. A una segunda mirada, uno quería tener la seguridad de que el abrigo fuera bueno, pues la ropa que cubría su cuerpo

era exquisita. El rostro, de forma triangular, se estrechaba desde las amplias sienes hasta el mentón, fino y pequeño. El pelo era negro, lustroso, dividido en dos mitades iguales por una línea blanca. Esto hacía que el cráneo pareciese estrecho y mondo, pero permitía acentuar las orejas, que se exhibían en su solitaria, desnudez, como las asas de una taza de caldo. La nariz, larga y fina, se prolongaba con la leve pincelada de un bigote negro. Tenía ojos oscuros y brillantes que reflejaban tal riqueza de inteligencia y alegría que no parecía que usase gafas para protegerse los ojos, sino para proteger a los otros de su brillo excesivo.

—¡Hola, Peter Keating! —dijo Ellsworth Monkton Toohey con su voz dominante y mágica—.

¿Qué piensa del templo de la Nike Ápteros?

—¿Cómo... está usted, señor Toohey? —dijo Keating, estupefacto—. ¿Qué pienso... de «qué»?

—Siéntese, amigo. Del templo de la Nike Ápteros.

—Yo...

—Siento que no haya podido tener a la vista esa pequeña gema. El Partenón ha ocupado su interés. ¿No es corriente que el más grande y el más fuerte se apropie de toda la gloria, y mientras la belleza de lo pequeño no se cante? Esa creación, pequeña y magnífica, del gran espíritu libre de Grecia merecía la gloria del Partenón. Usted seguramente ha tomado nota del fino equilibrio de su masa, de la perfección suprema de las modestas proporciones. ¡Ah, sí, lo supremo en lo modesto!

—Sí, desde luego —murmuró Keating—, el templo de la Nike Ápteros siempre fue mi favorito.

—¿Cierto? —dijo Ellsworth Toohey con una sonrisa que Keating no pudo calificar con exactitud—. Sí. Es cierto eso. Estaba seguro de que usted pensaba así. Tiene un rostro hermoso, Peter Keating, cuando no mira de ese modo, que por otra parte es bastante innecesario.

Y Toohey se rió de pronto, se rió sin objeto, de modo totalmente insultante para Keating y para sí mismo, como si estuviera subrayando la falsedad de su conducta. Por un instante, Keating se sintió estupefacto, y después se echó a reír, tranquilamente, como respuesta, como si estuviera en la casa de un viejo amigo.

—Es lo mejor —dijo Toohey—. ¿No le parece que no es aconsejable hablar con tanta seriedad en un momento tan importante? Y éste puede ser un momento importante (¿quién sabe?) para ambos. Y, a propósito: sé que usted me temía y (¡oh, lo reconozco!) yo le temía bastante a usted; de manera que ¿no es esto mejor?

—¡Oh, sí, señor Toohey! —respondió Keating, feliz.

La seguridad que comúnmente tenía cuando se encontraba con las personas, había desaparecido, pero se sentía cómodo, como si toda la responsabilidad se hubiese disipado y no tuviese que preocuparse de si lo que decía era lo conveniente o no, porque se comportaba con amabilidad y las decía sin hacer ningún esfuerzo. Siguió:

—Yo siempre pensé que el momento que lo conociese sería un momento muy importante, señor Toohey. Siempre, durante años.

—¿De verdad? —preguntó Toohey, manteniendo los ojos atentos, detrás de las gafas—. ¿Por qué?

—Porque siempre me imaginé que le agradaría a usted, que usted me aprobaría..., que aprobaría mi obra..., llegado el momento..., porque yo aún...

—¿Sí?

—Y hasta pensaba a menudo cuando dibujaba: «¿Ellsworth Toohey calificaría a este edificio de bueno?». Trataba de verlo de esa manera, a través de sus ojos... Yo..., he... —Toohey escuchaba atentamente—. Siempre quise conocerle, porque usted es un gran pensador y un hombre de tal profundidad cultural...

—Ya —dijo Toohey con voz cordial, pero un poco impaciente; su interés había caído en la frase última—. Nada de eso. No quiero decirle que haya de ser poco afable, pero dejémonos de esas cosas, ¿no le parece? Quizá suene un poco artificial, pero realmente, no me gusta escuchar elogios personales.

Keating pensó que los ojos de Toohey le daban tranquilidad. Había una comprensión amplia en los ojos de Toohey y una amabilidad poco fastidiosa —¿con qué palabras calificarla?—, una bondad ilimitada. Era como si nadie pudiese ocultarle nada, aunque no era necesario mentirle, porque le perdonaba todo.

—Pero, señor Toohey —murmuró—, no quise...

—Usted quiso agradecerme el artículo —dijo Toohey haciendo una mueca de alegre desesperación—. Y hasta ahora he tratado de impedirselo. Déjeme que me salga con la mía. No hay razón para que me dé las gracias. Si merece las cosas que yo dije, el mérito es suyo y no mío. ¿No es así?

—Pero me sentía tan dichoso porque usted pensara que soy...

—¿... un gran arquitecto? Con seguridad, muchacho, que usted ya lo sabía. ¿O no estaba suficientemente seguro todavía? ¿No está completamente seguro?

—Bueno, yo...

Fue sólo la pausa de un segundo y a Keating le pareció que aquella pausa era todo lo que Toohey quería oír de él. Toohey no esperó lo demás, pero habló como si hubiese recibido una respuesta plena, una respuesta que le agradara.

—Y respecto al edificio «Cosmo-Slotnick», ¿quién puede negar que es una obra extraordinaria? Estuve muy intrigado por el plano; es un plano muy ingenioso. Un plano brillante, extraordinario. Bastante diferente de lo que he observado en sus trabajos anteriores, ¿no es verdad?

—Así es —replicó Keating, con voz clara y firme por primera vez—. El problema era diferente de todo lo que yo había hecho antes, de manera que trabajé fuera de ese plano para ajustarme a los requisitos particulares del problema.

—Desde luego —dijo Toohey, gentilmente—. Un hermoso trabajo. Estará orgulloso de él.

Keating advirtió que los ojos de Toohey habían convergido al centro de los lentes y que éstos estaban enfocados directamente a sus pupilas, y se dio cuenta de que Toohey sabía que él no había diseñado el plano del edificio «Cosmo-Slotnick». Esto no le causó temor. Lo que le asustó fue ver la aprobación en sus ojos.

—Si usted siente..., no, gratitud, no, es una palabra embarazosa, diremos... aprecio —continuó Toohey, y su voz se iba tornando más suave, como si Keating fuese un conspirador que supiese que en adelante las palabras se usarían con clave de interpretación personal—, me lo puede agradecer por comprender la implicación simbólica de su edificio y expresarla en palabras como la expresó usted en mármol. Desde entonces usted no es un constructor común, sino un hombre que piensa en piedra.

—Sí —repuso Keating—, ése era mi tema abstracto, las grandes masas y las flores de la cultura

cuando diseñé el edificio. Siempre he creído que la cultura verdadera brota del hombre común. Pero no tenía esperanzas de que alguien pudiese comprenderme.

Toohey sonrió. Sus finos labios se abrieron mostrando los dientes. No miraba a Keating. Miraba hacia abajo, a su propia mano, a la mano larga, fina, sensitiva, de concertista de piano, que movía un pliego de papel en el escritorio.

—Quizá seamos hermanos en espíritu, Keating. El espíritu humano; eso es todo lo que importa en la vida —agregó después, sin mirarlo, dejando perder su mirada por encima de él.

Estaba convencido de que Toohey no ignoraba que jamás había pensado él en ningún tema abstracto. Cuando los lentes descendieron nuevamente al rostro de Keating, los ojos tenían la dulzura del afecto, un afecto frío y verdadero. Después tuvo la sensación de que las paredes de la habitación se movían lentamente hacia él, empujándolo a una intimidad absoluta, pero no con Toohey, sino con una culpa desconocida.

Quiso ponerse en pie de un salto y correr, pero se quedó sentado, con la boca entreabierta.

Y sin saber lo que lo impulsaba, oyó su propia voz en el silencio que decía:

—Y quería expresarle la alegría que tuve al saber que había esquivado el disparo del maniático de ayer, señor Toohey.

—¡Oh, gracias! ¿Por eso? ¡Vaya! No se preocupe. Es uno de los menores castigos que uno paga por su relieve en la vida pública.

—Nunca me gustó Mallory. Una persona muy rara. Demasiado excitado. No me gustan las personas excitadas. Tampoco me ha gustado nunca su trabajo.

—No es más que un exhibicionista. Nunca valdrá nada.

—Naturalmente que a mí no se me ocurrió darle el trabajo: fue idea del señor Slotnick. Influencias... Pero, al fin, el señor Slotnick cayó en la cuenta.

—¿Mallory le mencionó mi nombre alguna vez?

—No. Nunca.

—No nos conocíamos aún. Nunca lo había visto. ¿Por qué hizo eso?

Y entonces fue Toohey el que se sintió intranquilo, frente a lo que vio en la cara de Keating. Toohey estaba alerta e inseguro por primera vez. Aquél era —pensó Keating— el vínculo que había entre ellos, y ese vínculo era el miedo, mucho más que eso, pero la única palabra con que se lo podía distinguir era ésa: miedo. Y supo, con determinación irrazonada, que quería a Toohey más que a cualquier otro hombre.

—Bueno, usted sabe cómo es eso —dijo Keating, con vivacidad, esperando que el lugar común que iba a exponer cerrase el tema—: Mallory es un incompetente y lo sabe; por eso resolvió desquitarse con usted, símbolo de lo grande y de lo capaz.

Pero, en lugar de una sonrisa, vio el proyectil de una mirada súbita de Toohey. No era una mirada, era un fluoroscopio que penetraba en sus huesos. Después el rostro de Toohey pareció endurecerse, tratando de componerse, y Keating notó que había hallado consuelo en algo, en sus huesos o en su rostro asombrado y perplejo, o en alguna inmensidad de ignorancia que, oculta en su interior, le había dado confianza. Después, Toohey dijo lenta, extraña, irrisoriamente: Usted y yo seremos grandes amigos, Peter.

—Keating dejó pasar un momento antes de ser sorprendido con una contestación apresurada:

—¡Así lo espero, señor Toohey!

—En realidad, Peter, no soy tan viejo después de todo, ¿no? Ellsworth es el recuerdo del gusto particular de mis padres en materia de nombres.

—Sí..., Ellsworth.

—Así es mejor. En realidad, el nombre es lo que menos me importa comparado con todas las cosas que me han dicho privada y públicamente todos estos años. Cuando uno tiene enemigos, sabe dónde encuentra el peligro. Hay cosas que deben ser destruidas o terminarán por destruirnos. Nos veremos mucho, Peter. —Su voz era suave y firme, por la finalidad de haber alcanzado y comprobado una decisión, con la certeza de que nunca más Keating tendría una interrogación para él —. Por ejemplo, he pensado durante mucho tiempo en reunir a jóvenes arquitectos, ¡conozco a tantos!, en una pequeña organización, sin formalismos, para cambiar ideas, desarrollar el espíritu de cooperación, seguir una línea de conducta en beneficio de la profesión si llegara la necesidad. Nada tan sofocante como la CAA. Nada más que un grupo de gente joven. ¿Le interesa?

—¡Naturalmente! ¿Y usted sería el presidente?

—No, querido, no. Yo no soy presidente de nada, Peter. Me disgustan los títulos. No, he pensado, más bien, que usted sería el presidente apropiado para nosotros; no se puede pensar en otro mejor.

—¿Yo?

—Usted, Peter. Bueno, esto no es nada más que un proyecto, nada definitivo, nada más que una idea con la que me entretengo en raros momentos. Conversaremos de esto alguna otra vez. Hay algo que me gustaría que hiciese, y ésa era, en realidad, una de las razones por las cuales quería conocerlo.

—¡Cómo no, señor Toohey..., cómo no, Ellsworth! Cualquier cosa que pueda hacer por usted...

—No es por mí. ¿Conoce a Lois Cook?

—¿Lois... qué?

—Cook. No la conoce, pero la conocerá. Esa joven, es el genio literario más grande desde Goethe. Debe leerla, Peter. No se lo sugiero como una regla que uno no debe analizar. Está muy por encima de las cabezas de la clase media que aman lo evidente. Proyecta construir una casa. Una residencia privada, pequeña, en Bowery. Sí, en Bowery. Así como es ella. Me pidió que le recomendase un arquitecto. Tengo la seguridad de que querrá una persona como usted, que usted comprenderá a una persona como Lois. Le voy a dar su nombre, siempre que usted tenga interés en hacer una residencia pequeña, aunque costosa.

—¡Por supuesto! ¡Eso es... una amabilidad suya, Ellsworth! Mire, pensaba, cuando usted dijo..., y cuando leía su nota, que quería..., bueno, un favor de parte mía, un favor en cambio de otro, y aquí tiene usted...

—¡Querido Peter, cuán ingenuo es usted!

—¡Oh, supongo que no debería haber dicho eso! Lo siento. No quise ofenderle...

—No importa, me conocerá mejor. Un interés completamente desinteresado es posible en este mundo, aunque parezca extraño —repuso Toohey.

Después hablaron de Lois Cook y de las tres obras publicadas.

«¿Novelas? No, novelas, exactamente no, Peter... Colección de cuentos, no, tampoco... Precisamente, Lois Cook..., una forma literaria nueva del todo...». Habló de la fortuna heredada de

una larga serie de comerciantes afortunados y de la casa que había proyectado construir.

Sólo cuando Toohey se levantó para acompañarle hasta la puerta —Keating notó cuán precariamente se erguía sobre sus pequeños pies—, le dijo de repente:

—A propósito, me parece recordar que hay alguna relación personal entre nosotros, aunque a causa de mi vida no puedo acordarme... ¡Ah, sí, claro, mi sobrina, la pequeña Catherine!; Keating sintió que su cara se estrechaba. No podía permitir que aquello se discutiese; pero en lugar de protestar sonrió con torpeza.

—Tengo entendido que están ustedes prometidos.

—Sí.

—Encantador —repuso Toohey—. Muy encantador. Me alegrará ser su tío. ¿La quiere mucho?

—Sí —dijo Keating—, mucho.

La ausencia de énfasis en su voz dio solemnidad a la respuesta. Era, en presencia de Toohey, el primer rasgo de sinceridad y de importancia de Keating.

—¡Qué hermoso! Amor juvenil, primavera y aurora y cielo y chocolatinas en las confiterías a dólar y cuarto la caja. La prerrogativa de los dioses y de los cines... ¡Oh, lo apruebo, Peter! Creo que es hermoso. No podría haber hecho una elección mejor que Catherine. Es una de esas muchachas por las cuales el mundo se pierde con razón; el mundo con todos sus problemas y sus ocasiones de grandeza, y se pierde con razón, porque ella es inocente, y dulce, linda y anémica.

—Si usted va... —empezó a decir Keating, pero Toohey sonrió con una bondad luminosa.

—Peter, yo comprendo. Y lo apruebo. Soy realista. El hombre ha insistido siempre en querer hacer un asno de sí mismo. Vaya, no perdamos nunca el sentido del humor. Nada es realmente tan sagrado como el sentido del humor. Sin embargo, siempre me gustó la leyenda de Tristán e Isolda. Es lo mejor que se ha hecho después de la fábula del ratón Mickey y de Minnie.

IV

«... Cepillo de dientes en la boca, cepillo de dientes, cepillo, cepillo, cepillo, diente, boca, espuma, cúpula en la espuma, cúpula romana, viene, hogar, hogar, en la boca, Roma, cúpula, diente, cepillo de dientes, mondadientes, carterista, alvéolo, cohete...».

Peter Keating parpadeó, lanzó la mirada como a gran distancia, sin enfocarla, pero, al fin, la fijó en el libro. El libro era delgado y negro, con letras escarlatas que decían: Nubes y mortajas, por Lois Cook. La cubierta decía que era una crónica de los viajes que había hecho por el mundo la señorita Lois Cook.

Keating se echó hacia atrás con un sentimiento de entusiasmo y de bienestar. Le gustaba el libro. Constituía la rutina durante el desayuno del domingo, una experiencia espiritual y profunda; estaba seguro de que era profunda porque no podía comprenderlo.

Nunca tuvo necesidad de formular convicciones abstractas, pero tenía un sustituto eficaz. «Una cosa no es alta si uno puede alcanzarla, no es grande si puede razonar de ella, no es profunda si se puede ver el fondo». Éste había sido siempre su credo, no formulado ni discutido. Esto le ahorraba cualquier intento de alcanzar, de razonar y ver, y arrojaba un bello reproche de burla hacia los que lo intentaban. De manera que podía gozar con la obra de Lois Cook. Se sentía elevado al reconocer su capacidad para responder a lo abstracto, a lo profundo, a lo ideal. Toohey había dicho: «Esto es preciso, suena como suena, la poesía de palabras con palabras, el estilo como una rebelión contra el estilo. Pero tan sólo los espíritus muy finos pueden apreciarlo, Peter». Keating pensó que podía conversar de aquel libro con sus amigos, y si ellos no lo comprendían, sabría que era superior a ellos. No necesitaría explicar esa superioridad —era lo justo, «superioridad como superioridad»—; automáticamente se negaría a dar explicaciones a quien se las pidiera. Le gustaba el libro.

Tomó otra tostada. Vio que su madre le había dejado en el extremo de la mesa el gran bulto del diario del domingo. Lo cogió, sintiéndose bastante fuerte, en aquel momento, con la confianza que tenía en su íntima grandeza espiritual, para enfrentarse con todo lo que contenía aquel montón de hojas. Extrajo la sección fotograbado. Se quedó en suspenso. Vio la reproducción de un proyecto: la «Casa Enright», por Howard Roark.

No necesitó ver el encabezamiento ni la brusca firma en el ángulo del bosquejo; sabía que nadie más podría haber concebido aquella casa, y conocía la manera de dibujar, serena y violenta al mismo tiempo, los trazos del lápiz sobre el papel como cables de alta tensión, delgados e inofensivos a la vista, pero no para tocarlos. Era una construcción en un amplio espacio en East River. A primera vista no lo tomó como un edificio, sino como una masa de cristal de roca que se levantaba. Había el mismo orden matemático, severo, uniendo, juntando una concepción libre y fantástica; líneas y ángulos perfectos, espacios cortados y, sin embargo, tan delicados, en la armonía de su formación, que parecían el trabajo de un orfebre. Una variedad increíble de formas; cada separación unida sin repetirse, pero dirigiéndose inevitablemente a la próxima y al conjunto; de manera que los futuros habitantes no tuviesen una jaula cuadrada, separada de una serie cuadrada de jaulas, sino que cada casa fuera a las otras casas, como un cristal en el flanco de una roca.

Keating miró el bosquejo. Sabía, desde hacía tiempo, por ligeras menciones en los periódicos, que Howard Roark había sido elegido para construir la casa de Enright.

La referencia que había debajo del dibujo anunciaba que la construcción iba a comenzar en seguida. «Bueno —dijo Keating, dejando caer el diario—, ¿qué hay con eso?». El diario quedó junto al libro de color negro y escarlata. Los miró a ambos y tuvo la vaga impresión de que Lois Cook era su defensa contra Howard Roark.

—¿Qué es eso, Peter? —preguntó por detrás la voz de la madre.

Peter le entregó el diario. Al segundo, el diario cayó sobre la mesa.

—¡Oh! —exclamó la señora Keating, encogiéndose de hombros.

Se quedó a su lado. Su vestido de seda con adornos le iba ajustado, poniendo de relieve la sólida rigidez del corsé. Un pequeño broche brillaba en su cuello, suficientemente pequeño como para demostrar que estaba hecho de diamantes auténticos. Ella concordaba con el nuevo piso, visiblemente costoso, en el cual vivían. La decoración de éste era el primer trabajo profesional que Keating había hecho para sí mismo. Tenía muebles de estilo Victoriano medio. Eran antiguos y majestuosos. Sobre la chimenea de la sala colgaba una pintura vieja y grande, que no era, pero que podía parecer, la de un antepasado ilustre.

—Peter, querido, no me gusta molestarte un domingo por la mañana, pero ¿no es tiempo de que te vistas? Tengo que irme corriendo y no me gustaría que te olvidases de la hora y que se te hiciese tarde. ¡Qué amabilidad la del señor Toohey al invitarte a su casa!

—Sí, mamá.

—¿Habrás también algún invitado famoso?

—No, no habrá invitados, pero estará allí otra persona que no es famosa. —Ella lo miró ansiosa, y él agregó: Katie estará allí.

Pareció que el nombre no le causaba ningún efecto. Una extraña confianza la revestía últimamente, como una capa de gordura a través de la cual aquel problema particular no podía penetrar ya.

—No es nada más que un té familiar —subrayó él—. Al menos eso es lo que me dijo.

—Ha sido muy amable. Estoy segura de que el señor Toohey es un hombre muy inteligente.

—Sí, mamá.

Se levantó impaciente y se fue a su habitación.

Era la primera visita de Keating al distinguido hotel residencial donde Catherine y su tío se habían mudado recientemente. No prestó mayor atención al lugar; advirtió solamente que era sencillo, muy limpio y elegantemente modesto, y que contenía una gran cantidad de libros y muy pocos cuadros, pero auténticos y hermosos. Uno no podía nunca recordar el apartamento de Toohey, porque el recuerdo del anfitrión lo borraba. El huésped, en aquella tarde de domingo, vestía un traje gris oscuro, correcto como un uniforme, y chinelas de charol negro adornadas con rojo; las chinelas contradecían la elegancia del traje, y, sin embargo, la completaban formando un audaz contraste. Estaba sentado en un sillón amplio y bajo, y su rostro tenía una expresión de prudente gentileza.

A Keating no le gustaba la manera que Catherine tenía de sentarse en el borde de la silla, agachada, con las piernas estiradas. No quería que llevase el mismo traje en la tercera estación, pero ella se lo puso. Ella tenía fija la mirada en un punto cualquiera de la alfombra. Raras veces miraba a Keating y nunca a su tío. Keating no encontró trazas de aquella admiración gozosa que tenía siempre que hablaba de su tío y que esperaba que la hubiese exhibido en su presencia. Había algo pesado,

sombrío y cansado en Catherine.

El criado de Toohey trajo la bandeja con el té.

—¿Quieres servirlo, por favor, querida? —le dijo Toohey a Catherine—. ¡Ah, nada hay como el té de la tarde! Cuando el Imperio británico se derrumbe, los historiadores observarán que dio dos contribuciones inapreciables a la civilización: este ritual de té y la novela policíaca. Querida Catherine, ¿por que agarras el asa de la tetera como si fuese un hacha para la carne? Pero no tiene importancia, eres encantadora; por eso te queremos Peter y yo. No te amaríamos si fueses graciosa como una duquesa. ¿Quién quiere a una duquesa en nuestros días?

Catherine sirvió el té y lo derramó sobre el cristal de la mesa, cosa que nunca había hecho.

—Quería verlos juntos una vez siquiera —dijo Toohey, sosteniendo un pocillo delicado y balanceándolo indiferentemente—. ¡Qué tonto soy!, ¿verdad? Y además sin ningún motivo; pero a veces soy tonto y sentimental como todos. Mi enhorabuena por tu elección, Catherine. Te debo una excusa. Nunca sospeché que tuvieras tan buen gusto. Tú y Peter haréis una pareja maravillosa. Tú harás mucho por él. Le cocerás la crema de trigo, lavarás sus pañuelos, le darás hijos, aunque, naturalmente, los chicos tendrán sarampión alguna vez, lo cual es una molestia.

—Pero, después de todo..., ¿usted lo aprueba? —preguntó Keating con ansiedad.

—¿Si apruebo qué, Peter? ¿Después de qué, Peter?

—Nuestro casamiento... —Ellsworth Toohey se rió.

—¡Qué pregunta tan superflua! ¡Claro que lo apruebo! Pero ¡qué jóvenes sois! Ésa es la manera de ser de los jóvenes..., hacer un problema donde no existe ninguno. Usted me lo pregunta como si la cosa fuera tan importante como para desaprobala.

—Katie y yo nos conocemos desde hace siete años —dijo Keating en tono de defensa.

—Y fue un amor a primera vista, naturalmente.

—Sí —contestó Keating, sintiendo que se estaba poniendo en ridículo.

—Debió de ser en primavera —agregó Toohey—. Es lo acostumbrado. Hay siempre un cine oscuro, dos personas que se olvidan del mundo, con las manos juntas, pero las manos transpiran cuando están mucho tiempo unidas, ¿no? Sin embargo, es hermoso enamorarse. El relato más dulce que se cuenta siempre y el más trivial. No te vuelvas así, Catherine. Nunca debemos perder nuestro sentido del humor.

—Sonrió. La bondad de su sonrisa los abrazaba a los dos. La bondad era tan grande que el amor de ellos parecía pequeño e insignificante, porque sólo algo despreciable podía provocar semejante inmensidad de compasión.

—A propósito, ¿cuándo piensa casarse, Peter?

—Bueno, no hemos fijado fecha. Usted sabe como ha sido, todas las cosas que me han ocurrido, y ahora Katie tiene ese trabajo y... Y, entre paréntesis —agregó con brusquedad, porque la cuestión del trabajo de Katie lo irritaba sin razón—, cuando nos casemos, Katie tendrá que abandonarlo. Yo no lo apruebo.

—Pero, claro —repuso Toohey—. Yo tampoco lo apruebo si a Catherine no le gusta.

Catherine trabajaba, de día, como ayudante en la «Institución Clifford». Había sido idea suya ir a trabajar allí. Había visitado el establecimiento a menudo con su tío, que daba clases de economía política en él, y se interesó por ese trabajo.

—¡Me gusta tanto! —dijo con súbita nerviosidad—. ¡No sé por qué te ofendes, Peter! —Había en su voz una pequeña nota dura, desafiante y desagradable—. Nunca he sido tan feliz en mi vida como ayudando a las personas desvalidas e infelices. Voy allí todas las mañanas, porque quiero ir, sin que nadie me obligue..., después me precipito camino de casa, sin tener siquiera tiempo para cambiarme de ropa. Pero eso no importa, ¿quién se preocupa de lo que yo parezco? Y... —La nota dura había desaparecido y hablaba con ansiedad y rapidez—, tío Ellsworth, ¡imagínate! La pequeña Billy Hansen tiene dolor de garganta. ¿Te acuerdas de Billy? ¡Y la niñera no estaba allí! ¡Tuve que hacerle toques con Argyrol, pobrecita! Tenía horribles llagas en la garganta. —Daba la impresión de que su voz brillase, como si estuviera hablando de una gran belleza. Miró a su tío y por primera vez Keating pudo ver el afecto que él esperaba, Toohey escuchaba con gravedad, sin decir una palabra, pero la atención seria de sus ojos lo había cambiado, su alegría burlona había desaparecido y olvidó su propio consejo, porque se estaba poniendo serio, muy serio. Cuando advirtió que el plato de Catherine estaba vacío, le ofreció la bandeja de los emparedados, con un ademán sencillo que se tornó gracioso además de respeto.

Keating esperaba impacientemente que ella hiciera una pausa. Quería cambiar de tema. Echó una mirada a la habitación y vio los diarios del domingo. Quería hacer una pregunta, desde hacía tiempo, y la hizo con prudencia:

—Ellsworth..., ¿qué piensa de Roark?

—¿Roark? ¿Roark? —repitió—. ¿Quién es Roark? La forma excesivamente ingenua e insignificante con que repitió el nombre, con la débil y despectiva interrogante, totalmente perceptible, con que finalizaba, le dio a Keating la certeza de que Toohey conocía bien el nombre. Uno no demuestra una ignorancia total de un individuo si lo ignora por completo.

—Howard Roark, el arquitecto. El que está haciendo la «Casa Enright» —repuso Keating.

—¡Ah, sí! ¿Por fin hay alguien que está haciendo la «Casa Enright»?

—Hay una fotografía en el Chronicle de hoy.

—¡Ah, sí! Miré el Chronicle.

—Y... ¿qué piensa de ese edificio?

—Si fuera importante, lo hubiera recordado.

—¡Naturalmente! —Las sílabas de Keating danzaban, como si su aliento las atrapase a cada una al pasar—. ¡Es una cosa horrible, una locura! ¡No se parece a nada de lo que uno ha visto!

Tuvo una sensación de liberación. Era como si hubiese pasado la vida con la creencia de que tenía una enfermedad congénita, y, de pronto, las palabras del especialista más grande del mundo le hubiesen expresado que estaba sano. Quería reírse, libre, estúpidamente, sin ninguna dignidad. Quería conversar.

—Howard es amigo mío —dijo con satisfacción.

—¿Amigo suyo? ¿Usted le conoce?

—Lo conozco. Sí. Fuimos juntos al colegio en Stanton..., vivió en nuestra casa durante tres años, puedo decirle hasta el color de su ropa interior y cómo tomaba la ducha... porque lo he visto.

—¿Vivía en su casa, en Stanton? —repitió Toohey. Hablaba con una prudente precisión. El sonido de su voz era débil y seco, como el raspar de los fósforos que uno enciende.

«Es muy raro», pensó Keating. Toohey le hacía muchas preguntas acerca de Howard Roark, pero

las preguntas carecían de sentido. No se referían a edificios ni a la arquitectura. Eran preguntas insustanciales referentes a cuestiones personales. Resultaba extraño que interrogara sobre un hombre que no había oído nombrar nunca. ¿Se ríe a menudo?

—Muy raramente.

—¿Tenía muchos amigos en Stanton?

—Nunca tiene amigos en ninguna parte. ¿Los compañeros le querían?

—Nadie le quería.

—¿Por qué?

—Daba la impresión de que quererle era una impertinencia.

—¿Salía, bebía, se divertía?

—Nunca.

—¿Amaba el dinero?

—No.

—¿Le gustaba que lo admirasen?

—No.

—¿Hablabo mucho?

—Muy poco.

—¿Escucha, si otros discuten... ideas con él?

—Escucha. Sería mejor que no lo hiciese.

—¿Por qué?

—Sería menos insultante. Si usted supiese lo que significa que un hombre le mire de esa manera y que no le preste la más mínima atención.

—¿Qué le pasa, Peter?

—Nada. Pienso cuán extraño es que yo mismo no me haya preguntado antes lo mismo acerca de él. Esto es lo extraño: no es posible preguntarse eso acerca de él. Es un maniático en arquitectura. Parece que tuviera tanta importancia para él que le hubiese hecho perder toda perspectiva humana. No tiene ningún sentido de humor respecto de sí mismo..., así que existe un hombre sin sentido del humor, Ellsworth. No me pregunte qué hubiera hecho si no hubiese sido arquitecto.

—No —dijo Toohey.

—Hubiese caminado sobre cadáveres. Sobre todos nosotros, pero hubiese sido arquitecto.

Toohey dobló la servilleta en un cuadrado pequeño y terso sobre su rodilla. La dobló cuidadosamente e hizo correr la uña del pulgar por los bordes, para acentuar los dobleces.

—¿Se acuerda de nuestro grupito de arquitectos jóvenes, Peter? Estoy haciendo los preparativos para la primera reunión. He hablado a muchos de nuestros futuros socios y debe sentirse halagado, con las perspectivas de ser presidente, por lo que dicen.

Continuaron hablando con animación media hora más. Cuando Keating se levantó, Toohey manifestó:

—¡Ah! Le hablé a Lois Cook de usted. Tendrá noticias de ella pronto.

—Muchas gracias, Ellsworth. A propósito, estoy leyendo Nubes y mortajas.

—¿Y qué?

—Es tremendo. Imagínese, Ellsworth, hace pensar en todas las cosas de una manera diferente de

lo que uno ha pensado antes —repuso Keating.

—Sí —respondió Toohey—, ¿verdad?

Se quedó en la ventana mirando la puesta del sol de una tarde fría y brillante. Después se volvió y dijo:

Es un día hermoso. Probablemente uno de los últimos días hermosos de este año. ¿Por qué no sale con Catherine a caminar un poco, Peter?

—¡Oh, qué hermoso día! —dijo Catherine con interés.

—Bueno, id. —Toohey sonrió alegremente—. ¿Qué te pasa, Catherine? ¿Tienes que esperar a que te dé permiso?

Cuando salieron, cuando estuvieron solos en el resplandor frío de las calles inundadas con las últimas luces del sol, Keating creyó volver a experimentar la sensación particular que Catherine le había provocado siempre, esa emoción extraña que no podía conservar en presencia de los otros. La tomó de la mano. Ella la retiró, se quitó los guantes y puso sus dedos entre los de Keating. Entonces, de súbito, él recordó que las manos transpiran cuando se las tiene mucho tiempo juntas, y caminó más ligero, con irritación. Pensó que caminaban como los ratones Mickey y Minnie y que, probablemente, parecían ridículos a los transeúntes. Para alejar estos pensamientos, contempló el rostro de ella. Ella iba mirando hacia el frente, a la luz de oro. Él contempló su delicado perfil y el pliegue débil de una sonrisa en la comisura de los labios, una sonrisa de tranquila felicidad, pero advirtió que el borde de sus párpados era pálido y se preguntó si sería anémica.

Lois Cook estaba sentada en el suelo, en medio del *living room*, con las piernas cruzadas a la turca, mostraba las rodillas desnudas, las medias grises arrolladas sobre las ligas apretadas. Peter Keating se sentó al borde de un diván de seda morada. Nunca se había sentido tan incómodo en la primera entrevista con un cliente.

Lois Cook tenía treinta y seis años. Manifestaba con insistencia en sus conversaciones públicas y privadas que tenía sesenta y cuatro. Se repitió como un chiste fantástico que terminó por crear alrededor de su nombre una vaga impresión de eterna juventud. Era alta, seca, estrecha de espalda y ancha de caderas. Tenía una cara larga y pálida y los ojos muy juntos. El cabello colgaba sobre las orejas en mechones grasientos. Tenía las uñas rotas. Parecía insolentemente desarreglada, con un desaseo estudiado y preocupada por vestirse con igual insolencia.

Hablaba sin detenerse, balanceándose hacia atrás y hacia delante sobre su grupa.

—... sí, en Bowery. Una residencia privada. El templete en Bowery. Tengo el terreno, me gustó y lo compré. Fue muy sencillo, o lo compró para mí el tonto de mi abogado. Usted lo debe de conocer, tiene mal aliento. No sé cuánto me cobrará, pero no es esencial. El dinero es un lugar común. El repollo es también un lugar común. Tiene que tener tres pisos y un *living room*, con suelo de mosaicos.

—Señorita Cook, leí Nubes y mortajas y ha sido una revelación espiritual para mí. Permítame que me incluya entre los pocos que comprenden el valor y el significado de lo que usted realiza, sola, mientras...

—Eche a la basura esa porquería —le respondió Lois Cook, haciéndole un guiño.

—¡Lo digo de verdad! —respondió con enojo—. Me gusta su libro. Yo...

Ella parecía aburrida.

—Es un lugar común ser comprendida por todo el mundo —dijo pronunciando las palabras lentamente.

—Pero el señor Toohey dijo...

—¡Ah, sí, el señor Toohey! —Sus ojos estaban alerta ahora, insolentemente culpables, como los de un chico que ha hecho un chiste desagradable—. ¡El señor Toohey! Yo soy la presidenta de un grupo de escritores jóvenes por los cuales está muy interesado el señor Toohey.

—¿Usted es la presidenta? —dijo con satisfacción. Daba la impresión de que era la primera comunicación directa que habían tenido—. ¡Esto es interesante! El señor Toohey está tratando, también, de reunir un grupo de jóvenes arquitectos y es tan bueno que cree que yo debo ser el presidente.

—¡Oh! —dijo ella y le guiñó—. ¿Uno de nosotros?

—¿Quiénes?

Él no sabía lo que había hecho, pero se dio cuenta que la había decepcionado en alguna forma. Ella se empezó a reír. Sentada allí, lo contemplaba riéndose en la cara, deliberadamente, riéndose sin gracia y sin ganas.

—¡Qué diablos! —Se frenó—. ¿Qué pasa, señorita Cook?

—¡Ay de mí! ¡Usted es un muchacho tan rico, tan lindo!

—¡El señor Toohey es un gran hombre! —respondió él, enojado—. Es el más... la persona más noble que yo he...

—Sí, el señor Toohey es un hombre maravilloso. —Su voz era extraña, como descuidada, y estaba notoriamente desprovista de respeto—. Mi mejor amigo. El hombre más maravilloso que hay sobre la tierra. Existe la tierra y existe el señor Toohey..., una ley de la naturaleza. Además, piense qué hermosamente riman: Toohey... güey... fuey... juey... Con todo, es un santo. Es muy raro. Tan raro como el genio. Yo soy un genio. Quiero un *living room* sin ventanas, con suelo de mosaico y un cielo raso negro. Sin electricidad en mi casa, nada más que lámparas de petróleo. Lámparas de petróleo con tubos y velas. ¡Al diablo con Tomás Edison! ¿Quién era él, después de todo?

Sus palabras no le molestaban tanto como su sonrisa. No era una sonrisa, era una mueca afectada y permanente que nacía en las comisuras de su gran boca, tornándola astuta, viciosa, impía.

—Y quiero, Keating, que la casa sea fea. Magníficamente «fea». Quiero que sea la casa más fea de Nueva York.

—¿La más fea, señorita Cook?

—Corazoncito, lo hermoso es un lugar común.

—Sí, pero... pero yo... no veo cómo puedo permitirme...

—¿Dónde está su valor, Keating? ¿No es capaz de hacer un gesto sublime una vez? Los otros trabajan duramente y sufren y tratan de crear la belleza, tratan de sobrepasarse el uno al otro en la belleza. ¡Sobrepasémoslos a todos! Arrojémosles a las caras sus sudores. Destruyémoslos de un golpe. Seamos dioses. Seamos feos.

Aceptó el trabajo. Después de una semana se detuvo sintiéndose incómodo con él. Cuando le mencionaba a cualquiera su nuevo trabajo, lo hacía con una curiosidad respetuosa. Era una curiosidad divertida, pero respetuosa. El nombre de Lois Cook era muy conocido en los mejores salones. Los títulos de sus libros eran mencionados en las conversaciones como los diamantes en la

corona intelectual del que hablaba. Siempre había una nota de desafío en las palabras que pronunciaban. Parecía como si el que hablara fuera más audaz. Era una audacia satisfactoria, un antagonismo que nunca se hacía presente. Para un autor que no vendía sus libros, su nombre parecía extrañamente famoso y honrado. Él era el portaestandarte de una vanguardia intelectual y de una rebelión. Sólo que a él no le resultaba bastante claro el saber contra qué se rebelaba. Tampoco quería saberlo.

Diseñó la casa como ella quiso. Era un edificio de tres pisos, una parte de mármol, una parte de estuco adornada con gárgolas y faroles. Parecía una construcción para un parque de diversiones.

El boceto fue reproducido en muchas más publicaciones que cualquier otro que hubiese hecho, salvo el del edificio «Cosmo-Slotnick». Un comentarista opinó que «Peter Keating demuestra ser algo más que la promesa de un joven brillante con el don de agradar a los ricos lores de los grandes negocios. Se ha aventurado en el campo de la experimentación intelectual con un cliente tal como Lois Cook». Toohey llamó a la casa «chiste cósmico».

Pero en el espíritu de Keating quedó una sensación especial: una especie de resabio. Tenía atisbos de esto cuando trabajaba en una construcción importante que le gustaba; lo experimentaba en los momentos en que se sentía orgulloso de su trabajo. No podía calificar claramente aquel sentimiento, pero se daba cuenta de que en parte era un sentimiento de vergüenza.

Una vez se lo confesó a Ellsworth Toohey. Toohey se echó a reír.

—Eso le conviene, Peter. Uno no debe tener un sentimiento exagerado de su propia importancia.

Dominique había vuelto a Nueva York. Retornó sin ningún propósito definido, tan sólo porque no pudo permanecer en su casa de campo más de tres días después de su visita última a la cantera. Quería estar en la ciudad; era una necesidad súbita, irresistible y sin sentido. No esperaba nada de la ciudad, pero quería tener la sensación de sus calles y de los edificios.

Por la mañana, cuando se despertó y oyó el sordo rugido del tránsito, abajo, le pareció una advertencia de dónde estaba y del porqué, y se sintió humillada. Permaneció en la ventana, asida al marco como si asiera un pedazo de la ciudad, de todas las calles y tejados que abarcaba su mirada.

Salía sola para hacer largas caminatas. Andaba ligera, con las manos en los bolsillos de una vieja chaqueta cuyo cuello llevaba levantado. Se había dicho a sí misma que no tendría esperanzas de encontrarle. No le buscaba. Iba abstraída por las calles, vanamente, sin propósito, por horas.

Siempre había odiado las calles de la ciudad. Veía los rostros que pasaban junto a ella, rostros nivelados por el temor, por el temor como un denominador común, temor de ellos mismos, temor de todos y de cada uno, temor que los disponía a dar un zarpazo a todo lo que tuviera carácter sagrado para cualquiera que encontraran. No podía definir la naturaleza o la razón de aquel temor, pero siempre había sentido su presencia.

Ya no se sentía libre. Cada paso que daba la lastimaba. Se sabía atada a él, y él estaba ligado a cada parte de la ciudad. Era un obrero anónimo que hacía un trabajo anónimo, perdido en la multitud, dependiendo de esa multitud. Le producía odio pensar que podía verlo por las aceras que la gente recorría. Volvía a casa, después de las caminatas, temblando de fiebre. Al día siguiente salía nuevamente.

Cuando expiró el término de las vacaciones fue a la oficina del Banner para renunciar. Su trabajo y su sección ya no la divertían. Cortó los saludos efusivos de Alvah Scarret, diciéndole:

—He vuelto para decir que me voy, Alvah.

—Él la miró con asombro y murmuró tan sólo: —¿Por qué?

Era el primer sonido que le llegaba de su antiguo mundo exterior desde hacía tiempo. Tenía que afrontar un «¿por qué?» que implicaba una respuesta que no podía eludir. Pensó: «A causa de él, que ha cambiado el curso de mi vida».

Pero ello sería como una nueva violación. Entonces levantó la cabeza.

—No es nada más que una broma, Alvah. Quería saber lo que decía usted. No me voy.

Hacía pocos días que había vuelto a su trabajo cuando Ellsworth Toohey entró en su oficina.

—¡Hola, Dominique! Acabo de saber que usted ha vuelto.

—¡Hola, Ellsworth!

—Me alegro. Siempre he tenido la impresión de que usted se separará de nosotros cualquier día, sin dar ninguna explicación —dijo Ellsworth.

—¿La impresión, Ellsworth? ¿O más bien la esperanza?

—Sabe que se equivoca —replicó sonriendo pacientemente—. Siempre se equivoca en eso.

—No; no me adapto, Ellsworth. ¿No es así?

—Yo, es lógico, le podría preguntar: ¿adaptarse a qué?, pero supongo que no debo preguntarlo. Podría decir que las personas que no se adaptan son tan útiles como las que se adaptan. ¿Prefiere

así? Por supuesto, la cosa más simple de decir es que yo he sido y seré siempre un admirador suyo.

—No es un cumplido.

—De cualquier manera, no creo que tengamos que ser enemigos siempre, Dominique, si eso es lo que le agrada.

—No, no pienso que tengamos que ser siempre enemigos, Ellsworth. Usted es la persona más alentadora que conozco.

—¿En qué sentido lo dice?

—En el sentido que quiera.

Sobre la mesa que había delante de ella estaba la sección de fotograbados de la Chronicle del domingo. Estaba doblada por la página que tenía el plano de la «Casa Enright». La tomó y se la alargó. Tenía los ojos dilatados en una silenciosa interrogación. Él miró el proyecto, después su mirada pasó al rostro y luego nuevamente al proyecto y dejó caer el diario sobre la mesa.

—Tan independiente como un insulto, ¿no?

—Usted sabe, Ellsworth, que creo que el hombre que la ha diseñado tendría que haberse suicidado. A un hombre que puede concebir una cosa tan hermosa como ésa, nunca se le debería permitir que la erigiera. Él mismo no debería querer que existiese, pero querrá que se edifique, de manera que las mujeres colgarán los pañales en las terrazas; los hombres escupirán en las escaleras y dibujarán figuras obscenas en las paredes. No lo habría ofrecido para que lo contemplaran hombres como usted; para que hablen de él hombres como usted. Profanaría su propio trabajo con la primera palabra que usted pronunciara. Ha hecho más mal que usted. Usted cometería una indecencia mínima, pero él ha cometido un sacrilegio. Un hombre que sabe tanto como para hacer esto, no debe permanecer vivo.

—¿Va a escribir algún comentario? —preguntó.

—No, sería repetir su crimen.

—¿Y hablarme a mí de esto?

Le miró. Él se sonreía con amabilidad.

—Sí, desde luego, es parte del mismo crimen, también.

—Cenemos juntos un día de éstos, Dominique. Usted realmente no quiere que la vea con frecuencia.

—De acuerdo. Cuando quiera.

En el juicio por el atentado contra Ellsworth Toohey, Steven Mallory rehusó revelar el motivo. No hizo ninguna declaración. Parecía indiferente a cualquier sentencia posible. Pero Ellsworth Toohey no produjo una sensación menor cuando apareció, sin ser citado, en defensa de Mallory. Depuso ante el juez pidiendo clemencia y dijo que no quería destrozar el porvenir y la carrera de Mallory. Todo el mundo en la sala de audiencias se conmovió, menos Steven Mallory. Éste escuchó y parecía que estuviera soportando un proceso de tortura especial.

El juez le impuso dos años y dejó la pena en suspenso.

Se comentó mucho la extraordinaria generosidad de Toohey. Rechazó todo elogio, alegre y modestamente. «Amigos —comentó, y sus palabras aparecieron en todos los diarios—, no quiero complicarme en la producción de mártires».

En la primera sesión de la organización de los arquitectos jóvenes que Toohey había propuesto,

Keating sacó en conclusión que Toohey tenía una habilidad sorprendente para elegir personas que armonizaran entre sí. Las dieciocho personas formaban una atmósfera que no podía describir, pero que le daba una sensación de bienestar, una seguridad que no había experimentado ni en la soledad ni en ninguna otra reunión; una parte de ese bienestar se daba a la convicción de que los otros sentían lo mismo por el mismo motivo inexplicable. Era un sentimiento de fraternidad, pero no era una fraternidad noble o sagrada; sin embargo, ahí residía precisamente el bienestar: que ellos no sentían la necesidad de que fuese noble o sagrada.

De los dieciocho que estaban sentados en el *living* de Toohey, ninguno era arquitecto prestigioso, salvo Gordon L. Prescott y él. Keating nunca había oído el apellido de los otros. La mayoría eran principiantes, jóvenes pobremente vestidos y belicosos. Algunos eran simples dibujantes. Había una mujer arquitecto que había construido algunas casas pequeñas, sobre todo para ricas viudas. Tenía modales agresivos, boca apretada y llevaba una petunia fresca en el cabello. Había un muchacho de ojos puros e inocentes. Había un contratista de cara grande e inexpresiva. Una mujer, alta, seca, que decoraba interiores, y otra mujer de ocupación completamente indefinida.

Keating no comprendió cuál era exactamente el propósito del grupo, aunque se habló mucho. Nada de lo que se dijo fue muy coherente, pero todo parecía estar impulsado por la misma corriente oculta. Sentía que la corriente subterránea, aunque nadie la mencionaba, era lo único claro entre todas las vagas generalidades. Él la mantenía como los otros, pero no quería definirla.

Los jóvenes hablaron mucho de la injusticia, de la deslealtad y de la crueldad de la sociedad hacia ellos y sugirieron que todo el mundo debería tener garantizados los trabajos futuros no bien dejaran el instituto. La mujer arquitecto chilló unas palabras acerca de la iniquidad de los ricos. El contratista ladró que éste era un mundo cruel y que «los hombres tenían que ayudarse entre sí». El muchacho de los ojos inocentes argumentó que «nosotros podríamos hacer mucho bueno...». Su voz tenía una nota de sinceridad desesperada que parecía molesta e inoportuna. Gordon L. Prescott declaró que la CAA era un conjunto de vejestorios sin ninguna idea de responsabilidad social y sin una gota de sangre viril y que de cualquier manera era tiempo de darles un puntapié. La mujer de ocupación indefinida habló de ideales y causas, aunque nadie pudo colegir exactamente lo que esto significaba.

Peter Keating fue elegido presidente por unanimidad. Gordon L. Prescott fue elegido vicepresidente y tesorero. Toohey declinó toda designación. Manifestó que actuaría solamente como consejero no oficial. Se resolvió que la organización se denominaría «Consejo de Construcciones Estadounidenses». Se decidió que los miembros no deberían ser arquitectos, en sentido estricto, sino que la organización estaría abierta a todos los «gremios afines», y a «todos aquellos que tienen interés en la gran profesión de edificar de todo corazón».

Después habló Toohey. Habló con cierta extensión, de pie, apoyándose con una mano en la mesa. Su voz amplia era suave y persuasiva. Llenaba la habitación, pero hacía que sus oyentes se dieran cuenta que podía llenar un anfiteatro romano. Había algo sutilmente halagador en el hecho de que graduara para ellos el tono de su voz poderosa.

«... y de este modo, amigos, lo que le falta a la profesión de arquitectos es comprensión de su propia importancia social. Ello se debe a dos causas; a la naturaleza antisocial de la sociedad actual, y a la inherente modestia de ustedes. Ustedes se han acostumbrado a pensar en sí mismos nada más

que para ganarse la vida, sin ningún propósito más alto que el de los honorarios para solventar las necesidades de la propia existencia. ¿No es ya tiempo, amigos, de detenerse y volver a definir su posición en la sociedad? De todos los gremios, el de ustedes es el más importante. Importante, no por la cantidad de dinero que pueden ganar, ni por el grado de habilidad artística que puedan exhibir, sino por el servicio que prestan a los hombres. Ustedes son los que los proveen de refugio. Recuerden esto, y después miren nuestras ciudades, nuestros barrios pobres, para darse cuenta de la tarea gigantesca que les espera. Pero para hacer este desafío deben estar armados con un concepto claro de la misión que les incumbe. No son lacayos alquilados por los ricos. Son cruzados de la causa de los que no tienen privilegios y de los desamparados. Mantengámonos unidos con este espíritu. Seamos en todo fieles a esta perspectiva nueva, amplia, alta. Organicemos, amigos, diré yo, un sueño más noble... y cuando nuestro sistema de sociedad se derrumbe, el gremio de los constructores no será barrido, será elevado a la mayor altura y al mayor reconocimiento...».

El timbre sonó. El criado de Toohey apareció un instante, manteniendo abierta la puerta del *living* para hacer pasar a Dominique Françon.

Por la forma en que Toohey se detuvo, en medio de la pronunciación de una palabra, Keating se dio cuenta de que Dominique no había sido invitada ni era esperada. Le sonrió a Toohey, con una inclinación de cabeza, y agitó la mano como indicando que continuase. Él le hizo una leve inclinación, nada más que un movimiento de cejas, y continuó su discurso.

Dominique se sentó en un rincón detrás de los demás. Keating dejó de escuchar durante un rato, tratando de atraer la atención de ella. Tuvo que esperar a que sus ojos recorriesen pensativamente toda la habitación, rostro por rostro, y se detuvieran en él. Él se inclinó e inclinó la cabeza con energía, con una sonrisa, como si saludara a una posesión privada. Ella inclinó la cabeza. Observó que sus pestañas tocaban las mejillas en el instante en que cerró los ojos. Después volvió a mirarle. Se quedó mirándole un largo rato, sin sonreír, como si estuviera redescubriendo algo en su rostro. Él no la veía desde la primavera. Pensó que parecía un poco cansada y más hermosa de lo que la recordaba.

Después dirigió la mirada hacia Ellsworth Toohey una vez más y siguió escuchando. Las palabras que oía eran tan excitantes como siempre, pero el placer que le producían tenía algo molesto. Miró a Dominique. Ella no encajaba en aquella habitación, en aquella reunión. No podía decir por qué le parecía así, pero la certeza de ello era enorme y opresiva. No era su elegancia insolente, era otra cosa lo que la hacía extraña. Era como si todos ellos hubiesen estado cómodamente desnudos, y una persona hubiese entrado totalmente vestida, dándoles de pronto conciencia de su propia indecencia. Sin embargo, ella no hizo nada. Se quedó sentada, escuchando con atención. Una vez se echó hacia atrás, cruzando las piernas y encendiendo un cigarrillo. Extinguió la llama del fósforo con un brusco ademán y lo arrojó a un cenicero que estaba en una mesa, a su lado. Él la miró cuando arrojó la cerilla y tuvo la sensación de que los había arrojado a todos ellos. Pensó que se estaba poniendo en ridículo. Advirtió que Ellsworth Toohey no la miró mientras hablaba.

Cuando la reunión terminó, Toohey corrió hacia ella.

—¡Querida Dominique! —dijo vivamente—. ¿Debo envanecerme?

—Si usted quiere...

—Si hubiese sabido que tenía interés, le hubiera enviado una invitación especial.

—Pero ¿no se le ocurrió que podía tener interés?

—Francamente, no...

—Ha sido un error, Ellsworth. No tuvo en cuenta el instinto de periodista. Nunca se me escapa una noticia. No se tiene a menudo la oportunidad de ser testigo del nacimiento de una felonía.

—¿Es exacto lo que dice, Dominique? —preguntó Keating con voz penetrante.

Se volvió hacia él:

—¡Hola, Peter!

—Veo que conoce a Peter Keating —le dijo Toohey sonriendo.

—¡Oh, sí! Peter estuvo enamorado de mí una vez.

—Emplea usted un tiempo de verbo equivocado, Dominique.

—No tome nunca seriamente las cosas que Dominique dice. Ella no nos toma en serio. ¿Quiere unirse a nuestro grupo, Dominique? Su excelente calificación profesional la hace perfectamente elegible.

—No, Ellsworth, no quiero unirme a su grupo, no lo odio lo bastante para hacerlo.

—¿Por qué lo desaprueba? —preguntó Keating.

—¡Caramba, Peter! ¿Quién le ha dicho tal cosa? No lo desapruedo de ninguna manera. ¿No es así, Ellsworth? Creo que es la manera adecuada de responder a una necesidad evidente. Es precisamente lo que necesitamos... y merecemos.

—¿Puedo contar con su presencia en la próxima reunión? —preguntó Toohey—. Será agradable tener una persona tan comprensiva y que no molesta... en nuestra próxima reunión.

—No, Ellsworth, gracias. Era mera curiosidad. Tiene aquí un grupo interesante de personas. Jóvenes arquitectos. A propósito, ¿por qué no invita al hombre que diseñó la «Casa Enright»...? ¿Cómo se llama... Howard Roark?

Keating sintió que se le cerraban fuertemente las mandíbulas.

—No tengo el placer de conocer al señor Roark —repuso Toohey gravemente.

—¿Usted lo conoce? —le preguntó Keating.

—No —replicó ella—. No he visto nada más que un bosquejo de la «Casa Enright».

—¿Sí? —insistió Keating—. ¿Qué opina?

—No opino nada.

Cuando se fue, Keating la acompañó. La contemplaba mientras bajaban en el ascensor. Vio que sus manos, enguantadas de negro, sostenían el borde chato de una cartera. El blanco descuido de sus dedos era insolente y provocativo a la vez. Sintió que se rendía ante ella otra vez.

—Dominique, ¿a qué vino en realidad?

—¡Oh, yo no estoy mucho tiempo en ninguna parte y decidí empezar por venir aquí! Cuando voy a nadar, no me gusta torturarme yendo al agua por grados. Voy directamente y es una sensación desagradable, pero después de eso el resto no es duro de hacer —dijo Dominique.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué? ¿Le parece tan mala esta reunión? Después de todo, no proyectamos hacer nada definitivo. No tenemos ningún programa. No sé, en realidad, para qué estábamos reunidos.

—Eso es, Peter. Usted nunca sabe por que está.

—Es sólo para reunir un grupo de camaradas. Sobre todo para conversar. ¿Qué daño hay en eso?

—Peter, estoy cansada.

—¿Su aparición de hoy quiere decir que al fin sale de su reclusión?

—Sí. Precisamente eso... ¿Mi reclusión?

—He tratado de ponerme en contacto con usted. —¿Ah, sí?

—¿Tendré que decirle la alegría que me produce el verla nuevamente?

—No; hagamos cuenta de que ya me lo ha dicho.

—¿Sabe que ha cambiado, Dominique? No le podría decir en qué aspecto, pero ha cambiado.

—¿He cambiado?

—Considere que le he dicho cuán hermosa está, porque no puedo encontrar palabras para decírselo.

Las calles estaban oscuras. Keating llamó un coche. Sentado junto a ella, la miraba fijamente, como si fuese una insinuación descarada, esperando provocar un significativo silencio entre los dos. Ella estaba sentada estudiando el rostro de él. Parecía que se sorprendía, atenta a algún pensamiento propio que él no podía adivinar. Se puso más cerca de ella, lentamente, y le tomó las manos. Sintió un esfuerzo en sus manos, pudo sentir en sus rígidos dedos el esfuerzo que hacía con todo el brazo. No era un esfuerzo para retirar la mano, sino para permitirle que la tomara. Levantó la mano, la volvió y oprimió sus labios contra la muñeca. Después la miró a la cara. Dejó caer la mano y ésta quedó suspendida en el aire, con los dedos tiesos, medio cerrados. No era la indiferencia lo que él recordaba, era una repulsión tan grande que se tornó impersonal, que no podía ofenderle. Tenía la sensación de su cuerpo, no con deseo ni con resentimiento, sino porque lo tenía a su lado. Involuntariamente murmuró:

—Dominique, ¿quién es él?

Ella volvió el rostro. Él veía que sus ojos se achicaban, que sus labios se relajaban, haciéndose más llenos, más suaves; su boca se alargaba lentamente en una débil sonrisa, sin abrirla. Le contestó, mirándole fijo:

—Un obrero de la cantera de granito. Él se rió a carcajadas.

—Bien me lo merezco, Dominique. No habría sospechado lo imposible.

—¿No resulta extraño, Peter? En un tiempo pensé que podía quererle a usted.

Peter se sorprendió.

¿Por qué resulta extraño?

—Pensar en lo poco que conocemos de nosotros mismos. Algún día sabrá la verdad acerca de usted mismo, y será peor.

—¿Me quería, Dominique?

—¡Creía que nunca podía querer nada, y usted llenaba bien ese requisito!

—No sé lo que quiere decir. No sé nunca lo que quiere decir. Sé que la amaré siempre. Y no permitiré que desaparezca otra vez. Ahora que ha vuelto...

—Ahora que he vuelto, Peter, no quiero volver a verle. Le veré cuando nos encontremos, pero no me visite. No. No quiero ofenderle. Usted no me ha hecho nada para que me disguste, pero hay algo dentro de mí misma que no quiero que aparezca otra vez. Lamento haberle elegido como ejemplo. Pero usted es todo lo que yo desprecio en el mundo, y no quiero recordar cuánto le desprecio. Si lo recordara... volvería a eso. No es un insulto para usted, Peter. Trate de comprenderlo. No es usted lo

peor del mundo. Es lo mejor de él. Eso es lo que me asusta. Si alguna vez vuelvo a usted, no me permita volver. Le digo esto ahora porque puede ocurrir; pero si vuelvo, usted no podría detenerme, y ésta es la única oportunidad que tengo para aconsejarle.

—No sé de qué está hablando —contestó él con frío furor, con los labios rígidos.

—No trate de saberlo. No tiene importancia. Quedamos lejos el uno del otro. ¿No le parece?

—Nunca renunciaré a usted. Ella alzó los hombros.

—Todo está bien, Peter. Ésta es la única vez que he sido amable con usted o con cualquiera.

VI

Roger Enright había empezado su vida como minero en las minas de carbón de Pensilvania. En su marcha hacia los millones que ahora poseía nadie le había ayudado jamás. «Esto —comentaba él— es porque nadie se ha metido en mi camino». Su carrera había sido brillante y pública como una cartelera. Había dado poco tema a chantajistas y biógrafos de escándalo. Los ricos no lo querían por haber llegado tan crudamente a la riqueza.

Odiaba a los banqueros, a las asociaciones, a las mujeres, y a la Bolsa. Nunca compró una acción en la Bolsa ni vendió ninguna de sus empresas. Toda su fortuna se la debía a sí mismo, tan sencillamente como llevaba todo su dinero en el bolsillo.

Además de su negocio de petróleo poseía una casa de publicidad, un restaurante, una casa de radio, un garaje, una planta para fabricación de refrigeradores eléctricos. Antes de cada nueva aventura estudiaba el terreno durante mucho tiempo, después actuaba como si no supiese nada, trastornando todo lo precedente. Algunas de sus aventuras tuvieron éxito, otras fracasaron. Insistió en ellas con energía feroz. Trabajaba doce horas al día.

Cuando se decidió a construir un edificio, estuvo seis meses buscando arquitecto. Ocupó a Roark después de la primera entrevista que tuvo con él, que duró media hora. Más tarde, cuando estuvieron hechos los planos, dio órdenes para que se empezara la construcción inmediatamente. Cuando Roark empezó a hablar de los planos lo interrumpió: «No me dé explicaciones. No vale la pena que me explique ideales abstractos. Nunca he tenido ideales. La gente dice que soy completamente inmoral. Me atengo solamente a lo que me gusta. Y yo sé lo que me gusta».

Roark nunca mencionó la tentativa que había hecho de llegar hasta Enright ni su entrevista con el aburrido secretario. Enright, de alguna manera, llegó a saberlo. En cinco minutos echó al secretario y en diez éste salía de la oficina, como se lo había ordenado, en un día de mucha labor, dejando en la máquina una carta a medio escribir.

Roark volvió a abrir su oficina. Era la misma habitación enorme en la parte superior de un viejo edificio. Amplió su local alquilando también la habitación contigua, pues había tomado dibujantes para que se dedicaran al programa relámpago planeado para la construcción. Nunca había oído hablar de ellos antes y no les pidió cartas de recomendación. Los eligió entre muchos aspirantes después de mirar unos minutos sus dibujos.

En la tensión afanosa de los días que siguieron, nunca les habló de sus trabajos. Al entrar cada mañana en la oficina, podían advertir que para él carecían de vida privada, de toda significación y de realidad, salvo la realidad abrumadora de las amplias cajas de papel que estaban sobre la mesa. El sitio parecía frío y desalmado como una fábrica, pero cuando miraban a Roark notaban que no era una fábrica, sino un horno alimentado con sus cuerpos y en especial con el de él mismo.

A veces se quedaba toda la noche en la oficina. Los empleados lo encontraban trabajando durante dos días y dos noches seguidos. A la tarde del tercer día se quedó dormido sobre la mesa. Se despertó a las pocas horas, no hizo comentario alguno y anduvo de una mesa a otra para ver lo que se había hecho. Hizo correcciones; sus palabras sonaban como si nada hubiese interrumpido su pensamiento, comenzado unas horas antes.

—Usted es insoportable cuando trabaja, Howard —le dijo Austen Heller una noche, aunque

Roark no había mencionado nada de su trabajo.

—¿Por qué? —preguntó asombrado.

—Resulta incómodo estar en la misma habitación que usted. La tensión es contagiosa.

—¿Qué tensión? Me siento completamente natural cuando trabajo.

—Ésa es la cuestión. Usted está completamente natural cuando sólo le falta una pulgada para reventar. ¿De qué diablos está hecho? Después de todo, se trata nada más que de un edificio. No está haciendo combinación de algo santo con una tortura india y un éxtasis amoroso.

—¿Acaso un edificio no es eso?

No pensaba en Dominique a menudo, pero cuando lo hacía el pensamiento era un súbito recuerdo, era el reconocimiento de una presencia continua que no necesitaba reconocimiento. La quería. Sabía dónde encontrarla. Esperaba. Le divertía esperar, porque sabía que la espera era insoportable para ella. Sabía que su ausencia lo ataba a ella de una manera más completa y humillante que lo que podía hacerlo su presencia. Le daba tiempo para que intentase una huida, para que pudiese conocer su propio desamparo cuando él la quisiera ver otra vez. Sabría que el intento mismo estaba a elección de él, que era tan sólo otra forma de su poder. Entonces ella estaría dispuesta a matarlo o a ir hacia él por su propia voluntad. Los dos actos eran semejantes en su mente. Él quería conducirla a ello. Y esperó.

La construcción de la «Casa Enright» iba a empezar cuando Roark fue citado a la oficina de Joel Sutton. Éste, hombre de negocios afortunado, proyectaba la erección de un inmenso edificio para oficinas. Joel Sutton había basado su éxito en la facultad de no comprender nada acerca de la gente. Amaba a todo el mundo. Su amor no admitía distinciones. Era una gran aplanadora que no podía percibir picos ni concavidades, como no los tiene la superficie de un bote de melaza.

Joel Sutton conoció a Roark en una cena que dio Enright, y le agradó. Lo admiró. No vio ninguna diferencia entre Roark y cualquier otra persona. Cuando Roark fue a su oficina, Joel Sutton le dijo:

—No estoy nada seguro, no estoy seguro, no estoy seguro, pero pensé que podía recurrir a usted para ese edificio pequeño que tengo en la cabeza. Su «Casa Enright» es... extraña, pero es atractiva, todos los edificios son atractivos. Me gustan los edificios, ¿a usted no...?, y Roger Enright es un hombre muy listo, un hombre muy listo. Hace dinero donde otros creen que no se puede hacer. Le preguntaré a Roger Enright; lo que es bueno para él, también es bueno para mí.

Roark esperó algunas semanas después de aquella primera entrevista. Joel Sutton nunca tenía prisa para decidirse.

Una noche de diciembre Austen Heller visitó a Roark sin avisarle y le manifestó que debía acompañarle el viernes siguiente a una fiesta distinguida que daba la señora de Ralston Holcombe.

—Diablos; no, Austen.

—Escúcheme, Roark. Dígame exactamente por qué no. ¡Oh, sé que odia esas cosas, pero ésta no es una buena razón! Por otra parte, puedo darle muchas excelentes razones para que vaya. El lugar es una especie de casa de asignación para arquitectos y, por supuesto, tendrá allí posibilidades de obtener un edificio, hasta para su estilo personal. Si usted sería capaz de vender hasta el alma que no tiene, ¿por qué no puede pasar unas horas de aburrimiento en beneficio de futuras posibilidades?

—Es cierto, sólo que no creo que estas cosas conduzcan a nada —replicó Roark.

—¿Quiere ir por esta vez?

¿Por qué especialmente esta vez?

—¡Caramba! En primer lugar porque esa peste infernal de Kiki de Holcombe me lo ha pedido. Estuvo ayer dos horas pidiéndomelo y me hizo perder un almuerzo. Echa a perder su reputación el que se construya un edificio como la «Casa Enright» en la ciudad y que ella no pueda ostentar al arquitecto en su salón. Es una manía. Colecciona arquitectos. Insistió en que lo lleve, y le prometí que lo haría.

—¿Por qué?

—El viernes próximo estará Joel Sutton. Aunque le reviente, trate de ser cortés con él. Según he oído, está prácticamente decidido a darle el edificio. Quizá todo lo que necesite para decidirse sea un contacto personal. Muchos otros van detrás de él. Todos estarán allí. Quiero que usted esté. Quiero que usted haga ese edificio. No quiero oír nada de canteras de granito en los próximos diez años. No me gustan las canteras de granito.

Roark se sentó sobre la mesa, asiéndose al borde de la misma con las manos, para mantenerse firme. Estaba exhausto, aunque no lo podía sentir. Dejó caer los hombros en un esfuerzo para efectuar un descanso que no llegaba; sus brazos estaban tensos, estirados y un codo se sacudía con un continuo y débil estremecimiento.

—¿Por qué no ir aunque sea una vez? No será tan terrible. Quizá se divierta. Verá a muchos viejos amigos allí: a John Erik Snyte, Peter Keating, Guy Françon y a su hija, conocerá a su hija. ¿Ha leído algunos de sus trabajos?

—Iré —replicó Roark.

—Usted prevé poco las cosas, aunque a veces es terrible. Vendré a buscarle el viernes a las ocho y media. Corbata negra. A propósito, ¿tiene *smoking*?

—Enright me consiguió uno.

—Enright es un hombre muy sensato.

Cuando Heller le dejó, Roark se quedó sentado durante mucho tiempo a la mesa. Había decidido ir a la fiesta porque sabía que era el último lugar en el cual Dominique Françon querría encontrarle otra vez.

—Querida Kiki —dijo Ellsworth Toohey—, no hay nada tan inútil como una mujer rica que hace del entretenimiento una profesión. Pero, claro está, todas las cosas inútiles tienen su encanto. Como la aristocracia, por ejemplo, la más inútil de todas.

Kiki de Helcombe frunció la nariz en un lindo gesto de reproche, pero le gustaba que la incluyeran en la aristocracia. Tres candelabros de cristal brillaban en el salón de baile florentino y cuando ella contempló a Toohey, las luces que se reflejaban en sus ojos llenaban de centelleos las pestañas.

—¡Qué cosas tan desagradables dice usted, Ellsworth! No sé cómo lo sigo invitando.

—No comience a discutir con el señor Toohey —dijo la señora de Gillespie, una mujer alta que ostentaba un collar de grandes diamantes, del tamaño de los dientes que mostraba cuando se reía—. No vale la pena. Estamos derrotadas de antemano.

—La discusión, señora de Gillespie, es una de las cosas que no tiene encanto ni utilidad. Dejémosla a los hombres de cerebro. Los cerebros, por supuesto, constituyen una peligrosa confesión de debilidad. Se dice que los hombres desarrollan sus cerebros cuando han fracasado en todas las

otras cosas.

—Usted no quiere decir eso —dijo la señora de Gillespie mientras su sonrisa lo aceptaba como una agradable verdad. Se posesionó de él, triunfalmente, y se lo llevó como una presa robada a la señora de Holcombe, que por un momento se había desviado para saludar a nuevos invitados.

—Ustedes, los hombres de inteligencia, son como niños. Son tan sensitivos que una los debe mimar.

—Yo no haría eso, señora de Gillespie. Aprovechémonos de esto, pero ostentar su propia inteligencia es tan vulgar, más vulgar aún que ostentar la riqueza de uno.

—Dios mío, no debería hablar así, ¿no le parece? He oído decir que usted es izquierdista, pero no lo tomaré en serio. Ni siquiera un poco. ¿Qué le parece?

—Me gusta mucho.

—Usted no me engaña. No puedo creer que sea peligroso. Los peligrosos son sucios y usan mala gramática. ¡Y usted tiene una voz tan hermosa!

—¿Qué le hace pensar que yo aspiro a ser peligroso? Soy simplemente... bueno, le diré, la cosa más suave que existe; una conciencia. Su propia conciencia, personificada conscientemente en el cuerpo de otra persona e interesándose por lo menos afortunado del mundo, quedando libre, de este modo, de no preocuparse de eso.

La señora de Gillespie exclamó:

—Caramba, ¡qué idea tan primorosa! No sé si es horrible o si es muy sabia.

Ambas cosas, señora, como toda sabiduría.

Kiki de Holcombe examinó la sala de baile con toda satisfacción. Levantó la vista hacia el techo, adonde no alcanzaba la luz de los candelabros, y notó cuán lejos estaba de los invitados, cuán dominante y tranquilo. La enorme multitud de asistentes no empequeñecía el vestíbulo que estaba ante ellos, como un cuadro de espacio grotescamente desproporcionado, y era esa vasta extensión de aire aprisionado lo que daba a la fiesta un aspecto de regia suntuosidad, algo así como la tapa del estuche de una joya, innecesariamente grande en torno a un centro aplastado que no tenía más que una sola gema pequeña.

El traje de noche no le sentaba a Ellsworth Toohey. El rectángulo de la camisa blanca prolongaba su cara, que se alargaba en dos direcciones; las alas de la corbata le daban a su cuello el aspecto de pollo desplumado, pálido, azulado y listo para retorcérselo con un solo movimiento de una mano fuerte. Pero tenía ropa mejor que cualquiera otra de las personas presentes. La llevaba con la elegancia impertinente de quien se encuentra muy cómodo con que algo le quede mal, y lo grotesco de su aspecto constituía una manifestación de superioridad, una superioridad bastante grande para garantizar todo desgarbo.

Le decía a una mujer joven, sombría, que llevaba gafas y un traje de noche descubierto en la espalda: «¡Oh, usted no será nada más que una aficionada de la inteligencia, a menos que se sumerja en alguna causa más grande que usted misma!».

Le decía a un caballero obeso, con un rostro que se enrojecía en el calor de la discusión: «Pero, amigo, no podía gustarme ninguno de los dos. Dije simplemente que tal cosa es el curso inevitable de la historia. ¿Y quiénes somos usted o yo para oponernos al curso de la historia?».

Le decían a un joven y desdichado arquitecto: «No, joven, no es que esté contra usted a causa del

feo edificio que diseñó, sino por el mal gusto que muestra en quejarse de la censura que le hice».

Le decía a una dama millonada: «Sí, creo que sería una buena idea la suya de contribuir al Taller de Estudios Sociales. Sería una manera de tomar parte en la gran corriente humana de realizaciones culturales, sin perturbar la rutina de su digestión».

Los que lo rodeaban decían: «¡Qué ingenioso! ¡Y qué valentía!».

Peter Keating sonreía radiante. Sentía que la admiración y la atención fluía de todas partes de la sala de baile hacia él. Miraba a las personas, a todas aquellas personas adornadas, perfumadas, con sedas crujientes, barnizadas de luz, chorreando luz como si se las hubiese sumergido en agua de lluvia unas horas antes, para estar listas para ir allí y rendir homenaje a un hombre que se llamaba Peter Keating. Había momentos en que se olvidaba de que era Peter Keating y se miraba al espejo queriendo unirse a la admiración general.

Una vez la corriente lo dejó cara a cara con Ellsworth Toohey, Keating sonrió como un muchacho que surgiera de un río en un día de verano, resplandeciente, vigorizado, incansable de energía. Toohey se quedó mirándolo. Toohey se metió las manos en el bolsillo del pantalón, hinchándolo a la altura de sus flacas caderas; parecía columpiarse débilmente sobre sus pies pequeños; sus ojos estaban empeñados en una valoración enigmática.

—Dígame, Ellsworth..., ¿no... es ésta una noche maravillosa? —dijo Keating como un chico a una madre comprensiva.

—¿Se divierte, Peter? Usted es casi la sensación de esta noche. Parece haber franqueado la entrada de la fama. Ocurre así y uno no puede decir, con exactitud, cuándo y por qué... Hay alguien, sin embargo, a quien usted parece ignorar despiadadamente —repuso Ellsworth Toohey.

Keating retrocedió. Quería saber cómo Toohey lo había sabido.

—Bueno —dijo Toohey—, la excepción justifica la regla. Es lamentable, sin embargo, Siempre tuve la idea absurda de que se necesitaría un hombre muy extraordinario para atraer a Dominique Françon. Entonces, naturalmente, pensé en usted. Fue nada más que un pensamiento ocioso. Sin embargo, el hombre que la obtenga, tendrá algo que usted no sería capaz de igualar. En eso él le ganará.

—Nadie lo ha conseguido —dijo Keating.

—No, sin duda, no. Todavía no. Eso es más bien asombroso. Supongo que necesitará un hombre extraordinario.

—Fíjese, ¿qué diablos dice? ¿No le agrada Dominique Françon?

—Nunca he dicho que no me agradara.

Un momento después Keating oyó que Toohey decía en medio de una seria discusión: «¿Felicidad? ¡Es tan de clase media! ¿Qué es la felicidad? Hay muchas cosas en la vida más importantes que la felicidad».

Keating se encaminó lentamente al encuentro de Dominique. Se había recostado, como si el aire fuera un soporte bastante sólido para sus hombros débiles y desnudos. Su traje de noche era de color de vidrio. Él tuvo la sensación de que podría ver a través de su cuerpo la pared que tenía detrás. Parecía demasiado frágil para existir, y esa fragilidad hablaba de una fuerza temible que la tenía anclada a la existencia con un cuerpo incompatible con la realidad.

Cuando él se acercó, ella no se esforzó en fingir; se volvió hacia él y le contestó; pero la

precisión monótona de sus respuestas le contenía, le tornaba impotente; la abandonó después de unos minutos.

Cuando Roark y Heller entraron, Kiki de Holcombe se adelantó a saludarlos a la puerta. Heller le presentó a Roark, y ella habló como siempre, con voz que parecía un chillido, y con tanta velocidad que ahuyentaba toda oposición.

—Señor Roark, ¡estaba ansiosa por conocerle! Hemos oído hablar mucho de usted. Claro que debo advertirle que mi marido no lo aprueba, por razones puramente artísticas, comprenderá usted; pero no se preocupe: tiene un aliado en esta casa, un aliado entusiasta.

—¡Muy amable, señora Holcombe! —dijo Roark.

—¡Oh, yo adoro su «Casa Enright»! Por supuesto, no puedo decirle que representa mis propias convicciones estéticas, pero las personas de cultura deben tener sus espíritus abiertos a todo, quiero decir, deben considerar todos los puntos de vista en el arte creador; debemos tener amplitud de criterio en todas las cosas, ¿no le parece a usted?

—No sé —contestó Roark—. Nunca he tenido amplitud de criterio.

Ella tuvo la certidumbre de que él no había querido decir una insolencia, no estaba en su voz ni en sus maneras; pero aquella insolencia fue la primera impresión que tuvo de él. Roark vestía de etiqueta y le quedaba muy bien, con su aspecto alto y delgado; pero había algo que decía que no le pertenecía; su rojizo cabello parecía ridículo con aquella ropa; además, a ella no le gustaba su cara; aquella cara convenía a un obrero o a un marinero, pero no le parecía bien en su salón.

—Nos hemos interesado mucho por su trabajo.

¿Su primer edificio?

—El quinto.

—¿El quinto? ¿De veras? ¡Qué interesante!

Se fue a saludar a nuevos invitados.

Heller le dijo:

—¿A quién quiere conocer primero? Allí está Dominique Françon, mirádonos. Venga.

Roark se volvió y vio a Dominique, que estaba sola al otro lado de la sala. No había expresión en su rostro, ni siquiera el esfuerzo para evitar una expresión. Resultaba extraño ver un rostro humano con estructura ósea y músculos, pero sin significado; un rostro como simple manifestación anatómica, como una espalda o un brazo, y no como un espejo de percepciones sensibles. Ella los miraba conforme se iban acercando. Tenía los pies dispuestos de manera extraña, dos pequeñas figuras paralelas y terminadas en punta, como si alrededor no existieran nada más que unas pulgadas cuadradas debajo de la suela y ella estuviera segura hasta tanto no se moviese o mirase hacia abajo. Sentía un placer violento porque le parecía ser demasiado frágil para estar haciendo aquel esfuerzo y porque se sentía muy bien.

—Señorita Françon, ¿me permite que le presente a Howard Roark? —dijo Heller.

No levantó la voz para pronunciar el nombre y se quedó sorprendido porque sonó tan sin fuerza; después pensó que el silencio había cogido el nombre y lo tenía asido todavía; pero allí no había silencio. La cara de Roark estaba cortésmente impasible, y Dominique dijo con toda corrección:

—Tanto gusto, señor Roark.

—Tanto gusto, señorita Françon.

—La «Casa Enright»... —dijo ella.

Habló como si hubiese querido pronunciar aquellas tres palabras, pero como si designaran, no una casa, sino muchas cosas más.

—Sí, señorita Françon —dijo Roark.

Entonces ella se sonrió, con la sonrisa correcta y superficial con que se recibe una presentación.

—Conozco a Enright. Es un amigo de la familia.

—No he tenido el placer de conocer a muchos amigos del señor Enright.

—Recuerdo que una vez papá lo invitó a cenar. Fue una cena lastimosa. Se dice que papá es un conversador brillante, pero no pudo extraerle una sola palabra a Enright. Roger permanecía impasible. Hay que conocer a papá para darse cuenta de cuán enorme fue aquella derrota para él.

—Yo he trabajado para su padre, hace algunos años, como dibujante.

Ella movió la mano y la detuvo en el aire. Dejó caer la mano.

—Entonces habrá podido darse cuenta de que papá no podía estar de acuerdo con Roger Enright.

—No, no podía estar de acuerdo.

—Creo que Roger casi me quería, aunque nunca me perdonó que yo trabajase en un diario de Wynand.

Al estar entre ellos, Heller pensó que se había equivocado, que no había nada de extraordinario en aquel encuentro. En efecto, no ocurrió nada. Se molestó porque Dominique no hablara de arquitectura como esperaba que lo hiciese, y concluyó lamentando que Roark le hubiese disgustado, como le disgustaban la mayoría de las personas que ella conocía.

Después, la señora de Gillespie se dirigió a Heller y se lo llevó. Roark y Dominique se quedaron solos.

—El señor Enright lee todos los diarios de la ciudad. Se los llevan todos a la oficina, con la página de los editoriales cortada.

—Siempre ha hecho eso. Roger erró su verdadera vocación. Debería haber sido hombre de ciencia. ¡Tiene tal amor por los hechos y tal desprecio por los comentarios!

—En el otro extremo, ¿conoce al señor Fleming? —preguntó Roark.

—No.

—Es un amigo de Heller. El señor Fleming no lee más que editoriales. A la gente le gusta oírlo hablar.

Ella lo observaba. Él la miraba fijamente, con mucha cortesía, como no había mirado a ninguna persona que le presentaron. Ella deseaba encontrar algún rastro en su rostro, aunque fuese una sonrisa burlona; aun la burla sería un reconocimiento y un lazo, pero no encontró nada. Hablaba como un extraño. No permitía otra realidad sino la de un hombre que le ha sido presentado en un salón, intachablemente sumiso a todo convencionalismo de deferencia. Ella afrontó aquella respetuosa formalidad pensando que su vestido no tenía nada que ocultarle que él la había habituado a una necesidad más íntima aún que la necesidad de alimentarse..., mientras que ahora estaba a algunos pasos de distancia como un hombre que no se atrevía a acercarse más. Ella pensó que aquélla sería su forma de burlarse, después de lo que no podía haber olvidado, pero que no quería admitir. Se le ocurrió que querría que ella fuese la primera en recordarlo; él iba a conducirla a la humillación de aceptar el pasado, obligándola a ser la primera que murmurase las palabras que

llevaban a la realidad, porque sabía que no podía haberla olvidado.

—¿Y de qué vive el señor Fleming? —preguntó.

—Es fabricante de sacapuntas.

—¿De verdad? ¿Amigo de Austen?

—Austen conoce a muchas personas. Él dice que ésta es su ocupación.

—¿Ha tenido éxito?

—¿Quién, señorita? No estoy seguro respecto a Austen, pero el señor Fleming ha tenido mucho éxito. Tiene fábricas sucursales en Nueva Jersey, Connecticut y Rhode Island.

—Con respecto a Austen, usted está equivocado, señor Roark. Tiene mucho éxito. En su profesión y en la mía uno tiene éxito si no se deja manosear.

—¿Cómo se logra eso?

—Por uno de estos dos caminos: o no tomar en cuenta a las personas, o tomar en cuenta todo lo referente a ellas.

—¿Cuál es preferible, señorita?

—El que sea el más difícil.

—Pero el deseo de elegir el más difícil puede ser una confesión de debilidad.

—Desde luego, señor Roark; pero es la forma menos ofensiva de confesarlo.

Entonces alguien llegó corriendo entre la concurrencia, y golpeó a Roark en la espalda. Era John Erik Snyte.

—¿Quién hubiera pensado encontrarle aquí, Roark! —gritó—. ¡Contentísimo, contentísimo! Hacía una eternidad que no le veía. Escúcheme, quisiera conversar con usted. ¿Nos permite un momento, Dominique?

Roark se inclinó ante ella, con los brazos a ambos del cuerpo, con un mechón de cabello cayéndole hacia delante, de manera que ella no le podía ver la cara y sí solamente la cabeza, color de naranja, inclinada cortésmente. Después siguió a Snyte entré la concurrencia. Snyte le decía:

—¡Dios mío, cómo se ha levantado en estos últimos años! Escúcheme, ¿sabe si Enright proyecta dedicarse al negocio de compraventa de inmuebles en gran escala, quiero decir si no tiene otras construcciones a la vista?

Heller arrancó a Roark de la compañía de Snyte y lo llevó a presencia de Sutton. Éste se mostró encantado. Sintió que al ver a Roark se le quitaban las últimas dudas. Fue un sello de seguridad en la persona de Roark. La mano de Joel Sutton se cerró sobre el codo de Roark, cinco dedos gordos y rosados sobre la manga negra. Joel Sutton le habló confidencialmente:

—Escúcheme, muchacho. Todo está arreglado. Usted será el arquitecto, pero no me exprima hasta el último centavo. Todos los arquitectos son unos degolladores y unos salteadores, pero confío en usted. Usted es un muchacho inteligente, según me dijo el viejo Rog, ¿no? De manera que me tiene ahora a mí también para sablearme, eso es. Dentro de unos quince días llamaré por teléfono y tendremos una riña de perros por el contrato.

Heller los miró y pensó que era casi indecente verlos juntos: la figura alta y ascética de Roark, con la orgullosa nitidez peculiar de los cuerpos de largas líneas, y junto a él la sonriente pelota de carne cuya decisión tanto significaba.

Roark comenzó a hablar del futuro edificio, pero Joel Sutton lo miró asombrado y ofendido. Joel

Sutton no había ido allí para conversar de edificios; las fiestas se daban para divertirse, y ¿qué alegría más grande podía haber que olvidar las cosas importantes de la vida? De manera que Joel Sutton habló del badminton, que era su manía, una manía patricia, comentó, pues él no era vulgar como otros hombres que pierden el tiempo jugando al golf. Roark escuchaba cortésmente: no tenía nada que decir.

—Juega usted al badminton, ¿verdad? —preguntó Joel Sutton, de pronto.

—No —repuso Roark.

—¿No juega? ¿No juega? ¡Caramba, qué lástima, terrible lástima! Estoy seguro de que si jugase, sería excelente, delgado como es; sería magnífico, creo; con seguridad que le ganaría muy fácilmente al viejo Tompkins en cualquier momento; entretanto, levantará el edificio.

—De cualquier manera, mientras se levanta el edificio no tendría tiempo para jugar, señor Sutton.

—¿Por qué no tendría tiempo? ¿Acaso no tiene dibujantes para hacerlo? Tómese un par de extras; que se preocupen ellos; yo le pagaré bastante, ¿no le parece? Pero entonces no juega: ¡qué terrible vergüenza! Yo estaba seguro..., el arquitecto que hizo mi casa en Canal Street era un experto en badminton, pero murió el año pasado, murió aplastado en un accidente de automóvil, el condenado. Era, además, muy buen arquitecto. Y aquí, ¿no juega?

—Señor Sutton, no está realmente disgustado por eso, ¿verdad?

—Estoy seriamente desengañado, muchacho.

—Pero, en realidad, ¿para qué me quiere usted?

—¿Cómo para qué?

—Sí, ¿para qué?

—Se entiende que para hacer un edificio.

—¿Cree usted realmente que sería mejor el edificio si yo jugase al badminton?

—Bueno, hay negocios y diversiones; está el lado práctico y el lado humano de esto; a mí no me importa; sin embargo, creí que un hombre delgado como usted seguramente..., pero está bien, está bien. No podemos tenerlo todo.

Cuando Joel Sutton le dejó, Roark oyó una voz alegre que le decía:

—Enhorabuena, Howard.

Y al volverse se encontró con Peter Keating, que sonreía radiantemente.

—¡Hola, Peter! ¿Qué decías?

—Te felicitaba por la conquista de Sutton, sólo que no has tenido tacto.

—¿Por qué?

—Oí casi todo lo que hablaste con el viejo Joel, precisamente porque no debía haberlo escuchado; era muy entretenido. No es ésa la manera de abordarlo, Howard. ¿Sabes lo que yo habría hecho? Hubiera jurado que jugaba al badminton desde que tenía dos años y, como es el juego de los reyes y de los condes, se necesita ser una alma de rara distinción para poder apreciarlo. Si llegase la ocasión de que me pusiese a prueba yo ya me habría ocupado en jugarlo como un conde. ¿Qué te habría costado?

—No lo pensé.

—Es un secreto, Howard, un raro secreto. Te lo daré gratis con mis mejores deseos. Sé siempre como las personas quieren que seas. Entonces lograrás las conquistas que quieras. Te lo daré gratis,

porque sé que nunca harás uso de él. Eres brillante en algunos aspectos, Howard, siempre lo he dicho, y terriblemente estúpido en otros.

—Posiblemente.

—Deberías tratar de aprender algunas cosas si vas a dedicarte a jugar una partida en el salón de Kiki de Holcombe. ¿Lo harás? Te estás formando, Howard. Aunque me produjo una gran sorpresa verte aquí. ¡Ah, enhorabuena por la obra de Enright, obra hermosa, como de costumbre! ¿Dónde estuviste todo el verano? Recuérdame que te dé una lección sobre cómo debes ponerte el *smoking*. ¡Dios mío, te queda tan mal! Eso es lo que no me gusta, que parezcas un tonto. Somos amigos, ¿no es así, Howard?

—Estás borracho, Peter.

—Claro que lo estoy, pero no he tomado una sola gota esta noche, ni una sola gota. Nunca sabrás de lo que estoy borracho, nunca. No es para ti, y ésa es también una de las razones por las que estoy borracho; la de que no es para ti. Tú sabes cómo te quiero, Howard. Te quiero de verdad esta noche.

—Sí, Peter, siempre me querrás.

Roark fue presentado a muchas personas y muchas hablaron con él. Sonreían y parecían sinceras en sus esfuerzos por acercarse amistosamente y expresarle aprecio, desplegar buenos deseos e interés cordial. Mas lo que escuchaba era: «La “Casa Enright” es magnífica, es casi tan buena como el edificio “Cosmo-Slotnick”». «Estoy seguro de que tiene un gran porvenir, señor Roark; créame, conozco los signos. Usted será otro Ralston Holcombe». Se había acostumbrado a la hostilidad, pero aquella clase de benevolencia era más ofensiva que la misma hostilidad. Se encogió de hombros, pensó que pronto estaría fuera de regreso a la realidad simple y clara de su oficina.

No volvió a ver a Dominique en el resto de la noche. Ella lo observaba entre la concurrencia. Observaba a los que lo detenían y le hablaban. Observaba sus espaldas, detenidas cortésmente mientras escuchaba. Se le ocurrió que también aquello era una manera de reírse de ella. Él dejaba que lo viera entregado a los invitados delante de sus ojos, riendo con cada persona que se posesionaba de él un instante. Sabía que para ella era más duro que observar el sol y el barranco en la cantera. Ella observaba dócilmente. No tenía esperanzas de que él la notase otra vez, pero tenía que permanecer todo el tiempo que él estuviese en el salón.

Aquella noche hubo otra persona que se enteró casualmente de la presencia de Roark, desde que entró en el salón. Ellsworth Toohey lo había visto entrar. Toohey no lo había visto antes y no lo conocía, pero se quedó mirándole largo tiempo.

Después, Toohey anduvo entre la concurrencia, sonriendo a sus amigos. Pero entre sonrisas y frases, sus ojos volvían al hombre de pelo anaranjado. Miraba al hombre como ocasionalmente miraba al pavimento desde una ventana del trigésimo piso, preguntándose qué ocurriría si su cuerpo fuese arrojado abajo, cuando golpease contra el suelo. No sabía cómo se llamaba aquel hombre, ni su profesión, ni su pasado; no tenía necesidad de saberlo porque nunca miraba a los hombres, pero no era un hombre para él, sino una fuerza. Quizá fuera la fascinación de ver aquella fuerza tan específicamente personificada en un cuerpo humano.

Después de un momento, le preguntó a John Erik Snyte, señalándolo:

—¿Quién es ese hombre?

—¿Ése? —preguntó Snyte—. Howard Roark, el de la «Casa Enright».

—¡Ah! —dijo Toohey.

—¿Por qué?

—Naturalmente, que debía de ser.

—¿Quiere conocerle?

—No —dijo Toohey—. No quiero conocerle.

Durante el resto de la noche, cuando alguna persona le obstruía la mirada en el vestíbulo, levantaba pacientemente la cabeza para buscar a Roark. No quería mirar a Roark, pero tenía que mirarlo.

Aquella noche Toohey no tuvo conciencia de nadie más que de Roark. Roark no sabía que Toohey estuviese en el salón.

Cuando Roark se fue, Dominique empezó a contar los minutos antes de retirarse, para tener la certidumbre de que lo habría perdido de vista en las calles. Después se puso en marcha.

La fina mano de Kiki Holcombe le estrechó la suya al partir. La estrechó indecisa y se deslizó para asirla de la muñeca un momento.

—Y, querida, ¿qué piensas de ese nuevo arquitecto que estuvo conversando conmigo, Howard Roark? —interrogó Kiki Holcombe.

—Pienso que es la persona más desagradable que he visto jamás.

—¿De veras?

—¿Te gusta esa arrogancia desenfrenada? No sé qué se puede decir de él, a no ser que es terriblemente buen mozo, si esto tiene alguna importancia.

—¿Buen mozo? ¿Estás bromeando, Dominique?

Kiki Holcombe vio por primera vez que Dominique se confundía tontamente. Y Dominique se dio cuenta de que los demás no notaban lo que ella veía en el rostro de él, lo que le causaba la impresión de que su cara era la de un dios.

—¡Caramba, querida, qué va a ser buen mozo! Parece, sí, ser extremadamente masculino.

—No se asombre, Dominique —dijo una voz detrás de ellas—. Los juicios estéticos de Kiki no son los suyos ni los míos.

Dominique se volvió. Ellsworth Toohey estaba allí, sonriendo y observando su rostro con atención.

—¿Usted...? —comenzó ella, y se detuvo.

—Desde luego —dijo Toohey, inclinándose débilmente, como afirmando lo que ella había dicho—. ¿Me acredita un discernimiento igual al suyo, Dominique? Aunque no para goces estéticos. Esa parte se la dejaré a usted. Pero a veces vemos cosas invisibles para otros, ¿no es así?

—¿Qué cosas?

—Tendríamos que tener una larga discusión filosófica muy complicada e... innecesaria. Siempre le he dicho que seremos amigos. ¡Intelectualmente tenemos tanta afinidad! Partimos de dos polos opuestos, pero eso no tiene importancia, porque nos encontramos en el mismo punto. Ha sido una noche interesante, Dominique.

—¿Qué se propone?

—Por ejemplo, ha resultado interesante descubrir lo que llama usted buen mozo. Es agradable que lo haya clasificado firme y concretamente, sin palabras nada más que con la ayuda de cierto

físico.

—Si... se diese cuenta de lo que está diciendo, no sería lo que es.

—No, querida. Yo debo ser lo que soy, precisamente a causa de lo que veo.

—Ellsworth, usted es peor de lo que yo creía.

—Y quizá mucho peor de lo que usted está pensando ahora. Pero útil. Somos útiles unos a otros.

Como usted lo será para mí. Y creo que querrá serlo.

—¿De qué está hablando?

—Esto está mal, Dominique. Muy mal. Insustancial Si no sabe de qué estoy hablando, es inútil que se lo explique. Pero si lo sabe..., no tengo necesidad de seguir adelante.

—¿Qué clase de conversación es ésta? —dijo Kiki Holcombe, intrigada.

—Es la manera que tenemos de hacernos bromas —dijo Toohey vivamente—. No se incomode, Kiki. Dominique y yo siempre bromeamos. Sin embargo, no muy bien, porque, como usted ve, no nos entendemos.

—Alguna vez puede equivocarse, Toohey —agregó Dominique.

—Es muy posible. Y usted ya se ha equivocado.

—Buenas noches, Ellsworth.

—Buenas noches, Dominique.

Cuando se fue Dominique, Kiki se dirigió a Ellsworth Toohey.

—¿Qué pasa entre ustedes dos? ¿Por qué semejante charla... sin objeto? Las caras de las personas y una primera impresión nada significan.

—Es una de nuestras falacias más grandes y más comunes —explicó con voz suave y lejana como si no le estuviese respondiendo a ella sino contestándose a sí mismo—. Nada hay más significativo que el rostro humano. Ni más elocuente. No podemos conocer a una persona, en realidad, sino cuando la miramos, porque en esa mirada conocemos todo. Aunque no siempre seamos lo suficiente sabios para descifrar nuestro conocimiento. ¿Ha pensado alguna vez en el estilo de una alma, Kiki?

—¿El... qué?

—El estilo de una alma. ¿Se acuerda del famoso filósofo que habló del estilo de una civilización? Lo llamó «estilo» porque consideró que era la palabra más apropiada que pudo encontrar. Dijo que cada civilización tiene un principio básico, uno solo, supremo; una sola concepción determinante y que cada esfuerzo de los hombres dentro de esa civilización es verdadero, inconsciente e irrevocable, para ese único principio... Pienso, Kiki, que cada alma tiene también un estilo propio. Su único motivo básico lo verá usted reflejado en cada pensamiento, en cada acto, en cada deseo de esa persona. Lo único absoluto, lo único imperativo de esa criatura viva. Lo que años de estudiar a un hombre no nos muestran, nos lo dirá su cara. Piense en su cara, no necesita nada más.

—Eso parece fantástico, Ellsworth, e injusto, si fuese cierto. Las personas quedarían desnudas delante de uno.

—Peor aún. Eso también la deja a usted desnuda delante de los demás, usted se traiciona a sí misma* por la manera que tiene de reaccionar ante ciertas caras. A una determinada clase de rostros... El estilo de su alma... Nada hay tan importante en la tierra como los seres humanos. Nada hay tan importante en los seres humanos como las relaciones entre ellos.

—Bueno, ¿qué ve usted en mi rostro?

—Dígame qué estrella de cine le gusta y le diré lo que es usted.

—Usted sabe que me gusta que me analicen. Ahora, vamos a ver. Mi favorita más grande ha sido siempre...

Pero él no escuchaba, le había vuelto la espalda, y se iba sin excusarse. Se sentía cansado. Ella nunca lo había visto comportarse así sin ninguna cortesía, salvo cuando lo hacía a propósito.

Un poco más tarde, oyó que estaba diciendo entre un grupo de amigos con su rica y vibrante voz:

—... y por esto, la concepción más noble que hay sobre la tierra es la de la absoluta igualdad de los hombres.

VII

«... y quedará solamente como un monumento al egoísmo del señor Enright y del señor Roark. Estará entre una fila de casas de pisos de piedra rojiza, de un lado, y los tanques de gas del otro. Eso quizá no sea una casualidad, sino un testimonio del sentido de adaptabilidad del destino. Ninguna otra situación podría haber puesto de manifiesto tan elocuentemente la insolencia esencial de ese edificio. Se levantará como una burla a todos los edificios de la ciudad y a los hombres que los construyeron. Nuestros edificios carecen de sentido y son falsos; ese edificio lo acentuará más aún. Pero el contraste no será su ventaja. Creando el contraste se habrá constituido en una parte de la gran ineptitud, su parte más risible. Si un rayo de luz cae en una pocilga, es el rayo el que nos muestra el estiércol, es el rayo el que ofende. Nuestras construcciones tienen la gran ventaja de la oscuridad y de la timidez. Además, nos sientan. La “Casa Enright” es brillante y audaz. Asimismo es una boa con plumas. Atraerá nuestra atención, pero sólo por la audacia inmensa de la concepción del señor Roark. Cuando ese edificio esté terminado, será una herida en el rostro de nuestra ciudad. Una herida también está llena de colorido».

Esto apareció en la sección «Su casa», por Dominique Françon, una semana después de la fiesta dada por Kiki Holcombe.

El día de su aparición, Toohey se encaminó a la oficina de Dominique. Tomó un ejemplar del Banner con la página que contenía el artículo dada vuelta. Se quedó callado, balanceándose un poco sobre los Pies. Parecía como si sus ojos debieran ser oídos y no vistos; era un rugido visual de risa. Sus labios; tenían muchas arrugas inofensivas.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Toohey la miró con fijeza y le dijo:

—¿Dónde conoció a Roark antes de esa fiesta?

Se quedó mirándole, un brazo colgado en el respaldo de la silla, un lápiz columpiándose precariamente entre los dedos. Parecía que ella se estuviese riendo.

—No conocía a Roark antes de esta fiesta.

—Así tengo entendido.

—Siéntese, Ellsworth. No esté de pie.

—¿Le importa? ¿Está ocupada?

—No en especial.

Se sentó meditativamente, golpeándose las rodillas con el diario doblado.

—Usted sabe, Dominique, que no está bien. De ningún modo está bien.

—¿Por qué?

—¿No se da cuenta que se puede leer entre líneas? Desde luego que muchos no lo advertirán. Él lo notará; yo también.

—No lo he escrito para usted ni para él.

—¿Para los demás?

—Para los demás.

—Entonces es una treta para él y para mí.

—¿Ve? Creí que estaba bien hecho.

—Bien; allá cada uno con sus propios métodos. Arrojó el diario sobre la mesa, sin cambiar de posición; apenas si movió la mano hacia delante.

—Hablando de arquitectura, Dominique, ¿por qué nunca escribió acerca del edificio «Cosmo-Slotnick»?

—¿Vale la pena mencionarlo?

—Indudablemente. Hay personas a las cuales les habría disgustado muchísimo.

—¿Son personas dignas de que se las disguste?

—Así parece.

—¿Qué personas?

—¡Oh, no sé! ¿Cómo podemos saber quiénes leen nuestros trabajos? Eso es lo que los hace interesantes. Todos esos seres extraños que nunca hemos visto antes, no han hablado o no pueden hablar, y aquí está el diario donde pueden leer nuestra respuesta, si se la queremos dar. Yo pienso que usted podría escribir, a la ligera, algo agradable acerca del edificio «Cosmo-Slotnick».

—Me parece que Peter le gusta mucho.

—¿A mí? Lo quiero terriblemente. Usted lo querrá también... con el tiempo, cuando le conozca mejor. Peter es la persona más útil que conozco. ¿Por qué no se toma tiempo, uno de estos días, y le pide que le cuente la historia de su vida? Aprenderá muchas cosas interesantes.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo que estuvo en Stanton.

—Lo sabía.

—¿No cree que es interesante? Yo sí lo creo. Maravilloso lugar Stanton. Ejemplo notable de arquitectura gótica. Las vidrieras de la capilla son en realidad de las más bellas de este país. Piense, después, en tantos estudiantes jóvenes, todos tan diferentes, algunos graduados con altos honores, otros expulsados...

—¿Sí?

—¿Sabía que Peter Keating es amigo de Howard Roark?

—No. ¿Es amigo?

—Sí.

—Peter Keating es amigo de todo el mundo.

—Muy cierto. Es un muchacho notable. Pero es distinto. ¿Sabía que Roark estuvo en Stanton?

—No.

—Parece que usted no conoce mucho de Howard Roark.

—No conozco nada de Howard Roark. No estábamos discutiendo acerca de Howard Roark.

—¿No? Claro; estábamos discutiendo acerca de Peter Keating. Mire, uno puede tener su propio punto de vista por contraste o por comparación, como dice usted en su hermoso artículo de hoy. Para apreciar a Peter como merece ser apreciado, hagamos una comparación. Tomemos dos líneas paralelas. Me inclino a ponerme de acuerdo con Euclides: pienso que esas líneas paralelas nunca se encontrarán. Bueno; ambos fueron a Stanton. La madre de Peter tenía una casa de huéspedes y Roark vivió en ella durante tres años. Esto, realmente, no tiene importancia, salvo que hace más elocuente el contraste, y, bueno, más personal. Después, Peter se graduó con altos honores, los más altos de su curso. Roark fue expulsado. No ponga esa cara. No debo explicarle por qué fue echado. Usted y yo lo

comprendemos, Peter fue a trabajar con su padre de usted y ahora es su socio. Roark trabajó también con su padre y fue echado. Sí, fue echado. ¿No le parece curioso?

Fue echado sin que usted le ofreciera ninguna ayuda. Peter tiene en su favor el edificio «Cosmo-Slotnick», Roark tiene una choricería en Connecticut. Peter firma autógrafos, y Roark no es conocido siquiera por los fabricantes de artículos para cuartos de baño. Ahora Roark tiene que hacer una casa de pisos, y para él resulta tan valiosa como un hijo único, mientras que Peter ni siquiera se hubiese dado cuenta de la «Casa Enright», porque las tiene todos los días. Ahora bien, no creo que Roark piense muy bien de la obra de Peter. Vayamos un poco más adelante. A nadie le gusta ser vencido; pero ser vencido por uno que a nuestros ojos ha sido siempre el ejemplo típico de la mediocridad; empezar al mismo tiempo que la mediocridad y observar que ésta progresa, mientras él lucha sin obtener nada más que un puntapié; ver que la mediocridad le arrebatara, uno después de otro, todos los trabajos por los que hubiese dado la vida; ver que la mediocridad es guardada como reliquia, y perder, ser sacrificado, ser ignorado, ser vencido, vencido, no por un genio más grande, no por un dios, sino por Peter Keating... Bueno, mi querida amiga, ¿cree usted que la Inquisición pensó jamás en una tortura semejante?

—¡Ellsworth! —gritó ella—. Salga de aquí.

Se puso en pie súbitamente. Se quedó erguida un instante; después se inclinó hacia delante con las palmas de la mano extendidas sobre la mesa y permaneció así.

Él vio que las suaves crenchas de su pelo se agitaban pesadamente y que después caían con lentitud, ocultando su rostro.

—Pero, Dominique —dijo con amabilidad—, lo único que quería explicarle era por qué Peter Keating es una persona tan interesante.

Su cabello cayó hacia atrás y su cara lo siguió. Se dejó caer en la silla, mirándole con la boca contraída desagradablemente.

—Dominique —dijo suavemente—, se pone en evidencia. Demasiado en evidencia.

—Salga de aquí.

—Siempre dije que usted me despreciaba. Visíteme la próxima vez que necesite ayuda.

En la puerta se volvió y agregó:

—Desde luego, pienso que Peter Keating es el más grande arquitecto que tenemos.

Aquella noche, cuando ella llegó a su casa, sonó el teléfono.

—Dominique —sonó una voz en el auricular—, ¿piensa en verdad todo eso?

—¿Quién habla?

—Joel Sutton. Yo...

—¡Hola, Sutton! ¿Qué quería decir?

—¿Cómo está, Dominique? ¿Cómo está su encantador padre? Digo si piensa todo eso de la «Casa Enright» y de ese hombre llamado Roark. Me refiero a lo que dice en su sección de hoy. Estoy bastante trastornado, bastante. ¿Sabe algo de mi casa? Bueno, estábamos listos para empezar, y, como se trata de tanto dinero, pensé que había que tener cuidado antes de decidirse; pero sobre toda la gente confío en usted; sí, siempre he tenido confianza en usted. Usted es una muchacha lista, muy lista. Si usted trabaja con un hombre como Wynand, me imagino que conocerá su trabajo. Wynand sabe de edificios, porque ha hecho más con las propiedades que con todos sus diarios, puedo

apostarlo, aunque no sea para la publicidad, pero yo lo sé. Y usted está trabajando para él. Ahora no sé qué pensar. Porque, mire, yo había decidido, sí, había decidido absoluta y definitivamente, casi, contratar a Roark, y en realidad se lo dije. Vendrá mañana por la tarde a firmar el contrato, y ahora... ¿usted cree que realmente parecería una boa con plumas?

—Escuche, Joel —dijo ella, apretando los dientes—, ¿puede comer conmigo mañana?

Se reunió con Joel Sutton en el comedor vasto y desierto de un hotel distinguido. Había en las blancas mesas pocos comensales solitarios, de manera que cada uno estaba apartado, y las mesas vacías servían de marco elegante que proclamaba la exclusividad de cada uno. Joel Sutton se sonrió a gusto. Nunca había acompañado a una mujer tan decorativa como Dominique.

—Usted lo sabe, Joel —dijo Dominique mirándolo frente a frente, con voz suave, firme, seria—, ha sido una idea brillante elegir a Roark.

—¿Lo cree usted?

—Lo creo. Tendrá una casa que será tan hermosa como un himno patriótico, un edificio que lo dejará sin aliento a usted y a sus inquilinos. De aquí a cien años se escribirá de usted en la Historia, y se buscará su tumba en el cementerio.

—¡Dios mío, Dominique! ¿De qué está hablando?

—De su edificio, de la clase de edificio que Roark proyectará para usted. Será un gran edificio, Joel.

—¿Quiere decir bueno?

—No quiero decir bueno; quiero decir grande.

—No me gusta esa palabra «grande».

—No, a usted no le gusta. Ya sé que no le gusta. Entonces, ¿por qué quiere a Roark? Usted necesita un edificio que no asuste a nadie, que sea común, cómodo y seguro, como una vieja sala íntima en la parte posterior de la casa, con olor a sopa de almejas. Un edificio que le guste a todo el mundo. No es muy cómodo ser héroe, Joel, y usted no tiene aspecto de serlo.

—Claro que quiero tener una casa que le guste a la gente. ¿Para qué cree que pienso edificar? ¿Por caridad?

—No, Joel. Tampoco por su alma.

—¿Cree que Roark no es bueno?

Estaba sentada derecha y tiesa, como si todos sus músculos estuvieran estirados para soportar el dolor; pero sus ojos estaban pesados, entornados, como si una mano estuviera acariciando su cuerpo.

—¿Ha visto muchos edificios hechos por él? ¿Ve que lo contrate mucha gente? Hay millones de habitantes en la ciudad de Nueva York. ¿Pueden estar equivocados esos millones de seres humanos?

—preguntó Dominique.

—Desde luego que no.

—Desde luego.

—Pero pensé que Enright...

—Usted no es Enright, Joel, por una cosa: él no se sonríe tanto. Además, Enright no me hubiera pedido mi opinión, y usted lo hace. Es por lo que usted me agrada.

—¿Realmente le agrado, Dominique?

—¿No sabía que siempre fue uno de mis favoritos?

—Yo... siempre he tenido confianza en usted. Seguiré su opinión de cualquier modo. ¿Qué cree que tengo que hacer?

—Es simple. Usted quiere lo mejor que se puede comprar con dinero..., que se puede comprar. Quiere un edificio que deberá ser lo que merece ser. Necesita un arquitecto a quienes otras personas han empleado, para demostrar que es tan bueno como ellas.

—Es lo exacto. Es precisamente lo exacto... Pero mire, Dominique, apenas ha tocado la comida.

—No tengo apetito.

—Bueno. ¿Qué arquitecto me recomienda?

—Piense, Joel. ¿De quién habla en este momento todo el mundo? ¿Quién consigue lo mejor de todos los trabajos? ¿Quién gana más para sí y para los clientes? ¿Quién es joven, famoso, digno de confianza y popular?

—Supongo..., supongo que Peter Keating.

—Sí, Joel: Peter Keating.

—Lo siento, señor Roark, lo siento muchísimo, créame; pero después de todo no hago negocios por gusto..., ni por mi gusto ni por mi alma... Esto es lo que quiero decir; estoy seguro de que comprenderá mi posición. Y no es que tenga nada en contra de usted; muy al contrario, creo que es un gran arquitecto. Usted sabe cuál es el inconveniente; la grandeza es buena, pero no es práctica, y, después de todo, debe admitir que el señor Keating tiene más fama y tiene esa... popularidad que usted no ha podido conseguir.

Le molestó a Sutton que Roark no protestara. Deseaba que Roark tratara de discutir; entonces hubiera podido poner de manifiesto los motivos incontestables que hacía pocas horas le había enseñado Dominique. Pero Roark no dijo nada; no hizo más que inclinar su cabeza cuando oyó la decisión. El señor Sutton quería decir los motivos, pero no tenía objeto tratar de convencer a un hombre que parecía convencido. Sin embargo, el señor Sutton quería a la gente y no le gustaba ofender a nadie.

—En efecto, señor Roark, debo decirle que no estoy solo en esta decisión. En realidad yo prefería a usted, había decidido dárselo; pero Dominique Françon cuyo juicio valió más altamente, me convenció de que usted no era una elección acertada para esta obra, y fue suficientemente honrada para autorizarme a que se lo dijese.

Observó que, de pronto, Roark lo miraba. Vio después que las hundidas mejillas de Roark se sumían como si aspirase profundamente, y su risa mostró su boca abierta; era una risa sin otro sentido que el de una aguda aspiración.

¿De que diablos se está riendo, señor Roark?

—¿De manera que la señorita Françon quiso que me lo dijese?

—Ella no lo quiso. ¿Por qué había de querer? Dijo que podía decírselo si yo lo deseaba.

—Sí, comprendo.

La habitación estaba semioscura. Un diseño de la casa de Heller estaba clavado con tachuelas, sin marco, en una larga pared blanca. Esto hacía más vacía la habitación y más larga la pared. No sentía pasar los minutos, pero sentía el tiempo como una cosa sólida, encerrada, y que se mantenía aparte dentro de la pieza; tiempo exento de todo significado salvo de la inmóvil realidad de su cuerpo.

Cuando oyó un golpe en la puerta, dijo, sin levantarse:

—Entre.

Dominique entró. Entró como si antes hubiese entrado en aquella habitación.

Llevaba un traje oscuro de paño pesado, sencillo como un traje infantil que usase como simple protección y no como adorno; tenía un alto cuello masculino que le rozaba las mandíbulas y un sombrero que le ocultaba la mitad de la cara. Se sentó, contemplándolo. Esperaba ver la sonrisa de burla, pero no apareció. La sonrisa parecía implícita en la misma habitación, en su presencia en medio de la habitación. Se quitó el sombrero, como un hombre que entra en su casa; se lo quitó por el ala, con los dedos tiesos, y lo sostuvo colgado. Esperó, con el rostro serio y frío, pero sus suaves cabellos pálidos parecían indefensos y humildes.

—¿No se sorprende al verme? —dijo.

—La esperaba esta noche.

Levantó la mano, inclinando un codo con una ajustada economía de movimiento, apenas el mínimo necesario, y arrojó su sombrero sobre la mesa. El largo vuelo del sombrero demostró la violencia de aquel movimiento calculado.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

—Usted sabe lo que quiero.

Habló en tono monótono, uniforme, como si estuviera recitando el catecismo. Se quedó quieta; los pies, con zapatos de tacones bajos, separados; los hombros, hacia atrás; los brazos, colgando. Parecía impersonal, impenetrable ante las palabras que pronunciaba, casta como un muchacho.

—Usted sabe que le odio, Roark. Le odio por lo que usted es, porque lo deseo, por tener que desearlo. Voy a luchar contra usted y voy a destruirlo; se lo digo tan tranquilamente como le dije que soy una bestia suplicante. Voy a rezar para que no sea destruido; también le digo esto, aunque no tenga nada que rogar. Pero lucharé para bloquear cada paso que usted dé. Lucharé para arrancarle cada trabajo que pueda obtener. Le perjudicaré en lo único que puedo perjudicarle, en su trabajo. Lucharé hasta que se muera de hambre, para estrangularlo con las cosas que no pueda alcanzar.

Se acomodó en la silla, se estiró con el cuerpo flojo, una calma que debía llenarse con la violencia de una futura agitación.

—Le he perjudicado hoy. Y volveré a hacerlo.

Se quedó quieta un momento: dos pequeñas manchas se hinchaban y se tornaban blancas en las comisuras de los labios. Después vio en la camisa de él un traqueteo de aliento contenido y, a su vez, se sonrió burlescamente, como siempre se había sonreído.

De pronto le preguntó:

—Roark, ¿por qué estuviste trabajando en la cantera?

—Tú lo sabes.

—Sí. Cualquier otro se hubiese empleado en el estudio de un arquitecto.

—Entonces no hubieras deseado destruirme.

—¿Comprendes eso?

—Sí. Puedes tranquilizarte; eso no interesa ahora.

—¿Sabes que la «Casa Enright» es el edificio más hermoso de Nueva York?

—¡Qué hermosa eres, Dominique!

—Cállate.

—¡Eres hermosa!

—Roark..., aún quiero destruirte.

—¿Crees que te querría si no fueses así?

—Roark...

—¿Quieres escucharlo nuevamente? ¿Una parte? Te quiero, Dominique. Te quiero. Te quiero.

—Yo...

Ella se detuvo; la última palabra apenas si se oyó entre su respiración.

No —dijo él—. Todavía no. No lo dirás todavía.

VIII

Las persianas de su *living room* se levantaron; las luces de la ciudad se elevaban en el negro horizonte y llegaban hasta la mitad de los cristales de las ventanas.

Dominique, sentada junto a la mesa, corregía las últimas páginas de un artículo, cuando de pronto oyó sonar el timbre. Los amigos no la visitaban sin avisarle antes. Miró hacia arriba. Su mano sostenía el lápiz en suspenso, enojada y curiosa. Oyó los pasos de la criada en el vestíbulo. Después entró diciendo:

—Un señor quiere verla.

Y una hostilidad imperceptible de su voz decía que el señor no había querido dar su nombre.

Quiso preguntar: «¿Un hombre de cabellos anaranjados?», pero no lo hizo. Dejó el lápiz y dijo:

—Hágalo pasar.

La puerta se abrió. A la luz del vestíbulo vio un cuello largo y unos hombros caídos, algo así como la silueta de una botella. Una voz rica, sabrosa, dijo:

—Buenas noches, Dominique.

Y ella reconoció a Ellsworth Toohey, a quien nunca había invitado a su casa. Sonrió y saludó:

—Buenas noches, Ellsworth. Hacía mucho tiempo que no le veía.

—¿No le parece que hubiera debido esperarme? —Se dirigió a la doncella—: «Cointreau», por favor, si tiene. —Y añadió—: Estoy seguro que tendrá.

La sirvienta miró a Dominique abriendo los ojos. Dominique asintió.

—¿Ocupada? Por supuesto —agregó Ellsworth Toohey echando una ojeada al desordenado escritorio—. Está muy bien, Dominique. Obtiene resultados, además. Escribe mucho mejor últimamente.

Ella dejó caer el lápiz, apoyó el brazo en el respaldo de la silla, medio vuelta hacia él, observándole plácidamente.

—¿Qué quiere, Ellsworth?

No se sentó, pero examinó el lugar con la lenta curiosidad de un experto.

—No está mal, Dominique. Tal cual lo esperaba de usted. Un poco frío. Yo no tendría esa silla azul-hielo ahí. Es innecesaria. Demasiado bien. Es justamente lo que cualquier persona hubiese esperado en ese lugar. Yo hubiera puesto un color de zanahoria. Un rojo feo, chillón, atroz. Como el pelo de Howard Roark. Esto es una simple figura retórica, nada personal desde luego. Un solo toque de color que desarmonizase habría dado vida a la habitación. La distribución de las flores es perfecta. Los cuadros tampoco son malos.

—Muy bien, Ellsworth, muy bien. ¿Qué quiere?

—Pero ¿no sabe que no he estado aquí antes? Nunca me invitó, no sé por qué.

Se sentó cómodamente, la rodilla apoyada en un ángulo de la mesa, una de las delgadas piernas horizontalmente extendida sobre la otra, mostrando los ajustados calcetines de color gris.

—Se ha comportado muy insociablemente. En tiempo pasado, en tiempo pasado. ¿Dijo que no nos hemos visto durante mucho tiempo? Es verdad. Ha estado muy ocupada, en una forma poco común: visitas, cenas, tabernas clandestinas, tés... ¿No es así?

—Sí.

—Los tés, pensé, han sido el colmo. Ésta es una buena habitación para fiestas; amplia, con abundancia de espacio para llenarlo de gente, especialmente si no es escrupulosa, y no lo es, como para preocuparse por el hecho de quiénes son los que la llenan. ¿Qué les sirve? ¿Pasta de anchoas y picadillo de huevo preparado en forma de corazón?

—Caviar y cebolla picada en forma de estrellas.

—¿Y para las señoras de edad?

—Queso fresco y nueces picadas como espirales.

—Me hubiera gustado verla ocupada en esas cosas. Es maravilloso cómo la consideran las señoras ancianas, particularmente esas ricas asquerosas con yernos en los negocios de propiedades. Aunque no creo que eso sea tan malo como ir a ver Déjeme fuera de combate con el comodoro Higbee, que tiene dientes postizos y un terreno baldío en la esquina de Roadway y Chambers.

La sirvienta se presentó con la bandeja. Toohey tomó la copa, y con delicadeza aspiró el aroma, mientras salía la muchacha.

—¿Quiere decirme a qué viene el departamento de servicio secreto, no le preguntaré nombres, y a qué vienen las referencias detalladas a mis actividades? —dijo Dominique con indiferencia.

—Puede preguntar nombres. Todos y cada uno. ¿No se da cuenta de que la gente charla de la señorita Dominique Françon en su nuevo papel de dueña de casa famosa, tan de golpe? La señorita Dominique Françon comportándose como una especie de Kiki Holcombe, pero mucho mejor, ¡oh!, mucho más sutil, más hábil y, sobre todo, mucho más hermosa. Es tiempo de que se valga de esa característica suya, tan superlativa, por la cual cualquier mujer le cortaría la cabeza. Sin embargo, se está malgastando, si uno piensa la forma en relación con la función; pero, por lo menos, algunas personas logran algún beneficio. Su padre, por ejemplo. Estoy seguro que estará encantado con su nuevo género de vida. ¡La pequeña Dominique amiga de la gente! ¡Dominique, que al fin se ha vuelto normal! Está equivocado, desde luego, pero es justo hacerlo dichoso. Lo mismo que a otros pocos. A mí, por ejemplo. Aunque usted nunca haya hecho nada por hacerme feliz; pero, después de todo, mire, ésa es mi felicidad afortunada: extraer alegría de donde no me la dan.

—¿Por qué no contesta a mis preguntas?

—¡Cómo no! Me preguntó por qué me interesan sus actividades, y le contesto: porque así soy dichoso. Además, uno podría asombrarse, aunque miopemente, si recogiera informaciones de las actividades de un enemigo, pero no de las del propio bando. No debiera pensar que yo soy un general inexperto; cualquier cosa podría pensar menos que soy inexperto.

—¿«Su bando», Ellsworth?

—Ése es el inconveniente que tiene su estilo, tanto el escrito como el oral. Abusa de los signos de interrogación. Está mal, de todos modos, sobre todo cuando no son necesarios. Abandone la táctica de las preguntas... y hable con claridad. Desde el momento que nos comprendemos, resulta innecesario hacer preguntas. Si fueran necesarias..., me haría echar; en cambio, me ha convidado con un licor muy caro.

—Está bien —dijo ella—. Hable.

—Es lo que he estado haciendo, lo cual es una consideración de mi parte, puesto que usted no está dispuesta a hablar, al menos por el momento. Bueno hablemos, de una manera puramente teórica, acerca de cuán interesante resulta ver a las personas que la agasajan en sus ambientes con tanto

interés, aceptándola, reuniéndose con usted. ¿Por qué cree que es todo eso? ¿Los sospecha? Ellas distribuyen bastante desprecio, pero si alguien que ha sido despreciada por ellas toda la vida cambia de golpe, y se hace gregaria, vienen arrastrándose, con sus garras encogidas, para que uno les acaricie las espaldas. ¿Por qué? Creo yo que puede haber dos explicaciones. La buena sería que ellas son generosas y la quieren honrar con su amistad. Sólo que las explicaciones agradables no son nunca las verdaderas. La otra es que saben que usted se está rebajando al recurrir a ellas. Está descendiendo de su pináculo de soledad.

—Ha dicho una frase que nunca hubiera empleado en sus artículos.

—¿Sí? Sin duda. Puedo decirle una cantidad de cosas que nunca emplearé en mi sección. ¿A qué frase se refiere?

—Cada soledad es un pináculo.

—¿A ésa? Es completamente exacta. No la emplearía en mis artículos. ¿Cuántos trabajos ha conseguido para Peter Keating en los últimos tres meses, Dominique?

Ella se levantó, encaminándose a la bandeja que había dejado la camarera. Se sirvió la bebida y dijo:

—Cuatro. —Llévose la copa a los labios. Después, siempre con la copa en la mano, lo volvió a mirar y agregó—: ¡Y ésa era la famosa técnica de Toohey! No poner nunca una nota sobresaliente al principio o al fin del artículo. Introducirlo con arte donde menos se espere. Llenar toda una columna de tonterías nada más que para llegar a una línea importante.

Se inclinó cortésmente y replicó:

—Exactamente. Por eso me gusta hablar con usted. Se malgasta el tiempo si uno es sutil y maligno con la gente que ni siquiera sabe que uno lo hace; pero las tonterías no son nunca accidentales. Además, yo no sabía que la técnica de mi sección iba a resultar tan evidente. Tendré que pensar en una nueva técnica.

—No se moleste. A la gente le gusta.

—Ya sé. A la gente le gusta cualquier cosa que yo escriba. ¿De manera que cuatro? Yo había omitido uno, no contaba nada más que tres.

—No puedo comprender a qué ha venido aquí si eso es todo lo que quería saber. Quiero tanto a Peter Keating, que lo estoy ayudando magníficamente; mejor que lo que usted podría pensar; de modo que, si me quiere entusiasmar con Peter, no será necesario.

—Ha cometido dos veces un error en una misma frase, Dominique. Un error de buena fe y una mentira. El error de buena fe es la suposición de que yo quiero ayudar a Peter Keating, y, a propósito, lo puedo ayudar mucho mejor que usted lo hace; y lo haré, pero esto es un proyecto a largo plazo. La mentira consiste en decir que he venido aquí a conversar de Peter Keating. Usted sabía de qué venía a hablar desde que me vio entrar. ¡Ay de mí! Permite que alguien más detestable que yo se entrometa en su casa sólo para tratar ese tema. Aunque no sé quién podría ser más molesto que yo, en este momento.

—Peter Keating —replicó Dominique.

—¡Oh, no!, no es lo suficientemente grande. Pero conversemos de Peter Keating. Es una coincidencia conveniente que sea socio de su padre. Usted trabaja como una burra para procurarle trabajos a su padre, como una hija obediente. Nada más natural. Ha hecho usted maravillas para la

firma «Françon y Keating» en los últimos tres meses sólo con sonreír a algunas viudas y usar modelos elegantes en las mejores reuniones. Maravilla que quizá sólo se hubiera cumplido si se hubiese decidido a vender su cuerpo incomparable para otros fines que los de la contemplación estética, a cambio de encargos para Peter Keating. —Hizo una pausa, ella permaneció callada, y continuó—: La felicito, Dominique; usted vive de acuerdo con mis mejores deseos, y no se ofenda por esto.

—¿Qué quiere decir, Ellsworth?

—Podrían ser un sinnúmero de cosas, un cebo preliminar, por ejemplo. Pero, en realidad, nada; apenas una nota de vulgaridad. Además, la técnica de Toohey; siempre doy el toque equivocado al tiempo exacto. Soy, esencialmente, como un viejo puritano, serio, de un solo tono, y debo tratar de tener otro color para remediar la monotonía.

—¿Es así, Ellsworth? Me llama la atención que sea esencialmente... así. No lo sabía.

—A nadie me animo a decírselo —dijo él con amabilidad—. Aunque, de todos modos, no hay ningún misterio en todo esto. Es muy simple. Todas las cosas son simples cuando uno las reduce a lo fundamental. Usted se sorprendería si supiese cuán pocas cosas fundamentales hay. Quizá dos, nada más. Explicárnoslo todo. Lo difícil es desenredar, simplificar, y por eso a la gente no le gusta molestarse. No crea tampoco que le gusten los resultados.

—No me interesa. Sé lo que soy. Vaya y dígalo. Soy, precisamente, una perdida.

—No diga tonterías, querida. Es mucho peor que una perdida. Usted es una santa. Lo que demuestra por qué los santos son tan peligrosos.

—¿Y usted?

—En verdad sé exactamente lo que soy. Lo que puede explicar muchísimo acerca de mí. Voy a darle una opinión que le será útil si se preocupa en emplearla. No la empleará, desde luego. Podría utilizarla, aunque más no fuese... en lo futuro.

—¿Por qué tendría que utilizarla?

—Usted me necesita, Dominique. Trate de comprenderme un poco. Ya ve cómo no me atemoriza el hecho de ser comprendido por usted.

—¿Que yo le necesito?

—¡Oh, vamos, muestre también un poco de valor! Ella se sentó y aguardó fría y silenciosamente. Sonrió, sin objeto, con placer, sin esfuerzo por ocultar el placer.

—Mire —continuó él, recorriendo el techo con la vista, con casual atención—, los trabajos que ha conseguido para Peter Keating. El edificio para oficinas «Cryson» tenía un valor insignificante... Howard Roark nunca tuvo posibilidades de conseguirlo. La casa de Lindsay fue algo mejor... Roark había sido tomado en cuenta de manera definitiva; creo que la hubiera obtenido si no hubiese sido por usted. En el Club Stonebrock también tuvo alguna posibilidad, pero usted se la destruyó. —La miró sonriente—. Ningún comentario sobre técnica ni bromas, Dominique. —Su sonrisa era como una grasa fría obre el tono fluido de su voz—. Usted se equivocó con la casa de campo de Norris; la semana pasada la obtuvo él. No puede usted acertar en todos los casos. Después de todo, la «Casa Enright» es un gran trabajo, ha provocado muchos comentarios y muchas personas han empezado a interesarse por Howard Roark. Pero usted ha procedido notablemente bien; la felicito. ¿No cree que he empezado a ser amable? Todo artista necesita que lo aprecien y nadie le felicitará, puesto que

nadie conoce su obra, salvo Roark y yo, y él no se lo agradecerá. Un segundo pensamiento: yo no sé si Roark tiene conocimiento de lo que usted está haciendo, y eso puede echar a perder la fiesta, ¿no?

—¿Cómo sabe lo que estoy haciendo? —interrogó ella con voz cansada.

—Supongo que no habrá olvidado que fui yo quien le dio la idea antes que nadie.

—¡Oh, sí! —respondió, como ausente.

—Y ahora ya sabe por qué he venido aquí. Ahora sabe qué quise decir cuando me refería a nuestro bando.

—Sí, claro —dijo ella.

—Éste es un pacto, querida. Una alianza. Los aliados nunca confían entre sí, pero no por eso echan a perder su eficacia. Nuestros motivos pueden ser bastante opuestos y de hecho lo son, pero eso no tiene importancia. El resultado será el mismo. No es necesario tener en común un propósito noble; basta con tener un enemigo común. Y nosotros lo tenemos.

—Sí.

—Ése es el motivo por el cual usted me necesita. Yo le he sido útil una vez.

—Sí.

—Yo puedo perjudicar a su Roark más eficazmente que usted en los téis que da.

Dominique preguntó con curiosidad:

—¿Por qué razones?

—Omita los porqués. Yo no investigo los suyos.

—Está bien.

—Entonces, ¿queda resuelto? ¿Somos aliados en esto?

Le miró, se inclinó hacia delante, atenta, con el rostro inexpresivo:

—Somos aliados en esto.

—Muy bien. Escuche ahora. No lo mencione nunca en su sección, en ninguna forma. Yo sé que a cada momento usted tiene malignas chifladuras con él, pero es demasiado. Usted está publicando su nombre no debe hacer eso. Otra cosa: debe invitarme a sus fiestas. Hay cosas que yo puedo hacer y usted no. Otro secreto: el señor Gilbert Colton, de las alfarerías de Colton, en California, proyecta una sucursal de la fábrica en el Este. Piensa en un buen modernista; en realidad, piensa en Roark. No deje que Roark la obtenga. Es un trabajo gigantesco, de mucha publicidad. Vaya e invente un nuevo té con bocadillo para la señora Colton. Haga lo que quiera, pero no deje que Roark la consiga.

Dominique se levantó, arrastró sus pies hasta la mesa, balanceando los brazos con desgana, y tomó un cigarrillo. Lo encendió, se volvió hacia él y le dijo con indiferencia:

—Puede hablar brevemente y al grano..., cuando quiera hacerlo.

—Cuando lo crea necesario.

Se quedó en la ventana mirando a la ciudad.

—Usted no ha hecho en realidad nada contra Roark —dijo ella—. No sabía que se preocupara tanto.

—¿No he hecho nada?

—Nunca lo ha mencionado en el diario.

—Eso es lo que he hecho contra el señor Roark, hasta ahora.

—¿Cuándo supo algo de él por primera vez?

—Cuando vi los planos de la casa de Heller. No habrá pensado que podía pasarme inadvertido eso, ¿no? ¿Y usted?

—Cuando vi los planos de la «Casa Enright».

—¿Antes no?

—Antes no. —Fumó en silencio y agregó, sin mirarle—: Ellsworth, si uno de los dos repitiera lo que hemos dicho esta noche, el otro lo negará y no se podrá probar nunca. De manera que no importa si somos sinceros entre nosotros, ¿no?

—Es completamente seguro. ¿Por qué lo odia usted?

—Nunca he dicho que lo odiara.

—Y por lo demás —agregó él—, pienso que usted misma se puede contestar.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

Toohey se puso de pie, se dirigió hacia ella y se quedó mirando las luces de la ciudad, las formas angulares de los edificios, las paredes oscuras, que se tornaban translúcidas con el brillo de las ventanas como si las paredes no fueran nada más que un velo cuadrículado de fina gasa negra que cubriese una masa sólida de esplendor.

—Observe. Una obra sublime, ¿no? Una hazaña heroica. Piense en los miles que han trabajado para crear esto y en los millones que lo aprovechan. Se dice que las edades corren sólo por el espíritu de una docena de hombres, pero con una docena de hombres, menos tal vez, nada de esto habría sido posible. Y podría ser cierto. Si es de ese modo, hay otra vez dos actitudes posibles. Podemos decir que esos doce eran grandes benefactores, que todos nosotros estamos alimentados por la superabundancia de la magnífica riqueza de sus espíritus y que estamos contentos de aceptarlo con gratitud y fraternidad. O podemos decir que por el esplendor de sus obras, que no podemos ni igualar ni mantener, esos doce seres nos han mostrado que una cueva junto a un pantano cenagoso y una hoguera con ramas son preferibles a rascacielos y luces de neón, si la cueva y las ramas constituyen el campo de nuestra capacidad creadora.

Pasado algún tiempo, a Dominique le resultó más fácil tratar con la gente. Aprendió a aceptar su propia tortura como un testigo paciente, apremiado por la curiosidad de descubrir hasta dónde podía llegar su sufrimiento. Asistía a recepciones ceremoniosas, a fiestas teatrales, cenas, bailes, graciosa y sonriente, con una sonrisa que daba más brillo a su rostro y lo hacía más frío que el sol invernal. Escuchaba sin prestar atención las palabras vacías que se pronunciaban, como si el demostrar interés fuese considerado como un insulto y como si el aburrimento untuoso fuera el único lazo posible entre la gente. Ella asentía con la cabeza y lo aceptaba todo.

«Sí, señor Holt, creo que Peter Keating es el hombre del siglo, de nuestro siglo».

«No, señor Inskip, a Howard Roark no, no elija a Howard Roark... ¿Falsificado? Por supuesto que es falsificado... Tome su sensata honradez para valorar la integridad de un hombre... ¿Poca cosa? Por supuesto, Howard es poca cosa. Es todo cuestión de dimensión y distancia... y distancia... No, no bebo mucho, señor Inskip... Me alegra que le gusten mis ojos... Sí, siempre son así cuando estoy contenta... ¡Y me hace tan feliz oírle decir que Howard Roark es poca cosa!».

«¿Ha sido presentada al señor Roark, señora de Jones? ¿No le gustó? ¡Oh, es un hombre por el cual no se puede sentir ninguna compasión! Muy cierto. La compasión es algo maravilloso, es lo que uno siente cuando ve una oruga aplastada. Es una experiencia que eleva. ¡De manera que yo digo que

una persona por la cual no sentimos lástima es una persona depravada, como Howard Roark!».

A menudo iba a altas horas de la noche a la habitación de Roark. Llegaba sin hacerse anunciar, segura de encontrarlo solo. Allí no era necesario reprimirse, mentir, ponerse de acuerdo, borrar su ser. Allí era libre de resistir, de ver que su resistencia era bien acogida, pero por un adversario demasiado fuerte para luchar con él, demasiado fuerte para necesitar la lucha. Encontraba allí una voluntad que le permitía el reconocimiento de su propia entidad intacta, para que nadie la tocara sino en una batalla limpia; para vencer o para ser derrotada, pero mantenerse en la victoria o en la derrota y no encallar en la pulpa de lo impersonal.

Fue a su habitación después de una fiesta. Llevaba un traje costoso y frágil que parecía un revestimiento de hilo sobre su cuerpo. Se apoyó en la pared, sintiendo en su piel el yeso áspero, dando brillo a todos los objetos que la rodeaban, a la mesa de cocina, tosca, cargada de hojas de papel, a las reglas de acero, a las toallas manchadas por las negras impresiones de los cinco dedos, al desnudo entarimado, mientras su mirada se deslizaba por la seda brillante, por el triángulo de las sandalias de plata y meditaba en el extraño contraste. Anduvo por la habitación, arrojó los guantes sobre un desorden de lápices, gomas y trapos; colocó su bolso de plata sobre una camisa sucia que él se había quitado; hizo saltar el cierre de un brazalete de diamantes y lo arrojó sobre un plato con residuos de bocadillos, junto a un dibujo sin terminar.

—Roark —dijo poniéndose detrás de la silla, los brazos sobre los hombros de él, los dedos abiertos apretando su pecho—, hice prometer hoy al señor Symons que le daría su trabajo a Peter Keating, treinta y cinco pisos y que no se fije en el gasto; el dinero no interesa, interesa sólo el arte, arte libre. Ella oyó el ruido ahogado de su risa, mientras sus dedos la asían por las muñecas. Después atrajo la cabeza de él y se agachó para cubrirle la boca con la suya.

Encontró un ejemplar del Banner extendido sobre la mesa, abierto por la página que contenía la sección «Su casa», por Dominique Françon, donde se hallaba la siguiente frase: «Howard Roark es el marqués de Sade de la arquitectura. Está enamorado de sus edificios, pero mírenlos». Sabía que a él no le gustaba el Banner, y que sólo por ella lo tenía allí; que la observaba, cuando advirtió el diario, con una sonrisa. Estaba enojada, quería que leyese todo lo que ella escribía; y al mismo tiempo saber que le molestaba tanto como para no confesarlo.

Se sentó en el suelo, a sus pies, poniendo la cabeza entre las rodillas de él. Asió su mano y fue cerrando la suya sobre cada uno de los dedos, apretándolos y deslizándola luego a lo largo de ellos, sintiendo el duro obstáculo de las articulaciones. Le dijo con dulzura:

—Roark, ¿querías conseguir la «Fábrica Colton»? ¿La querías con ansias?

—Sí, con muchas ansias —le respondió él sin una sonrisa y sin un gesto de dolor.

Después ella levantó la mano de él y se la llevó a los labios, y así la retuvo largo rato.

Una vez lo encontró trabajando en su mesa. Él le dijo: «Tengo que terminar esto. Siéntate. Espera». No volvió a mirarla. Esperó silenciosa, acurrucada en una silla, en el extremo de la habitación. Observaba que las líneas rectas de sus cejas se unían a causa de la concentración; observaba la forma de la boca, la vena que latía debajo de la fina piel de su cuello, la seguridad fina y quirúrgica de su mano. No parecía un artista; parecía un obrero de la cantera, parecía un demolidor de paredes, parecía un monje. No quería que suspendiera el trabajo ni que la mirara, pues le gustaba observar su ascética pureza, la ausencia de toda sensualidad.

Había noches en que él iba a su casa sin avisarle, como hacía ella. Si tenía visitas le decía: «Desembarázate de ellas», y recorría la habitación mientras ella obedecía. Tenían un convenio tácito, sobrentendido, de que nadie los viera juntos. Su dormitorio era un exquisito lugar de espejos, de pálido color verde hielo. A él le agradaba ir con la ropa de trabajo, manchada por la faena diaria en la construcción.

Había noches en que se quedaban juntos en el *living room*, junto a la gran ventana que daba a la ciudad. A ella le gustaba verlo en aquella ventana. Estaba allí de pie, medio vuelto hacia ella, fumando, mirando la ciudad, que se extendía abajo. Ella se separaba, se sentaba en el suelo en medio de la habitación, y se quedaba mirándolo.

En los salones que visitaba, en los restaurantes, en las oficinas de la CAA, las personas hablaban de la censura que Dominique Françon le había hecho a Howard Roark en el Banner por la extravagancia arquitectónica que era la casa de Roger Enright. Esto le dio una especie de fama escandalosa. Se decía: «¿Roark? ¡Ah, el tipo que Dominique Françon no puede soportar!». «Dios mío, cómo se odian los dos. Aunque tengo entendido que no se conocen». A ella le gustaba oír tales cosas. Le gustó cuando Athelstan Beasley escribió en su sección del Boletín de la CAA, al hablar de arquitectura de los castillos medievales: «Para comprender la ferocidad ceñuda de esas construcciones, debemos recordar que las guerras entre los señores feudales eran contiendas salvajes, algo así como la contienda entre la señorita Dominique Françon y el señor Howard Roark».

Austen Heller, que era amigo de ella, le habló sobre la cuestión. Nunca le había visto tan enojado. Su cara perdió todo el encanto de su habitual talante sarcástico.

—¿Qué diablos cree usted que está haciendo? —dijo con énfasis—. Esto es la exhibición de truhanería periodística más grande que jamás hayan visto en los diarios. ¿Por qué no deja esas cosas para Ellsworth Toohey?

—Ellsworth es capaz, ¿no?

—Al menos tiene la decencia de conservar cerrada su insalubre trampa, en lo que se refiere a Roark, aunque, desde luego, también es una indecencia. Pero ¿qué le ocurre a usted?

Roger Enright entró en la oficina una mañana y le dijo sin saludarla:

Póngase el sombrero y venga conmigo a verlo.

—Buenos días, Roger. ¿A ver qué?

A ver todo lo que se ha construido de la «Casa Enright».

—Bueno, Roger. —Se sonrió al ponerse de pie—. Me gustaría verla.

En el camino le preguntó:

—¿Qué le pasa, Roger? ¿Está tratando de sobornarme?

Se sentó tiesamente en los enormes almohadones del coche, sin mirarla. Replicó:

—Puedo comprender la malicia estúpida. Puedo comprender la malicia por ignorancia, pero lo que no puedo comprender es la podredumbre deliberada. Usted tiene la libertad de escribir lo que quiere, después de todo. Pero no sería estupidez ni ignorancia.

—Usted me sobreestima, Roger —respondió ella encogiéndose de hombros, y no habló más en el resto del viaje.

Caminaron juntos cuidadosamente sobre los tablones salpicados de cal. Se detuvo, miró al cielo que contenía la armazón de acero; al cielo, que parecía más distante que de costumbre, empujado por

la longitud arrolladora de las vigas. Miró las cajas de acero de las futuras salientes, de los ángulos osados, de la complejidad increíble de aquella forma que comenzaba a vivir como un todo lógico y simple, un esqueleto desnudo con planos de aire para formar paredes, un esqueleto desnudo en un día frío de invierno con un sentido de nacimiento y de promesa, como un árbol desnudo con su primer toque de verdor.

—¡Oh, Roger!

La miró y vio que la expresión de la cara de ella era de las que uno esperaría ver en la iglesia para Pascua.

—Yo no subestimo a ninguno de los dos —dijo él—, ni a usted ni al edificio.

—Buen día —dijo junto a ellos una voz dura y baja.

No se conmovió al ver a Roark. No lo había oído acercarse, pero era imposible pensar que no estuviera en el edificio. Sintió, sencillamente, que estaba allí, desde el instante en que ella cruzó el cerco externo. Roark estaba delante de ellos, con las manos en los bolsillos de la chaqueta desabrochada, con la cabeza descubierta al frío.

—Señorita Françon, el señor Roark —dijo Enright.

—Nos conocimos en casa de Holcombe. No sé si el señor Roark recuerda.

—¡Cómo no, señorita Françon!

—Quería que la señorita Françon viese la obra —dijo Enright.

—¿Puedo mostrársela? —pregunto Roark.

—Sí, recorramosla, por favor —replicó el primero.

Los tres caminaron juntos a través de la construcción los obreros miraban con curiosidad a Dominique. Roark explicó la distribución de las habitaciones futuras, el sistema de ascensores, de calefacción, la disposición de las ventanas, como hubiera podido explicarlo el ayudante del contratista. Ella hacía preguntas y él contestaba: «¿Cuántos pies cúbicos de espacio, señor Roark? ¿Cuántas toneladas de acero?». «Tenga cuidado con esos tubos, señorita. Pase por acá». Enright caminaba con la vista en el suelo, sin fijarse en nada, pero después preguntó:

—¿Cómo marcha, Howard? Éste sonrió al contestarle.

—Dos días de adelanto sobre lo que habíamos calculado —y siguieron hablando del trabajo, como hermanos, olvidando por un momento a Dominique, mientras el rugido de las máquinas, en torno a ellos, ahogaba sus palabras.

Dominique pensó, estando allí, en el corazón del edificio, en que si no tuviese nada de él, nada más que su cuerpo, allí se le ofrecía el resto, para verlo y tocarlo, abiertamente: las vigas, los tubos y las arrolladoras capacidades de espacio eran suyas aunque no hubiese visto ninguna otra cosa en el mundo; suya, como su rostro, como su alma, allí estaba la forma que él había hecho y lo que en su interior la había impulsado a hacerla, el efecto junto a la causa, la elocuente fuerza motriz en cada línea de acero, el ser completo de un hombre.

—¿Está cansada, señorita Françon? —le preguntó Roark mirándole a la cara.

—No —contestó—. Pensaba en la clase de instalaciones que va a emplear aquí.

Pocos días más tarde, en la habitación de Roark, sentada al borde de la mesa de dibujar, miraba su sección en un ejemplar del diario y las siguientes líneas: «He visitado el lugar de la construcción de Enright. Deseo que en un futuro cercano una bomba haga desaparecer a esa casa en un raid aéreo.

Sería un digno fin. Eso sería preferible a que envejeciese, manchada de hollín, degradada por las fotografías familiares, las medias sucias y las cáscaras de pomelo de sus habitantes. No hay ninguna persona en Nueva York que quiera vivir en ese edificio».

Roark se colocó a su lado, apretándole las rodillas con las piernas, y miró el diario, riendo.

—Has dejado a Roger completamente perplejo con esto —dijo él.

—¿Lo leyó?

—Yo estaba esta mañana en su oficina mientras él lo estaba leyendo. Al principio te dio algunos nombres que nunca había oído antes. Después dijo: «Espere un momento», y lo volvió a leer, levantó la vista sin enojarse, pero muy vacilante, y agregó: «Si uno lo lee de un modo..., pero del otro...».

—Y tú, ¿qué dices?

—Nada, Dominique; estoy muy agradecido, pero ¿cuándo dejarás de hacerme esos elogios extravagantes? Algún otro podría comprender, y a ti no te gustaría.

—¿Algún otro?

—¿No crees que algún otro podría comprender tu manera de hacer las cosas?

—Quizá... Roark, ¿qué piensas de Ellsworth Toohey?

—Pero ¿alguien piensa algo de Ellsworth Toohey?

Le placía ver a Roark en alguna reunión, en las raras ocasiones en que Heller o Enright lo llevaban a ellas. Le gustaba cómo pronunciaba el cortés e impersonal: «Señorita Françon». Le gustaba, la nerviosa ansiedad de la dueña de la casa y los esfuerzos que hacía para que no se encontrasen. Sabía que las personas que los rodeaban esperaban una explosión, alguna manifestación ofensiva de hostilidad que nunca se producía. No buscaba a Roark ni lo evitaba. Si se encontraban en algún grupo, se hablaban como si hablasen con cualquier otra persona. No quería esfuerzos, era verdadero y estaba bien hecho, todo estaba bien, aun aquella reunión. Ella encontró un profundo sentido de adaptación en el hecho de que allí, entre la gente, se sintieran extraños; extraños y enemigos. «Esta gente —reflexionaba— puede pensar muchas cosas de nosotros, menos lo que en realidad somos». Esto hacía que los momentos que recordaba los momentos que no veían los otros, los momentos que ellos ni siquiera sospechaban, le pareciesen más grandes. Tenía la sensación de posesión más poderosa que en cualquier otro lugar. Nunca lo podía poseer como lo poseía en una habitación entre extraños las raras veces que miraba en la dirección donde él se hallaba.

Se torturaba por cosas insólitas: por la calle donde él vivía; por el umbral de la puerta de su casa; por los automóviles que doblaban la esquina de su calle; éstos, en especial, la molestaban; deseaba poder desviarlos por la calle próxima. Contemplaba el cubo de la basura de la casa vecina y se preguntaba si estaría allí en el momento en que él se había marchado a la oficina aquella mañana: si él habría mirado el arrugado estuche de cigarrillos que estaba encima. Una vez, en el vestíbulo de la casa, vio a un hombre que salía del ascensor. Se sintió ofendida, durante un segundo, porque siempre había tenido la sensación de que él era el único habitante de la casa. Cuando subía en el pequeño ascensor automático, se apoyaba en la pared, con los brazos cruzados y con las manos abrazándose los hombros; se sentía recogida e íntima, como bajo una ducha caliente.

Todo eso se le ocurría mientras algún caballero le hablaba de la última exposición en Broadway, y Roark sorbía un cóctel al otro extremo de la habitación. La dueña de la casa, en tanto, susurraba a alguien: «Dios mío, no pensé que Gordon traería a Dominique... Austen se pondrá furioso conmigo».

Más tarde, al estar juntos, ella, con los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas, los labios húmedos, libres de las reglas que se había impuesto, murmuraba: «Roark, estuviste hablando con un hombre, y te sonreía, el tonto, el terrible tonto. La semana pasada miraba un par de artistas de cine enamorado de ellas. Le quise decir a ese hombre: “No lo mires, si no no tendrás derecho a mirar otra cosa”. No puedo soportar verte junto a los otros. Haré cualquier cosa para sacarte de allí, del mundo de ellos, de todos ellos; cualquier cosa, Roark...».

Ella no se oía, no veía la sonrisa de él, no reconocía la comprensión total de su rostro.

Peter Keating estaba perplejo. La súbita dedicación de Dominique Françon para favorecerle le pareció deslumbrante, halagadora, enormemente provechosa; todo el mundo se lo decía; pero había momentos en que no se sentía deslumbrado ni halagado, se sentía incómodo.

Trató de esquivar a Guy Françon.

—¿Cómo lo hizo, Peter? ¿Cómo lo hizo? —le preguntó Françon—. ¡Debe de estar loca por usted! ¿Quién iba a pensar que de todas las personas Dominique sería...? ¿Y quién podría pensar que pudiese? Si hubiese hecho esto cinco años antes, me habría hecho millonario. Pero es natural que un padre no despierte la misma inspiración que un... —Se dio cuenta de la mirada siniestra de Keating y cambió el final de la frase—. Ya sé, ya sé, ya sé. No debemos ser prematuros. Pero, diablos, Peter, *entre nous*, ¿no es público como si fuera un compromiso? Más aún. Y más público. —Después la sonrisa se desvaneció y el rostro de Françon se tornó serio, pacífico, francamente envejecido, en uno de sus raros relámpagos de genuina dignidad—. Y estoy contento, Peter —agregó simplemente—. Eso es lo que quería que sucediera. Supongo que siempre he querido a Dominique. Me hace dichoso. Sé que la dejaré en buenas manos.

Peter no podía decir a Françon que no le podía contestar nada, no podía decirle que no había estado con Dominique, solo, desde hacía seis meses, que ella rehuía verlo. Recordaba la calma indiferente con que lo insultó, el desprecio total de los insultos que le lanzó sin enojo la última vez que la vio a solas. Después de eso podía haber esperado todo menos verla convertida en su campeón, en su jefe de publicidad. En las frecuentes veces que la había visto desde que empezó su campaña voluntaria; en sus fiestas, donde le había presentado a sus futuros clientes, no había podido estar a solas con ella un solo momento. Él era el único hombre, pensaba con amargura, que en toda la ciudad de Nueva York no creía que Dominique estuviera enamorada de él.

Conocía la peligrosa inconstancia de sus caprichos, pero éste era valioso para molestarlo. Le enviaba flores y dejaba que sucedieran las cosas sin pensar en ellas, pero persistía un leve filo agudo de incomodidad.

Un día la encontró en un restaurante. Vio que almorzaba sola y aprovechó la ocasión. Después de muchos comentarios brillantes sobre su suerte, le preguntó.

—Dominique, ¿por que no quiere verme?

¿Para qué tengo que verle?

—Pero ¡Señor mío...! —Lo dijo involuntariamente con el tono excesivamente agudo de un largo enojo sofocado; pero en seguida se corrigió, sonriendo—. ¡Caramba! ¿No le parece que debería brindarme una oportunidad para darle las gracias?

—Ya me ha dado las gracias muchas veces.

—Sí, pero ¿no cree que debemos vernos solos? ¿No pensó que podía estar un poco... perplejo?

—No he pensado en eso. Sí, he pensado que podía estarlo.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Unos... cincuenta mil dólares, por ahora, creo.

—Se está poniendo mezquina.

—¿Quiere que suspenda?

—¡Oh, no! Vale decir, no...

—No suspenderé los encargos. Muy bien. No los detendré. ¿Ve? ¿Para qué tenemos que hablar de esto? Estoy haciendo algo por usted, y usted está encantado de que lo haga... De manera que estamos perfectamente de acuerdo.

—No es acuerdo la palabra que siento yo. Estoy tan enormemente agradecido, que estoy aturdido..., que estaba abatido por esto... No haga que me ponga tonto ahora..., ya sé que no le gusta... Estoy tan agradecido que yo mismo no sé qué hacer...

—Muy bien. Peter. Ahora ya me ha dado las gracias.

—Ya ve, nunca me jacté pensando que usted juzgaba tan buena mi obra, o que le interesara, o que se informara de ella. Y entonces usted... Esto es lo que me hace tan dichoso y... Dominique, ¿usted cree, realmente, que soy un gran arquitecto? —le preguntó con la voz estremecida, porque la pregunta era como un anzuelo, largo y oculto, atado a una línea, y para él esto era el núcleo de su intranquilidad.

Ella se sonrió con dulzura.

—La gente se reiría si le oyese hacer esa pregunta, sobre todo si le oyese hacérmela a mí.

—Sí, ya sé, pero... ¿piensa usted realmente todas las cosas que dice de mí?

—Consiguen su efecto.

—Sí... No... Quise decir... otra cosa... Quise decir... Dominique, me hubiera gustado oírle decir una vez, nada más que una vez, que yo soy...

—Escuche, Peter. Tengo que salir corriendo dentro de un instante; pero antes debo decirle lo que probablemente oirá de boca de la señora de Lonsdale, mañana o pasado. Tenga presente que es prohibicionista, que ama a los perros, que odia a las mujeres que fuman y que cree en la reencarnación. Quiere que su casa sea mejor que la de la señora de Purdee (Holcombe hizo la de la señora de Purdee); de manera que si le dice que la casa de la señora Purdee es ostentosa y que la sencillez verdadera cuesta más dinero, se llevará muy bien con ella. Puede discutir pequeños detalles. Es su manía.

Peter salió pensando con alegría en la casa de la señora Lonsdale, y se olvidó de su pregunta.

Como compensación, buscó placer en esperar las reuniones del Consejo de Constructores Estadounidenses, de Toohey. Escuchó atentamente cuando Gordon L. Prescott pronunció un discurso sobre el significado de la arquitectura.

«Y de esta manera, el significado intrínseco de nuestro arte está en el hecho filosófico de que traficamos con la nada. Creamos el vacío con el cual ciertos cuerpos físicos se mueven y por conveniencia les designamos cuerpos humanos. Por vacío quiero decir lo que designamos comúnmente con el nombre de habitaciones. De manera que sólo un torpe lego puede creer que erigimos paredes de piedra. No hacemos nada de eso. Erigimos el vacío, como he probado. Esto nos conduce a un corolario de importancia astronómica: a la aceptación incondicional de la premisa de

que la “ausencia” es superior a la “presencia”. Esto es, a la aceptación de la no aceptación El arquitecto es un sacerdote metafísico que trata con esencias básicas, que tiene el valor de enfrentar la concepción primera de la realidad como no realidad, desde que no hay nada y él crea la nada. Si esto parece una contradicción, no es una prueba de mala lógica, sino de una lógica más elevada, la dialéctica de la vida y del arte. Desearía hacer las deducciones inevitables de esta concepción básica. Ustedes pueden llegar a conclusiones de importancia sociológica muy vasta. Pueden ver que una mujer hermosa es inferior a una que no lo es; que el literato es inferior al iletrado; que el rico es inferior al pobre y el hábil al incompetente. El arquitecto es la ilustración concreta de una paradoja cósmica».

Keating escuchó con gran alegría. Miraba a los otros. Había un silencio de atención en el auditorio: a todos les gustaba tanto como a él. Vio a un muchacho mascando chicles, a un individuo que se limaba las uñas con el canto de la caja de cerillas, a un joven que se desperezaba groseramente. Esto también le gustó a Keating; era como si dijese: «Estamos encantados de escuchar lo sublime, pero no es menester demostrar demasiada reverencia con lo sublime».

El Consejo de Constructores Estadounidenses se reunía una vez al mes y no realizaba otras actividades perceptibles fuera de escuchar los discursos ni tampoco se obtenían resultados apreciables.

Las reuniones del Consejo se celebraban en una inmensa habitación vacía que estaba sobre un garaje en West Side. Una escalera larga, estrecha, conducía a una puerta que ostentaba el nombre del Consejo. En el interior había sillas plegables, una mesa para el presidente y un cesto para los papeles. La CAA tenía al Consejo de Constructores por un chiste sin gracia.

En una de las habitaciones de la CAA, revestidas de seda e iluminadas con tenue luz rosa, Françon le preguntó a Keating, frunciendo la nariz con fastidiosa comicidad:

—¿Por qué pierde el tiempo en esas tonterías?

—¡Qué sé yo! —replicó Keating gozosamente—. Me gustan.

Ellsworth Toohey asistía a todas las reuniones, pero no hablaba. Se sentaba en un rincón y escuchaba.

Una noche Toohey y Keating se fueron después de la reunión, por las calles oscuras y sucias de West Side. Se detuvieron a tomar café en un destartado establecimiento. Toohey se rió cuando Keating recordó los restaurantes distinguidos que se habían hecho famosos bajo los auspicios de Toohey.

Al menos, ninguno nos reconocerá aquí ni nos incomodará.

Echó una bocanada de humo de su cigarrillo egipcio a un cartel descolorido de «Coca-Cola» que estaba sobre ambos. Pidió un emparedado, mordisqueó densamente un encurtido como si estuviera sucio de moscas, y comenzó a hablar con Keating. Al principio, lo que decía no tenía ninguna importancia, salvo por la voz incomparable de Toohey. Keating tenía la sensación de estar en medio de una vasta llanura, bajo las estrellas, apoyado y dueño de sí mismo: tal era su confianza y su seguridad.

—Bondad, Peter —decía suavemente la voz—. Bondad. Éste es el primer mandamiento, quizás el único. Por eso tuve que darle un nuevo aspecto a mi sección de ayer. Esa cuestión necesita bondad esencial. Debemos ser buenos, Peter, con todos los que nos rodean. Debemos aceptar y perdonar.

¡Hay tanto que perdonar en cada uno de nosotros! Si usted aprende a amar todas las cosas, las más humildes, las más insignificantes, las más bajas, también será amado en usted lo más bajo. Entonces encontraremos el sentido de la igualdad universal, la gran paz de la humanidad, un nuevo mundo, Peter, un nuevo mundo hermoso...

IX

Ellsworth Monkton Toohey tenía siete años cuando atacó con la manguera a Johnny Stokes, mientras éste pasaba por el césped de los Toohey vestido con el mejor traje dominguero. Johnny había tenido que esperar un año y medio para poder tener ese traje, porque su madre era muy pobre. Ellsworth no lo hizo a hurtadillas; realizó el acto públicamente, con, sistemática deliberación. Se dirigió a la llave, la abrió, se paró en medio del césped y haciendo un perfecto blanco dirigió la manguera hacia Johnny, estando la madre de éste apenas a unos pasos, en la calle, y estando su padre con el pastor, que había llegado de visita, en el porche de la casa.

Johnny Stokes era un muchacho vivo, con hoyuelos en la cara y rizos rubios. La gente se volvía para mirarlo, pero nadie se volvió nunca para mirar a Ellsworth Toohey. El susto y la sorpresa de los mayores fueron tales, que ninguno se lanzó a detener a Ellsworth. Mantuvo firme su fino cuerpecito a pesar de la violencia del salto de la boquilla de la manguera en sus manos, sin que nadie le impidiera realizar su objetivo hasta que estuvo cumplido. Entonces la dejó caer, silbando el agua entre la hierba, y dio dos pasos hacia el porche. Se detuvo, con la cabeza alta, esperando el castigo. El castigo habría procedido de Johnny si la señora Stokes no lo hubiese cogido. Ellsworth no se dirigió a los Stokes, que estaban detrás, pero dijo lenta, distintamente, mirando a su padre y al pastor: «Johnny es un sinvergüenza. Les pega a todos los chicos en el colegio». Y era la verdad.

La cuestión del castigo resultó un problema ético. Era difícil castigar a Ellsworth en cualquier circunstancia a causa de su frágil cuerpo y de su delicada salud. Además, constituía un error castigar a un muchacho que se había sacrificado para vengar una injusticia y que lo había hecho brava y abiertamente, sin tener en cuenta su debilidad física, de manera que parecía un mártir. Ellsworth no lo dijo, no dijo nada más, pero lo dijo su madre. El pastor estuvo de acuerdo con ella. Ellsworth fue enviado a su habitación, sin cenar. No se quejó. Se quedó allí humildemente y rechazó el alimento que su madre le llevó a escondidas, por la noche, desobedeciendo a su marido. El señor Toohey insistió en pagarle a la señora de Stokes el traje de Johnny. Su mujer dejó, de mal humor, que lo hiciese, porque no apreciaba a la señora Stokes.

El padre de Ellsworth dirigía en Boston la sucursal de una cadena nacional de zapaterías. Ganaba un sueldo modesto, pero suficiente, y tenía un hogar cómodo y moderno en un suburbio humilde de la ciudad. El secreto dolor de su vida era no tener un negocio propio. Pero era un hombre tranquilo, consciente, sin imaginación, que había cortado toda ambición a causa de un casamiento prematuro.

La madre de Ellsworth era una mujer delgada, inquieta, que había adoptado y abandonado cinco religiones en nueve años. Tenía rasgos delicados que hicieron que pareciera hermosa durante unos pocos años de su vida, en el período del florecimiento, pero no antes ni después. Ellsworth era su ídolo. Su hija Helen, cinco años mayor que Ellsworth, era buena, sin sobresalir mucho; no era hermosa, pero sí bonita y sana; no ofrecía ningún problema; en cambio Ellsworth había nacido con poca salud. Su madre lo adoró desde el momento que el doctor dijo que no era apto para sobrevivir.

El señor Toohey, por razones que no podía explicar, no quería mucho a su hijo. Ellsworth, sin embargo, era el amo de la familia, por una tácita y voluntaria sumisión de los padres, aunque su padre nunca pudo comprender la causa por la cual él participaba en tal sumisión.

Por las noches, bajo la lámpara de la estancia familiar, la señora Toohey empezaba con voz tensa

y desafiante, enojada y vencida de antemano:

—Horace, quiero una bicicleta, una bicicleta para Ellsworth. Todos los muchachos de su edad la tienen.

—Ahora no, Mary —contestaba el señor Toohey, cansado—. Quizás el próximo verano... Ahora no podemos comprársela...

La señora Toohey discutía elevando la voz a saltos, hasta llegar a un chillido agudo.

—¿Para qué, mamá? —dijo Ellsworth con su voz rica, suave y clara, más baja que la de sus padres, aunque los interrumpía, ordenándoles, en forma extrañamente persuasiva—. Hay muchas cosas que necesitamos más que una bicicleta.

Todas aquellas palabras eran verdaderas. Ellsworth no quería una bicicleta; pero su padre lo miró, preguntándose qué le había impulsado a hablar así. Vio que los ojos de su hijo le miraban detrás de sus pequeños lentes; aquellos ojos no demostraban dulzura, ni reproche, ni malicia; le miraban como distraídos.

Ellsworth no tuvo la bicicleta, pero obtuvo una atención cortés en la casa, una solicitud respetuosa, tierna y culpable por parte de su madre, incómoda y suspicaz por parte de su padre. El señor Toohey temía ser forzado a conversar con Ellsworth y, al mismo tiempo, se enojaba y se fastidiaba por este temor.

—Horace, quiero un traje nuevo para Ellsworth. Vi uno hoy en un escaparate y tengo...

—Mamá, tengo cuatro trajes. ¿Para qué quiero otro? No quiero ser tan tonto como Pat Noonan, que se los cambia a diario. Es porque su papá tiene una horchatería. Pat es un presumido con su ropa; como una chica. No quiero parecer una mujercita.

«Ellsworth —pensó la señora de Toohey, feliz y temerosa a un tiempo— va a ser un santo; no se preocupa en absoluto de las cosas materiales. Esto es lo cierto. Ellsworth no se preocupa de las cosas materiales».

Era un muchacho pálido y delgado, que padecía del estómago, y su madre tenía que vigilar sus comidas y cuidar sus frecuentes catarros. Su voz, sonora, asombraba en su constitución débil. Cantaba en el coro y no tenía rivales. En la escuela era un alumno modelo. Siempre sabía sus lecciones, tenía los cuadernos más pulcros, las uñas más limpias, le gustaba ir a la escuela parroquial los domingos y prefería la lectura a los juegos atléticos, en los cuales no sobresalía. No era muy bueno en matemáticas, lo cual le disgustaba, pero era excelente en historia, inglés, instrucción cívica y caligrafía; después lo fue en psicología y en sociología.

Estudiaba mucho y a conciencia. No era como Johnny Stokes, que no escuchaba nunca durante las clases, que raras veces abría un libro en la casa, aunque sabía las cosas casi antes que las expusiese el maestro. Johnny aprendía automáticamente, como hacía todas las cosas. Tenía puños hábiles, cuerpo sano, un aspecto excelente y una vitalidad asombrosa. Johnny hacía lo inesperado; Ellsworth hacía mejor que nadie lo previsto. Cuando se trataba de composiciones, Johnny pasmaba a la clase con brillantes destellos de rebelión. Dado el tema «Días de escuela: La edad de oro», Johnny hizo un trabajo magistral sobre el odio que le tenía a la escuela y el porqué. Ellsworth entregó un poema en prosa sobre la gloria de los días de escuela, que después se imprimió en el diario local.

Además, Ellsworth vencía fácilmente a Johnny cuando se trataba de nombres y fechas: la memoria de Ellsworth era como un preparado de cemento líquido, que retiene todo lo que cae en él.

Johnny era un géiser; Ellsworth era una esponja.

Los chicos lo llamaban Elsie Toohey. Habitualmente lo dejaban proseguir su camino y evitaban disimuladamente su compañía. No lo podían descifrar. Les resultaba útil y de confianza cuando necesitaban ayuda en sus lecciones. Tenía un genio agudo y podía desprestigiar a cualquier chico inventándole un sobrenombre apropiado, de esos que hieren, hacía caricaturas en las paredes, tenía todas las características de una niña, pero no podía ser calificado como tal; tenía demasiada confianza y seguridad en sí mismo y un sabio desprecio por todo el mundo. No tenía miedo a nadie.

Se enfrentaba en la calle con los muchachos más fuertes. Gritaba con voz clara, que llegaba a varias manzanas de distancia, sin enojarse —nadie había visto nunca enojarse a Ellsworth Toohey—: «Johnny Stokes tiene un remiendo en el trasero». «Johnny Stokes vive en un cuarto alquilado». «Pat Noonan es un tragón de pescado». Ni Johnny ni los otros muchachos le pegaban porque usaba lentes.

No podía participar en el juego de pelota, y era el único que se jactaba de ello en lugar de avergonzarse como otros. Consideraba vulgar la gimnasia, y así lo decía; el cerebro es más poderoso que el músculo.

Ellsworth tenía once años cuando murió su padre; entonces una hermana de su padre se fue a vivir con ellos y a dirigir la casa. La tía Adeline era una mujer alta, capaz, en quien la palabra «caballo» se unía a la palabra «sentido» y «cara». La pena secreta de su existencia era no haber inspirado jamás una novela de amor. Helen fue su favorita inmediata. Consideró a Ellsworth como un diablillo salido del infierno..., pero Ellsworth nunca titubeó en sus maneras de grave cortesía para la tía Adeline. Corría para recoger su pañuelo, para arrimar las sillas cuando había visitas, particularmente si éstas eran masculinas. El día de San Valentín le enviaba regalos con cintas de papel, ramos de rosas y poemas de amor. Cantaba Dulce Adeline con una voz más alta que la de los pregoneros de la ciudad. «Eres un gusano, Elsie —le dijo ella una vez—. Te alimentas de llagas». «Entonces nunca me moriré de hambre», respondió. Después de un tiempo llegaron a un estado de paz armada.

En la escuela superior Ellsworth fue la celebridad local, el astro de la oratoria. Durante años, para decir que un muchacho prometía ser buen orador, en la escuela, decían es un «Toohey». Triunfaba en todos los concursos. Después los jurados hablaban del «hermoso muchacho», no recordaban la figura pequeña y lastimosa, con el pecho hundido, las piernas torcidas y anteojos; se acordaban solamente de la voz. Ganaba todos los debates.

Hasta la edad de dieciséis años. Ellsworth se sintió empujado hacia la carrera de pastor. Pensaba mucho en la religión. Hablaba de Dios y del espíritu. Leía muchísimo sobre este tema. En esa época empezó a tener amigos. Le gustaba hablar de la fe y encontró a los que querían escuchar, aunque descubrió que los muchachos hábiles, fuertes y brillantes de la clase no sentía necesidad de escucharle, no tenían necesidad de él para nada. Pero los que sufrían y los mal dotados iban hacia él. Drippy Munn empezó a seguirle con la silenciosa devoción de un perro. Willie Wilson perdió a su madre e iba por las noches con los ojos dilatados, secos y suplicantes. Skinny Dix enfermó de parálisis infantil, y, como tenía que estar en cama, observaba por la ventana la esquina de la calle, para ver si llegaba Ellsworth.

No se sabía bien si ellos eran los que buscaban a Ellsworth o si Ellsworth les buscaba a ellos. Trabajaba como una ley de la Naturaleza y así como la Naturaleza no tolera el vacío, el dolor y

Ellsworth Toohey se atraían el uno al otro. Su voz, rica y hermosa, les decía:

«Es bueno sufrir. No hay que lamentarse. Hay que soportar, doblegarse, aceptar y agradecer a Dios que los haga sufrir. Porque esto los hace mejores que la gente que ríe y es dichosa».

La gente decía que resultaba emocionante ver la forma en que los amigos de Ellsworth se adherían a él. Después que lo trataban un tiempo, no podían pasarse sin él. Era como el hábito de las drogas.

Ellsworth tenía quince años cuando asombró al profesor de Biblia con una pregunta extraña. El profesor había comentado el texto: «¿De qué le aprovecha al hombre ganar el mundo si pierde su alma?». Ellsworth preguntó: «¿Entonces para ser verdaderamente rico uno debería coleccionar almas?».

A los dieciséis años abandonó la religión al descubrir el socialismo.

El cambio pareció bueno para Ellsworth. No resultó un fanático agresivo. Se hizo más tranquilo, mas suave. Consideró a la gente con más atención, era como si algo hubiese suavizado las aristas nerviosas de su personalidad y le imprimiese una nueva confianza. Los que le rodeaban empezaron a quererle. La tía Adeline dejó de preocuparse. Le pareció que, nada verdadero podía haber en su preocupación por las teorías revolucionarias. No se adhirió a ningún partido político. Leyó muchísimo y asistió a algunos mítines dudosos donde habló una o dos veces no muy bien; pero la mayor parte de las veces se sentaba en un rincón escuchando, observando, meditando.

Ellsworth fue a Harvard. Su madre le había dejado un seguro de vida con este propósito especial. En Harvard su actuación escolar fue superlativa. Fue absorbido por la literatura y las bellas artes. Esto desconcertó un poco a la tía Adeline; era un nuevo aspecto en él, nunca había manifestado ninguna tendencia especial en esa dirección. «No perteneces a la familia de los artistas, Elsie. No te sienta». «Estás equivocada, tita».

Las relaciones de Ellsworth con sus compañeros constituían el acontecimiento más extraordinario de Harvard. Se hizo aceptar. No ocultó su origen humilde entre los jóvenes orgullosos descendientes de los viejos apellidos ilustres; lo exageró. No les dijo que su padre era gerente de una zapatería; les dijo que era un zapatero remendón. Lo dijo sin desafío, sin amargura, sin arrogancia de proletario; lo dijo como si hiciera un chiste para sí y para los otros, si uno miraba íntimamente su sonrisa. Se comportaba como un *snob*, no como un *snob* notorio, sino como uno inocente, natural, que trata de no serlo. Era cortés, no como quien pide un favor, sino a la manera de uno que lo concede. Su actitud era contagiosa. Las personas no discutían las razones de su superioridad; las daban por existentes. Al principio resultó divertido aceptar a Toohey, después resultó distinguido y progresista. Si era una victoria, no parecía que Ellsworth tuviera conciencia de tal cosa; pareció no preocuparle. Andaba entre jóvenes no formadas aún, con la seguridad de un hombre que tiene un plan, un plan a larga distancia dispuesto en cada detalle y que sólo puede distribuir diversiones para los pocos incidentes de su camino. Su sonrisa tenía una cualidad secreta y hermética, era la sonrisa de un tendero que cuenta sus ganancias, aunque nada especial sucediese.

Ya no hablaba de Dios y de la nobleza del sufrimiento; ahora hablaba de las masas. Demostró ante auditorios extasiados, en reuniones que duraban hasta el alba, que la religión engendra el egoísmo, porque, manifestaba, la religión exagera la importancia del espíritu individual.

«Para realizar la virtud, en sentido absoluto —decía Ellsworth Toohey— un hombre por el amor

de sus hermanos debe cargar su alma con los más locos crímenes. No es nada mortificar la carne, mortificar el alma es el único acto de virtud. ¿Creen que aman a la inmensa masa de la Humanidad? No conocen nada del amor. Ustedes dan dos dólares para la caja de ayuda a las huelgas y ya creen que han cumplido con su deber. Den sus almas. ¿A una mentira? Sí, si otros creen en ella. ¿Para engañar? Sí, si otros la necesitan. ¿A la traición, a la picardía, al crimen? ¡Sí! A todo lo que a sus ojos sea lo más bajo y lo más vil. Solamente cuando puedan sentir desprecio por su pequeño ego sin valor, sólo entonces realizarán la verdadera, la amplia paz del altruismo, la ascensión de sus espíritus hacia el vasto espíritu colectivo de la Humanidad. No hay espacio para el amor de los otros en el estrecho, apiñado, mísero agujero de un ego particular. Debe vaciarse para ser llenado. “El que ama su vida la perderá; el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna”. Los buhoneros de opio de la iglesia tenían algo allí, pero no sabían lo que tenían. ¿Se trata de la abnegación? Sí, amigos, en toda forma. Pero no es abnegado si uno conserva la pureza y el orgullo de la propia pureza. El sacrificio debe incluir la destrucción de la propia alma...».

Adquirió grandes admiradores entre los jóvenes herederos, la segunda y tercera generación de millonarios. Les ofrecía una obra para la cual se sentían capaces.

Se graduó con altos honores. Cuando fue a Nueva York iba precedido de una pequeña fama privada. Unas gotas de rumor se habían escurrido de Harvard acerca de una persona extraordinaria llamada Ellsworth Toohey. Entre los grandes intelectuales y las personas extremadamente ricas eran pocos los que habían oído aquellos rumores y prontamente los olvidaron, pero recordaban el nombre, quedó en sus mentes con una vaga relación de cosas brillantes.

Cuando alguien comentó la lealtad de los admiradores de Toohey —él no tenía título, ni programa, ni organización, por lo que su círculo era llamado el círculo de los del amor a primera vista—, un envidioso rival anotó: «Toohey atrae a la clase pegajosa. Se sabe que las dos cosas que pegan mejor son el barro y la cola». Toohey lo oyó por casualidad, se encogió de hombros, y, sonriendo, dijo: «Vamos, vamos, hay muchos más: los emplastos, las sanguijuelas, el arropo, las medias mojadas, las fajas de goma, los chicles, el budín de tapioca». Y continuando, agregó por encima del hombro, sin sonreírse: «Y el cemento».

Obtuvo su grado de *Master* en una universidad de Nueva York y escribió su tesis sobre: Modelos colectivos en la arquitectura de la ciudad en el siglo XVI. Se ganaba la vida en diversas actividades; nadie podía seguir la pista de todas ellas. Tomó el cargo de consejero profesional en la universidad; se ocupaba con libros, obras de teatro, escribía artículos, daba conferencias ante reducidos y oscuros auditorios. Había un brillo especial en sus escritos; su adjetivo favorito era «humano». Se le consideraba un consejero profesional sobresaliente. Su pequeña oficina de la universidad se transformó, prácticamente, en un pequeño confesionario, adonde los estudiantes llevaban sus problemas, tanto los académicos como los personales. Él estaba dispuesto a discutir, con la misma amable dedicación, la elección de los cursos, las cuestiones amorosas y, con más especialidad, la elección de carrera.

Cuando se le consultaba sobre cuestiones amorosas, Toohey aconsejaba someterse, si se trataba de un asunto con una encantadora y pequeña mujercita, buena para fiestas y borracheras. «Seamos modernos», decía, y si era el caso de una pasión emocional y profunda aconsejaba renunciación. «Seamos maduros», manifestaba. Cuando un muchacho iba a confesarle un sentimiento de vergüenzas

después de una experiencia sexual insatisfecha, Toohey le decía: «Ha sido un bien para usted. Hay dos cosas de las cuales debemos desembarazarnos en la vida: del sentimiento de superioridad personal y de un respeto exagerado por el acto sexual».

Los estudiantes habían notado que Ellsworth Toohey raras veces les permitía proseguir la carrera que elegían. «Si fuera usted, no seguiría leyes; es demasiado nervioso y apasionado para esto. Una devoción histérica por la propia carrera no le procurará felicidad y éxito. Es mejor elegir una profesión en la cual pueda estar tranquilo, cuerdo y dueño de la situación. Sí, aunque la odie. Lo hace descender a la tierra...». «No, no le aconsejaría que continuara con la música. El hecho de que le resulte fácil es un signo de que su talento es superficial. Precisamente ahí está el mal, en que usted la ame. Esas razones ¿no parecen demasiado infantiles? Desista. Sí, aunque lo hiera...». «No; lo siento, me agradaría decirle que lo apruebo, pero no. Cuando pensó en la arquitectura, lo hizo por razones puramente egoístas, ¿no? ¿Ha considerado algo para su satisfacción egoísta? Sin embargo, la carrera de un hombre concierne a toda la sociedad. La cuestión de saber desde dónde puede ser usted más útil a sus semejantes está antes que nada. No se trata de lo que usted pueda sacarle a la sociedad, sino de lo que pueda darle. Y en lo que respecta a las oportunidades para un servicio social, ninguna profesión comparable a la de cirujano. Piense en esto».

Algunos de sus protegidos, después que dejaron la universidad, tuvieron bastante éxito, otros fracasaron. Solamente uno se suicidó. Se dijo que Ellsworth Toohey había ejercido una influencia benéfica sobre ellos, porque nunca lo olvidaban; iban a consultarle sobre muchas cosas; durante años le escribían y estaban unidos a él. Eran como máquinas sin arranque automático que una mano extraña tenía que poner en movimiento.

Su vida era pública e impersonal como la plaza de una ciudad. El amigo de la Humanidad no tenía derecho a tener un amigo personal. Las personas se acercaban a él. Aceptaba a todos. Su afecto era como oro pulido o como una gran extensión de arena; no había discriminación para elevar las dunas, las arenas quedaban tranquilas y el sol estaba alto.

De sus pingües ingresos daba parte a muchas instituciones. Nunca se había sabido que le prestara un solo dólar a un individuo. Nunca les pedía a sus amigos ricos que asistieran a una persona necesitada, pero obtenía de ellos grandes sumas y donativos para instituciones de caridad, centros de asistencia social centros recreativos, casas de mujeres caídas, escuelas de niños retrasados. Estaba al servicio del Consejo de todas estas instituciones sin cobrar sueldo. Muchas empresas filantrópicas y publicaciones radicales dirigidas por toda clase de personas, tenían un solo lazo entre ellas común denominador: el nombre de Ellsworth Toohey en los membretes.

Las mujeres no tenían parte en su vida. El sexo nunca le había interesado. Sus impulsos furtivos, poco frecuentes, lo empujaban hacia las muchachas jóvenes, delgadas, de pecho exuberante, descocadas; las criadas risueñas, las manicuras seseosas, las mecanógrafas capacitadas y jovencitas, las que usaban vestidos rosados o de color de orquídea y sombreritos echados atrás con montones de rizos rubios en la frente. Era indiferente a las mujeres intelectuales.

Sostenía que la familia era una institución burguesa, pero no hizo hincapié en ello, ni organizó tampoco una cruzada por el amor libre. El tema del sexo le aburría. Se había hecho demasiado barullo sobre ese condenado tema; no tenía importancia, había problemas mucho más importantes en el mundo.

Pasaron los años y cada día de su vida llenaba una función como una moneda pequeña y limpia que cayera pacientemente por la ranura de una máquina gigantesca, sin retorno. Una de sus muchas actividades empezó a sobresalir gradualmente entre las otras; se dio a conocer como eminente crítico en arquitectura. Escribió acerca de edificios en tres sucesivas revistas que renquearon ruidosamente durante unos años y desaparecieron una después de otra: Nuevas voces, Nuevas señas, Nuevos horizontes; la cuarta, Nuevas fronteras, sobrevivió. Ellsworth fue lo único que se salvó de los sucesivos naufragios. La crítica arquitectónica era un campo de investigaciones abandonado; pocas personas se molestaban en escribir sobre edificios. Toohey adquirió reputación y monopolizó el tema. Las mejores revistas empezaron a solicitar de él colaboraciones relacionadas con la arquitectura.

En 1921, un pequeño cambio ocurrió en la vida privada de Toohey. Su sobrina, Catherine Halsey, hija de su hermana Helen, fue a vivir con él. Su padre había muerto hacía tiempo y su tía Adeline había desaparecido en la oscura pobreza de alguna pequeña ciudad. A la muerte de los padres de Catherine, no hubo nadie más que se hiciera cargo de ella. Toohey no había pensado tenerla en su propia casa, pero cuando ella descendió del tren en Nueva York, su humilde carita le pareció hermosa, como si el porvenir se abriese delante de ella y su brillo estuviera ya sobre su frente, como si estuviera ansiosa, orgullosa y dispuesta a salir a su encuentro. Fue uno de esos raros momentos en que la persona más humilde sabe de pronto lo que significa sentirse el centro del universo y por esta convicción se torna hermosa, y el mundo, a los ojos de los testigos, parece que es un lugar más bello por tener semejante centro. Ellsworth vio esto y resolvió que Catherine se quedara con él.

En 1925, apareció *Sermones en piedra*, y, con él, la fama.

Ellsworth Toohey llegó a constituir una moda. Las señoras intelectuales se lo disputaban. A algunas personas no les gustaba y se burlaban de él, pero resultaba que Ellsworth Toohey era el primero en hacer las observaciones más injuriosas sobre sí mismo. Una vez, en una fiesta, un comerciante presumido y rústico escuchó las más serias teorías sociales de Toohey durante un rato y después dijo con complacencia: «¡Caramba! Yo podría decir mucho sobre esas materias porque juego en la Bolsa». «Yo —dijo Toohey— juego en la Bolsa del espíritu y vendo con pérdida». La consecuencia más importante de los *Sermones en piedra* fue el contrato para escribir una sección diaria en el *New York Banner*, de Gail Wynand.

El contrato resultó una sorpresa y al principio enfureció a todo el mundo. Toohey se había referido con frecuencia a Wynand sin respeto; los diarios de Wynand habían dado a Toohey todos los calificativos que se podían imprimir, pero los diarios de Wynand no tenían una política determinada, salvo la de reflejar los prejuicios del mayor número, y esto en la dirección de lo inconsistente, irresponsable, trivial, sensiblero. Los diarios de Wynand estaban contra el privilegio y a favor del hombre común, pero de una manera amable, que no chocaba a nadie; descubrían los monopolios cuando querían; soportaban las huelgas cuando querían, y viceversa. Denunciaban a Wall Street y el socialismo y gritaban contra las películas inmorales, todo con el mismo gusto. Eran estridentes y vocingleros, pero en el fondo moderados y sin vida.

El *Banner* comentó su aparición, anunciando: «El lunes el *Banner* les presentará a un nuevo amigo: Ellsworth Toohey, cuyo brillante libro *Sermones de Piedra* todos han leído y a todos ha gustado. El nombre del señor Toohey sobresale en la arquitectura. Él les ayudará a comprender todo

lo que ustedes quieran saber de las maravillas de las construcciones modernas. Tenga presente “Una vocecita”, el lunes. Aparecerá exclusivamente en el New York Banner». El resto de lo que significaba el señor Toohey fue ignorado.

Ellsworth Toohey no lo anunció ni lo comentó con nadie. No hacía caso de los amigos que gritaban que se había vendido. Fue, sencillamente, a trabajar. Dedicó «Una vocecita», una vez por mes, a la arquitectura. El resto del tiempo Ellsworth Toohey decía a los millones de suscriptores lo que deseaba decir.

Toohey era el único empleado de Gail Wynand con un contrato que le permitía escribir todo lo que quisiese. Había insistido en esto. Todo el mundo lo consideró como una gran victoria, todos excepto Toohey. Él se daba cuenta que esto podía significar una de estas dos cosas: Wynand se había rendido respetuosamente ante el prestigio de su nombre, o Wynand lo consideraba demasiado despreciable para que valiese la pena restringirle. «Una vocecita» no dijo nada peligrosamente revolucionario, y raras veces algo político. Predicaba meramente sentimientos con los cuales está de acuerdo la mayoría: altruismo, fraternidad, igualdad «Prefiero ser amable a ser justo». «La misericordia es superior a la justicia». «Hablando en términos de anatomía —y quizá de cualquier otra manera—, el corazón es el órgano más valioso. El cerebro constituye una superstición». «En las cuestiones espirituales hay un criterio simple e infalible: todo lo que procede del yo es malo, todo lo que procede del amor al prójimo es bueno». «Servir es la única divisa de la nobleza. No veo nada ofensivo en concebir al fertilizante como el símbolo más alto del destino del hombre; el abono es lo que produce trigo y rosas». «El peor canto popular es superior a la mejor sinfonía». «Quiero ver un genio o un héroe que al quemarse con un fósforo encendido sienta menos dolor que su común hermano anónimo». «El genio es una exageración de las dimensiones, como la elefantiasis. Ambos son, solamente, una enfermedad». «Todos somos hermanos por debajo de la piel, y yo desearía despellejar a la Humanidad para probarlo».

En la redacción del Banner, Ellsworth Toohey era tratado con todo respeto. Se susurraba que Gail Wynand no le quería, porque siempre era descortés con él. Alvah Scarret no condescendía hasta el punto de la cordialidad, pero guardaba una distancia prudente. Había un equilibrio silencioso, vigilante, entre Toohey y Scarret: se comprendían el uno al otro.

Toohey no intentó acercarse a Wynand por ningún medio. En cambio, organizó un club de los empleados de Wynand. No era una unión de obreros; no era nada más que un club. Se reunían una vez al mes en la biblioteca del Banner. No se preocupaba de salarios, hora y condiciones de trabajo; no tenía ningún problema concreto. Las personas se conocían, charlaban y escuchaban los discursos. Ellsworth Toohey pronunció la mayoría de los discursos. Habló sobre nuevos horizontes y de la Prensa como expresión de masas. Wynand apareció en una reunión, inesperadamente, en medio de la sesión. Toohey se sonrió y lo invitó a unirse al club, manifestando que era elegible. Wynand no se hizo socio. Se sentó, escuchó, bostezando, hora y media los discursos y se levantó antes que la reunión hubiese terminado.

Alvah Scarret apreciaba el hecho de que Toohey no intentase invadir su campo: los asuntos importantes de política. Como una devolución de cortesía, Scarret le permitía que recomendara empleados nuevos cuando se producía alguna vacante, particularmente si el puesto era de poca importancia. Por regla general, Scarret nunca se preocupaba mientras con Toohey ocurría lo

contrario, aun cuando se tratase de un puesto de copista. Los que Toohey recomendaba, obtenían los puestos. La mayoría de los empleados eran jóvenes, impetuosos, de ojos vivaces, que estrechaban la mano con desgana. Tenían cosas en común, pero no eran muy perceptibles.

Había otras reuniones mensuales a las cuales Toohey asistía con regularidad: las reuniones del Consejo de Constructores Estadounidenses, las del Consejo de Escritores Estadounidenses, las del Consejo de Artistas Estadounidenses. Él los había organizado a todos.

Lois Cook era la presidenta del Consejo de Escritores Estadounidenses. Se reunían en la sala de una casa de Bowery. Ella era el único miembro famoso. El resto comprendía a una mujer que nunca había usado mayúsculas en sus libros y a un hombre que no empleaba comas; a un joven que había escrito una novela de mil páginas sin emplear una sola letra «o»; a un barbudo que empleaba una palabra inimprimible, de cuatro letras, en cada página del manuscrito; a una mujer que imitaba a Lois Cook, aunque era todavía menos clara. Cuando se le pedían explicaciones, manifestaba que era el modo como se le aparecía la vida cuando se quebraba en el prisma de la subconsciencia. «¿Usted sabe qué hace un prisma con un rayo de luz?», decía. Había también un hombre cruel, conocido simplemente como Ike el Genio, aunque nadie sabía hasta entonces lo que había hecho.

El Consejo firmó una declaración que establecía que los escritores deberían ser sirvientes del proletariado, pero la declaración no era tan simple como lo expuesto, sino larga y difusa. La declaración fue enviada a todos los diarios del país. Ninguno la publicó, salvo Nuevas fronteras, en la página 32.

El Consejo de Artistas Estadounidenses tenía como presidente a un joven cadavérico que pintaba lo que veía en sus sueños nocturnos. Había un muchacho que no empleaba tela, pero hacía cosas con jaulas de pájaros y metrónomos, y otro que había descubierto una nueva técnica de pintar: ennegrecía un pliego de papel y después lo pintaba con una goma de borrar. Había una mujer majestuosa de edad madura que pintaba subconscientemente. «Sin saber lo que mis manos hacen», decía, y añadía que su mano era guiada por el espíritu de su amante desaparecido, a quien jamás había encontrado en la tierra. Allí no se hablaba mucho acerca del proletariado; se rebelaban, simplemente, contra la tiranía de la realidad y de lo objetivo.

Algunos amigos le oponían a Ellsworth Toohey que era muy inconsecuente, pues siendo profundamente contrario al individualismo reunía a todos aquellos artistas y escritores, cada uno de los cuales era un individualista rabioso.

Nadie tomaba en serio aquellos consejos. La gente hablaba de ellos porque creía que era de buen tono; eran como grandes bromas, aunque ciertamente —agregaban— no había ningún mal en ello. «¿Lo cree así, realmente?», preguntaba Toohey.

Ellsworth Toohey tenía cuarenta y dos años. Vivía en un departamento distinguido que parecía modesto comparado con el volumen de renta que podía tener si lo deseaba. Nadie le había visto ponerse fuera de sí. Su aspecto era inmutable: era el mismo en un salón, en un mitin de trabajadores, en un escenario pronunciando una conferencia, en el cuarto de baño o durante el intercambio sexual: frío, seguro de sí mismo, amable, levemente protector.

La gente admiraba su sentido del humor. «Es —decía— un hombre capaz de reírse de sí mismo». «Yo soy una persona peligrosa. Alguien debería ponerlo en guardia contra mí», decía a la gente con el tono de estar manifestando la cosa más ridícula del mundo:

De todos los rótulos que le colgaban, uno sólo prefería: Ellsworth Toohey el Humanitario.

La «Casa Enright» fue inaugurada en junio del año 1929.

No hubo ninguna ceremonia, pero Roger Enright quiso marcar el instante de su propia satisfacción. Invitó a las pocas personas que quería y abrió la puerta vidriera de la entrada empujándola hacia fuera, hacia el aire inundado de sol. Habían llegado algunos fotógrafos de los diarios, porque la cuestión concernía a Roger Enright, y porque no quería que fuesen. No hizo caso. Se quedó en la calle contemplando la casa, después recorrió el vestíbulo, deteniéndose de tanto en tanto, sin causa, y remontando su camino. No hablaba. Fruncía la cara con fiereza como si tuviera que gritar de rabia, pero sus amigos sabían que Roger Enright era feliz.

El edificio estaba a orillas del East River. Las formas de cristal de roca se erguían de modo que el edificio no parecía estático, sino que se iba elevando en un continuo fluir, hasta que uno advertía que era el movimiento de los propios ojos forzados a moverse con este ritmo especial.

Las paredes de piedra caliza, de un pálido gris, Parecían de plata en el cielo, con el limpio y ofuscado lustre de metal, pero de un metal que había llegado a ser una sustancia viva y caliente, cincelado por el instrumento más cortante, una voluntad humana intencional. Esto hacía que la casa pareciera vivir en una forma extraña, personal, propia, en una forma tal que en la mente de los espectadores cinco palabras brotaban vagamente, sin objeto, sin claro significado: «... a su imagen y semejanza...».

Un joven fotógrafo del Banner divisó a Howard Roark, que estaba solo en la calle, junto a la baranda del río. Estaba echado hacia atrás, con las manos en la baranda, la cabeza descubierta, contemplando el edificio. Fue un momento inconsciente, casual. El fotógrafo miró a Roark y notó en él algo que lo dejaba perplejo. Siempre se había preguntado por qué las sensaciones que uno siente en los sueños son mucho más intensas que las que uno experimenta al despertar frente a la realidad; por qué el horror es tan total y el éxtasis tan completo en los sueños, y qué era esa extraña cualidad que nunca podía ser recobrada después; la cualidad de lo que él sentía cuando caminaba en sueños por una senda a través de verdes hojas enmarañadas en un aire lleno de expectación, de arrobamiento sin causa, y que no podía explicar cuando se despertaba. Recordó esto porque vio esa extraña cualidad por primera vez en el rostro de Roark.

El fotógrafo era un muchacho joven, nuevo en el oficio, no muy experto, pero que amaba su trabajo y que había sido aficionado a la fotografía desde la infancia. Sacó una fotografía de Roark en aquel instante.

Más tarde, el redactor de la sección de arte del Banner vio la fotografía y ladró: «¿Qué diablos es esto?». «Howard Roark», dijo el fotógrafo. «¿Quién es Howard Roark?». «El arquitecto». «¿Quién diablos quiere el retrato del arquitecto?». «Bueno, yo; creía...». «Además es una locura. ¿Qué le pasa a este hombre?». Como conclusión, el retrato fue relegado al archivo.

La «Casa Enright» fue alquilada inmediatamente. Los inquilinos que se mudaban eran personas que querían vivir con una comodidad higiénica y que no se preocupaban por nada más. No discutían el valor del edificio; querían vivir en él.

Pero durante tres semanas otras personas hablaron muchísimo. Decían que la casa era ridícula, exhibicionista y falsa. Decían: «¡Querido, imagínate cómo se podría invitar a la señora Moreland

viviendo en semejante sitio! ¡Su casa es de tan buen gusto...!». Unos pocos empezaron a aparecer y a comentar: «Yo prefiero más bien la arquitectura moderna. Se hacen cosas muy interesantes en la actualidad. Hay una escuela en Alemania que es notable, pero no es como esto. Esto es una extravagancia».

Ellsworth Toohey no mencionó la «Casa Enright» en su sección. Un lector del Banner le escribió: «Estimado señor Toohey: ¿Qué piensa usted de esa construcción que se llama la “Casa Enright”? Tengo un amigo que es decorador de interiores y que habla mucho de eso, y dice que es terrible. A pesar de que la arquitectura y las diversas artes constituyen mi manía, no sé qué pensar. ¿Quiere decírnoslo en su columna?». Ellsworth Toohey le contestó por medio de una carta privada: «Hay tantos edificios importantes y ocurren tantas cosas en el mundo, que no puedo dedicar mi sección a trivialidades».

Las pocas personas que Roark quería, iban a verlo. Aquel invierno recibió un encargo para edificar la casa de Norris, una modesta casa de campo. En mayo firmó contrato para su primer edificio para oficinas: un rascacielos de cincuenta pisos en el centro de Manhattan. Anthony Cord, el propietario, había llegado de no se sabía dónde y había hecho una fortuna en Wall Street en pocos años brillantes y violentos. Quería un edificio propio y fue a ver a Roark.

La oficina de Roark había crecido hasta tener cuatro habitaciones. Sus empleados le querían. No se daban cuenta y les hubiera resultado chocante emplear la palabra amar para aplicársela a un patrón frío, inabordable, inhumano. Ésas eran las palabras que empleaban para describir a Roark, ésas eran las palabras que estaban acostumbrados a usar por todas las normas y prejuicios inculcados en lo pasado; solamente trabajando con él llegaron a saber de la falsedad de esas cosas, pero por lo mismo no se podían explicar qué los ataba a su patrón.

No sonreía a sus empleados ni salía con ellos a beber. Se ajustaba tan sólo a la esencia de un hombre: a su capacidad creadora. En aquella oficina era preciso ser competente. No había alternativas ni mitigadas consideraciones, pero si un hombre trabajaba bien, no necesitaba más para ganarse la benevolencia del patrón. Se la concedía no por afecto, sino por reconocimiento. Esto producía un inmenso sentimiento de propio respeto en los hombres de la oficina.

Dominique se quedó todo el verano en la ciudad. Recordaba con amargo placer su costumbre de viajar y se puso furiosa al pensar que no podía hacerlo, que no quería hacerlo. Gozó con aquel enojo y esto la condujo a la habitación de Roark. Algunas noches que no pasaba con él, recorría las calles de la ciudad. Iba hasta la «Casa Enright», hasta la tienda Fargo y se quedaba mirando los edificios durante mucho tiempo. Salía sola de la ciudad para ver la casa de Heller, la casa de Sanborn, la estación de servicio de Gowan, pero nunca se lo mencionaba a Roark.

Una vez tomó el *ferry-boat* de Stanton Island a las dos de la mañana. Fue sola a la isla y se quedó sola en la barandilla de la desierta cubierta. Observaba a la ciudad, que se iba alejando. En la vasta soledad del cielo y del océano la ciudad era tan sólo un pequeño macizo mellado. Parecía condensada, prensada, no un lugar con calles y edificios, sino una forma única esculpida. Una forma de gradas irregulares que se elevaban y descendían sin ordenada continuidad, largas ascensiones y súbitos descansos, como la representación gráfica de una lucha porfiada. Pero en pocos puntos continuaba elevándose, hacia el conjunto triunfante de los rascacielos que se erguían fuera de la lucha. El barco pasó delante de la estatua de la Libertad, figura envuelta en verde luz, un brazo en

alto como los rascacielos que estaban detrás. La ciudad iba disminuyendo y sentía el movimiento de la distancia que crecía como el tirón de una cuerda viva dentro de ella que no podía ser estirada más. Sentía una excitación tranquila cuando el barco navegó de vuelta y vio a la ciudad que crecía para recibirla.

Extendió los brazos todo lo que pudo. La ciudad se expandía, más allá de sus codos, de sus manos, de la yema de sus dedos. Estaba de vuelta.

Descendió. Sabía dónde tenía que ir, y quería llegar en seguida, pero a pesar de eso quiso ir a pie. De manera que recorrió la mitad de Manhattan por calles largas, vacías, en las cuales resonaba el eco de sus pasos. Eran las cuatro treinta cuando llamó a su puerta. Él dormía. Le sacudió la cabeza. «No —le dijo—, continúa durmiendo, que sólo quiero estar aquí». No lo tocó. Se quitó el sombrero y los zapatos, se acurrucó en un sofá y se quedó dormida, con la mano apoyada en la cabeza y un brazo colgando a un lado. Por la mañana, Roark no le hizo ninguna pregunta. Prepararon juntos el desayuno y después él salió corriendo para la oficina. Antes de separarse la tomó en sus brazos y la besó. Él salió, pero Dominique partió pasado un momento. No se cambiaron veinte palabras durante todo el tiempo. Algunos fines de semana dejaban juntos la ciudad e iban en el automóvil de Dominique a algún punto de la costa poco frecuentado. Tendíanse al sol sobre la arena de la playa desierta o nadaban en el océano. A ella le gustaba mirar el cuerpo de Roark en el agua. Se quedaba de pie, detrás; las olas se rompían en sus rodillas, y observaba cómo Roark cortaba las aguas en línea recta. Le gustaba echarse con él, mirando hacia la costa boca abajo, apenas separados, a merced de las olas; no lo rozaba, pero sentía las olas sobre ambos cuerpos y veía el agua que, después de haberlos mojado, se juntaba y volvía en corrientes hacia el mar.

A fines del mes de junio un hombre llamado Kent Lansing fue a ver a Roark. Tenía cuarenta años, iba vestido como un figurín y parecía un boxeador, aunque no tenía complexión robusta ni vigorosa, sino que era delgado y anguloso. En algunos aspectos semejaba un boxeador y en otros más bien un ariete, un tanque o un torpedo submarino. Era miembro de una sociedad formada con el propósito de erigir un lujoso hotel al sur del Central Park. Había muchos ricos comprometidos y la sociedad estaba regida por un Consejo de Administración numeroso. Ya habían comprado el terreno y aún no se habían decidido por el arquitecto, pero Kent Lansing había determinado que fuera Roark.

—No necesito decirle cuánto desearía hacerlo —le dijo Roark al terminar la primera entrevista—. Pero no hay posibilidades de que lo consiga. Puedo ponerme de acuerdo con la gente cuando se trata de una sola persona, pero no puedo hacer nada con los grupos. Ningún Consejo me ha encargado trabajo nunca y no creo que lo hagan.

Kent Lansing se sonrió.

—¿Ha habido alguna vez que un Consejo haya hecho algo?

—Y, sin embargo, parece que funcionan y existen.

—¿Los directores? Mire, hubo un tiempo en que todo el mundo creía que era una verdad evidente que la Tierra fuese plana. Sería interesante especular sobre la naturaleza y las causas de las ilusiones de la Humanidad. Algún día escribiré un libro sobre ese tema. No sería popular. Tendría un capítulo dedicado a los Consejos. Convénzase, no existen.

—Me gustaría creerle, pero ¿dónde está el truco?

—No, a usted no le gustaría creerme. No es agradable descubrir las causas de las ilusiones. O

son imperfectas, o trágicas. En este caso, son las dos cosas a la vez. Sobre todo imperfecta. Y no se trata de una broma. Pero no nos metamos en eso, por ahora. Lo que quiero decir es que en un Consejo hay uno o dos hombres ambiciosos y un montón de lastre. Quiero que sepa que ese grupo de hombres está vacío. Grandes nada vacías. Se dice que no podemos ver la nada absoluta; ¡diablos!, siéntese en una reunión de un Consejo. La cuestión es saber quién llena esa nada. Es una batalla ardua. La más ardua. Resulta bastante sencillo luchar contra un enemigo siempre que esté dispuesto a luchar, pero cuando no es un enemigo... No me mire así, como si estuviese loco. Usted debe de saberlo. Usted ha luchado contra el vacío toda su vida.

—Lo miro de esa manera porque lo estimo.

—Claro que me estima. Como sé que lo estimo a usted. Los hombres son hermanos, tienen un gran instinto de fraternidad, excepto en los Consejos, uniones, sociedades, etcétera. Pero hablo demasiado. Es porque soy buen vendedor. Sin embargo, no tengo que venderle nada. Usted lo sabe. De modo que diremos que usted va a edificar el «Aquitania», tal es el nombre de nuestro hotel, y así queda resuelto.

Si la violencia de las batallas, de las cuales la gente no ha oído nada, se pudieran medir con estadísticas, la batalla que libró Kent Lansing contra el Consejo de la «Sociedad Anónima Aquitania» sería señalada como una de las más grandes luchas de la Historia.

El combate se desarrolló así: «Escuche, Palmer; Lansing está hablando de un tal Roark, ¿cómo va a votar? ¿Los miembros lo aprueban o no?». «Yo no me decidiré hasta no saber quién vota en pro y en contra». «Lansing dice..., pero por otra parte, Thorpe me dijo...». «Talbot está levantando un hotel suntuoso con más de sesenta pisos, en la Quinta Avenida, y lo han encargado a “Françon y Keating”». «Harper apoya a ese muchacho..., Gordon Prescott». «Escuche: Betsy dice que estamos locos». «No me gusta la cara de Roark..., no parece co-o-o-peradora». «Yo sé, y tengo la impresión de que Roark es de los que no convienen. No es un individuo capaz». «¿Qué es un individuo capaz?». «¡Diablo!, usted sabe muy bien qué quiero decir cuando hablo de “capaz”». «Thompson dice que la señora Prichet dice que ella está segura porque el señor Macy le dijo que sí...». «Bueno, muchachos, no me importa un bledo lo que digan, yo estoy resuelto y estoy aquí para decirles que Roark es una porquería. No me gusta la “Casa Enright”». «¿Por qué?». «No sé por qué, no me gusta y nada más. ¿No tengo derecho a tener mi propia opinión?».

La batalla duró semanas. Todos habían hablado, excepto Roark. Lansing dijo:

—Todo va bien. Olvídelo. No haga nada. Deje que yo hable. Usted no puede hacer nada. Cuando hay que afrontar a una sociedad, el hombre a quien más le concierne, el que puede contribuir y hacer más es el que tiene menos que decir. Se da por sentado que no tiene voz y que las razones que pueda presentar están de antemano rechazadas como perjudiciales, dado que jamás se toma en cuenta ningún discurso, sino solamente la persona del que habla. Es mucho más fácil juzgar sobre un hombre que sobre una idea. Aunque yo nunca alcanzaré a comprender cómo diablos se puede juzgar a un hombre sin tomar en cuenta el contenido de su cerebro. Sin embargo, así es y así se hace. Usted podrá convencerlos mucho mejor que yo, pero no lo van a escuchar; en cambio, a mí sí, porque soy intermediario. La distancia más corta entre dos puntos no es una línea recta, es un intermediario. Y cuantos más intermediarios, más se acorta la distancia.

—¿Por qué lucha por mí de esa manera? —le preguntó Roark.

—Yo quiero un buen hotel y tengo ciertas normas acerca de lo bueno, y éstas son mis normas; usted es el único que puede darme lo que quiero. Y cuando lucho por usted, estoy luchando por mí. No se preocupe. Todos están contra mí, pero tengo una ventaja: ellos no saben lo que quieren, y yo sí. A fines de julio Roark firmó el contrato para edificar el «Aquitania».

Ellsworth Toohey, sentado en su oficina, extendió sobre la mesa el diario en el cual estaba leyendo el artículo que anunciaba el contrato del «Aquitania». Fumaba sosteniendo con dos tiesos dedos el cigarrillo. Con uno de los dedos golpeó, suave y rítmicamente, el cigarrillo largo rato.

Oyó el ruido de una puerta que se abría, levantó la vista y vio a Dominique apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo único que denotaba su rostro era interés, y resultaba alarmante ver en su rostro una expresión de verdadero interés.

—Querida —dijo levantándose—, es la primera vez que se ha tomado la molestia de venir a mi oficina en los cuatro años que trabajamos en el mismo edificio. Es un verdadero acontecimiento.

Ella no respondió, pero se sonrió gentilmente, lo que resultaba más alarmante aún. Él agregó con voz amable:

—Mis pocas palabras equivalían a una pregunta. ¿O es que ya no nos comprendemos?

—Supongo que no, desde el momento que cree necesario preguntarme qué me trae aquí. Pero usted lo sabe. Ahí lo tiene sobre la mesa.

Se encaminó hacia ella, dio un papirotazo en un ángulo del diario y se rió.

—Parecería que esa noticia la hace feliz.

—Sí, Ellsworth, me hace feliz.

—¿Está contenta de que Roark haya conseguido el contrato?

—Soy tan feliz que besaría a Kent Lansing si lo conociera y me lo pidiese.

—Entonces ¿el pacto queda roto?

—De ninguna manera. Trataré de desviar cualquier trabajo que le llegue. Seguiré tratando de hacerlo. No va a ser tan fácil, sin embargo. La «Casa Enright», el edificio «Cord»... y éste. No será tan fácil ni para mí ni para usted. Él le está ganando, Ellsworth. ¿No le parece que los que tenemos una idea equivocada del mundo somos nosotros, usted y yo?

—Usted siempre la ha tenido, querida. Perdóneme. Yo debería haberlo comprendido antes. Claro que está contenta de que él lo haya conseguido. Yo no temo reconocer que no me hace feliz. ¿Ve? Su visita a mi oficina ha sido un éxito completo; así que consideremos el asunto del «Aquitania» como una gran derrota y, olvidándolo, continuaremos como antes.

—Ciertamente, Ellsworth; como antes. Estoy trabajando para conseguir, en una cena, esta noche, un hermoso hospital, nuevo, para Peter Keating.

Cuando Ellsworth Toohey volvió aquella noche a casa se lo pasó pensando en Hopton Stoddard.

Hopton Stoddard era un hombre pequeño que tenía una fortuna de veinte millones de dólares. Tres herencias y setenta y dos años de una vida laboriosa dedicada al propósito de hacer dinero, habían contribuido a formar esa suma. Hopton Stoddard era un genio para las inversiones; invertía su dinero en cualquier cosa: en casas de mala fama, en espectáculos en Broadway, preferentemente de carácter religioso, en fábricas, en hipotecas sobre propiedades rurales y en muchas cosas más. Era pequeño y encorvado. No tenía el rostro desfigurado, a pesar de que la gente lo creía así a causa de su sonrisa permanente. Su boca pequeña tenía forma de V, debido al eterno regocijo; cejas pequeñas

como dos V invertidas sobre los redondos ojos azules. Su cabello abundante, blanco y ondeado, parecía una peluca.

Toohey conocía a Hopton Stoddard desde hacía muchos años y ejercía sobre él una fuerte influencia. Hopton Stoddard no se había casado, no tenía parientes ni amigos, desconfiaba del prójimo porque creía que andaba siempre detrás de su dinero, pero sentía enorme respeto por Ellsworth Toohey, que representaba la oposición exacta a su propia vida. Toohey no se preocupaba por ninguna riqueza mundana, y por este sencillo contraste consideraba a Toohey como la personificación de la virtud. No estaba satisfecho con su vida y esta preocupación aumentó con los años, con la certidumbre de que se acercaba su fin. Encontró alivio en la religión, en forma de soborno. Experimentó varios credos distintos, asistió a los servicios religiosos, donó grandes sumas y cambió de creencia. Conforme transcurrieron los años, el tempo de su búsqueda se aceleraba, tenía las características del pánico.

La indiferencia religiosa de Toohey era la única grieta que empañaba a sus ojos la personalidad de su amigo y mentor; pero todo lo que predicaba Toohey le parecía de acuerdo con la ley de Dios: caridad, sacrificio, ayuda a los pobres. Hopton Stoddard se sentía seguro siempre que seguía la opinión de Toohey. Hizo generosas donaciones a las instituciones que Toohey le había recomendado. En las cuestiones espirituales consideraba que Toohey era en la tierra una imagen de lo que debía de ser Dios en el cielo.

Aquel verano, Toohey tuvo la primera derrota con Hopton Stoddard.

Hopton Stoddard decidió realizar un sueño que había alimentado, astuta y prudentemente, durante varios años, como hacía con todas sus otras inversiones de dinero: quería edificar un templo. No tenía que ser el templo de un credo determinado, sino un monumento a la religión universal, una catedral de la fe, abierta para todos.

Hopton Stoddard quería jugar sobre seguro.

Quedó anonadado cuando Ellsworth Toohey se manifestó en contra de su proyecto. Toohey quería que edificase una casa, un nuevo hogar para niños anormales. Él había organizado una institución, un comité distinguido de propagandistas con una dotación para gastos de organización, pero carecía de edificios y no tenía fondos para construirlo. Si Hopton Stoddard quería dejar un digno recuerdo de su nombre, llevar a la culminación su generosidad, no había propósito más noble que dedicar su dinero al «Hogar Hopton Stoddard» para niños anormales, para los pobres infortunados de quienes nadie se preocupaba. Pero Hopton Stoddard no se entusiasmó con el hogar ni con ninguna otra institución terrena. Tenía que ser el «Templo de Hopton Stoddard». No podía presentar argumentos contra la brillante formación de batalla de Toohey, no decía otra cosa que: «No, Ellsworth, no. El asunto no está resuelto». Hopton Stoddard no cambió de opinión, pero la desaprobación de Toohey lo incomodó y pospuso su decisión de un día para el otro. Sabía sólo que tenía que decidirlo para fines del verano, porque en el otoño había de partir para un largo viaje, un recorrido por todos los santuarios del mundo, de todas las religiones desde Lourdes hasta Jerusalén, desde La Meca hasta Benarés.

A los pocos días de haberse anunciado el contrato del «Aquitania», Toohey fue a ver a Hopton Stoddard, por la noche, en el retiro del vasto y atestado departamento que tenía en Riverside Drive.

—Hopton —dijo jovialmente—, yo he estado equivocado. Usted tiene razón en lo referente al

templo.

—¡No! —dijo Stoddard, estupefacto.

—Sí —dijo Toohey—. Usted tenía razón. Ninguna cosa puede ser más adecuada. Debe edificar un templo.

Hopton Stoddard tragó saliva y sus ojos se tornaron más azules. Pensó que debería de haber progresado mucho en la senda de la virtud desde el momento que había podido enseñarle algo a su maestro. Después de eso, ya nada importaba; se sentó como un nene dócil y arrugado, escuchando a Ellsworth Toohey, asintiendo con la cabeza y dando a todo su aprobación.

—Es una empresa ambiciosa, Hopton, y si usted intenta llevarla a cabo debe hacerlo bien. Resulta un poco presuntuoso... ofrecer un presente a Dios; y si no lo hace en la mejor forma posible, en lugar de ser algo reverente será ofensivo.

—Desde luego. Debe estar bien hecho. Debe estar bien hecho. Debe ser lo mejor. Usted me ayudará, ¿no es así, Ellsworth? Usted sabe todo lo que se debe saber acerca de edificios, de todo...

—Estaré encantado de ayudarle, si usted lo quiere, Hopton.

—¡Que si lo quiero! ¿Qué significa... si lo quiero? Grandiosa bondad, ¿qué haría sin usted?

—Si quiere que se haga bien, ¿hará exactamente lo que yo diga?

—Sí, sí, sí, naturalmente.

—Ante todo, el arquitecto. Esto es lo más importante. No necesita uno de esos muchachos presumidos, comerciantes, con el signo del dólar en la frente. Necesita un hombre que crea en su trabajo como usted cree en Dios.

—Ciertamente. ¿Quién es?

—Howard Roark.

—¿Cómo? —Hopton Stoddard lo miró interrogadoramente—. ¿Quién es?

—Es el hombre que edificará el templo.

—¿Es bueno?

Ellsworth Toohey se dirigió hacia su amigo y lo miró directamente a los ojos:

—Por mi alma inmortal, Hopton —dijo suavemente—, es lo mejor que hay. Pero es difícil conseguirlo. No trabaja si no es en determinadas condiciones. Debe observarlas escrupulosamente. Debe darle completa libertad. Dígale lo que quiere y cuánto piensa gastar, y deje que él haga el resto. Déjelo que lo diseñe y que lo haga como él desea. No trabajará de otro modo. Dígale francamente que usted no sabe nada de arquitectura, y que lo escogió a él porque tuvo la impresión de que es el único a quien se lo podía confiar.

—De acuerdo, si usted me lo garantiza.

—No espere ver sus proyectos. Llevarán cierto tiempo..., y usted no debe dilatar su viaje. Empléelo, no firme contrato, no es necesario..., póngase de acuerdo con su Banco para que se haga cargo de la parte financiera, y déjele a él el resto. No tiene que pagarle los honorarios hasta que regrese. En un año o algo por el estilo, cuando vuelva después de haber contemplado todos los grandes templos, tendrá uno mejor aquí.

—Eso es lo que yo quería.

—Pero debe pensar en la forma de presentarlo al público; la consagración adecuada y la publicidad que corresponde.

—Claro... ¿Cómo? ¿Publicidad?

—Naturalmente. ¿Conoce usted algún acontecimiento que no sea acompañado de una buena campaña publicitaria? Si no la tiene, no puede tener mucho valor. Si descuida eso, será una absoluta falta de respeto.

—Es verdad.

—Bueno, para conseguir eso no debe permitir que los periodistas disipen su efecto inventando todos los días relatos prematuros. No haga públicos los dibujos del templo. Consérvelos en secreto. Dígale a Roark que usted quiere que se conserven en secreto. No se opondrá. El contratista debe levantar una sólida cerca alrededor del terreno mientras se esté edificando. Nadie debe saber cómo es hasta que usted vuelva y, en persona, presida la inauguración. Después..., ¡fotografías en todos los condenados diarios del país!

—¡Ellsworth!

—Le ruego que me perdone.

—La idea está bien. Así es como se obtuvo éxito con La leyenda de la Virgen, hace diez años, con noventa y siete personas.

—Sí, pero mientras tanto es necesario mantener el interés público. Consígase un buen agente de publicidad y dígale cómo quiere que se lleve el asunto. Yo le daré el nombre de uno excelente. Trate de que aparezca algo en los diarios, cada una o dos semanas, acerca del misterioso templo de Stoddard. Mantenga al público en suspenso, que esté siempre esperando. Cuando llegue el momento, estarán ya preparados.

—Está bien.

—Pero, sobre todo, que Roark no sepa que yo se lo recomendé. Que no se le escape una sola palabra con nadie, de que yo tengo algo que ver en esto. Con nadie. Júrelo.

—Pero ¿por qué?

—Porque tengo muchos amigos que son arquitectos y éste es un trabajo tan importante, que voy a herir muchos sentimientos y no lo quiero.

—Sí, es verdad.

—Júrelo.

—¡Oh, Ellsworth...!

—Júrelo, por la salvación de su alma.

—Lo juro. Por... eso.

—Está bien. Como usted no ha tratado nunca con arquitectos, y él es uno fuera de lo común, no debe cometer torpezas. De manera que dígale exactamente lo que yo voy a decirle. En primer término se negará a hacerlo diciéndole que no cree en Dios...

Al día siguiente, Toohey fue a la oficina de Dominique. Se acercó a la mesa y le dijo seriamente:

—¿Se acuerda de Hopton Stoddard y del templo a todas las creencias del cual habla desde hace seis años?

—Vagamente.

—Lo va a edificar y le da el trabajo a Roark.

—No puede ser.

—Sin embargo, es así.

—Caramba, es demasiado increíble... ¡No puede ser...! ¡Hopton!

—Hopton.

—Está bien. Voy a ver si lo puedo trabajar.

—No, déjelo. Yo le dije que se lo diese a Roark.

Estaba tranquilamente sentada, en la misma actitud que antes de oír aquellas palabras, pero la sonrisa se había ido de su rostro.

—Quería que usted supiese que he hecho esto para que después no se produzca ninguna contradicción en la táctica. Nadie más lo sabe ni tiene que saberlo. Confío en que usted lo tendrá presente.

—¿Qué se propone? —le preguntó moviendo apenas sus labios apretados.

—Voy a hacerlo famoso —repuso Toohey.

Roark se sentó en la oficina de Hopton Stoddard y escuchó estupefacto. Hopton Stoddard hablaba lentamente; sus palabras eran graves, serias e impotentes, debido a que se había aprendido su discurso de memoria. Sus ojos de niño miraban a Roark suplicando buena voluntad. Siquiera por una vez, Roark se olvidó de la arquitectura y antepuso el elemento humano. Quería levantarse y salir de la oficina; no podía soportar al hombre, pero las palabras que oía lo retenían. Las palabras no armonizaban con la cara y con la voz del hombre.

—Ya ve usted, señor Roark. Aunque va a ser un edificio de carácter religioso, debe ser también algo más que eso. Usted sabe que lo llamaremos el templo al Espíritu Humano. Queremos captar en la piedra lo que otros captan en la música, no un credo estrecho, sino la esencia de toda la religión... ¿Y cuál es la esencia de la religión? La gran aspiración del espíritu humano hacia lo más alto, lo más noble, lo mejor. Al espíritu humano como creador y conquistador del ideal. La gran fuerza propulsora de la vida del universo. El heroico espíritu humano. Ésa es su misión, señor Roark.

Roark se restregó los ojos con el dorso de la mano, desesperadamente. No era posible. Simplemente, no era posible. No podía ser eso lo que el hombre quería, y menos aquel hombre. Resultaba terrible escuchar lo que estaba diciendo.

—Señor Stoddard, temo que usted se haya equivocado —dijo con voz lenta y cansada—. No creo que yo sea el hombre que usted quiere. No creo que estaría bien que yo lo realizase.

Se quedó asombrado al ver la expresión de alegría y de triunfo de Hopton Stoddard. Hopton Stoddard resplandecía de satisfacción al apreciar la clarividente sabiduría de Toohey. Continuó con renovada confianza y dijo firmemente, empleando por primera vez el tono de un anciano sabio y amablemente protector:

—Usted es un hombre profundamente religioso, señor Roark, a su manera. Basta con ver sus edificios.

Stoddard se preguntaba por qué Roark lo miraba tan fijamente.

—Es verdad —dijo Roark, casi con un susurro. Que tuviese que aprender de aquel hombre algo acerca de sí mismo, acerca de sus edificios, de aquel hombre que lo había visto y conocido sin que él lo supiese; que aquel hombre le hablase con este aire de tolerante confianza que implicaba una comprensión completa, todo esto eliminó las dudas de Roark, quien se dijo a sí mismo que realmente no comprendía a la gente y que una impresión podía resultar engañosa.

XI

El edificio «Cosmo-Slotnick» fue inaugurado en el mes de diciembre con una imponente ceremonia. Había celebridades, herraduras de flores, cámaras cinematográficas, proyectores giratorios y tres horas de discursos, todos iguales.

«Tendría que sentirme feliz —se dijo Peter Keating y no lo soy». Observaba desde una ventana extensión de rostros que llenaban Broadway de una acera a la otra. Trató de entusiasmarse, pero no sentía nada. Debía reconocer que estaba aburrido, pero sonreía, estrechaba las manos y se dejaba fotografiar. El edificio «Cosmo-Slotnick» se erguía en la calle pesadamente, como una inmensa y blanca vulgaridad.

Después de la ceremonia, Ellsworth Toohey lo llevó al retiro de un compartimiento color de orquídea pálida, en un restaurante tranquilo y caro. Muchas fiestas brillantes se hicieron en honor de la apertura, pero Keating aceptó el ofrecimiento de Toohey, declinando las otras invitaciones. Toohey lo observaba cuando tomaba su vaso y se hundía en el asiento.

—¿No es grande esto? —dijo Toohey—. Esto, Peter, es la culminación de lo que usted puede esperar de la vida.

Levantó delicadamente su copa y brindó por nuevos triunfos como aquél.

—Gracias —dijo Keating acercando a sus labios la copa, apresuradamente, sin mirar.

—¿No se siente orgulloso, Peter?

—Sí, sí; desde luego.

—Es una lástima que no esté casado, Peter. Una esposa hubiera sido de lo más decorativo esta noche. Resulta bien en el público y también con los artistas de cine.

—Katie no sale bien en las fotos.

—¡Ah, es verdad que usted está prometido con Katie! ¡Qué estúpido soy! Lo había olvidado. Tampoco, por mi vida, puedo imaginar que Katie sea muy efectiva en una reunión social. Hay muchos adjetivos hermosos que uno puede emplear para referirse a Katie, pero «equilibrada» y «distinguida» no están entre ellos. Debe perdonarme, Peter. He dado rienda suelta a mi imaginación. Tratando tanto con el arte, como me ocurre a mí, soy propenso a ver las cosas puramente, desde el punto de vista de la aptitud artística. Y viéndolo a usted esta noche, no puedo dejar de pensar en la mujer que habría constituido un cuadro perfecto a su lado.

—¿Quién?

—No se preocupe por lo que digo. Se trata tan sólo de imaginación estética. La vida no es nunca tan perfecta. La gente lo envidia demasiado para que usted agregue «esto» a las demás obras.

—¿Quién?

—Olvidelo, Peter. Usted no la puede conseguir. Nadie la puede conseguir. Usted es capaz, pero no lo bastante como para eso.

—¿Quién?

—Dominique Françon, desde luego.

Keating se sobresaltó y Toohey vio en sus ojos fastidio, rebelión y verdadera hostilidad. Toohey sostuvo su mirada con toda tranquilidad. Fue Keating el que cedió, se arrellanó en el sillón y dijo, suplicante:

—Por Dios, Ellsworth, yo no la quiero.

—Nunca pensé que usted pudiera amarla, pero no olvido la importancia exagerada que da el hombre común al amor..., al amor sexual.

—Yo no soy un nombre común —dijo Keating, fastidiado.

Era una protesta automática, sin ardor.

—Levántese, Peter. No parece un héroe, hundido de esa manera en el sillón.

Keating se incorporó malhumorado.

—Siempre me di cuenta de que usted quería que me casase con Dominique. ¿Por qué? ¿Qué interés tiene?

—Usted se contesta sus propias preguntas. ¿Qué podría interesarme a mí? Pero hablemos de amor. El amor sexual, Peter, es una emoción egoísta, y las emociones egoístas no son las que conducen a la felicidad. ¿No es así? Tome, por ejemplo, esta noche. Ha sido una noche como para hinchar a un corazón egoísta. ¿Ha sido dichoso? No se moleste, querido; la respuesta no es necesaria. La cuestión que quiero señalar es, solamente, que uno debe desconfiar de sus impulsos más personales. ¡Lo que uno desea es, en realidad, de tan poca importancia! Uno no puede encontrar felicidad hasta que no se da cuenta de esto. Piense por un momento en esta noche. Usted, mi querido Peter, era la persona más importante que había allí. Como debía ser. No es el hacedor el que cuenta, sino aquéllos para quienes se hacen las cosas. Pero nosotros no podíamos aceptar eso... y así usted no sintió el gran júbilo que debió ser suyo.

—Es verdad —susurró Keating—. A ningún otro se lo habría confesado.

—Usted malogró el orgullo magnífico del altruista absoluto. Solamente cuando aprenda a negar su yo, en forma total, cuando aprenda a divertirse con sentimentalismos fútiles tales como sus impulsos sexuales, entonces podrá realizar la grandeza que le espera.

Ellsworth..., ¿cree eso de mí? ¿Lo cree realmente?

—De lo contrario, no estaría sentado aquí. Pero volvamos al amor. El amor a una persona es un gran mal, Peter, como todas las cosas personales. Y siempre conduce a la miseria. ¿No se da cuenta por qué? El amor personal es un acto de discriminación, de preferencia. Es un acto de injusticia hacia cada ser humano que está en la tierra y a quien usted le roba el afecto para concedérselo arbitrariamente a otro. Usted debe amar a todos los seres por igual, pero no puede realizar una acción tan noble si no mata su egoísmo por las cosas pequeñas. Son viciosas y fútiles..., puesto que contradicen la primera ley cósmica, la igualdad fundamental de todos los hombres.

—¿Quiere decir —arguyó Keating súbitamente interesado— que... desde un punto de vista filosófico, profundo, vale decir, todos los hombres somos iguales? ¿Todos?

—Naturalmente —replicó Toohey.

Keating se asombró de que el pensamiento le fuera tan ardientemente agradable. No pensaba que eso lo hacía igual al pobre carterista que se hallaba entre la multitud reunida aquella noche para celebrar la inauguración del edificio; se le ocurrió vagamente, y lo dejó despreocupado, aunque contradecía la apasionada búsqueda de la superioridad que lo había empujado toda la vida. La contradicción no tenía importancia, no pensaba en eso, aquella noche; tampoco pensaba en la multitud, pensaba en una persona que no había asistido.

—Usted sabe, Ellsworth —dijo inclinándose hacia delante, feliz en su incomodidad—, que yo...,

yo prefería conversar con usted a cualquier otra cosa. Tenía muchos lugares donde ir esta noche..., pero soy mucho más dichoso estando con usted aquí. Algunas veces me pregunto qué hubiera sido de mí sin usted.

—Así es como debe ser, y si no ¿para qué sirven los amigos?

El baile anual de los Artistas constituyó aquel invierno un acontecimiento de mayor brillo y originalidad que de costumbre. Athelstan Beasely, el principal animador, tuvo lo que se podría llamar un chispazo de genio: invitó a los arquitectos a que fueran disfrazados de sus mejores edificios.

Peter Keating fue el astro de la noche. Estaba maravilloso de edificio «Cosmo-Slotnick».

Una réplica exacta, en cartón piedra, de la famosa construcción lo cubría de la cabeza a los pies; no se podía ver su cara, pero sus brillantes ojos espiaban detrás de las ventanas del piso más alto y la pirámide que coronaba el techo se levantaba sobre su cabeza; la columnata le quedaba a la altura del diafragma y él sacaba un dedo por el pórtico de la gran puerta de entrada. Sus piernas se movían libremente, con su acostumbrada elegancia, cubiertas con perfectos pantalones y zapatos de charol.

Guy Françon causaba impresión como edificio del «Banco Nacional Frink», aunque la construcción parecía un poco más agachada que en el original, para permitir el vientre de Françon; la antorcha de Adriano sobre su cabeza tenía una bombilla de luz eléctrica verdadera que se encendía por medio de una batería en miniatura. Ralston Holcombe estaba magnífico como Capitolio, y Gordon L. Prescott resultaba muy masculino vestido de elevador de granos. Eugene Pettingill andaba con sus viejas piernas arrugadas, pequeño y encorvado, disfrazado de «Hotel Park Avenue»; a través de sus gafas de carey espiaba bajo la torre majestuosa. Dos chistosos se trabaron en duelo, golpeándose los respectivos vientres con conocidas torres, que representaban los grandes hitos de la ciudad que dan la bienvenida a los barcos que se acercan por el océano. Todo el mundo se divirtió.

Muchos de los arquitectos, Athelstan en particular, comentaban con resentimiento el hecho de que Howard Roark hubiera sido invitado y no hubiese asistido. Esperaban que fuera vestido de «Casa Enright».

Dominique se detuvo en el vestíbulo y se quedó mirando la inscripción de la puerta: «Howard Roark, arquitecto».

No conocía su estudio. Se había esforzado durante mucho tiempo para no ir allí, pero quería ver el lugar donde trabajaba.

En la antesala, la secretaria se asustó cuando Dominique dio su nombre, pero la anunció.

—Pase, señorita Françon —le dijo.

Roark sonrió cuando la vio entrar, con una débil sonrisa sin sorpresa.

—Sabía que vendrías algún día. ¿Quieres que te muestre la oficina?

Ella le preguntó:

—¿Qué es eso?

Tenía las manos sucias de arcilla. Sobre una larga mesa, entre un montón de bosquejos sin terminar, estaba el modelo en arcilla de un edificio. Era un estudio rústico de ángulos y terrazas.

—¿El «Aquitania»? —preguntó. Él asintió con la cabeza.

—¿Siempre haces eso?

—No, no siempre. Algunas veces. Aquí hay un problema difícil. Me gusta entretenerme con eso

durante un rato. Probablemente será mi edificio favorito. ¡Es tan difícil!

—Continúa con tu trabajo. Quiero verte trabajar. ¿Tienes inconveniente?

—De ningún modo.

En seguida olvidó su presencia. Ella se sentó en un rincón, observando sus manos. Vio cómo modelaban las paredes. Vio cómo destruían una parte de la construcción para empezarla de nuevo, lenta, pacientemente, con seguridad extraña, aun en su vacilación. Vio cómo la palma de la mano suavizaba un plano largo y estrecho, vio aparecer un ángulo en el movimiento de su mano antes de verlo en la arcilla.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Los edificios de la ciudad, allá abajo, no parecían más grandes que el modelo de la mesa. Tenía la impresión de que podía ver las manos de Roark dando forma a los ángulos malogrados, a los techos de todos los edificios que se extendían allá abajo, haciéndolos pedazos y rehaciéndolos nuevamente.

En los primeros días de enero, mientras las primeras columnas de acero se elevaban desde las excavaciones que debían ser el edificio «Cord» y el «Hotel Aquitania», Roark trabajaba en los proyectos del Templo.

Cuando los primeros bosquejos estuvieron terminados, le dijo a su secretaria:

—Búsqueme a Steven Mallory.

—¿Mallory, señor Roark? ¿Quién...? ¡Ah, sí, el escultor que disparó el tiro!

—¿El qué?

—El que le disparó un tiro a Ellsworth Toohey, ¿no?

—¿Disparó contra él? ¡Ah, es cierto!

—¿Es ése el que usted quiere, señor Roark?

—El mismo.

Durante dos días la secretaria telefoneó a comerciantes de artículos de arte, a galerías, a arquitectos, a los diarios. Nadie le podía decir qué había sido de Steven Mallory ni dónde se le podía encontrar. Al tercer día le informó a Roark:

—He encontrado una dirección; es en Village. Me han dicho que acaso viva allí, pero no tiene teléfono.

Roark le dictó una carta en la que le pedía a Mallory que le telefonease a su oficina. La carta no fue devuelta, pero pasó una semana sin contestación. Después Steven Mallory telefoneó.

—¡Hola! —dijo Roark cuando la secretaria le pasó la comunicación.

—Habla Steven Mallory —dijo una voz joven, dura. Hablaba dejando un silencio impaciente, belicoso después de las palabras.

—Me gustaría verle, señor Mallory. ¿Podemos concertar una entrevista en mi oficina?

—¿Para qué quiere verme?

—Por un trabajo, se entiende. Quiero que usted haga un trabajo para un edificio que construyo.

Hubo un largo silencio.

—Está bien —dijo Mallory, con voz que parecía terminar. Y agregó—: ¿Qué edificio?

—El templo de Stoddard, usted habrá oído...

—Sí, he oído que usted lo hace. ¿Quién no lo ha oído? ¿Me pagará tanto como le paga a su agente de publicidad?

—No pago a ningún agente de publicidad, pero le pagaré a usted lo que pida.

Usted sabe que no puede ser mucho. ¿Cuándo le sería cómodo venir aquí?

—Dígalo usted. Ya sabe que yo no trabajo.

—Mañana a las dos de la tarde.

Está bien. —Y agregó—: Me gusta su voz.

Roark se rió.

—Me gusta la suya. Corte, y esté aquí mañana a las dos.

—De acuerdo. —Mallory colgó.

Roark dejó caer el receptor con una risa burlona, pero la mueca desapareció pronto y se quedó mirando al teléfono con rostro grave.

Mallory no acudió a la cita. Pasaron tres días sin una palabra de parte de él. Después Roark en persona fue a buscarle.

La casa donde vivía Mallory era un edificio arruinado, de color negruzco, que estaba en una oscura calle que olía a pescado. En la planta baja, a cada lado de la angosta entrada, había un lavadero y un taller de zapatería.

Una mujer desaliñada le dijo:

—¿Mallory? En el quinto piso, atrás.

Roark subió la escalera de madera, hundida, iluminada por lamparillas colocadas entre una maraña de caños. Golpeó en una puerta mugrienta.

La puerta se abrió. Un joven flaco apareció en el umbral. Tenía el cabello desgreñado, la boca vigorosa, con el labio inferior chato y los ojos más expresivos que Roark jamás había visto.

—¿Qué desea? —dijo en voz alta.

—¿El señor Mallory?

—Sí.

—Soy Howard Roark.

Mallory se rió, apoyándose en el marco de la puerta, con un brazo extendido, sin intención de apartarse. Estaba evidentemente borracho.

—¡Caramba, caramba! En persona.

—¿Puedo entrar?

—¿Para qué?

Roark se sentó en la escalera.

—¿Por qué no fue a la cita?

—¿La cita? ¡Ah, sí! Caramba, le diré. —Mallory habló gravemente—. Fue así: Pensaba ir, en realidad; lo pensé, en realidad, y salí para su oficina, pero en el camino encontré un cine donde, hacían Dos cabezas en una almohada y entré. Yo quería ver Dos cabezas en una almohada. —Hizo una mueca, combándose hacia su brazo extendido.

—Mejor sería que me hiciera pasar.

—¿Qué diablos! Entre.

La habitación era un angosto agujero. Había una cama desarreglada en un rincón, un montón de diarios y de ropa vieja, una cocina de gas, un cuadro con un paisaje, de los que se venden a cinco y diez centavos, que representaba un prado medio seco, con ovejas. No había dibujos ni esculturas, ni

indicio alguno de la profesión del ocupante.

Roark retiró algunos libros y una cacerola de la única silla que había, y se sentó. Mallory quedó de pie delante de él, sonriéndole y balanceándose.

Lo está haciendo mal —dijo Mallory—. No es ésa la manera de proceder. Tiene que tener una gran necesidad para andar corriendo detrás de un escultor. La manera de proceder es la siguiente: me hace ir a su oficina, y la primera vez que voy usted no está. La segunda vez me hace esperar una hora y media, después aparece en la antesala, me da la mano y me pregunta si conozco a los Wilson de Podunk y agrega que es agradable que tengamos amigos comunes, pero ese día usted tiene mucha prisa y me telefoneará para que comamos juntos y hablemos del asunto. Después deja estos dos meses, y al fin me da el trabajo. Entonces me dice que no soy capaz y que no hay ninguno bueno, y arroja el proyecto a la papelera. Luego contrata a Valerian Bronson, y él le hace la obra. Ésa es la manera de proceder. Ésta es la única vez que no lo ha sido.

Sus ojos estudiaban a Roark con atención y tuvieron la certeza de que se trataba de un verdadero profesional. A medida que hablaba su voz iba perdiendo la fanfarrona alegría, terminando en una insipidez agónica en las frases finales.

—No, esta vez no será así —dijo Roark. El muchacho se quedó mirándole en silencio.

—¿Usted es Howard Roark? —preguntó—. Me gustan sus edificios. Ésa es la causa por la cual no quise conocerle. Así no me pondría malo cada vez que los contemplo. Quería creer que habían sido hechos por alguien que armonizara con ellos.

—¿Y yo no armonizo?

—No.

Pero se sentó al borde de la cama desordenada. Su mirada era como una escala sensitiva que consideraba los rasgos de Roark, impertinente en su franco trabajo de valoración.

—Escuche —dijo Roark, hablando con claridad y cuidado—. Quiero que usted haga una estatua para el templo de Stoddard. Déme un pedazo de papel y ahora mismo haré un contrato que establezca que le deberé pagar un millón de dólares por daños y perjuicios si contrato a otro escultor o si su trabajo no es aceptado.

—Puede hablar con sensatez, que no estoy borracho. Le entiendo muy bien.

—¿Y bien?

—¿Por qué me eligió a mí?

—Porque es un buen escultor.

—Eso no es verdad.

—¿Que usted es bueno?

—No, que ésta sea la razón. ¿Quién le aconsejó que me eligiera?

—Nadie.

—¿Alguna mujer?

—No.

—¿Está limitado por el presupuesto?

—No, el presupuesto es ilimitado.

—¿Siente lástima por mí?

—No, ¿por qué habría de sentirla?

—¿Quiere obtener publicidad con el asunto del disparo a Toohey?

—¡Dios mío, no!

—Entonces, ¿qué?

—¿Por qué dice tantas tonterías en lugar de buscar razones más simples?

—¿Cuáles?

—Que a mí me gusta su trabajo.

—Seguramente. Eso es lo que dicen todos. Eso es todo lo que esperamos decir y creer. Imagínese lo que ocurriría si alguien creyera eso. Conque ¿a usted le gusta mi trabajo? ¿Cuál es la razón verdadera?

—Me gusta su trabajo.

—Quiere decir que ha visto las cosas que he hecho y le gustan... a usted..., a usted solo..., sin que nadie le haya dicho que deberían gustarle o por qué le deberían gustar... y decidió que me necesitaba, por esa razón, solamente por esa razón, y sin conocer nada de mí, ni importarle un comino, solamente porque las cosas que yo he hecho y... y que usted vio en ellas..., solamente por eso se decidió a requerir mis servicios y se molestó en buscarme y venir aquí y ser insultado, sólo porque «vio», y lo que vio, me dio importancia a sus ojos e hizo que me buscase. ¿Eso es lo que quiere decir?

—Eso exactamente.

Cuando Mallory abría mucho los ojos, causaba pavor. Después meneó la cabeza y dijo sencillamente, como hablándose a sí mismo:

—No.

Se inclinó hacia delante. Su voz parecía desfalleciente y suplicante.

—Escúcheme, señor Roark. No quiero disgustarle. Yo quiero saber. Está bien, ya veo que quiere que trabaje con usted, y sabe que puede conseguir mi trabajo por cualquier cosa, sin necesidad de firmar un contrato por un millón de dólares: mire esto. Sabe que me tiene agarrado; de manera que, ¿por qué no quiere decirme la verdad? Para usted no habría ningún inconveniente y para mí sería muy importante.

—¿Qué es muy importante para usted?

—No a... no a... ¡Mire, no creí que nadie me necesitara ya! Pero usted me requiere. Se lo repito otra vez. Sólo que no quiero pensar que trabajo para alguien que... que aprecia mi trabajo. Eso no podría soportarlo. Preferiría que dijese la verdad. Me sentiría más tranquilo. ¿Por qué tiene que fingir conmigo? Yo no soy nada. No disminuiré la opinión que tengo de usted, si eso es lo que teme. ¿No ve? Es mucho más honrado decirme la verdad. Entonces será simple y honrado. Lo respetaré más. De verdad que lo respetaré más.

—¿Qué le pasa, muchacho? ¿Qué le han hecho? ¿Por qué dice semejantes cosas?

—Porque... —Mallory rugió de súbito y su voz se quebró, e inclinando la cabeza, terminó con un murmullo—: porque he pasado dos años —su mano indicaba la habitación—; así es como los he pasado, tratando de acostumbrarme al hecho de que no existe lo que ahora usted me está diciendo.

—Usted es tonto de remate. No tiene que preocuparse por lo que yo piense, por lo que sea o por qué estoy aquí. Usted es demasiado capaz para hacerlo. Pero, si quiere saberlo, le diré que es el mejor escultor que tenemos. Lo creo así, porque sus esculturas no son lo que son los hombres, sino lo

que podrían y deberían ser. Porque usted ha ido más allá de lo probable y nos ha hecho ver lo que es posible. Porque sus esculturas están más desprovistas de desprecio por la Humanidad que cualquier otra obra que yo haya visto. Porque usted tiene un magnífico respeto por el ser humano. Porque sus esculturas representan lo heroico que hay en el hombre. De manera que no he venido a hacerle un favor. Vine por una razón muy sencilla y egoísta, la misma razón que hace que un hombre elija el mejor alimento que pueda encontrar. Es una ley de supervivencia, ¿no? Buscar lo mejor. No he venido por su bien, sino por el mío.

Mallory se separó de él y se arrojó boca abajo en la cama, con los puños apoyados en las sienes. Los leves temblores de los hombros demostraban que estaba sollozando. La camisa y los puños, que se retorcían lentamente, se sepultaban en la almohada. Roark se dio cuenta de que contemplaba a un hombre que nunca había llorado. Se sentó a su lado, en la cama, y no pudo separar sus ojos de las muñecas que se retorcían, aunque era difícil soportar el espectáculo.

Después de un momento, Mallory se levantó. Contempló a Roark y vio el rostro más sereno y más amable, un rostro sin ningún rasgo de piedad. No tenía el aspecto de un hombre que observaba la agonía de otro con un placer secreto, orgulloso de ver un mendigo que implora su compasión; no tenía el aspecto del alma hambrienta que se alimenta de la humillación de los otros.

La cara de Roark parecía cansada, las sienes hundidas como si hubiese afrontado una lucha, pero sus ojos estaban serenos y miraban a Mallory tranquilamente con una mirada severa, de limpia comprensión y de respeto.

—Descanse ahora —dijo Roark—. Descanse un rato.

—¿Cómo lo dejaron sobrevivir a usted?

—Échese y descanse. Después conversaremos. Mallory se levantó. Roark lo asió por los hombros y lo obligó a arrojarlo en la cama. Le levantó las piernas para acomodarlo y le colocó la cabeza en la almohada. El muchacho no se resistió.

Al retroceder, Roark rozó con una mesa cargada con diversos objetos. Uno sonó en el suelo. Mallory saltó, tratando de cogerlo el primero, pero Roark se interpuso, con sus brazos, y lo recogió.

Era una pequeña placa de yeso, de esas baratas que se venden en los establecimientos de artículos para regalo. Representaba un nene echado boca abajo, con hoyuelos en las nalgas, atisbando por encima del hombro. La estructura de los músculos mostraba, en pocas líneas, un magnífico talento que no se podía ocultar, que sobresalía valientemente sobre el resto: el resto constituía una intención deliberada de ser vulgar y trillado, un esfuerzo chapucero que no convencía y torturaba. Era un objeto que pertenecía a una cámara de horrores.

Mallory advirtió que a Roark le empezó a temblar la mano. Después la mano de Roark empezó a acariciar su cabeza, como si juntase el aire que había en la curva que formaba con el codo; fue nada más que un relámpago, pero pareció que durase varios minutos. El brazo quedó levantado, firme, inmóvil; después lo lanzó hacia delante y arrojó la placa, que se rompió en pedazos contra la pared. Fue la única vez que alguien había visto muy enojado a Roark.

—Roark.

—¿Qué?

—Roark, hubiera deseado conocerle antes que usted tuviese trabajo que darme. —Habló sin expresión, con la cabeza en la almohada y los ojos cerrados—. De esa manera no habría ningún

motivo mezclado. Porque le estoy muy agradecido. No porque me haya dado un trabajo, ni porque haya venido aquí, ni porque cualquier cosa que pudiera hacer por mí, solamente por lo que es usted.

Estaba inmóvil, derecho y desganado como un hombre que ya hubiese pasado la etapa del sufrimiento. Roark se quedó junto a la ventana, contemplando la habitación deshecha y al muchacho que estaba en el lecho. Se preguntó a sí mismo por qué tenía la impresión de que estaba esperando algo. Estaba esperando que ocurriera una explosión en sus cabezas. Aquello carecía de sentido, como después lo comprendió. De esa manera es como sienten los hombres atrapados en un boquete de granadas; aquella estancia no era una consecuencia de la pobreza, era el rastro de una guerra; era la devastación producida por los explosivos más depravados que alguien hubiera almacenado por los arsenales de la tierra. ¿Una guerra... contra...? El enemigo no tenía nombre ni rostro, pero aquel muchacho era un soldado herido en la batalla y Roark estaba junto a él, sintiendo algo nuevo y extraño, un deseo de levantarlo en sus brazos y ponerle a salvo... Sólo que el invierno y la seguridad no tenían límites conocidos. Se quedó pensando en Kent Lansing; trataba de recordar algo que Kent Lansing le había dicho...

Mallory abrió los ojos y se irguió apoyándose en los codos. Roark aproximó la silla a la cama y se sentó.

Ahora, hable. Dígame todo lo que quiera. No me diga nada de su familia, de su infancia, de sus amigos o de sus sentimientos. Hábleme de las cosas que usted «piensa».

Y se quedó horas escuchando, mientras Mallory hablaba de su obra, de los pensamientos que conformaban su vida. Habló con avidez, como un hombre que ha estado a punto de ahogarse y, arrojado a la costa, se emborracha con inmensas y limpias bocanadas de aire.

Mallory fue a la oficina de Roark a la mañana siguiente y Roark le mostró los bosquejos del templo. Cuando estaba junto a la mesa de dibujar, para considerar un problema, Mallory cambiaba por completo. Ya no había incertidumbre en él ni reminiscencias de su dolor. Su ademán al coger el dibujo era seguro y hábil como el de un soldado que cumple una consigna. Era un ademán que significaba que nada de lo que le hubiesen hecho podría alterar lo que había en su interior y que ahora era llamado a la realización. Tenía una confianza impersonal inexorable, se enfrentaba con Roark como un igual.

Estudió los dibujos durante largo rato; después levantó la cabeza. Todo su rostro estaba tranquilo, menos sus ojos.

—¿Le gusta? —dijo Roark.

—No emplee palabras estúpidas.

Con uno de los dibujos en la mano se encaminó a la ventana; miraba el bosquejo y miraba a la calle, a la cara de Roark y nuevamente el bosquejo.

—No me parece posible —dijo—. Ni esto... ni eso. —Y agitaba el dibujo en dirección a la calle.

Había un billar en una esquina; una casa de pisos con un pórtico corintio; un cartel anunciador de un concierto en Broadway; una cuerda con ropa interior de color gris rosado flotando en un tejado.

—Ni en la ciudad ni en la misma tierra —dijo Mallory—, pero usted ha hecho que exista. Es posible... No volveré a tener miedo.

—¿De qué?

Mallory puso el bosquejo sobre la mesa con cuidado.

—Usted dijo ayer —contestó— algo acerca de la primera ley. Hay una ley que exige que el hombre busque lo mejor... ¡Qué curioso...! El genio desconocido de una vieja historia. ¿Ha pensado alguna vez en una historia peor, la del genio demasiado conocido? No es nada que unos pobres tontos no puedan ver lo mejor, uno no debe enfurecerse por esto, pero ¿comprende a los hombres que lo «ven» y «no lo quieren»?

—No.

—No, usted no podría verlo. Pasé toda la noche pensando en usted. No dormí nada. ¿Sabe cuál es su secreto? Es su enorme inocencia.

Roark al mirar aquel rostro juvenil, se sintió fuerte.

—No —dijo Mallory—, no es curioso. Se lo que estoy diciendo y usted no. Usted no puede saberlo. Es a causa de su perfecta salud. Usted es tan sano que no puede concebir la enfermedad. Usted lo sabe, pero no puede, realmente, creerlo. Yo sí. Yo soy más entendido que usted en algunas cosas, porque soy más débil. Yo comprendo... el otro lado. Esto es lo que hizo que yo... lo que vio usted ayer.

—Eso ya ha pasado.

—Quizá, pero no del todo. Ya no tengo miedo, pero sé que existe el terror. Sé qué clase de terror es, pero usted no puede concebirlo. Escuche, ¿cuál es la experiencia más horrible que usted puede imaginar? Para mí es encontrarme abandonado inerme en una celda cerrada, con algún raro animal de rapiña o con un maniático que ha tenido alguna enfermedad que le haya comido su cerebro. Uno no tendría nada más que la voz, la voz y el pensamiento.

—¿Por qué trató de matar a Ellsworth Toohey? —Miró al muchacho a los ojos y agregó—: No me lo diga si no quiere hablar de eso.

—No me gusta hablar de eso —repuso Mallory, con voz cerrada—. Pero es justa su pregunta.

—Síntese, hablemos de su trabajo.

Mallory escuchó atentamente, mientras Roark habló del edificio y de lo que quería del escultor.

—Habrá una sola escultura allí —y señaló el bosquejo—. Alrededor todo está edificado. La estatua es una mujer desnuda. Si comprende el edificio, comprenderá lo que debe ser la figura. El espíritu humano. Lo heroico del hombre. La aspiración y la realización, ambos. Elevado en esa búsqueda y exultante por su propia esencia. Buscando a Dios y encontrándose a sí mismo. Mostrando que no se puede llegar más allá de su propia forma... Usted es el único que la puede hacer.

—Sí.

Trabjará como trabajo yo para mis clientes. Usted sabe lo que quiero..., el resto es cuestión suya. Hágalo de la manera que le guste. Me gustaría sugerirle el modelo; pero, si no se adapta a su propósito, elija el que prefiere.

—¿A quién ha elegido?

—A Dominique Françon.

—¡Oh, Dios mío!

—¿La conoce?

—La he visto. Si la pudiese tener... ¡Cristo! No hay otra mujer que vaya tan bien... —Entonces se detuvo. Y agregó con voz contraída—: Ella no accederá, con toda seguridad.

—Accederá.

Guy Françon trató de oponerse cuando lo supo.

—Escucha, Dominique, hay un límite —dijo enojado—. Existe realmente un límite, hasta para ti. ¿«Por qué» lo haces? ¡Y nada menos que para un edificio de Roark! Después de lo que has dicho y hecho contra él, ¿te asombras que la gente charle? Nadie se hubiera preocupado ni lo notaría, si fuese para otro. Pero ¡tú... y Roark! No puedo ir a ninguna parte sin que alguien me lo pregunte. ¿Qué tengo que hacer?

—Manda hacer una reproducción de la estatua para ti mismo, papá. Será magnífica.

Peter Keating no quiso discutirlo, pero encontró a Dominique en una fiesta y le preguntó, a pesar de que pensaba no preguntarle:

—¿Es cierto que usted está posando para una estatua del templo que hace Roark?

—Sí.

—No me gusta, Dominique.

—¿No?

—¡Oh, lo siento! Sé que no tengo ningún derecho... Solamente... solamente que puede ser amiga de cualquier persona, pero no quiero que sea amiga de Roark. Con Roark no, con cualquiera menos con él.

—¿Por qué?

—No sé. —La mirada de ella, estudiándolo con curiosidad, le preocupó—. Quizá —musitó—, quizá sea porque nunca me ha parecido justo que usted tenga tal desprecio por su trabajo. Me hizo muy feliz que usted hubiese..., pero nunca me pareció justo en usted.

—¿No, Peter?

—No. Pero a usted no le gusta el como persona, ¿no?

—No, no me gusta como persona.

Ellsworth Toohey se disgustó.

—Ha sido lo más imprudente que ha hecho, Dominique —dijo en la reserva de su oficina. Su voz no era suave.

—Lo sé.

—¿No puede cambiar de opinión y rehusar?

—No quiero cambiar de opinión, Ellsworth.

Toohey se sentó y se encogió de hombros; después de un momento se sonrió.

—Está bien, querida, haga lo que quiera.

Hizo correr el lápiz sobre unos ejemplares de diarios y no contestó nada.

Toohey encendió un cigarrillo.

—¿De manera que eligió a Steven Mallory para la estatua?

—Sí. Curiosa coincidencia, ¿verdad?

—No es una coincidencia, de ningún modo. Cosas así nunca son coincidencias. Hay una ley básica detrás de todo esto. Aunque estoy seguro de que él no la conoce y de que nadie le ayudará a descubrirla.

—Creí que usted lo iba a aprobar.

—De todo corazón. Todo va muy bien. Mejor que nunca.

—Ellsworth, ¿por qué trató de matarlo Mallory?

—No tengo la más mínima idea. No sé. Creo que el señor Roark lo sabe o lo sabrá. A propósito, ¿quién la eligió para servir de modelo para la estatua? ¿Roark o Mallory?

—Ésos no son asuntos suyos, Ellsworth.

—Ya veo: Roark.

—A propósito, le dije a Roark que fue usted quien le aconsejó a Hopton Stoddard que le encargase el proyecto.

Quedó con el cigarrillo, indeciso, lo sacudió y se lo llevó a la boca.

—¿Se lo dijo? ¿Por qué?

—Vi los planos del templo.

—¿Son buenos?

—Más que buenos, Ellsworth.

—¿Qué le dijo cuando se lo contó?

—Nada. Se rió.

¿Se rió? ¡Qué simpático! Me atrevo a decir que mucha gente se unirá a él cuando pase algún tiempo.

Durante los meses de aquel invierno rara vez durmió Roark más de tres horas por noche. Una nerviosidad cortante acompañaba todos sus movimientos, y su cuerpo parecía transmitir energía a todo lo que le rodeaba. La energía corría por las paredes de la oficina dirigiéndose a tres puntos de la ciudad: al «Edificio Cord», en el centro de Manhattan, una torre de acero y de vidrio; al «Hotel Aquitania», al sur del Central Park, y al templo sobre una roca en el Hudson, hacia el norte de Riverside Drive.

Cuando tenían tiempo de verse, Austen Heller lo esperaba, feliz y contento.

—Cuando los tres estén terminados, Howard —le dijo—, ya nadie lo podrá detener. Nunca más. Calculo a veces hasta dónde puede llegar usted. Ya sabe que siempre he tenido debilidad por la astronomía.

Una noche de marzo Roark estaba dentro del alto cerco que había sido erigido alrededor del templo, de acuerdo con las instrucciones de Stoddard. Los primeros bloques de piedra, la base de las futuras paredes, se levantaban ya sobre el suelo. Era tarde y los obreros ya habían salido. El lugar estaba desierto, separado del mundo, disuelto en la oscuridad; pero el cielo brillaba demasiado luminoso para la oscuridad que había debajo, como si la luz se hubiese detenido, pasada la hora normal, anunciando la primavera que llegaba. La sirena de un barco sonó junto al río y el sonido parecía proceder de un campo lejano, situado a muchas millas de silencio. Una luz ardía todavía en la barraca de madera construida para servir de estudio a Steven Mallory, donde posaba Dominique. El templo iba a ser un pequeño edificio de piedra caliza gris. Sus líneas eran horizontales, no se dirigían al cielo, seguían las líneas de la tierra. Se extendía sobre el suelo como brazos abiertos a la altura de los hombros, las palmas hacia abajo, en una grande y silenciosa aceptación. No se adhería al suelo y no se agachaba bajo el cielo. Parecía que levantara a la tierra y que sus flechas verticales atrajesen el cielo hacia abajo. Era proporcionado a la altura humana, de tal manera que no empequeñecería al hombre, más bien se erguía como un escenario que hacía de la figura humana la única absoluta, la regla de perfección según la cual todas las dimensiones debían ser juzgadas.

Cuando un hombre entrara en el templo, sentiría que el espacio moldeado en torno suyo era para él, como si hubiese esperado su entrada para completarse. Era un lugar alegre, con la alegría de la exaltación, que debe ser serena. Era un lugar donde uno iría a sentirse puro y fuerte, a buscar la paz del espíritu que no es concedida nunca más que por la propia gloria.

No había ornamentación interna, excepto las amplias ventanas. El lugar no estaba cerrado bajo bóvedas, sino totalmente abierto a la tierra que lo circundaba, a los árboles, al río, al sol y a los rascacielos de la ciudad, formas de las proezas del hombre sobre la tierra. Al final del recinto, frente a la entrada, con unidad como fondo, se erguía la estatua de un cuerpo humano desnudo.

Delante no había nada en la oscuridad, salvo las primeras piedras, pero Roark pensaba en el edificio cuando estuviese terminado, sintiéndolo en la juntura de los dedos, recordando todavía el movimiento del lápiz que lo había dibujado. Se quedó pensando en esto. Después caminó por la tierra removida hacia el estudio.

—Un momento —dijo la voz de Mallory cuando él llamó.

Entretanto, en el interior, Dominique descendió de la tarima y se cubrió el cuerpo con un manto. Después Mallory abrió la puerta.

—¡Ah!, ¿es usted? —dijo—. Creíamos que era el sereno. ¿Qué hace por aquí tan tarde?

—Buenas noches, señorita Françon —dijo Roark, y ella inclinó la cabeza lacónicamente.

—Lamento interrumpirle, Steven.

—¿Está bien? No hemos progresado mucho. Dominique no puede comprender lo que yo quiero esta noche. Siéntese, Howard. ¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Si se van a quedar más tiempo les mandaré comida.

—No sé, ¿tiene un cigarrillo?

—La habitación tenía piso de madera sin pintar, cabrios de madera desnuda, una estufa de hierro fundido brillando en un rincón. Mallory se movía como un mesonero feudal con raspaduras de arcilla en la frente. Fumaba nerviosamente, andando de aquí para allá.

—¿Quiere vestirse, Dominique? No creo que hagamos mucho más esta noche. —Ella no contestó. Se quedó mirando a Roark. Mallory llegó al extremo de la habitación, y sonrió a Roark—. ¿Por qué no vino antes? Claro que si yo hubiese estado muy ocupado lo hubiera echado. Pero, a propósito, ¿qué hace usted a esta hora?

—Se me ocurrió ver el sitio esta noche. No pude venir más temprano.

—¿Es esto lo que usted quiere, Steven? —preguntó de pronto Dominique. Se quitó el manto y se dirigió desnuda a la tarima. Mallory dirigió su mirada de ella a Roark y de Roark a ella. Entonces Steven vio aquello por lo cual había estado luchando todo el día. Vio su cuerpo, erecto y tenso, la cabeza hacia atrás, los brazos a los lados, las palmas de las manos hacia arriba conforme había estado muchos días, pero ahora su cuerpo estaba vivo, tan inmóvil que parecía estremecerse, expresando lo que él quería: una entrega orgullosa, reverente, arrobada; una revelación de ella misma, en el momento preciso, en el instante en que aparece para desaparecer en seguida, en el instante tocado por el reflejo de lo que ella había visto.

El cigarrillo voló por la habitación.

—¡Siga así, Dominique! ¡Siga así!

Estuvo junto a la tarima antes que el cigarrillo llegase al suelo. Se puso a trabajar y Dominique

se quedó inmóvil. Roark la miraba apoyado en la pared.

En abril, las paredes del templo se elevaban en líneas quebradas sobre el suelo. En las noches iluminadas por la luna, tenían un suave brillo sucio, de corriente subterránea. La alta cerca le servía de protección.

Después del trabajo del día, cuatro personas, a menudo, se quedaban allí: Roark, Mallory, Dominique y Mike Donnigan. Mike no había dejado de trabajar en ninguno de los edificios de Roark.

Los cuatro se sentaban en la barraca de Mallory, después que los otros se habían ido. Un paño húmedo recubría la estatua inconclusa. La puerta estaba abierta a las tibiezas de la noche de primavera. La rama de un árbol colgaba afuera, con tres nuevas hojas bajo el cielo negro; las estrellas temblaban como gotas de agua en la superficie de las hojas. No había sillas, Mallory estaba cerca de la estufa, preparando chorizos y café. Mike se sentaba en la tarima de la modelo, fumando en su pipa. Roark se echaba en el suelo, apoyado en los codos. Dominique se acomodaba en un taburete de cocina, envuelta en un fino manto de seda, con los pies descalzos sobre las tablas del piso. No hablaban del trabajo. Mallory contaba cuentos obscenos, y Dominique se reía como un chico.

No tenían una conversación especial, sólo se pronunciaban frases que tenían algún significado nada más que por el tono de sus voces, por la cordial alegría, por la comodidad de un abandono completo. Eran simplemente cuatro personas que querían estar allí juntas. Las paredes se levantaban en la oscuridad, más allá de la puerta abierta, como dando justificación al descanso, como dándoles justificación para el regocijo. El edificio en el cual todos habían trabajado, el edificio que era como una armonía suave, audible para el sonido de sus voces. Roark reía como Dominique nunca lo había visto reír, con la boca juvenil y desatada.

Se quedaron hasta tarde. Mallory sirvió el café en un surtido mixto de tazas rajadas. El olor del café se mezclaba con el de las hojas que venía de afuera.

En mayo se suspendió el trabajo en el «Hotel Aquitania». Dos de los propietarios se habían arruinado en la Bolsa, un tercero tenía retenidos sus fondos a causa de un pleito sobre una herencia que alguien le disputaba; un cuarto estafó las acciones de otro. La sociedad estalló en un embrollo de casos judiciales que requerían años para ser resueltos. El edificio tenía que esperar, sin terminar.

—Yo pondré las cosas en orden, aunque tenga que asesinar a algunos de ellos —le dijo Kent Lansing—. Lo sacaré de las manos de ellos. Algún día lo terminaremos, usted y yo. Pero será necesario esperar. Probablemente mucho tiempo. No le diré que tenga paciencia. Hombres como usted y yo no sobreviviríamos más allá de los primeros quince años si no adquiriésemos la paciencia de un verdugo chino y el revestimiento de un acorazado.

Ellsworth Toohey se rió sentándose en el borde de la mesa de Dominique.

—La Sinfonía Incompleta —dijo—, gracias a Dios.

Dominique empleó esa expresión en su columna: «La Sinfonía Incompleta al sur de Central Park», escribió. Suprimió el «gracias a Dios». El sobrenombre se repitió. Los extraños veían el aspecto viejo de una costosa construcción en una calle importante, que bostezaba con sus ventanas vacías, con paredes a medio terminar, con vigas desnudas.

Cuando preguntaban de qué se trataba, las personas que nunca habían oído hablar de Roark ni de la historia del edificio se reían como tontas y contestaban: «Es la Sinfonía Incompleta».

A altas horas de la noche Roark solía pararse bajo los árboles del parque y contemplaba la forma negra, muerta, entre las brillantes construcciones de las líneas de los rascacielos de la ciudad. Sus manos no se movían como se habían movido haciendo el modelo de arcilla; a tal distancia una proyección rota podía ser cubierta por la palma de su mano, pero el movimiento instintivo, completo, no encontraba nada más que el aire.

A veces recorría el edificio por dentro. Caminaba sobre tablones suspendidos en el vacío que se movían a su paso, a través de habitaciones sin cielo raso y habitaciones sin piso, por los bordes abiertos donde asomaban las vigas como los huesos entre una piel desgarrada.

Un viejo sereno vivía en una habitación al final de la planta baja. Conocía a Roark y lo dejaba andar dentro de la casa. Una vez lo detuvo al salir y, de súbito, le dijo:

—Una vez casi tuve un hijo. Nació muerto.

Algo lo indujo a hablar así y miró a Roark sin estar completamente seguro de lo que había querido decir, pero Roark se sonrió, puso su mano sobre la espalda del hombre, como si fuese un apretón de manos, y después se fue.

Esto sucedía en las primeras semanas. Después trató de olvidar el «Aquitania».

XII

La inauguración del Templo Stoddard había sido anunciada para el primero de noviembre por la tarde.

El agente de publicidad había hecho un buen trabajo. Las personas hablaban del acontecimiento, de Howard Roark, de la obra maestra arquitectónica que esperaba la ciudad.

En la mañana del 31 de octubre Hopton Stoddard volvió de su viaje alrededor del mundo. Ellsworth Toohey fue a recibirlo a la dársena.

En la mañana del primero de noviembre, Hopton Stoddard dio un breve comunicado, manifestando que el templo no sería inaugurado, sin dar ninguna explicación.

El 2 de noviembre, la sección titulada «Una vocecita» del Banner de Nueva York, apareció subtitulada «Sacrilegio», y decía lo siguiente:

El tiempo ha llegado, dijo el lobo marino,
De hablar de muchas cosas:
De barcos —y zapatos— y de Howard Roark,
Y de repollos y de reyes,
Y de por qué hierva el mar,
Y de si Roark tiene alas.

No es nuestra misión —diremos parafraseando a un filósofo, que no es de nuestro agrado— actuar de matamoscas, pero cuando una mosca tiene manías de grandeza, los mejores de nosotros tenemos que rebajarnos para hacer un pequeño trabajo de exterminio.

Se ha hablado mucho últimamente de cierto Howard Roark. Puesto que la libertad de palabra es nuestra herencia sagrada e incluye la libertad de perder nuestro tiempo, no hay perjuicio en tal conversación fuera de que uno pueda encontrar tantos temas más provechosos que el de discutir acerca de un hombre que no tiene nada en su favor, salvo un edificio que empezó y no pudo terminar. No habría daño en esto si lo ridículo no resultara trágico... y fraudulento.

Howard Roark, como la mayoría sabe, y no desearán oírlo nuevamente es un arquitecto. Hace un año se le confió una obra de extraordinaria responsabilidad. Se le encargó que erigiese un gran monumento en ausencia de su propietario, que creía en él, y que le dio la más completa libertad de acción. Si la terminología de nuestras leyes criminales se pudiese aplicar al reino del arte, diríamos que lo que el señor Roark ha entregado constituye el equivalente a un desfalco espiritual.

El señor Hopton Stoddard, el conocido filántropo, había intentado regalar a la ciudad de Nueva York un templo consagrado a la religión, una catedral no sectaria, que simbolizase la fe del espíritu humano. Lo que el señor Roark ha edificado, podría ser un prostíbulo, que es a lo que más se parece si tenemos presente algunas de sus ornamentaciones escultóricas, pero no es un templo.

Parece que una malicia deliberada hubiese invertido en este edificio toda concepción característica de una construcción religiosa. En lugar de estar enteramente cerrado, este presunto templo está completamente abierto como un bar del Oeste. En lugar de un espíritu de dolor

respetuoso que sea digno de un lugar donde uno contempla la eternidad y advierte la insignificancia del hombre, este edificio se caracteriza por su júbilo orgiástico y disoluto. En lugar de líneas que se remontan al cielo, requeridas por la verdadera naturaleza del templo, como un símbolo de la aspiración del hombre hacia algo más alto que su propio yo, este edificio es ostentosamente horizontal; su cuerpo en el barro declara su alianza con lo carnal, glorificando los groseros placeres de la materia sobre los del espíritu. La estatua de una mujer desnuda en un sitio donde los hombres vienen a elevarse, habla por sí sola y no requiere más comentario.

Una persona que entra en un templo, busca liberarse de sí misma. Desea humillar su espíritu, confesar su indignidad, implorar perdón. Realiza esto con un sentimiento de humildad. La posición propia de un hombre en la casa de Dios es estar de rodillas. Nadie que esté en su sano juicio se arrodillará en el templo del señor Roark. El lugar lo impide. Las emociones que sugiere son de una naturaleza diferente: arrogancia, audacia, desconfianza, propia exaltación. No es la casa de Dios, sino la celda de un megalómano. No es un templo, sino su antítesis perfecta, una burla insolente a toda religión. Lo llamaríamos pagano si no fuera porque los paganos eran buenos arquitectos.

Esta sección no es la defensora de ningún credo determinado, pero la simple decencia nos pide que respetemos las convicciones religiosas de nuestros conciudadanos. Nos creemos en el deber de exponer al público la naturaleza de este ataque deliberado a la religión. No podemos perdonar un sacrilegio ultrajante.

Si pareciera que hubiéramos olvidado nuestras funciones de críticos de valores puramente arquitectónicos, diremos tan sólo que la ocasión no las necesitaba. Constituye un error glorificar la mediocridad mediante un esfuerzo de crítica seria. Nos parece recordar que Howard Roark hizo algún edificio antes, y tenía la misma ineptitud, la misma cualidad pedestre de aficionado exageradamente ambicioso.

Y ésta, amigos, es la cuestión. Nos alegramos de que la tarea doméstica de hoy esté terminada. Realmente, no nos causa regocijo escribir sobre defunciones.

El 3 de noviembre, Hopton Stoddard inició un juicio contra Howard Roark por incumplimiento de contrato e incapacidad profesional, pidiendo daños y perjuicios: exigía la suma necesaria para que otro arquitecto reformase el templo.

La tarde de su retorno, Ellsworth Toohey lo había llevado a ver el templo. Toohey no dijo nada. Hopton Stoddard miraba fijamente y Toohey oía que los dientes postizos le sonaban espasmódicamente. La obra no se parecía a nada de lo que Stoddard había visto en ninguna parte del mundo, ni a nada de lo que esperaba. No sabía qué pensar. Cuando miró desesperadamente a su amigo, como pidiendo auxilio, sus ojos parecían de gelatina. En aquel instante, Toohey no hubiera podido convencerlo de nada. Toohey habló manifestando lo que días después dijo en su sección.

—Pero ¡fue usted el que me dijo que Roark era bueno! —gimió Stoddard con pánico.

—Creía que lo era —repuso Toohey fríamente.

—Y entonces... ¿por qué?

—No sé —dijo el acompañante, y su mirada acusadora le dio a entender que no había ninguna culpa en ella y que toda la culpa la tenía el mismo Stoddard.

Toohey siguió mudo dentro del coche, en el trayecto de vuelta a la vivienda de Stoddard, a pesar

de que éste le rogaba que hablase. No quería contestar, Este silencio llevó el terror al ánimo del anciano. Ya en el piso, Toohey lo condujo a un sofá y se quedó delante de él, sombrío como un juez. Hopton, sé por qué ha ocurrido.

—¿Por qué?

—¿Cree que podría haber alguna razón para que yo le mintiese?

—¡No, desde luego que no; usted es el hombre más experto y el más honrado que vive; y no comprendo, sencillamente no comprendo nada!

—Yo sí. Cuando le recomendé a Roark, tenía motivos para esperar, con lo mejor de mi honrado juicio, que le hiciera una obra maestra. Pero no lo hizo. ¿Sabe, Hopton, qué poder puede trastornar todos los cálculos de los hombres?

—¿Qué poder?

—Dios ha elegido ese camino para rechazar su ofrenda. Él no lo considera digno de que le presente un templo. Usted me puede embaucar a mí y a todos los hombres, pero no puede embaucar a Dios. Él sabe que su trayectoria es más negra que todo lo que yo creía.

Continuó hablando largo rato, tranquila, severamente, con un silencio de horror, para finalizar:

—Parece evidente, Hopton, que usted no puede comprar perdones por el hecho de mirar hacia lo alto. Solamente los puros de corazón pueden elevar un templo. Usted debe marchar por los senderos humildes de la expiación antes de llegar a ese grado. Debe aplacar a los hombres antes de aplacar a Dios. Esa ofrenda no debe ser un templo, sino una institución humana, como, por ejemplo, un hogar para niños anormales.

Hopton Stoddard no confiaba en aquello.

—Después, Ellsworth, después —se quejó—. Deme tiempo.

Convino en demandar a Roark conforme Toohey le aconsejaba, para hacer posibles con la indemnización las reformas, y decidir más tarde en qué podrían consistir esas reformas.

—No se moleste por cualquier cosa que yo escriba o diga sobre esto —le dijo Toohey al irse—. Estaré obligado a declarar muchas cosas que no son totalmente verídicas. Debo proteger mi reputación de una desgracia que es una culpa suya y no mía. Acuérdesse que ha jurado no revelar a nadie que yo le aconsejé contratar a Roark.

Al día siguiente apareció «Sacrilegio» en el Banner y colocó la mecha. El anuncio de la demanda de Stoddard la encendió.

Nadie habría considerado de urgencia realizar una cruzada por la arquitectura, pero la religión había sido atacada; el agente de publicidad había preparado el terreno perfectamente: la fuente de la atención pública estaba herida, muchas personas podían hacer uso de ella.

El clamor de indignación que se levanto contra Howard Roark y su templo asombró a todo el mundo menos a Ellsworth Toohey. Los clérigos condenaban el edificio en sus sermones; los clubs de mujeres presentaban notas de protesta; un comité de madres llenó la página octava de los diarios con una petición en la cual chillaban por la protección de sus hijos. Una actriz escribió un artículo sobre la unidad esencial de todas las artes y explicó que el templo de Stoddard no tenía ningún sentido de estilo constructivo y habló del tiempo en que ella hacía el papel de María Magdalena en un gran drama bíblico. Una dama de sociedad escribió un artículo sobre los templos exóticos que había visto en un peligroso viaje que había hecho por la jungla y alababa la emocionante fe de los salvajes

reprochando el cinismo de los hombres modernos. «El “Templo Stoddard” —dijo— es un síntoma de blandura y de decadencia». El profesor de un colegio le escribió una carta al director de un diario sobre su experiencia espiritual y manifestó que no podría haberla experimentado en un lugar como el «Templo Stoddard».

La CAA publicó una declaración imponente, denunciando al «Templo Stoddard» como un fraude espiritual y artístico. Similares declaraciones, con menos majestad y estilo menos cuidado fueron dadas a la publicidad por consejos de arquitectos, escritores y artistas estadounidenses. Nadie había oído hablar de ellos, pero eran consejos, y esto daba peso a sus palabras. Un hombre decía a otro: «¿Sabe que el Consejo de Arquitectos Estadounidenses ha dicho que ese templo es una vulgaridad arquitectónica?», en tono que sugería intimidad con el mundo del arte. El otro no quería confesar que jamás había oído nada de tal grupo, pero contestaba: «Esperaba que lo dijese. ¿No le ocurría a usted lo mismo?».

Hopton Stoddard recibió muchas cartas de adhesión que empezaron a hacerle completamente feliz, nunca antes había sido tan popular. «Ellsworth —pensó— tenía razón»; sus hermanos los hombres habían comenzado a perdonarle. Ellsworth siempre tenía razón.

Los diarios mejores abandonaron el asunto al poco tiempo, pero el Banner lo siguió. Había sido una bendición para el Banner. Gail Wynand estaba ausente, viajando en su yate por el océano Indico, y Alvah Scarret quería emprender una campaña. Esto le vino de perilla. Ellsworth no tenía necesidad de hacerle sugerencias. Scarret aprovechó la ocasión por su cuenta.

Escribió acerca de la decadencia de la civilización y deploró la pérdida de la fe sencilla. Promovió un concurso de ensayos para estudiantes de las altas escuelas sobre «Por qué voy a la iglesia». Publicó una serie de artículos ilustrados sobre «Las iglesias y nuestra infancia». Publicó fotografías de esculturas religiosas de todas las épocas —la Esfinge, gárgolas, tótems— y dio gran preeminencia a las fotografías de la estatua de Dominique, con notas de indignación apropiada, pero omitiendo el nombre de la modelo. Publicó caricaturas de Roark como un bárbaro, con piel de oso y una maza. Escribió muchas cosas inteligentes acerca de la Torre de Babel, que no pudo llegar al cielo, y de Ícaro, a quien se le cayeron las alas de cera.

Ellsworth Toohey permaneció a la expectativa. Hizo dos pequeñas sugerencias: encontró en el archivo del Banner la fotografía de Roark tomada cuando la inauguración de la «Casa Enright», la fotografía del rostro de un hombre en un instante de exaltación, y la hizo publicar en el diario con el encabezamiento: «¿Está contento, señor Superhombre?». Hizo abrir, además, el «Templo Stoddard» mientras se ventilaba el juicio. El templo atrajo multitudes que dejaban dibujos e inscripciones obscenas en el pedestal de la estatua de Dominique.

Muy pocos eran los que iban y admiraban en silencio la construcción, pero no eran de los que tomaban parte en las discusiones públicas. Austen Heller escribió un artículo furioso en defensa de Howard Roark y del templo, pero él no era una autoridad en arquitectura ni en religión, y el artículo quedó ahogado en la tormenta.

Howard Roark no hizo nada.

Le pidieron que hiciese declaraciones y hasta recibió a un grupo de reporteros en su oficina. Habló sin enojo: «No puedo hablar a nadie acerca de mi edificio. Si preparase un picadillo de palabras para rellenar los cerebros de los demás, sería un insulto para ellos y para mí. Pero estoy

contento de que hayan venido. Tengo algo que decir. Quiero pedirles a todos los que están interesados en esto que vayan y vean el edificio, que lo contemplen y que después empleen las palabras que les dicte su propio cerebro, si quieren hablar».

El Banner relató la entrevista de la siguiente manera: «El señor Roark, que parece que fuese un lebel de la publicidad, recibió a los periodistas con aire de insolencia fanfarrona y declaró que la opinión pública era un picadillo. Prefirió no hablar, pero parecía darse bien cuenta de los puntos de vista que le advertían de su situación. De lo único que se preocupó fue de decir que su templo había sido visto por tanta gente como era posible».

Roark rehusó nombrar abogado para que lo representara en el pleito que se ventilaba. Manifestó que quería defenderse personalmente y ni quiso dar explicaciones de cómo iba a hacerlo, a despecho de las protestas coléricas de Austen Heller.

—Austen, hay ciertas reglas que estoy dispuesto a obedecer. Estoy dispuesto a usar la ropa que usa todo el mundo, a comer los mismos alimentos, a viajar en el mismo tren. Pero hay cosas que no puedo hacer a la manera de la gente... y ésta es una de ellas.

—¿Qué sabe usted de audiencias y de leyes? Le va a ganar.

—¿Qué va a ganar?

—El pleito.

—¿Tiene alguna importancia el pleito? Yo no puedo hacer nada para impedirle que toque el edificio. Le pertenece. Puede eliminarlo de la faz de la tierra o hacer con él una fábrica de cola. Puede hacerlo, gane o pierda el pleito.

—Pero lo hará con su dinero. —Sí. Podrá sacarme dinero.

Steven Mallory no hizo ningún comentario, pero su rostro estaba como la noche en que Roark lo conoció.

—... Steven, diga algo, si tiene ganas de hablar —le dijo Roark una noche.

No hay nada que decir —repuso Mallory indiferente—. Ya le dije que no le permitirían subsistir.

Roark exclamó:

—¡Basuras! No tiene derecho a sentirse temeroso por mí.

—No temo por usted. ¿Para qué serviría? Es algo más.

Días más tarde, cuando estaba sentado en el alféizar de la ventana, en la habitación de Roark mirando a la calle, Mallory dijo de súbito:

—Howard, ¿se acuerda de lo que le hablé: de la bestia a la cual temía? No sé nada de Ellsworth Toohey. Nunca le había visto antes de dispararle el tiro. Solamente he leído lo que escribe. Disparé contra él porque pienso que él sabe todo acerca de la bestia.

Cuando Dominique entró en la oficina de Toohey, éste se sonrió con una acogedora sonrisa, inesperadamente sincera. No pudo evitar que sus cejas se contrajesen por haberse burlado; de manera que el fruncimiento de las cejas y la sonrisa quedaron ridículamente unidos un momento. Él se burló porque no era su entrada dramática acostumbrada; no halló ni enojo ni burla; ella entró como si fuese un tenedor de libros que lleva un recado comercial.

—¿Qué piensa conseguir con eso? —le preguntó Dominique.

Toohey trató de tomar su acostumbrado aire de regocijada animosidad.

—Siéntese, querida. Estoy encantado de verla. Franca e imponentemente encantado. En realidad,

ha tardado demasiado. La esperaba aquí mucho antes. Me han felicitado mucho por ese pequeño artículo, pero le doy mi palabra: no me he divertido nada y quería oír lo que piensa usted.

—¿Qué piensa conseguir con eso?

—Mire, preciosa, espero que no le haya importado lo que dije de la estatua erigida a usted. Pensé que comprendería que no podía pasarla por alto. Quiero hablar. ¡La esperaba tan impacientemente! Pero deseo que se siente; yo también estaré más cómodo... ¿no? Bueno, como prefiera; siempre que no se vaya. ¿El pleito? ¡Caramba! ¿No es lógico?

—¿Cómo lo va a detener? —preguntó con el tono que uno emplearía para recitar una lista de datos estadísticos—. No probará nada lo gane a lo pierda. Todo eso no es más que una borrachera para un gran número de patanes, puercos, pero obtusos. No creí que usted perdiera el tiempo preparando bombas asfixiantes. Todo esto será olvidado antes de la próxima Navidad.

—¡Dios mío! Pero ¡yo debo de ser un fracaso!

Nunca pensé que pudiera ser tan pobre maestro... ¡Que usted haya aprendido tan poco en dos años de estrecha colaboración conmigo! Es verdaderamente desalentador. Puesto que usted es la mujer más inteligente que conozco, la falta debe de ser mía. Bueno, veamos; ha aprendido una cosa, y es que yo no pierdo mi tiempo. Está bien; todo será olvidado antes de la próxima Navidad. Y «ésta», vea, será la hazaña. Uno puede luchar por una causa viva y puede luchar por una muerta. Una causa muerta, como todas las cosas muertas, no desaparece; deja una materia descompuesta detrás, que es lo más desagradable que pueda pesar sobre su nombre. El señor Hopton Stoddard será olvidado completamente. El templo será olvidado. El pleito será olvidado. Pero he aquí lo que quedará: «¿Howard Roark? Caramba, ¿cómo puede confiar en un hombre como ése? Es un enemigo de la religión. Es completamente inmoral. Antes que nada, la engañará en los gastos de la construcción». «¿Roark? No es bueno, porque un cliente tuvo que demandarle porque le hizo una chapucería de edificio». «¿Roark? ¿Roark? Espere un momento. ¿No es ése el muchacho que anduvo en boca de todos los diarios por una especie de embrollo? Espere, ¿qué era? Un escándalo inmundo. El propietario del edificio, creo que era un burdel, tuvo que demandarle. No se relacione con un individuo de un carácter tan notorio como es ése. ¿Por qué, cuando hay tantos arquitectos decentes para elegir?». Luche contra eso, querida. Dígame una forma de combatirlo, especialmente cuando tiene más armas que talento, que no es un arma, sino una gran responsabilidad.

Sus ojos parecían decepcionados; atendían pacientemente, con una inquieta mirada que no quería transformarse en cólera. Ella estaba delante de su mesa, erguida, dominándose, como un centinela ante una tormenta que tiene que sufrir, frente a la que tiene que permanecer aunque no pueda aguantar más.

—Creo que usted quiere que continúe —dijo Toohey—. Ahora habrá comprendido la efectividad característica de una causa muerta. Usted no se lo puede quitar de la cabeza, no se lo puede explicar, ni defenderlo. Nadie quiere escuchar. Es bastante difícil adquirir fama. Y es difícil cambiar la naturaleza de la fama que uno ha adquirido. No, no puede arruinar a un mal arquitecto demostrando que es un mal arquitecto, pero lo puede arruinar diciendo que es un ateo o que alguien lo ha demandado o que convive con determinada mujer o que le arranca las alas a las moscas. Usted dirá que esto no tiene sentido. Claro que no lo tiene. Pero es eficaz. La razón puede ser combatida con la razón. ¿Cómo va a combatir lo irrazonable? El inconveniente suyo, querida, y el de la mayor parte de

la gente, es no tener respeto por lo absurdo. Lo absurdo es el factor más importante de nuestras vidas. No se puede tener éxito si lo absurdo es enemigo de uno; pero si llega a transformarlo en su aliado, ¡ay, Dios mío...! Mire, Dominique, dejaré de hablar cuando usted dé muestras de estar asustada.

—Siga —respondió ella.

—Creo que ahora tendrá que hacerme una pregunta. ¿O quizá no quiere ser vidente y desea que adivine la pregunta? Creo que usted tiene razón. El asunto es: ¿por qué elegí a Howard Roark? Porque, para citar mi propio artículo, no es mi función actuar de matamoscas. Le cito esto ahora con un significado diferente; pero dejemos esto. También esto me ha ayudado a obtener algo que quería de Hopton Stoddard, pero es una cuestión secundaria, un incidente, una bagatela. Sobre todo, ha sido un experimento. Apenas una prueba, podemos decir. Los resultados han sido satisfactorios. Si usted no estuviese comprometida como está, podría ser la única persona que apreciara el espectáculo. En verdad, he hecho muy poco si considera la magnitud de lo que tengo que hacer. ¿No le resulta interesante ver una máquina enorme, complicada como es nuestra ciudad, con todas las palancas, correas y engranajes entrelazados, que pareciera que uno necesitara un ejército para ponerla en movimiento y encontrar que con apretar un punto con el dedo meñique, el único punto vital, su centro de gravedad, todo se desmorona en un indigno montón de hierro viejo? Es posible hacerlo, querida, pero lleva mucho tiempo. Lleva siglos. Yo tengo la experiencia de muchos peritos que han existido antes que yo. Pienso que seré el último y el más afortunado de una serie, porque, aunque no soy más hábil que lo que ellos fueron, veo más claramente lo que queremos conseguir. Sin embargo, eso es abstracto. Hablando de la realidad concreta, ¿no encuentra nada divertido en mi pequeña experiencia? Yo, sí. Por ejemplo, ¿sabe que toda la mala gente está del lado del culpable? Alvah Scarret, los profesores universitarios los directores de los diarios, las madres respetables y las cámaras de comercio tendrían que haber venido volando en defensa de Howard Roark, si valoraran sus vidas; pero no lo han hecho, apoyan a Hopton Stoddard. Del otro lado oiga que algún grupo de destornillados izquierdistas de poca monta, denominados «La nueva Liga del Arte Proletario», trató de alistarse en defensa de Howard Roark (dicen que ha sido víctima del capitalismo), cuando tendrían que saber que Hopton es un campeón. Roark, a propósito, ha tenido la sensatez de rehusar. Él comprende. Usted también. Yo comprendo, pero muchos otros no. ¡Oh, bueno, también el hierro viejo tiene su uso!

Dominique giró sobre sus talones para irse.

—¿Se va? —Por el tono de su voz parecía que se había molestado—. ¿No quiere decir nada? ¿Nada completamente? Dominique, me está abandonando. ¡Y cómo la esperaba! Yo soy una persona que se basta a sí misma, por regla general, pero necesito un auditorio de vez en cuando. Usted es la única persona ante quien puedo manifestarme. Supongo que debe de ser porque tiene tal desprecio por mí, que nada de lo que diga puede importarle. Ya ve, lo sé, pero no me preocupa. Además, los métodos que adopto con la gente no los adoptaría con usted. Aunque parezca extraño, sólo empleo mi honradez con usted. ¿Para qué diablos hacer un trabajo hábil si nadie sabe que uno lo ha hecho? Si fuera la misma de antes, me diría que ésa es la psicología de un asesino que ha cometido el crimen perfecto y que después lo confiesa porque no puede soportar que nadie lo conozca. Y yo le hubiese dicho que tiene razón. Quiero un auditorio. Éste es el inconveniente de las víctimas, ni siquiera saben que son víctimas, lo cual es como debe ser, pero resulta monótono y le quita la mitad de la gracia.

Usted tiene un don raro... una víctima que puede apreciar la pericia de su propia ejecución... Por Dios, Dominique, ¿se va cuando le estoy rogando que se quede? Ella puso la mano en el picaporte. Se encogió de hombros y volvió a sentarse.

Está bien —dijo él—. ¡Ah! De paso, no trate de comprar a Hopton Stoddard. Ahora lo tengo agarrado por la nariz. No venderá. No venderá. —Ella había abierto la puerta, pero se detuvo y la cerró nuevamente—. ¡Oh, sí, por supuesto! Sé que lo ha intentado, pero es inútil; usted no es tan rica. No tiene bastante dinero como para comprar ese templo y no lo podría juntar jamás. Hopton no aceptará su dinero para pagar las reformas. Sé que usted le ha ofrecido esto también. Lo quiere de Roark. A propósito, no creo que a Roark le gustara que yo le hiciera saber lo que usted ha intentado.

Sonrió de un modo que requería una protesta. El rostro de Dominique no dio contestación. Volvió a la puerta otra vez para marcharse.

—Una última pregunta nada más, Dominique. El abogado del señor Stoddard quiere saber si la puede citar como testigo, como experta en arquitectura. Se comprende que deberá atestiguar por el actor.

—Sí. Testificaré por el actor.

La causa de Hopton Stoddard contra Howard Roark fue abierta en febrero de 1931.

La sala de audiencia estaba tan llena, que las reacciones de la concurrencia sólo se manifestaban como un lento movimiento que corría por la extensión de cabezas, una ola perezosa como las arrugas en la estirada piel de un lobo marino.

La concurrencia parecía una torta de frutas de todas las artes con la crema de la CAA, rica y espesa. Había hombres distinguidos y mujeres elegantemente vestidas de apretados labios; cada mujer parecía tener la exclusiva propiedad del arte que practicaban sus acompañantes, un monopolio defendido con las miradas resentidas de los otros. Casi todo el mundo se conocía. La sala tenía la atmósfera de una convención la noche de la apertura o de una reunión familiar. Había una sensación de «nuestro grupo», «nuestros muchachos», «nuestra representación».

Steven Mallory, Austen Heller, Roger Enright, Kent Lansing y Mike estaban sentados juntos en un rincón. Trataban de no mirar alrededor. Mike estaba preocupado por Steven Mallory. Insistió en quedarse cerca de él y lo observaba cuando les llegaba el eco de algún rumor. Al fin, Mallory lo advirtió y le dijo:

—No se preocupe, Mike. No gritaré: No voy a matar a nadie.

—Cuide su estómago, muchacho —dijo Mike—. Un hombre no puede enfermar sólo porque lo quiera.

—Mike, ¿se acuerda de la noche que nos quedamos hasta tan tarde que era casi de día y el auto de Dominique no tenía gasolina, no había ómnibus y decidimos ir caminando a nuestras casas? El sol ya estaba alto cuando llegamos a nuestros domicilios.

—Está bien; piense en eso y yo pensaré en la cantera.

—¿Qué cantera?

—Es algo que me contrarió mucho; pero a fin de cuentas no tuvo ninguna consecuencia.

Por las ventanas se veía que el cielo estaba blanco y uniforme, como vidrios esmerilados. Parecía que la luz procedía de la nieve que había sobre los tejados y de las cornisas, una luz artificial que hacía que las cosas de la habitación pareciesen desnudas.

El juez, con su rostro pequeño marchitado en la virtud, estaba encorvado en su alto sitial, como durmiendo. Tenía las manos levantadas a la altura del pecho y se apretaba las yemas de los dedos de ambas manos.

Hopton Stoddard no estaba presente; lo representaba su abogado, un hermoso caballero, alto y grave.

Roark se sentó solo en la mesa de la defensa. La concurrencia lo miraba fijamente y con disgusto, no encontrando placer en contemplarlo. No presentaba una actitud desafiante; parecía impersonal y tranquilo. No era como una figura pública en un lugar público; estaba como un hombre solo que escucha la radio en su propia habitación. No tomaba notas, no había papeles sobre la mesa que tenía delante, salvo un gran sobre.

Los asistentes hubieran perdonado cualquier cosa menos a un hombre que podía permanecer como si tal cosa entre las vibraciones de un desprecio colectivo. Algunos habían ido para apiadarse, pero a los cinco minutos de haber llegado lo odiaban.

El abogado del actor expuso su causa en una breve alocución: admitía como una verdad que Hopton Stoddard le había dado completa libertad para diseñar y edificar el templo; la cuestión era, sin embargo, que el señor Stoddard había especificado claramente quería un «templo»; pero no se podía considerar un templo el edificio en cuestión, según los ejemplos conocidos, como el demandante se proponía probar con la ayuda de las autoridades en la materia.

Roark renunció al derecho de hacer una pública exposición ante el jurado.

Ellsworth Monkton Toohey fue el primer testigo que llamó el actor. Se sentó al borde del asiento reservado a los testigos y se echó hacia atrás, levantó una pierna y la cruzó horizontalmente sobre la otra, parecía entretenido, pero trataba de sugerir que el entretenimiento era una protección bien cuidada para no demostrar el aburrimiento.

El abogado hizo una larga serie de preguntas sobre las aptitudes profesionales de Toohey, incluyendo el número de ejemplares que había vendido de su libro *Sermones en piedra*. Después leyó en voz alta el artículo «Sacrilegio», y le pidió que manifestara si él lo había escrito. Toohey declaró que sí. Siguió una serie de preguntas, en términos eruditos, acerca de los méritos arquitectónicos del templo. Toohey afirmó que no tenía ninguno. Después continuó con un análisis histórico... Toohey habló con facilidad e incidentalmente hizo un breve bosquejo de todas las civilizaciones conocidas y de sus principales monumentos religiosos —desde los incas a los fenicios y a los isleños del Este—, incluyendo, cuando era posible, las fechas en que esos monumentos se empezaron y se terminaron, el número de obreros empleados en su construcción y el costo aproximado en dólares. El auditorio escuchaba ebrio de emoción.

Toohey probó que el templo de Stoddard contradecía con cada ladrillo, con cada piedra, todos los preceptos de la Historia.

—He intentado demostrar —dijo en conclusión— que las cosas esenciales para la concepción de un templo son un sentimiento de temor y un sentimiento de humildad humana. Hemos notado las proporciones gigantescas de los edificios religiosos, las líneas encumbradas, los dioses horribles y grotescos como monstruos o después las gárgolas. Todo esto tiende a imprimir en el hombre el sentido de su insignificancia esencial, a aplastar a la criatura humana con su completa magnitud, a infundirle el terror sagrado que conduce a la mansedumbre de la virtud. El templo de Stoddard es la

negación descarada de todo nuestro pasado, es un insolente «no» arrojado al rostro de la Historia. Puedo aventurar un juicio porque este caso ha provocado el interés público. Todos hemos reconocido que esto, instintivamente, implica una actitud moral que escapa a las calificaciones legales. Este edificio es un monumento a un odio profundo a la Humanidad. Es el «yo» de un hombre que desafía los impulsos más sagrados del género humano, de cada hombre de la calle, de cada hombre de esta sala de audiencias.

No era un testigo que declaraba en la corte; era Ellsworth, que se dirigía a una reunión, y la reacción fue inevitable: toda la sala estalló en aplausos.

El juez dejó caer repetidas veces su mazo y amenazó con desalojar la sala. El orden fue restablecido, pero no en el rostro de la concurrencia; los rostros siguieron reflejando una pronunciada avidez por sus propios derechos. Resultaba grato ser escogido e incorporado al juicio como una parte damnificada. Las tres cuartas partes de los presentes no habían visto el templo.

—Gracias, señor Toohey —dijo el abogado, inclinándose levemente. Después se dirigió a Roark, y dijo con delicada cortesía—: ¿Tiene preguntas que hacer?

Roark contestó:

—No tengo nada que preguntar. Ellsworth Toohey levantó una ceja y se alejó.

—¡Señor Peter Keating! —llamó el abogado.

El rostro de Keating era atractivo y fresco como si hubiese dormido bien por la noche. Subió al sitio de los testigos con una especie de aire estudiantil, moviendo los hombros y los brazos innecesariamente. Prestó juramento y contestó alegre a las primeras preguntas. Su actitud en el sillón era extraña: su torso se inclinó a un lado con fanfarrona displicencia, un codo en el brazo del sillón, los pies abandonados y las rodillas apretadas una con la otra. No miró a Roark en ningún momento.

—¿Quiere nombrar algunos de los principales edificios que usted ha diseñado, señor Keating? —interrogó el abogado.

Keating enumeró una lista de nombres impresionantes; los primeros los dijo ligero; después siguió una vez más y más lentamente, como si deseara que lo retuvieran; el último murió en sus labios. ¿No se olvida del más importante de todos, señor Keating? ¿No diseñó usted el edificio Cosmo-Slotnick?

—Sí —murmuró.

—Señor Keating, ¿iba usted al Instituto Tecnológico de Stanton al mismo tiempo que el señor Roark?

—Sí.

—¿Qué puede decirnos de los antecedentes del señor Roark allí?

—Fue expulsado.

—¿Fue echado porque era incapaz de cumplir con las altas exigencias del instituto?

—Sí. Sí, así fue.

El juez miró a Roark. Un abogado se habría opuesto a aquella pregunta, considerándola capciosa. Howard Roark no hizo ninguna objeción.

—En esa época ¿creía usted que él tenía algún talento para la profesión de arquitecto?

—No.

—¿Quiere hablar, por favor, un poco más alto, señor Keating?

—Creía... que no tenía ningún talento.

Extrañas cosas ocurrían con la expresión de Keating: algunas palabras le salían vigorosas, como si colocara un signo de admiración detrás de ellas; otras le salían juntas, como si no quisiera detenerse a escucharlas. No miraba al abogado. Tenía los ojos puestos en la concurrencia. A veces parecía un muchacho que volvía de una francachela, o un muchacho que en el Metro acababa de dibujar un bigote en la cara de una hermosa joven en un anuncio de dentífricos. Después parecía que pidiera apoyo a la concurrencia, como si estuviese enjuiciado ante ella.

—¿Alguna vez empleó a Roark en su oficina?

—Sí.

—¿Y se vio obligado a echarle?

—Sí...; tuvimos que echarle.

—¿Por incompetencia?

—Sí.

—¿Qué nos puede decir acerca de la subsiguiente carrera del señor Roark?

—Bueno, «carrera» es un término relativo. En cuanto a la cantidad de obras, cualquier dibujante de nuestra oficina ha hecho más que el señor Roark. No podemos llamar carrera a construir uno o dos edificios, porque eso es nuestro trabajo de un mes.

—¿Quiere darnos su opinión profesional de su trabajo?

—Bueno, pienso que es inmaduro... Muy alarmante, aunque interesante a veces, pero esencialmente... juvenil.

—Entonces, ¿el señor Roark no puede ser considerado como un arquitecto completamente maduro?

—Por lo menos, no en el sentido en que usamos el término para referirnos a Ralston Holcombe, a Guy Françon o a Gordon L. Prescott. Pero quiero ser justo. Pienso que el señor Roark tiene posibilidades definitivas particularmente en los problemas de pura ingeniería. Podría llegar a ser algo. Yo he tratado de conversar con él acerca de esto, he tratado de ayudarlo honestamente; pero era lo mismo que hablar a una de sus estructuras preferidas de hormigón armado. Yo sabía que iba a llegar a una situación como ésta. No me sorprende que, al fin, un cliente lo haya demandado.

—¿Qué nos puede decir de la actitud de Roark con sus clientes?

—Bueno, ahí está la cuestión. Ésta es toda la cuestión. No le importaba ni lo que pensaban ni lo que deseaban, ni lo que nadie en el mundo pensara o desease. Ni siquiera comprendía que otros arquitectos se preocupasen. No tenía un poco de comprensión ni de respeto. No veo dónde está el mal en tratar de ayudar a la gente. No veo dónde está lo malo en querer ser cordial y querido y popular. ¿Por qué tiene que ser eso un crimen? ¿Por qué alguien tiene que burlarse de eso, burlarse siempre, siempre, día y noche, sin darle un momento de paz, como la tortura china de la gota de agua, esa tortura que consiste en que caiga una gota sobre el cráneo, sin cesar?

Las personas que asistían a la vista empezaron a darse cuenta de que Peter Keating estaba borracho.

El abogado frunció el ceño; el testigo había sido aleccionado, pero se estaba saliendo de los carriles.

—Bueno, señor Keating, quizá fuera mejor que nos hablase de los puntos de vista del señor

Roark en arquitectura.

—Le diré si lo quiere saber. Él cree que uno debería quitarse los zapatos y arrodillarse cuando se habla de arquitectura. Eso es lo que él piensa. ¿Por que habría que hacerlo? ¿Por qué? Es un negocio como cualquier otro, ¿no es así? ¿Qué tiene de sagrado? ¿Por qué tenemos que excitarnos? Somos nada más que seres humanos. Tenemos que ganarnos la vida. ¿Por qué las cosas no pueden ser simples y fáciles? ¿Por qué tenemos que ser algo así como héroes?

—Creo que ahora, señor Keating, nos estamos desviando levemente del tema. Nosotros somos...

—No, no somos. Sé lo que tengo que decir. Usted también. Todos ellos. Cada uno de los que están aquí. Voy a hablar del templo. ¿Ve? ¿Quién busca un maniático para edificar un templo? Debería elegirse a una clase especial de hombres solamente. Un hombre que comprenda... y que perdone. Un hombre que perdone... Para eso se va a la iglesia, para ser perdonado...

—Sí, señor Keating, pero hable del señor Roark...

—¿Qué hay con el señor Roark? Él no es arquitecto. No es capaz. ¿Por qué iba a tener miedo de decir que no es capaz? ¿Por qué todos le tienen miedo?

—Señor Keating, si no se siente bien y quiere retirarse...

Keating le miró como si se despertara. Trató de dominarse. Después de un momento, dijo en voz baja, resignado:

—No. Estoy bien. Le diré todo lo que quiera. ¿Qué quiere que le diga?

—Haga el favor de decirnos, en términos profesionales, su opinión sobre la construcción conocida con el nombre de «Templo de Stoddard».

—Sí. El «Templo de Stoddard»... El «Templo de Stoddard» tiene un plano articulado impropriamente, que conduce a una confusión especial. No hay equilibrio de masas. Carece del sentido de simetría. Sus proporciones son absurdas. —Habló con monotonía. Tenía el cuello tieso y hacía esfuerzos para no caer hacia delante—. Está fuera de toda proporción. Contradice los principios elementales de la composición. El efecto total es el de...

—Más alto, por favor, señor Keating.

—El efecto total es de dureza e ignorancia arquitectónicas. Demuestra..., demuestra... que no hay sentido de estructura ni instinto de belleza ni imaginación creadora ni... —cerró los ojos— ni integridad artística...

—Gracias, señor Keating. Eso es todo.

El abogado se dirigió a Roark y le dijo nerviosamente:

—¿Tiene preguntas que hacer?

—No tengo nada que preguntar.

Así transcurrió el primer día del juicio.

Aquella noche, Mallory, Heller, Mike, Enright y Lansing se reunieron en la habitación de Roark. No se habían citado, pero fueron todos impulsados por el mismo sentimiento. No hablaron del juicio, pero ninguno de ellos hacía ningún esfuerzo para evitar el tema. Roark se sentó en la mesa de dibujar y les habló del futuro de la industria de materiales plásticos. Mallory se rió con ganas, de súbito y sin razón aparente.

—¿Qué le pasa, Steven? —preguntó Roark.

—Pensaba, Howard..., que hemos venido aquí a darle ánimos y que, en cambio, es usted el que

nos los da a nosotros.

Aquella noche, Peter Keating la pasó echado sobre la mesa de una taberna, con un brazo sobre la mesa y la cabeza sobre el brazo.

Durante los dos días siguientes una sucesión de testigos declaró en favor del demandante.

Cada declaración empezaba con las preguntas que ponían de manifiesto los trabajos profesionales de los testigos. El abogado los conducía como un experto agente de publicidad.

Austen Heller hizo notar que los arquitectos deberían haber luchado para tener el privilegio de ser llamados a declarar, puesto que eso representaba la mejor publicidad para una profesión de suyo silenciosa.

Ninguno de los testigos miraba a Roark. Él los contemplaba a todos. Escuchaba sus testimonios y agregaba después de cada uno: «No tengo preguntas que hacer».

Ralston Holcombe, en el sitio de los testigos, con la corbata flotante, el bastón con empuñadura de oro, tenía el aspecto de un gran duque o de un músico de café. Su testimonio fue largo y erudito, pero se sintetizó en sus últimas palabras:

—Es una tontería. Es una simple cuestión de tontería infantil. No puedo decir que sienta mucha simpatía por el señor Hopton Stoddard. Debería haber estado mejor informado. Es un hecho científico que el estilo arquitectónico del Renacimiento es el único apropiado para nuestra época. Si las mejores personas como el señor Stoddard, no lo quieren reconocer ¿qué se puede esperar de todos los aspirantes a arquitectos y de la plebe en general? Se ha comprobado que el estilo Renacimiento es el único estilo conveniente para iglesias, templos y catedrales. ¿Qué se piensa de Christopher Wren? Se ríen de él. Y no hay que olvidar el monumento religioso más grande de todos los tiempos: San Pedro de Roma. ¿Quieren hacer algo mejor que San Pedro? Y si el señor Stoddard no insistió específicamente en querer estilo Renacimiento, ha obtenido justamente lo que merecía. Ha recibido su merecido.

Gordon L. Prescott se presentó con un suéter cerrado, bajo una chaqueta de tela escocesa, pantalón de mezclilla y pesados zapatos de golf.

—La correlación de lo trascendental con lo puramente espacial en el edificio en discusión es enteramente disparatada. Si tomamos lo horizontal como lo monodimensional, lo vertical como lo bidimensional, la diagonal como lo tridimensional y la interpretación de los espacios como lo tetradimensional, y siendo la arquitectura tetradimensional, podemos ver sencillamente que este edificio es homoloidal, o chato, en el lenguaje vulgar. La vida que fluye del caos con un sentido de orden, o, si se prefiere, de la unidad en la diversidad, o viceversa, la cual es la realización de la contradicción inherente a la arquitectura, está aquí absolutamente ausente.

John Erik Snyte atestiguó modestamente y sin obstrucción que había empleado a Roark en su oficina; que Roark había sido indigno de confianza, desleal y sin escrúpulos, y que había empezado su carrera robándole un cliente.

En el cuarto día de la causa el abogado llamó al último testigo.

—Señorita Dominique Françon —anunció con solemnidad.

Mallory dio un suspiro, pero no fue oído. La mano de Mike lo sujetó por la muñeca y lo hizo permanecer quieto.

El abogado había reservado a Dominique para el final en parte porque esperaba mucho de su

declaración y en parte porque estaba preocupado: era el único testigo que no había sido preparado. Ella se había negado. Dominique nunca había tratado del templo de Stoddard en su sección, pero el abogado conocía sus primeros escritos sobre Roark, y Ellsworth le había aconsejado que la citara.

Dominique estuvo mirando a la muchedumbre, durante un instante, desde el sitio de los testigos. Su belleza era sorprendente, aunque demasiado impersonal, como si no le perteneciese. En la sala, su presencia parecía una entidad aparte. La gente tenía la impresión de que era una visión que no había terminado de aparecer o una persona asomada a la baranda de un trasatlántico durante la noche.

—¿Usted es la autora de la brillante sección «Su casa», que aparece en el New York Banner?

—Yo soy la autora de «Su casa».

—¿Su padre es Guy Françon, el eminente arquitecto?

—Sí. Mi padre fue invitado para venir aquí como testigo, pero rehusó hacerlo. Dijo que no le interesaba un edificio como el «Templo de Stoddard», pero que pensaba que nosotros no nos estábamos conduciendo como caballeros.

—Bien, señorita Françon; ahora va a limitar sus contestaciones a nuestras preguntas. Tenemos la fortuna de tener a usted con nosotros, ya que usted es nuestro único testigo femenino, y las mujeres siempre tienen un sentido más puro de la fe religiosa. Siendo, además, una autoridad sobresaliente en arquitectura, está eminentemente calificada para facilitarnos lo que podría llamar con toda deferencia el punto de vista femenino de esta causa. ¿Quiere decirnos con sus propias palabras qué piensa del «Templo de Stoddard», señorita Françon?

—Creo que el señor Stoddard se ha equivocado. No habría ninguna duda de la justicia de esta causa si hubiese hecho la demanda por el costo de la demolición y no por el de las reformas.

—¿Tendría la amabilidad de exponernos sus razones, señorita Françon?

—Ya las han escuchado de todos los testigos de esta causa —repuso ella.

—Entonces presumo que está de acuerdo con todos los testigos precedentes.

Completamente, aún más completamente que las personas que prestaron testimonio. Fueron testigos sumamente convincentes.

—¿Quiere... aclararnos eso, señorita Françon? ¿Que quiere decir con exactitud?

—Lo que dijo el señor Toohey: que ese templo es un insulto contra todos nosotros.

—¡Ah, ya veo!

—El señor Toohey comprendió muy bien la cuestión... ¿Puedo aclararla con mis propias palabras?

—¡Cómo no!

—Howard Roark levantó un templo al espíritu humano. Vio al hombre como un ser orgulloso, fuerte, limpio, inteligente e impávido. Vio al hombre como un ser heroico, y construyó un templo de acuerdo con ese ideal. Un templo es un lugar donde el hombre debe encontrar exaltación. Pensó que la exaltación procede de la conciencia sin culpa, que ve la verdad y la realiza, que se eleva a las más altas posibilidades del individuo, de no conocer ninguna vergüenza y de no tener motivo para avergonzarse, de ser capaz de mostrarse desnudo a plena luz del sol. Pensó que la exaltación significa alegría y que la alegría es un derecho del hombre. Pensó que un lugar edificado como una escena para el hombre es un lugar sagrado. Esto es lo que Howard Roark pensaba del hombre y de su exaltación. Pero Ellsworth Toohey dijo que ese templo era un monumento a un odio profundo a la

Humanidad. Ellsworth Toohey dijo que la esencia de la exaltación debía ser arrojada de nuestros espíritus, para humillarnos y envilecernos. Ellsworth Toohey dijo que el acto más noble del hombre era realizar su propia indignidad e implorar perdón. Ellsworth Toohey dijo que resultaba depravado no admitir que el hombre es algo que necesita ser perdonado. Ellsworth Toohey vio que ese edificio era de un hombre y de la tierra, y dijo que tenía su asiento en el barro. Glorificar al hombre, dijo Ellsworth Toohey, es glorificar al placer bestial de la carne, porque el reino del espíritu está fuera del alcance del hombre. Para entrar en ese reino, dijo Ellsworth Toohey, tiene que andar de rodillas como un mendigo. Ellsworth Toohey es un amante del género humano.

—Señorita Françon, no estamos discutiendo al señor Toohey; de modo que si usted se limita...

—Yo no condeno a Ellsworth Toohey; yo condeno a Howard Roark. Un edificio, se dice, tiene que ser una parte de lo que le rodea. ¿En qué mundo edificó Roark su templo? ¿Para qué clase de hombres? Mire alrededor. ¿Puede un templo ser sagrado sirviendo de escenario al señor Stoddard? ¿Al señor Holcombe? ¿Para el señor Keating? Cuando usted los mira ¿odia a Ellsworth Toohey o condena a Howard Roark por la indecible indignidad que ha cometido? Ellsworth Toohey tiene razón. Ese templo es un sacrilegio, aunque no en el sentido que él le da. Creo que el señor Toohey también lo sabe. Cuando usted ve que un hombre arroja perlas a los cerdos, no siente indignación contra el cerdo, sino contra el hombre que en tan poco valora las perlas, arrojándolas a la basura y recibiendo en cambio un concierto de gruñidos.

—Señorita Françon, creo que este testimonio ni es importante ni admisible.

—No se le puede impedir declarar a la testigo —dijo el juez inesperadamente.

Estaba aburrido y le gustaba contemplar la figura de Dominique. Además, sabía que el auditorio estaba gozando el testimonio, aun cuando sus simpatías estaban de parte de Hopton Stoddard.

—Señoría, parece que ha habido una mala interpretación —dijo el abogado—. Señorita Françon, ¿por quién está prestando declaración: por el señor Roark o por el señor Stoddard?

—Por el señor Stoddard, se entiende. Estoy exponiendo las razones según las cuales el señor Stoddard debería ganar esta causa.

—Prosiga —dijo el juez.

—Todos los testigos han dicho la verdad, pero no toda la verdad. Estoy, simplemente, llenando las omisiones. Ellos hablaron de amenaza y de odio. Tenían razón. El «Templo de Stoddard» constituye una amenaza para muchas cosas. Si lo dejaran existir, nadie tendría el coraje de mirarse al espejo. Y hacer eso a los hombres es algo muy cruel. Pídales cualquier cosa a los hombres, pídales que consigan riqueza, fama, amor, brutalidad, crimen, sacrificio; pero no les pida dignidad, porque odiarán su alma. Ellos lo conocen mejor, tienen que tener sus razones. No le dirán, por supuesto, que lo odian; le dirán que son odiados, o algo bastante similar. Saben la emoción que esto implica. Así son los hombres. ¿De qué vale entonces ser el mártir de lo imposible? ¿De qué vale edificar para un mundo que no existe?

—No veo, Señoría, qué relación puede tener esto...

—Estoy dando pruebas para usted. Estoy probando por qué usted tiene que estar con Ellsworth Toohey, como lo hará, de seguro. El «Templo de Stoddard» tiene que ser destruido. No para salvar a los hombres de él, sino para salvarlo de los hombres. Que el señor Stoddard gane la causa. Estoy plenamente de acuerdo con todo lo que se está haciendo aquí, a excepción de un punto. Destruyamos,

pero sin pretender que estamos cometiendo un acto virtuoso.

Dominique abandonó el sitio.

El abogado se inclinó hacia el tribunal y dijo:

—El demandante ha terminado.

El juez se dirigió a Roark e hizo un vago ademán, invitándole a actuar.

Roark se levantó y se dirigió al juez con un sobre en la mano. Sacó del sobre diez fotografías del «Templo Stoddard» y las puso encima de la mesa del juez.

Y dijo:

—La defensa ha terminado.

Hopton Stoddard ganó el pleito. Roark fue condenado a pagar los gastos de las reformas del templo. Dijo que no apelaría.

Toohey escribió en su columna: «El señor Roark presentó una Friné a la audiencia, pero no le salió bien».

Hopton Stoddard anunció que el templo sería transformado en «Hogar Hopton Stoddard» para niñas anormales.

Al día siguiente del juicio, Alvah Scarret se quedó con la boca abierta cuando dio una mirada a las pruebas de «Su casa», que le habían dejado sobre la mesa: la sección contenía la mayor parte del testimonio de Dominique. El testimonio había sido citado en las informaciones de los diarios, pero solamente las partes inofensivas. Alvah Scarret se apresuró a ir a la oficina de Dominique.

—Querida, querida; no podemos publicar eso. Ella lo miró con la vista perdida y quedó callada.

—Querida Dominique, sea razonable. Aparte del lenguaje que usted emplea y de algunas de sus ideas inimpresionables, conoce muy bien la opinión que este diario ha seguido en el caso. Está enterada de la campaña que hemos emprendido. Usted ha leído mi editorial de esta mañana: «Una victoria para la decencia». No podemos permitir que un escritor luche contra nuestra política.

—Tendrá que publicarlo.

—Pero, querida...

—O yo tendré que marcharme.

—¡Oh, vamos, vamos, no sea tonta! No se ponga ridícula. Es demasiado inteligente para eso.

—Tendrá que elegir, Alvah.

Scarret sabía que habría sido censurado por Gail Wynand si publicaba aquello, y sería censurado si perdía a Dominique Françon, cuya sección era muy popular. Wynand no había vuelto de su viaje. Scarret le cablegrafió a Bali explicándole la situación.

En pocas horas Scarret recibió la contestación. Estaba redactada en el código privado de Wynand. Traducida, decía: «Eche a esa perdida. G. W.».

Scarret se quedó mirando el cable, abatido. Era una orden que no admitía alternativa, aunque Dominique desistiera. Esperó a que renunciase. No podía soportar el pensamiento de echarla.

Por medio de un mensajero a quien había recomendado, Toohey obtuvo la copia descifrada del cable. Se lo metió en el bolsillo y se encaminó a la oficina de Dominique. No la veía desde el juicio. La encontró ocupada en vaciar los cajones del escritorio.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué está haciendo?

—Esperando una contestación de Scarret.

—¿Quiere decir...?

—Esperando saber si debo dimitir.

—¿Se siente dispuesta a hablar del juicio?

—No.

Yo sí. Creo que le debo la cortesía de admitir que usted ha hecho lo que nadie hizo antes. Probó que yo estaba equivocado. —Hablaba fríamente, su cara parecía inexpresiva, sus ojos no tenían rasgos de amabilidad—. Yo no lo hubiera esperado. Fue una treta despreciable. Estuvo a la altura de

sus antecedentes. Calculé, simplemente, mal la dirección de su malignidad. Sin embargo, usted tuvo el buen sentido de reconocer que su acción fue inútil. Por supuesto consiguió lo que quería, también lo que yo quería. Como prueba de aprecio, tengo un obsequio para usted.

Y puso el cable sobre la mesa. Ella lo leyó y lo retuvo en la mano.

—No puede dimitir, querida. No puede hacer el sacrificio de su héroe, el arrojador de perlas. Recordando que usted le da tanta importancia al hecho de no ser vencida más que por su propia mano, pensé que le agradaría esto.

Dobló el cable y se lo metió en la cartera.

—Gracias, Ellsworth.

—Si va a empezar a combatirme, querida, necesitará algo más que discursos.

—¿No lo he hecho siempre?

—Sí, desde luego lo ha hecho. Así es. Me está corrigiendo otra vez. Siempre me ha combatido, y la única vez que se dio por vencida y pidió ayuda fue en la Audiencia.

—Es exacto.

—Allí fue donde yo calculé mal.

—Sí.

Toohey se inclinó ceremoniosamente y salió.

Ella hizo un paquete con las cosas que se quería llevar. Después fue a la oficina de Scarret. Le mostró el cable pero no se lo entregó.

—Está bien, Alvah —dijo ella.

—Dominique, no ha sido culpa mía; yo no podía hacer nada. ¿Cómo diablos obtuvo eso?

—Todo está bien, Alvah. No, no se lo devolveré. Quiero guardarlo. —Volvió a meter el cable en el bolso—. Envíeme el cheque, y cualquier cosa que tenga que ser discutida, por correo.

—De cualquier modo..., usted iba a renunciar lo mismo, ¿verdad?

—Sí, iba a renunciar, pero prefiero... que me echen.

—Dominique, ¡si supiese cuánto lo siento! No lo puedo creer, simplemente no lo puedo creer.

—De manera que, después de todo, hacen de mí una mártir. Y eso es lo único que no he querido ser en toda mi vida. ¡Es tan depravado ser mártir! Es honrar demasiado a los adversarios. Pero le diré esto, Alvah; se lo diré porque no podía encontrar una persona más apropiada para que lo escuchase: nada de lo que usted me haga a mí, o a él, será peor de lo que me haré a mí misma. Si cree que no puedo conseguir el «Templo Stoddard», espere y verá.

Una noche, tres días después del juicio, Ellsworth Toohey estaba sentado en su habitación escuchando la radio. No tenía ganas de trabajar y se permitió un descanso sentándose cómodamente en un sillón, mientras sus dedos seguían el ritmo de una sinfonía complicada. Oyó un golpe a la puerta.

—Entre —dijo.

Catherine entró. Miró hacia la radio, como excusa por su entrada.

—Sabía que no estabas trabajando, tío Ellsworth.

Quiero hablarte.

Se quedó inclinada, con su cuerpo delgado y sin curvas. Vestía una falda de lana, sin planchar. Se había arreglado la cara con productos de belleza, y la piel parecía marchita bajo los parches de

polvo. A los veintiséis años parecía una mujer que tratara de ocultar que había pasado de los treinta.

En los últimos años, con la ayuda de su tío, se había transformado en una experta funcionaria. Tenía un empleo en una institución, tenía una pequeña cuenta bancaria; invitaba a comer a sus amigas, las mujeres de su profesión, más viejas, y conversaban sobre los problemas de las madres solteras, de la manera de obrar con los chicos de los pobres y de los inconvenientes de las corporaciones industriales.

En los últimos años, Toohey pareció olvidar su existencia, pero sabía que ella estaba enterada de la de él, con su manera de ser silenciosa e inadvertida. Raramente era el primero en hablarle, pero ella volvía a él siempre por el más mínimo consejo. Era como un pequeño motor que se alimentase de su energía y que tenía que detenerse para abastecerse de combustible algunas veces. No iba al teatro sin consultarle sobre las obras que representaban. No asistía a un curso de conferencias sin pedirle su opinión. Una vez tuvo una amiga inteligente, capaz, alegre y que amaba a los pobres. Toohey no aprobó la amistad, y Catherine olvidó a la chica.

Cuando quería un consejo se lo pedía, al pasar, temerosa de importunarle; en el tiempo que media entre dos platos, cuando salía del ascensor, en el *wing*, cuando se interrumpía brevemente alguna transmisión. Sólo hacía una pregunta, para demostrar que no le pedía nada más que los fragmentos perdidos de su tiempo.

De manera que Toohey la miró, sorprendido, cuando entró en el estudio.

—No, queridita, no estoy ocupado. Nunca estoy demasiado ocupado para ti. Ponla un poco más bajo, ¿quieres?

Ella disminuyó el volumen de la radio y se hundió en un sillón, frente a él, contemplándole. Sus movimientos eran desgarrados y contradictorios como los de un adolescente; había perdido la costumbre de moverse con desenvoltura, y aun, a veces, un ademán, un movimiento de su cabeza, mostraba una impaciencia seca, imperiosa, que se había empezado a desarrollar.

Miró a su tío. Detrás de sus lentes los ojos estaban serenos y tensos, pero inescrutables.

—¿Qué has estado haciendo, tío Ellsworth? He visto algo en los diarios acerca del triunfo en un gran pleito que estaba relacionado contigo. Me puse alegre. No he leído los diarios durante meses. ¿He estado tan ocupada...! No, esto no es cierto. He tenido tiempo, pero cuando vuelvo a casa no puedo hacer nada; me echo en la cama y en seguida me duermo. Tío, ¿la gente duerme tanto porque está cansada o porque quiere huir de algo?

—Eso no me suena como cosa tuya, querida... Nada de eso.

Movió la cabeza con expresión de impotencia:

—Ya sé.

—¿Qué pasa?

—Sospecho que no soy buena, tío —dijo, mirándose la punta de los zapatos, moviendo los labios, con esfuerzo. Levantó los ojos hacia él—: ¡Soy tan terriblemente desdichada!

Toohey la miró en silencio, el rostro serio, los ojos mansos. Ella susurró:

—¿Comprendes? —Él afirmó con la cabeza—. ¿No estás enojado conmigo? ¿No me desprecias?

—Querida, ¿cómo podría hacerlo?

—No quería decírtelo. Ni siquiera a mí misma. No es sólo esta noche, sino desde tiempo atrás. Déjame que te lo diga todo; no te asustes, tengo que decírtelo. Es lo mismo que hacer una confesión,

como acostumbraba antes, ¡oh!, no pienses que estoy volviendo a eso, pero es preciso tener a alguien que me escuche.

—Querida Katie, ante todo, ¿por qué estás tan asustada? No debes estarlo. No lo estarás por hablarme a mí. Cálmate, recóbrate y dime qué ha pasado.

Lo miró agradecida:

—¡Tú eres tan... sensible, tío Ellsworth! Ésa es una cosa que no quería decir, pero tú la suponías. Estoy asustada, porque... tú lo ves, me has dicho que me recobre. Y estoy asustada de mí misma, porque soy una perdida.

Él se rió, pero sin ofensa, cordialmente, destruyendo su confesión; pero ella no se rió.

—No, tío, es verdad. Trataré de explicártelo. Mira, siempre, desde que era chica, quería proceder bien. Acostumbraba a creer que todo el mundo lo hacía, pero ahora no pienso así. Algunas personas tratan de proceder lo mejor posible, aunque se equivoquen, pero otras ni se preocupan. Yo siempre me preocupé. Lo tomé muy seriamente. Sabía que cualquiera que fuera el buen camino, siempre hacía lo posible por seguirlo. Que es lo que todo el mundo hace, ¿no? Esto tal vez te suene terriblemente infantil.

—No, Katie, no me suena así. Continúa, querida.

—Bien; para empezar, sabía que era malo ser egoísta. De esto estaba segura. De manera que nunca pedía nada para mí misma. Cuando Peter desaparecía durante meses... No, no creo que apruebes esto.

—¿El qué, querida?

—Lo que hay entre Peter y yo. Así que no hablaré de eso. De cualquier forma no tiene importancia. Bueno, puedes ver por qué era tan feliz cuando vine a vivir contigo aquí. Estaba tan cerca del ideal del altruismo como nadie. Traté de seguirte lo mejor que pude. Pero elegí el trabajo que estoy haciendo. Nunca me dijiste, realmente, que debía elegirlo, pero me di cuenta de que pensabas así. No me preguntes por qué sentía así, no era nada tangible, no eran nada más que pequeñeces, como tú dices. Sabía que la infelicidad procede del egoísmo y que uno no puede encontrar la verdadera dicha más que dedicándose a los demás. Tú dijiste eso. ¡Tanta gente lo ha dicho! ¿Por qué los hombres más grandes de la Historia lo han estado diciendo durante siglos?

—¿Y qué?

—Bueno, fíjate en mí.

Su rostro quedó inmóvil, por un instante, después rió con alegría y dijo:

—¿Qué has hecho de malo, querida? Aparte de que tus medias no armonizan y de que podrías ser cuidadosa con el arreglo de tu cara.

—No te rías, tío Ellsworth. Por favor, no te rías. Yo sé que dices que debemos ser capaces de reírnos de cualquier cosa, especialmente de nosotros mismos. Sólo que... no puedo.

—No me río, Katie; pero ¿qué ocurre?

—Soy desdichada. Soy desdichada de un modo desagradable, horrible, indigno. De una manera que parece... inmundada. Y deshonesto. Paso días con miedo de mirarme a mí misma. Y eso es lo malo..., ser una hipócrita. Siempre quise ser honrada conmigo misma, pero no lo soy, no lo soy, no lo soy.

—Cállate, querida. No grites. Los vecinos podrían oírte.

Se pasó el dorso de la mano por la frente. Sacudió la cabeza y murmuró:

—Lo siento...

—Pero ¿por qué eres tan desdichada, querida?

—No sé. No puedo comprenderlo. Por ejemplo, yo fui quien dispuso las clases sobre los cuidados prenatales en «Clifford House». Fue idea mía, yo reuní el dinero, yo busqué la maestra. Las clases siguen muy bien. Me ilusioné creyendo que eso me haría feliz. Pero no es así. No me produce ningún consuelo. Me siento y me digo a mí misma: «Fuiste tú quien dispuso que una buena familia adoptara al niño de María González; ahora sé feliz». Pero no lo soy. No siento nada. Cuando soy sincera conmigo, siento que la única emoción que he experimentado durante años es la de sentirme cansada. No físicamente cansada. Cansada, simplemente. Es como si..., como si no hubiera nada en mí que aspirase a algo más.

Se quitó los lentes, como si la doble barrera de los suyos y los del tío le impidiesen llegar a él. Habló con voz más baja. Las palabras le salían con gran esfuerzo:

—Pero esto no es todo. Hay algo mucho peor que me está haciendo un mal terrible. He empezado a odiar a la gente, tío. He empezado a ser cruel, vil y despreciable como nunca lo había sido antes. Espero que la gente me esté agradecida. Yo... pido gratitud. Me siento halagada cuando la gente humilde se inclina, se humilla y me adula. Encuentro simpatía tan sólo en los que son serviles. Una vez..., una vez le dije a una mujer que ella no apreciaba lo que las personas como nosotros hacíamos por una basura como ella. Grité durante horas; después, ¡estaba tan avergonzada! Empiezo a resentirme cuando la gente discute conmigo. Me parece que no tienen ningún derecho a pensar por su cuenta, que yo sé las cosas mejor, que yo soy la autoridad final para ellos. Había una joven que nos preocupaba porque iba con un muchacho muy hermoso que tenía mala reputación. Durante semanas la torturé, diciéndole que la iba a engañar y que después la abandonaría. Bueno, se casaron y constituyen la pareja más feliz de todo el distrito. ¿Crees que estoy contenta? No, estoy furiosa y apenas soy amable con la chica cuando la encuentro. Había una muchacha que buscaba un empleo desesperadamente, la situación en su casa era terrible y le prometí conseguirle uno. Antes que yo se lo pudiese obtener, se consiguió ella misma un buen trabajo. Eso me disgustó. Quedé disgustada porque alguien salía de una mala situación sin mi ayuda. Ayer estaba hablando con un muchacho que quería ir a un colegio y yo le desanimaba diciéndole que consiguiese en cambio un buen trabajo. Estaba bastante enojada, además. Y, de súbito, me di cuenta de que era porque yo había deseado tanto ir al colegio, ¿te acuerdas?, tú no quisiste que fuera, y así se lo quería impedir a ese muchacho... ¿Lo ves, tío Ellsworth? Me estoy poniendo egoísta. Me estoy poniendo más egoísta que un ratero que le saca las monedas del bolsillo a las personas que tienen que dejarse explotar en las fábricas para ganarlas.

—¿Eso es todo? —preguntó él tranquilamente.

—Catherine cerró los ojos, y, mirando sus manos, dijo:

—Sí..., salvo que no soy la única. La mayoría de las mujeres que trabajan conmigo son así... No sé cómo tienen esa manera de ser... No sé cómo me ha ocurrido a mí... Solía sentirme feliz cuando ayudaba a alguien. Recuerdo una vez; había almorzado con Peter y en el camino de regreso vi un viejo organillero y le di cinco dólares que llevaba en mi bolso.

Era todo el dinero que tenía, lo había economizado Para comprar una botella de «Christmas

Night», deseaba muchísimo el «Christmas Night», pero después, cada vez que pensaba en el organillero, me sentía feliz... Veía a Peter a menudo por aquellos días... Si volvía a casa después de verlo, sentía deseos de besar todos los muchachos harapientos de los alrededores... Creo que ahora odio a los pobres... Creo que todas las demás mujeres hacen lo mismo... Pero los pobres no nos odian como deberían. Nos desprecian solamente... Imagínate qué gracioso; el amo es el que desprecia a los esclavos y los esclavos odian al amo. No sé quién es quién. Puede ser que aquí no sea así. Puede ser que sea. No sé...

Levantó la cabeza con un último ademán de rebelión.

—¿No ves qué es lo que tengo que comprender? ¿Por qué comienzo con honradez a hacer lo que creo que es honesto y me transformo en una canalla? Creo que es porque soy depravada por naturaleza e incapaz de llevar una buena vida. Ésta me parece la única explicación. Pero..., pero a veces pienso que carece de sentido el hecho de que un ser humano desee con absoluta sinceridad hacer bien y que, sin embargo, no pueda lograrlo. No puedo ser tan mala, pero..., pero he perdido la esperanza de todo, no me queda ningún deseo, no tengo nada que me pertenezca..., y soy una miserable. Y así son las otras mujeres como yo. Yo no conozco una sola persona altruista en el mundo que sea feliz a excepción de ti.

Dejó caer la cabeza y no volvió a levantarla; parecía indiferente a la respuesta que estaba buscando.

—Katie —dijo él dulcemente, t con reproche—, querida Katie...

Ella aguardaba en silencio.

—¿Quieres que realmente te dé la respuesta? Ella contestó afirmativamente con la cabeza.

—Porque tú misma te has dado la respuesta con las cosas que has dicho. ¿De qué has estado hablando? ¿Por qué te has estado lamentando? Porque eres desdichada. Por Katie Halsey y nada más. Ha sido el discurso más egoísta que he oído en mi vida. ¿No ves cuán egoísta has sido? Has elegido una noble carrera, no por el bien que puedes realizar, sino por la felicidad personal que puedes encontrar en ella.

—Pero yo realmente quiero ayudar a la gente.

—Porque pensabas que serías buena y virtuosa si hacías eso.

—Sí. Porque pensé que era lo bueno. ¿Es malo querer hacer el bien?

—Sí, si es tu principal preocupación. ¿No ves cuán egoísta es? ¡Al diablo todo el mundo mientras yo sea virtuosa!

—Pero si uno no tiene..., no tiene dignidad, ¿cómo puede ser algo?

—¿Por qué ser algo?

Ella extendió las manos, perpleja.

—Si tu ocupación principal es saber lo que eres, o lo que piensas, o lo que sientes, lo que tienes o lo que no tienes..., aún eres una egoísta común.

—Pero yo no puedo salirme de mi propio cuerpo.

—No, pero puedes salir fuera de tu estrecha alma. Debes dejar de querer ser algo. Debes olvidar la importancia de la señorita Catherine Halsey, porque, como lo ves, no es importante. Los hombres son importantes sólo respecto de los demás hombres, por la utilidad que representan. ¿Por qué hacer semejante tragedia cósmica porque has descubierto que tienes sentimientos crueles hacia la gente?

¿Qué importa? Uno no puede saltar de un estado de brutalidad animal a un estado de vida espiritual sin ninguna transición. Y algunos de ellos pueden parecer malos. Una hermosa mujer es generalmente primero una adolescente boba. Todo lo que crece pide destrucción. Tú no puedes hacer una tortilla sin cascar los huevos. Debes desear sufrir, ser cruel, deshonesto, sucio, cualquier cosa, querida, cualquier cosa para matar la más terca de todas las raíces: el yo. Y solamente cuando haya muerto, cuando ya no te preocupes, cuando hayas perdido la identidad y olvidado el nombre de tu alma, solamente entonces conocerás la felicidad de la cual te hablo, y las puertas de la grandeza espiritual se abrirán para ti.

—Pero, tío Ellsworth —murmuró—, cuando las puertas se abran, ¿quién va a entrar?

Se rió a carcajadas. Parecía una risa de aprecio.

—Querida, nunca pensé que pudieras sorprenderme. —Después su rostro se tornó serio otra vez—. Ha sido una frase inteligente, Katie; pero creo que no ha sido más que una frase inteligente.

—Sí —dijo ella titubeando—. Supongo que fue así. Sin embargo...

—No podemos ser tan liberales cuando manejamos abstracciones. Por supuesto eres tú la que entrará. No habrás perdido tu identidad; habrás adquirido, simplemente, una más amplia, una identidad que será parte de todos y del universo entero.

¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Parte de qué?

Ya ves cuán difícil es discutir estas cosas cuando nuestro lenguaje completo es el lenguaje del individualismo con todos sus términos y sus supersticiones. La identidad es una ilusión, tú lo sabes. Pero no puedes edificar una casa nueva con ladrillos viejos, desmoronados. No puedes comprenderme completamente por medio de las concepciones del presente. Estamos envenenados con la superstición del yo. No podemos saber lo que será bueno o malo en una sociedad altruista ni lo que sentiremos ni de qué manera. Debemos destruir primero el yo. Ésta es la causa por la cual el espíritu es tan poco digno de confianza. No debemos pensar. Debemos creer. Creer, Katie, aunque tu mente se oponga. No pensar. Creer. Confía en tu corazón, no en tu cerebro. No pienses. Siente. Cree.

Ella estaba sentada tranquila, compuesta, pero se parecía a algo que hubiese sido arrollado por un tanque. Dócilmente murmuró:

—Sí, tío Ellsworth..., yo..., yo no pensaba así. Quiero decir, que siempre creía que debía pensar... Pero tienes razón. Quiero decir, si la palabra que te quiero decir es justa, si hay una palabra... Sí, yo creeré... Trataré de comprender... No, no comprender...: sentir. Creer, quiero decir. Sólo que soy tan débil... Me siento siempre tan pequeña después que hablo contigo... Supongo que en una cosa tenía razón... Soy tan indigna... Pero no importa..., no importa...

Cuando a la noche siguiente sonó el timbre, el mismo Toohey salió a abrir la puerta. Sonrió cuando hizo pasar a Peter Keating. Esperaba que Keating lo viese después del juicio, sabía que tendría que ir. Pero lo esperaba antes.

Keating entró titubeante. Sus manos parecían demasiado pesadas para sus brazos. Sus ojos estaban inflamados y la piel de su cara parecía floja.

—¡Hola, Peter! —dijo Toohey alegremente—. ¿Quería verme? Entre. Tiene suerte. Tengo toda la tarde libre.

—No —dijo Keating—. Quería ver a Katie.

No miró a Toohey y no pudo ver su expresión detrás de los lentes. Éste exclamó:

—¿Katie? ¡Naturalmente! —respondió con viveza—. Como nunca ha venido a visitar a Katie, no se me ocurrió, pero... Entre, creo que está en casa. Por este lado. ¿No conoce su habitación? Segundo piso.

Keating se dirigió pesadamente al vestíbulo, golpeó en la puerta de Catherine y entró después que ella respondió. Toohey se quedó mirándolo cuando se fue, con el rostro pensativo. Catherine se puso en pie de un salto cuando lo vio. Se quedó atontada, incrédula, mirándolo un momento; después se lanzó a la cama para recoger una faja que había dejado allí, y la metió apresuradamente debajo de la almohada. Luego se quitó los lentes, los apretó en la mano y se los guardó en el bolsillo. Se preguntó qué sería mejor: quedarse como estaba o arreglarse la cara en su presencia.

No veía a Keating desde hacía seis semanas. En los últimos tres años se encontraban ocasionalmente a largos intervalos, habían comido juntos pocas veces y habían ido otras dos al cine. Siempre se habían visto en lugares públicos. Desde que conoció a Toohey, Keating no iba a visitarla. Cuando se encontraban, conversaban como si nada hubiese cambiado. Pero no hablaban de matrimonio desde hacía tiempo.

—¡Hola, Katie! —dijo Keating amablemente—. No sabía que usaras lentes.

—Nada más... que para leer..., yo... ¡Hola, Peter! Supongo que me hallarás horrible esta noche... Estoy encantada de verte...

Él se sentó de golpe, con el sombrero en la mano y el abrigo puesto. Ella se quedó sonriendo, desamparada. Después hizo con las manos un movimiento vago, circular y le preguntó:

—¿Es sólo por un momento o... quieres quitarte el abrigo?

—No, es por un momentito.

Keating se puso de pie, arrojó el abrigo y el sombrero sobre la cama, sonrió por primera vez y después le preguntó:

¿O estás ocupada y me quieres echar?

Apretó las palmas de las manos contra los ojos las dejó caer, luego, rápidamente. Ella lo encontró como siempre, y dijo como siempre:

—No, estoy completamente desocupada.

Keating estaba sentado y extendió el brazo, como haciendo una silenciosa invitación. Catherine fue hacia él, en seguida, puso su mano en la de él, y él la hizo sentar en el brazo del sillón.

La luz de la lámpara caía sobre él, y ella se había repuesto lo suficiente como para notar el aspecto del rostro de Keating.

—Peter —dijo—, ¿qué has hecho? Tienes una cara espantosa.

—Beber.

—¡No..., no digas eso!

—Sí, así es. Pero todo ha pasado.

—¿Qué ha sido?

—Quería verte a ti, Katie. Quería verte.

—Querido, ¿qué te han hecho?

—Nadie me ha hecho nada. Estoy bien ahora. Estoy bien porque he venido aquí... Katie, ¿has oído algo de Hopton Stoddard?

—¿Stoddard...? No sé. He visto el nombre en alguna parte.

—Bueno, no importa, no tiene importancia. Estaba pensando, solamente, qué extraño es. Imagínate, Stoddard es un viejo bastardo que no puede sostener más su propia podredumbre de manera que, para resarcirse de ello, edificó un inmenso regalo para la ciudad. Pero cuando yo..., cuando no me puedo sostener, la única manera de resarcirme es hacer lo que más me gusta, venir aquí.

—Cuando no puedes sostener... ¿qué, Peter?

—He hecho algo muy sucio, Katie. Te lo diré algún día, ahora no... Mira, ¿dirás que me perdonas sin preguntarme qué es? Yo creeré..., creeré que he sido perdonado por alguien que nunca me puede perdonar. Alguien que no puede ser herido y que, por lo tanto, no puede perdonar, pero que resulta peor para mí.

Ella le parecía perpleja y dijo con gravedad:

—Te perdono, Peter.

Él asintió varias veces con la cabeza, y dijo:

—Gracias.

Pero ella apretó su cabeza contra la de él y murmuró:

—Has pasado por el infierno, ¿verdad?

—Sí; pero ahora todo está bien.

Keating la atrajo a sus brazos y la besó. Después no pensó más en el «Templo de Stoddard» y ella no pensó más en el mal ni en el bien. No tenían necesidad, se sentían demasiado puros.

—Katie, ¿por qué no nos hemos casado?

—No sé —dijo, y agregó apresuradamente, porque su corazón estaba herido, porque no podía quedar callada y porque sentía la obligación de no tomar ventaja sobre él—. Supongo que es porque nos dimos cuenta de que no teníamos prisa.

—Pero la tenemos. Si ya no es demasiado tarde.

—Peter..., ¿me lo propones otra vez?

—No te asombres tanto, Katie. Si te asombros, sabré que lo has dudado todos estos años. Y yo no podría soportarlo. Esto es lo que he venido a decirte esta noche. Vamos a casarnos en seguida.

—Sí, Peter.

—No necesitamos anuncios, fechas, preparaciones, invitados, nada de eso. Hemos dejado que esas cosas nos detengan cada vez. Yo, sinceramente, no sé cómo ocurrió que dejásemos pasar las cosas así... No se lo diremos a nadie. Saldremos secretamente de la ciudad y nos casaremos. Lo anunciaremos y lo explicaremos después, si alguien quiere explicaciones. Con eso me refiero a tu tío, a mi madre y a todo el mundo.

—Sí, Peter.

—Deja tu condenado trabajo mañana. Yo arreglaré las cosas en la oficina para tomarme un mes. Guy se enfurecerá como el diablo, eso me hará gozar. Ten las cosas preparadas, no necesitarás mucho; no te molestes en cuanto al arreglo. A propósito, ¿dijiste que estabas horrible esta noche? Nunca me has parecido más hermosa. Estaré aquí a las nueve de la mañana, pasado mañana. Está lista para salir entonces.

—Sí, Peter.

Después que él se fue, Katie se echó en la cama sollozando fuerte, sin contención, sin dignidad,

sin preocuparse del mundo.

Ellsworth Toohey había dejado abierta la puerta del estudio. Había visto a Keating pasar por delante de la puerta sin mirar, y salir. Después oyó los sollozos de Catherine. Se encaminó hacia la habitación de ella y entró sin llamar.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Te ha ofendido Peter?

Ella se había incorporado en la cama, lo miraba, echó hacia atrás el pelo, sollozando alborozada. Dijo, sin pensar, la primera cosa que quería decir. Era algo que ella no comprendía pero que él entendió:

—¡Ya no tengo miedo, tío Ellsworth!

—¿Quién? —preguntó Keating, atónito.

—La señorita Françon —repitió la criada.

—Usted está borracha, ¡estúpida del diablo!

—¡Señor Keating...!

Se puso en pie, la apartó, voló al vestíbulo y vio que Dominique Françon estaba en su piso.

—¡Hola, Peter!

—¡Dominique...! Dominique, ¿qué ha sucedido? En su mezcla de rabia, aprensión, curiosidad y placer halagado, su primer pensamiento consciente fue dar gracias a Dios porque su madre no estuviera en la casa.

—Llamé por teléfono a su oficina. Me dijeron que había salido para su casa.

—Estoy tan encantado, tan agradablemente sor... ¡Caramba, Dominique!, ¿para qué hablar de eso? Siempre soy correcto para usted y usted está tan lejos de eso que resulta perfectamente absurda. De manera que no haré el papel de huésped sorprendido. Se imaginará que me he quedado atontado y cualquier cosa que diga probablemente será una estupidez.

—Sí, eso es mejor.

Keating se dio cuenta de que tenía aún una llave en su mano, y se la metió en el bolsillo. Había estado preparando la maleta para su viaje de novios del día siguiente. Dio un vistazo a la habitación y notó con disgusto cuán vulgares parecían sus muebles junto a la elegancia de Dominique. Llevaba un traje gris, abrigo de piel negra, cuyo cuello le llegaba a la cara, y un sombrero inclinado hacia abajo. No estaba como en la Audiencia ni como él recordaba haberla visto en las cenas. De súbito pensó, en aquel momento, años atrás cuando estaba en el descanso de la escalera, junto a la oficina de Françon y no quiso volver a ver nunca más a Dominique. Ella era lo que antes había sido: una extraña que lo atemorizaba por la vivacidad cristalina de su rostro.

—Siéntese, Dominique. Quítese el abrigo.

—No, no estaré mucho rato. Desde el momento que hoy no tenemos nada que ocultarnos puedo decirle a qué he venido. ¿O quiere antes una conversación de cortesía?

—No, no quiero una conversación de cortesía.

—Bien. ¿Quiere casarse conmigo, Peter?

Keating permaneció inmóvil, después se sentó súbitamente, porque se dio cuenta de que ella hablaba en serio.

—Si quiere casarse conmigo —confirmo con la misma voz, precisa e impersonal—, debe hacerlo ahora. Mi auto está abajo. Vamos a Connecticut y volvemos. Emplearemos tres horas.

—Dominique. —No pudo mover los labios más que para pronunciar su nombre. Pensaba que se había paralizado. Sabía que estaba violentamente vivo, que estaba forzando el estupor en sus músculos y dentro de su mente porque quería escapar a la responsabilidad de la conciencia.

—No estamos fingiendo, Peter. Generalmente la gente discute sus razones y sus sentimientos primero, hace los arreglos prácticos. Entre nosotros, éste es el único medio. Si se lo ofreciera de otra forma, estaría estafándole. Debe ser así. Sin preguntas, sin condiciones, sin explicaciones. Lo que no decimos se contesta por sí mismo. No es necesario decirlo. No tiene nada que considerar; solamente

si quiere o no.

—Dominique —dijo él con la concentración que sentía al andar por una viga desnuda en un edificio a medio construir—, sólo comprendo esto; que debo imitarla al no discutir, al no conversar. Sólo responder.

—Sí.

—Es que no puedo, casi.

—Éste es un momento en el que no hay defensa ninguna. Nada que se pueda ocultar. Ni siquiera palabras.

—Si dijera algo siquiera...

—No.

—Si me diese un poquito de tiempo...

—No. Bajamos ahora juntos, u olvidémoslo.

—No debe resentirse si yo... Nunca me permitió abrigar esperanzas, que yo pudiese..., no, no quisiera decirlo... pero ¿qué puede esperar que yo piense? Estoy aquí, solo, y...

—Yo soy también la única presente para aconsejarle. Mi consejo es que rechace mi proposición. Soy honrada con usted, Peter. Pero no le ayudaré retirando la oferta. Usted hubiera preferido no tener la oportunidad de casarse conmigo. Pero la tiene. Ahora la elección está a su cargo.

Él no pudo conservar más su dignidad. Dejó caer la cabeza y apretó los puños contra las sienes.

—Dominique... «¿por qué?».

—Usted conoce las razones. Se las dije una vez, hace tiempo. Si no tiene el valor de recordarlas, no espere que se las repita.

Se quedó inmóvil, con la cabeza gacha. Después dijo:

—Dominique, dos personas como nosotros se van a casar; es casi un acontecimiento para la primera página de los diarios.

—Sí.

—¿No sería mejor hacerlo adecuadamente, con un anuncio y una verdadera ceremonia nupcial?

—Yo soy fuerte, Peter, pero no tan fuerte como para eso. Usted puede después encargarse de las recepciones y de la publicidad.

—¿Y no me permite que diga nada ahora, nada más que sí o no?

—Eso es todo.

Se quedó contemplándola largo rato. La mirada de ella estaba en sus ojos, pero no tenía más realidad que la mirada de un retrato. Se sintió solo en la habitación. Ella permaneció esperando, paciente, sin concederle nada.

—Esta bien, Dominique. Sí —dijo al fin. Ella inclinó la cabeza gravemente. Keating se levantó.

—Me pondré el abrigo. ¿Quiere que vayamos en su auto?

—Sí.

—¿Sin equipajes? ¿Volveremos a la ciudad?

—Volveremos inmediatamente.

Él dejó abierta la puerta que daba al vestíbulo y ella le vio ponerse el abrigo y arrollarse la bufanda al cuello como quien se coloca una capa sobre los hombros. Fue hasta la puerta del *living* sombrero en mano, y la invitó a salir, con un movimiento de cabeza. Apretó el botón del ascensor y

se retiró para darle paso a ella primero. Estaba seguro de sí mismo, sin alegría, sin emoción. Parecía más fríamente varonil de lo que había sido antes.

La tomó del brazo, firme, protectoramente, para cruzar la calle hasta donde ella había dejado el coche. Abrió la puerta, dejó que ella se colocara junto al volante y él se situó silenciosamente a su lado. Ella se inclinó del lado de Keating y ajustó el parabrisas.

—Si no está bien —le dijo—, póngalo como quiera cuando estemos en marcha, de modo que no sienta demasiado frío.

Repentinamente desapareció el antagonismo entre ellos, y ya no hubo más que un tranquilo, desesperanzado sentimiento de camaradería, como si fueran víctimas de un mismo desastre impersonal y debieran ayudarse entre sí. Ella conducía a gran velocidad como de costumbre y a veces aceleraba la marcha sin ninguna necesidad. Permanecieron silenciosos en medio del zumbido uniforme del motor, y pacientes, sin cambiar la posición de los cuerpos cuando el coche tenía que detenerse a causa de las señales. Parecían arrastrados por una misma corriente de movimiento, por una bala que no pudiese ser detenida en su carrera. En las calles veíanse las primeras señales del anochecer. El pavimento parecía amarillo. Un cine había iluminado su letrero y las rojas lamparillas alternaban sus luces haciendo desaparecer las últimas del día y dando más oscuridad a la calle.

Peter Keating no sentía ninguna necesidad de hablar. Parecía que ya no era Peter Keating. Ya no pedía cariño ni piedad. No pedía nada. Ella pensó en ello, una vez, y lo miró; era una mirada de apreciación casi gentil. Él la miraba constantemente a los ojos por el espejo. Dominique lo advirtió, pero no hizo comentarios.

Estaban fuera de la ciudad, en un camino frío y oscuro que se extendía ante ellos, cuando Keating habló:

—Los agentes de tráfico son muy exigentes por aquí. ¿Lleva el carnet de periodista para el caso de que nos detengan?

—No soy periodista ya.

—¿Dejó el empleo?

—No, me echaron.

—¿Qué me está diciendo?

—¿Dónde ha estado estos últimos días? Yo creí que todo el mundo lo sabía.

—Lo siento. No he seguido muy bien las noticias estos últimos días.

Algunas millas después ella dijo:

—Deme un cigarrillo. Están en mi cartera. Peter abrió la cartera y vio la caja de cigarrillos, un estuche de polvos, el lápiz para los labios, un peine, un pañuelo doblado, demasiado blanco para tocarlo, débilmente oloroso con el perfume que emanaba de ella. Algo dentro de sí mismo pensó que era lo mismo que desabrocharle la blusa, pero el resto de su ser no tenía conciencia de aquel pensamiento ni del íntimo sentimiento posesivo con que abrió la cartera. Tomó un cigarrillo, lo encendió, se lo quitó de la boca y se lo puso en la de ella.

—Gracias —dijo Dominique.

Cuando llegaron a Greenwich, era él el que hacía las preguntas y decía por dónde debían ir. Doblaron en una esquina y él dijo:

—Aquí es.

Peter descendió primero y la ayudó a bajar del coche. Apretó el botón del timbre.

Se casaron en un *living* que ostentaba sofás de gastada tapicería azul y púrpura y una lámpara con flecos. Los testigos eran la esposa del juez y una mujer de la casa contigua llamada Chuck, que había sido interrumpida en sus tareas domésticas y olía ligeramente a jabón de lavar.

Volvieron al auto y Keating le preguntó:

—¿Estás cansada? ¿Quieres que conduzca?

—No, conduciré yo —dijo ella.

El camino que llevaba a la ciudad atravesaba campos secos y, hacia el lado del Oeste, cada cosa que se elevaba del suelo tenía una sombra de rojo fatigado. Una niebla purpúrea cubría las orillas de los campos y formaba inmóviles rayas rojas en el cielo. Pocos coches se cruzaban con ellos, como formas oscuras, todavía visibles; otros tenían las luces encendidas; dos molestos puntos amarillos.

Keating vigilaba el camino. Parecía estrecho: un pequeño guión en medio del parabrisas, limitado por tierras y colinas; todo ello aparecía en el rectángulo del vidrio que tenía delante. El camino ocupaba el vidrio y se abría para dejarlos pasar, corriendo en dos bandas grises a ambos lados del auto.

—¿Dónde viviremos ahora, al principio? —preguntó él—. ¿En tu casa o en la mía?

—En la tuya, se entiende.

—Yo preferiría mudarme a la tuya.

—No. Voy a dejar mi departamento.

—Posiblemente no te gustará el mío.

—¿Por qué no?

—No sé. No es adecuado para ti.

—Me gustará.

Estuvieron un rato silenciosos; después él preguntó:

—¿Cómo lo anunciaremos ahora?

—Del modo que más te guste. Te lo dejo a ti. Se iba poniendo más oscuro y ella encendió las luces de los faros. Él observaba los pequeños borrones de los indicadores de tránsito, que de pronto aparecían, a la vista, al borde del camino, conforme se acercaban, indicando: «Doble a la izquierda», «Cruce al frente» en tildes de luz que parecían guiñar conscientes, malévolos.

Marchaban en silencio, pero ya no había lazos de unión en aquel silencio, no marchaban juntos al desastre; el desastre había ocurrido; el valor ya no interesaba. Él se sentía incómodo e indeciso, como se sentía siempre en presencia de Dominique Françon.

Volvió la cabeza para mirarla. Ella tenía los ojos puestos en el camino. Su perfil, contra el viento frío, era sereno y remoto, de una hermosura difícil de soportar. Le miró las enguantadas manos, que permanecían firmes, una a cada lado del volante. Miró hacia abajo, al fino pie que estaba sobre el acelerador; después sus ojos siguieron la línea de la pierna. Su mirada se detuvo en el estrecho triángulo que formaba su falda gris estirada. De pronto se dio cuenta de que tenía derecho a pensar lo que estaba pensando.

Por primera vez la realidad del matrimonio se le ocurrió total y consciente. Entonces comprendió que siempre había querido a aquella mujer, pero que su sentimiento era el que podía experimentar por una prostituta, un sentimiento desesperado, vicioso. «Mi esposa», pensó por primera vez, sin una

traza de respeto en la palabra. Sintió un deseo violento.

Pasó la mano por detrás del asiento y rodeó su espalda, tocándola apenas con los dedos. Ella no se movió, ni se molestó, ni se volvió para mirarle. Sacó su brazo y se quedó mirando al frente.

—Señora de Keating —dijo en voz baja, sin dirigirse a ella, tan sólo como el reconocimiento de un hecho.

—Señora de Peter Keating —dijo ella. Cuando se detuvieron frente a la casa de Peter, él bajó y le abrió la puerta, pero ella siguió sentada al volante.

—Buenas noches, Peter. Te veré mañana. —Y agregó, antes que la expresión del rostro de Peter se tornase en una blasfemia obscena—: Enviaré mañana mis cosas y entonces lo discutiremos todo. Todo empezará mañana, Peter.

—¿Adónde vas?

—Tengo que arreglar algunas cosas.

—Pero ¿qué diré a la gente esta noche? Dominique se encogió de hombros.

—Lo que quieras, si tienes algo que decir. Puso en marcha el automóvil y se alejó.

Cuando aquella noche entró en la habitación de Roark, él se sonrió. No era la sonrisa débil y habitual con que reconocía que la estaba esperando, sino una sonrisa que habla de espera y de dolor.

No la había visto desde el día del juicio. Ella había abandonado la sala de Audiencia después de su declaración, y él no había tenido noticias de ella desde entonces. Había ido a su casa, pero la sirvienta le había dicho que la señorita Françon no podía recibirlo.

Lo miró y se sonrió. Era, por primera vez, como un gesto de aceptación, como si la presencia de él resolviera todas las cosas, contestara todas las preguntas.

Estuvieron callados, uno frente al otro, y ella pensó que las palabras más hermosas eran aquellas que ni eran necesarias.

Cuando él se movió, le dijo:

—No hablemos nada del juicio. Después.

La mañana siguiente ella lo observó cómo se movía por la habitación. Vio la agotada lasitud de sus movimientos; pensó en lo que le había quitado y la pesadez de sus manos le dijo que su propia fuerza estaba ahora en sus nervios, como si se hubiese cambiado la energía.

Él permaneció en el otro extremo de la habitación, de espaldas a ella, por un instante, y entonces le dijo con voz tranquila y baja:

—Roark.

Se volvió hacia ella como si hubiese esperado y quizás adivinado el resto.

Ella estaba en mitad de la habitación, como había estado en su primera noche, solemnemente compuesta para la realización de un rito.

—Te quiero, Roark.

Era la primera vez que decía esto. Vio en el rostro de Roark el reflejo de sus próximas palabras antes de haberlas pronunciado.

—Me casé ayer. Con Peter Keating.

Habría resultado más fácil si hubiese visto a un hombre que retorció su boca para sofocar un sonido, cerrando sus puños y retorciéndolos en defensa de sí mismo. Pero no fue fácil, porque no le vio hacer eso; sin embargo, se dio cuenta de que lo estaba haciendo, sin el consuelo de un gesto

físico.

—Roark... —murmuró dulcemente asustada.

—Estoy bien —dijo él. Después agregó—: Por favor, espera un momento... Está bien, continúa.

—Roark, antes de conocerte siempre había temido algo que se te asemejara, porque sabía que tendría que ver lo que ocurrió en la sala de Audiencia y que tendría que hacer lo que hice. Me disgustó hacerlo porque defenderte era insultarte y era un insulto para mí misma el que tú tuvieses necesidad de ser defendido... Roark, no puedo aceptar nada, excepto aquello que parezca más fácil para la mayoría de la gente: el término medio, el casi, el más o menos, el entre uno y otro. Ellos pueden tener sus justificaciones. No sé. No quiero averiguarlo. Sé que es la única cosa que no me ha sido dado comprender. Cuando pienso en lo que eres, no puedo aceptar ninguna realidad salvo la de un mundo de tu especie. O, al menos, un mundo en el cual tengas oportunidad de luchar en un combate en tus propios términos. Eso no existe. Y yo no puedo vivir una vida dividida entre lo que existe y... tú. Significaría luchar contra cosas y hombres que no merecen ser tus adversarios. Tu lucha, usando sus métodos... eso es una profanación demasiado horrible. Significaría hacer para ti lo que he hecho para Peter Keating: mentir, halagar, evadir, comprometer, hacer de celestina con todos los ineptos, para rogarles que te den una ocasión, que te permitan vivir, trabajar rogarles; Roark; no reírse de ellos, y temblar porque tienen el poder de herirte. ¿Soy demasiado débil porque no puedo hacer esto? No sé cuál es la fuerza mayor: aceptar todo esto para ti... o amarte tanto que lo demás sea inaceptable. No sé. Te quiero demasiado.

La contempló aguardando. Ella sabía que Roark lo había comprendido desde hacía tiempo, pero tenía que decirlo.

—Tú no te das cuenta de lo que son ellos. Yo no puedo evitarlo. Te quiero. El contraste es demasiado grande, Roark; tú no ganarás, ellos te destruirán, pero yo no estaré aquí para verlo. Me habría destruido a mí misma antes. Éste es mi único gesto de abierta protesta. ¿Qué más podría ofrecerte? ¡Las cosas que la gente sacrifica son tan pequeñas! Te daré mi matrimonio con Peter Keating. No me permitiré la dicha en este mundo. Llevaré el sufrimiento conmigo. Ésta será mi contestación a ellos y mi ofrenda para ti. Probablemente no volveré a verte. Trataré de que no ocurra, pero viviré para ti en cada minuto, en cada acto vergonzoso que haga; viviré para ti a mi propia manera, en la única manera que pueda.

Él hizo ademán de hablar, y ella dijo:

—Espera. Déjame terminar. Tú puedes decir: ¿Por qué no te matas entonces? Porque te amo. Porque tú existes. Esto solo es bastante para que no me mate. Y puesto que debo vivir, para saber que tú vives, viviré en el mundo así con la forma de vida que esto demanda. No término medio, sino completamente. No suplicando y huyendo de esto, sino saliendo a buscarlo, sufriendo el dolor y la fealdad, siendo la primera en elegir lo peor. No como la esposa de un ser humano medio decente, sino la esposa de Peter Keating. Y solamente dentro de mi propia mente, sólo donde nadie pueda tocarlo, manteniéndolo sagrado, bajo la protección del muro de mi propia degradación, estará el pensamiento en ti y el conocimiento de ti, y me diré a mí misma «Howard Roark», de cuando en cuando, y sentiré que mereceré decirlo.

Se quedó delante de él con la cara levantada. Sus labios no estaban contraídos, sino suavemente cerrados, aunque la forma de la boca era demasiado precisa en su rostro, una forma de dolor, de

ternura y de resignación.

Vio en su rostro sufrimientos que habían envejecido como si hubiesen sido parte de él durante mucho tiempo, porque eran aceptados y se parecían, no a una herida, sino a una cicatriz.

—Dominique, ¿y si te dijese ahora que anulases ese matrimonio, de súbito, que olvidases el mundo, mi lucha, que no sintieses ira, ni preocupación, ni esperanza, sino que vivieses para mí por la necesidad que tengo de ti, como esposa, como mi propiedad...?

Él vio en su rostro lo que ella había visto en el suyo cuando le habló del matrimonio, pero no estaba atemorizado y lo observaba con calma.

Después de un momento ella contestó, y las palabras no procedían de sus labios; era como si sus labios estuvieran forzados a unir los sonidos que venían de afuera:

—Te obedecería.

—Ahora ves por qué no quiero hacerlo. No trataría de detenerte. Te quiero, Dominique. —Ella cerró los ojos, y él continuó—: ¿Preferirías no haberlo escuchado ahora? Pero quería que lo oyeses. Nosotros no necesitamos decirnos nada cuando estamos juntos. Esto es para cuando no estemos juntos. Te quiero, Dominique. Con tanto egoísmo como el hecho de que yo existo. Con tanto egoísmo como mis pulmones respiran aire. Yo respiro para alimentar mi cuerpo, para mi propia supervivencia, para mis propias necesidades. Te hubiese dado no mi sacrificio ni mi piedad, sino mi propio yo y mi desnuda necesidad. Ésta es la única forma en que puedes desear ser amada. Éste es el único modo en que quiero amarte. Si te casaras conmigo ahora, yo representaría toda tu existencia, pero entonces no te querría. Tú no te querrías a ti misma y así no me querrías mucho tiempo. Para decir: «Yo te amo», uno debe saber primero cómo decir «yo». El sometimiento que podría obtener de ti no me daría ahora nada más que un armatoste. Si te lo pidiese, te habría destruido. Por eso no quiero detenerte. Te dejaré ir con tu marido. No sé cómo viviré esta noche, pero viviré. Te quiero enteramente, como yo soy, como permaneceré en la batalla que he elegido. Una batalla no es altruista nunca.

Ella escuchó la mesurada tensión de sus palabras; era para él más duro pronunciarlas que para ella escucharlas. De modo que las escuchó.

—Debes aprender a no temer al mundo. No ser apresada por él como estás ahora. No ser herida por él como te ocurrió en la Audiencia. No puedo ayudarte. Tú tienes que encontrar tu propio camino. Cuando lo encuentres, volverás hacia mí. Ellos no te destruirán, Dominique. Y no te destruirán... Tú triunfarás, porque has elegido el camino más arduo para liberarte del mundo. Yo te esperaré. Te quiero. Lo digo por todos los años que tendremos que esperar. Te quiero, Dominique.

Después la besó y la dejó partir.

A las nueve de aquella mañana, Peter Keating estaba paseando por su habitación, con la puerta cerrada con llave. Olvidó que eran las nueve y que Catherine lo estaba esperando. Se había olvidado de ella y de lo que significaba.

Tenía cerrada la puerta de su habitación para protegerse de su madre. La noche anterior, al ver su furiosa intranquilidad, lo había forzado a decir la verdad. Le dijo que se había casado con Dominique Françon y agregó, a modo de explicación, que Dominique se había ido de la ciudad para anunciar el casamiento a unos parientes viejos. Su madre estuvo tan ocupada con los suspiros de alegría y con las preguntas, que él logró ocultar su pánico; no tenía la certidumbre de que su esposa volviera por la mañana.

Le prohibió a su madre anunciar la nueva, pero ella hizo algunas llamadas telefónicas por la noche y algunas más por la mañana, y el teléfono sonaba constantemente, con voces ansiosas que preguntaban: «¿Es verdad?», derramando sonidos de asombro y de felicidad. Atendiendo a los nombres y a la posición de las personas que hablaban, Keating podía apreciar cómo se extendía la noticia en los vastos círculos de la ciudad. No quiso acudir al teléfono. Le pareció que cada rincón de Nueva York estaba anegado con la celebración y que él solo, oculto en el hermético arcón de su pieza, estaba frío, perdido y aterrado.

Era casi mediodía cuando sonó el timbre y se llevó las manos a los oídos para no saber quién era y qué quería. Entonces oyó la voz de su madre, estridente de alegría, que parecía embarazada y tonta:

—Peter querido, ¿no quieres salir a besar a tu esposa?

Saltó al vestíbulo y allí encontró a Dominique quitándose su abrigo de visón. Su piel arrojaba a las narices una ola de aire frío de la calle impregnado de perfume. Sonreía con corrección y mirándole le dijo:

—Buenos días, Peter.

Él sintió alivio por un instante, y revivió en aquel momento todas las llamadas telefónicas, y sintió el triunfo al cual le daban derecho. Se movió como un hombre en la arena de un estadio abarrotado; sonrió como si sintiera el rayo de un arco de luz jugueteando en los pliegues de su sonrisa y dijo:

—¡Querida Dominique, es como un sueño que se hace realidad!

Dominique pareció alegrarse y dijo:

—Lamento que no me hayas llevado en brazos a través del umbral, Peter.

Él no la besó, pero la tomó del brazo y le besó la mano con una ternura íntima y casual. Vio que su madre estaba allí y dijo con gesto de triunfo:

—Mamá..., Dominique Keating.

Vio que su madre la besaba. Dominique le devolvió los besos gravemente.

La madre de Peter decía con palabras entrecortadas:

—¡Querida, soy tan feliz, tan feliz, tan feliz...! ¡Dios la bendiga; no tenía idea de que fuera tan hermosa!

Peter no sabía qué hacer, pero Dominique lo dispuso simplemente, sin darles tiempo para que se sorprendieran. Entró en el *living* y dijo:

—Primero almorzaremos y después me mostraré la casa, Peter. Mis cosas estarán aquí dentro de una hora, más o menos.

La señora de Keating resplandeció de alegría:

—El almuerzo está listo para los tres, señorita Fran... —Se detuvo—. Querida, ¿cómo debo llamarla? Señora de Keating o...

—Dominique, por supuesto —contestó sin sonreírse.

—¿Vamos a anunciar, a invitar a alguien, a...? —empezó a decir Keating.

Pero Dominique le interrumpió:

—Después, Peter. Se anunciará solo.

Más tarde, cuando llegó el equipaje, vio que ella andaba por el dormitorio sin titubear. Dio órdenes a la criada acerca de cómo debía colgar su ropa, y le pidió que la ayudase.

La señora Keating miraba confundida.

—Pero, chicos, ¿no vais a salir? Todo ha sido repentino y romántico, pero... ¿no vais a tener luna de miel?

—No —repuso Dominique—. No quiero alejar a Peter de su trabajo.

—Es temporal, por supuesto, Dominique. Tendremos que mudarnos a otro piso más grande. Quiero que tú lo elijas.

—¿Por qué? No —dijo ella—. No creo que sea necesario. Nos quedaremos aquí.

—Me mudaré yo —ofreció generosamente la madre, sin pensar, apurada por el temor dominante que sentía ante Dominique—. Buscaré un pequeño alojamiento para mí.

—No —agregó Dominique—. Preferiría que no lo hiciese. No quiero cambiar nada. Quiero acomodarme así a la vida de Peter.

—¡Qué amable es usted! —dijo la madre, sonriendo, mientras Peter pensaba que no era una buena idea la de Dominique.

La señora Keating se dio cuenta de que cuando se hubiese recobrado odiaría a su nuera. Podía haber aceptado su arrogancia, pero no podía perdonarle su grave fineza.

El teléfono sonó. El jefe de dibujantes de la oficina de Keating le felicitó y le dijo:

—Acabamos de saberlo, Peter, y Guy está completamente pasmado. Yo creí que usted iba a llamarle, o venir aquí, o algo por el estilo.

Keating corrió a la oficina, contento de escapar de su casa por un momento. Entró con la perfecta figura resplandeciente de un joven amante. Sonrió y estrechó manos en la sala de dibujo, entre las felicitaciones efusivas y algunas alusiones licenciosas. Después se encaminó apresuradamente hacia la oficina de Françon.

Cuando entró, se sintió extrañamente culpable un instante, y vio la sonrisa en la cara de Françon, una sonrisa como una bendición. Le golpeó cariñosamente las espaldas a Françon y murmuró:

—¡Soy tan feliz, Guy, tan feliz...!

—Siempre lo esperé —dijo Françon tranquilamente—, pero ahora estoy contento. Ahora es justo que todo sea suyo, toda esta habitación, todo, en seguida.

—¿Qué me está diciendo?

—Vamos, usted puede comprender. Estoy cansado, Peter. Usted sabe, llega el tiempo en que uno se siente cansado en forma terminante, y entonces... No, usted no comprendería, es demasiado joven.

Pero ¡diablos!, Peter, ¿para qué sirvo yo aquí? Lo curioso de todo esto es que no puedo ni siquiera preocuparme por ser de alguna utilidad... Me gusta ser sincero, a veces. Es una hermosa clase de sentimientos... Bueno, de cualquier modo, tardaré un año o dos, pero después me retiraré. Después, todo será suyo. Podría divertirme quedándome aquí un poquito más..., me gusta el lugar..., es muy frecuentado..., se está tan bien, la gente nos respeta..., era una buena firma, «Françon y Heyer», ¿no era así? ¿Qué diablos estoy diciendo? «Françon y Keating». Después será sólo «Keating»... Peter —preguntó amablemente—, ¿por qué no parece feliz?

—Naturalmente que soy feliz, estoy muy agradecido por todo eso; pero ¿por qué tiene que pensar en retirarse, ahora?

—No quiero decir eso. Lo que quiero decir es: ¿Por qué no se siente satisfecho cuando le digo que todo será suyo? Me hubiera gustado... que esto le hubiera hecho dichoso.

—¡Por el amor de Dios, Guy, se está volviendo flojo...!

—Esto es muy importante para mí..., que se sienta feliz con lo que le digo. Tendría que sentirse orgulloso. Y no lo está, no lo está, Peter, ¿por qué?

—Bueno, ¿quién no lo estaría?

No miró a Françon. No podía soportar el tono de súplica de su voz.

—Sí, ¿quién no lo estaría? Naturalmente... Y usted, ¿lo está, Peter?

—¿Qué quiere usted? —preguntó Keating.

—Quiero que se sienta orgulloso de mí, Peter —contestó Françon, humilde, simple, desesperadamente—. Quiero saber que yo he cumplido con algo. Quiero sentir que algún significado tuvo mi vida. Al fin de cuentas, quiero estar seguro de que nada ha sido inútil.

—¿No está seguro de eso? ¿No está seguro? Los ojos de Keating eran asesinos, como si Françon hubiese sido, de súbito, un peligro para él.

—¿Qué pasa, Peter? —preguntó suavemente, con indiferencia.

—¡Vaya al diablo, no tiene derecho a no estar seguro! A su edad, con su nombre, con su prestigio, con su...

—Quiero estar seguro, Peter. He trabajado muy duramente.

—¡Pero no está seguro! —Se había puesto furioso y estaba asustado, de manera que quería herir, y arrojó con fuerza la única cosa que más podía herirle, olvidando que se hería a sí mismo, no a Françon, que Françon no lo sabría, nunca lo había sabido, ni siquiera sospechado—: Bueno, conozco a alguien que estará seguro al fin de su vida; estará tan completamente seguro que por eso me gustaría cortarle su condenado cuello.

—¿Quién? —preguntó Françon, tranquilo, sin interés.

—¡Guy! ¡Guy! ¿Qué pasa entre nosotros? ¿De qué estamos hablando?

—No sé —respondió. Parecía cansado. Aquella noche, Françon fue a cenar a casa de Keating. Estaba vestido con mucha elegancia y resplandecía con su vieja galantería cuando besó la mano de la señora de Keating. Pero se puso serio cuando felicitó a Dominique y no halló nada que decirle; tenía una mirada suplicante cuando la miró a la cara. En lugar de la burla brillante y cortante que esperaba, encontró comprensión. Ella no dijo nada, pero se inclinó y le besó la frente un segundo más de lo que la formalidad requería. Françon sintió una cálida ola de gratitud, y entonces se asustó.

—Dominique —murmuró; los otros no podían oírlo—, ¡qué terriblemente desgraciada debes de

ser...!

Ella se rió, alegre, tomándole del brazo:

—¿Por qué, papá? ¿Cómo puedes decir eso?

—Perdóname —suplicó—, soy bastante estúpido. Esto es maravilloso...

Las amistades fueron aquella noche sin ser invitadas y sin anunciarse. Todos los que habían oído la noticia se sentían privilegiados y fueron. Keating no sabía si se alegraba de verles o no. Todo parecía bien mientras duraba la alegre confusión. Dominique se comportaba exquisitamente. Él no notó un solo gesto de sarcasmo en sus modales.

Era tarde cuando partió el último huésped, y ellos se quedaron solos entre los ceniceros llenos y las copas vacías. Estaban sentados en los extremos opuestos del *living*, y Keating trataba de retrasar el momento de pensar en lo que tenía que pensar en aquel instante.

—Está bien, Peter —dijo ella, levantándose—. Quitémonos esta preocupación de encima.

Cuando estuvo en la oscuridad, junto a ella, y cumplió su deseo, se quedó más hambriento que nunca, porque el cuerpo inmóvil de Dominique no había reaccionado, ni siquiera con asco. Estaba derrotado en el único acto de maestría que había esperado imponerle.

Las primeras palabras que murmuró fueron:

—Vete al diablo.

De parte de ella no sintió ningún movimiento. Entonces recordó el descubrimiento borrado de su mente por los momentos de pasión.

—¿Quién fue él? —preguntó.

—Howard Roark —respondió ella.

—Está bien —dijo él.

Encendió la luz. La vio que yacía todavía desnuda, con la cabeza hacia atrás. Su rostro era tranquilo, inocente, puro. Mirando al techo, con voz gentil, le dijo:

—Peter, puedo hacer esto..., puedo hacer cualquier cosa ahora...

—Si crees que voy a molestarte a menudo, si ésa es tu idea de...

—Tan a menudo o tan raramente como tú quieras, Peter.

A la mañana siguiente, al entrar en el comedor para tomar el desayuno, Dominique encontró una caja de flores, larga y blanca, colocada sobre su plato.

—¿Qué es esto? —le preguntó a la sirvienta.

—La han traído esta mañana, señora, con instrucciones de ponérsela sobre la mesa del desayuno.

La caja estaba dirigida a la señora de Keating. Dominique la abrió. Contenía frescas ramas de lilas blancas, que en aquella época del año eran más extravagantemente lujosas que las orquídeas. Había una tarjetita con un nombre inscrito con grandes letras que todavía conservaban la calidad del movimiento precipitado de la mano, como si las letras se estuviesen riendo todavía en la cartulina: «Ellsworth M. Toohey».

—¡Qué hermoso! —dijo Keating—. Estoy asombrado de que no hayamos sabido nada de él ayer.

—Haga el favor de ponerlas en agua, Mary —ordenó Dominique, entregándole la caja a la criada.

Por la tarde, Dominique le habló por teléfono a Toohey para invitarlo a cenar.

La cena se celebró unos días más tarde. La madre de Keating fingió algunos compromisos

previos y se fue. Se lo explicó a sí misma convenciéndose de que necesitaba tiempo para irse acostumbrando al nuevo orden de cosas. De manera que había sólo tres cubiertos preparados sobre la mesa del comedor, velas en candelabros de cristal y un centro de mesa de flores azules.

Cuando Toohey entró, se inclinó hacia los anfitriones con un ademán característico de las recepciones cortesanías. Dominique parecía una dueña de casa aristocrática, que siempre hubiera sido tal, a la que era imposible imaginarse en forma diferente.

—¿Qué le parece, Ellsworth? ¿Qué le parece? —preguntó Keating con un ademán que abarcaba el vestíbulo, el aire y a Dominique.

—Mi querido Peter, dejemos a un lado lo evidente. Dominique pasó al *living*. Llevaba un vestido de noche que consistía en una blusa blanca de satén cortada en forma de chaqueta de hombre y una falda larga negra, sencilla como su lustroso cabello. Un estrecho cinturón parecía confirmar que dos manos podían abarcarla completamente o dividir su figura en dos, sin mucho esfuerzo. Las mangas, cortas, dejaban sus brazos al desnudo, y llevaba una sencilla pulsera de oro, demasiado grande y pesada para la delgada muñeca. Tenía una apariencia de elegancia convertida en perversión, un aire de madurez astuta y peligrosa, pese a su rostro de muchacha muy joven.

—Ellsworth, ¿no es maravilloso? —dijo Keating mirando a Dominique como quien mira la anotación de un gran depósito en el Banco.

—No menos de lo que yo esperaba —agregó Toohey—. Y nada más, Peter.

En la mesa, Keating habló casi exclusivamente; parecía dominado por el delirio de charlar. Se volvía conversando con el abandono sensual de un gato que juega.

—En realidad, Ellsworth, fue Dominique quien le invitó; yo no le pedí que lo hiciera. Usted es nuestro primer invitado de honor. Yo creo que es maravilloso. Mi esposa y mi mejor amigo. Yo siempre tuve la estúpida idea de que Dominique y usted no se querían. ¡Sabe Dios de dónde saqué esta idea! Pero esto me hace inmensamente feliz... Los tres juntos...

—Entonces, usted no cree en las matemáticas, ¿verdad, Peter? ¿Por qué está sorprendido? La combinación de ciertos números tiene que dar ciertos resultados determinados. Dadas tres entidades como Dominique, usted y yo, ésta tenía que ser la suma inevitable.

—Dicen que tres es una multitud —dijo Keating, sonriendo—. Pero es una tontería. Dos es mejor que uno y, a veces, tres es mejor que dos; depende.

—La única cosa equivocada en ese viejo dicho —dijo Toohey— es la implicación errónea de que una multitud es un término de oprobio. Es más bien lo opuesto. Como lo está descubriendo usted tan alegremente. Yo podría agregar que el tres es el número místico más importante. Por ejemplo: la Santísima Trinidad. O el triángulo, sin el cual no tendríamos la industria del cine. Hay tantas variaciones sobre el triángulo, que no son necesariamente desdichadas. Como nosotros tres, sirviendo yo de hipotenusa, casi una sustitución apropiada desde que estoy remplazando a mi antípoda. ¿No lo cree así, Dominique?

Estaban terminando el postre cuando Keating fue llamado al teléfono. Podían oír su voz impaciente en la habitación contigua, dando órdenes a un dibujante que estaba trabajando en un trabajo urgente y necesitaba ayuda.

Toohey se volvió, miró a Dominique y se sonrió. La sonrisa dijo todo lo que la conducta de Dominique no le había permitido decir antes. No hubo ninguna impresión visible en su rostro

mientras ella sostenía su mirada, pero existió un cambio de expresión, como si ella estuviera reconociendo sus intenciones en lugar de rechazar el comprenderlas. Él hubiera preferido la mirada cerrada de la negativa. La aceptación era infinitamente más burlesca.

—¿Así que ha vuelto al redil, Dominique?

—Sí, Ellsworth.

—¿Ya no hay más demandas de misericordia?

—¿Le parece que serán necesarias?

—No. La admiro, Dominique... ¿Le gusta? Me imagino que Peter no es del todo malo, aunque no es tan bueno como el hombre en el cual los dos estamos pensando, que es, probablemente, superlativo.

—¿De qué está hablando, Ellsworth?

—Vamos, querida. El tiempo de fingir ha pasado, ¿no es verdad? Usted se enamoró de Roark desde el primer momento que lo vio en el salón de Kiki de Holcombe. ¿Puedo ser franco? Usted quiso casarse con él, pero él no habría querido ni escupirla; de ahí todo su comportamiento subsiguiente.

—¿Eso es lo que usted creyó? —preguntó ella con calma.

—¿No resulta evidente? La mujer desdeñada. Tan evidente como el hecho de que Roark tenía que ser el hombre que usted quisiese. Que lo quiso del modo más primitivo. Y que él nunca se dio cuenta de que usted existía.

—Yo lo he sobreestimado, Ellsworth.

Ella había perdido todo interés en su presencia, hasta la necesidad de precaución. Parecía aburrida. Frunció el ceño, perpleja.

Keating volvió. Toohey le palmeó la espalda cuando pasaba para ir a su asiento.

—Antes de irme, Peter, tenemos que hablar de la reconstrucción del «Templo de Stoddard». Yo quisiera que usted emprendiera eso también.

—¡Ellsworth...! —contestó él.

—Toohey sonrió.

—No se sofoque, Peter. Sólo una pequeña vulgaridad profesional. Dominique perdonará. Ella es una experiodista.

—¿Qué le ocurre, Toohey? —preguntó Dominique—. ¿Se siente muy desesperado? Las armas que usa no son las que está acostumbrado a emplear. —Se levantó—. ¿Tomaremos el café en el salón o en el *living*?

Hopton Stoddard agregó una suma generosa a la sentencia que había condenado a pagar a Roark, y el «Templo Stoddard» fue reconstruido para su nuevo fin por un grupo de arquitectos elegidos por Ellsworth Toohey: Peter Keating, Gordon L. Prescott, John Erik Snyte y un tal Gus Webb, un muchacho de veinticuatro años, al cual le agradaba decirles obscenidades a las mujeres distinguidas que pasaban por la calle, y que nunca había hecho ningún trabajo arquitectónico propio. Tres de estos hombres tenían una buena reputación social y profesional: Gus Webb no tenía nada; por esta causa, Toohey lo incluyó entre los otros. Gus Webb hablaba a gritos y tenía excesiva confianza en sí mismo. Decía que no tenía miedo a nada y así lo hacía sentir. Todos eran miembros del Consejo de Constructores Estadounidenses.

El Consejo de Constructores Estadounidenses había crecido. Después del pleito de Stoddard hubo muchas discusiones serias en el club de la CAA. La actitud de la CAA hacia Ellsworth Toohey no había sido cordial, particularmente desde la constitución de su Consejo. Pero el juicio produjo un cambio sutil. Muchos miembros hacían notar que el artículo de «Una vocecita» había sido la causa del pleito y que un hombre que podía forzar a los clientes a pleitear, era un hombre que debía ser tratado con precaución. De manera que se sugirió que Ellsworth Toohey fuera invitado a hablar en una de las comidas de la CAA. Algunos miembros se opusieron; Guy Françon entre ellos. El objetante más apasionado era un arquitecto joven que pronunció un elocuente discurso, temblando por la turbación de hablar en público por primera vez. Dijo que admiraba a Ellsworth Toohey y siempre había estado de acuerdo con las ideas sociales que sustentaba, pero si un grupo advertía que una persona estaba conquistando poder sobre él, era el momento de combatir a esa persona. La mayoría lo venció. Ellsworth Toohey fue invitado para hablar en un almuerzo. El auditorio fue enorme y Toohey pronunció un discurso astuto y gracioso. Muchos miembros de la CAA se hicieron socios del Consejo de Constructores Estadounidenses; de ellos, John Erik Snyte fue el primero.

Los cuatro arquitectos encargados de la reconstrucción del «Templo de Stoddard» se encontraron en la oficina de Keating alrededor de una mesa sobre la cual extendieron el papel heliográfico, fotografías de los planos originales de Roark obtenidos por el contratista y un modelo en arcilla que Keating había mandado hacer. Hablaron de la depresión y de los efectos desastrosos que tenía en la industria de la construcción; hablaron de mujeres, y Gordon L. Prescott contó algunos chistes obscenos. Después, Gus Webb levantó el puño y lo dejó caer sobre el tejado del modelo, que, como no estaba seco aún, se extendió en una masa chata.

—Bueno, muchachos —dijo—, vamos a trabajar.

—Gus, condenado, eso cuesta dinero —dijo Peter Keating.

—Bueno —dijo Gus—, nosotros no lo pagamos. Cada uno tenía un conjunto de fotografías de los diseños originales con la firma de Howard Roark visible en el ángulo. Pasaron muchas noches y muchas semanas haciendo sus propias versiones de acuerdo con los originales, rehaciendo y mejorando. Emplearon más tiempo de lo necesario. Hicieron más cambios de los que se requería. Parecía que encontrasen placer en hacerlo. Al fin juntaron las cuatro versiones e hicieron una combinación cooperativa. Ninguno de ellos había gozado tanto en un trabajo. Tuvieron largas y cordiales conferencias. Hubo desacuerdos de escasa importancia, como cuando Gus Webb dijo:

—¡Diablo, Gordon!, si la cocina es la suya, entonces los water closets tienen que ser los míos.

Pero no eran nada más que superficiales escaramuzas. Tenían un sentido de unidad y sentían un afecto ansioso los unos por los otros; era una especie de hermandad capaz de hacer que un hombre soportara la máxima tortura policíaca antes de denunciar a un compañero. El «Templo Stoddard» no fue destruido, pero su estructura fue transformada en cinco pisos que contenían dormitorios, escuelas, enfermerías, cocinas y lavaderos. El vestíbulo de entrada estaba pavimentado con mármol encarnado. Las escaleras tenían barandas de aluminio trabajadas a mano; los baños estaban rodeados de vidrio, las salas de recreo tenían columnas corintias doradas. Las inmensas ventanas no fueron tocadas, fueron simplemente divididas por la línea de los pisos. Los cuatro arquitectos habían decidido realizar un efecto de armonía y por esta razón no emplearon ningún estilo histórico en su pura forma. Peter Keating diseñó el pórtico semidórico de mármol blanco que se erguía en la entrada principal y

los balcones venecianos, para los cuales fueron cortadas puertas nuevas. John Erik Snyte diseñó el pequeño capitel semigótico coronado con una cruz y las franjas de hojas de acanto estilizadas que estaban esculpidas en la piedra de las paredes externas. Gordon L. Prescott diseñó la cornisa de estilo semi-Renacimiento y la terraza cubierta de vidrio que se proyectaba desde el tercer piso. Gus Webb diseñó una ornamentación cubista que encuadraba las ventanas originales y el letrero moderno de neón luminoso, sobre el tejado, que decía: «Casa de Hopton Stoddard para niños anormales».

—¡Va a estallar una revolución —dijo Gus Webb mirando el edificio terminado—, y cada chico del país tendrá una casa como ésta!

La forma original de la construcción se podía discernir. No era como un cadáver cuyos fragmentos se hubiesen desparramado sin misericordia, sino como un cadáver que hubiese sido hecho pedazos para reunir sus trozos otra vez.

Los ocupantes llegaron a la casa en el mes de setiembre. Toohey eligió un pequeño cuerpo de expertos, pero le fue más difícil hallar niños suficientemente dotados para ocuparla. A la mayoría los tuvieron que sacar de otras instituciones. Sesenta y cuatro niños, cuyas edades variaban entre tres y quince años, fueron elegidos por activas señoras, llenas de amabilidad, que rechazaron a los que se podían curar y seleccionaron los casos desesperados. Había un muchacho de quince años que no había aprendido a hablar; un chiquillo gesticulante y enteco al que no se le podía enseñar a leer y a escribir; una chica que había nacido sin nariz; un ser llamado Jackie, cuya edad y cuyo sexo nadie podía asegurar. Entraron en la nueva casa con los ojos perdidos en el vacío; era la mirada de la muerte, ante la cual ningún mundo existía.

En las noches de verano, los chicos de los barrios pobres de las cercanías se introducían a hurtadillas en el parque del «Hogar Stoddard» espiando ansiosamente en las salas de recreo, en los gimnasios, en la cocina, por detrás de los grandes ventanales. Estos chicos tenían trajes mugrientos y caras sucias, pequeños cuerpos ágiles, gestos impertinentes, ojos brillantes y una inteligencia magnífica, imperiosa, anhelante. Las damas encargadas del Hogar los echaban con exclamaciones iracundas, llamándolos pequeños gangsters.

Una vez al mes, una delegación de protectores iba a visitar el Hogar. Era un grupo distinguido cuyos nombres figuraban en las guías sociales, aunque no figuraban allí por ningún mérito personal. Era un grupo con abrigos de visón y broches de diamantes; ocasionalmente se encontraba entre ellos un cigarro de a dólar o una galera comprada en alguna casa inglesa.

Ellsworth Toohey siempre estaba presente para mostrarles la casa. Con la inspección, los abrigos parecían mejores, y el derecho de las que los llevaban, incontestable, desde que establecía una superioridad y una virtud altruista, unidas en una demostración más imponente que una visita al depósito de cadáveres. Al regreso de tal inspección Ellsworth Toohey recibía felicitaciones por la obra maravillosa que hacía, y entonces le resultaba fácil conseguir cheques para emplearlos en sus otras actividades humanitarias, tales como publicaciones, cursos de conferencias, programas de radio, el taller de Estudios Sociales...

Catherine Halsey fue colocada a cargo de la terapéutica ocasional de los niños y se trasladó al Hogar como huésped permanente. Empezó el trabajo con celo feroz. Hablaba, insistentemente, de su trabajo a todo el que la quisiera escuchar. Su voz era seca y arbitraria. Cuando hablaba, su boca descendía en dos líneas, aparecidas recientemente, que partían de la nariz hasta el mentón. La gente

prefería que no se quitase los lentes, sus ojos no eran un espectáculo agradable. Hablaba, beligerantemente, de su trabajo que no era caridad, sino una «reclamación humana».

El momento más importante que tenía en el día era la hora asignada a las actividades artísticas de los niños, conocido como el «Período creador». Había una habitación especial con este propósito, una habitación con la perspectiva de la línea distante de los rascacielos, en la cual los niños encontraban material y se les infundía valor para crear libremente bajo la guía de Catherine, que los cuidaba como un ángel que presidiera un nacimiento.

Estuvo exaltada el día que Jackie, el menos prometedor de todos, realizó un trabajo de imaginación completo. Jackie juntó puñados de pedazos de fieltro y un tarro de cola y los llevó a un rincón de la sala. En un rincón había un borde en declive, proyectado en la pared, revocado y pintado de verde, que había quedado del modelado de Roark en el interior del templo y que había servido para comprobar la retirada de la luz del crepúsculo. Catherine se acercó a Jackie, y vio, extendida sobre el borde, la forma reconocible de un perro castaño con manchas azules y cinco piernas. Jackie tenía una expresión de orgullo.

—¡Miren, miren! —dijo Catherine a sus colegas—. ¿No es maravilloso y conmovedor? Nadie puede prever adónde va a llegar el chico con el propio estímulo. ¡Piensen lo que sucedería en sus almitas si fueran frustrados sus instintos creadores! Es importante no impedirles la realización de sus propias expresiones. ¿Han visto la cara de Jackie?

La estatua de Dominique había sido vendida. No se hizo público quién la había comprado. La había comprado Ellsworth Toohey.

La oficina de Roark se había reducido otra vez a una sola habitación. Después de la terminación del edificio «Cord» no había encontrado trabajo. La depresión había destruido la industria de la construcción. Había muy poco trabajo; se decía que el rascacielos había terminado. Muchos arquitectos cerraron sus oficinas.

Algunos pocos encargos caían ocasionalmente, y un grupo de arquitectos revoloteaba alrededor de ellos con la dignidad de una muchedumbre de compradores de pan. Entre ellos había hombres como Ralston Holcombe, hombres que nunca habían pedido, y que, al contrario, habían exigido referencias antes de aceptar a un cliente. Cuando Roark trató de conseguir un trabajo, fue rechazado. Sus modales corteses eran esfuerzo perdido. «¿Roark? —decían los prudentes hombres de negocios—. ¿El héroe de un diario sensacionalista? El dinero está demasiado escaso hoy en día para gastarlo después en juicios». Obtuvo algunos trabajos remodelando fondas, un trabajo que no requería más que construir algunos tabiques y arreglar las tuberías.

—No lo acepte, Howard —le dijo Austen Heller, enojado—. ¡Qué audacia canallesca tienen al ofrecerle esa clase de trabajo después de haber hecho un rascacielos como el «Edificio Cord»! ¡Después de la «Casa Enright»!

—Yo acepto cualquier cosa —replicó Roark.

La sentencia del juicio de Stoddard le había costado más que la suma de sus honorarios del «Edificio Cord», pero había ahorrado bastante para vivir algún tiempo. Pagó el alquiler de Mallory y pagó la mayoría de las comidas que habían tenido juntos. Mallory trató de oponerse.

—Cállese, Steven —había dicho Roark—, no lo hago por usted. En una época como ésta, me debo algunos lujos. Así compro la cosa más valiosa que se puede comprar: su tiempo. Estoy

compitiendo con todo el país, lo cual es casi un lujo, ¿verdad? Ellos quieren que usted se mercantilice y yo no quiero, quiero salirme con la mía en contra de ellos.

—¿Qué trabajos quiere que haga, Howard?

—Quiero que trabaje sin preguntarle a nadie qué trabajo quiere que haga.

Austen Heller lo supo por Mallory y habló a Roark en privado.

—Si usted lo ayuda a él, ¿por qué no me deja que yo le ayude a usted?

—Lo dejaría, si usted pudiera —dijo Roark—, pero no puede. Todo lo que él necesita es su tiempo. Él puede trabajar sin clientes. Yo no.

—Es divertido, Howard, verlo a usted en el papel de altruista.

—No tiene que insultarme. No es altruismo, pero le diré esto: la mayoría de la gente dice que está preocupada por los sufrimientos de los demás. Yo no. Y, sin embargo, hay una cosa que no puedo comprender. La mayoría no dejaría de ayudar a un hombre ensangrentado que encontrara en la calle herido por un auto que lo llevó por delante y huyó, y la mayoría de ellos no se volverían para mirar a Steven Mallory. Pero ellos no saben que si se pudiera medir el sufrimiento, existe más en Steven Mallory cuando no puede trabajar como quiere, que en todo un campo de víctimas segadas por un tanque. Si uno tiene que aliviar los dolores del mundo, ¿no debe empezar por Mallory...? Sin embargo, no lo hago por eso.

Roark nunca había visto el «Templo de Stoddard» reconstruido. Una noche de noviembre fue a verlo. No sabía si significaba rendirse a un dolor o si era una victoria ante el temor de verlo.

Era tarde; el jardín del «Hogar Stoddard» estaba desierto. El edificio estaba oscuro y una luz únicamente brillaba en la ventana posterior del piso de arriba.

Roark se detuvo para mirar el edificio durante un largo rato.

La puerta del pórtico griego se abrió y una delgada figura masculina salió afuera. Se disponía a bajar la escalera, y de pronto se detuvo.

—¡Hola, señor Roark! —dijo Ellsworth Toohey tranquilamente.

Roark lo miró sin curiosidad.

—¡Hola! —dijo.

—Por favor, no se vaya.

La voz no tenía ironía, era sincera.

—No iba a escaparme.

—Creo que sabía que iba a venir por aquí algún día y yo quería estar aquí cuando viniera. Me he estado inventando excusas para detenerme en este lugar.

No se deleitaba con su voz; sonaba seca y simple.

—¿Y qué?

—No debería tener miedo de hablarme. Ya ve, yo comprendo su trabajo. Lo que haga con él es cuestión aparte.

—Está en libertad de hacer lo que quiera con él.

—Comprendo su trabajo mejor que cualquier otro ser viviente, con la posible excepción de Dominique Françon. Y quizá mejor que ella. Eso es mucho, ¿verdad, señor Roark? No hay mucha gente en torno suyo que le pueda decir esto. Es un vínculo más fuerte que el que habría si yo fuera devoto suyo.

—Ya sabía que usted lo había comprendido.

—Entonces no tendrá dificultad en hablarme.

—¿De qué?

En la oscuridad pareció como si Toohey hubiese dado un suspiro. Después de un instante, señalando al edificio, pregunto:

—¿Comprende eso?

Roark no contestó.

Toohey continuó suavemente:

—¿Qué le parece? Como una masa sin sentido. Como una colección de maderas flotantes. Como un imbécil caos. Pues lo es, señor Roark. ¿No ve ningún método? Usted, que conoce el lenguaje de la estructura y el significado de la forma, ¿ve aquí algún propósito?

—No veo ninguno para discutirlo.

—Señor Roark, estamos solos aquí. ¿Por qué no me dice lo que piensa de mí? Con las palabras más crudas; al fin y al cabo, nadie nos oye.

—Yo no pienso en usted.

El rostro de Toohey tenía una expresión de estar atento, de escuchar algo, tranquilamente, simple como el hado. Se quedó en silencio y Roark le preguntó:

—¿Qué quería decirme?

Toohey lo contempló y después miró hacia los árboles desnudos que los rodeaban, al río que corría a lo lejos, a la gran eminencia del cielo, detrás del río.

—Nada —dijo Toohey. Se alejó.

Roark se quedó solo en la calzada vacía, contemplando el edificio.

Tercera Parte

GAIL WYNAND

Gail Wynand se colocó el revólver en la sien.

Sintió la presión del anillo metálico en su piel... y nada más. Podía haber tenido en la mano un tubo de plomo o una joya; no era nada más que un pequeño círculo sin significado.

—Voy a morir —dijo en voz alta, y bostezó.

No sentía ni consuelo ni desesperación ni temor. El momento de su fin no presentaba siquiera un poco de seriedad. Era un momento anónimo. Hacía pocos minutos había tenido el cepillo de los dientes en la mano; ahora tenía una pistola con la misma indiferencia. «Uno no muere así —pensó—. Es preciso sentir gran alegría o un saludable terror. Uno no debe saludar su propio fin. Que sienta un espasmo de terror y apretaré el gatillo». No sintió nada.

Se encogió de hombros y bajó el arma. La estuvo golpeando ligeramente en la palma de la mano izquierda: «La gente siempre habla de una muerte negra o de una muerte roja —pensó—; la tuya, Gail Wynand, será una muerte gris. ¿Por qué no ha dicho nadie jamás que éste es el horror último? Ni gritos ni súplicas ni convulsiones. Ni la indiferencia de un limpio vacío, desinfectado por el fuego de un gran desastre. Pero esto... un horror insignificante, tiznado, pequeño, incapaz de producir espanto. Tú no puedes proceder así —se dijo a sí mismo, sonriendo fríamente—, sería de muy mal gusto».

Se dirigió a su dormitorio. Su residencia se hallaba situada en el piso quincuagésimo séptimo de un gran hotel residencial que le pertenecía en el centro de Manhattan. Podía contemplar toda la ciudad, que se extendía abajo. El dormitorio era una caja de vidrio que estaba sobre el tejado de la casa. Las paredes y el techo eran inmensas láminas de vidrio. Había cortinas azuladas para cubrir las paredes y cerrar la habitación cuando lo deseaba, pero no había nada para cubrir el techo. Yaciendo en la cama, podía estudiar las estrellas que estaban sobre su cabeza, ver el fulgor de los relámpagos u observar la lluvia rompiéndose en furiosos y brillantes estallidos como pequeños soles contra la protección transparente. Le gustaba apagar la luz y descorrer todas las cortinas cuando estaba en la cama acompañado. «Estamos durmiendo a la vista de seis millones de personas», le decía.

Ahora estaba solo. Las cortinas estaban descorridas. Miraba la ciudad. Era tarde y el gran tumulto de las luces de abajo empezaba a morir. Pensó que no le había importado contemplar a la ciudad muchos años, y que no le importaría verla de nuevo. Se apoyó contra la pared y sintió el vidrio frío a través de la fina seda oscura de su pijama. Tenía un monograma bordado en blanco en el bolsillo de arriba. G. W., reproducción exacta de como firmaba sus iniciales con un solo trazo violento.

La gente decía que la mayor paradoja de Wynand, entre muchas, era su aspecto. Parecía un producto decadente, final, refinado, de una larga estirpe, y todo el mundo sabía que procedía del arroyo. Era alto, demasiado delgado para la belleza física, como si toda su carne y sus músculos hubiesen sido eliminados. No le era necesario permanecer erguido para dar impresión de dureza. Como una pieza de costoso acero, se doblaba con la mirada cabizbaja y daba la impresión de un resorte feroz que pudiera saltar en cualquier momento. Este aviso era todo lo que necesitaba; raras veces estaba completamente erguido; solía estar repantigado. Cualquier ropa que usase le daba aire de consumada elegancia.

Su rostro no pertenecía a la civilización moderna, sino a la antigua Roma; era el rostro de un

patricio. Sus cabellos, sembrados de gris, estaban peinados hacia atrás. Su piel aparecía tirante sobre los agudos huecos de la cara, su boca era grande y fina; los ojos bajo sesgadas cejas eran de color azul pálido, y en las fotografías parecían dos óvalos blancos y sarcásticos. Una vez un artista le había pedido que posase para pintar un retrato de Mefistófeles. Wynand se había reído, rehusando, y el artista lo había observado tristemente, porque la risa tornaba al rostro perfecto para su propósito.

Inclinó indolentemente el cuerpo contra el vidrio del dormitorio, con el peso del arma en la mano. «Hoy —pensó—, ¿qué era hoy? ¿Ocurrió algo que me podría ayudar ahora y que diese significado a este momento?».

Aquel día había sido igual a muchos otros días pasados cuyos rasgos peculiares eran difíciles de reconocer. Tenía cincuenta y un años y estaba a mediados de octubre de 1932; esto lo sabía con seguridad; lo demás requería un esfuerzo de memoria.

Se había despertado y vestido a las seis de la mañana. Durante su vida de adulto no había dormido más de cuatro horas por noche. Bajó al comedor donde el desayuno estaba servido. Su casa, una pequeña estructura, estaba al borde de una vasta terraza dispuesta como un jardín. Las habitaciones eran una proeza superlativamente artística. Su sencillez y belleza habrían provocado suspiros de admiración si aquella casa hubiese pertenecido a cualquier otro, pero la gente permanecía silenciosamente asombrada cuando pensaba que era la casa del propietario del New York Banner, el diario más vulgar del país.

Después del desayuno fue al estudio. Sobre su mesa estaban amontonados todos los diarios, libros y revistas importantes recibidos aquella mañana de todas partes del país. Trabajaba solo durante tres horas, leyendo y escribiendo breves notas en las páginas impresas, con un lápiz azul. Las notas parecían los signos taquigráficos de un espía. Nadie las podía descifrar, excepto la seca secretaria de edad madura que entraba en el estudio cuando Wynand salía. Desde hacía cinco años no oía su voz, pero la comunicación no era necesaria. Cuando volvía a su estudio, por la noche, la secretaria y el montón de papeles habían desaparecido; en su escritorio encontraba en páginas netamente escritas a máquina las cosas que deseaba recordar del trabajo de la mañana.

A las diez llegó al edificio del Banner, una construcción sencilla, triste, en un barrio poco elegante de Manhattan. Cuando recorría los estrechos pasillos del edificio, los empleados le daban los buenos días. El saludo era correcto y él contestaba correctamente, pero su paso producía el efecto del rayo de la muerte capaz de paralizar el motor de los organismos vivientes.

Entre las muchas reglamentaciones duras impuestas a los empleados de todas las empresas Wynand, la más dura era la que exigía que ningún hombre cesara en su trabajo si el señor Wynand entraba en la habitación donde trabajaba. Nadie podía predecir qué departamento elegiría para visitar ni cuándo. Podía aparecer en cualquier momento y en cualquier parte del edificio, y su presencia era como una descarga eléctrica. Los empleados trataban de obedecer la regla como mejor podían, pero preferían tres horas de trabajo extra a diez minutos de trabajo bajo su observación silenciosa.

Aquella mañana fue a su oficina a ver las pruebas de los editoriales del Banner del domingo. Trazó rayas azules en los renglones que quería eliminar. No firmó con sus iniciales, pero todo el mundo sabía que solamente Gail Wynand podía hacer aquellos trazos azules, rayas que parecían eliminar la existencia de los autores del trabajo.

Terminó de leer las pruebas y pidió que lo conectasen con el director del Herald de Wynand en Springville (Kansas). Cuando telefoneaba a sus provincias, su nombre no era anunciado jamás a la víctima. Esperaba que su voz fuera conocida por cada ciudadano importante de su imperio.

—Buenos días, Cummings —dijo cuando el director contestó.

—¡Dios mío! —suspiró el director—. ¿No es...?

—Es —replicó Wynand—. Escuche, Cummings. Un poco más de porquería en la charlatanería de ayer sobre «La última rosa de verano», y puede preparar los bártulos.

—Sí, señor Wynand.

Wynand colgó el receptor. Pidió comunicación con un eminente senador de Washington.

—Buenos días, senador —dijo cuando el caballero habló al cabo de dos minutos—. Gracias por la amabilidad de contestar a esta llamada. Lo tomo en cuenta. No quiero hacerle perder su tiempo, pero le debía la expresión de mi más profunda gratitud. Lo llamo para agradecerle su trabajo por hacer pasar la ley Hayer-Lanston.

—Pero..., ¡señor Wynand! —La voz del senador parecía temblar—. Es una amabilidad suya, pero la ley no se ha aprobado aún.

—¡Oh, cierto! Es una equivocación mía. Se aprobará mañana.

Una reunión del Consejo de las Empresas Wynand estaba prevista para las once y media de la mañana. Las empresas Wynand consistían en veintidós diarios, siete revistas, tres agencias de noticias y dos noticiarios cinematográficos. Wynand poseía el setenta y cinco por ciento de las acciones. Los directores no estaban seguros de sus funciones ni de sus propósitos. Wynand había ordenado que las reuniones empezasen con puntualidad, estuviera o no él presente. Aquel día entró en la sala de juntas a las once y veinticinco. Un viejo caballero distinguido estaba hablando. A los directores no les estaba permitido detenerse ni advertir la presencia de Wynand. Se dirigió a una silla vacía, a la cabecera de una larga mesa de caoba, y se sentó. Nadie se volvió hacia él. Era como si la silla hubiese estado ocupada por un fantasma cuya existencia ellos no se atrevían a admitir. Escuchó silencioso durante quince minutos. Se levantó en medio de una frase y salió como había entrado.

Wynand extendió los planos de Stoneridge, su nueva aventura en materia de propiedad, sobre la ancha mesa de su oficina, y pasó media hora discutiendo con dos de sus agentes. Había adquirido una vasta extensión de tierra en Long Island, la cual iba a convertirse en la Explotación Stoneridge, una nueva comunidad de pequeños propietarios a los cuales Gail Wynand les debía edificar cada acera, cada calle y cada casa. La poca gente que conocía sus aventuras en materia de propiedad le había dicho que estaba loco. Era un año en que nadie pensaba edificar. Wynand había hecho su fortuna tomando decisiones que la gente calificaba de locas.

El arquitecto que había de diseñar Stoneridge no había sido elegido aún. Las noticias de su proyecto se habían escurrido entre los profesionales muertos de hambre. Durante semanas Wynand se había negado a leer cartas o contestar llamadas de los mejores arquitectos del país y de sus amigos. Se negó una vez más cuando, al final de su conferencia, su secretaria le informó que el señor Ralston Holcombe requería con suma urgencia dos minutos de tiempo por teléfono.

Cuando los agentes se fueron, Wynand apretó un botón para llamar a Alvah Scarret. Éste entró en la oficina riendo felizmente. Siempre respondía al zumbido con la ansiedad halagadora de un

mensajero.

—Alvah, ¿qué diablos es El cálculo biliar galante?

—¡Oh! ¿Eso? Es el título de una novela de Lois Cook —dijo Scarret riéndose.

—¿Qué clase de novela?

—Una estupidez. Pretende ser una especie de poema en prosa. Trata de un cálculo biliar que cree ser una entidad independiente, un áspero individualista en la vesícula de la hiel. ¿Se da cuenta lo que quiero decir? Y entonces el hombre toma una fuerte dosis de castóreo. Hay una gráfica descripción de sus consecuencias. No estoy seguro si es médicamente correcta, pero, de cualquier modo, es el fin del galante cálculo biliar. Se supone que todo eso es para probar que no existe el llamado libre albedrío.

—¿Cuántos ejemplares ha vendido?

—No sé. No muchos, creo; sólo entre intelectuales. Pero he oído decir que ha aumentado algo últimamente, y...

—Precisamente. ¿Qué pasa por aquí, Alvah?

—¿Qué? ¡Oh! Usted quiere decir que ha notado las pocas menciones que...

—Quiero decir que me he informado de todo lo que ha pasado en el Banner en las últimas semanas. Muy bien hecho, además, si me ha costado tanto tiempo para descubrir que no ha sido casual. —¿Qué quiere decir?

—¿Qué cree que quiero decir? ¿Por qué este título especial aparece continuamente en los lugares más inapropiados? Un día es en un relato policiaco acerca de la ejecución de algunos criminales que murieron valerosamente como el galante cálculo biliar. Dos días más tarde, en la página diecisiete, en una andaluzada del Estado de Albany: «El senador Hazleton cree que es una entidad independiente, pero podría resultar que es nada más que como el galante cálculo biliar». Después aparece en las defunciones. Ayer estaba en la página femenina. Hoy, en la cómica. Snooxy llama a su rico propietario un galante cálculo biliar.

Scarret se rió tranquilamente.

—Sí, ¿no es estúpido?

—Al principio pensé que era estúpido, ahora no.

—Pero ¡qué diablos, Gail! Como no se trataba de nada importante, algunos lo han enjaretado. Son los peces chicos, los de cuarenta dólares por semana.

—Ésa es la cuestión. Una de ellas. La otra es que no se trata de un gran éxito de librería. Si lo fuera se podía pensar que el título está sonando en sus cabezas automáticamente. Pero no lo es. De manera que hay alguien que se encarga de hacer ruido. ¿Por qué?

—¡Oh, Gail! ¿Quién tendría interés en molestar? ¿Y por qué preocuparnos? Si se tratara de un programa político... Pero ¡qué diablos!, ¿quién puede beneficiarse luchando en pro o en contra del libre albedrío?

—¿Le consultó alguien acerca de esa lucha?

—No. Le dije que nadie está detrás de esto. Es espontáneo. Nada más que un grupo que pensó que era un chiste divertido.

—¿Quién fue el primero al que le oyó algo de esto?

—No sé... Deje que piense... Era... sí, creo que era Ellsworth Toohey.

—Que esto termine. No se olvide de decírselo al señor Toohey.

—De acuerdo, si usted lo dispone así; pero no es realmente de importancia. Nada más que un grupo que se quería divertir.

—No me gusta que nadie se divierta con mi diario.

—Está bien, Gail.

A las dos, Wynand llegó como huésped de honor a una comida que daba la Convención Nacional de los Clubs de Mujeres. Se sentó a la derecha de la presidenta, en un vestíbulo bullicioso, lleno de perfumes de flores y de olor de los pollos fritos. Después del almuerzo, Wynand habló. La convención abogaba por que las mujeres casadas siguieran carreras; los diarios de Wynand habían luchado durante años contra el trabajo de las mujeres casadas. Wynand habló durante veinte minutos sin decir nada en concreto, pero daba la impresión de que apoyaba todos los sentimientos sostenidos por la asamblea. Nadie se había podido explicar nunca el efecto de Gail Wynand sobre un auditorio, particularmente sobre un auditorio femenino. No hizo nada espectacular; su voz era baja, metálica, propensa a la monotonía; era demasiado correcto, de un modo que parecía más bien una sátira deliberada sobre la corrección. Sin embargo, conquistó a todos los oyentes. La gente dijo que era su sutil y enorme virilidad lo que hacía que hablara de las escuelas, del hogar, de la familia, como si estuviera haciendo el amor a cada vieja bruja que estaba allí presente.

Al volver a la oficina, Wynand se detuvo en la redacción. De pie, junto al alto escritorio, con un gran lápiz azul en la mano, escribió un editorial brillante y despiadado en una gran hoja, con letras de una pulgada. Denunciaba a todos los que abogaban por las mujeres con carrera... La G. W. final parecía una línea de llama azul. No volvió a releer el trabajo —nunca tenía necesidad de hacerlo—, lo lanzó a la mesa del redactor más cercano y salió de la habitación.

Por la tarde, cuando Wynand iba a salir, su secretaria le anunció que Ellsworth Toohey solicitaba el privilegio de verlo.

—Hágalo entrar —respondió.

Toohey entró con una prudente media sonrisa en su rostro, una sonrisa que se mofaba de sí mismo y de su patrón, pero con un delicado sentido de equilibrio, pues el sesenta por ciento de la burla se la dirigía a sí mismo. Sabía que Wynand no quería verlo y que el hecho de recibirlo no obraba en su favor.

Wynand, con rostro cortésmente inexpresivo, se sentó. Dos arrugas diagonales se mantenían imperceptibles en su frente, paralelas a las cejas inclinadas. Era una desconcertante característica que asumía a veces su rostro y producía el efecto de un énfasis siniestro.

—Siéntese, señor Toohey. ¿En qué puedo serle útil?

—¡Oh, tengo mis pretensiones, señor Wynand! —respondió alegremente—. No he venido a pedirle servicios sino a ofrecerle los míos.

—¿En qué asunto?

—Stoneridge.

Las agudas diagonales se aguzaron en la frente de Wynand.

—¿Para qué puede servir el redactor de una sección de un diario en el asunto Stoneridge?

El redactor de una sección..., no, señor Wynand; pero un perito arquitectónico...

Toohey arrastró la voz en un burlesco interrogante.

Si los ojos de Toohey no hubiesen estado insolentemente fijos en los de Wynand, habría sido expulsado de la oficina al instante, pero la mirada le dijo a Wynand que Toohey conocía hasta qué punto había sido importunado por la gente para recomendarle arquitectos, y cuán difícil le había sido impedirselo y que Toohey había sido más listo que él al obtener aquella entrevista con un propósito que no esperaba. Esta impertinencia divirtió a Wynand, conforme Toohey había supuesto.

—Está bien, señor Toohey. ¿A quién me ofrece?

—A Peter Keating.

—¿Y qué?

—¿Debo pedirle disculpas?

—Bueno, envíemelo.

Toohey se calló. Después se encogió de hombros alegremente y profundizó en el asunto:

—Usted comprenderá, por supuesto, que no tengo ninguna gran relación con Peter Keating. Estoy actuando nada más que como amigo de él... y suyo. —La voz sonó agradablemente, con confianza, pero había perdido algo de su seguridad—. Sinceramente, sé que esto no suena como cosa común, pero ¿qué otra cosa puedo decir? Es nada menos que la verdad. —Wynand no lo ayudaba a salir del paso—. He intentado venir aquí, porque sentía que era mi deber darle mi opinión. No, no era un deber moral. Llamémosle estético. Sé que usted quiere lo mejor en todo lo que emprende. Para un proyecto de la magnitud del que usted tiene pensado no hay ningún arquitecto viviente que pueda igualar a Peter Keating en eficiencia, gusto, originalidad e imaginación. Ésta es, señor Wynand, mi sincera opinión.

—Casi lo creo.

—¿Me cree?

—Desde luego. Pero, señor Toohey, ¿por qué tengo que considerar su opinión?

—Bueno, después de todo soy un perito en arquitectura.

No pudo contener el ribete de indignación que apareció en su voz.

—Querido señor Toohey, no me confunda con mis lectores.

Después de un momento, Toohey se inclinó hacia atrás y extendió sus manos, al par que se echó a reír impotente.

—Francamente, señor Wynand, no pensé que mis palabras pesaran mucho en su ánimo, de manera que no quise imponer a Peter Keating.

—¿No? ¿Qué pensó?

—Solamente pedirle que le conceda media hora de su tiempo a alguien que lo puede convencer de la capacidad de Peter Keating mejor que yo.

—¿Quién es ese alguien?

—La esposa de Peter Keating.

—¿Por qué tengo que discutir esta cuestión con la esposa de Peter Keating?

—Porque es una mujer muy hermosa, y una mujer muy difícil a la vez.

Wynand echó hacia atrás la cabeza y se rió a carcajadas.

—Dios mío, Toohey, ¿soy tan enteramente conocido? —Toohey pestañeó sorprendido—. Realmente, señor Toohey, le debo una excusa si, admitiendo que mis gustos sean tan conocidos, lo he inducido a ser tan crudo. Pero no tenía idea que entre sus numerosas actividades humanitarias

incluyera también la de rufián. —Toohey se puso en pie—. Lamento decepcionarlo. No tengo ningún deseo de conocer a la esposa de Peter Keating.

—No creí que lo tuviese, señor Wynand. Mi sugerencia no está falta de apoyo. Lo preví hace varias horas. En efecto, esta misma mañana. De manera que me tomé la libertad de enviarle un obsequio. Cuando vaya a su casa, esta noche, encontrará el regalo allí. Después, si tiene la impresión de que de mi parte estaba justificado esperar que procediera así, puede telefonarme y volveré en seguida, para que me diga si está dispuesto o no a conocer a la esposa de Peter Keating.

—Toohey, esto es increíble, pero creo que usted me está sobornando.

—Así es.

—Usted sabe que esta proeza le podría llevar a lograr completamente lo que desea... o a perder su empleo.

—Dependerá de su opinión acerca de mi obsequio.

—Está bien, señor Toohey. Veré su obsequio. —Toohey se inclinó y giró sobre sus talones para salir. Estaba en la puerta cuando Wynand agregó—: Uno de estos días acabará por aburrirme, Toohey.

—Me esforzaré por no hacerlo hasta que llegue el momento oportuno —contestó Toohey, y se fue.

Cuando Wynand volvió a su casa se había olvidado completamente de Ellsworth Toohey.

Aquella noche Wynand cenó en su casa con una mujer de blanco rostro, cabellos suavemente castaños y, detrás de ella, tres siglos de padres y hermanos que habrían matado a cualquiera por insinuar las cosas que Gail Wynand había experimentado con ella.

La línea del brazo, cuando ella llevaba a sus labios una copa de cristal, era tan perfecta como las líneas del candelabro de plata ejecutado por un incomparable talento... y Wynand lo observó haciendo la misma apreciación. La luz del candelabro, fluctuando entre los planos de su rostro, producían un espectáculo de tal belleza que él deseaba que no estuviese allí viva: así hubiera podido mirarla sin decir una palabra y pensar lo que le gustara.

—Dentro de uno o dos meses, Gail —dijo ella sonriendo perezosamente—, cuando haga realmente frío y tiempo desagradable, tomaré el «I Do» y navegaré directamente a cualquier parte donde haya sol, como hice el invierno pasado.

«I Do» era el nombre del yate de Wynand. No había explicado jamás el nombre a nadie, aunque muchas mujeres se lo habían pedido. Ella se lo había preguntado antes. Ahora, mientras él estaba en silencio, le preguntó nuevamente:

—A propósito, querido, ¿qué significa... el nombre de tu maravilloso barco?

—Es una pregunta que no contesto —respondió—. Una de ellas.

—Bueno, ¿tendré mi guardarropa listo para el viaje?

—El verde es el color que mejor te sienta. Combina con el mar. Me gusta observar cómo contrasta con tu cabello y con tus brazos. Echaré de menos el espectáculo de tus brazos desnudos contra la seda verde... porque esta noche es la última vez.

Tenía todavía la copa en su mano. Nada le había hecho suponer que aquella noche sería la última, aunque ella sabía que tales palabras era todo lo que él necesitaba para terminar. Todas las mujeres de Wynand sabían que tenían que esperar un fin así y que no se discutía. Después de un instante le preguntó en voz baja:

—¿Por qué causa, Gail?

—Una causa evidente.

Sacó de su bolsillo un brazalete de diamantes que centelleó con un resplandor frío y brillante a la luz del candelabro. Sus pesados eslabones pendían rígidamente de sus dedos. No tenía estuche ni envoltura. Wynand lo colocó sobre la mesa.

—Un recuerdo, querida —dijo—. Mucho más valioso que lo que conmemora.

El brazalete golpeó contra la copa y la hizo sonar, con un sonido ligero, agudo, como si el cristal hubiese gritado en lugar de la mujer. La mujer no emitió ningún sonido. Él sabía que era horrible, porque era de aquellas mujeres a quienes uno no ofrecía tales regalos en semejantes momentos, como a todas las otras mujeres, y porque ella no lo iba a rehusar como las otras lo habían hecho.

—Gracias, Gail —dijo ella ciñendo la pulsera en torno a su muñeca, sin mirarlo a través de las velas.

Más tarde, cuando estuvieron en el salón, ella se detuvo y su mirada, entre las pestañas, se dirigió a la escalera que conducía al dormitorio de Wynand.

—¿Me permites que me gane el recuerdo, Gail? —preguntó en voz baja.

Wynand meneó negativamente la cabeza.

Cuando ella se fue, él permaneció en el vestíbulo y pensó que ella sufría, que el sufrimiento era real, pero que después de un momento nada sería real para ella, salvo el brazalete. No podía recordar ya en qué época aquel pensamiento había tenido el poder de producirle amargura. Cuando recordó que a él también le concernía el acontecimiento, no sintió nada, y sólo se preguntó por qué no lo había hecho antes.

Fue a su biblioteca. Se quedó leyendo unas horas. Después suspendió la lectura. La suspendió un instante en medio de una frase importante. No quería seguir leyendo. No tenía deseos de hacer otro esfuerzo.

Nada le había ocurrido —un suceso es una realidad positiva y ninguna realidad podía jamás tornarlo impotente; esto era algo enormemente negativo—, pero parecía que todo hubiese sido borrado y que sólo quedara un vacío sin sentido, débilmente indecente, por ser tan ordinario y tan poco excitante como un asesino que tuviese una sonrisa doméstica.

Nada se había ido salvo el deseo; no, más que eso, la raíz del deseo. Pensó que un hombre que pierde los ojos retiene aún el concepto de la visión; pero él había oído hablar de una ceguera más horrible: si se destruye el centro cerebral de la visión, uno pierde hasta la memoria de la percepción visual.

Dejó caer el libro y se puso en pie. No quería permanecer en aquel sitio, pero no tenía deseo de alejarse de él. Pensó en irse a dormir. Era demasiado pronto, pero en cambio podía levantarse más temprano al día siguiente. Fue a su dormitorio. Se duchó y se puso el pijama. Después abrió un cajón del tocador y vio el arma, que siempre guardaba allí. Un reconocimiento inmediato, un súbito golpe de interés hizo que la cogiese.

Cuando decidió suicidarse fue la falta de conmoción lo que le convenció de que lo haría. El pensamiento parecía tan simple como un argumento indigno de ser refutado.

Ahora estaba junto a la pared de vidrio, detenido por esa gran simplicidad. «Uno puede hacer un aburrimiento de su propia vida —pensó—, pero no de su propia muerte».

Se dirigió hacia la cama y se sentó en ella, con el revólver colgando de la mano. «Se supone que un hombre que va a matarse —pensó— ve su vida con un resplandor último. Yo no veo nada, pero podría verlo. Podría volver a esto, otra vez, por la fuerza. Que encuentre en eso ya sea la voluntad de vivir o la razón de terminar ahora».

Gail Wynand, a los doce años de edad, estaba esperando en la oscuridad, debajo de un muro derribado en la costa del Hudson, un brazo echado para atrás, el puño cerrado, listo para golpear. Una parte de la esquina lo ocultaba; al otro lado no había nada más que una barranca que bajaba al río. Delante se extendía una ribera frente a aguas oscuras, sin pavimentar, doblándose en estructuras desplomadas que a través de los vacíos dejaban ver el cielo, depósitos de mercaderías y una cornisa curvada que colgaba sobre una ventana iluminada débilmente.

Era un momento en que tenía que pelear, y sabía que iba a ser definitivo en su vida. Se quedó tranquilo. Con el puño cerrado se contenía, parecía aferrar invisibles alambres que se extendían en cada sitio importante de su cuerpo larguirucho y descarnado, bajo los pantalones y la camisa andrajosa; desde los largos e hinchados tendones de su brazo desnudo hasta los tensos músculos de su cuello. Los alambres parecían temblar; el cuerpo estaba inmóvil. Él era como una nueva especie de instrumento mortal; si un dedo tocaba cualquier parte, pondría en acción el gatillo.

Sabía que el jefe de la pandilla de muchachos lo estaba buscando y que no llegaría solo. Estaba seguro de que los muchachos lucharían con cuchillos; uno de ellos tenía una muerte en su haber. Los esperaba sin armas. Era el miembro más joven de la pandilla y el último que la había integrado. El jefe, había dicho que necesitaba una lección. La cuestión había comenzado por el pillaje que la pandilla había proyectado hacer en los lanchones del río. Todos se habían puesto de acuerdo, menos Gail Wynand. Wynand había expuesto, con voz lenta y despectiva, que la «pandilla de pilletes» había intentado igual proeza la semana anterior y habían dejado seis miembros en manos de los policías y otros dos en el cementerio. El trabajo tendría que hacerse al amanecer, cuando nadie lo esperase. La pandilla le armó una rechifla. No tenía importancia para él. Gail Wynand no estaba dispuesto a recibir órdenes. No reconocía más que la precisión de su propio juicio. De modo que el jefe quiso tomar una decisión de una vez para siempre.

Los tres muchachos caminaban tan imperceptiblemente que la gente que estaba detrás de las finas paredes, por donde ellos pasaban, no podían sentir sus pasos. Gail Wynand los oía. No se movía de su rincón, aunque se le agarrotaban las manos. Cuando llegó el momento dio un salto. Saltó derecho en el espacio, sin pensar en aterrizar, como si una catapulta lo hubiese arrojado para un vuelo de millas. Su pecho golpeó la cabeza de un enemigo, su vientre la de otro, sus pies aplastaron el pecho de un tercero. El cuarto del grupo cayó. Cuando los tres levantaron las cabezas, Gail Wynand estaba irreconocible: vieron un remolino en el aire, sobre ellos, y algo que se lanzaba desde el remolino con un ímpetu incontenible.

No tenía más que sus dos puños; ellos tenían de su parte cinco puños y un cuchillo que parecía que no contaba. Ellos oían sus golpes, que resonaban como si fueran dados sobre un neumático; sentían una conmoción en el mango del cuchillo que les advertía que éste se había detenido y que había cortado algo en su camino, pero lo que atacaban era invulnerable. Él no tenía tiempo para sentir, era demasiado ligero; el dolor no lo podía alcanzar, parecía que lo dejase colgando en el aire, en el sitio donde lo había notado y donde en el segundo subsiguiente él ya no estaba.

Parecía que en sus omóplatos tenía un motor que impelía sus brazos como dos círculos. Sólo los círculos eran visibles, los brazos desaparecían como los rayos de una rueda que gira velozmente. El círculo descendía de vez en cuando y se posaba sobre cualquier cosa sin suspender su giro. Uno de los muchachos vio desaparecer su cuchillo en las espaldas de Wynand, vio la reacción de la espalda que envió el cuchillo para abajo, vio que lo cortó en el costado y que cayó con fuerza en la cintura de Wynand. Fue lo último que el muchacho vio, porque algo le había ocurrido a su mentón y él no lo sintió en el instante en que su nuca golpeaba contra una pila de ladrillos viejos.

Durante largo tiempo los otros dos combatieron al centrífugo que ahora salpicaba rojas gotas contra las paredes que lo rodeaban. Pero inútilmente. Ellos no luchaban con un hombre: luchaban contra una voluntad humana incorpórea.

Cuando se dieron por vencidos, rugieron entre los ladrillos. Gail Wynand dijo con una voz normal: «Los asaltaremos al amanecer», y se fue. Desde aquel momento fue el jefe de la pandilla.

El saqueo de los lanchones se hizo al amanecer, dos días más tarde, y se verificó con brillante éxito.

Gail Wynand vivía con su padre en el sótano de una vieja casa en el corazón del Hell's Kitchen. Su padre era estibador, hombre alto, silencioso, ignorante, que nunca había ido a la escuela. Su propio padre y su abuelo fueron de la misma clase y ellos no habían conocido en su familia nada más que pobreza. Pero algo más atrás de la línea había habido una raíz de aristocracia, la gloria de algún antecesor noble y después alguna tragedia, desde hacía tiempo olvidada, que había conducido a los descendientes al arroyo. Había algo en todos los Wynand —en la vivienda, en las cantinas de la cárcel— que no estaba de acuerdo con el ambiente. El padre de Gail era conocido en la tierra ribereña como el Duque.

La madre de Gail había muerto física cuando él tenía dos años. Era hijo único. Sabía, vagamente, que había habido algún drama en el matrimonio de su padre; había visto un cuadro de su madre en el que estaba de tal forma que no parecía una mujer del vecindario: era muy hermosa. Cuando ella murió, la vida terminó para su padre. Él amaba a Gail, pero era una devoción que no requería dos frases por semana. Gail no se parecía ni a su padre ni a su madre. Era la reversión de algo que uno no podía figurarse suficientemente. Siempre había sido demasiado alto para su edad y demasiado delgado. Los muchachos lo llamaban «Wynand el Largo». Nadie sabía qué tenía en lugar de músculos; ellos sabían solamente que algo diferente tenía.

Había trabajado desde la infancia en los más diversos oficios. Durante mucho tiempo vendió diarios en las esquinas. Un día subió a la oficina del patrón y le manifestó que deberían empezar un nuevo servicio entregando el diario a la mañana en la puerta del lector, y explicó cómo y por qué se fomentaría la circulación.

—¿Sí? —dijo el patrón.

—Sé que eso producirá —dijo Wynand.

—Bueno, usted no manda aquí —replicó el patrón.

—Usted es un idiota —repuso Wynand.

Perdió el empleo.

Trabajó en una tienda de comestibles. Hacía un reparto, barría el piso de madera regado, seleccionaba la verdura de barriles llenos de vegetales podridos, ayudaba a atender a los clientes

pesando pacientemente una libra de harina o llenando un jarro con leche de una inmensa lechera. Era como emplear un rodillo a vapor para planchar pañuelos. Pero se decidió a continuar y así lo hizo. Un día le expuso al tendero que sería una buena idea envasar la leche en botellas, como el *whisky*.

—Cierre la boca y vaya a atender a la señora de Sullivan que está allí —dijo el patrón— y no me diga nada de mi negocio que yo no sepa. No manda aquí.

Trabajó en un billar. Limpiaba lo que dejaban los borrachos cuando se iban. Vio y oyó cosas que lo inmunizaron contra el asombro para el resto de su vida. Hizo grandes esfuerzos y aprendió a callar, a conservar el lugar que los otros le indicaban, a aceptar la ineptitud como amo... y a esperar. Nadie le había oído hablar de lo que sentía. Sentía muchas emociones hacia el prójimo, pero el respeto no era ninguna de ellas. Trabajó de limpiabotas en un *ferry-boat*. Lo empujaba y le daba órdenes cada abotagado vendedor de caballos, cada marinero borracho de a bordo. Si hablaba, oía alguna espesa voz que respondía: «Usted no manda aquí». Pero le gustaba el trabajo. Cuando no tenía clientes, se quedaba en la baranda, mirando hacia Manhattan. Miraba los tableros amarillos de las nuevas casas, los terrenos baldíos, las grúas y las pocas torres que se elevaban a lo lejos. Pensaba en lo que podría edificarse y en lo que podría destruirse en el espacio, y en la promesa de lo que se podía hacer con él. Una voz ronca le interrumpía: «¡Eh, muchacho!». Y volvía a su tarea y se inclinaba humildemente sobre algún zapato lleno de barro. El cliente no veía más que una cabecita de suaves cabellos castaños y dos manos delgadas y hábiles.

En las tardes neblinosas, bajo un farol de gas de alguna esquina, nadie advertía la fina figura, apoyada contra la columna del alumbrado, del aristócrata de la Edad Media, del patricio inoportuno cuyo instinto le gritaba que él mandaría; cuyo rápido cerebro le decía por qué tenía derecho a hacerlo; el barón feudal creado para gobernar, pero por cuyo nacimiento tenía que barrer pisos y recibir órdenes.

Había aprendido a leer y a escribir por sí mismo a la edad de cinco años, haciendo preguntas. Leía todo lo que encontraba. No podía tolerar lo inexplicable. Tenía que comprender todo lo que era comprendido por otros. El emblema de su infancia —el escudo de armas que escogió como divisa en lugar del que había perdido desde hacía siglos— fue un signo de interrogación. Nadie tenía necesidad de explicarle dos veces una misma cosa. Obtuvo sus primeros conocimientos de matemáticas con los ingenieros, mientras colocaba los tubos de las cloacas. Aprendió geografía con los marineros, en los muelles. Aprendió instrucción cívica con los políticos de un club local donde se reunían los gangsters. Nunca había ido a la iglesia ni a la escuela. Tenía doce años cuando entró en la iglesia. Escuchó un sermón sobre la paciencia y la humildad. Jamás volvió. Tenía trece años cuando decidió ver en qué consistía la educación y se matriculó en una escuela pública. Su padre no le dijo nada por esta decisión, como no le dijo nada cuando Gail volvió a la casa, herido, después de la lucha con la pandilla. Durante la primera semana de escuela la maestra llamaba a Wynand constantemente; era para ella un gran placer, porque siempre contestaba. Cuando se confiaba en los superiores y en los propósitos de ellos, obedecía como un espartano que se impusiese la misma disciplina que exigía para sus súbitos de la pandilla. Pero la fuerza de su voluntad se malgastaba. En una semana vio que no necesitaba hacer ningún esfuerzo para ser el primero de la clase. Después de un mes la maestra dejó de tomar cuenta de su presencia. Parecía innecesario; siempre sabía las lecciones y ella tenía que dedicarse a los niños más atrasados. Se sentaba, resuelto, durante horas

que arrastraba como cadenas, mientras la maestra repetía, machacaba y volvía a machacar, sudando por extraer algún destello de inteligencia de los ojos vacíos y de las voces murmuradoras. Después de dos meses, repasando los rudimentos de Historia que había tratado de inculcar en la clase, la maestra preguntó:

—¿Y cuántos Estados había originariamente en la Unión?

Ninguna mano se levantó. Entonces Gail Wynand agitó la suya. La maestra asintió con la cabeza.

—¿Por qué tengo que atragantarme diez veces con la misma cosa? Yo conozco todo esto.

—Usted no es el único en la clase —respondió la maestra.

Él dijo algo que la hizo poner pálida primero, y roja quince minutos más tarde, cuando lo entendió completamente. Se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió y agregó:

—Sí, había trece Estados originarios.

Fue su último intento de educación formal.

Había gente en Hell's Kitchen que nunca se aventuraba a ir más allá de sus límites y otros que raras veces salían de las viviendas donde habían nacido. Pero Gail Wynand andaba a menudo por las calles más importantes de la ciudad. No sentía amargura contra el mundo de la riqueza, ni envidia, ni temor. Era simplemente curioso y se sentía en la casa como en la Quinta Avenida y como en cualquier otra parte. Pasaba por las mansiones majestuosas con las manos en los bolsillos y los dedos saliéndosele por la punta de los zapatos. La gente lo miraba fijamente, pero a él no le producía efecto. Pasaba y dejaba tras sí la impresión de que pertenecía a la calle y los otros no. En aquella época no quería nada más que comprender.

Quería saber qué era lo que hacía diferente a aquella gente de la de su barrio. No era la ropa ni los carruajes ni los bancos lo que le llamaban la atención: eran los libros. La gente de su barrio tenía trajes, carruajes y dinero, los grados no tenían importancia, pero no leían libros. Decidió saber qué leía la gente de la Quinta Avenida. Un día vio a una dama que estaba esperando en un carruaje junto a la acera; sabía que era una dama; su juicio en tales materias era más agudo que la discriminación de la guía social. Estaba leyendo un libro. Saltó al estribo del coche, le arrebató el libro y salió disparado. Se hubiesen necesitado hombres más ligeros y más delgados que los polizontes para alcanzarlo.

Era un volumen de Herbert Spencer. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta el fin, pero lo leyó. Comprendió la cuarta parte de lo que había leído. Pero esto lo encaminó hacia un proceso que prosiguió con sistemática y obstinada determinación. Sin consejo, sin guía ni plan empezó a leer un incongruente surtido de libros. Encontraba algún pasaje que no podía comprender en un libro y buscaba otro sobre el mismo tema. Se extendía irregularmente en todas direcciones; leía volúmenes de erudición especializada primero y textos de escuela superior después. No había orden en sus lecturas, pero había orden en lo que le quedaba en la mente.

Descubrió la sala de lectura de la Biblioteca Pública y asistió allí algún tiempo para estudiar su disposición. Después, un día, en diversas ocasiones, una sucesión de muchachos lamentablemente peinados y lavados inconvenientemente, fueron a visitar la sala de lectura. Cuando entraron eran delgados, pero no así cuando salieron. Aquella noche Gail Wynand tenía una pequeña biblioteca propia en un rincón del sótano. Su pandilla había ejecutado sus órdenes sin protestar. Era un deber escandaloso; ninguna pandilla que se respetara había saqueado algo tan innecesario como libros;

pero Wynand el Largo había dado las órdenes y nadie discutía con él.

Tenía quince años cuando se encontró una mañana en la calle, convertido en una masa sanguinolenta, ambas piernas quebradas, golpeado por algún estibador. Estaba inconsciente, pero había estado consciente aquella noche después de haber sido golpeado. Lo habían dejado abandonado en una oscura avenida. Había visto una luz cerca de la esquina. Nadie sabía cómo se las había arreglado para arrastrarse hasta la esquina, pero lo hizo y se vio después el largo reguero de sangre en el pavimento. Se había arrastrado solamente con la ayuda de los brazos. Había golpeado en la parte inferior de una puerta. Era una taberna que todavía estaba abierta. El tabernero salió. Fue la única vez en su vida que Gail pidió ayuda. El tabernero lo contempló con una mirada inexpresiva y pesada que exteriorizaba una indiferencia bovina y estólida. Se metió adentro y cerró la puerta de golpe. No quería mezclarse en las peleas de las pandillas.

Años más tarde, Gail Wynand, propietario del New York Banner, recordaba aún los nombres del estibador y del tabernero y sabía dónde los podía encontrar. No le hizo nada al estibador, pero causó la ruina del tabernero, que perdió su casa, sus ahorros y tuvo que suicidarse.

Gail Wynand tenía diecisiete años cuando murió su padre. Estaba solo, sin empleo en aquel momento, con sesenta centavos en el bolsillo, la cuenta del alquiler sin pagar y una erudición caótica. Resolvió que había llegado el momento de decidir lo que había de ser su vida. Aquella noche se subió al tejado de su vivienda y contempló las luces de la ciudad, aquella ciudad en donde él no tenía autoridad. Sus ojos se dirigieron lentamente desde las casas achatadas que lo rodeaban hasta las ventanas de las mansiones que estaban a lo lejos. Solamente había cuadrados iluminados y suspendidos en el espacio, pero según ellos se podía decir los edificios a los cuales pertenecían: las luces que lo rodeaban parecían turbias, desalentadoras, aquellas que estaban a los lejos eran claras y compactas. Se hizo una sola pregunta: ¿Qué era lo que penetraba en aquellas casas, las oscuras y las brillantes, indistintamente, qué era lo que llegaba a cada habitación, a cada persona? Todos tenían pan. ¿Se podía formular una regla común para los hombres por el pan que compraban? Tenían calzado, café, tenían... seguridad para el resto de la vida.

A la mañana siguiente entró en la redacción de la Gazette un diario de cuarta categoría, instalado en un edificio destartado, y pidió trabajo. El redactor miró sus ropas y le inquirió:

—¿Puede usted deletrear la palabra gato?

—¿Puede usted deletrear antropomorfología? —le preguntó Wynand.

—No tenemos empleo aquí —dijo el redactor.

—Insistiré —repuso Wynand—. Empléeme cuando me necesite. No tiene necesidad de pagarme. Me abonará un salario cuando se dé cuenta de que tiene que pagármelo.

Se quedó en el edificio, sentado en la escalera que conducía a la redacción. Durante una semana fue allí todos los días. Nadie le prestaba atención. Por la noche dormía en los zaguanes. Cuando ya casi no le quedaba dinero, robaba alimentos en los mostradores o en los cubos de la basura.

Un día un reportero sintió lástima y al bajar la escalera le arrojó un níquel, diciéndole:

—Tómame un plato de sopa, chico.

Wynand no tenía nada más que diez centavos en el bolsillo. Tomó los diez centavos y se los arrojó al reportero, diciéndole:

—Cómprame un tornillo.

El hombre profirió un juramento y continuó bajando la escalera. El níquel y los diez centavos quedaron en los escalones. Wynand no los quería tocar. La historia se repitió en la redacción y un empleado de cara granujienta, encogiéndose de hombros, se apoderó de las dos monedas.

Al fin de la semana, durante la hora de mayor trabajo, un empleado de la redacción llamó a Wynand para que llevase un recado. A aquél siguieron pequeñas tareas. Obedecía con precisión militar. A los diez días recibía un salario. A los seis meses era reportero. A los dos años era socio.

Gail Wynand tenía veinte años cuando se enamoró. Había conocido todo lo que se podía conocer en materia sexual desde la edad de trece años. Había tenido muchos amores. Nunca hablaba de amor, no se forjaba ilusiones románticas y trataba la cuestión como una simple transacción animal; pero en esto era perito y las mujeres, con sólo mirarlo, se daban cuenta de ello. La muchacha de la cual se enamoró tenía una belleza exquisita, una belleza para ser adorada y no para ser deseada. Era frágil y silenciosa. Su rostro hablaba de adorables misterios que quedaban inexpresados dentro de su intimidad.

Se transformó en la amante de Gail Wynand. Él se permitió la debilidad de ser feliz. Se habría casado en seguida si ella se lo hubiese dicho, pero se dijeron muy poco uno al otro. Él sentía que entre ellos todo estaba acordado.

Una noche Wynand habló. Sentado a sus pies, con el rostro levantado hacia ella, su alma se hizo oír:

—Querida, lo que quieras, lo que soy, lo que puedo llegar a ser... Esto es lo que quiero ofrecerte, no las cosas que puedo obtener para ti, sino las que están en mí y será posible conseguir aquello a lo que un hombre no puede renunciar y a lo que yo renunciaría para que fuese tuyo, para que esté a tu servicio, solamente para ti.

La chica se sonrió y le preguntó:

—¿Soy más linda que Maggy Kelly?

Se puso en pie y sin decir nada salió de la habitación. Nunca volvió a verla. Gail Wynand, que se jactaba de no haber necesitado jamás que le dieran dos veces una misma lección, no se volvió a enamorar en los años siguientes.

Tenía veintiún años cuando su carrera en la Gazette estuvo amenazada por primera y única vez. La policía y la corrupción no lo habían molestado: las conocía muy bien. Su pandilla había sido pagada para ayudar a dar palizas a los votantes en los días de elecciones, Pero cuando Pat Mulligan, capitán de policía del distrito, fue acusado injustamente, Wynand no lo pudo soportar porque Pat Mulligan era el único hombre honesto que había conocido.

La Gazette estaba bajo los poderes que habían embaucado a Mulligan. Wynand no dijo nada, pero ordenó en su mente todos los detalles de información que poseía, capaces de hundir a la Gazette. Su empleo se acabaría con ella, pero eso no le importaba. Su decisión contradecía todas las reglas que se había impuesto en su carrera. Pero no lo meditó. Era una de esas raras explosiones que le ocurrían a veces, arrojándolo más allá de la prudencia, transformándolo en una criatura poseída por el único impulso de salir con la suya, porque la rectitud de su pensamiento lo había cegado totalmente. Pero supo que la destrucción de la Gazette sería solamente su primer paso y que no era suficiente para salvar a Mulligan.

Durante tres años Wynand había conservado un pequeño recorte: un editorial sobre la corrupción,

escrito por el famoso director de un gran diario. Lo había conservado porque era el tributo a la integridad más hermoso que había leído. Tomó el recorte y se fue a ver al gran director. Le hablaría de Mulligan y entre los dos vencerían a la «máquina».

Recorrió la ciudad hasta llegar al edificio del famoso diario. Tuvo que caminar. Tenía que dominar la furia que tenía dentro de sí. Fue recibido por el director; tenía un aire que le hacía ser admitido en cualquier lugar contra todas las reglas. Vio a un hombre gordo, colocado al escritorio, con ojos como finas ranuras, colocados muy juntos. No se presentó a sí mismo, pero colocó el recorte sobre el escritorio y dijo:

—¿Recuerda esto?

El director miró el recorte y después a Wynand. Era una mirada que Wynand ya había visto antes: la que tenían los ojos del tabernero cuando le cerró la puerta en las narices.

—¿Cómo quiere que recuerde cada artículo que escribo? —dijo el director.

Después de un instante, Wynand le dijo:

—Gracias.

Fue la única vez en su vida que sintió gratitud por alguien. La gratitud era genuina, el pago por una lección que no volvería a necesitar. Hasta el director se dio cuenta de que algo fundamentalmente malo había en aquel seco «gracias», tan amenazador, pero no supo que para Gail Wynand había constituido una necrología.

Wynand volvió a la Gazette sin sentir rencor hacia el director ni hacia la camarilla política. Sintió solamente un desprecio furioso por sí mismo, por Pat Mulligan, por toda integridad. Sintió vergüenza cuando pensó en aquéllos cuyas víctimas habían querido ser él y Pat Mulligan. No pensó en «víctimas», pensó en «boquiabiertos». Volvió a la redacción y escribió un brillante editorial infamando al capitán Mulligan.

—¡Caramba, creí que usted sentía lástima por el pobre bastardo! —dijo el director complacido.

—Yo no siento lástima por nadie —replicó Wynand.

Los tenderos y los estibadores no habían apreciado a Wynand, los políticos sí. En los años que estaba en el diario había aprendido a comportarse con la gente. Su cara había asumido la expresión que iba a tener el resto de su vida: no una sonrisa, sino una inmóvil mirada de ironía dirigida hacia todo el mundo. La gente creía que esa mofa se refería a las cosas especiales de las cuales deseaba mofarse. Además, resultaba agradable tratar con un hombre a quien no molestaban la pasión ni la santidad.

Tenía veintitrés años cuando una facción política rival quiso ganar una elección municipal, necesitó un diario para hacer propaganda a la plataforma, y compró la Gazette. La compraron en nombre de Gail Wynand, que iba a dar el frente, como persona honorable, en nombre de la cuadrilla. Gail Wynand se transformó en director. Hizo propaganda y ganó la elección para sus jefes. Dos años más tarde aplastó a la camarilla, mandó a los jefes a la cárcel y se quedó como dueño único de la Gazette.

Su primer acto fue romper el letrero que estaba encima de la puerta del edificio y suprimir el título antiguo del diario. La Gazette se transformó en el New York Banner. Sus amigos le objetaron. «Los periodistas no deben cambiar el nombre de un diario», le dijeron. «Yo soy el único que lo cambia», replicó.

La primera campaña del Banner fue una llamada para conseguir dinero con motivo de caridad. Desplegado en toda su amplitud, con una cantidad de espacio igual, el Banner publicó dos relatos: uno, acerca de la lucha de un joven hombre de ciencia, que se moría de hambre en una buhardilla, trabajando en un gran invento; el otro acerca de una camarera, la amante de un asesino que había sido ejecutado, la cual esperaba el nacimiento de un hijo ilegítimo. Uno de los relatos fue ilustrado con diagramas científicos, el otro con el retrato de una muchacha de boca caída, con expresión trágica, y mal vestida. El Banner pidió a sus lectores que ayudaran a ambos desdichados. Recibió nueve dólares con cincuenta y cinco centavos, para el joven sabio y mil sesenta y siete dólares para la madre soltera. Gail Wynand citó a los redactores para una reunión. Colocó sobre la mesa el ejemplar del diario que contenía los dos relatos y el dinero recogido para ambos.

—¿Hay alguno que no comprenda? —preguntó. Nadie respondió. Entonces agregó—: Ahora saben todos qué clase de diario va a ser el Banner.

Los directores de su tiempo se enorgullecían de estampar en los diarios su personalidad individual. Wynand entregó su diario —en cuerpo y alma— al populacho. El Banner asumió el aspecto de un cartelón de circo en el cuerpo, y de una representación de circo en el alma. Aceptó el mismo objeto: pasmar, divertir, conseguir lectores y anuncios. Contenía la impresión, no de uno, sino de millones de hombres. «Los hombres difieren en sus virtudes, si las tienen —dijo Wynand, explicando su política—, pero son todos iguales en sus vicios». Agregó, mirando fijamente a los ojos de los interrogadores: «Yo sirvo a lo que existe en el mundo en mayor cantidad. Represento a la mayoría».

El público pedía crimen, escándalo, sentimientos. Gail Wynand se lo facilitaba. Le daba a la gente lo que deseaba, además de una justificación para que dieran rienda suelta a los gustos de los cuales debía avergonzarse. El Banner presentaba crímenes, incendios, raptos, corrupciones, con una moral apropiada en contra de cada caso. Había tres columnas de detalles frente a una columna de moral. «Si se le impone a la gente un deber noble, se aburre —dijo Wynand—. Si se le deja que dé rienda suelta a sus sentimientos, le avergüenza; pero si se combinan los dos, se la conquista». Publicaba relatos sobre muchachas caídas, divorcios aristocráticos, asilos de niños expósitos, lupanares, hospitales de caridad. «El sexo primero —decía Wynand—, las lágrimas después. Hágales arder de deseos, y hágales llorar, y los habrá conseguido». El Banner realizaba grandes y valientes campañas sobre problemas que no tenían oponentes. Exponía a los políticos, un instante antes que el Gran Jurado; atacaba a los monopolios en nombre de los oprimidos; se mofaba de los ricos y de los triunfadores a la manera de los que no podían ser ninguna de las dos cosas. Daba una importancia excesiva a los esplendores de la alta sociedad y presentaba las noticias sociales con una burla sutil. Así le daba dos satisfacciones al hombre de la calle: la de penetrar en los salones ilustres y la de no restregarse los pies en el umbral.

El Banner se consagraba a la verdad, al gusto y a la credulidad, pero no a los lectores de capacidad cerebral. Sus enormes títulos, las fotografías y su texto extrasimplificado impresionaban los sentidos y penetraban en la conciencia del hombre sin necesidad de un proceso intermediario de razonamiento.

«Son las novedades —decía Wynand a los redactores— las que excitan al mayor número. Lo que los impresiona estúpidamente. Lo más tonto es siempre lo mejor, siempre que haya bastantes tontos».

Un día llevó a la oficina un hombre que había encontrado en la calle. Era un hombre ordinario, ni bien vestido ni raído; ni alto ni bajo; ni moreno ni rubio; tenía uno de esos rostros que uno no podría recordar aunque tratase de retenerlo. Impresionaba al ser tan totalmente vulgar; carecía hasta de la distinción de un imbécil. Wynand le hizo recorrer el edificio, se lo presentó a cada uno de los redactores y después lo dejó partir. Después citó a los redactores y les dijo:

—Cuando tengan dudas sobre el trabajo, acuérdense de la cara de ese hombre. Escriban para él.

—Pero, señor Wynand —dijo un redactor joven—, uno no puede recordar esa cara.

—Ahí está la cuestión —repuso Wynand.

Cuando el nombre de Gail Wynand se tornó una amenaza para el mundo periodístico, un grupo de propietarios de periódicos le dieron de lado —después de un asunto de beneficencia del cual podía esperarse todo— y le reprocharon lo que ellos llamaron degradación del gusto público. «No es misión mía ayudar a la gente a conservar una dignidad que no tienen —dijo Wynand—. Ustedes les dan lo que la gente dice, en público, que le gusta. Yo le doy lo que le gusta realmente. La sinceridad es la mejor política, señores».

Resultaba imposible para Wynand no hacer bien una obra. Cualquiera que fuese su objeto, sus medios eran superlativos. Toda la dirección, la fuerza, la voluntad de las páginas del diario conducían a su realización. Un talento excepcional que se quemaba con prodigalidad para realizar la perfección en lo no excepcional. Con la energía del espíritu que él gastaba en coleccionar relatos espeluznantes y sucios en las hojas de su diario, se podría haber establecido una nueva fe religiosa.

El Banner siempre era el primero que obtenía las noticias. Cuando se producía un terremoto en América del Sur y no llegaba ninguna información de la zona castigada, fletaba un barco, enviaba una multitud al lugar del suceso y editaba extras que aparecían en las calles de Nueva York antes que las de sus competidores; extras con dibujos que representaban llamas, grietas y cuerpos destrozados. Cuando se recibía un S. O. S. de un barco que se hundía en una tempestad en las costas del Atlántico, Wynand mismo se iba al lugar de la acción acompañado de una multitud, antes que la guardia de costa. Wynand dirigía el rescate y volvía con un relato exclusivo, con fotografías de él mismo en una escalerilla, sobre las olas rugientes, con un niño en los brazos. Cuando a consecuencia de un alud una aldea del Canadá quedó separada del mundo, fue el Banner el que envió un globo para que arrojaran alimentos y Biblias a los habitantes. Cuando unos mineros de carbón quedaron sin trabajo a raíz de una huelga, el Banner instalaba cocinas ambulantes y publicaba trágicos relatos sobre los peligros que tenían que arrostrar las lindas hijas de los mineros bajo la presión de la pobreza. Si un gatito quedaba atrapado en lo alto de un poste era rescatado por un fotógrafo del Banner.

«Cuando no hay noticias, hay que fabricarlas»; tal era la orden que había dado Wynand. Un loco se escapó de un manicomio. Después de varios días de terror en millas a la redonda, terror que era alimentado por las horrendas predicciones del Banner y por su indignación ante la ineficacia de la policía local, fue capturado por un reportero del Banner. El loco se curó milagrosamente. Dos semanas después de su captura era dado de alta y vendía al Banner una revelación escandalosa de lo que había soportado en la institución. Esto condujo a vastas reformas. Después alguien dijo que el loco había trabajado en el Banner antes de su encierro. Pero no se pudo probar nada.

Un incendio estalló en un taller donde trabajaban treinta muchachas. Dos de ellas perecieron en el desastre. Mary Watson, una de las supervivientes, dio al Banner una información exclusiva sobre

la explotación que había sufrido. Esto condujo a una campaña contra los talleres explotadores, que fue encabezada por las mejores mujeres de la ciudad. El origen del fuego nunca fue descubierto. Se susurraba que Mary Watson había sido una vez la Eveline Drake que escribía para el Banner. No se pudo probar.

En los primeros años de la existencia del Banner, Gail Wynand pasó más noches en el sofá de la oficina que en su dormitorio. El esfuerzo que les exigía a sus empleados era difícil de realizar, el esfuerzo que se exigía a sí mismo era difícil de creer. Dirigía a los empleados como a un ejército, se dirigía a sí mismo como a un esclavo. Pagaba bien; él no sacaba más que para el alquiler y la comida. Vivía en una pieza amueblada mientras que sus mejores reporteros vivían en departamentos de lujosos hoteles. Gastaba el dinero con más rapidez que lo recibía, y todo lo gastaba en el Banner. El diario era lo mismo que una querida lujosa cuyas necesidades satisfacía sin inquirir el precio.

El Banner fue el primero en adquirir el equipo tipográfico más moderno. Wynand invadía la sala de redacción de sus competidores; nadie podía competir con él en lo referente a los sueldos que ofrecía. Su procedimiento era muy simple. Cuando un periodista recibía una invitación para visitar a Wynand la tomaba como un insulto a su dignidad profesional, pero iba a la cita. Iba preparado para entregar una exposición de condiciones ofensivas, de acuerdo con las cuales aceptaría el trabajo. Wynand comenzaba la entrevista manifestando lo que le pagaría. Después agregaba: «Si desea, naturalmente, discutir otras condiciones...» y, observando el atragantamiento en la garganta del hombre, concluía: «¿No? Bien, vuelva el lunes».

Cuando Wynand publicó un segundo diario en Filadelfia, los directores locales lo miraron como los caudillos europeos que se unieron en contra de la invasión de Atila. La guerra que siguió fue salvaje. Wynand se reía de ella. Nadie podía enseñarle nada acerca de alquilar asesinos para asaltar los vagones que conducían los diarios y dar de palos a los nuevos vendedores. Dos de sus competidores perecieron en la batalla. El Philadelphia Star, de Wynand, sobrevivió.

Lo demás fue cosa rápida y simple como una epidemia. Cuando cumplió la edad de treinta y nueve años había diarios de Wynand en todas las ciudades importantes de los Estados Unidos. Cuando tuvo cuarenta años había revistas de Wynand, empresas cinematográficas de Wynand y ya existían la mayoría de las instituciones de la Wynand Enterprise Inc.

Un gran número de actividades no dadas a la publicidad contribuyó a edificar la fortuna de Wynand. No había olvidado nada de su infancia. Recordaba las cosas que había pensado estando de limpiabotas en el *ferry-boat*, las oportunidades que le ofrecía una ciudad que estaba creciendo. Compró propiedades donde nadie creía que pudiesen resultar valiosas, edificó contra todo consejo y transformó cientos en miles. Se introdujo en una gran cantidad de empresas de todas clases. Algunas veces fracasaban, arruinando a todos los que habían intervenido, menos a Gail Wynand. Inició una campaña contra el monopolio sospechoso de los tranvías, que originó la pérdida de la concesión, siéndole ésta concedida a un grupo más sospechoso que él dirigía. Expuso su maligno intento de copar el mercado de carne en el Oeste Medio y dejó el campo libre a una camarilla que operaba bajo sus órdenes.

Fue ayudado por una gran cantidad de personas que descubrieron que Wynand era un hombre brillante, digno de servirse de él. Él mostraba una encantadora complacencia al ser empleado, pero resultaba que eran ellos los utilizados en lugar de él, como ocurrió con aquellos que compraron la

Gazette para Gail Wynand.

Algunas veces perdía dinero en sus inversiones, fríamente y con toda intención. Mediante una serie de añagazas arruinaba a muchos hombres poderosos: al propietario de una línea de vapores y a otros. Nadie podía descubrir los motivos, pues aquellos hombres no le hacían competencia y él no ganaba nada con su eliminación.

«Lo que Wynand busca es cualquier cosa menos dinero», decía la gente.

Aquellos que lo denunciaban persistentemente eran puestos fuera de combate en sus profesiones; algunos en pocas semanas, otros algunos años más tarde. Había ocasiones en que dejaba que los insultos pasaran sin advertirlos, otras en que destruía a un hombre por una observación insignificante. Nunca se podía decir de quién se vengaría y a quién perdonaría.

Un día se informó del trabajo brillante de un joven reportero en otro diario y lo mandó llamar. El muchacho fue, pero el sueldo que Wynand le ofreció no le produjo efecto.

—Yo no puedo trabajar con usted, señor Wynand —dijo con desesperante seriedad—, porque usted..., usted no tiene ideales.

Los finos labios de Wynand sonrieron.

—Usted no puede escapar a la depravación humana, muchacho —dijo él gentilmente—. El jefe con quien usted trabaja puede tener ideales, pero tiene que implorar dinero y recibir órdenes de mucha gente despreciable. Yo no tengo ideales, pero no imploro. Elija. No hay otro camino.

El muchacho retornó a su diario. Un año más tarde volvió a visitar a Wynand y preguntó si todavía estaba en pie la oferta. Wynand le contestó afirmativamente. El muchacho se quedó en el Banner desde entonces. Era el único de los redactores que quería a Gail Wynand.

Alvah Scarret, el único superviviente de la antigua Gazette, se había elevado con Wynand, pero no se podía decir que lo quisiese; estaba, simplemente, pegado a su jefe con la devoción automática de una alfombra bajo los pies de Wynand. Alvah Scarret no había odiado nunca a nadie, y por lo mismo era incapaz de amar. Era perspicaz, competente y poco escrupuloso como toda persona incapaz de concebir un escrúpulo. Creía en todo lo que escribía y en todo lo que aparecía en el Banner. Para Wynand era inapreciable como barómetro de la reacción pública.

Nadie podía saber si Gail Wynand tenía vida íntima. Las horas que estaba fuera de la oficina habían asumido el estilo de la primera página del Banner, pero un estilo elevado a un gran plano, como si estuviera representado en el circo, pero ante una galería de reyes. Compró todas las entradas para un gran espectáculo de ópera y se sentó solo con su amigo del día en la platea desierta. Descubrió una hermosa obra de un autor dramático desconocido y le pagó una suma enorme para representarla una sola vez y nunca más.

Wynand fue el único espectador en la única representación. El manuscrito fue quemado al día siguiente. Cuando una dama distinguida le pedía una contribución para alguna obra de caridad, Wynand le entregaba un cheque firmado en blanco y se reía al manifestarle que la suma con la cual ella lo llenase siempre sería menor que la que él le habría dado. Compró un trono balcánico para un pretendiente en la miseria a quien había encontrado en una taberna y nunca más se molestó en verlo. A menudo solía decir: «Mi ayuda de cámara, mi chófer, mi rey».

Por la noche tomaba a menudo el Metro, vestido con un traje barato de nueve dólares, y vagaba por los garitos de los barrios bajos, escuchando a su público. Una vez, en una taberna instalada en un

sótano, descubrió a uno que denunciaba a Gail Wynand como el peor exponente de los males del capitalismo en un lenguaje de colorida exactitud. Wynand estuvo de acuerdo con él y lo ayudó a salir del paso con algunas expresiones propias de su vocabulario de Hell's Kitchen. Después Wynand cogió un ejemplar del Banner, que alguien había dejado en la mesa, arrancó su propia fotografía de la página y la unió a un billete de cien dólares, se la entregó al individuo y salió sin que nadie pronunciase una palabra.

La sucesión de sus amigas era tan rápida que dejaba de ser chismografía. Se decía que nunca estaba con una mujer que no hubiese comprado y tenía que ser de aquella que se suponen incomparables.

Mantén en secreto ciertos detalles de su vida íntima, pero los hacía públicos en conjunto. Se había entregado a la multitud; era la propiedad de cualquiera, como un monumento en un parque, como el indicador del tránsito que detenía un ómnibus, como las páginas del Banner. Sus fotografías aparecían en sus diarios con mayor frecuencia que las de los artistas de cine. Se había fotografiado con toda clase de ropa, en toda ocasión imaginable. Nunca se había retratado desnudo, pero sus lectores tenían la impresión de que ya lo hubiese hecho. No obtenía ningún placer en su publicidad personal; era simplemente una manera de hacer política, a la cual se sometía. «Cada bastardo del país conoce el interior de mi refrigerador y de mi bañera», solía decir.

Sin embargo, un aspecto de su vida era poco conocido y nunca se mencionaba. En la parte más alta del edificio, debajo de la que constituía su vivienda, tenía su galería privada de arte. Estaba herméticamente cerrada. Nadie la visitaba, excepto el guardián. Poca gente la conocía. Una vez un embajador francés pidió permiso para visitarla, pero Wynand se negó. En ocasiones —no a menudo— descendía a la galería y permanecía horas. Las cosas que había coleccionado habían sido elegidas según un gusto particular. Habían obras famosas y telas de artistas desconocidos; rechazaba los trabajos de nombres inmortales que no correspondían a ese gusto particular. Los comerciantes de arte a quienes protegía propagaban que su juicio era el de un maestro.

—Podríamos hacer ostentación de su galería de arte en la hoja de escándalo del domingo —le dijo Alvah Scarret cierta vez.

—No —contestó Wynand.

—¿Por qué, Gail?

—Mire, Alvah, todos los seres humanos tienen un alma en la cual nadie puede mirar. Aun los convictos de las cárceles y los monstruos de los espectáculos en los parques de diversiones. Todos, menos yo. Mi alma se muestra en su hoja dominical de escándalo con un procedimiento a tres colores, de manera que debo tener un sustituto, aunque sea solamente una habitación cerrada, con unos pocos objetos no manoseados.

Era un largo proceso y había habido signos premonitorios, pero Scarret no advirtió cierto rasgo nuevo en su carácter hasta que Wynand tuvo cuarenta y cinco años. Entonces resultó visible para muchos. Wynand perdió interés en hundir a industriales y a financieros. Halló víctimas de la nueva especie. No se podía decir si era un deporte, una manía o una persecución sistemática. Se pensó que era horrible por lo desagradable e innecesaria.

Comenzó con el caso de Dwight Carson. Dwight Carson era un escritor joven, de talento, que tenía una reputación inmaculada de hombre consagrado con pasión a sus convicciones. Defendía la

causa del individuo contra la de las masas. Escribía en revistas de gran prestigio y de escasa circulación que no presentaban ninguna amenaza para Wynand. Wynand compró a Dwight Carson. Le obligó a escribir una sección del Banner dedicada a predicar la superioridad de las masas sobre el hombre de genio. Era una sección mala, estúpida y nada convincente que puso furiosas a muchas personas. Era un desperdicio de espacio y un derroche de salario. Wynand insistió en continuarla.

Hasta el propio Alvah Scarret quedó impresionado con la apostasía de Carson.

—De cualquier otro lo hubiese esperado Gail —dijo Scarret—, pero no de Carson.

Wynand se rió, se rió como si no pudiese parar pero su risa tenía un ribete nervioso. Scarret frunció el gesto, no le gustó el aspecto de Wynand, incapaz de dominar una emoción, lo que le dio a Scarret un sentimiento extraño de aprensión, como ante la vista de una grieta menuda en una pared sólida; la grieta no podía poner en peligro la pared, posiblemente, pero no convenía que se encontrase allí.

Meses más tarde, Wynand compró a un escritor joven de una revista de izquierda, un hombre conocido por su honestidad, y lo puso a trabajar en una serie de artículos glorificando a los hombres excepcionales y condenando a las masas. Eso también puso furiosos a muchos de los lectores. La serie continuó. Parecía que ya no le importasen los delicados signos de afecto en la circulación.

Ocupó a un poeta sensitivo para describir partidos de *baseball*. Luego a un perito de arte para que tratara las cuestiones financieras. Consiguió un socialista para defender a los propietarios de fábricas y un conservador para campeón de los trabajadores. Obligó a un ateo a escribir sobre las glorias de la religión. Hizo que un disciplinado hombre de ciencias proclamase la superioridad de la intuición mística sobre el método científico. Dio al director de una gran orquesta sinfónica una magnífica renta anual para que no trabajara en nada, con la única condición de que no volvería a dirigir una orquesta.

Algunos hombres rehusaban al principio, pero se rendían cuando se hallaban al borde de la bancarrota, en pocos años, por una serie de circunstancias inexplicables. Algunos de esos hombres eran famosos, otros oscuros. Wynand no mostraba interés en la actitud anterior de su presa. No demostraba ningún interés en los hombres de brillante éxito que habían comercializado sus carreras y no tenían convicción personal de ninguna clase. Sus víctimas tenían un solo atributo común: su inmaculada integridad.

Una vez que estaban empobrecidos, Wynand les continuaba pagando escrupulosamente, pero ya no le importaban y no quería volver a verlos. Dwight Carson se hizo dipsómano. Otros dos se tornaron adictos a las drogas. Uno se suicidó. Esto último fue demasiado para Scarret.

—¿No está pasando los límites, Gail? —le preguntó—. Es, prácticamente, un crimen.

—No del todo —dijo Wynand—; ha sido meramente una circunstancia imprevista. La causa estaba en él. Si un rayo cae sobre un árbol podrido y lo derriba, la culpa no es del rayo.

—Pero ¿a qué llama un árbol sano?

—No existe, Alvah —dijo Wynand alegremente—, no existe.

Alvah Scarret nunca le pidió a Wynand que le explicase su nueva manía; pero, por un oscuro instinto, Scarret sospechó la razón que había detrás de aquello. Se encogió de hombros y se rió, diciendo a la gente que no había que preocuparse; no era nada más que «una válvula de escape». Solamente dos hombres comprendieron a Gail Wynand: Alvah Scarret, en parte, y Ellsworth Toohey,

completamente.

Ellsworth Toohey, que deseaba evitar una pelea con Wynand, sobre todo en aquel instante, no pudo refrenar su resentimiento porque Wynand no le había elegido como víctima. Casi deseó que tratara de corromperlo, sin importarle cuáles fueran las consecuencias, pero Wynand raras veces se acordaba que existía. Wynand nunca había temido a la muerte. A través de los años, el pensamiento del suicidio se le había ocurrido, más que como una intención, como una de las tantas posibilidades de la vida. Lo examinó indiferentemente, con cortés curiosidad, como examinaba cualquier posibilidad, y después lo olvidó. Había conocido momentos de vacío cansancio cuando su voluntad lo abandonaba, pero se había curado pasando varias horas en la galería de arte.

De este modo llegó a la edad de cincuenta y un años, y entonces sin que nada nuevo hubiera ocurrido, se encontró una noche sin deseos de dar un paso más.

Gail Wynand, sentado al borde de la cama, se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas y el revólver en la mano.

—«Sí —se dijo a sí mismo—, hay una respuesta en alguna parte, pero no quiero conocerla. No quiero conocerla».

Y porque sentía un tormento de miedo en la raíz del deseo de examinar su vida, supo que no moriría aquella noche. Desde el momento que tenía miedo de algo, estaba aferrado a la vida; aunque esto pudiera significar que se encaminaba hacia un desconocido desastre. El pensamiento de la muerte no le decía nada. El pensamiento de la vida le daba una escasa limosna... la sugestión del miedo. Movi6 su mano, pesando el arma. Se sonrió con una débil sonrisa de burla. «No —reflexionó —, esto no es para ti. Todavía no. Tú tienes todavía el sentimiento de no querer morir insensatamente. Te has alejado de esta idea. Aún esto es un residuo... de algo».

Dejó el revolver sobre la cama, sabiendo que el instante había pasado y que ya no habría peligro para él. Se levantó. No sintió júbilo, se sintió cansado; pero había vuelto a su curso normal. No le quedaba ningún problema, salvo el de terminar el día tranquilamente e irse a dormir. Bajó a su estudio para beber algo.

Cuando encendió la luz vio el regalo de Toohey sobre el escritorio, grande, vertical. Lo había visto antes y se había preguntado: «¿Qué diablos será?». Pero lo había olvidado por completo.

Se sirvió una bebida y la sorbió con lentitud. El cajón era demasiado grande para escapar al campo de su visión, y conforme bebía, trataba de conjeturar lo que podía contener. Era demasiado alto y delgado para ser una pieza de mueble. No se podía imaginar qué cosa material le podía haber enviado Toohey. Había esperado algo menos tangible, un sobre pequeño que contuviese la sugestión de alguna suerte de chantaje. Tanta gente había intentado lo mismo sin éxito, que pensó que Toohey tendría más sentido.

Cuando terminó de beber el contenido del vaso, no había encontrado aún una explicación plausible acerca del cajón. Eso lo fastidió como un obstinado problema de palabras cruzadas. Tenía un equipo de herramientas en un cajón del escritorio. Lo buscó y abrió la caja. Era la estatua de Dominique Françon hecha por Steven Mallory.

Gail Wynand se encaminó a su escritorio y colocó las tenazas que tenía, como si fuesen de frágil cristal. Después volvió el rostro para contemplar la estatua de Dominique Françon. Permaneció una hora mirándola.

Luego fue al teléfono y marcó el número de Toohey.

—¿Diga? —dijo la voz de Toohey. Su ronca impaciencia confesaba que había sido despertado de un profundo sueño.

—Está bien. Venga —dijo Wynand, y colgó.

Toohey llegó media hora más tarde. Era su primera visita a la casa de Wynand. El mismo Wynand acudió al sonar el timbre, vestido todavía con pijama. Se introdujo en su estudio sin decir palabra, y Toohey le siguió.

El cuerpo desnudo de mármol, con la cabeza echada para atrás en una exaltación, hizo que la habitación se pareciera a un lugar que había desaparecido: al templo de Stoddard. Los ojos de Wynand se posaron en Toohey con interrogación, con una mirada de ira sofocada.

—¿Usted quiere, naturalmente, saber el nombre del modelo? —preguntó Toohey con acento de triunfo en la voz.

—¡Diablo, no! —contestó Wynand—. Quiero conocer el nombre del escultor.

Le llamó la atención que a Toohey no le gustara la pregunta; había algo más que desengaño en su rostro.

—¿El escultor? —dijo Toohey—. Espere..., déjeme ver... Creo que no lo sé... Es Steven... o Stanley... o algo así... Sinceramente, no lo recuerdo.

—Si estuvo interesado hasta comprarla, debería haber preguntado por el nombre del escultor y no olvidarlo.

—Lo averiguaré, señor Wynand.

—¿Dónde consiguió esto?

—En una casa de artículos de arte, en una de esas que hay en la Segunda Avenida.

—¿Cómo llegó allá?

—No sé. No pregunté. La compré porque conocía a la modelo —repuso Toohey.

—Está mintiendo. Si eso fuera todo lo que vio en ella, no se habría tomado el atrevimiento que se tomó. Usted sabe que nunca he permitido a nadie ver mi galería. ¿Creía que le iba a permitir que contribuyera a ella? Nadie ha osado ofrecerme un obsequio de esta naturaleza. Usted no se hubiera arriesgado a menos que estuviese seguro, terriblemente seguro de que era una gran obra de arte. Seguro de que yo la aceptaría. Eso me hubiese vencido. Y lo ha hecho.

—Estoy encantado de escuchar eso, señor Wynand.

—Si lo desea, le diré también que me indigna que esto venga de usted. Me indigna que usted haya podido apreciarlo. Usted es un perito en arte mejor de lo que yo creía.

—Tal como es, tendré que aceptarlo como un cumplimento y agradeceré, señor Wynand.

—Bueno, ¿qué quería de mí? Me dejó entrever que me traería esto siempre que concediese una entrevista a la señora de Peter Keating.

—No, señor Wynand. Yo le he hecho el regalo porque pensé que comprendería que ésta es la esposa de Peter Keating.

Wynand miró a la estatua y después a Toohey.

—¡Oh, qué estúpido! —dijo Wynand suavemente.

Toohey lo miró fijo, perplejo.

—¿De modo que empleó esto como una lámpara roja en una ventana? —Wynand pareció

aliviado; no creyó oportuno mantener la mirada de Toohey. Esto es mejor, Toohey. Usted no es tan inteligente como creía.

—Pero, señor Wynand, ¿qué...?

—¿No se dio cuenta que esta estatua sería el camino más seguro para anular cualquier posible deseo que yo tuviese de la señora de Keating?

—Usted no la ha visto, señor Wynand.

—¡Oh, probablemente será más hermosa! Puede ser más hermosa que la estatua, pero no puede tener lo que el escultor le ha dado. ¿No le parece que uno odiaría a esa mujer al ver ese mismo rostro, pero sin ningún significado, como una muerta caricatura?

—Usted no la ha visto.

—¡Oh, es verdad, la veré! Ya le dije que se saldría con su antojo. Que ella me hable por teléfono y que concierte una entrevista.

—Gracias, señor Wynand.

—Además, usted me ha mentido al decir que no conoce el nombre del escultor. Pero es demasiado molesto hacérselo decir. Ella me lo dirá.

—Estoy seguro de que ella se lo dirá. Aunque, ¿por qué le habría de mentir yo?

—Dios lo sabe. A propósito, si se trata de un escultor sin importancia, usted pierde su empleo por esta causa.

—Después de todo, señor Wynand, tengo un contrato.

—¡Oh, cuidado con las uniones de trabajadores, Elsie! Y ahora, creo que tendría que desearme buenas noches e irse de aquí.

—Sí, señor Wynand; le deseo buenas noches.

Wynand lo acompañó hasta el vestíbulo. En la puerta le dijo:

—Usted es un mal negociante, Toohey. No sé por qué está tan ansioso de que yo conozca a la señora Keating. No sé qué gana con tratar de conseguir un trabajo para esa señora Keating; pero, cualquiera que sea, no puede ser tan valiosa como para que tenga que separarme de una cosa como ésta.

II

—¿Por qué no te pusiste tu brazalete de esmeraldas? —preguntó Peter Keating—. La que llaman novia de Gordon Prescott dejó a todo el mundo con la boca abierta con su estrella de zafiros.

—Lo siento, Peter. Me lo pondré la próxima vez.

—Fue una fiesta hermosa. ¿Lo pasaste bien?

—Yo siempre lo paso bien.

—Yo lo pasé... Solamente... ¡Oh, Dios mío! ¿Quieres saber la verdad? —No.

—Dominique, estaba mortalmente aburrido. Vicent Knowlton es como un dolor de muelas. Es un *snob* del diablo. No puedo soportarlo. —Y agregó prudentemente—: No se lo demostré, ¿no?

—No. Te portaste muy bien. Te reíste de todos sus chistes... aun cuando nadie se reía.

—¡Ah! ¿Te diste cuenta? Es un buen sistema.

—Sí, me di cuenta.

—Tú piensas que no debería haberlo hecho ¿no?

—No te he dicho eso.

—Piensas que es... bajo, ¿no?

—No pienso que nada sea bajo.

Se inclinó hacia delante en el sillón, lo que hizo que su mentón le incomodara, pero no se preocupó por cambiar de posición. El fuego crepitaba en la chimenea del *living*. Él había apagado todas las luces salvo la de una lámpara con pantalla de seda amarilla; pero ni aún así logró crear una atmósfera de descanso íntimo; parecía que el lugar estaba desierto, como un departamento vacío con las luces apagadas. Dominique se sentó en el otro extremo de la habitación. Su delgado cuerpo se amoldaba dócilmente a los contornos de la silla de respaldo recto. No parecía tesa, pero sí poco natural, para estar cómoda. Se hallaban solos, pero ella estaba sentada como una dama en una función pública, como un maniquí hermosamente vestido y expuesto en un escaparate, frente a una esquina muy concurrida.

Habían regresado al hogar después de un té en la casa de Vincent Knowlton, un distinguido joven de la sociedad, nuevo amigo de Keating. Fue una cena agradable y disponían de la noche. No tenían ningún otro compromiso social hasta el día siguiente.

—Tú no deberías haberte reído de la teosofía cuando le hablaste a la señora Marsh —dijo él—. Ella cree en la teosofía.

—Lo siento, tendré más cuidado. Él esperaba que ella iniciara una conversación sobre algún tema, pero quedó muda. Pronto recordó que ella nunca había empezado a hablar en los veinte meses de matrimonio. Se dijo a sí mismo que era ridículo e imposible; trataba de recordar alguna vez en que ella se le hubiese dirigido. Por supuesto, lo había hecho. Recordaba que le había preguntado una vez: «¿A qué hora estarás de vuelta esta noche?» y «¿Quieres incluir a los Dixon en la cena del martes?», y muchas cosas como aquéllas.

La miró. No parecía aburrida. Estaba allí, como si su compañía tuviera un gran interés; no buscaba un libro, no estaba ausente con ningún pensamiento lejano. Lo miraba directamente, no para indagar sus ideas, sino como si estuviese esperando que iniciara una conversación. Él se daba cuenta de que siempre lo miraba fijamente, como en aquel instante, y ahora se preguntaba si le gustaba o no.

«Sí», se contestó; esto le permitía no tener celos, ni siquiera de sus pensamientos ocultos. No, no le gustaba, no tenía ninguna escapatoria para ninguno de los dos.

—Acabo de leer *El cálculo biliar galante* —dijo—. Es un libro maravilloso. Es el producto de un cerebro deslumbrante, un Puck con lágrimas en el rostro un clown de corazón de oro que sostiene por un momento el trono de Dios.

—He leído lo mismo en la sección bibliográfica del *Banner* del domingo.

—Yo leí el libro mismo. Tú lo sabes.

—Dichoso tú. Resulta amable para el autor que hayas dispuesto de tiempo para leerlo, sobre todo cuando sabías por adelantado lo que pensarías de él.

—No sabía, pero he estado de acuerdo con el crítico.

—El *Banner* tiene los mejores críticos.

—Es verdad. Naturalmente. De modo que no hay nada malo en estar de acuerdo, ¿no es así?

—De ningún modo. Yo siempre estoy de acuerdo.

—¿Con quién?

—Con todo el mundo.

—¿Te estás riendo de mí, Dominique?

—¿Me has dado motivo para eso?

—No. No veo que te haya dado motivo.

—Entonces, mal puedo estar riéndome.

Él esperó. Escuchó un camión que pasaba retumbando por la calle y cuyo ruido duró unos segundos, pero cuando se extinguió el ruido tuvo que hablar otra vez.

—Dominique, me gustaría saber qué piensas.

—¿De qué?

—De... de... —Buscaba un tema importante y terminó con—: ...de Vincent Knowlton.

—Pienso que es un hombre digno de que se le bese.

—¡Por amor de Dios, Dominique!

—Lo siento. Es mala educación. Está mal, desde luego. Bueno, mira: Vincent Knowlton es hombre a quien resulta agradable conocer. Las viejas familias merecen una gran consideración y debemos tener tolerancia con las opiniones de los otros, porque la tolerancia es la mayor de las virtudes; por eso sería justo forzar tus puntos de vista sobre Vincent Knowlton, y si tú le halagas en lo que le gusta, le satisfará ayudarte, porque es una persona humana.

—Eso es más sensato —dijo Keating. Se sentía cómodo con un lenguaje inteligible—. Creo que la tolerancia es muy importante porque... —Se detuvo. Terminó con una voz hueca—: Tú dijiste exactamente lo mismo que antes.

—Te diste cuenta —dijo Dominique. Lo dijo sin tono de interrogación, indiferentemente, como un simple hecho. No era sarcasmo, él deseaba que lo fuera; el sarcasmo le habría concedido un reconocimiento personal, el deseo de herirlo; pero la voz de ella no expresó nunca ninguna relación personal con él en los veinte meses.

Peter contemplaba el fuego. Era lo que lo hacía feliz; sentarse a contemplar soñadoramente el fuego, en su propio hogar, en su propia casa. Era lo que siempre había oído y leído. Contemplaba las llamas fijamente, para forzarse a una obediencia, a una verdad establecida. Un minuto más de

contemplación y sería dichoso, pensó concentrándose, pero nada ocurrió. Pensó en lo convincente que sería la descripción de aquella escena para que envidiasen sus amigos la plenitud de su felicidad. ¿Por qué no podía convencerse a sí mismo? Tenía todo lo que había querido. Había querido superioridad... y desde el año último era jefe indiscutible en su profesión. Había querido fama..., y tenía cinco gruesos álbumes de recortes. Había querido riqueza..., y tenía bastante para asegurarse el lujo para el resto de su vida. Tenía todo lo que los demás deseaban. ¿Cuántas personas luchaban y sufrían para realizar lo que él ya había logrado? ¿Cuántos soñaban y morían por esto, sin alcanzarlo? «Peter Keating es la persona más afortunada de la tierra». ¿Cuán a menudo había oído aquello?

El último año había sido el mejor de su vida, pues había agregado a sus posesiones lo imposible: Dominique. Había sido tal la alegría, que se reía cuando sus amigos le preguntaban: «Peter, ¿cómo lo hiciste?». Sentía un gran placer en presentarla a los extraños y decir, por lo bajo: «Mi esposa», y luego observar la mirada de envidia estúpida que lanzaban. Una vez, en una gran fiesta, un elegante borracho le había preguntado haciendo un guiño que demostraba sus intenciones equívocas: «Diga, ¿conoce a esa magnífica criatura que está allí?». «Apenas —había contestado Keating—. Es mi esposa».

A menudo se decía, contento de sí mismo, que su matrimonio había resultado mucho mejor de lo que esperaba. Dominique era una esposa ideal, dedicada completamente a sus intereses, procurando agradar a sus clientes, entreteniendo a los amigos, dirigiendo el hogar. Nada había cambiado en su existencia; ni sus horas, ni sus platos favoritos, ni siquiera la disposición de los muebles. Ella no había traído nada consigo, excepto su ropa; no había agregado a la casa ni un solo libro, ni un cenicero. Cuando él exponía sus puntos de vista sobre cualquier tema, Dominique no discutía, siempre estaba de acuerdo con él. Con toda gracia, como algo natural, siempre se colocaba en segundo plano, desapareciendo en su subordinación. Él había temido que fuera un torrente que lo levantase y lo aplastara contra alguna roca desconocida, pero ni siquiera había encontrado un riachuelo que se juntara a su pacífico río. Era más bien como si el río siguiese su curso, y alguien viniera a nadar en su corriente. No, no, nadar era demasiado, eso significaba un corte, una acción violenta, era apenas flotar en las aguas detrás. Si se le hubiera ofrecido poder para determinar la actitud que Dominique debía seguir después del casamiento, habría pedido que se comportara exactamente como lo hacía.

Solamente sus noches lo dejaban miserablemente insatisfecho. Ella se sometía siempre que él la deseaba, pero ocurría siempre como la primera noche: tenía en sus brazos un cuerpo indiferente, sin reacción, sin respuesta a sus deseos. Se decidía a no volver a tocarla, pero su deseo retornaba, subía con la constante presencia de su belleza. Se sometía, aunque no a menudo, sino cuando ya no podía resistir más.

Fue su madre la que manifestó lo que él no se confesaba acerca de su matrimonio.

—Yo no lo puedo resistir —dijo seis meses después de la boda—. Si se enojara conmigo una vez siquiera, si me insultara, si me tirara cualquier cosa a la cara, todo sería mejor. Pero yo no puedo soportar esto.

—¿Qué, mamá? —preguntó él con un frío sentimiento de pánico.

—No vale la pena, Peter —repuso ella.

Su madre, cuyos argumentos, opiniones y reproches él no era capaz de contener, no dijo una palabra más acerca de su casamiento. Alquiló un piso y se mudó. Los visitaba a menudo y era siempre cortés con Dominique con un aire extraño y abatido de resignación. Él se había dicho a sí mismo que se pondría contento si se libraba de su madre, pero no estaba contento.

Sin embargo, no podía determinar qué era lo que Dominique había hecho para inspirar aquel temor que iba creciendo en él. No podía encontrar una palabra o un gesto que reprocharle; durante veinte meses siempre había sido igual. No podía soportar el quedarse solo con ella, aunque no quería huirle y ella tampoco se lo hubiera impedido.

—¿No vendrá nadie esta noche? —preguntó con displicencia, separando la vista del fuego.

—No —respondió ella y se sonrió, sirviendo la sonrisa como concesión añadida a las palabras próximas—. ¿Quieres que te deje solo, Peter?

—¡No! —Era casi un grito. «No debo parecer tan desesperado», pensó, al ver que en voz alta le decía—. Por supuesto que no. Estoy encantado de estar solo una noche con mi esposa.

Sentía que un oscuro instinto le decía que tenía que resolver aquel problema; aprender a hacer llevaderos los momentos que estaban juntos.

—¿Qué te gustaría hacer esta noche, Dominique?

—Lo que tú quieras. —¿Quieres ir al cine?

—¿Quieres ir tú?

—¡Oh, no sé! Para matar el tiempo.

—Está bien. Matemos el tiempo.

—No. ¿Por qué tenemos que matarlo? Eso parece terrible —dijo Peter.

—Lo es.

—¿Por qué tenemos que huir de nuestro propio hogar? Quedémonos aquí.

—Sí, Peter.

Esperó. «Pero el silencio —pensó él— es también una fuga, una fuga peor».

—¿Quieres jugar una partida?

—¿Te gusta?

—¡Oh!, mata el ti... —Se detuvo. Dominique se sonrió—. Dominique —le dijo contemplándola—, eres muy hermosa. Eres siempre tan... tan inmensamente hermosa. Quisiera decírtelo siempre.

—Me gusta escuchar lo que piensas de mí, Peter.

—Me gusta mirarte. Siempre recuerdo lo que dijo Gordon Prescott. Dijo que eres un ejercicio perfecto de las matemáticas estructurales de Dios. Y Vincent Knowlton dijo que eres una mañana de primavera. Y Ellsworth... Ellsworth dijo que eras un reproche a cualquiera otra forma femenina. —
¿Y Ralston Holcombe?

—¡Oh, no tiene importancia! —repuso, y volvió a mirar al fuego.

«Sé por qué no puedo sufrir este silencio —pensó—. Es porque para ella resulta indiferente que yo hable o no; como si yo no existiese y nunca hubiese existido..., más inconcebible que la propia muerte... no haber nacido nunca...». Sintió de pronto un deseo desesperado que pudo identificar: el deseo de ser algo real para ella.

—Dominique, ¿sabes qué he estado pensando? —preguntó con ansiedad.

—No. ¿Qué has estado pensando?

—Desde hace tiempo estoy pensando en ello, sin decírselo a nadie, y nadie me lo ha sugerido; es una idea propia.

—Está muy bien. ¿Qué es?

—Pienso que me gustaría mudarme al campo y comprar una casa para nosotros. ¿Te gustaría eso?

—Me gustaría mucho, tanto como a ti. ¿Quieres hacer el proyecto de tu casa?

—Diablos, no. Bennett la diseñará de prisa para mí. Hace todas nuestras casas de campo. Es un genio para eso.

—¿Te gustaría viajar en tren a la ciudad?

—No, creo que será un terrible prejuicio, pero tú sabes que todo el que es alguien viaja actualmente. Siempre me considero como un proletario cuando tengo que decir que vivo en la ciudad.

—¿Te gustaría ver árboles y tener un jardín y una extensión de tierra en torno tuyo?

—¡Oh, eso es una insensatez! ¿Cuándo tendría tiempo? Un árbol es un árbol. Cuando ves un documental acerca de bosques has visto a todos los árboles.

—¿Te gustaría trabajar en el jardín? La gente dice que es muy agradable trabajar uno mismo la tierra.

—¡Dios mío, no! ¿Qué clase de terreno piensas que vamos a tener? Tendremos un jardinero, un buen jardinero, para que los vecinos admiren el lugar.

—¿Te dedicarás a algún deporte?

—Sí, eso me gustaría.

—¿A cuál?

—Creo que el mejor sería el golf. Imagínate, pertenecer a un *country club* donde se es uno de los principales hombres del grupo, es diferente a los ocasionales encuentros de fines de semana. Y la gente que uno encuentra es diferente. De una clase social más elevada. Y las amistades que se hacen... —Se sorprendió a sí mismo y agregó enojado—: Además, pasearé a caballo.

—Me gusta ir a caballo. ¿Y a ti?

—Nunca he tenido mucho tiempo para eso. Sacude los órganos despiadadamente. Pero ¿quién diablos es Gordon Prescott para creerse que es el único hombre cabal del mundo que cuelga sus retratos en traje de montar en la sala de dibujo?

—Supongo que tratarás de aislarte.

—Bueno, no creo en las islas desiertas. Creo que la casa tendrá que estar a la vista de una carretera importante, de manera que se la pueda indicar como la propiedad de Keating. ¿Quién diablos es Claude Stengel para tener una casa de campo, mientras yo vivo en un piso alquilado? Empezó al mismo tiempo que yo y mira dónde está él y dónde estoy yo. ¿Por qué, si él se puede considerar afortunado si dos hombres y medio lo conocen, tiene que arrimar su auto en Westchester y...?

Se detuvo. Ella lo miraba, pero su rostro estaba sereno.

—¡Diablos! —gritó—. Si no quieres mudarte al campo, ¿por qué no lo dices?

—Quiero hacer con el mayor gusto todo lo que tú quieras, Peter. Acepto cualquier idea que tengas.

Se quedó silencioso un largo instante.

—¿Qué haremos mañana por la noche? —preguntó antes de que pudiera detenerse.

—Mañana por la noche tenemos a los Palmer para cenar —repuso.

—¡Oh, Cristo! —se lamentó—. ¡Son tan aburridos! ¿Por qué tenemos que tenerlos?

Se quedó hojeando el calendario, como si se tratase de una fotografía cuyo foco fuese el calendario y su propia figura confusa estuviese en el fondo.

—Tenemos que invitar a los Palmer —dijo ella— para que podamos conseguir el trabajo del edificio que van a hacer para la nueva tienda. Tenemos que conseguir ese encargo para poder invitar a los Eddington para la cena del sábado. Los Eddington no tienen trabajo que darnos, pero están en la guía social. Los Palmer te aburren y los Eddington te tratan con desdén, pero tú tienes que halagar a la gente que te desprecia para impresionar a los que desprecias tú.

—¿Qué necesidad tienes de decir cosas como ésas?

—¿Quieres mirar el calendario, Peter?

—Bueno, es lo que todo el mundo hace. Es por lo que todo el mundo vive.

—Sí, Peter, casi todo el mundo.

—Si no lo apruebas, ¿por qué no lo dices?

—¿He dicho acaso que no lo apruebo?

Se corrigió con tino:

—No —admitió—. No, tú no has... Pero es por el modo que tienes de decir las cosas.

—¿Hubieras preferido que lo dijese de un modo más complicado... como lo hice en el caso de Vincent Knowlton?

—Hubiera preferido... —Después gritó—: ¡Hubiera preferido que expresaras una opinión, por Dios!, siquiera una vez.

Ella le preguntó, con el mismo tono monótono:

—¿La opinión de quién? ¿La de Gordon Prescott? ¿La de Ralston Holcombe? ¿La de Ellsworth Toohey?

Se volvió a mirarla, apoyando la mano en la silla, con intento de levantarse. Las cosas empezaron a tener forma entre ellos. Keating tuvo la primera intuición de las cosas que la determinarían.

—Dominique —dijo razonablemente—, es eso. Ahora ya sé. Sé qué ha ocurrido durante todo este tiempo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Espera. Es muy importante, Dominique, nunca me has dicho lo que piensas, ni siquiera una vez. Sobre ninguna cosa. Nunca has expresado un deseo, de ninguna clase.

—¿Qué mal hay en ello?

—Es... como la muerte. Tú no eres real. Eres solamente un cuerpo. Mira, Dominique, tú no lo sabes. Trataré de explicártelo. ¿Comprendes lo que significa la muerte? ¿Cuando un cuerpo no puede moverse, cuando no tiene... ni voluntad, ni significado? ¿Comprendes? La nada. La nada absoluta. Es cierto, tu cuerpo se mueve... pero nada más. Lo otro, lo íntimo... ¡Oh!, no me interpretes mal, no voy a hablar de religión, pero no hay otra palabra, de manera que te diré: tu alma... tu alma no existe. Ni voluntad ni sentimiento. Tu yo real no existe.

—¿Cuál es mi yo real? —preguntó. Por primera vez había mirado atentamente, sin compasión, pero con atención al menos.

—¿En qué consiste la realidad de un ser? —siguió él envalentonado—. No es solamente el

cuerpo..., es el alma.

—¿Qué es el alma?

—Tú misma. Lo que está en tu interior.

—¿Lo que piensa y juzga y toma las decisiones?

—Sí, sí, eso es. Y lo que siente. Tú has... renunciado a ella, Dominique.

—¿De manera que hay dos cosas a las que uno no puede renunciar: los propios sentimientos y los propios deseos?

—¡Sí! ¡Ah, comprendes! De manera que eres como un cadáver para todos los que te conocen.

Una especie de muerta que camina. Es peor que cualquier crimen activo. Es...

—¿Una negación?

—Sí, precisamente, una negación. No estás presente aquí. Nunca lo has estado. Si me dijese que las cortinas de esta habitación son horribles y si las desgarrases y pusieses en su lugar algo que te gustara..., algo que fuera real, aquí, en esta habitación, sería diferente; pero nunca lo has hecho. Nunca le has dicho a la cocinera qué postre te gustaría en la cena. Tú no estás aquí. No estás viva. ¿Dónde está tu yo?

—¿Dónde está el tuyo, Peter? —preguntó ella con tranquilidad.

Él permaneció inmóvil con los ojos muy abiertos. Ella sabía que sus pensamientos en aquel instante eran claros e inmediatos como una percepción visual, que el acto de pensar era ver una procesión de años que estaban detrás de él.

—No es cierto —dijo al fin con voz hueca—. No es cierto.

—¿Qué no es cierto?

—Lo que tú has dicho.

—No he dicho nada. Te he hecho una pregunta.

Sus ojos le rogaban que hablase para negarle. Dominique se levantó, se puso delante de él y la rígida erección de su cuerpo fue un signo de vida, la vida que él había echado de menos, deseando que se manifestase positivamente y no en forma de juez.

—Has comenzado a ver, ¿no es cierto, Peter? Te lo diré más claro. Tú nunca quisiste que yo fuera real. Nunca has querido que nadie lo sea, pero quisiste que demostrara serlo. Quisiste una actriz que te ayudase a representar... hermosa actriz, complicada, retorcida, todo trajes y palabras. Todo palabras. No te gustó lo que dije de Vincent Knowlton. Pero te gustó cuando dije lo mismo expresado bajo la capa de sentimientos virtuosos. No quisiste creerme. Tan sólo quisiste convencerte de que me creías. ¿Mi alma real? Solamente es real cuando es independiente... ¿Has descubierto eso o no? Es real cuando elige cortinas y postres; cortinas, postres, religión y el aspecto de los edificios: tienes razón en cuanto a esto. Pero tú nunca has querido eso. Querías un espejo. La gente no quiere nada más que espejos en derredor, para que la refleje mientras ella los refleja a su vez. Reflejos de reflejos y ecos de ecos. Sin principio ni fin. Sin centro ni propósito. Te di lo que querías. Me transformé en lo que eres tú, en lo que son tus amigos, en lo que se empeña en ser la mayor parte de la humanidad..., pero sin disfraz. No he ido en busca de grandilocuentes comentarios bibliográficos para ocultar mi falta de opinión; dije simplemente que no tenía capacidad de juzgar. No pedí proyectos en préstamo para ocultar mi impotencia creadora; no creé nada. ¿Le llamas muerte a eso? Esa clase de muerte la he impuesto sobre ti y sobre todos los que nos rodean; pero tú, tú no has hecho

eso. La gente se siente cómoda contigo, te quiere, goza con tu presencia. Les has economizado una vacía muerte porque te la has impuesto a ti mismo.

Él no dijo palabra. Se alejó y volvió a sentarse, esperando. Después se levantó, dio algunos pasos hacia ella y pronunció:

—Dominique... —Entonces se arrodilló ante ella, apretando la cabeza contra sus rodillas—. Dominique, no es verdad que no te haya amado nunca. Te amo, siempre te he amado. Había dos personas, tú y otro, un hombre que siempre me hizo sentir la misma cosa, no precisamente temor, no, sino como un alto muro que había que subir, como una voz de orden que obligaba a ascender no sé dónde pero que producía un sentimiento de ascenso; siempre he odiado a ese hombre, pero a ti siempre te quise; ésta es la razón por la que me casé contigo; deberías perdonarme, no tendrías que haberte tomado una venganza como ésta, como ésta, no, Dominique, Dominique, yo no puedo defenderme, yo...

—¿Quién es el hombre a quien odias?

—No interesa.

—¿Quién es?

—Nadie. Yo...

—Nómbrale.

—Howard Roark.

Ella se quedó muda un largo rato. Después puso su mano sobre sus cabellos. El ademán tenía la forma de una delicadeza.

—Nunca quise vengarme contigo, Peter —dijo con suavidad.

—Entonces, ¿por qué?

—Me casé contigo por mis propias razones. Actué como todo el mundo quiere que uno actúe. Solamente que no puedo hacer nada a medias. Los que lo hacen, tienen una grieta interna. La mayoría de la gente tiene muchas. Se engañan a sí mismos sin saber por qué. Yo nunca me he mentido. De modo que tenía que hacer lo que todos ustedes hacen, pero de modo firme y completo. Quizá te haya destruido. Si me preocupase, diría que lo siento, porque no era ése mi propósito.

—Dominique, te amo, pero tengo miedo porque tú has cambiado algo en mí desde que nos casamos, desde que lo aprobé. Aunque ahora te perdiera, no volvería a ser lo que antes fui; tú me has quitado algo que yo tenía...

—No. Te he quitado algo que nunca tuviste. Te concedo que es peor.

—¿Qué?

—Se dice que lo peor que uno puede hacerle a un hombre es matarle su propia dignidad, pero no es cierto. La dignidad es algo que no se puede matar. Lo peor es matar la pretensión del hombre a la dignidad.

—Dominique, no... no quiero seguir hablando.

Ella bajó los ojos hacia el rostro que estaba junto a sus rodillas, y él vio la piedad que había en ellos, y en un instante supo qué cosa terrible es la verdadera piedad, pero huyó de tal conocimiento, porque de golpe cerró su mente ante las palabras de las cuales quería huir.

Dominique se inclinó y le besó en la frente. Era el primer beso que le daba.

—No quiero que sufras, Peter —le dijo suavemente—. Esto, ahora, es real, es mi yo, son mis

propias palabras: no quiero que sufras, no puedo sentir ninguna otra cosa, pero esto lo siento.

Él le besó la mano.

Cuando levantó la cabeza, ella lo miraba como sí por un momento fuese su marido.

—Peter —dijo—, si no puedes continuar soportando ser lo que eres ahora...

—Te quiero —dijo él.

Estuvieron silenciosos, juntos, durante mucho tiempo. Keating no sentía tensión en el silencio.

El teléfono sonó.

No fue el sonido lo que destruyó aquel instante, fue la ansiedad con la cual Keating saltó y corrió para atenderlo. Ella oía su voz a través de la puerta abierta; era una voz indecente en su consuelo.

—¿Hola?... ¡Hola, Ellsworth!... No, nada... Libre como un pájaro... Seguro, venga enseguida, venga en seguidita... De acuerdo.

—Es Ellsworth —dijo al llegar al *living*. Su voz era alegre y tenía un toque de insolencia—. Quiere venir. Ella no contestó nada.

Él se ocupó enseguida en vaciar los ceniceros, recogió diarios, agregó un innecesario tronco al fuego, encendió más lámparas y silbó una tonada de una opereta cinematográfica.

Cuando oyó el timbre, corrió a abrir la puerta.

—¡Qué bien! —dijo Toohey al entrar—. Un fuego y ustedes dos. ¡Hola, Dominique! Espero no incomodar.

—Usted no incomoda nunca —dijo Keating—. No puedo decirle cuánto me alegra verlo. —Acercó su silla al fuego—. Siéntese aquí, Ellsworth. ¿Qué quiere tomar? Cuando escuché su voz en el aparato... bueno, quería saltar y gritar como un cachorro.

—No sacuda la cola. No, gracias, no quiero beber. ¿Cómo lo ha pasado, Dominique?

—Ni más ni menos que como hace un año.

—¿Pero no como hace dos años?

—No. ¿Qué hacíamos hace dos años por esta fecha? —preguntó Keating idílico.

—No se habían casado —dijo Toohey—. Período prehistórico. Déjame recordar. ¿Qué ocurría entonces? Creo que se estaba terminando el templo de Stoddard.

—Así es —dijo Keating.

—¿Sabe algo de su amigo Roark..., Peter? —pregunto Toohey.

—No. No creo que trabaje desde hace un año o más. Está acabado esta vez.

—Sí, así creo yo también... ¿Qué ha estado haciendo, Peter?

—No mucho... ¡Oh, he terminado de leer *El cálculo biliar galante!*

—¿Le gustó?

—¡Sí! Creo que es un libro muy importante, porque es cierto que no existe esa cosa llamada el libre albedrío. No podemos evitar lo que somos o lo que hacemos. No depende de nosotros. Nadie debe ser culpado por nada. Todo está en el pasado y... y en las glándulas. Si usted es bueno, no es mérito suyo: tuvo suerte con sus glándulas. Si es malo, nadie tendría que castigarlo... Ha sido desdichado y nada más. —Decía esto en tono desafiante, con una violencia inapropiada para una discusión literaria. No miraba ni a Toohey ni a Dominique, se dirigía a la habitación y a lo que la habitación había presentado.

—Sustancialmente correcto —respondió Toohey—. Para ser lógicos, sin embargo, no

deberíamos pensar en castigos para los que son malos. Desde el momento que padecen por faltas que no son propias, desde que son desdichados y deficientes, deberían merecer una compensación de alguna especie, más bien como un premio.

—¡Claro que sí! —gritó Keating—. Eso es... eso es lógico.

—Y justo —agregó Toohey.

—¿Ha llevado el Banner al punto que quería? —preguntó Dominique.

—¿A qué se refiere?

—A El cálculo biliar galante.

—¡Oh! No, no creo que lo haya hecho. Todavía falta. Siempre existen imponderables.

—¿De qué hablaban? —preguntó Keating.

—Chismes profesionales —repuso Toohey. Alargó las manos hacia el fuego y se retorció los dedos graciosamente—. A propósito, Peter, ¿hace algo referente a Stoneridge?

—Que se vaya al diablo.

—¿Qué le pasa?

—Sabe bien qué me pasa. Usted conoce a ese bastardo mejor que yo. ¡Presentarse un proyecto como éste, que es un verdadero maná en el desierto actual, y que sea ese Wynand el que tenga que ver con él!

—¿Qué le pasa con el señor Wynand?

—¡Oh, vamos, Ellsworth! Sabe bien que si fuera cualquier otro, yo tendría ese trabajo —e hizo crujir los dedos—. No tendría necesidad de pedirlo, porque el propietario mismo vendría a verme, sobre todo cuando un arquitecto como yo está, prácticamente, sin hacer nada, en comparación con el trabajo que tendría que hacer nuestra oficina. ¡Pero el señor Gail Wynand, no! Cualquiera diría que es el Lama para quien resulta alérgico el aire que los arquitectos respiran.

—¿Debo colegir que ha intentado algo?

—¿Está bromeando conmigo, Ellsworth? Daría mi brazo derecho por conseguirlo.

—Eso no sería aconsejable. Después no podría hacer proyectos ni siquiera pretenderlo. Sería preferible renunciar a algo menos tangible.

—Daría mi alma.

—¿La darías, Peter? —preguntó Dominique.

—¿Qué piensa que hay que hacer, Ellsworth? —preguntó Keating.

—Nada más que una sugestión práctica. ¿Quién ha sido antes su corredor más efectivo y el que le consiguió algunos de sus mejores trabajos?

—Supongo que Dominique.

—Exacto. Y ya que no puede llegar hasta Wynand, ni le sería provechoso si lo consiguiese, ¿no cree que Dominique es la única persona capaz de persuadirlo?

Keating lo miró fijamente.

—¿Está loco, Ellsworth?

Dominique se inclinó hacia delante. Parecía interesada.

—Por lo que he oído —dijo ella—, Gail Wynand no hace favores a una mujer, a menos que sea hermosa, y si es hermosa, no lo hace como favor.

Toohey la miró, subrayando que el hecho no admitía dudas.

—Es estúpido —dijo Keating, enojado—. ¿Cómo podría verlo?

—Hablándole por teléfono a su oficina y proponiéndole una entrevista —repuso Toohey.

—¿Quién le dijo que se la va a conceder?

—Él mismo.

—¿Cuándo?

—Anoche, tarde. O, para ser más exacto, esta mañana.

—¡Ellsworth! —dijo Keating atónito, y agregó—; No lo creo.

—Yo sí —dijo Dominique—; de lo contrario, Ellsworth no habría iniciado esta conversación. —

Le sonrió a Toohey—: ¿De modo que Wynand dijo que me vería?

—Sí, querida.

—¿Cómo arregló eso?

—¡Oh, con un argumento muy convincente! Sin embargo, sería aconsejable no retrasarlo. Debería hablarle por teléfono mañana, si tiene interés en hacerlo.

—¿Por qué no hablarle ahora mismo? —dijo Keating—. Pero quizá sea demasiado tarde. No. Mañana. La primera cosa que haga mañana será hablarle.

Ella lo contempló con los ojos entornados y no dijo nada.

—Hace mucho tiempo que usted está interesada por la carrera de Peter —dijo Toohey—. ¿No le gustaría emprender una hazaña difícil como ésta por amor a Peter?

—Si Peter quiere que lo haga...

—¿Si yo quiero que lo hagas? —gritó Keating—. ¿Están locos los dos? Es la oportunidad de mi vida, la... —Vio que los dos lo miraban con curiosidad—. ¡Oh, porquería! —dijo de repente.

—¿Cuál es la porquería, Peter? —preguntó Dominique.

—¿Te vas a detener en un montón de chismes? La esposa de cualquier arquitecto se arrastraría con pies y manos en una ocasión como ésta para...

—A la esposa de ningún otro arquitecto se le ofrecería esta oportunidad —dijo Toohey—. Ningún arquitecto tiene una esposa como Dominique. Usted siempre se ha sentido orgulloso de esto, Peter. Dominique puede defenderse por sí misma en cualquier circunstancia.

—No hay ninguna duda.

—Está bien, Ellsworth —dijo Dominique—. Le hablaré a Wynand mañana.

—Ellsworth, usted es maravilloso —dijo Keating sin mirarla.

—Creo que me gustaría tomar algo ahora —dijo Toohey—. Tendremos que celebrarlo.

Cuando Keating salió corriendo a la cocina, Toohey y Dominique se miraron el uno al otro.

Él sonrió. Miró hacia la puerta por la cual había salido Keating; entonces empezó a asentir con la cabeza, apenas divertido.

—Usted lo esperaba —dijo Dominique.

—Por supuesto.

—¿Cuál es el propósito real, Ellsworth?

—Quiero ayudar a Peter a conseguir Stoneridge. Es realmente un trabajo importantísimo.

—¿Por qué tantas ansias de enviarme con Wynand?

—¿No cree que sería una experiencia interesante en lo que atañe a los dos?

—No está satisfecho de la forma en que se ha producido mi matrimonio, ¿verdad, Toohey?

—Del todo, no. Un cincuenta por ciento nada más. Bueno, nada es perfecto en este mundo. Uno llega hasta donde puede y después trata de ir más lejos.

—Usted estaba muy ansioso de que Peter se casara conmigo, y sabía mejor que Peter y yo cuál sería el resultado.

—Peter no lo sabía.

—Bueno, resultó el cincuenta por ciento. Ha colocado a Keating donde quería. El arquitecto más sobresaliente del país no es nada más que barro pegado a sus zapatos ahora.

—Nunca me gustó su estilo de expresarse, pero siempre ha sido exacto. Yo habría dicho: que ahora es un alma que mueve la cola. Su estilo es más delicado.

—¿Y el otro cincuenta por ciento, Ellsworth? ¿Un fracaso?

—Casi total. Culpa mía. Tendría que haber sido más inteligente y darme cuenta de que un hombre como Peter Keating ni siquiera siendo su marido podría destruirla a usted.

—Es usted demasiado franco.

—Ya le dije una vez que era el único método eficaz con usted. Además, no han sido necesarios dos años para descubrir lo que yo quería de este matrimonio.

—¿Así que cree que Wynand terminará la empresa?

—Quizá. ¿Qué piensa usted?

—Creo que, en realidad, soy un personaje secundario. ¿Qué tiene contra Wynand?

Se rió, pero la risa lo traicionó, pues no esperaba la pregunta.

Dominique dijo despectivamente:

—No muestre que se ha asombrado, Ellsworth.

—Está bien. Estamos conversando sinceramente. No tengo nada particular contra el señor Wynand. Desde hace tiempo estoy planeando su entrevista con él. Si quiere saber detalles secundarios, le diré que hizo algo que me fastidió ayer por la mañana. Es demasiado observador, de modo que pensé que era el momento oportuno.

—Y se presentó Stoneridge.

—Y se presentó Stoneridge. Yo sé que esta parte le interesará. Usted nunca se habría vendido para salvar el honor de su país, para salvar su alma o la vida de un hombre que haya amado, pero se venderá para conseguir un trabajo para Peter Keating, que no lo merece. Vale la pena pensar que quedará por usted o por Gail Wynand al final. Yo tendré interés en verlo.

—Todo muy bien, Ellsworth.

—¿Todo? ¿Hasta lo que se refiere a un hombre a quien amó?

—Sí.

—¿No se hubiera vendido por Roark? Aunque, por supuesto, no le gusta que le mencionen ese nombre.

—Howard Roark —dijo ella con indiferencia.

—Tiene muchísimo valor, Dominique.

Keating volvió trayendo una bandeja con *cocktails*. Tenía ojos febriles y hacía demasiados gestos. Toohey levantó la copa diciendo:

—¡Por Gail Wynand y por el New York Banner!

III

Gail Wynand subió y la encontró a mitad de camino de su oficina.

—Mucho gusto, señora Keating.

—Mucho gusto, señor Wynand.

Le alcanzó una silla, pero cuando ella se sentó no se dirigió él a la mesa para hacer lo mismo; se quedó estudiándola profesionalmente, valorándola. Su actitud implicaba una necesidad por sí mismo evidente, como si ella conociera la causa y no hubiera nada impropio en su conducta.

—Usted parece una versión estilizada de su propia versión estilizada —dijo—. Generalmente, cuando uno ve los modelos de las obras de arte tiende a hacerse ateo, pero esta vez hay un empate entre el escultor y Dios.

—¿Qué escultor?

—El que hizo su estatua.

Wynand sospechaba que había alguna historia detrás de la estatua y, por algo en su rostro, una tensión que contradecía la indiferencia del compuesto autodominio, tuvo la seguridad de que así era.

—¿Dónde y cuándo vio esa estatua, señor Wynand?

—En mi galería de arte esta mañana.

—¿Dónde la consiguió?

Le tocó el turno de mostrar azoramiento:

—¿Pero no lo sabe?

—No.

—Su amigo, Ellsworth Toohey, me la regaló.

—¿Para obtener esta entrevista?

—No por un motivo tan directo como el que usted cree, pero en esencia... sí.

—Eso no me lo ha dicho.

—¿Le importa que tenga esa estatua?

—No, de un modo especial.

—Esperaba que dijese que estaba encantada.

—No lo estoy.

Se sentó sin ceremonia.

—Me imaginé que usted había perdido la pista de la estatua y que la ha estado buscando.

—Durante dos años.

—Usted no puede tenerla —dijo, y agregó, observándola—: Usted podría conseguir Stoneridge.

—Cambiaré de opinión. Estoy contenta de que Toohey se la haya regalado.

Wynand sintió una amarga impresión de triunfo... y de desengaño, al pensar que podía leer los pensamientos de ella, aunque tales pensamientos eran demasiado aparentes, después de todo.

—¿Por qué le consiguió esta entrevista?

—Porque usted es la penúltima persona del mundo a quien me hubiera gustado darle la estatua. Toohey es la última.

Él perdió la sensación de triunfo. Era algo que una mujer que tuviera interés en Stoneridge no debía haber dicho, ni siquiera pensado.

—¿No sabía que Toohey la tenía?

—No.

—Tendríamos que entendernos sobre nuestro común amigo. Ellsworth Toohey. No me gusta ser una prenda y no creo que a usted le gustaría que la indujesen a serlo. Hay muchas cosas que el señor Toohey no me quiso decir, el nombre del escultor, por ejemplo.

—¿No se lo dijo?

—No.

—Steven Mallory.

—¿Mallory?... ¿No es el que intentó...? —Se rió a carcajadas.

—¿Qué le pasa?

—Toohey me dijo que no podía recordar el nombre. «Ese» nombre.

—¿El señor Toohey todavía le puede causar asombro?

—Varias veces lo ha logrado en los últimos días. Hay sutileza en individuos como él. Una especie muy difícil. Casi me gusta su artificio.

—No comprendo su gusto.

—¿En ningún terreno? ¿Ni en escultura... ni en arquitectura?

—En arquitectura estoy segura de que no.

—¿No es esto lo más inoportuno que ha dicho?

—Probablemente.

La miró fijo y le dijo:

—¿Qué interesante es usted!

—No creía serlo.

—Ése es su tercer error.

—¿El tercero?

—El primero fue respecto a Toohey. En estas circunstancias uno debería esperar que lo elogiase. Que lo citase. Que se apoyase en su gran prestigio en cuestiones arquitectónicas.

—Pero podría suponer que usted conoce a Toohey, lo que habría acabado con cualquier oportunidad.

—Pensaba decirle eso si me hubiese dado la oportunidad que no me quiso dar.

—Hubiera sido más entretenido.

—¿Esperaba estar entretenida?

—Lo estoy.

—¿Con la estatua? —Era el único punto débil que le había descubierto a ella.

—No. —La voz de ella era dura—. No por la estatua.

—Dígame cuándo fue hecha y para quién.

—¿Es otra cosa que el señor Toohey olvidó?

—Aparentemente.

—¿Recuerda un escándalo que hubo acerca de un edificio llamado el templo de Stoddard? Hace dos años de esto. Usted se hallaba ausente en esa época.

—El templo de Stoddard... ¿Cómo sabe dónde estaba yo hace dos años? Espere, ¿el templo de Stoddard? ¡Recuerdo! ¡Una iglesia sacrílega o algo por el estilo que produjo un escándalo de

aullidos entre la brigada bíblica!

—Sí.

—Sí... —Le detuvo. Su voz sonó dura y desagradable, como la de ella—. Tenía la estatua de una mujer desnuda.

—Sí.

—Comprendo.

Se quedó un momento silencioso. Después dijo con voz áspera, como temiendo una ira cuyo objeto Dominique no podía adivinar:

—Estaba en Bali en esa época. Siento que todo Nueva York haya visto la estatua antes que yo. Pero no leo los diarios cuando viajo. Hay orden de echar a todo hombre que lleve a bordo del yate un diario de Wynand.

—¿Ha visto alguna fotografía del templo de Stoddard?

—No. ¿Era el edificio digno de la estatua?

—La estatua fue casi digna del edificio.

—Ha sido destruido, ¿no?

—Sí, con ayuda de los diarios de Wynand.

Levantó los hombros:

—Recuerdo que Alvah Scarret se entretuvo mucho con eso. Una gran historia. Lamento no haberla presenciado. Pero Alvah estuvo muy bien. Incidentalmente, ¿cómo sabe que yo estaba ausente, y por qué el hecho de mi ausencia ha quedado en su memoria?

—Es la historia que me costó el empleo que tenía con usted.

—¿Su empleo? ¿Connigo?

—¿Sabía que mi nombre era Dominique Françon?

Bajo la chaqueta, sus hombros hicieron un movimiento hacia delante: era sorpresa... e impotencia. La miró fijo; después de un minuto, dijo:

—No.

Dominique sonrió indiferente:

—Parece que Toohey quería complicar las cosas, para ambos, todo lo que fuera posible.

—Que se vaya al diablo Toohey. Eso tiene que ser aclarado. No tiene sentido. ¿Usted es Dominique Françon?

—Era.

—¿Usted trabajó aquí, en este edificio?

—Durante seis años.

—¿Por qué no la he conocido antes?

—Estoy segura de que no conoce a ninguno de sus empleados.

—Creo que comprende lo que le quiero decir.

—¿Quiere que lo manifieste por usted?

—Sí.

—¿Por qué no he tratado de conocerlo antes?

—Sí.

—Porque no tenía deseos.

—Eso, precisamente, carece de sentido.

—¿Tendré que pasar por alto esto, o comprenderlo?

—Le ahorraré la elección. Con la belleza que posee y con el conocimiento de la reputación que se dice que yo tengo, ¿por qué no intentó una verdadera carrera en el Banner?

—No quise hacer carrera en el Banner.

—¿Por qué?

—Quizá por la misma razón que hace que usted prohíba los diarios de Wynand en su yate.

—Es una buena razón —contestó tranquilamente. Después le preguntó, al acaso, otra vez—:

Veamos: ¿por qué fue echada? Escribió contra lo que nosotros sosteníamos, ¿no?

—Traté de defender el templo de Stoddard.

—¿No sabía hacer otra cosa mejor que tratar de ser sincera en el Banner?

—Pensaba decirle eso a usted si hubiese tenido ocasión.

—¿Se está burlando?

—No, entonces no. Me gustaba trabajar aquí.

—Es la única persona que dice eso en esta casa.

—Debo de ser una de las dos.

—¿Quién es la otra?

—Usted mismo, señor Wynand.

—No esté demasiado segura de eso. —Al levantar la cabeza vio la insinuación de risa que había en sus ojos y le preguntó—: ¿Dijo eso a propósito para arrancarme una declaración?

—Sí, creo que sí —repuso plácidamente.

—Dominique Françon... —dijo sin dirigirse a ella—. Me gustaba su trabajo. Casi desearía que hubiera venido a pedir su antiguo empleo.

—Estoy aquí para conversar acerca de Stoneridge.

—¡Ah, sí, por supuesto! —Se echó hacia atrás, para gozar escuchando un largo discurso persuasivo. Pensó que sería interesante escuchar los argumentos que expondría y cómo actuaría en su papel de peticionaria—. Bueno, ¿qué me va a decir acerca de eso?

—Me gustaría que le diese ese trabajo a mi marido. Comprendo, desde luego, que no hay ninguna razón por la cual tenga que hacerlo, a menos que yo conviniera en someterme a usted en cambio. Si considera que es una razón suficiente, estoy resuelta a hacerlo.

La miró en silencio, tratando de evitar que su rostro expresara cualquier atisbo de reacción personal. Ella se quedó contemplándolo, levemente asombrada de su examen, como si sus palabras no hubiesen merecido una atención especial. Él buscaba esforzadamente alguna otra impresión en el rostro de ella que no fuera el aspecto incongruente de una pureza imperturbable.

—Eso es lo que quería sugerirle —repuso él—, pero no tan crudamente, y tampoco en nuestro primer encuentro.

—Le he evitado tiempo y mentiras.

—¿Quiere mucho a su marido?

—Lo desprecio.

—¿Tiene una gran fe en su genio artístico?

—Creo que es un arquitecto de tercera clase.

—Entonces, ¿por qué está haciendo esto?

—Me divierte.

—Yo creía que era el único que actuaba con tales móviles.

—No debería pensarlo. No creo que encuentre que la originalidad sea una virtud deseable, señor Wynand.

—Realmente no le debe preocupar si su marido consigue Stoneridge o no.

—No.

—¿Y no tiene deseos de ponerse de acuerdo conmigo?

—En ninguna forma.

—Yo debería admirar a una mujer que se impone un acto semejante. Sólo que no es un acto.

—No lo es. Por favor, no empiece a admirarme. He tratado de evitarlo.

Cuando él reía, no tenía necesidad de hacer ningún movimiento visible con sus músculos faciales.

La sugestión de la burla estaba siempre allí y solamente convergía en un foco más accesible por instantes, para retornar a la imperceptibilidad otra vez.

—Como hecho evidente, su motivo principal soy yo, después de todo. El deseo de entregármeme.

—Él vio su mirada que ella no pudo evitar y agregó—: No, no goce con el pensamiento de que yo he caído en tan grande error. No se lo quise decir del modo habitual, sino en su opuesto sentido exacto. ¿No dijo usted que me consideraba la penúltima persona del mundo? Usted no quiere Stoneridge. Usted quiere venderse por el motivo más bajo a la persona más baja que pueda encontrar.

—No esperaba que lo comprendiese —replicó sencillamente.

—Usted quiere expresar (los hombres lo hacen, a veces, pero las mujeres no) por medio del acto sexual su total desprecio por mí.

—No, señor Wynand, por mí misma.

La línea fina de la boca de él se movió débilmente, como si sus labios hubiesen tomado forma para articular una revelación personal, una involuntaria revelación y, por ende, una debilidad, y esa expresión se mantuvo tenazmente mientras decía:

—La mayor parte de las personas hace esfuerzos para convencerse de su propio respeto.

—Sí.

—Y por supuesto, la búsqueda del propio respeto es una prueba de que se carece de él.

—Sí.

—¿Ve lo que significa la búsqueda del propio desprecio?

—¿Que carezco de él?

—Y que nunca lo conseguirá.

—Tampoco esperaba que usted lo comprendiera.

—No diré nada más, o dejaría de ser la penúltima persona del mundo y resultaría inadecuada para su propósito. —Se levantó—. ¿Debo decirle formalmente que acepto su oferta?

Ella inclinó su cabeza en señal de asentimiento.

—A propósito —dijo Wynand—, no me importa a quién tenga que elegir para construir Stoneridge. Nunca he encontrado un buen arquitecto para las casas que he edificado. Le doy al público lo que él quiere. Estaba decidido a hacer una selección esta vez, porque estoy cansado de los chapuceros que han trabajado para mí, y es difícil decidir sin normas y sin razón. Estoy

completamente seguro de que usted me disculpará por decirle esto. Le estoy realmente agradecido por haberme dado un motivo mucho mejor que el que yo esperaba encontrar.

—Estoy contenta de que no diga que siempre admiró la obra de Peter Keating.

—Usted no me ha dicho que esté orgullosa de unirse a la lista distinguida de las amantes de Wynand.

—Puede estar satisfecho de mi admisión, si lo desea; pero creo que nos llevaremos bien.

—Así será. Al menos, me han dado una nueva experiencia; hacer lo que he hecho siempre, pero honestamente. Le empezaré a dar mis órdenes ahora. No pretenderá darles otro nombre.

—Admito que son órdenes.

—Me acompañará en un crucero de dos meses en mi yate. Saldremos dentro de diez días. Cuando volvamos, podrá, si lo desea, regresar a su casa con su marido... y con el contrato para la construcción de Stoneridge.

—Muy bien.

—Me gustaría conocer a su marido. ¿Quieren cenar conmigo el martes por la noche?

—Sí, si usted lo desea.

Cuando ella se levantó para irse, le preguntó:

—¿Quiere que le diga la diferencia que hay entre usted y su estatua?

—No.

—Pero quiero decírsela. Causa espanto ver que los mismos elementos han sido usados en dos composiciones con temas opuestos. Todo lo suyo que hay en la estatua es un tema de exaltación, pero su propio tema es el sufrimiento.

—¿Sufrimiento? No tengo conciencia de haberlo demostrado.

—No lo ha demostrado. Eso es lo que quiero decir. Ninguna persona feliz puede ser tan impermeable al dolor.

Wynand le habló por teléfono a su comprador de artículos de arte y pidió que dispusiera una exposición privada de la obra de Mallory. No quiso conocer a Mallory en persona; nunca quería conocer a aquéllos cuyo trabajo le gustaba. El comerciante en artículos de arte ejecutó la orden con toda rapidez. Wynand compró cinco de las obras que vio y pagó más de lo que el comerciante pensaba pedirle.

—El señor Mallory quisiera saber —dijo el comerciante— qué es lo que le ha llamado la atención.

—Vi una de sus obras —replicó él.

—¿Cuál de ellas?

—No interesa.

Toohey esperaba que Wynand lo llamase después de la entrevista con Dominique, pero no lo llamó. Tres días después, al encontrar a Toohey por casualidad en la redacción, le preguntó en voz alta:

—Señor Toohey, ¿han intentado matarlo tantas personas que usted no puede recordar sus nombres?

Toohey se sonrió y dijo:

—Estoy seguro de que eso le gustaría a muchos.

—Usted halaga a sus semejantes —dijo Wynand.

Peter Keating miraba con enormes ojos el brillante salón del restaurante. Era el sitio más distinguido de la ciudad y el más costoso. Keating se deleitaba pensando que estaba allí como invitado de Wynand.

Trataba de no mirar la elegancia afable de Wynand, que se sentaba al otro lado de la mesa. Le bendecía por haberles dado aquella cena en un lugar público. Le gente examinaba boquiabierta a Wynand —discretamente y con ejercitado disimulo, pero boquiabierta de cualquier modo— y su curiosidad se extendía a los dos invitados.

Dominique estaba sentada entre los dos hombres. Llevaba un traje de seda blanca con largas mangas. Era un traje de monja que producía el efecto llamativo de un traje de noche sólo por el hecho de ser tan flagrantemente inadecuado para tal propósito. No lucía joyas. Su cabello de oro parecía una caperuza. La blanca seda opaca, al moverse el cuerpo, se estremecía en planos angulosos revelando con fría inocencia aquel cuerpo, objeto de un sacrificio ofrecido públicamente, más allá del ocultamiento o del deseo. Keating lo encontró sin atractivos, pero advirtió que Wynand la admiraba.

Alguien, alto y corpulento, desde una mesa distante, miraba, insistente y fijamente, en dirección a donde se hallaban los tres. Después la forma voluminosa se puso en pie y Keating reconoció a Ralston Holcombe que se dirigía hacia ellos.

—Peter, ¡estoy encantado de verle! —dijo Holcombe estrechándole la mano, inclinándose ante Dominique y demostrando, intencionadamente, que no conocía a Wynand—. ¿Dónde se han escondido? ¿Por qué no le vemos? —Hacía tres días que habían almorzado juntos.

Wynand se había levantado y se inclinó hacia delante, cortésmente. Keating titubeaba, pero con evidente desagrado dijo:

—El señor Wynand; el señor Holcombe.

—Pero ¿el señor Gail Wynand? —preguntó Holcombe con espléndida inocencia.

—Señor Holcombe, si viera en la vida real a uno de los hermanos Smith, los de la marca de pastillas para la tos, ¿los reconocería? —preguntó Wynand.

—¡Caramba!, supongo que sí —replicó Holcombe pestañeando.

—Mi cara, señor Holcombe, es una cara igualmente conocida.

Holcombe murmuró unas pocas y benévolas generalidades y huyó.

Wynand se sonrió afectuosamente:

—No debía haber temido presentarme al señor Holcombe, señor Keating, aunque él sea arquitecto.

—¿Miedo, señor Wynand?

—Innecesario, puesto que todo está resuelto. ¿No le ha dicho su esposa que Stoneridge es suyo?

—Yo... no, no me ha dicho... no sabía... —Wynand sonreía y su sonrisa permaneció estática mientras Keating se sentía impulsado a continuar conversando hasta que algún signo lo detuviera—. Yo no había esperado... no tan pronto... desde luego; yo creía que esta cena podía ser un signo... que lo ayudara a decidirse... —Se le escapó involuntariamente—: ¿Usted da siempre sorpresas como ésta... así como ésta?

—Siempre que puedo —replicó Wynand con gravedad.

—Haré todo lo posible por merecer el honor que me ha concedido y para realizar la obra de acuerdo con sus deseos.

—No lo dudo.

Aquella noche se había dirigido pocas veces a Dominique. Toda su atención estaba concentrada en Keating.

—El público ha sido generoso con los esfuerzos que he realizado —dijo Keating—, pero haré de Stoneridge mi mayor proeza.

—Es una promesa importante, si uno toma en cuenta la lista sobresaliente de sus obras.

—Nunca hubiera esperado que mis obras fuesen suficientemente importantes como para llamar su atención, señor Wynand.

—Yo las conozco muy bien. El edificio Cosmo-Slotnick, que es puro Miguel Ángel. —El rostro de Keating se relajó con un placer increíble; sabía que Wynand era una gran autoridad en arte y que no haría tales comparaciones ligeramente—. El edificio del Banco Prudential, que es genuino. La tienda Slotten, que ha sido plagiada a Cristóbal Wren. —El rostro de Keating cambió—: ¡Mire qué ilustre compañía obtengo al precio de uno solo! ¿No es un gran negocio?

Keating sonrió, con el rostro tirante, y dijo:

—He oído hablar de su brillante sentido del humor, señor Wynand.

—¿Ha oído hablar de mi estilo descriptivo?

—¿Qué quiere decir con eso?

Wynand se había vuelto y miraba a Dominique como si estuviera inspeccionando un objeto inanimado.

—Su esposa tiene un hermoso cuerpo, señor Keating. Sus hombros son demasiado delgados, pero forman una proporción admirable con el resto de ella. Sus piernas son demasiado largas, pero eso le da esa elegancia de líneas que tiene un buen yate. Sus senos son hermosos, ¿no le parece?

—La arquitectura es una profesión cruda, señor Wynand —dijo Keating tratando de sonreír—. No le prepara a uno para esa clase superior de...

—¿No me comprende, señor Keating?

—Si no supiese que es un perfecto caballero, podría interpretarlo mal; pero usted no puede engañarme.

—Eso es precisamente lo que quiero hacer.

—Aprecio los cumplidos, señor Wynand; pero no soy tan engreído como para pensar que debemos hablar de mi esposa.

—¿Por qué no, señor Keating? Se considera de buen tono hablar de las cosas que uno tiene, o tendrá, en común.

—Señor Wynand..., no comprendo.

—¿Tendré que ser más explícito?

—No, yo...

—¿No? ¿Abandonaremos el asunto Stoneridge?

—¡Oh, hablemos de Stoneridge! Yo...

—Pero si estamos hablando, señor Keating...

Keating echó una ojeada a la habitación en que se hallaban. Pensó que cosas así no podían

sucedier en semejante lugar; la fastidiosa magnificencia las hacía monstruosas, hubiera preferido un sótano húmedo. Pensó: «La sangre sobre el pavimento de piedra está bien; pero no sobre la alfombra de un salón...».

—Ahora me doy cuenta de que es una broma, señor Wynand.

—Ha llegado mi turno de admirar su sentido del humor, señor Keating.

—Cosas así... como ésta, no se hacen...

—Eso no es lo que usted quiere decir, señor Keating. Quiere decir que se hacen, pero no se habla de ellas.

—No pensaba...

—Lo pensó antes de venir aquí. No le importó. Le concedo que me estoy portando abominablemente, que estoy rompiendo con todas las reglas de la caridad. Ser sincero resulta extremadamente cruel.

—Por favor, señor Wynand... dejémoslo. No sé lo que... tengo que hacer.

—Es simple. Tiene que darme una bofetada. —Wynand trató de ocultar la risa—. Usted pensaba hacerlo hace unos minutos.

Keating advirtió que las palmas de sus manos estaban húmedas y que trataba de soportar el peso de ellas poniéndoselas sobre la servilleta que tenía en las rodillas. Wynand y Dominique comían lenta y plazeramente, como si estuviesen en otra mesa. Pensó que ninguno de los dos eran cuerpos humanos; algo se había desvanecido; la luz de los candelabros de la sala era un resplandor de rayos X que atravesaba algo más profundo que los huesos. Eran almas, pensó, sentadas ante una cena, almas que estaban metidas dentro de trajes de noche, que carecían de forma intermediaria de la carne, que lo aterrizaraban en su desnuda revelación, que lo aterrizaraban porque esperaba ver torturadores; pero lo que vio fue una gran inocencia. Se preguntaba lo que verían ellos, qué contenían sus propios trajes, si su forma física había desaparecido.

—¿No? —dijo Wynand—. ¿No necesita hacer eso, señor Keating? Naturalmente, no tiene que hacerlo. Ni siquiera decir que no quiere nada de eso. A mí no me importa. Allí está el señor Ralston Holcombe, al otro lado de la habitación. Puede construir Stoneridge tan bien como usted.

—No comprendo qué me quiere decir, señor Wynand —murmuró Keating. Sus ojos estaban fijos en la salsa de tomate que contenía su plato de ensalada. Era suave y movediza y esto lo trastornaba.

Wynand se dirigió a Dominique:

—¿Recuerda nuestra conversación acerca de cierta búsqueda, señora? Le dije que era una búsqueda en la cual usted nunca tendría éxito. Mire a su marido. Es un experto..., sin esfuerzo. Es la manera de afrontar las cosas. Haga usted lo mismo. No me diga que no puede. Lo sé; usted es una aficionada, querida.

Keating pensó que debía hablar otra vez, pero no podía mientras tuviera la ensalada delante. El terror procedía del plato, no del monstruo fastidioso que estaba enfrente; el resto de la habitación era cálido y seguro. Se inclinó hacia delante, y su codo empujó el plato fuera de la mesa.

Dijo unas palabras que expresaban su pesar. La figura de alguien apareció, hubo corteses palabras de disculpa y el revoltijo desapareció de la alfombra.

Keating oyó una voz que decía: «¿Por qué hace usted esto?». Vio que dos rostros se dirigían hacia él y se dio cuenta que él mismo había pronunciado las palabras.

—El señor Wynand no quiere torturarte, Peter —dijo Dominique con calma—. Lo está haciendo por mi, para ver hasta dónde puedo soportar.

—Es verdad, señora —dijo Wynand—. Es parcialmente cierto. La otra parte es para justificarme a mí mismo.

—¿Ante los ojos de quién?

—Ante los suyos. Y ante los míos, quizá.

—¿Necesita hacerlo?

—A veces. El Banner es un diario despreciable, ¿no? Bueno, he pagado con mi honor el privilegio de tener una posición desde donde me pueda divertir observando cómo actúa el honor en las otras personas.

Su propia ropa, pensó Keating, no contenía nada; porque los dos rostros no lo tomaban en cuenta ya. Estaba seguro; su lugar en la mesa estaba vacío. Se preguntaba, desde una grande e indiferente distancia, por qué los dos se miraban, tranquilamente, el uno al otro, no como enemigos ni como verdugos, sino como camaradas.

Dos días antes de partir, Wynand habló por teléfono, de noche, con Dominique.

—¿Podría venir en seguida? —le preguntó y, al no escuchar respuesta, agregó—: Me imagino que no estará pensando eso. Cumplo con lo convenido. Estará bien segura. Me gustaría verla esta noche.

—Convenido —replicó ella, y se asombró al oír un tranquilo «muchas gracias».

Cuando la puerta del ascensor se abrió en el vestíbulo de su casa, Wynand la estaba esperando, pero no la dejó salir; se unió a ella en el ascensor.

—No quiero que entre en mi casa. Vamos al piso de abajo.

El ascensorista lo miró sorprendido.

El ascensor se detuvo y se abrió ante una puerta cerrada. Wynand la hizo pasar a la galería de arte, siguiéndola él. Dominique recordó que era un lugar adonde ningún extraño había entrado. Ella no hizo ningún comentario y él no dio tampoco ninguna explicación.

Durante horas anduvo por las vastas habitaciones, contemplando los tesoros increíbles de belleza. Había una gruesa alfombra y no se sentía el ruido de los pasos ni el ruido de la ciudad. Él iba detrás, deteniéndose cuando ella lo hacía. Sus ojos se dirigían, con los de Dominique, de un objeto a otro. Ella pasó delante de la estatua del templo de Stoddard sin detenerse.

No la apremiaba para que se quedara ni para que se retirase; era como si le hubiese cedido el lugar de dueña. Ella fue la que decidió la partida, y Wynand la siguió hasta la puerta. Entonces le preguntó:

—¿Por qué quería que yo viera esto? No me da una opinión mejor de usted. Quizá peor.

—Exacto si yo hubiera pretendido eso; pero no es así; quería, simplemente, que viera todo esto.

IV

El sol se había puesto cuando bajaron del automóvil. Sobre la extensión del cielo y del mar —un cielo verde sobre una lámina de mercurio— quedaban vestigios de fuego en los bordes de las nubes y en las guarniciones de bronce del yate. El yate era como una blanca línea en movimiento, un cuerpo sensitivo que se esforzaba contra la curva quietud.

Dominique contemplaba las letras de oro: «I DO» sobre la delicada y blanca curva.

—¿Qué significa el nombre?

—Es una contestación para ciertas personas que han muerto hace tiempo, aunque quizá sean las únicas inmortales. Mire, la frase que oía más a menudo en mi niñez era: «Usted no manda aquí».

Ella recordaba haber oído decir que Wynand nunca había contestado antes a la pregunta. Le había respondido de súbito; parecía que no tenía conciencia de haber hecho una excepción. Ella percibió en él una actitud extraña y nueva, un aire de serena determinación.

Cuando subieron a bordo, el yate empezó a moverse como si los pasos que daba Wynand en cubierta le hubiesen servido de contacto. Wynand estaba junto a la barandilla, sin apoyarse en ella, y dirigía su mirada a lo lejos, a la costa oscura que se levantaba y caía sobre el cielo, alejándose de ellos. Se volvió hacia Dominique. Ella no notó en sus ojos como si la mirase en aquel momento, sino que parecía como si la hubiese estado mirando durante todo el tiempo.

Cuando bajaron, entraron juntos en el camarote.

—Por favor, dígame si desea alguna cosa —dijo él, y salió por la puerta interna. Dominique vio que conducía a su dormitorio. Wynand cerró la puerta y no regresó.

Dominique paseó ociosamente por el camarote. Un leve reflejo la seguía por las superficies lustrosas de color pálido. Se tendió en un sillón bajo, con los tobillos cruzados, los brazos colocados detrás de la cabeza, y observó cómo el trozo de cielo visible desde la tronera se iba tornando de verde en azul oscuro. Alargó el brazo y encendió una luz. El azul se desvaneció y se transformó en un círculo negro. El camarero anunció la cena, Wynand llamó a su puerta y la acompañó al comedor. Su talante la dejó perpleja: estaba alegre, pero la serenidad de su alegría sugería una seriedad especial.

—¿Por qué me dejó sola? —le preguntó cuando ya estaban sentados a la mesa.

—Pensé que quería estar sola.

—¿Para acostumbrarme a la idea?

—Sí, si quiere expresarlo así.

—Estaba acostumbrada a ella antes de ir a su oficina.

—Sí, naturalmente. Perdóneme por suponer alguna debilidad en usted. La conozco mejor. A propósito, no me ha preguntado hacia dónde vamos.

—Eso sería una debilidad.

—Es verdad. Me alegra que no se preocupe, porque nunca tengo un destino definido. Este barco no es para ir a determinados lugares, sino para alejarse de ellos. Cuando me detengo en un puerto, es sólo por el placer de dejarlo. Siempre pienso: «Aquí hay otro sitio más que no me puede retener».

—Yo solía viajar mucho y siempre sentía lo mismo. Me decían que es porque odio a la humanidad.

—No será tan tonta como para creerlo, ¿no?

—No sé.

—Seguramente usted habrá comprendido esa estupidez particular. Me refiero a la que pretende que el cerdo, la criatura que acepta cualquier cosa, es el símbolo del amor a la humanidad. A propósito, la persona que ama a todo el mundo y se siente como en su hogar en cualquier parte, es la que verdaderamente odia al género humano. No espera nada de los hombres, de manera que ninguna forma de depravación le resulta ultrajante.

—¿Quiere decir las personas que dicen que hay algo bueno en el peor de nosotros?

—Hablo de las personas que tienen la asquerosa insolencia de sostener que aman igualmente al hombre que hizo su estatua y al que hace un ratón Mickey de goma para venderlo en las esquinas. Hablo de las personas que aman a los hombres que prefieren el ratón Mickey a su estatua, y hay muchas de esta especie. Hablo de las personas que aman con igual fervor a Juana de Arco y a las dependientas de las tiendas de Broadway. Hablo de las que aman con la misma exaltación su belleza y a las mujeres que van en el Metro, esas que no pueden cruzar las piernas y muestran la carne públicamente, colgando debajo de las ligas. Hablo de las personas que aman igualmente los ojos limpios, fijos, temerarios de un hombre que mira por un telescopio y la mirada ausente de un imbécil. ¿Es usted la que odia a la humanidad, señora Keating?

—Está diciendo todo aquello que, hasta donde llegan mis recuerdos, desde que empecé a ver y a pensar, ha estado... —Se detuvo.

—La han estado torturando. Naturalmente. Uno no puede amar al hombre sin odiar a la mayor parte de los seres que pretenden llevar ese nombre. O lo uno, o lo otro. No se ama a Dios y al mismo tiempo la indiferencia sacrílega, salvo cuando no se sabe que el sacrilegio ha sido cometido porque se desconoce a Dios.

—¿Qué diría si le doy la respuesta que generalmente me da la gente, que amor es perdón?

—Le diría que es una indecencia de la cual usted no es capaz, aun cuando usted piense que es una experta en tales cuestiones.

—O que el amor es piedad.

—Cállese. Es desagradable oír cosas semejantes. Oírse las a usted resulta más odioso, aun en broma.

—¿Cuál es su respuesta?

—El amor es reverencia y culto y gloria y la mirada puesta en lo alto. No es un vendaje para llagas sucias. Pero no se sabe esto. Los que hablan de amor más promiscuamente son los únicos que nunca lo han sentido. Hacen una especie de guiso insulso de simpatía, compasión, desprecio, indiferencia general, y a eso le llaman amor. Una vez que se siente lo que significa amar, la pasión plena para la elevación plena, tal como usted y yo lo conocemos, se es incapaz de algo inferior.

—¿Cómo usted y yo lo conocemos?

—Es lo que sentimos cuando contemplamos algo como su estatua. No hay perdón en esto ni piedad. Y yo mataría a un hombre que me asegurase que la hay. Pero vea: cuando ese hombre mira su estatua, no sentirá nada. Eso, o un perro con una pata rota, es lo mismo para él. Hasta siente que se torna algo más noble al vendar la pata del perro que si contemplara su estatua. De modo que si busca un destello de grandeza, si anhela exaltación, si busca a Dios y se niega a lavar las heridas, la llaman enemiga de la humanidad, porque ha cometido el crimen de conocer un amor que la humanidad no

merece.

—Señor Wynand, ¿leyó lo que escribí y que motivó mi expulsión?

—No. No lo leí entonces. No me atrevo a hacerlo ahora.

—¿Por qué?

Él seguía ignorante del asunto. Dijo sonriendo:

—Y de ese modo vino a verme y me dijo: «Usted es la persona más vil de la tierra; poséame para que me desprecie a mí misma. Yo carezco de aquello por lo cual la mayoría de la gente vive. Ellos encuentran soportable la vida, pero yo no». ¿Ve usted lo que me ha mostrado ahora?

—No esperaba que lo comprendiera.

—No. No podía verlo el director del New York Banner, desde luego. Eso se comprende. Lo esperaba una hermosa prostituta, amiga de Ellsworth Toohey.

Se rieron juntos. Dominique pensó que era extraño que pudieran conversar sin esfuerzo, como si él hubiese olvidado el propósito de su viaje. Su calma se había transformado en un contagioso sentimiento de paz entre ambos.

Ella observaba en qué forma sobriamente exquisita servían la cena. Contemplaba el mantel blanco en contraste con el rojo oscuro de las paredes de caoba. Todas las cosas del yate tenían un aire que le hacía pensar que aquél era el primer lugar verdaderamente lujoso donde había entrado. El lujo era secundario, algo que constituía el fondo de todo y tan íntimamente unido a todo lo que se le podía pasar por alto. Pero el hombre mismo humillaba su propia riqueza. Ella había conocido a muchos poderosos rígidos y reverentes ante lo que representaba el fin último. El esplendor de aquel lugar no era el objetivo del hombre que estaba sentado a la mesa. Ella se preguntaba cuál sería su objetivo.

—Este barco le sienta bien a usted —dijo ella, y vio en los ojos de él una mirada de placer y de gratitud.

—Gracias... ¿Es como la galería de arte?

—Sí. Solamente que menos excusable.

—No quiero que me encuentre excusas —dijo Wynand simplemente y sin reproche.

Habían terminado de cenar. Ella esperó la invitación inevitable, pero no llegó. Él se quedó fumando y hablando del yate y del océano.

La mano de Dominique descansaba sobre el mantel casualmente cerca de la de Wynand. Vio que él la miraba. Quería apartarla, pero se esforzó por dejarla allí. «Ahora será», pensó.

Wynand se puso de pie.

—¿Vamos a cubierta?

Estaban apoyados en la baranda y miraban hacia la oscuridad. El espacio no se veía, pero se percibía en la calidad del aire que azotaba los rostros. Pocas estrellas daban realidad al cielo desierto. Unos pocos destellos de blanco fulgor en el agua daban vida al océano. Wynand estaba con el cuerpo despreocupadamente inclinado, apoyado en un montante, con el brazo levantado. Ella miraba los destellos que flotaban formando la cresta de las olas, encuadradas por la curva de su cuerpo. Aquello también le sentaba a él.

—¿Puedo citar otra viciosa sensación que usted nunca ha sentido?

—¿Cuál?

—Nunca ha pensado cuán pequeño se siente uno cuando mira el océano.

Él rió.

—Nunca. Ni mirando los planetas ni los picos de las montañas ni el Gran Cañón del Colorado. ¿Por qué tendría que pensar así? Cuando miro el océano, siento la grandeza del hombre. Siento la magnífica capacidad del hombre que creó ese barco para conquistar todo el espacio sin sentido. Cuando contemplo los picos de las montañas, pienso en los túneles y en la dinamita. Cuando contemplo los planetas, pienso en los aeroplanos.

—Sí, y ese sentido especial de sagrado arrobamiento que los hombres dicen que experimentan en la contemplación de la naturaleza... yo nunca lo he recibido de la naturaleza, sino de... —Se detuvo.

—¿De qué?

—De los edificios —murmuró—. De los rascacielos.

—¿Por qué no quería decirlo?

—No... sé.

—Yo daría la puesta de sol más hermosa por la vista de las líneas de los rascacielos de Nueva York, particularmente cuando uno no ve los detalles y sí solamente las formas. Las formas y los pensamientos que la han creado. El cielo sobre Nueva York y la voluntad del hombre hecha visible. ¿Qué otra clase de sentimientos necesitamos? Y después me hablan de peregrinaciones a algún santuario húmedo de la jungla donde se va a rendir homenaje en un templo desmoronado, a un monstruo de piedra receloso, con una gran panza, creado por algún salvaje con lepra. ¿Quieren ver el genio y la belleza? ¿Buscan un sentido de lo sublime? Que vayan a Nueva York, a las costas del Hudson; que contemplen y se arrodillen. Cuando miro la ciudad a través de mi ventana, no tengo la sensación de mi pequeñez, pero tengo la impresión de que si hubiera guerra y amenazara todo eso, me arrojaría yo mismo al espacio, sobre la ciudad, para proteger esos edificios con mi cuerpo.

—Gail, no sé si estoy escuchando a usted o a mi misma.

—¿No se acaba de escuchar a sí misma?

Dominique se sonrió.

—Realmente, no. Pero no voy a contradecirle, Gail.

—Gracias, Dominique. —Su voz era suave y atenta—. Pero no estamos hablando de usted ni de mi. Estábamos hablando de otras personas. —Wynand se apoyó en la baranda y habló contemplando los reflejos del agua—. Es interesante especular sobre las razones que hacen que los hombres tengan tantas ansias de degradarse a sí mismos. Es como esa idea de sentirse pequeños ante la naturaleza. No es un absurdo, es prácticamente una institución. ¿Se ha dado cuenta de lo virtuoso que se siente un hombre cuando habla de esto? Mire, parece que dijera: «Estoy encantado de ser un pigmeo, mire cuán virtuoso soy». ¿Ha oído con qué alegría se cita a alguna celebridad que manifiesta que no se siente tan grande cuando contempla las cataratas del Niágara? Es como si estuviera saboreando, con completa alegría, que lo mejor de ellos no es nada más que el polvo delante de la fuerza brutal de un terremoto. Como si se pusieran a cuatro patas, frotando su frente contra el barro ante la majestad de un huracán. Pero ése no es el espíritu que domina al fuego, al vapor, la electricidad, que cruza el océano en blandos, que construye aeroplanos y presas... y rascacielos. ¿Qué es lo que temen? ¿Qué es lo que tanto odian, aquellos que gustan de arrastrarse? ¿Y por qué?

—Cuando pueda responder a eso —dijo ella—, haré la paz con el mundo.

Él continuó hablando de sus viajes por los continentes que estaban más allá de la oscuridad que los rodeaba, la oscuridad que hacía del espacio una suave cortina que presionaba contra sus párpados. Ella esperó. Se abstuvo de contestar. Le brindó una oportunidad para aprovechar los breves silencios, para pronunciar las palabras que ella esperaba. Él le dijo:

—¿Está cansada, querida?

—No.

—Le traeré una silla de cubierta, si se quiere sentar.

—No, me gusta estar de pie aquí.

—Hace un poco de frío.

Ella escuchaba la velocidad del navío en el ruido del agua, contemplaba la espuma susurrante de protesta contra la estela que cortaba una larga herida a través de la superficie.

—¿Cuándo bajaremos? —preguntó ella.

—No bajaremos.

Lo dijo con tranquilidad, con una sencillez extraña, como si se sintiera importante ante un hecho que no podía alterar.

—¿Quiere casarse conmigo? —le pregunto.

Dominique no pudo evitar la conmoción. Él lo había previsto y sonreía con calma, comprendiendo.

—Sería mejor no decir nada más. —Habló con precaución—. Pero usted prefiere oírlo, porque ese silencio entre nosotros es más de lo que tengo derecho a esperar. Usted no quiere decirme mucho, pero yo he hablado por usted esta noche, de manera que déjeme hablar por usted nuevamente. Me ha elegido como símbolo de su desprecio por los hombres. No me ama. No me quiere conceder nada. Yo soy solamente un instrumento de su propia destrucción. Sé todo eso, lo acepto y quiero que se case conmigo. Si quiere cometer un acto indecible, como venganza contra el mundo, tal acto no debe ser venderse a su enemigo, sino casarse con él. No casa bien lo peor de usted con lo peor de él, sino lo peor de usted con lo mejor de él. Usted lo ha probado una vez, pero su víctima no era digna de ese propósito. Veá, estoy defendiendo mi caso con sus propios términos. Lo que sean los míos, lo que quiero encontrar en ese matrimonio no tiene ninguna importancia para usted, de manera que sólo yo lo consideraré. Usted no tiene por qué saberlo. No tiene por qué considerarlo. No le exijo promesas ni le impongo obligaciones. Podrá dejarme cuando quiera. De paso, dado que no le interesa, le diré que la amo.

Ella estaba con un brazo extendido detrás de Wynand, con los dedos aferrados a la baranda.

—No quería eso —dijo.

—Ya sé; pero, si es curiosa, le diré que ha cometido un error. Me ha permitido que contemple la persona más pura que he visto jamás.

—¿No es ridículo eso, después de la manera de conocernos?

—Dominique, he empleado mi vida en tirar de los hilos del mundo. Lo he visto todo. ¿Piensa que puedo creer en la pureza, a menos que venga entretejida en alguna forma terrible como la que usted ha elegido? Pero lo que yo siento no debe afectar su decisión.

Ella se quedó mirándole, mirando con incredulidad a todas las horas que habían dejado atrás. Su boca tenía la forma de la dulzura. Él lo notó. Dominique pensó que cada palabra que él había dicho

había sido pronunciada en su propio lenguaje, que esta oferta y la forma que él le dio pertenecían a su propio mundo, de modo que quedaba destruido su propósito al hacer imposible una degradación con un hombre que se expresaba así. Ella quiso aproximarse, decírselo todo, encontrar un instante de libertad en su comprensión y después pedirle que no la viese nunca más.

Entonces Dominique recordó.

Wynand advirtió el movimiento de su mano. Sus dedos no se apoyaban firmemente en la baranda, traicionando una necesidad de apoyo, dando importancia al momento; descansaban y se cerraban en la baranda como si estuviera empuñando riendas, porque la ocasión no requería ningún esfuerzo serio.

Recordó el templo de Stoddard. Pensó en el hombre que estaba en presencia suya, que hablaba de pasión por la elevación plena: que hablaba de proteger los rascacielos con su cuerpo... y vio un retrato en la primera hoja del New York Banner contemplando la casa Enright con el encabezamiento: «¿Está contento, señor superhombre?».

—¿Casarme con usted? ¿Para llegar a ser la esposa de los diarios de Wynand?

Advirtió el esfuerzo de su voz para contestarle:

—Si usted quiere llamarlo así...

—Me casaré con usted.

—Gracias, Dominique.

Ella esperó con indiferencia.

Cuando Wynand se volvió hacia ella, habló como había hablado durante todo el día, con voz tranquila, con tono de alegría:

—Abreviaremos el crucero. Nos tomaremos nada más que una semana, quiero tenerla aquí algún tiempo. Saldrá para Reno al día siguiente de nuestra llegada. Yo me encargaré de su marido. Va a tener Stoneridge y, como no quiere otra cosa, puede irse al diablo. Nos casaremos el día que usted regrese.

—Sí, Gail; ahora bajemos.

—¿Quiere bajar?

—No, pero no quiero que nuestro casamiento tenga importancia.

—Yo quiero que sea importante, Dominique. Por eso no la quiero tocar esta noche. Hasta que nos casemos. Sé que es insensato. Sé que una ceremonia nupcial no tiene ningún significado para ninguno de los dos, pero la única anormalidad posible entre nosotros es ser convencionales. Por eso lo quiero. No tengo ningún otro modo de hacer una excepción.

—Como quiera, Gail.

Después la atrajo hacia él y la besó en la boca. Era la consumación de sus palabras, la manifestación última, una manifestación de tal intensidad que ella trató de mantenerse rígida para no corresponder, para no sentir que su cuerpo correspondía, forzada a olvidar todo, menos el hecho físico de un hombre que la estaba abrazando. La dejó ir. Ella notó que lo había advertido. Wynand se sonrió y dijo:

—Estás cansada, Dominique. Buenas noches. Quiero quedarme aquí un momento.

Dominique se alejó sumisamente y descendió a su camarote.

—¿Qué pasa? ¿No voy a conseguir Stoneridge? —preguntó Peter Keating.

Dominique entró en el *living*. Él la siguió, aguardando en la puerta abierta. El ascensorista entró con los equipajes. Dominique, quitándose los guantes, dijo:

—Tendrás Stoneridge, Peter. El señor Wynand mismo te dirá el resto. Quiere verte esta noche, a las ocho y media, en su casa.

—¿Para qué diablos?

—Él te lo dirá.

Golpeaba suavemente los guantes contra la palma de la mano, con un leve ademán de terminación, como un punto al final de una frase. Volvió a dejar la habitación, pero él le obstaculizó el camino.

—No me preocupa —dijo Keating—, no me importa un comino. Puedo jugar a tu manera. Te crees grande, ¿verdad? ¿Nada más que porque os comportáis como conductores de camiones, tú y el señor Wynand? Al diablo la decencia, al diablo los sentimientos de las personas. Bueno, yo también puedo hacer eso. Los utilizaré a los dos y sacaré lo que pueda del asunto, y eso es todo lo que me interesa. ¿Te gusta así? No hay ninguna satisfacción cuando el gusano no quiere que lo hieran. ¿Estropeo así la diversión?

—Creo que eso es mucho mejor, Peter. Estoy encantada.

Keating se mostró incapaz de conservar la misma actitud cuando entró en el estudio de Wynand por la noche. No podía evitar el temor al ser recibido en la casa de Wynand. Al tiempo que cruzó la habitación para sentarse frente a la mesa, sintió un gran peso y le llamó la atención que sus pies, que le pesaban como los pies con plomo de un buzo, no hubiesen dejado rastros en la suave alfombra.

—Lo que tengo que decirle, señor Keating, es casi innecesario decírselo. —Keating nunca había oído hablar a un hombre de un modo tan conscientemente medido. Pensó, inmediatamente, que era como si Wynand tuviera un puño cerrado en la boca y dirigiese cada sílaba—. Cualquiera palabra de más que diga, resultará ofensiva —prosiguió—, de manera que seré muy breve. Voy a casarme con su esposa. Ella se va para Reno mañana. Aquí está el contrato para construir Stoneridge. Lo he firmado. Junto a él va un cheque por doscientos cincuenta mil dólares. Es una adición a lo que recibirá por su trabajo de acuerdo con el contrato. Le estimaré que no haga comentario de ninguna clase. Me doy cuenta de que podría haber obtenido su consentimiento por menos, pero no quiero discusiones. Sería intolerable si fuéramos a regatear sobre esto. Además, le ruego que acepte y demos por terminado el asunto.

Extendió el contrato sobre la mesa, Keating vio el rectángulo azul pálido del cheque adherido a la parte superior de la hoja por medio de un broche. El broche brillaba como plata a la luz de la lámpara.

Keating no alargó la mano para tocar el cheque, Dijo, moviendo el mentón terriblemente, para dar forma a las palabras:

—No quiero. No doy mi consentimiento en absoluto.

Vio una mirada de asombro —casi de amabilidad— en el rostro de Wynand.

—¿No quiere? ¿Tampoco quiere Stoneridge?

—¡Stoneridge, sí! —La mano de Keating se levantó y arrebató el papel—. ¡Quiero esto sólo!
¿Por qué habría de irse con esto? ¿Por qué me tendría que preocupar?

Wynand se levantó. Dijo con alivio y pesar en la voz:

—Esta bien, señor Keating. Por un momento casi había justificado usted su casamiento. Dejemos las cosas como estaban. Buenas noches.

Keating no se fue a su casa. Se fue a la de Neil Dumont, su nuevo dibujante y su mejor amigo. Neil Dumont era un joven larguirucho y anémico, de familia distinguida, con los hombros aplastados bajo el peso de antepasados demasiado ilustres. No era un buen dibujante, pero tenía amistades; era obsequioso con Keating en la oficina, y Keating lo era con él cuando dejaban el trabajo.

Encontró a Dumont en la casa. Juntos fueron a buscar a Gordon Prescott y a Vincent Knowlton, para pasar una noche de juerga. Keating no bebió mucho, pero lo pagó todo, incluso más de lo necesario. Parecía ansioso por encontrar algo que pagar. Dio propinas exorbitantes y de continuo preguntaba: «¿Somos amigos? ¿No somos amigos? ¿Somos, verdad?». Contemplaba los vasos que les rodeaban y observaba las luces que danzaban en el líquido. Miraba los tres pares de ojos, borrosos, pero que en ocasiones se dirigían hacia él con desprecio.

Aquella noche, con su equipaje listo en la habitación, Dominique fue a ver a Steven Mallory. No había visto a Roark desde hacía veinte meses. Iba a ver a Mallory de vez en cuando. Mallory sabía que aquellas visitas eran desahogos de una lucha que ella no quería mencionar; sabía que no quería ir y que las raras noches que lo hacía eran como tiempo arrancado de su vida. Nunca le hacía ninguna pregunta y siempre estaba encantado de verla. Conversaba tranquilamente, con un sentimiento de camaradería tal que los hacía semejantes a una vieja pareja de esposos; como si él hubiese poseído su cuerpo y el asombro hubiese desaparecido desde largo tiempo, no quedando nada más que una intimidad serena. Steven nunca había tocado su cuerpo, pero la había poseído con una posesión más profunda cuando había hecho su estatua, y ya no podían desatar el vínculo especial que los había atado.

Él se sonrió cuando al abrir la puerta la vio.

—¡Hola, Dominique!

—¡Hola, Steven! ¿Interrumpo?

—No. Entre.

Tenía el estudio en un gran salón desordenado de un viejo edificio. Dominique había advertido un cambio desde la última visita. El ambiente tenía un aire de sonrisa, como un aliento contenido largo tiempo y puesto al fin en libertad. Vio muebles de segunda mano, una alfombra oriental de raro tejido, ceniceros de jade, piezas de escultura que procedían de excavaciones históricas, todo lo que había soñado tener y que, con la repentina ayuda de Wynand, había comprado. Las paredes parecían extrañamente desnudas frente al alegre desorden. No tenía cuadros. Un dibujo estaba colgado en la pared: el proyecto original del templo de Stoddard, de Roark.

Dominique lo recorrió todo con la vista, notando cada objeto y la razón de su presencia. Mallory arrimó dos sillas junto a la chimenea y se sentaron.

—Clayton (Ohio) —dijo brevemente.

—¿Haciendo qué?

—Un nuevo edificio para la tienda Janer. Cinco pisos, en la calle principal.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo por aquí?

—Un mes.

Era la primera pregunta que contestaba cada vez que ella iba, aunque no se la formulase. Su simple confianza le evitaba la necesidad de darle explicaciones o pretextos; su manera de hablar no necesitaba ningún comentario.

—Parto mañana, Steven.

—¿Por mucho tiempo?

—Seis semanas. A Reno.

—Encantado.

—Prefiero no decirle qué haré ni cuándo volveré. No le va a gustar.

—Trataré... si es algo que a usted le gusta.

—Es lo que me gusta.

Un tronco conservaba todavía su forma sobre la pila de carbones de la chimenea, estaba recortado en pequeños cuadrados y brillaba sin llama, como una sólida hilera de ventanas iluminadas. Mallory se agachó y arrojó un tronco nuevo sobre el carbón. Rajó la hilera de ventanas por en medio y esto produjo chispas que saltaron contra los ladrillos cubiertos de hollín.

Él habló de su trabajo y ella escuchaba como si fuese una emigrante que escuchase el idioma de su terruño por breves instantes.

—¿Cómo está él, Steven? —preguntó en una pausa.

—Como siempre. Usted sabe que él no cambia. Pateó el tronco. Unos cuantos carbones rodaron hacia fuera. Los empujó para atrás.

—A menudo pienso que es el único de nosotros que ha alcanzado la inmortalidad. No quiero decir en el sentido de la fama y tampoco quiero decir que no morirá nunca, pero él la está viviendo. Creo que es lo que la concepción realmente significa. Usted sabe que los hombres quieren ser eternos, pero mueren con cada día que pasa. Cuando los encuentra, no son los mismos de la última vez. En cada hora que suena matan algo de sí mismos. Cambian, niegan, se contradicen, y a eso le llaman crecimiento. Al fin no queda nada, nada que no haya cambiado o que no haya sido traicionado, como si no hubiera existido nunca una entidad, sino sólo una sucesión de adjetivos que se van marchitando alternativamente en una informe masa. ¿Cómo pueden esperar una permanencia que no han tenido un solo instante? Pero Howard, uno puede imaginar que existe para siempre.

Dominique miraba al fuego, que daba a su rostro una apariencia ilusoria de vida. Después de un momento, él preguntó:

—¿Le gustan las cosas nuevas que tengo?

—Me gustan y me gusta que las tenga.

—No le dije lo que me pasó desde que la vi la última vez. Es completamente increíble. Gail Wynand...

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabe? Entretanto, ¿qué diablos hizo que Wynand me descubriera?

—Sé también eso. Se lo diré cuando vuelva.

—Tiene un criterio pasmoso. Pasmoso para él. Adquiere lo mejor.

—Es verdad.

Entonces, sin ninguna transición, hizo otra pregunta, y él supo que no se refería a Wynand.

—Steven, ¿nunca le ha preguntado por mí?

—No.

—¿Usted le ha hablado de mis venidas aquí?

—No.

—¿Por mí, Steven?

—No, por él.

Steven tuvo la impresión de que ya le había dicho todo lo que quería saber.

Dominique, al levantarse, dijo:

—Tomemos té. Dígame dónde están las cosas. Yo lo prepararé.

Por la mañana temprano Dominique salió para Reno. Como Keating estaba todavía dormido, no lo despertó para despedirse.

Cuando él abrió los ojos, antes de mirar el reloj se dio cuenta de que ella se había ido por el silencio que había en la casa. Pensó que ella habría dicho: «Buena suerte», pero no sintió que no lo dijera. Lo que sentía era una frase vaga, insulsa, sin tema, un «no vale la pena» que no se refería ni a él ni a Dominique. Estaba solo, y no tenía necesidad de pretender nada. Estaba echado en la cama, boca arriba, con los brazos caídos desganadamente. Sentía que era un fin y una muerte, pero no se refería a la pérdida de Dominique.

Se levantó y se vistió. En el cuarto de baño encontró una toalla que ella había usado. La recogió, la apretó contra el rostro y la mantuvo así largo rato, sin dolor, pero con una emoción extraña, incomprensible, recordando que la había amado solamente dos veces, la noche que Toohey telefoneó y en aquel momento. Después separó las manos y dejó que la toalla se deslizara al suelo, como agua que se escurriera entre sus dedos.

Fue a su oficina y trabajó como de costumbre. Nadie sabía nada de su divorcio y tampoco sentía deseos de informar a nadie. Neil Dumont le hizo un guiño y le dijo:

—Me parece, Peter, que estás medio enojado.

Keating se encogió de hombros y le volvió la espalda. La vista de Dumont le ponía malo.

Dejó la oficina temprano. Un instinto vago, como si fuera hambre primero, y que tomó forma después, lo empujaba. Quería ver a Ellsworth Toohey. Cuando entro sintió una vaga alegría por su propio dominio porque parecía que Toohey no había notado nada en su rostro.

—¡Peter! —dijo Toohey ligeramente—. Su sentido de la oportunidad deja mucho que desear. Me sorprende en la peor noche posible. Ocupado como el diablo. Pero no se moleste por eso. ¿Para qué son los amigos sino para molestar? Siéntese, siéntese. Estaré con usted dentro de un minuto.

—Lo siento, Ellsworth... Pero...

—Hágase cuenta de que está en su casa. Perdóneme un minuto, ¿quiere?

Keating se sentó y esperó mientras Toohey escribía notas a máquina. El ruido irritó a Keating como si fuese una sierra que atravesara sus nervios.

Media hora más tarde apartó los papeles y le sonrió a Keating.

—Ya está —dijo. Keating hizo una leve inclinación hacia delante—. Espere, que tengo que hablar por teléfono.

Marcó el número de Gus Webb.

—¡Hola, Gus! —dijo jovialmente—. ¿Cómo le va, propagandista ambulante?

Keating nunca le había oído a Toohey aquel tono de descuidada intimidad, aquel tono especial de fraternidad. Oyó que la penetrante voz de Webb contestaba algo y se reía en el receptor. El receptor continuaba escupiendo rápidos sonidos, como una garganta que se aclara. No se reconocían las palabras, sino su tono, de abandono e insolencia, con fuertes chillidos de alegría a cada momento.

Toohey se echó hacia atrás en la silla, escuchando y sonriéndose.

—Sí —dijo—. Usted lo ha dicho, muchacho... Más cierto que el diablo... —Se echó hacia atrás, y colocó su zapato, puntiagudo y brillante, sobre el borde de la mesa—. Escuche, muchacho, quería decirle que por un tiempo ande con cuidado respecto al viejo Baset. Seguramente le gusta su trabajo, pero no lo asuste mientras tanto. Nada de trabajo rústico, ¿entiende? Conserve su gran cavidad bucal bien hermética... Sabe bien que tengo autoridad para decírselo... Está bien... Ésa es la cosa, muchacho... Ah, ¿lo hizo? Bueno, ángel querido... Bueno, adiós... ¡Ah!, Sígame, Gus, ¿ha oído algo de la dama inglesa y del fontanero? —Siguió una historia. El receptor daba alaridos roncós al final—. Bueno, cuide sus pasos y su digestión, ángel querido. Buenas noches.

Toohey colgó el receptor y dijo:

—Veamos, Peter. —Se desperezó, se puso en pie, llegó hasta donde estaba Keating y se quedó delante de él, balanceándose sobre sus pequeños pies. Sus ojos eran brillantes y amables—. Veamos, Peter, ¿qué le pasa? ¿Se ha aplastado el mundo contra su nariz?

Keating metió la mano en el bolsillo interior y sacó un cheque amarillo, arrugado y muy manoseado. Tenía la firma de Keating y la cantidad de diez mil dólares para Ellsworth M. Toohey. El ademán con el cual se lo entregó no era el de un donante, sino el de un mendigo.

—Por favor, Ellsworth aquí... tome esto... para algún fin benéfico..., para el Taller de Estudios Sociales o para cualquier cosa que usted desee... Usted sabrá mejor... Para cualquier fin benéfico... —dijo Keating vacilante.

Toohey tomó el cheque con la yema de los dedos, como si fuera un penique sucio, inclinó hacia un lado la cabeza, apretando los labios en un gesto de estimación y lo arrojó sobre la mesa.

—Magnífico, Peter. Muy hermoso. ¿Con qué motivo?

—¿Recuerda, Ellsworth, lo que dijo una vez: que no tenía importancia lo que éramos ni lo que hacíamos si ayudábamos a los otros? ¿Eso es todo lo que cuenta? Eso es bueno, ¿no? ¿Es limpio?

—No lo he dicho una vez. Lo he dicho un millón de veces.

—¿Y es realmente cierto?

—Naturalmente que es cierto. Si tiene el valor de aceptarlo.

—Usted es mi amigo, ¿no? Usted es el único amigo que tengo. Yo... no he sido ni siquiera cordial conmigo mismo, pero usted lo es. Quiero decir que lo es conmigo, ¿no es así, Ellsworth?

—Por supuesto. Lo que es de mayor valor que su propia amistad consigo mismo, y pese a que es una idea extraña, es perfectamente correcta.

—Usted comprende. Nadie más comprende. Y usted me quiere.

—Devotamente, siempre que tenga tiempo.

—¿Cómo?

—Su sentido del humor, Peter. ¿Dónde está su sentido del humor? ¿Qué le pasa? ¿Un dolor de vientre? ¿Una indigestión espiritual?

—Ellsworth, yo...

—¿Sí?

—No lo puedo decir... ni siquiera a usted.

—Es un cobarde, Peter.

Keating lo miraba fijamente, desamparado; la voz había sido severa y suave; él no sabía si debía sentir dolor, humillación o confianza.

—Ha venido a decirme que no importa lo que usted hace, y después se hace pedazos por algo que ha hecho. Siga, sea hombre y diga que no importa. Diga que usted no interesa. Diga eso. Demuestre un poco de coraje. Olvide su pequeño yo.

—Yo no soy importante, Ellsworth. No soy importante. No quiero ser importante.

—¿De dónde procede ese dinero? —Vendí a Dominique.

—¿De qué me está hablando? ¿Del viaje?

—Sólo que me parece que no es a Dominique a quien he vendido —repuso Keating.

—¿Por qué se preocupa así...?

—Se ha ido a Reno.

—¿Qué?

No pudo comprender la violencia de la reacción de Toohey, pero estaba demasiado cansado para sorprenderse. Le dijo todo cómo había ocurrido y no necesitó mucho tiempo para decirlo.

—¡Tonto del diablo! No debería haberlo permitido.

—¿Qué podía hacer? ¿Contra Wynand?

—Pero ¡permitirle que se case con ella!

—¿Por qué no, Ellsworth? Es mejor que...

—No creí que él nunca hubiese..., pero... ¡Oh, que se vaya al diablo, soy todavía más tonto que usted!

—Pero es mejor para Dominique si...

—¡Al diablo su Dominique! ¡Es en Wynand en quien estoy pensando!

—Ellsworth, ¿qué le pasa...? ¿Qué le importa?

—Cállese. Déjeme pensar.

En un momento, Toohey se encogió de hombros, se sentó junto a Keating y le pasó el brazo por la espalda.

—Lo siento, Peter. Le pido disculpas. He sido inexcusablemente rudo con usted. Comprendo cuanto siente. Sólo que no lo debe tomar demasiado en serio. No tiene importancia. —Hablaban automáticamente. Su espíritu estaba ausente. Keating no lo advirtió. Él oyó las palabras. Eran como el manantial en el desierto—. No tiene importancia. Usted no es nada más que un ser humano. Es todo lo que quiere ser. ¿Quién es el mejor? ¿Quién tiene derecho a arrojar la primera piedra? Todos somos humanos. No tiene importancia —repitió Toohey.

—¡Dios mío! —dijo Alvah Scarret—. No puede hacerlo. ¡Menos con Dominique Françon!

—Lo hará —respondió Toohey—. Tan pronto como ella regrese.

Scarret se quedó sorprendido de que Toohey lo invitase a almorzar, pero las nuevas que había oído borraron la sorpresa por una más grande y más dolorosa.

—Me agrada mucho Dominique —dijo Scarret dejando a un lado su plato, pues se le había

quitado el apetito—. Siempre me ha agradado. Pero ¿saber que va a ser la esposa de Gail Wynand!

—Ésos son exactamente mis sentimientos —dijo Toohey.

—Yo siempre le aconsejé que se casara. Da importancia. Un apoyo de respetabilidad. Y a él le hace falta. Siempre ha patinado sobre hielo muy delgado. Hasta ahora le ha ido bien. Pero ¿con Dominique!

—¿Por qué cree tan inapropiado ese casamiento?

—Bueno... Bueno, ¿no es...? ¡Diablo, usted sabe que no estaba bien!

—Yo lo sé. ¿Usted lo sabe?

—Mire, ella es una mujer muy peligrosa.

—Lo es. Ésa es su premisa menor. Su premisa mayor es: él es un hombre peligroso.

—Bueno..., en cierto modo..., sí.

—Mi estimado director, usted comprende muy bien. Pero hay veces que es necesario formular las cosas. En beneficio de la futura cooperación. Usted y yo tenemos mucho en común, aunque usted ha estado poco dispuesto a admitirlo. Somos dos variaciones de un mismo tema, ¿podemos decirlo así? Pero nuestro querido jefe es completamente de otro tono. Un *leitmotiv* enteramente diferente, ¿no es así Alvah? Nuestro querido jefe es un accidente en nuestro medio. Los accidentes son fenómenos inciertos. Usted se ha pasado años sentado a la orilla de su asiento observando a Gail Wynand, ¿verdad? De manera que sabe exactamente de qué estoy hablando. Usted sabe también que Dominique Françon no es tampoco nuestro tono. Y usted no quiere que esa influencia especial entre en la vida de nuestro jefe. ¿Tengo que manifestar el resultado con más sencillez?

—Usted es un hombre inteligente, Ellsworth —dijo Scarret pesadamente.

—Eso es evidente desde hace años.

—Yo le hablaré. Es mejor que usted no lo haga; lo odia a usted, si me perdona que se lo diga. Pero no creo que pueda persuadirle, de cualquier modo. Mucho menos si está decidido.

—No creo que lo consiga. Puedo probar, si quiere, aunque será inútil. No podemos impedir este matrimonio. Una de mis buenas condiciones es que admito la derrota cuando debe ser admitida.

—Pero entonces, ¿por qué usted...?

—¿Le dije esto? Como una primicia, Alvah. Una información por anticipado.

—Yo la aprecio, Ellsworth. Se lo aseguro.

—Sería una muestra de prudencia continuar apreciándola. Los diarios de Wynand, Alvah, no se van a dar fácilmente por vencidos. En la unión está la fuerza. Su estilo.

—¿Qué quiere decir?

—Las perspectivas no son halagüeñas, amigo mío. De manera que sería mejor mantenernos unidos.

—Sí, yo estoy con usted, Ellsworth. Siempre lo he estado.

—Es inexacto, pero dejémoslo pasar. Sólo nos interesa lo presente. Y lo futuro. Como una prueba de comprensión mutua, ¿por qué no se desembaraza de Jimmy Kearns en la primera oportunidad?

—Tengo idea que ha estado ocupándose en esto desde hace meses. ¿Qué le pasa con Jimmy Kearns? Es un muchacho brillante. El mejor crítico teatral de la ciudad. Tiene una buena inteligencia. Ágil como un látigo. Muy prometedor.

—Tiene una inteligencia... propia. No creo que usted necesite ningún látigo salvo el suyo. Creo

que debe ser prudente con las promesas.

—¿A quién pondré en su puesto?

—A Jules Fougler.

—¡Oh, diablos, Ellsworth!

—¿Por qué no?

—Ese viejo... No se lo podemos dar.

—Usted puede si quiere. Y mire el nombre que tiene.

—Pero es el viejo... más imposible.

—Bueno, no lo tome. Discutiremos esto en otro momento. Pero deshágase de Jimmy Kearns.

—Mire, Ellsworth; no quiero favoritos; todos son iguales para mí. Le daré un puntapié a Jimmy Kearns si usted quiere. Sólo que no veo qué importancia tiene que ver con lo que estamos hablando.

—Usted no lo ve —dijo Toohey—. Ya lo verá.

—Gail, lo que yo quiero es que usted sea feliz —dijo Alvah Scarret aquella noche sentándose en un confortable sofá en casa de Wynand—. Usted sabe eso. No pienso en otra cosa.

Wynand estaba tendido en un canapé, con una pierna inclinada, el pie descansando sobre la rodilla de la otra. Fumaba y escuchaba en silencio.

—Conozco a Dominique desde hace años —dijo Scarret—. Mucho antes que usted oyese algo de ella. La quiero. La quiero, se podría decir, como un padre. Pero debe admitir que no es la mujer que su público esperaba que fuese la esposa de Gail Wynand. Wynand callaba.

Su esposa es una estatua pública. Automáticamente. Una propiedad pública. Sus lectores tienen derecho a pedir y a esperar ciertas cosas de ella, un valor simbólico, si sabe lo que quiero decir. Como la reina de Inglaterra, hasta cierto punto. ¿Cómo quiere que Dominique viva conforme a esa norma? ¿Cómo espera que conserve alguna especie de apariencia? Es la persona más salvaje que conozco. Tiene una terrible reputación. Pero lo peor de todo, piénselo, Gail, ¡un divorcio! ¡Y aquí nosotros estamos gastando toneladas de buen papel impreso luchando por la santidad del hogar y la pureza del sexo femenino! ¿Cómo le va a hacer tragar ese bocado a su público? ¿Cómo le voy a presentar a su esposa?

—¿No le parece que sería mejor terminar esta conversación, Alvah?

—Sí, Gail —respondió Alvah mansamente.

Scarret esperó, como si después de una violenta disputa estuviera ansioso por una componenda.

—Ya está, Gail —gritó contento—. Ya sé lo que podemos hacer. Repondremos a Dominique en el diario, le haremos escribir una sección distinta de la que tenía, una columna sobre el hogar. Consejos para la casa, la cocina, los chicos y todo eso. Destruirá la maledicencia. Demostrará que es una buena ama de casa, a pesar de los errores juveniles. Para hacer que las mujeres la perdonen. Tendremos una sección especial: las recetas de la señora Gail Wynand. Algunos retratos de ella nos serán útiles, ¿sabe?, vestidos de algodón, delantales y el pelo arreglado en la forma más conveniente.

—Cállese, Alvah, antes que le abofetee —dijo Wynand sin levantar la voz.

—Sí. Gail. Scarret hizo un movimiento como para levantarse.

—Quédese, no he terminado.

Scarret aguardó obedientemente.

—Mañana por la mañana —dijo Wynand— enviará una nota a cada uno de nuestros diarios. Les

dirá que busquen en el archivo los retratos de Dominique Françon que puede tener alguna relación con su antigua sección. Les dirá que destruyan los retratos. Les dirá que de aquí en adelante cualquier mención de su nombre o la publicación de su retrato en cualquiera de mis diarios les costará el puesto, y será responsable toda la redacción en pleno. Cuando llegue el momento oportuno, haré aparecer el anuncio de mi matrimonio en todos nuestros diarios. Eso no se puede evitar. Tendrá que ser el anuncio más breve que se pueda componer. Nada de comentarios. Ni historias. Ni retratos. Hágalo saber y asegúrese de que ha sido bien interpretado. Se trata del puesto de cualquiera, incluso el suyo si esto no se cumple.

—¿Ninguna información... cuando se case?

—Ninguna información, Alvah.

—¡Dios mío! ¡Es una noticia! Los otros diarios...

—No me importa lo que hagan los otros diarios.

—Pero ¿por qué, Gail?

—No lo podría comprender.

Dominique, sentada junto a la ventana, escuchaba el ruido del tren. Contemplaba la campiña de Ohio, que pasaba bajo la desfalleciente luz del día. Su cabeza estaba apoyada en el respaldo y sus manos caían verticalmente a los lados del blando asiento. Se identificaba con la estructura del coche y era conducida como una ventana, el suelo o las paredes del compartimiento.

No tenía conciencia de ningún propósito. No tenía meta en su viaje, sino el viaje por sí mismo, sólo por el movimiento y por el ruido metálico del movimiento que la rodeaban. Sintió la situd y vacío, perdiendo su identidad en un decaimiento sin dolor, contenta de alejarse y no dejar nada definitivo, salvo aquella campiña que se veía por la ventana.

Cuando el movimiento disminuyó y a través de los cristales vio el letrero de un edificio de la estación, tuvo conciencia de lo que había estado esperando. Supo por qué había tomado aquel tren y no otro más rápido, por qué había estudiado cuidadosamente el horario de sus paradas, aunque pareciera una columna de nombres sin sentido para ella. Tomó su maleta, su abrigo y su sombrero. Corrió. No tuvo tiempo de vestirse, temerosa de que el suelo la arrastrara lejos de allí. Corrió por el estrecho pasillo del coche, y bajando los escalones, saltó al andén. Sintió el choque del frío invernal en su escote. Se quedó mirando el edificio de la estación. Oyó que el tren se ponía en movimiento, martillando al marchar.

Se puso el abrigo y el sombrero. Marchó por el andén hasta la sala de espera sobre un suelo de madera lleno de pelotitas de goma de mascar, a través de las pesadas olas de calor de una estufa de hierro. Se dirigía a la plaza.

Vio en el cielo una última franja de amarillo sobre las líneas bajas de los tejados. Vio un trecho de pavimento de ladrillo y pequeñas casas que se apoyaban una contra otra, un árbol desnudo de ramas retorcidas, esqueletos de maleza en la abertura sin puerta de un garaje abandonado; frentes de oscuros negocios, una tienda en una esquina, todavía abierta, con un escaparate que llegaba al suelo, mal iluminado.

Nunca había estado allí, pero sentía que el lugar proclamaba su posesión cerrándose en ella con ominosa intimidad. Era como si cada oscura masa ejerciese una succión, como el empuje de los planetas en el espacio, describiendo su órbita. Colocó la mano sobre una boca para apagar incendios

y sintió que el frío se le colaba por los guantes, hasta su cuerpo. Era la forma que tenía la ciudad de aferrarla, una penetración directa, que ni su ropa ni su espíritu podían detener. La paz de lo inevitable quedaba. Solamente que ahora tenía que actuar, pero las acciones eran simples, estaban previstas de antemano. Le preguntó a un transeúnte: «¿Dónde está el nuevo edificio de la tienda Janer?». Caminó pacientemente por calles oscuras. Pasó por desolados céspedes invernales y por porches hundidos, por terrenos baldíos donde los yerbajos susurraban entre latas vacías; pasó por tiendas cerradas y un lavadero que emanaba vapores; pasó por una ventana sin cortinas por donde se veía un hombre que leía un diario sentado junto a la chimenea y en mangas de camisa. Dobló esquinas y cruzó calles, sintiendo los guijarros bajo la fina suela de los zapatos. Algunos raros transeúntes miraban, asombrados, su aire de forastera elegancia. Ella sintió deseos de decirles: «¿No comprenden? Pertenezco a este lugar más que ustedes». Se detenía de vez en cuando cerrando los ojos, pues se le hacía difícil el respirar.

Llegó a la calle principal y acortó el paso. Había pocas luces, automóviles arrimados diagonalmente al borde de la calzada, un cine, un escaparate que exhibía ropa interior rosada entre utensilios de cocina. Caminaba erguida, mirando hacia delante.

Vio un reflejo luminoso junto a un viejo edificio, sobre una pared de ladrillos amarillos, sin ventanas, cubierta por el polvo de una estructura vecina que había sido derribada. La luz procedía de un foco. Ella se dio cuenta de que aquél era el lugar. Deseaba que no fuese. Si trabajaban hasta tarde, debía de ser allí. No quería verlo aquella noche. Hubiera querido ver sólo el lugar y el edificio, no estaba dispuesta para más; hubiese deseado verlo al día siguiente, pero de momento no podía detenerse. Caminaba hacia la excavación. Estaba en una esquina, a la vista de la calle, sin empalizada. Oyó el martilleo triturante del hierro, vio el brazo de una grúa, las sombras sobre los montones de tierra fresca, amarillos bajo la luz. No pudo ver los tablones que conducían a la acera, pero oyó el sonido de los pasos y después a Roark subiendo hacia la calle. Iba sin sombrero y con la chaqueta abierta.

Roark se detuvo y la miró. Dominique pensó que estaba erguido, que todo era simple y natural, que ella estaba mirando aquellos ojos grises y aquel cabello anaranjado, como si siempre los hubiese estado mirando. Se asombró de que Roark se dirigiese rápidamente hacia ella, de que su mano la tomase del brazo con demasiada firmeza y que él dijese:

—Mejor será que te sientes.

Entonces supo que no podía haberse detenido si aquella mano no le hubiese aferrado el brazo. Roark le tomó la maleta. La condujo por el lado oscuro de la calle y la hizo sentar en el umbral de una casa desocupada. Dominique se apoyó en la cerrada puerta. Él se sentó al lado. Mantenía firme su mano en el brazo, no como una caricia, sino como un freno para ambos.

Pasado un instante, dejó caer la mano. Ella supo que estaba segura, que podía hablar.

—¿Ése es tu nuevo edificio?

—Sí. ¿Has venido caminando desde la estación?

—Sí.

—Es un trecho largo.

—Creo que lo es.

Pensó que no se habían saludado y que era lo justo. Aquello no era una reunión, no era nada más

que un momento de algo que no había que interrumpir. Pensó cuán extraño hubiera resultado si él le hubiese dicho: «¡Hola!». Uno no se saluda a sí mismo cada mañana.

—¿A qué hora te levantaste hoy?

—A las siete.

—Yo también estaba en Nueva York. En un auto, yendo al Gran Central. ¿Dónde te desayunaste?

—En un comedor ambulante.

—¿De esos que andan toda la noche?

—Sí, especialmente para los chóferes.

—¿Vas a menudo?

—Siempre que quiero tomar una taza de café.

—¿Y te sientas al mostrador? ¿Y hay gente en torno tuyo mirándote?

—Me siento al mostrador cuando tengo tiempo. Hay gente alrededor. No creo que me miren mucho.

—¿Y después te marchas a trabajar?

—Sí.

—¿Vas a pie todos los días? ¿Por estas calles? ¿Pasas delante de alguna ventana? De manera que si uno quisiese llegar y abrir la ventana...

—La gente no mira por las ventanas aquí.

Desde la altura donde se hallaban podían ver las excavaciones del otro lado de la calle, la tierra, los obreros, las columnas de acero que se levantaban con un brillo de áspera luz.

—Has hecho dos casas de campo en los dos últimos años.

—Sí. Una en Pensilvania y otra cerca de Boston.

—Eran casas sin importancia.

—Baratas, si eso es lo que quieres decir. Pero muy interesantes para hacerlas.

—¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

—Un mes más.

—¿Por qué trabajas de noche?

—Es un trabajo que urge.

Al otro lado de la calle la grúa se movía balanceando su largo brazo en el aire. Dominique vio que él la observaba y advirtió que no estaba pensando en ello, pero en sus ojos existía la respuesta instintiva, algo físicamente personal, una intimidad que no tenía ninguna relación con el edificio.

—Roark...

No habían pronunciado sus respectivos nombres. Tenía el placer apasionado de una rendición largo tiempo dilatada: pronunciar el nombre y tener que oírlo.

—Roark esto es la cantera nuevamente.

Se sonrió.

—Si tú quieres, sólo que no lo es.

—¿Después de la casa Enright? ¿Después del edificio Cord?

—Yo no pienso de ese modo.

—¿Cómo piensas?

—Me gusta hacerlo. Cada edificio es como una persona: único e irrepetible.

Roark miraba a la calle. No había cambiado. Existía en él el antiguo sentido de agilidad, de facilidad en el movimiento, en la acción, en el pensamiento. Dominique dijo, sin empezar ni terminar la frase:

—... haciendo edificios de cinco pisos el resto de tu vida...

—Si es necesario, sí, pero no creo que vaya a ser así.

—¿Qué esperas?

—No espero nada.

Ella cerró los ojos, pero no pudo ocultar su boca, que tenía amargura, enojo y dolor.

—Roark, si hubieses estado en la ciudad no hubiera podido verte.

—Lo sé.

—Pero estabas en otro lugar, en el agujero sin nombre de un sitio como éste. Tenía que ver el lugar. Tenía que verlo.

—¿Cuándo regresas?

—¿Sabes que no he venido a quedarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Temes los comedores ambulantes y las ventanas.

—No vuelvo a Nueva York por ahora.

—¿No?

—No me has preguntado nada. Únicamente si he venido caminando desde la estación.

—¿Qué quieres que te pregunte?

—Vi el nombre de la estación y bajé del tren —dijo ella con voz apagada—. No pensaba venir aquí. Iba a Reno.

—¿Y después de eso?

—Me casaré otra vez.

—¿Conozco a tu novio?

—Has oído hablar de él. Se llama Gail Wynand.

Le miró los ojos. Hubiera querido reír, porque nunca hubiera esperado un golpe semejante. Pero no se rió. Roark se acordó de Henry Cameron, de Cameron, que decía: «No tengo respuesta que darles. Dejo que los vea usted. Usted les dará la respuesta. A todos ellos, a los diarios de Wynand, a lo que hace posible los diarios de Wynand y a lo que está detrás de todo ello».

—Roark.

Él no contestó.

—Es peor que Peter Keating, ¿verdad?

—Mucho peor.

—¿Quieres impedírmelo?

—No.

Roark no la había tocado desde cuando le soltó el brazo, y aquel toque hubiera podido hacerlo en una ambulancia. Dominique movió la mano y la hizo descansar en la de él. Roark no retiró la suya ni se mostró indiferente. Dominique se inclinó, sosteniendo la mano de Roark, y sin levantarla de la rodilla la besó. Su sombrero cayó al suelo. Roark contemplaba su rubia cabeza sobre sus rodillas y

sentía que su boca besaba su mano una y otra vez. Sus dedos apretaban los de ella como contestación, pero aquélla era la única respuesta.

Levantó la cabeza y miró a la calle. Una ventana iluminada colgaba a lo lejos, detrás de un enrejado de ramas desnudas. Casas desnudas se extendían en la oscuridad y había árboles en las estrechas aceras.

Dominique advirtió su sombrero en los escalones de abajo y se agachó para recogerlo. Se apoyó, con la mano sin guante, en el escalón. La piedra era vieja, gastada, tersa y helada. Sintió satisfacción al tocarla. Quedó inclinada un momento, con la mano apoyada en la piedra, para sentir aquellas gradas, sin importarle cuántos pies las habían pisado, para sentir las.

—¿Dónde vives, Roark?

—En una fonda.

—¿Qué clase de habitación?

—Simplemente en una habitación.

—¿Qué hay en ella? ¿Cómo están las paredes?

—Empapeladas. Descoloridas.

—¿Qué muebles?

—Una mesa, sillas, una cama.

—No; dímelo con pormenores.

—Hay un ropero; después un cofre para los dibujos; la cama en el rincón, junto a la ventana; una mesa amplia al otro lado...

—¿Junto a la pared?

—No; la puse atravesando el rincón, frente a la ventana... Trabajo allí. Hay una silla, un sillón, una lámpara y un porta-revistas que nunca uso. Creo que eso es todo.

—¿No hay alfombras? ¿Ni cortinas?

—Creo que hay algo en las ventanas, y hay también una especie de alfombra. El suelo está muy limpio, es de una hermosa madera vieja.

—Esta noche, en el tren, pensaré en tu habitación.

Él contemplaba el otro lado de la calle.

—Roark, déjame que me quede contigo esta noche.

—No.

Ella seguía con su mirada la máquina rechinante. Después de un momento preguntó:

—¿Cómo conseguiste este trabajo?

—El propietario vio mis edificios en Nueva York y le gustaron.

Un hombre salió de la hondonada, los vio en la oscuridad y dijo:

—¿Está ahí, jefe?

—Sí —contestó Roark.

—Venga aquí un minuto, ¿quiere?

Roark cruzó la calle. Dominique no podía oír la conversación, pero oía que Roark decía jovialmente: «Eso es fácil». Y después ambos bajaron los tablones al hoyo. El hombre se quedó indicando, explicando. Roark echó la cabeza hacia atrás para mirar la armazón de acero que subía; la luz le daba completamente en el rostro y ella vio su mirada de concentración, sin sonrisa, pero una

expresión que a ella le producía un sentimiento gozoso de competencia, de razón disciplinada de la acción. Se inclinó, cogió un pedazo de madera, sacó un lápiz. Estaba con un pie sobre un montón de tablones, la madera apuntalaba en su rodilla, y dibujó algo en ella rápidamente, explicándole al obrero, que asintió satisfecho. Dominique no podía oír las palabras, pero sentía la calidad de la relación que había entre Roark y el obrero y entre todos los hombres que estaban allí; era un sentido extraño de lealtad y de fraternidad, pero no era lo que siempre había oído designar con esas palabras. Roark terminó, entregó la tabla al obrero y ambos se rieron de algo. Después volvió a sentarse en los escalones con ella.

—Roark, quiero quedarme aquí, contigo, todos los años que podamos.

Él la miró atentamente, aguardando.

—Quiero vivir aquí. —Su voz tenía el sonido de la presión del agua contra una presa—. Quiero vivir como tú vives. No tocaré mi dinero: se lo daré a alguien, a Steven Mallory si tú quieres, o a alguna de las instituciones de Toohey. Tendremos una casa aquí, como cualquiera de éstas, y yo cuidaré de ti; no te rías, puedo hacerlo; cocinaré, lavaré tu ropa, fregaré el suelo. Y tú abandonarás la arquitectura.

Roark no se rió. Ella no vio otra cosa que una atención inmóvil, dispuesto a seguir escuchándola.

—Roark, por favor, trata de comprender. No puedo soportar lo que te están haciendo, lo que van a hacerte. Tú y la construcción y lo que sientes por ella es demasiado grande. No puedes continuar así mucho tiempo. No puedes durar. No te dejarán. Te encaminas hacia algún terrible desastre. No puedes terminar de otra manera. Toma algún trabajo sin importancia, como el de la cantera. Viviremos aquí. Tendremos poco y no daremos nada. Viviremos sólo para lo que somos y para lo que sabemos.

Roark se rió. Ella oyó en el sonido de su risa una sorprendente consideración para ella, un intento de no reír; pero no pudo soportar la risa.

—¡Dominique! —La manera con que pronunció el nombre se clavó en ella y le fue más fácil escuchar las palabras que siguieron—: Me gustaría poderte decir que fue una tentación, al menos, por un momento. Pero no fue. —Y agregó—: Si fuera muy cruel, lo aceptaría, nada más que para ver cuán pronto me rogarías que volviera a construir edificios.

—Sí..., probablemente.

—Cásate con Wynand y quédate con él. Será mejor que lo que estás haciendo ahora.

—¿Te molesta... si nos quedamos sentados aquí un momento más... y no hablamos de eso...? Hablemos como si todo estuviera bien... Un armisticio de media hora, entre años... Dime qué has hecho de cada media hora desde que estás aquí, todo lo que puedas recordar...

Conversaron como si la escalera de la casa desocupada fuera un aeroplano que se cernía en el espacio, sin que se viera la tierra ni el cielo. Roark ya no miraba a través de la calle. Después miró su reloj de pulsera y dijo:

—Hay un tren para el Este dentro de una hora. Iré contigo hasta la estación.

—¿Te parece que vayamos caminando hasta allí?

—Sí.

Se levantó.

—¿Hasta cuándo..., Roark?

La mano de Roark se movió en dirección a la calle.

—Hasta que dejes de odiar todo esto, hasta que dejes de temerlo, hasta que aprendas a no advertirlo.

Marcharon juntos a la estación. Dominique escuchaba el ruido de los pasos de él junto a los suyos, por las calles abiertas. Detenía su mirada a lo largo de las paredes, que desfilaban como garras.

Pasaron por un terreno baldío. El viento arrastró una vieja hoja de papel contra las piernas de Dominique. Se adhirió a ellas con una insistencia que parecía consciente, como la perentoria caricia de un gato. Pensó que todas las cosas de aquella ciudad tenían ese derecho íntimo con ella. Se inclinó, cogió el diario y empezó a doblarlo para guardarlo.

—¿Qué estás haciendo?

—Algo para leer en el tren —replicó estúpidamente.

Le arrancó el diario de las manos, lo arrugó, y lo arrojó entre las malezas.

Había una sola luz en el desierto andén de la estación. Esperaron. Roark miraba la vía por donde debía aparecer el tren; cuando los carriles se estremecieron anunciando la llegada, cuando el blanco globo del farol de tope surgió a lo lejos y estuvo un rato en el cielo, sin acercarse, pero ampliándose, creciendo con velocidad, él no se volvió hacia Dominique.

El rayo impetuoso arrojó su sombra en el andén, barrió los tablones y desapareció. Por un instante ella vio, al resplandor, la línea alta y recta de su cuerpo. La locomotora pasó y los vagones traquetearon lentamente. Roark miró hacia las ventanillas. Dominique no pudo ver de su rostro más que el perfil.

Cuando el tren se detuvo, se volvió hacia ella. No se dieron la mano ni se dijeron palabra. Estuvieron erguidos, mirándose uno al otro por un momento, como ante un toque de atención. Era casi un saludo militar. Después, Dominique cogió la maleta y subió al tren.

VI

Chuck: —¿Y por qué no una rata almizclera? ¿Por qué tiene uno que imaginarse superior a una rata almizclera? La vida palpita en todas las pequeñas criaturas del campo y de los bosques. La vida que canta un eterno dolor. El viejo dolor. El Cantar de los cantares. Nosotros no comprendemos, pero ¿quién se preocupa de comprender? Solamente los contadores públicos y los pedicuros. También los carteros. Nosotros sólo amamos. El más dulce misterio del amor. Eso es todo. Denme amor y manden por la chimenea, de un empujón, a todos los filósofos. Cuando María recogió la rata almizclera perdida, su corazón estalló y el amor y la vida penetraron en él. Las ratas almizcleras imitan bien los abrigos de visón, pero éste no es el asunto. El asunto es la vida.

Jake (entrando precipitadamente): —Decidme: ¿quién tiene un sello de Correos con el retrato de George Washington?

TELÓN.

Ike cerró de golpe el manuscrito y aspiró una gran bocanada de aire. Su voz estaba ronca después de dos horas de lectura en voz alta. Él solo había leído su obra de un tirón. Miró al auditorio, la boca sonriendo burlona, las cejas levantadas insolentemente, pero con ojos implorantes.

Ellsworth Toohey, sentado en el suelo, se rascaba la espalda contra el respaldo de una silla y bostezaba. Gus Webb, echado boca abajo, en medio de la habitación, se volvió. Lancelot Clokey, el corresponsal del exterior, alargó la mano hasta su refresco y se lo tomó. Jules Flougler, el nuevo crítico teatral del Banner, continuó sentado, inmóvil; durante dos horas no se había movido. Lois Cook, la dueña de la casa, levantó los brazos, retorciéndoselos, y dijo:

—¡Jesús! Ike es terrible.

Lancelot Clokey dijo:

—Querida Lois, ¿dónde guarda el *gin*? No sea tan miserable. Usted es la peor ama de casa que conozco.

Gus Webb habló:

—No comprendo la literatura. No es productiva y significa una pérdida de tiempo. Los autores deberían ser liquidados.

Ike se rió estridentemente:

—Una inmundicia, ¿eh? —Agitaba el manuscrito—. Una superinmundicia. ¿Para qué creen que lo escribí? Para demostrarles quién puede escribir un mayor fracaso. No oirán una obra peor en la vida.

No era una reunión solemne del Consejo de Escritores Estadounidenses, sino una reunión extraoficial. Ike les había pedido a algunos amigos que se reunieran para escuchar su última comedia. A los veintiséis años llevaba escritas once obras, pero no había representado ninguna.

—Haría mejor en dejar el teatro, Ike —le dijo Lancelot Clokey—. Escribir es un asunto serio y no para cualquier bastardo descarriado que quiera intentarlo.

El primer libro de Lancelot Clokey —un relato de aventuras personales en países extranjeros— estaba ya, en su décima semana, entre la lista de libros más vendidos.

—¿Por qué no, Lance? —dijo Toohey dulcemente.

—Está bien —replicó Clokey—. Está bien. Deme algo de beber.

—Es terrible —dijo Lois Cook, apoyando cansadamente la cabeza—. Es perfectamente terrible. Tan terrible que es maravilloso.

—¡Córcholis! —dijo Gus Webb—. ¿Por qué se me habrá ocurrido venir aquí?

Ike arrojó a la chimenea el manuscrito, que dio contra la pantalla y cayó abierto, con las finas páginas aplastadas.

—Si Ibsen puede escribir dramas, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Él es capaz y yo soy incapaz, pero ésa no es una razón suficiente.

—En un sentido general, no —dijo Lancelot Clokey—, aunque sea una porquería.

—No debería decírmelo, ya que yo mismo lo he dicho antes.

—Es una gran obra —dijo una voz.

La voz era lenta, nasal, aburrida. Había hablado por primera vez aquella noche y todos se volvieron para mirar a Jules Fougler. Un caricaturista había dibujado una vez un famoso retrato de él, que consistía en dos círculos combados: uno grande y otro pequeño. El grande era su estómago; el pequeño, su labio inferior. Llevaba un traje de buena confección. Usaba guantes en todo tiempo y también bastón. Era un eminente crítico teatral.

Jules Fougler alargó el bastón, aferró el manuscrito con el gancho del puño y lo arrastró por la habitación hasta sus pies. No lo recogió pero repitió, mirándolo:

—Es una gran obra.

—¿Por qué? —preguntó Lancelot Clokey.

—Porque yo lo digo —repuso.

—¿Es una broma, Jules? —preguntó Lois Cook.

—Yo nunca bromeo —añadió Jules Fougler—. Es vulgar.

—Mándame un par de entradas para el estreno —dijo despectivamente Lancelot Clokey.

—Ocho dólares con ochenta centavos por dos entradas la noche del estreno —dijo Jules Fougler—. Será el mayor éxito teatral de la temporada.

Jules Fougler se volvió y observó que Toohey lo estaba mirando. Toohey se sonrió, pero su sonrisa no era ligera y despreocupada; era un comentario de aprobación a algo que consideraba muy serio. La mirada de Fougler fue despectiva cuando se dirigió a los otros, pero se apaciguó un instante comprensivo cuando descansó en Ellsworth Toohey.

—¿Por qué no se incorpora al Consejo de Escritores Estadounidenses, Jules? —le preguntó Toohey.

—Soy individualista. No creo en las organizaciones. Además, ¿es necesario?

—No, no es necesario en ningún modo —contestó Toohey alegremente—. No es por usted, Jules. No hay nada que se le pueda enseñar.

—Lo que me gusta en usted, Ellsworth, es que uno no necesita darle explicaciones.

—Diablos, ¿para qué explicarse aquí? Somos seis de una misma clase.

—Cinco —objetó Fougler—. No me gusta Gus Webb.

—¿Por qué? —preguntó Gus sin ofenderse.

—Porque no se lava las orejas —repuso Fougler, como si la pregunta hubiese sido hecha por una tercera persona.

—¡Ah! ¿Por eso? —dijo Gus.

Ike se había levantado y estaba mirando a Fougler, no muy seguro de si debería tomar aliento.

—¿Le gusta mi obra, señor Fougler? —preguntó al final, con voz tímida.

—No he dicho que me guste —contestó Fougler firmemente—. Creo que hiede. Ésta es la razón de que sea grande.

—¡Oh! —dijo Ike, y se rió.

Parecía aliviado. Miró todos los rostros, con una mirada de triunfo disimulado.

—Sí —dijo Fougler—. Nuestros motivos son idénticos.

—Usted es un gran tipo, Jules.

—Señor Fougler, por favor.

—Usted es un gran tipo, señor Fougler, y el bastardo más notable del mundo.

Fougler daba vueltas a las páginas del manuscrito, que estaba a sus pies, con la punta del bastón.

—Su escritura a máquina es atroz, Ike.

—No soy mecanógrafo. Soy un artista creador.

—Podría hacerse de una secretaria después del estreno. Estaré obligado a felicitarle, aunque no sea más que por impedir que abuse de una máquina como ésta. La máquina de escribir es un espléndido instrumento, pero no para ser maltratado.

—Está bien, Jules —dijo Lancelot Clokey—. Todo es muy agudo e inteligente. ¿Por qué quiere, realmente, esa basura?

—Porque es una basura como usted dice.

—No es lógico, Lance —dijo Ike—. Al menos, no lo es en un sentido cósmico. No es nada escribir una buena obra y que se la elogien. Cualquiera puede hacer eso. Cualquiera que tenga talento, y el talento es tan sólo un accidente glandular. Pero escribir una pieza de porquería y que se la alaben...; bien, haga usted algo igual.

—Lo ha hecho —dijo Toohey.

—Es cuestión de opinión —agregó Lancelot Clokey.

Se llevó a la boca la copa vacía y sorbió hasta el último pedazo de hielo.

—Ike comprende las cosas mucho mejor que usted, Lance —dijo Jules Fougler—. Ha demostrado ser un verdadero pensador en esas pocas palabras. Que, de paso, fueron mejores que toda su obra.

—Escribiré mi próxima obra sobre eso —dijo Ike.

—Ike ha manifestado sus razones —continuó Fougler—. Y las mías. Y también las tuyas, Lance. Examine mi caso, si quiere. ¿Qué hazaña es para un crítico alabar una buena obra? Ninguna. El crítico no es entonces nada más que un mensajero glorificado entre el autor y el público. ¿Qué me importa a mí todo esto? Estoy harto. Tengo derecho a imponer mi propia personalidad sobre la gente. De otra manera me frustraría, y no creo en mi frustración. Pero si un crítico es capaz de lanzar una obra perfectamente sin valor, ¿perciben la diferencia? Por esta razón la transformaré en un éxito fuera de lo común. ¿Cuál es el título de su pieza, Ike?

—No es piel de su trasero —respondió.

—¡Por favor!

—Ése es el título.

—¡Convertiré No es piel de su trasero en un éxito sin precedentes!

Lois Cook se rió a carcajadas.

—Hacen mucho ruido por cualquier cosa —dijo Gus Webb, echado perezosamente en el suelo, con las manos detrás de la cabeza.

—Ahora, si quiere considerar su propio caso, Lance —continuó Jules Fougler—, ¿cuál es la satisfacción que tiene un corresponsal al relatar los sucesos del mundo? El público lee toda clase de crisis internacionales y usted se puede considerar afortunado si nota que su trabajo es de segunda categoría. Pero usted es tan bueno como cualquier general, almirante o embajador. Usted tiene derecho a hacer que la gente tenga conciencia de lo que es usted. Para eso ha hecho una cosa sabia. Ha escrito una notable colección de inmundicias, sí, inmundicias, pero moralmente justificadas. Un libro inteligente. Ha empleado las catástrofes del mundo como fondo para su propia e indecente personalidad. «¡Cómo se emborracha Lancelot Clokey en una conferencia internacional! ¡Qué bellezas conquistó Lancelot Clokey durante una invasión! ¡Cómo padece de disentería Lancelot Clokey en un país hambriento!». Bueno, ¿y por qué no, Lance? Un éxito, ¿verdad? Toohey lo lanzó, ¿no?

—El público aprecia trabajos de gran interés humano —dijo Lancelot, mirando furiosamente dentro de la copa.

—¡Oh, basta de comedia, Lance! —gritó Lois Cook—. ¿Para quién está representando aquí? Usted sabe muy bien que no es por ningún interés humano, sino simplemente por Ellsworth Toohey.

—No olvide lo que le debo a Ellsworth —dijo Clokey malhumorado—. Ellsworth es mi mejor amigo. Sin embargo, él no lo hubiera hecho si no hubiese tenido un buen libro con que hacerlo.

Durante ocho meses Lancelot Clokey había estado con un manuscrito en las manos ante Ellsworth Toohey, como ahora Ike estaba delante de Fougler, no creyendo cuando Toohey le decía que su libro encabezaría la lista de los libros más vendidos. Pero la venta de doscientos mil ejemplares había colocado a Clokey en imposibilidad de reconocer la verdad.

—Bueno, lo hizo con El cálculo biliar galante —dijo Lois Cook, plácidamente—, y nada peor había sido publicado. Yo debía saberlo. Pero él lo hizo.

—Y casi perdí mi puesto al hacerlo —dijo Toohey indiferentemente.

—¿Qué hace con sus bebidas, Lois? —dijo Clokey—. ¿Las economiza para bañarse con ellas?

—Está bien, secante —respondió, levantándose perezosamente.

Lois cruzó la habitación, cogió del suelo una botella sin terminar, bebió el resto; salió y volvió con un surtido de costosas bebidas. Clokey e Ike corrieron a servirse ellos mismos.

—Creo que es injusta con Lance, Lois —le dijo Toohey—. ¿Por qué no escribió una autobiografía?

—Su vida no valía la pena de haber sido vivida, mucho menos de ser recordada.

—Sí; pero ésa es la razón por la cual hizo que estuviera en la lista de los autores más vendidos.

—¿Me lo dice a mí?

—Me gusta decírselo a cualquiera.

Había muchas sillas cómodas, pero Toohey prefería quedarse en el suelo. Estaba echado boca abajo, apuntalando su torso con los codos, y se apoyaba con placer, cambiando su peso de un codo al otro, sus piernas extendidas en la alfombra. Parecía que gozara ilimitadamente.

—Me gusta decírselo a cualquiera. El mes próximo voy a lanzar la biografía de un dentista de

pueblo que es, sin duda, una persona realmente notable, porque no hay un solo día notable en su vida y ninguna frase notable en el libro. Le gustará, Lois. ¿Se imagina un tonto macizo que desnuda su alma como si fuera una revelación?

—La gente humilde —dijo Ike tiernamente—. Amo a la gente humilde. Debemos amar a la gente humilde.

—Téngala presente para su próxima obra —dijo Toohey.

—No puedo. Está en esta obra.

—¿Cuál es la gran idea, Ellsworth? —dijo Clokey.

—Es simple, Lance. Cuando uno es una nulidad total, y no hace nada más sobresaliente que comer, dormir, charlar con los vecinos, se torna en un hecho digno de orgullo de sugestión para el mundo y de estudio diligente para millones de lectores. El hecho de construir una catedral resulta difícil de recordar o enunciar. Una cuestión de perspectiva y de relatividad. La distancia alcanzable entre los extremos de cualquier capacidad es limitada. En el área de la percepción sonora de la hormiga no está el trueno.

—Habla como un burgués decadente, Ellsworth —dijo Gus Webb.

—Baje la voz, amor mío —repuso Toohey sin resentimiento.

—Es completamente maravilloso —dijo Lois Cook—, salvo que lo ha hecho demasiado bien, Ellsworth. Usted me hará fracasar en los negocios. Después de esto, si quiero alcanzar notoriedad, tendré que escribir algo que sea realmente bueno.

—No es de este siglo, Lois —replicó Toohey—. Y quizá tampoco del próximo. Más tarde de lo que usted cree.

—¡Pero usted no ha dicho nada...! —gritó de súbito Ike, preocupado.

—¿Qué es lo que yo no he dicho?

—No ha dicho quién va a representar mi comedia.

—Deje eso de mi cuenta —dijo Jules Fougler.

—Me olvidé de agradecersele, Ellsworth —dijo Ike solemnemente—. De manera que ahora se lo agradezco. Hay cantidad de piezas teatrales feas, pero ustedes han elegido la mía. Usted y el señor Fougler.

—Esa fealdad es inútil, Ike.

—Bueno, eso es algo.

—Es mucho.

—¿Cuánto, por ejemplo?

—No hable demasiado, Ellsworth —dijo Gus Webb—. Ya ha tenido su desahogo.

—Tápese los oídos, querido. Me gusta hablar. ¿Un ejemplo, Ike? Supongamos que a mí no me gustara Ibsen.

—Ibsen es bueno —dijo Ike.

—Seguramente que es bueno; pero suponga que a mí no me gusta. Suponga que quisiera impedir a la gente que viera sus dramas. No serviría para nada que les dijese eso. Pero si yo les diese la idea: de que usted es tan grande como Ibsen, bien pronto serían incapaces de advertir la diferencia.

—¡Jesús!, ¿puede usted?

—Es solamente un ejemplo, Ike.

—Pero sería maravilloso.

—Sí, sería maravilloso. Y entonces no habría motivo para que fuesen a verlo. Entonces no importarían ni los escritores ni aquéllos para quienes se escribe.

—¿Cómo es eso, Ellsworth?

—Mire, Ike, en el teatro no hay espacio para Ibsen y para usted. Comprende esto, ¿verdad?

—Es una manera de hablar..., sí.

—Bueno, usted quiere que yo le consiga espacio, ¿verdad?

—Toda esa discusión inútil ya ha sido terminada antes mucho mejor —dijo Gus Webb—. Sean más breves. Yo creo en la economía funcional.

—Gus es rudo, pero profundo —dijo Ike—. Le quiero.

—¡Váyase al diablo! —replicó Gus.

El criado de Lois Cook entró en la habitación. Era un hombre majestuoso, de edad madura y estaba correctamente vestido de frac. Anunció a Peter Keating.

—¿Peter? —dijo Lois Cook alegremente—. ¡Caramba! Hágame entrar, hágame entrar en seguida.

Keating entró y se paró, alarmado, cuando vio la reunión.

—Saludos a todos —dijo vivamente—. No sabía que tenía visitas, Lois.

—No son visitas. Entre, Peter. Siéntese. Tome lo que quiera. Usted conoce a todos.

—¡Hola, Ellsworth! —dijo, posando la mirada en Ellsworth como apoyo.

Toohey agitó su mano, se puso en pie en seguida y se sentó en un sofá, cruzando las piernas. Todo el mundo se arregló automáticamente, con un súbito afán de sentarse con más corrección, de juntar las rodillas y cerrar la boca. Sólo Gus Webb permaneció como antes.

Keating parecía frío y hermoso. Traía a la habitación sin ventilar la frescura de una caminata por las calles, pero sus movimientos eran lentos y cansados.

—Lamento molestar, Lois. No tenía nada que hacer y me sentía tan terriblemente solo, que pensé venir aquí. —Pasó por encima de la palabra «solo», arrojándola con una sonrisa despectiva—. Terriblemente cansado de Neil Dumont y de la manada. Quería una compañía más elevada, un alimento espiritual.

—¡Soy un genio! —exclamó Ike—. Me representarían una comedia en Broadway. A mí y a Ibsen. Ellsworth acaba de decirlo.

—A usted le gustará, Peter —dijo Lancelot—. Es algo realmente grande.

—Es una obra maestra —agregó Jules Fougler—. Espero que será digno de ella, Peter. Es una de esas obras cuyo éxito depende de lo que el auditorio sea capaz de llevar consigo al teatro. Si usted tiene una tendencia positivista, el alma seca y una imaginación limitada, no vaya. Pero si usted es un ser humano real, con un corazón grande, un corazón lleno de risa, que ha conservado incorrupta la capacidad para la emoción pura de su infancia, encontrará en ella una experiencia inolvidable.

—Si no sois como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos —repitió Ellsworth Toohey.

—Gracias, Ellsworth —agregó Jules Fougler—. Ése será el tema de mi crónica.

Keating miró a Ike y a los otros con curiosidad. Todos parecían remotos y puros, muy por encima de él en el refugio de sus sabidurías; pero sus rostros le ofrecían una sonrisa cordial y una invitación benévola.

Keating bebió el sentido de la grandeza que ellos tenían, ese alimento espiritual que andaba

buscando, y sintió que se elevaba por intermedio de ellos. Vio que aquella grandeza era real para él. Un circuito se estableció en la habitación y se cerró el círculo. Todos tenían conciencia de ello, todos menos Peter Keating.

Ellsworth Toohey salió en apoyo de la arquitectura moderna.

En los últimos diez años, mientras la mayoría de las nuevas residencias eran edificadas como fieles copias, los principios de Henry Cameron habían ganado el campo de los edificios comerciales: las fábricas, los edificios para oficinas, los rascacielos. Era una victoria pálida, falseada; un compromiso repugnante que consistía en omitir columnas y tímpanos para permitir que una pequeña superficie de la pared permaneciese desnuda, disculpándose de una forma, buena por casualidad, para terminar con un borde de volutas griegas simplificadas. Muchos plagieron las formas de Cameron, pero pocos comprendieron el pensamiento. La única parte de su argumento, que era irresistible para los propietarios de los nuevos edificios, era la que se refería a la economía financiera: él ganó esa meta.

En los países de Europa, especialmente en Alemania, había crecido en poco tiempo una nueva escuela de construcción. Consistía en levantar paredes y una cúpide chata encima, con pocos huecos. Esto se llama nueva arquitectura. La libertad de reglas arbitrarias por la cual Cameron había luchado, la libertad que imponía una nueva y grande responsabilidad, en el arquitecto creador, resultó una mera eliminación de todo esfuerzo, hasta del esfuerzo de dominar los estilos históricos. Resultó una rígida disposición de nuevas reglas, la disciplina de una incompetencia consciente, pobreza creadora transformada en sistema, la mediocridad jactanciosamente confesada.

«Un edificio crea su propia belleza y su exorno se deriva de las reglas de su motivo y de su estructura», había dicho Cameron. «Un edificio no necesita belleza ni ornamento ni motivo», decían los nuevos arquitectos. Resultaba fácil afirmarlo. Cameron y pocos hombres más habían abierto la senda y la habían pavimentado con sus vidas. Otros hombres de los cuales había mayor número, los hombres que habían estado seguros de copiar el Partenón, vieron el peligro y encontraron el camino de su salvación: marchar por la senda de Cameron para llegar a un nuevo Partenón, a un Partenón más fácil, con la estructura de un embalaje de vidrio y concreto. La palmera había sido perforada por los hongos que habían venido a nutrirse de ella, a deformarla, a ocultarla, a empujarla a la jungla común.

La jungla encontró sus palabras.

En Una Vócecita, con el subtítulo de Nado con la corriente, Ellsworth Toohey escribió:

Hemos titubeado bastante tiempo antes de reconocer el poderoso fenómeno conocido con el nombre de Arquitectura Moderna. Tal precaución es necesaria para cualquiera que esté en la posición de mentor del gusto público. Demasiado a menudo, manifestaciones anómalas pueden ser confundidas con un amplio movimiento popular, y uno debe tener cuidado antes de adjudicarles una significación que no merecen. Pero la Arquitectura Moderna se ha ganado el fallo favorable del tiempo, ha respondido a las demandas de las masas y estamos encantados de saludarla. No parece inoportuno expresar el reconocimiento a los iniciadores de este movimiento, tales como el difunto Henry Cameron. En algunos de sus trabajos se pueden encontrar ecos premonitorios de la nueva grandeza. Pero, como todos los iniciadores, estaba limitado todavía por los prejuicios heredados del

pasado por la sentimentalidad de la clase media de la cual procedía. Sucumbió a la superstición de la belleza y del exorno, aunque éste fue de su propia invención y, por consiguiente, inferior a las formas históricas establecidas. Le tocó al esfuerzo de un amplio movimiento colectivo llevar la Arquitectura Moderna a la plenitud y a la verdad de su expresión. Ahora se la puede ver propagar en todo el mundo, no como el caos de fantasías individuales, sino como una disciplina organizada, coherente, que hace al artista exigencias severas, entre ellas la de subordinarse a la naturaleza colectiva de su arte.

Las reglas de esta nueva arquitectura han sido formuladas en el vasto proceso de la creación popular. Son tan estrictas como las reglas del clasicismo. Exigen simplicidad, sin adornos, como la franqueza de un hombre común íntegro. Así como en la época que pasa, la de los banqueros internacionales, cada edificio debe tener una cornisa ornamentosa, así, ahora, la época que se aproxima ordena que cada edificio tenga un tejado plano.

Así como la era imperialista requería un pórtico romano en cada casa, así la era de la humanidad requiere que cada casa tenga ventanas en las esquinas, símbolo de la distribución de la luz solar igual para todos.

La mente alerta verá la elocuente significación social de las formas de la nueva arquitectura. Bajo el viejo sistema de explotación, a los elementos sociales más útiles —los obreros— nunca se les permitió darse cuenta de su importancia; sus funciones prácticas se conservaban ocultas y disfrazadas; de esta manera, un amo tenía sirvientes vestidos con fantásticas libreas con galones de oro. Esto se vio reflejado en la arquitectura de ese período: los elementos funcionales de un edificio —sus puertas, sus ventanas, sus escaleras— estaban ocultas bajo las volutas de una ornamentación insustancial. Pero en un edificio moderno son precisamente esos elementos útiles —símbolos del trabajo— totalmente puestos en evidencia. ¿No oímos en esto la voz de un mundo nuevo en el cual los obreros se encontrarán a sí mismos?

Llamaremos la atención sobre la nueva planta de la Cassett Brush Company, que pronto estará terminada, considerándola el ejemplo mejor de la Arquitectura Moderna de los Estados Unidos. Es un pequeño edificio, pero en sus modestas proporciones sintetiza toda la sencillez inflexible de la nueva disciplina y presenta un ejemplo vigorizante de la grandeza de lo pequeño. Fue proyectado por Augustus Webb, joven arquitecto de gran porvenir.

Pocos días más tarde, al encontrarse con Toohey, Peter Keating le preguntó, molesto.

—Dígame, Ellsworth, ¿qué quiso decir con eso?

—¿Qué?

—Sobre la arquitectura moderna.

—Quise decir que yo opino así. ¿Qué le pareció mi artículo?

—¡Oh, pienso que es magnífico! Muy convincente. Pero, dígame, Ellsworth, ¿por qué..., por qué eligió a Gus Webb? Después de todo yo he hecho algunas cosas modernas en los últimos años. El edificio Palmer es bastante desnudo y el edificio Mowry no tiene más que el tejado y las ventanas, y el almacén Sheldon era...

—Vamos, Peter, no sea así. Me he portado bastante bien con usted. Déjeme que de cuando en cuando dé a otro un empujón.

En el almuerzo al que había ido a hablar de arquitectura, Peter Keating dijo:

—Pensando en mi carrera hasta la fecha, llego a la conclusión de que he trabajado sobre un principio verdadero: el principio de que el cambio constante es una necesidad en la vida. Desde el momento que los edificios son una parte indispensable de la vida, se sigue que la arquitectura debe cambiar constantemente. Nunca he tenido ningún prejuicio arquitectónico, mas he insistido en conservar mi espíritu abierto a todas las voces de los tiempos. Los fanáticos que predicaban que todas las construcciones debían ser modernas, son tan estrechos de espíritu como los obstinados conservadores que exigen que no empleemos nada más que estilos históricos. Yo no me disculpo por aquellos edificios que construí de acuerdo con la tradición clásica. Fueron una respuesta a una necesidad de una época. Ni me disculpo tampoco por los edificios que diseñé en estilo moderno. Representan el mundo mejor que viene. En mi opinión, en la realización humilde de este principio está el premio y la alegría de ser arquitecto.

Cuando la noticia de la elección de Peter Keating para edificar Stoneridge fue hecha pública, hubo una complaciente publicidad en los círculos profesionales y muchos elogiosos comentarios de estímulo. Él trató de volver a hallar el placer que tales manifestaciones le causaban antes, pero fracasó. Sintió algo que se parecía a la alegría, pero fue corto y marchito.

El esfuerzo para diseñar Stoneridge le pareció una carga demasiado pesada para levantarla. Tampoco explicó las circunstancias por las cuales lo había obtenido; aquello también se había esfumado de su mente. Simplemente, no podía atreverse a la tarea de diseñar el gran número de casas que Stoneridge requería. Se sentía muy cansado. Se sentía cansado, cuando se despertaba por la mañana, y todo el día estaba esperando que llegase la hora de acostarse.

Le pasó Stoneridge a Neil Dumont y a Bannett. —Adelante-les dijo cansado—, hagan lo que quieran.

—¿Qué estilo, Peter? —preguntó Dumont.

—Háganlo en algún estilo clásico. Los pequeños propietarios no lo aceptarán de otro modo, pero simplifíquelo un poco, de acuerdo con los comentarios de los diarios. Denle toques históricos y un sentido moderno. Como quieran. A mí no me importa.

Dumont y Bennett continuaron trabajando. Keating cambió en los bocetos unas pocas líneas del tejado y algunas ventanas. Los proyectos preliminares fueron aprobados por la oficina de Wynand. Keating no sabía si los había aprobado Wynand en persona, pues no había vuelto a verlo.

Dominique había estado un mes fuera cuando Guy Françon anunció su retiro. Keating le había hablado del divorcio sin darle ninguna explicación. Françon había acogido la noticia con tranquilidad.

—Lo esperaba —dijo—. Está bien, Peter. Probablemente no será culpa de usted ni de ella. Desde entonces no había vuelto a mencionarlo. Ahora tampoco dio ninguna explicación a su retiro. Dijo solamente:

—Ya le dije, hace tiempo, que esto llegaría. Estoy cansado. Bueno, suerte, Peter.

La responsabilidad de la firma sobre sus hombros y la perspectiva de su nombre solitario en la puerta de la oficina le produjo incomodidad a Keating. Necesitaba un socio. Eligió a Neil Dumont. Neil tenía elegancia y distinción. Era otro Lucio Heyer. La firma se transformó en Peter Keating y Cornelio Dumont. El acontecimiento fue festejado entre pocos amigos, pero Keating no asistió. Había

prometido ir, pero lo olvidó, pues tuvo un solitario fin de semana en el campo cubierto de nieve, y no recordó la celebración hasta el día siguiente.

Stoneridge fue el último contrato firmado por la sociedad Françon y Keating.

VII

Cuando Dominique descendió del tren en Nueva York, Wynand estaba esperándola. No le había escrito ni había sabido nada de él durante las semanas de su residencia en Reno. A nadie había hecho saber su retorno, pero Wynand estaba en el andén con un aire de determinación que significaba que había estado en contacto con sus abogados y había seguido todos los pasos del procedimiento del divorcio. Sabía cuándo había sido pronunciada la sentencia, la hora en que ella había tomado el tren y el número del compartimiento.

No se adelantó hacia ella cuando la vio. Dominique fue hasta donde estaba él, porque sabía que le gustaba verla andar, aunque no fuese mayor el espacio que entre los dos mediaba. No sonreía, pero su rostro tenía la bella serenidad que puede transmutarse en sonrisa sin ninguna transición.

—¡Hola, Dominique!

Ella no había pensado en Wynand mientras estuvo ausente, ni con insistencia, ni con un sentimiento personal de su realidad; pero ahora sentía un inmediato reconocimiento, un sentido de unión con algo conocido y que se ha necesitado.

—Dame el resguardo del equipaje, vendré a buscarlo más tarde. Mi automóvil está ahí.

Dominique le entregó el resguardo y él se lo metió en el bolsillo. Sabían que tenían que volver y subir para salir, pero no se decidieron y se quedaron mirándose uno al otro.

Wynand hizo un esfuerzo por romper el silencio. Ella apenas se sonrió.

—Si tuviera derecho, te diría que habría soportado la espera sólo porque me miraras como lo haces. Pero no pretendo tener tal derecho ni lo diré.

Dominique rió.

—Te quiero —dijo Gail, con voz inexpresiva, como si las palabras fueran una manifestación de dolor y no se las dirigiese a ella.

—Estoy encantada de estar nuevamente contigo, Gail. No sabía que lo estaría, pero lo estoy.

—¿De qué modo, Dominique?

—No sé. Es una especie de contagio tuyo, creo. Una especie de determinación y de paz.

Después advirtieron que se estaban diciendo cosas en medio de un andén lleno de gente, entre personas y equipajes que pasaban corriendo.

Salieron a la calle, hacia el automóvil. Ella no preguntó adónde iban ni se preocupó tampoco. Se sentó al lado de él, en silencio. Se sentía dividida, la mayor parte de su ser estaba arrastrado por un deseo de no resistir, y una pequeña parte se maravillaba de esto. Sintió un deseo de dejarse llevar por él, un sentimiento de confianza sin valoración; no era una confianza feliz, pero era confianza. Después de un momento advirtió que tenía su mano en la de Wynand; la longitud de sus dedos enguantados, adheridos a la longitud de los de Wynand; sólo la mancha desnuda de su muñeca presionaba la piel de Wynand. No sabía cuándo le había cogido él la mano; le pareció muy natural, y comprendió que era lo que había querido que hiciera desde que le vio; pero no se podía permitir a sí mismo desear tal cosa.

—¿Adónde vamos, Gail?

—A conseguir la licencia. Después a la oficina del juez. A casarnos, Dominique.

Se incorporó lentamente, mirándole. No retiró su mano, pero sus dedos se pusieron rígidos,

conscientes, separándose de él.

—No —contestó.

Se sonrió y mantuvo su sonrisa durante un largo rato, con precisión fija y deliberada. Él la contemplaba tranquilamente.

—Quiero una verdadera boda, Gail. Quiero que sea en el hotel más suntuoso de la ciudad. Quiero invitaciones impresas, invitados, multitud de invitados, celebridades, flores, resplandor de luces, cámaras de cine. Quiero la boda que el público espera de Gail Wynand.

Él liberó sus dedos, simplemente, sin resentimiento. Miró abstraído un instante, como si estuviese resolviendo un problema de aritmética, no muy difícil.

—Está bien. Eso requerirá una semana para disponerlo. Podría haberlo hecho esta noche, pero si quieres invitaciones impresas, debemos darles a los invitados por lo menos una semana de tiempo. De otro modo parecería anormal, y tú quieres una boda de Gail Wynand, común. Ahora te llevaré al hotel, allí puedes vivir una semana. Como no había proyectado esto, no he hecho reservar habitaciones. ¿En dónde quieres vivir?

—En tu casa.

—No.

—En el «Nordland».

Se inclinó hacia delante y le dijo al chofer:

—Al «Nordland», John.

En el vestíbulo del hotel, le dijo a Dominique:

—Te veré dentro de una semana en el «Noyes Belmont», a las cuatro de la tarde. Las invitaciones irán a nombre de tu padre. Avísale a tu padre que me pondré en contacto con él. Yo me encargaré de todo lo demás.

Se inclinó al saludarla, sin cambiar de actitud; su calma tenía todavía la misma cualidad peculiar hecha de dos cosas: el dominio sobre sí mismo de un hombre tan seguro de su capacidad para dominarse que parecía natural, y una curiosidad infantil para aceptar los acontecimientos como si no estuvieran sujetos a ningún cambio.

Dominique no le vio durante aquella semana. Esperaba impacientemente.

Le volvió a ver cuando estuvieron juntos frente al juez, que pronunciaba las palabras de la ceremonia matrimonial ante el silencio de seiscientas personas en el salón de baile, iluminado con reflectores, del «Noyes Belmont Hotel».

El ambiente que ella había querido fue tan perfectamente logrado, que resultó su propia caricatura. No era un acompañamiento nupcial, sino un prototipo impersonal de vulgaridad derrochadora y exquisita. Wynand había comprendido su deseo y lo obedeció escrupulosamente; había rechazado el alivio de la exageración, no había puesto en escena el acontecimiento con crueldad, pero lo realizó a la manera precisa que Gail Wynand, el propietario de diarios, lo habría elegido si hubiese deseado casarse en público. Pero Gail Wynand no había querido casarse públicamente.

Se puso de acuerdo con la escena, y cuando entró Dominique vio que miraba a la multitud de invitados como si no se hubiese dado cuenta de que aquella multitud era apropiada para la *première* de la Gran Ópera o para un final en una fiesta real de beneficencia, y no el solemne acompañamiento

para el más solemne momento de su vida. Estaba correcto, incomparablemente distinguido.

Después Dominique estuvo con él, mientras la multitud se transformaba en un silencio pesado y en una mirada glotona que los seguía, y ellos dos contemplaban juntos al juez. Dominique llevaba un largo traje negro con un ramo de jazmines naturales, obsequio de Wynand, sujeto con una cinta negra a su muñeca. Su rostro, bajo el halo de un sombrero de encaje negro, estaba levantado hacia el juez, que hablaba lentamente, dejando suspendidas sus palabras, una por una, en el aire.

Dominique miró a Wynand. Él no la miraba; tampoco miraba al juez. Entonces advirtió que Gail parecía estar solo en la habitación. Él captó aquel momento e hizo de él, del resplandor, de la vulgaridad, un silencioso ámbito propio. No había querido la ceremonia religiosa, a la que no respetaba, y pudo haber tenido menos respeto por la fórmula que recitaba delante de él un funcionario del Estado, pero hizo de la ceremonia un acto de religión pura. Dominique pensó que si se hubiese casado con Roark en tal ambiente, Roark habría estado igual. Después, la burla de la monstruosa recepción que siguió lo dejó inmune. Posó con ella para gran cantidad de cámaras de los diarios y respondió amablemente a todas las preguntas de los reporteros, una multitud especial, más numerosa, dentro de la multitud. Se quedó con ella estrechando un círculo de manos reunidas que se desplegó delante de ellos durante horas. Wynand parecía insensible a las luces, a los montones de azucenas, a los sonidos de la orquesta, al río de gente que fluía sin cesar y se abrió en un delta cuando llegó el champaña; insensible a los invitados que habían ido allí llevados por el aburrimiento, por un odio envidioso, por una sumisión repugnante a una invitación hecha por un hombre peligroso, por una curiosidad hambrienta de escándalo. Parecía no darse cuenta de que todos tomaban su inmoción pública como justo tributo a ellos.

Dominique observaba atentamente. Quería que Wynand se divirtiera con todo aquello, aunque fuera un solo instante. Que lo aceptara y se incorporase, siquiera una vez, para mostrar el alma del New York Banner en su propio elemento. No vio la aceptación. Vio, a veces, un rasgo de dolor; pero aun el dolor no le llegaba completamente. Y ella se acordó del único hombre que conocía y que había hablado del sufrimiento que derriba, pero sólo hasta cierto punto.

Cuando la corriente se llevó las últimas felicitaciones, estaban en libertad para irse, según las reglas de la práctica. Pero Wynand no se movió. Dominique comprendió que esperaba su decisión. Se alejó de él y se sumergió en la corriente de los invitados; sonreía, se inclinaba y escuchaba las tonterías ofensivas, con una copa de champaña en la mano. Vio a su padre en el tropel. Estaba orgulloso y pensativo, parecía perplejo. Había recibido el anuncio matrimonial con calma y le había dicho: «Te deseo que seas feliz, Dominique. Lo quiero de todo corazón. Espero que sea un hombre adecuado para ti». El tono con que pronunció tales palabras, decía que no estaba seguro.

Vio a Ellsworth Toohey entre la multitud. Él se dio cuenta de que Dominique lo miraba y en seguida se volvió. Ella deseaba reírse a carcajadas, pero el incidente de Ellsworth Toohey, que la cogió de sorpresa, no parecía de bastante importancia para reírse en semejante ocasión.

Alvah Scarret se abrió camino para llegar hasta Dominique. Hacía un gran esfuerzo por tener una expresión conveniente, pero su rostro parecía hosco y ofendido. Murmuró algo rápidamente sobre sus deseos de felicidad, pero después dijo, en forma perceptible y con vivo enojo:

—Pero ¿por qué, Dominique? ¿Por qué?

Dominique no podía creer que Alvah se permitiese la crudeza de decir lo que la pregunta

significaba; por ello le preguntó con frialdad:

—¿A qué se refiere, Alvah?

—Al veto, se entiende.

—¿Qué veto?

—Bien sabe a qué veto me refiero. Yo, a mi vez, le pregunto, ahora que todos los diarios de la ciudad están aquí representados, todos los condenados, incluso los peores pasquines, todos los servicios telegráficos, todos, menos el Banner. ¡Todos menos los diarios de Wynand! ¿Qué le voy a decir al público? ¿Cómo les voy a explicar esto? ¿Es justo que le hagan una cosa así a un antiguo compañero de trabajo?

—Hágame el favor de repetirlo, Alvah.

—¿Acaso usted ignoraba que Gail no quiso permitir a ninguno de nuestros muchachos aquí? ¿Que nosotros no tendremos mañana ninguna información, ni una crónica extensa, ni una foto, nada más que dos líneas en la página dieciocho?

—No —contestó ella—, no lo sabía.

Alvah se quedó sorprendido con el súbito gesto de Dominique al alejarse de él. Ella le entregó la copa de champaña, al primero que encontró a mano, a quien confundió con un mozo. Se acercó a Wynand.

—Vamos, Gail.

—Sí, querida.

Dominique se sintió incrédula en la sala de la casa de Wynand al pensar que aquel sitio era su hogar y que a ella le parecía lo más natural.

Él la observaba. No demostró ningún deseo de hablar ni de tocarla; tan sólo quería observarla allí, en su casa, sobre la ciudad, como si no debiera compartir ni siquiera con ella el significado de aquel momento. Dominique se paseó lentamente por la habitación. Se quitó el sombrero, se apoyó contra el borde de la mesa. Se preguntó por qué había desaparecido delante de él su hábito de hablar poco; por qué se sentía impulsada a la franqueza sencilla, como nunca le había ocurrido con nadie más.

—Te saliste con la tuya, después de todo, Gail. Te casaste como querías.

—Sí, así lo creo.

—Era inútil tratar de torturarte.

—Realmente, sí. Pero no me importaba mucho.

—¿No te importaba?

—No. Si era lo que tú querías, era cuestión de mantener mi promesa.

—Pero odiabas eso, Gail.

—Totalmente. Sólo el primer momento fue duro, cuando me lo dijiste en el automóvil. Después estaba más bien contento.

Habló tranquilamente, armonizando con la franqueza de Dominique.

—¿Por qué?

—¿No advertiste tu propio error si es que fue error? No te hubieras interesado en hacerme sufrir si te hubiese sido completamente indiferente.

—No. No fue un error.

—Sabes perder, Dominique.

—Creo que me he contagiado de ti, Gail. Y hay algo que quiero agradecerte.

—¿Qué?

—Que hayas prohibido la noticia de nuestra boda en los diarios de Wynand.

Wynand la miró de una manera especial; después se sonrió.

—No está en tu modo de ser el que me agradezcas eso.

—No parece tuyo el que hayas hecho tal cosa.

—Tenía que hacerlo. Pero creí que te enojarías.

—Tendría que haberme enojado. Pero no. Te lo agradezco.

—¿Puede uno sentir gratitud por la gratitud? Es un poco difícil de expresar, Dominique; pero eso es lo que siento.

Ella miró la suave luz en las paredes circundantes. La iluminación era parte de la sala y le daba a las paredes la apariencia de ser algo más que materia y color.

—Gail, no te preocupes por lo que vamos a hacer ahora. ¿Vamos a viajar? ¿Vamos a tener luna de miel?

Es curioso, no se me había ocurrido. Pensé en la boda y nada más. Como si mis funciones terminaran allá y tú te hicieras cargo de lo demás.

—Pero esta vez no es en favor mío. La pasividad no es un buen síntoma. Para ti, al menos.

—Quizá... si estuviera contenta con ello.

—Quizá. Aunque no durara. No, no iremos a ninguna parte. A menos que tú quieras ir.

—No.

—Entonces nos quedaremos aquí. Otra manera peculiar de hacer una excepción. Tu manera y la mía. Salir, para ambos, ha sido siempre correr. Esta vez no correremos.

—Sí, Gail.

Cuando la tomó y la besó, su brazo estaba entre el cuerpo de ella y el suyo, su mano en su propio hombro. Dominique sintió que su mejilla tocaba el ramo de jazmines marchitos sujetos a su muñeca; el perfume de las flores estaba intacto todavía, como una sugestión de primavera.

Cuando entró en el dormitorio, Dominique advirtió que no era el lugar que había visto fotografiado en incontables revistas. La caja de cristal había sido demolida. La habitación edificada en su lugar era una sólida bóveda sin ninguna ventana. Estaba iluminada y tenía aire acondicionado, y ni la luz ni el aire procedían del exterior.

Se echó en la cama y apretó sus manos en las sábanas, suaves y frías, y no movió los brazos para acariciarlo, pero esta rígida indiferencia no le produjo a él ningún enojo inútil. Comprendió y se rió. Ella le oyó decir, con voz ruda, desconsiderada, divertida:

—No está bien, Dominique.

Y se dio cuenta de que la barrera ya no estaría entre ellos, que no tendría poder para sostenerla. Sentía en su cuerpo la respuesta, una respuesta que era de hambre, de aceptación, de placer. Pensó que no se trataba de deseo, ni del acto sexual, sino de aquel hombre que era la fuerza de la vida, y que la mujer no podía responder de otra manera; que aquel hombre tenía el deseo de la vida, el poder principal, y que aquel acto era sólo su manifestación más simple y que ella no respondía al hecho ni al hombre, sino a la tuerza que había dentro de él.

—¿Qué? —preguntó Toohey—. ¿Ha comprendido ahora la cuestión, Scarret?

Estaba apoyado descuidadamente, contra el respaldo de la silla de Scarret, y éste, sentado, contemplaba un cesto lleno de correspondencia que estaba a un lado de la mesa.

—Miles —suspiró Scarret—, miles, Ellsworth. Tendría que ver lo que dicen. ¿Por qué no hizo publicar ninguna información de la boda? ¿Le daba vergüenza? ¿Qué tenía que esconder? ¿Por qué no se casó por la iglesia como un hombre decente? ¿Cómo se pudo casar con una divorciada? Eso es lo que miles de personas le preguntan, y él no ha mirado las cartas aún. ¡Gail Wynand, el hombre al que ellos llaman el sismógrafo de la opinión pública!

—Así es —dijo Toohey—. Un hombre de esa clase.

—Aquí hay un ejemplo. —Scarret tomó una carta y leyó en voz alta:

Soy una mujer respetable y madre de cinco hijos, y no pienso que pueda educar a mis hijos con su diario. Lo he recibido durante catorce años, pero ahora que usted demuestra ser un hombre que carece de decencia, capaz de burlarse de la sagrada institución del matrimonio, cometiendo adulterio con una mujer caída y además esposa de otro hombre y haciéndolo ella con traje negro, como verdaderamente debería hacerlo. No leeré más su diario, porque usted no es un hombre adecuado para los chicos, y estoy desengañada de usted. Sinceramente, señora de Thomas Parker.

—Se la leí y no hizo más que reírse.

—¡Ajá! —dijo Toohey.

—¿Qué se le ha metido en la cabeza?

—No es lo que se le ha metido en la cabeza, Alvah. Es algo que ha salido al fin.

—A propósito, ¿sabía usted que muchos diarios desenterraron las viejas fotografías de la estatua desnuda de Dominique, de aquel maldito templo, y la publicaron con la crónica del casamiento, para demostrar el interés de la señora Wynand por el arte? Los bastardos. ¡Están encantados de vengarse de Gail! ¡Lo están cargando! ¿Quién les habrá proporcionado eso?

—No podría decirlo.

—Bueno, por supuesto no es nada más que una tormenta en un vaso de agua. Se olvidará todo en pocas semanas. No creo que haga mucho daño.

—No. Este incidente solo, no. En sí mismo no tiene importancia.

—¿Eh? ¿Está prediciendo algo?

—Esas cartas lo predican, Alvah. No las cartas en sí, sino el hecho de que él no las quiera leer.

—¡Oh, no vale la pena entontecerse! Gail sabe cómo y cuándo debe detenerse. No haga una montaña de una... —Levantó la vista hasta Toohey y cambió de voz—: ¡Cristo! Sí, Ellsworth, usted tiene razón. ¿Qué vamos a hacer?

—Nada, amigo. Por un tiempo, nada.

Toohey se sentó sobre la mesa de Scarret y con la punta de su zapato puntiagudo jugó con los sobres del cesto, levantándolos y haciéndolos crujir. Había tomado la agradable costumbre de entrar en la oficina de Scarret a todas horas. Scarret había empezado a depender de él.

—Dígame, Ellsworth —le preguntó de súbito Scarret— ¿es usted realmente fiel al Banner?

—Alvah, no me hable en dialecto. Nadie está tan encadenado como yo.

—No, quiero decir... Bueno, usted ya sabe lo que quiero decir.

—No tengo la más mínima idea. ¿Quién es desleal a su pan con manteca?

—Sí, así es, Sin embargo, usted sabe, Ellsworth, cómo lo estimo; sólo que nunca estoy seguro de cuándo habla mi lenguaje y cuándo habla el suyo.

—No se meta en complejidades psicológicas. Lo enredará todo. ¿Qué tiene en la cabeza?

—¿Por qué escribe todavía en Nuevas Fronteras?

—Porque me pagan.

—¡Oh, vamos, eso es una bagatela para usted!

—Es una revista de prestigio. ¿Por qué no habría de escribir en ella? Ustedes no tienen mi exclusividad.

—No, y no me importa para quién escribe usted en sus horas libres, pero Nuevas Fronteras ha estado muy extrañada últimamente.

—¿Respecto a qué?

—A Gail Wynand.

—¡Oh, chismes, Alvah!

—No, señor, no son chismes. Simplemente usted no se ha informado; sospecho que lo ha leído, pero tengo instinto para esas cosas y lo sé. Sé cuando un muchacho inteligente acierta un disparo y cuando una revista es seria.

—Usted está nervioso, Alvah, y exagera: Nuevas Fronteras es una revista liberal y Gail no ha sido nunca muy popular en el periodismo, usted lo sabe. No lo ha perjudicado, ¿verdad?

—Eso es diferente. No me gusta cuando hay un sistema detrás, un propósito especial como un conjunto de tretas pequeñas que gotean inocentemente y forman pronto una pequeña corriente y se cumple lo propuesto...

—¿Se le están despertando manías persecutorias, Alvah?

—No me gusta. Estaba bien cuando la gente hablaba de sus yates, de sus mujeres y hacía un poco de escándalo con las elecciones municipales, pues nunca llegó a probarse nada —agregó rápidamente—; pero no me gusta esa nueva expresión que la gente está adquiriendo en nuestro país: «Gail Wynand, el explotador; Gail Wynand, pirata del capitalismo; Gail Wynand, la enfermedad de una época». Eso es también inmundicia, Ellsworth, pero en esa inmundicia hay dinamita.

—No es nada más que la manera moderna de decir cosas viejas. Además, yo no puedo ser responsable de la orientación de una revista porque publique un artículo de vez en cuando.

—Sí pero... No es eso lo que yo oigo.

—¿Qué oye?

—Oigo decir que usted la costea.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Con qué?

—Bueno, usted mismo no, pero oigo decir que consiguió a un tal Romy Pickering, un lebel del alcohol, para que le diera una inyección de cien mil dólares precisamente cuando Nuevas Fronteras se iba por el camino de todas las fronteras.

—¡Qué diablos! Fue por salvar a Ronny de las cloacas más lujosas de la ciudad. El muchacho estaba perdido. Le di un propósito de vida más elevado y puso cien mil dólares para un uso mejor que el que le habrían dado las coristas que, seguramente, se los habrían sacado.

—Sí, pero usted podía haberle atado una cuerda al regalo, podía haber deslizado palabras al oído de los redactores para que dejaran en paz a Gail o de «otro modo».

—Nuevas Fronteras, no es el Banner. Es una revista de principios. No se le imponen condiciones a los redactores ni se les dice «de otro modo».

—¿A quién engaña con ese juego, Ellsworth?

—Bueno si se trata de darle quietud a su mente, le diré algo que usted no ha oído todavía. No es para darlo a la publicidad, fue hecho mediante un grupo de apoderados. ¿Sabía usted que le hice comprar a Mitchell Layton una buena cantidad de acciones del Banner?

—¡No!

—Sí.

—¡Ellsworth, es grande! ¿Mitchell Layton? Podemos emplear una reserva como ésa y... Espere un minuto. ¿Mitchell Layton?

—Sí. ¿Qué hay de malo con Mitchell Layton?

—¿No es ese muchacho que no podía digerir la herencia del abuelo?

—El abuelo le dejó una enorme fortuna.

—Sí, pero él está medio chiflado. Ha sido yogui, después vegetariano, luego perteneció a la Iglesia unitaria, después fue partidario del desnudismo... y ahora se ha ido a Moscú a edificar el palacio del proletariado.

—¿Qué hay con eso?

—¡Pero, Jesús!... ¿un rojo entre nuestros accionistas?

—Mitch no es rojo. ¿Cómo puede ser rojo con un cuarto de millón de dólares? No es nada más que una pálida rosa de té. Más bien amarilla. Pero un muchacho de gran corazón.

—Pero... ¡en el Banner!

—Creo que usted no es un asno, Alvah. ¿No ve? Le he hecho poner su dinero en un diario bueno, sólido y conservador. Eso lo curará de sus chifladuras y lo pondrá en la buena senda. Después de todo, ¿qué daño puede haber? ¿No lleva sus diarios su querido Gail?

—¿Sabe Gail eso?

—No. Gail no ha sido tan vigilante en estos últimos años como solía ser, y lo mejor que podría hacer es no decírselo. ¿Ve el camino por donde va Gail? Necesitará una pequeña presión, y usted necesitará el dinero. Sea amable con Mitch Layton. Puede convenirle.

—Así es.

—¿Ve? Mi corazón está tranquilo. He ayudado a una pequeña revista liberal como es Nuevas Fronteras, pero he traído una cantidad más sustancial de dinero a una gran fortaleza de archí conservadurismo como es el New York Banner.

—Está bien y es una gran honradez de su parte, si se considera que usted es un izquierdista.

—¿Puede hablar ahora de mi deslealtad?

—Creo que no. Supongo que estará usted con el viejo Banner.

—Claro que estoy. Porque amo el Banner hice todo lo que hice por él. Hubiera dado mi vida por el New York Banner.

VIII

Si uno recorre una isla desierta, se mantiene anclado al resto de la tierra, pero en su casa, con el teléfono desconectado, Wynand y Dominique no tenían ningún sentido de los cincuenta y cinco pisos que había debajo, y les parecía que su hogar estaba anclado en el espacio; no en una isla, sino en un planeta. La ciudad resultaba una abstracción con la cual no se podía establecer ninguna comparación posible, como el cielo; era un espectáculo para ser admirado, pero sin ninguna relación directa con sus vidas.

Hasta dos semanas después de la boda no salieron de su casa. Ella podía haber apretado el botón del ascensor y quebrar el aislamiento cuando lo hubiera deseado, pero no lo había hecho. No tenía deseos de resistir ni de sorprenderse ni de averiguar. Era el encanto y la paz.

Wynand se quedaba sentado, conversando durante horas cuando ella quería. Se quedaba encantado del silencio, si ella así lo prefería y de contemplarla como a los objetos de su galería de arte, con la misma mirada, distante e imperturbable. Contestaba a todas las preguntas que ella le hacía. Él nunca preguntaba. Nunca manifestaba lo que sentía. Cuando Dominique deseaba estar sola, no la llamaba. Una noche que estaba sentada leyendo en su habitación, lo vio junto al helado parapeto del oscuro jardín, en medio de la estría de luz que procedía de la ventana, sin volverse para contemplar la casa.

Cuando terminaron las dos semanas, él volvió al trabajo, a la oficina del Banner, pero el sentido del aislamiento quedó, como una cuestión establecida y que debía ser preservado en los futuros días. Volvía por la noche al hogar y la ciudad dejaba de existir.

Wynand nunca se lo dijo, pero ella se dio cuenta de que no quería que saliese de la casa ni acompañada por él ni sola. Era una quieta obsesión que no quería demostrar. Cuando volvía a la casa, le preguntaba: «¿Has salido?» y nunca «¿Dónde has estado?». No eran celos; el «dónde» no tenía importancia. Cuando quería comprar un par de zapatos, Wynand le hacía enviar sendas colecciones de tres zapaterías para que eligiese, prohibiéndole visitar cualquier establecimiento, y había edificado una sala para proyecciones cinematográficas para cuando ella quería ver alguna película.

Dominique obedeció en los primeros meses. Cuando se dio cuenta de que le gustaba aquel aislamiento, lo rompió de golpe. Le hizo aceptar invitaciones y por su parte invitó gente a su casa. Él consintió sin protestar.

Pero mantenía un muro que ella no podía romper; era el muro que había erigido entre su esposa y sus diarios. El nombre de Dominique nunca aparecía en sus páginas. Impidió todo intento de llevar a la señora de Gail Wynand a la vida social, de encabezar comités, de fomentar campañas de beneficencia, de apoyar cruzadas generosas. No titubeó en abrirle la correspondencia si llevaba algún membrete que le indicase que la carta era contraria a sus propósitos, para destruirla sin contestarla, sin decirle siquiera a ella que la había destruido.

Dominique se encogía de hombros y no decía nada.

Sin embargo, al parecer, no compartía el desprecio que sentía por sus diarios. No le permitía discutirlos. Dominique no podía descubrir lo que pensaba de ellos ni lo que sentía. Una vez, cuando ella comentó un editorial ofensivo, él le dijo fríamente:

—Nunca he pedido excusas por el Banner. Nunca lo haré.

—Pero esto es realmente terrible, Gail.

—Pensé que al casarte conmigo sabías que era propietario del Banner. No esperes que lo cambie o que lo sacrifique. No lo haría por nadie en el mundo.

Dominique se rió:

—No te lo hubiera pedido, Gail.

Él, como contestación, se quedó serio.

En la oficina del Banner trabajaba con nueva energía, con una especie de acceso, un estado feroz que sorprendía a los hombres que lo habían conocido en sus años más ambiciosos. Cuando era necesario se quedaba toda la noche en la oficina, como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. No cambió sus métodos ni su orientación. Alvah Scarret le observaba satisfecho.

—Nos habíamos equivocado con él, Ellsworth —le dijo Scarret a su constante compañero—, es el mismo Gail, Dios le bendiga. Está mejor que nunca.

—Mi querido Alvah —dijo Toohey—, nada tan sencillo como lo que usted piensa ni tan prematuro.

—Pero es feliz. ¿No ve que es feliz?

—Ser feliz es lo más pernicioso que le podía ocurrir. Y como humanitario que soy, al fin, pienso esto por su propio bien.

Sally Brent decidió ser más lista que su jefe. Sally Brent era una de las más orgullosas posesiones del Banner; una mujer imponente, de edad madura, que se vestía como un figurín del siglo XXI y que escribía como una camarera. Tenía gran cantidad de admiradores personales entre los lectores del Banner. Su popularidad la hizo presuntuosa.

Sally Brent decidió publicar una nota acerca de la señora de Gail Wynand. Era justamente, su tipo de nota y estaba dispuesta a realizarla. Logró la admisión en la casa de Wynand empleando la táctica necesaria para conseguir ser recibida en los lugares donde a uno no le quieren, táctica que conocía como buena empleada de Wynand. Hizo su dramática entrada de costumbre. Llevaba un traje negro con un girasol natural en el hombro —su adorno característico, que se había transformado ya en su marca de fábrica— y le dijo a Dominique, hipando:

—Señora Wynand, he venido a ayudarla a decepcionar a su marido. —Después le hizo un guiño, como expresando su perversidad, y le explicó—: Nuestro querido señor Wynand ha sido injusto con usted, querida, al privarla de su justa fama y por una razón que no puedo comprender. Pero usted y yo sabremos enmendarle la plana. ¿Qué puede hacer un hombre cuando las muchachas como nosotras nos unimos? Él no sabe qué buen ejemplar es usted. De manera que cuéntame usted, yo lo redactaré, y será tan bueno que no podrá dejar de publicarlo.

Dominique estaba sola en la casa y se sonreía de un modo que Sally Brent no había visto antes, de modo que no se le ocurrían los adjetivos precisos a su acostumbrado espíritu de obsesión. Dominique le dio la información. Le dio la información exacta que Sally había soñado.

—Sí, por supuesto, yo preparo un desayuno —dijo Dominique—. Su plato favorito es jamón y huevos, jamón y huevos, simplemente... ¡Oh, sí, señorita; soy muy feliz! Abro los ojos por la mañana y me digo a mí misma: «No puede ser cierto, no es tan fácil llegar a ser la esposa del gran Gail Wynand, que ha podido elegir a las bellezas más atractivas del mundo». Estuve enamorada de él

durante años. Fue un sueño, un sueño hermoso e imposible. Y ahora es como un sueño que se ha realizado... Por favor, señorita Brent, dé este mensaje a todas las mujeres de los Estados Unidos: «La paciencia siempre es premiada y el romance de amor siempre anda por las esquinas». Creo que es un pensamiento hermoso y quizás ayude a muchas otras jóvenes como me ha ayudado a mí... Sí, todo lo que quiero en la vida es hacer feliz a Gail, compartir sus alegrías y dolores, ser una buena esposa y una buena madre.

Alvah Scarret leyó el relato y le gustó tanto que perdió toda prudencia.

—Publíquelo, Alvah —le apremió Sally Brent—; la prueba está en su mesa. Lo aprobará. ¡Cómo no lo va a aprobar!

Aquella noche, Sally Brent fue echada del diario. Recibió una indemnización por el valioso contrato —cuya vigencia aún tenía tres años— y se le comunicó que no debía volver a pisar el edificio del Banner bajo ningún pretexto.

Scarret protestó con pánico:

—Gail, ¡no puede echar a Sally! ¡A Sally, nada menos!

—Cuando no pueda echar a alguien, cerraré mi diario y haré volar el edificio —dijo Wynand con calma.

—Pero ¡su público! ¡Perderemos su público!

—¡Que se vaya al diablo su público!

Aquella noche, durante la cena, Wynand sacó del bolsillo un arrugado rollo de papel —la prueba de la crónica— y lo arrojó a la cara de Dominique sin decirle una palabra. Le golpeó la mejilla y cayó al suelo. Ella lo recogió y lo desenrolló. Vio de qué se trataba y se rió a carcajadas.

Sally Brent escribió el artículo sobre la vida amorosa de Gail Wynand en tono alegre, intelectual, en los términos de un estudio sociológico, pero con tal material que ninguna revista importante lo habría aceptado. Fue publicado en Nuevas Fronteras.

Wynand le regaló a Dominique un collar diseñado de acuerdo con un modelo especial que había ordenado. Estaba hecho de diamantes sin engaste visible, muy espaciados, unidos con cadenas de platino apenas visibles. Cuando se lo abrochó en torno al cuello, parecían gotas de agua caídas al azar, formando un modelo original que representaba un manojó.

Ella permaneció un rato ante el espejo. Se quitó de los hombros el vestido de fiesta y dejó que las gotas de lluvia brillaran en su piel.

—Ese relato de la señora Bronx que mató a la joven querida de su marido es bastante sólido, Gail. Pero creo que hay algo más inmundo todavía y es la curiosidad de la gente que disfruta leyendo esas cosas. Y aún hay otra cosa más sucia y es la gente que fomenta esas curiosidades. Realmente, gracias a esa señora, cuyas piernas de pata de piano y cuyo rostro abotagado aparecen en sus retratos, ha sido posible este collar. Es un collar hermoso. Me lo pondré con orgullo.

Wynand se sonrió. El súbito brillo de sus ojos tenía un extraño matiz de desafío.

—Es un modo de verlo —dijo—. Hay otro. Me gusta pensar que he tomado lo que más rechaza el espíritu humano, la mente de esa mujer y la de la gente a la que le gusta leer lo que se escribe sobre ella, para hacer con eso este collar para tu cuello. Me parece que soy un alquimista que he realizado tan grande purificación.

Ella vio que, de acuerdo con su mirada, aquello no era una excusa ni un lamento ni una expresión

de resentimiento. Era una mirada extraña, ella lo había advertido antes; una mirada de simple adoración. E hizo que ella aprendiese que hay una etapa del culto que hace al adorador objeto de reverencia.

A la noche siguiente estaba sentada delante del espejo cuando él entró en su gabinete. Cuando Wynand se inclinó para besarla en la nuca, vio un cuadrado papel adherido a un triángulo del espejo. Era la copia descifrada del cablegrama que había terminado con su carrera en el Banner. «Eche a esa perdida. G. W».

Wynand levantó los hombros, quedándose erguido detrás de ella.

—¿Cómo conseguiste eso?

—Me lo dio Ellsworth Toohey. Pensé que valía la pena conservarlo. Por supuesto, no sabía que llegaría a ser tan apropiado.

Él inclinó gravemente la cabeza, reconociendo ser su autor, y no dijo nada más.

Dominique creyó que a la mañana siguiente no iba a encontrar el cablegrama, pero él no lo había tocado. Ella no lo quitó. Quedó extendido en el ángulo del espejo. Cuando Gail la abrazaba, Dominique veía que sus ojos se dirigían a menudo al cuadrado papel. Ella no podía adivinar lo que pensaba.

Una asamblea de propietarios de diarios lo hizo salir de Nueva York en la primavera por una semana. Era su primera separación. Cuando volvió, Dominique lo sorprendió porque fue a recibirlo al aeropuerto. Estaba alegre y gentil, su talante comportaba una promesa que él nunca había esperado.

Cuando penetró en la casa y se tendió en un diván, Dominique comprendió que deseaba quedarse allí, para sentir la reconquistada seguridad de su propio mundo. Vio que sus ojos se entregaban a ella sin defensa, y se mantuvo erguida, diligente.

—Sería mejor que te vistieras, Gail. Tenemos que ir al teatro esta noche.

Se sentó. Se sonrió poniendo de relieve las sesgadas arrugas de su frente. Ella experimentó un sentimiento de admiración frío hacia él: el dominio era perfecto, todo, menos las arrugas.

—Muy bien. ¿Corbata negra o blanca?

—Blanca. Tengo entradas para No es piel de su nariz. Fue muy difícil conseguirlas.

Era demasiado, demasiado ridículo originar entonces una disputa entre ellos. Él la desbarató riéndose francamente, con disgusto irreprimible.

—¡Dios mío, Dominique, pero no para ver esa obra!

—¿Por qué, Gail? ¡Es el acontecimiento más grande de la ciudad! Tu propio crítico, Jules Fougler... —él dejó de reír; comprendió— dijo que era la comedia más grande de nuestra época. Ellsworth Toohey dijo que era la voz joven del nuevo mundo que llegaba. Alyah Scarret manifestó que no estaba escrita con tinta, sino con la leche de la bondad humana. Sally Brent, antes que tú la echaras, dijo que la hizo reír con un nudo en la garganta. Ya ves, es el protegido del Banner. Estaba segura de que querías verla.

—Sí, por supuesto —respondió él.

Se levantó y se fue a vestir.

No es piel de su nariz se representó muchos meses. Ellsworth Toohey había manifestado en su sección que el título de la obra había sufrido un ligero cambio «como concesión al melindre de la

clase media que todavía manda en nuestro teatro. Es un ejemplo contra la libertad del artista. No escuchen más esa vieja conseja de que constituimos una sociedad libre. Originalmente el título de esta hermosa comedia fue una línea del lenguaje popular, con la elocuencia simple, valiente de la expresión del pueblo».

Wynand y Dominique se sentaron en el centro de la fila cuatro y escucharon la obra sin mirarse. Lo que se representaba en el escenario era algo trillado y tosco, pero la tendencia que ocultaba lo hacía temible. Había en su insustancialidad tediosa de las palabras un tono que los actores habían absorbido como si fuese una infección; estaba en sus rostros afectados, en la astucia de sus voces, en sus ademanes desordenados. Era un tono de insustancialidad manifestada en forma de revelaciones que pedían insolentemente ser aceptadas como tal; un tono que no era de presunción inocente, sino de consciente descaro, como si el autor conociese la naturaleza de su obra y se jactase de su poder para hacerla aparecer como sublime ante el espíritu de los oyentes, y así destruir la capacidad para lo sublime de ellos. La obra justificó el veredicto de los que la habían apadrinado; causó risa, resultó divertida; era un chiste indecente; su acción no transcurría en el escenario sino en el auditorio. Era como un pedestal del cual hubiesen sacado un dios, para colocar en su lugar, no a Satanás con una espada, sino un vagabundo sorbiendo una botella de «Coca-Cola».

Había en los espectadores un silencio atento y enigmático. Cuando alguien reía, los demás se unían a la risa, con el alivio de saber que se estaban divirtiendo. Jules Fougler trató de no ejercer influencia sobre nadie; había aclarado, simplemente y por anticipado, que el que fuera incapaz de comprender la obra era, fundamentalmente, un hombre indigno. «No vale la pena dar explicaciones —había dicho—. O se es capaz de saborearlo, o no».

En el entreacto, Wynand oyó que una mujer imponente decía: «Es maravillosa. No la comprendo, pero tengo la impresión de que es algo importante».

—¿Quieres que nos vayamos, Gail?

—No, nos quedaremos hasta el final.

Fue silencioso en el automóvil hasta su casa. Cuando entraron en el salón, se quedó dispuesto a oír y aceptar lo que fuera. Por un instante Dominique sintió el deseo de evitárselo. Sentíase vacía y cansada. No quería herirle, quería buscar su amparo.

Después volvió a pensar lo mismo que había pensado en el teatro. Pensó que la comedia era una creación del Banner, era lo que el Banner había alimentado, sostenido y hecho triunfar. Y era el Banner el que había comenzado y terminado la destrucción del templo de Stoddard... El New York Banner, 2 noviembre de 1930, Una Vocecita, Sacrilegio, por Ellsworth M. Toohey: Las iglesias de nuestra infancia, por Alvah Scarret. «¿Es usted feliz, señor Superhombre...?». Y aquella destrucción no era un acontecimiento que había ocurrido hacía tiempo, no era una comparación entre dos entidades que no admitían mutua comparación, un edificio y una comedia; no era una casualidad ni era una cuestión de personas, de Ike, de Fougler, de Toohey, de ella misma... y de Roark. Era una contienda sin tiempo, una lucha entre dos abstracciones, entre la que había creado el tiempo y aquella que había hecho posible la comedia; dos fuerzas que, de súbito, se le aparecían al desnudo; dos fuerzas que luchaban desde que comenzó el mundo y que todas las religiones habían conocido (siempre existieron Dios y el Demonio), sólo que los hombres se habían equivocado con respecto a la forma del Demonio: no era único y grande; había demonios inmundos y pequeños. El Banner había

destruido el templo de Stoddard para dar cabida a esa comedia.

—¿Qué ocurre..., Dominique?

Oyó la voz de Wynand, suave y llena de ansiedad. Nunca se había permitido poner en evidencia su ansiedad. Ella recogió el sonido como un reflejo de su propio rostro, de lo que él había visto en su rostro.

Permaneció erguida y segura de sí misma y con un gran silencio interior.

—Estoy pensando en ti, Gail. —Wynand estaba esperando—. ¿Sí, Gail? ¿La pasión total, para la elevación plena? —Se rió, dejando que sus brazos se balancearan como habían hecho antes los actores—. Dime, Gail, ¿tienes un sello de dos centavos con el retrato de George Washington? ¿Cuántos años tienes, Gail? ¿Has trabajado duramente? Tu vida está más que cumplida a medias, la has visto premiada esta noche. Tu hazaña, coronada. Claro está que ningún hombre es igual a su pasión más elevada. Ahora, si te esfuerzas, algún día te elevarás al nivel de esa comedia. —Él permanecía callado, oyéndola con resignación—. Pienso que deberías adquirir un manuscrito de esa obra y colocarlo en el centro de tu galería. Creo que deberías bautizar tu yate, y llamarlo No es piel de su nariz. Creo que tendrías que llevarme...

Gail Wynand exclamó:

—¡Cállate!

—... incluirme en el reparto y hacerme representar el papel de María, todas las noches. María, la que adopta la rata almizclera abandonada y...

—Cállate, Dominique.

—Entonces, habla. Quiero oírte hablar.

—Nunca me he justificado ante nadie.

—Bueno, entonces jáctate. Sería lo mismo.

—Ya que quieres saberlo, esa obra me ha producido asco. Creo que deberías saberlo. Ha sido peor que la señora Bronx.

—Mucho peor.

Wynand observó que algo había llegado hasta ella; no podía decir si era una respuesta de sorpresa o de enojo. No sabía cómo reconocía ella sus palabras y continuó:

—Me ha causado asco, pero así se han hecho muchas cosas en el Banner. Esta noche ha sido peor porque había una cualidad que estaba más allá de lo habitual. Una malignidad especial. Pero esto es popular entre los tontos y es medio legítimo del Banner. El Banner ha sido creado para beneficio de los tontos. ¿Qué más quieres que admita?

—Lo que has sentido esta noche.

—No completamente un infierno, porque tú estabas a mi lado. Esto es lo que querías, ¿no? Hacerme sentir el contraste. Sin embargo, te has equivocado. Miraba al escenario y pensaba que aquello era lo que le gustaba a la gente, tal es su espíritu; pero te encontraba a ti, te tenía a ti y por ese contraste el dolor tuvo dignidad. Sufría como tú deseabas, pero era un dolor que se avivó hasta cierto punto y entonces...

—¡Cállate! —gritó Dominique—. ¡Cállate, Gail condenado!

Ambos se quedaron asombrados. Él fue el primero en cambiar de actitud. Sabía que ella necesitaba amparo y la tomó por los hombros. Dominique lo apartó. Se dirigió a la ventana y se

quedó contemplando la ciudad, los edificios, que se extendían abajo, entre la luz y la oscuridad.

—Lo siento, Gail —dijo después con voz monótona. Gail no contestó—. No tenía derecho a decirte esas cosas. —Hablabas sin volverte; con los brazos levantados se apoyaba en el marco de la ventana—. Estamos en paz, Gail. Me he cobrado con la misma moneda, si tú prefieres. Yo inicié la guerra.

—No quiero que te cobres. —Habló serenamente—. ¿Qué pasó, Dominique?

—Nada.

—¿Qué te hicieron pensar mis palabras? No fue lo que yo dije, fue otra cosa. ¿Qué significaron para ti las palabras «un dolor que se avivó sólo hasta cierto punto»? Fue esa frase. ¿Qué pasó? —Ella continuaba contemplando la ciudad. A lo lejos pudo ver la parte superior del edificio Cord—. Dominique, he visto lo que puedes soportar. Debe de ser algo terrible. Yo debo saberlo. No hay nada imposible. Yo puedo ampararte contra eso y contra cualquier cosa que sea. —Ella no contestó—. No fue sólo ese drama tonto, hubo algo peor para ti esta noche. Ví tu rostro en el teatro. Y después aquí lo mismo. ¿Qué es?

—Gail —dijo ella amablemente—, ¿me perdonas?

Dejó transcurrir un momento. No estaba preparado para eso.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—Todo. Y esta noche.

—Ése fue tu privilegio. La condición con la cual te casaste. Vengarte del Banner.

—No, no quería vengarme del Banner.

—¿Por qué no quieres vengarte?

—No puedo ser vengada.

En el silencio oyó sus pasos, que atravesaban la habitación detrás de ella.

—Dominique, ¿qué fue?

—¿El dolor que se aviva hasta llegar a cierto punto? Nada. Sólo que no tienes derecho a decirlo. Los hombres que lo tienen, pagan por ese derecho un precio que tú no puedes pagar.

—Eso no fue todo.

—Creo que tenemos mucho en común. Hemos cometido la misma traición en alguna parte. No, ésta es una fea palabra... Sí, creo que es la palabra exacta. Es la única que tiene el sentido de lo que quiero decir.

—Dominique, tú no puedes sentir eso.

Su voz parecía extraña. Ella se volvió.

—¿Por qué?

—Porque eso fue lo que sentí esta noche. Traición.

—¿Hacia quién?

—No sé.

—Eso es todo lo que quiero decir, Gail.

—¿Por qué tendrías que sentirlo? El Banner no es tu hijo.

—El mismo pecado toma distintas formas.

Después él cruzó la habitación y la tomó en sus brazos.

—Tú no conoces el significado de las palabras que yo empleo. Nos parecemos mucho, pero no

en eso. Yo hubiera preferido que continuases espetándome insultos, en lugar de que trataras de compartir mis ofensas.

Ella apoyó su mano en la mejilla de Wynand y sus dedos le tocaron las sienes.

—¿Quieres decirme ahora qué era? —preguntó él.

—Nada. Traté de hacer más de lo que podía. Tú estas cansado, Gail. ¿Por qué no subes? Déjame aquí. Quiero contemplar la ciudad. Después iré.

IX

Dominique estaba apoyada en la barra del yate, con sus sandalias sobre la cálida cubierta. El sol le daba en las desnudas piernas, el viento agitaba su fino traje blanco. Miraba a Wynand, que estaba tendido en una silla de cubierta, delante de ella.

Pensó en el cambio que, a bordo, había notado otra vez en él. Lo había estado observando en los meses del crucero de verano. Una vez le vio ganar una carrera a un compañero de viaje y el cuadro se quedó grabado en su mente: una figura alta, blanca, que se arrojaba en un rápido esfuerzo de seguridad; su mano se aferró a la baranda, arriesgando, deliberadamente, el peligro de una súbita interrupción y consiguiendo un nuevo impulso. No era el propietario corruptor del imperio popular. Era un aristócrata a bordo de un yate. «Se parece —pensó— a la idea que uno se hace de joven de la aristocracia: una clase, brillante de alegría, carente de toda culpa».

Lo contemplaba ahora mientras reposaba en la silla de cubierta. Pensó que la lasitud era atractiva solamente en aquéllos en que no es un estado natural. Se asombraba de él. Gail Wynand era famoso por su extraordinaria capacidad, pero no era meramente la fuerza de un aventurero ambicioso la que había creado una cadena de diarios; aquello —la calidad que ahora veía en él allí, lo que estaba tendido bajo el sol, como una respuesta—, era más grande: era una causa primera, una facultad fuera de la dinámica universal.

—Gail —dijo de súbito, involuntariamente.

Wynand abrió los ojos y la miró.

—Desearía haber registrado tu llamada —dijo perezosamente—. Te asombrarías al ver cómo sonó. Aquí desapareció demasiado rápidamente. Me gustaría escucharla otra vez en el dormitorio.

—La repetiré allí, si tú quieres.

—Gracias, querida. Y te prometo no exagerar ni atreverme demasiado. Tú no me quieres. Tú nunca has querido a nadie.

—¿Por qué piensas de ese modo?

—Si amases a un hombre, no se trataría de una boda circense y de una noche atroz en el teatro. Le harías probar el infierno.

—¿Cómo sabes eso, Gail?

—¿Por qué no me has quitado la vista de encima desde que nos conocimos? Porque no soy el mismo Wynand del que habías oído hablar. Ya ves, te quiero. Y el amor es una cuestión excepcional. Si tú amases, hubieras querido que te destrozaran, que te pisotearan, que te dieran órdenes, que te dominaran, porque sería lo imposible, lo inconcebible en tus relaciones con la gente. Ése sería el único don, la gran excepción que hubieras querido ofrecer a un hombre a quien amaras. Pero no sería fácil para ti...

—Si eso es cierto, entonces tú...

—Entonces yo me torno amable y humilde, para asombro tuyo, porque soy el peor canalla viviente.

—No creo eso, Gail.

—¿No? ¿No soy más que la penúltima persona del mundo?

—No.

—En efecto, querida, lo soy.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo quiero pensar, pero pienso ser sincero. Éste ha sido mi único lujo personal. No cambies tu modo de pensar acerca de mí. Sigue viéndome como me veías antes de conocernos.

—Gail, no es eso lo que quieres.

—No tiene importancia lo que quiera yo. No quiero nada, a excepción de poseerte. Sin una correspondencia tuya. Tiene que ser sin correspondencia. Si empiezas a contemplarme demasiado cerca, verás cosas que no te gustarán nada.

—¿Qué cosas?

—¡Tú eres tan hermosa, Dominique! Tal como un accidente de Dios, y no hay persona que pueda corresponderte ni interior ni exteriormente.

—¿Qué cosas, Gail?

—¿Sabes de qué estás enamorada en realidad? De la integridad. De lo imposible. Lo puro, lo consistente, lo razonable, la fe en sí mismo, el estilo propio como una obra de arte. Eso sólo se puede encontrar en el campo del arte. Pero tú quieres encontrarlo en la carne. Estás enamorada de eso. Ya ves, yo nunca he tenido ninguna integridad.

—¿Cómo estás seguro de eso, Gail?

—¿Has olvidado el Banner?

—¡Al diablo el Banner!

—Está bien, al diablo el Banner. Resulta agradable oírte decir eso. Pero el Banner no es el síntoma mayor. Que yo no haya practicado ninguna clase de integridad, no es tan importante. Lo verdaderamente importante es que no haya sentido ninguna necesidad de ello. Odio esa concepción. Odio la presuntuosidad de esa idea.

—Dwight Carson... —dijo ella.

Wynand advirtió el tono de disgusto de su voz.

—Sí, Dwight Carson. El hombre que yo compré. El individualista que se transformó en glorificador de la masa e, incidentalmente, en dipsómano. Yo hice eso. Es todavía peor que el Banner, ¿no es verdad? A ti te gusta recordarlo, ¿no?

—Pero seguramente habrás oído bastantes gritos en contra. Todos los gigantes del espíritu a quienes he doblegado. No creo que nadie se haya dado cuenta de lo mucho que he gozado al hacer eso. Es una especie de concupiscencia. Me son indiferentes las babosas como Ellsworth Toohey o mi amigo Alvah Scarret, y los dejo en paz; pero ¡que vea a un hombre de una dimensión más elevada...! Haré de él una especie de Toohey. Tengo que hacerlo. Es como una apetencia sexual.

—¿Por qué?

—No sé.

—A propósito, tú no comprendes bien a Ellsworth Toohey.

—Posiblemente. No esperes que gaste esfuerzo en descubrir esa concha de caracol.

—Te contradices a ti mismo.

—¿Cómo?

—¿Por qué no te propusiste destruirlo?

—La excepción a la regla, Dominique. Te quiero. Tenía que quererte. ¡Ah, si hubieses sido

hombre!

—¿Por qué, Gail?

—Te explicaré: el poder es lo único que he anhelado. El saber que no hay un solo hombre viviente al cual no le pueda obligar a hacer lo que quiera. Cualquier cosa que yo quiera. El hombre al cual no pudiera vencer, me destrozaría. Pero he pasado años para darme cuenta de que estoy bien seguro. Dicen que no tengo sentido del honor, que lo he pasado todo por alto en la vida. No es mucho lo pasado por alto, o que he pasado por alto... no existe.

Hablaba en un tono de voz común, pero se dio cuenta de que Dominique escuchaba con la concentrada atención necesaria para no perder una sola sílaba de aquel murmullo.

—¿Qué te pasa, Dominique? ¿En qué piensas?

—Te estoy escuchando, Gail.

No dijo que escuchaba sus palabras y la causa que las provocaba. Era tan claro que lo escuchaba como una cláusula agregada a cada frase, aún cuando Wynand no tenía conocimiento de lo que ella estaba confesando.

—Lo peor que hay en la gente deshonesto es creer que es honesta —dijo él—. Conozco una mujer que nunca ha mantenido una convicción tres días consecutivos, pero cuando le dije que no tenía integridad, apretó los labios y me dijo que su idea de integridad difería de la mía, porque parece que nunca había robado un centavo. Odio la idealidad imposible que tú amas tan apasionadamente, Dominique.

—¿La odias?

—Me divertiría muchísimo probártelo.

Se encaminó hacia él y se sentó a su lado, sintiendo bajo sus desnudas piernas las tablas, suaves y calientes. Wynand se asombraba de que ella lo mirara tan suavemente. Frunció el ceño. Dominique sabía que algún reflejo de lo que había comprendido quedaba en sus ojos, y apartó la vista.

—Gail, ¿por qué me dices todo eso? No querrás que yo piense como tú.

—No. No es eso. ¿Para qué te digo esto ahora? ¿Quiero la verdad? Porque hay que decirlo. Porque quiero ser sincero contigo. Sólo contigo y conmigo. Pero no tendría coraje para decírtelo en ningún otro lugar. Ni en casa. Ni en la tierra. Solamente aquí, porque parece que esto no sea real. ¿No es cierto?

—Sí.

—Esperé que aquí lo aceptaras y todavía pienso en mí como cuando pronunciaste mi nombre de una manera que quiero recordar.

Dominique apoyó la cabeza en la silla, su rostro contra las rodillas de Gail, su mano caída, sus dedos entrelazados sobre la madera brillante de la cubierta. No quería demostrar lo que realmente había oído decir a él un momento antes.

Ocurrió una noche, estando ya avanzado el otoño, en que se hallaban juntos en el parapeto del jardín de la terraza, contemplando la ciudad. Las largas cúspides de ventanas iluminadas eran como corrientes que estallan en el cielo negro, fluyendo en gotas solitarias para aumentar el gran lago de fuego que había abajo.

—Allí están, Dominique, los grandes edificios. Los rascacielos. ¿Recuerdas? Fueron el primer eslabón entre nosotros. Los dos estábamos enamorados de ellos.

Ella pensó que sentiría resentimiento al decirlo, pero no sintió nada.

—Sí, Gail. Estoy enamorada de ellos.

Contempló los verticales hilos de luz que constituían el edificio Cord, apartó sus dedos del parapeto, justo para tocar el sitio de su forma invisible en el cielo distante. No sintió reproche al hacerlo.

—Me gusta ver a un hombre parado al pie de un rascacielos —dijo Wynand—. El hombre ha hecho esa increíble masa de piedra y de acero. Esto no lo empequeñece, al contrario, lo hace más grande que la estructura. Lo que amamos en estos edificios, Dominique, es la facultad creadora, lo heroico del hombre.

Wynand observó los signos eléctricos que resplandecían en disciplinados espasmos sobre el río negro. Después señaló una luz confusa, a lo lejos, hacia el Sur, un débil reflejo azul.

—Ése es el edificio del Banner. ¿Lo ves allí? Esa luz azul. He hecho muchas cosas, pero he omitido una, la más importante. No hay edificio Wynand en Nueva York. Algún día edificaré una nueva casa para el Banner. Será la construcción más grande de la ciudad y llevará mi nombre. Empecé en un miserable cuchitril y el diario se llamaba la Gazette. No era nada más que un diario de chismes para gente asquerosa. Pero ya entonces pensé en el edificio Wynand que algún día se levantaría. He pensado en eso desde hace años.

—¿Por qué no lo has edificado?

—No había llegado el momento.

—¿Por qué?

—Tampoco ahora estoy dispuesto. No sé por qué. Sé sólo que se trata de algo muy importante para mí. Será el símbolo final. Reconoceré el momento oportuno cuando llegue.

Se volvió para mirar hacia el Oeste, a una confusión de luces esparcidas.

—Allí nací yo —indicó—. Hell's Kitchen. —Ella escuchaba atentamente; raras veces hablaba él de sus comienzos—. Tenía dieciséis años cuando estaba sobre un tejado y contemplaba la ciudad, como ahora. Y decidí lo que sería.

La calidad de su voz se transformó como si fuera una línea que subrayara, diciendo: «Toma nota de esto, es muy importante». Sin mirarlo, Dominique pensó en lo que había esperado y que le daba la clave de Wynand. Hacía años, pensando en él, se había preguntado cómo afrontaba un hombre así su vida y su trabajo. En su interior, algo había comprendido, conoció el uso de esa clave y esto la hizo hablar.

—Gail, echa a Ellsworth Toohey.

Se volvió a ella perplejo.

—¿Por qué?

—Gail, escúchame. —Su voz tenía una ansiedad que nunca había mostrado al hablar con él—. Nunca he querido detener a Toohey. Nunca lo he ayudado. Pensaba que era lo que merecía el mundo. No he tratado de evitar nada de él... ni de nadie. Nunca pensé que el Banner, que es lo que mejor le cuadra, sería lo que yo iba a querer salvar de él.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Gail, cuando me casé contigo no sabía si iba a sentir lealtad hacia ti. Esto contradice todo lo que he hecho, contradice más de lo que puedo decirte; es una especie de catástrofe para mí, un punto

decisivo; no me preguntes por qué, me llevaría años el comprenderlo. Y sé solamente que esto es lo que te debo. Echa a Ellsworth Toohey. Échalo antes de que sea demasiado tarde. Has echado a otros menos indignos y mucho menos peligrosos. Echa a Toohey, atácalo y no descanses hasta destruir su última partícula.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué piensas en eso ahora?

—Porque sé lo que él está buscando.

—¿Qué es lo que busca?

—El dominio sobre los diarios de Wynand.

Él se rió a carcajadas. No era una risa de burla ni de indignación, era de alegría pura que festejaba una broma inocente.

—Gail... —siguió ella, impotente.

—¡Oh, por Dios, Dominique! Siempre he respetado tus opiniones.

—Tú nunca has comprendido a Toohey.

—No me preocupo por comprenderlo. ¿Me imaginas persiguiendo a Ellsworth Toohey? ¿Un tanque para destruir una chinche? ¿Por qué tengo que echar a Elsie? Es de los que me producen dinero. A la gente le gusta leer sus charlas. Yo no puedo echar una trampa para cazar tontos como ése. Para mí es tan valioso como un papel atrapamoscas.

—Ése es el peligro. Al menos, en parte.

—¿Su maravilloso éxito? He tenido escritoras cursis más populares y mejores. Cuando tenía que echar a alguna, significaba el fin de ellas. Su popularidad terminaba en las puertas del Banner, pero el diario continuaba.

—No es su popularidad, es su naturaleza especial. No puedes combatirlo en su terreno. No eres nada más que un tanque y ésa es una arma demasiado pura e inocente. Es una arma franca, que marcha al frente y aplasta a todo o recibe todos los contragolpes. Pero él es un gas corrosivo. De esos que destruyen los pulmones. Creo que hay un secreto en el centro del mal y que él lo tiene. No sé lo qué es. Sé cómo lo emplea y sé lo que busca.

—¿El mando de los diarios de Wynand?

—El mando de los diarios de Wynand como medio para llegar a un fin.

—¿Qué fin?

—El dominio del mundo.

—¿Qué es eso, Dominique? ¿Qué clase de broma es ésa y para qué? —replicó él con disgusto paciente.

—Lo digo seriamente, Gail. Lo digo con toda seriedad.

—El dominio del mundo, querida, pertenece a hombres como yo. Los Toohey de esta tierra no pueden ni soñar con él.

—Trataría de explicártelo, pero es muy difícil. Lo más difícil de explicar es lo claro y evidente, que las personas han decidido no ver. Pero si escuchas...

—No escucharé, perdóname; la idea de que Ellsworth Toohey puede ser una amenaza para mí, es ridícula. Discutirla en serio, es ofenderme.

—Gail, yo...

—No querida, no quiero que comprendas las cosas del Banner. No quiero que intervengas en

esas cosas. Olvídalo, déjame el Banner a mí.

—¿Es un ruego, Gail?

—Es un ultimátum.

—Está bien.

—Olvídale. No adquieras sentimientos de horror por ningún hombre de la talla de Ellsworth Toohey. No te corresponde.

—Está bien, Gail. Entremos. Hace demasiado frío para ti, que estás sin abrigo.

Wynand rió amablemente. Era un interés que nunca había mostrado en presencia de él. Le tomó la mano y se la colocó contra su rostro.

Durante varias semanas, cuando estaban juntos, hablaron muy poco y nunca acerca de sí mismos. Pero no era un silencio de enojo, era el silencio de una comprensión demasiado delicada para ser expresada con palabras. Querían estar juntos en una habitación, por la noche, sin decirse nada, y contentos de sentir cada uno la presión del otro. Se miraban y se sonreían, la sonrisa era como una caricia.

Una noche, Dominique advirtió que él quería hablar. Estaba sentada junto al tocador. Wynand llegó y se apoyó en la pared al lado de ella. Miró sus manos y su espalda desnuda, pero ella sentía como si no la mirara, como si estuviese contemplando algo más grande que la belleza de su cuerpo, más grande que el amor que sentía por ella: se estaba contemplando a sí mismo, y esto —ella lo supo— era el único tributo incomparable.

«Respiro por necesidad, para combustible de mí cuerpo, para mi supervivencia... No te he dado mi sacrificio ni mi piedad; te he dado mi yo y mi necesidad desnuda...». Ella escuchaba las palabras de Roark, a Roark, que hablaba con la voz de Gail Wynand, y no le pareció que traicionaba a Roark empleando las palabras de su amor para el amor de otro nombre.

—Gail —dijo con amabilidad—, algún día tendré que pedirte que me perdones por haberme casado contigo.

—Quería que tú fueses la cadena que me atara al mundo. Tú, en cambio, has asumido mi defensa. Y eso hace mi conducta deshonesto.

—No. Ya te dije que no aceptaría ningún motivo por tu elección.

—Pero lo has cambiado todo en mí. ¿O yo lo he cambiado? No sé. Hemos hecho algo extraño para nosotros. Te he dado lo que quería perder. El sentido y la exaltación de la vida. Y tú, tú me has dado todo lo que yo habría hecho. ¿Sabes cuán parecidos somos?

—Eso lo supe desde el principio.

—Pero habría sido imposible. Gail, quiero quedarme contigo ahora por otro motivo. Para esperar una correspondencia. Creo que cuando te comprenda, me comprenderé a mí misma. Hay una pregunta. Hay un nombre para las cosas afines que tenemos. Sé que esto es muy importante.

—Probablemente. Supongo que querría comprenderlo. Pero no puedo. No me preocupa nada ahora. Aún no puedo sentir temor.

Ella levantó la mirada y dijo serena:

—Tengo miedo, Gail.

—¿De qué, adorada?

—De lo que estoy haciendo.

—¿Por qué?

—No te quiero, Gail.

—No me preocupo por eso...

Ella dejó caer la cabeza y él bajó la vista hacia su cabello, que era como un yelmo de bruñido metal.

—Dominique.

Ella levantó el rostro dócilmente.

—Te quiero, Dominique. Te quiero tanto que nada me puede importar, ni siquiera tú misma.

¿Comprendes esto? Sólo mi amor, no mi respuesta. Ni aun tu indiferencia. Nunca he tomado mucho al mundo. No he querido mucho. Realmente, nunca he querido nada. Ni de una manera total, ni con esa especie de deseo que se transforma en un ultimátum «sí» o «no», y del que uno no puede aceptar el «no» sin cesar de existir. Eso es lo que eres para mí. Pero cuando se llega a esta etapa, no es el objeto el que interesa, es el deseo. Tú no, pero yo sí. La facultad para desear así es la única cosa digna de ser sentida y honrada. Nunca experimenté eso antes. Dominique, nunca he sabido decir «mía» acerca de ninguna cosa. No en el sentido en que hablo de ti. Mía. ¿Lo llamaste un sentido de exaltación? Tú dijiste eso. Tú comprendes. No puedo sentir temor. Te amo, Dominique. Te amo, déjame que te lo diga: te amo.

Se acercó y arrancó el telegrama del ángulo del espejo. Lo arrugó, retorció sus dedos lentamente con un movimiento de opresión. Estuvo escuchando crujir el papel. Su mano quedó inmóvil un instante, con los dedos extendidos, oblicuamente, como se habían abierto.

Cuarta Parte

HOWARD ROARK

Las hojas corrían aguas abajo, temblando al sol. No eran verdes, salvo unas pocas, que esparcidas en la corriente, se quedaban como gotas solitarias de un verde tan brillante y puro que hería los ojos; las demás no eran de color, sino de luz, la sustancia del fuego en el metal, chispas vivas sin contornos. Y parecía como si la floresta fuera una extensión de luz que hirviese lentamente para producir aquel color, aquel verde que se elevaba en pequeñas burbujas, la esencia condensada de la primavera. Los árboles se tocaban, inclinándose sobre el camino, y las ramas del sol en el suelo se movían con la agitación de las ramas, como una caricia consciente. El adolescente soñaba que no había de morir. Pensó que no moriría si la tierra era siempre así. No moriría si podía oír la esperanza y la promesa como una voz con hojas y troncos de árboles y rocas en lugar de palabras. Pero supo que si la tierra le parecía así, era solamente porque no había visto ningún signo humano durante horas. Estaba solo; iba en bicicleta por un olvidado sendero entre las colinas de Pensilvania, donde nunca había estado, donde podía sentir la fresca maravilla de un mundo no hollado.

Era un hombre muy joven. Acababa de graduarse en el colegio en aquella primavera de 1935, y quería decidir si la vida era digna de ser vivida. No sabía que ésa era la pregunta que tenía en su mente. No pensaba en morir. Pensaba solamente en encontrar alegría y razón en el sentido de la vida, y eso nadie se lo había ofrecido en ninguna parte.

No le habían gustado las cosas que le habían enseñado en el colegio. Le habían instruido acerca de la responsabilidad social, de la vida al servicio de los demás y del sacrificio personal. Todo el mundo había dicho que aquello era hermoso e inspirador.

Él no se había sentido inspirado. No había sentido nada absolutamente.

No podía decir lo que quería de la vida. Allí lo sentía, en aquella soledad silvestre. Pero no contemplaba la naturaleza con la alegría de la salud animal, como una escena propia y final; la contemplaba con la alegría de un hombre sano, como un desafío, como herramientas, como medios y como material. De modo que sintió rabia por encontrar exaltación sólo en la soledad; porque aquel gran sentido de esperanza tenía que perderse cuando retornase entre los hombres y al trabajo entre los hombres. Pensó que no era justo, que el trabajo del hombre debería ser un escalón más alto, un progreso sobre la naturaleza y no una degradación. No quería despreciar a los hombres; quería amarlos y admirarlos. Pero temía la vista de la primera casa, la primera sala de billar o de cine que encontrase en el camino.

Siempre había querido escribir música y no podía darle otra identidad a lo que buscaba. «Si quieres saber lo que es —se dijo a sí mismo— escucha las frases del “Primer Concierto” de Chaikowsky o el último movimiento del “Segundo Concierto” de Rachmaninoff. Los hombres no han encontrado palabras para expresarlo, ni el hecho ni el pensamiento, pero han hallado la música. Que yo vea eso en un solo acto del hombre en el mundo. Que lo vea transformado en realidad. Que sea la respuesta a la promesa de esa música».

En el amplio valle que se extendía debajo de él, a lo lejos, en el temprano crepúsculo de la mañana, vio una ciudad. Pero no era sólo una ciudad. Las ciudades no son así. Se paró un instante no para buscar preguntas o explicaciones, sino para contemplar.

Había casas pequeñas sobre la superficie de las colinas que estaban enfrente, descendiendo hacia

el llano. Sabía que las colinas no habían sido tocadas, que ningún artificio había alterado la belleza natural de las graduadas pendientes. Sin embargo, algún poder había sabido cómo construir en aquellas superficies, de tal manera que las casas resultasen inevitables y no se pudiese imaginar las hermosas colinas sin ellas, como si los siglos y las series de cambios que produjeron aquellas superficies, en la lucha de las grandes fuerzas ciegas, hubieran esperado su expresión final, como si hubiesen sido un camino para un fin y ese fin fueran aquellos edificios, formando parte de las colinas, conformados por las colinas, aunque dominándolas, al darles un significado.

Las casas eran de simple piedra rústica, como las rocas que sobresalían de los verdes contornos de las coimas, y de vidrio, de grandes láminas de vidrio empleadas para que el sol fuera invitado a completar las estructuras, y para que el crepúsculo se tornara así parte de la construcción. Había muchas casas, todas pequeñas; estaban separadas unas de otras y ninguna de ellas era igual; pero constituían variaciones de un mismo tema; era una sinfonía ejecutada con una imaginación inextinguible, como si se pudiese escuchar todavía el eco de la fuerza que se había desatado sobre ellas, como si aquella fuerza hubiese corrido desenfrenada, desafiándose a sí misma, pero sin lograr nunca llegar a su fin. La música, pensó, la promesa de la música que había invocado, el sentido de ella que se había hecho real; lo tenía delante de sus ojos; no lo veía; lo oía en coros; pensó que había un lenguaje común del pensamiento, vista y oído; ¿eran las matemáticas la disciplina de la razón? La música era matemática y la arquitectura era música en piedra; se dio cuenta de que estaba aturdido porque el sitio que yacía allá abajo no podía ser real.

Vio árboles, césped, caminos que se retorcían sobre las colinas, gradas hechas en piedra. Vio fuentes, piscinas de natación, campos de tenis... y ningún signo de vida. El lugar estaba deshabitado.

Esto le chocó, como no le había chocado el espectáculo. En cierta manera parecía propio: no era una parte de la existencia conocida. Por el momento no tenía deseos de saber lo que era.

Después de un instante, miró en torno, y vio entonces que no estaba solo. A pocos pasos de donde se hallaba vio un hombre sentado en una piedra, contemplando el valle. Parecía que estaba embebido en la contemplación del espectáculo y no lo oyó acercarse. El nombre era alto, delgado y de cabello rojizo.

Se dirigió hacia el hombre que se volvió para mirarle. Tenía los ojos grises y serenos. El muchacho comprendió que ambos sentían lo mismo y que le podía hablar como no le habría hablado a ningún desconocido en ningún otro sitio.

—¿Eso es real? —preguntó el joven señalando hacia abajo.

—Desde luego —replicó el hombre.

—¿No es una decoración, alguna especie de truco?

—No. Es un lugar de veraneo. Acaba de ser terminado. Será inaugurado dentro de pocas semanas.

—¿Quién lo construyó?

—Yo.

—¿Cómo se llama usted?

—Howard Roark.

—Gracias —dijo el muchacho. Se dio cuenta de que los ojos fijos que lo miraban comprendieron lo que significaba aquella palabra. Howard Roark inclinó la cabeza como un reconocimiento.

Haciendo rodar su bicicleta por la orilla, el joven tomó la senda por el declive de la colina, hacia el valle y hacia las casas que yacían en él.

Roark lo siguió con la vista. Nunca había visto al muchacho ni lo volvería a ver. No supo que le había dado a alguien la valentía necesaria para enfrentarse con la vida.

Roark nunca comprendió por qué lo habían elegido para construir las residencias para veraneo de Monadnock Valley.

Hacia un año y medio que había ocurrido, en el otoño de 1933. Había oído hablar del proyecto y había ido a ver a Caleb Bradley, jefe de una vasta compañía que había comprado el valle y que se estaba encargando de muchas construcciones. Fue a ver a Bradley, más como un deber que con alguna esperanza, tan sólo para agregar otra negativa a la larga lista de negativas. Desde el templo de Stoddard no había edificado nada en Nueva York.

Cuando entró en la oficina de Bradley se dio cuenta de que debía olvidar a Monadnock Valley porque aquel hombre nunca le daría el trabajo. Caleb Bradley era bajo, gordinflón, con una hermosa cara entre hombros redondos. La cara parecía discreta e infantil, sin que se le notara la edad; lo mismo podía tener cincuenta que veinte años; ojos azules, inexpresivos, astutos y aburridos.

Pero a Roark le era difícil olvidar a Monadnock Valley, de manera que habló de ello, olvidando que sus palabras eran superfluas. El señor Bradley lo escuchó evidentemente interesado, pero no por lo que Roark estaba diciendo. Roark casi podía sentir una tercera entidad presente en la habitación. El señor Bradley habló poco, no hizo más que prometerle tomarlo en consideración y ponerse en contacto con él. Pero después dijo algo extraño. Le preguntó con una voz que estaba desprovista de cualquier matiz que significara aprobación o crítica:

—Usted es el arquitecto que edificó el templo de Stoddard, ¿no es así, señor Roark?

—Sí —contestó éste.

—Es extraño que no se me haya ocurrido pensar en usted —agregó.

Roark se fue pensando que lo extraño hubiera sido que el señor Bradley pensase en él.

Tres días más tarde Bradley le telefoneó y lo invitó a ir a su oficina. Roark fue y se encontró con otras cuatro personas: el directorio de la Monadnock Valley Company. Cuatro hombres elegantemente vestidos cuyos rostros eran herméticos como el del señor Bradley.

—Haga el favor de decirles a estos caballeros lo que me dijo a mí, señor Roark —le dijo Bradley amablemente.

Roark explicó su plan. Si lo que ellos querían construir era un sitio veraniego común, para la gente de ingresos modestos —conforme habían anunciado—, entonces podían darse cuenta de que la peor maldición de la pobreza era la escasez de vida privada, solamente los muy ricos o los muy pobres podían gozar de sus vacaciones de verano. Los muy ricos porque tenían lugares propios; y los muy pobres porque no les importaba el contacto y el olor de la carne de los otros en las playas y en las salas de baile populares. La gente de buen gusto y pocos ingresos no tenían donde ir si no encontraban placer estando en el rebaño. ¿Por qué a causa de su pobreza debían tener el instinto del rebaño? ¿Por qué no ofrecer a esa gente un lugar donde, con poco costo, pudiesen tener lo que querían o lo que necesitaban por una semana o por un mes? Él había visto Monadnock Valley. Se podía hacer. No había que tocar las colinas, ni volar nada para nivelarlo todo después. Ni hacer un inmenso hormigueo de hotel, sino casas pequeñas, ocultas unas de otras, cada una residencia privada

donde la gente pudiera encontrarse o no, según le pluguiese. No construir una inmensa piscina de natación sino muchas privadas, tantas como la compañía pudiera. Él les podría demostrar cómo se podía hacer todo barato. No hacer una pista de tenis para los que gustan de exhibirse, sino muchas pistas privadas, no hacer un lugar adonde se fuese a conocer una «compañía refinada» y buscar un marido en dos semanas, sino un lugar para la gente que iba a gozar de la propia presencia.

Los hombres lo escuchaban en silencio. Él vio que se dirigían miradas de vez en cuando. Tuvo la impresión de que eran las miradas que cambia la gente cuando no se puede reír a carcajadas del que habla. Pero no debió ser así, porque dos días después de aquella entrevista firmó el contrato para construir el lugar de veraniego de Monadnock Valley.

Roark pedía la firma de Bradley para cada proyecto que salía de la oficina; se acordaba del templo de Stoddard. El señor Bradley firmaba gustoso, estaba de acuerdo con todo; lo aprobaba todo. Parecía que estuviera encantado de dejar que Roark hiciera las cosas a su gusto; pero aquella complacencia vehemente tenía un doble sentido característico como si el señor Bradley estuviese complaciendo a un niño...

Poco sabía del señor Bradley. Se decía que había hecho una fortuna en el negocio de propiedades, en la zona de Florida. Su compañía actual parecía manejar fondos ilimitados y se mencionaban los nombres de muchos ricos accionistas que estaban detrás de él. Roark nunca los conoció. Los cuatro caballeros no volvieron a aparecer, salvo para hacer breves visitas al lugar de la construcción, por la cual demostraban escaso interés. El señor Bradley se encargaba de todo, mas, salvo la vigilancia estrecha que ejercía sobre el presupuesto, daba la impresión de que nada le gustase tanto como dejar que Roark lo tuviera todo a su cargo.

En los dieciocho meses que siguieron, Roark no tuvo tiempo para asombrarse del señor Bradley. Estaba construyendo su trabajo más importante.

El último año vivió en el lugar de la construcción, en una barraca levantada apresuradamente en una colina desnuda, un recinto de madera con una cama, una estufa y una mesa grande. Sus antiguos dibujantes fueron nuevamente a trabajar con él, algunos abandonando mejores trabajos en la ciudad para vivir en barracas y tiendas de campaña, para trabajar en barracas hechas de tablas desnudas a guisa de oficina arquitectónica.

Había tanto que construir, que ninguno pensó en malgastar sus esfuerzos para hacer su propio refugio. No se dieron cuenta, hasta mucho más tarde, de que habían omitido las comodidades, y entonces les parecía imposible, porque el año que pasaron en Monadnock Valley quedaba en sus espíritus como un tiempo extraño en que la tierra hubiera detenido su movimiento, como si se hubiesen vivido doce meses seguidos en primavera. No pensaron en la nieve, en los helados grupos de tierra, en el viento que silbaba por las rendijas, en las delgadas mantas sobre los catres de campaña, en los dedos tiesos extendidos sobre las estufas por la mañana, antes de que pudiesen tener un lápiz firmemente. Sólo recordaban los sentimientos que constituyen el significado de la primavera; la respuesta que uno da a las primeras hojas, al primer botón en la rama de los árboles, al primer azul del cielo; la respuesta al canto, no de la hierba, de los árboles o del azul del cielo, sino al gran sentido del principio, del progreso triunfante, de la certidumbre de una proeza que nada podría detener. No percibían el sentimiento de la juventud, del movimiento, del propósito de realización de las hojas o de las flores, sino de los andamiajes de madera, de las excavadoras, de los bloques de

piedra y de las láminas de vidrio que se levantaban sobre la tierra.

Era un ejercicio y una cruzada, pero ninguno pensaba en estas palabras, salvo Steven Mallory, que hacía las fuentes y todas las esculturas de Monadnock Valley. Pero él fue a vivir al lugar mucho antes de lo necesario. Una batalla es un concepto inexacto. No hay gloria en la guerra y no hay belleza en las cruzadas de los hombres; pero aquello era una batalla, era un ejército y una guerra y la más alta experiencia en la vida de todo hombre que tomaba parte en ello. ¿Por qué? ¿Dónde estaba la raíz de la diferencia y la ley que lo explicase?

No habló a nadie de ello, pero vio el mismo sentimiento en el rostro de Mike, cuando éste llegó con la cuadrilla de electricistas. Mike no dijo nada, pero le hizo un guiño a Mallory en señal de comprensión. «Le dije que no se atormentara por cualquier prueba que fuera —le dijo una vez Mike sin preámbulos—. Él no puede perder, ya sean canteras o no canteras, juicios o no juicios. No podrían vencer, Steven, aunque todo el mundo se pusiera en contra».

Pero realmente habían olvidado el mundo, pensó Mallory. Aquélla era una nueva tierra, la propia. Las colinas se elevaban al cielo, que los rodeaba como un muro de protección. Y tenían, además, otro muro de protección: el arquitecto que se movía entre ellos, ya fuera entre la nieve o entre la hierba de las colinas, entre los cantos rodados o entre las pilas de tablones, desde las mesas de dibujo y las grúas hasta lo alto de las paredes.

Después veía al señor Bradley, que iba a visitar el lugar, riendo sin motivo y partiendo nuevamente. Entonces, Mallory sentía rabia y temor, sin razón.

—Howard —le dijo Mallory una noche, mientras ambos estaban sentados junto al fuego de ramas secas que ardían en la colina del campamento—: esto es el templo de Stoddard otra vez.

—Sí —dijo Roark—. Creo que sí, pero no me puedo imaginar de qué modo ni qué es lo que buscan.

Roark había querido alquilar una de las casas y pasar el verano allí, el primer verano de la existencia de Monadnock Valley; pero antes de que el lugar fuese inaugurado, recibió un telegrama de Nueva York:

Le dije que lo haría ¿verdad? Me costó cinco años para desembarazarme de mis amigos y de mis hermanos, pero el «Aquitania» es ahora mío... y suyo. Venga a terminarlo. Kent Lansing.

De modo que volvió a Nueva York para ver la piedra y el polvo de cemento que había de quitar al armatoste de la Sinfonía Inconclusa, para ver las grúas balanceando vigas junto al Central Park, para ver cubiertas las aberturas de las ventanas y los amplios albergues extendiéndose sobre los techos de la ciudad. Para ver el «Aquitania Hotel» brillando por la noche sobre la línea del horizonte del parque.

Había estado muy ocupado en los últimos dos años. Monadnock Valley no había sido el único trabajo. De diferentes Estados, de diferentes lugares del país le habían llegado ofertas: casas particulares, pequeños edificios para oficinas, negocios modestos. Los había proyectado quitando horas al sueño, en los trenes y aeroplanos que lo conducían de Monadnock Valley a las ciudades distantes. La historia de cada nuevo encargo que recibía era la misma: «Estuve en Nueva York y me gustó la casa Enright». «Vi el edificio Cord». «Vi una fotografía del templo que deshicieron». Era como si una corriente subterránea corriera por el país y estallase en saltos súbitos que aflorasen a la superficie, al azar, en lugares imprevistos. Eran trabajos pequeños, baratos, pero Roark seguía

ocupado.

Aquel verano, una vez que Monadnock Valley estuvo terminado, no tuvo tiempo para preocuparse del futuro destino de aquellas construcciones, pero Steven Mallory sí se preocupaba.

—¿Por qué no ponen anuncios, Howard? ¿Por qué ese súbito silencio? ¿Lo ha advertido? Hablaban mucho sobre sus grandes proyectos, mucha propaganda impresa... antes de que comenzáramos. Hubo cada vez menos mientras lo estábamos haciendo. ¿Y ahora? El señor Bradley y compañía se han tornado sordomudos. Ahora que convendría una verdadera orgía de publicidad. ¿Por qué?

—No podría decirlo —repuso Roark—. Soy arquitecto y no agente de alquileres. ¿Por qué se preocupa? Hemos hechos nuestro trabajo; que ellos hagan el suyo a su manera.

—Es una manera extraña. ¿Vio sus anuncios, los pocos que se han colocado? Dicen todo lo que usted les dijo del descanso, de la paz, del aislamiento; pero ¡cómo lo dicen! ¿Cree usted que esos carteles pueden producir algún efecto? «Vayan a Monadnock Valley y se aburrirán mortalmente». Así suenan, en realidad, como si se propusieran alejar a la gente.

—No leo los anuncios, Steven.

Pero al mes de la inauguración todas las casas de Monadnock Valley estaban alquiladas. La gente que iba era una mezcla extraña: hombres de sociedad y mujeres que podían haber ido a lugares más elegantes; jóvenes escritores y artistas desconocidos; ingenieros, periodistas y obreros. De pronto, espontáneamente, la gente empezó a hablar de Monadnock Valley. Había necesidad de un lugar como aquél; era una necesidad que nadie había tratado de satisfacer. El sitio se transformó en lugar de moda, pero era una moda que no había alcanzado a los diarios, porque éstos no lo habían descubierto aún. El señor Bradley no tenía agentes de publicidad; el señor Bradley y su compañía habían desaparecido. Una revista publicó por su cuenta cuatro páginas de fotografías de Monadnock Valley y envió un periodista para que se entrevistara con Howard Roark. A fines del verano las casas fueron arrendadas por anticipado para el año siguiente.

Una mañana, temprano, en los primeros días de octubre, la puerta de la oficina de Roark se abrió, y entró Mallory corriendo. La secretaria trató de detenerle porque Roark estaba trabajando y no permitía que le interrumpiesen. Pero Mallory la apartó y entró, dándole un golpe a la puerta. La secretaria advirtió que llevaba un diario en la mano.

Roark levantó la vista y dejó caer el lápiz. Vio que la cara de Mallory tenía el mismo aspecto que cuando disparó el arma contra Ellsworth Toohey.

—Bien, Howard, ¿quiere saber por qué le dieron Monadnock Valley a usted?

Arrojó el diario sobre la mesa. Roark vio el encabezamiento de la crónica en la tercera página: «Caleb Bradley, arrestado».

—Aquí está —dijo Mallory—. No lo lea. Le dará asco.

—Está bien, Steven. ¿De qué se trata?

—Las vendieron al doscientos por ciento.

—¿Quién lo hizo? ¿De qué?

—Bradley y su pandilla. Monadnock Valley. —Mallory habló con una precisión forzada, rencorosa, torturándose a sí mismo—. Al principio pensaron que era poco valioso. Compraron las tierras prácticamente por nada; creyeron que no era un lugar de veraneo; lejos de los caminos, sin

líneas de ómnibus ni cines próximos; creyeron que no era momento oportuno y que el público se iría. Hicieron poco ruido y vendieron las acciones a un grupo de ricos tontos, lo cual era nada menos que un enorme fraude. Vendieron ganando el doscientos por ciento. Las vendieron al doble de lo que costaba la edificación. Estaban seguros de que sería un fracaso. No creían que fuera a producir ganancias. Tenían tramado un hermoso ardid para cuando el negocio fuera a la quiebra. Estaban preparados para todo, excepto para que se transformara en el éxito que resultó. Y no pueden continuar porque tienen que pagar a los que respaldan el negocio dos veces la renta que el lugar da cada año. Está dando bastante ganancia. Ellos pensaron que habían urdido un fracaso seguro. ¿No comprende, Howard? ¡Lo eligieron como al peor arquitecto que pudieron encontrar!

Roark echó la cabeza atrás y se echó a reír.

—¡Váyase al diablo, Howard! ¡No es tan gracioso!

—Síéntese, Steven, no se altere. Parece que usted acabara de ver un campo íntegro de cuerpos descuartizados.

—Lo he visto. He visto algo peor. He visto la raíz. He visto lo que hace posible tales campos. ¿Qué piensan los tontos de semejante horror? ¿Guerras, crímenes, incendios, terremotos? ¡Al diablo todo eso! Esto es el horror, el de esta información. Es lo que los hombres deben de temer: combatir y definir como la vergüenza peor de sus existencias. Howard, pienso en todas las explicaciones que se dan del mal, y en todos los remedios que se han ofrecido a lo largo de los siglos. Ninguno de ellos ha dado resultado. Ninguno de ellos ha explicado ni curado nada. Pero la raíz del mal, la bestia babosa, está ahí, Howard, en esa información. Piense que los hombres que se lo ordenaron creían que era lo peor que podían construir, si a usted le asignaron el trabajo más importante que ha hecho, por hacerle una inmunda burla, es porque hay algo malo, algo terriblemente malo, en el mundo.

—¿Cuándo dejará de pensar en eso? ¿Del mundo y de mí? ¿Cuándo aprenderá a olvidarlo? ¿Cuándo aprenderá también Dominique...?

Se interrumpió. No habían mencionado aquel nombre durante cinco años. Él vio los ojos de Mallory atentos y ofendidos. Mallory se dio cuenta de que sus palabras habían herido a Roark, lo habían herido tanto como para forzarlo a admitir la herida. Pero Roark se volvió y le dijo deliberadamente:

—Dominique solía pensar exactamente como usted.

Mallory nunca había hablado de lo que sospechaba del pasado de Roark. El silencio de ellos a ese respecto implicaba que Mallory lo comprendía, que Roark lo sabía y que no lo debían comentar. Pero Mallory le interrogó:

—¿Todavía espera que ella vuelva? La esposa de Gail Wynand... que se vaya al diablo.

—¡Cállese, Steven! —dijo Roark sin énfasis.

—Discúlpeme —murmuró Mallory.

Roark se dirigió a su mesa y dijo con su voz de siempre:

—Váyase a su casa, Steven y olvídese de todo lo de Bradley. Pleitearán entre ellos, pero no nos llevarán ante los tribunales, y ellos no destruirán Monadnock. Olvídelo y váyase, que tengo que trabajar.

Retiró con el codo el diario de la mesa y se inclinó sobre el papel de dibujo.

Se produjo un escándalo al revelarse los métodos financieros ocultos en el asunto de Monadnock

Valley.

Hubo un juicio, algunos caballeros fueron enviados a la cárcel y los accionistas cambiaron la administración. Roark no se vio envuelto en el asunto. Estaba muy ocupado y se olvidó de leer los diarios las alusiones al juicio. El señor Bradley afirmó —como excusa ante sus socios— que jamás hubiera pensado que un sitio veraniego construido sobre un plan disparatado e inconexo iba a tener tanto éxito. «Hice todo lo que pude, elegí al loco peor que encontré».

Después Austen Heller escribió un artículo sobre Howard Roark y Monadnock Valley. Habló de todos los edificios que Roark había diseñado y tradujo en palabras lo que Roark había intentado expresar en los edificios, sólo que no eran ya las palabras acostumbradas y serenas de Austen Heller; era un grito feroz de admiración y de indignación. «¡Y que Dios nos condene si la grandeza tiene que ser alcanzada por medio del fraude!».

El artículo ocasionó una controversia violenta en los círculos artísticos.

—Howard —le dijo un día Mallory, algunos meses más tarde—, usted es famoso.

—Sí —contestó Roark; lo suponía.

—Las tres cuartas partes de ellos no saben de qué se trata, pero han oído que la otra cuarta parte defiende su nombre; de manera que ellos creen, ahora, que lo deben pronunciar con respeto. De esa parte, los cuatro décimos son los que lo odian, tres décimos son los que creen que deben expresar una opinión en cualquier controversia, dos décimos son los que juzgan confiados y encabezan cualquier «descubrimiento» y un décimo lo forman los que comprenden en realidad. Pero se ha descubierto que hay un Howard Roark y que es arquitecto. El boletín de la CAA se refiere a usted como a un talento grande, pero indómito, y el Museo del Futuro ha colgado fotografías de Monadnock, de la casa Enrigh, del edificio Cord y del «Aquitania» bajo hermosos cristales junto al sitio donde tienen a Gordon L. Prescott. Y sin embargo..., estoy contento.

Kent Lansing dijo una noche: «Heller ha hecho un gran trabajo. No desprecie al hombre medio. Es necesario. Alguien tiene que decirle las cosas. Para toda gran carrera son necesarios dos hombres: el hombre grande y el que (más raro casi) es lo suficientemente grande para ver la grandeza y decirla».

Ellsworth escribió: «La paradoja, en todo este ruido ridículo, es que Caleb Bradley sea víctima de una gran injusticia. Su ética puede ser censurada, pero su estética es intachable. Ha demostrado un juicio más profundo en cuestiones arquitectónicas que el reaccionario y anticuado Austen Heller, que de pronto se ha tornado crítico de arte. Caleb Bradley ha sido martirizado por el mal gusto de los inquilinos. En opinión de esta columna, su condena debería ser conmutada en reconocimiento a su criterio artístico. Monadnock Valley es un fraude, pero no solamente un fraude financiero».

Hubo un débil eco de la fama de Roark entre los sólidos caballeros ricos, que eran la fuente más firme de los trabajos arquitectónicos. Los hombres que habían dicho: «¿Roark? Nunca he oído hablar de él», ahora decían: «¿Roark? Es demasiado sensacional».

Pero había hombres impresionados por el simple hecho de que Roark hubiese construido un lugar que había hecho ganar mucho dinero a unos propietarios que no querían ganarlo; esto era más convincente que las discusiones artísticas abstractas. Y éste era el décimo que comprendía. Al año siguiente de terminar Monadnock Valley, Roark construyó dos casas particulares en Connecticut, un cine en Chicago y un hotel en Filadelfia.

En la primavera de 1936, una ciudad del Oeste terminó los planes de una Exposición Mundial que debía celebrarse al año siguiente, una exposición internacional que se llamaría La Marcha de los Siglos. El comité, compuesto por distinguidos dirigentes políticos encargados del proyecto, eligió un consejo, formado por los arquitectos mejores del país, para planear la exposición. Los líderes políticos querían mostrarse progresistas, y Howard Roark fue uno de los ocho arquitectos elegidos.

No bien recibió la invitación, Roark se presentó ante el comité y le explicó que le encantaría construir solo la exposición.

—Pero usted no puede decir eso en serio, señor Roark —manifestó el presidente—. Después de todo, con una empresa estupenda de esta naturaleza queremos lo mejor que pueda haber. Quiero decir que dos cabezas es algo mejor que una, y ocho cabezas... Usted mismo puede ver: los talentos mejores del país, los hombres más brillantes, consultas amistosas, cooperación y colaboración; eso hace las grandes obras.

—Ya lo sé.

—Entonces se puede dar cuenta...,—Yo no trabajo por Consejos; si quieren que lo haga, tendré que hacerlo solo.

—Si rechaza una oportunidad como ésta, un lugar en la historia, una ocasión para adquirir fama mundial, prácticamente, la ocasión para la inmortalidad...

—No trabajo con cuerpos colectivos. No consulto, no coopero, no colaboro.

En los círculos arquitectónicos hubo muchos comentarios airados por la negativa de Roark. La gente decía: «¡Bastardo engreído!». La indignación era excesiva y brutal para ser una simple pieza de chismografía profesional; cada uno la tomó como un insulto personal; cada uno se sintió calificado para aconsejar, para modificar o mejorar la obra de cada hombre viviente.

«El incidente ilustra a la perfección —escribió Ellsworth Toohey—, la naturaleza antisocial de la egolatría de Howard Roark, la arrogancia del individualismo desenfrenado que ha personificado siempre».

Entre los ocho elegidos para diseñar La Marcha de los Siglos estaba Peter Keating, Gordon L. Prescott, Ralston Holcombe. «Yo no trabajaré con Howard Roark —dijo Peter Keating, cuando vio los componentes del Consejo—; tendrán que elegir entre él o yo». Se le informó que Roark había rehusado. Keating asumió la jefatura del Consejo. Las informaciones que daban los diarios acerca del progreso de la exposición se referían a «Peter Keating y a sus asociados».

Keating había adquirido unos modales insoportables en los años últimos. Daba órdenes y perdía la paciencia ante las más pequeñas dificultades; cuando se impacientaba, gritaba, a las personas, tenía un vocabulario de insultos que comportaban una malignidad cáustica, insidiosa, casi femenina. Su cara se ponía hosca.

En el otoño de 1936, Roark trasladó su oficina al piso más alto del edificio Cord. Cuando lo proyectó pensaba que algún día llevaría allí su oficina. Al contemplar la inscripción: «Howard Roark, arquitecto», en la puerta, se detenía un instante y después entraba. Su propia habitación, al final de una larga serie, tenía tres paredes de vidrio y dominaba la ciudad. Se detenía en medio de su habitación. A través de los amplios vidrios podía ver la tienda Fargo, la casa Enright, el «Aquitania Hotel». Se dirigía a la ventana que miraba hacia el sur y permanecía largo rato allí. En lo más alto de Manhattan, a lo lejos, podía ver el edificio Dana, de Henry Cameron.

Una tarde de noviembre, al volver a su oficina, después de una inspección a una casa que estaba construyendo en Long Island, Roark entró en la sala de espera, sacudió su impermeable empapado, y notó un aire de excitación contenido en la cara de su secretaria, que había estado esperando impacientemente su retorno.

—Señor Roark, probablemente se tratará de algo grande —dijo—. He concertado una entrevista para mañana a las tres de la tarde. En su oficina.

—¿En la oficina de quién?

—En la del señor Gail Wynand. Hace media hora que llamó por teléfono.

II

Sobre la puerta de entrada había una inscripción, una reproducción del encabezamiento del diario:

The New York Banner.

La inscripción era pequeña, expresión de fama y de poder que no requería énfasis; era como una sonrisa fina, burlona, que justificaba la fealdad desnuda del edificio; el edificio era una fábrica desdeñosa de toda ornamentación, salvo la que implicaba aquel nombre.

El vestíbulo era lo mismo que la boca de un horno; los ascensores conducían una corriente de combustible humano y luego la desparramaban. Los hombres no tenían prisa, pero se movían con rapidez regulada; nadie haraganeaba en aquel vestíbulo. Las puertas del ascensor sonaban como válvulas, con ritmo pulsátil en su ruido. Gotas de luz roja y verde brillaban señalando el progreso del ascensor al elevarse.

Se hubiera dicho que todo en aquel edificio estaba manejado por una autoridad informada de cada movimiento, como si el edificio estuviera vertiendo una energía canalizada; funcionando blando, calladamente, como una máquina magnífica que nadie podía destruir. Nadie prestó atención a un hombre de rojos cabellos que se había detenido en el vestíbulo.

Howard Roark levantó la vista a la bóveda de azulejos. Nunca había odiado a nadie. En alguna parte de aquel edificio estaba su propietario, el hombre que le había hecho sentir el odio más de cerca.

Gail Wynand miró el relojito que tenía sobre la mesa. Dentro de pocos minutos tenía una cita con un arquitecto. Había muchas entrevistas semejantes en su vida. Sabía lo que tenía que decir, y con un arquitecto no se requerían más que unas palabras para comprenderse.

Estaba leyendo un editorial de Alvah Scarret sobre los alimentos que el público le daba a las ardillas del Central Park y una columna de Ellsworth Toohey sobre los méritos de una exposición de pintura que habían presentado los obreros del Departamento de Sanidad. Un zumbido sonó en su escritorio, y la voz de la secretaria:

—El señor Howard Roark, señor Wynand.

—Está bien —dijo Wynand, apretando el botón.

Conforme retiró su mano, notó la hilera de botones que había en el borde de la mesa, pequeñas perillas brillantes con un código de color propio, representando cada una el término de un cable que se extendía por alguna parte del edificio; cada cable servía para mandar en algún hombre, cada hombre mandaba a muchos hombres que estaban a sus órdenes, cada grupo de hombres contribuía a dar la forma final a las palabras que aparecían en el diario para ir a millones de hogares, para penetrar en millones de cerebros humanos. La puerta del despacho se abrió.

Wynand no estaba seguro de si se había levantado al punto, como la cortesía lo requería; pero se encontraba en aquel momento sentado, mirando al hombre que acababa de entrar. Roark no estaba seguro de haberse detenido cuando entró, de no haber avanzado mirando al hombre que se hallaba detrás de la mesa; quizá no hubiera habido interrupción en sus pasos y sólo le había parecido que se

había detenido. Fue sólo un instante en que los dos olvidaron los términos de la realidad inmediata: en que Wynand olvidó el propósito para el cual había citado a aquel hombre; en que Roark olvidó que aquel hombre era el marido de Dominique; en que no existieron la puerta, ni la mesa ni la alfombra, y sólo la conciencia total, en cada uno de ellos, del hombre que tenía delante. Sólo dos pensamientos se encontraron en medio de la habitación. «Éste es Gail Wynand». «Éste es Howard Roark».

Después Wynand se levantó; su mano hizo un ademán de simple invitación para que él se sentara en la silla que estaba junto a la mesa. Roark se aproximó y se sentó, y ambos no advirtieron que no se habían saludado.

Wynand se sonrió y dijo lo que nunca había pensado decir:

—No creo que quiera trabajar para mí.

—Quiero trabajar para usted —dijo Roark, que había ido preparado para rehusar—. ¿Ha visto las cosas que he construido?

—Sí. —Wynand se sonrió—. Esto es diferente. No es para mi público. Es para mí.

—¿Nunca ha edificado para usted hasta ahora?

—No, si no se cuenta la jaula que tengo sobre un tejado y esta vieja fábrica del diario. ¿Me pregunta usted por qué nunca he edificado una casa para mí teniendo medios para poder erigir una ciudad a mi gusto? No sé. Creo que usted deberá saberlo.

Se olvidó de que no permitía a los hombres a sus órdenes que tuvieran la presunción de especular personalmente sobre él.

—Porque no ha sido feliz —repuso Roark.

Lo dijo simplemente, sin insolencia, como si allí no le fuese posible más que una sinceridad total. No era el principio de una entrevista; era como la continuación de algo comenzado hacía tiempo.

—Aclare eso —dijo Wynand.

—Creo que usted me comprende.

—Quiero oírle la explicación.

—La mayoría de la gente edifica conforme vive, como algo rutinario, como un accidente sin sentido; pero pocos comprenden que construir implica un gran símbolo. Vivimos en nuestros espíritus y la existencia es la intención de llevar esa vida a la realidad física y manifestarla en gesto y forma. Para el hombre que comprende esto, la casa que posee es una expresión de su vida. Si no la construye cuando tiene medios para hacerlo, es porque su vida no ha sido lo que él quería.

—¿No cree que es un absurdo decirme eso precisamente a mí?

—No.

—A mí tampoco. —Roark se sonrió—. Pero usted y yo somos los únicos que podríamos decirlo. Otra parte de su discurso dice que yo no he tenido lo que he querido, o que se me puede incluir entre los pocos que comprenden un gran símbolo. ¿Tampoco quiere retractarse de eso?

—No.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis.

—Yo tenía la mayor parte de los diarios que tengo ahora cuando tenía esa edad. —Y agregó—. No lo digo como una observación personal. No sé por qué lo he dicho. Se me ocurrió simplemente.

—¿Qué es lo que tengo que construirle?

—Mi casa.

Wynand sintió que las dos palabras produjeron sensación en Roark, aparte del significado común que tenían; dedujo esto sin razón y quiso preguntarle: «¿Qué le pasa?», pero no fue posible, pues Roark no había demostrado nada realmente.

—Tiene razón en su diagnóstico, porque, ya ve, ahora quiero edificar mi propia casa. Para decirlo directamente, como usted lo dijo, ahora soy feliz.

—¿Qué clase de casa?

—En el campo. He comprado el terreno, quinientos acres, en Connecticut. ¿Qué clase de casa? Eso lo decidirá usted.

—¿Me eligió la señora Wynand para el trabajo?

—No; mi esposa no sabe nada de esto. Soy yo, que quiero trasladarme al campo, y ella está de acuerdo. Le pedí que eligiera arquitecto; mi mujer se llamaba Dominique Françon cuando era soltera; antes escribía sobre arquitectura, pero prefirió que lo eligiese yo. ¿Quiere saber por qué le elegí? Me ha costado mucho tiempo decidirlo. Al principio me sentía más bien extraviado. Nunca había oído nada de usted. No conocía ningún arquitecto. Lo digo literalmente; no olvido los años que he pasado en los negocios de propiedades, las casas que he edificado y los imbéciles que las hicieron. Esto no es un Stoneridge; esto es, ¿cómo lo llamó usted?, una expresión de mi vida. Después vi Monadnock. Fue la primera cosa que me hizo recordar su nombre. Pero hice un largo examen. Anduve por el país viendo casas, hoteles y toda clase de edificios. De vez en cuando veía uno que me gustaba, y cuando preguntaba quién lo había construido, la respuesta era siempre la misma: Howard Roark. De suerte que decidí llamarle. —Y agregó—: ¿Es necesario que le diga cuánto admiro su obra?

—Gracias —dijo Roark.

—Debe saber que no quería conocerle.

—¿Por qué?

—¿Ha oído hablar de mi galería de arte?

—Sí.

—Nunca conozco a los hombres cuyas obras me gustan. La obra significa demasiado para mí. No quiero que los hombres la echen a perder. Generalmente sucede así. Son lo contrario de sus propios talentos. Usted no es así. Me gusta conversar con usted. Se lo digo porque quiero que sepa que, respeto pocas cosas en la vida, pero respeto las obras que tengo en mi galería, y sus edificios, y la capacidad del hombre que produce una obra así. Quizá sea la única creencia que tengo. —Se encogió de hombros—. Creo que he destruido, pervertido, corrompido todo lo que existe, pero nunca he tocado eso. ¿Por qué me mira así?

—Disculpe. Dígame, por favor, la casa que usted quiere.

—Quiero que sea un palacio, pero no creo que los palacios sean suficientemente lujosos. Son grandes, promiscuamente públicos. ¡Una cosa pequeña constituye el verdadero lujo! Una residencia para dos personas: mi mujer y yo. No es necesario que sea para una familia, pues no pensamos tener hijos. Tampoco pensamos tener invitados. Una habitación para huéspedes, en caso que nos fuera necesaria, y nada más. Ésa es la idea general; después le daré los detalles. El costo... lo que usted necesite. El aspecto... —Se sonrió y volvió a encogerse de hombros—. He visto sus edificios. Lo

único que quiero es que mi casa tenga la calidad de Roark.

—¿Cuál es?

—Creo que usted comprende.

—Quiero oír su explicación.

—Creo que algunos edificios son alardes bastardos y otros son cobardes, se disculpan a sí mismos en cada ladrillo, y algunos son la ineptitud eterna, remendados, malintencionados y falsos. Sus edificios tienen, sobre todo, un sentido, un sentido de alegría. No de una alegría plácida, sino de una alegría difícil, exigente. De aquella clase que al experimentarla se tiene la impresión de una hazaña. Uno mira y piensa: «Soy una persona mejor si puedo sentir eso».

Roark dijo lentamente, pero no con el tono de una respuesta:

—Supongo que era inevitable.

—¿Qué?

—Que lo viera de esa manera.

—¿Por qué lo dice como si... lamentase que fuera capaz de verlo?

—No lo lamento.

—Escuche, no me culpe... de las cosas que antes he hecho edificar.

—No.

—Son los Stoneridge y los «Noyes Belmont Hotel» y los diarios Wynand los que me dan la posibilidad de tener una casa hecha por usted. ¿No es eso un lujo digno de realizar? ¿Importa cómo? Aquéllos fueron los medios. Usted es el fin.

—No tiene por qué justificarse ante mí.

—No me jus... Sí, creo que lo estaba haciendo.

—No tiene necesidad de hacerlo. Yo no estaba pensando en lo que usted ha edificado.

Wynand preguntó:

—¿En qué estaba pensando?

—En que me considero impotente ante cualquiera que ve lo que vio usted en mis edificios.

—¿Cree que necesita ayuda contra mí?

—No. Sólo que no me siento impotente, por regla general.

—Yo tampoco estoy acostumbrado a justificarme, por regla general. Entonces..., está bien, ¿verdad? —Sí.

—Debo decirle mucho más acerca de la casa que quiero. Supongo que un arquitecto es como un profesor, que debe saber todo de la gente que tiene que vivir en la casa, ya que lo que él les da es más personal que sus mismas ropas y que su alimento. Por favor, considérela con el espíritu, y perdóneme si nota que para mí es difícil decirlo, que nunca me he confesado. Ya ve, quiero esta casa porque estoy muy enamorado de mi esposa. ¿Qué le pasa? ¿Le parece que es una manifestación impertinente?

—No; continúe.

—No puedo ver a mi esposa entre las otras personas. No son celos. Es mucho más y mucho peor. No puedo soportar que ande por las calles de la ciudad. Ni compartir con ella ni siquiera las tiendas, los teatros, los taxis, las aceras. Tengo que ponerla fuera del alcance de todos. Debo sacarla del alcance de la gente para que nadie pueda tocarla en ningún sentido. Esa casa tiene que ser una

fortaleza. Mi arquitecto tiene que ser mi guarda.

Roark se quedó mirándole. Tenía que mantener los ojos en Wynand para poder escucharle. Wynand sentía el esfuerzo de su mirada; no lo reconocía como un esfuerzo, sino como una fuerza; se sintió apoyado en su mirada y le pareció que todo era fácil de confesar.

—Esa casa debe ser una prisión. No tanto. Debe ser una caja de caudales. Una cripta para guardar en ella las cosas que son demasiado preciosas para exhibirlas. Pero debe ser aún más. Debe ser un mundo separado, tan hermoso que jamás echemos de menos el que hemos dejado. Una prisión sólo por el poder de su propia perfección. Ni rejas ni terraplenes, pero que su talento esté como un muro entre nosotros y el mundo. Eso es lo que quiero de usted. Y más. ¿Ha edificado alguna vez un templo?

Por un instante Roark careció de fuerzas para responder, pero vio que la pregunta era sincera. Wynand no sabía nada.

—Sí —replicó.

—Entonces piense en este trabajo como si pensase en un templo. Un templo para Dominique Wynand... Quiero que la conozca antes de proyectarlo.

—Conocí a su señora hace algunos años.

—¿La conoce? Entonces lo comprenderá bien.

—Comprendo.

Wynand vio las manos de Roark en el borde del escritorio, los largos dedos que apretaban el cristal, cerca de las pruebas del Banner. Las pruebas estaban dobladas sin cuidado; vio el encabezamiento Una Vocecita en un pliego. Miró la mano de Roark. Pensó que le gustaría tener un pisapapeles de bronce hecho así, y qué hermoso quedaría sobre la mesa.

—Ahora que ya sabe lo que quiero, empiece a trabajar. Empiece en seguida. Quiero la casa para el verano. ¡Oh, perdóneme! Es el hábito del trato excesivo con los malos arquitectos. Todavía no le he preguntado si quiere hacerla.

La mano de Roark se movió y después la retiró de la mesa.

—Sí —dijo Roark—. La haré.

Wynand vio las impresiones digitales en el cristal, precisas como si fuesen encajes y éstos estuvieran húmedos.

—¿Cuánto tiempo empleará? —preguntó Wynand.

—La tendrá en julio.

—Desde luego, usted tiene que ver el lugar. Quiero mostrárselo yo mismo. ¿Podemos ir mañana?

—Como disponga.

—Aquí, a las nueve.

—Bien.

—¿Quiere que extendamos un contrato? No tengo idea acerca de cómo prefiere trabajar. Por lo general, antes de tratar con una persona, en cualquier asunto, quiero saber todo lo que se relaciona con ella, desde el día de su nacimiento o antes. Nunca me he informado nada acerca de usted. Lo olvidé, sencillamente. No me parece necesario.

—Puedo contestar cualquier pregunta que desee.

Wynand se sonrió y sacudió la cabeza:

—No, no tengo necesidad de preguntarle nada, salvo los pormenores del negocio.

—Yo nunca pongo condiciones, excepto una: si acepta el proyecto preliminar de la casa, debe ser edificada como la he diseñado, sin ninguna reforma ulterior.

—Naturalmente. Se entiende. He oído decir que no trabaja de otro modo. Pero ¿tiene interés en que yo haga publicidad de la casa? Sé que le resultaría útil profesionalmente, pero quiero excluir a este edificio de los diarios.

—No me interesa eso.

—¿Me promete que no entregará fotografías para que sean publicadas?

—Lo prometo.

—Gracias. Se lo resarciré con creces. Considere que los diarios de Wynand son sus agentes de publicidad. Le haré toda la propaganda que quiera en cualquier otro trabajo suyo.

—No quiero ninguna clase de propaganda.

Wynand se rió a carcajadas.

—¿Qué cosas dice y de qué modo! No tiene idea de cómo se comportarían sus colegas en esta entrevista. No creo que tenga verdadera conciencia de que está hablando con Gail Wynand.

—La tengo —dijo Roark.

—Era mi manera de agradecerse. No me gusta ser siempre Gail Wynand.

—Ya lo sé.

—Voy a cambiar de tema y a hacerle una pregunta personal. Usted dijo que me iba a contestar cualquier cosa.

—Sí.

—¿Le ha gustado ser siempre Howard Roark?

Roark se sonrió. La sonrisa era alegre, de asombro, e involuntariamente despectiva.

—Ya lo ha contestado —dijo Wynand.

Después se levantó, tendiéndole la mano:

—Mañana, a las nueve.

Cuando Roark partió, Wynand se sentó a su mesa, sonriendo. Movié su mano hacia uno de los botones, y se detuvo. Recordó que tenía que asumir unos modales distintos, los de costumbre, que no debía hablar como lo había hecho en la última media hora. Entonces comprendió cuán extraña había sido la entrevista. Por primera vez en su vida había hablado con un hombre sin sentir asco, sin la necesidad de disfrazarse que siempre había experimentado con la gente; no había tenido que hacer ningún esfuerzo: era como si hubiese hablado consigo mismo.

Apretó un botón y dijo a su secretaria:

—Dígale al jefe de archivo que me envíe todo lo que tenga acerca de Howard Roark.

—Adivine de qué se trata —dijo Alvah Scarret con voz que imploraba para que le pidiesen información.

Ellsworth Toohey agitó la mano impacientemente con un ademán negativo, sin levantar los ojos de la mesa.

—Bueno, Alvah. Estoy ocupado.

—Pero esto es interesante, Ellsworth. Es realmente interesante. Sé que usted querrá saberlo.

Toohey levantó la cabeza y lo miró (la débil contracción de fastidio en los ángulos de los ojos

daba a entender a Scarret que aquel instante de atención era concedido como un favor), y dijo con un tono de enfática impaciencia:

—Bueno, ¿qué es?

Scarret no se ofendía con los modales de Toohey. Éste lo trataba así desde hacía unos años, pero Scarret no advirtió la transición en sus relaciones; con el tiempo notó el cambio, pero era demasiado tarde para molestarse.

Scarret se sonrió como un alumno brillante que espera que el profesor lo alabe por haber descubierto un error en el propio texto del maestro.

—Ellsworth, su FBI privada pierde terreno.

—¿De qué me está hablando?

—Apuesto a que no sabe lo que está haciendo Gail..., y usted cree estar siempre informado.

—¿Qué es lo que no sé?

—Adivine quién ha estado en la oficina de Gail.

—Querido Alvah, no tengo tiempo para acertijos.

—No lo adivinaría en mil años.

—Muy bien; ya que es la única manera de desembarazarme de usted, le haré la misma pregunta: ¿Quién estuvo hoy en la oficina de Gail?

—Howard Roark.

Toohey se volvió, olvidando dominarse, y dijo con incredulidad:

—¡No!

—Sí —respondió Scarret orgulloso del efecto producido.

—¿Sí? —dijo Toohey, y reventó de risa.

Scarret trató de sonreír ansioso de unir su risa a la de Toohey, pero no estaba seguro de la causa de su diversión.

—Sí, es divertido, pero..., en realidad, ¿por qué se ríe, Ellsworth?

—¡Oh, Alvah, llevaría mucho tiempo explicárselo!

—Creía que...

—¿No tiene ningún sentido de lo espectacular, Alvah? ¿No le gustan los fuegos artificiales? Si quiere saber con qué tiene que contar, piense que las peores guerras fueron las religiosas ante sectas de la misma religión, o las guerras civiles entre hermanos de una misma raza.

—Estoy encantado de que esté tan alegre, pero pensé que era algo malo.

—Por supuesto que es malo, pero no para nosotros.

—Pero, mire, usted sabe cómo hemos insistido, sobre todo usted, en que Roark es el peor arquitecto de la ciudad, y ahora nuestro jefe lo contrata... ¿No puede resultar molesto?

—¿Eso...? ¡Oh, quizá...! ¿Qué hacía en la oficina de Wynand? ¿Acaso un trabajo?

—Es lo que no sé. No lo he podido averiguar. Nadie lo sabe.

—¿Ha oído decir algo acerca de si Wynand ha proyectado edificar algo últimamente?

—No, ¿y usted?

—No, sospecho que mi FBI está perdiendo terreno. ¡Oh, bueno! Uno hace todo lo que puede.

—Pero, mire, Ellsworth, tengo una idea. Tengo una idea que podría resultar útil para nosotros.

—¿Qué idea?

—Gail está imposible últimamente. Después de todo, usted lo predijo, Ellsworth. Usted tenía razón. Usted siempre tiene razón. Que me condenen si puedo adivinar qué ocurre: si Dominique es la causa o si hay algún otro cambio en su vida, pero algo ocurre. ¿Por qué tiene de improvisto accesos, y lee cada línea de cada edición, y pone el grito en el cielo por las cuestiones más insignificantes? Últimamente rechazó tres de mis mejores editoriales y antes jamás había hecho nada semejante. ¡Jamás! ¿Sabe lo que me dijo? «La maternidad es maravillosa, Alvah; pero por Dios, vaya despacio con el embarazo. Hay también un límite para la depravación intelectual». ¿Qué depravación? Se trataba del editorial más dulce que haya hecho para el Día de la Madre. Con sinceridad, yo mismo estaba conmovido. ¿Desde cuándo ha aprendido a hablar de depravación? El otro día llamó a Jules Fougler ropavejero y arrojó su artículo del domingo a la papelera, en su propia cara. Un trabajo maravilloso sobre el teatro de los obreros. ¡A Jules Fougler, nuestro mejor escritor! No hay que asombrarse si no le queda un solo amigo aquí. ¡Si antes lo odiaban, hay que oírlos ahora!

—Los he oído.

—Ha perdido firmeza, Ellsworth. No sé qué haría si no fuese por usted y por las personas encantadoras que usted eligió. Esos jovencitos suyos constituyen, prácticamente, todo nuestro actual medio de trabajo, y no nuestras viejas vacas sagradas, que se desprestigian cuando escriben. Esos brillantes muchachos harán marchar al Banner. Pero, Gail... Escuche: la semana pasada echó a Dwight Carson. Creo que eso es significativo: Dwight Carson era un peso muerto y un estorbo que perjudicaba, pero era el primero de aquellos favoritos especiales de Gail, de aquellos muchachos que vendieron sus almas. De suerte que me gustaba tener cerca a Dwight; era excelente, sano; era una reliquia de los mejores días de Gail. Ya siempre dije que era la válvula de escape de Gail, y cuando, de súbito, echó a Carson... no me gustó, Ellsworth, no me gustó nada. Ahora ¿qué piensa usted de Roark? ¿Qué sabemos de él? Que es un maniático, un raro, un loco; esta bien, pero ¿qué más? Que es uno de esos tontos a los cuales no se los mueve con amor, ni con dinero, ni con un cañón de dieciséis pulgadas. Es peor que Dwight Carson, peor que todo el grupo de favoritos de Wynand juntos. ¿Ve lo que le quiero decir? ¿Qué va a hacer Gail cuando se encuentre con un hombre de éstos? Una cosa solamente; sí, yo conozco a Gail, ¡y vaya si lo conozco! Por eso me siento esperanzado. Esto es lo que le hacía falta desde hace tiempo. Un trago de su vieja medicina. La válvula de escape. Quebrará la espina dorsal de ese muchacho, y eso será bueno para Gail. Será lo mejor del mundo, y lo volverá a su estado normal. Eso es mi opinión, Ellsworth. —Esperó, pero no vio un gran entusiasmo en la cara de Toohey, y terminó, tartamudeando—: Bien; podría estar equivocado... No sé... Quizá no sea eso...

—Es precisamente eso, Alvah.

—¿Entonces cree que ocurrirá de ese modo?

—Quizá. O podría resultar peor de lo que usted se imagina; pero para nosotros ya no es de importancia, porque, mire, Alvah, por lo que concierne al Banner, deberíamos llegar a una decisión entre nosotros, y no debemos temer a Gail Wynand.

Cuando el muchacho llegó procedente del archivo y llevando un grueso sobre con recortes, Wynand levantó la vista y dijo:

—¿Todo eso? No sabía que fuera tan famoso.

—Sí; éste es el pleito de Stoddard, señor Wynand.

El muchacho se detuvo. No había nada de malo, excepto las arrugas en la frente de Wynand, y él no lo conocía bastante para saber qué significaban. Se preguntó qué fue lo que le hizo sentir miedo. Después de un instante, Wynand le dijo:

—Está bien. Gracias.

El muchacho depositó el sobre en la mesa y se fue. Wynand se quedó mirando el paquete hinchado de papeles descoloridos. Vio que se reflejaba en el cristal como si el volumen hubiese atravesado la superficie y hubiese echado raíces. Miró las paredes del despacho y se preguntó si contenían alguna fuerza que le impidiese abrir el sobre. Se quedó impasible un instante, absorto como la momia angulosa de un faraón. Después movió la mano, atrajo el sobre y empezó a leer.

Sacrilegio, por Ellsworth Toohey. Las iglesias de nuestra infancia, por Alvah Scarret; editoriales, sermones, discursos, declaraciones, cartas al director, el Banner desatado con toda furia, fotografías, caricaturas, entrevistas, resoluciones de protesta, cartas al director.

Leyó cada palabra metódicamente, con las manos sobre el borde de la mesa, los dedos entrecruzados, sin levantar los recortes, sin tocarlos: los leía conforme iban apareciendo, moviendo sólo la mano para volver un recorte y leer el siguiente, moviendo la mano con una regularidad mecánica, levantando los dedos conforme sus ojos leían la última palabra, no dejando que el recorte quedara ante su vista un segundo más de lo necesario. Se detuvo largo rato para contemplar las fotografías del templo de Stoddard. Se detuvo aún más para mirar una de las fotografías de Roark, aquella que había captado su exaltación. «¿Está contento, señor Superhombre?». Lo arrancó del relato que ilustraba y lo metió en el cajón de la mesa. Después continuó la lectura.

El pleito, el testimonio de Ellsworth Toohey, de Peter Keating, de Ralston Holcombe, de Gordon L. Prescott, ninguna referencia al testimonio de Dominique Françon; sólo una breve cita. «La defensa de los restos». Pocas menciones en Una Vocecita; después un bostezo, el recorte próximo databa de tres años después: Monadnock Valley.

Era tarde cuando terminó de leer. Su secretaria se había ido. Tuvo la sensación de las habitaciones desiertas y de los pasillos que lo rodeaban, pero oyó el ruido de las máquinas: una vibración baja, sorda. Siempre le había gustado aquello: el latido del corazón de la casa. Escuchó. Estaban imprimiendo el Banner del día siguiente. Durante largo tiempo permaneció inmóvil.

III

Roark y Wynand estaban en la cúspide de una colina contemplando el terreno, que se inclinaba gradualmente en una larga curva. Árboles desnudos se elevaban en la cima y descendían a la orilla del lago, cortando el cielo con sus ramas geométricamente dispuestas. El color del cielo, de un verde azul frágil, hacía el aire más frío. El frío lavaba los colores de la tierra, revelando que no había colores, sino sólo elementos de donde procede el color; el castaño apagado era un futuro verde; el débil púrpura, un preludio del rojo vivo; el gris, un anticipo del oro.

—¿Dónde cree que debe situarse la casa? —preguntó Wynand.

—Aquí —respondió Roark.

Wynand había guiado el auto desde la ciudad y había marchado durante dos horas por las sendas de la nueva posesión, a través de desiertos senderos, a través de un bosque. Después costearon el lago hasta llegar a la colina. Ahora Wynand aguardaba mientras Roark contemplaba la campiña que se extendía a sus pies.

Cuando Roark volvió el rostro, Wynand le preguntó:

—¿Le puedo hablar?

—Naturalmente.

Roark se sonrió, divertido por aquella deferencia que no esperaba. La voz de Wynand sonaba clara y frágil como el calor del cielo que los cubría, con la misma calidad del resplandor verde helado.

—¿Por qué aceptó este encargo?

—Porque soy un arquitecto que vive de su trabajo.

—Usted sabe lo que quiero decirle.

—No estoy seguro de si lo sé.

—¿No me odia?

—No, ¿por qué?

—¿Quiere que se lo explique yo primeramente?

—¿Qué?

—Me refiero al templo de Stoddard.

Roark se sonrió.

—¿De modo que ayer hizo averiguaciones sobre mí?

—Leí nuestros recortes. —Esperó, pero Roark siguió silencioso—. Todos. —Su voz era áspera, medio desafiante, medio suplicante—. Todo lo que hemos dicho de usted. —La sinceridad del rostro de Roark lo enfureció. Prosiguió, dándole lentamente un valor pleno a cada palabra—: Le llamamos incompetente, tonto, nocivo, charlatán, estafador, ególatra.

—Deje de torturarse a sí mismo.

Wynand cerró los ojos como si Roark le hubiese dado un golpe. Al momento dijo:

—Señor Roark, usted no me conoce muy bien. Debería retener bien esto: yo no pido disculpas. Nunca pido disculpas por ninguno de mis actos.

—¿Por qué habla de disculpas si yo no le he preguntado nada?

—Me mantengo en cada uno de los términos expresados. Sostengo todas las palabras impresas en

el Banner.

—No le he pedido que las repudie.

—Sé lo que usted piensa. Ayer se dio cuenta de que yo no sabía nada del templo de Stoddard. Había olvidado el nombre del arquitecto envuelto en este asunto. Usted dedujo, en conclusión, que yo no había dirigido la campaña en contra suya. Tiene razón, no era yo; en aquella época yo estaba ausente. Pero usted no comprende que la campaña estaba dentro del verdadero y propio espíritu del Banner. Está de estricto acuerdo con la función del Banner. Nadie es responsable sino yo. Alvah Scarret hacía sólo lo que yo le indicaba. Si yo hubiese estado en la ciudad, hubiera hecho lo mismo.

—Ése es su privilegio.

—¿No cree que lo habría hecho?

—No.

—No le he pedido cumplidos ni piedad.

—No puedo hacer lo que me está pidiendo.

—¿Qué cree que le estoy pidiendo?

—Que le dé una bofetada en la cara.

—¿Por qué no lo hace?

—No puedo demostrar una ira que no siento. No es piedad. Es mucho más cruel que todo lo que pudiera hacer. Solamente que no lo hago por ser cruel. Si le diese una bofetada me hubiera perdonado por lo del templo de Stoddard.

—¿Es usted el que pide perdón?

—No. Usted quería que lo pidiese. Usted sabe que hay un acto de perdón implícito. No es claro acerca de los acusadores. Quiere que lo perdone, o pide un pago, que es la misma cosa, y cree que con eso cerrará la cuestión. Pero, mire, yo no tengo nada que ver con eso. No soy uno de sus demandantes. No tiene importancia lo que haga o lo que piense. Usted no piensa en mí. No puedo serle útil. No soy la persona a la cual teme.

—¿Quién es?

—Usted mismo.

—¿Quién le ha dado derecho para decir eso?

—Usted.

—Bueno, continúe.

—¿Quiere saber algo más?

—Continúe.

—Lo que a usted le hiere es saber que me ha hecho sufrir. Usted desearía no haberlo hecho, y, sin embargo, hay algo a lo que teme más aún. Saber que yo no he sufrido absolutamente nada.

—Continúe.

—Saber que yo no soy ni amable ni generoso, sino simplemente indiferente. Eso lo asusta, porque sabe que las cosas como el templo Stoddard requieren siempre una expiación, y usted ve que no sufro por ello. Está asombrado de que yo haya aceptado este trabajo. ¿Cree que mi aceptación requirió coraje? Usted necesitó un coraje mayor para llamarme. Ya ve, esto es lo que pienso en lo referente al templo de Stoddard. Para mí, ha terminado. Para usted, no.

Wynand dejó caer la mano, con la palma hacia afuera. Sus hombros se hundieron, aflojados.

—Está bien. Es cierto. Todo eso es cierto.

Después se irguió, pero con una especie de resignación tranquila, como si su cuerpo se hubiese tornado conscientemente vulnerable.

—Espero que se dé cuenta de que me ha dado una lección a su modo.

—Sí, y usted la ha aceptado. Así que ha cumplido con lo que quería. ¿Podemos decir que estamos en paz y que olvidamos el templo Stoddard?

—O usted es muy astuto, y yo me pongo muy en evidencia. En cualquiera de los dos casos, el triunfo es suyo. Nadie me ha forzado a ser tan evidente antes.

—¿Continúo haciendo lo que usted quiere?

—¿Qué le parece que quiero?

—Un reconocimiento personal de mi parte. Es mi turno de ceder, ¿verdad?

—Usted es aterradoramente sincero, ¿no?

—¿Por qué no serlo? No puedo reconocer que me haya hecho sufrir, pero en cambio reconozco que me ha causado placer. Así es. Encantado de su aprecio, Creo que se dará cuenta de que esto es en mí tan excepcional como en usted el considerarse vencido. Por regla general, no me interesa y estoy contento.

Wynand se rió a carcajadas.

—Es tan inocente y presuntuoso como un emperador. Cuando confiere honores, se exalta usted lo mismo. ¿Qué diablos le hace pensar que lo estimo?

—En cuanto a esto, no necesita ninguna explicación. Antes me reprochó por haberlo forzado a ser evidente.

Wynand se sentó en un tronco caído. No dijo nada, pero su movimiento era una invitación y una exigencia. Roark se sentó a su lado. El rostro de éste estaba sereno, pero le quedaba el rastro de una sonrisa, divertida y vigilante, como si cada palabra que escuchara no fuese un descubrimiento, sino una conformidad.

—Usted ha surgido de abajo, ¿no? —preguntó Wynand—. Procede de una familia pobre.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Porque se adivina, por la forma de tomar las cosas; sea un cumplimiento, una idea o una fortuna. Yo también procedo de lo más bajo. ¿Quién era su padre?

—Un pudelador de acero.

—El mío era estibador. ¿Hizo toda clase de trabajos raros, cuando era muchacho?

—Hice trabajos de toda clase, sobre todo en la industria de la construcción.

—Yo he hecho cosas peores. Hice de todo. ¿Qué trabajo le gustaba más?

—El de remachador en los armazones de acero.

—A mí el de limpiabotas en un *ferry-boat* del Hudson. Debería haber odiado eso, pero no. No recuerdo la gente, sólo recuerdo la ciudad. La ciudad, siempre allí, extendida en la costa, esperando como si yo estuviese atado a ella por una cinta de goma. La cinta se estiraba y me llevaba a la otra costa, pero siempre me atraía atrás y yo volvía. Tuve la impresión de que nunca podría huir de la ciudad y que ella nunca se separaría de mí.

Roark se dio cuenta, por el tono de sus palabras, de que Wynand raras veces hablaba de su infancia: las palabras eran luminosas y vacilantes, sin estar sucias por el uso; como monedas que no

hubiesen circulado.

—¿Le faltó alguna vez alojamiento y tuvo hambre?

—Algunas veces.

—¿Le importaba?

—No.

—A mí tampoco. ¿Quería gritar, cuando era muchacho, al ver la pesada ineptitud que lo rodeaba, sabiendo que se pueden hacer muchas cosas, y hacerlas bien, pero careciendo del poder para ello? ¿Tenía deseos de hacer saltar las cabezas vacías que lo rodeaban? ¿Ha sentido lo que es tener que recibir órdenes de los inferiores?

—Sí.

—¿Empujaba la ira hacia dentro y la almacenaba y se hubiera hecho pedazos, si hubiera sido necesario, para llegar un día a dirigir a esa gente y a toda la gente que lo rodeaba?

—No.

—¿No? ¿O lo ha olvidado?

—No. Odio la incompetencia. Creo que es probablemente lo único que odio; por eso no he querido gobernar a la gente ni enseñarle nada. Quise hacer mis propios trabajos a mi propio modo, a costa de hacerme pedazos, de ser necesario.

—¿No le interesa mirar hacia atrás?

—No.

—Yo sí. Fue una noche. Me hirieron y me arrastré hasta llegar a una puerta; recuerdo el pavimento, rozaba mi nariz, todavía lo estoy viendo; las piedras tenían vetas y manchas blancas. Tenía que asegurarme si el pavimento cambiaba; yo no podía darme cuenta de si me movía o no, pero podía decirlo por el pavimento, veía que aquellas vetas y aquellas manchas cambiaban; tenía que alcanzar la meta próxima o la rajadura que estaba a seis pulgadas de distancia, empleaba mucho tiempo, sabía que había sangre bajo mi vientre...

La voz no tenía tono de conmiseración, era simple, impersonal, con un débil matiz de asombro.

—Me gustaría serle útil —dijo Roark.

Wynand se sonrió, lenta pero no alegremente.

—Creo que podré hacerlo. Hasta creo que sería lo natural. Hace dos días hubiera matado a cualquiera que me hubiese tomado por un objeto que necesitaba ayuda. Por supuesto que no es esa noche la que odio de mi pasado. Ni es lo que temo recordar. Es lo menos chocante que puedo mencionar. Las otras cosas no se pueden decir.

—Ya sé. Supongo las otras cosas.

—¿Cuáles son? Dígalas.

—El templo de Stoddard.

—¿Quiere serme útil con eso?

—Sí.

—Usted es un loco de remate. No se da cuenta...

—¿No se da cuenta de que ya lo estoy haciendo?

—¿Cómo?

—Construyendo la casa para usted.

Roark vio las arrugas oblicuas en la frente de Wynand. Sus ojos parecían más blancos que de costumbre, como si el azul del iris hubiese disminuido y sólo quedasen dos óvalos blancos y luminosos en su rostro.

—Y obteniendo un gran cheque por el trabajo —respondió.

Gail vio que la sonrisa de Roark desaparecía antes de exteriorizarse totalmente. La sonrisa expresaba que aquel súbito insulto era una manifestación de sometimiento más elocuente que las palabras de confianza; la supresión de la misma decía que Roark no lo hubiera ayudado en aquel instante particular.

—Por supuesto —dijo Roark con calma.

Wynand se levantó.

—Vamos. Estamos perdiendo el tiempo. Tengo que hacer cosas más importantes en mi oficina.

En el trayecto de vuelta a la ciudad, ambos permanecieron silenciosos. Wynand dirigía el auto a noventa por hora. La velocidad formaba dos muros de confuso movimiento a los lados de la carretera, como si volaran por un corredor largo, cerrado y silencioso. Detuvo el auto a la entrada del edificio Cord para que Roark bajara.

—Puede volver al sitio todas las veces que quiera. No es preciso que yo vaya con usted. Puede conseguir, en mi oficina, los planos y todas las informaciones que necesite. Por favor, no vuelva a verme hasta que no sea necesario. Estaré muy ocupado. Avíseme cuando estén listos los primeros bocetos.

Cuando los bocetos estuvieron listos, Roark llamo por teléfono a la oficina de Wynand. Durante un mes no había hablado con Wynand. «Espere que lo ponga en comunicación con el señor Wynand, por favor, señor Roark», dijo la secretaria. Esperó. La voz de la secretaria reapareció y le informó que el señor Wynand quería que llevase los dibujos a la oficina por la tarde, y le dio la hora. Wynand no podía contestar personalmente.

Cuando Roark entró en la oficina, Wynand le dijo:

—¿Cómo está usted? —con voz amable y solemne. En su rostro, indiferente y cortés, no quedaba ningún vestigio de intimidad.

Roark le entregó los planos de la casa y un amplio dibujo en perspectiva. Wynand estudió cada pliego. Tuvo durante largo tiempo el proyecto en sus manos. Sólo al terminar levantó la vista.

—Estoy muy impresionado, señor Roark. —La voz era ofensivamente correcta—. Quedé muy impresionado con usted desde el primer momento. He pensado sobre esto y quiero hacer un trato especial con usted.

Le dirigió fijamente la mirada, con suave énfasis, casi con ternura, como si quisiera demostrar que lo quería tratar con prudencia para conservarlo intacto para un propósito propio.

Levantó el boceto y lo sostuvo con dos dedos, dejando que la luz le diera directamente. La hoja blanca brilló un instante como un reflector que avanzara elocuentemente entre las negras líneas.

—¿Quiere ver levantada esta casa? —le preguntó amablemente—. ¿Lo desea con mucho interés?

—Sí.

Wynand no movió la mano, sólo separó los dedos y dejó que la cartulina cayese sobre la mesa.

—Se levantará, señor Roark. Tal como está diseñada. Tal como está en el proyecto, pero con una sola condición.

Roark se echó hacia atrás, esperando atento, con las manos en los bolsillos.

—¿Quiere saber cuál es la condición, señor Roark? Muy bien, se la diré. Aceptaré esta casa con la condición de que acepte lo que le propongo. Quiero firmar un contrato según el cual usted será el único arquitecto que construya cualquier edificio que yo quiera hacer en lo futuro. Como puede darse cuenta, es una buena asignación. Me atrevo a decirle que domino el mundo de las construcciones más que cualquier otra persona en el país. Todos los hombres de su profesión han querido que se le conozca como mi arquitecto exclusivo. Le ofrezco el cargo a usted. En cambio, tendrá que someterse a ciertas condiciones. Antes de designarlas, quiero indicarle alguna de las consecuencias para el caso que usted rehusara. Conforme habrá oído decir, no quiero que me rechacen nada. Con el poder que tengo puedo proceder de dos modos. Sería fácil para mí ordenar que no se le diera ningún trabajo en ninguna parte del país. Usted tiene un séquito pequeño, pero ningún empresario en potencia puede resistir la presión que yo puedo ejercer. Usted ha perdido antes muchos períodos de su vida. No son nada comparados con el bloqueo que puedo imponerle. Tendría que volver a la cantera. ¡Oh, sí, conozco eso, en el verano de 1928, en la cantera de Françon, en Connecticut! ¿Cómo? Detectives privados, señor Roark. Tendría que volver a la cantera, sólo que las canteras estarían cerradas para usted. Ahora le diré lo que quiero de usted.

Entre todos los chismes que circulaban acerca de Wynand, nadie había hablado nunca de una expresión del rostro similar a la que tenía en aquel instante. Los pocos hombres que la habían visto no habían hablado de ella. Entre estos hombres, Dwight Carson había sido el primero. Los labios de Wynand estaban separados. Los ojos le brillaban. Era una expresión de placer sensual derivado de la lucha, la lucha de su víctima, o la suya, o ambas a la vez.

—Quiero que haga los proyectos de todas mis futuras construcciones comerciales, tal como el público quiere que se hagan. Edificará casas coloniales, hoteles rococó, edificios para oficinas, semigriegos. Ejercitará su talento incomparable en las formas elegidas por el gusto popular y me hará ganar dinero. Hará obedecer a su talento espectacular. Originalidad y subordinación al mismo tiempo. Eso se llama armonía. Creará en su esfera lo que el Banner en la mía. ¿No cree que se necesitó talento para crear el Banner? Tal será su carrera futura, pero la casa que ha diseñado para mí será construida tal como la ha diseñado. Será el último edificio de Roark que se levante sobre la tierra. Nadie tendrá otro después del mío. Habrá leído algo de los antiguos gobernantes que condenaban a muerte al arquitecto que había construido su palacio para que nadie más pudiera igualar la gloria que les había dado. Mataban al arquitecto o le sacaban los ojos. Los métodos modernos son diferentes. Por el resto de su vida obedecerá al deseo de la mayoría. No intentaré ofrecerle argumentos. Estoy expresando, simplemente, una alternativa. Usted es un hombre que entiende el lenguaje llano. Tiene un dilema simple: si rehúsa, no volverá a edificar más; si acepta, edificará esta casa, que tanto desea ver erigida, y muchas otras cosas que no querrá hacer. Durante el resto de su vida construirá viviendas para renta, tales como Stoneridge. Eso es lo que quiero.

Se inclinó hacia delante, esperando una de las reacciones que bien conocía y que lo deleitaban: una mirada de ira, de indignación o de orgullo feroz.

—Bien —dijo Roark con alegría—. Encantado de hacerlo. Es fácil.

Alargó la mano, tomó un lápiz y el primer pedazo de papel que vio sobre la mesa: una carta con un imponente membrete. Dio vuelta a la carta. El movimiento de su mano era suave y seguro. Wynand

contempló su rostro inclinado sobre el papel, vio la tersa frente, la recta línea de las cejas, atentas pero tranquilas a pesar del esfuerzo.

Roark levantó la cabeza y le arrojó el papel sobre la mesa.

—¿Es esto lo que usted quiere?

La casa de Wynand, dibujada en el papel, tenía Porches coloniales, un tejado a la holandesa, dos chimeneas solemnes, unas pequeñas pilastras, troneras. No era una parodia, era un serio trabajo de adaptación que cualquier profesor hubiera calificado como de gusto excelente.

—¡Por Dios, no! —El arranque fue instintivo e inmediato.

—Entonces, cállese —repuso Roark—, y que nunca le oiga sugerencias en lo referente a arquitectura.

Wynand se hundió en el sillón y se rió. Se rió un rato largo, incapaz de contenerse.

No era una risa de alegría.

Roark meneó la cabeza, fatigado.

—Usted tiene un criterio mejor que el expresado. Y esto es demasiado viejo para mí. Mi obstinación antisocial es demasiado bien conocida para que crea que alguien va a perder el tiempo tratando de tentarme.

—Sin embargo, Howard, yo lo consideraré posible. Hasta que vi esto.

—Ya lo sabía. No creía que usted pudiera ser tan tonto.

—¿Sabía usted que estaba siendo sometido a una tentación?

—En absoluto. Porque tenía un aliado en quien podía confiar.

—¿Cuál? ¿Su integridad?

—La suya, Gail.

Wynand se quedó mirando la superficie de la mesa. Después de un momento, habló:

—Está equivocado en «eso».

—No lo creo así.

Wynand levantó la cabeza. Parecía cansado y hablaba indiferentemente.

—Ése fue su método en el pleito de Stoddard, ¿no? «La defensa ha terminado...». Me hubiera gustado estar el día de la vista para escuchar la sentencia... ¿Me echa en cara otra vez el juicio Stoddard?

—Llámelo así.

—Pero esta vez ha ganado usted. Supongo que se dará cuenta de que no me gusta mucho que haya ganado.

—Sé que no le gusta.

—No crea que era una tentación cualquiera, como cuando usted lo hace sólo por el gusto de probar a su víctima y se siente feliz al ser vencido, y sonrío y, finalmente, dice: «Éste es el hombre que yo busco». No se imagine esto. No haga que me excuse.

—No. Yo sé lo que quería.

—Yo no habría perdido tan fácilmente antes. Esto habría sido sólo al principio. Sé que puedo probar más adelante, pero no quiero hacerlo. No porque usted se mantuviese firme hasta el fin, sino porque yo no me hubiese mantenido. No, no estoy contento y no le estoy agradecido por esto... Pero no importa...

—Gail, ¿hasta cuándo será capaz de engañarse a sí mismo?

—No me estoy engañando. Todo lo que he dicho es cierto. Pensé que lo comprendería.

—Todo lo que me dijo... sí. No me refería a eso.

—Usted se equivoca en lo que está pensando. Hace mal en quedarse aquí.

—¿Quiere echarme?

—Sabe que no puedo.

La mirada de Wynand se dirigió de Roark al proyecto de la casa que estaba sobre la mesa.

Titubeó un momento, mirando la blanca cartulina, después se volvió y preguntó amable:

—¿Tengo que decirle lo que pienso del proyecto?

—Ya me lo ha dicho.

—Howard, usted me habló de la casa como expresión de la vida de uno. ¿Cree que mi vida merece una expresión como ésta?

—Sí.

—¿Es una opinión sincera?

—Mi sincera opinión, Gail. Mi más sincera opinión. Mi opinión final, sin que importe lo que pueda ocurrir entre nosotros en lo futuro.

Wynand volvió a dejar los planos sobre la mesa y se quedó estudiándolos. Cuando levantó la cabeza su rostro parecía tranquilo como de costumbre.

—¿Por qué no ha vuelto por mi oficina?

—Usted se hallaba ocupado con sus detectives.

Wynand se rió.

—¡Ah!, ¿por eso? No podía resistir mis viejos y malos hábitos y tenía curiosidad. Ahora sé todo lo que se refiere a usted, salvo de las mujeres de su vida. O ha sido muy discreto, o no ha habido muchas. No se ha encontrado ninguna información asequible en ninguna parte.

—No ha habido muchas.

—Creo que lo eché de menos a usted. Reunir los detalles de su pasado fue una especie de sustituto. ¿Por qué no volvió, realmente?

—Me dijo que no debía volver.

—¿Es siempre tan dócil para seguir las órdenes?

—Cuando lo encuentro conveniente.

—Bueno, aquí hay una orden; espero que la coloque entre las convenientes. Venga a cenar con nosotros esta noche. Llevaré el proyecto para mostrárselo a mi mujer. No le he dicho nada más de la casa.

—¿No le ha dicho nada más?

—No. Quiero que vea esto. Y quiero que se vea con ella. Sé que no ha sido buena con usted. He leído lo que escribió acerca de usted. Pero hace mucho tiempo de esto. Espero que no le importe ahora.

—No, no me importa.

—Entonces, ¿vendrá?

—Sí.

IV

Dominique estaba junto a la puerta de su habitación. Wynand vio la luz de las estrellas sobre los helados vidrios del *roof garden*. Vio que su reflejo modulaba las líneas del perfil de Dominique, y que un débil resplandor se posaba sobre sus párpados y en los planos de sus mejillas. Pensó que aquélla era la iluminación adecuada para su rostro. Dominique se volvió hacia él, lentamente, y la luz perfiló la mata pálida de sus cabellos. Ella le sonrió, como le sonreía siempre, con un saludo tranquilo de entendimiento.

—¿Qué te pasa, Gail?

—Buenas noches, querida. ¿Por qué?

—Pareces feliz. No son éstas las palabras, pero son las que más se le aproximan.

—Liviano se le aproxima más. Me siento liviano, con treinta años menos. Pero no lo que hubiera querido ser hace treinta años. Uno nunca lo hace. Lo que siento es un deseo de ser conducido hacia atrás, intacto, como soy ahora, volver al principio, así. Es bastante ilógico e imposible y maravilloso.

—Generalmente se siente eso cuando uno ha conocido a alguien. A una mujer casi siempre.

—Sí, pero no se trata de una mujer, sino de un hombre. Dominique, esta noche estás divina. Pero siempre te digo eso. No es eso lo que te quería decir, sino: me gusta que esta noche estés tan hermosa.

—¿Qué pasa, Gail?

—Nada. Nada más que el sentimiento de cuán fácil y poco importante resulta vivir.

Le tomó las manos y se las llevó a los labios.

—Dominique, nunca me he detenido a pensar que es un milagro que haya durado nuestro matrimonio. Ahora creo que no será roto por nada ni por nadie. —Se apoyó contra el cristal de la puerta—. Tengo un regalo para ti, no me recuerdes que ésta es la frase que empleo más a menudo. Tengo un regalo para hacértelo al final del verano. Nuestra casa.

—¿La casa? Como no habías hablado de ella durante tanto tiempo, creí que la habrías olvidado.

—No he pensado otra cosa en estos últimos meses. ¿No has cambiado de opinión? ¿Quieres mudarte de la ciudad?

—Sí, Gail. Si tú también lo quieres. ¿Te has decidido por el arquitecto?

—He hecho más que eso. Tengo el proyecto de la casa para mostrártelo.

—¡Oh, me gustaría verlo!

—Está en mi estudio. Vamos, quiero que lo veas. Ella se sonrió y Wynand la asió de la muñeca, con una breve presión, como una caricia, como si quisiera infundirle coraje, en tanto que lo seguía. Wynand abrió la puerta del estudio y la hizo pasar primero. La luz estaba encendida y el proyecto extendido sobre la mesa, frente a la puerta.

Dominique se detuvo, con las manos atrás, aferrado el marco de la puerta. El proyecto estaba demasiado lejos para que pudiera ver la firma, pero reconoció el trabajo y supo quién era el único ser que podía haberlo diseñado.

Movió sus espaldas, describiendo un círculo, girando lentamente como si estuviese amarrada a una estaca y hubiese perdido la esperanza de huir, y sólo su cuerpo hiciera un esfuerzo último e

instintivo de protesta.

Pensó que tendida en la cama en brazos de Roark, y en presencia de Wynand, la violación hubiera sido menos terrible; aquel proyecto era más personal que el cuerpo de Roark, creado como respuesta a una fuerza de equilibrio que procedía de Wynand; era una violación de ella, de Roark, de Wynand, y, sin embargo, comprendió que era lo inevitable.

—No —murmuró—, cosas como ésta nunca son una coincidencia.

—¿Qué?

Pero ella levantó la mano, rechazando, con amabilidad, toda conversación y se acercó al fino dibujo, apagando sus pasos sobre la alfombra. Vio la firma, de finos rasgos, en un ángulo: «Howard Roark». Era menos terrible que la forma de la casa; era un débil punto de apoyo, era un saludo.

—¿Qué, Dominique?

Volvió hacia Wynand el rostro. Él advirtió su respuesta.

—Sabía que te gustaría. Perdona lo inadecuado. Esta noche nos faltan las palabras.

Ella se acercó al diván y se sentó, apoyando la espalda en los almohadones para mantenerse erguida. Se quedó mirando a Wynand. Él estaba delante de ella, apoyado en el manto de la chimenea, mirando el dibujo, vuelto. Ella no podía desviarse del proyecto: el rostro de Wynand era como un reflejo del mismo.

—¿Lo has visto a él, Gail?

—¿A quién?

—Al arquitecto.

—Naturalmente que lo he visto. No hace una hora.

—¿Cuándo lo viste por vez primera?

—El mes pasado.

—¿Tanto tiempo hace que lo conoces?... Cada noche... cuando venías a casa... en la mesa...

—¿Quieres preguntarme por qué no te lo dije?

Quería tener el proyecto para mostrártelo. La casa la imaginé igual a ésta, pero no te lo podía explicar. No creía que nadie pudiese comprender y diseñar jamás lo que yo quería. Él lo ha hecho.

—¿Quién?

—Howard Roark.

Quería escuchar aquel nombre en boca de Gail Wynand.

—¿Cómo se te ocurrió elegirlo, Gail?

—Miré todo lo que había en el país. Todos los edificios que me gustaban habían sido construidos por él.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Dominique, doy por sentado que no te importa ya, pero sé que he elegido al único arquitecto a quien atacaste todo el tiempo que estuviste en el Banner.

—¿Leíste mis artículos?

—Sí. Sin embargo, trabajaste para él una vez. La estatua, Dominique, fue hecha para su templo.

—Sí.

—Es extraño. Perdiste el puesto en el Banner por defenderlo. No sabía eso cuando lo elegí. No sabía nada del juicio. Había olvidado su nombre. Dominique, en cierto modo, fue él quien me dio tu

persona. La estatua... de su templo. Y ahora él me va a dar la casa. Dominique, ¿por qué le odias?

—No le odiaba... Hace tanto...

—Supongo que nada de esto importa ya, ¿verdad?

Wynand señaló el proyecto.

—No lo veo desde hace años.

—Lo verás dentro de una hora. Viene a cenar.

Ella movió la mano, trazando una espiral en el brazo del diván, para convencerse de que podía hacerla.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Lo has invitado a cenar?

Wynand se sonrió; recordaba el disgusto que sentía por la presencia de invitados en la casa. Dijo:

—Esto es distinto. Lo quiero aquí. No creo que lo recuerdes bien..., si no, no estarías asombrada.

Dominique se puso en pie.

—Está bien, Gail. Iré a dar las órdenes. Después, tendré que vestirme.

Se miraron uno al otro en el salón de la casa de Wynand. Ella pensó cuán simple era todo. Él siempre había estado allí. Había sido la fuerza motriz de cada paso que ella daba en las habitaciones. La había conducido allí y ahora iba a reclamar el sitio. Ella lo contemplaba. Lo miraba como lo había visto, por la mañana, cuando se despertó en su cama por última vez. Sabía que ni su ropa ni los años se habían interpuesto entre ella y la integridad viviente de aquel recuerdo. Pensó que había sido inevitable desde el primer momento, desde el instante en que lo vio en la cantera, tenía que terminar así, en la casa de Gail Wynand; y al fin sentía la paz de la consumación, sabía que su parte en la decisión había terminado; ella había sido la única que había actuado, pero en adelante actuaría él.

Estaba erguida, con la cabeza levantada, los planos de su rostro tenían simetría militar y fragilidad femenina; sus manos colgaban a los lados, paralelas a las líneas de su traje negro.

—¿Cómo está usted, señor Roark?

—¿Cómo está usted, señora Wynand?

—Le agradezco mucho la casa que ha proyectado para nosotros. Es el más hermoso de sus edificios.

—Tenía que ser, señora Wynand, dada la naturaleza de la obra.

Dominique volvió la cabeza.

—¿Cómo encargaste el trabajo al señor Roark, Gail?

—Exactamente como te he dicho.

Pensó en lo que Roark había oído decir de Wynand, y que había aceptado. Se dirigió al asiento y los dos hombres siguieron su ejemplo. Roark dijo:

—Si le gusta la casa, debe tener presente que el primer paso fue la concepción que de ella tuvo Wynand.

—¿Está compartiendo su reputación con su cliente?

—Sí, en cierto modo.

—Creo que contradice, por lo que recuerdo, sus convicciones profesionales.

—Pero apoya mis convicciones personales.

—Nunca he comprendido eso.

—Creo en los conflictos, señora.

—¿Ha habido un conflicto en el diseño de esta casa?

—El deseo de no ser influido por mi cliente.

—¿En qué modo?

—Me ha gustado trabajar para algunas personas y no me ha gustado hacerlo para otras, pero ninguna de ambas cosas interesa. Esta vez me di cuenta de que la casa sería lo que tenía que ser, sólo porque debía ser hecha por el señor Wynand. Tenía que superar eso. O más bien, tenía que trabajar con él y contra él. Era la mejor manera de obrar. La casa debía sobrepasar al arquitecto, al cliente y al ocupante futuro.

—Pero la casa... es usted, Howard —dijo Wynand—. Es usted a pesar de todo.

Cuando oyó el nombre, «Howard», el rostro de Dominique tuvo el primer signo de emoción, pero fue una emoción serena. Wynand no lo advirtió, Roark, sí. La miró; fue su primer contacto personal. Ella no pudo leer ningún comentario; sólo una afirmación consciente del pensamiento que la había emocionado.

—Gracias por haber comprendido, Gail —contestó él.

—Es extraño —agregó Wynand—. Yo soy el hombre que más posee, ofensivamente, en todo el mundo. Hago algo con las cosas. Si yo elijo un cenicero en cualquier casa de las de a diez centavos, y lo pago y me lo meto en el bolsillo, ese cenicero se transforma en una clase especial, distinto de cualquier otro por el solo hecho de ser mío. Se produce en las cosas una calidad especial, una suerte de halo, al tomar contacto conmigo. Siento esto en todo lo que poseo. Desde mi abrigo a una linotipia; desde la sala de composición de los ejemplares del Banner que se venden en los puestos, a esta casa, a mi esposa. Nunca he deseado tanto ser el dueño de algo como quiero serlo de la casa que usted me construirá. Tal vez tenga celos de que Dominique viva en ella. Soy un loco en cosas como éstas. Y sin embargo, haga lo que haga, o pague lo que pague, siento que no seré el dueño; la casa será siempre suya.

—Será mía, Gail, pero en otro sentido. Usted poseerá esa casa y cualquier otra que yo haya construido. Usted es dueño de cada edificación que le ha respondido cuando se detuvo ante ella.

—¿En qué sentido?

—En un sentido personal. Lo que usted siente, precisamente, en presencia de algo que admira es una palabra; sí. La afirmación, la aceptación, el signo de admisión. Y eso sí es más que una contestación, en una especie de amén a la vida, a la tierra que sostiene ese algo, el pensamiento que lo creó, a usted mismo, porque lo puede contemplar. Pero la facultad de decir sí o no es de la esencia de toda propiedad. Es su propia propiedad y su propio yo. Su alma, si usted quiere. Su alma tiene una sola función básica, la de valorar. No puede decir sí, sin decir yo. No existe afirmación sin el que afirma. En este sentido es suyo todo aquello a lo que concede su amor.

—En ese sentido, ¿comparte usted las cosas con otros?

—No. No se trata de compartir. Cuando escucho una sinfonía que me gusta, no tomo de ella lo que tomó el compositor. Pero si usted pronuncia ante ella su propio amén, es también suya. Y yo

estoy encantado de que sea suya.

Wynand dijo sonriendo:

—Me gusta que piense así. De suerte que yo soy dueño de Monadnock, de la casa de Enright, del edificio Cord...

—Y del templo Stoddard —agregó Dominique. Ella los había escuchado. Se sentía estupefacta. Wynand nunca había hablado así con ningún invitado; Roark nunca había hablado así con ningún cliente. Percibió que aquella estupefacción podía estallar más tarde en ira o en indignación; ahora había sólo un tono incisivo en su voz, un tono que destruía lo que había oído.

Ella pensó que había tenido éxito. Wynand contestó, dejando caer la palabra pesadamente:

—Sí.

—Olvidé el templo Stoddard, Gail —dijo Roark. Había una alegría tan simple y descuidada en su voz, que ninguna dispensación solemne podía haber sido más efectiva.

—Sí, Howard —agregó Wynand sonriendo.

Dominique notó que los ojos de Roark se volvían hacia ella.

—No le he dado las gracias, señora, por haberme aceptado como arquitecto. Sé que el señor Wynand me eligió, pero que usted podía haber rechazado mis servicios. Debo decirle que estoy encantado con que no lo haya hecho.

Ella pensó: «Lo creo porque nada de lo que ocurre puede creerse; todo lo aceptaré esta noche. Lo estoy mirando».

Con indiferente cortesía dijo:

—¿No habrá sido un reproche, a mi juicio, el suponer que yo podría rechazar una casa que usted ha proyectado, señor Roark?

Se le ocurrió que nada de lo que ella dijese en voz alta tenía importancia.

—Howard, ¿ése sí puede ser retirado una vez concedido? —interrogó Wynand.

Dominique se quiso reír con un enojo incrédulo. Era la voz de Wynand la que había preguntado en lugar de haber sido la de ella. «Él debe mirarme cuando conteste —pensó—, él debe mirarme».

—Nunca —repuso Roark mirando a Wynand.

—Se dicen muchas tonterías cuando se habla de la inconsciencia humana y de la fugacidad de las emociones —dijo Wynand—. Yo creo en primer término que un sentimiento que cambia nunca ha existido. Hay libros que me gustaban a la edad de dieciocho años y que todavía me gustan.

El camarero entró trayendo una bandeja con *cocktails*. En tanto asía su copa, ella observaba a Roark al coger la suya de la bandeja. «En ese instante —pensó—, el pie de la copa entre sus dedos, le produce la misma impresión que a mí el mismo hecho; tenemos esto en común». Wynand, de pie, sosteniendo la copa, miraba a Roark con sorpresa incrédula, no como a un invitado, sino como a un propietario que casi no se da cuenta de que posee tan valiosa propiedad. Dominique pensó: «No estoy loca, sino solamente nerviosa; pero está bien, estoy diciendo algo, no sé de qué se trata, pero debe de estar bien; ambos hablan y escuchan, Gail se sonríe, debo de estar diciendo cosas convenientes».

Se anunció la cena y ella se levantó obediente, inició la marcha hacia el comedor como un animal gracioso que se equilibra por reflejos condicionados. Se sentó a la cabecera de la mesa, entre los dos hombres, situados frente a frente. Observó los cubiertos de plata en las manos de Roark, las

piezas de metal pulido con las iniciales G. W. «He hecho esto muchas veces —pensó—. Soy la encantadora señora de Wynand. Se trataba de senadores, jueces, presidentes de compañías de seguros que se sentaban a mi derecha y estoy acostumbrada a esto. Todo porque Gail ha sido elevado, a través de años de tortura, a una posición que le ha permitido invitar a cenar a senadores y jueces, para entretenerse con ellos, todo con el objeto de que llegara una noche en que el individuo que tuviera al frente fuera Howard Roark».

Wynand habló de periodismo, no demostró ningún desagrado en discutir el tema con Roark, y ella pronunció pocas frases cuando le pareció oportuno. Su voz tenía una simplicidad luminosa, ella se dejaba llevar sin resistencia, pues cualquier reacción, ya fuese de pena o de temor, hubiera sido superflua. Pensó, en el transcurso de la conversación, que la frase próxima de Wynand sería: «Tú has convivido con él», y ella le respondería: «Sí, es verdad», con toda sencillez. Pero Wynand raramente la miraba; cuando lo hacía, advertía en el rostro de él que el suyo estaba normal.

Después volvieron al salón y vio a Roark junto a la ventana, frente a las luces de la ciudad. «Gail construyó este lugar —pensó— como una prueba de su propia victoria, para tener siempre la ciudad delante, la ciudad en la cual miraba al fin».

«Pero esto ha sido edificado expresamente para que el cuerpo de Roark (y creo que Gail lo sabe) obstruyera millas de esa perspectiva, dejando al margen de su figura sólo algunos puntos de fuego y algunos tubos de vidrio iluminado». Roark estaba fumando y ella observaba cómo movía su cigarrillo, lentamente, frente al cielo negro, cómo se lo colocaba entre los labios y después lo tomaba entre los dedos extendidos y pensó: «Son sólo chispas que se desprenden de su cigarrillo las que brillan en el espacio que está detrás de él».

—A Gail siempre le agrada contemplar la ciudad de noche —dijo ella amablemente—. Le gustaban los rascacielos.

Entonces advirtió que había hablado en pasado y se preguntó porqué. Wynand trajo el proyecto, extendió los planos sobre la mesa y los tres se inclinaron sobre ellos. El lápiz de Roark se movía señalando los complicados rasgos geométricos de las líneas finas de los blancos pliegos. Dominique oía su voz, cerca de ella, que daba explicaciones. No hablaba de belleza ni de afirmaciones, sino de armarios, escaleras, despensas, cuartos de baño. Roark le preguntó si encontraba conveniente la disposición. Ella pensó que resultaba extraño que todos hablaran como si realmente ella viviese en aquella casa.

Cuando Roark se fue, Wynand le preguntó:

—¿Qué opinas del arquitecto?

Dominique sintió algo de disgusto y de peligro, como un súbito retorcimiento, y dijo, con un poco de temor y otro poco de deliberada provocación:

—¿No te acuerdas de Dwight Carson?

—¡Oh, olvídate de Dwight Carson!

La voz de Wynand, rechazando la seriedad, rechazando la culpa, tenía exactamente el mismo tono que la voz que había dicho: «Olvide el templo de Stoddard».

La secretaria, en la sala de espera, miró fijamente al caballero cuyo rostro tan a menudo había visto en los diarios.

—Gail Wynand —dijo inclinando la cabeza en señal de presentación—. Me gustaría ver al señor

Roark, siempre que no esté ocupado. Por favor, no le moleste si lo está. No he sido citado.

La secretaria nunca se había imaginado que Wynand fuese a una oficina sin ser anunciado y que solicitara que se le admitiera en un tono de grave deferencia.

Anunció al cliente. Roark salió a la sala de espera, sonriente, como si no encontrase nada de extraordinario en aquella visita.

—¡Hola, Gail! Entre.

—¡Hola, Howard!

Siguió a Roark. A través de las ventanas se veía la oscuridad del atardecer, que disolvía la ciudad. Nevaba. Manchitas negras remolineaban furiosamente al trasluz.

—No quiero interrumpirle si está ocupado, Howard. No es nada importante.

Hacía cinco días, desde la fecha de la cena, que no veía a Roark.

—No estoy ocupado. Quítese el abrigo. ¿Traigo el proyecto?

—No, no quiero hablar de la casa. He venido sin ningún motivo especial. He estado en mi oficina todo el día, medio enfermo, y se me ocurrió venir aquí. ¿Qué le causa risa?

—Nada. Que usted dijo que no es nada importante.

Wynand le miró, se sonrió y asintió con la cabeza.

Se sentó al borde de la mesa, con una comodidad que nunca había sentido en su propia oficina, con las manos en los bolsillos y balanceando una pierna.

—Es casi extraordinario conversar con usted. Siempre siento como si estuviera comentando una copia al carbón de mí mismo y usted ya hubiera visto el original. Parece que usted oye un minuto antes todo lo que voy a decir. Estamos desacordes.

—¿Llama desacorde a eso?

—Quizá demasiado sincronizados. —Sus ojos se movían lentamente en torno a la pieza—. Si nosotros somos dueños de las cosas que aceptamos, entonces yo soy el dueño de esta oficina.

—Le pertenece.

—¿Sabe lo que siento aquí? No, no digo que me sienta como en mi casa, no creo que me sienta en ninguna parte como en mi casa. No diría que me sienta como en los palacios que he visitado o en las grandes catedrales europeas. Me siento como cuando estaba en Hell's Kitchen, en los mejores días que pasé allí, que no fueron muchos, por cierto; a veces me sentaba como ahora, si bien en un pedazo de pared rota junto al muelle; había estrellas encima de mi cabeza, y montones de residuos alrededor; el río olía a ostras podridas... Howard, cuando mira hacia atrás, ¿no le parece como si todos sus días se hubiesen deslizado monótonamente, como una especie de ejercicio de mecanografía? ¿O había allí altos, o sea puntos en los que alcanzaba metas, y después continuaba la escritura?

—Hubo altos.

—¿Los conocía usted a veces, sabía lo que significaban?

—Sí.

—Yo no. Lo supe después, pero jamás conocí las razones. Hubo un momento: eran las doce y yo estaba detrás de una pared esperando que me mataran. Sólo sabía que iban a matarme. Ni lo que hice después ni la lucha que tuve que afrontar, sino únicamente el momento en que yo había estado esperando. No sé por qué es un punto que yo recuerdo, o por qué estoy orgulloso de él. No sé por qué se me ocurre aquí.

—No busque la razón.

—¿La conoce?

—He estado pensando en mi pasado desde que lo conocí a usted. Había pasado años sin pensar en él. No, no extraigo de ello conclusiones secretas para usted. No me disgusta mirar hacia atrás ni me causa placer. No es nada más que mirar. No es una búsqueda, ni siquiera un viaje. No es otra cosa que una manera de caminar al azar, como vagar por el campo al atardecer, cuando uno está un poco cansado... Si hay alguna conexión con usted, es sólo un pensamiento que retorna. Me quedo pensando en que usted y yo empezamos del mismo modo. Desde el mismo punto. Desde la nada. Pienso exactamente en todo eso. Precisamente, en que «nosotros empezamos del mismo modo...». ¿Quiere decirme qué significa esto?

—No.

Wynand echó un vistazo a la habitación y vio un diario en la parte superior de un fichero.

—¿Quién diablos lee el Banner aquí?

—Yo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un mes.

—¿Sadismo?

—No. Curiosidad.

Wynand se puso en pie, tomó el diario y hojeó las páginas. Se detuvo en una y se rió entre dientes. La levantó: la página tenía la fotografía de los proyectos para la exposición La Marcha de los Siglos.

—Terrible, ¿no? Es desagradable tener que darle publicidad a esto. Pero me siento mejor cuando pienso en lo que les hizo usted a esos eminentes líderes políticos. —Se sonrió alegre—. Les dijo que no cooperaba ni colaboraba.

—Pero no se trataba de una postura, Gail. Era simple sentido común. Uno no puede colaborar en el propio trabajo. Yo puedo cooperar, si así se dice, con los obreros que levantan mis construcciones, pero no puedo ayudarles a colocar los ladrillos y ellos no pueden ayudarme a proyectar la casa.

—Es lo que hubiera querido hacer. Estoy obligado a darles a esos líderes políticos espacio gratis en mis diarios. Pero está bien. Usted los ha abofeteado por mí. —Apartó el diario, sin disgusto—. Es como el almuerzo al cual tuve que asistir hoy. Una reunión nacional de anunciadores. Tuve que darles publicidad culebreando, torciéndome, rabiando. Tanto me disgustó que creí que iba a atacarlos a ciegas o a romper a golpes la cabeza de alguno de ellos. Entonces me acordé de usted. Pensé que nada de aquello le afectaba. En ninguna forma. La reunión nacional de anunciadores no existe, por lo tanto, para usted. Es una especie de cuarta dimensión que nunca puede establecer ninguna comunicación con usted. Pensé en eso y sentí un consuelo especial.

Se apoyó en el fichero, adelantando un pie, cruzó los brazos, y habló suavemente:

—Howard, una vez tuve un gatito. Era un animalito lleno de pulgas, nada más que piel, suciedad y huesos; me siguió a casa, le di de comer y un puntapié, pero al día siguiente volvió y, al fin, me quedé con él. Entonces yo tenía diecisiete años, trabajaba en la Gazette, aprendiendo el oficio que iba a desempeñar toda mi vida. Lo podía tener, pero no para siempre. A veces me sentía mal. Por las

noches, generalmente. Una vez quise suicidarme. No por rabia, la rabia me hace trabajar con más ahínco. Tampoco por miedo. Por disgusto, Howard. Un disgusto que le da a uno la impresión de que todo el mundo estuviera bajo el agua, y el agua estuviera inmóvil, una agua que hubiese salido de las cloacas y lo hubiera destruido todo, hasta el cielo, hasta mi cerebro. Entonces contemplé el gatito. Pensé que él no conocía las cosas que yo odiaba, que nunca las podría conocer. Estaba limpio, limpio en un sentido absoluto, porque no tenía capacidad para comprender la fealdad del mundo. No puedo relatarle el consuelo que tuve al tratar de imaginar el estado de conciencia que había dentro de aquel pequeño cerebro, al tratar de compartirlo: una conciencia viviente, pero limpia y libre. Yo estaba en el suelo y colocaba mi rostro contra la panza del gatito y escuchaba al animal que ronroneaba. Y entonces me sentí mejor... Ésa es la cuestión, Howard. He llamado a su oficina un muelle con olor a podrido y a usted un gatito de la calle. Ésa es mi manera de rendirle homenaje.

Roark se sonrió. Wynand notó que la risa era de agradecimiento.

—¡Cállese, Wynand! —dijo bruscamente—. No diga nada.

Gail se encaminó a la ventana y se quedó mirando hacia fuera.

—No sé por qué diablos habré hablado así. Éstos son los primeros años felices de mi vida. Lo conocí porque quise elegir un monumento a mi felicidad. Vengo aquí para buscar descanso, lo encuentro y después salgo con estas cosas... Bien, no importa... Mire qué tiempo asqueroso. ¿Ha terminado su trabajo? ¿Da por terminado el día?

—Sí.

—Vamos a cenar juntos por aquí cerca.

—Vamos.

—¿Me permite hablar por teléfono? Le diré a Dominique que no me espere a cenar.

Marcó el número, Roark se dirigió a la sala de dibujo: tenía que dar órdenes antes de irse. Pero se detuvo en la puerta. Tuvo que detenerse y oír.

—¡Hola! ¿Dominique...? Sí... Cansado... No; tú lo pareces... No iré a cenar. ¿Me disculpas, adorada?... No sé; quizá tarde... Voy a comer en el centro... No; voy a cenar con Howard Roark... ¿Dominique?... Sí... ¿Qué?... Te estoy hablando desde su oficina... Hasta luego, querida.

Volvió a colgar el receptor.

En la biblioteca de su casa, Dominique permaneció con la mano en el teléfono, como si todavía durase la conversación.

Durante cinco días y sus correspondientes noches luchó contra su solo deseo: ir a verle. Verle solo, en cualquier parte; en su casa, en su oficina, en la calle; nada más que por una palabra o una sola mirada, pero que estuviese solo. No podía ir. Su participación en la acción había terminado. Él podía verla cuando desease. Ella se dio cuenta de que él la visitaría y de que deseaba que lo esperase. Lo había esperado, pero había concentrado todo su pensamiento en una dirección, en una oficina del edificio Cord.

Se quedó con el receptor en la mano. Ella no debía ir a aquella oficina, pero Gail podía hacerlo.

Cuando Ellsworth entró en el despacho de Wynand, adonde había sido citado, dio algunos pasos y después se detuvo. Las paredes de la habitación —la única lujosa del edificio Banner— estaban hechas de corcho, con paneles de cobre. Nunca habían ostentado ningún cuadro. En la pared que daba al frente a la mesa de Wynand, Ellsworth vio una fotografía ampliada: la de Roark el día de la

inauguración de la casa Enright; Roark junto al parapeto del río mirando hacia arriba.

Toohey se dirigió a Wynand. Se contemplaron.

Wynand le indicó una silla y Toohey se sentó. Wynand empezó a hablar sonriente:

—Nunca pensé que podía estar de acuerdo con algunas de sus teorías sociales, señor Toohey; pero me encuentro forzado a hacerlo. Usted siempre ha denunciado la hipocresía de las clases superiores y ha predicado la virtud de las masas. Y ahora hallo que añoro las ventajas de que gozaba en mi estado de proletario. Cuando estaba en Hell's Kitchen, yo habría empezado esta entrevista diciendo: «¡Escuche, piojo!». Pero desde el momento que soy capitalista, no puedo proceder así.

Toohey esperaba y parecía curioso.

—Empezaré por decirle: escuche, señor Toohey. No sé qué es lo que le pone nervioso. No me preocupa analizar sus motivos. Mi estómago no necesita estudiantes de medicina. De manera que no haré preguntas ni quiero escuchar explicaciones. Le diré, solamente, que desde hoy en adelante no deberá mencionar más un nombre en su columna. —Y señaló la fotografía—. Podría encargarle la publicidad a, usted mismo, y eso me causaría placer; pero prefiero prohibirle el tema en absoluto. Ni una palabra, señor Toohey. Nunca más. No mencione ahora su contrato o alguna cláusula especial del mismo. No sería aconsejable. Siga escribiendo su columna, pero recuerde su título y dedíquela a temas proporcionados al mismo. Conserve su pequeñez, señor Toohey. Muy pequeña.

—Sí, señor Wynand —contestó Toohey fácilmente—. No tengo que escribir del señor Roark más.

—Eso es todo.

—Sí, señor Wynand.

Toohey se puso en pie.

Gail Wynand leía las pruebas de un editorial acerca del valor moral de crear familias numerosas. Las frases eran como goma ya mascada, mascada y vuelta a masticar, arrojada y recogida nuevamente, pasando de boca en boca, del empedrado a la suela del zapato y de ésta a la boca y al cerebro... Se acordó de Howard Roark y continuó leyendo el Banner. Esto le facilitaba las cosas.

«La delicadeza es la posesión mayor de una muchacha. No dejen de lavar la ropa interior cada noche, de aprender a conversar sobre temas culturales, y tendrán todas las citas que quieran». «Su horóscopo para mañana se muestra benéfico». «La aplicación y la sinceridad obtendrán premios en los campos de la ingeniería, de la contabilidad y del amor». «Las manías de la señora de Hunting Cole son el jardín, la ópera y las primeras azucareras norteamericanas. Divide su tiempo entre su hijito Kit y sus numerosas actividades de beneficencia». «Yo soy Millie, nada más que una huérfana». «Para el régimen de dieta completa envíe un sobre con sello de diez centavos y con su propia dirección...». Volvió las páginas pensando en Howard Roark.

«Pero esto me causa dolor —pensó—. Me duele cada vez que pienso en él. Me hace más fácil todas las cosas: la gente, los editoriales, los contratos; pero lo hace más fácil porque duele tanto. El dolor es también un estimulante. Creo que odio esta palabra. Quiero seguir repitiéndola. Es un dolor lo que quiero soportar».

Después se sentaba frente a Roark en el estudio de su casa, y no sentía dolor, sino un deseo de reírse sin malignidad.

—Howard, todo lo que usted ha hecho en su vida es un error de acuerdo con los ideales que manifiesta el ser humano. Y aquí está usted. Y de algún modo parece una gran burla hacia todo el mundo.

Roark estaba sentado en un sillón junto a la chimenea. El resplandor del fuego se proyectaba en el estudio; la luz parecía curvarse sobre cada objeto que había en la habitación con placer consciente, orgullosa de dar importancia a su belleza, estampando su aprobación en el gusto del hombre que había dispuesto aquella escena para sí mismo.

Estaban solos. Dominique se había excusado después de la cena. Ella se había dado cuenta de que querían estar solos.

—Una burla hacia nosotros —dijo Wynand—. Hacia cada hombre de la calle. Yo siempre mido a los hombres de la calle. Solía viajar en el Metro nada más que para ver cuántas personas llevaban el Banner. Solía odiarlos y a veces temerlos. Pero ahora los miro y digo: «¿Por qué, pobres tontos?». Eso es todo.

Una mañana le habló por teléfono a Roark.

—¿Puede almorzar conmigo, Howard? Nos veremos dentro de media hora en el «Nordland».

Se encogió de hombros, sonriendo, cuando vio a Roark sentado en el restaurante.

—Nada, completamente nada, Roark. Ningún motivo especial. Acabo de pasar media hora desagradable y quería quitarme el mal gusto de boca.

—Una media hora desagradable, ¿por qué?

—Me retraté con Lancelot Clokey.

—¿Quién es Lancelot Clokey? Wynand se rió a carcajadas, olvidando su afectada elegancia,

olvidando la mirada asombrada del camarero.

—Ésta es la cuestión, Howard. Éste es el motivo por el cual quería almorzar con usted, porque puede decir cosas como ésa.

—Pero ¿de qué se trata?

—¿No lee libros? ¿No sabe que Lancelot Clokey es el observador más sensible de la escena internacional que tenemos? Esto es lo que dijo el crítico de mi propio Banner. Lancelot Clokey acaba de ser elegido el autor del año, o algo así, por varias organizaciones. Estamos publicando su biografía en el suplemento del domingo y yo acabo de retratarme con él pasándole la mano por la espalda. Usa camisa de seda y huele a *gin*. Su segundo libro es sobre su infancia y cómo ésta le ayudó a contemplar la escena internacional. Se vendieron cien mil ejemplares. Sin embargo, usted no ha oído hablar de él. Vamos, coma. Me gusta verlo comer. Me gustaría que estuviese en la época mala; así le podría pagar este almuerzo y darme cuenta de cuán verdaderamente lo necesita.

Al finalizar el día solía ir, sin hacerse anunciar, a la oficina o a la casa de Roark. Éste tenía un departamento en la casa Enright, una unidad de cristal sobre el East River: un cuarto de trabajo, una biblioteca, un dormitorio. Él mismo había diseñado los muebles. Wynand no pudo comprender durante mucho tiempo por qué el lugar le producía una impresión de lujo, hasta que advirtió que era a causa de que los muebles pasaban inadvertidos, había sólo un espacio vacío y el lujo de una austeridad que había sido difícil de conseguir. En valor monetario era la casa más modesta en la cual Wynand había entrado como visita desde hacía veinticinco años.

—Empezamos del mismo modo, Howard —dijo, echando una mirada a la habitación de Roark—. De acuerdo con mi juicio y con mi experiencia, usted debería haber permanecido en la miseria. Pero no. Me gusta esta habitación. Me gusta sentarme aquí.

—Me gusta verlo aquí.

—Howard, ¿ha tenido alguna vez poder sobre algún ser humano?

—No. Y no lo tomaría si me lo ofrecieran.

—No puedo creerlo.

—Una vez me lo ofrecieron y lo rehusé, Gail. Wynand lo miró con curiosidad; era la primera vez que había notado un esfuerzo en la voz de Roark.

—¿Por qué?

—Debía hacerlo.

—¿Por respeto al hombre?

—Era una mujer.

—Usted es tonto de remate. ¿Por respeto a una mujer?

—Por respeto a mí mismo.

—No espere a que lo comprenda. Somos lo más opuesto que pueden ser dos personas.

—Eso lo pensé una vez. Quería creer eso.

—¿Y ahora no quiere?

—No.

—¿Desprecia todos los actos que yo he cometido?

—Al menos casi todos los que conozco.

—¿Y quiere verme aquí todavía?

—Sí, Gail. Hubo un hombre que le consideraba a usted como el símbolo del mal, que lo había destruido a él y que me destruiría a mí. Me dejó ese odio. Y había otra razón. Creo que lo odiaba a usted antes de haberlo conocido.

—Sabía eso. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

—No se lo puedo explicar.

Se dirigieron juntos a la posesión de Connecticut, donde, sobre el suelo helado, habían comenzado a levantar las paredes de la casa. Wynand siguió a Roark a través de las futuras habitaciones; se apartaba y lo miraba dar instrucciones. Algunas veces Wynand iba solo. Los obreros descubrían el automóvil negro doblando por la carretera; en la cima de la colina veían la figura de Wynand, de pie, contemplando la construcción a distancia. Permanecía inmóvil frente al cielo gris, mientras copos de nieve revoloteaban perezosamente sobre el ala de su sombrero.

Un día de abril fue solo a Connecticut después de una ausencia de varias semanas. El coche volaba por el campo, no como un objeto, sino como un relámpago. No sentía traqueteos dentro de su pequeño recinto de vidrio y de cuero; le parecía que el vehículo estaba inmóvil, suspendido en el aire, mientras sus manos en el volante hacían que la tierra volara delante y él sólo tuviese que esperar que el lugar deseado girara hasta él. Le gustaba el volante del automóvil como le gustaba su despacho en el Banner; ambos le daban la misma sensación de un monstruoso peligro desatado bajo la experta dirección de sus dedos.

Algo cruzó por su visión una milla antes, y pensó cuán extraño resultaba que lo hubiese advertido, porque no era nada más que una mata de yerbajos que estaba junto al camino; una milla más adelante se daba cuenta de algo más raro todavía; los yerbajos estaban verdes. «Entonces no estamos en mitad del invierno», pensó. Y notó con sorpresa que el invierno había pasado. Había estado tan ocupado en las últimas semanas, que no había tenido tiempo de advertirlo. Ahora veía una sugestión de verde, como un murmullo, que se cernía sobre los campos que lo rodeaban. Oyó tres frases en su mente, en precisa sucesión, como si fuesen engranajes trabados: «Es primavera. ¿Habré dejado muchas cosas por ver? Tengo cincuenta y cinco años».

Eran enunciados, no emociones, y no sintió nada, ni ansiedad ni temor. Pero se dio cuenta de que era extraño que pudiese tener sentido del tiempo, pues nunca había pensado en su edad con relación a ninguna otra cosa. Nunca había definido su posición sobre un curso limitado ni había pensado en cursos ni en límites. Había sido Gail Wynand y había sido como un auto; sin embargo, los años habían pasado junto a él como aquella tierra, y el motor dentro de él había regulado la fuga de los años.

«No —pensó—, no deploro nada. Hubo cosas que pasé por alto; pero no hago preguntas, porque las he amado tal como fueron, hasta los momentos de vacío, hasta los no correspondidos; y eso que amé es lo no correspondido en mi vida, pero lo amé. Si fuera cierta esa vieja leyenda según la cual hay que presentarse delante de un juez supremo y referir las acciones de cada uno, yo ofrecería, con todo mi orgullo, no una acción realizada, sino algo que nunca hice en la tierra: nunca busqué una sanción externa. Llegaría y diría: Soy Gail Wynand, el hombre que ha cometido todos los crímenes, excepto el principal, el considerar fútil el hecho maravilloso de la existencia y buscar una justicia fuera de sí mismo. Éste es mi orgullo: que ahora, pensando en el fin, no grite, como todos los hombres de mi edad: ¿Para qué valía todo y cuál era su significado? Yo he sido el objeto y el

significado, yo, Gail Wynand. Esto es lo que viví y esto es lo que hice».

Se dirigió hasta el pie de la colina y frenó, asustado, mirando hacia arriba. En su ausencia, la casa había tomado forma, se la podía reconocer ahora, era como en el proyecto. Sintió un ímpetu de sorpresa infantil al ver que había salido igual que en el proyecto, como si nunca hubiese creído en él. Sin embargo, elevándose en el cielo azul pálido, parecía un dibujo sin terminar: los planos de la albañilería eran como extensiones rellenas con acuarela: los andamios, desnudos como líneas de lápiz: un inmenso diseño sobre papel de color azul pálido.

Dejó el auto y subió a la cumbre de la colina. Vio a Roark entre los hombres. Se quedó fuera y observó el modo que tenía Roark de recorrer la construcción, la manera de volver la cabeza o de levantar la mano para señalar algo. Advirtió la manera que Roark tenía de pararse, separando las piernas, colocando los brazos a los lados, la cabeza levantada; una postura instintiva de firmeza, de energía mantenida sin esfuerzo, un instante que le daba a su cuerpo la nitidez estructural de su propio edificio.

Pensó que no había nada emocional en el acto de erigir un edificio; no era nada más que un trabajo mecánico, como instalar cloacas o hacer un automóvil, y por eso le causaba asombro ver que Roark sentía lo mismo que él en su galería de arte. «Él pertenece a un edificio en construcción más que a uno terminado —pensó Wynand—, más que a un estudio de arquitecto. Es su escenario conveniente, le sienta bien, como a mí el yate».

Después que Roark salió, caminaron juntos por la cima de la colina, entre los árboles. Se sentaron en un tronco caído, contemplaron la edificación a distancia, a través de los tallos del matorral. Los tallos estaban secos y desnudos, pero tenían un aire primaveral en la alegre insolencia de su impulso hacia arriba, en la agitación de su propósito afirmativo.

—¿Ha estado alguna vez enamorado, Roark?

Roark se volvió, lo miró y contestó serenamente:

—Todavía lo estoy.

Wynand insistió:

—Pero ¿es más grande que el amor lo que siente cuando está en una construcción?

—Mucho más grande, Gail.

—Estaba pensando en la gente que dice que la felicidad es imposible en la tierra... Mire cuán duramente tratan todos de encontrar alegría en la vida. Mire cómo luchan por eso. ¿Por qué tienen que existir seres humanos con dolor? ¿Puede alguien pretender que un ser humano exista para otra cosa que no sea para su propia alegría? Todos la quieren, pero nunca la encuentran. Me pregunto el porqué. Ellos se quejan y dicen que no comprenden el significado de la vida. Hay una clase especial de gente a la cual desprecio. A la que busca un propósito más alto o un fin universal; a la que no sabe para qué vive, que gime buscándose a sí misma. Usted lo oye en torno nuestro. Esto parece ser el lugar común oficial de nuestro siglo. Lo encuentra en cada libro que abre, en cada babeante confesión. Parece que fuera una cosa noble y digna de ser confesada. Yo creo que es la más vergonzosa.

—Mire, Gail. —Roark se levantó, rompió una gruesa rama de árbol, la conservó entre ambas manos, con el puño cerrado en cada uno de los extremos, las muñecas y las articulaciones tensas a causa de la resistencia, y dobló, lentamente, la rama hasta formar un arco—. Ahora puedo hacer con

esto lo que quiera: un arco, una lanza, un bastón, una baranda. Esto es el significado de la vida.

—¿La fuerza vital?

—El trabajo. —Tiró la rama—. El material que la tierra le ofrece y lo que hace con él... ¿Qué piensa de esto, Gail?

—Pienso en la fotografía que está en la pared de mi oficina.

Dominarse como él quería, ser paciente, hacer de la paciencia un deber activo, conscientemente ejecutado cada día, permanecer en presencia de Roark y que la propia serenidad le dijese: «Esto es lo más duro que me puedes haber pedido, pero estoy contenta si es lo que tú quieres», tal era la disciplina de la existencia de Dominique.

Ella se quedaba a un lado, como un tranquilo espectador de Roark y de Wynand. Los observaba en silencio. Había querido comprender a Wynand. Ésta era la réplica.

Aceptaba las visitas de Roark a su casa y el saber que durante las horas de aquellas noches él era propietario de Wynand y no de ella. Lo recibía como amable ama de casa, indiferente y sonriente; no como una persona, sino como un adorno de la casa. Presidía la mesa durante la cena, y después los dejaba en el estudio.

Se quedaba sentada en el salón, con las luces apagadas y la puerta abierta. Se sentaba erguida e inmóvil, sus ojos dirigidos a la rendija de luz que se veía debajo de la puerta del estudio, a través del vestíbulo. Pensaba: «Ésa es mi tarea, aun cuando esté sola, aun en la oscuridad, sin otro reconocimiento que el mío propio: mirar a esa puerta como lo miraba a él, sin quejas... Roark, si éste es el castigo que has elegido para mí, lo soportaré no como un papel, para representarlo en tu presencia, sino como un deber para ser cumplido a solas».

Cuando Roark la miraba, sus ojos hablaban del recuerdo. La mirada decía que nada había cambiado y que nada era necesario manifestar. Ella sentía como si él hablase: «¿Por qué estás ofendida? ¿Hemos sido separados alguna vez? Tu salón, tu marido y la ciudad que temes, ¿son reales ahora, Dominique? ¿Comprendes? ¿Has empezado a comprender?». «Sí», diría ella súbitamente, en voz alta, confiada en que la palabra estaría de acuerdo con la conversación del momento y sabiendo que Roark la tomaría como su respuesta. No había elegido un castigo para ella. Era una disciplina impuesta a los dos, la prueba última. Dominique comprendió su propósito cuando comprobó que su amor por él estaba puesto a prueba por la habitación, por Wynand, por el afecto de ella y de Roark hacia Wynand, por aquella situación imposible, por el forzado silencio...; las barreras le demostraban que ninguna barrera podía existir. No la veía a solas. Esperaba. No podía visitar el lugar de la construcción. Le había dicho a Wynand: «Veré la casa cuando esté terminada». Nunca le hacía preguntas acerca de Roark. Dejaba que sus manos se apoyasen en los brazos del sofá, para que no le fuese negado el consuelo en caso de una violenta conmoción; sus manos eran como un barómetro de resistencia cuando Wynand volvía tarde, por la noche, y le decía que había pasado las horas en el departamento de Roark, en el departamento que ella nunca había visitado.

Una vez no pudo más y le preguntó:

—¿Qué es eso, Gail? ¿Una obsesión?

—Supongo. —Y agregó—: Es extraño que él no te guste.

—Nunca he dicho eso.

—Lo veo. No me sorprende, a decir verdad. Es tu manera de ser. Te disgusta porque es,

precisamente, el tipo de hombre que te debería gustar... No te ofendas por mi obsesión.

—No me ofendo.

—Dominique, ¿podrías comprenderlo si te digo que te quiero más desde que lo conocí? Hasta cuando te tengo en mis brazos (quiero que lo sepas), hasta cuando te tengo en mis brazos es todo mejor que antes. Siento un derecho más grande sobre ti.

Habló con la sencilla confianza que había crecido entre ellos en los tres últimos años. Dominique se quedó mirándolo como siempre; su mirada tenía una ternura sin burla y una tristeza sin piedad.

—Comprendo, Gail. —Después de un instante le preguntó—: ¿Qué significa para ti? ¿Una reliquia?

—Un cilicio —contestó Wynand.

VI

—El mal básico del mundo moderno —dijo Ellsworth Toohey— es la falacia intelectual de considerar que la libertad y la compulsión son opuestos. Para resolver los problemas gigantescos que agitan al mundo en nuestros días, debemos esclarecer nuestra confusión mental. Debemos adquirir una perspectiva filosófica. En esencia, libertad y compulsión son la misma cosa. Les pondré un ejemplo: las luces del tránsito restringen la libertad de cruzar una calle cuando uno lo desea. Pero esa restricción le da la libertad de no ser atropellados por un camión. Si se les asignara un trabajo y se les prohibiera abandonarlo, se restringiría la libertad de sus carreras, pero se les daría la libertad de no temer la falta de empleo. Las dos son inseparables. Sólo aceptando la compulsión total podemos realizar nuestra libertad total.

—Así es —chilló Mitchell Layton. Era un chillido real, agudo, alto. Llegó con la rapidez alarmante de una sirena que anuncia un incendio. Sus invitados se quedaron mirándole.

Estaba sentado en un sofá tapizado de su salón, medio tendido, las piernas y el vientre hacia delante, como un chico terrible que ostenta su mala postura. Todo lo que se refería a Mitchell Layton era aproximado, nunca llegaba a ser completo: su cuerpo había principiado a ser alto, pero cambió de opinión dejándolo con un torso largo sobre rechonchas piernas; su cara tenía huesos delicados, pero la carne le había jugado una mala pasada, hinchándose, no lo bastante para terminar en obesidad, pero lo suficiente para sugerir permanentes paperas.

Mitchell Layton había heredado un cuarto de millón de dólares y había pasado los treinta y tres años de su vida tratando de enmendar aquello.

Ellsworth Toohey, con traje de etiqueta, estaba apoyado negligentemente. Su indiferencia tenía un aire de graciosa despreocupación e impertinencia, como si la gente que lo rodeaba no mereciera otra cosa.

—Eso está bien —dijo Mitchell Layton beligerante, como si esperara que alguien no estuviese de acuerdo—. La gente hace mucho ruido acerca de la libertad. Creo que es una palabra vaga, de la cual se ha abusado con exceso. No estoy seguro de que sea una bendición de Dios. Creo que la gente sería mucho más feliz en una sociedad regulada que tuviese un molde definitivo y una forma unificada, como una danza popular. Y también rítmica. Se necesitaron generaciones para desarrollarla y no se permite que ningún idiota pueda cambiarla. Eso es lo que necesitamos. Una forma y un ritmo. También belleza.

—Ésa es una comparación adecuada, Mitch —dijo Ellsworth Toohey—. Siempre le he dicho que tiene espíritu creador.

—Quiero decir que lo que hace desdichada a la gente no es una sola elección, sino muchas —agregó Mitchell Layton—. Al tener que decidir, siempre hay que decidir partiendo de algún punto. Pero en una sociedad con un molde, un hombre se puede sentir seguro. Nadie podría venir a molestarlo para hacer nada, salvo trabajar, naturalmente, en beneficio de la comunidad.

—Son los valores espirituales los que cuentan —dijo Homer Slottern—. Uno tiene que estar en la época y mantenerse en contacto con el mundo. Éste es un siglo espiritual.

Homer Slottern tenía cara grande y ojos soñolientos. Los botones de su camisa eran rubíes y esmeraldas combinados, como pedazos de ensalada que hubiesen caído sobre su blanca camisa

almidonada. Era dueño de tres grandes tiendas.

—Tendría que existir una ley que obligase a todo el mundo a estudiar los místicos de las edades —dijo Mitchell Layton—. Todo ha sido escrito en las pirámides de Egipto.

—Es verdad —dijo Homer Slottern—. Hay mucho que decir respecto al misticismo, por una parte, y por otra respecto al materialismo dialéctico...

—No se contradicen —enunció Mitchell Layton, despectivamente—. El mundo futuro los combinará.

—En realidad —dijo Toohey— los dos son manifestaciones superficialmente diferentes de la misma cosa. De la misma idea.

Sus lentes producían un centelleo, como si emitieran luz.

—Todo lo que yo sé es que el altruismo es el único principio moral —agregó Jessica Pratt—, el principio más noble, y un deber sagrado mucho más importante que la libertad. El desinterés es el único camino para llegar a la felicidad. Se debería fusilar a todo aquel que se negase a ser desinteresado. Ayudarlos a salir de su desgracia. No pueden ser felices. Jessica Pratt habló con agudeza. Tenía cara gentil avejentada. Su cutis, empolvado torpemente, daba la impresión de que si uno lo tocase con el dedo quedaría manchado de blanco.

Jessica Pratt tenía un antiguo apellido. Carecía de dinero y sólo una gran pasión: el amor por su hermana menor, Renée. Habían quedado huérfanas siendo pequeñas y ella había dedicado su vida a la educación de su hermanita. Lo había sacrificado todo, no se había casado, había luchado, conspirado, tramado, defraudado a través de los años, y obtuvo el triunfo casando a Renée con Homer Slottern.

Renée de Slottern estaba sentada, encorvada, en un escabel, tomando cacahuets. A cada momento extendía la mano hacia la bandeja de cristal y cogía otro. No demostraba mayor esfuerzo. Sus pálidos ojos miraban, plácidamente, como ausentes de su pálido rostro.

—Vas muy lejos, Jess —dijo Homer Slottern—. No puedes esperar que todo el mundo sea un santo.

—No espero nada —repuso Jessica Pratt dulcemente—. He dejado de esperar hace tiempo. Pero lo que todos necesitamos es educación. Yo creo que el señor Toohey comprende. Si todo el mundo estuviese obligado a tener una educación adecuada, el mundo sería feliz. Si obligamos a la gente a hacer bien, tendrán libertad para ser felices.

—Ésa es una educación perfectamente inútil —dijo Eve Layton—. Ninguna persona inteligente cree en la libertad actualmente. Es vieja. El futuro pertenece a lo social. La compulsión es una ley de la naturaleza.

Eve Layton era hermosa. Estaba bajo la luz de un candelabro, su suave cabello negro adherido a la cabeza. La seda, de color verde pálido, de su traje era viva como agua que empieza a correr, contrastando con el resto de la piel, suave y tostada. Tenía la facultad especial de hacer aparecer la seda y el perfume tan moderados como una cubierta de mesa de aluminio. Era una Venus surgiendo de un submarino.

Eve Layton creía que su misión en la vida era estar en la vanguardia no importaba de qué. Su método siempre había sido dar un salto, sin preocuparse, y caer, triunfalmente, lo más lejos posible de los demás. Su filosofía consistía en una frase: «Puedo salirme con la mía en cualquier cosa». En

la conversación parafraseaba su dicho favorito: «¿Yo? Soy el pasado mañana». Era una experta jinete, una corredora de carrera de automóviles, piloto arrojado, campeona de natación. Cuando notó que el énfasis del día se había trasladado al reino de las ideas, dio otro salto, como si lo hiciese a través de una zanja. Aterrizó bien al frente, lo más adelante posible. Una vez que hubo aterrizado se sorprendió de encontrar gente que discutía su proeza. Nadie había discutido nunca sus otras hazañas. Adquirió una cólera impaciente contra aquellos que estaban en desacuerdo con sus puntos de vista políticos. Era un tema de discusión personal. Debía de tener razón desde el momento en que ella era el pasado mañana.

Su marido, Mitchell Layton, la odiaba.

—Es una discusión perfectamente válida —dijo él—. No todos pueden ser tan completos como tú, querida. Debemos ayudar a los demás. Es el deber moral de los líderes intelectuales. Lo que quiere decir que deberíamos dejar de asustarnos por ese espantajo de la palabra compulsión. No hay tal compulsión cuando se trata de una buena causa. Cuando es en nombre del amor. Pero no sé cómo se lo podremos hacer comprender al país. ¡Los yanquis tan jactanciosos!

No podía perdonar a su país porque le había dado un cuarto de millón de dólares y al mismo tiempo no le quiso dar respeto en proporción igual. La gente no tomaba en cuenta sus opiniones sobre arte, literatura, historia, biología, sociología, metafísica; como tomaba en cuenta sus cheques. Se quejaba de que la gente lo identificase demasiado con el dinero, y lo odiaba porque no lo identificaba lo bastante.

—Hay mucho que decir en favor de la compulsión —manifestó Homer Slottern—, siempre que sea democráticamente planeada. El bien común siempre debe estar primero, se quiera o no.

La posición de Homer Slottern se componía de dos partes; eran contradictorias, pero esto no le preocupaba, ya que permanecían en su mente sin ser expresadas. Él creía, primero, que las teorías abstractas eran tonterías y que si el cliente las quería de esta clase particular había que satisfacerlo y además era un buen negocio. Segundo, se sentía molesto de haber abandonado lo que la gente llamaba la vida espiritual, por el afán de ganar dinero. Quizá los hombres como Toohey tuviesen una ventaja en eso. ¿Y si le quitasen las tiendas? ¿No sería realmente más fácil vivir como administrador de grandes almacenes del Estado? ¿No le daría el sueldo de un administrador todo el prestigio y la comodidad de que gozaba ahora sin la responsabilidad de ser propietario?

—¿Es cierto que en una sociedad futura cualquier mujer vivirá con el hombre que quiere? —preguntó Renée Slottern. Había comenzado como una pregunta, pero la atenuó. En realidad, no quería saberlo. Sentía simplemente un asombro insulso al pensar en lo que significaría poseer el hombre que uno quiere verdaderamente y cómo conseguiría ese deseo.

—Es estúpido hablar de elección personal —dijo Eve Layton—. Está pasado de moda. No existe tal cosa denominada persona. Sólo existe una entidad colectiva. Es evidente por sí misma.

Ellsworth Toohey se sonrió y no dijo nada.

—Tiene que hacerse algo por las masas —declaró Mitchell Layton—. Deben ser dirigidas. No saben lo que es bueno para ellas. No alcanzo a comprender por qué nosotros, gentes de cultura y de posición, comprendemos tan bien el gran ideal del colectivismo y estamos dispuestos a sacrificar nuestras ventajas personales, en tanto que los trabajadores de este país simpatizan tan poco con el colectivismo.

—¿No lo puede comprender? —dijo Toohey. Sus lentes relampaguearon.

—Estoy aburrida de esto —expuso Eve Layton, recorriendo la habitación, mientras la luz formaba estrías en su espalda.

La conversación pasó al arte y a las figuras más conocidas del día en cada campo.

«Lois Cook dice que se debería libertad a las palabras de la opresión de la razón, ya que la estrangulación que la razón ejerce en las palabras es como la explotación de las masas por los capitalistas. Se debe permitir que las palabras negocien con la razón, a través de regateos colectivos. Esto es lo que ella dice. Es muy divertida y renovadora».

«Ike —¿cuál es su apellido?— asegura que el teatro es instrumento de amor. No es justo —dice él— que se coloque una obra en el escenario: hay que colocarla en el corazón del auditorio».

«Jules Fougler dijo en el Banner del último domingo que en el mundo futuro el teatro sería totalmente innecesario. Agregó que la vida cotidiana de un hombre común es tan obra de arte como la mejor tragedia de Shakespeare. En lo futuro, los dramaturgos no serán necesarios. La crítica observará, simplemente, la vida de las masas y valorará sus puntos de vista artísticos para el público. Eso es lo que manifestó Jules Fougler. No sé si estoy de acuerdo con él, pero mira las cosas desde un ángulo nuevo e interesante».

«Lancelot Clokey declara que el Imperio británico está condenado; que no habrá guerra porque los obreros de todo el mundo la impedirán. Son los banqueros internacionales y los fabricantes de armas los que comienzan las guerras, pero ahora han sido echados a puntapiés del comando. Lancelot Clokey declaró que el universo es un misterio y que su madre es su mejor amiga. Agregó que el primer ministro de Bulgaria toma arenques en el desayuno».

«Gordon L. Prescott afirma que cuatro paredes y el techo constituyen toda la arquitectura. El suelo es optativo. Todo el resto es ostentación capitalista. Manifestó que no debería permitir edificar a nadie en parte alguna, hasta tanto cada habitante del globo tuviese un techo bajo el que cobijarse... Bien, ¿qué se dice de los patagones? Nuestra tarea en enseñarles a querer un techo. Prescott llama a esto interdependencia transespacial».

Ellsworth Toohey se puso alerta cuando oyó la voz malhumorada de Mitchell Layton, que decía:

—¡Oh, sí, el Banner que se vaya al diablo...! Está perdiendo terreno —continuó Mitchell Layton—. Va definitivamente cuesta abajo. ¡Buen negocio hice con él! Es la única vez que Ellsworth Toohey se ha equivocado.

—Ellsworth nunca se equivoca —dijo Eve Layton.

—Sí se equivocó esta vez. Fue él quien me aconsejó que comprara parte de esa hoja inmundada. —Vio los ojos de Toohey pacientes como terciopelo, y agregó—: No me quejo, Ellsworth. Está bien. Hasta me puede ayudar a rebanar en algo el impuesto sobre la renta. Pero ese trasto asqueroso y reaccionario marcha cuesta abajo sin duda.

—Tenga un poco de paciencia, Mitch —dijo Toohey.

—¿No le parece que tendría que vender mis acciones para evitar perder más?

—No, Mitch; no pienso así.

—De acuerdo, si usted lo dice. Puedo permitírmelo. Puedo permitirme cualquier cosa.

—Pero yo no puedo —gritó Homer Slottern con vehemencia sorprendente—. Estamos llegando a una situación en que uno no puede poner anuncios en el Banner. No es por su circulación... eso va

bien... pero hay una sensación en el aire... una sensación extraña... He pensado renunciar a mi contrato, Ellsworth. —¿Por qué?

—¿No sabe nada de la campaña con la consigna: «Nosotros no leemos a Wynand»?

—He oído algo.

—Está encabezada por alguien que se llama Gus Webb. Pegan carteles en los cristales de los autos que están parados en las letrinas públicas. Silban los noticiarios de Wynand en los cinematógrafos. No creo que sea un grupo numeroso, pero... La semana pasada una infeliz mujer tuvo un acceso de furia en mi tienda de la Quinta Avenida, y nos llamó enemigos de los trabajadores, porque poníamos anuncios en el Banner. Se puede dejar pasar esto, pero parece serio cuando uno de nuestros más viejos clientes, una suave anciana de Connecticut, republicana desde tres generaciones atrás, viene a decirnos que quizá cancele su crédito, porque alguien le había dicho que Wynand es un dictador.

—Gail Wynand no conoce nada de política salvo la especie más primitiva —subrayó Toohey—. Todavía piensa en los términos del Club Democrático de Hell's Kitchen. Había cierta inocencia en la corrupción política de aquellos días, ¿no les parece?

—No me preocupa. No es de eso que estoy hablando. Digo que el Banner se ha transformado en una suerte de riesgo. Perjudica los negocios. Uno debe ser muy prudente en nuestros días. Usted se relaciona con gente mala y antes de que se dé cuenta empiezan una campaña de calumnias y lo salpican a usted también. Yo no puedo permitirme tales cosas.

—No es una calumnia enteramente injustificada.

—No me interesa. Me importa un pito si es cierta o no. ¿Por qué tengo que perjudicarme por Gail Wynand? Si hay un sentimiento público contra él, mi obligación es alejarme cuanto antes. No soy el único. Somos un grupo que pensamos lo mismo. Jim Ferris, de Ferris y Symes; Bill Shultz, de Vimo Flakes; Bud Harper, de Toddler Togs, y... ¡caramba!, usted los conoce a todos, son todos amigos suyos, forman nuestro grupo, el de los comerciantes liberales. Todos queremos arrancar del Banner nuestros anuncios.

—Tenga un poco de paciencia, Homer. Yo no me apresuraría. Cada cosa a su tiempo. Hay algo que se llama momento psicológico.

—De acuerdo. Seguiré su opinión. Pero hay... hay un peligro en el aire que se tornará mayor algún día.

—Quizá. Ya le diré cuándo será.

—Yo creía que Ellsworth Toohey trabajaba en el Banner —dijo Renée de Slottern, ausente y enigmática.

Los demás se volvieron hacia ella con indignación y piedad.

—Usted es una ingenua, Renée —dijo Eve Layton.

—Pero ¿qué ocurre en el Banner?

—Bueno, chica, no te preocupes por las cosas sucias de la política —le advirtió Jessica Pratt—. El Banner es un diario malvado. El señor Wynand es un hombre muy perverso. Representa los intereses egoístas de los ricos.

—Creo que es un buen mozo —agregó Renée—. Creo que tiene *sex appeal*.

—¡Oh, por Dios! —gritó Eve Layton.

—Después de todo, Renée tiene derecho a expresar su opinión —observó Jessica Pratt con rabia súbita.

—Alguien me dijo que Ellsworth es el presidente de la Unión de Empleados de Wynand —manifestó Renée.

—¡Oh, querida, no! Nunca presido nada. No soy más que miembro del grupo. Como un redactor cualquiera.

—¿Hay una Unión de Empleados de Wynand? —preguntó Homer Slottern.

—Al principio era sólo un club —explicó Toohey—, pero el año pasado se transformó en gremio.

—¿Quién lo organizó?

—¿Cómo decirlo...? Fue más o menos espontáneo. Como todos los movimientos de masas.

—Creo que Wynand es un bastardo —declaró Mitchell Layton—. ¿Quién cree ser? Uno va a una asamblea de accionistas y él nos trata como a lacayos. ¿No es mi dinero tan bueno como el suyo? ¿No soy propietario de una parte de su maldito diario? Le podría enseñar algunas cosas referentes al periodismo. Yo tengo ideas. ¿Por qué tiene tanta arrogancia? ¿Porque hizo él mismo su fortuna? ¿Es tan excéntrico porque procede de Hell's Kitchen? No es culpa de los demás si no han tenido la suerte de nacer en Hell's Kitchen para poder elevarse. Nadie comprende la desventaja terrible que es haber nacido rico. Porque la gente da por sentado que si uno no hubiera nacido rico, habría sido incapaz de serlo. Quiero decir que si yo hubiese tenido suerte, hubiera sido dos veces más rico que él y tres veces más famoso. Pero él es tan engreído que no se da cuenta de esto.

Nadie dijo una palabra. Observaron la inflexión nerviosa que se elevaba en la voz de Mitchell Layton. Eve Layton miró a Toohey silenciosamente, en busca de amparo. Toohey se sonrió y dio un paso hacia delante.

—Me avergüenzo de usted, Mitchell dijo.

Homer Slottern quedó boquiabierto. Ninguno censuraba a Mitchell Layton en esa cuestión, en ninguna cuestión.

El labio inferior de Mitchell Layton desapareció.

—Estoy avergonzado de usted, Mitch —repitió Toohey gravemente—, por haberse comparado con un hombre tan despreciable como Wynand.

La boca de Mitchell Layton se aflojó en el equivalente de algo tan amable como una sonrisa.

—Es cierto —dijo humildemente.

—No; usted nunca podría ser comparado a Wynand por su espíritu sensitivo y su instinto humanitario. Eso es lo que lo tiene sujeto y no el dinero. ¿Quién se preocupa del dinero? La edad del dinero ha pasado. Es su naturaleza, demasiado fina para la competencia brutal de nuestro sistema capitalista. Pero eso también está pasando.

Era tarde cuando Toohey se fue. Se sentía alborozado y decidió ir caminando hasta su casa. Las calles de la ciudad estaban impresionadamente desiertas y la masa oscura de los edificios se erguía al cielo confiada y sin protección. Recordaba lo que una vez le había dicho a Dominique: «Una pieza complicada de mecánica como es nuestra sociedad... y con apretar el dedo en un lugar... el centro de gravedad... usted puede hacer que esto se desmorone en un montón de chatarra...». Echaba de menos a Dominique. Le hubiera gustado que hubiese estado allí para oír la conversación.

Aquello que no había compartido, bullía en su interior. Se detuvo en medio de una calle

silenciosa. Echó atrás la cabeza y se rió a carcajadas contemplando la cima de los rascacielos.

Un agente de policía le dio unos golpecitos en la espalda, preguntándole:

—¿Qué le pasa, señor?

Toohey vio un traje azul ajustado y botones sobre un ancho pecho, un rostro impasible, duro y paciente, un hombre tan resuelto y firme como los edificios que lo rodeaban.

—¿Cumpliendo con su deber, oficial? —le preguntó Toohey, con los ecos de su risa vibrando en la voz—. ¿Protegiendo la ley, el orden, la decencia y las vidas humanas?

El agente se rascó la nuca.

—Debería detenerme, oficial.

—Está bien, compañero, está bien. Siga. Todos tomamos un poquito de más alguna vez.

VII

Cuando partió el último pintor, Keating empezó a sentir una sensación desoladora y un entumecimiento en los brazos. Se quedó en el vestíbulo mirando al cielo raso. Bajo el áspero lustre de la pintura pudo distinguir todavía los rastros del cuadrado de donde había sido sacada la escalera, abertura que después había sido cerrada nuevamente. La vieja oficina de Guy Françon no existía. A la firma de Keating Dumont le quedaba un solo piso ahora.

Recordó la escalera y cómo subió los escalones de roja felpa cuando por primera vez llevaba un proyecto entre los dedos. Se acordó de la oficina de Guy Françon, con reflejos de brillantes mariposas. Recordó los cuatro años durante los cuales aquella oficina había sido la suya.

Comprendía muy bien lo que le había pasado a la firma en los últimos años; comprendía muy bien en tanto que los obreros removían la escalera y cerraban la abertura en el techo. Pero era, sobre todo, aquel cuadrado que se notaba debajo de la pintura blanca lo que le daba realidad y conclusión.

Hacía ya tiempo que se había resignado a marchar cuesta abajo. No había hecho esa elección — eso habría significado una decisión categórica—; había ocurrido, simplemente, y él había dejado que ocurriese. Había sido simple y casi sin dolor, como una somnolencia que sumergiese a uno en algo así como un bien acogido sueño. El dolor embotado nacía al querer comprender lo que había ocurrido.

Hubo la exposición La Marcha de los Siglos, pero eso sólo no podía tener importancia. La Marcha de los Siglos se había inaugurado en mayo. Fue un fracaso. «¿Por qué —se dijo Keating—, por qué no decir la palabra exacta? No fracaso: un terrible fracaso». «El título de esta aventura hubiera sido apropiado —había escrito Ellsworth Toohey— si presumiésemos que los siglos han andado a caballo». Todo lo que se escribió sobre la exposición había sido del mismo tenor.

Keating recordó con nostálgica amargura cuán conscientemente habían trabajado él y los otros siete arquitectos diseñando aquellos edificios. Era cierto que no había hecho mucho en lo que concierne al proyecto mismo. Habían trabajado en armonía, entre conferencia y conferencia, haciéndose concesiones mutuas con verdadero espíritu colectivo, sin que ninguno tratara de imponer sus puntos de vista personales o sus ideas egoístas. Hasta Ralston Holcombe había olvidado el Renacimiento. Habían hecho edificios modernos, más modernos que cualquiera que se hubiese visto, más modernos que la tienda de Slottern. Él no creía que «los edificios se parecían a las espirales de pasta dentífrica que se forman cuando alguien pisa un tubo», o «versiones estilizadas del intestino delgado» conforme había escrito un crítico.

Pero parecía que el público pensaba así, suponiendo que el público pensara algo. Él no lo podía decir. Sabía solamente que las entradas para La Marcha de los Siglos se regalaron en los teatros, y que la sensación de la exposición, la salvación financiera, fue algo llamado Juanita Fay, que bailaba con un pavo real vivo por único vestido.

Pero ¿qué importaba si la exposición había fracasado? Esto no había afectado a los otros arquitectos que componían el consejo. Gordon L. Prescott estaba más fuerte que nunca. «No ha sido eso», se dijo Keating. Ya había empezado antes de la exposición. No podía decir cuándo.

Podía haber muchas explicaciones. La depresión económica había castigado a todos; algunos se habían recobrado en cierto grado, pero Keating y Dumont, no. Con el retiro de Guy Françon algo se

había ido de la firma y de los círculos de donde se proveían de clientes. Keating se daba cuenta de que en la carrera de Françon había habido arte y competencia y una propia e ilógica energía, aunque el arte consistiese sólo en su trato social y la energía estuviera dirigida a cazar con trampas a los millonarios indecisos.

No podía ver rasgos de racionalidad en las cosas a las cuales la gente respondía ahora. El líder de la profesión —en una mínima proporción, pues no había quedado proporción grande en ninguna cosa— era Gordon L. Prescott, presidente del Consejo de Constructores Estadounidenses; pragmatismo de la arquitectura y del planeamiento social, que ponía los pies sobre las mesas de los salones, asistía a cenas de etiqueta con pantalones cortos y criticaba en voz alta la comida. La gente de sociedad decía que le gustaba un arquitecto que fuera liberal. La C. A. A. todavía existía con una dignidad arrogante y herida, pero la gente se refería a ella como el «Hogar de los Ancianos». El Consejo de Constructores Estadounidenses dirigía la profesión. Siempre que el nombre de un arquitecto aparecía en la columna de Ellsworth Toohey, era el de Augusto Webb. A los treinta y ocho años, Keating oía que se hablaba de él como de algo pasado de moda.

Había desistido de su intento de comprender las razones. Sabía oscuramente que la explicación del cambio que se engullía al mundo era preferible ignorarla. En su juventud había sentido un desprecio cordial por las obras de Guy Françon y de Ralston Holcombe, y emularlas le había parecido nada más que un inocente charlatanismo. Pero sabía que Gordon L. Prescott y Gus Webb representaban un fraude aún más insolente y más repugnante. Por una vez Keating no podía seguir a la gente; resultaba claro, aun para él, que el favor público había dejado de construir un reconocimiento al mérito, y que más bien había llegado a construir un sello de vergüenza.

Se guiaba todavía por la inercia. No podía permitirse el lujo de continuar con su amplio piso de oficinas y no utilizaba la mitad de las habitaciones, pero las conservaba y cubría el déficit con dinero de su propio bolsillo. Había que continuar. Había perdido una gran parte de su fortuna personal en la desastrosa especulación de la Bolsa, pero tenía lo suficiente como para asegurarse comodidad para el resto de la vida. Esto no le preocupaba; el dinero había cesado de atraer su atención como lo más importante. Lo que temía era la inactividad, era el signo de interrogación asomado más allá, si llegaba a faltarle la rutina del trabajo.

Caminaba lentamente, con los brazos apretados contra el cuerpo, la espalda encorvada como si estuviese soportando un frío permanente. Iba aumentando de peso. Su cara estaba hinchada, y como la mantenía baja, la arruga de una papada se aplastaba contra el nudo de su corbata. Le quedaba un rasgo de belleza, que lo hacía aparecer peor, como si las líneas de su rostro hubiesen sido dibujadas sobre un papel secante y se hubiesen extendido confusamente. Los hilos grises de sus sienes se hacían visibles. Bebía a menudo, sin alegría.

Le había pedido a su madre que volviese a vivir con él. Y había vuelto. Se pasaban largas horas sentados en la salita, sin decirse palabra, sin resentimiento, tratando de adquirir confianza mutua. La señora Keating no le hacía sugerencias ni reproches. En cambio tenía una ternura nueva, producto del pánico, en sus maneras con el hijo. Ella quería preparar su desayuno, aun cuando tuviesen una criada; le preparaba su plato favorito, panqueques franceses, los cuales le habían gustado mucho cuando tenía nueve años y estuvo enfermo de sarampión. Cuando él advertía sus esfuerzos y hacía algún comentario agradable, ella asentía con la cabeza, pestañeando, y se alejaba preguntándose por qué se

sentía tan dichosa, y si era así, por qué se le llenaban los ojos de lágrimas.

Una vez preguntó: «¿Eres feliz, Peter?». Él la contempló y vio que no se reía, que tenía los ojos muy abiertos y asustados. Y como no le pudo contestar, ella gritó: «Pues tienes que ser feliz, Peter, tienes que serlo. De otro modo, ¿para qué he vivido?». Él hubiera querido levantarla, tenerla en sus brazos y decirle que tenía razón, y después se acordó de Guy Françon, que le había dicho el día de su casamiento: «Quiero que se sienta orgulloso de mí, Peter... Quiero tener la sensación de que esto ha tenido algún significado». Después no se pudo mover. Se sentía en presencia de algo que no podía aferrar, que nunca debió permitir en su mente. Se alejó de su madre.

Una noche, ella le dijo sin preámbulos: «Peter, creo que deberías casarte. Creo que te hallarías mejor si estuvieses casado». Él no supo qué contestar, y mientras intentaba decir algo alegre, su madre agregó: «Peter, ¿por qué no... por qué no te casas con Catherine Halsey?». Él sintió que la cólera le llenaba de lágrimas los ojos, sintió la presión de los párpados hinchados mientras se volvía, lentamente, a su madre; vio su figura pequeña y rechoncha delante de él, tiesa e indefensa, con una especie de orgullo desesperado que se le ofrecía para recibir cualquier golpe que le quisiera dar, absolviéndolo por adelantado, y supo que era la decisión más valiente que ella jamás había intentado. La cólera se fue, porque sintió un dolor más agudo que la sensación que había recibido y levantó una mano para dejarla caer con desgana, para dejar que el ademán abarcara todo. Y dijo solamente: «Mamá, no...».

En los fines de semana, no siempre... pero sí una o dos veces al mes, desaparecía de la ciudad. Nadie sabía adónde iba. La señora Keating se preocupaba pero no le hacía preguntas. Sospechaba que había una mujer por medio, y que no era una buena mujer, porque de lo contrario no se sentiría malhumorado y silencioso con respecto a este asunto. La señora Keating temía que hubiese caído en las garras de una voraz prostituta de la peor laya, que tuviera bastante influencia para casarse con él.

Keating iba a una choza que había alquilado en las colinas de una oscura aldea. En la cabaña tenía pintura, pinceles y tela. Se pasaba el día en las colinas, pintando. No podía decir por qué había recordado aquella ambición innata de su juventud, que su madre había condenado para encauzarlo en la carrera de arquitectura. No podía decir por qué proceso el impulso se había tornado irresistible, pero había encontrado aquella cabaña y le gustaba ir allí.

No podía decir que le gustara pintar. No sentía placer ni consuelo, era una tortura que se infligía a sí mismo; pero, de cualquier modo eso no importaba. Se sentaba en un banquillo de lona frente a un pequeño caballete y contemplaba el espacio que no obstruían las colinas, los bosques, el cielo. Por toda concepción tenía un dolor sereno, una humilde e insoportable ternura por el espectáculo de la tierra que lo rodeaba, y un estilo rígido, paralizado, como único medio de expresión. Continuaba. Ensayaba. Miraba las telas y advertía que, en su infantil rudeza, nada captaba. No tenía importancia. Nadie iba a verle. Las apilaba cuidadosamente en un rincón de la choza y cerraba la puerta con llave al volver a la ciudad. No tenía placer ni orgullo en hacer esto ni siquiera una solución; era sólo un sentimiento de paz que experimentaba al sentarse frente al caballete.

Trataba de no pensar en Ellsworth Toohey. Un oscuro instinto le decía que podía conservar una precaria tranquilidad de espíritu hasta tanto no tocara ese punto. Podía haber una explicación en la conducta de Toohey hacia él, pero prefería no formulársela.

Toohey se había separado de él. Lo aceptaba y se decía a sí mismo que Toohey estaba atareado.

El silencio público de Toohey hacia él era aplastante. Se decía a sí mismo que Toohey tenía cosas más importantes que escribir. La crítica de Toohey sobre la Marcha de los Siglos había sido un golpe. Se decía a sí mismo que su trabajo lo merecía. Aceptó toda censura. Podía dudar de sí mismo, pero no dudar de Ellsworth Toohey.

Fue Neil Dumont el que le obligó a pensar otra vez en Toohey. Neil hablaba con petulancia sobre el estado del mundo, sobre los que gritan después que la leche se ha derramado, acerca del cambio como ley de la existencia, la adaptabilidad y la importancia de comenzar nuevamente, desde abajo. Keating comprendía, de su largo y confuso discurso, que los negocios, como ellos los habían conocido, ya estaban terminados; que el Gobierno se encargaría de ellos, le gustase o no, que el negocio de constructor estaba muriendo y que pronto el Gobierno sería el único constructor y que más valía que se decidieran a trabajar con el Gobierno si querían lograr algo.

—Mira a Gordon L. Prescott —dijo Neil Dumont— qué excelente monopolio para proyectar viviendas y oficinas de Correos ha conseguido. ¡Mira a Gus Webb, cómo se está introduciendo en la confusión!

Keating no contestó. Neil Dumont le estaba arrojando sus propios pensamientos inconfesados, él sabía que los tenía que afrontar pronto y había tratado de relegar ese momento.

No quería pensar en Cortland Homes.

Cortland Homes era un barrio de casas baratas que debían construirse en Astoria, en la margen del East River. Fue como un gigantesco experimento para viviendas de poco alquiler, que sirviera de modelo al país y al mundo entero. Keating había oído que todos los arquitectos conversaban de esto desde hacía más de un año. La suma ya había sido aprobada y había sido escogido el lugar; faltaba el arquitecto. Keating no quería admitir la desesperación con que quería obtener Cortland y las pocas esperanzas que tenía de ello.

—Escucha, Peter; nosotros debemos llamar al pan, pan y al vino, vino —dijo Neil Dumont—. Estamos patinando, compañero, tú lo sabes. Duraremos un año o dos, a costa de nuestra reputación. ¿Y después? No es culpa de nosotros. Es porque la empresa privada ha muerto y se está sepultando. Es un proceso histórico. La ola del futuro. De modo que podríamos salir a flote, mientras sea posible. Hay un proyecto bueno, magnífico, que espera a los hombres que sean lo bastante inteligentes para conseguirlo: ¡Cortland Homes!

Ahora lo oía expresar. Keating se preguntó por qué. El nombre le sonó como el golpe sordo de una campana.

—¿Qué quieres decirme, Neil?

—Cortland Homes. Ellsworth Toohey. ¿Sabes ahora lo que quiero decir? Escucha: todos se ríen de esto. Todos dicen que si fueran los preferidos de Toohey como tú, conseguirían Cortland Homes así —e hizo crujir sus dedos—, así, y nadie alcanza a comprender qué estás esperando. Tú sabes que es un amigo de Toohey el encargado de esa exhibición especial de casas.

—No es cierto. No es él. No tiene ninguna posición oficial. Nunca ha tenido ninguna posición oficial.

—¿A quién estás engañando? La mayoría de los muchachos que cuentan en las oficinas son sus amigos. Que me condenen si yo sé cómo encajó entre ellos, pero lo ha hecho. ¿Qué te pasa, Peter? ¿Tienes miedo de pedirle un favor a Toohey?

No había retirada. No podía admitir que tuviese miedo de pedirle un favor a Ellsworth Toohey.

—No —dijo con voz sorda—. No tengo miedo, Neil. Yo... Tienes razón, Neil. Le hablaré a Ellsworth.

Ellsworth Toohey estaba tendido en un diván, vestido con una bata. Su cuerpo tenía la forma de una letra X; los brazos extendidos sobre la cabeza, a lo largo de las almohadas, las piernas abiertas como una horquilla. La bata era de seda estampada con la marca de fábrica de los polvos Coty, cisnes blancos sobre un fondo anaranjado; parecía osado y alegre, supremamente elegante en su consumada necedad. Bajo la bata llevaba un pijama, arrugado, de color verde. Sus pantalones flotaban sobre las finas varillas de los tobillos.

Los ojos de Toohey eran cordiales, divertidos, animosos. Toohey había contestado personalmente al teléfono y al punto le había concedido la entrevista. Keating reflexionó: «Es bueno que a uno lo reciban así, sin ceremonias. ¿Qué temía yo? ¿De qué dudaba? Somos buenos amigos».

—¡Oh, querido —dijo Toohey bostezando—, estoy tan cansado! Llega un momento, en cada día, que uno siente la necesidad de tenderse como cualquier haragán. Llego a casa y siento que no podría conservar la ropa un minuto más. Con algunas personas hay que estar tiesos y solemnes, pero con usted no es necesario.

—Naturalmente.

—Piense que dentro de un momento he de tomar un baño. No hay nada como un baño caliente para sentirse como un parásito. ¿Le gustan los baños calientes, Peter?

—¿Porqué?... Sí...,supongo que sí...

—Se está poniendo gordo, Peter. Pronto parecerá repugnante en una bañera. Se está poniendo gordo y parece enfermizo. Es una mala combinación. Absolutamente mala desde el punto estético. La gente gorda debería ser feliz y alegre.

—Yo... yo estoy bien, Ellsworth. Es sólo que...

—Usted solía tener buen aspecto. No debió perderlo. La gente se va a aburrir con usted.

—No he cambiado, Ellsworth. —De pronto se esforzó por decir—: Realmente no he cambiado. Soy el mismo que cuando proyecté el edificio Cosmo-Slotnick.

Miró a Toohey lleno de esperanzas. Creyó que era una insinuación bastante directa para que Toohey comprendiese; Toohey comprendía cosas mucho más sutiles. Esperaba ser secundado, pero Toohey continuó contemplándolo con ojos dulces y perdidos.

—Peter, ésa es una manifestación carente de filosofía. El cambio es el principio básico del universo. Todo cambia. Las estaciones, las hojas, las flores, los pájaros, las morales, los hombres y los edificios. Es el proceso dialéctico, Peter.

—Sí naturalmente. Las cosas cambian, demasiado pronto en forma muy graciosa. Uno no se da cuenta y, de pronto, una mañana, allá está el cambio. Recuerde: hace pocos años Lois Cook y Gordon L. Prescott e Ike y Lance eran completamente desconocidos.

Y ahora ¿por qué, Ellsworth, están todos en auge y son todos sus amigos? Hacia cualquier parte que uno dirija la vista, si se oye algún nombre famoso es siempre el de alguno de sus muchachos. Usted es sorprendente, Ellsworth. ¿Cómo puede hacer eso... en tan pocos años...?

—Es mucho más simple de lo que parece. Es porque usted piensa en personalidades. Piensa que se ha hecho por fragmentos. Pero, querido, la vida de cien agentes de publicidad no serían

suficientes. Se podría hacer mucho más pronto. Ésa es la época de los aparatos para ahorrar tiempo. Si quiere que algo crezca, no abone separadamente cada semilla. Extienda algún fertilizante y la naturaleza hará el resto. Creo que usted piensa que soy el único responsable, pero no lo soy. Por favor, no lo piense. Soy una figura entre tantas, una palanca en un vasto movimiento, y muy antiguo. Lo que ha ocurrido es que he elegido el campo que a usted le interesa, el campo del arte, porque creía que enfocaba los factores decisivos en la tarea que hemos tenido que cumplir.

—Sí, por supuesto; pero yo opino que ha sido por su inteligencia. Quiero decir que, debido a eso, podía elegir a los jóvenes que tenían talento, que tenían porvenir. ¡Caramba! Bien sé yo cómo presentía las cosas. ¿Se acuerda del terrible desván que teníamos para el Consejo de Constructores Estadounidenses? Y nadie nos tomaba en serio. La gente solía reírse de usted por malgastar el tiempo en toda clase de tontas organizaciones.

—Querido Peter, la gente pasa por alto muchas suposiciones erróneas. Por ejemplo, la antigua máxima: «Divide e impera». Bien, tiene sus aplicaciones; pero nuestro siglo debe descubrir una fórmula mucho más poderosa: «Une y gobierna».

—¿Qué quiere decir?

—Posiblemente nada que usted pueda comprender. Y yo no debo sobrestimar su fuerza. No parece que tenga mucha de sobra.

—¡Oh, estoy bien! Puedo parecer un poco preocupado porque...

—La preocupación es un estúpido derroche de reservas emocionales. Desde el momento que no somos más que criaturas producto de nuestro metabolismo químico y de los factores de nuestro medio económico, no podemos hacer nada para cambiar las cosas. De manera que ¿para qué preocuparse? Hay, desde luego, excepciones aparentes. Meramente aparentes. Cuando las circunstancias nos engañan al hacernos pensar que la acción libre es la indicada. Así, por ejemplo, su venida aquí para hablar de Cortland Homes. Keating pestañeó, después se sonrió agradecido.

Pensó que era propio de Toohey adivinar y evitarle los preliminares engorrosos.

—Así es, Ellsworth. Es precisamente de lo que yo quería hablar. Usted es maravilloso. Me conoce como a un libro.

—¿Qué clase de libro, Peter? ¿Una novela de diez centavos? ¿Un cuento de amor? ¿De un crimen espeluznante? ¿O un manuscrito plagiado? No, digamos, igual a una novela en series. Una serie buena, larga, excitante, y la última entrega que se pasa por alto. La última entrega, que error, fue llevada a otra parte. A no ser que, naturalmente, sea Cortland Homes. Sí, eso sería un capítulo adecuado para cerrarla. Keating esperó, con los ojos atentos y desnudos, olvidándose de pensar en la vergüenza de suplicar, que debió haber ocultado.

—Un proyecto tremendo, Cortland Homes. Más grande que Stoneridge. ¿Se acuerda de Stoneridge, Peter?

«Está agotado —se dijo Keating—, está cansado y no puede tener tacto todo el tiempo. No se da cuenta de lo que...».

—Stoneridge. La gran empresa de residencias de Gail Wynand. ¿Ha pensado alguna vez en la carrera de Gail Wynand, Peter? Desde rata del muelle hasta Stoneridge. ¿Sabe lo que significa un paso como ése? ¿No le interesa computar el esfuerzo, la energía, el sufrimiento con los cuales ha pagado cada paso que ha dado en su camino? Y aquí estoy yo y tengo entre manos un proyecto mucho

más grande que Stoneridge, sin ningún esfuerzo, completamente. —Dejó caer la mano y agregó—: Sí, yo lo tengo. Podría ser tan sólo una imagen literaria. No me entienda literalmente, Peter.

—Odio a Wynand —dijo Keating, con voz ronca, mirando hacia abajo—. Le odio más que a cualquier hombre en el mundo.

—¿Wynand? Es una persona muy ingenua. Es tan inocente, que cree que los hombres se mueven principalmente por dinero.

—Usted no es así, Ellsworth. Usted es un hombre íntegro. Éste es el motivo por el cual creo en usted. Si dejara de creer en usted, no me quedaría ya nada en ningún sitio.

—Gracias, Peter. Es una amabilidad suya. Histórica, pero amabilidad.

—Ellsworth..., usted sabe lo que siento por usted.

—Tengo una hermosa idea.

—Ya ve; hay algo que no puedo comprender.

—¿Qué cosa?

Tenía que decirlo, aunque había decidido antes no decirlo nunca; pero tenía que hacerlo.

—Ellsworth, ¿por qué me da de lado? ¿Por qué no escribe nada más sobre mí? ¿Por qué está siempre, en su columna y en todas partes y en cualquier obra, por qué siempre está Gus Webb?

—Pero, Peter, ¿por qué no tendría que estar?

—Pero... yo...

—Siento que no me haya comprendido en absoluto. En todos estos años no ha aprendido ninguno de mis principios. No creo en el individualismo, Peter. No creo que ningún hombre sea una cosa que cualquier otro hombre no pueda ser. Creo que todos somos iguales e intercambiables. Una posición que usted tiene hoy la puede tener cualquier otro mañana. Rotación igualitaria. ¿No he predicado siempre esto? ¿Por qué supone que lo elegía a usted? ¿Por qué lo coloqué donde está? Para protegernos de los hombres que podrían ser irremplazables. Para dejar una oportunidad, en este mundo, para Gus Webb. ¿Por qué supone que luché, por ejemplo, contra Howard Roark?

La mente de Keating era una magulladura. Pensó que debía ser una magulladura porque sintió como si algo chato y pesado lo hubiese golpeado, y que se tornaría negra y azul y se hincharía más tarde; de momento no sentía nada, excepto un entumecimiento más bien dulce. Los fragmentos de pensamiento que podía percibir le decían que las ideas que acababa de escuchar eran de un orden moral elevado, las únicas que había aceptado y por esto ningún mal le podía venir, ningún mal podía ser intentado. Los ojos de Toohey lo miraban fija, oscura, benévola. Quizá más tarde..., más tarde sabría... Pero una cosa se le había atravesado y había permanecido aferrada en alguna parte de su cerebro. Había comprendido eso. El nombre.

Y mientras la única esperanza de gracia residía en Toohey, algo inexplicable se retorció en su interior, lo inclinaba hacia delante, sabiendo que eso podría herir a Toohey y deseando hacerlo, sus labios se fruncieron en una sonrisa increíble, descubriendo los dientes y las encías.

—En eso falló, ¿no es cierto, Ellsworth? ¡Mire dónde está ahora Howard Roark!

—¡Oh, querido, cuán insulso resulta discutir las cosas con los espíritus afectos a lo evidente! Usted es totalmente incapaz de comprender los principios, Peter. Piensa solamente en personas. ¿Supone realmente que no tengo otra misión en la vida que la de preocuparme por el destino específico de Howard Roark? El señor Roark es un detalle entre muchos. He tratado con él cuando

fue conveniente. Estoy todavía tratando con él, aunque no directamente. Debo concederle, sin embargo, que el señor Roark constituye una gran tentación para mí. A veces pienso que sería una vergüenza si no me enfrentara con su personalidad otra vez. Cuando se trata de principios, Peter, evítese la molestia de choques individuales.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que puede seguir uno de los dos procedimientos. Puede dedicar su vida a arrancar cada yerbajo conforme haya crecido, y entonces diez vidas no le alcanzarán para su trabajo, o preparar el terreno de tal manera, extendiendo algún producto químico, digamos, que impedirá que crezcan los yerbajos. Esto último es más rápido. Digo yerbajo porque es el símbolo convencional y no le asustará. La misma técnica resulta, desde luego, en caso de que quiera eliminar cualquier otra planta: alforfón, patatas, naranjas, orquídeas o campanillas.

—Ellsworth, no me doy cuenta de qué me está hablando.

—Claro está que no se puede dar cuenta. Ésa es mi ventaja. Digo estas cosas, públicamente, todos los días, y nadie sabe de qué hablo.

—¿Ha oído decir que Howard Roark está haciendo una casa, la casa propia, para Gail Wynand?

—Pero, mi querido Peter, ¿cree que tenía que esperar a saberlo por boca suya?

—¿Qué le parece eso?

—¿Por qué tiene que importarme, en uno u otro modo?

—¿Ha oído decir que Roark y Wynand son íntimos amigos? ¡Y qué amistad, según lo que he oído! ¡Usted sabe la que puede hacer Wynand! ¡Sabe lo que puede hacer con Roark! ¡Trate de detenerle ahora! ¡Trate de detenerle! Trate...

Se atragantó y se quedó callado. Cuando reaccionó se vio con la vista clavada en el tobillo desnudo de Toohey, entre el pantalón del pijama y la rica piel de oveja del borde de la zapatilla. Nunca había visto la desnudez de Toohey, de ningún modo, pues nunca había pensado que Toohey pudiera tener un cuerpo material. Había algo ligeramente indecente en aquel tobillo, nada más que piel, blanca, azulada, extendida sobre sus huesos que parecían demasiado frágiles. Hacía pensar en huesos de pollo dejados en un plato después de cenar, secos. Deseaba apretar el tobillo entre el pulgar y el índice y retorcerlo.

—Ellsworth, he venido a hablar de Cortland Homes.

No podía quitar los ojos del tobillo. Esperaba que las palabras lo liberaran.

—No hable de ese modo. ¿Qué pasa?... ¿Cortland Homes? ¿Qué quiere decir con esto?

Levantó los ojos asombrado. Toohey esperaba inocentemente.

—Quiero hacer el proyecto de Cortland Homes —dijo con una voz que llegaba como una pasta colada a través de una tela—. Quiero que usted me lo consiga.

Toohey le preguntó:

—¿Por qué habría de conseguirlo? No hubo contestación. Si hubiese dicho: «Por que usted ha escrito que soy el más grande arquitecto viviente», el recordarlo demostraría que Toohey ya no lo creía. No se atrevió a afrontar tal prueba, ni siquiera una posible respuesta de Toohey. Tenía clavada la vista en dos largos pelos negros que tenía Toohey en la azulada prominencia del tobillo; los podía distinguir claramente: uno recto, el otro enroscado. Después de un largo rato, respondió:

—Porque lo necesito terriblemente, Ellsworth.

—Ya sé que lo necesita.

No había más que decir. Cambió la posición del tobillo, levantó el pie y lo colocó sobre el brazo del diván.

—Siéntese, Peter. Parece una gárgola.

Keating no se movió.

—¿Qué le ha hecho suponer que yo esté encargado de elegir el arquitecto para construir Cortland Homes?

Keating levantó la cabeza, era una caricia de alivio. Había presumido demasiado y había ofendido a Toohey; ésa era la razón, la única razón.

—En fin, yo comprendo... se dice... me dijeron que usted tenía muchísima influencia en este proyecto... con esa gente... y en Washington... y lugares.

—No con carácter oficial. Como experto en cuestiones arquitectónicas. Nada más.

—Sí, naturalmente... Eso es... lo que quería decir.

—Yo puedo recomendar un arquitecto. Eso es todo. No puedo garantizar nada. Mi palabra no es la última.

—Eso es todo lo que quiero, Ellsworth. Una palabra de recomendación suya...

—Pero, Peter, si yo recomiendo a alguien, tengo que dar alguna razón. No puedo emplear la influencia que yo pueda tener para ayudar a un amigo.

Keating tenía clavada la mirada en la bata, y pensaba: «Cisnes de polvo, ¿para qué esos cisnes? Eso es lo que me molesta a mí. Si se quitara eso...».

—Su reputación profesional no es la que solía ser, Peter.

—Usted preconiza «ayudar al amigo»...

Fue nada más que un murmullo.

—Sí, claro, soy su amigo, siempre lo he sido. No lo pone en duda, ¿verdad?

—No... No puedo, Ellsworth...

—Bueno, repóngase, entonces. Vea, le diré la verdad. Estamos metidos en ese condenado Cortland. Hay un pero... Yo he tratado de conseguirlo para Gordon L. Prescott y para Gus Webb; pensé que era más de la categoría de ellos, no pensé que usted pudiera tener interés. Pero ninguno de ellos pudo hacerlo. ¿Conoce el importante problema de la vivienda? La economía, Peter. Cómo construir una unidad moderna decente que pueda dar una renta de quince dólares por mes. ¿Ha calculado alguna vez eso? Bien, eso es lo que se espera del arquitecto que haga Cortland, si lo encuentran. Por supuesto, la selección de inquilinos es una ayuda, ellos elevan las rentas; las familias que ganan mil doscientos por año pagan más por el mismo piso para ayudar a las familias que ganan setecientos. Imagínese, exprimir a un trabajador para ayudar a alguien que es más pobre. Pero, además, el costo del edificio y la conservación del mismo deben ser lo menos posible. Los jefes de Washington no quieren otra cosa; usted habrá oído hablar de que en un pequeño barrio de casas baratas del Gobierno, cada hogar viene a costar a razón de diez mil dólares cada uno, mientras que un constructor privado los podría hacer por dos mil. Cortland debe ser un proyecto modelo. Un ejemplo para todo el mundo. Debe ser la más brillante, la más eficiente exhibición de sencillez y economía estructurada jamás realizada en parte alguna. Eso es lo que los jefes quieren. Gordon y Gus no lo pudieron hacer. Intentaron y fueron rechazados. Usted se sorprendería si supiese cuántas

personas lo han intentado. Yo no habría podido ofrecérselo a usted ni siquiera en el momento de la culminación de su carrera. ¿Qué puedo decirle a ellos de usted? Todo lo que usted significa es terciopelo dorado y mármol, el viejo Guy Françon, el edificio Cosmo-Slotnick, el Banco Frink y ese pequeño aborto de los Siglos que jamás servirá de recomendación. Ellos quieren una cocina de millonario para los ingresos de un pequeño rentista. ¿Cree que lo puede hacer?

—Yo... tengo ideas, Ellsworth. He observado el terreno... He estudiado nuevos métodos... Yo podría...

—Si puede, es suyo. Si no puede, mi amistad no le servirá para nada. Y Dios sabe que me gustaría ayudarle. Usted parece una gallina vieja bajo la lluvia. Haré por usted lo siguiente: vaya mañana a mi oficina y le daré todos los detalles, llévelos a su casa y vea si puede romperse la cabeza. Arriésguese, si quiere. Hágame un esquema preliminar. No puedo prometerle nada, pero si se aproxima de algún modo, lo someteré al criterio de los encargados de este asunto y le ayudaré con todo mi prestigio. Esto es todo lo que puedo hacer. No depende de mí, depende de usted, en realidad.

Keating se quedó mirándolo. Los ojos de Keating estaban ansiosos, ávidos y desamparados.

—¿Quiere intentarlo, Peter?

—¿Quiere que lo intente?

—Naturalmente que quiero. ¿Por qué no había de querer? Estaría encantado si, entretanto, usted resultase ser el único que resolviese el problema.

—Tal como yo lo veo, Ellsworth —dijo de súbito—, tal como yo lo veo... no es porque me importe tanto que haya fracasado... es porque no puedo comprender por qué motivo he ido cuesta abajo de este modo... desde la cima... sin ninguna razón que lo explique...

—Bueno, Peter, eso sería terrible de considerar. Lo inexplicable es siempre terrible, pero sería espantoso si se detuviera para preguntarse si hubo alguna razón por la cual haya tenido que estar en la cima... ¡Oh, vamos, Peter, estoy bromeando nada más! Uno lo pierde todo cuando pierde el sentido del humor...

A la mañana siguiente Keating se dirigió a su oficina después de una visita al cuchitril de Toohey en el edificio del Banner. Llevaba consigo una cartera que contenía todos los detalles del proyecto de Cortland Homes. Extendió los papeles sobre una mesa amplia, en su oficina y cerró la puerta con llave. Le pidió a un dibujante que le llevara un emparedado a mediodía y ordenó otro para la cena. «¿Quieres que te ayude, Peter? —le preguntó Neil Dumont—. Podríamos consultarnos, discutir y...». Keating movió negativamente la cabeza.

Toda la noche se quedó sentado a la mesa. Después de algún tiempo se detuvo a mirar los papeles, pensando. No pensaba en los croquis ni en las figuras que tenía ante su vista. Los había estudiado. Comprendió que no podía hacerlo.

Cuando advirtió que era de mañana, cuando oyó los pasos, a través de la puerta cerrada, el movimiento de los empleados que volvían al trabajo y supo que las horas de oficina habían comenzado, allí y en todas partes de la ciudad, se levantó, se encaminó a su mesa y consultó la guía de teléfonos. Marcó un número.

—Habla Peter Keating. Quisiera tener una entrevista para hablar con el señor Roark.

«Dios mío —se decía mientras esperaba—, que no me vea. Haz que rehúse. Dios mío, haz que rehúse y tendré el derecho de odiarle hasta el fin de mis días. Que no me vea».

—¿Es conveniente para usted mañana a las cuatro de la tarde, señor Keating? —dijo la voz suave y tranquila de la secretaria—. A esa hora lo recibirá el señor Roark.

VIII

Roark pensó que no debía demostrar la impresión que el aspecto de Peter Keating le produjo, pero fue demasiado tarde, porque vio una débil sonrisa en sus labios, una sonrisa terrible de resignado reconocimiento de su declinación.

—¿Tienes dos años menos que yo, Howard? —fue lo primero que preguntó, mirando el rostro de aquel hombre al cual no veía desde hacía seis.

—No sé, Peter. Quizá. Tengo treinta y siete.

—Yo tengo treinta y nueve. Entonces sí. Se encaminó a una silla que estaba frente a la mesa de Roark, intentando alcanzarla con sus manos. Estaba encandilado con las láminas de vidrio que formaban las tres de las paredes de la oficina de Roark. Miraba fijamente el cielo y la ciudad. Allí no tenía ningún sentido la altura y los edificios parecían extenderse a sus pies, no como si constituyeran una ciudad real, sino como miniaturas de los famosos hitos, incongruentemente pequeños, y le pareció que se podía inclinar y recoger uno de ellos con la mano. Vio que los puntos negros eran automóviles que parecían arrastrarse y que demoraban mucho en recorrer una manzana del tamaño de su dedo. Vio la piedra y la argamasa de la ciudad como una sustancia empapada de luz que devolvía, fila tras fila, planos verticales sembrados de puntos que eran las ventanas, como si cada plano fuera un reflector coloreado de rosa, de púrpura, mientras líneas movedizas de humo azul subían entre ellas marcando ángulos y perspectivas. «¡Dios mío! —se dijo Keating— ¿qué hombres han hecho esto?», y al punto recordó que él también había sido uno de ellos.

Contempló la figura de Roark, erguida y flaca, apoyada en el ángulo que formaban dos planos de vidrio, detrás de la mesa y después sentado, mirándolo.

Keating pensaba en los hombres perdidos en los desiertos y en los que perecían en el mar, cuando tenían que decir la verdad en presencia de la eternidad silenciosa del cielo. Y ahora él tenía que decir la verdad porque estaba en presencia de la ciudad más grande de la tierra.

—Howard, al permitirme que venga aquí, ¿has querido hacer aquello tan terrible de ofrecer la otra mejilla?

No pensó en su voz. No supo que ella tenía dignidad.

Roark lo contempló en silencio; aquél era un cambio mucho más grande que el de la gordura de la cara.

—No sé, Peter. Si eso significa perdón, no. Si me hubiesen ofendido, nunca hubiera perdonado. Sí, si por ello se entiende lo que estoy haciendo. No creo que un hombre pueda ofender a otro en ninguna cuestión de importancia. Ni ofenderle ni serle útil. No tengo nada que perdonarte.

—Sería mejor si tuvieras algo. Sería menos cruel.

—Supongo que sí.

—Tú no has cambiado, Howard. Si éste es el castigo que debo tener, quiero que sepas que lo acepto y que lo comprendo.

—Tú has cambiado, Peter.

—Ya sé.

—Lo siento si ha sido un castigo.

—Sé lo que es. Te creo. Pero no importa. Es el último. Realmente lo acepté anteanoche.

—¿Cuándo decidiste venir aquí?

—Sí.

—Entonces no tengas miedo ahora. ¿Qué es? Keating estaba sentado, erguido, sereno, no como si estuviese cara a cara con un hombre en bata, como hacía tres días, sino casi en un reposo confiado. Hablaba lentamente y decidido:

—Howard, soy un parásito. He sido un parásito toda mi vida. Tú hacías mis mejores proyectos en Stanton. Tú diseñaste la primera casa que construí. Tú diseñaste el edificio Cosmo-Slotnick. Me he nutrido de ti y de todos los seres como tú que vivieron antes que nosotros: los hombres que diseñaron el Partenón, las catedrales góticas, los primeros rascacielos. Si ellos no hubiesen existido, yo no habría sabido poner una sola piedra sobre otra. En toda mi vida no he agregado un picaporte a lo que los hombres han hecho antes que yo. He tomado lo que no era mío y no he dado nada a cambio. No tenía nada que dar. Esto no es una comedia, tengo completa conciencia de lo que te digo. He venido aquí a pedirte que me salves otra vez. Si quieres echarme, hazlo.

Roark meneó lentamente la cabeza, movió una mano como un signo mudo, para que continuara.

—Supongo que sabrás que estoy terminado como arquitecto. ¡Oh, terminado, en realidad, no, pero bastante cerca de ello! Otros podrían continuar así algunos años, pero yo no puedo a causa de lo que he sido. O de lo que creía ser. La gente no perdona a un hombre que va cuesta abajo. Tengo que vivir conforme a lo que ella pensaba. Puedo hacerlo sólo del mismo modo, como he hecho todas las demás cosas de mi vida. Necesito un prestigio que no merezco para una empresa que no he realizado. No cumplí para salvar un nombre que no gané el derecho de llevar. Me han dado la última oportunidad. Sé que no puedo hacerlo. No he intentado traerte un revoltijo para pedirte que lo corrigieras. Te pido que lo hagas tú, Howard, y que permitas poner mi nombre en él.

—¿Cuál es el trabajo?

—Cortland Homes.

—¿El proyecto de viviendas?

—Sí. ¿Has oído hablar de él?

—Conozco todo acerca de él.

—¿Estás interesado en los proyectos para viviendas baratas, Howard?

—¿Quién te lo ofreció? ¿En qué condiciones? Keating expuso con precisión, desapasionadamente, la conversación tenida con Toohey, como si se tratase de un sumario que hubiera leído hacía tiempo. Sacó los papeles de su cartera, los puso sobre la mesa y continuó hablando mientras Roark los miraba. Roark le interrumpió una vez:

—Espera un momento, Peter. Cálmate.

Esperó largo rato. Vio que la mano de Roark movía los papeles, perezosamente, pero no los miraba.

—Continúa —dijo Roark, y Keating continuó dócil, sin permitirse hacer preguntas.

—Sé que no hay ninguna razón por la cual tengas que hacerlo para mí —concluyó—. Si tú quieres resolver el problema, puedes verlos a ellos y hacerlo por tu propia cuenta.

—¿Crees que podría pasar por encima de Toohey?

—No, no creo que pudieses.

—¿Quién te dijo que estaba interesado en proyectos de casas baratas?

—¿Qué arquitecto no lo está?

—Sí, lo estoy, pero no en la forma que tú crees.

Se levantó. Fue un momento rápido, impaciente y tenso. Keating se permitió la primera opinión: «¡Qué extraño! —se dijo—, ver que Roark ha suprimido la excitación».

—Déjame que la piense, Peter. Déjame esto. Ve a mi casa mañana por la noche. Entonces te daré mi contestación.

—¿Me vas... a abandonar?

—Todavía no.

—Tú podrías... después de todo lo que ha ocurrido...

—¡Vete al diablo!

—Debes considerar...

—Por ahora no puedo decirte nada, Peter. Tengo que pensarlo. No confíes en ello. Tendría que pedirte algo imposible para ti.

—Lo que tú me pidas, Howard. Cualquier cosa.

—De eso ya hablaremos mañana.

—Howard... ¿Cómo agradeceréte, aunque...?

—No me lo agradezcas. Si lo hago es porque tengo mi propósito personal. Espero ganar tanto como tú. Probablemente más. Pero recuerda que no haré las cosas en otras condiciones que las que imponga.

A la noche siguiente Keating fue a la casa de Roark. No podía decir si había esperado con impaciencia o no. Podía actuar, pero no podía pensar nada.

Estaba en la habitación de Roark y la contemplaba con atención. Estaba agradecido a Roark por todas las cosas que no le había dicho. Pero él mismo expresó esas cosas cuando interrogó:

—¿Qué?

—Peter, ¿puedes pensar un momento como si estuvieras solo en el mundo?

—He estado pensando en eso durante tres días.

—No, no es eso lo que quiero decir. ¿Puedes olvidar que te han instruido para repetir las cosas, y pensar, pensar firmemente con tu propio cerebro? Hay cosas que quisiera que entendieses. Éste es mi primera condición. Voy a decirte lo que quiero. Si piensas en esto como la mayoría de la gente, dirás que no es nada, pero si dices eso yo no lo podría hacer. Al menos que comprendieras con toda tu mente cuán importante es.

—Trataré, Howard. Fui... sincero contigo ayer.

—Sí. Si no lo hubieses sido, te hubiera abandonado ayer. Ahora creo que podrías comprender y hacer tu parte.

—¿Quieres hacerlo?

—Podría hacerlo, si me ofrecieses lo suficiente.

—Howard..., todo lo que pidas. Cualquier cosa. Hasta vendería mi alma...

—Eso es lo que quiero que comprendas. Vender tu alma es la cosa más fácil del mundo. Eso lo hacen todas las personas en todas las horas de su vida. Si te pidiese que conservaras tu alma, comprenderías que eso ya es mucho más difícil.

—Sí... sí, así lo creo.

—¿Sí? Vamos. Quiero que me des una razón por la cual yo podría hacer el proyecto de Cortland. Quiero que me hagas un ofrecimiento.

—Puedo darte todo el dinero que me paguen. No lo necesito. Puedes percibir dos veces esa suma, doblaré los honorarios.

—Mucho más que eso. ¿Quieres tentarme con dinero?

—Tú salvarías mi vida.

—¿Crees que hay alguna razón por la cual yo deba salvar tu vida?

—No.

—¿Y entonces?

—Es un gran proyecto oficial, Howard. Una empresa humanitaria. Piensa en la gente pobre que vive en los barrios inmundos. Si tú le puedes proporcionar una comodidad decente, de acuerdo con sus medios, tendrás la satisfacción de haber realizado una acción noble.

—Ayer eras más sincero.

Peter bajó los ojos y en voz baja dijo:

—Te producirá un enorme placer hacer el proyecto.

—Sí, Peter. Ahora hablas mi idioma.

—¿Qué quieres?

—Escúchame. He estado trabajando en el problema de las casas baratas durante años. Nunca pensé en la gente que vive en los barrios inmundos. Pensé en las posibilidades de nuestro mundo moderno. En los nuevos materiales, los medios, las oportunidades que se podrían presentar y aprovechar. Hay muchos productos del genio del hombre que hoy nos circundan por todas partes. Hay muchas posibilidades que explotar. Después del templo de Stoddard tuve poco que hacer. No esperaba beneficios. Trabajaba porque no puedo mirar los materiales sin pensar: «¿Qué se podría hacer con esto?». Y en el momento pienso que tengo que hacerlo. Que tengo que encontrar la respuesta, que resolver el problema. He trabajado sobre esto durante años. Me gustaba. Trabajaba porque es un problema que quería resolver. ¿Tú quieres saber cómo se construye una unidad que se pueda alquilar por quince dólares al mes? Te mostraré cómo se edifica una que cuesta diez dólares.

Keating hizo un movimiento involuntario hacia delante.

—Pero primero quiero que pienses y que te interese saber por qué me entregué diez años a este trabajo. ¿Por dinero? ¿Por caridad? ¿Por la fama? ¿Por altruismo? —Keating negó con la cabeza—. Está bien. Has empezado a comprender. De modo que de cualquier forma que procedamos, no hablemos de la gente pobre de los barrios miserables. No tiene nada que ver con esto, y no envidiaría a nadie el trabajo de explicárselo a los tontos. Mira, los clientes no me importaron nunca, salvo en lo referente a la obra arquitectónica. Los considero como parte del tema y del problema de mis edificios, como los materiales de los edificios, tanto como considero a los ladrillos y al acero. Los ladrillos y el acero no son mis fines. Tampoco lo son mis clientes. Ambos no constituyen nada más que los medios de mi trabajo. Peter, antes de hacer las cosas para la gente, debes de ser un hombre que puede hacer cosas. Debes amar tu propia acción y no un objeto posible de tu caridad. Yo estaría encantado si las personas encuentran en una casa que yo he construido una forma de vivir mejor, pero ése no es el objeto de mi trabajo. Ni mi razón. Ni mi premio.

Se encaminó hacia la ventana y se puso a mirar las luces de la ciudad que temblaban en el río

oscuro.

—Ayer me dijiste: «¿Qué arquitecto no está interesado en las casas baratas?». Odio la idea de ese proyecto. Creo que es una empresa digna el proveer de una vivienda decente a un hombre que gana quince dólares por semana, pero no a expensas de otros hombres. Si suben los impuestos, suben todos los otros alquileres y el hombre que gana cuarenta dólares está condenado a vivir en una ratonera. Eso es lo que está ocurriendo en Nueva York. Nadie puede permitirse un hogar moderno a excepción de los muy ricos o los muy indigentes. ¿Has visto las casas donde tienen que vivir la mayoría de los matrimonios que trabajan? ¿Has visto sus cocinas minúsculas y las cañerías interiores? Están forzados a vivir así porque no son bastante incompetentes. Ganan cuarenta dólares por semana y no se les permitiría vivir en una casa barata porque son los que dan el dinero para el proyecto. Pagan los impuestos. Y los impuestos elevan su propio alquiler. Y tienen que mudarse de una casa transformada a una sin transformar y de aquí a un vagón de ferrocarril. No deseo condenar a un hombre sólo porque gane quince dólares por semana, pero que me condenen si comprendo por qué un hombre que gana cuarenta debe ser castigado en favor de uno menos competente. Seguramente habrá una gran cantidad de teorías referente a este tema y sus correspondientes volúmenes. Pero mira los resultados. Sin embargo, todos los arquitectos están por las casas del Gobierno. ¿Has visto algún arquitecto que no esté gritando en favor de las ciudades planificadas? Me gustaría preguntarle cómo puede estar seguro de que el plan adoptado será el suyo propio. Y si lo es, qué derecho tiene a imponerlo a los demás. Dirá entonces que viene un consejo, una conferencia, una cooperación, una colaboración y el resultado será La Marcha de los Siglos. Cada uno de vosotros, en ese comité, hubiera hecho solo un trabajo mejor que los ocho colectivamente. Alguna vez pregúntate el porqué a ti mismo.

—Creo que lo sé... Pero Cortland...

—Sí, Cortland. Bien, te dije todas las cosas en las cuales no creo, para que comprendas lo que quiero y a lo que tengo derecho. No creo en casas baratas del Gobierno. No quiero oír hablar acerca de su noble propósito. No creo que sea noble. Pero eso tampoco interesa. No es lo que me concierne. Ni quién vive en la casa ni quién ordena su edificación. Sólo me interesa la casa en sí misma. Si tiene que ser edificada, debe ser edificada.

—¿Quieres... edificarlo?

—Durante los años que trabajé en este problema, nunca esperé ver los resultados en sus aplicaciones prácticas. Me esforcé en no esperarlo. Sabía que no podía tener ocasión para mostrar lo que se podía hacer en vasta escala. Tus viviendas del Gobierno han hecho tan caros los edificios que los propietarios particulares no pueden permitirse tales proyectos ni ningún tipo de casas baratas. Y yo no quiero que se me dé ningún trabajo de ningún Gobierno. Lo has comprendido demasiado bien. Tú dijiste que no podría pasar por encima de Toohey. No es el único. Ningún grupo, directorio, consejo o comité, público o privado, me ha dado ningún trabajo, a menos que algún hombre como Kent Lansing luchase en mi favor. Hay una razón en esto, pero no tenemos por qué discutirla ahora. Quiero, solamente, que sepas en qué forma te necesito, de modo que haremos un cambio excelente.

—¿«Tú» eres quien me necesita?

—Peter, me gusta ese trabajo. Quiero que se construya. Quiero hacer un edificio real, viviente, que funcione. Pero todas las cosas vivas están integradas. ¿Sabes lo que significa esto? Total, puro,

completo, íntegro. ¿Sabes lo que construye un principio de integridad? Un pensamiento. El pensamiento único, el pensamiento solo que creó la obra y cada una de sus partes. El pensamiento que nadie puede cambiar ni tocar. Quiero hacer el proyecto de Cortland. Quiero verlo construido. Quiero verlo construido exactamente como esté en el proyecto que haga.

—Howard... yo no diría que «eso no tiene importancia».

—¿Comprendes?

—Sí.

—Me gusta recibir dinero por mi trabajo, pero esta vez puedo prescindir de él. Me gusta que las personas sepan que el trabajo ha sido hecho por mí. Pero puedo prescindir de esto. Me gusta que haya inquilinos a quienes haya hecho felices con mi trabajo. Pero esto no me importa demasiado. Lo único que me importa, mi objeto, mi precio, mi principio, mi fin, es el trabajo en sí. El trabajo hecho a mi manera, Peter, salvo esto no hay nada en el mundo que puedas ofrecerme.

Ofréceme esto y tendrás todo lo que pueda darte. El trabajo hecho a mi gusto. Un motivo privado personal, egoísta. Es el único modo por el cual puedo hacer algo. Eso es todo lo que soy.

—Sí, Howard, comprendo. Con toda mi alma.

—Pues bien, éste es mi ofrecimiento: haré el proyecto de Cortland Homes. Tú lo firmarás. Tú te quedarás con los honorarios, pero me darás una garantía de que será edificado tal como yo lo proyecte.

Keating lo miró y por un instante sostuvo deliberadamente la mirada serena.

—De acuerdo, Howard —dijo, y agregó—: He esperado para demostrarte que sabía lo que me ibas a pedir y lo que te prometo.

—¿Crees que será fácil?

—Sé que será terriblemente difícil.

—Será difícil porque es un proyecto muy grande. Más aún, porque es un proyecto del Estado. Habrá mucha gente envuelta, cada una con autoridad, cada una queriendo ejercitarla en una u otra forma. Tendrás una dura batalla. Tendrás que tener el valor de mis convicciones.

—Trataré de satisfacerte, Howard.

—No podrás hacerlo a menos que comprendas que te estoy concediendo una confianza que es sagrada, y más noble, sí, si prefieres la palabra, que cualquier propósito altruista. A menos que comprendas que no te estoy haciendo un favor a ti y a los futuros arrendatarios, sino que es un favor que me hago a mí mismo y al cual no tienes derecho, salvo en los términos que te planteo.

—Sí, Howard.

—Tendrás que idear el modo de cumplirlo. Tendrás que firmar con tus patronos un contrato riguroso y después tendrás que luchar con cada burócrata que vaya cada cinco minutos, en el año próximo o después. No tendré otra garantía a excepción de tu palabra. ¿Me la quieres dar? —Roark tomó dos hojas de papel escritas a máquinas y se las alargó—. Fírmalas.

—¿Qué es esto?

—Un contrato entre nosotros dos que contiene los términos de nuestro convenio. Una copia para cada uno. Probablemente no tendrá ninguna validez legal, pero la puede tener en tu conciencia. No podría ponerte pleito, pero lo podría hacer público. Si es prestigio lo que tú quieres, con esto podrás volver a ser famoso. Si te falta valor en cualquier detalle y cedes, recuerda que lo perderás todo.

Pero si mantienes tu palabra, y yo te doy la mía, conforme está escrito ahí, no se lo revelaré a nadie: Cortland Homes será tuyo. El día que esté terminado, te devolveré el papel y lo podrás quemar, si quieres.

—De acuerdo, Howard.

Keating firmó. Le entregó la pluma y Roark firmó a su vez.

Keating se quedó contemplándolo un momento; después dijo, con lentitud, como tratando de distinguir la forma oscura de algún pensamiento:

—Todos dirán que eres un tonto... Todos dirán que yo he conseguido todo...

—Tú tendrás todo lo que la sociedad puede dar a un hombre. Tendrás el dinero. Tendrás la gloria y el honor que te concedan. Aceptarás la gratitud de los inquilinos. Y yo tendré lo que nadie puede otorgar a un hombre, salvo él mismo; yo habré construido Cortland Homes.

—Tú recibirás más que yo, Howard.

—¡Peter! —Su voz era triunfal—. ¿Comprendes eso?

—Sí.

Roark se recostó contra una mesa y se rió dulcemente: era la risa más feliz que Keating había escuchado.

—Esto marchará, Peter. Marchará. Todo irá bien. Has hecho algo maravilloso. No has perdido nada en agradecérmelo.

Keating aprobó en silencio.

—Ahora descansa, Peter. ¿Quieres tomar algo? No discutiremos ningún detalle esta noche. Siéntate y acostúmbrate a mí. Deja de temerme. Olvida lo que te dije ayer. Esto lo borra. Estamos empezando desde un principio. Ahora somos socios. Tú tienes que hacer tu parte. Es una participación legítima. A propósito, ésta es mi idea acerca de la cooperación. Tú te entenderás con la gente y yo haré el edificio. Haremos cada uno el trabajo que mejor conozcamos, con tanta honestidad como nos sea posible.

Se acercó a Keating y le tendió la mano.

Sentado todavía y sin levantar la cabeza, Keating la tomó entre la suya. Se la apretó un instante.

Cuando Roark le sirvió una bebida, Keating tragó tres largos sorbos y se quedó mirando la habitación. Sus ojos se movían pesadamente en torno a la habitación y al cuerpo de Roark. «No es intencional —se dijo—, no lo hace para herirme; no puede evitarlo, ni siquiera lo sabe, pero tiene el aspecto de un ser que... está contento de vivir». Y se dio cuenta de que nunca había creído que toda cosa viviente pudiera estar gozosa del don de la existencia.

—Eres tan joven..., Howard. Eres tan joven. Una vez te reproché el ser demasiado viejo y demasiado serio... ¿Te acuerdas? Cuando trabajabas conmigo en casa de Françon.

—Olvídalo, Peter. Nos sentimos bien sin recordarlo.

—Porque tú eres bueno. Espera, no frunzas las cejas. Déjame hablar. Tengo que hablar de algo. Sé que es lo que no quieres mencionar. ¡Dios mío!, yo no quería mencionarlo. Tuve que acorazarme contra eso aquella noche..., contra todo lo que me podían echar en cara. Pero no lo hiciste. Si hubiese sido a la inversa y ésta fuera mi casa, ¿te imaginas lo que yo hubiera hecho o dicho? No eres fatuo.

—¿Cómo no? Soy demasiado fatuo, si quieres llamarlo así. No hago comparaciones. Nunca me

comparo con otros. Rechazo el medirme como si formara parte de algo. Soy un egoísta completo.

—Sí. Lo eres. Pero los egoístas no son buenos y tú lo eres. Tú eres el hombre más egoísta pero también el más bueno que conozco. Aunque esto no tenga sentido.

—Quizá los conceptos no tengan sentido. Quizá no signifiquen lo que la gente cree que significan. Pero dejemos eso ahora. Si tienes que hablar de algo, conversaremos de lo que vamos a hacer. —Se inclinó hacia fuera por la abierta ventana—. Peter, ¿te he dicho alguna vez cuánto amo esta ciudad?

Keating bebió el resto del líquido que quedaba en la copa.

—Creo que es mejor que me vaya ahora, Howard. No estoy... bien esta noche.

—Te llamaré dentro de pocos días. Será mejor que nos veamos aquí. No vayas a mi oficina: no necesitas que te vean allí. Alguno podría sospechar. A propósito, cuando los bosquejos estén hechos, tú mismo tendrás que copiarlos a tu gusto. Alguien podría reconocer mi dibujo.

—Sí..., de acuerdo.

Keating se levantó y se quedó mirando, incierto, la cartera; después la cogió. Murmuró unas pocas palabras vagas al partir, tomó el sombrero, se dirigió a la puerta, se detuvo después y volvió a mirar su cartera.

—Howard..., traje algo que te quería mostrar. —Volvió a entrar y colocó la cartera sobre la mesa—. No se lo he mostrado a nadie.

Sus dedos no acertaban a abrirla.

—Ni a mi madre, ni a Ellsworth... Quiero que me digas si hay algo.

Le entregó a Roark seis de sus telas.

Roark las miró una después de otra. Las tuvo ante su vista más tiempo de lo necesario. Cuando se animó a levantar los ojos, meneó la cabeza como muda respuesta a la palabra que Keating no había pronunciado.

—Es demasiado tarde —dijo gentilmente.

Keating afirmó con la cabeza:

—Creo que... lo sabía.

Cuando Keating se fue, Roark se recostó contra la puerta y cerró los ojos. Estaba enfermo de piedad.

Nunca se había sentido así antes, ni cuando Cameron tuvo un colapso, a sus pies, en la oficina, ni cuando vio a Steven Mallory sollozando en la cama. Aquellos momentos habían sido limpios. Pero esto era piedad, conocimiento de un hombre sin valor ni esperanza, un sentimiento de conclusión, de no poder ser redimido. «Esto es piedad —se dijo, y entonces levantó la cabeza con asombro—. Debe de haber algo terriblemente malo en un mundo —pensó—, donde este sentimiento monstruoso se llama virtud».

IX

Estaban sentados a la orilla del lago: Wynand, en una piedra, cabizbajo; Roark, tendido en el suelo, Dominique, sentada en la hierba, erguida, con el cuerpo sobresaliendo tieso del círculo azul pálido de su falda.

La casa de Wynand estaba sobre la colina que nacía a los pies de ellos. La tierra se extendía en montículos que se iban elevando gradualmente hasta formar la colina. La casa era una conformación de rectángulos horizontales que se erguían en una audaz proyección vertical: una masa de gradas, cada una en un ambiente, que iba disminuyendo y cuya forma y tamaño formaban las gradas sucesivas en una serie de pisos que se comunicaban entre sí. Era como si desde el amplio *living*, en el primer nivel, una mano hubiese hecho un lento movimiento, conformando los escalones siguientes con un impulso prolongado, que después se hubiese suspendido y hubiese continuado en movimientos separados, cada uno más corto, más brusco, hasta detenerse en cierto punto del cielo. Parecía como si el ritmo lento de los campos que se iban elevando en ligeras gradaciones hubiera sido recogido, sometido a un esfuerzo y roto al final.

—Me gusta mirarla desde aquí —dijo Wynand—. Ayer pasé todo el día observando los cambios de luz. Cuando diseña un edificio, Howard, ¿conoce con exactitud la iluminación solar en cualquier hora del día y desde cualquier ángulo?

—Seguramente —dijo Roark sin levantar la cabeza—. Desgraciadamente, no puedo comprobarlo aquí. Retírese un poquito, que me molesta. Me gusta el sol a mis espaldas.

Wynand se echó sobre la hierba. Roark estaba tendido de bruces, el rostro sepultado en su brazo, el rojizo pelo sobre la blanda manga de la camisa, una mano extendida hacia delante, apoyada en el suelo.

Dominique observaba las hojas de hierba que él tenía entre los dedos. Los movía de cuando en cuando, estrujando la hierba con placer sensual y perezoso.

El lago se extendía ante ellos; era una lámina lisa que se iba oscureciendo en los bordes, como si los árboles distantes estuvieran moviéndose para encerrarlo por la noche. El sol cortaba en el agua una banda brillante. Dominique levantó los ojos hacia la casa y pensó que le gustaría estar allí, en la ventana, y contemplar aquella blanca figura extendida en la desierta ribera, al pie de la colina, agotada, vacía, con la mano apoyada en el suelo.

Vivía en la casa desde hacía un mes. Nunca pensó que podría. Después Roark había dicho: «La casa estará lista para usted dentro de diez días, señora Wynand». Y ella había contestado: «Muy bien, señor Roark».

Aceptó la casa, el sentir las barandas de las escaleras bajo su mano, las paredes que encerraban el aire que ella respiraba. Aceptó los botones de la luz que apretaba por las noches, y la luz que provenía de los cables que él había colocado dentro de los muros; el agua que corría cuando abría un grifo, a través de tuberías por él dispuestas; el calor de la estufa encendida en una chimenea construida piedra por piedra de acuerdo con su proyecto.

Aceptó las noches en que yacía en brazos de Wynand y abría los ojos para ver la forma del dormitorio que Roark había diseñado y apretar los dientes contra un placer torturante que era, en parte, una respuesta; en parte, una burla al hambre insatisfecha de su cuerpo, y se sometía, sin saber

cuál de ellos le daba ese placer o si se lo daban ambos.

Wynand la observaba cuando cruzaba la habitación, cuando descendía por la escalera, cuando estaba junto a la ventana. Ella le escuchaba, cuando él le decía: «No sabía que una casa se puede diseñar para una mujer como un vestido. Tú no te puedes ver a ti misma como yo, no puedes ver cuán íntegramente tuya es esta casa. Cada rincón, cada ambiente, es un marco para ti. Están proporcionados a tu altura, a tu cuerpo. Hasta el aspecto de las paredes está de acuerdo con el aspecto de tu piel de una manera extraña. Es el templo de Stoddard edificado para una sola persona, y me pertenece. Esto es lo que yo quería. La ciudad no te puede tocar aquí. Siempre tuve la impresión de que la ciudad me despojaría de ti. Me dio todo lo que tengo, y no sé por qué siento a veces que algún día me exigirá el pago. Pero tú estás a salvo y sigues siendo mía». Ella hubiera querido gritar: «Gail, aquí pertenezco a él como nunca le he pertenecido».

Roark era el único invitado que Wynand admitía en su nueva casa. Dominique aceptaba las visitas que Roark les hacía a fin de semana. Era lo más duro que tenía que afrontar. Sabía que él no iba a torturarla; que iba sólo porque Wynand se lo pedía y porque le gustaba estar con Wynand. Recordaba que por la noche, apoyada en la barandilla de la escalera que conducía al dormitorio, le decía: «Baje a desayunarse cuando quiera, señor Roark. No tiene más que pulsar el timbre del comedor». «Gracias, señora Wynand. Buenas noches».

Una vez lo vio solo un momento. Era por la mañana muy temprano. No había dormido en toda la noche pensando en él, que estaba separado sólo por una habitación. Ella había salido hacia la colina antes que la casa se hubiese despertado, y encontró consuelo en la quietud artificial de la tierra que la rodeaba, la quietud de una luz plena, sin sol, las hojas inmóviles, en un silencio luminoso, expectante. Oyó pasos detrás; se detuvo, se apoyó en el tronco de un árbol. Él llevaba un traje de baño echado al hombro: iba a nadar al lago. Se detuvo junto a ella y se quedaron inmóviles como el resto de la tierra, mirándose cara a cara. Roark no dijo nada, se volvió y continuó su camino. Dominique siguió apoyada en el árbol y después de un instante regresó a la casa.

En aquel momento, sentado a la vera del lago, oía que Wynand le decía:

—Parece el ser más haragán del mundo, Howard.

—Lo soy.

—Nunca he visto a nadie descansar así.

—Trate de estar despierto tres noches sucesivas.

—Ya le dije que viniese aquí ayer.

—No pude.

—¿Se piensa morir aquí?

—Me gustaría. Esto es maravilloso. —Levantó la cabeza, los ojos sonrientes, como si no hubiese visto el edificio en la colina, como si no estuviese hablando de la casa—. Así me gustaría morir, tendido en una costa como ésta: cerrar los ojos y no despertar.

Ella pensó: «Piensa lo que estoy pensando yo; todavía nos parecemos en eso. Gail no nos comprendería. Esta vez no son él y Gail. Somos él y yo».

Wynand dijo:

—Usted es un verdadero loco. Eso no está de acuerdo con lo que es usted, ni siquiera en broma. Se está matando por algo. ¿Qué es?

—Respiraderos, en este momento. Respiraderos de ventilación, muy tercos.

—¿Para quién?

—Para clientes... Tengo toda clase de clientes ahora.

—¿Trabaja por las noches?

—Sí, especialmente para esta gente. Es un trabajo especial. Ni siquiera lo puedo llevar a la oficina.

—¿De qué se trata?

—De nada. No tiene importancia. Estoy medio dormido.

Ella pensó: «Es el tributo que le rinde a Gail, la confianza en la entrega. Descansa como un gato... y los gatos no descansan sino junto a la gente que quieren».

—Yo le daré un empujón, escalera arriba, y le cerraré la puerta con llave —dijo Wynand—, y allí lo dejaré hasta que duerma doce horas.

—Muy bien.

—¿Quiere levantarse temprano? Dése un baño antes de que se levante el sol.

—El señor Roark está cansado —objetó Dominique con voz aguda.

Roark se levantó, apoyándose en un codo, para mirarla. Ella vio sus ojos, directos, comprensivos.

—Estás adquiriendo los malos hábitos de los empresarios de excursión, Gail, imponiéndoles tus horas de campo a los visitantes de la ciudad que no están acostumbrados. —Pensó: «Que sea mío: ese único momento en que ibas caminando hacia el lago; no nos quites eso también, Gail, como todas las otras cosas»—. No puedes dar órdenes a Roark como si fuera un empleado del Banner.

—A nadie en el mundo me gustaría mandar más que al señor Roark, siempre que pudiera salirme con la mía —repuso Wynand.

—Estás saliéndote con la tuya.

—No me importa recibir órdenes, señora Wynand —manifestó Roark—. Y menos de un hombre como Gail.

«Deja que me salga con la mía esta vez —se dijo ella—; esto no significa nada para ti, es algo totalmente insignificante; pero no lo aceptes, no lo aceptes en homenaje a una etapa que no le pertenece a él».

—Creo que debería descansar, señor Roark. Mañana duerma hasta tarde. Les diré a los criados que no le molesten.

—No. Gracias. Estaré bien en pocas horas, señora Wynand. Me gusta nadar antes del desayuno. Llame a la puerta cuando usted esté listo, Gail, y saldremos juntos.

Dominique contempló la extensión del lago y las colinas, que no tenían ningún signo humano ni otra cosa, sino agua, árboles y sol: un mundo que les pertenecía. Y se dijo que él tenía razón: se pertenecían mutuamente los tres.

El proyecto de Cortland Homes presentaba seis bloques de edificios de quince pisos, cada uno hecho en forma de una estrella irregular, con brazos que se extendían desde un eje central. Los ejes contenían los ascensores, las escaleras, los sistemas de calefacción y todas las dependencias. Los departamentos irradiaban desde el centro en forma de triángulos extendidos. El espacio que había entre los brazos permitía la circulación del aire y de la luz desde tres lados. Los cielos rasos eran

prefabricados; las paredes interiores eran de azulejos de material plástico, que no requerían ni pintura ni revoque; todos los cables y tuberías estaban colocados en conductos de metal puestos junto a los pisos, para que se pudiera sacar y remplazarlos cuando fuese necesario, evitando una costosa demolición; las cocinas y los cuartos de baño estaban prefabricados como unidades completas; las divisiones interiores eran de fino metal y se podían desplegar y transformar en paredes para dividir una habitación o para ampliarla; había pocos vestíbulos y pasillos que limpiar; para conservar las casas se necesitaba el mínimo de trabajo de costo. El plan íntegro estaba dispuesto en triángulos. Los edificios de hormigón constituían un completo modelo de simples y estructurados rasgos, y no tenían adornos; no era necesario ninguno, las formas tenían la belleza de la escultura.

Ellsworth Toohey no miró los planos que Keating extendió sobre la mesa. Contempló la perspectiva del proyecto, atónito, con la boca abierta.

Después echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa:

—Peter —dijo—, usted es un genio. —Y agregó—: Creo que sabe exactamente lo que quiero decir. —Keating lo miró con la vista perdida, sin curiosidad—. Usted ha logrado lo que he tratado de realizar durante toda mi vida, lo que antes que nosotros han tratado de conseguir durante siglos hombres y batallas sangrientas. Me quito el sombrero con respeto y admiración ante usted.

—Mire los planos —dijo Keating, indiferente—Rentará diez millones cada unidad.

—No tengo la más mínima duda de que será así. No tengo necesidad de mirar. ¡Oh, sí, Peter, esto será aprobado! No se preocupe. Será aceptado. Le felicito.

—¿Qué anda urdiendo usted, tonto del diablo? —preguntó Wynand.

Le arrojó a Roark un ejemplar del Banner doblado en una página interior. La página contenía una fotografía con un encabezamiento: «El proyecto de Cortland Homes, de casas baratas del Gobierno federal, de 15.000.000 de dólares, para ser edificado en Astoria, Long Island. Keating y Dumont, arquitectos».

Roark echó una ojeada a la fotografía y le preguntó:

—¿Qué significa?

—Usted sabe muy bien lo que le quiero decir. ¿Cree que elegí las cosas de mi galería de arte por la firma de ellos? Si Peter Keating diseñó eso, yo me comeré todos los ejemplares del Banner de hoy.

—Peter Keating diseñó eso, Gail.

—No sea tonto. ¿Qué está buscando con esto?

—Si no quiero comprender lo que está diciendo, no lo comprenderé, pese a todo lo que diga.

—¡Oh, podría importarle si publico una información respecto a cierto proyecto de casas baratas diseñado por Howard Roark que formaría una información elegante y exclusiva y sería una broma para un cierto señor Toohey, que es el que está detrás de la mayoría de las personas en esos proyectos!

—Si la publica, yo lo demandaré.

—¿Lo haría realmente?

—Lo haría. Dejemos eso, Gail. ¿No ve que no quiero discutirlo?

Más tarde Wynand le mostró la fotografía a Dominique, y le preguntó:

—¿Quién diseñó esto?

Ella lo miró.

—Se sobrentiende —fue todo lo que contestó.

—¿Mundo que cambia, Alvah? ¿Qué cambio? ¿Quién lo cambia?

Algunas partes del rostro de Alvah parecían ansiosas, pero, en general, lucía impaciente conforme miraba las pruebas de su editorial sobre La maternidad en un mundo que cambia, que estaba sobre la mesa de Wynand.

—¿Qué diablos pasa, Gail? —murmuró indiferentemente.

—Eso es lo que yo quiero saber: qué pasa. —Cogió la prueba y leyó en voz alta—: «El mundo que hemos conocido se ha marchado y pasó. No debemos engañarnos. No podemos retroceder; debemos marchar adelante. Las madres de nuestros días deben dar el ejemplo ampliando sus propios puntos de vista emocionales y elevando el amor egoísta hacia sus hijos a un plano más alto, que incluya a los hijitos de todos. Las madres deben amar a cada chico de su manzana, de su calle, de su ciudad, de su distrito, de su Estado, de su nación, y de todo el mundo exactamente igual que si fueren su Mary o su Johnny». —Wynand frunció la nariz con fastidio—. Alvah... Esta bien servirles inmundicia, pero... ¿de esta clase? Alvah no quiso mirarle.

—Usted no marcha al compás de los tiempos, Gail.

Su voz era baja, tenía tono de aviso, como de algo que mostrara los dientes, ensayando una referencia al futuro.

Era tan extraña la conducta de Alvah que Wynand perdió todo deseo de continuar la conversación. Cruzó el editorial con una raya, pero el impulso del lápiz azul pareció cansarse y terminó en un garabato.

—Váyase y haga, alguna otra cosa, Alvah.

Scarret se levantó, cogió la tira de papel y se fue de la habitación sin decir palabra.

Wynand lo miró mientras se iba, confundido, divertido y ligeramente fastidiado. Había notado desde hacía varios años el rumbo que su diario había tomado, gradual, imperceptiblemente, sin una directiva de su parte. Había advertido las intencionadas «inclinaciones» de los nuevos relatos, las semisugestiones, las alusiones vagas, determinados adjetivos colocados de un modo determinado, lo forzado de ciertos temas, la inserción de conclusiones políticas donde no era necesario. Si una información se refería a una disputa entre un empleado y su jefe, éste aparecía como culpable a través de la redacción, sin importar la realidad de los hechos. Si una frase se refería al pasado, siempre era «nuestro oscuro pasado» o «el pasado muerto». Si una declaración de cualquier persona implicaba un motivo personal, siempre era «aguijoneada por el egoísmo» o «incitado por la codicia». En un problema de palabras cruzadas se daba la explicación: se buscaban «individuos anticuados», y la palabra resultante era: «capitalistas».

Wynand se encogió de hombros despectivamente. Se dijo que el cuerpo de redactores estaba bien adiestrado, y que si ése era el lenguaje popular del día, los muchachos lo habían asumido automáticamente. No tenía ningún significado. Él cuidaba la página editorial, y del resto no se preocupaba. No era nada más que una moda del momento, y él había sobrevivido a muchas modas.

No sintió preocupación por la campaña «Nosotros no leemos a Wynand». Consiguió uno de los carteles de los retretes de hombres y lo pegó en el parabrisas de su propio «Lincoln», y le agregó estas palabras: «Nosotros tampoco lo leemos», y lo conservó hasta que fue descubierto y

fotografiado por el reportero gráfico de un diario neutral. En el curso de su carrera había sido combatido, vituperado, denunciado por los periodistas más grandes de su tiempo, por las coaliciones más fuertes del poder financiero. No podía sentir ninguna aprensión por las actividades de cierto Gus Webb.

Sabía que el Banner estaba perdiendo algo de popularidad. «Una chifladura temporal», le dijo Scarret, encogiéndose de hombros. Realizaría un concurso o publicaría una serie de cupones para discos; se vería un aumento de la circulación y pronto se olvidaría el asunto.

No podía consagrarse a la acción plena. Nunca había sentido gran deseo de trabajar. Entraba todas las mañanas a su oficina con crecientes deseos, pero a la hora se encontraba estudiando la juntura de los paneles de los muros o recitando mentalmente canciones infantiles. No era el aburrimiento ni la satisfacción de un bostezo; era, sobre todo, el impulso roedor del deseo de bostezar y no el deseo total de realizarlo. No podía decir que le disgustara su trabajo. Simplemente se había tornado desagradable, no tanto como para forzarlo a una decisión, ni como para hacerle apretar los puños; sólo le hacía fruncir las aletas de la nariz.

Pensó, oscuramente, que la causa yacía en la nueva orientación del gusto público. No vio ninguna razón que le impidiese seguirlo y presentarlo tan expertamente como había representado las otras manías. Pero no podía seguirlo. No sentía escrúpulos morales. No era una posición tomada racionalmente, ni la desconfianza en nombre de una causa de importancia; era sólo un sentimiento de fastidio, algo que pertenecía casi a la castidad: la vacilación que siente uno antes de meter su propio pie en el estiércol. Se dijo: «No interesa, no durará. Estaré de vuelta cuando la ola retorne contra otro tema. Creo que debería esperar, más bien, a que eso ocurra».

No podía decir por qué el encuentro con Alvah Scarret le había producido un sentimiento de fastidio más intenso que el habitual. Pensó que era divertido que Alvah hubiese cambiado de línea de conducta. Pero había algo más: había una nota personal en la forma de salir que tuvo Scarret, casi una manifestación de que él podía prescindir de las opiniones de su jefe.

«Debo echar a Alvah —se dijo, y se rió de sí mismo horrorizado—. ¿Echar a Alvah Scarret? Antes se podía pensar en detener la tierra o, lo impensable, en cerrar el Banner».

Pero durante los meses de ese verano y del otoño hubo días en que amó al Banner. Entonces se sentaba tras la mesa, con las manos en las páginas que tenía delante: la tinta fresca untaba sus dedos y él se sonreía conforme veía el nombre de Howard Roark en las páginas del diario.

La orden había descendido de su oficina a las secciones correspondientes: «Machacar respecto a Howard Roark». En la sección de artes, en la sección de propiedades, en los editoriales, en las distintas columnas las referencias al nombre de Roark y a sus edificios empezaron a aparecer regularmente. No había muchas ocasiones para hacer publicidad a un arquitecto, y los edificios, en realidad, tenían poco valor como noticias; pero el Banner se ingeniaba para arrojar el nombre de Roark al público con toda clase de ingeniosos pretextos. Wynand redactaba las palabras que se relacionaban con esto. El material resultaba alarmante en las páginas del Banner: estaba escrito con buen gusto. No había relatos sensacionales, ni fotografías de Roark tomando el desayuno, ni un interés humanitario, ni el intento de conseguirle clientes; no era otra cosa que el tributo generoso debido a la grandeza de un artista.

Nunca hablada a Roark de estas cosas y Roark tampoco las mencionaba. Nunca hablaban del

Banner.

Al llegar a su hogar, por la noche, Wynand veía el Banner sobre la mesa del *living*. No lo había permitido en su casa desde que se casó. Se sonrió cuando por primera vez lo vio, y no dijo nada.

Después, una noche habló de ello. Volvió las páginas hasta que llegó a un artículo sobre los lugares de veraneo, la mayor parte del cual consistía en una descripción de Monadnock Valley. Levantó la cabeza para mirar a Dominique, que estaba sentada en el suelo junto a la chimenea.

—Gracias, querida —le dijo.

—¿Por qué, Gail?

—Por la comprensión que has demostrado al pensar que estaría contento de ver el Banner en mi casa. —Se acercó a ella, y sentóse también en el suelo, y le pasó el brazo por sus finos hombros—. Piensa en todos los políticos, en las estrellas de cine, en las visitas de los grandes duques y en los criminales cuyos nombres el Banner ha estado pregonando todos estos años. Piensa en mis grandes campañas acerca de las compañías de tranvías, de los prostíbulos y del cultivo de los vegetales en la casa. Por una vez, Dominique, puedo decir lo que pienso. Todo este poder que yo quería, alcanzado y no empleado jamás... Ahora verán lo que puedo hacer. Los obligaré a reconocerlo y será reconocido. Le daré la fama que merece. ¿La opinión pública? La opinión pública la hago yo.

—¿Crees que él quiere eso?

—Probablemente, no. No me importa. Él la necesita y la va a tener. Quiero que la tenga. Como arquitecto es una propiedad pública. No puede impedir que un diario escriba sobre él, si quiere —repuso Wynand.

—Los originales sobre él ¿los escribiste tú?

—En su mayor parte.

—¡Gail, qué gran periodista podrías haber sido!

La campaña produjo un resultado que él no esperaba. El público en general, permaneció indiferente; pero en los círculos intelectuales y en el mundo del arte y de la profesión, la gente empezó a reírse de Roark. Los comentarios se los llevaban a Wynand: «¿Roark? ¡Ah, sí, el mimado de Wynand!». «El encantador muchacho del Banner». «El genio de la Prensa amarilla». «El Banner está ofreciendo arte ahora; envíen las tapas de dos cajas o un facsímil semejante». «¿No le conocías? Es lo que siempre pensé de Roark, es el talento que corresponde a los diarios de Wynand».

—Veremos —dijo Wynand despectivamente.

Y continuó su campaña personal.

De todos los trabajos de importancia se encargaba Roark. Desde la primavera le había conseguido el contrato para un club de yates en el Hudson, un edificio para oficinas, dos residencias particulares. «Le conseguiré mucho más de lo que usted pueda hacer —le dijo—. Lo haré que se ponga al día por todos los años que ha desperdiciado».

Una noche, Austen Heller le dijo a Roark:

—Si me permite un atrevimiento, creo que necesita un consejo. Sí, por supuesto; me refiero a las cosas absurdas de Gail Wynand. Al convertirse en amigos inseparables, ustedes dos han trastornado todo el concepto racional que siempre he tenido. Después de todo, hay distintas clases de seres humanos; no estoy hablando el lenguaje de Toohey, pero hay ciertos límites entre los hombres que no se pueden transgredir.

—Sí, los hay. Pero nadie ha manifestado nunca dónde deben ser trazados.

—Bien; la amistad es cuestión suya, pero hay algo que se debe suspender, y me tiene que escuchar siquiera una vez.

—Le escuchó.

—Creo que está muy bien que le consiga todos esos trabajos que le ha dado. Estoy seguro de que por eso será premiado y elevado algunos puestos en el infierno, adonde, ciertamente, irá. Pero debe suspender esa publicidad que lo está hundiendo a usted junto con el Banner. Tiene que hacérsela suspender. ¿No sabe que el apoyo de los diarios de Wynand es suficiente para desacreditar a cualquiera? —Roark no respondió—. Le está perjudicando profesionalmente, Roark.

—Lo sé.

—¿Le hará suspender la campaña?

—No.

—Pero ¿por qué diablos?

—Le dije, Austen, que lo escucharía, pero no que hablaría sobre Wynand.

En un atardecer de otoño, Wynand fue a la oficina de Roark, como hacía a menudo, y salieron juntos.

—Es una hermosa noche. Vamos a dar un paseo, Howard. Quiero mostrarle una propiedad.

Lo condujo a Hell's Kitchen. Marcharon en torno a un gran rectángulo, dos manzanas entre la Avenida Novena y la Undécima y cinco manzanas de norte a sur. Roark vio un sucio conjunto de viviendas, armatostes salientes en donde hubo rojos ladrillos, portales retorcidos, tablas podridas, cuerdas de ropa interior gris en respiraderos estrechos, que no estaban allí como un signo de vida, sino como el malévol desarrollo de la descomposición.

—¿Todo eso es suyo?

—Todo.

—¿Por qué me lo muestra? ¿No sabe que hacerle ver esto a un arquitecto es peor que mostrarle un campo de cadáveres insepultos?

Wynand señaló el frente de azulejos blancos de un nuevo restaurante que estaba en la acera opuesta, y le dijo:

—Entremos allí.

Se sentaron junto a una limpia mesa de metal, al lado de la ventana, y Wynand pidió café. Se sentía tan en su casa como en el mejor restaurante de la ciudad. Su elegancia tenía allí un raro sentido: no representaba un insulto para el lugar, sino que lo transformaba, como si fuera un rey que nunca alterara su presencia y más bien transforma en palacio cualquier casa en la que penetra. Se inclinó hacia delante, observó a Roark a través del vaho del café, con los ojos empujados y sonrientes, y le señaló la calle.

—Ése es el primer terreno que compré, Howard. Hace mucho tiempo. Desde entonces no lo he tocado.

—¿Para qué lo reservaba?

—Para usted.

Roark levantó el ordinario vaso de café y se lo llevó a los labios sin dejar de mirar a Wynand con ojos burlescos, por toda contestación. Advirtió que Wynand quería que le hiciera preguntas

ansiosas, y en lugar de eso esperó pacientemente.

—¡Eh, bastardo cabeza dura! —dijo Wynand con una risita de sometimiento—. Está bien. Mire, ahí nací yo. Cuando pude empezar a comprar propiedades, compré eso. Casa por casa. Manzana por manzana. Me llevó mucho tiempo. Podía haber comprado propiedades mejores y haber ganado dinero con más rapidez, como hice después; pero no quise hasta no tener eso, aunque bien sabía que no lo usaría durante años. Vea; he decidido que aquí se levante algún día el edificio Wynand... Está bien; no hable si no quiere, ya lo he leído en su cara.

—¡Oh, Gail, por Dios!...

—¿Qué le pasa? ¿Quiere hacerlo? ¿Quiere hacerlo en realidad?

—Creo que habría dado mi vida por eso; sólo que en ese caso no podría construirlo. ¿Esto es lo que quería oír?

—Algo parecido. Yo no habría pedido su vida, pero es agradable hacerle perder el aliento una vez siquiera. Gracias por la impresión que ha recibido. Eso significa que comprende lo que representa el edificio Wynand: la construcción más alta y más grande de la ciudad.

—Sé que eso era lo que usted quería.

—Sin embargo, no lo construí, y he esperado todos estos años para hacerlo. Ahora usted esperará conmigo. ¿Sabe que me gusta torturarlo siempre, hasta cierto punto?

—Ya lo sé.

—Lo hice venir hasta aquí nada más para decirle que cuando decida edificarlo, será suya la obra. He esperado hasta ahora porque tenía la impresión de que no estaba preparado para hacerlo. Desde que le conocí, me di cuenta de que estaba listo... y no me refiero a usted en cuanto a arquitecto. Pero tendremos que esperar un poco más, apenas un año o dos más, hasta que las cosas vuelvan a su estado normal. Es mal tiempo para edificar. Todos saben que la época de los rascacielos ha pasado. Ha pasado de moda. Me importa un bledo. El edificio se pagará a sí mismo. Las empresas Wynand tienen oficinas desparramadas por toda la ciudad. Quiero que estén todas en un edificio, y además tengo bastante influencia sobre muchas personas importantes para obligarlas a alquilar el resto del espacio. Quizá sea el último rascacielos que se edifique en Nueva York. Tanto mejor; será el más grande y el último. —Roark contemplaba las ruinas abigarradas—. Hay que echarlo abajo todo, Howard. Todo eso. Arrasarlo. Todo esto debe ser sustituido por un parque y por el edificio Wynand... Las mejores construcciones de Nueva York se arruinan porque uno no las puede ver sino apretadas unas contra otras, formando manzanas. Mi edificio se verá bien. Exigiré todo el vecindario. Que los demás sigan. ¿Dirán que no está bien situado? Verán. Esto podría llegar a ser el nuevo centro de la ciudad... cuando la ciudad vuelva a su curso normal. He planeado esto cuando el Banner no era más que un periódico de cuarta categoría. No me he equivocado, ¿no? Sabía que yo llegaría... Será un monumento a mi vida, Howard. ¿Recuerda lo que dijo la primera vez que vino a mi oficina? Una exposición de mi vida. Hubo cosas en mi pasado que no me gustaban, pero todas aquellas de las cuales estaba orgulloso quedarán. Sabía que iba a encontrar el arquitecto apropiado cuando llegara la oportunidad. Es una especie de premio. Es como si hubiese sido perdonado.

Había cesado de llover, pero Peter Keating deseaba que volviera a empezar. El pavimento brillaba, había manchas oscuras en las paredes de los edificios y como procedían del cielo parecía que la ciudad estuviera bañada en frío sudor. La atmósfera estaba densa y había lagos de luz en las ventanas. Keating no se había preocupado por la lluvia, pero en aquel momento se sintió empapado hasta los huesos.

Había salido de la oficina temprano y se había ido andando hasta su casa. La oficina le parecía irreal, como ocurría desde hacía tiempo. Encontraba realidad sólo por las noches, cuando se deslizaba furtivamente a casa de Roark. «Él no se escurría ni era furtivo», se dijo a sí mismo con rabia...y sabía que no era así, pese a atravesar el vestíbulo de la casa Enright y subir por el ascensor como cualquier hombre que lleva un recado lícito. Era una vaga ansiedad el impulso de escrutar cada rostro que veía, el temor de ser reconocido; no era la carga de la culpa respecto a determinada persona, sino la más terrible sensación de ser culpable sin que exista la víctima.

Tomó los bosquejos en borrador que le dio Roark de cada detalle de Cortland para que sus empleados los pusieran en limpio. Escuchó las instrucciones. Se aprendía de memoria los argumentos que debía dar a sus empleados para evitar cualquier objeción posible. Los absorbía como una máquina de imprimir discos.

Ahora caminaba lentamente por las calles cubiertas por un cielo que amenazaba lluvia. Levantó la vista, y, donde habían estado las torres en los edificios familiares, vio un espacio; no parecía niebla ni nubes: era como una sólida extensión de cielo gris que hubiese efectuado una destrucción gigantesca, silenciosa. El espectáculo de los edificios que se desvanecían en el cielo siempre le había incomodado. Continuó su marcha mirando hacia el suelo.

Primero advirtió los zapatos. Supo que debía haber visto el rostro de una mujer, que el instinto de conservación había desviado su mirada del rostro y había hecho que la percepción consciente se fijara en los zapatos.

Eran zapatos bajos, de color castaño, tipo Oxford, ofensivamente buenos, demasiado bien lustrados para un pavimento enlodado, despreocupados de la lluvia y de la belleza. Los ojos de él subieron hasta la falda, del mismo color: a la chaqueta, de corte masculino, costosa y fría como un uniforme; a la mano, con un agujero en un dedo del guante fino; a la solapa, en la cual había prendido un adorno absurdo, un mejicano patizambo con pantalones esmaltados de rojo, con un chabacano aire de descaro, a los finos labios, a las gafas, a los ojos.

—Katie —dijo él.

Ella estaba frente al escaparate de una librería. Su mirada vaciló un instante entre el reconocimiento y el título de un libro que había estado examinando; después, con un reconocimiento evidente, exteriorizado al comienzo por una sonrisa, bajó la mirada al título del libro para tomar nota de él. Después se volvió hacia Keating. Su sonrisa era placentera; no había esfuerzo en ella para dominar la amargura ni la alegría de una bienvenida; era simplemente placentera.

—¡Peter! ¡Hola, Peter!

—Katie... —No pudo tenderle la mano ni acercarse a ella.

—Sí, imagínate, toparte conmigo en esta forma... Nueva York es una ciudad pequeña, aunque

supongo que sin los mejores rasgos.

En la voz de Catherine no había nada forzado.

—¿Qué haces aquí? Yo creía... oí decir... —Keating sabía que tenía un buen empleo en Washington y que se había trasladado allí desde hacía dos años.

—Nada más que un viaje de negocios. Tengo que estar de vuelta mañana. No puedo decir que me importe tampoco. ¡Nueva York parece tan muerta, tan «pausada»!

—Estoy encantado de que te guste el empleo... si quieres decir... ¿No es eso lo que quieres decir?

—¿Que me guste el trabajo? ¿Qué cosas tan tontas dices! Washington es el único lugar importante que existe en el país. No me doy cuenta cómo la gente puede vivir en otra parte. ¿Qué hacer, Peter? El otro día vi tu nombre en el diario, se trataba de algo importante.

—Yo... Trabajo... Tú no has cambiado nada Katie, ¿no es cierto? Quiero decir, tu cara... Estás como antes, en cierta forma...

—Es la única cara que tengo. ¿Por qué las personas tendrán que hablar siempre de cambios si no se ven en uno o dos años? Ayer le hice una visita a Grace Parker, y me hizo un inventario de todo mi aspecto. Tuve que oír todo lo que me decía: «Estás muy linda... no pasa el tiempo para ti, Catherine». La gente es muy provinciana.

—Pero... estás muy linda... resulta muy agradable verte...

—Yo también estoy contenta de verte. ¿Cómo van las construcciones?

—No sé... Lo que tú has leído debe ser acerca de Cortland... Estoy haciendo Cortland Homes, un barrio de viviendas baratas...

—Sí, naturalmente. Era eso. Creo que está bien para ti, Peter, no hacer un trabajo con el único fin de obtener un provecho personal y suculentos honorarios, sino con propósitos sociales. Creo que los arquitectos deberían dejar a un lado el ganar dinero, y dedicar un poco de tiempo a trabajos del Gobierno y a objetivos más amplios.

—La mayoría los tomarían, si pudieran, pero es difícil introducirse, es muy cerrado...

—Sí, sí, ya sé. Es imposible hacer comprender a los legos nuestros métodos de trabajo y por eso oímos a tantos estúpidos que nos aburren con quejas. No debes de leer los diarios de Wynand, Peter.

—Yo nunca leo los diarios de Wynand. ¿Qué me importan?... ¡Oh..., no sé qué estábamos hablando, Katie!

—Tenemos, realmente, mucho que conversar de eso, Peter. —Las palabras le habrían levantado el espíritu si no hubiesen sido pronunciadas tan naturalmente—. Pero no podemos estar aquí todo el día. —Miró su reloj de pulsera—. Tengo una hora, más o menos. Supongo que me invitarás a tomar una taza de té en alguna parte. Te convendría una taza de té caliente. Parece que estás muerto de frío.

Ése fue el primer comentario que hizo sobre su aspecto; eso y una mirada sin reacción. Pensó que hasta Roark se habría conmovido, habría reconocido el cambio.

—Sí, Katie. Será maravilloso. Yo... —Hubiera querido que ella no se lo sugiriese, pero era lo más conveniente que podían hacer. Hubiera querido que ella no hubiese pensado en una cosa tan conveniente, y tan de prisa—. Busquemos un lugar tranquilo y agradable... Iremos a Thorpe. Está a la vuelta de la esquina. Tiene los mejores emparedados de berro.

Catherine se asió del brazo para cruzar la calle y se desprendió nuevamente al llegar a la acera

opuesta. El ademán había sido automático. Ella no lo había advertido. En el interior de Thorpe había un mostrador con pasteles y dulces. Un gran tazón de almendras recubiertas de azúcar, verdes y blancas, atrajeron la atención de Keating. El establecimiento olía a tortas de naranja. La luz era opaca; el olor hacía la luz pegajosa. Las mesas eran pequeñas y juntas.

Keating se sentó mirando el papel de encaje que servía de mantel sobre una mesa de vidrio negro, pero cuando levantó los ojos hacia Catherine, advirtió que no era necesaria ninguna precaución; ella no reaccionó a su examen: su expresión permaneció igual que si él hubiese escrutado el rostro de la mujer de al lado. Parecía carecer de toda conciencia de su propio ser. Él pensó que su boca era lo que más había cambiado; los labios estaban sumidos, con un pálido borde de carne en torno a la imperiosa línea de la abertura. «Una boca para dictar órdenes —pensó—, pero no órdenes importantes o crueles, sino órdenes insignificantes, acerca de las cañerías o de los desinfectantes». Observó las finas arrugas de los ángulos de los ojos y el cutis igual que un papel que uno hubiese arrugado y después lo hubiese alisado.

Catherine le habló de su trabajo en Washington y él escuchó con la boca abierta. No escuchaba las palabras, sino el tono de la voz, seco y crujiente. Catherine dijo:

—Té y emparedados especiales.

—Una taza de café —pidió Keating. Vio los ojos de Catherine sobre él, y con súbito pánico obsesionado por el embarazo, sintiendo que no podía confesar que en aquel instante le sería imposible tragar un solo trozo de alimento, sintiendo que esa confesión le produciría disgusto, agregó —: Jamón y queso suizo con pan negro.

Catherine exclamó:

—Peter, ¡qué alimentos tan horribles tomas! Espere un momento camarera. Tú no quieres eso, Peter. Es muy malo para ti. Toma una ensalada fresca. Y el café es malo a esta hora del día. Los yanquis beben demasiado café.

—Está bien —dijo Keating.

—Té y una ensalada mixta, camarera..., y no traiga pan. Estás aumentando de peso, Peter.

Keating esperó hasta que el uniforme almidonado se alejó, y dijo lleno de aspereza:

—He cambiado, ¿no es cierto, Katie? ¿Es muy horrible mi aspecto?

Hasta un comentario desdeñoso hubiera sido un acercamiento.

—¿Qué? Lo adivino: poco saludable. Pero los yanquis no saben nada acerca del propio equilibrio nutritivo. Es natural que los hombres hagan tanto ruido por la apariencia. Son mucho más vanidosos que las mujeres. Son las mujeres las que realmente cargan ahora con todo el peso de la producción y las mujeres edificarán un mundo mejor.

—¿Cómo se edificará un mundo mejor, Katie? —Si tú consideras que el factor determinante es el factor económico...

—No..., no te pregunto en ese sentido... Katie, he sido muy desdichado.

—Siento escuchar eso. Uno oye a muchas personas que lo dicen hoy en día. Es porque éste es un período de transición y la gente se siente asqueada. Pero tú siempre has estado en una situación brillante, Peter.

—¿Te acuerdas... de cómo era yo?

—¡Por Dios!, hablas como si se tratase de hace setenta y cinco años, Peter.

—Me han ocurrido muchas cosas... Yo... —El camino más tosco le pareció el más fácil—. Me casé y me divorcié.

—Sí, he leído eso. Me alegré cuando te divorciaste. —Él se inclinó hacia delante—. Si tu esposa es una mujer que pudo casarse con Gail Wynand, has sido afortunado habiéndote desembarazado de ella.

El tono de impaciencia crónica que amontonó las palabras no alteró la pronunciación de las mismas. Tenía que creerlo: era todo lo que de aquel tema le interesaba a ella.

—Katie, eres muy buena y tienes mucho tacto..., pero déjate de fingimientos ahora —dijo él temiendo que no se tratase de una disimulación—. Déjalo... Dime lo que pensaste de mí entonces... Dímelo todo... No importa... Quiero oírlo... ¿No comprendes?... Me sentiría mejor si te lo oyera.

—Seguramente, Peter, no querrás que comience a hacerte una serie de recriminaciones. Si no fuese infantil, diría que fue engreimiento de tu parte.

—¿Qué sentiste tú aquel día que yo no fui, y después cuando supiste que me había casado? —No sabía qué instinto le empujaba a la brutalidad como último recurso—. Katie, ¿sufriste entonces?

—Claro que sufrí. Todas las personas jóvenes sufren en tales situaciones. Después parece tonto. Grité, le chillé algunas cosas terribles a tío Ellsworth y él tuvo que llamar al médico para que me diese un sedante y, semanas después, me desmayé un día en la calle, sin ninguna razón, cosa que fue realmente lamentable. Supongo que todo el mundo pasa por esas cosas convencionales, como por el sarampión. ¿Por qué tenía que ser yo excepción? —Keating pensó que nunca había sabido que había algo peor que una viva memoria de dolor: un dolor muerto—. Y, por supuesto, sabemos que fue para bien. No puedo imaginarme casada contigo.

—¿No te lo puedes imaginar, Katie?

—Así es; tampoco con otro cualquiera. No habría dado resultado. No me sienta, por temperamento, la vida doméstica. Es demasiado egoísta y estrecha. Comprendo lo que tú sientes ahora y lo aprecio. Es humano que sientas algo así como remordimiento después de lo que hiciste. —Él pestañeó—. Ya ves cuán tontas suenan estas cosas. Es natural que estés un poco afligido, es un reflejo normal, pero debemos pensar objetivamente; somos adultos, personas racionales, nada nos resulta demasiado serio; no podemos evitar realmente lo que hacemos, estamos hechos para proceder así.

—¡Katie!, no estás hablando del problema de ninguna muchacha caída. Estás hablando de ti.

—¿Hay alguna diferencia esencial? Los problemas son todos iguales.

Keating la observó tomar un pedazo de pan delgado, sin corteza, untado de verde y advirtió que su orden había sido cumplida. Metió el tenedor en la ensaladera y colocó un poco de ensalada sobre una galletita. Al punto descubrió qué extraño resulta cuando uno pierde el don de comer automáticamente y debe hacerlo con un esfuerzo consciente total; la galletita parecía interminable, no podía acabar de masticarla, movía las mandíbulas sin lograr reducir la cantidad de pulpa deshecha que tenía en la boca.

—Katie..., durante seis años... Yo he pensado en cómo te pediría que me perdonaras algún día y ahora se me presenta la ocasión y no quisiera pedírtelo. Parece... parece... que está fuera de la cuestión. Ya sé que es horrible decir esto, pero es lo que me parece. Ha sido la peor cosa que he hecho en mi vida, no porque me perjudicara a mí, sino porque te he perjudicado a ti, Katie, y quizá

más de lo que tú misma te das cuenta. Pero éste no es mi delito mayor..., Katie, yo quise casarme contigo. Era, en realidad, lo único que yo quería. Y ése es el pecado que no se puede olvidar: que yo no haya hecho lo que quería. Se siente como algo tan sucio, tan insustancial, tan monstruoso como lo que se siente con respecto a la locura, porque carece de sentido, de dignidad; no es nada más que dolor, y un dolor inútil... Katie, ¿por qué nos enseñan que esto es lo fácil y que el mal está en hacer lo que queremos y que necesitamos disciplina para constreñirnos a nosotros mismos? La cosa más difícil del mundo es hacer lo que queremos. Y es menester el más grande de los corajes. Quiero decir para hacer lo que realmente queremos. Como yo quería casarme contigo. No como quiero estar con alguna mujer, o como quiero emborracharme y ver mi nombre en los diarios. Estas cosas ni siquiera son deseos; son cosas que la gente hace para huir de los deseos, porque el hacer algo implica una responsabilidad muy grande.

—Peter lo que estás diciendo es feo y egoísta.

—Quizá. No sé. Siempre he querido decirte la verdad. En todo, aunque no me la pidieras. Tenía derecho.

—Sí, lo hiciste y era un rasgo loable. Eras un muchacho encantador.

Pensó con oscura rabia que lo que le molestaba más era el recipiente de almendras recubiertas de azúcar que estaba sobre el mostrador. Las almendras eran verdes y blancas, y no había razón para que fueran, en esa época del año, verdes o blancas, pues esos colores eran los del día de San Patricio; en esa época había dulces como aquéllos en todos los escaparates, y el día de San Patricio significaba la primavera; no, algo mejor que la primavera, ese momento maravilloso de la ante primavera.

—Katie, no quiero decirte que estoy todavía enamorado de ti. No sé si lo estoy o no. Nunca me lo he preguntado. No importaría ahora. No digo esto porque espere algo, o creo o trate o... Sé sólo que te quise, Katie, te quise. A pesar de todo lo que haya hecho, aunque tenga que decirlo por última vez, te quise, Katie.

Ella lo miró y pareció complacida. Ni agitada ni dichosa ni apiadada, sino complacida de una manera casual. Él pensó: «Si ella fuera una solterona, la asistente social frustrada, como la gente piensa de ésas mujeres, las que burlan el sexo como la presunción arrogante de la propia virtud, eso, aunque hostil, todavía sería un reconocimiento». Pero con tolerancia graciosa parecía decir que el amor era algo humano que se debía tomar así, como una debilidad popular sin grandes consecuencias. Estaba complacida como lo habría estado con las mismas palabras pronunciadas por cualquier otro hombre.

—Katie..., Katie..., dime que esto no cuenta ahora, que no vale la pena considerarlo. Que no puede manchar el pasado. La gente siempre lamenta que el pasado sea una cosa definitiva, que nada pueda cambiarlo, pero yo estoy contento de que sea así. No podemos corromperlo. Podemos pensar en el pasado. ¿Por qué no habríamos de pensar? Quiero decir, como tú dijiste. Como la gente adulta, sin entontecernos; no en busca de esperanza, sino solamente mirando hacia atrás... ¿Recuerdas cuando fui por primera vez a tu casa en Nueva York? Parecías muy delgada y pequeña, y tenías el pelo desordenado. Te dije que nunca amaría a nadie más. Te tuve en mi falda, no pensabas en nada y te dije que no amaría nunca a nadie más, y tú dijiste que ya lo sabías.

—Recuerdo.

—Cuando estábamos juntos..., Katie, estoy avergonzado de muchas cosas, pero nunca del momento en que estábamos juntos. Cuando te pedí que nos casáramos... no, nunca te pedí que nos casáramos, te dije simplemente que estábamos prometidos y tú dijiste «sí»... Era en un banco de la plaza... y estaba nevando.

—Sí.

—Tenías unos guantes de lana raros. Unos mitones. Recuerdo: había gotas de agua en el césped, redondas, de cristal, centelleaban y era porque pasaba un automóvil.

—Sí, creo que es agradable mirar hacia atrás ocasionalmente. La perspectiva de uno se amplía. Con los años uno se hace más rico espiritualmente.

Él guardó silencio, después lo rompió, diciendo en voz baja:

—Lo siento.

—¿Por qué? Eres muy amable, Peter. Siempre he sostenido que los hombres son sentimentales.

Él pensó: «No es mentira, no se puede fingir así, a no ser que sea interior, para uno mismo, y entonces no hay límite ni salida ni realidad...».

Siguió hablando con él y después de un momento el tema fue nuevamente Washington. Él respondía cuando era necesario.

Él pensó que había creído que el pasado y el presente se sucedían simplemente, y que si había una pérdida en el pasado, uno estaba compensado por el dolor del presente, pues el dolor daba al pasado cierta inmortalidad, pero nunca había sabido que se pudiera destruir así, matar retroactivamente, como hacía ella.

Catherine miró su reloj de pulsera y bostezó con impaciencia.

—Ya es tarde. Debo salir corriendo.

—¿No te importa que no te acompañe, Katie? No es falta de atención. Pienso que es mejor.

—Desde luego. No importa. Conozco el camino y no hay necesidad de cumplidos entre amigos.

—Y después, tomando la cartera y los guantes, haciendo una pelota con la servilleta de papel y arrojándola cuidadosamente en la taza de té, agregó—: Te llamaré la próxima vez que venga a la ciudad y pasaremos un rato juntos. Pero no puedo decirte cuándo será. Estoy muy ocupada, tengo que ir a muchos sitios. El mes último estuve en Detroit y la semana próxima vuelo a San Luis; pero cuando me manden otra vez a Nueva York, te llamaré por teléfono. Adiós, Peter, ha sido un rato muy agradable.

XI

Gail Wynand contemplaba las brillantes maderas de la cubierta del yate. La madera y los picaportes de bronce le daban la sensación aguda de lo que lo rodeaba: las millas de espacio llenas de sol, entre extensiones ardientes de cielo y océano. Era febrero y el yate estaba detenido, con las máquinas inmóviles, en el sur del Pacífico.

Se apoyó en la barandilla y contempló a Roark en el agua; Roark nadaba de espaldas, con el cuerpo extendido en línea recta, los brazos estirados, cerrados los ojos. Lo tostado de su piel implicaba un mes de días semejantes a aquél. Wynand se dijo que era así como le gustaba medir el espacio y el tiempo, por el poder de su yate, por lo de la piel de Roark o por lo quemado de sus propios brazos que había extendido sobre la barandilla.

No viajaba en su yate desde hacía varios años, y había querido que Roark fuese el único invitado. Dominique se había quedado. Wynand le había dicho:

—Se está matando, Howard. Ha estado marchando a un ritmo que no puede aguantar. Desde Monadnock, ¿no es así? ¿Tendría ahora el valor de realizar el acto más difícil para usted: el de descansar?

Se quedó sorprendido cuando Roark lo aceptó sin discutir. Roark se rió:

—No huyo de mi trabajo, si eso es lo que lo sorprende. Sé cuándo tengo que dejar, pero no dejo hasta que esté terminado. Sé que me he excedido. He estado gastando demasiado papel últimamente y haciendo malos trabajos.

—¿Muy a menudo le salen mal los proyectos?

—Probablemente más a menudo que a cualquier arquitecto y con menos excusa. La única diferencia es que mis fracasos terminan siempre en el cesto de los papeles.

—Le anuncio que estaremos fuera unos dos meses.

Si a la semana empieza a lamentarse y añorar la mesa de dibujo, como todos los hombres que nunca han aprendido a haraganear, no lo traeré de vuelta. Soy el peor dictador a bordo de mi yate. Tendrá todo lo que se pueda imaginar, menos papel y lápiz. No le dejaré siquiera libertad de hablar. Nada de mencionar vigas, materiales plásticos u hormigón armado, cuando esté a bordo. Le enseñaré a comer, a dormir, y a vivir como si fuera el millonario más indigno.

—Me gustaría intentarlo.

El trabajo de la oficina no requería la presencia de Roark en los meses próximos. Los trabajos que había empezado estaban concluidos. Las dos nuevas obras encargadas no iban a ser comenzadas hasta la primavera.

Había hecho todos los bosquejos que Keating necesitaba para Cortland. La construcción aún no había empezado. Antes de hacerse a la vela, un día, a fines de diciembre, Roark fue a echar una ojeada al lugar destinado a Cortland Homes. Estuvo como espectador anónimo entre un grupo de holgazanes curiosos; estuvo allí observando el vaho que producían las palas al cavar la tierra, preparándola para los cimientos verdaderos. East River era una banda amplia de agua negra y perezosa, y más allá, envueltas en bruma y copos de nieve, las torres de la ciudad aparecían suavizadas como en una acuarela morada y azul. Dominique no protestó cuando Wynand le comunicó que iba a hacer un crucero en compañía de Roark.

—Adorada, tú comprendes que eso no significa que huyo de ti. Necesito huir de todo, nada más. Estar con Roark es igual que estar solo, solamente que con más paz.

—Haces bien, Gail. No importa.

—Dominique, creo que estás celosa. Es maravilloso. Si eso te causa celos, estoy más agradecido a Roark que nunca.

El yate partió hacia fines de diciembre. Roark observó, sonriendo con sarcasmo, el desengaño de Wynand cuando vio que no necesitaba imponer ninguna disciplina. Roark no habló de edificios; durante horas yacía tendido al sol en cubierta, y haraganeaba como un experto. Hablaban poco. Había días que Wynand no podía recordar qué frases habían cambiado. Le daba la impresión de que no habían hablado nunca. La serenidad de ambos era el mejor medio de comunicación.

Aquel día se habían zambullido juntos a nadar y Wynand había sido el primero en subir. Estaba en la barandilla observando a Roark en el agua y pensó en el poder que en aquel momento tenía: podía ordenar que el yate empezara a navegar dejando al muchacho pelirrojo entre el sol y el océano. Aquel pensamiento le produjo placer, una sensación de poder y el sentido del sometimiento a Roark, ya que ninguna fuerza concebible hubiera podido obligarle a ejercer tal poder. Todos los agentes físicos estaban de su parte: unas contracciones de las cuerdas vocales para dar la orden y la mano de alguien que abriera una válvula... y la obediente máquina se alejaría. Se dijo: «No es una decisión moral ni el mero horror al acto; se puede abandonar, de un modo concebible, a un hombre, si el destino de un continente depende de él». Pero nada podía hacer que abandonara a aquel hombre. Él, Gail Wynand, era el impotente en aquel instante, con el sólido tablaje de la cubierta bajo sus pies. Roark, nadando como una madera flotante, tenía un poder mayor que la máquina que funcionaba en el vientre del yate.

Roark volvió a trepar al barco. Wynand contemplaba el cuerpo de Roark y los hilos de agua que corrían por sus planos angulosos.

—Cometí un error en el templo de Stoddard —dijo—. La estatua debería haber sido la suya, no la de Dominique.

—No. Yo soy demasiado egoísta para eso.

—¿Egoísta? Un egoísta hubiera hecho eso. Usted le da a las palabras un sentido extraño.

—Es el sentido exacto. No quiero ser símbolo de nada. Soy nada más que yo mismo.

Tendido en una silla, en la cubierta, Wynand contemplaba con satisfacción la linterna, un disco, de vidrio mate, en la mampara que estaba detrás de él. Separaba el negro vacío del océano y lo aislaba por medio de sólidos muros de luz. Oía el ruido del motor del yate y sentía en su rostro el aire cálido de la noche.

Roark estaba delante, en la barandilla; una alta y blanca figura recostada contra un espacio negro; tenía levantada la cabeza tal cual Wynand lo había visto en el edificio en construcción. Sus manos se aferraban a la baranda. Las mangas cortas de la camisa dejaban los brazos, líneas verticales de sombras, bajo la luz.

—Howard, esto es lo que yo quería, tenerlo conmigo.

—Ya lo sé.

—¿Sabe realmente de qué se trata? Es avaricia. Soy un avaro con respecto a dos personas: usted y Dominique. Soy un millonario que no ha poseído nada. ¿Se acuerda lo que le dije de mi propiedad?

Soy como un salvaje que ha descubierto la idea de la propiedad privada y la ataca a ciegas. Es divertido. Piense en Ellsworth Toohey.

—¿Por qué en Ellsworth Toohey?

—Quiero decir en las cosas que él predica. Me he estado preguntando últimamente si él comprende lo que está defendiendo. ¿El altruismo en sentido absoluto? Eso es lo que he sido yo. ¿Sabe él que yo soy la forma de su ideal? Por supuesto, él no aprobaría mis motivos, pero los motivos no alteran nunca los hechos. Si es verdadero altruista, tiene que serlo en un sentido filosófico, más allá del dinero; que me mire a mí. Nunca he tenido nada. Nunca he querido nada. No he dado un comino en el vasto sentido que Toohey podría esperar. Me formé yo mismo de un modo barométrico, bajo la presión de todo el mundo. La voz de las masas me empujó hacia delante y hacia atrás. Naturalmente, reuní una fortuna en el proceso. ¿Cambia eso la realidad intrínseca del hecho? Suponga que hubiese regalado cada moneda que he ganado. Suponga que no hubiera querido apoderarme de un solo centavo; que lo hubiese destinado, por puro altruismo, al servicio del pueblo. Para dar mayor placer al mayor número. Para expresar las opiniones, los deseos, los gustos de la mayoría que me votó con su aprobación y me apoyó libremente en la forma de un voto de tres centavos que dejaban caer en las urnas de los quioscos de diarios de las esquinas, cada mañana. ¿Los diarios de Wynand? Durante treinta y un año han representado a todos menos a Gail Wynand. Y borré mi yo de la existencia en una forma en que ningún santo lo hizo jamás en ningún claustro. Sin embargo, la gente me llama corrompido. ¿Por qué? El santo en un claustro sacrifica todas las cosas materiales. Paga un precio pequeño por la gloria de su alma. Llena de tesoros su alma y renuncia al mundo. Pero yo, en cambio, tuve automóviles, pijamas de seda, una casa en la cima de un rascacielos y le di mi alma al mundo. ¿Quién se sacrificó más, si el sacrificio es el testamento de la virtud? ¿Quién es el santo real?

—Gail..., nunca pensé que admitiera tales cosas respecto a usted.

—¿Por qué no? Sabe lo que estaba haciendo. Quería el poder sobre el alma colectiva y lo obtuve. Una alma colectiva. Es un concepto vago, pero si alguien quiere verlo concretamente que tome un ejemplar del New York Banner.

—Sí...

—Por supuesto que Toohey me diría que eso no es lo que él entiende por altruismo. Pero si uno decide vivir para los otros, o halaga a todo el mundo, y entonces le llaman corruptor, o bien impone a todos, por la fuerza, su propia idea del bien. ¿Puede considerarlo de otra forma?

—No.

—¿Qué queda entonces? ¿Dónde empieza la decadencia? ¿Qué empieza donde el altruismo termina? ¿Ve usted lo que yo quiero?

—Sí, Gail. —Wynand advirtió que la voz de Roark demostraba un disgusto que casi sonaba como si fuera tristeza.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué tiene ese tono?

—Lo siento. Perdóneme. Es algo en que justamente pensaba. He estado meditándolo desde hace mucho tiempo, y, particularmente, en estos días, cuando me tendía sobre la cubierta y me pasaba todo el día sin hacer nada.

—¿Pensando en mí?

—En usted entre muchas otras cosas.

—¿Qué ha decidido?

—Yo no soy altruista, Gail. No decido nada para los otros.

—No se preocupe por mí. Me he vendido a mí mismo, pero no he tenido ilusiones acerca de ello. Nunca he llegado a ser un Alvah Scarret. Él cree, en realidad, en todas las cosas que el público cree. Yo desprecio al público. Ésa es mi única vindicación. He vendido mi vida, pero a buen precio: el poder. Nunca lo he utilizado. No he podido concederme un deseo personal. Pero ahora soy libre. Ahora lo puedo emplear en lo que yo quiera. Para lo que crea. Para Dominique. Para usted. —Roark se volvió. Cuando miró de nuevo a Wynand, contestó solamente:

—Eso espero, Gail.

—¿Qué ha estado pensando en todo este tiempo?

—En el principio que hay detrás del decano que me echó de Stanton.

—¿Qué principio?

—El que destruye el mundo. De lo que hemos estado hablando. Del verdadero altruismo.

—¿No existe el ideal del cual hablan ellos?

—Ellos no tienen razón. Existe, aunque no en la forma que ellos se imaginan. Es lo que no he podido comprender en la gente durante mucho tiempo. Ellos no tienen personalidad. Viven en otros. Viven una vida de segunda mano. Observe a Peter Keating.

—Mírelo usted. Yo odio sus porquerías.

—He observado... lo que queda de él, y me ha ayudado a comprender. Está pagando el precio y se pregunta por cuál pecado cometido y se dice a sí mismo que ha sido demasiado egoísta. ¿En qué acto o en qué pensamiento suyo ha sido él mismo? ¿Cuál fue su objeto en la vida? La grandeza, a los ojos de los demás. La fama, la admiración, la envidia; todo lo que procede de los demás. Los demás le dictaron convicciones, pues él carecía de ellas; se satisfizo con que los demás creyesen que las tenía. Los demás constituyeron su móvil poderoso y su principal interés. No quería ser grande, sino que lo creyesen. No quería ser arquitecto, sino que lo admirasen como tal. Pidió prestado a los otros para impresionarlos. Ése fue su altruismo real. Traicionó a su yo y se dio por vencido, pero todo el mundo lo llama egoísta.

—¡Sí! ¿Y no es la raíz de toda acción despreciable? No es egoísmo, sino precisamente la ausencia del yo. Mírelos. El hombre que engaña y miente, pero que conserva una fachada respetable. Él se sabe deshonesto, pero los otros creen que es honesto, y de eso deriva su propio respeto, de segunda mano. Un hombre que adquiera crédito por una obra que no le pertenece. Se sabe mediocre, pero es grande ante los ojos de los demás. El desventurado frustrado que profesa amor hacia el inferior y se adhiere a aquellos menos dotados para establecer su propia superioridad por comparación. Un hombre cuyo único objeto es hacer dinero. Pero el dinero es sólo un medio para un fin determinado. Si un hombre lo quiere para un propósito de orden personal, para invertirlo en la industria, para crear, para estudiar, para viajar, para gozar del lujo, resulta completamente moral. Pero los hombres que anteponen el dinero van mucho más allá. El lujo personal es un empeño limitado. Lo que ellos quieren es orientación, para demostrar, para pasmar, para obsequiar, para impresionar a los otros. Son imitadores.

—Si yo fuera Ellsworth Toohey habría dicho: «¿Está mostrando un caso contra el egoísmo? ¿No

actuaban todos éstos con móviles egoístas: para sobresalir, para ser queridos, para ser admirados?».

—Por lo demás. Al precio de su propio respeto. En el reino de la mayor importancia, en el reino de los valores, de los juicios, del espíritu, del pensamiento, colocan a otros sobre sí mismos tal como los altruistas exigen. Un hombre verdaderamente egoísta no puede sentirse afectado por la aprobación de los demás. No la necesita.

—Creo que Toohey comprende eso. Eso es lo que lo ayuda a difundir su viciosa tontería. Exclusivamente la cobardía y la debilidad. Es muy fácil recurrir a los otros. Es muy difícil depender de la obra de uno mismo. Uno puede fingir virtudes ante un auditorio, pero no las puede fingir ante los propios ojos. Su yo es el juez más estricto. Huyen de él. Se pasan la vida huyendo. Es más fácil donar unos miles de dólares para beneficencia y considerarse generoso que basar el respeto propio en realizaciones personales.

—He ahí lo mortífero de esos individuos. No les interesan hechos, ideas, trabajo. Sólo les interesa la gente. No se preguntan: «¿Es verdadero esto?». Se preguntan: «¿Es esto lo que los otros creen que es verdadero?». No juzgan, repiten. No hacen, pero dan la impresión de que hacen. No crean, se exhiben. No tienen pericia, sino amistades. No tienen méritos, sino influencias. ¿Qué sucedería en el mundo sin aquellos que hacen, piensan y producen? Ésos son los egoístas. No piensan a través de otro cerebro ni trabajan por intermedio de otras manos. Cuando suspenden su facultad de juicio independiente suspenden la conciencia. Detener la conciencia es detener la vida. Los que obran por segunda mano no tienen sentido de la realidad. Su realidad no está en el interior de ellos mismos, sino en esa parte que separa un cuerpo humano de otro. No como una entidad, sino como una relación anclada en la nada. Eso es lo que me detiene siempre que debo estar frente a un comité. Frente a los hombres sin un yo. A la opinión sin proceso racional. El movimiento sin freno ni motor. El poder sin la responsabilidad. Los secundadores actúan, pero la fuente de sus acciones está esparcida en otra persona viviente. Está en todas partes y en ninguna parte y no se puede razonar por ellos. No están abiertos para escuchar la razón. No se les puede hablar porque ellos no pueden oír. Se es procesado por un tribunal ausente. Una masa ciega que ataca a ciegas. Steven Mallory no podía definir a ese monstruo, pero lo conocía. Es la bestia babeante que él teme.

—Creo que sus secundadores comprenden esto. Advierta cómo aceptarían cualquier cosa menos a un hombre que está solo. Lo reconocen en seguida. Por instinto. Hay un odio especial, insidioso para él. Perdonan a los animales. Admiran a los dictadores. El crimen y la violencia constituyen un lazo. Una forma de mutua dependencia. Necesitan lazos. El hombre independiente los destruye porque no existen en él. Advierta el resentimiento maligno que hay contra cualquier idea que proponga independencia. Advierta la malignidad que hay contra todo hombre independiente. Mire hacia atrás, en su propia vida, Howard; recuerde la gente que conoció. Ellos no lo ignoran. Tienen miedo. Usted es un reproche para ellos.

—Eso quiere decir que siempre queda en ellos algún vestigio de dignidad. Son todavía seres humanos. Pero se les ha enseñado a buscarse a sí mismo en los otros; porque nadie puede realizar la humildad absoluta que significaría no estimarse a sí mismo en ninguna forma. No sobreviviría. De manera que después de haber sido instruidos durante siglos en la doctrina de que el altruismo es el ideal básico, los hombres lo han aceptado en la única manera que podía ser aceptado. Buscando la estima personal a través de los otros. Viviendo de segunda mano. Y esto ha abierto el camino para

toda clase de horrores. Ha llegado a constituir una terrible forma de egoísmo que un egoísmo verdadero no podría haber concebido. Y ahora, para curar a un mundo que perece por el altruismo, se nos pide que destruyamos la personalidad. Escuche lo que se predica hoy. Mire a todos los que nos rodean. ¿Se ha preguntado por qué sufren, por qué buscan la felicidad y no la encuentran? Si cualquier hombre se detiene para preguntarse si alguna vez ha tenido un verdadero deseo personal, encontraría la respuesta en sí mismo: advertiría que todos sus deseos, sus esfuerzos, sus sueños o ambiciones están motivados por otro hombre. No lucha ni siquiera por la riqueza material, sino por el prestigio. Para tener un sello de aprobación, no para sí mismo. No puede decir de una sola cosa: «Esto es lo que yo quería porque lo quería, no para que mis vecinos estén con la boca abierta ante mí». Entonces se pregunta por qué es desdichado. Se ha privado de todas las formas de felicidad. Nuestros momentos más grandes son personales, motivados por nosotros mismos. Las cosas que son sagradas o preciosas para nosotros son las que apartamos de la promiscuidad. Pero ahora se nos enseña a arrojar a la luz pública y al beneficio común todas las cosas que están dentro de nosotros. Buscan la alegría en los vestíbulos donde se reúne la gente. Ni siquiera contamos con una palabra que designe esa calidad de la cual estoy hablando: esa autosuficiencia del espíritu humano. Es difícil llamarla egoísmo o egotismo. Esas palabras han sido pervertidas, han venido a significar Peter Keating. Gail, creo que el único mal de la tierra está en colocar el interés fundamental en los otros hombres. Yo siempre he exigido cierta calidad en la gente que me busca. Según eso he elegido a mis amigos. Ahora sé en qué consiste. En un «Yo» que se satisface a sí mismo. Ninguna otra cosa interesa.

—Estoy contento de que admita que tiene amigos.

—Hasta admito que los quiero. Pero no podría quererlos si fuesen mi razón principal de vivir. ¿Se ha dado cuenta que a Peter Keating no le ha quedado un solo amigo? ¿Sabe por qué? Si uno no se respeta a sí mismo, mal puede tener afecto y respeto por los otros.

—Que se vaya al diablo Peter Keating. Estoy hablando de usted y sus amigos.

—Gail, si este barco se estuviera hundiendo, yo daría mi vida por salvar la suya. No porque fuere un deber, sino porque lo quiero, por razones y normas que me son propias. Yo moriría por usted, pero no podría ni querría vivir para usted.

—Howard, ¿qué razón o norma le hace decir eso?

Roark lo miró y se dio cuenta de que había dicho algo que no hubiera querido decir.

—Que no ha nacido para ser un segundón —respondió.

Wynand se sonrió. Escuchó la frase y no dijo nada.

Después, cuando Wynand bajó al camarote, Roark se quedó solo en la cubierta. Se quedó apoyado en la baranda, escrutando el océano, la nada.

Entonces se dijo: «No he mencionado al peor de todos, al hombre que va detrás del poder».

Era ya abril cuando Roark y Wynand regresaron a la ciudad. Los rascacielos parecían rosados en el cielo azul, una sombra incongruente de porcelana sobre masas de piedra. Había penachos verdes en los árboles de las calles.

Roark fue a su oficina. Sus empleados lo saludaron, pero él vio en boca de todos sonrisas reprimidas conscientemente, hasta que un joven estalló:

—¡Qué diablos! ¿Por qué no decir que estamos contentos de volver a ver a nuestro jefe?

Roark se sonrió.

—Sigan. No puedo decirles cuán contento estoy de volver.

Después se sentó sobre una mesa de la oficina de los dibujantes, mientras ellos le relataban lo que había pasado en los tres meses, interrumpiéndose unos a otros.

Por la tarde, estando solo en su despacho, abrió un diario. No había leído diarios durante tres meses. Vio un artículo sobre la construcción de Cortland Homes. Vio la línea que decía: «Peter Keating, arquitecto. Gordon L. Prescott y Augustus Webb, dibujantes asociados».

Se quedó muy tranquilo.

Aquella noche fue a ver a Cortland.

El primer cuerpo del edificio estaba casi terminado. Veíase solo, en la amplia y desierta región. Los obreros se habían retirado. Una luz mostraba la habitación del sereno. El edificio conservaba el esqueleto de lo que Roark había diseñado. La economía del plan se había conservado, pero habían sido agregados rasgos incomprensibles; la monotonía de toscos cubos había remplazado a la variedad de casas modeladas; le habían agregado una ala con techo abovedado, que sobresalía de la pared como un tumor y que contenía un gimnasio. Se le agregó una huera de balcones, hechos de barras de metal pintadas de un azul violento; ventanas sin objeto en las esquinas; un ángulo fue cortado con una puerta innecesaria, con marquesina redonda de metal, tres bandas verticales de ladrillos que no conducían a ninguna parte; era el estilo general de lo que en la profesión se llamaba Bronx Modern; un panel de bajos relieves sobre la entrada principal representaba una masa de músculos, de la cual se podía discernir en cada tres o cuatro cuerpos uno de ellos con un brazo levantado que sostenía con la mano un destornillador. En el cielo, hacia el Oeste, más allá de Manhattan, había una línea roja y los edificios de la ciudad se erguían rectos y negros contra ella.

Roark se quedó en el espacio del futuro camino, delante de la primera casa de Cortland. Estaba derecho, tensos los músculos del cuello, tenía las manos caídas y separadas del cuerpo como si se hallase en presencia de una patrulla de fusilamiento.

Nadie podía decir lo que había ocurrido. No había habido deliberada intención, pero había ocurrido.

Primero Toohey le dijo a Keating una mañana que Gordon L. Prescott y Gus Webb estarían en la lista de pago como dibujantes asociados.

—¿Qué le importa, Peter? No saldrá de sus honorarios. No perjudicará su prestigio, de ningún modo, desde el momento que usted es el jefe. Ellos no serán nada más que sus dibujantes. Todo lo que quiero es ayudar a los muchachos. Mejorará su reputación si en este proyecto intervienen de algún modo. Estoy muy interesado en vigorizar la reputación de ellos.

—Pero ¿por qué? Ellos no tienen nada que hacer. Todo ya está hecho.

—¡Oh, cualquier dibujo de último momento, para no quitarles tiempo a sus empleados! Usted puede compartir los gastos con ellos. No sea egoísta.

Toohey le había dicho la verdad: no tenía ningún otro propósito en su mente. Keating no podía descubrir qué conexiones tenían Prescott y Webb, ni con quién, ni con qué oficina ni en qué términos entre las docenas de funcionarios involucrados en el proyecto. El enredo de responsabilidades era tal que nadie podía estar seguro de la autoridad de nadie. Lo que era claro que Prescott y Webb tenían amigos y que Keating no podía separarlos del trabajo.

Los cambios empezaron con el gimnasio. La dama encargada de la selección de inquilinos quería un gimnasio. Era una asistente social y su tarea terminaría con la iniciación de las obras. Consiguió un empleo permanente haciéndose nombrar directora de Recreación Social de Cortland. En los proyectos originales no se había previsto la existencia del gimnasio, ya que había dos escuelas a corta distancia. Ella declaró que aquello constituía un ultraje a los niños de los pobres. Prescott y Webb suplieron el gimnasio. A éste siguieron otros cambios de naturaleza puramente estética: extras acumulados a los costos de la construcción, tan cuidadosamente ideada para que fuese económica. La directora de Recreación Social partió para Washington a fin de discutir lo relativo a un futuro teatro pequeño y un Meeting Hall que deseaba agregar a los dos próximos cuerpos de edificios de Cortland.

Los cambios en el proyecto se fueron sucediendo gradualmente. Las órdenes que aprobaban los cambios partían de las oficinas principales. «¡Estamos listos, si esto es al empezar!», gritaba Keating. «¡Qué diablos! —decía Gus Webb—, solamente aumentará un par de miles de dólares más». «Bueno, los balcones —dijo Gordon L. Prescott— le prestan cierto carácter moderno. No querrás que parezca tan desnuda. Es deprimente. Además tú no entiendes de psicología. La gente vivirá aquí y está acostumbrada a aguantar sentada en las escaleras de salvamento. Les gusta. Las echarán de menos. Tienes que darles un lugar para que se sienten a tomar el fresco... ¿El costo? Si estás tan preocupado por ese maldito costo, tengo una idea acerca de dónde podemos ahorrar mucho. No pondremos puerta en los armarios empotrados. ¡Han pasado de moda!». Todas las puertas de los armarios fueron suprimidas.

Keating luchó. Era una clase de batalla en la cual nunca había entrado, pero trató de hacer lo posible en favor suyo, hasta los límites que sus fuerzas exhaustas le permitían llegar. Anduvo de oficina en oficina, discutiendo, amenazando, suplicando; pero carecía de influencia, mientras que sus dibujantes asociados parecían disponer de un río subterráneo con los tributarios que se entrecruzaban. Los empleados oficiales se encogían de hombros y lo enviaban a otro. Nadie se preocupaba por un problema de estética. «¿Qué importancia tiene? Si no sale de su bolsillo... ¿Quién es usted para que todo se haga a su manera? Deje a los muchachos que contribuyan con algo».

Apelaba a Ellsworth Toohey, pero éste no se interesaba. Estaba ocupado con otros asuntos y no tenía deseos de provocar una reyerta burocrática. A decir verdad, no era él quien había impulsado a sus protegidos al esfuerzo artístico que desplegaban, pero no veía razones para detenerlos. Se divertía por todo lo que ocurría.

—¡Es terrible, Ellsworth! ¡Usted sabe cuán terrible es!

—¡Oh, supongo que sí! ¿Por qué se preocupa, Peter? Sus pobres y sucios ocupantes no podrán apreciar los rasgos más finos del arte arquitectónico. Trate de que salga bien el trabajo de tuberías.

«Pero ¿por qué? ¿Por qué?», Keating gritaba a los dibujantes asociados. «¿Por qué no podemos decir algo nosotros? —preguntó Gordon L. Prescott—. Queremos expresar nuestra individualidad también».

Cuando Keating invocaba su contrato se le decía: «Está bien, trate de demandar al Gobierno. Trate». A veces sentía deseos de matar. No había nadie a quien matar. Si se le hubiese concedido el privilegio, no hubiera podido elegir una víctima. Nadie era responsable. No había propósito ni causa. Simplemente era algo que había ocurrido.

Keating fue a la casa de Roark una noche después del regreso de éste. No había sido citado. Roark abrió la puerta y dijo:

—Buenas noches, Peter.

Keating no pudo contestar. Entraron silenciosamente en la habitación. Roark se sentó y Keating se quedó en pie en medio del cuarto y preguntó con voz obtusa:

—¿Qué vas a hacer?

—Debes dejarme eso a mí ahora.

—No pude evitarlo, Howard... ¡No pude evitarlo!

—Lo supongo.

—¿Qué vas a hacer ahora? No puedes demandar al Gobierno.

—No.

Keating pensó que debería sentarse, pero la distancia que había hasta una silla le pareció demasiado grande. Pensó que se haría demasiado visible si se movía.

—¿Qué me vas a hacer, Howard?

—Nada.

—¿Quieres que les confiese a todos la verdad? ¿A todo el mundo?

—No.

Después de un instante, Keating murmuró:

—¿Quieres que te dé los honorarios... todo... y...? —Roark se sonrió—. Lo siento... —murmuró Keating, separando la mirada.

Esperó y después de la súplica supo que no debía finalizar así:

—Estoy asustado, Howard...

—Cualquier cosa que haga, no será para perjudicarte, Peter. Yo también soy culpable. Ambos lo somos.

—¿Tú culpable?

—Soy yo quien te ha destrozado desde el principio por ayudarte. Hay asuntos en los cuales uno no debería dar ni pedir ayuda. Yo no debería haberte hecho los proyectos de Stanton. No debería haberte hecho el edificio Cosmo-Slotnick, ni Cortland. Te he dado una carga mayor de la que tú podías soportar. Es como una corriente eléctrica demasiado poderosa para el circuito. Acaba con el fusible. Ahora ambos lo pagaremos. Será duro para ti, pero para mí será más duro.

—Deberías más bien... ¿Me voy a casa ahora, Howard?

—Sí.

En la puerta Keating agregó:

—¡Howard! No lo hicieron a propósito.

—Eso es lo peor.

Dominique oyó el ruido del auto que subía por la colina. Pensó que era Wynand, que volvía. Desde hacía dos semanas, es decir, desde que había regresado, trabajaba hasta muy tarde en la ciudad.

El ruido del motor llenaba el silencio primaveral de la campiña. No había ruidos en la casa, solamente el leve susurro de su cabello al rozar contra el almohadón del sofá, conforme apoyaba la cabeza en él. En un momento no tuvo conciencia de escuchar la aproximación del auto, tan familiar a esa hora, como parte de la soledad y del aislamiento externo.

Oyó que el auto se detenía junto a la puerta. La puerta nunca estaba cerrada con llave, aunque no hubiera vecinos ni invitados a quienes esperar. Oyó la puerta que se abría y los pasos en el vestíbulo, escalera arriba. Los pasos no se detenían, marchaban con familiar seguridad por la escalera. Una mano levantó el picaporte. Era Roark. Ella se dijo, mientras se ponía en pie, que nunca había entrado en su habitación, pero conocía todos los rincones de la casa. No sintió ninguna impresión, sino el recuerdo de una, una del tiempo pasado, un pensamiento. Ahora, mientras estaba delante de él, todo le parecía muy simple.

Ella pensó: «Lo más importante nunca ha sido dicho entre nosotros. Ha sido siempre dicho así. Él no quería verme sola. Ahora está aquí. Esperé y estoy dispuesta».

—Buenas noches, Dominique.

Oyó que el nombre que pronunciaba llenaba el espacio de cinco años. Dijo tranquilamente:

—Buenas noches, Roark.

—Quiero que me ayudes.

Ella había estado de pie en el andén de la estación de Clayton (Ohio), en el sitio de los testigos durante el juicio de Stoddard, en la cantera, para poder escuchar en aquel momento la frase que acababa de pronunciar él.

—Sí, Roark.

Anduvo por la habitación que había diseñado para ella, y se sentó frente a ella, quedando entre los dos todo el espacio de la habitación. Dominique se encontró sentada sin haber tenido conciencia de sus propios movimientos, y sí de los de él, como si su cuerpo contuviese dos sistemas nerviosos: el de él y el de ella.

—El próximo lunes a la noche, Dominique, con más exactitud a las once y media, quiero que vayas a Cortland Homes.

Ella advirtió que tenía conciencia de sus párpados, no conciencia dolorosa, sino simplemente conciencia, como si estuviesen cerrados y no fuese posible abrirlos. Había visto el primer cuerpo de edificios de Cortland. Sabía lo que iba a escuchar.

—Debes ir sola en tu automóvil y debes llegar allí en camino de vuelta hacia tu casa desde algún lugar adonde hayas ido de visita de acuerdo con una cita previa. Un lugar al cual se pueda llegar desde aquí yendo por Cortland. Debes poderlo probar después. Quiero que tu auto salga de la estación de servicio que está frente a Cortland a las once y media. Tocarás la bocina. Hay un sereno allí. Saldrá. Pídele que te preste ayuda y envíalo al garaje más próximo, que está a una milla de allí.

—Sí, Roark —dijo con firmeza.

—Cuando se haya ido, tú bajarás del automóvil. Hay una gran extensión de terreno baldío junto a

la carretera que cruza por el edificio y una especie de zanja más allá. Camina hasta esa zanja lo más aprisa; que puedas, métete en su interior y permanece allí echada. Después de un momento puedes volver al auto. Tú sabrás cuando debes volver. Tratarás de que se te encuentre en el auto y que tu estado esté de acuerdo con el del automóvil, aproximadamente.

—Sí, Roark.

—¿Has comprendido?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí, todo.

Se quedaron de pie. Ella miraba solamente sus ojos y él estaba sonriéndose.

Ella le oyó decir:

—Buenas noches, Dominique.

Salió y oyó que su auto se alejaba. Se acordó de su sonrisa.

Ella sabía que Roark no necesitaba ayuda en lo que iba a hacer, podía encontrar otros medios para desembarazarse del sereno, pero quería dejarle a ella una parte de la obra, porque ella no habría sobrevivido a lo que iba a suceder si él no le hubiese dado una parte; y aquello era la prueba.

No había tenido necesidad de explicarlo, había querido que ella comprendiese y que no mostrase temor. No había podido aceptar el juicio de Stoddard, había huido ante el temor de verlo herido por el mundo, pero había convenido en ayudarlo en esto. Se había puesto de acuerdo con serenidad completa. Era libre, y él lo sabía.

La carretera corría por las oscuras extensiones de Long Island, pero Dominique sentía como si estuviera conduciendo hacia una colina. Aquélla era la única sensación anormal que tenía: la sensación de ascender, como si el auto corriera veloz y verticalmente. No quitaba los ojos del camino, pero el tablero al margen de su vista parecía el de un aeroplano. El reloj del tablero marcaba las once y diez.

Se divertía pensando: «Nunca he aprendido a conducir un aeroplano y ahora sé lo que se siente, algo como lo que siento ahora, un espacio sin obstáculos. Y sin peso. Esto parece que ocurriera en la estratosfera, ¿o es el espacio interplanetario donde una empieza a flotar y donde no existe la ley de la gravedad?». Se rió a carcajadas.

Nada más que aquella sensación de elevarse... Lo demás era normal. Nunca había manejado un auto tan bien. Se detuvo a causa de las luces rojas que colgaban en el aire, en las intersecciones de las calles anónimas de ignorados suburbios. Doblaba esquinas, pasaba a otros autos y estaba segura de que aquella noche no le podía ocurrir ningún accidente: su coche estaba como dirigido por un remoto mando.

Se sintió libre de tener que pensar, salvo en pequeñas cosas, y pudo sentir despreocupación y... frivolidad: se sintió completamente frívola. Era una claridad más normal que la normal, así como el cristal es más transparente que el aire vacío. Nada más que cosas pequeñas; la seña final de su *short*, el vestido negro y la forma en que estaba tirado sobre sus rodillas, la flexión de los dedos del pie cuando los movía dentro del calzado.

Había estado muy contenta durante la comida que había ofrecido la esposa de un banquero, uno de los amigos importantes de Gail, cuyo nombre no podía recordar en aquel momento. Había sido

una comida maravillosa en una gran mansión de Long Island. Ellos se habían alegrado al verla y lamentaron que Gail no hubiera podido asistir. Había comido todo lo que le pusieron por delante. Había tenido un espléndido apetito, como en raras ocasiones, en su niñez, cuando volvía corriendo a casa después de haber pasado el día en el bosque.

En la mesa había entretenido a los huéspedes con relatos de su infancia, los había hecho reír y había sido la cena más alegre que los dueños de la casa recordaban. Después, en el salón, con las ventanas totalmente abiertas al cielo oscuro, un cielo sin luna, había seguido charlando y riendo. Había sentido afecto por aquellas personas y ellas lo habían advertido; hubiera amado a cualquier ser en cualquier lugar de la tierra y por eso una mujer había dicho: «Dominique, ¿no sabía que usted fuese tan maravillosa!», y ella había contestado: «Es porque no tengo ninguna preocupación, en absoluto».

Pero en realidad no se preocupaba de nada, excepto de su reloj de pulsera y de que debía salir de aquella casa a las 10,50. No tenía idea de lo que debiera decir para partir, pero a las 10,45 ya lo había dicho correcta y convincentemente, y a las 10,50 su pie ya estaba en el acelerador.

Era un coche negro con tapicería de cuero rojo. Pensó cuán hermosamente John, el chófer, había cuidado el tapizado. Nada debía ser olvidado en el auto y era propio que pareciese mejor que nunca en su último viaje. Como una mujer en su primera noche. «Yo nunca me vestí para mi primera noche, no tuve primera noche, sólo algo que me fue arrancado y el gusto del polvo de la cantera en mis dientes».

Cuando vio líneas verticales negras con puntos de luz que ocupaban el cristal de las ventanillas, se preguntó qué le había pasado al cristal. Entonces se dio cuenta de que marchaba a lo largo del East River y que al otro lado estaba Nueva York. Se rió y se dijo: «No es Nueva York, es un cuadro de familia pegado en el cristal de mi automóvil».

La figura del sereno era de quince pulgadas de altura, a lo lejos. «Cuando sea de diez pulgadas daré comienzo», se dijo Dominique. Estaba junto a su coche y quería que el sereno caminase más aprisa.

El edificio era una masa negra que apuntaba al cielo en un sitio. El resto del cielo se combaba, descendiendo sobre una extensión llana de terreno. Dominique sintió un guijarro bajo la suela del zapato, era molesto; pero, si movía el pie, produciría ruido. Se dio cuenta de que Roark estaba en el edificio; la amplitud de la calle lo separaba de ella. No había ruido alguno ni luz en el edificio, solamente cruces blancas en las ventanas negras. Él no necesitaba luz, conocía bien cada vestíbulo, cada escalera. El sereno había desaparecido. Dio un tirón a la puerta del auto. Tiró al interior su cartera y su sombrero y le dio un empujón a la puerta para cerrarla. Oyó el ruido que produjo el portazo y cruzó la calle, corriendo, hacia el área vacía, que la separaba de la construcción.

Sentía que la seda de su traje se pegaba a sus piernas y le servía como un propósito tangible de fuga, para empujar contra aquello, para pasar ligero aquella carrera, tan rápido como pudiese. Había hoyos y secos rastros en la tierra. Se cayó una vez, pero lo advirtió sólo cuando volvió a correr.

Vio la zanja en la oscuridad, cayó de rodillas en el fondo y después se echó boca abajo, con la boca aplastada contra la tierra.

Sintió el golpe en sus muslos y retorció su cuerpo, en una larga convulsión, para poder sentir la tierra con sus piernas, con su pecho, con la piel de sus brazos. Era como estar en el lecho de Roark.

El ruido fue un puñetazo en la nuca. Sintió el empuje de la tierra contra ella cayendo del borde de la zanja. La parte superior del edificio Cortland se había inclinado y colgaba todavía mientras una franja roja del cielo iba apareciendo lentamente. Como si el cielo estuviera rebanando el edificio por la mitad. Después la franja se transformó en una luz de color azul turquesa; luego sólo ventanas y vigas enarboladas en el aire, el edificio extendiéndose en el cielo en una lengua roja, fina y larga que nacía en el centro; luego otro golpe como de puño y en seguida un relámpago cegador y los cristales de los rascacielos, a través del río, brillando como lentejuelas.

No recordaba que Roark le había ordenado que estuviera tendida, pues estaba de pie, mientras los vidrios y hierros retorcidos llovían a su alrededor. A la luz del relámpago, cuando las paredes se desmoronaron y el edificio se abrió como un sol que estalla, Dominique pensó que Roark estaba allí, en algún sitio un poco más allá. Era el constructor que tenía que destruir, que conocía cada punto crucial de aquella estructura, que había hecho la armonía delicada de peso y de apoyo. Al pensar en él, que debía seleccionar los mejores sitios para que sobreviniera la explosión, se le ocurrió pensar en un médico que se convirtiese en asesino y que golpeará con pericia a un mismo tiempo, el corazón, el cerebro y los pulmones. Él estaba allí contemplando la destrucción y lo que le pasaba era peor de lo que ocurría al edificio. Pero allí estaba dándole la bienvenida.

Dominique vio la ciudad envuelta en luz durante medio segundo. Para distinguir los bordes de las ventanas y las cornisas que estaban a millas de distancia; pensó en las habitaciones oscuras y en los tejados lamidos por el fuego; vio las cimas de las torres que se iluminaban en el cielo: su ciudad y la de él. «¡Roark! —gritó—. ¡Roark! ¡Roark!» No se daba cuenta que estaba gritando. No podía oír su voz.

Después corrió por el campo hacia las ruinas humeantes, corrió sobre los cristales rotos, posando su pie con fuerza en cada paso que daba, porque le gustaba el dolor que sentía. Oyó el aullido de las sirenas a lo lejos.

El automóvil estaba allí, aunque las ruedas posteriores estaban aplastadas bajo una pieza de máquina y tenía la puerta de un ascensor sobre la capota. Dominique se arrastró hasta el asiento. Debía aparecer como si no se hubiese movido de allí. Juntó del suelo brazadas de cristales y los volcó en su falda, sobre su cabeza. Tomó un trozo de vidrio y se cortó la piel del cuello, de sus piernas, de sus brazos. No era dolor lo que sentía. Vio que la sangre brotaba de su brazo y corría por la falda, empapando la seda negra, escurriéndose entre los muslos. Su cabeza cayó hacia atrás, la boca abierta, jadeante. No quería contener la sangre. Era libre. Era invulnerable. No sabía que había cortado una arteria. Se sentía ligera. Se reía de la ley de gravedad.

Cuando la encontraron los ocupantes del primer auto de policía que llegó al lugar, estaba inconsciente; unos pocos minutos más y hubiera muerto.

XIII

Dominique echó una ojeada al dormitorio de su casa de la ciudad. Era su primer contacto con cosas conocidas. Sabía que había sido llevada allí después de muchos días pasados en un hospital. El dormitorio parecía barnizado con luz. «En esa claridad de cristal sobre todas las cosas —se dijo—, eso se ha quedado, quedará para siempre». Vio que Wynand estaba a sus pies. La observaba. Parecía contento.

Se acordaba de haberle visto en el hospital. No parecía contento entonces. Sabía que el médico le había dicho la primera noche que Dominique no sobreviviría. Ahora estaba de vuelta. Sentía los vendajes en el cuello, en las piernas, en los brazos.

—¡Tú produjiste la explosión, tontita! —dijo Wynand dichoso—. ¿Por qué tenías tú que hacer esa obra tan buena?

Sobre la almohada blanca, con el cabello de oro y un traje blanco de hospital de cuello alto, parecía más joven que nunca, parecía casi una niña.

—Se me había terminado la gasolina —dijo—, estaba esperando allí, en mi auto, cuando de pronto...

—Ya le hice ese relato a la policía. Lo mismo dijo el sereno. Pero ¿no sabías que debías manejar los cristales con discreción?

Ella pensó que Gail parecía cansado y muy confidencial. Algo había cambiado para él, en el mismo sentido.

—No me dolió —dijo ella.

—La próxima vez, cuando quieras hacer el papel de inocente transeúnte, déjame que yo te lleve en el auto.

—Sin embargo, ellos lo creen, ¿no?

—¡Oh, sí, ellos lo creen! Tienen que creerlo. Tú casi te mueres. No veo por qué tuvo que salvar la vida del sereno y casi perder la tuya.

—¿Quién?

—Howard, querida, Howard Roark.

—¿Qué tiene que ver en esto?

—Querida, no te está interrogando la policía. Serás interrogada, no obstante, y tendrás que ser más convincente que hasta ahora. Sin embargo, estoy seguro de que tendrás éxito. No pensarás en el juicio de Stoddard.

—¡Oh!

—Lo hiciste entonces y lo harás siempre. Pienses lo que pienses de él, siempre sentirás lo mismo que yo respecto a su obra.

—Gail, ¿estás contento de que lo haya hecho?

—Sí.

Ella observó que le miraba la mano colocada al borde de la cama. Después se puso de rodillas, posó sus labios sobre la mano, sin tocarla con los dedos, sólo con la boca. Era la única confesión que se permitía de los días que ella había pasado en el hospital. Dominique levantó la otra mano y le acarició los cabellos. Ella pensó: «Sería peor para ti si yo hubiera muerto, Gail; pero sería mejor, no

te heriría, no habría dejado dolor en el mundo, nada comparable al hecho de que existimos él, tú y yo; tú has comprendido todo este asunto, pero no sabes que me has perdido».

Wynand levantó la cabeza y se puso de pie.

—No quería hacerte ningún reproche. De ningún modo. Perdóname.

—No moriré, Gail. Me siento maravillosamente.

—Lo pareces.

—¿Lo han detenido?

—Está libre bajo fianza.

—¿Eres feliz?

—Estoy contento de que lo hayas hecho y que haya sido por él. Estoy contento de que él lo haya hecho. Tenía que hacerlo.

—Sí. Y será el juicio de Stoddard otra vez.

—No creas.

—¿Tú has buscado esta ocasión, Gail? ¿Durante todos estos años?

—Sí.

—¿Me dejas ver los diarios?

—No; hasta que te levantes, no.

—¿Ni siquiera el Banner?

—El Banner menos que ninguno.

—Te quiero, Gail. Si tú sigues leal hasta el fin...

—No me ofrezcas ningún soborno. No es entre tú y yo. Ni siquiera entre él y yo.

—¿Y entre tú y Dios?

—Si quieres, llámalo así. Pero no lo discutamos hasta que esté terminado. Tienes un visitante que te espera abajo. Ha venido todos los días.

—¿Quién es?

—Tu amante. Howard Roark. ¿Quieres permitirle que te lo agradezca ahora?

La burla alegre, el tono con que dijo lo que estaba más lejos de pensar, le indicó a ella cuán lejos estaba Wynand de adivinar el resto.

—Sí. Quiero verlo, Gail. ¿Y si decido que sea mi amante?

—Os mataré a los dos. Ahora no te muevas, quédate tendida. El doctor dijo que tienes que ir despacio, tienes veintiséis heridas en distintas partes del cuerpo.

Wynand salió y ella le oyó bajar la escalera.

Cuando el primer agente de policía llegó al lugar de la explosión encontró detrás del edificio, junto a la orilla del río, los restos de la cápsula que había contenido la dinamita. Roark estaba junto a los restos, con las manos en los bolsillos, contemplando las ruinas de Cortland.

—¿Qué sabe de todo eso, compañero?

—Haría mejor deteniéndome —le contestó—. Hablaré en el Juzgado.

No había agregado una palabra más ante las preguntas que siguieron.

Wynand lo hizo poner en libertad bajo fianza en las primeras horas de la mañana. Wynand había estado tranquilo en la sala de primeros auxilios donde había visto las heridas de Dominique y donde le habían dicho que no viviría. Había conservado la misma serenidad cuando habló por teléfono e

hizo levantar de la cama al juez del distrito para que permitiese que Roark saliese en libertad. Pero cuando estuvo en la oficina del alcaide de la pequeña cárcel del condado empezó a agitarse de súbito. «¡Tontos sanguinarios!», dijo entre dientes, y continuó con todas las obscenidades que había aprendido a la orilla del río. Olvidó todos los aspectos de la situación, salvo que Roark estaba detrás de las rejas. Él era otra vez Wynand el Largo de Hell's Kitchen, y era la misma furia que había sentido cuando estaba detrás de la pared desmoronada esperando que lo mataran. Sólo que ahora sabía que era Gail Wynand, el dueño de un imperio, y no podía comprender por qué era necesario un procedimiento legal, por qué no destruía aquella cárcel con sus puños o por medio de sus diarios.

Se ocupaba en firmar papeles esperando que Roark saliera junto con él. Salieron juntos. Wynand estaba sereno. En el auto le preguntó:

—¿Fue usted, por supuesto?

—Por supuesto.

—Lucharemos juntos.

—Si usted quiere hacer su batalla.

—En la actualidad mi fortuna personal asciende a cuarenta millones de dólares. Será suficiente para pagar a un abogado o a la profesión íntegra.

—No quiero abogado.

—¡Howard! ¿Se va a someter a los fotógrafos otra vez?

—Esta vez no.

Roark entró en el dormitorio y se sentó en una silla junto al lecho. Dominique yacía tranquila, contemplándole. Se sonreían el uno al otro. Ella pensó que tampoco esta vez tenían nada que decirse.

—¿Estuviste en la cárcel?

—Pocas horas.

—¿Cómo era?

—No inicies una escena como Gail. Quizá tenga que volver a la celda por algunos años. Tú lo sabías cuando estuviste de acuerdo en ayudarme.

—Sí. Lo sabía.

—Cuento contigo para que salves a Gail, si yo voy.

—¿Contar conmigo?

Él la miró y ella meneó la cabeza.

—¡Adorada!...

Sonó como un reproche.

—¿Sí? —murmuró Dominique.

—¿Sabes ahora que fue una trampa que te tendí?

—¿Cómo?

—¿Qué hubieras hecho, si no te hubiese pedido que me ayudaras?

—Hubiera estado contigo en tu departamento en la casa Enright, en este mismo momento, pública y abiertamente.

—Sí. Pero no ahora, pues tú eres la señora de Wynand, estás por encima de toda sospecha y el mundo cree que estabas en el lugar del suceso por casualidad. Si se enteran de cuál es el lazo que nos une, será lo mismo que si hubiese confesado que soy culpable.

—Ya lo veo.

—Quiero que te quedes tranquila. Si tienes pensamientos que te hagan desear participar en mi suerte, aléjalos. No te diré lo que pienso hacer, porque éste es el único modo que tengo de dominarte hasta que llegue el juicio. Dominique, si me condenan, quiero que te quedes con Gail. Cuento con eso. Quiero que te quedes con él y que nunca le digas nada de nosotros, porque tú y él os necesitaréis.

—¿Y si te absuelven?

—Entonces... —Eché una mirada a la habitación, el dormitorio de Wynand—. No quiero decírtelo aquí, pero tú lo sabes.

—¿Lo quieres mucho?

—Sí.

—Lo suficiente para sacrificar...

Él se sonrió:

—¿Siempre temiste eso desde que vine aquí por primera vez?

—Sí.

—Ni mi trabajo ni tú, Dominique. Nunca. Pero puedo hacer esto por él; puedo dejárselo si tengo que marcharme.

—Serás absuelto.

—No es eso lo que quiero escucharte.

—Si te condenan, si te encierran en la cárcel o te mandan a presidio; si tu nombre se ensucia con todos los titulares asquerosos; si no te permiten que hagas el proyecto de otro edificio; si no me permiten que te vea, no importará. No mucho.

—Esto es lo que quería escuchar de ti desde hace diez años, Dominique.

Le tomó la mano y se la llevó a los labios, y ella los sintió donde un momento antes se habían posado los labios de Wynand. Después Roark se puso de pie.

—Esperaré —dijo ella—. Me quedaré quieta. No me acercaré a ti, te lo prometo.

Roark se sonrió y asintió con la cabeza. Al punto la dejó.

«Ocurre, en raras ocasiones, que las fuerzas del mundo, demasiado grandes para ser abarcadas, se enfocan en un solo acontecimiento, como los rayos reunidos por una lente en un punto de brillo superlativo, para que sean visibles a todos. Un acontecimiento tal es el ultraje a Cortland. Aquí podemos observar el mal que ha quebrantado nuestro planeta desde el día de su nacimiento en el fango cósmico. El ego de un hombre en contra de todos los conceptos de misericordia, de humanidad y de fraternidad. Un hombre que destruye el hogar futuro de los desheredados. Un hombre que condena a miles al horror de las viviendas miserables, a la suciedad, a la enfermedad, a la muerte. Cuando una sociedad que despierta hace un esfuerzo poderoso para redimir a los desheredados, cuando los talentos mejores de la sociedad se unen para crear un hogar decente para ellos, el egotismo de un hombre destruye la construcción de los otros. ¿Y por qué? Por una vaga cuestión de vanidad personal, por un vacío engreimiento. Lamento que las leyes de nuestros Estados no dispongan nada más que una sentencia de prisión contra este crimen. Ese hombre debería perder la vida. La sociedad necesita tener el derecho de poder desembarazarse de hombres tales como Howard Roark».

De este modo se expresó Ellsworth Toohey en las páginas de Nuevas Fronteras. Los ecos le respondieron en todo el país. La explosión de Cortland duró medio minuto. La explosión de la furia pública continuó.

Roark había sido procesado ante un jurado numeroso; había declarado ser inocente, y rehusó hacer cualquier otra declaración. Roark había sido puesto en libertad bajo fianza, provista ésta por Gail Wynand, y esperó el juicio.

Hubo muchas especulaciones con este motivo. Algunos decían que era celo profesional. Otros manifestaron que había cierta similitud entre el diseño de Cortland y el estilo de Roark, y que Keating, Prescott y Webb podían haber pedido prestado algo a Roark —«una adaptación legítima»; «no hay derecho de propiedad en las ideas»; «en una democracia el arte pertenece al pueblo»—, y que Roark había sido impulsado por la sed de venganza de un artista que considera que lo han plagiado.

Nada de ello era muy claro, pero nadie se preocupó mucho del motivo. El resultado era simple; un hombre contra muchos. No tenía derecho a tener un motivo. Un hogar edificado para los pobres, después de diez años, durante los cuales se ha enseñado que la caridad y el sacrificio personal constituyen algo que no debe ser discutido. Contra eso, un hombre que no desea servir ni ser gobernado. Y que, por consiguiente, ha cometido el único crimen imperdonable.

Gordon L. Prescott y Gus Webb se divertían en comidas y en *cocktails*; eran tratados con ternura, con solicitud extraña, como si fueran los supervivientes de un desastre. Decían que no alcanzaban a comprender qué motivo posible había podido tener Roark, y pedían justicia.

Peter Keating no iba a ninguna parte. No quiso leer los diarios. No quiso ver a nadie. Pero publicó una declaración escrita donde manifestaba que él no creía que Roark fuese culpable. Su declaración contenía una última frase extraña, que decía: «Dejadlo solo; ¿no podéis dejarlo solo?».

Grupos del Consejo de Constructores Estadounidenses se paseaban frente al edificio Cord. No tenían objeto, porque no había trabajo en la oficina de Roark. El trabajo que iba a comenzar había sido cancelado.

Había unanimidad. La aprendiz con las uñas de los pies pintadas, la esposa que compraba zanahorias en los carritos ambulantes; el tenedor de libros que había querido ser pianista, pero tenía el pretexto de sacrificarse por una hermana; el hombre de negocios que odiaba su negocio; el obrero que odiaba su trabajo; el intelectual que odiaba a todo el mundo: todos estaban unidos, como hermanados por el odio común que aliviaba el aburrimiento y los sacaba de sí mismos. Unanimidad en todos los lectores. Unanimidad en la Prensa.

Gail Wynand estuvo en contra de la corriente.

—¡Gail! —había aullado Alvah—. ¡No podemos defender a un dinamitero!

—Cállese, Alvah —le había dicho Wynand—, antes de que le haga tragarse los dientes.

Gail Wynand estaba solo en su oficina. La cabeza echada hacia atrás, contento de vivir como había vivido en el muelle en una noche oscura, contemplando las luces de la ciudad.

«En medio de los inmundos aullidos que nos rodeaban —dijo un editorial del Banner, firmado por Gail Wynand en grandes caracteres—, nadie parece recordar que Howard Roark se entregó por su propia voluntad. Si hubiese hecho saltar el edificio, ¿se hubiera quedado en el lugar del siniestro para ser detenido? Pero nosotros no esperamos descubrir sus razones. Le hemos condenado sin oírlo.

Queremos que sea culpable. Estamos gozosos con su caso. Lo que uno oye no es indignación, es deleite. Cualquier maniático ignorante, cualquier hombre indigno, de ánimo infantil, que comete un crimen repugnante, consigue de nosotros gritos de simpatía y adiestra un ejército de defensores humanitarios; pero un hombre de genio es culpable por definición. Concedido que es una viciosa injusticia condenar a un hombre simplemente porque es débil y pequeño; ¿a qué nivel de degradación ha descendido la sociedad cuando condena a un hombre porque es fuerte y grande? Sin embargo, tal es la atmósfera moral de nuestro siglo, el siglo de la clase media».

«Hemos oído vocear —decía otro editorial de Wynand— que Howard Roark pasa su carrera en los tribunales. Bien, es cierto. Si un hombre como Roark está en pleito con la sociedad toda su vida, ¿a quién se procesa: a Roark o a la sociedad?».

«Nunca nos hemos esforzado por comprender qué constituye la grandeza del hombre y cómo reconocerla —decía otro editorial de Wynand—. Hemos llegado a tener una clase de fastidioso estupor: que la grandeza debe ser medida por el propio significado. El sacrificio personal, babearnos, es la virtud fundamental. Detengámonos y pensemos un momento. ¿Es una virtud el sacrificio? ¿Sacrificar la integridad? ¿El horror? ¿La libertad? ¿El ideal? ¿Las convicciones? ¿La independencia del pensamiento? Pero éstas son las posesiones supremas del hombre. Todo lo que ceda por ellas no es un sacrificio, sino un fácil negocio. ¿No deberíamos dejar de predicar una tontería tan perjudicial y viciosa?».

Este editorial fue citado en Nuevas Fronteras y en muchos otros diarios, reproducido en un recuadro bajo el encabezamiento: ¡Miren quién habla!

Gail Wynand se rió. La oposición lo nutría y lo hacía más fuerte. Era una guerra, y él no se había comprometido en una guerra verdadera desde hacía años, ni siquiera desde la época en que echó los cimientos de su imperio entre los gritos de protesta de todos los de la profesión. Le fue concedido lo imposible, el sueño que tiene todo hombre: la suerte y la intensidad de la juventud para usarlas con la sabiduría de la expresión. Un nuevo comenzar, y la tensión al mismo tiempo. «He esperado y he vivido para esto», se dijo. Sus veintidós diarios, sus revistas, sus noticiarios recibieron órdenes: «Defender a Roark. Hacer propaganda a Roark ante el público. Hacer frente al linchamiento».

«Cualesquiera que sean los hechos —les explicó Wynand a sus redactores—, éste no va a ser un juicio basado en los hechos. Es un juicio de la opinión pública. Nosotros siempre hemos hecho la opinión pública. Hagámosla. Volquémosla a Roark. No me preocupa cómo lo hagan. Los he enseñado ya. Son sobre expertos en convencer. Muéstrenme ahora su capacidad».

Le respondieron con el silencio y se miraron unos a otros. Pero obedecieron.

El Banner publicó una foto de la casa de Enright con el título: ¿Éste es el hombre que ustedes quieren destruir? Una foto de la casa de Wynand: Hagan una semejante, si pueden. Una fotografía de Monadnock Valley: ¿Éste es el hombre que no ha contribuido a la sociedad?

El Banner comenzó a publicar la biografía de Roark con la firma de un escritor que nadie conocía; la había escrito Gail Wynand. El Banner publicó una serie de procesos famosos en los cuales nombres inocentes habían sido condenados por el prejuicio de la mayoría del momento. El Banner publicó artículos sobre hombres que habían sido martirizados por la sociedad: Sócrates, Galileo, Pasteur, pensadores, hombres de ciencia, una larga línea heroica: un hombre que está solo es un hombre que desafía a los hombres.

—¡Pero, Gail, por el amor de Dios: era un barrio de casas baratas! —se quejó Alvah Scarret. Wynand lo miró impotente.

—Sospecho que es imposible hacerles comprender a ustedes, tontos, que nada tiene que ver con eso. Está bien. Hablaremos de los barrios de casas baratas.

El Banner hizo una revelación de los fraudes que había habido en la construcción de viviendas: el injerto, la incompetencia, las construcciones levantadas cinco veces más costosas de lo que habría necesitado un edificio privado, los establecimientos edificados y abandonados, la horrible realización aceptada, admirada, perdonada, protegida por la vaca sagrada del altruismo. «El infierno está pavimentado de buenas intenciones —dijo el Banner—. ¿Será quizá porque nosotros nunca hemos sabido distinguir cuáles intenciones son las buenas?».

Gail Wynand escribía los editoriales del Banner de pie, en la redacción. Lo hacía como siempre, en una gran hoja, con lápiz azul, en letras de una pulgada. Firmaba con las iniciales G. W. Las famosas y difundidas iniciales nunca habían ostentado tal aire de orgullo temerario.

Dominique había vuelto a la casa de campo. Wynand regresaba por la noche, tarde. Llevaba a Roark tan a menudo como podía. Sentábanse juntos en el *living*, con las ventanas abiertas hacia la noche de primavera. Los trechos oscuros de la colina descendían suavemente desde el lago hasta los muros de la casa y el lago brillaba entre los árboles, a lo lejos. No hablaban del proceso, pero Wynand estaba en medio de la habitación y decía:

—Muy bien; toda la carrera del Banner ha sido despreciable. Pero esto lo vindicará todo. Dominique, sé que tú nunca has sido capaz de comprender por qué no he sentido vergüenza de mi pasado. Por qué amo al Banner. Ahora verás la respuesta. El poder. Tengo un poder que nunca he probado. Ahora verás la prueba. Pensarán lo que yo quiero que piensen. Harán como yo digo. Howard les habrá retorcido de tal forma, que no habrá jurado que se atreva a condenarlo.

No podía dormir de noche. No sentía deseos de dormir.

—Idos a dormir —les decía a Roark y a Dominique—. Yo iré dentro de unos minutos.

Más tarde, Dominique desde su dormitorio y Roark desde el cuarto de huéspedes, oían los pasos de Wynand, que recorría la terraza durante horas, con una gozosa intranquilidad en el ruido; cada paso era como una frase anclada, como una declaración que golpeaba en el piso.

Una vez, cuando Wynand les despidió, ya tarde, Roark y Dominique subieron juntos la escalera y se detuvieron en el primer descanso. Oyeron el violento rasgido de un fósforo en el vestíbulo, un ruido que implicaba el cuadro de una mano que había hecho un movimiento violento para encender el primero de los cigarrillos de una serie que duraría hasta la aurora, un puntito de fuego que cruzaba y volvía a cruzar la terraza entre el resonar de los pasos.

Miraron hacia abajo y se miraron el uno al otro.

—Es horrible —dijo Dominique.

—Es grande —dijo Roark.

—Él no puede ayudarte; no interesa lo que él haga.

—Ya sé que él no puede. Ésa es la cuestión.

—Está arriesgándose por salvarte. No sabe que me perderá si te salvas.

—Dominique, ¿qué será peor para él: perderte a ti o perder su campaña? —Ella asintió con la cabeza, comprendiendo. Él agregó—: Tú sabes que esto, no es lo que él quiere salvar. Yo no soy

nada más que el pretexto.

Dominique levantó la mano. Tocó la mejilla de Roark: una débil presión con la yema de los dedos. No se podía permitir nada más. Se volvió y marchó a su habitación. Después oyó cuando Roark cerraba la puerta de la suya.

«¿No es lo que corresponde —escribió Lancelot Clokey en un artículo— que Howard Roark sea defendido por los diarios de Wynand? Si alguien duda de los problemas morales involucrados en este caso aterrador, aquí está la prueba de lo que es cada uno y dónde se halla situado. Los diarios de Wynand, esa plaza fuerte del periodismo amarillo, de la vulgaridad, de la corrupción, de las ruindades, que organizó el insulto al gusto público y a la decencia; ese submundo intelectual, gobernado por un hombre que tiene menos concepto de los principios que un caníbal, los diarios de Wynand son los campeones propios de Howard Roark, y Howard Roark es un héroe apropiado. Después de una vida destinada a destruir la integridad de la Prensa, es justo que Wynand ayude al dinamitero más bruto que haya existido jamás».

«Todas estas palabras elegantes que circulan —dijo Gus Webb en un discurso— son pura charla. La verdad es ésta: que Wynand ha acumulado muchísimo dinero desplumando a los tontos en los negocios de bienes raíces. ¿Puede gustarle a él que el Gobierno intervenga en su negocio y lo aparte para que los pobres puedan tener un techo bajo el cual cobijarse y un baño moderno para sus hijos? Pueden apostar la cabeza: no le agrada. Por nada del mundo. Esto es una maniobra que han hecho entre los dos, entre Wynand y su amigo el pelirrojo. Y si les interesa saber lo que pienso, les diré que ese amigo le ha sacado bastante dinero a Wynand para hacer ese trabajo».

«Lo sabemos de fuente insospechable —escribía un diario de izquierda—. Cortland sólo ha sido el primer paso de un plan gigantesco para destruir todos los barrios de casas baratas, todas las plantas eléctricas, oficinas de Correos y escuelas públicas de Estados Unidos. La conspiración la encabezaba Gail Wynand, como podemos ver, y otros capitalistas abotagados de su clase, incluyendo a algunos de nuestros más grandes ricachos».

«Demasiada poca atención ha sido concedida al punto de vista femenino en este asunto —escribió Cally Brent en Nuevas Fronteras—. La parte que correspondió a la señora Wynand es ciertamente dudosa por decir lo menos. ¿No es una coincidencia bien extraña que la señora Wynand mandara tan convenientemente al sereno en el momento preciso? ¿Y que su marido esté poniendo ahora el grito en el cielo para defender a Roark? Si no estuviéramos cegados por un estúpido sentido de galantería, pasado de moda, en lo que respecta a lo que se llama una mujer, no deberíamos permitir que esa parte del asunto se mantuviera secreta. Si no estuviésemos intimidados por la posición social de la señora Wynand y por el así llamarlo prestigio de su marido, tendríamos que hacer unas preguntas acerca de la historia que casi le cuesta la vida a ella. Los médicos pueden ser comprados, como cualquier otra persona, y el señor Wynand es un experto en tales cuestiones».

«La posición tomada por la Prensa de Wynand —escribió un pacífico diario conservador— es inexplicable y desgraciada».

La circulación del Banner disminuía semana tras semana; la rapidez se aceleraba en el descenso, como si fuera un ascensor sin frenos. Los carteles y los botones con la inscripción «Nosotros no leemos a Wynand» aumentaban en las paredes, en las carteleras del Metro, en los parabrisas, en las solapas de las chaquetas. Los noticiarios de Wynand eran silbados en los cinematógrafos. El Banner

desaparecía de los puestos de diarios en las esquinas. Los vendedores tenían que llevarlos, pero los escondían debajo de los mostradores y los mostraban a regañadientes y sólo a petición. El terreno había sido preparado; los pilares carcomidos durante tanto tiempo recibían el impacto final con el caso Cortland.

Roark fue casi olvidado en la tormenta de indignación que estalló contra Wynand. Las protestas más iracundas procedían del propio público de Wynand: de los clubs de mujeres, de los pastores, de las madres, de los comerciantes al por menor. Alvah Scarret tuyo que irse de la habitación, donde se llenaban cada día los cestos con cartas al editor; él empezó a leer las cartas, pero sus amigos de la redacción, trataron de evitarle la repetición de la experiencia, temiendo que le diese un ataque.

Los redactores del Banner trabajaban en silencio. Unos pocos renunciaron. El resto continuaba trabajando, lenta, pausadamente, a la manera de hombres sujetos con cinturones salvavidas que esperan lo inevitable.

Gail advirtió un tempo moroso en todas las acciones que se ejecutaban en torno a él. Cuando entraba en el edificio del Banner, los empleados interrumpían el trabajo ante su vista; cuando les hacía una inclinación de cabeza, la contestación al saludo la hacían con un segundo de retraso; cuando caminaba y se volvía, les sorprendía mirándole fijamente. El «sí, señor Wynand» con que siempre habían contestado a sus órdenes, sin un momento de interrupción entre la última sílaba de la voz de Wynand y la primera letra de la respuesta, llegaba ahora tarde y la pausa tenía una forma tangible, de manera que la respuesta sonaba como una frase que no era continuada, sino precedida de un signo de interrogación. Una Vocecita guardó silencio respecto al caso Cortland. Wynand había citado a Toohey al día siguiente de la explosión y le había dicho:

—Escuche. Ni una palabra en su columna. ¿Comprende? Lo que haga o vocifere afuera, no es cuestión mía... por ahora. Pero si grita demasiado lo tendré en cuenta cuando esto pase.

—Sí, señor Wynand.

—En lo que se refiere a su columna, usted es sordo, mudo y ciego. No ha oído ninguna explosión. No sabe qué significa la palabra Cortland mientras esté en esta casa.

—Sí, señor Wynand.

—Y que no le vea demasiado por aquí.

—Sí, señor Wynand.

El abogado de Wynand, un viejo amigo que le había prestado sus servicios durante muchos años trató de frenarle.

—Gail, ¿qué ocurre? Está actuando como un chico. Como un inexperto aficionado. Vuelva en sí, hombre.

—Cállese —dijo Wynand.

—Gail, usted es el mejor periodista del mundo. ¿No es evidente? Una causa impopular es peligrosa para cualquiera. Para un diario popular es un suicidio.

—Si no se calla, lo mandaré con la música a otra parte y tomaré otra ave negra.

Wynand empezó a discutir el asunto con los hombres prominentes que encontraba en los banquetes de gente de negocios. Nunca había discutido sobre ningún tema, nunca había alegado. Había arrojado, simplemente, declaraciones concluyentes a los sumisos auditorios. Ahora no encontraba quien lo escuchara. Hallaba un silencio indiferente, mitad aburrimiento y mitad

resentimiento. Aquellos que habían escuchado religiosamente cada palabra suya acerca del mercado de títulos, de la compraventa de propiedades, de los anuncios, de los políticos, no tenían interés en sus opiniones sobre el arte, la grandeza y la justicia abstractas.

Oía pocas respuestas:

«Sí, Gail, sí, seguro. Pero, por otra parte, creo que fue el egoísmo del hombre. Y ésta es la perturbación del mundo de hoy: el egoísmo. Hay demasiado egoísmo en todas partes. Eso es lo que Lancelot Clokey dijo en su libro, un libro lindo, cuyo contenido íntegro se refiere a la infancia. Léelo. Vi su foto con Clokey. Clokey ha estado en todo el mundo, sabe lo que dice».

«Sí, Gail, pero ¿no está pasado de moda? ¿Cuál es la obra de ese gran hombre? ¿Qué es lo grande de un albañil? ¿Quién es grande, en último caso? No somos más que un conjunto de glándulas y de productos químicos y de cualquier cosa, que hemos tomado en el desayuno. Creo que Lois Cook lo explicó muy bien en ese hermoso libro, ¿cómo se llama?, ¡ah!, sí, El cálculo biliar galante. Sí, señor. Su propio Banner le hizo una propaganda ruidosa a ese librito».

«Pero, mire, Gail, él debería haber pensado en las demás personas antes de haber pensado en sí mismo. Creo que un hombre que carece de amor no puede ser bueno. Lo he oído en una obra de teatro, anoche; era una gran obra, la última obra de Ike, ¿cómo diablos es su apellido? Usted debería verla; su propio Jules Fougler dice que es un poema dramático valiente y tierno».

«Usted descubre un caso bueno, Gail, y yo no sabría qué decir en contra, pues no sé dónde se halla el error, pero no me suena bien, porque Ellsworth Toohey (no me interprete mal, no estoy de acuerdo con los puntos de vista políticos de Toohey, en absoluto; sé que él es izquierdista, pero por otra parte usted tiene que admitir que es un gran idealista, con un corazón tan grande como una casa); bien, Ellsworth Toohey dijo...».

Éstos eran los millonarios, los banqueros, los industriales, los comerciantes los que no podían comprender por qué el mundo se iba al diablo, aunque se lamentaban de ello.

Una mañana, cuando Wynand descendió de su automóvil frente al edificio del Banner, una mujer se precipitó contra él cuando atravesaba la acera. Lo había estado esperando en la entrada. Era gorda y de edad madura. Llevaba un asqueroso traje de algodón y un sombrero arrugado. Tenía una cara pegajosa, hinchada, una boca deformada y ojos negros, redondos y brillantes. Se puso delante de Gail Wynand y le arrojó a la cara un ramo de hojas de remolacha podridas. No tenía remolachas el ramo; no era nada más que hojas, blandas, viscosas, atadas con un hilo. Le dieron en la cara y cayeron en la acera.

Wynand se quedó inmóvil. Miró a la mujer. Vio la carne blanca, la boca abierta que colgaba triunfante, el rostro con una maldad desafiante. Los transeúntes la agarraron, y empezó a gritar obscenidades indecibles. Wynand levantó la mano, sacudió la cabeza, haciendo un ademán para que la dejaran, y entró en el Banner con una mancha amarillo-verdosa en la mejilla.

—Ellsworth, ¿qué vamos a hacer? —gimió Alvah Scarret—. ¿Qué vamos a hacer?

Ellsworth Toohey se sonrió.

—¿Por qué no deja esa porquería, Ellsworth? ¿Por qué no estalla algo para que pueda quitar eso de la página primera? ¿No podríamos inventar un susto con una situación internacional o algo por el estilo? En los años que tengo nunca he visto a la gente ir tan insensatamente detrás de algo tan pequeño. ¡La obra de un dinamitero! ¡Cristo! Ellsworth, eso es un relato para la última página. Los

teníamos cada mes, prácticamente, con cada huelga. ¿Se acuerda? La huelga de los peleteros, la huelga de los limpiadores de trajes... ¡Oh, qué diablos! ¿Por qué toda esa furia? ¿Quién se interesa?

—Hay ocasiones, Alvah, en que las fuentes del peligro no son los hechos ostensibles y la reacción pública parece desproporcionada, pero no es así. Usted no debería ser tan displicente en esto. Me sorprende. Debería agradecerse a su estrella. Vea, a esto me refería cuando decía que era necesario esperar el momento preciso. El momento preciso siempre llega. Aunque, que me condenen si yo esperaba que me lo sirvieran en una fuente, como ha ocurrido. ¡Ánimo, Alvah!

—Usted está loco, Ellsworth. Como todos ellos. Está loco. ¿Qué me quiere decir? Gail tiene el cincuenta y uno por ciento de...

—Alvah, usted sabe cómo le quiero. Usted es maravilloso. Le quiero, pero desearía que no fuera como esos tontos de remate, de manera que pudiese hablarle. Desearía tratar con alguien.

Ellsworth Toohey trató de hablar con Gus Webb una noche, pero fue desalentador. Gus Webb dijo:

—Usted sufre, Ellsworth, porque es demasiado romántico. Demasiado metafísico. ¿De qué se gozan todos? No hay ningún valor práctico en todo esto. No es nada digno de llamar la atención, salvo una o dos semanas. Yo hubiera deseado que él lo hubiese hecho volar cuando estuviera lleno de inquilinos: sólo unos pocos chicos se habrían hecho pedazos, y entonces usted tendría algo. Entonces me hubiera gustado. El movimiento podría usarlo. Pero ¿esto? Usted es un espécimen incurable de la intelligentsia, Ellsworth. Eso es usted. ¿Y se cree que es el hombre del futuro? No se engañe, querido, yo lo soy.

Toohey suspiró:

—Tiene razón, Gus.

—Es una amabilidad por parte de usted, señor Toohey —dijo la señora Keating humildemente—. Estoy contenta de que haya venido. No sé qué hacer con mi Peter. No quiere ver a nadie. Ni quiere ir a la oficina. Estoy asustada, señor Toohey. Perdóneme, no me debería quejar. Quizás usted pueda ayudarle dándole un poco de aliento. Se acuerda mucho de usted, señor Toohey.

—Sí, no hay duda. ¿Dónde está?

—En su habitación. Por aquí, señor Toohey.

La visita era inesperada. Hacía años que Toohey no iba allí. Lo condujo a través del vestíbulo y abrió la puerta, temerosa de anunciar al visitante y del rechazo del hijo.

—¡Mira, Peter, mira qué visita tienes! —dijo contenta.

Keating levantó la cabeza. Estaba sentado junto a una mesa desordenada, inclinado bajo una lámpara que daba muy poca luz. Estaba resolviendo un crucigrama que había arrancado de un diario. Sobre la mesa había una copa alta, con un cerco rojo y seco que había sido jugo de tomate, una caja que contenía un rompecabezas, una baraja y una Biblia.

—¡Hola, Ellsworth! —dijo sonriendo.

Hizo un esfuerzo como para levantarse, pero olvidó el esfuerzo a mitad del camino. La sonrisa no surgió por completo: había sido un instinto de la memoria. Después repitió impensadamente:

—¡Hola, Ellsworth!

Toohey se puso delante de él, examinando el ambiente y la mesa con curiosidad.

—Conmover, Peter —dijo—. Muy conmovedor. Estoy seguro de que él lo habría apreciado si lo viese.

—¿Quién?

—No está muy conversador en estos días, Peter. Ni muy sociable.

—Quería verle a usted, Ellsworth. Y quería hablar con usted.

Toohey tomó una silla por el respaldo, la balanceó en el aire, haciéndole describir un amplio círculo, la colocó junto a la mesa y se sentó.

—Bien; para eso he venido aquí para escucharle. —Keating no respondió—. ¿Y bien?

—No ha debido pensar que no lo quería ver, Ellsworth. Ha sido solamente... que yo le dije a mi madre que no dejase entrar a nadie... a causa de los periodistas. No quieren dejarme tranquilo.

—¿Cómo cambian los tiempos, Peter! Recuerdo cuando no se le podía separar de los periodistas.

—Ellsworth, no me ha quedado ni un resquicio de humor. Absolutamente nada.

—Es una suerte. De lo contrario, se habría muerto riendo.

—Estoy muy cansado, Ellsworth... Estoy contento de verle.

La suave luz se desvió de los lentes de Toohey y Keating no le pudo distinguir los ojos; solamente vio dos círculos ocupados por una mancha metálica, como los focos apagados de un automóvil que reflejan algo que se aproxima a distancia.

—¿Cree que podrá soportar esto? —dijo Toohey.

—¿Qué?

—El papel de ermitaño. La gran penitencia. El silencio fiel.

—¿Qué quiere decirme, Ellsworth?

—¿De modo que él no es culpable? Y usted quiere que le dejemos tranquilo, ¿no es así?

Los hombros de Keating se levantaron más como intención que como voluntad de mantenerse erguidos, y su mandíbula se estremeció lo bastante como para preguntar:

—¿Qué quiere usted?

—Toda la historia.

—¿Para qué?

—¿Quiere que le facilite las cosas? ¿Quiere una buena excusa? Usted sabe que podría hallarla. Le podría dar treinta y tres razones, todas nobles, y usted se las tragaría todas. Pero no lo deseo; así que le diré la verdad: para enviar a presidio a su héroe, a su ídolo, a su amigo generoso, a su ángel guardián.

—No tengo nada que decirle, Ellsworth.

—Antes de estar perdiendo el poco juicio que le queda, mejor haría en conservarlo para darse cuenta de que usted no puede competir conmigo. Si yo quiero que hable, hablará; no quiero perder tiempo. ¿Quién hizo el proyecto para Cortland?

—Yo.

—Usted sabe que soy perito en arquitectura.

—Yo hice el proyecto para Cortland.

—Lo mismo que el del edificio Cosmo-Slotnick.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero que sirva de testigo, Peter. Quiero que relate la historia nuevamente. Su amigo no es tan claro como usted. No sé qué estará urdiendo. Eso de quedarse en el lugar del suceso fue algo demasiado inteligente. Él sabía que se sospecharía de él, y está procediendo con toda sutileza. Dios sabe qué pensará decir ante el tribunal. No pienso dejarle salirse con la suya. El motivo es lo que tiene a todos tan confundidos. Conozco el motivo. Nadie me creerá si trato de explicarlo. Pero usted declarará bajo juramento. Dirá la verdad. Dirá quién proyectó Cortland y por qué.

—Yo lo proyecté.

—Si piensa decir eso en la audiencia, sería mejor que hiciera algo para dominar sus nervios. ¿Por qué está temblando? Ya es demasiado tarde, Peter. ¿Ha leído el Fausto alguna vez?

—¿Qué quiere?

—La cabeza, de Howard Roark.

—No es mi amigo. Nunca lo ha sido. Usted sabe lo que pienso de él.

—Ya sé, tonto del diablo. Yo sé que toda la vida le ha rendido usted culto. Se arrodillaba y le rendía culto, mientras lo apuñalaba por la espalda. Nunca tuvo valor de estar a la altura de su propia maldad. No podía ir a un lado y al otro. Me odiaba, ¿se cree que no me daba cuenta?, y me seguía. Quería a él y lo ha destruido. Lo ha destruido completamente, y ahora no hay escapatoria, tendrá que pasar por esto.

—¿Qué tiene que ver con usted? ¿Por qué le interesa?

—Debería haberse preguntado eso hace tiempo, pero no lo hizo. Lo que significa que usted no lo ignoraba. Siempre lo ha sabido. Eso es lo que le hace temblar. ¿Por qué quiere que lo ayude a engañarse a sí mismo? He hecho eso durante diez años. Por eso vino usted hacia mí. Ésa es la razón por la cual todos vinieron hacia mí. Pero usted no puede adquirir algo sin dar nada. Nunca. Aunque

mis teorías socialistas digan lo contrario. Consiguí de mí lo que quería. Ahora me toca a mí.

—Yo no quiero hablar de Howard. No puede hacerme hablar de Roark.

—¿No? ¿Por qué no me echa de aquí? ¿Por qué no me agarra del cuello y me estrangula? Usted es mucho más fuerte que yo. Pero no podrá. No puede. ¿Ve, Peter, la naturaleza de mi poder? ¿El poder material? ¿Músculos, fusiles o dinero? Usted y Gail se podrían juntar. Usted tiene mucho que decirle. Vamos, Peter, ¿quién hizo el proyecto de Cortland?

—Déjeme solo.

—¿Quién hizo el proyecto de Cortland?

—Es peor... lo que usted está haciendo..., mucho peor...

—¿Que qué?

—Que lo que yo hice a Lucio Heyer.

—¿Qué le hizo a Lucio Heyer?

—Lo maté.

—¿Qué me está diciendo?

—Ésa es la razón por la cual era mejor. Lo dejé morir.

—Déjese de desvaríos.

—¿Por qué quiere matar a Howard?

—No quiero matarlo. Quiero que vaya a la cárcel. ¿Comprende? A la cárcel. A una celda. Detrás de las rejas. Encerrado con candado, paralizado, encadenado... y vivo. Tendrá que levantarse cuando le digan. Tendrá que comer cuando le den. Se moverá cuando le ordenen que se mueva y se parará cuando le digan que se pare. Caminará cuando se le diga, y trabajará cuando se lo manden. Le empujarán si no anda lo suficiente y le azotarán cuando quieran. Recibirá órdenes. «Recibirá órdenes».

—¡Ellsworth! —gritó Keating—. ¡Ellsworth!

—Me pone malo. ¿No puede soportar la verdad? No, quiere confituras. Por eso prefiero a Gus Webb. No tiene ilusiones.

La señora Keating abrió la puerta. Había oído el grito.

—¡Váyase de aquí! —le gritó Toohey.

Ella se fue y Toohey dio un portazo.

Keating levantó la cabeza.

—No tiene ningún derecho para hablar así a mi madre. Ella no tiene nada que ver con usted.

—¿Quién hizo el proyecto de Cortland?

Keating se puso de pie. Arrastró sus pies hasta el tocador, abrió un cajón, sacó un pedazo de papel arrugado y se lo entregó a Toohey. Era el contrato que tenía con Roark.

Toohey lo leyó y se sonrió, con una risa seca. Después miró a Keating.

—Ha sido usted un éxito completo, Peter, en lo que a mí me interesa, pero a veces quiero volverle la espalda a mis éxitos.

Keating estaba de pie junto al tocador, con los hombros caídos y los ojos ausentes.

—No esperaba que tuviese un escrito como éste, con su firma. De modo que esto es lo que él hizo por usted, y esto es lo que usted le devuelve... No; me retracto de los insultos, Peter. Tenía que hacerlo. ¿Quién es usted para impedir las leyes de la historia? ¿Sabe lo que significa este papel? Lo

perfecto imposible, el sueño de los siglos, el objeto del pensamiento de todos los sistemas de pensamiento de la humanidad. Usted había puesto las riendas. Lo hacía trabajar para usted. Se apoderó de su obra, de su premio, de su dinero, de su gloria, de su nombre. Nosotros sólo pensamos y escribimos sobre ello, pero usted ha hecho una demostración práctica. Todos los filósofos, desde Platón en adelante, se lo agradecerán. He aquí la piedra filosofal para transformar... el oro en plomo. Los demás, Platón y el resto, pensaban realmente en transformar plomo en oro. Yo conocí la verdad desde el primer momento. He sido sincero conmigo mismo, y ésta es la forma más difícil de la sinceridad. Aquella de la cual ustedes huyen a cualquier precio.

Se sentó, cansado, tomó el papel por los ángulos, con ambas manos, lo dobló cuidadosamente y se lo metió en el bolsillo. Keating siguió su ademán con un movimiento de cabeza, como un gatito observa una pelota en una cuerda.

—Ustedes me disgustan —dijo Toohey—. ¡Dios mío, cómo me desagrada el sentimentalismo hipócrita! Me siguen, repiten lo que les enseñó, lo aprovechan, pero no tienen la gracia de reconocer lo que están haciendo.

Cuando ven la verdad, se ponen verdes. Supongo que está en la naturaleza de ustedes, y ésta es precisamente mi arma principal. Pero ¡por Dios!, me canso. Tengo que librarme de ustedes un momento siquiera. Tengo que actuar toda mi vida para mediocridades insignificantes. Para protegerles la sensibilidad, la conciencia y la paz del espíritu. Ése es el precio que pago por lo que deseo.

—¿Qué... desea..., Ellsworth?

—El poder, Peter.

—Usted siempre dijo... —empezó Keating estúpidamente, y al punto se calló.

—Yo siempre he dicho eso, en efecto. Clara, precisa y abiertamente. No es culpa mía si usted no lo tomó en cuenta. Yo dije que quería gobernar, como todos mis predecesores espirituales; pero yo soy más afortunado que ellos. Yo he heredado el fruto de sus esfuerzos y seré el único que vea el gran sueño hecho realidad. Gobernaré.

—¿A quién?

—A usted. Al mundo. Sólo es cuestión de descubrir la palanca. Si aprendo a gobernar el alma de un solo hombre, puedo conseguir gobernar el resto de la humanidad. Se trata del alma, Peter, del alma. Ni látigos, ni espadas, ni hogueras, ni fusiles. He ahí la razón por la cual los Césares, los Atilas y los Napoleones resultaron tontos y no hicieron nada duradero. Nosotros lo haremos. El alma, Peter, es la que no puede ser gobernada. Tiene que ser rota. Métale una cuña, ponga sus dedos en ella, y el hombre es suyo. No necesita látigo; él se lo traerá y le pedirá que lo azote. Póngalo al revés, y su propio mecanismo obrará en favor suyo. Empléelo contra sí mismo. ¿Quiere saber cómo se hace? Fíjese si alguna vez le he mentado. Mire si no lo ha oído durante años; pero no le quiso prestar atención, y la culpa no es mía, sino suya. Hay muchos procedimientos. Éste es uno: haga que un hombre se sienta pequeño. Haga que se sienta culpable. Mátele su aspiración y su integridad. El peor de ustedes anda en busca de un ideal en su propia y retorcida manera. Mate la integridad por la corrupción interna. Predique el altruismo. Dígame al hombre que debe vivir para los otros. Dígame que el altruismo es el ideal. Ninguno lo ha realizado ni lo realizará. Su instinto viviente grita contra eso. Pero ¿no ve lo que consigue? El hombre se da cuenta de que es incapaz de realizar lo que se acepta

como la más noble de las virtudes, y esto le da un sentimiento de culpa, de pecado, de su propia indignidad fundamental. Desde el momento en que el ideal supremo es ir más allá de lo que él puede aferrar, desiste de todo ideal, de toda aspiración, de todo sentido de su valor personal. Se cree obligado a predicar lo que no puede practicar. Hay que librar una batalla difícil para poder preservar la propia integridad. ¿Para qué preservar lo que uno sabe que ya está corrompido? Su alma desiste del propio respeto. Entonces estará contento de obedecer, porque no puede confiar en sí mismo, se siente inseguro, se siente impuro. Ése es un camino.

»Hay otro: destruya en el hombre el sentido del valor. Destruya la capacidad para reconocer la grandeza o para realizarla. Los grandes hombres no pueden ser gobernados. No queremos ningún gran hombre. Neguemos la concepción de la grandeza. Ensalce tipos de obras accesibles a todos, a los más ineptos, y detenga el ímpetu y el esfuerzo de todos los hombres, grandes y pequeños. Ríase de Roark y tome a Peter Keating como a un gran arquitecto, y habrá destruido la arquitectura. Eleve a Lois Cook, y habrá destruido la literatura. Vocifere el nombre de Ike, y habrá destruido el teatro. Glorifique a Lancelot, y habrá destruido el periodismo. No se ponga a destruir todos los santuarios; eso asustaría a los hombres. Conserve a la mediocridad como santuario. Hay todavía otro procedimiento: destruir por medio de la risa. La risa, exponente de la alegría humana; aprenda a usarla como arma de destrucción. Es sencillo: diga a la gente que se ría de todo. Dígame que el sentido del humor es una virtud ilimitada. No deje que quede nada sagrado en el alma del hombre, y habrá destruido al héroe.

»Y hay, finalmente, otro procedimiento. Éste es el más importante: no permita que los hombres sean felices. La felicidad es un contenido en sí misma y es suficiente por sí misma. Los hombres felices no tienen tiempo y no le sirven a usted. Los hombres felices son hombres libres. De manera que debe destruirles la alegría de vivir. Quíteles todo lo que les sea grato e importante. No les permita nunca que tengan lo que quieren. Hágalos sentir que el mero hecho de tener un deseo personal es malo. Condúzcalos a un estado en que decir “yo quiero” no constituya ya un derecho natural, sino algo vergonzoso. El altruismo es una gran ayuda para esto. Los hombres desdichados irán hacia usted. Irán en busca de consuelo, de apoyo, de fuga. La naturaleza no permite el vacío. Vacíe el alma de un hombre, y el espacio queda a merced de usted para ser llenado. Esto es lo más viejo que hay. Mire hacia atrás, en la Historia. Mire cualquier gran sistema de ética que haya surgido del Oriente. ¿No predicen todos el sacrificio de la alegría personal? ¿Bajo todas las complicaciones de la verbosidad, no tienen todos un mismo motivo: sacrificio, renunciación, negación de sí mismo? Mire la atmósfera moral de nuestros días. Todo lo que es motivo de gozo, desde los cigarrillos al sexo, desde la ambición al provecho, todo es considerado como depravado y pecaminoso. Demuestre que una cosa hace feliz al hombre, y ya la habrá condenado. Hemos unido a la felicidad con la culpabilidad. Y hemos agarrado al género humano por el cuello. Arroje el primogénito al horno, yazca en un lecho de clavos, vaya al desierto y mortifique su carne; no baile, no trate de enriquecerse, no fume, no beba. Todo es la misma línea. La gran línea. Todo sistema de ética que predicó el sacrificio tuvo un gran poder humano y gobernó a millones de seres. Dicen a las personas que alcanzarán una felicidad superior si dejan todo lo que las hace felices. No tiene que ser demasiado claro en esto. Emplee grandes palabras vagas: «Armonía universal», «Nirvana», «Paraíso», «Supremacía racial», «Dictadura del proletariado». La corrupción interna, Peter. Ése es

el camino más antiguo. La farsa ha continuado durante siglos y los hombres caen en ella todavía. El hombre que habla de sacrificio, habla de esclavos y amos. Y piensa ser el amo. Pero si alguna vez oye hablar a un hombre que le dice que debe ser feliz, que ése es su derecho natural, que es su primer deber para usted mismo, es porque ese hombre no anda detrás de su alma. Los hombres tienen una arma de defensa: la razón. Córtelos ese soporte con cuidado. Pero no niegue francamente. No niegue nada francamente; si no, le descubrirán el juego. No diga que la razón es mala, aunque algunos hayan ido tan lejos con sorprendente éxito. Diga sólo que la razón es limitada. Que hay algo por encima de ella. ¿Qué? Tampoco tiene que ser demasiado claro: «Instinto», «Sentimiento», «Revelación», «Intuición», «Dialéctica materialista». Si llega a un punto crucial y alguien le dice que su doctrina carece de sentido, tiene que estar preparado para contestar. Dígale que hay algo por encima de los sentidos. De ahí que no debe tratar de pensar, sino de «sentir». Él debe «creer». Suspenda la razón y juegue a su manera. La cosa marcha de cualquier manera que usted lo desee y cuando lo necesite. Ya lo ha conseguido. ¿Puede gobernar a un hombre de pensamiento? No queremos a ningún hombre de pensamiento.

Keating se había sentado en el suelo, junto al tocador. Quería sentirse más seguro apoyado en él, como si todavía estuviera allí guardada la carta que había entregado.

—Peter, ya lo ha oído. Me ha visto a mí practicando durante diez años. Habrá visto que todo el mudo lo practica. ¿Por qué está disgustado? No tiene derecho a estar sentado ahí y clavarme la vista con la virtuosa superioridad de un ser ofendido. No lo está.

Usted ha tenido su participación. Tiene temor de ver hacia dónde va. Yo no temo. Se lo diré. Conduce al mundo futuro. A un mundo de obediencia y de unidad. A un mundo en que el pensamiento de cada hombre no sea su propio pensamiento, sino un intento de adivinar el pensamiento del cerebro del vecino, que no tendrá pensamiento, sino el deseo de adivinar el pensamiento del vecino más próximo, que no tendrá pensamiento..., y así sucesivamente, Peter, en todo el globo. Un mundo donde ningún hombre tendrá un deseo para sí mismo, sino que dirigirá sus esfuerzos a satisfacer los deseos de un vecino que no tendrá deseos, salvo para satisfacer los deseos de otro vecino que tampoco tendrá deseos. Un mundo con un solo corazón, al cual se le dará impulso a mano. Con mi mano y las manos de unos pocos, muy pocos hombres como yo. Aquellos que saben qué es lo que los mueve a ustedes. ¿Conoce el destino de las criaturas que son traídas a la luz desde el fondo del mar? Eso en cuanto a los futuros Roark. El resto sonreirá y obedecerá. ¿Se ha dado cuenta de que los imbéciles siempre sonrían? El primer fruncimiento del entrecejo es el primer toque de Dios en nuestra frente. Es el toque del pensamiento. Pero nosotros no tendremos ni Dios ni pensamiento. Solamente votación por sonrisas. Palancas automáticas... Que todos digan sí... Ahora, si usted fuera un poco más inteligente, como su exesposa, por ejemplo, me preguntaría: «¿Qué será de los gobernantes? ¿Qué será de mí, Ellsworth Monkton Toohey?». Y yo diría: «Sí, tiene usted razón. Yo no haré nada más que su deseo. No tendré propósitos, salvo el tenerlo contento. Mentirle, halagarlo, alabarle, inflar su vanidad. Hacer discursos sobre el pueblo y el bien común». Peter, mi pobre amigo, yo soy el hombre más altruista que usted haya jamás conocido. Yo tengo menos independencia que usted, a quien he forzado a vender su alma. Usted ha empleado a la gente, al menos, por el provecho que podía sacar para usted mismo. No quiero nada para mí. No tengo propósitos personales. Quiero el poder. Quiero mi mundo futuro. Que todos vivan para todos. Que todos se sacrifiquen y que ninguno se aproveche.

Que todos sufran y que ninguno goce. Que el progreso se detenga. Que todo se estanque. Que en el estancamiento haya igualdad. Todos subyugados al deseo de todos. La esclavitud universal, sin siquiera la dignidad de un amo. La esclavitud por la esclavitud. Un gran círculo y una igualdad total. El mundo futuro.

—Ellsworth..., usted está...

—¿Loco? ¿Teme decirlo? Ahí está sentado usted, y la palabra está escrita encima, como una última esperanza. ¿Loco? Mire en torno suyo. Tome cualquier diario y lea el encabezamiento. ¿No está llegando? ¿No está ya aquí? ¿No se lo dice cada cosa? Todo lo que yo he dicho está contenido en una sola palabra: colectivismo. ¿Y no es ése el dios de nuestro siglo? Actuar juntos. Pensar juntos. Sentir juntos. Unirse, estar de acuerdo, obedecer. Obedecer, servir, sacrificarse. Dividir y conquistar, primero. Unir y gobernar, después. Al fin hemos descubierto esto. ¿Recuerda al emperador romano que quería que la humanidad tuviera una sola cabeza para cortársela? La gente se rió de él durante muchos siglos. Pero la risa ha terminado. Hemos cumplido lo que él no pudo cumplir. Hemos enseñado a los hombres a unirse. Esto hace que el cuello esté listo para la soga. Hemos encontrado la palabra mágica: colectivismo. Un país está dedicado a cumplir la proposición de que el hombre no tiene derechos, que lo colectivo es todo. A lo individual se lo considera como el mal, a la masa como a Dios. Ésta es una versión. Hay otra. Un país está dedicado a cumplir la proposición de que el hombre no tiene derechos, que el Estado lo es todo. Ningún motivo, ninguna virtud se permite, salvo que sirva a la raza. O estoy desvariando, o es la fría realidad de dos continentes ya. Observe el movimiento de pinzas. Si está harto de una versión, acuda a la otra. Están bajo nuestro dominio. Hemos cerrado todas las puertas. Hemos fijado la moneda cabezas-colectivismo, y colas-colectivismo. Combata la doctrina que degüella al individuo con otra doctrina que degüella al individuo. Entregue su alma a un concilio o entréguesela a un líder. Pero entréguela, entréguela, entréguela. Mi técnica, Peter, ofrecer veneno como alimento y veneno como antídoto. Deles a los tontos una elección, déjelos que tengan sus diversiones, pero no olvide el único propósito que tiene que cumplir. Destruya al individuo. Destruya el alma del hombre. El resto seguirá automáticamente. Observe el mundo en el momento presente. ¿Cree todavía que estoy loco, Peter?

Keating estaba sentado en el suelo con las piernas abiertas. Levantó una mano y se observó las yemas de los dedos; después se llevó uno de ellos a la boca y se arrancó un pellejo. Toohey se hizo cargo de que no debía esperar ninguna respuesta; dio una palmada de resignada conclusión sobre el brazo del sillón.

—Gracias, Peter —dijo gravemente—. La sinceridad es algo difícil de desarraigar. He pronunciado discursos ante grandes auditorios en mi vida. Éste ha sido el que nunca tuve ocasión de pronunciar.

Keating levantó la cabeza. Su voz tenía el tono de la primera cuota que se paga al terror; no estaba asustado, pero tenía los ecos adelantados de las próximas horas.

—No se vaya, Ellsworth.

Toohey estaba cerca de él y se rió suavemente.

—Ésa es la respuesta, Peter. Ésa es mi prueba. Usted conoce lo que soy, sabe lo que he hecho por usted y ya no le han quedado ilusiones de la virtud. Pero no puede dejarme, y nunca me podrá dejar. Me ha obedecido en nombre de los ideales. Me seguirá obedeciendo sin ideales. Porque para esto es

para lo único que sirve... Buenas noches, Peter.

«Ésta es la prueba del caso. Lo que nosotros pensemos de él, determinará lo que somos. En la persona de Howard Roark debemos aplastar las fuerzas del egoísmo y del individualismo antisocial —la maldición de nuestro mundo moderno—, que se nos muestra aquí en sus últimas consecuencias. Conforme se ha mencionado al principio de esta sección, el fiscal del distrito posee ahora una prueba evidente —por el momento no podemos revelar su naturaleza— que demuestra que Howard Roark, exclusivamente, es culpable. Nosotros, el pueblo, pedimos ahora justicia».

Esto apareció en Una Vocecita a fines de mayo. Gail Wynand lo leyó en su automóvil yendo a la casa desde el aeropuerto. Había llegado desde Chicago donde había ido a hacer una última tentativa para conservar un anunciante nacional que había rehusado renovar el contrato de tres millones de dólares. Dos días de esfuerzos hábiles habían fracasado. Al bajar del aeroplano en Newmark tomó los diarios de Nueva York. Su automóvil le estaba esperando para conducirlo a su casa de campo. Después leyó Una Vocecita. En el primer momento se preguntó qué diario tenía en la mano. Miró el nombre en la parte superior de la pagina. Era el Banner, sin embargo, y allí estaba la columna, en su propio lugar, columna primera, primera página, sección segunda.

Se inclinó hacia delante para decirle al chófer que lo llevara a su oficina. Estuvo con el diario abierto sobre sus piernas hasta que el auto se detuvo frente al edificio del Banner.

Se dio cuenta de súbito, al entrar al edificio que lo estaban esperando. Se dio cuenta por los ojos de los reporteros que salían del ascensor; en la postura del ascensorista en quien luchaban el deseo de volverse y el de mirarlo fijamente; en la repentina inmovilidad de los hombres que encontraba; en la interrupción del tictac de la máquina de escribir de una secretaria; en la mano levantada de otra. Se dio cuenta de que todos estaban enterados de lo increíble.

Al principio sintió una vaga desazón por la contenida sorpresa de la espera que lo rodeaba, y pensó que algo debía de andar mal si en la mente de alguno de sus empleados podía existir la menor duda acerca del resultado de una discusión entre él y Toohey.

Pero no tenía tiempo de tomar nota de sus propias reacciones. No podía ocupar su atención, salvo por la sofocación que sufría, por la presión de algo contra los huesos de la cara, contra sus dientes, sus mejillas, el puente de la nariz, y comprendió que debía hacer retroceder aquello, sujetarlo, amarrarlo.

No saludó a nadie y se dirigió a su despacho. Alvah Scarret estaba repantigado en una silla. Scarret tenía un vendaje de gasa blanca, manchada, en torno a la garganta, y las mejillas rotas. Wynand se detuvo en medio de la habitación. Las personas que había en las otras oficinas se habían sentido aliviadas porque el rostro de Wynand demostraba calma. Alvah Scarret lo conocía mejor.

—Gail, yo no estaba aquí —vomitó en un murmullo crujiente que no era una voz en ningún sentido—. He faltado dos días. Laringitis. Pregúntale a mi médico. Yo no he estado aquí. Acabo de levantarme de la cama. Míreme: tengo fiebre, quiero decir que el médico no quería que viniese, pero decidí levantarme. Quiero decir, Gail, que no he estado aquí, no he estado aquí.

No estaba seguro de si Wynand lo escuchaba, pero Wynand lo dejó terminar, después tomó el aspecto de estar escuchando, como si los sonidos le llegaran con demora. Luego de un instante, preguntó:

—¿Quién estaba en el departamento de corrección de pruebas?

—Lo examinaron Allen y Falk.

—Eche a Harding, a Allen, a Falk y a Toohey. Págueme la indemnización de contrato a Harding, pero no a Toohey. Que en quince minutos estén fuera del edificio.

Harding era el redactor jefe; Falk, un corrector; Allen, el jefe de los correctores. Todos trabajaban en el Banner desde hacía diez años. Era como si Scarret hubiese oído una noticia sensacional que anunciara un juicio político contra el presidente de la República, la destrucción de la ciudad de Nueva York por un meteoro, o el hundimiento de California en el océano Pacífico.

—Gail —gritó—, no podemos.

—Salga de aquí.

Scarret salió.

Wynand apretó un botón y dijo, en contestación a la trémula voz de la mujer que hablaba desde fuera:

—No recibo a nadie.

—Está bien, señor Wynand.

Apretó un botón y habló al jefe de circulación:

—Suspenda el envío de ejemplares a la calle.

—Señor Wynand, es demasiado tarde. La mayoría de ellos...

—Suspéndalos.

—Está bien, señor Wynand.

Quería poner la cabeza debajo de la mesa, tenderse tranquilo y descansar, sólo que la forma de descanso que él necesitaba no existía; era más grande que el sueño, que la muerte, que el descanso de no haber vivido nunca. El deseo era como un secreto vituperio contra él mismo, porque sabía que la presión que desgarraba su cerebro significaba lo opuesto, una llamada urgente a la acción, tan fuerte que se sentía paralizado. Buscaba hojas de papel en blanco, olvidando dónde las guardaba. Tenía que escribir un editorial que lo explicara todo y contraatacar. Tenía prisa. No se sentía bien por cada minuto que transcurría sin haber escrito nada.

La presión desapareció con las primeras palabras que escribió en el papel. Se dijo —mientras su mano se movía con rapidez— que había un poder en las palabras: después, para los que las escuchaban, pero primero para el que las había creado, eran una fuerza saludable, una solución como la apertura de una barrera. Pensó que era quizás el secreto básico que los hombres de ciencia nunca habían descubierto, la primera fuente de la vida, lo que ocurre cuando un pensamiento cobra forma.

Oía el rumor, la vibración en las paredes de su oficina, en el suelo. Las rotativas estaban imprimiendo un diario popular de la tarde, el Clairon. Se sonrió al escuchar el ruido. Su mano se movía más aprisa, como si el sonido fuera energía que le inyectaban en los dedos.

Abandonó su «nosotros» en el editorial. Escribió «... Y si mis lectores o mis enemigos quieren reírse de mí por este incidente, lo aceptaré y lo consideraré como el pago de una deuda contraída. Lo he merecido».

Pensó: «¿Es el corazón del edificio que late? ¿Qué hora es? ¿Lo he oído, o es mi propio corazón? Una vez el médico puso los extremos de su estetoscopio en mis oídos y me hizo escuchar los latidos de mi propio corazón: sonaba igual; él dijo que yo era un animal sano y que tenía salud para muchos

años, para muchos... años...».

«He forzado, equivocadamente, a mis lectores a leer a un pillastre despreciable cuya estatura espiritual es mi única excusa. Yo no había llegado a un grado tal de desprecio por la sociedad como para considerarlo perjudicial. Tengo todavía suficiente respeto por mis conciudadanos para pensar que Ellsworth Toohey puede constituir una amenaza. Se dice que los sonidos no mueren nunca, sino que viajan por el espacio. ¿Qué ocurre con los latidos de mi corazón? Tantos en cincuenta y seis años, ¿pueden unirse alguna vez en una especie de condensador y sacar partido de ellos? Si fueran retransmitidos, ¿el resultado sería la marcha de esas prensas?».

«Pero yo lo he prohijado bajo la insignia de mi diario y así la condenación pública es un acto extraño, humillante para que se pueda realizar en nuestra época, tal es el castigo que me impongo a mí mismo ahora. No son cincuenta y seis años de esas suaves notas de sonido que ningún hombre ha podido nunca escuchar aisladamente, una a una, no como una coma, sino como un punto, una larga línea de puntos unidos sobre una página para alimentar esas prensas. No son cincuenta y seis, sino treinta y uno; los veinticinco años restantes me sirvieron para prepararme. Tenía veinticinco años cuando coloqué sobre la puerta la nueva denominación. Los propietarios de diarios no les cambian sus nombres. ¡Esto lo hizo: The New York Banner! El Banner de Gail Wynand. Pido perdón a todos los que han leído este diario. Soy un animal sano, y lo que brota de mí es salud; debo traer aquí un médico para que escuche estas rotativas, sonreirá con gusto, como suelen hacer los médicos cuando tienen la satisfacción de encontrar, por casualidad, un espécimen de perfecta salud, bastante raro, por otra parte, y yo le daré el placer de que escuche el sonido más sano que jamás haya escuchado: dirá que el Banner gozará de salud por muchos años».

La puerta de la oficina se abrió y entró Ellsworth Toohey.

Wynand dejó que cruzara la habitación y se acercase a la mesa, sin un gesto de protesta. Wynand se dijo que tenía curiosidad —si la curiosidad podía surgir del abismo en alguna forma; como esos dibujos de escarabajos del tamaño de una casa que avanzaban sobre las figuras humanas en las páginas del suplemento dominical del Banner—, curiosidad porque Ellsworth Toohey estaba todavía en el edificio, porque Toohey había conseguido entrar contraviniendo las órdenes que él había dado, y curiosidad porque estaba riéndose.

—He venido a despedirme, señor Wynand —dijo Toohey. Tenía el rostro sereno. No expresaba gozo. Era la cara de un artista que sabía que excederse constituía una derrota y hacía el esfuerzo máximo para parecer normal—. Y para decirle que volveré a este empleo, con la misma columna, en esta misma casa. En el intervalo habrá visto el error que ha cometido. Perdóneme: sé que es completamente de mal gusto, pero he esperado trece años para llegar a esto y crea que me puedo permitir unos minutos como recompensa. ¿Así que usted era un hombre poderoso que amaba su sentido de la propiedad? ¿Se ha detenido alguna vez a pensar en lo que había sobre ella? ¿Se ha detenido para asegurar los cimientos? No, porque usted es un hombre práctico. Los hombres prácticos manejan las cuentas bancarias, las propiedades, los contratos de anuncios, los títulos valiosos. Dejan a los intelectuales poco prácticos, como yo, que analicemos químicamente los títulos para que aprendamos algunas cosas acerca de la fuente de oro, y nos dejan las trivialidades como el teatro, el cine, la radio, las escuelas, las secciones bibliográficas y la crítica de arquitectura. No nos dan nada más que un calmante para que nos quedemos quietos y perdamos nuestro tiempo en las

cosas sin importancia de la vida mientras ustedes hacen dinero. El dinero es el poder. ¿No es así, señor Wynand? ¿Así que usted iba detrás del poder, señor Wynand? ¿Del poder sobre los hombres? ¡Pobre aficionado! Nunca ha descubierto la naturaleza de su propia ambición; de lo contrario, habría sabido que carecía de condiciones para ello. Usted no podía emplear los métodos que se requieren y no le hubieran gustado los resultados. No ha sido suficientemente pícaro. No me importa decírselo porque no sé qué es peor; si un gran pícaro o un gigante tonto. Ésa es la razón por la cual volveré y, cuando vuelva, yo dirigiré este diario.

Wynand repuso tranquilamente:

—Cuando vuelva; ahora váyase de aquí.

La Redacción del Banner se declaró en huelga. La Unión de Empleados de Wynand salió formando un solo grupo. Muchos otros que no eran socios se adhirieron a ellos. El grupo de tipógrafos se quedó. A Wynand nunca le había importado la Unión. Pagaba salarios más altos que cualquier otro propietario de diarios y nunca había sido demandado en cuestiones económicas. Si los empleados querían divertirse escuchando discursos, no veía ninguna razón para preocuparse por eso. Dominique había tratado de ponerlo sobre aviso, una vez: «Gail, si los empleados quieren organizarse para tratar de sus salarios o de las horas de trabajo, están en su completo derecho; pero ya que no tienen propósito tangible, harías mejor en vigilarlos de cerca». «Querida, ¿cuántas veces te lo he dicho? No te preocupes del Banner».

Nunca se tomó la molestia de saber quiénes pertenecían a la Unión. Ahora llegaba a la conclusión que el número de miembros era pequeño, pero decisivo, pues incluía a todos los hombres-clave, no a los jefes principales, sino a los de una categoría más baja, elegidos expertamente. Eran los hombres activos, las pocas bujías indispensables, los más firmes, los reporteros, los redactores. Consultó sus hojas de servicios: la mayoría de ellos habían sido empleados en los últimos ocho años: todos recomendados por Toohey.

Los que no eran miembros, se adhirieron por varias razones: algunos porque odiaban a Wynand; otros porque tenían miedo de quedarse y les parecía más fácil que analizar las consecuencias. Un individuo, un tímido hombrecito, encontró a Wynand en el vestíbulo y se detuvo para gritarle: «¡Volveremos, querido; entonces tocaremos una música distinta!». Algunos se fueron para evitar la vista de Wynand. Otros jugaron sobre seguro. «Señor Wynand, me indigna hacerlo, me indigna muchísimo, no tenía nada que ver con la Unión, pero una huelga es una huelga y no puedo ser un traidor». «Hablando sinceramente, señor Wynand, no sé quién tiene y quién no tiene razón; creo que Ellsworth Toohey le jugó una mala pasada y Harding no tenía que haber dejado que se saliera con la suya; pero ¿cómo puede estar uno seguro de lo que está bien tocante a cualquier cosa en nuestros días? Y lo que no pienso es cruzar las líneas de los piquetes. No, señor. Lo que sé es que los piquetes existen, tengan o no razón».

Los huelguistas presentaron dos reclamaciones: que se volviera a admitir a los cuatro hombres que habían sido echados y que se cambiara la conducta del Banner en el asunto de Cortland.

Harding, el redactor jefe, escribió en Nuevas Fronteras un artículo explicando su posición: «Ignoraba las órdenes del señor Wynand en materia de orientación. Lo hice con la plena comprensión que la responsabilidad implica. Los señores Toohey, Alien, Falk y yo deseábamos salvar al Banner por el interés mismo de los empleados, de los accionistas y de los lectores. Quisimos conducir a la

razón al señor Wynand por medios pacíficos. Esperábamos que nos hubiese dado las gracias una vez que hubiese visto que el Banner compartía la posición de la mayor parte de la Prensa del país. Conocíamos el carácter arbitrario, imprevisible e inescrupuloso de nuestro jefe, pero corrimos el riesgo de sacrificarnos a nuestro deber profesional.

Mientras que reconocíamos el derecho de un propietario a dictar la orientación de su diario en cuestiones políticas, sociológicas y económicas, creemos que la situación pasa los límites de la decencia cuando un propietario de diarios pretende que hombres que se respetan tengan que defender la causa de un criminal común. Queremos que el señor Wynand se dé cuenta de que los días de la dictadura de un solo hombre han pasado. Hemos de tener una palabra en la dirección del trabajo con el cual nos ganamos la vida. Es una lucha por la libertad de Prensa».

El señor Harding tenía sesenta años, poseía una estancia en Long Island y compartía su tiempo entre matar mosquitos y la cría de faisanes. Su esposa, que no tenía hijos, era miembro del directorio del Taller de Estudios Sociales. Toohey, su principal conferenciante, la había hecho ingresar. Ella había escrito el artículo de su marido.

Los dos empleados que habían sido echados pertenecían a la Unión de Toohey. La hija de Ellen era una actriz joven y hermosa que figuraba como estrella en todas las obras de Ike. El hermano de Falk era secretario de Lancelot Clokey.

Unos pocos empleados se habían quedado con él: los viejos y los aprendices. A menudo llegaban por la mañana con heridas en el rostro y sangre en el cuello; uno había entrado a tropezones con la cabeza abierta y había sido llevado en una ambulancia. No era por coraje ni por lealtad, sino por inercia; habían vivido demasiado tiempo con la convicción de que el mundo terminaría si perdían sus empleos en el Banner. Los viejos no comprendían. Los jóvenes no se preocupaban.

Algunos aprendices habían sido enviados para hacer informaciones. La mayoría de sus trabajos eran de tal calidad que Wynand se vio obligado a transformar su pesar en carcajadas; nunca había leído un inglés tan petulante; podía ver el orgullo del joven ambicioso que al fin llegaba a ser periodista. Pero no se rió cuando los trabajos aparecieron en el diario tal como habían sido escritos, pues no había correctores. Trató de contratar nuevos empleados. Ofreció sueldos extravagantes. La gente que él quería, se negaba a trabajar con él. Pocos hombres contestaron a su oferta y aunque no lo hubiese deseado tenía que emplearlos. Eran hombres que no habían estado en un diario de reputación desde hacía diez años; eran de aquéllos a los cuales un mes atrás no les habría permitido entrar en el vestíbulo del edificio. Algunos fueron echados a los dos días de llegar, otros se quedaron. La mayor parte del tiempo estaban borrachos. Algunos actuaban como si le estuviesen haciendo un favor a Wynand. «No se enoje, Gail, viejo», dijo uno, y fue echado por la escalera. Se rompió un tobillo y se sentó en el rellano mirando a Wynand con un aire de completo asombro. Otros eran más sutiles, estaban en acecho y miraban a Wynand con disimulo, casi pestañeando, como si quisieran significar que eran criminales complicados en un negocio sucio.

Apeló a la escuela de periodismo. Nadie respondió. Un grupo de estudiantes le envió una resolución firmada por todos sus miembros: «... Al ingresar en nuestra carrera puesta la mirada en la dignidad de nuestra profesión, para dedicarnos a elevar el honor de la Prensa, sentimos que ninguno de nosotros podría conservar su propio respeto si aceptara un ofrecimiento como el suyo».

El jefe de noticias se había quedado, el de informaciones urbanas se había ido. Wynand trabajó

como redactor de noticias de la ciudad, como jefe de redacción, redactor de telegramas, corrector de pruebas, redactor. No salía del edificio. Dormía en un diván de su despacho, conforme había hecho en los primeros años de existencia del Banner. Sin chaqueta, sin corbata, abierto el cuello de la camisa, subía y bajaba las escaleras y sus pasos sonaban como la matraca de una ametralladora. Dos muchachos ascensoristas se habían quedado, los otros habían desaparecido, nadie sabía exactamente cuándo y por qué: si impulsados por la simpatía hacia la huelga, por temor o por simple desánimo.

Alvah Scarret pudo alcanzar a comprender la serenidad de Wynand. La brillante máquina —y ésta, pensó Scarret, era la palabra que realmente siempre había tenido en su cabeza para referirse a Wynand— nunca había funcionado tan bien. Sus palabras eran breves, sus órdenes rápidas, sus decisiones inmediatas. En la confusión de las máquinas, del plomo, la grasa, la tinta, el papel de desecho, las oficinas sin barrer, los despachos vacíos, los vidrios que estallaban en súbitos chubascos cuando arrojaban un ladrillo de la calle, Wynand se movía como una figura que se hubiera duplicado, sobrepuesto a su pasado, fuera de lugar y de proporción. «No pertenece a este lugar —se dijo Scarret—, porque no parece moderno, ésta es la cuestión; no parece moderno a pesar de los trajes que usa; parece algo surgido de una catedral gótica». La cabeza de patricio se mantenía erguida, el descarnado rostro se había adelgazado más aún. Era el capitán de un barco que todos sabían que se hundía, menos él.

Alvah Scarret se había quedado. No había aferrado la realidad de los acontecimientos; los barajaba con estupor, sentía un fresco estremecimiento de vacilación cada mañana, cuando se dirigía al edificio y veía los grupos. No sufría más injuria que algunos tomates que arrojaban al parabrisas de su automóvil. Intentaba ayudar a Wynand, trataba de hacer su trabajo y el de cinco hombres más, pero no podía terminar la tarea de un día común. Hacer perder tiempo a los demás, interrumpiéndolos para preguntarles: «Pero ¿por qué? ¿Por qué así de súbito?».

Vio una enfermera con uniforme blanco que cruzaba el vestíbulo; un botiquín de urgencia se había establecido en la planta baja. La vio que llevaba el cesto de papeles con esponjosos pedazos de gasa manchada de sangre. Se volvió porque aquello le asqueaba. No era por lo que veía, sino por el terreno mayor de una deducción que asía su instinto; aquel edificio moderno, tranquilo en la limpieza de sus pisos encerados, respetable en el estricto decorado de los negocios modernos, un lugar donde se traficaba en cuestiones tan racionales como escribir palabras y contratos comerciales, donde uno aceptaba anuncios para trajes de niños y charlaba sobre el golf, había llegado a ser, en el lapso de pocos días, un sitio donde uno llevaba residuos ensangrentados a través del vestíbulo. «¿Por qué?», pensó Scarret.

«No puedo comprenderlo», zumbaba con una monotonía a cualquiera que se le acercaba. No alcanzaba a comprender cómo Toohey había conseguido tanto poder. «Y Ellsworth es un hombre culto, un idealista, no es un sucio extremista de los que hablan sobre una caja de jabón; es muy cordial e ingenioso y tiene mucha erudición. Un hombre que bromea todo el tiempo no es un hombre violento. Ellsworth no quiso hacer esto, no sabía que lo conduciría a esta situación; él ama a la gente; me hubiera jugado la cabeza por Ellsworth Toohey».

Una vez, estando en el despacho de Wynand, se atrevió a decir:

—Gail, ¿por qué no transige? ¿Por qué, al menos, no se ve con ellos?

—Cállese.

—Pero, Gail, podría ser que hubiera un poco de verdad del lado de ellos. Son periodistas. Ellos sostienen que la libertad de Prensa...

Entonces vio el acceso de ira que había esperado durante días para ponerse a salvo; las pupilas azules que desaparecían en una mancha blanca, los ojos como globos luminosos y ciegos en un rostro que era todo cavidades, las manos temblorosas. Pero en un instante vio lo que nunca había presenciado: vio que Wynand superaba el acceso, sin ruido, sin darle curso. Vio la fatiga del esfuerzo en las sienas hundidas y los puños en el borde del escritorio.

—Alvah..., si yo no me hubiera sentado en la escalera de la Gazette durante una semana..., ¿dónde estaría la Prensa que ellos piden que sea libre?

Había agentes de policía en el exterior y en el vestíbulo de la casa. Servían de amparo, pero no mucho. Una noche arrojaron un ácido en la entrada principal. Quemó los cristales de las ventanas de la planta baja y dejó manchas leprosas en las paredes. La arena en los cojinetes paró una de las máquinas impresoras. A un oscuro propietario de una charcutería le destrozaron el establecimiento por anunciar en el Banner. Muchos pequeños anunciantes se retiraron. Los camiones de reparto de Wynand fueron destrozados. Mataron a un chófer. Los huelguistas de la Unión de Empleados de Wynand publicaron una protesta contra los actos de violencia porque la Unión no los había instigado y sus miembros no sabían quién había sido. Nuevas Fronteras dijo algo sobre los lamentables excesos, pero lo refirió a los «estallidos espontáneos del justificado furor popular».

Homer Slottern, en nombre de un grupo que se designaba a sí mismo como el de los comerciantes liberales, le envió a Wynand una nota expresándole que cancelaba el contrato de publicidad. «Demándenos, si quiere. Creemos que tenemos una causa legítima para efectuar la cancelación. Nos habíamos comprometido a anunciar en un diario respetable y no en una hoja que se ha transformado en una desgracia pública, que trae patrullas a nuestras puertas, que arruina nuestros negocios y que nadie lee». El grupo, incluía a la mayoría de los más ricos anunciantes del Banner.

Gail Wynand estaba en la ventana de su despacho y contemplaba la ciudad.

«He apoyado huelgas, a veces, cuando era peligroso hacerlas. He combatido a Gail Wynand toda mi vida. Nunca creí que llegara un día en que me vería forzado a decir, como lo digo ahora, que estoy al lado de Wynand», escribió Austen Heller en la Chronicle.

Wynand le envió una esquela: «Váyase al diablo; no le he pedido que me defendiera. G. W».

Nuevas Fronteras describió a Austen Heller como «un reaccionario que se ha vendido a los grandes intereses». Las señoras intelectuales de sociedad dijeron que Austen Heller estaba pasado de moda.

Gail Wynand, de pie junto a la mesa de redacción, escribía los editoriales como de costumbre. Los redactores que se habían quedado, no notaron ningún cambio en él: obraba sin prisa, sin estallido de cólera. No había nada que evidenciara que algunas de sus acciones eran nuevas: iba a la sala de máquinas y se quedaba mirando la blanca corriente que brotaba de los gigantes rugientes y escuchaba el ruido. Recogía un lingote de plomo del suelo, en la sala de composición, y lo manoseaba distraídamente, sobre la palma de la mano, como si fuese un trozo de jade, y lo colocaba con cuidado sobre la mesa como si temiese que lo malgastaran. Combatía todas las formas de derroche, sin advertirlo, con ademanes instintivos: recuperaba lápices, pasaba media hora en reparar una máquina de escribir mientras el teléfono sonaba sin que nadie acudiese a contestar. No era por economías,

porque firmaba cheques sin mirar las cifras. Scarret estaba asustado al pensar en las cantidades que le costaba cada día que pasaba. Se trataba de las cosas que formaban parte del edificio donde amaba cada picaporte; todo lo que pertenecía al Banner le pertenecía a él.

Al atardecer le telefoneaba a Dominique, que estaba en el campo. «Bien. Todo bien. No escuches a los alarmistas. No, al diablo con él, tú sabes que no quiero hablar del condenado diario. Dime, ¿cómo está el jardín?... ¿Has ido a nadar hoy? Dime algo del lago... ¿Qué vestido te pusiste? Escucha a la WLX esta noche; a la noche estará tu preferido, el Segundo Concierto de Rachmaninoff... Claro que tengo tiempo de estar informado de todo... ¡Oh, está bien, veo que uno no puede engañar a una experiodista, corregí la página de radio!... Por supuesto tenemos mucha ayuda, es que no me puedo confiar en los nuevos muchachos y tuve un momento para aprovechar... Sobre todo, “no vengas a la ciudad”. Me lo has prometido. Buenas noches, querida».

Colgaba y se quedaba mirando el teléfono, sonriente. El pensamiento del campo era como el pensamiento de un continente que se extendía más allá del océano, que no se podía cruzar; le daba la impresión de que estaba encerrado en una fortaleza sitiada y eso le gustaba; no el hecho, sino la impresión.

Una noche salió para ir al restaurante que había frente del diario. Hacía dos días que no tomaba una comida completa. Las calles estaban todavía iluminadas cuando volvió: la plácida niebla de color castaño del verano parecía conservar los rayos del sol empañados en el aire cálido como para emprender un movimiento de retirada, aunque el sol se hubiera ido hacía rato, y hacía que el cielo pareciera fresco y la calle sucia; había parches marrones y anaranjados en las esquinas de los viejos edificios. Vio los grupos que paseaban enfrente de la entrada del Banner. Eran ocho y marchaban dando vuelta, formando un largo óvalo en la acera. Reconoció a uno de los muchachos: era un reportero de noticias policíacas; a los demás nunca los había visto. Llevaban carteles con inscripciones: «Toohey, Harding, Alien, Falk...». «La libertad de Prensa...». «Gail Wynand pisotea los derechos humanos...».

Recordó las noches que había dormido en un diván, en el viejo edificio del Banner, en los primeros años, porque había que pagar las nuevas máquinas y el diario tenía que estar en la calle antes que sus competidores. Una noche tosió y arrojó sangre, pero no quiso ver al médico.

Se apresuró a entrar en el edificio. Las prensas estaban trabajando. Se detuvo y escuchó un instante.

Por la noche el edificio estaba tranquilo. Parecía más grande, como si el sonido ocupara espacio y de noche lo evacuara. Había paneles de luz en las ventanas abiertas a largos trechos. Una máquina de escribir solitaria tecleaba en alguna parte, monótonamente, como un grifo que goteara. Wynand atravesó los pasillos. Se acordó de los hombres que habían querido trabajar con él cuando sostenía a canallas conocidos en las elecciones municipales, cuando arruinaba reputaciones con libelos escandalosos, cuando sollozaba por las madres de los gangsters. Hombres de talento, hombres respetados estaban ansiosos de trabajar con él. Ahora había comenzado a ser honrado por primera vez en su carrera. Estaba ansioso realizando su campaña con ayuda de delatores vagos, borrachines y la de humildes ganapanes demasiado pasivos para marcharse. La culpa, se dijo, quizá no estuviera en aquellos que ahora se negaban a trabajar con él.

El sol rozaba el tintero cuadrado de su escritorio. Esto le hizo pensar a Wynand en una bebida

fría, echado en el césped con ropas blancas y la caricia de la hierba en los brazos desnudos. Trató de no mirar el alegre reflejo dorado y siguió escribiendo. Ocurría una mañana, durante la segunda semana de huelga. Se había retirado a su despacho por una hora y había dado órdenes para que no lo molestaran. Tenía que terminar un artículo, pero en realidad era una excusa para no ver lo que ocurría en la casa durante aquel tiempo.

La puerta se abrió sin que nadie se hiciese anunciar y Dominique penetró en él. No le había permitido la entrada desde la época de su casamiento.

Wynand se levantó, con una especie de obediencia tranquila en sus movimientos y sin permitirse ninguna pregunta. Ella llevaba un traje de color de coral. Estaba como si detrás de ella estuviera el lago y la luz del sol se elevara de los pliegues de su ropa.

—Gail, he venido a ocupar mi antiguo puesto en el Banner.

Él la miró en silencio, después se sonrió con una sonrisa de convaleciente.

Wynand volvió al escritorio, cogió las hojas que había escrito y entregándoselas, le dijo:

—Lleva esto a la sala de atrás. Recoge los cablegramas y tráemelos. Después te presentas a Manning en la sección de noticias de la ciudad.

Lo imposible, lo que no se puede expresar en una palabra, con una mirada, con un ademán, la completa unión de dos seres en una completa comprensión se efectuó por intermedio de un pequeño montón de papeles que pasó de una mano a otra. Los dedos no se tocaron. Ella giró sobre sus talones y salió de la oficina.

En dos días se sintió como si nunca hubiese dejado la redacción del Banner. Sólo que ahora no escribía una sección sobre casas, sino que se ocupaba en cualquier parte donde fuera necesaria una mano competente para llenar un hueco. «Está muy bien, Alvah —le dijo a Scarret—, es un empleo bien femenino hacer de costurera. Estoy aquí para pegar parches donde sea necesario, y, hombre, ¡esta ropa se descose tan pronto! Llámeme siempre que uno de los nuevos periodistas pierda la chaveta más de lo acostumbrado».

Scarret no podía comprender su tono, sus maneras, su presencia. «Usted es un salvavidas, Dominique —murmuró tristemente—. Al verla me parece que estamos en los días pasados, y, ¡oh!, ¡cómo desearía que fuesen los días pasados! Pero no alcanzo a comprender. Gail no permitía una fotografía suya, cuando éste era un lugar respetable y decente y, ahora, cuando está, prácticamente tan seguro como un preso en medio de una sublevación de condenados, le permite que “trabaje” aquí».

—Dejemos los comentarios, Alvah. No tenemos tiempo.

Dominique escribió un brillante comentario de un film que no había visto. Escribió de prisa un relato de una asamblea a la que no había asistido. Preparó una lista de recetas para la sección «Platos diarios» cuando la mujer encargada dejó de presentarse una mañana. «No sabía que usted cocinaba», le dijo Scarret. «Yo tampoco», le contestó ella.

Salió una noche para tomar informaciones del incendio de un dock porque se había dado cuenta que el único empleado que estaba de guardia se había desmayado en el baño.

—Buen trabajo —dijo Wynand cuando leyó el relato—, pero trata de hacerlo otra vez y te acribillarán a balazos. Si quieres quedarte, no tienes que salir del edificio.

Ése fue el único comentario en su presencia. Le hablaba sólo cuando era necesario y como a cualquier otro empleado. Él daba órdenes. Había días en que no tenían tiempo de verse uno al otro.

Ella dormía en un diván, en la biblioteca. Ocasionalmente, por la noche, iba a su oficina a descansar un poco. Entonces, hablaban de generalidades, de los pequeños acontecimientos del trabajo, alegremente, como una pareja matrimonial que comenta la rutina de la vida en común.

No hablaban de Roark ni de Cortland. Ella advirtió la fotografía de Roark en la pared de su despacho y le preguntó: «¿Cuándo la colgaste?». «Hace más de un año». Fue la única alusión a Roark. No comentaban la creciente furia del público contra el Banner. No especulaban acerca del porvenir. Sentían consuelo en olvidar la cuestión más allá de las paredes del edificio; se lo podía olvidar porque ya no existía entre ellos como una interrogación, estaba resuelta y contestada; lo que quedaba era la paz de lo simplificado: tenían un trabajo que hacer —el trabajo de cuidar que marchase el diario— y lo hacían juntos.

Ella entraba súbitamente en mitad de la noche, con una taza de café caliente, y él se la arrebató agradecido, sin hacer una pausa en su trabajo. Encontraba emparedados frescos en la mesa cuando los deseaba con más ansiedad. No tenía que averiguar dónde conseguía aquellas cosas. Después descubrió que ella había instalado un calentador eléctrico y un surtido de provisiones en un armario. Ella le preparaba el desayuno cuando tenía que trabajar toda la noche. Le llevaba los platos sobre un pedazo de cartón a guisa de bandeja, en el silencio de las calles desiertas que veían a través de las ventanas y las primeras luces del amanecer sobre las cimas de los edificios. Una vez la encontró con la escoba en la mano, barriendo la oficina; la conservación del departamento había sido descuidada, pues la mujer encargada de la limpieza había desaparecido y nadie tenían tiempo de advertirlo.

—¿Para eso te pago?

—¡Caramba! No podemos vivir en una pocilga. No te he preguntado cuánto me pagas, pero quiero un aumento. —Se apoyó en el mango de la escoba y se rió—: Creo que tú piensas como todos los demás: que soy un objeto de lujo, ¿no es verdad?

—¿Quieres continuar en esta forma?

—Es la forma en que hubiera querido vivir toda mi vida, si hubiese encontrado una razón para hacerlo.

Él comprendió que su resistencia era más grande que la suya. Ella nunca mostró ningún signo de cansancio. Suponía que ella dormía, pero nunca pudo descubrir cuándo.

A cualquier hora, en cualquier parte de la casa donde se encontrara, sin verlo durante horas, estaba informada de él y sabía cuándo él la necesitaba. Una vez se durmió sobre la mesa. Cuando se despertó, vio a Dominique que lo miraba. Había apagado las luces, se había sentado en una silla junto a la ventana, a la luz de la luna, con el rostro vuelto hacia él, serena, observándolo. Lo primero que él vio fue su rostro. Al levantar dolorosamente la cabeza de entre sus brazos, en el primer momento, antes de que pudiese recobrar totalmente la conciencia de la realidad, sintió un súbito arrebató de cólera, una protesta impotente y desesperada, sin recordar qué los había conducido a aquel lugar, a aquella situación, recordando solamente que ambos habían caído en un proceso basto y lento de tortura y que él quería a Dominique.

Ella lo había visto en su rostro, antes que hubiese completado el movimiento de desperezarse. Se encaminó hacia él, se quedó junto a la silla, le tomó la cabeza entre las manos y la hizo descansar en su cuerpo; le besó los cabellos y murmuró:

—Todo marchará bien, Gail; todo marchará bien.

Al cabo de tres semanas, Wynand salió del edificio una noche, sin preocuparse si quedaría algo de él cuando retornase, y se fue a ver a Roark.

No le había hablado por teléfono desde los comienzos del sitio; en cambio, Roark le hablaba a menudo. Wynand le respondía, serenamente, sin hacer declaraciones y tratando de abreviar la conversación. Desde el principio le había avisado a Roark: «No venga por aquí. He dado órdenes. No lo admitirán». Todo el largo recorrido hasta la casa Enright lo hizo a pie; la marcha hacía la distancia más larga y más segura. Un viaje en coche acercaría a Roark demasiado al edificio del Banner.

—Buenas noches, Gail —dijo Roark, serenamente, cuando entró.

—Yo no sé cuál es la forma más conspicua de una mala conducta —dijo Wynand tirando su sombrero sobre una mesa que estaba junto a la puerta—, si decir las cosas sin consideración o ignorarlas ruidosamente. Estoy como el diablo. Dígamelo.

—Está como el diablo. Siéntese, descanse y no hable. Le prepararé un baño caliente. No, no está sucio, pero le sentará bien. Después hablaremos.

Wynand meneó la cabeza y se quedó de pie cerca de la puerta.

—Howard; el Banner no lo está ayudando. Lo está destrozando.

Se había preparado seis semanas para decir aquello.

—Naturalmente. ¿Y qué? Gail, no importa por lo que a mí respecta. No he contado con la opinión pública en ningún sentido.

—¿Quiere que ceda?

—Quiero que se mantenga firme, aunque tenga que perder todo lo que tiene.

Vio que Wynand comprendió, que era lo que Wynand había tratado de no afrontar y de lo cual quería hablarle.

—No espero que usted me salve. Pienso que tengo una posibilidad de ganar. La huelga no la mejorará ni la empeorará. No se preocupe por mí. No ceda. Si se mantiene firme hasta el final..., no me necesitará.

Vio la mirada de cólera, de protesta y finalmente de acuerdo. Entonces siguió:

—Usted sabe lo que quiero decir. Seremos mejores amigos que nunca, me irá a visitar a la cárcel si fuera necesario. No titubee y no me haga decir demasiado, sobre todo ahora. Estoy contento con esta huelga. Sabía que algo semejante tendría que ocurrir desde que lo conocí. Usted lo sabía desde hacía mucho tiempo.

—Hace dos meses le prometí... la única promesa que quise cumplir...

—La está cumpliendo.

—¿No quiere realmente despreciarme? Me gustaría que me lo dijese ahora. Vine para oír eso.

—De acuerdo. Escuche. Mi encuentro con usted es el único encuentro en mi vida que no podrá repetirse. Conocí a Henry Cameron, que murió por mi misma causa. Y usted es un director de pasquines asquerosos. Pero eso no se lo pude decir a él y se lo digo a usted. Conozco a Steven Mallory, que nunca comprometió su alma. Y usted no ha hecho nada más que vender su alma en todas las formas conocidas. Pero esto no se lo pude decir a él y se lo digo a usted. ¿Es eso lo que siempre quiso que le dijese? Muy bien. «Pero no ceda». —Y agregó—: Eso es todo. No hablaremos nuevamente de la maldita huelga. Siéntese. Le daré algo de beber. Descanse, así cambiará la cara que

tiene.

Wynand volvió tarde al Banner. Tomó un automóvil. No importaba. No advirtió la distancia.

—Tú has visto a Roark —le dijo Dominique.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Aquí está la edición del domingo. Es una completa calamidad, pero había que hacerlo. Envié a Manning a su casa unas horas, casi estaba desmayado. Jackson se fue, pero podemos hacerlo sin él. La sección de Alvah era un revoltijo, no pude mantener su estilo, yo ya la rehice, pero no le digas nada, dile que lo hiciste tú.

—Vete a dormir. Yo ocuparé el puesto de Manning. Estoy en condiciones de trabajar algunas horas.

Así continuaron y se sucedieron los días y en la sala de expedición las pilas de ejemplares devueltos crecían, avanzando hasta el corredor los blancos montones de papel como lajas de mármol. Se hacían menos ejemplares, pero los montones crecían. Los días pasaban, días del heroico esfuerzo para dar a la publicidad un diario que era devuelto sin que lo comprasen ni lo leyesen.

XVI

Sobre la superficie de caoba, pálida como el cristal, de la larga mesa destinada al directorio, había un monograma en madera coloreada —G. W.—, reproducción de la firma de Gail Wynand. Esto siempre había molestado a los directores. Ahora no tenían tiempo de reparar en ello, pero una mirada ocasional se posó allí y se transformó en una mirada de placer. Los directores se sentaron en torno a la mesa. Era la primera reunión en la historia de la empresa que no había sido convocada por Wynand. Pero la reunión había sido convocada y Wynand había asistido. Era el segundo mes de la huelga.

Wynand estaba en pie junto a la silla de la cabecera de la mesa. Parecía un dibujo de una revista masculina, afectadamente bien peinado y vestido, con un pañuelo blanco en el bolsillo superior de la chaqueta negra. Los directores no querían mirar al hombre que tenían enfrente. Se apoyaban en la imagen de los grupos de afuera, en las mujeres perfumadas que chillaban sosteniendo a Ellsworth Toohey en las numerosas discusiones que había en los salones; en la cara ancha y aplastada de una muchacha que recorría la Quinta Avenida con un cartel que decía: «Nosotros no leemos a Wynand», para sentir coraje de manifestar lo que iban a manifestar.

Wynand pensaba en muros que se derrumbaban a orillas del Hudson. Oía pasos que se aproximaban desde lejos. Sólo que no tenía alambres en sus manos para tener los músculos listos.

—Se ha ido demasiado lejos en todo sentido. ¿Es esto una organización comercial, o una sociedad de beneficencia para la defensa de amigos personales?

—Trescientos mil dólares la semana pasada... No tiene importancia cómo yo haya llegado a saberlo, Gail, no hay ningún secreto en esto. Su banquero me lo dijo. Está bien, es su dinero, pero si espera recuperarlo con el diario, permítame que le diga que conocemos sus tretas ingeniosas. No va a cargar a la corporación con ellas, ni siquiera un centavo; no va a salirse con la suya esta vez; han pasado los días de sus brillantes proezas.

—Sí, Slottern y su grupo quieren volver en seguida; ellos dicen que si aceptamos las exigencias de la Unión continuarán con sus contratos en los términos en que estaban antes redactados, aun antes de esperar a que usted reactive la circulación, lo que significará un buen trabajo; permítame que se lo diga, amigo, yo pienso que es una proposición bastante buena por parte de ellos... Ayer le hablé a Homer y me dio su palabra. ¿Quiere que le diga la suma que eso representa, o la conoce sin mi ayuda?

—No, el senador Eldridge no lo verá... Vamos, olvídalo, Gail, sabemos que usted voló la semana pasada a Washington. Lo que usted ignora es que el senador Eldridge anda diciendo que no tocará esto ni siquiera con un bastón de diez pies. Y Boss Craig fue de súbito llamado a Filadelfia, ¿no? Para velar por una tía enferma. Ninguno de ellos lo sacará de este pantano, Gail. No se trata de un negocio de pavimentación de carreteras ni de un escándalo de acciones de agua corriente. Además usted no es el que era antes.

—¿No comprende usted? El Banner es una publicación religiosa ahora. Gail Wynand es un evangelista. Estamos sobre un barril, pero en cambio tenemos ideales.

—Si se tratara de un problema serio, de un problema político... ¡Pero que un dinamitero haya hecho estallar un basurero! Todos se ríen de nosotros. Hablando francamente, Wynand, he tratado de

leer sus editoriales y... si quiere mi opinión sincera le diré que es el peor trabajo que se haya impreso jamás.

Wynand pensó: «Ya lo sé. Eres de los que darían dinero a cualquier prostituta, pero no a un genio que se muere de hambre; tu rostro fue el que escogí y traje aquí; cuando tengan dudas sobre el trabajo, recuerden la cara de este hombre; para él escriben ustedes». «Pero, señor Wynand, uno no puede recordar esa cara». «Se puede, chico, se puede».

—La situación es medieval y es una desgracia para la democracia —gimió una voz. Era Mitchell Layton el que hablaba—. Ya era tiempo de que alguien dijera algo aquí. Un hombre que dirige todos esos diarios a su gusto y paladar. ¿Qué significa esto? ¿El siglo diecinueve? ¡Es tiempo que este diario tenga una orientación moderna, liberal, progresista!

—¡Cállese, Mitch! —dijo Scarret. Tenía gotas de sudor que le corrían por las sienes. No sabía por qué, pero quería que el director saliera triunfante.

—¡No me callaré! —chilló Mitchell Layton—. Tengo tanto derecho como...

—Por favor, señor Layton —dijo el banquero.

—Está bien —dijo Layton—. Pero no se olvide quién tiene la mayoría de acciones después del superhombre.

E indicó a Wynand con el pulgar, sin mirarlo.

—Gail —dijo Alvah Scarret mirándolo con ojos extrañamente sinceros y torturados—. Gail, ¿por qué no? Podemos salvar los pedazos. Si admitimos que estamos equivocados en el asunto de Cortland... y si volvemos a tomar a Harding... quizás a Toohey...

—Nadie tiene por qué mencionar el nombre de Toohey en esta discusión —dijo Wynand.

—Eso es Gail —gritó Scarret—. ¡Eso es grande! Podemos hacerles una proposición. Invertiríamos nuestra posición en el asunto Cortland, no por la maldita Unión, sino porque tenemos que rehacer la circulación, Gail. De modo, que podemos proponerles volver a tomar a Harding, a Alien, a Falk, pero no a To... no a Ellsworth. Cedemos nosotros y ellos ceden. ¿Es así, Gail?

Wynand no dijo nada.

—Creo que está bien, señor Scarret —agregó el banquero—. Creo que ésa es la solución. Después de todo el señor Wynand debe mantener su prestigio. Podemos sacrificar un redactor... y conservar la paz entre nosotros.

—¡No lo veo así! —vociferó Mitchell Layton—. No lo veo así, desde ningún punto de vista. ¿Por qué tenemos que sacrificar al señor... un gran liberal, nada más que porque...?

—Yo estoy con el señor Scarret —dijo el hombre que había hablado de los senadores, y las voces de los otros lo secundaron. El hombre que había censurado los editoriales dijo de súbito, entre el griterío general—. Yo pienso que Gail Wynand ha sido un excelente jefe después de todo.

—Gail —dijo Scarret—. Gail, ¿qué dice usted?

No hubo respuesta.

—Wynand, es ahora o nunca. Esto no puede continuar.

—¡Yo le compraré su parte! —gritó Layton—. ¿Quiere venderla? Véndala y me mandaré mudar.

—¡Por el amor de Dios, Wynand, no sea tonto!

—Gail, se trata del Banner... —susurró Scarret—. De nuestro Banner...

—Nosotros estaremos con usted, Gail, contribuiremos, con usted, volveremos a poner en pie el

viejo diario; haremos como usted diga. Usted será el jefe. Pero, por Dios, actúe como tal ahora.

—¡Calma, señores, calma! Wynand, ésta es la decisión final: invertiremos la orientación en el asunto Cortland, readmitiremos a Harding, a Alien, a Falk y evitaremos la ruina. ¿Sí o no?

No hubo respuesta.

—Wynand, usted sabe que hay que hacer eso... o tiene que cerrar el Banner. Es preferible que ceda.

Vio un solo cuadro: el nuevo nombre colocado en la puerta de la Gazette.

—Es preferible que ceda.

Dio un paso hacia atrás. Detrás de él no había ninguna pared, sino tan sólo el asiento de una silla.

Se acordó en aquel momento de su dormitorio, cuando casi apretó el gatillo. Se dio cuenta de que ahora lo estaba apretando.

—De acuerdo —dijo.

«No es nada más que una cápsula de botella —se dijo Wynand, mirando hacia abajo un punto brillante que estaba bajo sus pies—; es una cápsula de botella que ha caído al pavimento. El pavimento de Nueva York está lleno de cosas tales como cápsulas de botellas, alfileres, botones de propaganda, cadenas; algunas veces joyas perdidas, todo aplastado, confundido con el suelo, como en este momento la cápsula. Es el fertilizante de una ciudad. ¿Cuántos automóviles han pasado sobre ella? ¿Puede uno restaurarla ahora? ¿Puede uno arrodillarse, escarbar con los dedos y arrancarla del asfalto? Yo no tenía derecho ni esperanza de escapar. No tenía derecho a arrodillarme para buscar la redención. Hace millones de años, cuando la tierra había empezado a nacer, había cosas vivientes como yo, moscas atrapadas por la resina que se transformaban en ámbar; animales atrapados por el fango que se transformaban en roca. Soy un hombre del siglo xx y he llegado a ser un pedazo de estaño en el pavimento, para que los camiones de Nueva York pasen por encima». Caminaba despacio, con el cuello del abrigo levantado. Las calles se extendían delante de él, desiertas, y los edificios, al frente, eran como los lomos de los libros alineados en un estante, reunidos sin orden, de todos los tamaños. Al volver una esquina vio una luz sesgada al frente; era una meta que requería tres o cuatro manzanas. La luz procedía de una casa de empeños. El establecimiento estaba cerrado, pero colgaba una lamparilla brillante, como para desalentar a los ladrones que se vieran reducidos a esa tentación. Se detuvo para mirar. Pensó que la cosa más indecente de la tierra era el escaparate de una casa de préstamos. Las cosas que eran sagradas para los hombres y las cosas que les eran preciosas estaban entregadas a la vista de ojos indiferentes, al manoseo de todos; máquinas de escribir y violines, herramientas, viejas fotografías y anillos de boda, pantalones manchados, cafeteras, ceniceros, estatuas pornográficas de yeso; la desesperación empeñada, no vendida, con la esperanza —nacida muerta— de ser redimida.

Se había retirado de la reunión del directorio y había dicho: «Hágase cargo, Alvah, hasta que yo vuelva». No se había detenido para ver a Manning ebrio de agotamiento en la redacción, ni a la gente que trabajaba esperando lo que iba a decidir el directorio, ni a Dominique. Scarret se lo diría a ellos. Salió del edificio y se dirigió hacia la casa, colocada sobre el rascacielos, y se sentó solitario en el dormitorio sin ventanas. Nadie iría a molestarlo allí.

Dejó la casa de noche. Pasó por un puesto de diarios y vio las últimas ediciones de los diarios de la tarde que anunciaban el arreglo de la huelga de los empleados de Wynand. La Unión había

aceptado el compromiso de Scarret. Supo que Scarret se ocuparía de todo lo demás. Scarret reharía la página del Banner del día siguiente. Scarret escribiría el editorial que aparecería en la primera página. Pensó que las prensas lo estarían imprimiendo en ese momento. El Banner del día siguiente estaría en las calles dentro de una hora.

Caminó al azar: «Mis amos, los anónimos, los no elegidos. Me dieron una casa, una oficina, un yate. A ellos, a cada uno de ellos, tal como lo deseaban, les vendo a Howard Roark por la suma de tres centavos».

Pasó por la puerta de una taberna. Había olor de cerveza vieja. Una mujer estaba sentada descuidadamente en una silla con los pechos aplastados contra la mesa. Un gramófono tocaba el Canto de la Estrella vespertina, de Wagner, con tiempo de vals. Vio los árboles del Central Park. Caminaba con los ojos bajos. Pasó por el hotel «Aquitania». Llegó a la esquina. Había huido de otras esquinas, pero aquélla lo atrajo. Era una esquina oscura, un trozo de acera encerrado entre las paredes de un garaje cerrado y los pilares de una estación del elevado. Vio la parte trasera de un camión que desapareció por la calle. No logró ver la inscripción que tenía, pero sabía qué clase de camión era. Un quiosco de diarios estaba metido debajo de la escalera de hierro de la estación. Movi6 lentamente los ojos. El mont6n de peri6dicos estaba all6: El Banner de la ma1ana siguiente.

No se acerc6. Se qued6 esperando. Pens6 que le quedaban todav6a unos pocos minutos de ignorancia.

Vio personas, cuyos rostros no distingu6a, que se acercaban al puesto. Iban en busca de diferentes diarios, pero compraban tambi6n el Banner cuando ve6an la primera p6gina. Se qued6 contra la pared, esperando. Pens6 que era justo que fuese el 6ltimo en saberlo.

El puesto qued6 de pronto desierto. Un tren rugi6 sobre su cabeza con largo estruendo, sacudiendo los pilares. Esper6 a que se extinguiera el ruido y entonces se acerc6 al puesto. «El Banner», dijo. No mir6 qui6n vend6a el diario, si era hombre o mujer. Una mano morena y nudosa le entreg6 el ejemplar.

Empez6 a alejarse, pero se detuvo mientras cruzaba la calle. En la p6gina del frente hab6a una fotograf6a de Roark. Era una buena fotograf6a. La cara serena, las mejillas huesudas, la boca implacable. Ley6 el editorial apoy6ndose en un pilar de la estaci6n.

Nosotros siempre nos esforzamos por dar a nuestros lectores la verdad, sin temor ni precios...
... la consideraci6n caritativa y el beneficio de la duda aun trat6ndose de un hombre abrumado con un crimen ultrajante...

Pero despu6s de una concienzuda investigaci6n y a la luz de la nueva evidencia puesta ante nosotros, estamos obligados sinceramente a admitir que hab6amos sido demasiado indulgentes...

La sociedad ha despertado con un nuevo sentido de la responsabilidad hacia los desheredados...

Nos unimos a la voz de la opini6n p6blica...

El pasado, la carrera, la personalidad de Howard Roark parecen confirmar la impresi6n difundida de que se trata de un car6cter reprensible, de un tipo de hombre peligroso, sin principios, antisocial...

Si se le considera culpable, como parece inevitable, Howard Roark debe ser condenado a lo m6s que la ley pueda imponerle.

Estaba firmado «Gail Wynand».

Cuando levantó la vista estaba en una calle brillantemente iluminada, mirando en un escaparate un maniquí de cera exquisitamente contorneado que había sobre una *chaise longue* tapizada de seda; el maniquí estaba vestido con una bata de casa asalmonada, sandalias doradas y una sarta de perlas suspendidas de un dedo que tenía levantado.

No se dio cuenta de cuándo dejó el diario, pero en determinado momento ya no lo tuvo en la mano. Miró hacia atrás. Hubiera resultado imposible encontrar un diario tirado en una calle por la cual no recordaba si había pasado.

«Mi encuentro con usted es el único encuentro de mi vida que no podrá repetirse nunca... Howard, yo escribí ese editorial hace cuarenta años. Lo escribí una noche, cuando tenía diecisiete años y estaba sobre el tejado de una vivienda».

Continuó su marcha. Otra calle estaba delante de él y una cadena de luces de tránsito. Pasó por un escaparate de zapatos usados; pasó por la entrada de una misión que ostentaba una cruz; pasó por delante de un cartel desgarrado que hacía propaganda a un candidato político. Pudo sentir el olor del río y ver el algodón de la niebla que se extendía sobre las luces.

Estaba en Hell's Kitchen.

Las fachadas de los edificios parecían las paredes de los patios del fondo que de pronto hubiesen sido puestas al descubierto; decadencia sin reserva, después de haber pasado vergüenza y privación. Oyó gritos que procedían de una cantina, y no pudo distinguir si eran de alegría o de alboroto. Se quedó en medio de la calle, mirando lentamente hacia abajo, hacia la boca de cada oscura grieta, hacia arriba, a las paredes, ventanas, tejados.

«Nunca he salido de aquí. Nunca he salido de aquí. Me sometí al dueño de la proveeduría, a los peones del *ferry-boat*, al propietario de la casa de juego. No has dirigido nada, aquí. No has dirigido nada, en ninguna parte, Gail Wynand. Tú solamente te has agregado a las cosas que ellos dirigían».

Después levantó la vista hacia la ciudad, a los grandes rascacielos. Vio una hilera de luces que se elevaban sin apoyo en el negro espacio, un pináculo resplandeciente anclando en la nada. Reconoció los edificios famosos a los cuales pertenecían, pudo reconstruir sus formas en el espacio. Se dijo: «Vosotros sois mis jueces y mis testigos; vosotros sois la presencia y la ciudad. Así como a lo largo de los siglos unos pocos hombres se yerguen en solitaria rectitud, para que nosotros podamos contemplarlos y decir que existió en el pasado una raza de hombres. Uno no puede escapar de vosotros, las calles caminan y vosotros permanecéis invariables. Vosotros me habéis visto caminar por las calles esta noche. Habéis contemplado todos mis pasos y mis años. A vosotros he traicionado, porque nací para ser uno de vosotros».

Continuó su marcha. Era tarde. Círculos de luz quedaban en las veredas desiertas, bajo las columnas del alumbrado, sin ser molestados. Conforme iba pasando veía diarios tirados en las aceras, en los bancos de los parques, en las papeleras, en las esquinas. Muchos eran ejemplares del Banner que aquella noche habían sido leídos en la ciudad. «Están rehaciendo la circulación», se dijo.

Se detuvo. Vio un diario extendido en la acequia, con la primera página hacia arriba. Era el Banner. Vio el retrato de Roark. Vio la impresión gris de un tacón de goma sobre la cara de Roark.

Se inclinó, doblando su cuerpo lentamente, y recogió el diario. Arrancó la primera hoja y se la metió en el bolsillo. Continuó su marcha.

«Es un desconocido tacón de goma, de cualquier parte de la ciudad, de un pie desconocido que yo había hecho marchar. Los hacía marchar a todos. Hice a todos los que me han destruido. Ellos habrían sido impotentes. Ellos no pueden producir nada. Yo les di un arma. Les di mi fuerza, mi energía, mi poder vital. Yo creé una gran voz y los dejé que dictaran sus palabras. La mujer que me arrojó a la cara las hojas de remolacha tenía razón. Yo lo hice posible».

«Todo puede ser traicionado, todo puede ser perdonado. Pero no aquéllos a quienes les faltó el valor de su propia grandeza. Alvah Scarret puede ser perdonado. No tenía qué traicionar. Mitchell Layton puede ser perdonado. Pero yo no. Yo no he nacido para ser un continuador, un imitador».

XVII

Era un día de verano, frío, y sin nubes, como si el sol estuviese encubierto bajo una película de agua y la energía del calor se hubiera transformado en una claridad más pura, en un esplendor que se agregaba a los edificios de la ciudad. En las calles, esparcidos como fragmentos de espuma gris, había una gran cantidad de ejemplares del Banner. La ciudad leyó con risa sarcástica la exposición del renunciamiento de Wynand. «Wynand se ha rendido», dijo una mujer de labios apretados que no sabía nada de Wynand y menos de la publicación, pero que le gustaba oír hablar de las personas que se rendían. En una cocina, después de la cena, una mujer gorda metió los residuos de los platos en una hoja de diario. Nunca había leído la página primera, sino sólo las entregas de una novela amorosa que aparecía en la segunda sección. Envolvió las cáscaras de cebolla y los restos de las costillas de cordero en el Banner.

—Es estupendo —dijo Lancelot Clokey—, aunque estoy realmente harto de esa Unión, Ellsworth. ¿Cómo pueden traicionar a un cómplice como usted en esa forma?

—No sea así, Lance —dijo Ellsworth Toohey.

—¿Qué quiere decir?

—Fui yo el que les dijo que aceptaran los términos del arreglo.

—¿«Usted se lo dijo»?

—Sí.

—¡Pero, Dios mío! ¿Y Una Vocecita?

—¿No puede esperar un mes más o menos? He iniciado la demanda en el Departamento de Trabajo para recuperar mi puesto en el Banner. Hay distintos modos de despellejar un gato, Lance. El sacarle el cuero carece de importancia, una vez que usted le haya roto la columna vertebral.

Aquella noche Roark apretó el timbre de la casa que Wynand tenía sobre el rascacielos. El mayordomo abrió la puerta y le contestó:

—El señor Wynand no le puede recibir, señor Roark.

Desde la acera de enfrente, Roark, al levantar la vista, vio un cuadrado de luz sobre los tejados en la ventana del estudio de Wynand.

Por la mañana, Roark fue a la oficina del Banner. La secretaria de Wynand le contestó:

—El señor Wynand no lo puede recibir, señor Roark. —Y agregó con voz cortés y dócil—: El señor Wynand me pidió que le dijese que no quiere verlo más.

Roark le escribió una larga carta: «... Gail, lo sé. Tenía la esperanza de que usted pudiese escapar de eso, pero desde el momento que ha ocurrido, empiece otra vez desde donde se halla. Sólo que está sufriendo. No lo está haciendo por mi causa, no es menester, pero si esto le sirve de ayuda, le repito ahora todo lo que le he dicho. Nada ha cambiado para mí. Usted sigue siendo lo que era. No puedo decirle que lo perdono, porque no puede existir entre nosotros semejante cuestión. Pero si no se puede perdonar a sí mismo, ¿quiere que lo haga yo? Permítame que le diga que esto carece de importancia, no es un veredicto final sobre usted. Deme el derecho de decirle que lo olvide. Continúe con mi palabra empeñada hasta que se haya recobrado. Sé que hay algo que nadie puede hacer por otro, pero si soy lo que he sido para usted, lo aceptará. Pida una transfusión de sangre. La necesita. Tómela. Es más difícil que combatir la huelga. Hágalo por mi afecto, si eso le ayuda. Pero

hágalo. Vuelva. Habrá otra oportunidad. Lo que usted cree que ha perdido, nunca se puede perder ni hallar. No lo deje ir».

La carta le fue devuelta a Roark sin ser abierta.

Alvah Scarret dirigía el Banner. Wynand permanecía en su despacho. Había quitado de la pared el retrato de Roark. Atendía los contratos de anuncios, los gastos, las cuentas. Scarret tenía a su cargo la orientación de los editoriales. Wynand no leía el contenido del Banner.

Cuando Wynand aparecía en algún departamento del edificio, los empleados le obedecían como habían hecho antes. Era todavía una máquina, y más peligrosa que nunca; era un auto que marchaba por una pendiente sin combustible y sin frenos.

Dormía en la casa que tenía en el rascacielos. No había visto a Dominique. Scarret le había dicho que había vuelto al campo. Una vez Wynand ordenó a su secretaria que telefonease a Connecticut. Estuvo junto a la mesa mientras le preguntaba al mayordomo si la señora de Wynand estaba en la casa. El mayordomo contestó que sí. La secretaria colgó el receptor y Wynand volvió a su despacho.

Pensó que se concedería unos días. Después volvería a ver a Dominique. Su matrimonio tendría que ser lo que ella había deseado en el primer momento. «La señora de los diarios de Wynand». Tendría que aceptarlo.

«Esperar —se dijo a sí mismo en una agonía de impaciencia— esperar. Debes aprender a afrontarla tal como eres ahora. Ensayá para ser un mendigo. No puedes tener pretensiones con las cosas a las cuales no tienes derecho. Ni igualdad ni resistencia ni orgullo de conservar tu fuerza en contra de la de ella. Tan sólo aceptación, ahora. Estar delante de ella como un hombre al que no le puede dar nada. Que vivirá de lo que ella le quiera conceder. Será despreciable, pero procederá de ella y constituirá un vínculo. Hay una clase de dignidad que consiste en la renunciación de la dignidad, y que se admite francamente. Apréndela. Espera...». Se sentó en el estudio, con la cabeza apoyada en el brazo del sillón.

Dominique estaba tendida a la orilla del lago. Miraba la casa, encima de la colina, y las ramas de los árboles que estaban sobre ella. Estaba de espaldas, con las manos detrás de la cabeza, estudiaba el movimiento de las hojas. «Es una hermosa clase de verde —se dijo—. Ese fuego que rodea los bordes es el sol; no tengo necesidad de mirarlo para decir cómo está toda la región. Las manchas de luz, meciéndose en círculos, eso es el lago».

Se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Pero se concedería a sí misma unos pocos días. «He aprendido a llevarlo todo, excepto la felicidad —pensó—. Debo aprender a llevarla. Debo aprender a no quebrarme bajo de ella. Es la única disciplina que necesitaré de ahora en adelante».

Roark estaba en la ventana de su casa de Monadnock Valley. Había alquilado la casa para el verano e iba allí cuando quería soledad y descanso. Era un tranquilo anochecer. La ventana, abierta a una superficie cubierta de árboles, estaba suspendida en el aire. Una franja de crepúsculo se extendía sobre la oscura cima de los árboles. Sabía que debajo había casas, pero no las podía ver.

Oyó el ruido de un auto que se acercaba por el camino. Escuchó asombrado. No esperaba visitas. El auto se detuvo. Se dirigió a abrir la puerta. No sintió ninguna sorpresa cuando vio que se trataba de Dominique.

Ella entró como si hubiese dejado la casa media hora antes. No llevaba sombrero ni medias, nada más que sandalias y un vestido apropiado para andar por el campo, ceñido, de hilo azul oscuro con

mangas cortas. No daba la impresión de que hubiese recorrido tres Estados para llegar allí; parecía que hubiese vuelto de un paseo por el valle. Roark sabía que iba a ser el momento solemne, que no necesitaría ninguna solemnidad, pues no se trataba del significado especial de aquella noche, sino del significado completo de los siete años que habían pasado.

—Howard...

Él estaba de pie, como atendiendo al sonido de su nombre. Tenía todo lo que había querido.

Pero había un pensamiento que permanecía como un dolor. Él habló:

—Dominique, espera hasta que se recobre.

—Tú sabes que no se recobraré.

—Ten piedad de él.

—No hables el lenguaje que ellos hablan.

—Era su vida.

—Ésta es la mía.

Ella miró en torno para que la realidad cotidiana de las paredes y de las sillas le ayudaran a conservar la disciplina que se había impuesto para aquel instante. Las paredes que él había diseñado, las sillas que él había usado, los cigarrillos sobre la mesa, las necesidades rutinarias de la vida que podían adquirir esplendor cuando la vida era lo que era en aquel momento.

—Howard, sé lo que piensas hacer, de manera que no importa si se enteran de la verdad acerca de nosotros.

—Sería igual.

—Cuando tú viniste aquella noche para hablarme de Cortland no traté de detenerte. Sabía que tenía que hacerlo, que era la ocasión para establecer los términos sobre los cuales podrías continuar. Ahora es mi momento. No me protejas. No te importe lo que yo haga.

Dominique se separó de él y atravesó la habitación para dejar que la casual desenvoltura de sus pasos hiciera de aquél su hogar; para manifestar que su presencia iba a ser la regla en los días venideros y que, por lo tanto, no tenía necesidad de hacer lo que más quería en aquel momento: quedarse mirando a Roark. Supo también lo que estaba dilatando porque no estaba lista y nunca lo estaría. Extendió su mano para arreglar el paquete de cigarrillos que estaba sobre la mesa.

—Sí, Howard..., completamente, y siempre... Sin reservas, sin temor de nada de lo que pudieran hacer a ti o a mí... en la forma que tú quisieras... Como tu esposa o tu amante, secreta o públicamente..., aquí o en la más modesta habitación o en cualquier ciudad cercana a la cárcel, donde te vería a través de una reja de hierro... No importa... Howard, si ganas el juicio; tampoco eso importará mucho. Lo has ganado hace tiempo... Yo seguiré siendo lo que soy y permaneceré contigo, ahora y siempre, de cualquier modo que quieras...

Roark colocó las manos de ella en las suyas, Dominique vio que sus espaldas se inclinaban hacia ella, lo vio impotente, rendido en aquel momento, como ella estaba, y comprendió que aun el dolor puede confesarse, pero confesar la alegría es como estar desnuda. Se iba poniendo oscuro, casi no se veía en la habitación. Sólo quedaba la ventana; pero Roark atajaba la luz que podía entrar por allí.

A la mañana siguiente, Dominique tomó el teléfono y pidió que le dieran comunicación con el puesto de policía más próximo.

—Habla la señora de Gail Wynand —dijo. Hablo desde la casa de Howard Roark, en

Monadnock Valley. Quiero denunciar que anoche me robaron aquí un anillo con una estrella de zafiros. Unos cinco mil dólares... Era un obsequio del señor Roark. ¿Puede venir aquí dentro de una hora?... Gracias.

Fue a la cocina, hizo café y se quedó vigilando el brillo de la espiral eléctrica de la cafetera, que le pareció la luz más hermosa de la tierra.

Puso la mesa cerca de la ventana del *living*. Llevaba puesto un pijama de Roark y se echó a reír al verse con aquella prenda. Le dijo a Roark:

—No te vistas. Siéntate. Tomemos el desayuno.

Estaban terminando cuando oyeron el ruido de un auto que se acercaba. Ella se sonrió y se encaminó a abrir la puerta.

Había un comisario, un diputado y dos reporteros de diarios locales.

—Buenos días —saludó Dominique—. Entren.

—¿La señora... de Wynand? —dijo el comisario.

—Sí. La señora de Gail Wynand. Entren y siéntense.

Con los cómicos pliegues de su pijama y las mangas colgantes era la única que no parecía ver nada extraordinario en la situación.

El comisario tomó una libreta como si no supiese qué hacer con ella. Dominique lo ayudó a hacer las preguntas del caso y las contestó con precisión, como una buena periodista.

—Era un anillo con una estrella de zafiros montada sobre platino. Me lo quité y lo dejé aquí sobre la mesa, cerca de mi cartera, antes de irme a acostar... Eran las diez de la noche. Cuando me levanté esta mañana, no estaba... Sí, la ventana estaba abierta... No, nosotros no oímos nada... No, no estaba asegurado, no había tenido tiempo. El señor Roark me lo dio hace poco... No, no hay sirvientes y tampoco hay otros huéspedes... Sí, haga el favor de revisar la casa... Living, dormitorio, cuarto de baño y cocina... Sí, por supuesto, ustedes pueden ver también. La Prensa, ¿no? ¿Quieren hacerme algunas preguntas?

No había ninguna pregunta que hacer. La historia estaba completa. Los reporteros nunca habían visto una información de aquella naturaleza ofrecida de tal manera.

Ella trató de no mirar a Roark otra vez después de la primera mirada que le lanzó. Pero él conservó su promesa, no trató de contenerla ni de protegerla. Cuando le preguntaron, contestó lo suficiente como para apoyar las declaraciones de ella.

Después los hombres se fueron. Parecían contentos de irse. Hasta el comisario sabía que no tenía que dirigir la búsqueda del anillo.

—Lo siento —dijo Dominique—. Sé que es terrible para ti. Pero es la única manera de salir en los diarios.

—Éste ha sido un trabajo más perfecto que Cortland. Mejor.

—Sí. Ahora Gail está reventado del lado que le corresponde. ¿De modo que él cree que eres «un tipo de hombre antisocial y sin principios»? Dejemos que el Banner me manche ahora a mí también. ¿Por qué tendrías que ahorrarle esto? Lo siento, Howard, no tengo ningún sentido de misericordia. He leído ese editorial. No hagamos comentarios. No digamos nada acerca del sacrificio personal, o yo estallaré y... no soy tan suficientemente fuerte como el comisario probablemente cree. No lo hice por ti. Hice lo peor para ti, he agregado escándalo a todas las otras cosas que te arrojarán. Pero,

Howard, ahora estamos juntos contra todos ellos. Tú serás condenado y yo seré una adúltera. Howard, ¿recuerdas que quería participar contigo de la comida en los comedores ambulantes y de las ventanas de los extraños? Ahora no temo haber manchado todos sus diarios con la noche pasada aquí. Querido, ¿ves por qué soy feliz y libre?

La información que incluía el pijama, el peinador, la mesa del desayuno, la cama única, apareció en todos los diarios de Nueva York.

Alvah Scarret entró en la oficina de Wynand y le arrojó un diario sobre la mesa. Scarret nunca había descubierto todo lo que quería a Wynand hasta aquel momento y estaba tan herido que sólo se lo podía expresar con un furioso denuesto. Tartamudeó:

—Váyase al diablo, tonto de remate. Bien se lo merece. Bien se lo merece y estoy contento, por tonto. ¿Ahora qué va a hacer?

Wynand leyó la noticia y se quedó mirando el diario. Scarret permaneció cerca. No ocurrió nada. No había nada más que una oficina, un hombre sentado con un diario en la mano. Vio las manos de Wynand una a cada lado de las hojas, y las manos estaban firmes. «No —pensó—, normalmente un hombre no podría tener las manos así, levantadas y sin apoyo y, sin embargo, sin ningún temblor».

Wynand levantó la cabeza. Scarret no pudo descubrir nada en sus ojos, salvo un asombro suave, como si Wynand se estuviese preguntando qué hacía Scarret allí. Scarret le preguntó aterrorizado:

—Gail, ¿qué va a hacer?

—La publicaremos. Es una noticia.

—Pero... ¿cómo?

—De la manera que usted quiera.

La voz de Scarret saltó, porque sabía que no tendría el coraje de intentarlo otra vez y porque estaba atrapado; tenía miedo de retirarse.

—Gail, debe divorciarse. —Se dio cuenta de que estaba allí todavía y continuó, sin mirar a Wynand, gritando—: ¡Gail, no tiene disyuntiva ahora! Tiene que conservar lo que le queda de su reputación. Tiene que divorciarse y debe presentar la demanda.

—Está bien.

—¿Quiere? ¿En seguida? ¿Quiere que Paul reúna los papeles ahora mismo?

Scarret salió corriendo de la habitación. Corrió hasta su propio despacho, hizo sonar la puerta, tomó el teléfono y llamó al abogado de Wynand. Le explicó y siguió repitiendo:

—Deje todo y prepárelo ahora, Paul; ahora, hoy, en seguida, antes que cambie de opinión.

Wynand se fue a la casa de campo. Allí estaba Dominique esperándole.

Cuando Wynand entró, ella se puso de pie. Se adelantó hacia él, pero no había muebles entre ambos y ella quería que le viese todo el cuerpo. Él se detuvo en el espacio vacío y la miró como si estuviera observando a los dos, de súbito, como un espectador imparcial que viese a Dominique y a un hombre que estuviesen cara a cara, pero que no fuera Gail Wynand.

Ella estaba pendiente de su boca, pero él no dijo nada.

—Bueno, ya te he dado una noticia que aumentara la circulación, Gail.

Él oyó, pero daba la impresión de que no notara nada de lo presente. Parecía un pagador de Banco que estuviera haciendo el balance de una cuenta extraña.

—Me gustaría solamente saber esto: que me dijese si ha sido la primera vez desde que nos

casamos.

—Sí.

—Pero ¿fue la primera vez?

—No. Fue el primer hombre en mí vida.

—Creo que debía comprenderlo. Tú te casaste con Peter Keating en seguida que terminó el pleito de Stoddard.

—¿Quieres saberlo todo? Te lo voy a decir. Yo lo conocí cuando estaba trabajando en una cantera de granito. ¿Qué tiene de extraño? Lo agregarán ahora a una cadena de presidiarios o le darán tormento. Estaba trabajando en una cantera. No me pidió mi consentimiento. Así fue como empezó.

¿Quieres sacarle partido? ¿Quieres publicarlo en el Banner?

—Te ama.

—Sí.

—Sin embargo, construyó esta casa para nosotros.

—Es cierto.

—Quería saberlo solamente.

Se volvió para partir.

—¡Vete al diablo! Si puedes tomarlo así, no tenías derecho a transformarte en lo que te has transformado.

—Por esa razón lo tomo así.

—Aquella noche, Guy Françon le telefoneó a Dominique. Desde que se había retirado, vivía solo en su posesión próxima a la ciudad donde se hallaba la cantera. Dominique se había negado a contestar a las llamadas telefónicas aquel día, pero tomó el receptor cuando la doncella le dijo que era el señor Françon. En lugar de la furia que aguardaba, oyó una voz gentil que decía:

—¡Hola, Dominique!

—¡Hola, papá!

—¿Vas a dejar a Wynand ahora?

—No deberías trasladarte a la ciudad. No es necesario. No hay que extralimitarse. Ven y quédate conmigo. Hasta... el juicio de Cortland.

Lo que él había omitido y el timbre de su voz, firme y sencillo y con una tonalidad que se aproximaba a la felicidad, la hizo contestar después de un segundo:

—De acuerdo, papá. —Era la voz de una jovencita, la voz de la hija con alegría cansada, confiada, inteligente—. Iré a eso de medianoche. Tenme listo un vaso de leche y unos emparedados.

—Trata de no venir a toda velocidad como haces siempre. Los caminos no están muy buenos.

Cuando llegó, Guy Françon fue a recibirla a la puerta. Ambos se sonrieron y ella reparó que no habría preguntas ni reproches. La condujo a la habitación pequeña donde tomaba el desayuno, y en la cual había dispuesto la sobria cena sobre una mesa, cerca de la ventana, con vista al césped oscuro. Había olor a hierba, candelabros en la mesa y un ramo de jazmines en un florero de plata.

Dominique se sentó, se apoderó de la copa helada y empezó a comer tranquilamente los emparedados.

—¿Quieres decirme algo, papá?

—No, quiero que bebas la leche y que te vayas a dormir.

—Está bien.

Él se quedó contemplándola, pensativo, haciendo girar una aceituna en torno a un mondadientes coloreado. Después levantó los ojos hacia ella.

—Mira, Dominique, no puedo comprenderlo perfectamente, pero conozco bien qué es lo que te conviene. Esta vez es el hombre adecuado.

—Es verdad, papá.

—Ésta es la causa por la cual estoy contento.

Ella asintió con la cabeza.

—Dile al señor Roark que puede venir siempre que quiera.

Ella se sonrió.

—¿Dile a quién, papá?

—Dile a... Howard.

Gail Wynand había dado órdenes para que cada día le llevaran a su despacho todos los diarios de Nueva York. Leía cada palabra de las que se escribían y murmuraban en la ciudad. Todos estaban enterados de que todo había sido fraguado, pues la esposa de un millonario no iba a denunciar la pérdida de un anillo de cinco mil dólares en tales circunstancias, pero esto no impedía que cada cual lo aceptara como verídico y lo comentaran en consecuencia. Los comentarios más ofensivos se hicieron en las páginas del Banner.

Alvah Scarret había encontrado motivo para una campaña a la cual se consagró con el fervor más genuino que hubiese experimentado jamás. Sentía que aquello constituía una reparación por cualquier deslealtad que pudiese haber cometido con Wynand en el pasado. Vio la manera de redimir el nombre de Wynand. Se dispuso a ofrecerlo al público como la víctima de una gran pasión de una mujer depravada; era Dominique quien lo había forzado a que fuese el campeón de una causa inmoral; ella había casi hundido el diario de su marido, su posición, su reputación, la obra de toda su vida, a causa del amante que tenía. Scarret pedía a los lectores que perdonasen a Wynand; su justificación era un trágico amor al cual se sacrificaba. El público respondía, sobre todo las viejas lectoras del Banner. Acrecentaba el trabajo lento y penoso de reconstruir el diario.

Empezaron a llegar cartas generosas en sus condolencias, pero desenfrenadas en la licencia de los comentarios sobre Dominique Françon.

—¡Como en los viejos días, Gail —decía Scarret feliz—, como en los viejos días!

Wynand se quedaba solo en la oficina, con las cartas. Scarret no podía sospechar que aquél era el peor de sus sufrimientos. Se obligaba a leer cada carta.

Cuando se encontraban en el edificio, Scarret lo contemplaba con expectación, con una media sonrisa suplicante; era la pupila ansiosa que espera el reconocimiento del maestro por una lección bien aprendida y bien expuesta. Wynand no decía nada. Una vez Scarret se aventuró:

—Fue hábil, ¿no es cierto, Gail?

—Sí.

—Ella es, realmente, la causa de todo. Mucho antes de todo esto. Cuando usted se casó con ella. Entonces tuve miedo. Aquello fue el principio. ¿Se acuerda cuando no nos permitió describir su boda? Fue un signo. Ella arruinó el Banner, Pero que me condenen si no lo levanto ahora sobre su propio cuerpo. Tal como era antes. Nuestro viejo Banner.

—Sí.

—¿Tiene alguna sugerión, Gail? ¿Qué más desearía que hiciese?

—Lo que quiera, Alvah.

XVIII

La rama de un árbol se asomaba por la ventana abierta. Las hojas que se movían en el aire denotaban el sol y el verano y la renovación inextinguible de la tierra. Dominique pensó en el mundo como un telón de fondo. Wynand pensó en dos manos que encorvaran la rama del árbol para explicarse el significado de la vida. Las hojas se inclinaron rozando la línea de los altos edificios de Nueva York que se extendían a lo lejos del río. Los rascacielos se levantaban como cimas de luz bañadas de blanco por la distancia y por el verano. Una multitud llenaba la sala para presenciar el juicio contra Howard Roark.

Roark estaba sentado junto a la defensa. Escuchaba con tranquilidad.

Dominique estaba sentada en la tercera fila de los espectadores. Al mirarla, las personas se sentían como si hubiesen visto una sonrisa, pero ella no sonreía: contemplaba las hojas de la ventana.

Gail Wynand estaba sentado al final de la sala. Había entrado solo, cuando ya estaba repleta. No había notado las miradas y las descargas de luz de las cámaras fotográficas que estallaban en torno. Estuvo en el pasillo un instante, buscando con la mirada un sitio como si no hubiera razón por la cual él pudiera buscarlo. Su mirada se dirigió de Dominique a la concurrencia. Cuando se sentó, miró a Roark. Desde el instante en que Wynand entró, los ojos de Roark se dirigieron hacia él. Siempre que éste lo miraba, Wynand volvía la cara.

—El asunto que el Estado se propone probar —empezó el fiscal, dirigiéndose al jurado— está fuera del reino de la emoción humana. Para la mayor parte de nosotros parecerá monstruoso e inconcebible.

Dominique estaba sentada con Mallory, Heller, Lansing, Enright, Mike y Guy Françon; éste se hallaba allí con la desaprobación de sus amigos. Pasillo por medio, las celebridades formaban un cometa; al frente, el punto pequeño representado por Ellsworth y una cola de nombres populares se extendía atrás: Lois Cook, Gordon L. Prescott, Gus Webb, Lancelot Clokey, Ike, Jules Fougler, Sally Brent, Homer Slottern, Mitchell Layton.

—Del mismo modo que la dinamita destruyó el edificio, su convicción ha destruido todo sentido de humanidad en el alma de ese hombre. Estamos tratando, señores jurados, con el explosivo más perverso que hay en el mundo: el egoísta.

En las sillas, en las ventanas, en los pasillos, apoyados en las paredes, la masa humana se fundió como un monolito, exceptuando los pálidos óvalos de los rostros.

Los rostros resaltaban, separados, solitarios, desiguales. Detrás de cada uno de ellos estaban los días de una vida ya vivida o que había transcurrido en parte. Esto había dejado en todos ellos un solo sello en común: sobre los labios que sonreían con malicia, sobre los labios caídos por el renunciamiento, sobre los labios apretados con dignidad incierta sobre todas las bocas, la marca del sufrimiento.

—... En aquel día, en aquella época, cuando el mundo está desgarrado por problemas gigantescos, en busca de una respuesta que mantenga el equilibrio del hombre; este hombre le atribuye suficiente importancia a algo tan vago e intangible, tan poco esencial como son sus opiniones artísticas para que lleguen a constituir su única pasión y el motivo de un crimen contra la sociedad.

La gente había ido a presenciar un caso sensacional, a ver celebridades, a tener material para las conversaciones, unos para ser vistos; otros para matar el tiempo. Volvería a sus trabajos indeseables, a sus familias no queridas, a sus amigos no elegidos, a los salones, a los trajes de noche, a los vasos de *cocktails* y a los cines, al dolor que no toleraba, a la esperanza asesinada, al deseo que no se había podido alcanzar; a los días de esfuerzo para no pensar, no hablar, olvidar y ceder y darse por vencido. Pero cada uno de ellos había conocido algún momento inolvidable, una mañana en la cual nada hubiese ocurrido y de pronto se oyese una música que nunca se repetiría del mismo modo; el rostro de un extraño visto en el ómnibus, un instante en que cada uno había conocido un sentido diferente de la vida.

—... Un egoísta arrogante, empedernido, que quiso salirse con la suya a cualquier precio...

Doce hombres había en el recinto del jurado. Escuchaban con rostro atento y sin emoción. Se había murmurado que era un jurado severo. Había dos administradores de establecimientos comerciales, dos ingenieros, un matemático, un conductor de camión, un albañil, un electricista, un jardinero y tres obreros de fábricas. La formación del jurado había llevado algún tiempo. Roark había rehusado a muchos jurados provisionales. Había terminado por aceptar a aquellos doce. El fiscal se puso de acuerdo, diciéndose a sí mismo que eso ocurría cuando un aficionado efectuaba su propia defensa. Un abogado hubiera escogido tipos más amables, de aquellos que responden más fácilmente a las llamadas de misericordia. Roark había elegido las caras más duras.

—... Si se hubiese tratado de la mansión de un plutócrata... Pero de un barrio de casa baratas, señores jurados, ¿de casas baratas!

El juez estaba tieso en el alto sitial. Tenía el cabello gris y el rostro austero de un oficial del Ejército.

La voz continuó, ejercitada y segura. Las caras que llenaban la sala escuchaban con la reacción que hubieran tenido ante una cena en un día de entre semana: satisfechas. Estaban de acuerdo con cada frase, la habían oído antes, la oían siempre; era de lo que el mundo vivía.

El fiscal presentó sus testigos. El agente de policía que había detenido a Roark ocupó el sitial para declarar cómo había encontrado al acusado. El sereno relató cómo había sido alejado del lugar. Su testimonio fue breve, pues el fiscal parecía no dar importancia a todo aquello que se refería a Dominique. El capataz del contratista testificó acerca de la dinamita que faltaba de los depósitos del lugar. Los funcionarios de Cortland, los inspectores de la construcción, los tasadores declararon para describir el edificio y para estimar los daños ocasionados.

Peter Keating fue el primer testigo llamado al día siguiente.

Se sentó en el sitial, inclinado hacia delante. Miraba al fiscal dócilmente. Sus ojos se movían de vez en cuando. Miraba a la multitud, al jurado y a Roark con indiferencia.

—Señor Keating, ¿quiere declarar bajo juramento si usted hizo el proyecto que se le atribuye y que se conoce con el nombre de Cortland Homes?

—Yo no lo hice.

—¿Quién lo hizo?

—Howard Roark.

—¿A petición de quién?

—A petición mía.

—¿Por qué se lo pidió?

—Porque yo no era capaz de hacerlo.

En su voz no había tono de sinceridad, porque no había tampoco ninguna tonalidad del esfuerzo que significaba manifestar una verdad de tal naturaleza, ningún tono de verdad ni de falsedad, sólo de indiferencia.

El fiscal le entregó una hoja de papel.

—¿Es éste el convenio que usted firmó?

Keating tomó el papel con su mano.

—Sí.

—¿Quiere leer al jurado los términos del contrato?

Keating los leyó en voz alta. Su voz resultaba monótona y chillona. Nadie se dio cuenta entre el auditorio de que aquel testimonio iba a ser considerado como una sensación. No era un arquitecto famoso que confesaba públicamente su incompetencia: era un hombre que recitaba una lección aprendida de memoria. La gente tenía la impresión de que, si hubiere sido interrumpido, no habría podido continuar la frase siguiente; que debería haber empezado todo de nuevo, desde el principio.

Respondió a muchas preguntas. El fiscal exhibió los dibujos originales de Cortland, hechos por Roark y que Keating había conservado; las copias que Keating había hecho de ellos y fotografías de Cortland tal como había sido construido.

—¿Por qué se opuso tan tenazmente a los excelentes cambios en la estructura que sugirieron los señores Prescott y Webb?

—Tenía miedo de Howard Roark.

—¿Qué le hacía temer? ¿Su carácter?

—Nada.

—Explíquese.

—No sé. Tenía miedo. Suelo tener miedo.

El interrogatorio continuó. El relato era extraordinario, pero los asistentes estaban aburridos. Cuando Keating abandonó el sitial, el auditorio tenía la extraña impresión de que ningún cambio había habido con la marcha de aquel hombre; era como si nadie hubiese salido de allí.

—La acusación ha terminado —dijo el fiscal.

El juez miró a Roark.

—Tiene la palabra la parte acusada —dijo el juez amablemente.

Roark se puso en pie.

—Señoría, no presentaré ningún testigo. Éste será mi testimonio y mi defensa.

—Preste juramento.

Roark prestó juramento. Estaba junto a los escalones del sitial de los testigos. La concurrencia lo contemplaba. Tuvieron la impresión de que no tenía probabilidades. Podían abandonar el resentimiento innominado, el sentido de inseguridad que él había despertado en la mayoría de la gente. Y de este modo, por primera vez, podían verlo como era: un hombre totalmente exento de temor.

Roark estaba en presencia de ellos como todo hombre inocente está ante la inocencia de su propio espíritu. Pero estaba, como ocurría en realidad, delante de una multitud hostil y ellos

supieron, al punto, que no era posible el odio hacia él. En el relámpago de un segundo asieron la realidad de su conciencia. Cada uno se preguntaba a sí mismo: ¿necesito la aprobación de alguien?, ¿me importa?, ¿estoy atado? Y por un instante cada uno fue libre, lo bastante libre para sentir bondad hacia todo hombre.

Fue sólo un momento, el momento de silencio antes de que Roark hablara.

—Hace miles de años el hombre descubrió la forma de encender el fuego. Probablemente se quemó, al exponerse a enseñar a sus hermanos la manera de hacerlo. Se le consideró una persona perversa que había tenido tratos con el demonio para aterrorizar a la humanidad. Pero, desde entonces, los hombres han encendido el fuego para calentarse, para cocer sus alimentos, para iluminar sus cuevas. Les había dejado un don que ellos no habían concebido y había alejado la oscuridad de la tierra. Siglos más tarde un primer hombre inventó la rueda. Probablemente sería martirizado en el aparato que había enseñado a construir a sus hermanos. Se le consideró un transgresor que se había aventurado en territorio prohibido. Pero desde entonces los hombres pueden viajar recorriendo todos los horizontes. Les dejó un don que ellos no habían concebido y abrió los caminos de la tierra.

»Ese hombre, rebelde e iniciador, está en el primer capítulo de cada leyenda que la humanidad ha realizado desde sus principios. Prometeo fue encadenado a una roca y allí devorado por los buitres, porque había robado el fuego a los dioses. Adán fue condenado al sufrimiento porque comió del fruto del árbol de la ciencia. Cualquiera que sea la leyenda, donde quiera que estén las sombras de su memoria, la humanidad ha sabido que su gloria ha comenzado con uno de esos hombres y que éste pagó muy cara su valentía.

»A través de los siglos ha habido hombres que han dado pasos en caminos nuevos sin más armas que su propia visión. Sus fines serán diferentes, pero todos ellos tenían esto en común: el paso inicial, el camino nuevo, la visión propia y la respuesta que recibían: odio. Los grandes creadores, los pensadores, los artistas, los hombres de ciencia, los inventores han estado solos contra los hombres de su época. Todo pensamiento nuevo ha constituido una oposición. El telar mecánico fue considerado un mal. A la anestesia se la consideró un pecado. Pero los hombres de visión propia continuaron adelante. Lucharon, sufrieron y pagaron su grandeza, pero vencieron.

»Ningún creador ha sido impulsado por el deseo de servir a sus hermanos, porque sus hermanos rechazaban el don que les ofrecía y ese don destruía la rutina perezosa de sus vidas. Su verdad fue el único móvil. Su propia verdad y su propio trabajo para realizarlo a su propio modo. Una sinfonía, un libro, Una máquina, una filosofía, un aeroplano o un edificio; eso era para él su meta y su vida. No eran aquellos que escuchaban, leían, trabajaban, creían, volaban o habitaban lo que él creaba. Le interesaba la creación, no sus consumidores. La creación que daba forma a su verdad. Él mantenía su verdad en contra de todo y en contra de todos...

»Su visión, su fuerza, su valor, procedían de su propio espíritu. El espíritu del hombre es, sin embargo, su propio ser. Esa entidad que constituye su conciencia. Pensar, sentir, juzgar, obrar son funciones del yo.

»Los creadores no eran altruistas. Era el secreto total de su poder, la propia seguridad, el propio motivo, su propio engendro. La causa primera, la fuente de energía, la fuerza vital, el Primer Motor. El creador no sirve a nada ni a nadie. Vive para sí mismo.

»Y solamente viviendo para sí mismo ha sido capaz de realizar esas cosas que son la gloria del género humano.

»El hombre sólo puede sobrevivir por su mente. Llega desarmado a la tierra. Su cerebro es su única arma. Los animales obtienen el alimento por medio de la fuerza muscular. Él debe plantar su alimento o cazarlo. Para cultivar las plantas necesita un proceso de su pensamiento. Para cazar, necesita armas y el hacer armas constituye un proceso del pensamiento. Desde la necesidad más simple hasta la abstracción religiosa más alta, desde la rueda hasta el rascacielos, todo lo que somos y todo lo que tenemos procede de un solo atributo del hombre: la función de su mente.

»Pero la mente es un atributo del individuo. No existe una cosa tal como un cerebro colectivo. No hay una cosa tal como el pensamiento colectivo. Un acuerdo realizado por un grupo de hombres es sólo un compromiso o un promedio extraído de muchos pensamientos individuales. Es una consecuencia secundaria. El acto primario, el proceso de la razón debe ser ejecutado por cada hombre solo. Podemos dividir una comida entre muchos hombres, pero no podemos digerirla con un estómago colectivo. Ningún hombre puede usar sus pulmones para respirar por otro hombre. Ningún hombre puede usar su cerebro para pensar por otro. Todas las funciones del cuerpo y del espíritu son privativas. No pueden ser compartidas ni transferidas.

»Hemos heredado los productos del pensamiento de otros hombres. Hemos heredado la rueda. Hicimos un carro. El carro se transformó en automóvil. El automóvil ha llegado a ser aeroplano. Pero todo el proceso que recibimos de otros es el producto terminal de sus pensamientos. La fuerza en movimiento es la facultad creadora que toma ese producto como un material, lo usa y permite dar un paso hacia delante. Esta facultad creadora no se puede dar o recibir, participar o conceder en préstamo. Pertenece al hombre solo, al individuo. Lo que él crea es propiedad de su creador. Los hombres aprenden el uno del otro, pero todo estudio es solamente intercambio de material. Ningún hombre puede darle a otro su capacidad de pensar. Sin embargo, esa capacidad es nuestro único medio de sobrevivir.

»Nada le ha sido dado al hombre sobre la tierra. Todo lo que él necesita lo tiene que producir. Y aquí el hombre afronta su alternativa fundamental; puede sobrevivir de una forma u otra; por el trabajo independiente de su propia mente o como un parásito alimentado por la mente de otro. El creador produce, el parásito toma en préstamo.

»El interés del creador es la conquista de la naturaleza. El interés del parásito es la conquista del hombre. Su fin esencial está en sí mismo. El parásito vive de segunda mano. Necesita de los demás. Los demás llegan a ser su móvil esencial.

»La necesidad básica del creador es la independencia. La mente que razona no puede vivir bajo ninguna forma de compulsión. No puede ser reprimida, sacrificada, subordinada a ninguna consideración, cualquiera que sea. Exige una independencia total en su función y en su móvil. Para un creador todas las relaciones con los hombres son secundarias.

»La necesidad básica del que necesita de otro es asegurarse los vínculos con los hombres para poder nutrirse. Coloca ante todo las relaciones. Declara que el hombre existe para servir a los otros. Predica altruismo.

»El altruismo es la doctrina que exige que el hombre viva para los demás y coloque a los otros sobre sí mismo.

»Ningún hombre puede vivir para los otros. No puede compartir su espíritu como no puede compartir su cuerpo. Pero el que necesita de otro se vale del altruismo como una arma de explotación e invierte la base de los principios morales del género humano. Se les ha enseñado a los hombres los preceptos para destruir al creador y se les ha enseñado la dependencia como virtud.

»El hombre que intenta vivir para los demás es un dependiente. Es un parásito en el móvil y hace parásitos a los demás a quienes sirve. La relación no produce más que corrupción. Es absurda como concepto. Lo que más se aproxima a ello en la realidad —el hombre que vive para servir a los otros— es el esclavo. Si la esclavitud es físicamente repulsiva, ¿cuánto más repulsivo no será el concepto de la servidumbre del espíritu? El esclavo conquistado tiene un vestigio de honor, tiene el mérito de haber resistido y el de considerar que su condición es mala. Pero el hombre que voluntariamente se esclaviza es la más baja de las criaturas. Degrada la dignidad del hombre. Ésta es la esencia del altruismo.

»Los hombres han aprendido que la virtud más alta no es realizar, sino dar. Sin embargo, no se puede dar lo que no ha sido creado. La creación es anterior a la distribución, pues, de lo contrario, no habría nada que distribuir. La necesidad de un creador es previa a la de un beneficiario. Sin embargo, se nos ha enseñado a admirar al imitador, que otorga dones que él no ha producido. Elogiamos un acto de caridad y nos encogemos ante un acto creador.

»A los hombres se les ha enseñado que su primera preocupación debe consistir en aliviar el sufrimiento de los demás. Pero el sufrimiento es una enfermedad. Si uno tiene ocasión debe tratar de dar consuelo y asistencia, pero hacer de eso el más alto testimonio de virtud es considerar el sufrimiento como lo más importante de la vida. Entonces el hombre desea ver sufrir a los demás para poder ser virtuoso. Tal es la naturaleza del altruismo. Un creador no tiene interés en la enfermedad, sino en la vida. Sin embargo, la obra de los creadores ha eliminado una enfermedad tras otra, en el cuerpo y en el espíritu del hombre, y ha producido más alivio para el sufrimiento que lo que cualquier altruista pudo nunca concebir. A los hombres se les ha enseñado que estar de acuerdo con los otros es una virtud. Mas el creador es un hombre que disiente.

»A los hombres se les ha enseñado que nadar con la corriente es una virtud. Pero el creador es el hombre que nada contra la corriente. A los hombres se les ha enseñado que estar juntos constituye una virtud. Pero el creador es el hombre que está solo.

»A los hombres se les ha enseñado que el ego es el sinónimo del mal y el altruismo es el ideal de la virtud. Pero el creador es un egoísta en sentido absoluto y el hombre altruista es aquel que no piensa, no siente, no juzga, no construye.

»La elección no debe ser el sacrificio de uno mismo o la dominación. La elección es independencia o dependencia. El código del creador o el código del imitador. Éste es el problema básico. El código del creador está construido sobre las necesidades de la mente que razona y que permite al hombre sobrevivir. Todo lo que procede del ego independiente es bueno. Todo lo que procede de la dependencia de unos respecto a los otros es malo.

»Es el egoísta, en sentido absoluto, el hombre que se sacrifica por los demás. Es el hombre que no tiene necesidad de depender de los demás. No obra por medio de ellos. No está interesado por ellos en ninguna cuestión fundamental. Ni en su objeto ni en su móvil ni en su pensamiento ni en su deseo ni en la fuente de su energía. No existe para ningún otro hombre y no le pide a ningún otro

hombre que exista para él.

»Ésta es la única forma de fraternidad y de respeto mutuo posible entre los seres humanos. La independencia es la regla para medir la virtud y el valor humanos. Lo que el hombre es y hace de sí mismo y no lo que haya o no hecho por intermedio de otros.

»No hay sustitutos para la dignidad personal. No hay ninguna norma de dignidad personal, salvo la independencia.

»En todas las relaciones propias no hay sacrificio de nadie para nadie. Un arquitecto necesita clientes, pero no subordina su obra a los deseos de ellos. Lo necesitan, pero no le ordenan una casa por el hecho de darle un trabajo. Los hombres cambian su trabajo por su libertad con mutuo sentimiento y con ventaja mutua cuando sus intereses personales coinciden y ambos desean el intercambio. Si no lo desean, no están obligados a tratar el uno con el otro. Buscan algo más. Es la única forma posible de relación entre iguales. Cualquier otra es una relación de esclavo a amo, de víctima a verdugo.

»Ningún trabajo se hace colectivamente por decisión de una mayoría. Todo trabajo creador se realiza bajo la guía de un solo pensamiento individual. Un arquitecto necesita muchos hombres para levantar un edificio, pero no les pide que le den el voto sobre su proyecto. Trabajan juntos por libre acuerdo y cada uno es libre en su función propia. El arquitecto emplea, acero, vidrio, hormigón que otros han producido, pero, esos materiales siguen siendo acero, vidrio, hormigón hasta que él los emplea. Después, lo que hace con ellos es un producto individual y es su propia individualidad. Ésta es la única forma de cooperación entre los hombres.

»El primer derecho que se tiene en el mundo es el derecho al yo. El primer deber del hombre lo tiene consigo mismo. Su ley moral no consiste en colocar su fin principal en los demás. Un hombre piensa y trabaja solo. Un hombre no puede robar, explotar, gobernar... solo.

»El robo, la explotación y el gobierno presuponen la existencia de víctimas. Implica dependencia.

»Los que gobiernan a los hombres no son egoístas. No crean nada. Existen, enteramente, por las personas de los demás. Su fin está en sus súbditos, en la actividad de esclavizar. Son dependientes como el mendigo y el bandido. La forma de dependencia carece de importancia.

»Pero a los hombres se les ha enseñado a mirar a los imitadores y a los tiranos, emperadores, dictadores, como exponentes del egoísmo. Mediante este fraude han hecho destruir el yo, el de ellos mismos y el de los demás. El propósito del fraude fue destruir a los creadores. O someterlos, que es sinónimo. Desde el principio de la Historia, los dos antagonistas han estado frente a frente: el creador y el imitador. Cuando el primer creador inventó la rueda, el otro le contestó inventando el altruismo.

»El creador, negado, combatido, perseguido, explotado, continuó, marchó adelante y condujo consigo a toda la humanidad con su energía. El hombre que obra de segunda mano no contribuyó con nada al proceso, si se exceptúan las obstrucciones. La contienda tiene otro nombre: lo individual contra lo colectivo. El “bien común” de lo colectivo, raza, clase, estado, ha sido la pretensión y la justificación de toda tiranía que se haya establecido en la tierra. Los mayores errores de la Historia han sido cometidos en nombre de móviles altruistas. ¿Alguna vez han igualado los actos del egoísmo a todas las carnicerías perpetradas por los discípulos del altruismo? El defecto reside en la

hipocresía del hombre o en la naturaleza del principio.

»Los carniceros más terribles han sido los más sinceros. Creían que la sociedad perfecta sería alcanzada por medio de la guillotina y el pelotón de fusilamiento. Nadie discutió el derecho a asesinar desde el momento que asesinaban con un propósito altruista. Se aceptó que el hombre debe sacrificarse por los demás hombres. Cambian los actores, pero el curso de la tragedia se mantiene idéntico. El humanitarista que empieza con declaraciones de amor por el género humano termina con un mar de sangre. Continúa y continuará mientras se crea que una acción es buena si no es egoísta. Esto permite actuar al altruista y obliga a su víctima a soportarlo. Los líderes de los movimientos colectivos no piden para ellos mismos, pero es menester observar los resultados.

»Se trata de un antiguo conflicto. Los hombres se han acercado a la verdad, pero ésta ha sido destruida de vez en cuando y una civilización cae después de la otra. La civilización es el progreso hacia una sociedad de aislamiento. Toda la existencia del salvaje es pública, regida por las leyes de la tribu. La civilización consiste en un proceso que permita que el hombre esté libre de los hombres. Ahora, en nuestra época, el colectivismo, la norma del hombre subordinado y del hombre de segunda clase ha libertado el antiguo monstruo y ataca a diestro y siniestro. Ha conducido al hombre a un nivel de indecencia intelectual nunca igualado sobre la tierra. Ha alcanzado una proporción de horror sin precedentes. Ha envenenado a todos los espíritus. Se ha tragado a la mayor parte de Europa, se está engullendo nuestro país.

»Yo soy arquitecto. Y sé dónde se va a llegar de acuerdo con el principio sobre el cual está edificado. Nos acercamos a un mundo en el cual no podré vivir, ahora saben por qué he destruido Cortland.

»Yo lo diseñé. Se lo di a ustedes. Yo lo destruí. Lo destruí porque preferí que no existiera. Era un doble monstruo, por el aspecto y por lo que implicaba. Tenía que destruir a ambos. El aspecto fue mutilado por los “segunda mano” que se arrogaron el derecho de mejorar lo que no habían hecho y lo que no podían igualar. Se les permitió que obraran por la deducción general de que el propósito altruista del edificio eliminaba todos los derechos y que yo no podría efectuar ninguna reclamación.

»Convine en hacer el proyecto para Cortland con el propósito de verlo construido conforme a mi diseño y sin ninguna otra razón. Ése fue el precio que puse por mi trabajo, y no se me pagó.

»No censuro a Peter Keating. Él ha sido impotente. Tenía un contrato con sus superiores.

»De ese contrato se hizo caso omiso. Le habían hecho la promesa de que la construcción sería edificada conforme estaba en el proyecto. La promesa fue rota. El amor que un hombre tiene por la integridad de su trabajo y por su derecho a preservarlo es considerado como algo sin consistencia y sin importancia. Ustedes se lo han oído decir al fiscal. ¿Por qué fue desfigurado el edificio? Por ninguna razón. Tales actos carecen siempre de razón, a menos que se trate de la vanidad de un “segunda mano” que se siente con derecho a la propiedad, espiritual o material, de otro. ¿Quién les permitió que lo hicieran? Ninguna persona en particular, entre la docena de los que tenían autoridad en ese asunto. Nadie se preocupó de autorizarlo ni de impedirlo. Nadie fue responsable. Nadie puede ser tenido en cuenta. Tal es la naturaleza de todas las acciones colectivas.

»No recibí el pago que pedí. Pero los propietarios de Cortland obtuvieron de mí lo que necesitaban. Querían que se hiciera un esquema para edificar un conjunto de viviendas tan baratas como fuera posible. No encontraron otro que lo pudiera hacer a satisfacción. Yo pude y lo hice. Se

beneficiaron de mi trabajo y me hicieron contribuir con él como si fuera un regalo. Pero yo no soy altruista. No contribuyo con regalos de esa naturaleza.

»Se dice que yo he destruido el hogar del desamparado. Se han olvidado de decir que si no hubiese sido por mí el desamparado no hubiera podido tener ese hogar especial. Los que se interesaban por los pobres tuvieron que acudir a mí, que nunca me había interesado por ayudar a los pobres. Se creyó que la pobreza de los futuros ocupantes les daba derechos sobre mi trabajo. Que lo que ellos necesitaban constituía un derecho sobre mí. Era mi deber contribuir con lo que ellos me pedían. Ése es el credo del “segunda mano” que ahora se está engullendo al mundo.

»He venido aquí para manifestar que no reconozco a nadie derecho alguno sobre un minuto de mi vida. Ni sobre una parte de mi energía. Ni sobre ninguna obra mía. Ni me interesa quién haga la petición, o cuál sea el número, o cuán grande sea la necesidad que ellos tengan. He querido venir aquí para decir que soy un hombre que no existe para los otros.

»He querido venir aquí para manifestar que la integridad del trabajo creador de un hombre tiene mayor importancia que cualquier esfuerzo caritativo. Aquellos de ustedes que no comprendan esto forman parte de los hombres que están destruyendo el mundo.

»No reconozco obligaciones hacia los hombres, excepto una: respetar su libertad y no formar parte de una sociedad esclava. A mi país quiero darle los diez años que pasaré en la cárcel. Los pasaré recordando con gratitud todo lo que mi país ha sido. A cada creador destruido en cuerpo y en espíritu. A Henry Cameron. A Steven Mallory. A un hombre que no necesita ser nombrado, pero que está sentado en esta sala y sabe que de él estoy hablando.

Roark se puso en pie, con las piernas abiertas, los brazos pegados a los lados, la cabeza erguida, como si estuviera ante un edificio en construcción. Momentos después, cuando nuevamente estuvo sentado en la tarima de la defensa, muchas personas de la sala tenían la impresión de que estuviera todavía en pie: era el cuadro de un instante que no se podía remplazar.

El cuadro quedó grabado en sus mentes durante la larga discusión que siguió. Escucharon que el juez le manifestaba al fiscal que el acusado había, en efecto, cambiado la naturaleza de la acusación; había admitido el hecho, pero no se había declarado culpable del delito cometido; se creó un problema de demencia legal pasajera; dependía del jurado decidir si el acusado conocía la naturaleza y la calidad del hecho, o si sabía que el hecho era delictivo. El fiscal no hizo objeción alguna. Hubo un extraño silencio en la sala. Se tuvo la certeza de que Roark había ganado la causa. Había terminado su defensa. Ninguno recordaba lo que había dicho. El juez dio sus instrucciones al jurado. Éste se levantó y dejó los estrados.

La gente se movió preparándose para salir, sin prisa, pensando que tenía muchas horas que esperar. Wynand, al final de la sala, y Dominique al frente, estaban inmóviles.

Un ujier se acercó a Roark para escoltarlo en la salida. Roark estaba junto al sitio de la defensa. Sus ojos se posaron en Dominique, después en Wynand. Se volvió y siguió al ujier.

Había llegado a la puerta cuando se oyó un ruido seguido de un espacio de silencio vacío, antes de que la gente se diera cuenta de que se trataba de un golpe dado en la puerta cerrada donde el jurado estaba deliberando.

El jurado había pronunciado su veredicto.

Aquellos que habían estado de pie se quedaron así, hasta que el juez volvió a su sitio. El jurado

penetró en la sala.

—El acusado debe ponerse en pie y dar frente al jurado —dijo el actuario.

Howard Roark marchó hacia delante y se colocó frente al jurado. Al final de la habitación, Gail Wynand también se paró y se quedó en esa posición.

—Señor Foreman, ¿han pronunciado el veredicto?

—Sí.

—¿Cuál es?

—No hay delito.

El primer movimiento que hizo Roark con la cabeza no fue para mirar a la ciudad, por la ventana, ni al juez ni a Dominique. Miró a Wynand.

Wynand se volvió en seguida y salió. Fue la primera persona que dejó la sala.

Roger Enright compró al Gobierno el terreno y las ruinas de Cortland. Dio órdenes para que sacaran todos los restos inservibles y encargó a Howard Roark que reconstruyera las viviendas de acuerdo con su proyecto. Enright presupuestó la obra para obtener alquileres bajos con un margen de provecho para él. No había que hacer cuestión acerca de los ingresos, de la ocupación, de los chicos o del régimen alimenticio de los futuros ocupantes; las viviendas fueron abiertas a quienquiera deseara mudarse y pagar el alquiler, estuviera o no en condiciones de pagar un departamento más caro.

A fines del mes de agosto fue decretado el divorcio de Gail Wynand. La demanda no fue contestada y Dominique no asistió a la breve vista. Wynand se hallaba como un hombre que está frente a una corte marcial y oía las frías obscenidades del lenguaje jurídico que describían el desayuno en la casa de Monadnock Valley —la señora de Wynand-Howard Roark— que infamaban a su esposa para deshonrarla oficialmente y concederle a él una simpatía legal, el estado legal de inocencia, y un documento que sería su pasaporte de libertad para los años que tenía por delante y para las silenciosas noches de esos años.

Ellsworth Toohey ganó su pleito en el departamento de trabajo. Wynand se vio obligado a reincorporarlo a su empleo.

Aquella tarde la secretaria de Wynand le habló por teléfono a Toohey diciéndole que el señor Wynand esperaba que volviera a trabajar antes de las nueve. Toohey se sonrió y colgó el receptor.

Toohey entró sonriendo, aquella noche, en el edificio del Banner. Saludó a los empleados, estrechó manos e hizo ingeniosas observaciones con aire de inocente asombro, como si hubiese estado ausente sólo desde el día anterior y no comprendiera el motivo por el cual lo saludaban como si se tratara de un retorno triunfal. Al entrar en su oficina se detuvo un momento. Wynand estaba allí.

—Buenas noches, señor Toohey —dijo Wynand suavemente—. Entre.

—¡Hola, señor Wynand! —dijo Toohey con voz agradable, confiado al sentir que sus músculos faciales ostentaban una sonrisa y que sus piernas marchaban. Entró y se detuvo con incertidumbre. Era su propio despacho, sin ningún cambio, con una máquina de escribir y papel sobre la mesa. Pero la puerta estaba abierta y Wynand estaba allí, silencioso, apoyado en una jamba.

—Siéntese, señor Toohey. Debemos cumplir la ley.

Toohey hizo un imperceptible y alegre movimiento de aquiescencia con los hombros, cruzó la habitación y se sentó. Tomó un lápiz, examinó la punta y luego lo soltó.

Wynand levantó la muñeca hasta el nivel de su pecho y la sostuvo así; el antebrazo y los largos dedos que caían formaban el lado de un triángulo: miraba su reloj de pulsera.

—Son las nueve menos diez. Está usted reintegrado a su trabajo, señor Toohey.

—Y soy feliz como un muchacho al regresar. Con toda sinceridad, señor Wynand, aunque supongo que no debería confesarlo; pero he echado de menos esta oficina, muchísimo.

Wynand no hizo ningún movimiento para irse. Estaba cabizbajo como de costumbre, con los omóplatos apoyados en el marco de la puerta. Una lámpara con una sombra cuadrada de cristal verde estaba encendida sobre la mesa, pero afuera todavía había luz, una luz que formaba rayos castaños en un cielo de color de limón. La sombra que proyectaba la lámpara parpadeaba débilmente y Toohey

sentía al mismo tiempo un rumor sordo bajo las suelas de sus zapatos: las rotativas estaban en marcha. Era un ruido agradable, confidencial y vivo. Latía el pulso de un diario que transmitía a los hombres el latido del mundo.

Toohey movió un lápiz sobre una hoja de papel hasta que se dio cuenta de que la hoja estaba bajo la luz de la lámpara y de que Wynand podía ver que el lápiz estaba dibujando un lirio, una tetera y un perfil barbado. Se preguntaba por qué causa le habría pedido que se reincorporara a las nueve de la noche, pero supuso que Wynand trató así de mitigar su derrota, y él tenía la impresión de que no podía discutir el punto.

Las rotativas marchaban, los latidos se unían y eran retransmitidos. No oía otro ruido y pensó que era absurdo quedarse así si Wynand se había ido, pero que era menos recomendable mirar para ver si se había ido o no.

Después de un momento levantó la vista. Wynand estaba todavía allí. La luz destacaba dos manchas blancas de su figura: los largos dedos de su mano, que aferraban los codos, y la alta frente. Toohey quería ver la frente; no, no había arrugas oblicuas sobre las cejas. Los ojos formaban dos óvalos blancos y sólidos, levemente discernibles entre las sombras angulares del rostro. Los óvalos se dirigían a Toohey, pero no había nada en el rostro, ni siquiera la indicación de un propósito.

Después de un instante Toohey dijo:

—Realmente, señor Wynand, no hay ninguna razón que nos impida estar juntos.

Wynand no respondió.

Toohey tomó una hoja de papel y la colocó en la máquina de escribir. Se quedó mirando las letras, tomándose la barba con dos dedos, con la actitud que asumía cuando iba a comenzar un párrafo. La hilera de las teclas brillaba bajo la lámpara, anillos de níquel brillantes, suspendidos en la oscura habitación. Las rotativas se detuvieron.

Toohey saltó hacia atrás, automáticamente, sin que supiese por qué lo había hecho: él era un periodista y le resultaba asombroso que las máquinas se detuviesen así.

Wynand miró a su reloj de pulsera.

—Son las nueve. Está usted sin empleo, señor Toohey. El Banner ha dejado de existir.

La próxima noción de la realidad que Toohey aprendió fue que su propia mano caía sobre el teclado de la máquina: oyó el ruido del metal de las planchas que se entreveraban y golpeaban al mismo tiempo y el breve salto del carro.

—Sí, usted ha trabajado durante trece años... Sí, le compré la parte a todos, incluso a Mitchell Layton, hace dos semanas... —La voz era indiferente—. No, los muchachos de la redacción no lo sabían. Sólo los de la sala de máquinas.

Toohey permaneció en pie. Estuvo mirando a Wynand. Entre ellos había una alfombra gris. La cabeza de Wynand se movió, inclinándose lentamente sobre un hombro. El rostro de Wynand estaba como si no fuera necesaria ninguna barrera; parecía natural, sin disgusto; sus cerrados labios dibujaban la sugestión de una sonrisa de pena que casi resultaba humilde. Dijo:

—Tal ha sido el fin del Banner... Creo que era justo que lo presenciara usted.

Roark estaba trabajando en la mesa de dibujo de su oficina. La ciudad, a través de las paredes de cristal, parecía lustrosa con el aire lavado por los primeros fríos de octubre.

El teléfono sonó. Se quedó con el lápiz suspendido en un movimiento de impaciencia.

—Señor Roark —dijo la secretaria. El tono tenso de su voz era como una petición de disculpa por haber quebrantado una orden—, el señor Wynand desea saber si sería cómodo para usted ir a su oficina mañana a las cuatro de la tarde.

La secretaria escuchó el zumbido del receptor, en el silencio, y contó muchos segundos.

—¿Está al aparato? —preguntó Roark.

Ella sabía que no era la conexión telefónica lo que hacía que la voz sonara de aquel modo.

—No, señor Roark. Habla la secretaria del señor Wynand.

—Sí. Sí, dígame que sí.

Volvió a la sala de dibujo y miró los bosquejos. Era la primera deserción que se veía obligado a cometer, pues sabía que no podría trabajar más aquel día. El peso de la esperanza y del consuelo eran demasiado grandes.

Cuando Roark se acercó a la puerta de lo que había sido edificio del Banner, la muestra había desaparecido. Nada la remplazaba. En la puerta había quedado solamente un rectángulo descolorido. Se enteró de que en el edificio estaban las oficinas del Clairon y que había pisos de habitaciones vacías. El Clairon, un pasquín de la tarde, de tercera categoría, era el único representante de la cadena Wynand en Nueva York.

Se dirigió al ascensor. Estaba contento de ser el único ocupante; sintió una súbita posesión en la pequeña jaula de acero; era suya, la volvía a encontrar, volvía a ella. La intensidad del consuelo le decía que la intensidad del dolor había terminado; de ese dolor tan especial como no había tenido otro en su vida, cuando penetró en el despacho de Wynand advirtió que tenía que aceptar aquel dolor y llevarlo para siempre, que iba a curarse, pero que no tendría esperanzas. Wynand estaba sentado y se puso de pie cuando él entró, mirándolo fijamente. El rostro de Wynand era algo más que el rostro de un desconocido; el rostro de un desconocido es una potencialidad inaccesible, se manifiesta si uno se interesa y se esfuerza; pero aquél era un rostro conocido, cerrado y que nunca más podría ser penetrado. Un rostro que no tenía dolor de renunciamiento, sino la señal del pasado próximo, cuando hasta el dolor se ha renunciado. Un rostro remoto y sereno, con dignidad personal, sin signos de vida, con la dignidad de una estatua colocada sobre una tumba medieval que habla de una pasada grandeza e impide que una mano toque los restos.

—Señor Roark, esta entrevista es necesaria, pero muy difícil para mí. Por favor, procedamos de acuerdo.

Roark se dio cuenta de que el último acto de bondad que le podía ofrecer era no pedirle una conexión entre ambos. Sabía que destruiría lo que había ganado del hombre que estaba delante de él, si pronunciaba una sola palabra: Gail.

Pero Roark contestó:

—Sí, señor Wynand.

Wynand cogió cuatro pliegos de papel escritos a máquina y se los entregó.

—Haga el favor de leer esto y firmarlo si merece su aprobación.

Roark preguntó:

—¿Qué es?

—El contrato para hacer el proyecto del edificio Wynand.

Roark colocó las hojas sobre la mesa. No las podía tener en la mano. No las podía leer.

—Haga el favor de escuchar con atención, señor Roark. Esto debe ser explicado y comprendido. Quiero iniciar la construcción del edificio Wynand de una vez. Quiero que sea la construcción más alta de la ciudad. No discuta conmigo si es oportuna y económicamente aconsejable. Quiero edificarlo. Se hará..., lo cual es todo lo que a usted le interesa. Será la casa del Clairon y de todas las oficinas de las empresas Wynand, que ahora están diseminadas en distintas partes de la ciudad. El resto del edificio será alquilado. He dejado suficiente crédito para garantizarlo. No tema levantar una estructura inútil. Le enviaré un informe escrito con todos los detalles y requisitos. Lo demás es cuestión suya. Usted diseñará el edificio a su gusto. Sus resoluciones serán definitivas, no necesitarán mi aprobación. Tendrá todo lo que necesite y autoridad completa. Esto está establecido en el contrato, pero quiero dejar sentado que no lo veré a usted. Habrá un agente que me representará en todas las cuestiones técnicas y financieras. Tratará con él. Todas las conversaciones al respecto las tendrá con él. Que él busque los contratistas que usted prefiera. Si quiere tratar conmigo, lo hará por intermedio de mi agente. No espere y no intente verme. Si lo hiciera, será rechazado. No quiero volver a hablar con usted; tampoco quiero verlo más. Si está dispuesto a cumplir con estas condiciones haga el favor de leer el contrato y de firmarlo.

Roark tomó una estilográfica y lo firmó sin leerlo.

—Usted no lo ha leído —dijo Wynand.

Roark arrojó el papel sobre la mesa.

—Haga el favor de firmar ambas hojas.

Roark obedeció.

—Gracias —dijo Wynand, firmó las hojas y le entregó un ejemplar a Roark—. Ésta es su copia.

Roark se metió el papel en el bolsillo.

—No he mencionado la parte financiera de la empresa. Es un secreto a voces que el llamado imperio de Wynand ha muerto. Está firme, y marcha bien, como siempre, por todo el país, a excepción de Nueva York. Durará lo que dure mi vida, pero terminará conmigo. Pienso liquidar una gran parte del mismo. Por esta razón, no se limite en los gastos por consideración alguna. El edificio perdurará después que los noticiarios y pasquines hayan desaparecido.

—Está bien, señor Wynand.

—Si considera la presente situación del mundo, y el desastre hacia el cual se encamina, encontrará absurda la empresa. La época de los rascacielos ha pasado. Ésta es la época de las viviendas colectivas. Lo cual es siempre un preludio de la época de la cueva. Pero no tema esta actitud contra todo el mundo. Será el último rascacielos que se levante en Nueva York. Es propio que sea así. Es la última hazaña de un hombre sobre la tierra antes que el género humano se destruya.

—El género humano nunca se destruirá a sí mismo, señor Wynand. Ni hay que pensar que se pueda destruir mientras se hagan cosas como el edificio Wynand.

—Esto le concierne a usted. Las cosas muertas, como el Banner, son el fertilizador financiero que lo hará posible. Es la función propia de ellas. —Después dijo, sin cambiar el tono de la voz—: Una vez le dije que este edificio sería un monumento a mi vida. Ya no tengo nada que conmemorar. El edificio Wynand tendrá sólo lo que usted le dé.

Se puso de pie, indicando con ello que la entrevista había terminado. Roark se paró e inclinó la cabeza al partir. Tuvo la cabeza inclinada un momento más de lo que una ceremoniosa inclinación

requería.

Se detuvo en la puerta y se volvió. Wynand estaba detrás de la mesa, sin moverse. Uno al otro se miraron. Wynand dijo:

—Edifíquelo como un monumento a ese espíritu que es suyo... y que pudo ser mío.

Un día de primavera, dieciocho meses más tarde, Dominique se dirigió al lugar donde se estaba construyendo el edificio Wynand.

Contempló los rascacielos de la ciudad; se elevaban inesperadamente sobre las bajas líneas de los tejados. Constituían imponentes sorpresas, como si hubiesen brotado un segundo antes de haberlos mirado y ella los hubiera cogido en el último acto de la ascensión.

Dobló una esquina en Hell's Kitchen y se encaminó hacia el vasto terreno despejado. Las máquinas rodaban sobre la tierra roja, nivelando el futuro parque. Desde el centro se elevaba hacia el cielo el esqueleto del edificio Wynand. El tope de la estructura estaba desnudo todavía, era una jaula entrecruzada de aceros.

Marchó hacia el edificio. Una valla de madera que rodeaba los pisos bajos ostentaba grandes letreros que anunciaban los nombres de las firmas que habían suministrado los materiales para la construcción: «Acero de la National Steel Inc.», «Cristales de Ludlow», «Instalaciones Eléctricas de Wells-Clairmont», «Ascensores de Keesler Inc.», «Nash y Dunning. Constructores».

Se detuvo. Vio un objeto que nunca había visto. La visión de él fue como el roce de una mano sobre la frente, una de esas manos de las imágenes legendarias que tiene el poder de curar. Ella no había conocido a Henry Cameron y no había oído hablar de él, pero lo que sintió en aquel momento era como si hubiese oído: «Y yo sé que si usted lleva estas palabras hasta el fin, tendrá la victoria, Howard; no sólo para usted, sino porque en algo saldrá ganando eso que mueve el mundo y que nunca obtiene ningún reconocimiento. Vindicará a todos los que han caído antes que usted, que han sufrido como sufrirá usted». Aquel objeto era una pequeña placa de estaño en la valla que rodeaba el más grande edificio de Nueva York y que decía:

«Howard Roark. Arquitecto».

Se dirigió a la casilla del superintendente. Ella iba a menudo para visitar a Roark, para observar el progreso de la construcción; pero allí había un hombre que no la conocía. Le preguntó por Roark.

—Ha subido a causa del tanque del agua. ¿Cuál es su nombre, señora?

—Soy la señora de Roark.

El hombre buscó al superintendente, que la condujo a la cabina que estaba afuera, como ella siempre lo hacía, unas pocas tablas con una soga a guisa de barandilla, que subía por el costado del edificio.

Ella estaba de pie, con las manos aferradas a un cable. Las tablas se estremecieron, una corriente de aire sacudió su cuerpo y vio cómo lentamente la tierra se iba separando de ella.

Ascendía sobre los amplios tableros de las ventanas. Los canales de las calles se hacían cada vez más profundos, hundiéndose. Subió sobre las marquesinas de los cines; las ventanas de las oficinas corrían a su paso, largos cinturones de cristal que corrían hacia abajo. Las torres de los hoteles se inclinaban como las varillas de un abanico abierto y se volvían a cerrar. Las chimeneas humeantes eran montones de fábricas y los pequeños cuadrados grises que se movían eran autos. La ciudad se extendía en filas angulares entre dos finos brazos de agua negra. Saltaba a través de ellos y se alejaba en una niebla de llanuras y de cielos.

Las azoteas descendían como pedales presionados sobre los edificios de abajo, fuera del camino

de su vuelo. Dejó abajo las antenas de las estaciones de radio.

La cabria osciló como un péndulo sobre la ciudad. Se inclinó hacia un lado del edificio. Había pasado la línea donde terminaba la albañilería. No había nada debajo, sino ligamentos de acero y espacio. Sintió que la altura hacía presión en sus tímpanos. El sol le daba en los ojos. El aire batía su barbilla levantada.

Lo vio encima de ella, en la plataforma más alta del edificio Wynand. Él la saludó con la mano.

La línea del océano cortaba el cielo. El océano subía conforme descendía la ciudad. Pasó los pináculos de los edificios de los Bancos. Subió sobre las torres de los templos.

Después ya no hubo nada más que el océano, el cielo y la figura de Howard Roark.

FIN



AYN RAND. De nombre Alissa Zinovievna Rosenbaum, estudió Filosofía y se licenció en Historia en la Universidad Estatal de San Petersburgo. Interesada en el cine y en especial en los guiones, estudió en el Instituto Estatal de artes Cinematográficas. En 1925, con motivo de una visita familiar, marchó a Estados Unidos, de donde nunca volvería y adquiriendo esta nacionalidad en 1931. Consiguió trabajos esporádicos en Hollywood como guionista e incluso intérprete, y ya desde entonces, continuó con su carrera literaria y filosófica.